
VOLVER

José Gómez Muñoz
romi3.jimdo.com
riodauro@gmail.com

índice:

VOLVER Y VOLAR

Mi alma son estos lugares y ellos son mi corazón y sangre.

Tantos años habían pasado ya que, al volver ahora, ni siquiera reconocía el terreno. Aunque los paisajes se mostraban verdes como cada primavera, aunque los álamos y los fresnos ya estaban también repletos de hojas nuevas, aunque los bellos charcos azules de río se veían claros y las cascadas regalaban sonidos muy hermosos, aunque las golondrinas revoloteaban y los mirlos y ruiseñores desgranaban sus cantos, aunque todo esto y mil matices más los paisajes mostraban, según iba llegando, todo le parecía antiguo y muy distante de su alma. Como si hubieran pasado siglos.

Remontó al collado y a descubrir la ladera hacia el arroyo de los álamos, los vio. Junto al ciruelo que se parecía al que en sus recuerdos tenía grabado. Pero este árbol era viejo, con el tronco negro, algunas ramas secas y heridas resecas en la corteza del tronco. Se acercó y les preguntó:

-¿Puedo ayudaros a coger los pequeños frutos que pretendéis?

- Sí que puedes. Ponte en este lado y, cuando nosotros doblemos esta resta rama que está cargada de ciruelas bien maduras, tú te enganchas y la sujetas.

Pensó él que luego les ofrecerían algún puñado de estos frutos y esto le gustó.

Doblaron ellos la rama, la atrapó él, rápido cogieron ellos los abundantes y maduros frutos que había en esta rama y los echaron a la cesta que tenían en el suelo. Le pidieron que soltar a la rama y así lo hizo. Miró la cesta casi rebosando de frutos y a punto estuvo de coger un puñado. No lo hizo porque pensó que no era correcto. Le dieron ellos las gracias y él entendió que ya no lo necesitaban y por eso los despidió. Se alejó caminando lento hacia el río.

Por la ladera orientada un poco al sol de la tarde, vio los cerezos. Le pareció que eran los mismos de los lejanos días que el tiempo había sepultado y sintió dolor. Las vivencias de aquellos días eran dulces y estaban llenas de sensaciones muy placenteras. Pero en estos momentos, bajo los verdes y muy viejos cerezos, vio amuchas personas sentadas. Compartiendo comida y charlando entre sí. Y ahora pensó que las cosas no eran lo mismo. Sin embargo, de

las ramas de estos árboles, colgaban rojas y gordas muchas cerezas. Y se extrañó al tiempo que le gustaba y lo encontraba normal.

De uno de estos árboles, cogió un puñado de fruta y se la comió. Miró para el frente y, abajo y no lejos, vio el pequeño lago de aguas azules claras y verdes transparentes. Más cerca de él y no lejos del río, vio la roca. Piedra caliza, muy erosionada por el viento y la lluvia, algo alargada y en posición vertical. Tal como la encontró el primer día y luego la siguió viendo años y años. Pero ahora, en estos momentos, llenos de recuerdos hermosos todos y por eso dolorosos en su alma y muy tristes.

Junto a esta roca en forma de monolito y algo blanca, la vio una tarde. Sentada junto al camino, de espalda a él y tocando la guitarra. No se acercó. Desde la distancia, la observó mudo y la amó en su corazón porque le parecía hermosa, llena de misterio, fresca y joven. Cerró los ojos y soñó. Tanto que le pareció que ella era ahora mismo la única que podía saciar la aguda tristeza en su alma.

Al poco, dejó de verla, volvió al día siguiente y se colocó en el mismo sitio del día anterior que es justo donde ahora mismo se encuentra y dejó volar su imaginación. No la vio al llegar y por eso, cerró sus ojos y soñó con ella: engalanada con un vestido blanco de tela fina con encajes que el vientecillo mecía delicadamente. La mata de pelo dorado le caía como en una cascada abierta en abanico sobre su cuello y espaldas.

La piel blanca y delicada de sus manos, brazos, hombros y piernas, contrastaba con el pasto dorado y las sábanas de hierba que junto al río crecían. Y sus pies, blancos y delicados como los de una princesa, pisaban con cuidado la hierba y arena por la orilla del río. Se dijo: “Es hermosa como el sueño más bello y se le ve delicada y dulce. ¡Si pudiera tocar sus manos, acariciar su pelo, mirar sus ojos y rozar la pie sus brazos!”

Muy despacio se movió por la orilla de la corriente y pisando con cuidado la hierba más verde. Antes del charco, metió sus pies en las aguas y caminó lentamente jugando con la corriente. Como si se tratara de un juego infantil, pura fantasía y ternura. Dejó de moverse en algún momento y luego miró para los lados. Parecía no buscar nada sino simplemente observaba lo que le rodeaba. El sol iluminaba su cara, el silencio la envolvía y la soledad del rincón la convertía en más misterio.

Alzó sus ojos al cielo y, como en una oración muy íntima y personal, suspiró: “Dios, si me permitieras acercarme a ella para hablarle y oír su voz. Presiento que es la paz de mi corazón, alimento para el alma de mi espíritu y el sol que me lleva a ti. Dios ¿por qué ésta tan fuerte necesidad en mí y por qué tan imposible tener lo que me saciaría?”

Cuando miró de nuevo, ya no la vio. Sí el agua por el cauce del río seguía limpia bajando. Todo cuanto rodeaba, seguía en su latido de vida y como ajeno a la necesidad de su alma. Volvió al lugar al día siguiente y otra vez la vio. Antes de llegar al sitio que conocía, la descubrió caminando de espaldas. Como alejándose río arriba hacia las cascadas. Vestida con sus pantalones cortos rojo sangre, blusa de seda color verde agua, con su pelo cayendo en manojos por sus espaldas y un pequeño bolso color esparto seco colgado de su hombro derecho. Pisaba con temor la hierba y la blancura de sus pies resaltaban en el verde de las plantas. Caminaba despacio como en busca de algo importante y recogida en sí.

Pensó aligerar sus pasos para alcanzarla y hablarle pero se limitó a observarla. Quieto, mudo gustando las sensaciones de su corazón y elevando su espíritu al infinito. Buscó y no encontraba palabras con las que expresar lo que sentía. Solo un leve suspiro salió de su boca como impulsado por el inmenso gozo que vibraba en su alma. Expresó: “¡Dios mío!” y siguió mirando mudo. Se perdió ella por entre la vegetación del río y entonces él caminó despacio.

Llegó hasta la cascada que en forma de fino y amplio abanico dejaba caer hilos de aguas claras. Buscó y junto a unas rocas, sobre el tapiz de la hierba, se sentó. Frente a los hilos del agua que caían de la cascada. Miró al infinito y en este momento, más que otras veces, el cielo le parecía azul intenso. Azul puro y frío como era también fresco el airecillo que imprescindiblemente acariciaba. Frente a él, caían los claros hilos del agua que la cascada derramaba y al desplomarse, estos hilos ya en forma de lluvia sobre la hierba que desde sus pies se extendía, una música muy agradable se fundía con el silencio. La hierba toda decorada con las pequeñas gotas de lluvia de la cascada, refulgía con un verde intenso. El sol llenaba de luz las hojas de la vegetación por la umbría y un pequeño grupo de pajarillos, gorriones, carboneros, currucas, algún petirrojo, tórtolas y mirlos, intentaban bañarse en las gotas de agua trabadas en los tallos de la hierba.

De su alma se escapó otra vez el lamento ¡Dios mío! Y luego susurró: “Por aquí te he buscado a lo largo de muchas horas, días,

meses y años. Siempre acusándome en el alma la necesidad de verte y compartir contigo la belleza y eternidad de estos lugares. Porque sé que nada, absolutamente nada hay en este mundo más real, hermoso y placentero que el verde, perfume y silencio de estos bosques. Mi alma son estos lugares y ellos son mi corazón y sangre. Mi cielo único y el paraíso eterno que con tanta fuerza intuyo y en el cual sé que soy.

Te he buscado sin descanso cada instante por aquí para compartir contigo lo que es tan grande y bello para mí. Te he necesitado, he necesitado verte, observarte, respirar este aire junto a ti y dejar que el alma se nos empape del frescor y la música que regalan las aguas del río, de las cascadas, las lagunas y las fuentes. Porque tú no eres criatura humana. Eres el espejo donde Dios se refleja y mi alma lo contempla. Tú eres el cielo que sueña día y noche, el espíritu que en mí llevo. Eres la eternidad, el Dios dueño y creador del Universo, la inmortalidad, el descanso y el paraíso que mi alma quiere y al que necesita irse y por eso grita día y noche con el deseo, el hambre de abrazarse a ti y fundirse ya para la eternidad con el lago de belleza y paz que eres y a cada segundo me muestras”.

Dejó la roca donde se había sentado y desde la cual mil veces la había soñado y caminó despacio. Bajó primero hasta el arroyo, cruzó el cauce, buscó el manantial que conocía y que brotaba cerca del tronco de una higuera y bebió. Un largo trago y le parecía que el agua estaba más fresca y pura que nunca. Que el corazón se le llenaba de gozo mezclado con el fino dolor de los recuerdos. Y más aún se le conmovió el espíritu al comprobar y sentirse consciente en este lugar rodeado de paisajes tan verdes y frescos. Miró hacia un lado y otro durante un rato y luego buscó la senda. Avanzó por ella buscando el mejor terreno para remontar a la gran roca. La inmensa roca que abarcaba casi toda la ladera y moría justo abajo, donde brotaba el manantial.

Muy lentamente coronó hasta lo más elevado. Justo hasta donde esta molen rocosa ofrecía una pequeña plataforma llana. Aquí se paró y comenzó a reconocer con sus miradas la amplia panorámica que al frente, a un lado y otro y por detrás, desde este punto se veía.

Casi a sus pies pero muy en lo hondo, se abría el profundo surco del arroyo de las truchas, la higuera y la fuente. Por este estrecho, al lado de arriba de la higuera y la fuente, se veía la senda ya muy tapada por la vegetación.

Y por esta senda, intentando bordear el oscuro estrecho, le pareció ver al hombre del borriquillo. Con una pierna menos y algo cojo el animal. Hacía de esto tanto tiempo que casi nadie ya en este mundo se acordaba de este hombre. Por ello precisamente sintió la tristeza que le traían recuerdos tan lejanos, sintió la tristeza de los rebaños de cabras esparcidos por el monte de la ladera y la blanca casa sobre el montículo por donde las encinas. Suspiró: "¡Dios mío cómo se me clavaron en el corazón aquellos días, las primaveras, los caminos y las montañas! Ha corrido el tiempo, se fueron ya para siempre de este suelo todas aquellas personas y todo parece otra realidad. Como si ya nada me perteneciera y por eso soy tan extraño por aquí. Como si hubiera envejecido tanto que ni me reconozco ni tampoco el aire, las aromas y silencios me sacian.

Se me ha acabado el tiempo en este suelo. No tengo vida aquí ni hay caminos que me esperen. Ni siquiera los cantos de las aves ni la música de las aguas, colores del cielo ni las montañas. Tanto es lo que tengo perdido a lo largo de los días que anduve por estos lugares, que ahora ni siquiera me anima lo nuevo que aparece o encuentro. El vacío que en mi espíritu hay después de tantas pérdidas de aquellos y aquello donde puse mi corazón, nada puedo darme ni consuelo ni paz. Quiero irme, debo irme al lugar donde sé que todo lo tengo. Donde sé que de nuevo volveré a encontrar a todos y todo lo que en este mundo he amado y poco a poco fui perdiendo. A lo largo de toda mi vida, ésta fue mi esperanza y es lo único que en este momento me da aliento".

No susurró en su corazón ningún otro pensamiento ni palabras. Se acercó al borde de la roca. Miró despacio durante unos minutos por donde el arroyo corría y luego abrió sus brazos. Inclinó su cuerpo hacia el vacío y se dejó caer lentamente. Por una fracción de segundo otra vez susurró: "Volar es lo que siempre he soñado. Lo que más he necesitado a lo largo de mis días en este suelo. Volar y alejarme de aquellos y aquello que tanto y tanto daño me han hecho. Volar y encontrarme ahora con ese cielo que también tanto, tanto, tanto he soñado y necesito".

Y su cuerpo cayó al vacío, atravesó el aire y en unos segundos se fundió con la vegetación y el agua del arroyo. De las cristalinas notas que las aguas del arroyo lanzaban al viento al saltar por entre las peñas, se oyó brotar una música muy hermosa. Una voz dulce y melodiosa, desgranaba al mismo tiempo un delicado canto. Retumbó esta música y canto por todo el entorno oyéndose los siguientes verso:

El canto del silencio
No lloréis por mí ni pronunciéis mi nombre
ni escribáis un poema como recuerdo,
el día que me marche de este mundo
al descanso que tanto y tanto sueño.
Que nadie me busque por ningún sitio
ni proclame si fui malo o bueno
ni escudriñe en las huellas que dejé
a mí paso por este suelo.

Dejadme tranquilo en las montañas
por donde los ríos, lagos y veneros,
entre los brazos de las noches largas
y la hermosísima música del silencio.
Que nadie manche mi soledad
ni me ensucie la luz de los luceros
que en la onda quietud de estos lugares
siempre tuve y tendré eterno.

Dejad que mi cuerpo se pudra y mi espíritu duerma
en los brazos amigos de mi hermano viento
donde sé que seré por los siglos
amado de Dios y canción del silencio.

Después de este canto, ni un grito se oyó ni a nadie que lo llamara por su nombre o le cantará una canción triste o alegre. Sí todo pareció pararse en un denso silencio solo roto por el fino trino de algún pajarillo y el chapoteo de las aguas yéndose por el arroyo. Todo lo demás, la hermosa y dolorosa soledad de los paisajes con los que su alma ya se había fundido, como en un silencioso palpitar del Universo. Ella era la belleza más perfecta, la eternidad, el cielo, Dios mismo. Lo único por lo que había merecido la pena vivir sus días en este suelo.

EL SUEÑO DE SU VIDA
Sentimiento de pérdida

Junto a la corriente del río, por el lado de arriba de lo que hoy es el Paseo de los Tristes, tenía un trozo de tierra. Solo unos metros cuadrados que compró ahorrando cada día algunos céntimos, a lo largo de muchos años. Vendiendo leña que recogía en las montañas, haciendo algún recado a personas importantes, gastando para comer solo lo justo y necesario y vistiendo ropas pobres. Porque su ilusión, la mayor de las ilusiones de su

vida, era comprarse este trozo de tierra y construirse una bonita casa. Se decía: “Me la haré yo mismo porque quiero que sea lo más parecida al sueño que dentro de mí llevo. Para que el día que me muera, quede de mí algún recuerdo en este mundo”.

No tenía el hombre ni mujer ni hijos y sus padres, ya muy mayores, habían muerto años atrás. Pero sí conoció, en su primera etapa de su juventud y un tiempo que estuvo en el extranjero, a varias personas. Todas jóvenes con las que congenió muy bien y por eso los abrigó dulcemente en su corazón. Se decía: “Estos cuatro amigos míos, son los que de verdad merecen todo mi cariño. Y como siempre han sido buenos conmigo, mi mayor deseo es regalarles un día, lo mejor que de mí tengo. Pero quiero hacerlo en forma de obra material, bella y única para que así, cuando yo muera, mi memoria no se pierda de este suelo. Y como libros no sé escribir ni tampoco sé pintar cuadros ni dar forma a esculturas bellas, lo único que puedo dejarles es una casa aquí en Granada. Junto al río Darro y frente a la Alhambra. Verán ellos que de este modo, entregándoles lo más personal de mí, los aprecio y quiero como a nadie en este mundo. Y a mí, ninguna otra cosa me va a dejar más satisfecho, ahora mientras viva y cuando un día muera”.

Y a partir del momento en que ya fue dueño del terreno, comenzó con el trabajo de la construcción de la casa que soñaba. Del río Darro cogía arena, graba y agua y con este material, después de cavar las zanjas, comenzó a rellenar los cimientos. De los montes y con un borriquillo que los conocidos le prestaban, acarreó piedras y palos y con ellos comenzó a levantar las paredes. En los ratos que le quedaban después de realizar el trabajo con el que sacaba algo para comer. Pero en los ratos libres, por las tardes y en ocasiones también por las noches a la luz de la luna, trabajó muy duro y sin descanso. Poniendo en cada esfuerzo y detalle, lo mejor de sí y el cariño más grande. Se decía: “Nada satisface más en esta vida que ser libre y hacer aquello que uno sueña. Y nada deja mejor sabor de boca que dar forma y vida al propio proyecto personal. Cada día estoy más contento con esto que he emprendido y, aunque estoy dejando en ello mi sudor y sueño, no me arrepiento. Al contrario, me siento orgulloso de mí y de la bonita obra que voy a dejar en este suelo, cuando muera”.

Con estas reflexiones e ilusión, el hombre trabajaba y trabajaba y a apenas paraba para dormir un poco por las noches. Y cuando esto ocurría, mientras cogía el sueño,
le daba vueltas en su cabeza a las ideas. Buscando una vez y otra la forma de que cada día fuera más recia, bonita y perfecta. Y lo iba consiguiendo poco a poco. Se alzaron los cimientos, se vieron las paredes, aparecieron las ventanas y, en la puerta, ya crecían plantas de todas las clases. Se decía: “Para que cuando vengan mis amigos tengan, además de esta bellísima casa mía para disfrutarla, también un pequeño jardín y fuentes y acequias con las aguas claras del río Darro. Para mí será el día más feliz de mi vida y ellos, los que tanto han soñado en vivir cerca de la Alhambra, seguro que también serán dichosos. Y no se lo diré pero bien lo sabe el cielo que lo único que pido de todo esto es solo que mi memoria quede después de muerto. Que esta obra mía recuerde y sea mi presencia por mucho tiempo en esta tierra”.

Cerca de donde él se construía su casa de piedra, grava y arena del río y madera de las montañas, otro hombre tenía un pequeño palacio. También frente a la Alhambra, con un jardín no muy grande y fuentes con aguas claras. Y este hombre, casi desconocido en todo el barrio del Albaicín y en la Alhambra pero muchos decían que era muy rico, mostró su descontento a los pocos días de ver las obras de la casa del hombre soñador. Desde las ventanas de su palacio miraba para el rincón de la casa y se decía: "¡Mira que donde ha venido a construirse su casa este pobre hombre! No me gusta nada y como ni de su casa ni de él voy a sacar ningún provecho, tengo que buscar la manera de fastidiarlo".

Llegó a oídos del hombre soñador lo que el hombre del palacio tramaba contra él y se llenó de miedo. También en sus momentos de serenidad, se decía: "¡Mira que si viene contra mí y me ataca y destruye la obra de mi vida! Esta casa mía es el único y para mí importante sueño de mi vida en este mundo. Si me lo rompe, todo para mí quedará sin sentido y ya no tendré ni un solo motivo para seguir viviendo. Que el cielo no permita que esto ocurra nunca". Y a partir de aquellos días empezó a vivir lleno de miedo y hasta triste pensando en que el hombre del palacio, en algún momento, le rompiera la única y valiosa obra de su vida.

Y sucedió que un día, el hombre soñador ya tenía su casa casi terminada. Por eso les había dicho a los amigos que vinieran cuando quisieran para quedarse a vivir, si les apetecía y para disfrutar de la obra de sus sueños. Los amigos le dijeron que sí, que vendrían pronto a Granada para ver y disfrutar de su casa, junto al río Darro y frente a la Alhambra. Por eso, un bonito día de otoño, después de muchas lluvias, salió el sol. Los campos a norte de Granada estaban repletos de verde, con agua por todos sitios y vestidos con los colores del otoño, los bosques y almendros. Sus amigos vendrían al día siguiente y para obsequiarlos con algo especial, el soñador, cogió una cesta de mimbre, caminó por las veredas hacia las montañas al norte de Granada y cuando llegó al sitio oportuno, se puso a buscar setas. Se decía: "Los obsequiaré con los mejores níscalos nacidos en estas montañas, asados en las brasas de la lumbre de la chimenea de mi casa. Para que ellos nunca se olviden ni de mí ni de mi casa ni de este día tan especial".

Encontró el hombre una muy buena cantidad de níscalos, recogió un gran haz de leña seca y al caer la tarde, regresó por los caminos dirección a Granada, río Darro y a su casa. Caía el sol cuando, por entre los huertecillos del río, se acercaba a su casa, todo contento y feliz. Y al salir de una pequeña curva en el camino miró y no vio a su casa. En su lugar descubrió un montón de escombros y chorros de humo saliendo de estos escombros.

El corazón le dio un vuelco y se restregó los ojos para ver mejor. Caminó despacio, todo lleno de miedo y temblando y en unos minutos estuvo a dos pasos de lo que había sido su casa soñada. Porque ahora y ante sí, solo veía ruinas, escombros, humo, plantas destrozadas y las paredes y madera de la obra de sus sueños, esparcidas por el suelo. Se puso a solo unos metros,

caminó más despacio, se volvió a restregar los ojos, ahora para limpiarse las lágrimas y triste, ahogado en una angustia casi de muerte, se dijo: "Y ahora ¿qué hago yo? ¿Qué les voy a ofrecer a mis amigos cuando lleguen mañana? Ya no tengo por aquí ni para vivir ni para perpetuar mi recuerdo después de mi muerte. Por eso quisiera morirme ahora mismo. ¡Dios mío, llévame contigo porque nada ahora ya en este mundo tengo! Con las ruinas de este sueño mío, ahora extendidas ante mis ojos, queda sin sentido toda mi ilusión y esfuerzo. No quiero seguir viviendo. Dios mío, llévame ahora mismo contigo".

Y a la luz de la luna, por entre las nubes de humo que se alzaban desde las ruinas de lo que había sido su casa, se veía al frente la Alhambra. Se oía el rumor de las aguas del río, el canto de algún mochuelo y todo lo demás, era silencio, empañado por los lamentos del hombre soñador. Ni siquiera su corazón parecía palpitar pero sí la angustia, el miedo y el desconsuelo, le oprimía en el pecho y parecía ahogarlo sin remedio.

Cuando la lluvia cae

Parado en el trozo de senda que pasa por delante de la cueva, estuvo un buen rato. Mirando y meditando. Y, mientras dudaba sin entrar, detenerse y quedarse, cayó en la cuenta de dos o tres cosas muy concretas. Algo que, en los días en que ella estuvo, deseo muchas veces compartir y no pudo. Sin embargo ahora, mientras miraba a la cueva y la recordaba, para sí se dijo:

"A veces es duro pero, cuando pasa el tiempo, uno comprueba que es lo mejor. Que hay que seguir avanzando por el camino en busca de cosas nuevas. Que no es bueno pararse, refugiarse en el recuerdo y ahí, para siempre quedarse. Esto es bueno en alguna ocasión y para un momento pero no puede condicionar por completo. A veces es duro y, sobre todo, cuando ya uno es viejo. Pero, en ocasiones, no queda otro remedio. Aunque también es bueno tener grandes recuerdos para desde ellos, construir el futuro. Es necesario avanzar siempre sin olvidar nunca lo que nos va quedando por detrás".

Esto meditó durante un buen rato y luego continuó. Bajando lentamente por la senda y acurrucándose un poco más en el mismo aire frío que el invierno regalaba. Y, justo también en este momento, al dar las espaldas a la cueva y descubrí la panorámica hacia el valle del río, de nuevo la echó de menos. Se dijo: "Si estuvieras, creo que tendría un gran sentido todo lo que vivo por aquí. ¿Pero sabes? Dar las espaldas, guardar silencio y poner murallas por en medio no sirve para construir nada. El mundo es así, el Universo entero, es un inmenso océano de silencio. Pero Dios lo conoce y no necesita comprenderlo. Solo Dios puede guardar silencio porque todo, el Universo entero, lo conoce y lo tiene claro. Esto es así.

Pero tú y yo y los demás humanos que han pisado, pisan y pisarán este suelo, no tenemos la sabiduría suficiente. Lo ignoramos casi todo y por eso nos pasamos la vida aprendiendo. De aquí que no lleve a ningún sitio ni

sirva para mucho, poner murallas entre nosotros y guardar silencio. Es una imperfección porque, guardando silencio y creado murallas, desperdiciamos siempre algo precioso. Desaprovechamos el tiempo, nos mantenemos pobres y desvalidos, conocemos un poco menos y aumentamos nuestras miserias. Por eso te digo que es de poco inteligente guardar silencio y construir murallas".

Sigue con su lento caminar senda adelante hacia el valle del río. Las nubes por el cielo se ven muy espesas, no hace mucho viento pero sí mucho frío. Llueve por las partes bajas de las montañas y nieva en las cumbres y sitios más elevados. Del monte y de los árboles, chorrean pequeñas gotas
De lluvia helada y algunos trozos de hielo. Y, va metido en sí, cuando se encuentra con la peña.

A la derecha del río, en la ladera, frente al sol de la tarde y entre almendros, la descubre. Una gran roca, llana por la parte de arriba y justo al borde mismo de la senda. Como un grandioso mirador natural sobre el valle, frente al sol de la tarde y frente a Granada, desparramada por la vega.

Y aquella mañana, todavía un poco antes de la llegada de la primavera, llovía. Mansamente, con algo de frío y sin una chispa de viento. Una mañana preciosa porque ya todo el campo se veía alfombrado en hierba, los almendros comenzaban a mostrar sus primeras flores y, a lo lejos y por entre el bosque de los robles, se oían los cantos de un mirlo. Anunciando, sin duda, la llagada de la estación más hermosa del año y celebrando la abundante lluvia.

Él subía despacio. Contando cada paso por la vieja senda y meditando. En su soledad de siempre, en su sueño interior y en su dolor pequeño. Nadie lo veía ni le acompañaba. Solo la lluvia que le resbalaba por la cara y las densas nubes que todo lo cubrían. Y, al llegar a la gran roca, la misteriosa y hermosa plataforma, reluciente de agua y alzada como entre el cielo y la tierra, se subió en ella. Por el lado de arriba que es por donde en la peña hay pequeños escalones naturales.

Por aquí se elevó y, cuando ya estuvo en lo más alto, se quedó quieto frente al río y observó. Bajo la densa lluvia que caía como acariciando y la quietud ancha que mostraba la sierra. Solo el cielo lo estaba viendo y también el mirlo viejo que no paraba de cantar por el lado de la derecha. Pero su corazón, su dolor y su blanco sueño, parecía escapársele del alma y, en un invisible vuelo, írsele por entre las nubes a lo lejos. A nadie se lo había dicho nunca pero por ahí parecía tener su vida desde hacía mucho, mucho tiempo.

En lo más llano de la roca se sentó. Miró sin prisa el fantástico momento y meditó y gustó el trozo de eternidad que, sinceramente abrazaba, desde arriba y desde abajo. Y, a su mente, vino aquel día tan especial, hacía ya años. Sobre la misma roca, se sentaron mientras la niña jugaba unos metros más abajo. Con la hierba, las florecillas, el agua clara del arroyuelo y con ella misma.

Dijo el hermano:
- Yo no entiendo, nunca podré entender, cómo te duele tanto el recuerdo. El de ellos y el de ella. ¿Quiénes fueron y quién fue para ti?
Y aclaró él:
- Ellos fueron buenos, los mejores del mundo y los echaron de estas tierras suyas y los machacaron. Pero sé que, para siempre, por aquí se han quedado.
- ¿Por eso, cuando vas por estos campos, caminas despacio y lloras a escondidas? ¿Tanto los querías y tan especial fue ella para ti?
- Nada, nunca, nunca, podrá justificar la muerte de un hermano. Y menos la muerte de un corazón inocente y enamorado. Los dejaron sin libertad, los atropellaron y les quitaron sus derechos. Como si no hubieran sido humanos. Fue un crimen y yo lo sé.
- ¿Y ella?
- Por entre aquellas nubes se fue y por ahí la espero o me espera.

Aquello le dolió y le sigue doliendo. Por eso se hizo amigo de la lluvia y por eso acude a esta roca cada día. A rezar mientras espera. Y, entre las cosas que cada día sueña, también siempre se encuentra ella. De aquí que, desde lo más noble de su corazón, cada día implore al cielo diciendo: “Que vuelva, Dios mío, que vuelva y que, con su luz, se iluminen de nuevo estos lugares. Que vuelva y que aprenda de ti que nada hay más hermoso en esta tierra que la lluvia que nos regalas y los latidos de un corazón bueno”.

A la derecha del río, clavada en la ladera y cerca de la senda, se ve la roca. Como púlpito frente al tiempo, frente a la tarde y a las nubes. La lluvia cae y le resbala por la cara. Las nubes revolotean y el tiempo, como si no pasara. Pronto llegará la primavera y los almendros se cubrirán con millones de flores. Y los campos, con tanta lluvia, este año se vestirán con las mejores alfombras de hierba.

10 –

En la ladera que recorre la senda según desciende hacia el río, crece espeso el monte bajo. Aulagas, lentiscos, cornicabras, romeros, tomillos… Es esta ladera toda solana, donde el sol a caer las tardes, da de frente y con fuerza. Y aunque la mayoría de las plantas que por aquí viven, florecen en primavera, los romeros siempre echan sus flores mucho antes. La floración de los romeros, en las montañas que rodean a Granada, siempre se da a partir del mes de enero. Incluso aunque el tiempo vega frío y las tierras no sean solana.

Pero en la solana de la senda por la que avanza, los romeros echan sus flores en cualquier época del año. Muchas veces en otoño y antes de la Navidad. Y también las han hecho este año. Por eso, según recorre la senda en busca del río, se tropieza con una mata y otra de romeros engalanados de pequeñas flores color violeta. Empapadas de lluvia y, en casi todas estas florecillas, transparentes gotas colgadas. La niebla que por aquí ha ido moviéndose, al rozar las ramas de las plantas, se ha quedado engarzada en forma de perlas líquidas.

Roza, según avanza, las ramas de estos arbustos y los acaricia con sus manos. Y, en algún momento, corta pequeños tallos, le sacude las gotas de agua y se los acerca a la cara. Con la intención de oler las flores y con la intención de revivir los recuerdos. Porque sabe que ella, cuando en aquellos días estuvo por aquí, acarició con sus ojos, manos y cara, las delicadas flores de estos y otros romeros. Y, alguna vez que otra, decía:
- Es como si un jardinero muy importante y bueno, con amor estuviera cuidando todos estos campos. Me gustan muchos los paisajes de las montañas de Granada.
Y esto a él le llenaba de gozo sincero.

Cuando la senda termina de atravesar la espesura de los romeros, se asoma a un pequeño barranco y se aproxima a un arroyuelo. Es un cauce menor que nace, dos kilómetros más arriba, en la Cañada de los Álamos y desciende por entre espesura de fresnos, algunos arces, muchos robles y estrechos tajos rocosos. Por eso el arroyuelo está plagado de cascadas y de azules charcos, bordados con encajes de espumas blancas.

Camina y viene mirando mientras en su mente se suceden las imágenes. Cruza la corriente del arroyuelo, se encuentra con la acequia y, unos metros más adelante, se tropieza con la vieja encina. Un ejemplar muy hermoso, de tronco retorcido y ramas abiertas que clava sus raíces justo en las tierras que van sujetando la acequia. Y aquí mismo, la torrentera, ofrece como un pequeño balcón hacia las tierras por donde crecen los olivos. La acequia va directamente a estas tierras para regarlas con su agua.

Se para, mira y, aunque el frío es intenso y las nubes revolotean por las laderas al otro lado del río, por donde el Cortijo de la Viña y el cerro de la ermita, le apetece quedarse aquí un momento. En una pequeña piedra, al borde mismo de la acequia y frente al río y las tierras de los olivos, se sienta. Mira despacio y, al otro lado del río, descubre la senda atravesando el bosque de los robles. Algo más arriba se ve la cascada del belén, el arroyo que baja desde el manantial del balneario y las tierras sembradas de almendros, naranjos y nogueras del Cortijo de la Viña. Y recuerda cuando, en tiempo atrás no muy lejano aunque ya parece que fue hace una eternidad, se venía a este mismo sitio a esperarla.

En esta misma piedra se sentaba. Frente siempre al río y a las laderas al otro lado. Y, con sus ojos clavados en el Cortijo de la Viña, por encima de los acantilados de la Gruta Azul y por debajo del Cerro de la Ermita, se quedaba quieto horas y horas. Esperando verla asomar por el camino que, por entre los granados y las huertas, llega desde Granada. Como si solo verla, aunque fuera desde tan lejos, el alma y corazón se le llenara de vida.

Y, en alguna ocasión, cuando la niña con su caballo y el borriquillo color plata, jugaba y pastaban cerca, la pequeña se le acercaba y le preguntaba:
- ¿Por qué miras con tanto interés y deseas con tanta fuerza que aparezca?

Y él le respondía:
- Con solo su presencia ha transformado todos estos paisajes. Por eso cuando aparece, cuando llega, se ilumina todo por aquí. Mi corazón, ha gustado la fina belleza y luz que irradia y es como si ahora la necesitara para seguir viviendo.
Y la niña, siempre se quedaba junto a él, intentando comprender y, al mismo tiempo, apoyándolo. Ella, tan pequeña aun, no llegaba a comprender la necesidad del corazón del amigo pero su intuición de empujaba a darle cariño.

Alguna vez, alguna tarde o mañana, desde la piedra al borde de la acequia, se veía a la madre entrar y salir del cortijo. Ocupada ella en sus cosas y pendiente de su niña. Por eso, desde la puerta del cortijo, la madre se venía para el balcón que se abre hacia los acantilados de la Gruta Azul y miraba despacio para descubrir por dónde andaba su niña. Pendiente él también de estos movimientos de la madre, le decía a la niña que tenía a su lado:
- Ves, de igual modo que la madre te lleva en su corazón y se preocupa en saber por dónde andas y qué haces, así mi corazón tiene necesidad de ella.
Y la chiquilla reflexionaba:
- Sí, yo lo quiero entender porque también como tú sé que es buena, muy buena. Por eso a veces me pregunto: cuando se vaya ¿se olvidará por completo de nosotros y de todo lo que por aquí le henos ofrecido?
- Ella, como tantas otras personas, puede llegar a creer que allí donde esté, encontrará la dicha plena y no será así.
- ¿Por qué no?
- Su corazón, como el tuyo y el mío, también tiene necesidad de lo excelso, de la realidad profunda y bella que hay más allá de la materia.

Guardaba silencio la niña y al rato volvía a preguntar:
- Yo sé que tú siempre le has querido enseñar y llevar hacia esa realidad que dices y por eso pienso que debe ser grande y bella. ¿Pero crees que nuestra amiga lo siente así?
- Seguramente no. Mas, en la vida, siempre hay que ser sinceros. Es necesario descubrir a los demás y ofrecer con claridad el mundo que llevamos dentro. La sinceridad de nuestros actos para con ella es lo mejor que podemos enseñarle y darle.

Mientras rememora los recuerdos desde la piedra donde se ha sentado frente al río, el alma se le llena de nostalgia. Sabe bien que nada puede hacer para que vuelva al presente lo que ya fue. Y también tiene claro que muy poco puede hacer para que el presente sea como sueña. Pero, aun sintiéndose pobre y como en desamparo, tiene conciencia de su capacidad para dejar escrito cuanto vive. Por eso, de su mochila, saca un cuaderno, coge el bolígrafo que guarda en el bolsillo del pantalón y se pone a escribir el siguiente poema:

Se acurruca el corazón
Cielo de nieve,
honda mañana,

el frío besa
en el alma.
Se acurruca el corazón,
te llama.

Nubes que cubren
grises y blancas,
como arropando
calladas,
se oye el silencio
no se oye nada,
es el momento
de tu llegada.

¿La Navidad?
Por allá se alza
y trae con las nubes
nieve blanca,
se acurruca el corazón,
teme la escarcha
y por eso tiembla
y te llama.

Entre unas chumberas, al lado de debajo de la acequia y a solo unos metros de donde está sentado, crecen los pinos. Tres ejemplares preciosos que clavan sus raíces en la misma torrentera y se alzan rectos y apiñados. Como si quisieran abrazarse entre sí para protegerse mutuamente y dar forma una escultura muy bella. Porque además, como los tres árboles son jóvenes, sus ramas muestran ramilletes de hojas verdes y sanas. Como si toda la energía del bosque en esta ladera se hubiera concentrado en estos tres hermosos ejemplares.

Algo más debajo de los pinos, siguiendo el cauce del arroyo y ya bastante cerca del río, crecen cuatro álamos. Recios y esbeltos tanto o más que los pinos y también muy apretados entre sí. Tanto que sus ramas se cruzan como en un juego amoroso y como si pretendiera ofrecerse apoyo y robustez para que ni el viento ni el ardiente sol del verano ni los fríos del invierno, puedan herirlos. Una también muy bella escultura natural y llena color, que engalanan los paisajes de la ladera y el valle del río.

Es ya casi mediodía. Las nubes se rompen en lo más alto del cielo y un chorro de sol asoma por estos rotos. Rayos de sol dorados y con apariencia de debilidad porque apenas tienen fuerzas para calentar. El frío es tanto que el agua, en los bordes de las cascadas del arroyo, se ha helado. Formando estalactitas y a la vez hermosas esculturas de hielo. Por eso el arroyo, el que queda cerca de la piedra donde está sentado, es también como un grandioso monumento en las tierras de la ladera. Y lo es más en el mismo momento en que los rayos de sol inciden sobre las cascadas, las estalagmitas de hielo y los charcos. Como si la naturaleza quisiera ofrecerle

sus mejores galas en la fría mañana, con cara de invierno y repleta de ausencias.

El otoño ya va terminando su presencia por aquí y el invierno que se acerque lo hace lleno de hondo silencio. Como si pretendiera que nadie se diera cuenta de su llegada. El frío es mucho y se visten de blanco las montañas y muchos paisajes a lo ancho de los campos. Los árboles como los álamos, arces, nogueras, robles, majuelos… ya se han quedado sin hojas. El otoño que se marcha se las lleva entre sus brazos.

Pero los álamos que se ven ya cerca del río, aun tienen muchas hojas. Todas teñidas de ocre naranja y sangre y todas ya a punto de caer de sus ramas. Quizá hoy mismo o por la noche si las lluvias siguen cayendo o si aparece la nieve por estos bosques. Pero en estos momentos, los rayos de sol que por los rotos de las nubes salen, se derraman concentrados sobre las hojas de los álamos que se ven algo más debajo de donde está sentado. Y como el día es tan gris y el frío es tanto, la luz que por entre las hojas de estos álamos se quiebra, resaltan como vivas llamas. Como chorros de oro incandescente.

Y también, en las acículas y ramas de los pinos, la lluvia y la niebla se han quedado trabadas. Y como la temperatura es baja, las gotas de lluvia y niebla colgando en las ramas de los pinos, se han convertido en hielo. En pequeños pero hermosos carámbanos que cuelgan meciéndose y besados por los dulces rayos de sol. Por esto él, mientras disfruta y se asombra una vez más de maravillas tan delicadas, también busca la manera de regalar a ella, estas cosas. Y para sí se dice que ahora mismo encuentra una razón más para que esté presente. Debería, por encima de todo, de la distancia y el tiempo, contemplar y gozar este sencillo espectáculo. Porque ve con sus propios ojos que esto no tienen semejanza con nada de lo conocido en este suelo.

Quizá por esta realidad, en su corazón, en su alma y espíritu, también palpa y gusta una extraña y a la vez hermosa sensación. Ahora mismo, sentado en la piedra frente al río y mientras rumia los recuerdos y desde el primer momento de su despertar en este nuevo día.

Y la sensación es como si, dentro de su pecho y frente a sus ojos, en este momento se fundiera el cielo con la tierra. Como si la dimensión de la materia que pisa, ve y palpa, se elevara por el espacio y, en un punto invisible donde todo es viento, la materia ya dejara de existir y apareciera el cielo. La dimensión inmaterial donde ya todo es otra realidad aunque con la misma luz y belleza.

Y hasta siente y palpa con mucha claridad en su espíritu, que los sonidos del agua del arroyuelo, los cantos del mirlo, el suave susurro de viento y el murmullo casi imperceptible de la naturaleza, se fundiera y existiera solo en la dimensión inmaterial. Como si todo surgiera en el lado de la materia y al instante, traspasara la barrera de lo material y comenzara a existir en la dimensión de lo etéreo.

Extraña sensación y al mismo tiempo hermosa y excelsa, la que en estos momentos palpa y gusta. Por eso no tiene miedo ni se siente inseguro ni perdido. Le sucede todo lo contrario: experimenta en sí una seguridad tremenda y un hondo y sincero deseo de compartir con ella lo que vez, gusta y siente.

Cuando la senda llega a las tierras llanas del río, parece descansar. Como si se aplastara con la misma tierra y la hieba que tapiza para avanzar más recogida en sí. A la derecha de esta llanura, muy cerca ya de las aguas del río, aun se ve el arroyuelo, el tapiz de hierba que por aquí ha brotado y algunos retazos de escarcha blanca. No se ha derretido toda a pesar de la niebla y algo de lluvia.

Mira despacio y recuerda. Hace dos veranos, esta llanura se tapizó con mucho pasto. El sol del verano lo secó tanto que cría como cristales al pisarlo. Y una mañana, las ovejas del pastor de las cumbres, se derramaban por estas tierras. Alguien de la ciudad se acercó por aquí y prendió fuego al pasto. Allá en lo hondo, donde los juncos eran más espesos y estaban más secos. Las llamas prendieron rápidamente y con mucha fuerza. El pastor salió corriendo con el deseo de apagar el fuego pero no pudo. Se dedico entonces a empujar a sus ovejas para el otro lado del río. Lo consiguió a duras penas, en medio de una densa humareda y las llamas que casi lo cercan y a sus ovejas. Tuvieron que venir los bomberos para apagar el fuego de esta llanura.

Unos meses más tarde, ya otoño, las lluvias cayeron y la hierba volvió a tapizar toda la tierra de esta llanura. Ella estaba en aquellos días y cuando la niña le comentó lo del incendio, preguntó con mucho interés. Ahora recuerda que, el mismo con paciencia y emoción, explicó a ella toda la historia de este hecho. Escuchó con mucho interés y al final dijo:
- Pues esta llanura, desde el primer día que vosotros me la mostrasteis, me pareció muy bella. ¿Por qué, el que fuera, le prendió fuego?

Ni la niña ni él dieron una respuesta a esta pregunta suya. Solo se alegraron saber que a ella le parecían bonitos estos parajes. Quizá por eso y más, ahora para él este rincón tienen tanto encanto. Y lo siente como si por aquí se hubiera quedado y para siempre en lo mejor de su alma. Así es como la ve y lo siento según llega, siguiendo la senda. La hierba hoy también crece por aquí y cubre en una alfombra ancha y espesa, arropada por una tan fina quietud que parece ser la dueña de todo cuanto existe por aquí.

Nieva a lo lejos, nubes por el cielo, escarcha por la llanura y las cascadas, muchas de ellas convertidas en hielo, silencio y día gris de invierno que se acerca trayendo de la mano a la Navidad. Todo se amontona en su corazón y en el momento y todo lo abraza como si quisiera llevárselo lejos, muy lejos.

509- La casa del río

Cuando la Navidad se acerca, a veces, en los corazones de las personas, ocurren cosas maravillosas. Se viven sueños que son más hermosos que la misma realidad.

El río no es muy caudaloso ni ancho porque, donde se encuentra la casa, todavía discurre por las montañas en que nace. Pero aun siendo por aquí pequeño, el río es bellísimo por varias cosas: por el agua azul diamante que por él baja, por los parajes rocosos y repletos de vegetación que atraviesa y por los silencios y colores que en estos lugares hay.

La casa, no muy grande, toda de piedra y madera, la construyeron justo donde el río es más hermoso. Al borde mismo del agua, en la curva donde las rocas encajan a la corriente y en el rincón más escondido y bello. Exactamente aquí construyeron la pequeña casa para estar cerca y gozar a fondo las claras aguas de este río, su murmullo según la corriente baja, los matices de luces y sombras, los colores de los paisajes y la quietud y soledad que en este espacio existe. Lugar, como he dicho, bello como quizá no haya otro en este Planeta Tierra.

Y ella, cuando estuvo en este país, ciudad y lugares por donde el río se desliza, se enamoró profundamente de la pequeña casa de piedra en la curva de la corriente. Joven, muy inteligente, cara, ojos y pelo delicado y fino y con tonos negros. No muy alta, de cuerpo pequeño y voz dulce. Pisó por primera vez la ciudad de Granada y tierras de España, siendo estudiante universitaria. Y al poco de estar en estos lugares, cuando hablaba con él, con frecuencia le decía:
- Como esta ciudad de bella, misteriosa y poética, no hay otra en el mundo. Me gusta tanto, que hasta la sueño y por eso quiero vivir aquí los días que el cielo me regale en este suelo.
- Pero cuando termines tus estudios ¿tienes que volver a tu país?
- Sí, y aunque quiero, me gustaría quedarme.

Pasó el tiempo, volvió a su país, compartió con él palabras repletas de sentimientos, soledad y añoranzas y, pasado unos años, volvió de nuevo. No compartió con él este nuevo encuentro con la ciudad donde había vivido su etapa de estudios. Bastantes cosas en su corazón y alma, habían cambiado y en su vida ahora existían otras realidades y nueva etapa.

El otoño ya estaba llegando a su fin. Las lluvias habían sido abundantes, los paisajes se vestían con un traje de hierba muy fresca y los bosques de castaños, encinas, robles y pinares, olían a musgo y a setas. En las encinas, las bellotas maduraban y en los castaños, también las castañas. Los olivares se veían muy cargados con la nueva cosecha y los bosques en las montañas, se teñían de ocres y amarillos. El frío estaba llegando y por el cielo, las nubes aparecían e iban dejando, a veces agua y en otros momentos, sombras y nieblas. Todo hermoso y como empapado de hondos y misteriosos silencios y quietudes de eternidad. Como si el gran Creador del Universo y seres vivos en general, estuviera, una vez más, mostrando

caminos y regalando las mejores cosas y sensaciones al alma de cada ser viviente y en especial, a las personas.

Era por la mañana de uno de estos últimos días del otoño. Como tantas otras veces, surcaba las sendas de las montañas que en su corazón, hondamente amaba. Desde la parte alta de la gran montaña, bajaba hacia el valle y antes de cruzarlo, de los castaños de la umbría, recogió del suelo un buen puñado de castañas. Se dijo: "Es otoño y aspirar los olores y paladear los sabores que regala la naturaleza, es bueno. El otoño es hermano de mi corazón y amigo sincero de mis silencios y sueños". Siguió avanzando por la senda como hacia el empedrado rocoso que antes de la cascada del río, se veía. Por aquí buscó ramas secas y, entre unas piedras, preparó y prendió fuego a estas ramas.

De nuevo se dijo: "Comer castañas asadas en una lumbre en las montañas, es algo maravilloso. Es mi forma de saborear lo mejor que las montañas pueden regalarnos y también oración y agradecimiento al Creador por la vida, el viento, los sonidos del silencio y los colores de los paisajes". En las ascuas de la lumbre, fue poniendo las castañas y casi al instante, de la lumbre comenzó a manar vapor en forma de humo que impregnaba el aire y todo cerca de él, de un delicado aroma. Se mezclaba este aroma con el humo que las ramas al arder, desprendían y con la humedad del suelo y el musgo en las rocas cercanas. Otra vez se hijo: "Nada en este mundo se puede comparar con escenarios, momentos y aromas como estos. Pertenece todo ello a lo más elevado y por eso son como caminos, señales, y todos los espacios hacia el paraíso o cielo a los que tiende el alma de cada persona. Nada hay en el suelo comparable con escenarios, aromas, silencio, soledad, luces y sombras como lo que ahora mismo tengo cerca, me abraza y besa".

Crujían sobre las brasas, las castañas y se embelesaba él viendo y gozando tan pequeño y a la vez original espectáculo, cuando volvió su cara para el lado derecho. Sobre un punto concreto se quedó mirando fijo y hasta la respiración se le paró al descubrir lo que al frente había. En una roca no muy grande, decorada a los lados por algunas plantas verdes, estaba sentada. Con sus rodillas casi al ras de su cara y parecía observar y meditar al mismo tiempo. Como recogida en sí y a la vez, muy concentrada en algún hecho concreto, sentimiento, preocupación o realidad.

- ¿Qué haces aquí, tan sola, lejos de la civilización y en un día como éste?

Le preguntó él desde la distancia al tiempo que en su corazón se decía: "Hace tanto tiempo que no la veo y que nada sé de ella, que esto me parece sueño. Y la descubro igual de hermosa que en aquellos días, risueña su cara y expresión y en su silencio. Voy a acercarme y si me permite, tocaré su rostro para sentir su respiración y calor y así comprobar que es cierto lo que estoy viendo".

A su pregunta, no recibió ninguna respuesta. Se levantó de donde cerca de la lumbre estaba sentado y lentamente, se fue hacia ella. Lo miraba

ella sin mostrar sorpresa y sin tampoco expresar contento. A sólo unos pasos delante de ella, se paró y la saludó. Le dijo:
- Tu presencia aquí me llena de sorpresa y de hondo gozo. ¿Qué haces en este lugar tan lejos de la ciudad y tan sola?
Sin mucho entusiasmo, respondió:
- Tengo y vivo ahora en una pequeña casa antes de la curva del río.
- ¿Tu casa y viviendo aquí?
- Sí, ahí está mi casa.
- ¿Y cómo me explicas esto?
- Es así y ya está.

Y, respetando su deseo, dejó pasar unos segundos. Luego de nuevo le preguntó:
- Encontrarte aquí y verte con la misma belleza con que en mil momentos te he soñado, me llena de un placer inmenso. ¿Me dejas que toque tu cara?
Nada respondió ella. En silencio lo miraba al tiempo que agachaba su cabeza. Se acercó él un poco más, extendió su brazo con la mano abierta y rozó con delicadeza su cara. Inmóvil seguía ella ahora con las miradas como perdidas. Él reflexionó:
- Te fuiste de estos lugares y país mío, hace mucho, mucho tiempo. Cuando por aquí estuviste, siempre me decías que estos lugares del mundo son lo que en tu corazón siempre habías soñado. Que todo por aquí te llenaba tanto que solo con respirar estos aires, ver los azules del cielo y sentirte acariciada por los rayos del sol al caer las tardes, ya eras la más feliz de las personas.

Lo recuerdo: mil veces me dijiste que como esta tierra mía, con sus colores, olores y personas, nada hay igual en este mundo. Y otras tantas o más veces me dijiste que por aquí querías quedarte a vivir para siempre. Que ningún otro rincón del mundo era para ti tan interesante como todo lo que por estos lugares veías y estabas descubriendo. Pero te marchaste y yo pensé en ti muchas veces y momentos a lo largo de los días, meses y años. Por eso te decía que verte ahora aquí y de este modo, es para mí con una visión irreal. ¿Has vuelto, quizás, para quedarte a vivir por estos lugares y para siempre?

Y ahora ella sí, como susurrando, dijo:
- Vivo sola en la pequeña casa de piedra junto al río, antes de la curva de las cascadas.
- ¿Sola y tan lejos de la civilización y personas humanas?
- Es lo que quiero y sinceramente agradezco al cielo.
- ¡Qué cosas tan originales, extrañas de alguna manera y al mismo tiempo bellas, hay en tu corazón!
Ni una palabra más pronuncio ella. Como llena de admiración, algo de ternura y limpio respeto, acercó su cara a la del joven. Sintió él sus mejillas y el calor de su frente y oyó levemente la respiración de su boca. Nada digo ahora él pero sí sentía que de este modo celebraba en su corazón el encuentro y que el Creador la mantuviera hermosa en todo su ser.

Nada dijo ella. Muy lentamente se apartó, se levantó de donde estaba sentada, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el puntal que se

asoma a la curva del río. La observó él sin pronunciar palabra y la siguió con su vista y, si entender qué era lo que pasaba, vio como recorría el terreno hasta lo más alto del puntal. Al llegar aquí, en el pequeño balcón que las rocas forman, se paró. Durante un buen rato, miró para las profundidades del río y luego, caminó por la sendilla que por la izquierda de este mirador, desciende al cauce por donde las cascadas. Al poco, la perdió de vista.

No acertaba a tener claro en su mente lo de la presencia de ella y su comportamiento. Volvió a la lumbre, recogió algunas de las castañas que junto a las brasas aún mantenían el calor y luego se fue hacia el puntal. Al llegar, se paró en el mismo balcón rocoso y se asomó al cañón de río. Vio, cerca de las aguas, muy rodeada de vegetación y en onda quietud, la pequeña casa de piedra. Algo cuadrada, con tejado a dos aguas y en la puerta, algunos árboles y plantas con flores. Se dijo:

"Si en este lugar y de esta forma, has decidido vivir, ahora y Dios sabrás hasta cuando, es tu decisión personal. Y siempre he creído que lo que cada persona, en libertad y como hecho valioso en su existencia decida, eso es lo que tiene que prevalecer por encima de todo lo demás. Son hermosos estos paisajes, la corriente del río, los bosques, los colores, sonidos y olores y la soledad y el viento. Ojalá, como te respeto yo y creo en ti, siempre en este mundo todas las demás personas lo hagan. Y ojalá llegues al final de tus días, repleta y con las cosechas que ahora y crees tan importante para ti. Un mundo más completo y bello que en estos momentos tienes por aquí, seguro que en ningún otro lugar vas a encontrarlo. Buscas por estos paisajes, como yo, la presencia y el abrazo de Dios. Amas la belleza y deseas el mismo cielo y la misma eternidad que en mi corazón en todos momentos apetezco. Que el cielo te bendiga y permita que un día se haga en ti realidad este tan bello sueño tuyo. Que seas feliz tal como siempre soñaste".

Después de esta reflexión, durante un buen rato, en el mirador de la roca y frente a río, estuvo observando y meditando. Volvió luego por la senda y junto a la lumbre también estuvo un tiempo. Gustando del calor de las brasas, saboreando las últimas castañas y llenándose del silencio y el viento cargado de otoño ya con frío, lluvia y nieve en las cumbres altas. Dio gracias al cielo por la experiencia y dejó que su corazón gustara y, al mismo tiempo, llorara, la emoción y el imperceptible sentimiento que experimentaba. De nuevo se dijo:

"Cuando la Navidad se acerca, a veces, en los corazones de las personas, ocurren cosas maravillosas. Se viven sueños que son más hermosos que la misma realidad. Estos paisajes, la luz, el viento, los silencios y olores otoñales y tú por aquí como en fantasía inmaterial, crean un mundo mucho más elevado, hermoso y eterno que la realidad material. Te regalo todo esto y doy gracias al cielo por permitirme sentirlo y vivirlo en tan profunda intensidad y fina belleza. Es un regalo tan inmenso que está por encima de toda la materia en este suelo. Solo Dios tiene el poder de concederlo".

El hombre y el borriquillo del río Darro

I- Sin el agua, la Alhambra no existiría. Y del río Darro, a los pies de estos palacios, es de donde se recoge este cristalino elemento para los palacios de la colina. Para regar jardines, nutrir fuentes, llenar albercas, alimentar cascadas y acequias y saturar de música y perfume todos los rincones de esta fortaleza encantada. Pero el agua que, desde el río Darro encauzaron y se llevaron a los recintos de la Alhambra, desde aquellos tiempos lejanos, fue y sigue siendo como robada a esta cauce. Porque tan pequeño y bonito río, mucho antes de que existiera la Alhambra, ya era amigo del valle y de los humildes por donde estos tenían sus cuevas, huertos y veredas.

En aquellos lejanos tiempos y hasta nuestra época, muchas personas pobres, se refugiaron por las orillas del río Darro. Los que podían o habían tenido más suerte en la vida, cogieron por aquí un trozo de tierra para cultivar. Otros, junto a la corriente y colina de la Alhambra, cavaron sus cuevas, aprovechando que el río les regalaba sus limpias aguas y mucho más, tenían por el lugar su trabajo. Cultivando hortalizas y árboles frutales y yendo y viniendo con sus borriquillos cargados con estos productos.

Este era el caso, por aquellas épocas en que la Alhambra se alzaba sobre la colina, del hombre del borriquillo. Tenía mujer y dos hijas y él, en una batalla cuando luchaba en la guerra, perdió una pierna. Por eso, los amigos y conocidos, lo llamaban “el cojo del borriquillo”. Hombre bueno, como pocos en esta zona del río de Granada pero muy pobre, aunque poseía un borriquillo. Con mucho esfuerzo y trabajo, logró construir una humilde casa, no lejos del río por donde la conocida Fuente del Avellano y en un lugar desde donde se veía bien la figura de la Alhambra.

A la pequeña casa, le hizo un patio donde, en un rincón preparó un cobertizo para el borriquillo. A la vivienda le hizo una sala pequeña con chimenea y, a la izquierda, levantó un tabique para una habitación. Aquí dormían las dos hijas y la madre y él, siempre se acostaba junto a la chimenea. Se levantaba el primero cada mañana y, con su muleta de palo, iba al cobertizo del borriquillo. Lo acariciaba, le daba algo de comer, paja, hierba cuando podía, algunas plantas secas que los vecinos le regalaban de sus huertos y poco más. Luego él, después de comer también alguna cosa en compañía de las hijas y la mujer, se subía en el borriquillo, se ponía en marcha por los caminillos que iban de un huerto a otro y al llegar le decía al dueño de la tierra:
- Aquí estoy, con mi borriquillo y las aguaderas por si necesitas que te lleve algún producto a tu casa o a los sitios donde los vendes.
Y los dueños de estos huertecillos, como conocían a este hombre y sabían que el pobre tenía que hacer algo para buscarse la vida y dar de comer a su familia, casi siempre le decían:
- Tu borriquillo y tú, venís en el mejor momento. Porque sí que necesito que me lleves algunas cosas a casa y a los sitios donde vendo los productos que saco de mis tierras.

El hombre cojo, se bajaba del borriquillo y, ayudado por el dueño del huerto, llenaba las aguaderas de lo que necesitaba transportar. Luego, volvía a subirse en el jumento y por las estrechas veredas, regresaba al barrio del Albaicín, a la casa del dueño de los productos y a los sitios donde los vendía. Aquí dejaba su carga y, a cambio de este trabajo, siempre le regalaban alguna cosa diciendo:
- Toma, con esto pago un poco tu trabajo para que también puedas comer hoy y llevar algo a tu casa.
Y las hijas, como ya sabían esto, siempre estaban en la puerta de la casa y cerca de las aguas del río, mirando a ver si regresaba el padre con las cosas que le habían regalado. Comían ellas y la mujer algunos de los frutos u hortalizas que el padre traía en el borriquillo y de esta manera iban tirando.

En las aguas del río, la madre lavaba la ropa y, mientras tanto, por allí cerca las hijas jugaban o miraban. Y arriba, sobre la colina, siempre se veía la figura de la Alhambra como vigilando. Alguna vez que otra, la madre decía a sus hijas:
- Si no fuera por este río y por las aguas tan buenas y limpias que a todas horas nos regala, no sé qué sería de nosotros.
Y las hijas le preguntaban:
- ¿Y tú crees que, los de la Alhambra, nos las quitarán algún día?
Y al oír esto, la madre siempre callaba, seguía lavando su ropa en la corriente del río y, de vez en cuando, miraba para la Alhambra.

Y el padre, algunos de aquellos días, al caer las tardes y después de terminar los encargos que los amigos le mandaban, regresaba con su borriquillo a las orillas de este río. A un lugar muy concreto que él conocía bien y por donde crecía la hierba y el monte bajo. En un punto elevado, aprovechando el desnivel del terreno en la ladera frente a la Alhambra, le pedía al borriquillo que parara, se apeaba de él, caminaba un poco ayudado con su muleta de palo y en una piedra se sentaba, diciendo al animal amigo:
- Descansa y come algo mientras yo te observo y también descanso.
Dejaba que el asno amigo se alimentara de la hierba, monte y pasto mientras él se embelesaba mirando las aguas del río, las casas del barrio, la Alhambra sobre su colina y la tarde irse. Y era en este momento cuando siempre se decía: "Seré pobre y estaré mutilado y no podré dar a mi familia lo que otros sí, pero el cielo me permite vivir junto a este tan bello río de aguas claras. Nadie sabe esto y menos, nadie sabrá de mi vida ni de mis sentimientos junto a este río, cuando pase mucho, mucho tiempo".

II- Ya el invierno estaba llegando a su fin y por eso, por un lado y otro, en las plantas se veían los brotes nuevos. Los rosales silvestres, los arrayanes, los romeros y lo mismo en los árboles frutales: cerezos, almendros, higueras, ciruelos, perales… También los pajarillos se afanaban en la construcción de sus nidos: palomas torcaces, mirlos, gorriones, currucas… Otras aves, se preparaban para regresar a sus lugares de origen como los zorzales y petirrojos, mientras en dirección contraria, empezaban a llegar las golondrinas, las tórtolas y los vencejos.

Y una de aquellas tardes, estando él recogido en el rincón que tanto le gustaba, vio a las hijas cruzar el río. La mayor saltó primero y la pequeña la siguió. Al ver el padre a las chiquillas cruzando el río y caminar por la senda hacia la ladera, se preguntó: "¿A dónde irán por aquí tan solas y con esa actitud tan dispuesta?" Y no tardó en comprobarlo. Siguió fijo en ellas y al rato oyó la voz de la mayor que lo llamaba. Rápido él le contestó y dijo:
- Estoy donde siempre. Rodead las tierras del huertecillo y aquí os espero.
Algunas cosas más dijo la hija mayor mientras recorría la senda, animando a la pequeña a que la siguiera. Y como caminaron deprisa, al poco estuvieron junto al padre. Lo saludaron y le dijeron:
- Queremos estar contigo porque nos hemos acordado que un día nos dijiste que nos contarías un cuento. ¿Lo recuerdas?
- No lo he olvidado pero lo que aquel día quería contaros y ahora puedo, no es un cuento sino algo que sucedió de verdad.
- ¿Por este río o por la Alhambra?
- No lejos de este río y también no muy lejos de la Alhambra.
- ¿Y qué fue lo que ocurrió?

Le pidió el padre a las dos hijas que se sentaran junto a él, en la hierba, frente a las aguas del río, no lejos del borriquillo que tranquilamente pastaba. La hermosa figura de la Alhambra, a sus espaldas, se recortaba sobre la cumbre de la colina. El sol caía por ese lado y su luz dorada, teñía de rojo oro las murallas y torres de los palacios. Dijo la hija pequeña:
- Empieza cuando quieras que te escuchamos.
Y el padre, con sus miradas como perdidas por donde el río se alejaba, sin más dijo:
- Algo que en la vida, vosotras debéis tener siempre presente, es luchar por vuestra felicidad. Y para conseguir esta paz y gozo en el alma, lo más importante es creer en vosotras mismas, procurando en todo momento que nadie ni nada os desanime ni os aparten del camino que debéis recorrer.
La mayor preguntó:
- Lo que dices parece bonito ¿pero es fácil llevarlo a cabo?
- No es fácil, como nada en esta vida pero debéis luchar por ello porque, os lo aseguro, nada, nada en este mundo vale más ni es más importante.
Y la pequeña preguntó:
- ¿Y el cuento que ibas a contarnos?
- Voy con él, escuchad despacio porque tiene mucho que ver con lo que os digo en este momento.

Y después de un rato en silencio, como si intentara concentrarse o respirar aire puro, comenzó y dijo:
- Era un día también como el de hoy. Tranquilo, limpio el cielo, sin frío ninguno aunque con muchas nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada. El grupo de niños, así como vosotras, se juntaron aquella mañana en unas de las pequeñas plazas del barrio del Albaicín. Se saludaron y enseguida se pusieron en camino. Cruzaron este río, subieron por las laderas de estas montañas y tres o cuatro horas después, llegaron al collado de las encinas y donde la hierba tapizaba. El muchacho mayor iba el primero y al ver la pequeña casa blanca al lado de arriba del collado, dijo al grupo:

- Ahí es donde vive nuestro amigo. Y, según me dijo, nos está esperando. Acerquémonos y lo llamamos.
Se aproximaron a la casa, llamaron a la puerta y al instante salió el hombre. Bastante mayor, de pelo y barbas blancas y largas y amablemente los saludó. Una de las muchachas así como tú, enseguida dijo:
- Queremos que nos lleves a ese sitio que tantas veces nos has dicho. ¿Es hoy el momento?
- Claro que lo es. Vamos ahora mismo.
Cogió él el ronzar de su borriquillo que lo tenía atado en la encina de la puerta de la casa, se subió en el jumento y por el camino que, desde el collado bajaba hacia los arroyos de las adelfas, comenzaron a caminar. El borriquillo con el hombre encina y el grupo de muchachos, a su costado o detrás. Al poco llegaron al arroyo, en sus aguas algunos lavaron sus manos y otros bebieron y luego continuaron por el caminillo. Por la pequeña senda que, desde el arroyo, remontaba por la ladera hacia las partes altas.

Y según iban subiendo, cada vez más aparecía ante ellos un paisaje muy hermoso. Por el lado del sol de la tarde, iban descubriendo la figura de la Alhambra y por el lado del sol de la mañana, se les aparecía cada vez más cerca y con más claridad las cumbres de Sierra Nevada. Una de las muchachas más joven, preguntó:
- Y cuando lleguemos al sitio ¿vamos a parar un poco?
- Un poco vamos a parar pero no mucho.
Después de cruzar unos arroyuelos, por donde la senda se abría paso, se encajaron en el puntal todo repleto de almendros llenos de flores. Dijo el hombre mayor:
- Este es el sitio donde vamos a parar. Descansemos un momento mientras echamos la última ojeada a los paisajes y luego seguimos.
Se pararon, estuvieron mirando durante un rato para el lado del sol de la tarde y luego siguieron. Lentamente y como al encuentro de un paraíso hermoso y oculto entre brumas. Y por ahí, sin miedo y sin prisa, se fueron perdiendo. Y tanto se perdieron en aquella bellísima profundidad entre montañas y ríos que ni aquella tarde ni al día siguiente ni nunca más se les ha vuelto a ver.

En este punto detuvo el padre la narración de su relato y miró a las hijas. La pequeña, después de unos segundos, preguntó:
- ¿Y a dónde se fueron?
- Parece que a un mundo misterioso, para ellos muy bello como ya he dicho, que nunca nadie hasta hoy ha descubierto.
Y ahora fue la mayor la que preguntó:
- ¿Y la casa del collado, el hombre mayor y el borriquillo?
- Del hombre y del borriquillo tampoco se supo nada pero la blanca casa del collado, creo que aun sigue en el mismo sitio.
- ¿Nadie nunca tampoco ha ido ahí y ha explorado esa casa por dentro?
- No lo sé pero ahí sigue la pequeña casa, junto a las encinas y por donde la hierba continúa tapizando verde.
Y después de un buen rato en silencio, como meditando algo, la más pequeña volvió a preguntar:

- ¿Por qué no, tú un día, nos llevas a este collado y vemos y descubrimos esa casa por dentro?
- Podemos hacerlo. Ahora que pronto llegará la primavera, un día podemos ir hasta ese collado y nos dedicamos a descubrir esa casa y recorremos los paisajes por donde los niños desaparecieron.
- Será fantástico porque, a lo mejor y sin que lo queramos, descubrimos el misterio de ese grupo de muchachos y el mundo mágico hacia el que dices se fueron.
- Y si esto sucede, quizás sea bueno para vosotras porque comprenderéis entonces el significado exacto de lo que os he dicho hace un rato.

Lavando en el río Darro

La madre, con su cesta de esparto llena de ropa sucia y en compañía de su niña, bajaba por la empinada calle. También con el corazón encogido por el frío de la mañana, la desolación que los de guerra tenían sembrado por todo el barrio y el hambre y miseria que estaban viviendo. Al verla, una amiga suya le preguntó:
- ¿Qué, al río como tantos otros días?
- Sí, hija mía al río a lavar esta poca ropa de mi niña y de mi marido.
- ¿Y no te da miedo ni temes que los de la guerra aparezcan y os hagan daño?
- Me da mucho miedo y temo pero a ver ¿qué hago?
- Pues que tengas suerte y cuida mucho de tu niña. Es un premio del cielo y lo más hermoso que hay en tu vida.
- ¡Y qué lo digas!

Se abría el día con una luz muy apagada. Gris, morado y azul, el cielo, con densas nubes cubriendo por completo y solo dejando asomar el sol en algunos momentos. Sin chispa de aire, quietud profunda en las umbrías del Generalife y bosques de la Alhambra y, de fondo, el rumor del agua del río Darro. Un día hermoso, lleno de misterio, frío y, aunque apagado, con alguna de esperanza en no se sabía qué. Porque era invierno y las personas, por todo el barrio del Albaicín, Sacromonte y cerca del río hacia la Vega de Granada, se movían como acurrucados en sí, protegiéndose del frío escarchar y del dolor en el alma.

Algunos, al encontrarse mientras avanzaban por las calles camino de sus huertos o algún otro trabajo humilde, se saludaban y preguntaban:
- ¿Lloverá hoy?
- Tiene pinta de eso el cielo y hasta parece que puede nevar.
- ¿Y vendrás los aviones de todos los días?
- Eso solo los que hacen la guerra, lo saben
- Qué dolor y qué pena las personas que murieron el otro día y los destrozos que hicieron en tantas casas. ¿Cuándo dejarán de tirar bombas?
- Lo mismo te digo: solo los que han puesta en marcha esta guerra, lo saben.
- Algunas personas no tienen corazón ni les duele la muerte de tantos inocentes y pobres. Solo miran lo que les interesa a ellos y les da igual la muerte de miles de inocentes luchando en una guerra injusta.

Un puñado de rayos de sol, se escapaba en ese momento por entre las nubes y se derramaba sobre las torres y murallas de la Alhambra. Dijo la madre a su niña, mientras seguían bajando en busca de la corriente del río:
- Mira qué bonitos y misteriosos se ven hoy esos palacios.
Y la niña preguntó:
- ¿Los que viven ahí son los que han ordenado que cada día vengan los aviones por aquí a tirar las bombas?
- No lo sé, hija mía.
- ¿Y cuándo van a dejar de aparecer estos aviones tan feos?
- Tampoco lo sé pero ojalá desde ahora mismo no vinieran nunca más.

Llegaron al río por donde las espesas zarzas y en lo hondo, entre plantas y árboles, el charco remansado. Siguiendo la sendilla, entraron por el portillo abierto en la vegetación y se acercaron a las aguas. Al borde mismo del charco, la madre se paró, soltó su cesta de esparto llena de ropa para lavar y comenzó a prepararse para la faena al tiempo que le decía a su niña:
- Juega por aquí cerca y no te retires mucho ni tampoco te metas en las aguas que hoy están muy frías.
- Sí mamá, voy a jugar en la arena que hay al borde del charco. Y no me alejaré porque me da miedo la oscuridad que por aquí hay en el río.
Un poco más arriba de donde ellas se habían parado, a la derecha y por la umbría del Generalife, se veían las tierrecillas de algunos huertos. Por donde los árboles frutales también mostraban sus ramas y troncos. Algunos pajarillos revoloteaban buscando comida o cantando, como ajenos a la madre y su niña y también a las cosas de la guerra.

Se fue la pequeña por el lado de arriba del charco y se acercaba a la corriente para coger unas piedras que le habían gustado cuando resonó el ruido de los aviones. Al oírlo ella, se volvió para atrás asustada y diciendo a la madre:
- Que viene, mamá.
- Corre y vente junto a mí.
Le indicó enseguida la madre. Pero uno de los aviones fue más rápido que la niña y la madre. Surgió como de lo alto del monte, brilló en el cielo y al instante soltó la bomba. Se vio el proyectil surcar el aire, silbando mientras caía y unos segundos después, se clavó en la tierra, estallando en una explosión atronadora. Gritó la madre, corrió en busca de su niña, la recogió del suelo donde había quedado tirada, la alzó en sus brazos y mientras la seguía llamando para que no se apagara, la abrazaba fuerte contra sí. Con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón espantado, le decía:
- No te vayas, corazón mío. Tu mamá está aquí para darte besos y jugar contigo, como siempre te ha gustado a ti.

Sobre el pecho, la madre apretaba fuerte el cuerpecito de la niña sobre su cara, se derramaba la carita de la pequeña y sobre el hombro izquierdo caía uno de sus bracitos. Muy pegada a su oído estaba la boca de la niña y de ella salió unas palabras débiles que decían:
- Mamá, me duelen las piernas y todo el cuerpo y tengo mucho sueño. Me voy a dormir y luego cuando despierte seguimos nuestro juego.

Y la madre, desconsolada y llena de miedo, le dijo:
- No te duermas, vida mía. Aun no es de noche y ya los aviones nunca más volverán por aquí. Quiero seguir jugando contigo los juegos que siempre tanto te han gustado a ti.

Secretos en el Albaicín

Conozco uno de los muchos secretos y misterios que se han dando y dan en el barrio del Albaicín. Ha llegado hasta mí a través de una persona amiga. Esta persona un día me dijo:
- ¿Has oído tú alguna vez el secreto de la muralla del Albaicín?
Algo sorprendido lo miré, estuve en silencio un buen rato y luego le pregunté:
- Algunos secretos sé de este barrio pero el de la muralla del Albaicín nunca lo he oído. ¿Qué misterio es?
- Dicen que solo se puede ver una vez al año y desde un punto concreto.
Y como la curiosidad se fue apoderando de mí le seguí preguntando:
- ¿Qué día del año y desde qué lugar se puede ver?
- El día es justo mañana. El primer día de la primavera y solo se puede ver este secreto a la hora exacta en que entra esta estación del año.
- Pues yo ya me muero en deseos de vivir esta experiencia. Mañana entra la primavera justo a la seis de la tarde. ¿Quedamos y vamos a este barrio y me muestras el enigma que me dices?
- Si tú quieres, quedamos y te lo enseño.
Y no se habló más. Aquella mañana nos despedimos quedando vernos al día siguiente en el Mirador de San Nicolás.

Se sabe que el barrio del Albaicín es el más antiguo de Granada. Y se dice que su origen es árabe. De la época de la Alhambra o mucho antes. Aunque algunas personas dicen que el Albaicín nació con los primeros pobladores de estas tierras. Cartagineses, fenicios griegos, romanos, ziríes, andalusíes, árabes… Y también muchos dicen que sobre el cerro donde ahora se asienta este barrio, fue donde nació Granada. Justo en lo más alto, desde donde se ve mejor todas las tierras de la Vega y la gemela colina de la Alhambra. El lugar exacto se le conoce ahora como Alcazaba Cadima, alcazaba vieja, y también Palacio de Daralhorra.

Quizás por todo esto y algunas cosas más son tres las murallas que tiene el Albaicín. Por el barranco y ladera de la Cuesta Alhacaba, entre el mirador de San Cristóbal y la colina de Alcazaba Cadima, es donde se pueden ver restos de estas murallas. Por aquí y por otros sitios del actual barrio del Albaicín: por algunos tramos de la calle San Juan de los Reyes, por donde Haza Grande, por las laderas de San Miguel Alto…

Estas cosas y más aun, se saben del bonito barrio del Albaicín, en Granada. Porque eso sí: este barrio es el lugar más hermoso de la ciudad de la Alhambra, no solo por su historia y el trazado de sus calles y casas. También y fundamentalmente por el sitio que ocupa. Como ya he dicho: en lo

más alto de un precioso cerro que forma colina gemela con la de la Alhambra. Se puede decir que el Albaicín es el espejo de la Alhambra y, al mismo tiempo, la Alhambra espejo del barrio del Albaicín. Porque, en lo más elevado de las colinas, se miran y reflejan sobre las aguas del río Darro y las tierras de la Vega, iluminados por las nieves de Sierra Nevada. Cosas estas realmente curiosas y originales que son apreciadas por muchas personas. Pero este blanco barrio, antiguo y nuevo, guarda en sí misterios y secretos que muy pocas personas conocen. Al menos el secreto que pretendo contar y que me descubrió la persona que ya he dicho.

A la noche siguiente del encuentro que dije, llovió mucho. Sin parar estuvo lloviendo toda la noche y, al amanecer, la lluvia seguía cayendo. Recordé que la persona conocida, el día anterior me había comentado:
- Y además de ser en el primer día de la primavera, la noche antes tiene que haber llovido mucho. Sin embargo, cuando se acerque la hora exacta del paso del invierno a la primavera, las nubes deben abrirse en el cielo y el sol tiene que salir. Si estas cosas no se cumplen no será posible ver el secreto que te he anunciado.

Así que al amanecer del día acordado descubrí que las cosas estaban siendo tal como él me lo había contado. Pero temía que a la hora exacta de la llegada de la primavera, el sol no saliera. Sin embargo, confié y a mediodía, salí de mi casa. Con el paraguas en la mano y con la ilusión de encontrarlo en el Mirador de San Nicolás.

Despacio subí por la Cuesta Alhacaba y lentamente me fui acercando al mirador. Y me lo encontré como siempre: lleno de gente que miraba y hacia fotos a la Alhambra y también muchos hippies con perros. Miré y vi a mi amigo. Estaba sentado en el viejo aljibe de ladrillos y también miraba esperando. Seguía lloviendo y por eso se cubría con un paraguas. Le dije:
- Aquí estoy.
- Has llegado a tiempo.
- ¿A dónde tenemos que ir para presenciar el acontecimiento?
- Hay que caminar un poco para llegar a un punto muy concreto.
- ¿Qué punto es ese?
- Es un lugar en este barrio del Albaicín que no te digo ahora. Vamos a caminar y lo verás dentro de un momento.
- Pues, cuando tú quieras.

Y dejó el sitio donde estaba sentado y se puso a caminar. Lo seguí. Cruzamos la plaza por detrás de la iglesia de San Nicolás, entremos en el callejón Cementerio de San Nicolás, salimos a la placeta Hornos Moral, rozamos el aljibe Polo, cruzamos la plaza Aliatar y por el lado de arriba caminamos. Recorriendo muchas callejuelas siempre en dirección a la ladera de San Miguel Alto, que es por donde hay muchas cuevas. Pensé que me llevaba a una de estas cuevas pero no fue así.

Lentamente fuimos remontando toda esta ladera hasta que coronamos al Mirador de San Miguel Alto, por delante de la ermita con el

mismo nombre. También pensé que sería por aquí donde él debía mostrarme el secreto pero tampoco acerté. Porque seguimos caminando, le dimos la vuelta a la ermita y volcamos para el barranco del Sacromonte. Y al llegar a este sitio sí le pregunté:
- ¿A dónde me llevas?
- Observa el cielo.
- Sí, parece que ya no llueve. Las nubes se abren y, en algún momento, el sol quiere salir. ¿Es esto lo que tiene que suceder para que podamos ver tu secreto?
- Exactamente esto.
- ¿Y queda mucho por llegar al sitio?
- Muy poco.

Nos acercamos a un tramo de muralla. No digo ahora exactamente el sitio porque esto fue lo que me pidió mi amigo:
- A nadie debes decir nunca las cosas con claridad para así evitar que muchas personas vengan a este lugar.
Y le dije a él:
- Cumpliré siempre con este deseo tuyo.
Por eso ahora solo digo que nos fuimos acercando a un pequeño trozo de muralla, sobre el cerro de San Miguel Alto. Buscamos un punto muy concreto, desde donde se ve todo el Albaicín y seguimos con los ojos puestos en el cielo. Las nubes se abrieron más, el sol comenzó a brillar y la hora exacta en que debía comenzar la primavera se acercaba.
- Todo va a salir bien, ya verás.
- Estoy tan nervioso que hasta me parece que esto no es cierto. ¿Qué tenemos que hacer ahora?
- Debemos buscar la piedra que, al tocarla, nos abrirá la gran puerta al secreto.
- ¿La piedra?
- Sí, una piedra no muy grande, algo blanca porque es caliza y casi redonda.
- ¿Sabes dónde se encuentra?
- Tranquilo.

Miró el reloj, miró luego al sol y se agachó un poco. En este momento miré yo y vi la piedra. Metida en un trozo de la tapia que conforma la muralla y del color que me había dicho. Volvió a mirar al cielo, se abrieron mucho más las nubes, brilló con mucha fuerza el sol y él alargó su mano. Eran las seis en punto de la tarde, momento en que comenzaba la estación de la primavera. Con su mano tocó la piedra y, antes mis ojos, ocurrió el asombro. Vi como el trozo de muralla que teníamos ante nosotros, se abrió en dos. No al frente sino a lo largo. Como si el grueso de la pared que conforma la muralla, a lo largo, se abriera por el centro. Y no solo el trozo que teníamos por la izquierda, hacia la Alhambra, sino el de la derecha y por el otro lado de la ermita de San Miguel Alto, lado de Haza Grande. Y el trozo que caía para el barrio del Albaicín comenzó a transformase como en mil pétalos de rosas, en todos los colores. Lo mismo sucedía con el trozo de muralla que caía hacia el barranco de Sacromonte.

Y, conforme estos trozos de muralla se transformaban en grandes pétalos de rosas, del centro de estos pétalos, comenzaron a surgir más hojas, también de mil colores y brillantes casi como el mismo sol. Y, entre estos pétalos del centro, vi aparecer todo el barrio del Albaicín. Como transformado en una gran montaña de color blanco y desprendiendo haces de luz hacia los lados. Lentamente surgía del centro de esta gran rosa y al mismo tiempo se elevaba hacia el cielo. Al fondo, muy al fondo y sobre montañas de nubes rojas, se veía la Alhambra.

Con el aliento contenido, yo miraba sin creer que fuera cierto lo que mis ojos estaban viendo. Pero me animé y le pregunté:
- ¿Qué explicación tiene esto?
Y él, con su mano apoyada en la blanca piedra, me respondió:
- Yo no lo sé y por eso no me preguntes más. Solo puedo decirte que no es sueño y de aquí mi deseo de que lo vieras.
- Pero, y si me permites, yo sé que muchas de las personas que han vivido y viven ahora en este barrio del Albaicín, lo pasaron y lo pasan mal, tuvieron y tienen enfermedades, sufrieron y fueron y son pobres. ¿Cómo es que todo lo que ahora mismo veo es glorioso y bello? ¿De dónde sale tanta luz y tantos colores fantásticos?
- En lo que preguntas es donde se encuentra el gran misterio. Y quizá por esto es por lo que a tantas personas les gusta mucho todo este barrio del Albaicín.
- Sigo sin entenderlo.
- Ni yo sé explicarte más. Pero te repito: Esto no es un sueño.

La más hermosa noche de Navidad

En una estrecha calle, paralela al río Darro y a madia ladera frente a la Alhambra, se ponía todos los días a pedir. Desde que salía el sol hasta que empezaba a ocultarse. En invierno, liado solo en una vieja manta, un plato de barro en el suelo para que las personas le echaran algunas monedas y acurrucado en sí, mientras miraba melancólico a todo el que por la calle pasaba. Nunca hablaba con nadie y solo dabas las gracias al que le regalaba algo y luego seguía acurrucado, mirando como al infinito, a la estrecha calle en la que se refugiaba y, alguna vez que otra, a la figura de la Alhambra sobre la colina de enfrente.

Poco sabía él de estos palacios pero sí tenía claro que en ellos ya no vivirían ninguno de los reyes que, en tiempos pasados, sí. Alguna vez que otra, desde su rincón en la estrecha calle, veía a los turistas asomados por encima de las murallas de las torres y también veía el resplandor del sol que todas las tardes iluminaba estas murallas y torres. Solo algunas veces se preguntaba: “¿Por qué se irían los reyes que vivían ahí y por qué ahora todo aquello lo han llenado de turistas? Serán muy sabios lo que esto hacen y sus razones tendrán pero yo no lo entiendo”.

Porque a él le dolía que los suyos, los que eran de su familia, lo hubieran echado de la casa, también casi tan lujosa como la Alhambra. Un pequeño palacio, con jardines llenos de fuentes, columnas de mármol, escaleras de hierro forjado y puertas y ventanas de madera noble, que se abrían frente a la Alhambra, no lejos de la calle donde cada día se acurrucaba. Y lo habían echado de la casa porque la familia no lo querían. Continuamente le decían:
- Eres un vago, siempre estás soñando y a esta noble casa y a la familia, solo traes problemas y deshonra.
Fue aguantando, de la mejor manera que pudo, el trato que le daban. Hasta que un día, ya harto de humillaciones y palabras degradantes, dijo a la hermana mayor:
- Me marcho de esta casa.
- Es lo que todos queremos y por eso, lo mejor que puedes hacer. ¿Pero a dónde te irás?
- A cualquier sitio que vaya estaré mejor que en esta lujosa casa y con vosotros.
- Pues que tengas suerte y seas feliz.

Y la única suerte que él tuvo, fue encontrar un rincón en la estrecha calle que pasaba por delante de la casa y aquí se puso a pedir. Como en el barrio muchos lo conocían y conocían a la familia y sabían de su rebeldía con las personas que le rodeaban, le daban algunas cosas. En los primeros días, trozos de pan, frutas y algo de ropa. Luego empezaron a darle monedas de poco valor y le decían:
- Sed valiente y no te desmorones nunca. Algún día, la suerte estará de tu lado.
Él los miraba y nunca decía nada. Pero sí los escuchaba y cuando otros comentaban:
- A ver si juntas algún dinero y te compras una casa pequeña cerca de las aguas del río Darro. Al menos tendrás un techo donde dormir y, si encuentras una mujer que te quiera, cásate con ella y así no vives tan solo.
Seguían sin responder a estas palabras.

Pero un día, ya después de varios años pidiendo en la calle y justo un poco antes de la Navidad, conoció a una mujer. También pobre como él y que pedía limosna algo más abajo, ya cerca de las aguas del río Darro. Unas cuantas veces habló con ella y le daba pena verla tan sola, tan pobre, sin el cariño de nadie y con solo algún rincón en la calle, donde vivir. Para animarla, le dijo una mañana:
- En cuanto pueda, voy a comparte una casa cerca de las aguas del río y en un sitio desde donde se vea bien la Alhambra.
- ¿Y cuándo será eso?
Le preguntó ella.
- No tengo mucho dinero pero de lo poco que me van dando, ahorro para comprarte una casa.
- ¿Y te vendrás a vivir conmigo?
- Si tú lo quieres, sí.
- ¡Qué bonito! Así tendremos nuestro pequeño palacio frente a la Alhambra, solo para nosotros dos.

- Es lo que yo continuamente sueño para ti.

Corrieron los días, se acercaba el momento de la Navidad y el frío por las noches era cada vez más intenso. En Sierra Nevada, cayeron las primeras nieves y todas aquellas altas montañas, se vistieron de blanco inmaculado. El sol las iluminaba, al salir cada mañana y, al ponerse cada tarde, las vestía de oro y plata. Y en el cielo, según el tiempo iba avanzando, las nubes se acumulaban cada vez con más cara de invierno, color ceniza y nieve y con cierto sabor a Navidad. Por las orillas del río Darro, la hierbecilla que ya había nacido, cada mañana amanecía teñida de rocío y con blancos cristales de escarcha. Los árboles de la umbría de la Alhambra, ya se habían desnudado de hojas y las zarzas, también se iban vistiendo de otoño viejo e invierno frío.

Y una de aquellas gris y fría mañana de silencio contenido y eternidad acumulada, se acurrucaba él en el rincón de cada día y en su calle de siempre. Envuelto en una vieja manta, con un gorro de lana en la cabeza y con las manos rojas y heladas como la escarcha en la umbría de la Alhambra. Pedía limosna, miraba a todo el que pasaba por su lado y esperaba que alguien le diera, como tantos otros días, alguna moneda. Para comprarse un poco de pan y para ahorrar algunos centimillos para la casa de sus sueños. Salió, del palacio que conocía y donde había vivido de pequeño, la hermana que lo había despedido y echado fuera de la vivienda. Caminó lenta por la calle, como a su encuentro y él, en cuanto la vio, la siguió con sus miradas. Se dijo: “A lo mejor viene a traerme algo. Y si fuera así, podría aprovechar para preguntarle cómo se vive, en estos días de tanto frío, en el palacio que ha sido mi casa a lo largo de los años”.

Pero la hermana, en cuanto se acercó a él, sacó de su bolso un trozo de pan duro y se lo alargó diciendo:
- Luego no digas que no nos acordamos de ti. Aquí tienes para que hoy comas algo.
Cogió él el trozo de pan, le dio las gracias y como tenía hambre, empezó a comérselo mientras la miraba como suplicándole. Ella le dijo:
- Y como ahora hace tanto frío y se acerca la Navidad, los demás hermanos hemos pensado hacer algo bueno para ti.
La seguía mirando y después de un rato en silencio le preguntó:
- ¿Qué es lo que habéis pensado hacer para mí?
- En nuestra casa, la que también fue tuya en tiempos pasados, el jardín necesita cuidado. Las plantas, con estos fríos y el poco sol que hay, se están muriendo. A todas se le han puesto pálidas las hojas, a los rosales, a los cilindras, a las buganvillas, juncos y jazmines. Y el otro día, nos reunimos todos los hermanos para buscar una solución a este problema. Todos vimos claramente que el hermoso jardín de nuestra casa, necesita cuidado urgente pero ninguno queremos dedicarnos a trabajar en él. Sin embargo, es urgente que alguien pode estas plantas, que les quite las malas hierbas, que las riegue y cabe la tierra y recoja del suelo las hojas muertas.

Seguía el pobre en su silencio, mientras escuchaba y miraba a la hermana y mordía el trozo de pan y pasado un buen rato, le preguntó:

- Y a mí ¿para qué me cuentas todo esto? Si ya no vivo en esa casa ni tendré parte en ella nunca más, me da igual lo que le pasen a las plantas del jardín.
- Lo entiendo pero las cosas son así y la vida también se comporta de este modo, con unos y otros.
- Ni la vida ni las cosas son así. Somos las personas y el corazón de cada uno, los que sembramos luz y alegría sobre esta tierra o lo contrario: tristeza, desolación y miseria. Vuestro comportamiento conmigo de ningún modo puede llevaros a nada bueno.
- No empecemos. He venido a verte, te he traído un poco de pan y ahora te estoy contando lo que los demás hemos acordado ofrecerte un poco de calor.
- ¿Y qué es lo que habéis acordado?
- Que seas tú el que te encargues de cuidar el jardín de nuestra casa.

De nuevo el hombre guardó silencio. Miró para la colina de la Alhambra y pensó en la mujer pobre que con frecuencia veía cerca de las aguas del río. Y mientras se concentraba en este silencio, meditaba, a su manera y desde la necesidad que cada día vivía, lo que le había propuesto la hermana. Ésta, como no recibía ninguna respuesta, otra vez habló preguntando:
- ¿Qué opinas de lo que te he dicho? ¿Aceptas o no venirte a nuestra casa a cuidar de las plantas del jardín? Tengo el encargo de los demás miembros de la familia, de buscar hoy a otra persona, en caso de que tú no quieras este trabajo.
Y el pobre respondió:
- Todo ahora en mi vida es muy malo. Pienso que, por extraña que sea mi presencia en la casa y por desagradable sea el comportamiento de vosotros para conmigo, algo salgo puedo salir ganado si acepto el trabajo que me dices. Pero ¿qué voy a recibir yo a cambio de cuidar el jardín?
- Los demás hermanos hemos pensado en darte algo de comida y, en el hueco de la escalera del jardín, puedes refugiarte para dormir. Al menos, si llueve, no te mojarás y por las noches, menos frío pasarás que en esta desierta calle.

Y no se habló más. En aquel mismo momento el pobre se fue con la hermana, caminaron por la calle, llegaron a la casa, abrieron y entraron y al verlo los otros miembros de la familia, sin más le dijeron:
- No te creas que vienes a esta casa a vivir como un señorito. Aquí tienes las herramientas y el jardín que conoces. Ponte a trabajar ahora mismo y que todas estas plantas se llenen de vida y de flores en unos días.
Nada dijo el pobre. Cogió las herramientas que había en el hueco de la escalera y se puso a labrar las plantas. Primero recogió todas las hojas secas que había por los pasillos, luego podó las matas de cilindras del pasillo de los naranjos, después segó los juntos de la fuente de los peces y los rosales del arriate de la cueva. Fue amontonando todas las ramas, hojas y tallos que cortaba en el rodal de tierra que servía de huertecillo con la intención de hacer luego una lumbre y quemar toda la broza. Y cuando llegó la noche, la hermana, la que había ido a buscarlo al lugar donde en la calle pedía todos los días, salió al jardín con un cuenco de barro. Dentro había puesto algo de comida y como todavía estaba un poco caliente, se la ofreció al hermano desgraciado diciendo:

- Esto es la primera recompensa por tu trabajo de hoy en el jardín. Toma y come que yo mientras tanto voy a traerte un par de sacos llenos de paja y los dejo junto al hueco de la escalera, donde podrás hacer tu cama y dormir esta noche.
Cogió el pobre el cuenco de barro, el trozo de pan que también la hermana le había traído y en la escalera que iba para la fuente de los peces, se sentó y se puso a comer. Mientras lo hacía vio como la hermana dejaba un par de sacos llenos de paja junto al hueco de la escalera. Ahí mismo dejó también una manta vieja y él, en cuanto terminó de comerse lo que le habían dado, se acurrucó a la manta, entre la paja y se dispuso a pasar la noche.

A primera hora, hizo mucho frío. Luego comenzó a llover y sin parar estuvo hasta que amaneció. Sintió él que lo llamaban en cuanto el día se alzó un poco más y, al abrir sus ojos, vio a la hermana que le decía:
- Ya es hora de que te pongas a trabajar. Esta noche misma que llega, será Navidad y queremos que nuestro jardín esté limpio y bien cuidado.
Salió del hueco de la escalera, cogió una naranja del árbol que tenía cerca, la peló y se la comió y se puso a trabajar en el jardín. Sin parar estuvo hasta el mediodía, cuando de nuevo la hermana le llevó algo de comida y le dijo:
- Dentro de un rato, vamos a salir para hacer algunas compras y visitar a los amigos. Queremos que adornes este árbol pequeño porque nos servirá para ambientar la fiesta de la Navidad. Así que esta tarde, te dejamos solo en la casa y en el jardín pero cuando volvamos queremos verlo todo perfectamente decorado y bien organizado.

No dijo nada él y sí, en cuanto terminó de comer lo poco que le habían dado, continuó con el trabajo. Y a media tarde, cuando calculó que los habitantes de la casa habían salido para visitar a los amigos y comprar cosas, salió él también a la puerta, caminó por la calle, fue a donde sabía estaba su amiga la pobre y le dijo:
- Ven rápida que quiero que veas el jardín donde ahora vivo y trabajo.
Le siguió la mujer pobre y en unos minutos entraron a la casa, pasaron al jardín y el hombre pobre se puso a enseñarle las plantas, los naranjos llenos de frutas maduras, las fuentes, el hueco de las escalera y el árbol que estaba decorando para la noche que llegaba. Dijo ella:
- Todo es precioso y hasta siento envidia de la suerte que estás teniendo. ¿Puedo quedarme esta noche aquí contigo?
- Esta no es mi casa, aunque lo sea. Quiero que te quedes porque esta será una noche muy especial y me gustaría que estuvieras junto a mí. Pero ¿Y si te descubren y me castigan a mí?

Y no había él terminado de pronunciar estas palabras cuando sintió que se abría la puerta de la casa. Rápido el hombre pobre pidió a la mujer que se escondiera en el hueco de la escalera. Pero tuvo la mala suerte que antes de ocultarse, la vieron. Enseguida apareció la hermana, muy enfadada y gritando:
- En cuanto te hemos dejado solo te aprovechas de todo esto.
Asustado el hombre pobre dijo:
- No es lo que piensas. Espera que te explique y verás como lo entiendes.

- Ninguna explicación tienes que darme. Sal ahora mismo de este jardín y no vuelvas más por aquí.
Y la mujer pobre también quiso dar una explicación pero la hermana se le adelantó diciendo:
- En cuanto a ti, ya te conocemos. ¿Cómo te has atrevido a venir a mi casa?
Guardó silencio la mujer y también el hombre pobre mientras la hermana seguía gritando:
- Fuera ahora mismo los dos de este recinto y que nunca más os volvamos a ver por aquí.

Caminó el hombre pobre hacia el hueco de la escalera, se metió en ella, cogió la manta que la hermana le había dado, se envolvió en ella, le dio su mano a la mujer pobre, salieron de la casa y por la calle caminaron hacia la orilla del río Darro. La noche ya lo cubría todo y por eso se veían muchas luces en las calles y en las casas. También brillaban luces en las torres y murallas de la Alhambra y se oía música de Navidad. En silencio los dos caminaron hasta la orilla del río, por donde hoy se encuentra el Paseo de los Tristes. Junto al río, se refugiaron en unas piedras gordas, encendieron un pequeño fuego y se acurrucaron en la vieja manta.

Avanzó la noche y aunque el cielo estaba por completo cubierto de nubes, no llovió. Pero sí el frío se hacía por momentos más intenso. Se puso a nevar a partir de media noche, las luces de las casas se fueron apagando y la música de las canciones de Navidad, seguía mezclándose con el rumor de la corriente del río y el gran silencio de la noche. Se acurrucaron ellos un poco más en la manta y para animarse un poco ella dijo:
- Tú no te preocupes. Sé que un día tendremos una casa propia y en ella sembraremos un jardín aun más bonito que el que hasta hace unas horas tenías.
- Es lo que más me gustaría en este mundo para ti. Así que tú tampoco te preocupes. Nos tenemos el uno al otro y eso, en esta noche de Navidad, es lo más valioso.

Siguió nevando sin parar a lo largo de toda la noche. Al amanecer, las primeras personas que aparecieron por el Paseo de los Tristes, los vieron junto al río. Cerca de las piedras estaban los dos acurrucados y envueltos en la manta, abrazados y mirando para la Alhambra. La lumbre se había apagado y la nieve era tanta que hasta formaba un pequeño montón junto a ellos. Las aguas del río estaban heladas y de las ramas de las plantas, colgaban los carámbanos. Y los que los vieron, al acercarse a ellos, comprobaban que estaban por completo congelados. Con sus sonrisas en los labios, mirando para la colina de la Alhambra y como esperando que alguien les ayudara. Los que se acercaban, unos a otros se decían:
- ¡Vaya noche de Navidad que han tenido los pobres!
Y los que se acercaban un poco más, también comentaban:
- Quizá haya sido para ellos, la más hermosa noche de Navidad que hubo nunca en este suelo.

La calle del poeta

En Granada, por donde el río Darro, por el barrio del Albaicín y por donde la Alhambra, no solo es importante lo que se puede ver con los ojos de la cara. Detrás de lo que a simple vista se observa, escondido en el silencio y tras las cortinas del tiempo, existen y palpitan, misterios, sueños, ilusiones, amores… Los latidos de un alma que trasciende al tiempo y es mucho más grande y bello que todo cuanto pueda verse con los ojos de la cara.

Y un trocito de este universo y la luz que aun todavía irradia, yo he tenido la suerte de conocer. Por donde el río Darro, a los pies de la colina de la Alhambra y justo donde se derraman las casas del Albaicín. Por esa ancha ladera que se enfrentan a la Alhambra, siempre mirando al sol de la mañana y a las altas cumbres de Sierra Nevada. Por esta ladera, hoy toda alfombrada de casas blancas y surcada por estrechas calles, en otros tiempos hubo un pequeño jardín. Al final de una larga y también muy estrecha calle que remontaba desde las mismas aguas del río Darro, casi hasta lo más alto. Hasta un poco antes de donde hoy se encuentra el Mirador de San Nicolás.

En este punto mismo, ya casi al nivel de la Alhambra sobre la colina de enfrente, era donde él cultivó su pequeño jardín. No al estilo clásico sino como en forma de refugio, muy abierto por completo al sol de la mañana, a la hermosa figura de la Alhambra y a las nieves de Sierra Nevada. Porque esto era lo que más le gustaba a él: venirse a este jardín chiquitito, situarse frente a la Alhambra y ponerse a mirar sin prisas para las torres de los palacios. Pero antes de esto y cada día, él subía la empinada calle, siempre muy despacio y siempre mirando a un lado y otro. Y en cuanto encontraba algo que le parecía que ensuciaba la calle, lo recogía y les decía a los que por la calle pasaban:
- ¿Qué trabajo os cuesta mantener limpia esta calle?
Y algunas personas le contestaban:
- Como si esta calle fuera toda tuya y de merengue.
- Es mía, desde luego pero también vuestra. Y porque la considero importante y bella, es por lo que tanto os repito que la cuidéis, conservándola siempre limpia y ordenada.
- Pero esta calle, lo mismo que las demás del barrio, es para ir por ella y no para cuidarla como si fuera de dulce.

Y él callaba, seguía subiendo, recogiendo y ordenando todo lo que por la calle se encontraba y cuando llegaba a lo más alto, se paraba entre las plantas de su jardín. Aquí se sentaba, casi siempre a primera hora de la mañana, se ponía a mirar para la Alhambra, besado por los rayos del sol que le llegaban de frente y se dedicaba a esperarla. No la había visto nunca y por eso ni siquiera sabía cómo era su cara ni el color que tenían sus ojos y su pelo pero la soñaba por los salones de la Alhambra y con esto le bastaba. A veces, mientras miraba en silencio y se deleitaba en su sueño, escribía para ella algunos versos como estos:

Siempre contigo sueño cada mañana
y siempre desde este silencio
mi corazón te llama.

Quizás nunca lo sepas
pero a mí me basta
soñarte de esta manera
cada mañana.

Y algunos de estos días, cuando él se recreaba en observar la Alhambra, mientras dejaba pasar el tiempo y esperaba verla asomarse a las ventanas de las torres, los conocidos se acercaban y le preguntaban:
- Tú nunca nos lo has dicho pero nosotros estamos intrigados. ¿Por qué te pasas tanto tiempo sentado en este jardín tuyo mirando sin pestañear a la Alhambra?
Y entonces él les decía:
- Porque es ahí donde vive la princesa de mis sueños.
- ¿Qué princesa?
- Vosotros no la conocéis ni yo tampoco pero me gusta pensar en ella, mientras la sueño desde este pequeño paraíso mío.
- ¿Y esperas que venga algún día por aquí a verte?
- Yo no sé si vendrá pero por si acaso lo hiciera es por lo que cada día recorro esta calle y quito de ella toda la suciedad y lo que la afea.
- ¿Y esto tiene sentido?
- Tampoco sé si tiene o no sentido pero ¿sabéis lo que os digo?
- ¿Qué nos dices?
- Que puestos así pienso que nada en la vida tiene más sentido que soñar con una princesa. Es lo más satisfactorio y hermoso y lo que da valor a todas las demás cosas de este mundo y en el otro.
Y los conocidos le respondían:
- Puede ser cierto pero nosotros no lo entendemos.

Pasó el tiempo, el poeta de la calle, todos los conocidos y la princesa de sus sueños, murieron. La calle la transformaron muchas veces a lo largo de los años y nadie, absolutamente nadie hoy recuerda los hechos y comportamientos de aquel hombre. Sin embargo, cuando he comentado esta historia con las personas, algunos sí que me han dicho:
- En Granada, en el río Darro y en la Alhambra, no solo es importante lo que se ve con los ojos de la cara. Hay que saber descubrir y gustar el alma y belleza de todos estos sitios y a través del tiempo. Porque esto, quizás solo esto, sea lo verdaderamente valioso y eterno.

El cascabel del Albaicín

Nació una mañana de otoño de cielo azul, suave vientecillo con olor a hojas secas y luz un poco apagada. Justo en la humilde casa que sus padres habían construido al borde mismo del río Darro. Casi rozando las aguas, por completo frente a la Alhambra, en la colina al levante y donde las hermosas casas del Albaicín, se esturreaban ladera abajo hacia el río y hacia la Alhambra. Y nada más nacer y verla, la anciana dijo a la madre:

- Esta niña trae con ella una gracia que nadie ha tenido nunca por aquí.
Le preguntó la madre:
- ¿Qué gracia trae con ella?
- Cuídala mucho y que crezca sana y fuerte. Ya te darás cuenta en cuanto sea un poco mayor.

Creció la niña y todos en el barrio la querían mucho. Por lo alegre que era, por las ganas de jugar que tenía siempre y, sobre todo, por su risa. Cuando iba de un lado para otro, cogida de la mano de su madre, con sus amigas o vecinos, siempre, con cualquier cosa, se reía. Y cuando de su boca salían las notas de sus risas, todos miraban y se quedaban como extasiados. Algunos decían:
- Parece un ruiseñor enamorado y desgranando su mejor canción al llegar el día.
Y un vecino algo mayor que también la quería mucho, un día comentó:
- Su risa es como la música de un alegre cascabel. ¿No os dais cuenta como cada vez que ríe parece como si engarzara un collar de notas con todos los sonidos de las escala?
- Sí, desde luego que lo que dices es muy acertado. Nadie en este barrio ni en toda Granada ni tampoco en la Alhambra, tiene ni ha tenido nunca una risa tan maravillosa como la de ella.

Y según iba creciendo, tenía más y más amigos. Hasta que poco a poco junto tres pequeños grupos: los vecinos y amigos así de su edad y que vivían cerca de su casa, la muchacha de la flauta, un poco mayor que ella y que vivía a media ladera entre el río Darro y la parte alta del barrio y la dulce anciana de la casa chica, un poco a la derecha donde vivía ella. Era esta anciana, según la niña, la más generosa y con la que ella compartía mucho tiempo. Le decía a su madre:
- Vive sola, apenas tiene fuerzas, se pasa muchas horas mirando por la ventana para la colina de la Alhambra y nunca se enfada conmigo. Siempre me regala besos y le gusta mucho oírme reír. Dice ella que mis risas son como pompas de colores que, además de curar las heridas del corazón, llenan de entusiasmo y abre las puertas del cielo.
- Pues sed tú buena con ella, hija mía y regálale toda la alegría que puedas. Quizá ella te lleve algún día de la mano, al cielo que ilumina tus risas.

El otro grupo de amigos, era el de sus vecinos y conocidos más cercanos. Muchas tardes se juntaban ellos, se iban a las aguas del río Darro, por donde la corriente se desparramaba en pequeñas

playas y se ponían a jugar con algún palo o pelota de trapo. Y cuando algunos de los amigos se caían al agua o tropezaba en la hierba, ella siempre se reía. Todos, al momento, dejaban sus juegos, la miraban, miraban para la Alhambra y decían:
- Tus risas son como los sonidos de un cascabel que desgranan notas de colores y en todos los tamaños.
Y como ella no sabía qué decir, les pedía a los amigos seguir jugando. Reanudaban el juego y cuando ya terminaban y cada uno se marchaba a su casa, a ella le gustaba mucho pasar por delante de la puerta de la casa de la amiga de la flauta. Muchas veces se la encontraba sentada en el umbral de la puerta, tocando su flauta e intentando imitar las risas que salían de la garganta de la niña. Y cuando casi lo conseguía, cogía un papel y con un trozo de palo quemado por la punta, escribía. A veces, círculos pequeños, otras veces, algo más grandes, como puntos negros, algunos y a distintas alturas. Al verla la niña le preguntaba a su amiga:
- ¿Para qué escribes esto?
- Voy a coleccionar todas las melodías que tú desgranas cuando te ríes.
- No lo entiendo.
- Pero a mí me gusta porque es un juego divertido y bello.
- ¿Y qué harás cuando tengas muchas melodías escritas?
- Simplemente coleccionarlas y conservarlas muy bien por si algún día, alguien las necesita.

Y un día, estaba ella jugando en la puerta de su casa, a primeras horas de la mañana. Por la calle bajó un hombre conocido suyo y amigo de sus padres, montado en un borriquillo. Al llegar a su altura, la saludó y le preguntó:
- ¿Y tus amigos?
- Aun no han venido. Tú, ¿a dónde vas?
- A las tierrecillas de mi huerto.
- ¿Me montas en tu burro y me llevas contigo?
- Ahora mismo.
Y, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre se bajó del asno, subió a la chiquilla, la tomó de la mano y siguió su camino hacia las tierrecillas de su huerto. Cuando llegó al rincón, lo primero que hizo fue buscar algunas ramas secas, las amontonó sobre un rodal de tierra libre de pasto y hojas de árboles y se puso a prenderle fuego. Le decía a la niña:
- Así, mientras yo trabajo las tierras del huerto, si tienes frío, te calientas en las llamas y ascuas de esta lumbre.
Estuvo ella de acuerdo y se agachó para ayudar a su amigo con la preparación de la lumbre. Había él cortado ramas secas de romero y también de tomillo y por eso, en cuanto las llamas empezaron a

quemar estas ramas, todo el airecillo se llenó de un delicioso perfume. Dijo ella:
- Me gusta mucho este olor y el humo que, en columnas pequeñas, se alza por el aire y se va volando como al encuentro del la Alhambra.
Y se puso a coger con sus manos los pequeños círculos de humo blanco. No conseguía apresarlos porque se les desvanecían entre sus dedos y esto hizo que, cada vez que intentaba coger un circulillo de humo y éste se le escapaba, se riera a carcajadas. En pequeños rosarios de notas musicales que llenaban el aire, la mañana y el espacio, de melodías deliciosas.

Y en un momento de este juego suyo, se situó frente a la lumbre, con la imagen de la Alhambra alzada al fondo, vista a través de las llamas y recortada sobre el azul del cielo de la mañana. Alzó sus manos, como queriendo coger la figura de la Alhambra y al notar que se le escapaba, se echó a reír como nunca lo había hecho antes. Y justo en ese momento vio que de las llamas salían como pequeñas burbujas de colores que, volando por el aire, se trababan en las murallas y torres de la Alhambra. Y vio como si el azul del cielo se abriera y en forma de cascada de notas brillantes, se fundiera en el aire con sus risas. Y vio que, en medio de este maravilloso universo, con ella jugaban sus amigos, sus padres, la muchacha de la flauta y la anciana de la casa chica. Asombrada dijo al hombre del borriquillo, su amigo:
- ¡Qué maravilla de sueño! Nunca había visto antes algo tan bonito.
Y preguntó al hombre:
- ¿Tú sabes qué es esto?
Y él le respondió:
- Las notas musicales que salen de tu garganta cada vez que derramas tus risas.
Se quedó ella en silencio durante unos segundos y luego otra vez preguntó:
- ¿Y por qué todo es tan hermoso y con tantos colores?
- Porque cada vez que ríes tú, es como si le dieras forma al más hermoso de los cielos. Y como esto es tan dulce y maravilloso, a las personas nos gusta mucho. Tus risas, transmiten paz, gozo, ánimo y mucho más de lo que yo pueda decirte con palabras.
Y después de unos segundos en silencio, la niña comentó:
- Ahora comprendo por qué todos me llamáis “el cascabel del Albaicín”.

El árbol del otoño en el río Darro

Crece junto al río Darro, a la derecha si se sube en dirección contraria a como corren las aguas y no lejos de la Alhambra. Por debajo de la Fuente del Avellano, frente a la umbría del Generalife y frente a la solana del Sacromonte y Valparaíso. Muy pocas personas lo conocen a pesar de sus años y a pesar de su grueso tronco y espeso bosque de ramas. No es un castaño ni tampoco un almez ni un álamo. Pero su porte es tan bello, tan añoso y curtido su tronco y tan espesas sus ramas, que solo verlo enamora al alma al tiempo que infunde respeto. Algunos del lugar simplemente lo llaman “El árbol” y otros lo conocen y lo recuerdan con el nombre de “El árbol del otoño”.

Le pregunté una tarde a un amigo:
- ¿Y por qué se le conoce con el nombre del “El árbol del otoño?
- Porque dicen que es, de todos los árboles que crecen en estos contornos, el primero en anunciar el otoño.
- ¿Anunciar el otoño?
- Sí y lo anuncia con el color de sus hojas. Dicen que en cuanto llega el otoño, sus hojas se tiñen de ocre pero no se le caen. Vestidas del color del otoño, se quedan enganchadas en las ramas y ahí permanecen hasta que llegan los fríos del invierno.
- ¿O sea, que es el primer árbol que por aquí se engalana con los colores dorados en cuanto llega el otoño pero el último en quedarse sin hojas?
- Así es.
- ¿Y se sabe a qué se debe este fenómeno?
- Se sabe y, a los que aun todavía conocen la historia, se le entristece el corazón en cuanto el árbol comienza a teñirse de ocre, anunciando el otoño.
- ¿Y eso?

Y, aquella tarde de otoño, sentado junto a mi amigo frente al árbol, con el fondo de la Alhambra camuflada por entre sus ramas, me dijo:
- Dicen que en tiempos pasados, un hombre vivía en el Albaicín. Tenía él sus tierrecillas cerca de este río y cuando recogía algo de cosecha, subía a la Alhambra para venderla. A veces vendía sus frutos a otros que también iban por allí a vender sus cosas y, a veces, ofrecía sus hortalizas a los dueños y reyes de los palacios. Tenía él suerte y siempre que iba a la Alhambra, lo vendía todo. Pero sucedió que un día, estando él vendiendo los frutos de su huerto en algunas de las puertas de la Alhambra, pasó por allí cerca una princesa. Dicen que era princesa por su gran hermosura y las telas de seda que vestía. Y al verla, el hombre se quedó tan prendando de ella, que no pudo resistir mirarla fijamente. Se dio cuenta ella y se paró cerca. Se aproximó el hombre y le dijo:

- Como tú de bella nunca he visto a nadie en este mundo. ¿Quieres ser la princesa de mis sueños?
Y ella, después de mirarlo fijamente y pasado un rato, le preguntó:
- ¿Dónde vives?
- En el barrio del Albaicín.
- ¿Y a qué te dedicas?
- Tengo un pequeño huerto junto a las aguas del río Darro. Y cerca de mi huerto crece un árbol muy grande.
- Pues cuando llegue el otoño, espérame bajo ese árbol. Iré a verte cuando sus hojas se vistan con los colores de los atardeceres de Granada. Responderé entonces a la pregunta que me has hecho y te contaré un secreto.

Dicen que el hombre, feliz como no lo había sido nunca, aquel día bajó de la Alhambra y lo primero que hizo fue irse a donde este árbol. Bajo sus ramas estuvo mucho rato sentado, mirando a los palacios de la Alhambra y pensando en ella. Luego al día siguiente y al otro y al otro y así durante mucho tiempo, cuidó del árbol y esperó paciente a que el otoño llegara. Cuando se acercó la fecha, todas las hojas del árbol, se colorearon de ocre. Antes que ningún otro árbol o planta. Y el hombre esperó ilusionado y paciente pero la princesa de sus sueños no aparecía por ningún lado. Se terminó el otoño, también el invierno y la primavera y cuando se acercó otra vez el otoño, de nuevo él vino a este árbol a esperarla. Tampoco ella se presentó. Ni aquel segundo otoño ni al siguiente ni nunca. Sin embargo el hombre, sí continuó esperándola cada otoño y veía, como nosotros ahora, que el árbol se teñía de ocre antes que ningún otro. Como si ansiara la llagada de la princesa y se vistiera con el mejor traje para recibirla.

La princesa no apareció nunca por aquí, el hombre ni un solo otoño dejó de venir a esperarla hasta que murió de viejo. Pasados los años, se olvidaron de aquella historia las pocas personas que lo sabían y, aunque seguía corriendo el tiempo, el árbol no se ha olvidado de anunciar el otoño siempre que se acerca esta estación del año. Y, lo mismo que en aquellos días, siempre lo hace el primero y conserva sus hojas hasta que llegan los fríos del invierno.

Las dos amigas del Paseo de los Tristes

Una tenía diecinueve años y la otra veinte. Se conocían desde pequeñas, jugando en la puerta de sus casas, en el barrio del Albaicín. Siguieron siendo amigas en su etapa del colegio, en el instituto y luego en la universidad. Las dos iban a la misma facultad y estudiaban lo mismo. Y, aparte de las cosas propias en todos los

jóvenes a esta edad, lo que más les gustaba a ellas, era irse por las tardes al Paseo de los Tristes y sentarse en el muro que encauza al río. Lo mismo que hace muchas personas, jóvenes y de su misma edad y también los turistas. Pero a ellas, especialmente, les gustaba venirse a este sitio y sentarse en el muro, para charlar de sus cosas, con la figura de la Alhambra al fondo, el bosque de la umbría, el cauce del río, el barrio del Albaicín a su derecha y la explanada con la fuente del famoso Paseo de los Tristes.

Frente a ellas y según estabas sentadas en el muro, siempre les quedaba el edificio del que fue Hotel Reuma, los jardines que todavía se ven por ahí, los álamos que clavan sus raíces al borde mismo de las aguas, el barranco por donde baja el arroyo de la Cuesta del Rey Chico, el bosque de la umbría de la Alhambra y la Casa y Puente de las Chirimías. Y precisamente este rincón, junto a la Alhambra y al lado de debajo de la plaza, era el que más le gustaba a ellas. Por eso mientras charlaban de sus cosas, sentadas en el muro del río, de vez en cuando se preguntaban:
- ¿Cómo sería esto en aquellos tiempos?
- ¿En qué tiempo estás pensando?
- Cuando en la Alhambra había reyes y, en las torres, vivían las princesas.
- Yo no lo sé pero seguro que todo esto estaría lleno de gente cogiendo aguas del río y lavando la ropa en la corriente. También los niños jugarían por aquí y los mayores irían con sus borriquillos.
- ¿A qué sería interesante que una tarde apareciera por este rincón algún príncipe de aquellos?
- No digas tonterías. Eso nunca podrá ser y, si por alguna circunstancia se hiciera real ¿qué crees tú que nos contaría?
- Seguro que se asustaría al ver lo que ahora somos todos por aquí.

Y una tranquila tarde de otoño, estaban ellas sentadas en el mismo un muro de piedra. Corría un airecillo suave, olía la tarde a humedad, de los álamos se desprendían las hojas ya con tonos ocres y por la umbría, todos los almeces se vestían también con tonos de otoño. Revoloteaban las nubes por encima de la Alhambra y en lo más alto del Cerro del Sol y Silla del Moro y por las partes de arriba del río Darro. La más joven dijo a la mayor:
- ¿Te imaginas que algún día de éstos apareciera por aquí algún príncipe de aquellos?
- Que eso no será posible nunca pero…
Y no le dio a ella tiempo de terminar de expresar su opinión. Justo en ese mismo momento, un joven se paró junto a ellas, las saludó y sin más preámbulo les preguntó:
- ¿Os gusta a vosotras el otoño?

Las dos se miraron extrañadas y luego miraron al joven. Después la mayor respondió:
- A nosotras nos gusta mucho el otoño pero ¿quién eres tú y por qué nos haces esta pregunta?
- Soy parte del otoño universal y lo más esencial del otoño de Granada. Y os hago esta pregunta porque necesito que alguien me perdone.
Las dos amigas nuevamente se miraron, ahora aún más extrañadas. La más joven preguntó:
- ¿Acaso eres tú el príncipe del otoño de Granada?
- Casi.
- ¿Y quién tiene que perdonarte?
- Alguien en aquellos tiempos, me condenó sin ser yo culpable y desde entonces aparezco y vivo por aquí cada vez que llega el otoño a esta ciudad mágica. ¿Sabéis vosotras lo que es el perdón?
- Algo sí ¿y tú?
- Todas, todas las personas en este mundo, necesitamos ser perdonados para existir y tener vida. El perdón es algo tan grande que lo necesitamos tanto o más que el aire que respiramos.

Al oír esto, las dos amigas otra vez se miraron. Miraron luego para la Alhambra y cuando volvieron sus cabezas para donde estaba el joven, ya no lo vieron. Sí descubrieron, muchas hojas teñidas de ocre rodando por el suelo, empujadas por el aire. La más joven preguntó a la mayor
- ¿Será cierto que hemos estado hablando con el otoño?
- ¿Y será cierto que, un príncipe de aquellos tiempos, vive todavía por aquí transformado en esta estación del año?

El duende del río Darro

A ella le gustaba mucho irse al charco del río. A la pequeña laguna que se remansa a la altura del Paseo de los Tristes, en el cauce del río Darro, a los pies de la Alhambra. Y cuando llegaba a este sitio, le gustaba mucho sentarse ahí, en el borde mismo de las aguas y mirar despacio. Tan despacio y concentrada que hasta parecía olvidarse del tiempo y de todo lo que a su alrededor pasaba. Por eso, a veces, su amiga le preguntaba:
- ¿Qué es lo que encuentras en las aguas de este charco que te embelesan tanto?
- No sé cómo decírtelo pero a veces veo como una puerta en su fondo.
- ¿Puerta a qué sitio?

- Quizá a mi corazón mismo, al corazón de la Alhambra, al del flamenco…
- ¿Corazón del flamenco?
- Ya te he dicho que no sé cómo explicarlo pero algo así es lo que siento y a veces veo.

A ella le gustaba mucho el flamenco. En realidad era lo que más le gustaba en su vida, el canto y los sonidos de las guitarras. Por eso, en más de una ocasión, cuando reflexionaba con su amiga, también le decía:
- A veces creo que el rumor de las aguas de este río son como acordes de guitarras. Y cuando la corriente se quiebra en las pequeñas cascadas, como los taconeos del baile más bello.
- No lo entiendo.
- Sí y también pienso que en su alma, este charco y la corriente del río, tienen estampado el más puro quejido y acento flamenco.
- ¿El rumor de la corriente son acordes de guitarras y las transparencias de las aguas, quejidos tristes y profundos lamentos?
- Tampoco sé explicarlo pero así lo siento y veo.

Y una tarde de invierno el sol salió muy brillante. Tanto que parecía un día de verano y por eso todo se puso precioso. No solo por las orillas del río Darro sino también por los bosques de la alhambra, por las torres y murallas, por todo el barrio del Albaicín y por toda la ciudad de Granada. Y ella, como tantos otros días, se fue al charco del río. Pero antes de llegar descubrió a alguien sentado en la hierba de la orilla. Según se iba acercando se preguntaba para sí: "¿Quién será? Porque parece que me estuviera esperando". Y lo comprobó nada más llegar. No era ni su amiga de siempre ni ninguna otra persona conocida. Aunque sí, la figura del que en la hierba estaba sentado frente a las aguas, parecía la de un niño no demasiado mayor. Su cara era hermosa, su mirada dulce, su estura pequeña y su pelo moreno. Se acercó, lo saludó, le dijo ella quien era y cómo se llamaba y luego le preguntó:
- Y tú ¿cómo te llamas, quién eres y dónde vives? Y te lo pregunto porque nunca antes te he visto por este barrio mío ni por la Alhambra ni por Granada.
Y él, desde su asiento en la hierba frente al charco, le respondió:
- Yo no tengo nombre, soy el duende del río Darro y vivo en el corazón de la montaña sobre la que se asienta la Alhambra.

Se quedó ella pensativa unos segundos, sin saber qué decir y después preguntó:
- ¿Y qué haces hoy aquí en este charco que tanto me gusta a mí?

- He venido a verte. Sé que hay cosas que te gustaría saber. Si quieres, puedes preguntarme, te escucho.
Y en este momento ella, sin más rodeo, preguntó:
- Si eres el duende del río seguro que sabes que el flamenco me gusta mucho.
- Lo sé.
- ¿Y sabes que siempre me estoy preguntando dónde tiene sus raíces el cante y baile flamenco?
- Lo mismo que las aguas de este río, que tanto también te gustan, nacen en un sitio concreto y ese lugar es su fuente, así también es el flamenco. Su casa, sus raíces y lugar de nacimiento están donde vivo yo.
- ¿En el corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra?
- Ahí mismo. Y por eso este río Darro, el Albaicín, el Sacromonte y la Alhambra, chorrean y le sangra por todos sus poros el quejido flamenco.
- ¿Y puedes llevarme contigo al sitio donde vives y tiene su cuna el flamenco?
- Puedo hacerlo y quiero pero no hoy. Ahora tengo que irme. Otro día vuelvo y también te revelo un bellísimo secreto.

Y justo en este momento ella vio como el duende del río se acercó a las aguas del charco. Se metió lentamente en ellas y también muy lentamente vio como se fundía en sus transparencias. En el fondo del charco apareció como una puerta translúcida, por ella entró el duende y desapareció de su vista. Se dijo, sorprendida y a la vez contenta: “Quizá sea esta la puerta que lleva a su casa, al corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra, a la fuente y cuna del flamenco”.

El hombre del río

Tenían unas tierrecillas cerca del río. Por encima del puente del Aljibillo, frente a las laderas del Sacromonte y no lejos de la Fuente del Avellano. Y como era un gran enamorado de las plantas, colores y perfume del campo, de los silencios y rumor de las aguas del río, en sus tierras cultivaba muchos árboles: almendros, nogueras, morales, manzanos, higueras y cerezos. Y lo que más le gustaba a él, era sentarse cerca de la corriente de las aguas, contemplarlas en silencio mientras a intervalos miraba para la Alhambra y dejar que el tiempo pasara. Con frecuencia se decía: “Vivir en armonía con las personas, las plantas y los animales, es lo mejor que podamos hacer en esta vida. Porque la felicidad que el corazón de las personas siempre sueña y necesita, de ninguna otra forma es posible

alcanzarla sino por la vía de la armonía y el respeto para con todo y todos los que nos rodean". Por estas circunstancias, forma de ser y de pensar, en el barrio lo conocían con el apodo de "el hombre del río".

Su casa la tenía no lejos de las tierras de su huerto, también cerca del río y en el barrio del Albaicín. En una estrecha calle de tierra y a la derecha, según se remontaba desde el río hacia lo más alto del barrio. Vivía con su mujer y dos hijos y era muy querido por todos los vecinos. Por la amabilidad que siempre mostraba con todo el mundo, por su generosidad y por el entusiasmo que a todas horas irradiaba. Cuando hablaba con algunos de los vecinos, siempre les decía:
- Ser amable, bueno y alegre, cuesta muy poco en la vida y llena de paz y gozo el corazón.
Algunos de los vecinos le preguntaban:
- Y usted ¿qué obtiene a cambio de su amabilidad?
- Nada y mucho. Porque nadie me paga para que sea como soy y sí me siento bien conmigo mismo y con el cielo. Y por las noches, cuando me acuesto, siempre duermo relajado y como abrazado por un gozo profundo.

Y un día, los más intrépidos del barrio, pusieron a prueba la bondad de este hombre. En sus tierrecillas, los árboles y las plantas, ya estaban brotadas. La primavera estaba siendo muy buena y después de bastantes días de lluvias, salió el sol, florecieron las plantas, el aire se llenó de aromas y las laderas y jardines de la Alhambra, también se llenaron de tallos verdes y flores. Maduraron las primeras cerezas en los árboles del hombre del río y se acercaba el momento de recogerlas. Él y su mujer, varias tardes fueron a las tierrecillas y de los árboles cogieron ramos de cerezas rojas. El hombre decía:
- Son las más ricas del mundo porque están regadas con las limpias aguas del río Darro y acariciadas por el aire que viene de la colina de la Alhambra.
- Tienes toda la razón.
Confirmaba su mujer.
- Y ya verás cuando dentro de unos días terminen de madurar las cerezas del árbol grande.

Comentaba ella esto porque el árbol grande, uno muy viejo y de tronco grueso y añoso que crecía en el terraplén por debajo del la Fuente del Avellano, daba cerezas muy buenas. Rojas como la sangre, gordas y brillantes y de sabor inmejorable. Pero los frutos de este árbol, siempre maduraban después que los otros. El sol de la primavera siguió calentando y un día, las buenas cerezas del árbol

grande, maduraron por completo. Y se preparaba el hombre, con su mujer y sus hijos para ir a sus tierras y coger estas cerezas, cuando sucedió algo extraño. La noche antes de la recogida de estas cerezas, salió la luna, hizo una temperatura muy agradable y todo por la orilla del río Darro, estaba en silencio y en paz. Unos vecinos del barrio del Albaicín, amigos del hombre del río, cogieron una gran espuerta de esparto. Salieron de su casa a la luz de la luna y se fueron directos a las tierrecillas de los cerezos. Buscaron el árbol grande de las buenas cerezas, se pusieron y poco rato, llenaron la espuerta con los mejores frutos. Comieron muchas y luego, esperaron a que amaneciera. Se pusieron en camino de regreso al barrio, cuando el sol se alzaba por encima de las torres de la Alhambra. Y poco después, entraban por la calle donde tenía su casa el hombre del río y dueño de las cerezas que ellos habían cogido. Y al pasar por delante de la puerta del hombre dueño del huerto, comenzaron a hablar mucho y fuerte. Tanto que otros vecinos se enteraron, se asomaron a las puertas de sus casas y al ver el espectáculo, no se lo creían.

Dos jóvenes y una muchacha, subían por la calle con una gran espuerta llena de ricas y rojas cerezas y no paraban de hablar diciendo:
- Las hemos cogido del árbol grande que hay en el huerto de nuestro vecino.
Llegó a oídos de la mujer del hombre del río lo que decían los jóvenes de las cerezas y ésta, rápida buscó a su marido y le dijo:
- Mira lo que sucede. Han ido a nuestro huerto, han cogido las cerezas que nosotros había pensado recoger hoy mismo y no contentos con habernos robado, ahora lo proclaman a los cuatro vientos. ¿Qué te parece esto?
Y el hombre no dijo nada. Se levantó de donde estaba sentado, salió a la puerta de su casa, miró y vio a los jóvenes con la espuerta rebosante de lustrosas y ricas cerezas. Se acercó a ellos y sin violencia les dijo:
- Las habéis cogido sin mi permiso y ahora estoy viendo que son las mejores que había en árbol.
- Sí señor. Exactamente eso que dice usted es lo que hemos hecho. ¿Qué le parece?
- Que lo mejor que ahora mismo podéis hacer es soltar esta espuerta en el suelo.

Y lo jóvenes, algo asustados, soltaron la espuerta rebosante de cerezas en la misma puerta de la casa del hombre del río. Y éste, después de agacharse, coger un puñado de cerezas y comerse algunas, dijo:

- Como son tan buenas y tan ricas, voy a repartirlas ahora mismo con todos los vecinos de esta calle. Así que, el que quiera cerezas frescas y sabrosas, que se acerque que voy a darle muchas y las mejores.
Los vecinos se fueron acercando y a cada uno, el hombre fue dando un gran puñado de cerezas. Mientras tanto, los jóvenes, desorientados y sin creer lo que estaban viendo, siguieron subiendo por la calle. Llegaron a su casa y dijeron al padre:
- Nos ha quitado las cerezas que habíamos cogido. ¿Qué hacemos?
- Volver ahora mismo y decirle que vosotros sois mis hijos. Ese hombre siempre fue mi mejor amigo. Por eso, en cuanto sepa quiénes sois, veréis como cambian de actitud.

Volvieron los jóvenes a la puerta de la casa del hombre del río, le dijeron que eran hijos de su buen amigo y al saber esto, el hombre comentó:
- Pues volver al cerezo de mi huerto, llenad de nuevo esta espuerta de esos tan ricos frutos y luego, cuando paséis por aquí, entrar a mi casa para que os pague vuestro trabajo.
Y los jóvenes se miraron entre sí y le preguntaron:
- ¿Pero cómo es que en lugar de enfadarse por lo que hacemos, nos paga y de la mejor manera?
Y el hombre del río, sin más les dijo:
- Vivir en armonía con las personas, las plantas y los animales, es lo mejor que podamos hacer en esta vida. Porque la felicidad que el corazón de las personas siempre sueña y necesita, de ninguna otra forma es posible alcanzarla sino por la vía de la concordia y el respeto para con todo y todos los que nos rodean.

Una reflexión

Sentados en el muro del pequeño puente del Aljibillo, puente que da paso a la Cuesta del Rey Chico, el que había llegado decía al hombre del Albaicín:
- Las cosas convertidas en museo, son frías, carecen de emociones, no tienen vida.
- Pero la Alhambra, es la maravilla más grande y por eso, miles y miles la visitan.
- Sí pero ¿quién de todos estos que la visitan sienten y viven realmente lo que fueron esos palacios cuando estaban llenos de vida?
- ¿Quieres decir que recorrer estos sitios, verlos y fotografiarlos, no es suficiente?
Y el hombre que había llegado dijo al del Albaicín:

- Te pongo un ejemplo: un amigo mío, vivió durante mucho tiempo en una casa de este barrio. Creció y un día le dieron trabajo en un colegio cerca de las aguas del río Darro. Un trabajo sencillo porque este amigo mío ni tenía estudios ni sabía ninguna profesión pero sí era un hombre bueno. Por eso lo dedicaron a llevar y traer papeles de un lado a otro, de despacho en despacho y de oficina en oficina. También hacía otros recados, cuidaba de las plantas del pequeño jardín, sembraba las tierras de un huertecillo que había en este colegio y atendía a los alumnos cuando entraban o salían o hacían deporte. Y este amigo mío realizó este trabajo eficazmente durante mucho tiempo. Tanto tiempo que hasta se quedó calvo, perdió mucho pelo, se quedó mellado y en la piel de su cara, empezaron a verse arrugas. Un día lo llamó el director del colegio y le dijo:

- Hemos encontrado a una persona con más fuerzas que tú, mucho más joven y con ideas y energía nueva. Desde mañana mismo, dejas de trabajar en este centro. Recibirás la indemnización que te corresponda y la nueva persona ocupara tu puesto.

Sin protestar, este amigo mío aceptó su nueva situación. Dejó de aparecer por el colegio, se fue a vivir lejos de este barrio y lentamente pasaron los años. Ni un solo día mi amigo se olvidó del sitio donde tanto tiempo había trabajado ni de los momentos, disgustos, buenos ratos y emociones que a lo largo de los años había experimentado. Hasta que un día, bastante años después, volvió a Granada. Y lo primero que hizo fue recorrer las calles del Albaicín y se dirigió a colegio del que había sido despedido y ahora no podía olvidar. Y al llegar y entrar por la puerta, enseguida notó que a nadie conocía ni lo conocían a él. Fue al director y éste lo recibió fríamente y aunque el hombre le contó su pasado, el director ni siquiera prestaba atención. Salió del despacho, recorrió el patio, miró a un lado y otro, vio muchas puertas cerradas y gente entrando y saliendo y nadie, absolutamente nadie lo saludaba ni le prestaba atención. Sin embargo, el hombre ardía en emoción y hasta le entraban ganas de ponerse y hacer las misma cosas que había hecho en sus tiempos pasados. Nadie se lo permitió y si todos, iban y venían ignorándole y ajenos a lo que en su interior ocurría.

Se marchó mi amigo de este edificio y al poco, me lo encontré por la calle bajando hacia este río. Lo vi recogido en sí, enfadado y por completo en su mundo y triste. Le pregunté:

- ¿Alguien te ha maltratado?

Me dijo:

- Me apena mucho lo que he visto en mi colegio.

- ¿Qué has visto?
- Todo y todos allí ahora son desconocidos para mí, van y vienen y ninguno parece percibir lo que fue aquello en el pasado y ni prestan atención ninguna por lo que en mi corazón siento. Las personas viven el momento y nada le dice el pasado. Estoy desanimado.
Animé a mi amigo y reflexioné sobre su experiencia. Y la conclusión a la que llegué y desde aquel día mantengo, es la que te decía antes: las cosas convertidas en museo, son frías, no tienen vida, carecen de emociones. Aunque a la Alhambra ahora venga miles y miles la visiten cada día, todos ahora somos por aquí nuevos. Ninguno hemos vivido directamente las cosas y por eso, tal como le sucedía a mi amigo, nos mostramos indiferente y muy lejanos de lo ocurrido en otros tiempos. Un museo, siempre será una imagen fría del pasado y aunque tenga valor y enseñe mucho, es frío y no tiene vida.

Sentados en el muro del puente del Aljibillo, los dos hombres reflexionaban, mientras miraba a la figura de la Alhambra sobre la cumbre de la colina. A sus pies, corría limpio el río Darro y a un lado y otro, iban y venían más y más turistas.

La pintora del Paseo de los Tristes

La tarde caía y, los dorados rayos del sol, incidían sobre las torres y murallas de la Alhambra. Por todo el barrio, desde el Mirador de San Nicolás hasta el Paseo de los Tristes, río Darro, umbría y colina de la Alhambra, reinaba un gran silencio. Como si todos los elementos se hubieran puesto de acuerdo para acompañarla en su última tarde en Granada. Y ella, joven estudiante universitaria, culta y bella, intentaba pintar un cuadro para, de algún modo, dejar marcada su despedida. Frente a la ventana de la casa en la ladera del Albaicín, miraba para la Alhambra. Sobre la mesa tenía los pinceles, las pinturas, las hojas de papel en blanco y a los que le acompañaban, le decían:
- Necesito, en estos momentos, pintar bellamente la imagen de la Alhambra para regalársela a los dueños de esta casa y que guarden mi cuadro como recuerdo.
Los que le acompañaban, la miraban, miraban por la abertura de la ventana y concentraban sus ojos en la gran figura de la Alhambra, frente y por completo iluminada y le decían:
- Nada de lo que hasta este momento has pintado, es tan bello como sobre lo esa colina se ve.
- Lo sé y por eso deshecho estos apuntes, aquellas pinceladas y esas hojas. Quiero crear el cuadro más hermoso y no lo consigo.

Y en ese momento, recordó cuando unos meses atrás, pintaba un cuadro cerca del río Darro. Caía también la tarde y todo el paseo del río, desde Plaza Nueva hasta el puente del Aljibillo, se veía repleto de turistas. Justo a la altura de la iglesia de San Pedro, ella montó su caballete, sacó sus pinceles, preparó la pintura y se puso a darle forma al cuadro. La imagen que antes sus ojos tenía, desde la iglesia de San Pedro hasta Plaza Nueva, con los pequeños puentes de piedra y las ruinas del más antiguo. También las aguas del río, con el grupo de gatos que, por entre la hierba y zarzas, siempre andan por aquí. Iba cayendo la tarde y ella terminaba su pintura cuando se paró frente al cuadro un hombre mayor. Miró despacio, la miró a ella y después de un rato le preguntó:
- ¿Lo vendes?
- Para eso lo he pintado y por eso estoy aquí.
- Pues te felicito porque es muy bello. ¿Puedo hacerle una foto?

Y como la joven le dio permiso, el hombre sacó su cámara e hizo la foto, se lo agradeció y luego siguió su paseo. Ya en su casa, mirando despacio la foto del cuadro, se preguntó: “¿Y si saco en papel, copias de las fotos más bellas que tengo de la Alhambra y se las regalo para que las pinte?” Y con esta idea, al día siguiente volvió al paseo del río, la buscó y la encontró al final de Plaza Nueva. La saludó y le dijo:
- He pensado regalarte algunas fotos muy bellas que tengo de la Alhambra. ¿Te gustaría?
- ¿Para que las pinte?
- Claro. Quizás consigas cuadros bellos que gusten a los turistas. Podrías venderlos y así sacar para tus gastos.
- Pues lo que usted quiera.

Se volvió el hombre feliz a su casa y al día siguiente hizo cincuenta copias en papel de las mejores fotos de su colección “Alhambra espiritual”. Y aquella misma tarde, volvió al río con la ilusión de verla para dárselas. No la encontró porque no estaba ni en Plaza Nueva ni en la Carrera del Darro ni en el Paseo de los Tristes. Volvió a la tarde siguiente y tampoco la vio ni al día siguiente ni al quinto día.

Decepcionado el hombre, un mes más tarde guardó las fotos y se lamentó que ella no hubiera aparecido para regalárselas. Y ella, tres meses después, ya se preparaba para irse de Granada y volver a su país. Los días y las horas se le iban acabando y la última tarde, en un impulso casi descontrolado, se le ocurrió pintar la Alhambra para dejarle un bonito recuerdo a la familia que le había acogido en su casa. Detrás de la ventana, frente a la Alhambra iluminada por los últimos rayos de sol de la tarde, se esforzaba en pintar el cuadro y no

lo conseguía. Sobre la mesa iba dejando las hojas de papel emborronadas mientras seguía diciendo a los que le acompañaban:
- No consigo pintar lo que deseo y por eso cada vez estoy más nerviosa.
Y a su mente acudía el recuerdo del hombre que le había prometido las fotos de la Alhambra, meses atrás.

Al florecer los almendros

no puede olvidar el alma
que por aquí estuviste.
Llegaste aquella mañana,
como si de un sueño vinieras,
vestida de luz y gracia.
Y como todo para ti era nuevo
preguntabas y preguntabas:
"¿Cuándo florecen los almendros?
Dicen que sus flores blancas
son como los jardines del cielo
o como los sueños de hadas".
Y florecieron los almendros
aquella primavera clara
y tú te fuiste por ellos
como estrenando alas,
cual mariposa niña
que necesitara
volar mucho y besar las flores
de los almendros, en sus ramas.
Corrías, saltabas, sonreías, cantabas,
cogiendo puñados
de estrellas blancas
que, contra tu pecho,
candorosamente abrazabas.
Fuiste luz del amanecer
engarzada
en los pétalos purísimos
de las flores encarnadas.
Y también fuiste armonía,
canción de plata,
cascabel azul celeste
que animaba
en todo momento
al corazón y al alma
y al airecillo amigo
que entre las flores moraba.
Y poco a poco fuiste sembrando
sonrisas inmaculadas,
regalos de tu corazón,

cual princesa enamorada.
Y te hiciste perfume selecto
de hierba recién regada
a lo largo de aquel tiempo
sin mancha.
Hasta que un amanecer,
todavía primavera exacta,
dejaste de amar a las flores
que ya eran trozos del alma.
Nadie supo cómo fue,
tú callabas,
y ya no sonreías
ni cantabas.
Poco después te marchaste
¿No te acuerdas como lloraba,
por ti, el corazón
que ya te amaba?
Mil veces vino a buscarte
por entre las flores nácar
que habían sido tus amigas
en la mañana.
Pero tú, aunque estabas,
ya no eras cascabel ni hada
ni princesa azul
enamorada.
El alma recuerda ahora
la primavera pasada
y sueña que sigues corriendo
por entre las flores blancas
de los floridos almendros,
en las tardes y mañanas.
Y, cada día por donde fuiste,
el alma reza callada
sabiendo que aquí estuviste
aquella primavera clara.
Y hasta cree que tu sonrisa
aun revolotea en las ramas
de los almendros en flor
que en tu fantasía, besabas.

ESTOY CONTIGO Y TE QUIERO

MIRO A LA CUMBRE y por entre la bruma que revolotea y los rayos fuego del sol que está saliendo, veo el humo blanco de las candelas del monte que ahora por ahí están quemando. Los que en estos días limpian el bosque, porque ya no hay ni ovejas ni cabras ni vacas. Las ramas de las carrascas y los lentiscos y romeros, crecen a sus anchas y esto dicen que es malo para los incendios y por eso, en estos días de invierno, se ponen y limpian el monte. Que es como lo llaman, para que no arda en caso de incendio. Y lo rozan tanto que hasta las encinas viejas y los madroñales

espesos y los robles centenarios y también las zarzas y las madreselvas, se las llevan por delante. Dejan los bosques tan pelados que ni los jabalíes ni los zorzales pueden ya vivir en ellos pero dicen que esto es bueno.

Y como con la tierra estoy fundido, más allá que el espacio tiempo, como único señor y dueño, donde los veo limpiar el monte, todavía compruebo y palpo la casa dulce de la hermana pobre que se quedó en soledad cuando la muchacha hizo sus maletas y se fue al mundo de la ciudad y los sueños. Veo las paredes derrumbadas y las piedras rodando y la humilde senda que llevaba de una cañada a otra, todavía y en cuanto me descuido, la ando. Mientras voy caminando por la tierra del silencio, me acuerdo cuando aquella mañana iba contigo de la mano y de vez en cuando, me dabas tu beso y me hacías sentir la dulzura de lo excelso y bello. Cuando me asomabas al barranco y me mostrabas no se qué rotundo misterio y mientras dejabas que mi alma se empapara del gozo bueno, me decías quedamente:

- Estoy contigo y te quiero.

Por entre las peñas y la luz de los remansos, se oía repetir el eco:

- Te estoy gritando: te quiero, quiero, quiero...

Ahora, desde esta cumbre y el sol reluciente de esta mañana de invierno, me siento nadando en lo intangible. Y como vivo mitad materia y mitad sueño, por ese gran misterio que para mí creaste y que baja desde la alta cumbre por el centro y en forma de tobogán, de pozo o de escalera sin ser nada concreto porque es irreal y por eso no se parece a ningún invento de los construidos por los hombres en esta mundo, me vengo jugando a las tierras del llano que es donde tengo el filón de mis querencias. Según me voy acercando, pastando en la dulce hierba, veo a las ovejas de aquellos tiempos. Por entre ellas, a padre con los primeros borrego y al acercarme le pregunto:

- Pastor de las praderas de la hierba verde y soledad con traje de invierno ¿sabes tú cuántas veces tienen al año tus ovejas, blancos corderos?

Y él:

- Ahora mismo están naciendo los que se vende en Semana Santa. La otra vez que parieron, fue al comenzar el otoño que son los que se han vendido para Navidad y año nuevo. y, si se puede saber, ¿por qué me preguntas esto?

No respondo a su pregunta porque me vengo en busca de la madre que junto al abuelo se recoge en la casa. Al acercarme y ver la gallina seguida de sus polluelos, le pregunto:

- Madre de los cien sueños que llevas en el corazón el amor más bello ¿sabes tú cuántas veces al año dan tus gallinas huevos?

Y ella:

- En el montón de paja que hay junto al fuego, ahora mismo una está echada, ¿no las ves poniendo?

Al mirar sí que la veo y también la mano de la madre acariciando y diciendo:

- Estas gallinas mías son tan buenas que están todo el año poniendo. Fíjate qué mansas ellas

que las toco y las llevo y ni se asustan pero ¿se puede saber por qué me preguntas esto?

Tampoco respondo a su pregunta porque voy en mi tarea de ir por el sendero que ahora sale desde la casa y sube por el río. Mientras piso la tierra, hoy toda barro y toda hielo, me rozo con las lumbres de los cinco aceituneros y al descubrirlos tan llenos de tierra y tan cansados y atascados por el suelo, me digo
que también les tengo que preguntar una espuerta de secretos.
De esas rotundas verdades que tanto ignoro y con mis ojos estoy viendo y en mi alma tengo clavadas y no comprendo. Pero no le pregunto nada porque algo me dice que no es ahora el momento. Entonces miro al suelo y por la senda que recorro, en el barro cieno, veo las huellas de la niña hermana. Como voy en mi sueño que es más vida real que la verdadera vida que dicen tengo, me doy prisa .Al llegar a la curva de las zarzas espesas y el recio fresno, la veo junto a la corriente agachada. Descubro que está mirando al pato malva que sin miedo, río abajo viene nadando. Al llegar a su altura, ella que se dobla un poco más hacia el centro y con la ternura de la mañana y su siempre eterno juego, lo coge en sus manos. Lo alza y al verlo tan suave y bello, se vuelve y me dice, sonriendo:
- ¿Vienes a preguntarme que cómo sé juega este juego en esta mañana fría de claro invierno y en este río grande que es la sierra entera transformada en puro espejo?
Y el hermano:

- Iba sólo de paso pero al verte en tu misterio, aquí me paro. Si quieres decirme qué es lo que yo hago en esta mañana de frío intenso y si a la vez me aclaras cómo consigues tu juego, seguro que me sentiré bien. Porque hoy ¡tantas dudas tengo!
Y la niña:
- Pues ya lo sabes: es simplemente el río que baja repleto y el sol de la mañana que llega y le da su beso. La plenitud de la sierra dando gloria ¿sabes a quién?

Y le digo que sí creo saberlo y también le digo que hoy ya no voy a seguir caminando. Porque si miro al frente ¿quién me aclara lo que en la ladera veo? Y si miro al lado de la

llanura, que es por donde el corazón está latiendo ¿quién me descifra el cuadro que ante mis ojos tengo? Por esto, sigo mirando a la cumbre iluminada por el sol dorado de este día nuevo. Por donde, entre la bruma se mezcla el humo de las lumbres de los que ahora limpian el monte y queman robles y romeros, también veo la senda por donde aquella mañana se iba ella con sus maletas y sueños. Hasta oigo resonar en el aire, de sus palabras, el eco:
- Nada temas, estoy contigo y te quiero.

EN LA MAÑANA QUE LLEGA

EN LA MAÑANA que llega, veintiséis de octubre, al igual que aquellas mañanas de aquellos días, por la ladera de la fuente de los álamos, cantan las perdices y del bosque del barranco, llega el olor húmedo de las setas.

Por la solana que surca la senda, ya las madroñeras se doblan repletas de madroños rojos que empiezan a cubrir el suelo y a rodar por la tierra y a llenar los charcos de la cascada del musgo. Huele el monte a primavera aunque sea otoño porque unos días llueve y otros días hace frío. No como el frío de aquellos otoños y, otros días, como es el caso de hoy, está el cielo limpio de nubes y sale el sol brillante y no hace viento ni chispa de frío. Como la tierra sí está empapada, parece una mañana de primavera que ahora llega aunque sea otoño y también el campo lo sepa.

Y como el corazón todavía se mezcla con la tierra y vive casi más en los recuerdos y de aquellos trozos que fueron más belleza, en la mañana que llega, se siente y se ve y se palpa, aquella mañana de aquel día concreto que amaneció como el de hoy. Lleno de fiesta porque del cortijo rey que se asienta en la llanura hermosa de la hoya espléndida que se recoge a mitad de la ladera, entre el río grande y la cumbre de la luz, bajan y vienen a vernos. El abuelo y la abuela y por eso madre, desde las primeras horas, prepara el horno. Prepara la masa del pan en la artesa y en cuanto nos levantamos, la niña y yo, como unas mañanas atrás cuando la higuera estaba cargada de higos, cogemos la cesta de mimbre que padre nos ha hecho. Siguiendo los consejos de madre, nos vamos por la vereda.

Y como, igual que ahora, ya ha llovido mucho pero también han venido muchos días de sol y ha hecho mucho viento. La tierra, en el camino que sube rozando el arroyo, está seca y en la hierba, a los lados y por las grandiosas praderas, tiembla el rocío en tanta cantidad que si nos vamos por ella nos ponemos chorreando. Al pisar el polvo del camino, se van quedando las huellas de sus pasos y los míos y aunque, como tantas otras cosas en este rincón, no parece tenga mucha importancia, a ella le alegra y le divierte y por eso, mientras vamos caminando, juega su juego de sueños celestes. Hoy es el de las huellas de las pisadas que se quedan grabadas en el polvo del camino y en la muda tierra mientras el arroyo corre y, desde las encinas de la orilla, nos mira el otoño que parece primavera.

Y llegamos a la llanura donde, al principio, crece la higuera y ponemos la cesta en el suelo. De sus hojas anchas, que fueron verdes y ahora son amarillas porque, con el otoño se secan, cogemos un puñado. Igual que cuando hace unas tardes recogíamos los higos, tapizamos, con las hojas amarillas y verdes de la vieja higuera, el fondo de la cesta de mimbre que padre nos ha regalado. Sobre el tapiz húmedo de esta canasta bella, vamos

poniendo las manzanas que arrancamos de las ramas de los manzanos que también ya están amarillas oro y desprenden esencia de miel y son redondas. Como puños y, de apariencia tan buena, que sólo tocarlas con las manos y acariciarlas con los ojos, ya el estómago y el alma, llenan

En compañía de la hermana hermosa y dulce como la más fulgurante primavera, en la mañana que se abre y de luz y de perfume y de rocío y de hierba fina y de madroños y de manantiales y de rebaños de ovejas que pastan por la llanura, se ve tan plena, la niña cándida de mi corazón y yo, llenamos la cesta de manzanas amarillas. Luego cogemos, de los almendros que van por la reguera, las almendras que también están secas. Les quitamos las cáscaras ya arrugadas y viejas y partimos algunas y nos las comemos. Otras, las vamos echando a la cesta y rellenamos los huecos que han dejado las manzanas entre ellas. Luego, cogemos nueces del nogal y las probamos para cerciorarnos de que estén buenas. Completamos el cargamento y otra cesta pequeña, con los higos chumbos y gordos y dorados que hermosos cuelgan de las hojas espinosas y anchas que muestran las chumberas. Nos ponemos en camino y regresamos hacia la casa donde madre nos espera.

Y en la mañana que resplandece y cantan las perdices y el sol, de luz y de fuego, la llena, regresamos por el camino jugando con las pisadas que grabadas se han quedado en la tierra. Al pasar por la encina grande que clava sus raíces en la misma torrentera que baña el agua del arroyo, como las bellotas en sus ramas, ya están negras y son gordas y muy dulces y muchas por el suelo, ruedan, nos volvemos a parar y cogemos todas las que podemos. Colmamos y rellenamos las cestas y ya satisfechos y, en la mañana de plata del otoño que parece primavera, mientras regresamos jugando con el perfume que mana del bosque, la hermana me dice, contenta:
- ¡Ya verás madre, qué tarta más rica va a preparar hoy, para el abuelo y la abuela!

La cautiva del Albaicín

Cuando alguien es arrancado a la fuerza de su mundo, de su gozo, de su sueño, en lo más profundo del Universo, siempre se rompe algo vital. Y aunque Dios nunca dejará sin recompensa el dolor de las personas, el mundo entero queda privado de un trozo de belleza única, de una bocanada menos de fresco aire y con una porción de alegría para siempre perdida.

Todos los días, el padre y el hijo, iban desde el Albaicín a la Alhambra. Vivían ellos en la parte alta de la colina, se levantaban al amanecer, descendían por la ladera hacia el río, subían por el barranco hoy conocido como Cuesta del Rey Chico y se encajaban en lo más alto de la colina de la Alhambra. Aquí tenían ellos su trabajo. Lo habían aceptado para trabajar en la construcción de la gran muralla.

Todos los días, un poco antes de salir el sol, llegaban ellos a lo más alto de la colina de la Alhambra. Junto con otros muchos hombres, se ponían mano a la obra y ya no paraban hasta que el sol se ocultaba al fondo de la Vega de Granada. De nuevo se ponían ellos en camino y, de vuelta a la

colina del Albaicín, recorrían el mismo tramo que habían andado por la mañana. Todos los días, hiciera frío o calor, lloviera o nevara. Y siempre sucedía que al regresar y cruzar el río para subir a su casa, la noche se le echaba encima. Por eso, cuando ya remontaban por la ladera hacia la parte alta de la colina, muchas veces apenas veían dónde pisaban. Las sombras de la noche lo cubría todo y esto, en bastantes ocasiones, impresionaba mucho al hijo. Le decía al padre:
- Algún día de estos, nos va a ocurrir algo.
- ¿Por qué dices eso?
- Tú sabes que por aquí, siempre hay maleantes y gente que asaltan y matan a los que van por los caminos.
- Pero a nosotros ¿qué pueden robarnos? Solo tenemos esta vieja bolsa de cuero, con algún mendrugo de pan duro y la mísera ropa que llevamos puesta.
- Pues, a pesar de eso, algún día puede pasarnos algo.

Todos los días, cuando ya era de noche, al cruzar el río y subir hacia su casa, sentían miedo. Y cuando más miedo experimentaban, era cuando pasaban cerca de un edificio viejo, en forma de torre, de paredes de piedra y tierra con una sola ventana con gruesas rejas de hierro. Por eso, al acercarse a este lugar cuando ya de noche regresaban a su casa, el hijo con frecuencia le decía al padre:
- Una noche de éstas, desde este edificio, van a salirnos al paso y nos matarán.
Y el padre le decía:
- Si nosotros nunca nos metemos con nadie y somos tan pobre que ni la ropa que llevamos puesta vale dos centavos.
- Pues ya verás como algún día salen a nuestro encuentro y nos atacan.

Y un día, cuando ya las sombras de la noche cubrían por completo todo el valle del río Darro, la colina del Albaicín y de la Alhambra y Granada, sucedió algo extraño. Subían ellos desde el río hacia su casa y al pasar cerca de la vieja torre, oyeron lamentos. Detuvieron sus pasos, escucharon atentos y al rato, el joven comentó:
- Parece que vinieran de la ventana de rejas gruesas que hay en la torre y parece como si estuviera llorando o le pasara algo grave. ¿Nos acercamos a ver quién es y comprobar qué le pasa?
Y respondió el padre:
- Otro día, si acaso. Hoy ya es muy tarde y estamos muy cansados de tanto trabajo.
Siguieron subiendo y aquella noche, el joven apenas durmió pensando en los lamentos que había oído en la vieja torre. Quiso comentar su preocupación con los padres pero no lo hizo. Esperó impaciente a ver qué pasaba a la noche siguiente.

Y a la noche siguiente, más oscura que nunca porque era invierno frío y algo lluvioso, cuando subían por la cuesta y rozaban las paredes de la vieja torre, caminaban con el corazón encogido y muertos de miedo. Ninguno de los dos hablaba pero sí iban atentos por si se oía algo. Nada oyeron, sin embargo, cuando ya se retiraban del edificio, sí el hijo le parecía percibir los

mismos lamentos de la noche anterior. No comentó nada con el padre, siguieron caminando, llegaron a la casa y después de calentarse un poco en la lumbre y comer algo, el hijo dijo al padre:
- Voy a salir un momento a casa de unos amigos y a lo mejor me quedo a dormir con ellos.
- Pero ya sabes que mañana, tenemos que madrugar como todos los días para ir al trabajo.
- Seré puntual, como siempre.

Y el joven salió de su casa, bajó a toda prisa por la oscura calle y se fue derecho a la vieja torre. Se acercó sigiloso a la ventana y después de escuchar un buen rato, oyó los lamentos de la noche anterior. Se aproximó un poco más y percibió los lamentos con toda claridad y también pudo distinguir que la persona parecía ser una mujer. Lleno de miedo pero inquieto y con deseo de conocer y ayudar a la persona que se lamentaba, trepó un poco por un trozo de pared algo derruida y vieja y, ayudándose de las ramas de un árbol, logró acercarse mucho a la ventana. Esperó un rato y como seguía oyendo los lamentos, preguntó:
- ¿Quién eres y qué te pasa?
Al instante se hizo el silencio y pudo percibir el paso del viento por entre las ramas de árbol, el canto de un autillo y los maullidos de un gato. También y unos segundos después, a través de la ventana y dentro de la torre, oyó como pasos de alguien que se acercaba a la reja de hierro. De nuevo dijo:
- Quiero ayudarte porque he oído tus lamentos. No tengas miedo y dime quién eres y qué te pasa.

La figura de una persona, con la cara tapada, apareció pegada a la recia reja de hierro. Y una voz quebrada y con sonido agudo y suave, dijo:
- Yo soy la cautiva de las montañas y ni tú ni nadie podrá ayudarme.
- ¿Cautiva de quién y por qué?
Y unas blancas manos se aproximaron a los hierros de la reja y la cara tapada, se acercó un poco más al tiempo que se oía:
- Aunque no me sirva de nada ni crea que tú puedas ayudarme, voy a contártelo.
- Puedo ayudarte aunque tampoco sepa ahora mismo de qué modo lo haré, cuéntame, que te escucho.

Y la voz con timbre femenino, algo quebrada, dijo:
- Yo he nacido en las montañas que hay entre Granada y Sierra Nevada. Libre en estos montes me he criado y libre he respirado el aire fresco y me he bañado en los ríos de aguas claras. Sintiéndome la más afortunada del mundo y dando gracias al cielo por la dicha tan grande que cada día me regalaba. Y en esta felicidad, hondo gozo y libertad estaba viviendo hasta que hace unos días, por los lugares donde vivía, apareció un extraño hombre montado en un caballo negro. Al verme jugando en las aguas del río, se acercó y sin pronunciar palabras, me cogió, tiró de mí, me subió a su caballo, galopó veloz y unas horas después me encerró en esta torre. Me dijo:
- Si quieres ser libre tendrás que casarte conmigo.
Le respondí:

- Si no te conozco de nada y mi mundo, gozo y libertad, siempre ha estado en las montañas donde me has encontrado. ¿Cómo pretendes que me case contigo para ser tu esclava toda la vida?
- Eso que dices a mí no me importa nada. Tu belleza me ha cautivado y por eso quiero convertirte en mi esposa. Y si no aceptas, aquí en esta torre vivirás el resto de tus días prisionera.

Al pronunciar estas palabras, la joven se echó a llorar, apretando su cara y manos contra la reja de la ventana. Le dijo el joven:
- Quiero rescatarte ahora mismo pero estas rejas y paredes me lo impiden. Sed fuerte y ya verás como mañana por la noche vuelvo con algún plan ideado para salvarte. Ahora tengo que irme no sea que alguien me vea y te castigue a ti y a mí me quite la vida.
Suspiró lastimosamente la joven al tiempo que él se retiró de la ventana, bajó del árbol, caminó por la calle y llegó a su casa. No dijo nada a los padres pero nada pudo dormir en lo que quedaba de noche. Al rallar el día, como otras veces, con su padre bajó hasta el río para ir al trabajo de la muralla de la Alhambra y al pasar cerca de la vieja torre, miró a la ventana. El corazón le dio un vuelco y quiso llamarla.

No lo hizo ni tampoco la vio ni la oyó. No percibió señal alguna de ella por la noche al regresar del trabajo y sí vio el árbol tronchado y la pared de la ventana, destruida. Dentro, la torre y todo su alrededor, estaba en silencio y esto le alertó. Ya muy de noche, salió de su casa, se acercó a la ventana de la torre y la llamó. Ni se oían sus lamentos ni nadie contestó a su llamada. Triste se dijo: “Su vida ha sido rota de la manera más cruel y despreciable. ¿Qué derecho tiene nadie a destruir la vida de otras personas? Era libre en sus montañas y plenamente feliz, sin hacer daño a nadie y dando gracias al cielo por el regalo que cada día el cielo le entregaba. Y ahora, qué lástima de persona y de sueño mal logrado, en beneficio de nada ni de nadie”. Lloró el joven aquella noche y se lamentó a lo largo de muchos días. Y cada vez que pasaba cerca de la vieja torre, de nuevo se decía: “Un día, no sé ahora cuando ni de qué manera, tengo que hacer algo grande para que en el futuro se conozca la historia de esta joven y que su memoria nunca se pierda”.

Hoy, en el lugar donde en aquellos días se alzaba la torre de “la cautiva de las montañas”, junto a las aguas del río Darro y frente a la Alhambra, se puede ver un grandioso palacio de estilo más moderno. Construido de piedra y con torres muy bonitas, que los turistas visitan con mucha frecuencia. Pero nadie, absolutamente nadie, ni sabe ni recuerda nada de aquella joven prisionera ni tampoco del muchacho que quiso rescatarla.

Castillo de arena en el río Darro

El niño recorría las calles del Albaicín, con la ropa rota, la cara manchada de tizne o barro y los pies desnudos. Tenía hambre y siempre que recorría las calles, miraba para la Alhambra y soñaba con una princesa que nunca había visto. A veces se iba con el padre a las tierras del huertecillo que tenía cerca del río y se afanaba en regar los tomates, los ajos o las habas. Y

otras veces, se iba con la madre, cuando ésta bajaba al río a lavar la ropa y también le ayudaba.

Y aquella limpia y algo calurosa mañana de primavera, la madre le dijo:
- Hoy tengo que ir a lavar al río. Vente conmigo y me ayudas.
Y con su cara manchada de tierra y su ropa rota, se fue con la madre al río. Por donde las aguas corren serenas y se forman charcos y pequeños vados. Por donde hoy el río aun sigue pasando y al sitio se le conoce con el nombre de Paseo de los Tristes. Sobre la hierba la madre amontonó la ropa sucia, buscó una gran piedra y se puso a lavar en la corriente. Un poco más abajo, se remansaba el charco y en su orilla, se extendían pequeñas playas de arena. Miró el niño a la madre y le preguntó:
- ¿Puedo construir y, mientras tú lavas, un pequeño castillo?
- Construye un castillo y así te entretienes.

Y el niño se puso y con la arena mojada, comenzó a construir un castillo. Miraba a la Alhambra y ponía puñados de arena sobre las murallas de su castillo. Levantaba unas torres y para sí se decía: “En una de estas torres, la más grande y bonita, vive mi solitaria princesa. Y como está cautiva, yo tengo que intentar rescatarla. La salvaré y entonces ella se hará mi amiga y por fin yo seré príncipe y tendré caballos, reinos y riquezas”.

La madre lo miraba, mientras restregaba la ropa sucia contra la piedra y luego la enjuagaba en las claras aguas del río. El sol caía sereno, algo caluroso y la corriente saltaba, se remansaba en el charco, entre las zarzas cantaba un ruiseñor y en lo más alto de la colina, la Alhambra se asomaba como observando. Recogía puñados de arena de las pequeñas playas al borde del charco, los apretujaba y los iba colocando sobre las murallas de su castillo, en las torres y palacios. Y poco a poco fue dando forma a su obra de arena hasta que llegó un momento en que lo tenía todo terminado. Le dijo a la madre:
- La princesa está en su torre cautiva y me llama para que la rescate.
- Pero la princesa que tú sueñas vive en las torres de la Alhambra y no este pequeño castillo de arena.
- Aquella princesa es la misma que hay este castillo mío. Yo la conozco y como ella me necesita, tengo que salvarla. ¿No oyes como me llama?

Y la madre siguió lavando la ropa en la corriente del río. El niño se sentó en la hierba, cerca de su castillo, frente a la Alhambra y no lejos de las aguas del río y se puso a idear un plan para rescatar a su princesa. Y como en su corazón retumbaban las voces de su amiga prisionera, le respondía:
- Espero un momento que estoy buscando un punto para escalar las murallas y poder entrar a la torre donde estás encerrada.
El sol caía, ahora ya colocado en lo más alto y por eso calentando mucho más. La arena con la que estaba construido el Castillo, se fue secando y el niño, mientras meditaba buscando la manera de escalar las murallas y miraba para la Alhambra, fue descubriendo como su castillo, poco a poco se desmoronaba. Seguía sintiendo a su princesa llamándolo y él le decía:

- Si el castillo se cae tú quedarás dentro sepultada. Pero antes de que esto suceda, yo voy a rescatarte, mi princesa.

A la luz de la luna

Cuando los amigos le preguntaban:

- Y de la ciudad de la Alhambra, donde naciste y dices que es la más bella del mundo ¿qué recuerdas?
- De la ciudad de los sueños, Granada, yo siempre recuerdo tres cosas por encima de las otras.
- ¿Por ejemplo?
- No puedo olvidar nunca el río Darro a su paso por mi barrio y me acuerdo constantemente de las casas blancas donde nací, el Albaicín, siempre mirando a la Alhambra y siempre frente a Sierra Nevada. No hay en el mundo luz más pura ni sol más bueno que el que juega y besa aquellas pequeñas casas de mi barrio de Granada.
- De acuerdo pero ¿y la tercera cosa que no puedes olvidar del rincón donde naciste?
- Las noches de luna clara, sentado en el balcón de aquel barrio mío, frente a la Alhambra.
- ¿Y qué tenían o tienen aquellas noches de luna en Granada?

Y cuando le hacían esta pregunta, él nunca la contestaba. No porque no quisiera sino porque siempre se le hacía un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. Había nacido en el seno de una humilde familia en una casa pobre, justo en el corazón mismo del Albaicín. Aquí vivió hasta los catorce años y, como la familia no tenía recursos ni trabajo, un día emigraron a otro lugar del mundo, en busca de una vida mejor. La encontraron, no por completo, en otra ciudad grande muy lejos de la ciudad de la Alhambra. Y en este lugar, creció, se casó, tuvo hijos y no le faltó el trabajo pero tampoco era feliz del todo. Un día los padres murieron y a partir de ese momento, comenzó a sentir y cada vez más, añoranza por Granada, el barrio blanco y la humilde casa donde nacido y de pequeño jugó y, a la luz de la luna, contempló la figura de la Alhambra.

Hasta que una de aquellas noches, se vio así mismo volviendo a Granada. Llegaba a la ciudad una mañana de primavera cuando todos los campos estaban verdes y en Sierra Nevada aun brillaban las nieves. Caminó por la calles, recorrió las plazas del blanco barrio, habló con las personas y contempló la figura de la Alhambra. Y como la emoción le empezó a embargar, se decía: “Todo está como cuando yo por aquí jugaba. Pero la Alhambra, sí que parece otra. Tengo que ir a verla pero antes, quiero contemplarla como cuando aquellos días de pequeño”. Y aquella noche se quedó a dormir en la misma casa que tiempos pasados había sido suya. El matrimonio que ahora vivía aquí, le dijo:

- La que fue tu casa, sigue siendo pequeña, sin comodidades ni lujos pero en ella vamos viviendo. Puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras o sea necesario. Y aunque ni siquiera una cama para ti tengamos, sí queremos que realices tus sueños. Sabemos que, desde aquella distancia, echas mucho de menos este barrio y la que fue tu casa.

Y aquella noche, los tres hijos de la familia, le ofrecieron sus camas para que durmiera. El mayor le dijo:
- Yo puedo dormir en el suelo. Junto la chimenea y tú, duermes en mi cama. Como la tengo junto a la ventana, desde ahí, con solo abrir los ojos y mirar, verás la Alhambra. Y por la noche, cuando la luna salga, podrás disfrutar del espectáculo que tanto deseas y recuerdas.
Y él le dijo al joven:
- Es muy generoso por tu parte pero quiero ser yo el que duerma en el suelo. Y cuando esta noche salga la luna, lo que más deseo es verla desde el mismo sitio que lo hacía cuando era pequeño.
- Pues como quieras pero que sepas que tanto yo como mis dos hermanos, estamos dispuestos a dejarte las camas para que duermas esta noche.

De nuevo el hombre agradeció la generosidad mientras veía que los padres y ahora dueños de la humilde casa, observaban y dejaban que las cosas se resolvieran entre ellos. Y se resolvió en cuanto la noche llegó. Los hermanos ocuparon sus pequeñas camas de todas las noches y el hombre, sobre una alfombra de esparto, se acostó cerca de la chimenea, no lejos de la ventana que daba a la Alhambra. Y en cuanto se acomodó, quiso coger el sueño pero no lo consiguió. En la oscuridad de la estancia y sintiendo cerca a los tres hermanos, rememoró algunas cosas y se dijo: “Tengo que estar atento para que en cuanto la luna salga, levantarme y ponerme a contemplarla como lo hacía cuando era pequeño”.

Y un poco después, el sueño lo venció. Y unas horas antes de la llegada de la aurora, se oyó el canto de un gallo. No lejos de la casa y estancia donde dormía y esto lo despertó. Miró por la ventana y al fondo, a lo lejos y sobre la colina, descubrió la silueta de la Alhambra, bañada por completo por la luz de la luna. Rápido se incorporó, procurando no hacer ruido para no despertar a la familia que le había acogido, abrió la puerta de la casa, caminó despacio por las solitarias calles del barrio que conocía y se dirigió al pequeño muro y balcón frente a la Alhambra. El rincón que también conocía casi con los ojos cerrados porque, de pequeño, este sitio había sido el lugar preferido para sus juegos y que tantas veces había soñado y echado de menos en la ciudad donde ahora vivía.

Mientras aminaba por las calles, sitió los cantos de otros gallos, los ladridos de los perros y maúllos de varios gatos. Los recuerdos de su niñez, se despertaron en su mente y el corazón se le llenó de un gozo íntimo, dulce y profundo. Llegó al pequeño muro, se acercó al borde despacio, miró para la colina de la Alhambra y al descubrir el espectáculo, le pareció vivir dentro de un sueño. Sobre las torres, murallas y palacios de la Alhambra, la luz de la luna se derramaba como en una lluvia de silencios y eternidad. Al fondo y lejos, se veían brillar las blancas nieves de Sierra Nevada y a los pies de la Alhambra, las aguas del río Darro, se deslizaban rumorosas y reflejando también el brillo de la luna. Sobre el muro se sentó frente a la hermosa visión en todo lo alto de la colina al otro lado del río y en su corazón susurró: “No hay en el mundo nada más bello y placentero que lo que ahora mismo vivo. Y nada hay más misterioso, hermoso y hondamente excelso, que una noche de

luna y la Alhambra con su silencio y desde su colina, como asomada a Granada. ¿Por qué me llevarían a mí de estas tierras a vivir en aquel destierro?”

Y al llegar el día, se despertó en su cama de siempre. En el corazón de la ciudad en la que se sentía extranjero. Y durante unos segundos, sentado en el borde de la cama, meditó el sueño. Luego salió fuera y en la misma puerta de su vivienda, se encontró con los amigos de siempre que le preguntaron:
- ¿Qué? ¿Cuándo vas a ir a Granada para ver la luna jugando con las torres de la Alhambra?
Y muy solemne el hombre les respondió:
- De allí vengo ahora mismo y no penséis que os hablo de un sueño.

El último día de la Alhambra

Al río hoy, y desde lejanos tiempos, se le conoce con el nombre de Darro. No es muy largo, tampoco tiene mucho caudal aunque sí constante y corre a los pies mismos de la Alhambra. En realidad, este pequeño y bellísimo cauce, ya existía mucho antes de que sobre la colina de la Sabika, se alzaran las primeras torres y murallas. Por eso este río es testigo y guarda toda la historia de la Alhambra desde sus primeros días. De aquí que este corto cauce tenga categoría para ser llamado también con el nombre de “el río de la Alhambra”. Si este río no hubiera existido y si ahora no conservara toda su belleza y caudal, seguro que la Alhambra tampoco nunca hubiera aparecido por aquí.

Y lo mismo que hace muchos años el río Darro fue testigo del nacimiento de la Alhambra, puede que también un día este cauce asista al final de este monumento, del barrio del Albaicín y de la ciudad de Granada. Y desde luego, esto fue lo que vieron los dos niños del Valle de la Luz, el día de la gran tormenta. Salieron ellos del blanco cortijillo, en el mismo centro del valle, a primera hora de la mañana. Y la niña dijo a la madre:
- Volveremos al caer la tarde.
Les preguntó la madre:
- ¿A dónde vais?
- Hoy queremos coger un buen puñado de espárragos. Después de las lluvias de los últimos días y con este sol tan bueno que ahora tenemos, seguro que todo el campo se encuentra repleto de tiernos espárragos.
- Pues tened cuidado y que tengáis suerte.

Desde el lugar hoy conocido con el nombre de Jesús del Valle, se encaminaron a las laderas, a los lados del río. Por donde las encinas se espesaban y, en las partes bajas, sabían ellos que crecían vigorosas las esparragueras. Había llovido mucho a lo largo de una semana entera pero al final, las lluvias se retiraron. Era comienzo de la primavera y por eso todos los campos refulgían de verdes claros y colores limpios. La hierba tapizaba por todo el valle y las laderas, a ambos lados. Y hoy, el día se presentaba muy sereno, limpio por completo el cielo de nubes y preñado de un azul intenso.

Por eso los dos hermanos, en cuanto cruzaron las aguas del río por el puente de madera algo más abajo del cortijo, se pusieron a buscar espárragos. Sabían ellos bien por donde crecían y en qué sitios se daban los mejores. Enseguida encontraron los primeros y luego otros y otros. Con el hallazgo, se entusiasmaron tanto que empezaron a irse por la orilla del río donde eran más abundantes las esparragueras. Y siguieron cortando los verdes tallos casi sin parar. El día fue avanzando y ellos, ni siquiera advirtieron que según las horas corrían, el cielo empezó a nublarse. En poco tiempo, las nubes cubrieron por completo. Grandes y espesas y antes de que si dieran cuenta, la gran tormenta se había colocado en todo lo alto. Cubriendo por completo el amplio valle y las montañas en las partes altas.

Crujió un trueno y enseguida otro. Sopló fuerte el viento y la lluvia comenzó a caer. Con fuerza y a raudales y ellos, al sentirse sorprendidos, se asustaron y no sabían qué hacer. Dijo la pequeña:
- Nos empaparemos y nuestros padres se preocuparán por nosotros. ¿Qué hacemos?
Miró el hermano para la derecha y, por entre las encinas, descubrió la puerta de una cueva excavada en la ladera y algo alzada sobre el río. Salieron corriendo, llegaron a la cavidad, se metieron dentro y al instante, sintieron el alivio del refugio. Pero como la lluvia era tanta y caía con tanta fuerza, los dos se quedaron en la misma puerta de la cueva, observando el espectáculo, mientras seguían estallando los truenos y el viento se rompía por entre las ramas de las encinas. Dijo la hermana:
- Si no para de llover, en este refugio podremos quedarnos y si la noche llega, aquí dormimos.

Y no paró de llover. Durante muchas horas, la lluvia cayó a raudales, inundando todos los campos y llenando de arroyuelos las dos grandes laderas a los lados del río. Y ellos, asomados a la puerta de la cueva, bien resguardados tanto de la lluvia como del viento, poco a poco fueron viendo como el río comenzó a bajar lleno. Con aguas muy turbias, arrastrando ramas y palos secos y hasta pequeñas piedras. Siguió la corriente aumentando y al poco vieron que las aguas arrastraban árboles enteros y rocas. Dijo el hermano:
- Nosotros ahora mismo y en esta cueva, estamos al salvo pero como este río siga creciendo, se llevará por delante todos los árboles de este valle.
Y el río siguió creciendo y creciendo. Y tanto creció que ellos comenzaron a verlo no ya como un río sino como un ancho camino que, desde el corazón del valle donde se alzaba su cortijo, se alejaba por entre los cerros dirección a la colina de la Alhambra y de la ciudad de Granada.

Caía la tarde y el sol comenzó a ocultarse, allá al fondo y muy lejos de ellos. Y como el río se ensanchaba más y más justo hacia el punto por donde el sol se iba, miraban algo asustados y muy asombrados. Y de pronto, fue la pequeña la que descubrió en fantástico espectáculo. Sorprendida dijo al hermano:
- Mira lo que ocurre sobre las aguas de este gran río, ahora convertido en mar y ancho camino.

Miró el hermano y más sorprendido aun comprobó que las violentas aguas del río Darro, arrancaban de raíz toda la colina de la Alhambra. Y sobre esta misma colina, como si fuera un maravilloso y gigantesco barco, el río se llevaba todos los jardines, murallas, torres y palacios de la Alhambra. Flotando en las aguas y hacia el punto por donde el sol se iba ocultando.

No paró de llover a lo largo de toda la noche. Dentro de la cueva ellos se acurrucaron y al amanecer del día siguiente, sintieron las voces de los padres que los llamaban. Salieron a la puerta de la cueva, avisaron a los padres y unas horas después, los cuatros se encontraban refugiados junto a la chimenea de su blanco cortijillo. La niña contó a la madre la gran crecida del río la tarde antes y la visión que habían tenido. Y como ella le preguntó:
- ¿Tú crees que esta riada se ha llevado a la Alhambra y a toda la ciudad de Granada hacia la puesta del sol que ayer tarde vimos?
La madre le dijo:
- La Alhambra no hubiera existido nunca si este río no hubiera trazado su camino por estos sitios. Y yo sé que, hace mucho tiempo, el río Darro fue testigo en todo momento del nacimiento de ese gran castillo encantado. También puede ser que, en algún momento que ahora no sabemos cuándo, este río tan bello sea testigo del último día de esos maravillosos palacios. El río Darro, de vez en cuando, tiene grandes crecidas y la Alhambra, como todas las cosas de este mundo, un día desaparecerá para siempre. Puede que ese final sea tal como ayer por la tarde vosotros lo descubristeis.

Desde el muro del río Darro

Hoy se le ve muy bonito, con aspecto de antiguo, color piedra vieja y como mirador pequeñito frente al río. Aunque es un muro ancho, que sujeta el agua del cauce y al mismo tiempo sirve para definir y trazar el paseo de la Carrera del Darro y también como balcón frente a la umbría, murallas y torres de la Alhambra. Por eso, muchas de las personas que ahora van y vienen por aquí, se paran en este muro, se asoman al río, hacen fotos, contemplan las torres de la Alhambra, comentan y hasta se sientan a charlar con los amigos. Y claro que es interesante, íntimo y original este pequeño muro en el río Darro, a lo largo del paseo que he dicho.

Pero en otros tiempos, hace muchos, muchos años, por donde hoy se alza este muro y se ven los puentes de piedra, ocurrieron y se vieron muchas e interesantes historias. A mí me han contado, sino todas gran parte de ellas. Y entre tantas historias y hechos interesantes, una leyenda es especialmente curiosa. Dicen que un hombre con dinero, con muchos amigos y algo de cultura, recibió el encargo de construir un puente en las aguas de este río. A la altura de lo que hoy conocemos como Puente de los Tableros o del Cadí. Y lo primero que hizo este hombre fue hablar con los jóvenes que por aquellos tiempos vivían en las partes bajas del barrio del Albaicín. Más o menos cerca del lugar de la construcción del puente. Los reunió junto a las aguas del río y les dijo:
- Vamos a construir un puente en este río, aquí mismo. Y, para mí, vosotros sois lo primero y más importante. Necesito de vuestro trabajo para que este puente sea una realidad. Pero de vosotros, lo primero que quiero y necesito

es que os guste este trabajo, que forméis un equipo unido, que os respetéis entre sí y estéis alegres.
Y algunos enseguida preguntaron:
- ¿Y cómo va a tratarnos usted para conseguir eso?
- Os digo cuales van a ser mis condiciones y principios: solo trabajaréis algunas horas al día, os pagaré un buen sueldo y os daré comida y casa para que viváis cerca del río y no lejos del puente que vamos a construir. ¿Qué os parece mi oferta?
- Que es algo tan fantástico que hasta creemos que estemos soñando. ¿Cuándo empezamos?
- Mañana mismo.

Y al día siguiente, dieron comienzo las obras. Abrieron cimientos, juntaron tablas, trajeron piedras y ladrillos y antes de que se pusiera el sol, dieron de mano. Se reunieron para comer, se refugiaron en el lugar donde iban a construir la casa para vivir durante el tiempo de la construcción del puente y, entre sí, muchos comentaron:
- Un trabajo como éste, donde se disfruta tanto y que entre nosotros haya tan buen ambiente, nunca se ha dado aquí en Granada. Yo estoy contento y soy feliz por completo.
- Y lo mismo dijo yo y me pasa a mí.
- Desde luego que todo es tan bonito que es mucho más que un sueño.
Y poco tiempo después se vio el puente ya casi concluido. También se veía a este grupo de jóvenes, a veces trabajando y charlando entre ellos y otras veces, reunidos frente a las aguas del río, celebrando el momento de la comida o refugiados en la casa que construyeron para vivir. Y los que por el lugar pasaban, comentaban:
- Esta forma de hacer las cosas es la mejor de todas. Nunca antes se ha visto por aquí. Y por eso, cada día debemos ser más respetuosos y agradecidos con el arquitecto de esta obra.

Y un día, pasado bastante tiempo, se terminó la construcción del puente. Dicen que el más bonito, importante y recio de todos los puentes que se han construido en el río Darro a su paso por Granada. Por eso al verlo, todos se quedaban maravillados y, los que más, fue aquel grupo de jóvenes trabajadores y amigos. Y aquel puente duró, muchos, muchos años pero como el tiempo siempre sigue su ritmo, poco a poco aquella obra se fue rompiendo. Tanto que hoy en día, ya no queda por aquí sino algunos restos muy viejos y cada vez más deteriorados. Las personas siguen pasando, yendo y viniendo por la orilla del río, hoy el paseo más bonito de Granada y de otros sitios. Y muchos, cada tarde o mañana, se paran en el pequeño muro frente al río y frente a la Alhambra. Hacen fotos a los restos que de aquel puente quedan, miran, preguntan y comentan pero nadie, absolutamente nadie ni recuerdan ni saben nada de aquel grupo jóvenes. También ellos, en sus ratos libres, miraban las aguas de este río y soñaban y preguntaban mientras entre sí, vivían y compartían momentos de ensueño.

Sonidos de guitarra junto al río

Escribía versos y junto a las aguas	Y cuando le preguntaban:

del río mataba el tiempo tocando su guitarra. Eran lamentos que el agua se llevaba y sus recuerdos.	- ¿Cantas al viento? siempre respondía: - Como a nadie tengo para cantarle mis canciones y dedicar mis versos, con mi guitarra y el río, lloro y rezo.

Junto a las aguas del río Darro, por el Puente del Aljibillo, siempre y ahora en verano más, hay gente. Algunos bañándose, otros caminando despacio río arriba, algunos con los pies metidos en el agua y tomando el sol o simplemente charlando. Al caer las tardes, desde hace tiempo, veo algunos jóvenes que, junto a las aguas de este río se sientan y tocan sus guitarras o flautas. Casi siempre acompañados de amigos o perros. Casi todos menos un joven que, desde hace un tiempo, lo veo por aquí. No acompañado de nadie y por eso tampoco sé quién es. Pero, cuando desde el pequeño muro del Puente del Aljibillo miro para el río y lo veo sentado junto a las aguas, siempre me digo: "No parece extranjero ni tampoco parece que sea de Granada. Pero toca con fuerza su guitarra y siempre está solo. ¿Quién será y a quién le cantará?"

Y me pregunto esto porque siempre he pensado que en la vida, todos hacemos las cosas para alguien o por alguien. Y sé que las personas que escriben o hacen música, casi siempre es por algunas de estas razones. Por eso, desde hace unos días, miro con interés a este joven y a veces me entran ganas de bajar hasta la corriente de las aguas y preguntarle. Sin embargo, ayer por la tarde, al mirar desde el sitio del puente, me di cuenta que hasta él se acercaba una muchacha. Lo saludó y luego se sentó a su lado. Siguió él tocando su guitarra y cantando las canciones y al poco vi que la joven se levantó, subió por la pequeña senda que surca la torrentera y al llegar al rellano, se vino derecha al puente.

Al pasar frente a mí le pregunté:
- ¿Es amigo tuyo el joven que toca la guitarra junto al río?
- Lo he conocido hace un rato y solo me he acercado a él para saludarlo.
- ¿Y qué te ha dicho?
- Le he preguntado por las letras de las canciones que canta y me ha dicho que las escribe él mismo.
- ¿Y para quién escribe y a quien le canta?
- Eso es lo que yo también le he preguntado y me ha dicho, muy emocionado, que le escribe a su corazón y le canta al viento.
- ¿No tiene a nadie en esta vida a quien cantarle?
- Eso es lo que me ha dicho y luego me ha pedido que lo deje solo.

La joven siguió su camino, yo miré una vez más para el río y ahora vi la torre de la Alhambra, la del Palacio de Comares, emergiendo en todo lo alto y como observándolo. El cielo se había nublado, hacía calor, cantaban las chicharras, se oía el rumor de las aguas del río Darro mezclado con su voz y los sonidos de la guitarra. Reflexioné un momento y luego me pregunté:

“¿Qué habrá pasado en su vida para que esté tan solo y no tenga a nadie a quien dedicar sus versos ni tampoco a quien cantarle sus canciones?”

La calle, the street,

No estaba asfaltada ni tenía empedrado granadino ni adoquines de granito. Toda, de un extremo a otro y a lo ancho, era de tierra. Algo roja, con piedras rodadas del río en algunos tramos y con muchos baches y pequeños arroyuelos. Surcos no muy grandes que el agua al correr formaba cuando llovía. Por eso, toda la calle y hasta las mismas puertas de las casas, era un puro barrizal en invierno y primavera. En verano, de tanto pasar las personas y las bestias, el barro se convertía en polvo. Y en otoño, las hojas secas de las parras y las higueras, la cubrían por completo.

Solo algunas casas, a un lado y otro, todas de una sola planta, con tejas de barro y paredes de adobes amasados con paja. La casa que daba las espaldas a la Alhambra, se veía más hermosa. En la puerta tenía una parra y por el lado de abajo, un pequeño huerto con una higuera y una alberca con agua. La casa de la izquierda, la que se alzaba a mitad de la calle, casi en lo más alto del Albaicín y miraba de frente a la Alhambra, era muy humilde. Quizás la más humilde de todas las casas que en aquellos tiempos había en este barrio. Estaba techada con paja, el suelo era de tierra como el firme de la calle, tenía una pequeña sala y a la izquierda según se entraba, una habitación aun más chica que la sala. Solo una pequeña ventana había en la recogida habitación y daba a la Alhambra, al primer sol de la mañana y a las cumbres de Sierra Nevada.

En la casa de la parra, vivía un matrimonio con dos hijas y en la humilde de la izquierda, solo una anciana ya muy cansada y a penas sin fuerzas. Pero ella, en los días de primavera y verano, siempre salía a la puerta de su casa y en su silla de aneas y madera de olivo, se sentaba. Simplemente a ver lo que por la calle pasaba, a mirar en silencio a la grandiosa figura de la Alhambra y a esperar, según decía ella. Por eso, las jóvenes de la casa de la parra, cuando pasaban y la veían sentada en la puerta, siempre quieta y en silencio, con frecuencia le preguntaban:
- ¿Y qué es lo que esperas?
- Cuando yo era joven, un apuestos muchacho, un día me prometió que vendría a mi casa y me llevaría con él muy lejos. Que me haría reina en el paraíso y palacio más bello de la tierra.
- Y después de tanto tiempo ¿todavía sigues esperándolo?
- Aunque pasen los años, la ilusión nunca se pierde.

Y las jóvenes callaban. No se atrevían ellas a confesar a la anciana que también en sus corazones tenían un sueño. Pero la anciana era inteligente y por eso un día les preguntó:
- Y vosotras ¿a quién esperáis?
- Nosotras, muchas tardes nos aseamos y nos ponemos vestidos nuevos parque esperamos irnos algún día de aquí.
- ¿Iros a dónde?

- No sabemos, porque nunca hemos visto cómo son las cosas en otros lugares del mundo pero tenemos que irnos. Cada día estamos más cansadas de tanta monotonía y lo limitadas que son las cosas y personas que por este barrio conocemos. También soñamos con ser princesas y que algún día, alguien no llevarás al más hermoso lugar de la tierra.
Y al oír esto, a veces la anciana les decía:
- Vuestro sueño es igual de bello que el mío cuando yo era joven y fijaros como me encuentro ahora mismo.
- ¿Y qué consejo puedes darnos?
- Que soñar es bueno porque sino la vida sería imposible. Pero yo, aunque cada día lo sigo esperando, si en algún momento se presentara, le diré que ya es tarde. Que siga su camino y se vaya a sus cosas.
- ¿Por qué harías eso?
- Porque ahora sí tengo claro que pasado el tiempo, lo único valioso que tenemos, es el recuerdo de aquello que de jóvenes soñamos. Ni la realidad más hermosa puede superar a esto.

Y las muchachas, mostrando sus vestidos limpios y de colores, daban media vuelta sobre sí delante de la anciana y muy resueltas comentaban:
- Pero abuela, lo que nosotros soñamos, es muy distinto a lo que has vivido tú. Las cosas ahora ya no son lo mismo.
Ha pasado el tiempo. Muchos, muchos años y aquella calle de barro y casas de adobes con paja, parece otra. Está empedrada, tiene adoquines de granito y todas las casas muestran cristales en sus ventanas. No se ve, al caer las tardes, ninguna anciana sentada en la puerta de su casa y esperando en silencio. Sí, de vez en cuando, por la calle van y viene grupos de jóvenes que comentan:
- Un día, tendremos que irnos de aquí, a otro lugar del mundo en busca de amigos, de oportunidades y de fortuna. La monotonía y el vacío que por este rincón cada día vivimos, no sirve para nada.

La despedida

Después de cuatro años, llegó el momento de marcharse. Justo cuando la primavera llegaba y, en las altas cumbres, las nieves se derretían. Por eso el río Genil y el Darro, el río y amigo de la Alhambra, comenzaban a bajar llenos. Siempre, cuando cada año el invierno se retira y las nieves empiezan a irse, estos dos hermosos ríos de Granada, se llenan a tope. Aparecen las cascadas, rebosan los charcos, se fraguan las corrientes y, como casi siempre esto ocurre en primavera, las aguas de estos ríos se tornan azules verdes. Colores purísimos que gustan mucho verlos y, más aun, cuando las aguas se remansan y juegan con la arena.

Y aquella tarde, recién llegada la primavera, ella le dijo a su amigo:
- Se acerca mi fin aquí en Granada.
- ¿Y cómo te sientes?
- Desde luego que muy triste.
- Pero vuelves, después de cuatro años, a tu país y casa.

- Eso es cierto pero ahora ya, en estos rincones de Granada, por donde el río Darro y lugares de la Alhambra, tengo trozos de mi corazón y hasta lo mejor de mi alma. Como tantas veces ya te he dicho, Granada, los paisajes que le rodean, sus silencios, tardes de sol y lluvia y cuando llega la primavera, es única. Respira y entrega una magia que aprisiona y llena hasta lo más íntimo. ¿Me entiendes?
- Un poco sí pero…
- Lo comprendo y por eso quiero despedirme tanto de ti como del río Darro, de la Alhambra y de Granada, en ese lugar que el otro día te dije. Te espero mañana por la tarde y vamos.
Después de un rato en silencio el amigo le preguntó:
- ¿Qué hay en ese sitio que no puedas revelarme desde ningún otro lado?
- Cuando estemos allí te lo explico. Porque también quiero que sepas y veas que de Granada, del río Darro y de la Alhambra, me llevo lo más hermoso. Mañana te espero, vamos al lugar que sabes y desde allí te muestro y explico.
- Pues mañana nos vemos.

Y a primera hora de aquella tarde mediado de abril, se les vio a los dos. Justo en el mismo puente del Aljibillo se encontraron y, después de saludarse, subieron por el camino que lleva a la Fuente del Avellano. La tarde se había nublado, no hacía frío ninguno, el sol salía a ratos y por entre las zarzas y álamos, los primeros ruiseñores ya cantaban. Dijo el joven a su amiga:
- Es una lástima que te vayas de Granada. Y más me entristece aun que sea ahora, cuando la primavera llega.
- Más lo siento yo pero mi pasaporte caduca, ya he terminado mis estudios y aquí no tengo trabajo.
- ¿Y volverás algún día?
- Eso quiero yo, volver y quedarme para siempre en Granada.

Subieron la pequeña cuestecilla del primer tramo de este camino y enseguida, a la derecha, vieron la sendilla. Por ella remontaron, agarrándose a las ramas de cornicabras y continuaron subiendo. Ahora ya por la umbría del Generalife, como al encuentro de la acequia. Trazaron con la senda, varias curvas y al llegar al rellano de la hierba, se pararon. Dijo ella a su amigo:
- Este es el lugar concreto y elegido por mí para despedirme de ti y de Granada.
- ¿Y qué es lo que hay aquí y quieres mostrarme?
- Mira conmigo río arriba y presta atención a lo que voy a decirte.
Le hizo caso y, desde la pequeña repisa muy alzada en la ladera, justo por debajo del Generalife, miró valle arriba en la dirección contraria a como vienen las aguas por el río. Al fondo y a lo lejos, se abría un largo y profundo valle escoltado por las dos laderas, tupidas de vegetación y sembrado de olivares, encinas y almendros. Y más al fondo aun, la bruma iba velando como en una cortina de niebla fina hasta dejar por completo todo tapado. Dijo el amigo:
- Desde luego que la tarde y este amplio valle del río Darro y visto desde aquí, todo parece hermoso y terriblemente misterioso.

Hubo un momento de silencio y luego comentó ella:
- Lo que acabas de decir es parte de lo que deseo mostrarte.
- Lo entiendo pero y lo que falta ¿qué es?
- Ya te dije que de Granada y de estos sitios de la Alhambra, me llevo lo mejor que en mi vida ha ocurrido.
- ¿Y qué es?
- Dos cosas muy concretas que dentro de mí tengo muy claro: en este valle que ahora mismo tenemos al frente y se nos pierdes en la lejanía entre la bruma, es donde siempre he soñado construir y tener mi pequeño palacio.
Y al oír esto, rápido preguntó el amigo:
- ¿Tu palacio? Si no tienes ni dinero ni trabajo y ni este río ni tierras te pertenecen ¿Cómo puedes soñar tan gran sueño?
- Lo he soñado, lo sueño y me llevo este sueño conmigo ahora que me marcho. ¿Quieres que te diga como imagino el palacio que te he comentado y me gustaría tener en este lugar concreto?

Esperó él unos minutos y al rato dijo:
- Sí, dímelo. Me va a gustar mucho saber cómo es este sueño tuyo.
Y sin perder tiempo la amiga aclaró:
- Allá a lo lejos, en lo más hondo y donde la bruma no deja ver más, es donde estaría este palacio mío. Y desde aquí, río Darro arriba, por la misma orilla de las aguas y entre las dos laderas, irían los caminos. Todos de tierra y piedra y a un lado y otro, sembrados de los jardines más bellos. Junto a las paredes de mi palacio, el agua del río remansadas y en cascadas por entre los almendros.
- ¿Y por qué aquí y de este modo has soñado y sueñas construir tu palacio?
- Porque ahora tengo muy claro que es este el único lugar del mundo donde el silencio es profundo, el agua clara como el viento y la serenidad auténtica y verdadera.
- ¿Solo por estas tres cosas sueñas tener aquí tu palacio?
- Desde luego que también por la belleza de los paisajes y la figura de la Alhambra, cerca. Pero para mí no hay tesoro más valioso que los sitios que por aquí regala el río Darro y la transparencia que de estos lugares mana. Llenar mi corazón de estos silencios, luces y colores, ahora sí estoy muy segura que es lo mayor fortuna que pueda tenerse en esta tierra.

Al oír estas palabras el amigo ya no preguntó nada más. Junto a ella y en la hierba, se sentó. Sin dejar de mirar la profundidad del valle y ahora, imaginando allá a lo lejos, el sueño que le había contado. Luego, cuando la tarde dejó paso a la noche, regresaron a Granada. Al día siguiente ella se marchó y desde aquel momento, nunca más ha vuelto por estos lugares. Siguieron pasando los días, los meses y los años y él, cada tarde y sobre todo al llegar la primavera, vuelve al balcón de la ladera. Sobre la hierba se sienta y, mientras mira a la profundidad del misterioso valle del río Darro, la sueña. Sueña también con el palacio que ella imaginaba, mientras el corazón se le llena de tristeza y hasta llora. Pero en muchos momentos, también siente que su alma se le llena de la armonía y transparencia que la amiga explicó aquella última tarde. Y entonces se dice: “Sin duda que sentir el alma y cuerpo entero convertidos en la transparencia que por aquí el río regala, es muy hermoso. Quizá la fortuna más grande de esta tierra”.

Diamantes del río Darro

Diamantes líquidos, azul claro
son las cantarinas aguas
que van por el Darro,
desde la nieve en las montañas,
para quedarse sembrados
en los jardines de la Alhambra.

En aquellos tiempos, además de muchos huertecillos, veredas y algunas alamedas, junto a las aguas del río Darro, había molinos. Construcciones, algunas pequeñas y otras no tanto, levantadas en las mismas orillas de las aguas y casi siempre por dentro, llenas de vida. Olían a trigo granado y convertido en harina blanca y, en otros momentos del día, a pan recién hecho con sabor a gloria. Y todo sazonado con el run, run continuo de la piedra de granito machacando el trigo y el chapoteo de las aguas pasando y pasando.

Casi todos estos molinos estaban ocupados, en sus momentos de trabajo, por hombres sencillos, muy pobres algunos, delgados o recios pero todos buenos. Ilusionados con su trabajo y felices por vivir cerca de las aguas de este río y orgullosos de las tierrecillas de sus huertos y de la figura de la Alhambra, siempre sobre la colina como vigilando o dando compañía. A primera hora de las mañanas, algunos comentaban con sus compañeros:
- Este molino nuestro, será viejo, pequeño y poca cosa pero hay que ver qué hermoso se ve junto a este río.
- Y que lo digas. Este pequeño molino nuestro, el de más arriba y el de más abajo, es como si fuera la mejor decoración del río. El Darro, el río de la Alhambra, no sería lo que es sin nuestros molinos.
- Y de sus aguas claras, sustancia fina de las montañas ¿qué me dices?

Y el compañero y el que trabaja en el otro molino de abajo y en el de arriba, siempre respondían:
- Que son diamantes líquidos las aguas del río que mueven nuestros molinos.
Y esto lo decían porque continuamente el agua del Darro parecía nieve recién derretida. Y cuando más se veía este bellísimo espectáculo, era por las tardes, un poco antes de ponerse el sol. Si se miraba al río un poco alzado en las laderas que tiene a un lado y otro, siempre se veían los viejos molinos decorando junto a la corriente. Y siempre de estos molinos, emergían como pequeñas torres de piedra, algo parecidas a las torres de la Alhambra. Y como al darles los rayos del sol de las tardes, las aguas relucían con tonos de diamantes líquidos, ellos decían y creían que sí: Que las aguas del río Darro, eran esencias de diamantes líquidos que bajaban de las montañas a mover las piedras de sus molinos.

Descalza por las calles de Granada

Como si rezara al cielo,	- ¿Por qué misterio

por las calles iba descalza, pisando el suelo, mirando las torres de la Alhambra y en silencio. Y cuando le preguntaron:	caminas de este modo y tan callada? Ella respondió: - Fundo mi alma, mi corazón y cuerpo con la esencia del alma de Granada.

Bajaba sola. Por la Cuesta del Rey Chico y al dar la cuerva en la calle, la vio. Por donde ya el camino, empedrado y estrecho, se encuentra con la calzada que lleva a la Fuente del Avellano. Él estaba sentado en el pequeño muro del puente del Aljibillo y tomaba el aire. Hacía mucho calor y del río Darro, de vez en cuando, subían pequeñas rachas de aire fresco, con aromas de juncos, sauces y almendros.

Era por la tarde, mediado de agosto y por eso el sol calentaba con fuerza. Tanto que entre las ramas del viejo almez que en el mismo muro del puente crece, las chicharras cantaban sin descanso. Y por el río, unos metros más abajo, ya casi a la altura del Paseo de los Tristes, algunos jóvenes desfrutaban de las claras aguas. Caminaban por la corriente pisando la arena o de piedra en piedra, miraban los remolinos del transparente líquido sentados en la orilla y a la sombra del robusto sauce que ahí crece y charlaban entre ellos mientras esperaban no se sabía qué. Todo esto, justo donde al río se entrega el cristalino arroyuelo que, desde la Alhambra, Torre del Agua y de la Cautiva, desciende paralelo al camino del Rey Chico. Y aquí mismo, donde el arroyuelo se junta con las aguas del río Darro, esta tarde se veían tronchadas las dos ramas más gruesas del viejo sauce que ahí clava sus raíces. Dos días antes, una ráfaga de aire, desgajó una de las gruesas ramas. Cayó atravesada en la corriente del río y ahí quedó. Y la noche antes de verla bajar por la Cuesta del Rey Chico, se rompió la otra rama. Casi por el mismo sitio y quedó tumbada justo donde las aguas del arroyuelo de la Alhambra, se funden con las del río. Aquí mismo se siguen sentando los jóvenes y ahora aprovechan ellos parte de las dos ramas caídas, para tender sus toallas, las camisas o algunas otras prendas.

Y estaba él mirando, sentado en el muro del puente y se preguntaba: “¿Qué habrá sido lo que ha pasado para que caigan de esta manera estas dos ramas y en tan poco tiempo?” Nadie respondió a su pregunta y le resultaba aun más chocante ver el mismo panorama con la fantástica figura de la Torre de Comares en todo lo alto de la colina. “Como si estuviera ocurriendo algún fenómeno extraño por aquí y nadie lo supiera. En cuanto se me presente la oportunidad, voy a preguntarles a los vecinos a ver si saben algo”. De nuevo se decía, cuando al mirar para la Cuesta del Rey Chico, la vio. Con sus zapatos en la mano, una pequeña mochila, un pañuelo de seda entrelazado con el pelo y caminando muy despacio para no hacerse daño. Porque esto fue lo que más le llamó la atención: descubrir que caminaba descalza, con mucho cuidado y procurando pisar en las piedras más grandes del empedrado en este camino.

Tal como estaba sentado, esperó a que llegara al puente, con la intención de preguntarle en cuanto se acercara. Pero, comenzaba a cruzar

por delante y antes de que él dijera nada y justo a su altura, ella se paró y le preguntó:
- Vengo de la Alhambra y quiero ir al barrio del Albaicín y al Mirador de San Nicolás. ¿Voy bien por aquí?
- Sigue recto, sube la calle que se ve al frente, Cuesta del Chapiz y al final, verás un edificio muy grande. Es la iglesia mayor del albaicín, el Salvador. La construyeron sobre una mezquita y por eso hoy se alza majestuosa. Muy cerca y por detrás de esta iglesia, se encuentra la nueva mezquita y el famoso mirador.
- ¿Y queda lejos?
- Quince minutos, a un paso lento.
- ¿Y el Sacromonte?
- A mitad de esta cuesta, a la derecha, sale un camino que lleva a ese barrio.
- Es que también quiero verlo.
- ¿Y descalza vas a recorrer todas esas calles y caminos?
- Me gusta y más si es por las calles de Granada,
- ¿Qué tienen las calles de Granada para que sean interesante recorrerlas descalza?

Dio unos pasos, soltó sus zapatos en el muro del puente, miró al río y luego dijo:
- Soy de Italia y me llamó Diana. Y entre otras cosas, me gusta de una manera especial, la ciudad de Granada. ¿Y sabes por qué?
- No lo sé.
- Desde pequeña, yo siempre he soñado con un castillo viejo en lo más alto de las montañas. Y lo que más me ha gustado cada vez que con este castillo he soñado, ha sido y es el paisaje que le rodea y los ríos de aguas limpias que a un lado y otro corren. Me he visto muchas veces caminando por estos paisajes, arroyuelos y bosques y siempre lo he hecho descalza.
- ¿Y sabes por qué?
- Cada vez que piso la tierra y experimento su contacto bajo mis pies, me parece que me fundo con ella. Como si de alguna manera mi alma y toda yo entera, se fusionaran conmigo y yo con la tierra y el Universo entero.

Hubo un momento de silencio y luego él volvió a preguntar:
- ¿Y qué tiene de especial caminar descalza por las calles de Granada?
- Para mí tiene de especial que la Alhambra, este río y estas calles, se parecen mucho al sueño que desde pequeña he soñado. Solo dos días voy a estar en esta ciudad y por eso quiero vivirla y sentirla de la manera más especial.
- ¿Para hacer realidad lo que tantas veces dices que has soñado?
- Si tuviera tiempo te contaría con detalle mi sueño pero ahora tengo que irme para aprovechar las horas que aun voy a estar en Granada, la ciudad más bella del mundo, sin dudarlo.

Agradeció ella el rato de conversación y la información que le había dado y poco después subía por la Cuesta del Chapiz, con sus zapatos en la mano y caminando despacio y descalza por el empedrado de la acera. La siguió mirando mientras se alejaba y para sí, otra vez se dijo: “A nadie hace daño con su decisión de caminar descalza por las calles de Granada. Y si es

su sueño y de esta manera transciende su ser y eleva su alma al cielo, es hermoso y digno del mayor respeto. Verla alejarse y de la manera que lo hace por las calles de Granada, también es muy bello”.

La casa de la higuera

No era como todas las casas que en aquellos momentos había en el barrio. Ni tampoco el barrio en sí estaba configurado tal como hoy lo conocemos. Dos de las calles, bastantes limpias y que no discurrían de arriba abajo en la ladera sino de un lado a otro elevándose levemente, eran estrechas. Sin empedrados ni asfalto sino pura tierra hasta en las mismas puertas de las casas. Algunas de estas construcciones, a un lado y otro y de arriba abajo, eran muy humildes. Otras, estaban edificadas de adobes de barro y hasta tenían un poco de jardín o árbol frutal, sembrado en las puertas.

Tal era el caso de la vivienda que muchos conocían con el nombre de “La Casa de la Higuera”. Porque crecía este árbol en una de las entradas de la humilde casa. En la entrada que daba al norte y a la calle más importante. La vivienda tenía dos entradas ya que su construcción era alargada. De una calle a otra y por eso la segunda entrada daba al sur. A la calle más estrecha y que al otro lado, ya no tenía viviendas porque discurría casi al borde de una pequeña torrentera que, según caía hacia el río, se convertía en tierra de labor y huertos.

Y como las dos entradas a la casa alargada, humilde y baja no daban a ninguna de las calles sino que estaban alineadas con la longitud de la construcción, en la pequeña franja de tierra por delante de las puertas a la vivienda, en tiempos pasados y nadie sabía quién, habían sembrado algunos árboles. Un granado, un ciprés, un naranjo y una higuera. Este último árbol ya estaba muy grande, tenía el tronco ennegrecido, crecía fuerte y frondoso y por eso, al llegar cada año el verano, daba muy buena cosecha de higos rayados. Ni blancos por completo ni negros total. Higos rayados que era como lo llamaban ellos.
- Los mejores higos que se crían en este barrio y rincones de Granada.
Comentaban con frecuencia los vecinos. Y desde luego que era cierto porque cuando la higuera estaba en el mejor momento de la cosecha, en los meses centrales del verano, era la atracción no solo de los niños sino de todas las personas que por la calle del centro pasaban.

Y una de las personas que más disfrutaba y se aprovechaba de los frutos de esta higuera, era el niño de la casa que se alzaba al final de la calle del centro. Un niño pobre que vivía también en una casa muy humilde y un día lo contrataron para que cuidara de un rebaño de cabras, propiedad de una familia algo rica. Desde aquel momento, todos los días se levantaba muy temprano, salía de su casa, subía por la calle del centro y al llegar a la higuera, en la época en que el árbol tenía los frutos maduros, se paraba a coger algunos higos. Con mucho cuidado para que no lo vieran los dueños no fueran a enfadarse con él. Pero esto precisamente era lo que a él más le intrigaba: que nunca, nunca había visto a los dueños de la frondosa higuera. Se decía, cuando se paraba a coger higos y miraba por si los dueños

aparecían: “Es como si en esta casa no viviera nadie”. Y recordaba los momentos que entre los vecinos, con frecuencia oía:
- En la casa de la higuera, parece que no vive nadie pero no es cierto.
- ¿Y quién vive? ¿Tú lo sabes?
Se preguntaban entre ellos.
- Un anciano con sus dos nietos y una mujer joven.
- ¿Por qué sabes tú eso? ¿Acaso lo has visto alguna vez?
- Yo no lo he visto nunca pero sí he oído que dicen eso.

Y como al muchacho que cada día pasaba y se paraba a coger higos, también le intrigaba lo del abuelo y los nietos, de vez en cuando miraba. Cuando se paraba a coger higos, con mucho cuidado para que no lo vieran, miraba muy interesado por las puertas y ventanas de la casa buscando ver a los niños. Nunca los veía y por eso, en algunas ocasiones pensó acercarse a la puerta y llamar para conocerlos. Pero luego sentía miedo y no se atrevía. También se decía: “Si es cierto que esos niños viven aquí ¿qué comerán y dónde juegan? Porque tampoco los he visto jugando en la calle con los demás niños de este barrio”.

Sí los vecinos veían a una mujer joven, aunque ya madura, que cada día salía de la casa con una especie de bolsa, caminaba por la calle de la torrentera y se iba lejos. Nadie sabía a dónde pero sí la volvían a ver otra vez al oscurecer con la misma bolsa llena de cosas. Y una mañana, cuando el joven se paró al lado de la higuera para coger un par de higos de las ramas bajas, sintió discutir dentro de la casa. Escuchó atento y luego sintió a los niños llorar. Quiso entrar para ver qué pasaba pero seguía teniendo miedo y se contuvo. Continuó su camino para ocuparse en el trabajo que cada día realizaba y cuando volvió por la tarde, vio que los vecinos se concentraban cerca de la casa. Preguntó y le dijeron:
- A media mañana salió de esta casa gritando y dentro hemos oído a los niños llorar.
- ¿Qué ha pasado?
- Nadie lo sabe pero parece que no es nada bueno.

La mujer de la bolsa y algo joven, no volvió aquella tarde ni al día siguiente ni nunca más. Sí a los dos días, como dentro de la casa se oían a los niños llorar, los más decididos entraron y vieron a un hombre mayor y a un niño y una niña de entre diez y doce años de edad. Le preguntaron y la niña dijo:
- Esa mujer no era nuestra madre. Nos tenía aquí encerrados, nos daba algo de comida y continuamente nos amenazaba con pegarnos si salíamos fuera de la casa o si decíamos algo a alguien.
Y el anciano, muy afectado y con pocas, confesó:
- Yo los he cuidado lo mejor que he podido pero necesitan cariño y alguien que los alimenten y los lave.

Tres días después, al pasar el joven cerca de la higuera de la casa, se paró y miró. Vio a la niña que asomados a la puerta primera, esperaban algo. Le preguntó:
- ¿Estás sola?

- Mi abuelo y hermano están dentro.
- Si queréis, los dos podéis veniros conmigo y os enseño mis cabras, los campos por donde siempre ando solo y jugamos juntos todo lo que tengáis ganas.
- Si que nos vamos ahora mismo.
Dijo ella casi al instante. Llamó al hermano, salieron de la casa y se fueron con el joven. Al volver aquella noche se llevaron el abuelo a casa de su amigo, el niño que guardaba cabras en las montañas y la familia los acogió diciendo:
- Desde hoy, en esta casa nuestra, seréis uno más. Como hijos nuestros de toda la vida y regalo maravilloso envidado del cielo.

Y el joven, la niña, el abuelo y el niño, se alegraron. No volvieron más a la casa de la higuera. Pasado un tiempo, el árbol se secó, la casa se fue cayendo poco a poco y la hierba y las zarzas, crecieron en el terreno. Todo el mundo decía que dentro, lo que había, no era nada bueno y por eso la empezaron a llamar, en lugar de La Casa de la Higuera, La Casa de la Mala mujer.

Una noche a los pies de la Alhambra

Al caer la noche, se fue por la Carrera del Darro. Caminando despacio para sentir la caricia del airecillo que de las aguas del río subía y para gustar con calma la figura de la Alhambra sobre la colina. Ya estaba iluminada y era justo el momento en que el cielo muestra su azul intenso, en las últimas luces del día. Por eso, las esbeltas torres y murallas, iluminadas por la luz de los focos artificiales, se recortaban como en una lejanía íntima y muy bella a la vez que mágica y misteriosa. Al llegar a la mitad del paseo, torció para la derecha y subió por la estrecha callejuela. Mirando también despacio y empapándose del silencio, el fresco airecillo y las luces anaranjadas iluminando tenuemente. Se dijo, mientras seguía su paseo a ninguna parte concreta pero llenando el alma y el corazón del mágico momento: “Piso por primera vez estas calles de Granada y por primera vez en mi vida paseo junto a la Alhambra y ahora mismo siento como si una vida entera por aquí hubiera estado viviendo. Esta calle estrecha, su silencio, esta sombra y luz tamizada, esta soledad, el fresco airecillo… Como si todo se me colara en el corazón para entregarme un beso limpio y hondo”.

Al final de la calle, torció para la derecha, bajó por otra calle aun más estrecha, siguió su paseo y al poco salió a la plazuela de la fuente. La conocida con el nombre de Paseo de los Tristes y al ver a la gente sentada en el muro que separa el río de la plaza, buscó un sitio solitario y frente a la figura de la Alhambra iluminada en todo lo alto, se sentó. Como si se preparaba para quedarse la noche entera, sintiendo la caricia del aire y soñando. Alguien rozó su cara con las manos y ella, en lugar de inquietarse o mirar para ver quién era, cerró los ojos y gustó en su corazón la dulzura de la caricia. Sintió el calor de las manos y luego del abrazo y aun cerró más sus ojos para concentrarse en la deliciosa sensación que por su alma se expandía. De nuevo se dijo: “Sentir una caricia como ésta, aquí junto al río, en este lugar de Granada, a estas horas de la noche y junto a la Alhambra, es

lo que siempre había soñado. El calor del alma de esta ciudad transmitiendo su aliento y llenándome el corazón del gozo más puro e intenso".

Había llegado a Granada solo unas horas antes. Y desde Plaza Nueva, cargó con su maleta Carrera del Darro arriba hasta la estrecha callejuela conocida con el nombre de Santísimo. En el hotel que hay en esta calle, se hospedó, dejó las cosas que traía, en la bonita habitación, se duchó y después de comer algo, bajó a recepción y preguntó:
- Solo voy a estar esta noche aquí en Granada. ¿Qué es lo mejor que puedo ver y disfrutar sin que sean discotecas, bares o tablaos flamencos?
Y le dijeron:
- Estás en el barrio del Albaicín, a los pies mismos de la Alhambra y en corazón de Granada. Pasea despacio por este rincón y observa y gusta lo que vayas encontrando.
- Eso es lo que mis amigas siempre me han dicho. Que pasear en silencio por esta zona de la ciudad, al caer la noche y ahora en verano, es una experiencia única. ¡Voy a probarlo!

Y cuando ya la noche estaba muy avanzada, se levantó del muro donde se había sentado, cerca del río y frente a la Alhambra. Caminó unos metros y enseguida llegó a la calle y al hotel donde unas horas antes se había hospedado. Subió a su habitación y se dejó caer en la pequeña cama. Durmió y soñó solo un rato porque al amanecer la despertaron diciendo:
- Nos dijiste que te llamáramos temprano.
Y entre sueños y como cansada, dijo:
- ¡Gracias! Es que mi avión sale temprano y como tengo que coger el autobús para ir al aeropuerto, quiero ser previsora y llegar a tiempo.
De nuevo agradeció que la hubieran despertado. Se levantó enseguida, preparó su pequeña maleta roja, bajó a recepción, desayunó algo y con la luz del nuevo día, salió a la calle. Y lo primero que hizo fue mirar para la Alhambra y luego seguir bebiendo el fresco airecillo que del río manaba. Se dijo: "¡Qué hermosa se ve Granada en un amanecer como éste y entre estas luces tan claras! ¿Quién sería el que anoche acarició mi cara dejando tan dulce sensación en mi alma? Ojalá viniera ahora a darme un fuerte abrazo de despedida. Sería para mí el broche de oro de mi breve estancia en esta ciudad encantada".

Y arrastrando su maleta caminó lenta Carrera del Darro abajo dirección a Plaza Nueva. Alzaba su cabeza de vez en cuando y luego la agachaba para que los que se iba encontrando, no vieran sus lágrimas. Las limpió con sus dedos dos o tres veces y al llegar a la altura de la Plaza de Santa Ana, se paró un momento. Miró por última vez para la Alhambra y volvió a sentir el deseo de que alguien la abrazara para hacer hermosa la despedida. Y de su corazón, sin que ella lo controlara, le salió un profundo y sincero "te quiero". Sintió en ese momento que por detrás, alguien la abrazaba de la forma más tierna y sincera. Puso sus manos sobre el brazo que la sujetaba y exclamó:
- Solo un momento más, aprieta mi cuerpo contra tu corazón, mientras me voy alejando poco a poco de este lugar mágico para que la despedida no sea tan dolorosa. Me vuelvo a Siberia, el lugar de las nieves, las llanuras y los

lagos. No volveré nunca más en mi vida a Granada y por eso necesito que tu abrazo me acompañe unos metros más mientras me voy alejando. Ha sido lo más delicioso que en mi vida ha sucedió nunca".
Y oyó como si el mismo viento que manaba del río Darro, le susurrara al oído:

Te marchas a tu país lejano hermosa muchacha, llevándote en tus brazos el alma de Granada. Cuando los inviernos largos	lleguen con sus nieves blancas y cubran aquel mundo llano del que tú eres hermana, recuerda bella criatura que aquí te sueña la Alhambra y junto al río Darro, eterna estarás abrazada.

El sueño del joven

Así nació el Albaicín

Al lado derecho del barranco, por donde bajaban las aguas de la cumbre y del collado, se le vio aquella mañana. Subiendo despacio por la senda que, por el lado de arriba de los huertos, remontaba al rellano. Iba solo, en busca de su rebaño de cabras que, desde hacía dos días, tenía perdido por entre el monte. Y como la cuesta era grande, se paró un momento a descasar, respirar el fresco airecillo y mirar para atrás. Sobre una piedra se sentó y, durante un buen rato, estuvo mirando para la ladera de enfrente. Por ahí, el sol todo lo bañaba, los árboles cubrían espesos, caían hermosas las cascadas, la hierba relucía fresca y las rocas salpicaban.

Y como le pareció tan bello el espectáculo, cerró los ojos y se puso a soñar. Quería ver, una vez más, cómo sería el pueblo pequeño, con sus blancas casas, sus árboles frutales, las huertas y veredas. Y lo estaba imaginando en su corazón y alma, cuando le despertó de su sueño el ruido de unos caballos. Abrió sus ojos, miró para el lado del sol de la mañana y los vio frente a él. Eran tres hombres montados en sus caballos que se habían parado solo unos metros más arriba. Lo saludaron y sin más, le dijeron:
- Venimos de la Alhambra, enviados por el rey que vive en aquellos palacios.
- ¿Me buscáis?
- Hemos preguntado por ti y nos han dicho que subías por la senda en busca de tus cabras. Te hemos salido al paso y aquí estamos para darte el recado.
- ¿Qué recado?
- El rey quiere hablar urgentemente contigo.
- ¿Para qué?
- No lo sabemos pero en este momento, sí te pedimos que subas a uno de estos caballos y nos acompañes. Estas son las órdenes que tenemos.

Preguntó el joven bastantes cosas más pero los soldados a ninguna de sus preguntas respondieron. Solo decían:
- Estamos llevando a cabo lo que el rey nos ha ordenado. Cuando estés frente a él, pregúntale todo lo que ahora quieres saber.
Y de nuevo le pidieron que subiera al caballo para regresar con él a los palacios de la Alhambra. Pensó en ese momento en su rebaño de cabras y las imaginó perdidas por las laderas y barrancos de las montañas y a punto

estuvo de no obedecer a los soldados. Pero luego también pensó que si el rey de la Alhambra lo requería, fuera para lo que fuera, debía acudir a su presencia. Se dijo: “tenga o no razón, a un superior y más a un rey, nunca es bueno contrariarlo. Si no le hago caso, pensará que desafío su autoridad y reaccionará montando en cólera y urdiendo contra mí, Dios sabe qué cosas”.

Subió al caballo, pusieron los soldados rumbo a la Alhambra y después de atravesar algunos valles y montañas, llegaron a los recintos amurallados. Dijeron a los guardianes que el rey los esperaba y en cuanto estuvieron en los palacios, el secretario mayor condujo al joven a presencia del rey. Éste lo recibió enseguida y lo primero que le dijo fue:
- Me han dicho que eres un soñador.
- Creo que como cualquier joven, señor.
- Pero es que a mí también me han dicho que tu sueño es distinto. Que muchas veces te sientas en la ladera, al borde de la senda que sube al collado y ahí te quedas extasiado imaginando grandes cosas. ¿Qué es lo que sueñas?
- Siempre que me siento al borde de la senda que sube al collado miro al frente e imagino lo hermoso que sería ese barranco si a un lado hubiera un pueblo, por el centro un arroyo con aguas claras y más cerca, la senda con los huertos barranco arriba.

Cerró el rey los ojos, meditó durante un rato y luego, como si despertara de un sueño, dijo al joven:
- Yo también, desde mi trono de rey, sueño y por eso te he llamado.
- ¿Y qué sueña usted, majestad?
Se levantó el rey de su trono, cogió al joven del brazo, lo condujo por los pasillos y después de subir a una torre, se paró frente a una gran ventana y mirando por el hueco, dijo:
- Aquello que al frente ves es la colina que hay al otro lado del río Darro. Y como puedes comprobar, es colina, tiene laderas y en todo lo alto hay llanuras de donde cuelgan algunos arroyuelos aunque sin agua.
El joven miró interesado y pasado un rato preguntó al rey:
- ¿Y qué pretende usted decirme con lo que me está mostrando?
- Que mi sueño es muy parecido al tuyo. Desde esta ventana, miro una vez y otra a la colina que tenemos al frente y me esfuerzo en imaginar cómo serían aquellas laderas, arroyuelos y llanuras, con un pueblo de casitas blancas ahí alzado. Tú que eres más joven que yo y por eso tu sueño puede ser más bello que el mío ¿puedes ayudarme?

Y el joven ahora no respondió rápido al rey. Meditó durante un buen rato en silencio y luego preguntó:
- ¿Me da usted un día o dos de tiempo? Necesito volver y encontrar mi rebaño de cabras y también necesito pensar con calma lo que su majestad me ha preguntado para darle la mejor y más acertada respuesta.
Y el rey dijo:
- Te doy solo tres días de tiempo. Creo que tiene suficiente para las dos cosas que me has pedido.

- Pues se lo agradezco, majestad. Ahora mismo regreso a mis montañas y en cuanto encuentre a mi rebaño de cabras, vuelvo y comparto con usted lo que me está pidiendo.

Al instante salió el joven de los palacios de la Alhambra, cruzó las puertas de la muralla y torció dirección al levante. E iba él todo diligente e ilusionado, cuando tomó por una pequeña senda que avanzaba por la umbría frente a la colina que el rey le había mostrado. Caminó un rato y de pronto, al dar una cuerva, miró al frente y se quedó parado. Se sentó en una piedra, cerró sus ojos y en su imaginación vio lo que el rey estaba buscando. En la colina de enfrente, en una parte de la ladera, diseñó un pequeño pueblo de casas chicas y blancas. Lo cubría todo un sol muy brillante, por el centro vio caer un arroyuelo con aguas muy claras y más abajo, se deslizaba el río y en sus orillas y laderas, vio los huertos llenos de hortalizas y árboles frutales. Se dijo: “Dibujaré y le explicaré al rey esto que estoy viendo para que dé órdenes y construyan en esa colina el pueblo que sueño. Frente a la Alhambra, casas pequeñas y blancas como las nieves de Sierra Nevada, bañado por el sol, mucha agua y frondosos huertos. Y le diré que a ese pequeño y bellísimo poblado, le ponga por nombre “Albaicín”, el barrio del agua, de la luz y amigo de la Alhambra”.

La nieta

Sin una ilusión en la vida,
sin amor en el corazón
y una meta definida,
todo es puro humo
y cenizas.
Necesita el alma de los
sueños,
del gozo y la fantasía
para dar sentido a las
cosas
y para llenar la vida
del maravilloso cielo
que en el Universo grita.
Vivir ilusionado
eleva y siempre ilumina.

Murió la madre de una enfermedad que nadie conocía y al poco, murió el padre. Tenía ella ocho años y la única familia que le quedaba era el anciano abuelo. Tenía él un pequeño taller de cerámica, en la Medina, dentro del recito amurallado de la Alhambra. Porque desde pequeño no había conocido otro oficio, trabajo con el que iba tirando malamente pero le daba lo suficiente para vivir. Cada tres o cuatro días, a pesar de sus años, iba a las montañas a buscar leña para el horno donde cocía las pequeñas piezas de cerámica. Y también acarreaba la tierra necesaria para amasarla y dar forma a los objetos que fabricaba.

Y cuando murieron los padres y la niña se quedó sin más compañía que el abuelo, éste le dijo una noche:
- Hija mía, yo estoy ya muy viejo pero mientras tenga una pizca de fuerza, a ti no te faltará un trozo de pan y un vestido que ponerte.
Y la nieta le preguntó:
- ¿Y me enseñarás las cosas que haces tú?
- Todo lo que yo sé te lo enseñaré para que un día puedas seguir el oficio y tener así para vivir.

- Aunque también me gustaría, cuando sea mayor, ser alguien importante, con mucho dinero y fama.
Y el abuelo le dijo, y luego le repitió durante mucho tiempo que:
- La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Mientras yo tenga fuerzas te daré todo lo que pueda. Y sí, hija mía, procura mantener siempre la ilusión viva en tu vida porque nada hay peor para las personas que hacer las cosas y vivir sin ilusión ninguna. La monotonía y la rutina, sin un sueño en el corazón, no es vida ni tiene sentido ninguno.
- Pero abuelo, tú nunca has sido rico a pesar de lo mucho que has trabajado en tu oficio.

Y el anciano, con palabras dulces, le decía a la nieta:
- No he tenido ni tengo dinero pero en mi corazón, nunca me ha faltado la ilusión. Y esto, te lo aseguro, es una gran fortuna. La mayor de todas las riquezas del mundo. Siempre hice, a lo largo de mi vida, aquello que me gustaba, con la ilusión cada día renovada y sin que nadie mandara sobre mí. Y por eso he sido libre y bueno con todos los que he conocido. Hice siempre las cosas ilusionado y de aquí que hora dé gracias al cielo por la gran fortuna que en mi alma tengo. Lo comparto contigo para que tengas conciencia y tu pequeño corazón, poco a poco se vaya enamorando de lo esencial.

Y un día de verano, antes de salir el sol, el abuelo se levantó. Dejó que la nieta durmiera un poco más mientras él le preparaba el desayuno. Luego, cuando ya el sol se alzaba por las cumbres de Sierra Nevada, los dos salían del recinto amurallado de la Alhambra. Caminaron despacio por la bonita senda que llevaba a las montañas y cuando ya estuvieron en el bosque, el abuelo dijo a la nieta:
- Yo voy a subir a lo más alto de este monte para recoger las ramas secas que vimos el otro día. Tú quédate aquí, por debajo de estas rocas y ve juntando lo que encuentres. No me alejaré mucho ni tardaré en volver. Y si me necesitas, me llamas.
Estuvo de acuerdo la pequeña y al poco, vio como el abuelo remontaba a la parte alta del cerro. Seguro de sí y confiado en que la niña sabía desenvolverse y hacer las cosas bien. Pero no había pasado media hora cuando el abuelo la sintió gritar.
- ¡Socorro, abuelo sálvame!
Asustado el hombre miró para el barranco y descubrió un gran movimiento en el monte y ramas de los árboles. Dejó lo que estaba haciendo, corrió ladera abajo en busca de la nieta y al poco la vio como huyendo por entre la vegetación para el lado de abajo. Gritaba y lo llamaba y el abuelo le decía:
- No temas que ya estoy aquí para salvarte.

Detrás de unas rocas, la niña se refugió y en estos momentos se oyeron los ladridos de unos perros. El abuelo se acercó a ella, la cogió enseguida y fuerte la abrazó contra si preguntando:
- ¿Qué te ha pasado, mi pequeña?
Quiso hablar la niña pero no le salían las palabras. Al final, cuando ya su corazón sintió la paz y fuerza que el abuelo le trasmitía con su abrazo, balbuceando dijo:

- He visto como un monstruo surgir de la espesura del monte y venía hacia mí para tragarme. Gracias por haberme salvado.
- Tranquila que ya verás como ningún monstruo te va a comer.
Y el anciano la abrazaba con la fuerza del más poderoso y a la vez dulce de las personas. Los perros que por entre la vegetación saltaban ladrando, aparecieron y al llamarlos el abuelo, se vinieron hacia ellos haciendo carantoñas.

Aparecieron enseguida dos hombres y al instante se oyó el tintineo de algunas campanillas metálicas. No tardaron en verse, por el lado de abajo, el rebaño de ovejas que subía río arriba. Uno de los pastores dijo al anciano:
- Hemos oído los gritos de la niña y veníamos a buscarla.
- Gracias por venir a salvarme.
Dijo ella y luego preguntó a los pastores:
- ¿De dónde venís y a dónde vais?
- Subimos de la Vega de Granada y vamos a las montañas, a las partes altas que cubren las nieves en invierno.
- ¿Y dónde vais a dormir esta noche?
- En ese collado que se ve al frente.
Miró la pequeña al abuelo y le preguntó:
- ¿Podemos quedarnos en estos montes y dormimos esta noche con estos amigos nuestros?
- Si tú quieres y ellos lo permite, podemos quedarnos.

Poco después, subían por la estrechas sendillas hacia el collado mientras iban viendo que el cielo se llenaba de nubes. Y según fue cayendo la tarde, las nubes se espesaron y al poco, cuando ya empezaba a oscurecer, se vieron los primeros relámpagos y se oyeron los truenos. Refugiaron los pastores a las ovejas entre las rocas del collado y en una cueva a la derecha, se guarecieron ellos con la niña y el anciano. Hicieron fuego, comieron de las cosas que los pastores les dieron y después de charlar mucho, se acostaron junto al fuego. Y dormían todos muy tranquilos, ya con la tormenta casi extinguida, cuando a media noche, en sus sueños la niña vio que el cielo se iluminó. Se abrieron las nubes y vio la figura de una mujer muy bella que le decía:
- Lo que dice tu abuelo es verdad. Sin ilusión en la vida, no merece la pena vivir. No hagas nunca nada si antes no estás profundamente ilusionada.

Oyó la pequeña las voces de los pastores y se despertó. Tal como estaba acurrucada junto al fuego, miró al abuelo, miró a los perros y ovejas y luego a los pastores. Al verlos despiertos ya preparando el desayuno en las ascuas de la lumbre, les preguntó:
- ¿Y vosotros nunca tenéis miedo en estas montañas?
- Nunca hemos tenido miedo de nada excepto de algunos hombres.
- ¿De qué hombres?
- A veces, de los soldados que el rey manda a estas montañas a por los borregos que criamos y otras veces, de hombres malos que vienen a robarnos.
- ¿Y os gusta vivir de esta manera?

- Estamos ilusionados y por eso somos felices y nos sentimos libres. Y creemos que nada hay más hermoso y grande en esta vida que esto que te he dicho. Somos amigos de las estrellas, de la lluvia, del viento y del monte y tú lo estás viendo.

Después de desayunar junto al fuego y en compañía de los pastores, abuelo y nieta se despidieron. Y cuando ya regresaban por las sendas dirección a Granada y a la Alhambra, besados por el sol de nuevo día y con la pequeña carga de leña acuestas para cocer la cerámica, la nieta dijo al abuelo:
- Creo que ya he comprendido lo que tantas veces tú me has dicho.
- ¿Qué es?
- Que vivir ilusionado y mirar y hacer las cosas con ilusión, es lo mejor en este mundo.
- Esto es una verdad rotunda y sin fisuras.
- Es que, abuelo, el abrazo que me diste ayer por la tarde en el monte cuando estaba perdida y lo buenos que son los pastores de estas montañas, me han enseñado mucho.
Y el abuelo guardó silencio y nada dijo.

Sonidos de guitarra junto al río

Escribía versos y junto a las aguas del río mataba el tiempo tocando su guitarra. Eran lamentos que el agua se llevaba y sus recuerdos.	Y cuando le preguntaban: - ¿Cantas al viento? siempre respondía: - Como a nadie tengo para cantarle mis canciones y dedicar mis versos, con mi guitarra y el río, lloro y rezo.

Junto a las aguas del río Darro, por el Puente del Aljibillo, siempre y ahora en verano más, hay gente. Algunos bañándose, otros caminando despacio río arriba, algunos con los pies metidos en el agua y tomando el sol o simplemente charlando. Al caer las tardes, desde hace tiempo, veo algunos jóvenes que, junto a las aguas de este río se sientan y tocan sus guitarras o flautas. Casi siempre acompañados de amigos o perros. Casi todos menos un joven que, desde hace un tiempo, lo veo por aquí. No acompañado de nadie y por eso tampoco sé quién es. Pero, cuando desde el pequeño muro del Puente del Aljibillo miro para el río y lo veo sentado junto a las aguas, siempre me digo: “No parece extranjero ni tampoco parece que sea de Granada. Pero toca con fuerza su guitarra y siempre está solo. ¿Quién será y a quién le cantará?”

Y me pregunto esto porque siempre he pensado que en la vida, todos hacemos las cosas para alguien o por alguien. Y sé que las personas que escriben o hacen música, casi siempre es por algunas de estas razones. Por eso, desde hace unos días, miro con interés a este joven y a veces me entran ganas de bajar hasta la corriente de las aguas y preguntarle. Sin

embargo, ayer por la tarde, al mirar desde el sitio del puente, me di cuenta que hasta él se acercaba una muchacha. Lo saludó y luego se sentó a su lado. Siguió él tocando su guitarra y cantando las canciones y al poco vi que la joven se levantó, subió por la pequeña senda que surca la torrentera y al llegar al rellano, se vino derecha al puente.

Al pasar frente a mí le pregunté:
- ¿Es amigo tuyo el joven que toca la guitarra junto al río?
- Lo he conocido hace un rato y solo me he acercado a él para saludarlo.
- ¿Y qué te ha dicho?
- Le he preguntado por las letras de las canciones que canta y me ha dicho que las escribe él mismo.
- ¿Y para quién escribe y a quien le canta?
- Eso es lo que yo también le he preguntado y me ha dicho, muy emocionado, que le escribe a su corazón y le canta al viento.
- ¿No tiene a nadie en esta vida a quien cantarle?
- Eso es lo que me ha dicho y luego me ha pedido que lo deje solo.

La joven siguió su camino, yo miré una vez más para el río y ahora vi la torre de la Alhambra, la del Palacio de Comares, emergiendo en todo lo alto y como observándolo. El cielo se había nublado, hacía calor, cantaban las chicharras, se oía el rumor de las aguas del río Darro mezclado con su voz y los sonidos de la guitarra. Reflexioné un momento y luego me pregunté: "¿Qué habrá pasado en su vida para que esté tan solo y no tenga a nadie a quien dedicar sus versos ni tampoco a quien cantarle sus canciones?"

La cueva, la joven y la casa

Lo que más le gustaba al hombre era pasear. Ir, en sus ratos libres, por las calles de Granada, barrio del Albaicín, Sacromonte, Paseo de los Tristes, Cuesta del Rey Chico y Fuente del Avellano. También, de vez en cuando, dedicaba el día entero a recorrer los paisajes del río Darro: Jesús del Valle, Cerro del Sol, laderas del Generalife, Silla del Moro… Y en todas estas caminatas, lo que más le gustaba era observar, hacer fotos, pararse a charlar con las personas que encontraba y responder a las preguntas que le hacían. Porque esto le gustaba casi más que pasear.

Así fue como una tarde de verano, recorrió todo el camino que lleva a la Fuente del Avellano. Bebió un trago en la moderna fuente que ahora han puesto ahí y siguió por la sendilla que discurre río arriba. Y al dar una curva, por entre las zarzas y álamos, a la derecha vio las cuevas. Alzadas bastante en la ladera y por eso con una sendilla casi en escalera. Subió con dificultad y al encajarse en el rellano, la vio sentada en un banco de madera y a la sombra de un joven almez, casi asfixiado por las zarzas. La saludó, le pidió permiso para sentarse y enseguida ella le dijo:
- Yo no soy española. Vine a Granada desde un país muy lejano donde casi todo el año está nevado y como no tengo papeles, en esta cueva me he refugiado.
- ¿Y en qué trabajas?
- Enseño danza del vientre y también, de vez en cuando, trabajo de camarera.

Miró de reojo y vio que la cueva estaba muy bien cuidada. Limpia la puerta, con rejas en la entrada y en las dos ventanas, alfombras en el suelo, una cama a la derecha, mesita de noche, velas, algún libro, muchos pequeños objetos decorando y ropa de colores a cuadros y rayas.
- Soy ilegal pero no me importa. A mi país no quiero volver pero si algún día me piden los papeles y me expulsan, que me paguen el viaje y así regreso gratis.
Y el hombre sitió deseos de ayudarle. Por eso, al día siguiente y al otro, volvió por el lugar y le llevó almendras de su huerto, frutas frescas y hasta un libro y un cuaderno. Al dárselos le dijo:
- Para que escribas tus memorias y leas, si te apetece y cuando tengas tiempo.
- Muchas gracias pero lo que yo quiero es que no me traigas más cosas ni vuelvas más por aquí.
Guardó silencio él, no supo qué decir ni tampoco pudo despedirse con entusiasmo.

A la tarde siguiente no fue a su cueva ni tampoco al otro día ni a los que siguieron. Sí continuó dando sus paseos y ahora, una de sus mayores satisfacciones era sentarse en el muro del Puente del Aljibillo y esperar. Leía algún libro, escribía algo, miraba a los turistas y en su corazón soñaba que apareciera para verla y saludarla. Sabía él que para ir a la Fuente del Avellano y luego a su cueva, tenía que pasar por este puente. Pero en ningún momento tuvo la suerte de verla a pesar de acudir a este lugar todas las tardes. Sin embargo, un día de invierno, frío y lluvioso, sí la vio venir desde su cueva y la Fuente del Avellano. Al llegar a su altura, se paró, lo saludó y sin más le dijo:
- En mi cueva, ahora hace mucho frío y como ha llovido tanto, el otro día se cayó un trozo del techo.
- ¿Y te ha pasado algo?
- Por poco me quedo enterrada como le ha pasado a la ropa que tenía tendida en la cueva del alado.
- ¡Cuánto lo siento! ¿Puedo hacer algo por ti?
- Lo único que me gustaría es que alguien me regalar una casa y que no me pidiera papeles ni dinero.

Miró el hombre para la Alhambra, imponente y bella en lo más alto de la colina y luego miró para el Paseo de los Tristes y Carrera del Darro. Ella siguió su camino y tres días después, él subió hasta la Fuente del Avellano, continuó y llegó hasta su cueva, la saludó, sacó del bolsillo unas llaves y se las dio diciendo:
- Con estas llaves puedes abrir la puerta de la casa que tengo en el mejor sitio de la Carrera del Darro.
- ¿Es que me puedo ir a vivir a esta casa?
- Cuando quieras.
- ¿Y me costará dinero o me pedirás papeles?
- Ninguna de las dos cosas. Puedes vivir en esta casa mía durante un tiempo, mientras el invierno pasa y encuentras trabajo con el que ganes lo suficiente para pagarte lo que tanto te hace falta.

- Pues te acompaño y me enseñas tu casa, que ya estoy deseando irme a vivir ahí con mis cuatro cosas.

Poco después los dos bajaron por la cuestecilla del camino del Avellano, cruzaron el Puente del Aljibillo, recorrieron el Paseo de los Tristes y al llegar a la casa, le mostró la puerta, abrió, entraron y enseguida se puso a recorrer las estancias. Al rato preguntó:
- ¿Cuándo me puedo venir a vivir aquí?
- Cuando tú quieras.
- Pues me ayudas y ahora mismo comienzo a mudarme a esta casa tan bonita, en el mejor sitio de Granada y frente a la Alhambra. ¿Será mía para siempre?
- Ya te he dicho que hasta que tengas un buen trabajo y ganes lo suficiente y mientras pasan las lluvias y frío del invierno. La casa es mía propia, está a mi nombre y por ahora nada, absolutamente nada te voy a pedir a cambio.

Aquella misma tarde, al día siguiente y al otro, ayudó a la joven a mudarse desde su cueva a la casa en el mejor sitio de Granada. Y al cuarto día, cuando ya tenía todas las cosas en la nueva vivienda, por la tarde, al llegar él, ella le dijo:
- No quiero que vengas más por aquí ni a traerme cosas ni a verme.
- ¿Cómo?
- Desde ahora voy a vivir como una reina y quiero estar sola, sin que nadie me moleste.
Y el hombre la miró algo desorientado y triste y a punto estuvo de hablar y decirle lo que pensaba y sentía pero no lo hizo. Cabizbajo se marchó y al día siguiente no volvió. Tampoco al otro ni al otro ni a los que siguieron pero sí continuó acudiendo al Puente del Aljibillo. Cada tarde y en el pequeño muro se sentaba esperando verla si por aquí pasaba.

Corrió todo el invierno y seguía sin verla. Sí, cada tarde al pasar por la puerta de su propia casa, miraba pensando en ella y algunos días, hasta veía a muchos jóvenes que entraban y salían como a celebrar fiestas. Ningún día la vio pero en algún momento y, sobre todo cuando pasaba por delante de la casa, le parecía oír sus palabras: “No quiero que me traigas cosas ni que vengas más por aquí”. Luego seguía y sentando en el pequeño muro del puente, miraba a las aguas del río, miraba al cielo, miraba a las ramas de los árboles temblando al paso del vientecillo y miraba a la Alhambra. Y como la esperaba, porque en lo más limpio de su corazón sí tenía de ella una imaginaba bella y buena, una tarde intentó escribir y le salieron estos versos:

Cada tarde te espero
en el puente que has cruzado
durante tiempo,
miro a mi derecha
y a mi lado izquierdo
y miro a las aguas del río
y al cielo
y como no te encuentro,
me duele el corazón,

el aliento
y también en el alma
tu recuerdo.

Cada tarde estás conmigo
mientras te espero
y tú sigues escondida
tras el silencio.

Un milagro por donde el Puente del Aljibillo

Ahora ya no porque hicieron muchas obras y todo lo que por ahí había, lo rompieron y tiraron. Pero no muchos años atrás, todavía se veía por el lugar, restos de paredes, tejoletas, ladrillos y otras piezas antiguas. Los últimos restos de varias casas y algún pequeño palacio que por el rincón se alzaba. A la derecha, según se cruza el Puente del Aljibillo hacia la Cuesta del Rey Chico y antes de que el río se estreche entre la Carrera del Darro y la umbría de la colina de la Alhambra.

Una de estas casas, quizá la más grande y de construcción señorial, tenía una pequeña muralla, un patio amplio, tejado con tejas de barro cocido, viviendas para varias personas, alberca y pilar con agua para que bebieran las bestias y cogieran agua las personas y hasta un pequeño cobertizo. El amplio patio estaba empedrado y a la entrada y a lo largo de las puertas de las viviendas, crecían varios árboles. Limoneros, naranjos, un fresno, un gran almez y también algunos rosales.

Al caer las tardes, cada día y sobre todos en las calurosas tardes de verano, en este patio y por entre el jardín, los árboles y las fuentes con agua, jugaban los niños. Corriendo detrás unos de los otros, al escondite y siempre gritando, riendo o llamándose entre sí. La mujer, ni joven ni mayor, siempre que los niños jugaban en el patio o se iban a las aguas del río, los miraba con gran interés y en todo momento sentía pena, a veces alegría y en otras ocasiones, tristeza. Se decía: "Dios no quiso darme un hijo para bendecir mi vida y esto hace que mi corazón esté triste. ¡Qué mala suerte he tenido en esta vida!" Y a escondidas, cuando por el patio de la casa resonaba la algarabía de los niños, lloraba.

Vivía ella sola, en una de las pequeñas estancias de la bonita casa y tenía, para alimentarse e ir tirando, algunas cabras, gallinas y un trocito de tierra que cultivaba por las orillas del río Darro, subiendo hacia la Fuente del Avellano. Y por eso, cada mañana, cuidaba de sus animales y al verla los niños le preguntaban:
- ¿Te ayudamos?
- Solo un poco porque así me dais compañía y me alegráis la mañana.
Y los niños le echaban de comer a las cabras y gallinas y luego ordeñaban y recogían los huevos. Ella era feliz y su corazón se llenaba de tanto gozo que hasta soñaba. Y cuando los niños le preguntaban:
- Y tú ¿por qué no tienes hijos?
Siempre, siempre les respondía:
- Porque el cielo no ha querido dármelos.

- ¿Y no te gustaría tener un niño como nosotros?
- Es lo que más me gustaría en este mundo.

Y también en estos momentos agachaba su cabeza y, sin que nadie la viera, lloraba. Sin embargo, cuando por la noche ya estaba en la cama y todo el patio, barrio del Albaicín y Alhambra en todo lo alto desaparecían en el más hondo silencio, en sus oídos siempre resonaba el rumor de la corriente del río. Las aguas que se deslizaban a los pies de la Alhambra y casi rozando las paredes de la casa y esto sí que le hacía muy feliz a ella. Mientras cogía el sueño y luego cuando a medianoche se despertaba, siempre se decía: “Y a pesar de todo, Dios me tiene bendecida. Me permite vivir junto a este río de aguas claras y me premia con el gozo de la música de la corriente en estas noches de luna llena y profundo silencio. Soy, a pesar de todo, una privilegiada”. Con este pensamiento y sensación, se quedaba dormida y esto hacía que durmiera muy relajada. Tanto que cuando de madrugada se despertaba, también siempre se decía: “Yo creo que no hay en el mundo gozo y placer más profundo que la paz tan auténtica y dulce que cada noche el cielo me regala”. Y quería compartir con los vecinos estos sueños suyos pero nunca lo hacía. De nuevo echaba de menos la presencia de un hijo en su vida y de nuevo se sentía sola.

Hasta que una noche, mientras dormía, tuvo un sueño. Se vio a sí misma, a la casa, al río y a la Alhambra sobre la colina, en el patio jugando con un hermoso niño. De unos cinco años de edad, bello como las rosas de las plantas del patio, tierno y con la piel muy suave y brillante. El corazón le dio un vuelco y como era la hora de ordeñar las cabras, salió de su vivienda, se fue al cobertizo y al pasar por donde el niño jugaba, éste la miró y le preguntó:
- ¿Quieres que te ayude y luego juego contigo?
- Sí, por favor. Yo luego te prepararé el desayuno y te llevaré conmigo cogido de la mano a las aguas del río. Seguro que te gusta mucho jugar en la arena y hacer castillo se dorados.

El niño cogió la vasija y mientras la mujer oprimía las ubres de las cabras para que la leche saliera, la sujetaba. Miraba a la mujer, ponía su cara cerca de la de ella y por momentos casi la besaba. Y ella, al sentir el cálido aliento derramándose por su cara y acariciando su rostro, notaba como si se muriera de mi gozo. Cuando terminaron de ordeñar las cabras, regresaron a la vivienda pero cuando iban por la mitad del partido, el niño dijo a la mujer:
- Yo me quedo aquí jugando mientras tú preparas el desayuno.
-Bueno, pero ten cuidado no te pase algo. Vengo enseguida a jugar contigo.
Y rápido la mujer preparó un buen tazón de leche fresca, con un trozo de pan y frutas secos y enseguida salió al patio para llamar al pequeño y que comiera. Pero al mirar, descubrió que no estaba, lo llamó y éste no respondió.

Sobresaltada se despertó en su cama y enseguida salió al patio para ver si lo encontraba. Solo algunos vecinos iban y venían dando agua a sus bestias en el pilar de las aguas claras. Al frente, sobre las blancas casas del Albaicín, el sol se derramaba y lo mismo sobre las torres de la Alhambra, en lo más alto de la gran colina. Uno de los vecinos la saludó y le dijo:

- Un nuevo día que nos regala el cielo y tú ya dispuesta para la faena.
Y ella dijo:
- Y es un día tan bello que hasta parece que todo por aquí se hubiera transformado.
- Es que, a pesar de todo, somos unos privilegiados. Vivimos a los pies de la Alhambra, tenemos un río que corre limpio cerca de nosotros y por las noches, la tranquilidad es tanta que hasta parece que por aquí el cielo se hubiera derramado.

Y la mujer, agachó su cabeza, sintiendo ganas de llorar y, al mismo tiempo, dar gracias al cielo. Porque notó que su corazón estaba inundado y lleno de gozo. Pero en lo más hondo, sentía un vacío inmenso. Oyó que de nuevo decía el vecino:
- Y las personas pobres como nosotros, cada día deberíamos esperar un milagro. Es la mayor y mejor riqueza que en este suelo tenemos.

El sabio

Me podrán echar de las tierras que amo,
quitarme y quemar los libros que leo,
arrebatarme lo que cada día escrito voy dejando
y hasta prohibirme pisar mi paraíso pequeño
pero lo que mi corazón ama,
mi más íntimo sueño, mi oración a Dios
y las estrellas que brillan en el cielo,
nada ni nadie podrá quitármelo nunca
porque de ello me alimento.

Era verano. El día amaneció con solo unas cuantas nubes en el cielo, fresquito y muy claro. Al salir el sol, el cielo se tiñó de color rojo claro y luego fue variando a rosa y azul brillante. Desde su rincón pequeño, se le vio salir por entre los árboles. Vestido modestamente como cada día, con su vieja mochila a las espaldas, sus barbas blancas y su figura esbelta y delgada. Caminó despacio y al llegar a donde crecían las flores, se paró junto a la joven y le dijo:
- Riega estas flores cada día y disfruta de su belleza única entre todas las flores de estas montañas.
- ¡Descuida!
Y después de rozar ella las campanillas con sus manos, le preguntó:
- ¿Y cuando vuelves?
- Puede que ya nunca más vuelva por aquí.
- Estamos tristes y tú lo sabes. Todos por el lugar te queremos porque siempre has sido para nosotros más que un padre y hermano. ¿Por qué tienes que irte y para siempre?

Era ya muy mayor. Tenía el pelo blanco, la piel de la cara arrugada, las manos llenas de venas y las piernas como sin fuerzas. Cuando caminaba, aunque siempre lo hacía seguro y decidido, se tambaleaba tanto que a veces parecía que se caía. Por eso un día, las personas amigas que vivían cerca de él, le regalaron un bastón de caña de bambú y le dijeron:

- Para que cuando vayas a los sitios que tanto te gustan y necesitas, te apoyes. No vaya a ser que un día pierdas el equilibrio y al caer te hagas daño o te rompas un brazo.
Y como él, además de bueno, cortés y delicado, tenía un gran sentido del humor, dijo:
- Para hacer bueno el dicho que dice: primero a cuatro pies, luego a dos y al final a tres.
Había vivido casi su vida entera en la parte alta del jardín, por donde la gran curva del río y las tierras llanas, regadas a todas horas por las aguas de la corriente. Aquí tenía él su pequeña casa, el trozo de tierra que a lo largo de su vida había cultivado, las tres fuentes con las cascadas, los viejos árboles y el trozo de jardín y las flores que ahora le dolía abandonar.

Hacía ya muchos, muchos años, cuando todavía era joven, un día llegó a este rincón de las montañas. Algunos dijeron que huyendo del mundo y de las personas y otros comentaron:
- Es un hombre sabio, muy culto porque continuamente estás leyendo y escribe mucho y además, es bueno.
- ¡Bueno! Yo creo que nunca hubo en el mundo persona mejor que él.
Y otros también decían:
- Pues yo creo que se ha venido a vivir a este lugar de las montañas y aquí cerca de nosotros, porque busca paz y silencio para rezar. Es un hombre de Dios.
- Un hombre santo que busca soledad y rincones mágicos para orar y comprender los hondos misterios del Universo.
- Pero sobre todo, y nunca, nunca me cansaré de repetirlo, es bueno. Dulce y comedido en sus palabras, respetuoso para con todos y todo y además, sacrificado.

Y ellos comentaban estas cosas porque, desde que lo conocían, siempre lo habían visto ayudando a las personas. Dándoles los mejores consejos para que afrontaran con fuerza y dignidad las dificultades de la vida, enseñándoles a leer y escribir y repartiendo con todos los poco que tenía: sus cuatro hortalizas que recogía del huerto, la vieja ropa que poseía o cualquier otro objeto o producto que algunos le regalaban. Y de esto y la paz que siempre derramaba y transmitía, era de lo que los conocidos se admiraban. Un pequeño grupo de personas que vivía en sus humildes casas cerca de donde él tenía la suya. Todas las viviendas se alzaban a orillas del río, al norte de Sierra Nevada y bastante lejos de Granada y de la Alhambra.

Pero un día, cuando ya el hombre estaba casi al final de su vida, la noticia de su sabiduría, bondad e inteligencia, llegó a oído de uno de los reyes de la Alhambra. Enseguida éste llamó a su secretario y le dijo:
- Manda soldados al lugar de la montaña donde vive el hombre sabio y que le digan de parte mía, que lo más pronto posible, se presente en estos palacios.
Y el secretario preguntó al rey:
- ¿Para qué necesita su majestad a este hombre?
- Su sabiduría, bondad e inteligencia, me va a ser muy útil. Así que da la orden y que lo antes posible se cumpla mi deseo.

Aquel mismo día y desde los recintos amurallados de la Alhambra, partieron dos hombres montados en sus caballos. Al caer la tarde, llegaron a las montañas y al río donde se refugiaba el hombre sabio. Preguntaron a las primeras personas que vieron y estos, remisos y preocupados, indicaron a los soldados donde se encontraba el hombre que venían buscando.

Justo en esos momentos, se le veía cerca de las aguas del río, sentado en una gran piedra, meditando y ocupado en su mundo interno. Al verlo, los enviados del rey, se acercaron a él y sin ni siquiera pedir permiso, lo saludaron y sin más, le transmitieron el recado que el rey les había dicho. Escuchó el hombre, muy expectante y sin pronunciar palabra. Los envidados del rey enseguida regresaron a la Alhambra y ahí mismo, junto al río el hombre reflexionó y se dijo: “Si el rey me llama, no que queda otra salida que hacerle caso. Y ni siquiera sé para qué me quiere pero lo que sí tengo claro ahora mismo es que nada de lo que el rey me ofrezca, ni me ilusiona ni me hará feliz. Y menos me hará feliz, si me pide que me vaya a vivir a esos palacios llamados Alhambra. Nada en la vida y a estas alturas, llena más mi corazón que los limpios silencios de estas montañas, el rumor de las aguas de este río amigo, las noches con sus estrellas y el brillo de la luna derramado por entre los bosques”. Y según reflexionaba sobre estas cosas, el hombre fue notando que el corazón se le llenaba de amargura.

Durmió poco aquella noche. Antes del amanecer, preparó su mochila, se vistió con su ropa sencilla de cada día, comió algunos frutos, cogió su bastón de caña de bambú y cuando salía el sol, se alejaba de su casa y pequeño paraíso. La joven al verlo, se extrañó, caminó y se puso delante de él y le preguntó. Hablaron durante un rato y al final el sabio le dijo:
- Cuida de todas mis plantas y mima mucho a la Fritillaria hispánica.
Le dijo ella que así lo haría y en ese momento recordó y echó de menos a la pequeña de las dos hermanas. Iba a preguntar por ella cuando, al mirar en la dirección en que el camino bajaba, la vio sentada sobre una roca no muy grande, junto al río, frente a las casas y a las montañas. Tenía en la mano unas flores pequeñas en forma de campanitas y en cuanto el sabio se acercó, la pequeña bajó de la roca, lo saludó y alargándole el ramo de flores le dijo:
- Las he cogido hace un momento para ti. Sé que son tus flores preferidas.
Se agachó él, le dio un beso y luego le dijo:
- La puerta de mi casa, como siempre, está abierta. Entra y ponlas allí con un poco de agua. Me gustará verlas cuando regrese.
- ¿Y cuando regresas?
- Quizá no tarde mucho o puede que nunca más vuelva. Tú ve a mi casa y vive en ella como si fuera tuya y para siempre y a los vecinos les dices lo mismo. Que la puerta de mi casa queda abierta para todos y en cualquier momento que la necesiten.

Poco después, se le vio caminando por la pequeña senda dirección a la Alhambra. Con los cabellos de su cabeza plateados y besados por el sol, su mochila a las espaldas y apoyándose en el bastón de cañas de bambú. Meditaba y se decía: “De todos modos, lo que amo y sueño en mi corazón, siempre será mío y nadie podrá arrebatármelo nunca. Tampoco nunca nadie

podrá quitarme mi fe en Dios y el cielo que espero. Estas dos cosas son mi único y más valioso tesoro".

El tesoro del árbol

Un hombre rico, con muy pocos amigos en el Albaicín y con su trabajo al servicio del rey en los palacios de la Alhambra, compró tierras en las orillas del río Darro. Cerca de la Fuente del Avellano donde ya terminan las casas de Albaicín y desde donde se ve muy bien toda la colina de la Alhambra, sus murallas y torres. Y como sus planes eran sembrar estas tierras para recoger buenas cosechas, enseguida buscó hombres para preparar el terreno. Juntó una cuadrilla de doce, los llevó a las tierras que había comprado, se puso frente a ellos y les dijo:

- Ninguno de vosotros debe preguntarme por origen de mi riqueza. Soy rico y con mi dinero puedo hacer lo que quiera sin dar cuanta a nadie y menos a vosotros, aunque seáis vecinos míos en este barrio. Os he buscado para que me hagáis un trabajo y vuestro horario es de sol a sol, os pagaré un sueldo decente pero a cambio quiero un excelente trabajo.

Uno de los hombres preguntó:

- ¿Qué trabajo es el que tenemos que hacer?

- Poneros ahora mismo y piedra a piedra recoger todas las que hay en esta huerta y luego las sacáis del terreno. Amontonarlas cerca del río y al borde de la ladera de la derecha. Más tarde nos servirán para levantar una pared, ya veremos cómo de gruesa y alta. Así que no perdamos tiempos ni me hagáis más preguntas.

Era verano, salía el sol, los hombres se pusieron con el trabajo y durante toda la mañana, buscaron y recogieron piedras sin parar. Cantos rodados del río, trozos de rocas desprendidos en las laderas del Generalife, algunos trozos de tejas y ladrillos y también ramas secas y palos. Pararon a comer un poco al medio día y se fueron a la orilla del río, a la sombra de un gran fresno. Y estando aquí sentados, uno de los trabajadores preguntó a los compañeros:

- ¿Vosotros lo habéis pensado alguna vez?

- ¿A qué te refieres?

- Todos conocemos al hombre que hoy nos ha contratado para quitar las piedras de estas tierras. Y todos sabemos que este hombre, tiempo atrás no era tan rico. ¿De dónde habrás sacado la afortuna que tiene ahora?

- Se habrá encontrado algún tesoro

Comentó otro de los hombres. Y en ese momento, vieron a una persona que subía por la senda del río, con una bolsa de cuero a sus espaldas y al llegar a la parte alta de las tierras, dejó el camino, se fue derecho a un gran árbol que allí crecía, se paró bajo sus ramas y luego trepó por el tronco.

Los hombres que descansaban a la sombra junto al río, guardaron silencio, no se movieron, observaron atentos y cuando vieron que el hombre misterioso, se bajaba el árbol y se iba, entre sí comentaron:

- Algo ha escondido en ese árbol. Y además, a mí me ha parecido que este hombre es el mismo que nos ha contratado.

- Eso iba a decir yo. ¿Nos acercamos y vemos qué es lo que ha escondido?

- Sí pero dentro de un rato, que dé tiempo a que se aleje de aquí no nos vaya a ver.
- De acuerdo.
Y siguieron a la sombra cerca del río hasta media hora después. Luego, todos se levantaron, caminaron hacia el árbol y el más decidido de ellos, trepó tronco arriba. Enseguida llegó a la cruz del árbol y al instante descubrió que en la rama más gruesa había un gran agujero. Se lo dijo a los compañeros y estos le contestaron:
- Mete la mano en ese agujero a ver lo que hay dentro.
Le hizo caso, metió la mano, palpó objetos duros, cogió algo y sacó la mano. Al mirar y con la luz del sol, todos vieron que lo que había casado eran monedas de oro que relucían mucho. Dijeron:
- Aquí es donde esconde su tesoro el hombre que nos ha contratado hoy.
- Eso está claro porque lo estamos viendo pero ¿qué hacemos ahora?

Todos se quedaron mirando al árbol y pensando. Hicieron muchos comentarios y planes y al final, el que había subido al árbol y ahora sacaba más monedas del agujero, dijo:
- También todos sabemos que desde hace tiempo en el barrio se rumorea que en la Alhambra hay ladrones. Y muchos dicen que al rey y a las princesas, les han robado dinero y joyas.
- Eso es cierto pero ¿qué hacemos nosotros con este tesoro?
- Si nos lo quedamos y se descubre que somos ricos, en la Alhambra van a sospechar de nosotros. Y si lo dejamos aquí y este tesoro es fruto de un robo, las cosas no se descubrirán y el ladrón seguirá robando.

Después de pensarlo un buen rato, cogieron el tesoro, cargaron con él, subieron a la Alhambra y le dijeron al rey lo que había sucedido. En cuanto el rey vio las joyas y monedas de oro, relacionó todo con parte de lo que en los palacios habían robado. Dijo a los hombres:
- Ahora mismo mando coger preso al ladrón, le doy su merecido y las tierras que estáis limpiado de piedras y broza junto al río, se las quito y os las doy a vosotros como agradecimiento a vuestra buena acción.

Desde las cuevas del Albaicín

Las lluvias del otoño
de nuevo llegan,
hace frío un poco,
duele la tierra,
estoy solo
y tu ausencia,
mudo vacío hondo
en la espera.

En la parte alta del barrio del Albaicín, ladera por debajo de la Ermita de San Miguel, siempre hubo cuevas. Desde tiempos muy lejanos, a lo largo de toda la época de la Alhambra, cuando ya Granada fue conquistada por los Reyes Católicos y a lo largo de todo ese tiempo hasta nuestros días. Porque aun hoy en día, sigue habiendo muchas cuevas en estas laderas, en los barrancos que hay al otro lado de la muralla, por donde Valparaíso y Abadía del Sacromonte y por las umbrías del Generalife y la Alhambra. Pero donde más cuevas hay, casi todas muy humildes y sin luz ni agua aunque con mucho sol y

hermosísima vista hacia la Alhambra, es en la ladera de San Miguel Alto y en los barrancos conocidos con el nombre de Sacromonte.

Cada puerta de cada cueva, es como un pequeño balcón hacia el valle del río Darro, laderas y colina del Generalife y Alhambra, todo el barrio del Albaicín y la extensa ciudad y Vega de Granada. Un lugar único para disfrutar de los atardeceres y de la luz y calor del sol desde primeras horas de las mañanas hasta que se oculta tras las lejanas montañas. En tiempos pasados, muchas de las personas que vivían en estas cuevas, eran pobres. De raza gitana, la gran mayoría y los que no, personas por completo marginadas. Hoy en día la mayoría de las personas que viven en estas cuevas, ya no son de raza gitana. Muchos son jóvenes venidos de otras partes del mundo. Algunos con algo de dinero, otros muy pobres aunque con grandes sueños pero al margen del resto del mundo.

En aquellos tiempos y ahora, muchas historias ocurrieron y siguen sucediendo en las cuevas de los sitios que he mencionado. Importantes algunas y otras, muy parecidas a las historias de millones y millones de humanos. Oí, no hace mucho, un relato de estos que, por su especial belleza y singular características, voy a contar a continuación.

Ella se fue y él se quedó triste. Con un gran vacío en su corazón, sin gusto ninguno por las cosas y por la vida y también sin ganas de hablar con las personas. Ni siquiera ganas de comer tenía y hasta se quedó sin fuerzas para seguir trabajando. Por eso, en la pequeña fábrica de cerámica en el Collado de los Almendros, el jefe le dijo un día:
- Lo siento por ti pero con esta apatía tan grande en tu vida aquí no puedes seguir.
Y ninguna razón ni respuesta dio al jefe. Al día siguiente ya no madrugó para ir al trabajo ni tampoco buscó a los amigos para contarles sus cosas y tener algún rato de compañía.

Dos días más tarde, un vecino lo vio sentado en la puerta de su casa, en lo más elevado del barrio del Albaicín y le preguntó:
- Por Navidad ¿volverás a verla?
- Ni por Navidad ni en primavera ni en verano.
- ¿Entonces?
- Se ha marchado para no volver nunca más en la vida.
- ¿Y a ti te duele su ausencia y por eso no puedes olvidarla?
Y no dio ninguna respuesta a esta pregunta. Pero sí unos días más tarde, un grupo de amigos le dijeron:
- Tienes que irte de este barrio.
- ¿Y eso?
- Te has vuelto tan rato, vives tan solo y aislado, tan metido en tu dolor o lo que sea, que nadie quiere verte por aquí ni estar contigo.

Y dos días después, a primera hora de una gris mañana de otoño, se le vio salir de su casa. Cerró la puerta y con un zurrón de cuero a sus espaldas, caminó por la estrecha calle. Una de las estrechas y empinadas calles que en la parte alta se abría en el Albaicín y que aun hoy en día, existe.

Había llovido aquella noche y el barro y los charcos se acumulaban en muchos tramos de la calle. Pisando este barro y esquivado los charcos, subió despacio, recorrió los caminillos de la ladera en la parte de arriba del barrio, buscó una cueva en buenas condiciones y la encontró entre chumberas. Cerca del tramo de muralla que desde lo más elevado del cerro hasta el río Darro y frente por completo a la Alhambra. La exploró, entrón dentro, la limpió, se acurrucó de la mejor manera que pudo y cuando al día siguiente salió el sol, se sentó en la puerta de su cueva. Frente a la Alhambra y con su pensamiento puesto en ella.

No llovió a la noche siguiente ni tampoco hizo frío. Y sí, al día siguiente, brilló con gran fuerza el sol. Iluminó las murallas y torres de la Alhambra y él, al contemplar tan hermoso espectáculo y sentirse solo y hundido en su recuerdo, lloró por ella y quiso morirse. Se dijo: "¿Qué sentido tiene ya para mí la vida y estos lugares y las horas de este día tan bello si no la tengo a ella? Para cualquier sitio que me mueva y a cualquier lugar que vaya, me voy a encontrar vacío y amargo, echándola siempre de menos". Y tres días más tarde, bajó por la ladera, recorrió las sendillas y se acercó a las aguas del río Darro. Buscó un trozo de tierra, lo labro un poco, dejando el terreno un poco llano y luego lo regó con las aguas del río. Se sentó allí mismo y al poco vio que algunos pajarillos aparecían por entre las zarzas y se pusieron a picotear la tierra. Los dejó tranquilos y cuando ya caía la tarde, de nuevo regó la tierra labrada y subió por las sendillas a su cueva.

Volvió por las tierrecillas del río unos días después y antes de llegar advirtió que algo ocurría en el rincón. A cierta distancia se paró, observó despacio y miró muy concentrado. En el rodal de tierra había nacido hierba y sentada en una piedra por el lado de arriba, una niña llamaba a los pajarillos del río. Les regalaba comida y, las avecillas, muchas y todas muy confiadas, la rodeaban comiéndose lo que ella les ofrecía en sus manos y por el suelo. Durante un buen rato, desde la distancia, estuvo mirando. Luego caminó, se acercó despacio y cuando ya estuvo a solo unos metros de la niña, la saludó y le preguntó:
- ¿Son tuyos estos pajarillos?
- Son de las zarzas y árboles de este río.
- Pero compruebo que se vienen a tu lado muy confiados. Como si fueran tus amigos desde siempre. ¿Cómo lo consigues?
- Simplemente llamándolos y echándolo de comer estas semillas y trozos de pan que para ellos he traído. Vente a mi lado y échale tú también algo verás como se vienen contigo.

Se acercó el joven, procurando no asustar a las avecillas y cuando estuvo al lado de la niña, ésta le preguntó:
- ¿Y son tuyas estas tierrecillas?
- Creo que sí pero no tengo papeles para demostrarlo.
- Es que ¿sabes lo que he pensado?
- No lo sé.
- Si tú quieres, podemos seguir cultivando estas tierras, yo vengo por aquí cada día, te ayudo en lo que pueda, le sigo trayendo de comer a estos

pajarillos y así hacemos cosas importantes y, mientras nos distraemos, también sacamos productos de estas tierras.
Y fue el joven a dar una respuesta a lo que ella le proponía cuando la figura de un hombre les llamó la atención. Se acercaba por la sendilla que venía desde el barrio, cruzó el río y al llegar a ellos, se paró y les preguntó:
- ¿Con qué permiso habéis sembrado estas tierras y le echáis de comer a los pajarillos?
Sin tardar y sin miedo la niña respondió:
- Solo nos hemos parado aquí un momento y, al ver a las avecillas, las hemos llamado y ellas han venido.
- Pues ya os estáis marchando.

Y sin más palabras, unos minutos después, la niña se alejaba del río hacia las blancas casas del barrio y él subía por la ladera a su cueva. En la misma puerta, frente a la Alhambra y mientras se ponía el sol, aquella tarde escribió los siguientes versos: Las lluvias del otoño de nuevo llegan, hace frío un poco, duele la tierra, estoy solo y tu ausencia, mudo vacío hondo en la espera.

Tres días después, volvió por donde las tierrecillas junto al río, con la ilusión de encontrarse con la pequeña de los pajarillos y la hierba brotada en la tierra. Pero antes de llegar al rincón, descubrió que una alta y densa valla de alambre, cortaba la senda impidiendo acercarse a las aguas y a las tierras de las avecillas. Mirando en la dirección en que se iban las aguas del río, con las casas blancas del Albaicín a su derecha y la grandiosa figura de la Alhambra a su izquierda y sobre la colina, como en forma de oración susurró para sí: “Todo por estos lugares y el Universo entero es una obra de arte y maravilla perfecta. Y dentro de esta creación, la obra más perfecta, somos las personas. Cada uno en sí y todos los humanos en general, somos la máxima perfección del Universo. Por eso no tiene sentido ni lo entiendo que no seamos capaces de vivir la vida y recorrer los caminos, en armonía y ayudándonos unos a los otros. Al irte y dejar todo por aquí ignorado y a mí en su centro, quizás sin saberlo, has levantado murallas en el camino que hacia lo hermoso y perfecto, recorremos. Y hoy también descubro aquí, junto a las aguas de este río y donde he venido buscando algo de libertad y serenidad para mi alma, esta valla acotando el terreno. Creo que no ha sido acertado tu proceder ni tampoco lo que por aquí han hecho. Y por eso no lo entiendo”.

Regresó otra vez a su cueva. Hizo frío aquella tarde y llovió mucho durante toda la noche. Nadie lo vio ni al día siguiente ni al otro ni cinco días después. Pasado siete días, como nadie sabía nada de él, unos amigos vinieron a su cueva a buscarlo. Lo llamaron y como no contestaba, entraron a la cueva, lo vieron en un rincón acurrucado, de nuevo lo llamaron y al comprobar que ni respondía ni se movía, tocaron sus manos y cara. Todo su cuerpo estaba por completo frío y su corazón parado y sin vida.

La fantasía de un sueño

Los que esperaban en la explanada guardando vez para entrar, preguntaban a los que salían:

- ¿Cómo son las cosas ahí dentro?
Y los que salían, todos emocionados, decían:
- Sin palabras. Hay que verla, parase a su lado, mirar su cara despacio, hablar con ella y dejar que sus palabras te hablen.
- ¿Pero qué es lo que por ahí dentro ha hecho y cómo lo ha montado todo?
- El montaje casi no es importante ni la estancia ni las cosas que por ahí ha colocado.
- ¿Entonces?
- Lo realmente emocionante y que se te cuela dentro con la dulzura más agradable, es ella. Por eso no hay palabra para describirla. Hay que verla.

En la explanada, justo por donde hoy se abre la plaza conocida con el nombre del Paseo de los Tristes, las personas se concentraban. Muy apretadas unos contra otros, esperando el momento de su turno para entrar, emocionados por lo que comentaban los que salían y por eso, casi todos nerviosos. Era sábado, mañana de un hermoso día de otoño, sin mucho frío ni tampoco calor. El cielo sí estaba cubierto con grandes nubes blancas y negras que parecían paradas sobre la figura de la Alhambra. Iluminadas por los rayos del sol de la mañana, regalando sensaciones otoñales y también como decorando todo cuanto por el rincón se desarrollaba. Los que esperaban en la explanada, algunas personas mayores, muchos jóvenes, niños y hasta turistas, entren sí comentaban:
- ¿Y ella sola ha conseguido montar todo esto?
- Casi sola. Algunas amigas y amigos le han ayudado pero como a todos nos parecía extraño y poco lógico su sueño, muy pocos le hemos hecho caso. Solo un par de amigas y los padres.
- Pues desde luego que tiene mérito. Y más, ahora que tantos estamos comprobando el éxito.

Y el mérito, había estado y estaba todo en ella. Era hija única de una familia de clase media, vivía con sus padres en una estrecha calle de la parte baja del Albaicín y desde muy pequeña soñaba con palacios. Fantásticos palacios llenos de colores, con mucha luz y torres con grandes ventanales. Pero según iba creciendo se aficionaba más y más a los rincones del bosque de la Alhambra. Por donde la gran ladera ya toca las aguas del río y se convierte en tierras llanas. Por aquí se venía mucho, casi siempre sola, a jugar con las aguas y a buscar tesoros. Les decía a sus padres:
- Yo sé que ahí mismo, por debajo de la Alhambra y pegado al río, hay un palacio escondido.
- ¿Un palacio?
- No desde luego tan grande como la Alhambra y puede que menos bello pero sí creo que es único.
- ¿Por qué tiene que ser único?
- Porque ni es grande ni lujoso ni tampoco tiene muchas torres pero sí encierra un misterio fabuloso.
- ¿Qué misterio?
- Yo lo he visto muchas veces en mis sueños pero no sé cómo explicarlo. Hay que verlo.

Y los padres, como ella todavía era pequeña, la dejaban que soñara. Pensaban ellos que, como todos los niños del mundo, imaginaba fantasías que de ningún modo tenían nada que ver con la realidad del día a día. Por eso, cuando se iba sola a jugar por la orilla del río, no se preocupaban. Pero sí prestaron ellos mucha atención un día, la pequeña les dijo:
- Ya he descubierto la entrada de ese palacio fantástico que tantas veces os he dicho.
- ¿Que lo has descubierto?
- Sí y hasta he pasado dentro y he visto cómo es todo aquello.
- ¿Y cómo es?
- No puedo explicarlo con palabras. Hay que verlo.
- Mañana mismo vamos contigo y nos lo enseñas.
- Por ahora no quiero que nadie vaya y vea este lugar mío tan fantástico. Con unas amigas mías, estamos preparando algo especial y cuando lo tengamos terminado, os lo digo y también se lo decimos a los vecinos y a todos los que viven en este barrio.

Y aquella especial mañana de otoño, ella tenía todo preparado. Con sus amigas se colocaron en puntos concretos del misterioso palacio subterráneo. Para recibir a los que fueran llegando, explicar las cosas y, sobre todo, hablar con cada uno en particular. Por eso, los que salían, al ser preguntados por los que esperaban en la explanada, respondían:
- No hay palabras para explicarlo. Hay que verlo y, sobre todo, hablar con ella. Transmite tanta emoción y con palabras tan dulces que es imposible que todo sea un simple sueño.

Una familia sin casa

En aquellos tiempos los caminos no estaban asfaltados. Solo algunos, los muy, muy importantes, sí estaban empedrados. Los siguientes en importancia, tenían alguna capa de arena, de graba o algún tipo de tierra especial, que no formaba barro. Pero en general, la mayoría de los caminos que iban a las ciudades, pueblos y tierras, eran solo eso: calzadas de polvo, en verano, de barro y charcos de agua sucia, en primavera, otoño e invierno y, muchas veces, llenos de charcos helados.

De este modo eran los caminos que en aquellos tiempos iban por muchos sitios de Granada, de barrio en barrio y a los pueblos. Y llenos de barro y pozas color chocolate, era como se encontraba aquella mañana de primavera, el camino que iba desde el barrio del Realejo a las casas cercanas al río Darro. El pequeño carro de madera, tirado por un enclenque borriquillo color ceniza, rodaba lento siguiendo el trazado de tierra, bajando hacia la vega del río. Guiando y animando al borriquillo iba el padre, el muchacho, subido en el carro y sentado encima de los colchones y la madre, a la derecha, caminando sobre el barro y agarrada a los varales para no quedarse atollada. Los tres caminaban tristes, en silencio y con sus pensamientos en el gris futuro, a partir de aquel momento.

Más de cinco años habían vivido en la casa de adobes, cerca de las Huertas Reales, en las tierras hoy ocupadas por el barrio del Realejo. El

padre, cuidando un pequeño rebaño de cabras, propiedad de uno de los generales de la Alhambra. Y por eso, cada mañana de primavera, verano y otoño, el hombre ordeñaba estas cabras. La madre guardaba la leche en grandes vasijas de barro y luego el hijo, cada día subía por las cuestas del Realejo y, cargado con algunas de las vasijas llenas de leche, entregaba el producto en los palacios de la Alhambra. Siempre que el general recibía la mercancía de las manos del joven, le decía:
- Los reyes de la Alhambra cada día están más contentos con la leche que sale de mi rebaño de cabras. Dile a tu padre que las cuide mucho y que nunca las encierre por la noche sin que hayan bebido y comido lo suficiente.
- Se lo diré a mi padre, señor.
Y cuando el hijo regresaba a la humilde casa de adobes, nunca se olvidaba de dar este encargo a su padre.

Por eso el hombre, cada mañana temprano, en cuanto amanecía, se iba al corral de las cabras, las ordeñaba y luego tomaba algo para desayunar, metía un trozo de pan en su zurrón y se iba con el rebaño a los montes. Para que las cabras ramonearan en los lugares más apropiados y para que bebieran en las aguas claras del río Darro y también en las corrientes del río Genil. Y una tarde de primavera, época en que las cabras tenían más alimentos en los campos y por eso daban mucha más leche, el hombre dijo a su mujer:
- Tú sabes hacer quesos muy ricos. Estoy pensando que como ahora cada día llenamos las vasijas que llevamos a la Alhambra y sobra leche, podríamos hacer algunos quesos.
- ¿Y qué haremos después con ellos?
- Para el día del cumpleaños del general, se los llevamos como regalo. Este rebaño de cabra es suyo y todos los productos que de estos animales salgan. Nosotros nunca nos quedaremos con nada sin que él lo sepa y nos haya dado permiso antes.
- Pues lo que tú quieras.
Dijo la mujer.

Y aquel mismo día, se puso ella e hizo su primer queso. Con cuajada natural, pleita de esparto tejido por el marido y sobre una mesa de madera de roble. Le salió un queso grande, muy bien cuajado, perfectamente modelado y con un color perfecto. Sobre una tabla también de roble lo puso a curar, con un poco de sal para que no se pudriera y curara de la mejor manera. Al día siguiente hizo otro queso y luego otro y así, en poco tiempo, juntó un buen número. Por eso, la mujer, el hombre y el hijo, estaban contentos y esperaban con ilusión el día del cumpleaños del general para subir a la Alhambra y ofrecer al dueño de las cabras, los ricos quesos. Pero unos días antes del cumpleaños, una mañana, el general se presentó en la humilde casa de adobes, llamó al padre y le preguntó:
- ¿De qué me he enterado?
- ¿De qué se ha enterado usted, señor?
- Alguien me ha dicho que te apropias parte de la leche que dan mis cabras para convertirla en quesos que luego piensas vender y quedarte con el dinero que saques.

El padre, la madre y el hijo, asustados intentaron explicar al general lo que en realidad estaban haciendo y lo que tenían pensado. Pero el general, sin atender a ninguna explicación ni razonamiento, les dio solo veinticuatro horas para que abandonaran la humilde casa de adobes. Y aquella mañana de primavera, por el camino lleno de barro y charcos de agua color chocolate, el pequeño carro rodaban lento, alejándose del rincón de la casa de adobes. Tristes los tres, con sus cuatro enseres, humillados y preocupados por lo que sería de ellos en el futuro. Varias veces, el pequeño carro de madera y tirado por el borriquillo, se atascó en los charcos y barro del camino. El padre, jaleó con fuerza al humilde animal para que tirara con más energía, mientras el hijo y la madre, empujaban desde los varales y la parte de atrás. Y poco a poco, los tres, su borriquillo y el carro, seguían avanzando por el camino. Al llegar a las aguas del río Darro, buscaron el vado y cruzaron la corriente, torcieron con la curva del camino y tomaron rumbo a las casas del Albaicín, frente a la colina de la Alhambra. No tardaron más de media hora en llegar a las primeras casas donde, al tomar por la embarrizada calle un poco cuesta arriba, se encontraron con sus conocidos. También una familia tan pobre como ellos, varios niños y los padres, se pararon con ellos para saludarlos. Y fue la madre de la familia amiga la que preguntó:
- ¿Es que os estáis mudando de casa?
Y al instante, el hijo de la familia del carro, dijo:
- Nos ha despedido el general, dueño de las cabras que cuidaba mi padre.

Unos a otros se miraron y como a todos les parecía no solo extraño sino injusto y triste lo ocurrido, el padre de la familia amiga, dijo:
- Pues vosotros no preocuparos. Todos, a lo largo de la vida, hemos pasado y estamos pasando por momentos malos. Sed bienvenidos a este pequeño y hermoso barrio nuestro y tened ánimo.
De un lado y otro, empezaron a llegar personas para recibir y saludar a la familia expulsada. Unos y otros decían:
- Tú hijo, se puede venir a mi casa con nosotros. Donde caben y comen cinco, uno más, tampoco es mucho.
- Tu borriquillo y carro, lo puedes guardar en mi corral.
- Y vosotros dos, os venís a vivir conmigo. Ya nos apañaremos como podamos.

Y un hombre alto, muy conocido del padre, cogió a éste del brazo, lo hizo caminar por las calles hasta el río Darro, subieron por una sendilla y llegaron a un montículo de tierra. Le pidió al padre que mirara en la misma dirección en que corrían las aguas al tiempo que le dijo:
- Como este río Darro no hay otro en el mundo, por sus aguas y las tierras que riegan. Desde hoy, vamos a trabajar juntos cultivando el terreno que por aquí ves. Ya verás que cosecha y productos más buenos sacamos de estos terrenos.

Desde el reino de la Alhambra

I - En los tiempos en que los reyes vivían en los hermosos palacios de la Alhambra, ocurrió algo digno de conocerse, en este reino de Granada.

Un hombre, bastante rico, tenía una pequeña fábrica de esparto, justo mismo al borde de las aguas del río Darro. A la altura de lo que hoy es el Paseo de los Tristes y, por eso, a los pies mismos de la Alhambra. También a los pies del hermoso barrio del Albaicín y por donde discurrían los caminos y los puentecillos que daban paso y llevaban a la colina del sol y al barrio de la casas blancas.

Varios hombres tenía a sus órdenes trabajando, el dueño de esta fábrica. Tejiendo toda clase de objetos de esparto: esteras, alfombras, barjas, espuertas, serones, cantareras, esparteñas… Y el dueño estaba contento con lo que en su fábrica se producía porque eran buenos los empleados que en ella trabajaban y porque los productos que de aquí salían, todos resultaban bellos, de gran calidad y resistentes. Muchas personas tenían en gran consideración los productos que de esta sencilla fábrica salían. De aquí el dueño estuviera especialmente satisfecho con los hombres que a sus órdenes trabajaban. Por eso, al más joven y fuerte, le dijo un día:
- Hoy te toca a ti ir a los recintos de los palacios, a llevar los encargos que hace unos días de allí nos pidieron. Así que carga con los productos, sube por la vereda del barranco del Rey Chico y entrega las cosas en el sitio que te digo.
- ¿Tienen que darme algo a cambio?
- De eso ya hablaré yo con los reyes.

Y aquella mañana de otoño recién comenzado, el hombre joven y fuerte de la pequeña fábrica de esparto, preparó las cosas. Cinco o seis pequeños objetos de esparto que los reyes habían pedido para regalar a unos amigos que iban a venir a visitarlos. Cargó con estos objetos, subió despacio por el pronunciado barranco de la Cuesta del Rey Chico, llegó a las puertas de la muralla, dijo a los guardias cual era el motivo de su visita, lo dejaron pasar y ya dentro del recinto amurallado, se dirigió a los palacios. Y pasaba él por el arco que hoy conocemos como la Puerta del Vino, cuando se encontró con una joven princesa. Iba sola y se dirigía a los jardines de la derecha y por eso, el joven se fijó en ella. Durante unos segundos estuvo observándola, notando que al instante se había quedado prendado de ella. Y, aunque no le dirigió la palabra, la joven intuyó lo que en el corazón del hombre, había ocurrido. Por eso ella también lo miró, no dijo nada pero se quedó en el aire temblando como un sueño hermoso y mágico. Al darse cuenta, uno que por allí pasaba, se dirigió al joven de los objetos de esparto y le dijo:
- Ten cuidado que esta muchacha es la hija predilecta del rey más agresivo que nunca hubo aquí en la Alhambra.
- ¿Y qué he hecho yo para que el rey tenga algo contra mí?
- Yo solo te lo advierto. Ten cuidado que la hermosura de esta princesa puede traer grandes problemas a tu vida.
Y el joven se asustó.

Siguió su camino, llegó a los palacios de la Alhambra, entregó el pedido y rápido regresó a donde tenía su trabajo. En cuanto llegó, el dueño le preguntó:
- ¿Cómo ha ido eso?

- Sin problemas, señor. Entregué las cosas tal como usted me dijo y creo que el rey ha quedado contento.
- Así me gusta, buen amigo. Eres fiel y trabajador y por eso te respeto. Gracias a ti y a los compañeros, esta pequeña empresa mía cada día mejora en calidad y prestigio.
- Me alegro, señor.
Y aquel mismo día, el joven preguntó a sus compañeros:
- ¿Conocéis vosotros a esa princesa de ojos y pelo negro que algunas veces pasea sola por los jardines de la Alhambra?
Y uno del grupo amigo, enseguida dijo:
- Yo sí la conozco. Varias veces, cuando he pasado a los palacios para entregar pedidos, me he tropezado con ella.
- ¿Y qué te parece?
- La mujer más hermosa que nunca si vio por estos sitios. Pero tú ¿por qué te interesas por ella?
Se dio cuenta el joven, en este momento, que el compañero mostraba un interés especial por la princesa. Por eso, para evitar enfrentamientos, respondió:
- Por nada. Simple curiosidad.
- Algo tienes tú con esa princesa.
- ¿Por qué me dices eso?
- Tus preguntas y el interés que muestras con esta joven, te delata. Pero te lo advierto: te cuidado porque puedes tener problemas.
Y aquel día, ya no se habló más de esta princesa, en el pequeño taller de esparto.

Pero sí, en los palacios de la Alhambra, se empezó a correr un extraño rumor que llegó hasta los oídos del rey agresivo. Unos días más tarde y por la mañana, en el taller de esparto junto a las aguas del río, se presentó un mensajero del rey. Preguntó éste por el dueño de la fábrica, que enseguida apareció y dijo al mensajero:
- Yo soy el dueño ¿Qué noticias me traes de parte del rey?
- Esto es lo que de parte del rey, le traigo y con la condición de entregarlo en sus propias manos.
Le alargó el mensajero un pequeño rollo de papel que, tembloroso y con el corazón acelerado, rápido cogió. Ahí mismo desenrolló el papel, leyó despacio y para sí y luego, visiblemente alterado, preguntó al mensajero:
- ¿Te ha pedido el rey que le lleves alguna respuesta mía?
- Ningún mensaje debo llevar al rey de parte de usted. Así que, cumplida mi misión, me despido y regreso.

Volvió el mensajero a los palacios de la Alhambra y aquella misma tarde, el dueño reunió a sus empleados y les dijo:
- Por encargo del rey, esta noche, debemos hacer un viaje casi en secreto y a un lugar lejano para algo muy especial. Yo debo ir al frente de este viaje y quiero que solo me acompañe uno de vosotros.
- ¿Quién de nosotros, señor?
- Cualquiera podría ser pero, por orden del rey, tengo que escoger aquel de vosotros que hace unos días subió a la Alhambra a llevar los encargos que el rey había pedido para regalar a sus amigos.

Al saber el joven que él era el elegido para realizar el viaje, preguntó:
- ¿Y por qué tengo que ser yo?
- Por orden de rey, solo te lo puedo decir cuando lleguemos al lugar, motivo de esta marcha.
- ¿Y tampoco puedo saber cual es la misión?
- Aunque lo deseo, tampoco ahora puedo decírtelo. Solo te pido que no hagas más preguntas. Vete ahora mismo a tu casa, prepara y coge lo que creas necesario y al caer la noche, te presentas a mí. Será el momento de partir.
- ¿De noche tenemos que realizar este viaje?
- Son órdenes del rey que también me pide que ni siquiera con tu familia, lo comentes. Y vosotros, todos los compañeros de este joven, guardad silencio del mismo modo, hasta que regresemos nosotros.
- ¿Cuándo volveréis?
- Puede que tardemos unos días.

No se habló más del tema. El dueño cerró la fábrica, los obreros se fueron a sus casas, el joven también a la suya, el dueño se puso mano a la obra y en un periquete preparó dos borriquillos, con sus aparejos, aguaderas y algo de comida y agua dentro. Esperó a que se hiciera de noche y se presentara el joven. A la hora en punto, cuando la oscuridad de la noche comenzó a llegar, se presentó el joven. Saludó al dueño, éste le ofreció uno de los borriquillos y le pidió que cargara en él las cosas que había traído. Luego le pidió que lo montara y, al poco, se pusieron en camino. Sin pronunciar palabra y sin parar, caminaron a lo largo de toda la noche. Ni siquiera sabía el joven en qué dirección iban. Pero sí, al llegar la luz del nuevo día, descubrió que se encontraban frente a unas altísimas montañas. Y ahora comprobó que caminaban dirección al sol del nuevo día.

Cuando el astro rey comenzaba a iluminar con toda su intensidad, llegaron ellos a lo más alto de una gran colina. Aquí mismo se pararon y el dueño dijo al joven:
- Mira al frente y observa despacio lo que por ahí se extiende.
Miró el joven y se quedó asombrado. Al fondo, dirección al sol de la mañana y algo lejos, descubrió un gran río surcando un amplio valle. A los lados, se alzaban las casas de una bellísima ciudad y de las laderas a ambos lados, descolgaban espesos bosques. Dijo el joven:
- Esto es lo más hermoso que he visto en mi vida. ¿Cómo se llama este lugar y en qué parte del mundo se encuentra?
- Tú mismo descubrirás el nombre cuando pase el tiempo. Y el territorio dónde se encuentra, tampoco puedo revelártelo. Pero en este lugar es donde, a partir de ahora, vas a quedarte para el resto de tu vida.
Sorprendido preguntó el joven:
- ¿Y eso?
- El lugar donde el rey me ha pedido que te llevara, es inhóspito, sin vida, sin luz, de tierras muy áridas y muy, pero que muy lejos de Granada. Pero yo, aun a riesgo de ser castigado por el rey por no cumplir exactamente lo que él me ha pedido, te traigo a este sitio. Como agradecimiento a lo bueno y generoso que siempre has sido conmigo y con tus compañeros. Y aquí, como estás viendo, tienes de todo lo que puedas necesitar para tu nueva vida. Un

gran río de aguas muy claras, extensos bosques llenos de colores y olores y con muchas frutas, abundante luz y hasta una maravillosa ciudad donde vas a ser bien recibido. Así que ha llegado el momento de despedirnos. Sigue el camino que desde esta colina desciende que yo me vuelvo a Granada. Entra a la ciudad que ves extendida por el valle, no me preguntes nada más ni vuelvas nunca, nunca a la ciudad de Granada y mucho menos a los palacios de la Alhambra. Sería tu final y mi perdición.

Aun más extrañado, después de un largo rato en silencio, mirando al frente e intentando asimilar lo que le había dicho el dueño, se animó y le preguntó:
- Pero todo lo que me has explicado y lo que tengo ahora mismo antes mis ojos ¿a qué se debe?
- Se debe a que por orden del rey, quedas desterrado para siempre del reino de la Alhambra.

La anciana, reina del bosque

II - Legó el otoño y aparecieron los colores en los bosques. Las dos grandes laderas, a un lado y otro del río, comenzaron a perder su verde vivo de los días de primavera y se llenaron de tonalidades ocres, luces de atardeceres, oro viejo y rojo sangre. Lo mismo, poco a poco, iba sucediendo por las orillas del río. Álamos, fresnos, arces y madreselvas, se vestían con tonos pálidos. Y la luz de la mañana, del mediodía y de la tarde, casi se apagaba a la vez que se fundía con el vientecillo húmedo y cargado de olores a musgo.

Y aquella mañana de otoño, con el cielo azul brillante, el silencio abrazando y el sol un poco apagado, el hijo esperaba a la madre. Justo en lo más alto del cerrillo, en la puerta de la pequeña casa, sentado en el banco de piedra y mirando en silencio al profundo surco del río. Por ahí sabía que discurría la senda que, desde la casa de piedra junto al manantial, descendía río abajo hasta el montículo donde en estos momentos la esperaba. Necesitaba que llegara para despedirla con el más sincero de los abrazos y para vivir junto a ella, otro momento mágico. Pero sabía que la senda, desde el cerrillo donde estaba esperándola hasta la casa de piedra, era larga, tortuosa, con muchas bajadas y grandes cuestas y densos árboles a los lados. Y sabía que la madre, para él la más hermosa y buena, ya estaban muy agotada. Vieja como los mismos árboles del bosque, delgada como el silbido del viento al rozar las hojas y casi sin fuerzas. Por eso se dijo: “Mejor me pongo yo en camino, recorro la senda hasta su casa de piedra y ahí me encuentro con ella”.

Y sin pensarlo más, cargó con su zurrón, llamó a su pequeño perro podenco y por la veredilla, comenzó a bajar. Como al encuentro del río pero antes de llegar a las aguas, siguiendo en trazado de la senda, remontó por la ladera. Volvió a otra vez al valle, lo recorrió ahora muy cerca de las aguas y casi media hora después, comenzó a oír el rumor de la cascada. Sabía que la hermosísima casa de piedra, donde vivía la madre, ya estaba cerca. Pero todavía le quedaba un buen trecho y precisamente era el trozo por donde la

senda más se complicaba. Por eso, mientras continuaba avanzando, remontando ahora por la inclinada ladera, con su pensamiento puesto en la madre y en su pequeño palacio de piedra justo al lado mismo del copioso manantial, otra vez se dijo: “Ay que ver mi madre, toda una vida entera viviendo en este rincón y recorriendo un día y otro esta senda y aun en su corazón, viva la ilusión del volver un día a los palacios de la Alhambra. Qué mujer más valiente y recia, con ideas hermosas y entrega silenciosa y noble. Por más que se le busque y me digan, sé que en este suelo no hay otra mujer como ella”.

Recorrió el último tramo de la senda, ya muy próximo al manantial de la casa cuando, al mirar, la vio asomada a la puerta de su pequeña casa de piedra. La saludó con su mano desde la distancia y ella, tal como estaban en el pequeño rellano de la puerta, siguió con sus miradas perdidas por donde el valle y el río se alejaba. Saltaba la corriente unos metros más abajo y luego se alejaba, atravesando el ancho valle para perderse en la profundidad brumosa. Este era el grandioso paisaje que a lo largo de toda su vida, había recorrido y soñado en las noches llenas de estrellas. Y aun así, después de tantos años, de ningún modo estaba cansada ni deseaba marcharse de la casa de piedra que él, con sus propias manos, había construido para ofrecérsela luego como regalo. En el rincón más bonito del bosque, justo al lado mismo del copioso manantial, frente por completo al gran valle y donde el silencio era más profundo y el cielo se derramaba a raudales. Por esto, en cuanto el hijo llegó, le regaló un sincero beso, le pidió que se sentara en el banco de madera que en el mismo rellano de la puerta se calvaba frente al río y le dijo:
- Has hecho bien en venir a verme. Yo ya casi no tengo fuerzas para recorrer la senda, a pesar de que es lo que siempre más me ha gustado, cuando vivía tu padre.
El hijo le cogió la mano, acarició su cara, la miró fijamente y le dijo:
- No tienes que decirme nada porque lo he visto millones de veces con mis propios ojos. Por eso sé que tú eres la más hermosa, buena y fuerte y por eso sé que, aunque ya te abandonen las fuerzas, tu alma y corazón siempre están en estos bosque y en el amor sincero que, en todo momento, mostrarse a mi padre. Estos cominos, el manantial de la roca, el valle verde con las claras aguas del río que lo riega, el azul del cielo y los abrazos del vientecillo que por aquí siempre se pasea, te pertenecen. Son las mejores joyas que princesa alguna nunca haya poseído.

Guardó silencio la madre, sin dejar de observar la silueta del río surcando el valle. Luego, de nuevo dijo:
- Tu padre, cuando yo era joven y princesa en los palacios de la Alhambra, fue desterrado a estos lugares. Cuando lo supe, me vine aquí con él y en este singular palacio de piedra, hemos vivido la vida entera. Murió ya hace tiempo y, él como yo, lo único que deseamos es regresar a Granada y que nos entierren en algún rinconcillo de los jardines de la Alhambra. Así que ya sabes: carga con tu zurrón de piel de cabra, dirígete a la hermosa ciudad de la vega, ve a la Alhambra, pide audiencia al rey y dile cual es deseo de esta anciana, que pronto se marchará al cielo. No me quedan muchos años de vida y, cuando muera, quiero que me entierres junto a él. En estos bosques,

cerca del río, pero si el rey te da permiso y lo quiere, llévanos a los dos y nos fundes con la tierra de los jardines de la Alhambra.
- Tú no te preocupes, madre. Yo también deseo que tu cuerpo y el de mi padre, vuelva a tener el brillo y la dignidad que aquel fatídico día le denegaron. Hablaré con el rey y lucharé con todas mis fuerzas para que te abran las puertas de la Alhambra y, junto con mi padre, descanséis en paz en los jardines que tanto sueñas.
- Que Dios te bendiga, hijo mío y te dé las fuerzas que necesitas.

Y poco después, se le vio al joven surcando el valle, con su zurrón a las espaldas, seguido de su perrillo amigo y dirección a la ciudad de Granada. Con un puñado de tierra en sus manos y la tristeza al mismo tiempo que la ilusión, asfixiándole el corazón. Y mientras se alejaba de la casa de piedra donde, en el rellano de la puerta, seguía la madre mirando hacia el hermosísimo río que surcaba el valle, se decía: "Fue princesa y luego llegó a reina aunque nadie nunca la coronara. Y ahora que es anciana ya muy agotada, sigue siendo la reina de estos bosques y la madre más bella y buena que hubo nunca en esta tierra".

El azufaifo de la princesa

Una de las cosas que más le gustaba era compartir. No solo con sus amigos y conocidos sino con todas las personas: ricos, pobres, niños, jóvenes, mayores… Siempre se decía:
- Murallas, cuanto menos mejor y discriminación, ninguna. Tratar a cada persona como si fuera única y la mejor del mundo, es lo más importante que podamos hacer en esta vida.
Y ella, cuando llegó el otoño de aquel año, protagonizó algo que a todos dejó asombrados. Justo en los primeros días del mes de octubre y para celebrar su cumpleaños.

Antes de nacer, en los palacios de la Alhambra, los padres ordenaron que en las huertas del Generalife, se sembraran árboles: granados, membrillos, perales, algún olmo, serbales, y especialmente, azufaifos. Y los que en aquellos tiempos cultivaban las tierras de estas huertas, llevaron a cabo lo que se les ordenaba. En los balates entre huerta y huerta, se pusieron y plantaron los granados, los membrillos y azufaifos. Estos últimos, los plantaron casi en la misma acequia que distribuía el agua por las tierras. Y de estos árboles, el rey dijo:
- Quiero que los cuidéis con el mayor mimo. Ya sabéis que estos árboles proceden de los países de donde hemos venido algunos de nosotros. Y también sabéis lo bonitos que son y los frutos tan ricos que dan.
Y los hortelanos comentaron:
- Pondremos en estos árboles todo nuestro esfuerzo y cariño para que crezcan y den los mejores frutos.

Durante varios años, los azufaifos crecieron vigorosos, relucientes de verde y comenzaron a dar cosecha al poco tiempo. Para cuando nació la princesa, uno de los azufaifos ya estaba muy grande y todos los otoños, daba una buena cantidad de frutos. Los padres, en cuanto la niña creció un poco y comenzó a caminar, con frecuencia la llevaban de paseo por las huertas de

los azufaifos, conocidos en estos tiempos con el nombre de Huertas del Generalife. Y la princesa niña, desde el primer momento, empezó a tener una predilección especial por el árbol que los padres les mostraban. Ellos le decían:
- Antes de que nacieras, dimos órdenes para que sembraran aquí estos árboles y fíjate ahora qué recios y sanos crecen.
Y ella, todavía pequeña pero prestando mucha atención a lo que los padres le mostraban, decía:
- Me gusta mucho este árbol, especialmente entre todos los otros y me gusta donde crece. En cuanto sea mayor ¿me podré venir a este sitio siempre que quiera?
- Este rincón y árbol te pertenecen. Puedes venirte aquí siempre y todas las veces que quieras.

Creció la princesa y se hizo mayor. Ya con dieciséis años, muchas tardes salía de los palacios de la Alhambra, recorría los paseos de los jardines, cruzaba las puertas de la muralla y se venía a la huerta de los azufaifos. Junto a la acequia, a la sombra del árbol más grande y frente a la Alhambra, se paraba y aquí se quedaba mucho rato. A veces horas enteras, gozando del airecillo, del sol, de canto de los pajarillos, de la visión de la Alhambra, del barrio del Albaicín y de toda la cuenca del río Darro. Porque una de las cosas más importantes que poseen las huertas del Generalife es que son un gran balcón a los rincones más hermosos de Granada. Cuando llegaba el otoño, la princesa era la que todos los años recogía los frutos del azufaifo, los llevaba a los palacios, se los mostraba a sus padres y les decía:
- El azufaifos grande, es un árbol maravilloso y sus frutos, ricos como no hay otros.

Llegó el otoño de sus diecisiete cumpleaños y como el azufaifo en esta ocasión había tenido una gran cosecha, dijo ella a los hortelanos:
- Coger todos los frutos de este árbol justo el día antes de mi cumpleaños.
Le hicieron caso los hortelanos, se pusieron y, en cestas de mimbre, recogieron todas las azufaifas. Muchas, todas muy sanas y gordas y por completo maduras. Se los entregaron a la princesa y el mismo día de su cumpleaños ella dijo:
- Ayudadme y llevamos todas estas cestas a la gran puerta de la muralla.
En poco tiempo, las cestas llenas de azufaifas y la princesa, estaban en la puerta principal de los recintos amurallados de la Alhambra. Y en cuanto estuvo aquí, comenzó a coger puñados de azufaifas y a todos los que entraban o salían, les daba los frutos diciendo:
- Hoy es mi cumpleaños y os quiero obsequiar a todos con lo mejor que tengo y lo que más me gusta, los frutos de mi azufaifo. No hay delicias como estas en todo el mundo. Coger y probar veréis como no os miento.

Los que llegaban, entraban o salían, se paraban y observaban a la princesa. Algunos extrañados por el novedoso acontecimiento y otros, para coger de sus manos el regalo que ella ofrecía. Entre sí comentaban:
- Regalos de una princesa no se reciben todos los días. Y, aunque solo sean unas simples frutillas, tiene su encanto y es algo bueno.
Y otros preguntaban:

- ¿Pero como toda una princesa de estos grandiosos palacios de la Alhambra, se pone aquí y con estas cosas?
- Seguro que tendrá ella una razón honda y noble que nosotros desconocemos.
- ¿Nos acercamos y le preguntamos a ver qué dice?
- Por intentarlo creo que nada perdemos.

Y algunas personas que habían subido desde la ciudad de Granada, se abrieron paso por entre los que allí se concentraban. Se aproximaron al sitio donde la princesa tenía sus cestas repletas de frutillas doradas, cogieron un puñado, con el permiso de la princesa, probaron las azufaifas y al rato le dijeron:
- Realmente están deliciosas. Pero, ¿podemos hacerte una pregunta?
- Preguntarme todo lo que queráis.
- Es que muchos de los que por aquí nos hemos parado al verte, estamos algo sorprendidos.
- ¿Qué es lo que os sorprende?
- No es normal que una princesa se comporte y haga lo que tú ahora sí. ¿Qué te mueve a ello?
Y la princesa, situándose en el escalón de piedra que junto a la puerta de la muralla había, llamó la atención a todos los que por allí se concentraban y muy resulta dijo:
- Ya os he dicho que hoy es mi cumpleaños, que estas azufaifas son del árbol que me regalaron mis padres antes de que naciera y que como ahora es la época de su cosecha, la hemos recogido para compartirla con todos vosotros. Tengo muchas razones para hacer esto y todas son grandes pero una de ellas es especialmente importante. ¿Queréis saberla?
En menos de tres segundos, todos a la vez respondieron:
- Sí, por favor, princesa.

Y la joven sin titubear habló y dijo:
- Compartir las cosas con los demás es algo que todos deberíamos practicar a diario. Ensanchan el alma, abren el corazón y se establecen lazos de amistad y respeto entre las personas. Y es bueno compartir alimentos, vestidos, casa, dinero y trabajo pero, aun siendo todo esto muy importante y necesario, existe algo mejor que en todo momento deberíamos intercambiando unos con otros: la música de la vida, las emociones que nos transmiten los cantos de los pájaros, la magia de un día de lluvia, los colores del otoño y las luces de los atardeceres… Esto es lo que hoy estoy intentando comunicar a todos vosotros, en este día de mi cumpleaños. Lo que más me gusta a mí, la música de la vida y los colores y olores del otoño.

Hubo un momento de silencio, cuando la princesa terminó de pronunciar estas palabras. Luego, varios de los más valientes, se adelantaron y preguntaron:
- ¿Y qué tendremos nosotros que darte a ti a cambio de estas frutillas que ahora nos regalas?
- No tendréis que darme nada. Lo comparto porque es algo que me gusta y para poner un poquito de felicidad en vuestras vidas.

- Princesa, que ya nos conocemos. Los poderosos siempre dais algunas cosillas y, antes de que nos demos cuenta, nos quitáis la propia vida.
De nuevo se hizo el silencio. Las personas en el lugar concentradas, poco a poco se fueron alejando. Al rato la princesa se quedó sola, junto a sus cestas de frutillas y algunos soldados que la custodiaban. Estos le aconsejaron que volviera a su palacio y desistiera de lo que se había propuesto. Les hizo caso ella y cuando llegaron al palacio y contó a sus padres lo sucedido, la reina madre le dijo:
- Así es la vida, hija mía y así son las personas.
- Pero vosotros sabéis que mi intención es solo compartir con las personas estas sencillas cosas que tanto me gustan. ¿Por qué a la gente le cuesta tanto creer en mis buenos deseos?
- Ellos tienen miedo y desconfían pero nosotros sabemos que tú eres buena. Sigue practicando la bondad en tu vida y el amor y respeto para con los que te rodean y las personas. Un día y en algún momento, tendrás tu premio.

El huertecillo de la Alhambra

Se encontraba no lejos de los lujosos palacios. Al lado del sol de la mañana, entre la Medina, los estanques del agua, en un jardín muy bello y casi a la entrada del más vistoso de los recintos de la Alhambra. Por eso, el pequeño trozo de tierra, el huerto de la princesa que era como lo llamaban, parecía un pequeño paraíso en miniatura. Tenía flores de muchos colores, árboles frutales, plantas aromáticas y hortalizas, acequias con aguas claras, un pequeño estanque, un mirador, varios asientos y hasta una estancia no muy grande.

Se alzaba esta estancia en la parte más alta del huertecillo. Justo a la entrada del trozo de tierra y servía, no para vivienda sino para taller. Solo en parte porque el pequeño recinto de esta construcción, se usaba para guardar las herramientas con las que se labraban las tierras del huerto. El resto del edificio lo utilizaba un grupo de artesanos para taller, crear y pulir muchas de las obras de arte que decoraban salones y palacios. Por eso, dentro de esta construcción, casi todo el día y parte de la noche, estaba ocupado. Los artesanos trabajaban y trabajaban sin descanso, todos a las órdenes de un hombre alto, recio, de pelo negro y muy fuerte. No era muy culto pero según decían, sí estaba protegido por el rey porque era un gran adulador y esto hacía que no fuera bien visto por los obreros artesanos. Continuamente los hostigaba, humillándolos siempre y pidiéndoles que hicieran bien el trabajo y echaran muchas horas. De sol a sol trabajaban y, a veces, hasta bien entrada la noche.

Dentro de este grupo de artesanos había un hombre algo rebelde. Mucho más inteligente que el capataz y por eso, cada vez que el hombre alto y recio gritaba a los artesanos, el hombre rebelde se indignaba. Para sí, en muchos momentos se decía: “Lo que ordena y nos pide que hagamos, no tiene sentido. Casi siempre es puro capricho suyo pero como tiene que demostrar que posee el poder, se impone gritando y pidiéndonos tonterías”. Esto se decía en muchas ocasiones y, en algunos momentos, a punto estuvo

de compartirlo con los compañeros. Pero como el hombre era inteligente, intuía que si hablaba con unos y otros, sería mucho peor para todos. No se fiaba de ninguno y temía la reacción del capataz maleducado.

La princesa dueña de las tierrecillas del huerto, había escogido para hortelano a un joven también alto, muy fuerte, recio y de corazón noble. Sabía ella que este joven, aun siendo rebelde y con ideas muy claras y propias, amaba mucho a los pajarillos, le gustaba ver crecer las plantas y los árboles, disfrutaba regando las tierras y recogiendo las hortalizas y los frutos. Y, sobre todo, trataba con exquisita educación a la princesa, cada vez que ésta aparecía por las tierras del huertecillo. Porque le gustaba a ella mucho las flores y, como el joven hortelano lo sabía, cultivaba con esmero todos los días del año, rosas de todos los colores. Junto a la acequia, no lejos del estanque, cerca también del pequeño mirador hacia el Albaicín y no a mucha distancia del edificio de los artesanos. Aquí también, en el mismo mirador y casi entre los rosales, el joven jardinero, construyó un banco de piedra y una pequeña mesa para que se sentara la princesa cuando venía a cortar flores o simplemente a estar un rato, mientras observaba los paisajes y tomaba el fresco.

Y ocurrió que un día de otoño, cuando ya la tarde caía y el joven hortelano cortaba rosas para la princesa, el hombre rebelde del taller de artesanos, se presentó. Apareció por el lado de la muralla, ocultándose por entre las plantas y portando en la mano una especie de saco. Se aproximó sigiloso al edificio del taller y por delante, empezó a esparcir semillas y frutos secos. Luego se acercó más a las paredes del taller y, con mucho cuidado, manipuló algunas cosas. Pensaba él que nadie lo veía porque el hortelano se ocultaba un poco entre los rosales. Aquí se estuvo quieto y observó con atención, sin decir nada al hombre del saco. Pero en un momento en que éste se movió para el lado de las tierrecillas del huerto, descubrió al joven hortelano. Lo miró desde la distancia, no dijo nada, dejó de esparcir semillas por el suelo y lentamente se fue para el lado de los palacios de la Alhambra.

Por el lado de la muralla se fue también el joven y le salió al paso. Se le paró delante, lo miró, no pronunció palabra y esperó un momento. El hombre del saco, sintiendo que había sido descubierto y que no tenía escapatoria, dijo al joven:
- Estoy harto del mal trato que recibo por parte del capataz.
- ¿Y qué se te ha ocurrido?
- Las semillas que por aquí he esparcido, están envenenadas para que se mueran todos los pájaros de este jardín. Y esas cosas que he puesto por ahí, es para volar este maldito edificio de artesanos.
- ¿Y qué pretendes con esto?
El hombre rebelde miró fijamente al joven hortelano, comenzó a temblar y ahora muy asustado, dijo:
- Te lo pido por favor, no me delates. Será mi perdición si lo haces.
- Vuelve a tu casa y luego a tu trabajo. La princesa es mi amiga y por eso sé que tiene un gran corazón.

Se alejó el hombre del saco y se marchó por donde había venido. Se puso el joven y recogió todas las semillas envenenadas y desactivó los artilugios que había colocado para volar el edificio de artesanos. Aquella misma tarde habló con la princesa y tres días después, el hombre alto y grueso y maltratador de los artesanos, desapareció del taller. Y al cuarto día por la tarde, la princesa se presentó en el huerto y jardín de sus rosales. Saludó al joven hortelano, lo invitó a que se sentara junto a ella, en el asiento de piedra del pequeño mirador frente al Albaicín y habló diciéndole:
- Tu respeto y amor por las avecillas y plantas de estas tierras mías, no solo me llenan de orgullo si no que has dado dignidad a los artesanos. Lo sabe el rey y también se siente orgulloso de ti y de mí. ¿Cómo lo consigues?
Y el joven respondió a la princesa:
- Teniendo en cuenta que lo más valioso de todo, es precisamente eso: el respeto. Las cosas en sí, todas son bellas y, las personas, aun más. Por eso, por muy poca inteligencia que se tenga, uno puede ver claramente que el único camino bueno y correcto es el respeto y el amor por todos y todo. Tenemos la obligación de perfeccionar el mundo y a las personas y no lo contrario.
Y al oír estas palabras, la princesa dijo:
- Gracias por ser un hombre tan bueno. Hasta las rosas de este jardín que cuidas para mí, lo reflejan.

Al llegar el otoño

Nada más salir el sol, aquel día de otoño, se pusieron mano a la obra. Y lo primero que hicieron fue recorrer el camino hacia donde estaban los productos: higos secos, granadas, membrillos, nueces, almendras, calabazas, acerolas y otros frutos. El encargado, en cuanto llegaron con el carro a las tierras donde tenían los frutos, dijo:
- Idlos cargando con mucho cuidado. No quiero que se estropee ninguno.
Y como la pequeña era la que más interés tenía en el proyecto, dijo al encargado y a las personas que se disponían a repartir los frutos de otoño:
- A todos nos interesa que nada se estropeen y que el reparto quede perfecto.

Cuando el sol estaba ya un poco alzado, el carro quedaba por completo lleno de frutos. Dos de los hombres jalearon a las bestias y éstas se pusieron en marcha. Por el camino de tierra que iba desde los terrenos de la cosecha hasta el cortijo, de trayecto en trayecto, se iban parando. Del carro descargaban una buena cantidad de frutos y a la derecha del camino lo iban colocando en pequeños montones. Preguntó uno de los hombres:
- ¿Y creéis vosotros que la carroza de la princesa, cuando pase por aquí con ella dentro, se va a parar para mirar estos frutos?
La niña aclaró:
- A mí me han dicho que sí y hasta me han asegurado que la princesa hablará con algunos de nosotros. Dicen que a ella le gustan mucho los frutos de esta Vega de Granada y que también le encanta charlar con las personas que por aquí trabajan.

A media mañana, ya estaban todos los frutos repartidos en pequeños montones a los lados del camino. El sol iluminaba ahora mucho y por eso, nada más alzar la vista y mirar, se veía perfectamente iluminada la grandiosa figura de la Alhambra sobre la colina. Al observarla y verla, algunos de los hombres comentaron:
- ¿Estará ya saliendo de allí la carroza de la princesa?
Y aclaró la niña:
- Creo que por aquí pasará a primera hora de la tarde. Por eso conviene que todo esté perfectamente preparado. La princesa tiene que irse de estas tierras, gratamente impresionada, no solo por la bondad de nuestros productos sino por lo original de este encuentro y el buen trato que de nosotros reciba. Tenemos que procurar que por ningún otro sitio encuentre ella nada, ni siquiera remotamente parecido, a lo que nosotros le ofrezcamos.

Comenzaba el sol a declinar por el lado de la tarde, cuando empezó a oírse la noticia:
- Ya aparece por allí el cortejo y carroza de la princesa. Y viene parándose en algunos de los sitios del camino donde hemos puesto los frutos de estas tierras.
La niña y sus amigos, salieron corriendo dirección al almiar, subieron a toda prisa por la escalera y se fueron colocando, entre la paja, en lo más alto. Decía ella:
- Desde aquí lo veremos todo claramente y podremos saludar a la princesa como nosotros queremos.
Y no habían terminado de acomodarse en lo más alto del almacén de paja, cuando vieron que la carroza de la princesa se paró allí mismo. A solo unos metros del almiar, se abrió la puerta de la carroza, salió la princesa, miró para el gran montón de paja y al ver en lo más alto a la niña, dijo a la pequeña:
- Sé que me estás esperando. Quiero darte un beso y acariciar tu cara con mis manos. Baja ahora mismo de tu palacio de paja.

Y la niña, sin pensarlo dos veces, se deslizó por el costado del almiar, en forma de tobogán y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo a los pies de la infanta. La princesa se aproximó un poco más, la besó, acarició su cara con sus blancas manos y le dijo:
- Tu ingenio para recibirme ha sido de lo más original que nunca se le haya ocurrido a persona alguna. Te doy las gracias y desde ahora mismo, tu cortijo y toda la cosecha que salga de estas tierras, tendrán un puesto relevante dentro de los palacios de la Alhambra. Daré órdenes para que te paguen con creces y oro del bueno, todos los productos que de estas tierras salgan.
- Gracias, amiga princesa. Y cuando quieras te puedes venir a jugar conmigo a las pajas de este almiar. Es mi juego preferido.

Ahora ya no pero en tiempos pasados, todas las tierras que rodeaban a la Alhambra y a la ciudad de Granada, se cultivaban y sembraban. Y en la gran Vega, con la paja que salía de la trilla del trigo y cebada, se hacían almiares. De los campos y estas tierras, las personas sacaban muy buenas y abundantes cosechas. Y el otoño, era y es la estación del año en que se recogen la mayoría de los frutos.

Estudiar frente a la Alhambra

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. Sin embargo él, a primera hora de la tarde, salió de su casa. Con tres gruesos libros bajo el brazo y cruzó la plaza, pisó los primeros metros de la Carrera del Darro y al comenzar a subir, se tropezó con el amigo. Se saludaron y luego el amigo preguntó:

- ¿Otra vez el mismo sitio?
- No puedo evitarlo.
- ¿Y qué es lo que tiene de mágico ese jardín?
- No sé decírtelo con palabras pero tiene algo.
- Claro, porque estudiar, como tantas otras personas, podrías hacerlo cómodamente en tu casa. Un día de estos me voy a ir contigo para que me enseñes, no el camino sino el rincón donde te sientas a estudiar frente a la Alhambra. Quiero ver y experimentar lo que a ti tanto te fascina.
- Pues cuanto tú quieras.

Se despidieron y siguió subiendo. Esta tarde era una de las más de doscientas veces que ya había acudido al mismo sitio. Ni siquiera recordaba en qué momento y cuantas eran las veces que había visitado el rincón. Desde pequeño, desde que andaba metido en el mundo de los libros, desde siempre, desde toda la eternidad. Y siempre hacía lo mismo. Salía de su casa, lentamente caminaba por el paseo que discurre río Darro arriba, torcía luego, ya al final, para la izquierda, seguía subiendo despacio la cuesta y al llegar a la puerta de hierro, llamaba. Le abrían y entraba. Saludaba y sin más pérdida de tiempo, se iba al rincón. Justo entre las plantas buscaba el sitio más apropiado, se sentaba y, frente a la Alhambra, se ponía a estudiar. Dejando que pasara el tiempo. Y siempre mirando y estudiando en sus libros, le parecía descubrir a sus pies, por donde corre el río Darro y las laderas de la umbría de la Alhambra, un mundo mágico. Profundo como el valle más amplio, repleto de bosques verdes y vírgenes a los lados, surcado por limpísimas cascadas, riachuelos y manantiales e eliminado por el sol más puro.

Y siempre que vivía él esta experiencia, en el corazón se le quedaba una sensación muy placentera. Por eso nunca tenía ganas de irse del lugar ni volver a la cotidiana realidad de la materia y por eso un día y otro, regresaba. Y en esta ocasión, sin apenas mirar a las personas con las que se cruzaba, recorrió despacio el hermosísimo paseo de la Carrera del Darro. Llegó a la recogida plaza del Paseo de los Tristes, lo recorrió y al final, donde el puentecillo de piedra da paso al camino del Avellano y Cuenta del Rey Chico, torció para la izquierda. Continuó subiendo por la empinada Cuesta del Chapiz y al llegar al Carmen de la Victoria, se paró frente a la puerta de hierro. Llamó y al instante la puerta se abrió. Pasó dentro, saludó a la persona que le atendía, una mujer mayor que le preguntó:

- ¿Qué libros son los que traes hoy?
- Ya estás viendo, tres muy gordos, viejos y que pesan como demonios pero hermosísimos.
- ¿Hablan de lo que andas estudiando?

- Hablan de eso pero de una manera que gusta y transporta al más hermoso de los sueños.
- Tienes que dejármelos para que también los lea yo. Y también hoy quiero irme contigo para sentarme a tu lado en el rincón que tanto te gusta.
- Puedes hacerlo pero es que hoy, como otros tantos días, deseo estar solo.
- Si ya conoces tanto este sitio que hasta con los ojos cerrados lo podrías recorrer y gustar.
- Parece eso pero no es así.
- Pues como quieras.

Y por entre los pasillos, escoltados por gruesos árboles y plantas muy bellas, siguió caminando. Hasta que llegó al moral de tronco retorcido. Se paró aquí, miró para la Alhambra, al frente y sobre la alta colina y luego fue deslizando sus miradas por las laderas hacía el río. Y conforme descendía iba descubriendo lo que ningún otro día había visto. Por las laderas donde los bosques se tupían vírgenes, grupos de niños jugaban y, mientras corrían y gritaban, se decían:
- Démonos prisa y recorramos estos paisajes antes de que los profesores nos llamen otra vez a clase. Hay tantos misterios por aquí que debemos descubrirlos para luego mostrarles a ellos lo que realmente es importante.

Desde lo alto, desde su lugar en el jardín del Carmen de la Victoria, él miraba, los veía y escuchaba. Y como tantas otras veces, descubrió a la Alhambra al frente y como vigilando pero en esta ocasión mucho más imponente y misteriosa. Se dijo: "A todos los libros del mundo, hasta el mejor escrito y de contenido más bello, le faltará siempre el capítulo más importante mientras no sea leído y estudiado desde este balcón frente a la Alhambra. Con el corazón abierto y el alma ensanchada para descubrir, gustar y oír el misterioso mundo que en estos paisajes se agazapa. La Alhambra, el río Darro y el barrio del Albaicín, no se entienden por completo sin esta visión tan íntima, cerca y lejana. Contaré esto a mi amigo para que comprenda que leer un libro o estudiar frente a la Alhambra, es algo único".

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. La tarde fue cayendo y el fondo de la gran Vea de Granada, el sol se apagaba. Como tantos y tantos días a lo largo del tiempo pero hoy, irradiando una luz mucho más dorada.

El arqueólogo

I- Llegó a Granada y se hospedó en una casa en el barrio del Albaicín, frente a la Alhambra. Antes de alquilarla, el dueño le había dicho:
- Esta casa mía, es pequeña pero sus paredes son muy blancas, tiene un pequeño jardín con rosas, un limonero, un naranjo, un ciprés y también un laurel. ¿Le gustan a usted estas cosas?
- Exactamente es lo que estoy buscando. Porque hospedarme en el barrio del Albaicín, frente a la Alhambra y no lejos del río Darro, no tiene sentido si en la casa no hay todo lo que me has dicho.

- Pues a disfrutarla y que viva usted experiencias interesantes y encuentre muchos tesoros aquí en Granada.

El hombre arqueólogo, llegaba de un país lejano y traía en su maleta y mente un proyecto muy claro. A lo largo de su vida, había leído muchos libros sobre Granada, la Alhambra, el barrio del Albaicín y también pintores y poetas, le habían contado cosas maravillosas. Tantas y tan hermosas y variadas que el hombre comenzó a interesarse cada día más por Granada, la Alhambra y el barrio del Albaicín, con su río Darro y las montañas al levante. Y fue quizá por esto o por alguna otra razón oculta que a él se le escapaba, por lo que empezó a tener sueños. Al principio, algo enigmáticos e indescifrables para él pero luego, pasado el tiempo, soñaba cada vez más y con más frecuencia, cosas muy concretas.

Así fue como una noche en su sueño con Granada, el río Darro y la Alhambra, vio algo que le gustó mucho. Soñó con unas montañas al norte de esta ciudad y por donde el río Darro antes del Generalife. Y en estas montañas vio un paisaje muy hermoso aunque por completo extraño. Era un gran cerro, alto y bastante redondo y en sus laderas, descubrió arroyuelos. Algunos con agua y otros secos. Hasta aquí, todo normal, se decía él cuando comparó estos paisajes con lo que había leído en los libros y sus amigos le habían contado. Pero cuando en su sueño vio un pequeño valle a los pies del cerro de los arroyuelos, se extrañó. Se dijo, al despertar aquella mañana y todavía con las imágenes de su sueño frescas en la mente: “En este pequeño valle que he visto a los pies del cerro de los arroyuelos, se esconde algo valioso. Y creo que está en uno de esas cuevas que he visto a la izquierda, como excavada en la reseca tierra y como dominando al valle y parte de la corriente del río de la Alhambra. Nunca he visto ni por ningún lado he leído lo que se esconde en esas cuevas pero mi intuición me dice que algo muy grande y valioso hay dentro”.

A la noche siguiente volvió a soñar otra vez y el sueño fue casi el mismo. Se repitió cinco o seis veces a lo largo de unos meses y por eso, cuando se iba acercando el verano, el hombre se volvió a decir: “No espero más. Hoy mismo organizo mi viaje a Granada, me instalo en el barrio del Albaicín y desde aquí y con la Alhambra frente a mí, me dedico a investigar todas estas cosas que veo en mis sueños”. Y dicho y hecho. El hombre lo preparó todo, hizo las maletas, colocó dentro libros y planos y emprendió el viaje dirección a Granada.

Llegó a esta ciudad y en la casa blanca y pequeña se hospedó. Y lo primero que hizo fue saludar y charlar con los vecinos. A unos y a otros les preguntaba:
- ¿Sabéis vosotros de alguna cueva grande y medio abandonada que se encuentre a los pies del cerro redondo de los arroyuelos?
Y los vecinos, unos y otros, le respondían:
- Mire usted que en este lugar de Granada, hay muchas cuevas más o menos cerca del río.
- Lo sé pero la cueva por la que os pregunto, es distinta.
- ¿Y cómo es, si nos la puede describir?

- Ya os lo ha dicho: su puerta creo que es pequeña pero en cuanto se entra dentro, se ven varias estancias a los lados y en hilera y hacia el fondo, se abren tres o cuatro habitaciones muy amplias.
- ¿Y sabe usted quién vive en esa cueva?
- Hace mucho tiempo, ahí sí que vivían personas pero ahora mismo, creo que nadie la ocupa. Me parece que tiene su puerta tapada y hasta crece la vegetación por la entrada, más arriba y más abajo.
- Pues por lo que usted nos cuenta, de esa cueva nada sabemos. Lo habrá soñado en algún momento y a lo mejor se encuentra en otros lugares que no son estos.

Y el hombre, cuando los vecinos le daban estas respuestas, desde su pequeña y blanca casa, miraba para la colina de la Alhambra. También para donde hoy se levanta el gran edificio del Generalife y toda la umbría que río arriba sube. Miraba y despacio meditaba y luego cogía algunos planos, los ojeaba, tomaba algunas notas sobre ellos y después seguía dándole vueltas a las cosas en su mente. Hasta que una mañana, salió de la casa, bajó por las calles del barrio, llegó al río y por una senda, caminó cauce arriba y llegó hasta la altura de lo que hoy conocemos como Fuente del Avellano y aquí se paró. Observó la ladera de enfrente y cuando, en unos de los barrancos que por ese lado caen hacia el río, descubrió algo que le llamó la atención, cruzó el río y se fue para ese sitio. Al llegar, tuvo como una confirmación de algunas de las cosas que en sus sueños varias veces había visto. Percibió que este lugar, donde un pequeño arroyo comenzaba a fundirse con el río, había algo que se parecía mucho a lo que en sus sueños continuamente veía.

Se acercó a la torrentera de la derecha y a un punto concreto, sobre una piedra, vio sentado a un hombre mayor. Tenía el pelo largo, las barbas blancas y estaba como meditando. Lo saludó y le preguntó:
- Busco la entrada de una cueva que más de mil veces he visto en sueño. ¿Tú sabes si por aquí podría encontrarla?
Y el hombre mayor le dijo:
- Aquí mismo, a mi derecha, hay una gran cueva con la puerta tapada que nunca nadie ha ocupado. Solo yo sé que es grande, como ninguna otra cueva en Granada y que dentro guarda tesoros inimaginables.
- ¿Y a quién hay que pedir permiso para abrir la puerta de esta cueva?
- A nadie.
- ¿Entonces?
- También solo yo tengo el secreto y puedo decir de qué manera se abre la puerta de esta cueva.
- ¿Y me lo puedes contar a mí?
- Te lo podría revelar si llevas a cabo lo que te voy a decir.
- ¿Qué es?

II- Y el hombre de las barbas, se levantó, miró para las partes altas del valle en el río y señalando con su mano, dijo al arqueólogo:
- En lo más alto de cada uno de esos montes que ves al frente, hay piedras de muchos tamaños y colores. Para encontrar las claves que abren la puerta de esta cueva, hay que subir a tres cerros distintos, buscar por allí tres

piedras muy concretas y luego volver a este lugar con esas tres piedras. Cada una tiene un tamaño y color diferente.
Miró el arqueólogo para la cima de los cerros, pensó un momento y luego preguntó:
- ¿Vale cualquier piedra que por allí encuentre?
- La clave está en que las piedras, cada una debe ser de un monte distinto, tener tamaño parecido pero el mineral y color diferente.
- ¿Qué mineral?
- Una de ellas ha de ser de cuarzo lechoso y blanco, la otra, de pedernal opaco y gris y la tercera, color oro viejo y debe pesar mucho.
- ¿Pero tú estás seguro que en esos montes hay piedras como las que describes?
- Las hay y en encontrarla y juntarlas aquí las tres, se encuentra el secreto.

No hizo más preguntas el arqueólogo al hombre de las barbas. Observó durante unos minutos la figura de la cueva que tenía cerca y luego despidió al guardián y volvió al barrio. Entró a su casa, se puso frente a la ventana que se abría hacia la Alhambra y comenzó a tomar apuntes en los planos que había traído con él. Calculó muchas cosas y entre ellas, las posibilidades y el tiempo que le llevaría encontrar las tres piedras que necesitaba para abrir la puerta de la cueva y al llegar la noche, se acostó algo cansado. Nada más dormirse, tuvo un sueño y en él se vio saliendo de su casa al amanecer. Era invierno, hacía mucho frío y una gran nevada había cubierto todas las laderas, caminos y arroyuelos y los cerros por donde debía buscar las tres piedras. Al caminar, notó que se hundía en la nieve y por eso se decía: “Con esta gran dificultad, no podré subir a esos cerros y, aunque lo consiga, creo que de ningún modo lograré hallar las piedras que necesito”.

Se sintió agobiado y tuvo la tentación de no seguir adelante pero cuando todavía no había recorrido media calle pisando nieve, despertó. Miró por la ventana y vio que el sol lucía hermoso y muy brillante, tanto sobre los cerros a los lados del río como sobre la colina de la Alhambra y las cumbres de Sierra Nevada. Se levantó rápido, comió algo, cogió su bolsa de cuero donde guardaba viejos planos y papel para escribir y tomar notas y salió de la casa. Muy decidido caminó por la calle, bajó hasta el río, buscó la senda por la ladera de la derecha y sin tomar ningún respiro, caminó aprisa con el deseo de coronar el monte cuanto antes. De vez en cuando, según subía, se paraba un momento, miraba para atrás y embelesado se quedaba observando la portentosa magia de la Alhambra sobre la gran colina. Se decía: “Sin duda que las personas que idearon y dieron forma a la construcción que ahí se alza, buscaban algo grandioso, jamás conseguido y visto en esta suelo. Y lo consiguieron aunque yo sigo creyendo que de ningún modo lograron dar forma a su auténtico sueño. Sé que hay mucho más de lo que ahora mismo se ve sobre esa colina y dentro del recinto amurallado”.

Coronó el primer cerro cuando ya el sol brillaba potente. Echó una amplia mirada por el terreno de la cumbre, buscó por aquí y por allá y de pronto, vio unas piedras que brillaban. Bajo unas encinas, cerca de unas gruesas rocas, encontró una bonita piedra de cuarzo lechoso, muy blanco y opaco por completo. La cogió, le dio varias vueltas en sus manos y en unos

de los momentos en que puso la piedra frente al sol para verla mejor, descubrió que de ella salían unos potentes y bonitos rayos de luz. Giró la piedra hacia el cerro del enfrente y vio que el haz de luz llegaba hasta la cumbre del monte cercano. Y como si alguien en esa cumbre también tuviera en sus manos una segunda piedra, vio que el rayo luminoso se reflejaba y a la vez se escapaba hacia el tercer cerro. Pensó que podría ser que algunas de las piedras en estos cerros, también reflejaran los rayos del sol.

Guardó la piedra que había encontrado en su bolsa de cuero, bajó del cerro, subió rápido al segundo monte, cogió la piedra que había visto brillar y siguió su camino al tercer monte. Cuando también encontró lo que creía era la última piedra que necesitaba, descendió por las veredas en busca del anciano en la puerta de la cueva tapada. Antes de llegar, el hombre de las barbas blancas, lo vio, se levantó y según se acercaba lo saludó y le dijo:
- No hace falta que me digas nada porque lo sé todo.
- ¿Y por qué lo sabes?
- Lo sé y eso es lo que importa ahora. Saca las tres piedras que traes en tu bolsa de cuero.
El arqueólogo obedeció, sacó las piedras del zurrón, se las dio al anciano y éste las juntó en sus manos, orientándolas hacia el sol y hacia la Alhambra. Al instante, la puerta de la cueva tapada, se abrió y entonces dijo el anciano:
- Entra y con la luz que reflejan estas piedras, observa despacio a tu derecha.
Dio unos pasos el arqueólogo, avanzó unos metros por lo que parecían una grandiosa cavidad, miró para su derecha y vio como una gran repisa tallada en una roca blanca parecida al mármol. Vio ahí un baúl y se acercó para observarlo mejor. Oyó que el anciano le dijo:
- Abre ese cajón y coge lo que hay dentro.

Le hizo caso el arqueólogo, abrió el baúl, cogió lo que encontró dentro, lo observó unos segundos a la luz de los rayos luminoso y se lo entregó al anciano. Cogió el anciano el documento, los dos salieron fuera de la cueva, desdobló el pergamino y, mirando hacia la Alhambra y la ciudad del Granada al fondo, leyó lo siguiente: “Lo que con tus ojos ahora mismo descubres sobre la colina que cada noche ves en tus sueños, solo es el reflejo de lo que tuvieron en sus corazones aquellos que construyeron la Alhambra. La verdadera maravilla, no es la que ahora puedes ver y tocar sino la que en el corazón tuvieron y tienes tallado”. Cerró el anciano el pergamino, miró al arqueólogo y cuando éste le preguntó:
- ¿Qué significa todo lo que he observado y estoy viendo?
El hombre de las barbas blancas le respondió:
- Que lo que tú has venido a buscar por aquí y puedes de alguna manera encontrar, solo es una pequeña imagen de lo que hay en tu corazón, en las estancias de esta cueva y en el corazón de todos aquellos que dieron forma a la Alhambra. Como un intento pálido de dar forma y materializar en este suelo, la gran belleza que hay en el paraíso que llamamos eternidad.

Por un momento, el arqueólogo se quedó pensativo y no dijo nada. Luego, sacó un plano de la bolsa de cuero, anotó algo, miró para la Alhambra, para la gran ciudad que al fondo y sobre la llanura se extendía y dijo al anciano:

- Entiendo algo.
Lo despidió, caminó dirección al barrio del Albaicín y antes de alejarse más, se volvió para atrás y de nuevo comentó:
- No sé cuándo pero volveré por aquí y traeré conmigo las claves para encontrar y mostrar a la Humanidad las maravillas que me has dicho y tantos, estamos buscando.
No dijo nada el anciano. Se quedó sentado en la puerta de la cueva, mirando para la Alhambra y observando al arqueólogo que se alejaba, cabizbajo y meditando. Éste, para sí y en silencio se preguntó: "¿Todo lo que por aquí pueda encontrar será solo un pálido reflejo de lo que en el corazón tengo? Y si lo que estoy viendo y buscando de suyo ya es tan fantástico ¿qué maravilla no será aquella que en el corazón llevamos y levemente vislumbro en mis sueños?"

Fiesta en el bosque

En el silencio de las montañas, donde los ríos corren serenos y el agua es clara como el viento más puro, el hombre tenía su morada. En una pequeña cueva muy oculta entre el bosque y al lado derecho de la cascada. Este ere su mundo desde hacía mucho tiempo y nada echaba en falta a pesar de tener solo el río de las aguas claras, la transparencia de los charcos, la música continua de la cascada, el viento y el siseo de las hojas del bosque. También, el canto de algún mirlo, zorzal o paloma torcal y la monotonía de las chicharras en los cálidos días del verano y el cri, cri de los grillos en las noches de luna clara.

Y el hombre era feliz como pocos en este mundo porque nada sabía ni de Granada ni de la Alhambra ni de otros lugares del mundo. Por eso, continuamente daba gracias al cielo y por eso aquella mañana salió de su cueva, se acercó a la cascada, en el charco azul y redondo, bebió y lavó sus manos y luego siguió bajando. Por la estrecha senda que iba al borde del río y, por entre la espesura de las encinas, quejigos, acebos y avellanos, llevaba al rellano. Un bonito y amplio claro en el monte y no lejos de la cascada donde el hombre tenía un pequeño sembrado con cuatro hortalizas, un par de manzanos, tres ciruelos y solo un granado.

E iba él tan feliz, metido en su mundo y acariciado por el vientecillo que subía desde el río y se perdía por entre el bosque, cuando los sintió. Primero llegó hasta sus oídos el relincho de un caballo, luego percibió sonidos de voces humanas y después sintió el golpeteo de cascos de caballos. Miró para su derecha, ladera por donde el río subía hacia un cerro alto que coronaba por el lado de arriba de la cascada y no los vio. Sí de nuevo los oyó y al poco, por la senda que descendía desde el collado, descubrió a tres hombres montados en sus caballos. Se extrañó porque sabía bien que eran muy pocas las personas que por su particular paraíso, aparecían. Y cuando alguien se hacía presente por este rincón, casi siempre era algún pobre que iba por los caminos, de un lado a otro de las montañas, buscando algo.

Se quedó parado en el caminillo, junto a una gruesa encina que conocía muy bien porque muchas veces bajo ella había dormido y soñado y esperó a que se acercaran. Temeroso de que pudieran traer algún mensaje extraño o que, de algún modo, lo atacaran. En más de una ocasión ya había tenido desagradables experiencias de personas de la ciudad o palacios cercanos. Por eso, en estos momentos, se quedó quieto bajo la encina, dejó que se acercaran y cuando los hombres de los caballos estuvieron frente a él, directamente le preguntaron:
- ¿Tú quien eres y qué haces aquí?
Se quedó él paralizado porque enseguida intuyó que los que llegaban no venían en son de paz. Y a la pregunta que le hicieron, a punto estuvo de responder y explicar quién era y lo que hacía por el lugar. Pero como le resultó innecesario por la realidad que a lo largo de los años había vivido por el rincón, a su vez él preguntó:
- ¿No sabéis vosotros quien soy yo?
- ¿Y cómo vamos a saberlo si es la primera vez que por aquí te vemos? Y no te hagas el importante que nosotros venimos de parte del rey de la Alhambra. Necesitamos, además de otras cosas, saber inmediatamente quién eres tú y lo que haces por aquí.

Y el hombre, en cuanto comprobó la hostilidad que dejaban ver los que habían llegado con sus caballos, concluyó que era mejor no enfrentarse a ellos. Por eso, con un tono de voz amable y lleno de sabiduría y respeto, dijo:
- Casi desde que nací vivo en este rincón. Cada día me baño en las aguas de estos charcos, recolecto frutos de estos bosques, juego con el aire que por aquí se pasea y soy amigos de todos los silencios que hay en estas montañas. También soy amigo de la lluvia, del canto de los pájaros, del verde de la hierba y de los cielos estrellados. Yo no soy nadie ni lo fui antes ni lo seré más tarde pero como podéis adivinar, sí pertenezco a estos paisajes y ellos me aceptan como parte de su propio ser. Y para mí, lo más importante de todo, es que nunca hice daño a ninguna persona. Con nadie me he peleado en mi vida y sí he tratado con humanidad a todo el que por aquí ha venido y ha compartido conmigo su necesidad. Así que esto es todo lo que puedo responder a la pregunta que me habéis hecho.

Guardó silencio el hombre y los que habían llegado, todos vestidos con uniformes militares, se miraron entre sí. Y al rato, el que parecía el jefe del grupo, dijo:
- ¡Tú estás chalado! Todo lo que nos has contado a nosotros nos importa nada y menos.
Muy asustado el hombre confesó:
- Os he dicho la pura verdad.
- Pero tu verdad es tan absurda que ni la mitad nos creemos. Y lo poco que nos creemos, tampoco nos sirve para nada.
- ¿Y eso por qué?
Muy enfadado el que parecía el jefe, dijo:
- No te permito que nos hagas más preguntas y menos que pongas en duda nuestras palabras. Para que lo sepas y lo tengas claro, tú desde ahora nos importas un bledo. Ya te hemos dicho que venimos desde los majestuosos

palacios de la Alhambra enviados por el rey. Y aunque ninguna obligación tenemos informarte de nada, para tu conocimiento, estas tierras y en concreto este rincón y montañas, desde ahora son del rey que hemos mencionado. Y no se discute más.

Comprendió el hombre que, en sus circunstancias, lo mejor que podía hacer era callar, seguir el camino y alejarse lo más posible de allí. Y así lo hizo. Caminó bajando por la senda, en la dirección en que iban las aguas del río y antes de alejarse mucho de ellos, oyó que comentaban:
- En esta llanura y cerca de este gran charco azul, vamos a prepararlo todo para la gran fiesta. Aquellos árboles del lado de arriba, estas encinas, avellanos y acebos, hay que cortarlos. Que por aquí haya un gran espacio para que el rey con sus amigos, se encuentren agusto y disfruten mucho. Y también para que quede contento con nuestro trabajo a ver si nos asciende o nos da algún premio.
Se paró el hombre un momento, miró para atrás y en ese instante, tuvo el presentimiento de que, los paisajes que a lo largo de muchos, muchos años habían sido su mundo, su sueño y su paraíso, los veías o pisaba por última vez en su vida. Y al verlo parado mirando estos lugares y como meditando algo, el jefe de los soldados en voz alta, gritó y dijo:
- Lárgate de aquí cuanto antes y no aparezcas más por estos sitios. Porque si se te ocurre regresar, tu vida corre peligro. Tanto que, ahora mismo puedes dar gracias al cielo que todavía estés libre y sin castigo.

Se celebró la fiesta del rey de la Alhambra con sus amigos, príncipes y princesas, en este lugar del río y de las montañas. Del hombre solitario del bosque, nadie supo nada más y de la llanura y el gran charco azul, sí se supo que fue un lugar de recreo para algunos personajes de la Alhambra y sus amigos, durante mucho tiempo. Después, cuando los años fueron pasando, todo por allí quedó desierto. Las zarzas crecieron, el monte se espesó, las lluvias abrieron nuevos arroyuelos y la soledad por el rincón cada día era más grande. Sin embargo, junto al río, cerca de la cascada y por donde la cueva donde vivía el solitario de las montañas, quedó y aun palpita, una sensación de paz y armonía que asusta de tan bella y misteriosa. No por la presencia de las fiestas que los reyes organizaron durante mucho tiempo sino por la presencia del hombre que tuvo que marcharse porque lo expulsaron. Algunos dicen que por el lugar, al atardecer y por las mañanas, el cielo se tiñe con los colores más vivos y bonitos que nunca se han visto en este planeta. Y por entre el corazón de esta inmensidad de colores, a veces hasta parece que se abre una misteriosa puerta que conecta con la eternidad, el paraíso al que él se marchó y todos los humanos soñamos.

El profeta de la Alhambra

A media mañana se le vio subiendo la empinada cuesta. Caminaba despacio, mirando a dónde pisaba a cada paso y mirando al frente, de vez en cuando. La calle era estrecha, muy empinada, con solo algunas casas a los lados, empedrada en algunos tramos y con varios escalones ya casi al final. Y él, anciano muy deteriorado, se la conocía casi de memoria. Muchas veces la había recorrido a lo largo de su vida y otras tantas veces se había parado a

descansar en el mismo sitio. Donde la calle y la cuesta tenían un rellano que servía para esto, para descansar y también para dividir la calle en dos. Porque a partir de aquí, al frente seguía una calle aun más estrecha y con un firme de tierra y por la izquierda, hundiéndose algo para el lado de abajo, salía otra callejuela. También esta pequeña calleja o camino, era muy estrecho y como discurría por terreno muy inclinado, estaba todo empedrado.

Por eso, desde el rellano, caía casi en picado y enseguida, como a unos treinta metros, aparecían las casas que él llamaba “pobres”. Diez o doce casas que en realidad eran cuevas porque estaban cavadas en la misma torrentera y hundidas en el cerro por debajo del rellano donde ahora se había parado. Pero las casas cuevas, tenían más aspecto de casas porque todas ellas presentaban sus fachadas construidas de adobes, con ventanas llenas de macetas y las paredes encaladas con un blanco inmaculado de cal fresca. Las familias que las ocupaban, casi todas se ganaban la vida haciendo cosas insignificantes. Y otras familias, solo algunas, poseían algún animalillo para sobrevivir. Pero a él, nunca a lo largo de su vida, le había importado relacionarse con estas personas pobres. Al contrario: le gustaba mucho venir a verlos, charlar con ellos, hablarles de Dios y consolar sus penas.

Unos y otros, siempre le decían:
- Usted es la única persona que de verdad nos quiere, viene a visitarnos y nos trata con respeto.
- Y eso es poco para lo que en realidad cada uno de vosotros os merecéis.
Les decía él y luego se lo demostraba en el trato que les daba. Con frecuencia les razonaba:
- Ser tan pobres como vosotros, aunque en realidad es mala suerte, tampoco es la mayor de las desgracias.
Y ellos le argumentaban:
- Usted piensa así porque toda su vida ha vivido entre reyes en esos palacios de la Alhambra. Nunca pasó ni hambre ni frío como sí nosotros en estas pobres casas y con estas condiciones.
- No lo niego ni tampoco quisiera defenderme pero mi vida en esos palacios de la Alhambra, no ha sido ni es tan feliz como vosotros pensáis. Allí se habla mucho de Dios y en su nombre se construyen bellas obras, se escriben hermosos poemas y se recitan largas y rebuscadas oraciones. Pero también luego, se maltrata a las personas, se roba y se matan unos a los otros y se urden intrigas oscuras y criminales. No es ese el Dios que yo llevo en mi corazón y deseo mostraros a vosotros.
Y a estas palabras, las personas pobres, una vez y otra, le preguntaban:
- ¿Qué Dios es ese que quiere enseñarnos?
- El que respeta a las personas como a lo más sagrado y por encima de todo. El que no roba ni traba venganzas contra los demás, el que da libertad y exige el amor como único camino para entrar en el paraíso. Y este Dios, sin que vosotros los sepáis, lo honráis cada día en medio de vuestra pobreza, en este lugar del mundo y en estas sencillas casas donde vivís.

Y cuando el hombre reflexionaba con ellos estas cosas, casi nunca nadie ponía en duda sus palabras. Por eso, poco a poco le fueron tomando cariño y poco a poco lo fueron aceptando como a uno más entre ellos. Incluso

aun más: ya habían llegado a un punto en que les gustaba que viniera a verlos. Se decían:
- Cuando nos habla ¿a que parece que transmite fuego? Como si sus palabras le salieran del centro mismo del corazón.
- Sin duda que ese hombre, además de sabio, sincero y bueno, está lleno de bondad de Dios y por eso necesitamos más personas como él en este mundo.
- Y aun lo engrandece más el que sea amigo de los reyes de la Alhambra y que viva allí con ellos y al mismo tiempo, se digne regalarnos su cariño, tiempo, sabiduría y respeto.
Decían esto porque él, a lo largo de su vida, había compartido muchas cosas entre los reyes y con los príncipes y princesas de la Alhambra. Como encargado de animar y mantener vivo dentro de la corte, la imagen y enseñanza de Dios. Por eso era un hombre respetado, con una gran cultura y con ideas elevadas y acciones nobles. Pero él, poco a poco y según se iba haciendo viejo, más aun intencionadamente se alejaba de estas personas y lugares. Se decía: “El camino verdadero hacia Dios y hacia el paraíso, está en el respeto para con los pobres. Cada día me gustan menos los lujos de estos palacios y los comportamientos de lo que aquí viven”.

Y por eso, esta mañana, ya muy viejo, muy cansado y con la decisión tomada, una vez más se acercaba a las humildes casas del barrio. Después de descansar un momento sentados frente al hermoso valle del río, se incorporó, caminó despacio ahora bajando por los escalones en la estrecha y empinada callejuela y al poco, llegó al rellano que servía de portal a las casas. Al verlo, dos de las mujeres, lo saludaron y dijeron:
- Como tantas veces, sea usted bienvenido.
- Y yo que me alegro de veros. ¿Cómo estáis?
- Bien pero siempre con nuestros problemas encima, nuestras penas y en la lucha por la vida.
- Pues a tener ánimo que la bendición y ayuda del cielo nunca os faltará. Y de parte de Dios, mi respeto para todos vosotros.
- Sus palabras, no nos quietan ni el hambre ni las penas pero sí que nos hace sentirnos personas.
- Me alegro y doy gracias a Dios.

Y al poco llegaron algunos hombres y varios niños. Los hombres enseguida lo saludaron y le dijeron:
- Hoy se queda todo el día aquí con nosotros.
Y él les dijo muy seguro:
- Hoy solo vengo a despedirme.
Al oír estas palabras, todos se le quedaron mirando y al rato, uno de ellos preguntó:
- ¿Y cómo es eso?
- Sí porque me marcho. Mi hora ha llegado porque ya estáis viendo lo viejo que estoy y lo cansado que me encuentro.
- Nosotros repartiremos con usted todo lo que tenemos.
- No se trata de eso. Es que Dios, como a todos en esta vida, me está llamando. Me voy con Él al paraíso para ir preparando las cosas y todo lo que allí haga falta para ese día en que a vosotros también os llegue la hora.

Hablaron algunas cosas más durante un buen rato y después los despidió. Desde la puerta de sus casas, ellos lo despidieron y luego lo observaron mientras se alejaba. Sobre las blancas casas del barrio del Albaicín, el sol caía limpio y brillante y lo mismo sobre las torres y murallas de la Alhambra. Al fondo, por donde el río venía desde las oscuras montañas, todo parecía tranquilo, algo oscuro y lleno de frondosos bosques. Y por ahí, lentamente se fue perdiendo. Dijeron algunos de las personas pobres:
- Se va al encuentro y abrazo del Dios que en su corazón tantas veces hemos visto.

La joven enferma

La más milagrosa de todas las medicinas, la que lo cura todo y de forma permanente, la tenemos al alcance de la mano cada día. La llevamos en el corazón y todos la conocemos con el nombre de "amor".

Ella era muy hermosa. De pelo negro, estatura alta, cara algo redonda, cuerpo delgado y palabras dulces. En todo el barrio del Albaicín se decía y repetían que era la más dulce de las jóvenes y también la más buena. Tanto que cuando se la encontraban caminando por las calles, los que la conocían y otros, siempre se paraban para verla y gozar de la hermosura que irradiaba. Y entre sí, unos y otros, muchas veces comentaban:
- Es como si el cielo nos quisiera premiar con solo la presencia de esta joven tan delicadamente bella.
- ¡Y que lo digas! Porque ya comprobáis que con solo verla, nos llena de luz cada día. Y no solo esto sino que hasta parece que con solo encontrarse con ella, despierta pensamientos hermosos y entran ganas de ser buenos.
- Claro que todo esto es cierto y por eso también da pena verla tan triste cada día. ¿Qué será lo que le pasa?

Preguntaban esto los vecinos porque la joven, a pesar de su hermosura y la aparente frescura de su cuerpo, la mayor parte del día, se la pasaba encerrada en su casa. Sentada frente a la ventana que se abría hacia la colina de la Alhambra, valle del río Darro y parte de la ciudad de Granada. Y como los vecinos, casi todos los del barrio, en el fondo la querían, un día uno de ellos le hizo un regalo. Fue uno de los vecinos que tenía una fragua algo más abajo de su casa. En mitad de la ladera que desde lo más alto del Albaicín, cae para el río. El dueño de la fragua, ya un hombre mayor, dijo a su hijo, joven, fuerte y con una muy agradable presencia:
- Como nuestra vecina, la hermosa joven que todos adoramos, se pasa el día encerrada en su casa y mirando por la ventana, vamos a tener un detalle con ella.
- ¿Qué detalle?
Preguntó enseguida el hijo:
- Tú prepara los hierros que yo te vaya diciendo y mantén bien alimentado el fuego. Ayúdame cuando te lo pida y pon todo el cariño que puedas en este trabajo.
- Lo haré con mucho gusto porque si se trata de algo para regalar a esta joven, a mí también me gusta.

Y desde aquel momento, hijo y padre, los dos mejores herreros que por aquel entonces había en el barrio, dedicaban largos ratos a lo que iban a regalar a la joven. Y poco a poco, el hijo iba descubriendo lo que el padre había imaginado. Pero como el padre quería que todo fuera un secreto para impresionar a la joven el día que se lo regalaran y que así se llenara de alegría, le decía al hijo:
- A nadie digas nada de esto.
- ¡Descuide, padre! A nadie voy a decir nada pero sí quiero que sepa que me gusta mucho esta decisión suya y lo que estamos haciendo.
- Y yo me alegro de saber que tú estás contento. A mí también me agrada mucho hacer algo por esta hermosa muchacha, vecina nuestra.

Confesaba esto el joven porque, en lo más secreto de su corazón sentía una admiración especial por la joven. La conocía desde pequeña y en muchas ocasiones, junto con otros niños del barrio, habían jugado por las calles y plazas del Albaicín. También por las orillas del río Darro y los sitios desde donde mejor se veían las torres y murallas de la Alhambra. Y en aquellos momentos de sus juegos infantiles, en más de una ocasión, la joven había dicho al hijo del herrero:
- Yo no sé qué me pasa que a veces me encuentro sin fuerzas y hasta se me quitan las ganas de todo.
- Estarás cansada de tanto como corres y te diviertes jugando por estos rincones de Granada.
Le decía el joven porque ella, cuando pequeña, sí era muy alegre y hermosa. Tanto que los vecinos del barrio, lo que más les gustaban, era verla, llamarla para que le hicieran algún mandado o pedirle que se quedara junto a ellos. Y esto era por la alegría y jovilidad que la pequeña siempre derramaba y repartía con unos y otros. Por eso, muchas veces también comentaban:
- Como esta chiquilla de alegre, hermosa y buena, nunca hubo otra en Granada.

Pero la chiquilla fue creciendo y según se hacía mayor, la alegría y la sonrisa, desaparecían de su vida y de sus labios. El hijo del herrero la seguía tratando cada día y también cada día se iba preocupando más y más porque la veía lánguida y sin ganas de nada. En muchos momentos se sentaba en la puerta de su casa y en silencio, se le pasaban las tardes o mañanas mirando para la colina de la Alhambra. El hijo del herrero se acercaba, la saludaba y le preguntaba:
- ¿Te pasa algo?
- Debe pasarme algo porque cada día tengo menos ganas de nada. Ni siquiera de vivir.
- Quizá algún día deberías ir al médico para que te diga qué es lo que te está pasando.
- Intuyo que lo mío, ningún médico podrá curarlo.
Y el joven muchacho, guardaba silencio. Por eso ahora estaba ilusionado con el regalo que su padre y él le estaban preparando.

Y lo terminaron una mañana temprano. Los dos cargaron la bonita pieza de hierro forjado y subieron por la calle. Los vecinos al verlos, le preguntaron:
- ¿A dónde vais con esa reja de ventana tan bonita?
- Ahí vamos con ella.
Respondieron ellos. Llegaron a la casa, llamaron a la joven, el hijo le pidió que salieran por la parte de atrás y que esperara un poco en la calle o en la casa de la vecina.
- ¿Y eso por qué?
Preguntó ella.
- Porque mi padre y yo vamos a darte una sorpresa.
Salió la joven, se fue a casa de una vecina y unas horas después, la llamaron y le dijeron:
- Ya puedes entrar a tu casa, la sorpresa está en esa ventana desde la que tú contemplas a la Alhambra horas y horas en silencio.

Rápida la joven se acercó a la ventana y al ver la reja de hierro forjado con adornos de cobre, colocada en su ventana y frente a la Alhambra, dijo:
- Es un regalo maravilloso. Muchas gracias.
Y el padre comentó:
- Para que cuando estés aquí sentada mirando a los paisajes que tanto te gustan y meditando tus cosas, te acuerdes de nosotros y no te encuentres tan sola.
Y el hijo confirmó:
- Y también para que tu ánimo se llene un poco más de ganas de vivir.
Agradeció la joven otra vez el regalo y ellos se fueron, pensando que ya habían hecho algo bueno y bonito por la muchacha. En cuanto se quedó sola, se acercó a la ventana, se sentó en el dintel interior, por detrás de la bonita reja, miró durante un rato hacia a la colina de la Alhambra, torres y murallas y como algo en su interior le hacía sentirse triste y sin ganas de vivir, cerró los ojos. Y al instante vio algo que nunca antes había observado: la bonita verja de hierro, aparecía cerca de ella como enmarcando un maravilloso paisaje lejano y como entre finas nubes negras. A los lados del paisaje, destacaba el marcho de hierro como reforzando el cuadro que en el fondo se veía y en el centro de la gran belleza, se vía la Alhambra con sus robustas torres y murallas. Sintió deseo de tener alas y lanzarse al viento para irse hacia donde el maravilloso paisajes, Granada, la ancha Vega y las montañas lejanas. Y también sintió deseos de quedarse dormida y no despertar nunca más de este sueño.

Por eso, pasado un buen rato, ni siquiera sabía cómo había sido de largo, abrió los ojos, miró y vio que era de noche. Se fue a su cama y se acostó. Mientras cogía el sueño, lloró y lloró desconsolada sin saber por qué. A la mañana siguiente, al salir el sol, se levantó y rápida se fue otra vez a la ventana. En el dintel se sentó y al ver la misma imagen de la tarde anterior, cogió un papel y escribió durante un rato. Luego cerró los ojos y notó como poco a poco, se fue quedando dormida.

Era ya medio día cuando el hijo y el padre, al pasar por la puerta de la casa, se dijeron:
- Vamos a entrar y le preguntamos si disfruta del regalo que le hemos hecho.
Llamaron a la puerta y como, después de un buen rato nadie abría, al notar que estaba abierta, empujaron y pasaron. La vieron sentada en el dintel de la ventana, con sus ojos cerrados y frente a la Alhambra y a su derecha vieron un trozo de papel escrito. Lo cogieron y leyeron lo siguiente: “Mi enfermedad ha sido de falta de cariño. Nadie nunca me dio el beso que mi corazón necesitaba y por eso me marcho a donde sí sé que voy a recibir el abrazo que tanto he soñado”.

El hijo maldito

I- La semilla de la maldad y de lo malo, siempre está presente en el corazón de las personas. Se puede ver claramente haciendo un recorrido por la historia de la Humanidad. Y en los individuos que con más fuerza ha germinado la necesidad de hacer daño a los otros, casi siempre ha sido y es en aquellos que tienen poder. Han procurado y procuran en todo momento, echar de su lado y quitar de su vista y a veces destruir por completo, a todos aquellos que no les son afines o que no les resultan simpáticos o simplemente no les adulan. En el corazón humano, anida la semilla de la maldad y los que han tenido o tiene alguna clase de poder, han sido y son los que más daño siempre han hecho a los demás.

Esto fue lo que sucedió en aquellos tiempos dentro de las murallas y palacios de la Alhambra. Uno de los reyes, tuvo amores con una mujer que no era de sangre real. No repudió ni abandonó a su legítima esposa sino que dejó que siguiera viviendo en los mismos palacios. Con su mujer verdadera, el rey tenía tres hijos, dos ya mayores que serían, en el futuro, los herederos del trono y el pequeño. Pero con la mujer que no era su esposa, también tuvo dos hijos. Y como esta mujer sí tenía la maldad instalada en su corazón, un día dijo al rey, su amante:
- Quiero que algunos de mis hijos, herede el trono cuando tú mueras.
Y el rey, ya algo mayor, de carácter débil y más dado a las mujeres que a sus deberes con el reino, argumentó:
- Pero yo tengo dos hijos ya mayores con mi esposa verdadera. Por ley, uno de ellos, debe heredar la corona y gobernar.
- Yo no quiero que ninguno de tus tres hijos hereden la corona y gobiernen. Soy tu amante y mi hijo, aunque no tiene derecho a ser rey, yo sí lo deseo. Y tú, como rey que eres, tienes el poder para conseguir lo que te estoy pidiendo.

Meditó el rey, durante algún tiempo estas cosas y como la amante le seguía pidiendo que su hijo heredara la corona, una tarde el rey llamó a la mujer verdadera. Le pidió que entrara a los salones que él siempre ocupaba como emperador del reino y cuando ella estuvo enfrente, le dijo:
- Desde hace un tiempo vengo observando que nuestro hijo pequeño es un solemne vago.
- ¿Por qué dices eso?

- Siempre lo veo ocupado en sus cosas personales, caprichos absurdos y sin sentido y dejando a un lado sus deberes más elementales.
Al oír la mujer estas palabras, sintió un gran dolor en su corazón. Muy apenada, dijo al rey, su esposo:
- Nuestro hijo pequeño es bueno. Siempre se ha comportado de una manera especial, eso es cierto: le gusta la soledad, es amante de los ríos y las montañas, le gusta contemplar las estrellas en las noches que la luna no brilla y defiende la libertad. ¿Qué tiene de malo esto? Pienso como él, que las personas tenemos derecho a ser respetadas por encima de todo, porque somos obra de Dios. Nada está por encima de la dignidad de las personas, aunque sea el más pobre.
Y rey siguió argumentando:
- Pero tu hijo pequeño, nunca hace bien las cosas que le tengo encomendado. Y menos aun muestra ilusión por estas cosas y eso a mí, no me gusta nada.
- No sé por qué dices esto de nuestro hijo porque él es bueno. Y por eso, como estoy intuyendo tus intenciones, te pido que no lo castigues ni vayas contra él. Yo lo quiero y de ti deseo que te comportes con bondad.

Al oír estas palabras el rey de boca de su mujer, guardó silencio, meditó algo y luego dijo:
- Pues ya veremos lo que decido hacer. Pero que te quede claro que ni mucho menos estoy contento con él. Nuestro hijo pequeño, no sirve para rey y con toda claridad te lo digo.
Un gran dolor sintió la mujer en su corazón y por eso fue incapaz de seguir hablando con el rey, su marido. Lo despidió, salió de los aposentos reales y se fue derecha en busca del hijo pequeño. Nada más verlo lo abrazó y lo llenó de besos. Y aunque estuvo a punto de hablarle y contar lo que sucedía, no lo hizo. Su corazón de madre, buscaba lo mejor y más amable para el hijo.
Unos días más tarde, el rey llamó al general mayor y le dijo:
- Organiza una cacería en las montañas y pídeles a mis dos hijos mayores que vayan. Sin que nadie lo note ni se den cuenta, debe ocurrir un accidente donde estos dos hijos míos mueran. Y mucho cuidado porque esto es un alto secreto. Solo tú y yo debemos saberlo.
- Pero majestad…
Exclamó el general. Y antes de que le diera tiempo a decir nada más, el monarca atajó:
- No permito que nadie discuta mis deseos. Cúmplase inmediatamente lo que ordeno.
Y dos días después, todos en los palacios de la Alhambra, lamentaban y lloraban la muerte de los dos hijos mayores del rey. La madre, más afligida y asustada que nunca, no se apartaba del hijo pequeño porque en su corazón intuía otra desgracia.

Cuatro días después de la muerte de los dos hijos mayores, el rey llamó otra vez al general y le dijo:
- Mi hijo pequeño ha enfermado y ningún médico puede curarlo. Ya me entiendes y por eso también te pido que obedezcas y quede todo en el más riguroso de los secretos.

Guardó silencio el general, se retiró de la presencia del rey y rápido fue a la madre del hijo pequeño y le dijo:
- El rey planea quitarle la vida al único hijo que te queda.
Agradeció la reina la confesión que el general le hacía y sin perder tiempo buscó al hijo pequeño y le dijo:
- Tienes que salir ahora mismo de estos palacios y no me preguntes por qué. Algo muy grande trama el rey y la única manera de impedírselo, es huyendo.

Al caer la noche, ayudados por el general, los tres se descolgaron por la muralla de la alhambra, bajaron por el camino que hoy conocemos en Granada como Cuesta del Rey Chico, cruzaron el río Darro y en lo más alto de Albaicín, se refugiaron. Temblando de miedo porque esperaban que el rey, en cuanto supiera lo ocurrido, montaría en cólera y atacaría a todo lo que fuera necesario. El general le dijo a la madre:
- Usted tranquila, señora, que mientras yo esté aquí, nadie tocará un pelo a su hijo pequeño.
Y la madre, junto a su hijo pequeño, miraba al general y le decía:
- Este hijo mío pequeño, tiene sus manías, como todas las personas en este mundo pero es bueno. Nadie tiene derecho a maltratarlo o quitarle la vida por el hecho de que no se comporte según lo establecido. Solo Dios puede disponer de la vida de las personas.
Y el general intentaba animarla diciendo:
- Tiene usted toda la razón del mundo, mi señora. Pero su marido el rey, se ha vuelto loco y ahora mismo ni gobierna ni actúa con inteligencia. Solo piensa en sí mismo y en mantener, de la manera que sea, la corona.

II- El edificio era hermoso, grande, de paredes recias y con algunas ventanas. Daban a la Alhambra, algunas de estas ventanas, a Sierra Nevada y a la amplia vega de Granada. El gran general, dijo a la madre:
- En esta habitación, con su gran ventanal a la colina de la Alhambra, debe instalarse usted. Es el lugar más seguro del palacio y, al mismo tiempo, el sitio más hermoso y desde donde se ven los más amplios y bellos paisajes.
Y la madre preguntó al general:
- ¿Y mi hijo pequeño?
- Se encuentra a salvo bajo mi protección porque ahora creo que corre más peligro que nunca. Pero usted señora, no se preocupe que mientras yo tenga fuerzas y mis partidarios me apoyen y obedezcan, nadie tocará ni un pelo a su hijo. Le seré fiel hasta mi muerte porque usted se lo merece. Y, por mi honor yo le prometo que su hijo heredada un día la corona de rey que le pertenece y será el señor de la Alhambra y de todo el gran reino de Granada. Porque su padre, el rey de corazón negro, ha hecho y está haciendo mucho daño tanto a usted, a su propio hijo, a las demás personas y al reino entero. No es un hombre bueno.

Agradeció la madre la valentía y sincera disposición del general y se instaló en la habitación de la amplia ventana a la Alhambra. Y como su corazón estaba lleno de dolor y se sentía sola, despreciada, abandonada y al mismo tiempo perseguida y acorralada, junto al hueco de la ventana puso un pequeño sillón. A media mañana y al caer las tardes, sentada en este lugar y mirando por el hueco de la ventana hacia la colina de la Alhambra, triste se

decía: “Me siento la más desgraciada de todas las mujeres del mundo. Me desprecia el rey, me destierra de la Alhambra, sola vivo ahora con mi hijo pequeño en este rincón del barrio del Albaicín y ni siquiera tengo esperanzas de salir de aquí en ningún momento. Y sin embargo, yo sé que soy digna y una buena madre. Ojalá que el cielo me abrace y me siga dando fuerza para continuar en esta tierra”. Y mientras esto reflexionaba, lloraba como una magdalena y el corazón se le afligía de la manera más amarga. Y más aun se sentía triste y desgraciada cuando hasta sus oídos y a través de la ventana, llegaban las risas y algarabías de los niños que por las calles jugaban. Hacía ella un esfuerzo, se asomaba y al verlos, aun se sentía más prisionera. Como encerrada por completo en una pequeña cárcel, condenada y maldecida por el rey de Granada.

Aquel mismo día y en los que siguieron, el general salió del palacio donde se habían refugiado, se quitó la ropa de militar y se fue por las calles a mezclarse con los demás habitantes del barrio. Y a todos los que iba encontrando, les preguntaban:
- ¿Qué piensas tú del rey de la Alhambra que vive con una mujer que no es la suya y ha matado a dos de sus hijos?
- Que es una muy mala persona. Como rey no vale nada, como padre, es un cruel y como persona, es deshonesto, está loco y tiene el corazón negro.
Y otras personas decían:
- Además, cada día, nos cobra más y más impuestos y ya no podemos más. Trabajamos solo para mantener sus caprichos mientras nuestros hijos se mueren de hambre. Este rey de Granada, es tan malo que ni siquiera protección nos das sino que nos trata de la peor manera. ¿Para qué lo queremos?
- Eso mismo pregunto yo. Porque hasta su ejemplo es malo no solo para nosotros sino para todos nuestros hijos y sus vasallos.

El general vestido como uno más, agradecía a las personas que fueran sinceras con lo que estaba pesando en los palacios de la Alhambra y luego, después de charlar mucho rato con ellos, volvía a donde la madre se moría de pena, junto a su hijo pequeño. Meditaba lo que los vecinos le habían dicho y en su corazón comenzó a tramar un plan. No dijo nada a la madre pero sí informó al hijo diciendo:
- Podemos reunir a todos los hombres de este barrio que están descontentos con tu padre como rey y formar un pequeño ejército con el cual entrar a los palacios y derrocar a este mal gobernante y peor padre. ¿Qué te parece?
- Que estoy de acuerdo con usted. Mi madre y yo tenemos, dentro de los recintos amurallados de la Alhambra, un buen grupo de amigos guerreros y enemigos de mi padre. Nos podemos poner en contacto con ellos y junto con los hombres de este barrio, entramos en los recintos amurallados y palacios y destronamos a mi padre.
- Pues ya no hay nada más que hablar. Desde ahora mismo me dedico a organizar y preparar a los hombres de este barrio. Y a tu madre, la verdadera reina de la Alhambra y de Granada, cuéntale si quieres este plan nuestro. Sin duda que ella estará de acuerdo y nos apoyará como siempre ha hecho. Porque su sueño con respeto a ti, es que seas rey de la Alhambra y de todo el reino de Granada, cosa que yo también apoyo. Su marido, tu padre y el

actual rey, la ha traicionado de la manera más vil y eso ella no puede perdonárselo.

Unos días después, el padre y rey de la Alhambra, tuvo que marchar a una guerra, lejos de Granada y con un gran ejército. Los amigos de la madre en la Alhambra, informaron al general diciendo que era el mejor momento para asaltar los recintos amurallados y derrocar al rey malo. Le comunicaron:
- Nosotros estamos preparados.
Y el general les contestó:
- Y nosotros en este barrio, también estamos preparados. Mañana por la mañana, a primera hora, nos presentamos en las puertas de las murallas y entramos en los palacios.
Respondió el general a los amigos.

Y al rayar el alba al día siguiente, el gran general se reunió con sus amigos y su ejército, entraron por las puertas de la muralla y sin apenas lucha, se hicieron dueños de los palacios y del trono real. Enseguida la madre ordenó que su hijo fuera coronado rey de Granada y así se hizo. Tanto los amigos del general como los vecinos del Albaicín y de Granada, estuvieron de acuerdo. Rápido enviaron un emisario al rey padre que luchaba en la batalla lejos de Granada y al saber éste lo ocurrido, dijo a su general de confianza:
- De nada nos sirve que ganemos esta batalla porque, desde este momento, ya no soy rey. No podremos regresar ni a Granada ni a la Alhambra.

La batalla fue violenta y en la lucha murieron muchos soldados. La gano, al final, el rey de corazón negro y cuando, con lo que quedaba de ejército, se dispusieron regresar, no lo hicieron a Granada. Encaminaron sus pasos a un pueblo pequeño no lejos de la ciudad de la Alhambra, dirección al mar, y aquí se refugió, con su general y las tropas que habían quedado. En un pequeño castillo, en lo más alto del monte cerca de este pueblo, se instaló el rey de corazón negro, destrozado por completo, muy cansado y sin fuerzas para nada. Dijo a su general:
- Ojalá dejen libre a mi amada y venga a protegerse aquí conmigo.

En los recintos de la Alhambra, el nuevo rey y la madre, dejaron libre a la amada del rey padre y ésta con sus hijos, marcharon rápidos al encuentro del anciano destruido y derrocado. Nadie celebró el encuentro y ni siquiera las personas del pequeño pueblo se alegraron. Sí en la Alhambra, en toda Granada y en especial en el barrio del Albaicín, había gran júbilo por los nuevos cambios en la Alhambra. Y los que más se alegraban, era la madre y el hijo pequeño. Los amigos les decían:
- El rey derrocado, ha acabado como merecía. Toda su vida ha sido un loco y un tirano que solo pensaba en sí mismo y por eso su comportamiento no podía ser bendecido por el cielo.

Poco tiempo después, murió el rey malo, muy envejecido y hasta por completo ciego. Nadie de la Alhambra fue a su entierro y en el pequeño pueblo, tampoco lo lloraron. Lo enterraron, los poco amigos que aún le

quedaban, en algún lugar secreto que solo unos cuantos conocían. Después, ya pasado el tiempo, por completo se perdió todo rastro de este rey, de su amante y de los dos hijos que ella propuso para reyes. Ni siquiera hoy se sabe dónde está la tumba del rey destronado. Y en la historia, este personaje ha quedado recogido como un hombre egoísta y malvado. Algunos decían y aun todavía repiten, que aquel hombre merecía que sus restos y memoria, hayan desaparecido de esta manera y para siempre.
- Quien hace tanto daño a las personas y a los suyos, no merece ni la bendición del cielo ni el recuerdo ni aprecio de los humanos. Y menos aun merece que los perpetúe la historia a no ser para iluminar y hacer caer en la cuenta de lo que queda de cada uno al final.

El hombre de la mirada mágica

Dos pequeños misterios envolvía su vida: la casa donde vivía y la singular manera de mirar las cosas, a las personas y los paisajes. Y cuando me contaron esto de él, nació en mí el deseo de conocer dónde vivía. Por muchos sitios del barrio del Albaicín, calles, plazas y casas particulares, pregunté y todos me decían:
- Vive solo, en una muy pequeña casa blanca, justo al lado de abajor del Mirador de San Nicolás. Y lo más original de su casa, es la puerta.
- ¿Qué es lo que hay en la puerta de su casa?
- No se puede decir con palabras. Tienes que verlo.

Y desde aquel momento, me puse a buscar su casa por los sitios que las personas me iban diciendo. La encontré una tarde de otoño, ya en los primeros días de diciembre y con mucha nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada. Por eso hacía frío, aunque el aire estaba en calma y en el cielo se acumulaban las nubes. Caminaba en silencio, con mi pensamiento puesto en los mil secretos y misterios que siempre se palpan por las calles del Albaicín y de pronto, al bajar una estrecha callejuela, vi su casa. La pequeña casa blanca, con solo dos ventanas, una muy grande y una puerta de madera en el centro. Me quedé parado frente por completo, miré despacio y lo que más me llamó la atención era lo que ya muchos me habían dicho: el pequeño rellano por delante de su casa. Todo estaba empedrado de una forma bonita y, a un lado y otro de la puerta, cerca de las ventanas y al borde de la calle, vi unas extrañas plantas. Sin hojas, sin flores, en forma de matas con tallos pequeños y ramas muy finas en los extremos. Me pregunté: "¿Qué plantas serán estas y por qué las tiene sembradas casi en la misma puerta y casi cortando el paso?"

Pensé llamar por si estaba saludarlo y preguntarle cosas pero no me animé. Tuve miedo presentarme tan de repente e importunarlo. Por eso, durante un buen rato, frente a su pequeña casa, me quedé

parado, mirando e imaginando cómo sería su vivienda por dentro y cómo sería él y por qué tantos lo llamaban “el hombre de la mirada mágica”. Ya había preguntado y aunque muchos me decían:
- Mira fijamente las cosas y a las personas, siempre sin pronunciar palabras y todo el que lo observa sabe que ve lo que nunca nadie vemos.
- ¿Pero cómo es eso?
- Tampoco se puede explicar con palabras. Tienes que verlo y observarlo por ti mismo.
- Pues si nadie ha visto nunca lo que él sí ¿cómo se sabe que esto es así?
- Se abe y ahí es donde está el misterio. Por eso no se puede explicar con palabras sino que tienes que descubrirlo tú y, de algún modo, verlo o entenderlo.
- No lo comprendo pero si las cosas son como dices sin duda que algo de misterio sí que hay en todo esto.

Y tres días más tarde, volví otra vez por las calles del Albaicín con la intención de saber algo más de él. Me fui derecho a su casa porque y sabía donde estaba. Y al pasar cerca del Mirador de San Nicolás, me llamó la atención lo solitario que esta tarde todo estaba por aquí. Me volví para atrás, subí unos escalones y al encajarme en lo más alto, muy extasiada y sola, descubrí a una persona sentada en el muro, de espaldas a mí y mirando para la colina de la Alhambra. Me pregunté: “¿Será el joven que por aquí vengo buscando?” Me acerqué despacio, me paré a solo unos metros de él, lo miré y miré para la colina que con tanto interés contemplaba y, armándome de valor, le pregunté:
- ¿Hay algo espacial entre las torres, palacios y murallas de la Alhambra que tú veas y yo no?
Se volvió para atrás, me miró lentamente y luego respondió a mi pregunta diciendo:
- Lo que ves tú yo no lo sé pero lo que yo gusto, sí sé cómo es y el brillo y color que tiene.
- ¿Y qué es lo que observas tú?
- Te voy a responder a lo que me preguntas porque sé que tienes gran interés en algo que me satisface mucho pero antes, respóndeme tú a lo mismo que me has preguntado.

Y sin titubear le dije:
- Pues yo, sobre la hermosa colina donde se asienta la Alhambra, ahora mismo veo lo que muchos a lo largo de cientos de años: torres doradas, murallas recias, hermosos palacios, jardines floridos, cielos azules y al fondo, siempre las blancas nieves de Sierra Nevada.
- ¿Y nada más?

- Ahora te toca responder a ti.
Y muy quedamente y como si procediera a revelarme la más grande de las verdades, me dijo:
- Yo hoy, ayer y desde hace años, miro y veo la Alhambra no solo alzada sobre su colina sino reflejada como en un espejo, en el azul del cielo. Y no solo una imagen sino muchas que se repiten y se alejan hacia el infinito cada vez más pequeñas pero con la misma o más belleza.
Guardé silencio, miré con mucho interés y a no descubrir lo que él me decía, le pregunté:
- ¿Y a qué se debe que yo no pueda ver lo que tú sí?
- Quizá se debe a que tú, como casi todas las personas que vienen y viven por aquí, solo sabéis mirar pero no habéis aprendido a ver. Y Granada, la Alhambra y Sierra Nevada, donde realmente concentra su excepcional belleza, es en su alma. Por eso no es suficiente solo con mirar. Hay que aprender a ver para llegar a gustar su más fina esencia.

Medité durante unos segundos, lo observé despacio, observé la figura de la Alhambra y luego le volví a preguntar:
- ¿Y tú podrías enseñarme este misterio?
- Puedo hacerlo si realmente lo deseas.
- ¿Cuándo?
- Vuelve por aquí dentro de tres tardes.
- ¿Y también vas a descubrirme el secreto de las originales plantas que crecen en la puerta de tu casa?
- Te lo voy a descubrir porque es interesante y bueno, muy bueno para ti.

La mujer libre

De pequeña, tenía muchos amigos. No solo en el barrio del Albaicín sino en la Alhambra, barrio del Realejo y en toda Granada. Y con bastantes de estos amigos, muchas tardes y mañanas, jugaban en las aguas del río Darro, en las pequeñas playas de arena junto a los charcos, por las calles y plazas de los barrios y por los jardines y alrededores de la Alhambra. Y cuando estaba en estos juegos, sin que ella lo pretendiera ni sus amigos lo desearan, se enfadaba por cosas que otras niñas de su edad, no.

Por ejemplo: cuando jugaba al pilla pilla, al escondite, al corro de la patata, al veo, veo, a los tejos, a las chinas, a la gallina ciega, a la comba o a cualquier otra cosa. Parecía como si le molestara todas aquellas situaciones donde las personas, unas a otras, se avasallan o

se hacen daño. Sus palabras en estas protestas, eran siempre las mismas:
- Es que ni siquiera en juego, me gusta que unas personas ejerzan violencia y muestren poder sobre las otras.
Y al oír esto, algunos de sus amigos mayores y más inteligentes, le preguntaban:
- Pero a ti, entonces ¿cómo te gustaría que las personas, todas y en este mundo, se comportaran unos con otros?
- Lo que yo pienso es que las personas hemos nacido para ser libres, luchar para realizar sueños y no sentirse nunca sometidos por nada ni nadie.

Callaban las amigas porque no la entendían del todo y algunas de las mujeres mayores del barrio, entre sí comentaban:
- Esta niña piensa de una forma muy rara. Cuando sea mayor y se enfrente a la vida real y tenga que apechugar con lo que la vida le presente, ya comprobará lo que es bueno.
Y cuando fue mayor y todos sus amigos al crecer se fueron yendo cada uno por su lado, su rebeldía fue aun más grande. Se quejaba tanto y se enfrentaba a tantas personas que un día habló con el padre y le dijo:
- ¿Sabes lo que de verdad me gustaría?
- ¿Qué es lo que a ti te gustaría?
- Tener un trozo de tierra en las montañas que se ven al levante de la Alhambra, construirme ahí una pequeña casa a mi gusto, cultivar la tierra, criar algunos animales y vivir libre en esos lugares.
- Pero una mujer como tú y en estos tiempos, de ningún modo será bien visto que haga eso.
- Es que yo estoy en contra de lo que veo en muchas mujeres. Y lo que más me indigna, es precisamente eso: que las mujeres siempre tengamos que someternos a lo que imponga la sociedad y a lo que los hombres digan.
- ¡Pero mujer!

Y un día el padre, habló con unos amigos que tenían tierras al levante de la Alhambra y estos le regalaron un buen trozo de terreno en unas montañas entre dos ríos y un pequeño valle. Le dijo a la hija:
- Puedes irte a esas tierras cuando quieras y vivir ahí del modo en que tantas veces has soñado.
Y la joven, no lo pensó mucho. Aquella misma noche, preparó algunas cosas y al amanecer del día siguiente, sola se fue por los caminos en busca de las tierras en las montañas. En cuanto llegó al lugar, lo primero que hizo, fue buscar un buen sitio en la ladera frente a Sierra Nevada y preparar las cosas para construirse la casa que siempre había soñado. Aquel mismo día, al siguiente y al otro, trabajó

sin descanso y también delimitó un trozo de tierra para sembrarlo como huerto. Otros amigos del padre, le regalaron un pequeño rebaño de ovejas y ella se puso a cuidarlas haciendo un corral y llevándola cada día a pastar a las mejores praderas.

No tardó mucho tiempo en levantar la pequeña casa que siempre había soñado y como, desde uno de los ríos trazó una acequia, en la puerta de la casa comenzaron a crecer plantas de muchas clases y variadas flores. Al llegar la primavera y luego el verano, el huerto le dio una abundante cosecha de hortalizas y verduras y las ovejas, tuvieron corderos y dieron leche y carne. En la pequeña casa de sus sueños, junto al río y frente a Sierra Nevada, juntó ella muchos productos y era la más feliz de las personas, viviendo libre, corriendo a sus anchas por los amplios campos y respirando el aire puro de los paisajes. En el barrio, en Granada y en la Alhambra, muchas personas la seguían criticando pero ahora a ella sí que no les importaban nada de lo que dijeran. Algunas veces, las antiguas amigas iban a visitarla y se quedaban con ella, charlando de sus importantes sueños. La joven, siempre les decía:
- Tenéis que convenceros que nada es más hermoso en este mundo, que ser libre y no estar sometida ni a nada ni a nadie.
- Tú hablas como si fuera fácil llevar a cabo eso.

Y un día, en la Alhambra, algunas personas, comentando las aventuras de esta muchacha, decían:
- Es muy bello lo que esta joven dice y hace pero si todas las mujeres del mundo dejaran de estar sometidas a lo que los hombres queramos, sería el fin y para siempre, de muchas cosas importantes.
- Claro que sí. Por eso tenemos que hablar con el rey para que conozca esta historia y tome las medidas necesarias.
Hablaron con el rey y al conocer éste la historia de la joven de las montañas, dijo:
- Ni nuestra religión ni nuestras mujeres y sociedad, permite que una mujer sea libre y haga lo que quiera. Voy a tomar las medidas adecuadas para dar un buen escarmiento.
Tres días más tarde, cerca del huerto de la joven, ésta vio que empezaron a construir una pequeña vivienda. Unas semanas después, un hombre se instaló en esta vivienda y cada mañana y tarde, desde la puerta y ventana, vigilaba al rebaño de ovejas y lo que hacía la joven. Varias veces el hombre estuvo tentado de acercarse a la joven y hablar con ella pero no lo hizo y sí volvía a la Alhambra con frecuencia a informar al rey. Éste le decía:
- Espera a que llegue el verano y entonces, con toda la información que vayas juntando, damos el paso.

Llegó el verano, las lluvias se fueron, la hierba, muy alta y espesa por todo el campo, se secó y al poco, el calor apretó y las chicharras cantaron. Y una tarde, un poco antes de ponerse el sol, los campos empezaron a arder, en muchos puntos concretos y no lejos de la casa de la joven. Las llamas se alzaron, el humo cubrió todos aquellos valles y las ovejas, en el corral, ardieron todas. Se oyeron los gritos de la joven que pedía auxilio pero nadie acudió en su ayuda.

Al día siguiente, la noticia corrió como la pólvora por todo el barrio del Albaicín, la Alhambra y Granada. Las personas que habían jugando con ella cuando era pequeña, comentaban:
- Sus ansias de libertad y de vivir al margen de las leyes y sociedad, era tan grande que nadie podía entenderla.
- Pero ¿a que es una pena que de este modo haya acabado?
- Una pena grande y una gran desgracia.
Hoy en día, en el lugar donde la joven construyó su pequeña casa, hay una gran roca con un texto escrito que dice: "Soñó ser libre para no estar sometida y nadie la comprendió".

El caballo blanco de río Darro

Era una de las personas más importantes en la Alhambra. No tanto como el rey, pero en el fondo, mucho más. Porque el ostentaba el cargo de Secretario General. Por eso muchos trabajaban a sus órdenes, las cuentas y el dinero pasaban por sus manos, las obras y arreglos de los palacios, lo que se le pagaba a los empleados y soldados y hasta las órdenes que el rey daba. Todos decían que era un hombre serio, inteligente, bastante soberbio y muy rico. Por eso muchos allí en la Alhambra, por el barrio del Albaicín y riberas del río Darro, decían:
- Es lo de siempre, todo el que maneja dinero de los de constituyentes, al final acaba llenándose los bolsillos.
- Y eso es cierto porque si no ¿decidme vosotros de dónde ha sacado para costearse el palacio que tiene junto al río?

Se referían ellos a un fantástico y bellísimo palacio, junto al río Darro, entre las casas del Albaicín y lo que hoy se conoce con el nombre de Sacromonte. Todo de piedra tallada, con vigas y artesonados de madera, columnas y escaleras de mármol blanco rematadas con mármol verde y negro y jarrones y cuadros de vidrio y hermosa cerámica. También este palacio tenía un buen trozo de tierra a su alrededor, sembrado de tupidos jardines y con muchos árboles frutales y de flores. Los granados, cipreses y ciruelos eran los árboles que más se le gustaban a este secretario General. También le gustaban mucho las fuentes de agua clara entre los jardines de su

palacio, la grandiosa vista que desde todas las ventanas de su palacio, tenía hacia la Alhambra valle del río Darro y de Granada. Por eso cuando estaba con sus amigos, también ricos e importantes como él, los invitaba a pasear por los jardines y siempre les preguntaba:
- ¿Decidme vosotros si por algún sitio y a lo largo de vuestra vida, habéis visto alguna vez un palacio tan bello como éste mío?
- Nunca lo hemos visto.
- Y además, aunque está hecho con el lujo más grande y el gusto más exquisito, no me ha costado ni un duro.
Y sus amigos le preguntaban:
- ¿Y cómo lo has conseguido?
El hombre importante, dándoselas de astuto y sabio, seguía diciendo sus amigos:
- Aquí entre nosotros y en confianza os digo que todo este palacio ha salido del sudor de gente pobre y humilde. De los impuestos que cada año les cobramos y de la opresión que ejercemos sobre ellos.
- Es que los pobres, los incultos y miserables, siempre han sido una gran fuente de riqueza pero no para ellos mismo. No hay nada mejor que mantenerlos a raya, doblegarlos y cobrarles impuestos para sí manejarlos a nuestro antojo.

Por el lado de arriba de su palacio, siguiendo el curso del río Darro y en las laderas del Sacromonte, una familia muy humilde, vivía en una cueva. Dos hijas tenían y el padre, todavía joven, fue llamado un día por el rey. Al saber la noticia, de rápido lo comentó con la mujer y ésta le preguntó:
- ¿Para qué te llamará?
- No lo sé.
- ¿Acaso el rey o los de la Alhambra tienen de nosotros alguna deuda que cobrar?
- Nosotros no tenemos ni animales ni riquezas. Por eso, aunque el rey quiera, por nada puede cobrarnos impuestos. Nada le debemos.
- Entonces ¿para qué que te llamará?
- En cuanto mañana suba a la Alhambra y me lo digan, lo sabremos.

Y en la Alhambra, en uno de los recintos militares, le dijeron:
- Es cierto que nada debes al rey pero te necesitamos.
- ¿Quién me necesita y para qué?
- Te necesita el sultán de Granada para luchar en la guerra que sostiene con los que quieren echarnos de este reino.
- Pero yo tengo mujer y dos hijas. Si me llevan a la guerra ¿quién va a cuidar de ellas?
- Las cosas son así y nosotros cumplimos órdenes.
Y muy apenado y triste el hombre de la cueva preguntó:

- ¿Y si me sublevó contra la orden del rey?
- Ni se te ocurra porque entonces, serás apresado y ejecutado y de este modo nadie que tu familia saldrá ganando.
- Pues decirme entonces ¿cuándo tengo que presentarme para ir a la guerra?
- Ahora mismo ya te necesitamos pero vuelve a tu casa, despídete de tu familia y te presentas aquí mañana por la mañana al salir el sol.

Volvió a su casa, comentó a su familia lo que le habían dicho y a aquella noche nadie durmió en la pequeña cueva. La madre lloraba de vez en cuando y las hijas se abrazaban a ellas preguntando:
- ¿Y cuándo volverá nuestro padre?
- Quizá vuelvo pronto o quizá no vuelva nunca.
- Y sin él, contigo enferma y nosotras tan pequeñas ¿cómo podremos seguir viviendo?
Preguntaba la hija mayor. Nada respondió la madre y sí el padre, al salir el sol al día siguiente, se presentó todo en el los recintos de la Alhambra.

Junto a su bonito palacio, también este hombre importante, tenía un trozo de tierra. Por las orillas del río Darro, más o menos a la altura de la fuente del avellano y no lejos de muchos huertecillos de personas pobres del barrio del Albaicín. Y en este trozo de tierra, había construido un cobertizo donde cuidaba y protegía un bonito caballo blanco. Porque a él, también una de las cosas que le gustaba mucho eran los caballos. Para ir a las montañas de caza con sus amigos o simplemente su para subirse en ellos y darse paseos por Alhambra o calles de la ciudad. Se decía: “De este modo, las personas se fijarán en mí y al verme en esta magnífico caballo blanco, se impresionarán y me temerán más. A los pobres, para sacarles hasta la última gota de sangre, siempre hay que tenerlos asustados. Y este caballo mío, tan blanco, tan robusto y con estas crines y cola tan bonita, a los pobres les debe impresionar mucho”.

Este era el motivo principal por lo que el hombre “importante”, mostraba tanto interés por su caballo. De aquí que todos los días, de los trozos de pan que sobraba en las mesas de los reyes, un criado recogiera varias cestas. Le había dado órdenes para que guardara estos trozos de pan y cuando tuviera un par de sacos, los cargara en su borriquillo y se los llevara al cobertizo donde guardaba su caballo blanco. También le había dicho a este hombre:
- Pero a ti que no se te ocurra darle ni un solo trozo de este pan a mi caballo. De eso me encargo yo, que para eso soy su dueño y hago lo que me gusta.

- Usted descuide, señor. Yo siempre haré exactamente aquello que me ordene.
- Así me gusta.
Y el pobre criado, cuando recogía de las mesas estos trozos de pan, cuando los guardaba en los sacos y cuando los transportaba en su borriquillo, constantemente se decía: “¡Con la cantidad de personas que pasan hambre y hasta se mueren y que éste pan tan bueno sirva de alimento a un caballo…! Le entraban ganas de, a escondidas, coger algunos de aquellos mendrugos y comérselos porque él también pasaba mucha hambre. También en ocasiones y siempre a escondidas, se sentía tentado a esconder algunos de aquellos trozos de pan para luego llevárselos a sus hijos pero nunca llevó a cabo esta acción. Sabía que si lo descubría el hombre “importante” no solo se quedaría sin su trabajo si no que podría costarle la vida.

Pero un día, cuando el criado del borriquillo dejó su carga en el cobertizo del caballo blanco, el hombre “importante”, enseguida se acercó. Miró los sacos de mendrugos, los vació y contó cada uno de los trozos. Se dijo: “De este criado mío así como de otros muchos, no me fío ni un pelo. Todos ponen caras de santos cuando están en mi presencia pero luego por detrás, traicionan, engañan y hasta roban”. Por eso anotó bien el número de trozos de pan que había en los sacos y luego se fue, diciéndole a su caballo: “Al caer la tarde volveré por aquí y te daré de comer todo lo que quieras. Sé que te gusta este pan duro porque para ti también es comida de reyes”. Y volvió al caer la tarde. Justo cuando ya se ponía el sol y lo primero que hizo fue, en cuanto llegó al cobertizo, fue sacar otra vez los trozos de pan y contarlos. Y para su asombro, comprobó que le faltaban diez mendrugos. Se dijo: “¡Maldito criado! Como me imaginaba, me está robando. Va a saber lo que es bueno en cuanto lo coja con las manos en la masa.

Le dio de comer a su caballo y al día siguiente, esperó a que el criado llegara con su borriquillo. No le dijo nada pero en cuanto dejó la carga y se fue, se puso a contar los trozos de pan. Lo anotó bien todo en un papel y luego, en lugar de regresar a su palacio, buscó un rincón oculto y allí se agazapó. Se dijo: “Quiero cogerlo con las manos en la masa para así poder acusarlo y que de ningún modo pueda defenderse. Estos malditos, todos lloran como unos cobardes en cuanto se sienten descubiertos y eso es lo que quiero yo: verlo llorar implorando de rodillas a mis pies”. Esperó paciente toda la tarde y cuando ya caía el sol, sintió el ruido de personas. De nuevo se dijo: “Ya está aquí. Voy a esperar un momento para cogerlo como tengo pensado”.

Esperó un momento, sin dejar de mirar y cuando ya creía que el criado estaba cogiendo los mendrugos de pan, salió de su escondite, se acercó de prisa por detrás y a dos pasos del ladrón, se paró y dijo:
- ¡Ya te tengo!
La muchacha dio un fuerte grito, se volvió para atrás y se agarró al hermano mientras decía:
- No estamos robando.
Y el hombre "importante", a ver cara a cara la figura de la muchacha y la del niño, se quedó de piedra. Sin aliento y sin saber qué decir. No tuvo que preguntar nada porque ella enseguida dijo al hombre:
- No tengo padre porque se lo han llevado a la guerra, mi madre está enferma y mi hermano y yo nos morimos de hambre. Solo he cogido unos mendrugos para comérnoslo esta noche y así vivir un poco más.
- ¿Dónde vives?
- En la vieja cueva que hay al otro lado del río, frente a la Alhambra.
- ¿Y no sabes que robar es un delito?
- Eso es lo que me ha dicho mi madre. Pero yo pienso que por coger unos mendrugos de pan duro para no morirse de hambre, no puede ser ningún delito.
- Con este pan es con lo que yo alimento a mi caballo. Tú, tu hermano y tu madre, a mí no me importáis nada.

Y el hombre "importante", después de echar un largo discurso sobre ladrones, personas pobres y ricos, dijo a la muchacha:
- Por esta vez, os voy a perdonar vuestro robo. Pero no aparezcas más por aquí porque de lo contrario acabaréis todos en el calabozo.
- ¿Y no le da pena a usted mi madre enferma y este pobre hermano mío?
- Ninguna pena. Mi hermoso caballo blanco es lo que de verdad me importa.

Y dicen que unos días más tarde, a la madre con sus dos niños, se los encontraron muertos en su pobre cueva. Los vecinos los enterraron en la ladera, no lejos del río y el hombre "importante", al enterarse, dijo:
- Tres ladrones menos en este mundo y más pan para mi caballo.

Ecos del tiempo por la Carrera del Darro

Desde hacía mucho tiempo, iba y venía por las calles de Granada. Buscando lo que ni él mismo sabía qué, pero buscando. Su corazón le decía que, en muchos de los rincones de Granada, el tiempo tiene escondido, vidas e historias de personas, hermosas y llenas de misterio. Y por donde él más intuía estas historias

congeladas en el tiempo, era por la orilla del río Darro. Por el rincón que ahora es conocido en Granada y en otras partes del mundo con el nombre de “Carrera del Darro”. Lugar éste, a los pies de la Albaicín y de la Alhambra y muy cerca de las aguas del río, muy bello, revestido de oculta magia y con una enorme carga de secretos.

Por eso aquella tarde, ya final del invierno y con la primavera alumbrando, se fue otra vez a sus paseos. Cruzó por debajo del Arco Elvira, lento recurrió la estrecha y en emblemática calle y al llegar a Plaza Nueva, giró para la izquierda. Buscando el comienzo de la calle que recorre el río y perdido por entre los turistas. Caminó despacio, observando a los que por aquí iban y venían y buscando, como tantas otras veces, lo que por este rincón de Granada, tiene escondido el tiempo. En los dos pequeños puentes de piedra se paró un rato, observó a los gatos que desde hace mucho viven por aquí junto al río, hizo algunas fotos y luego siguió. Con la imagen de la Alhambra alzado sobre la colina, a su derecha y con la figura de la ladera que desde lo alto cae.

Al llegar a la altura de lo que hoy se conoce como iglesia de San Pedro, se paró. Junto al muro del río, a mirar y escuchar algo que en su corazón había oído. Se dijo: “No es el ruido de las personas ni de los coches que por aquí pasan ni tampoco es el canto de los mirlos ni el rumor de las aguas del río”. Escuchó más concentrado y comenzó a distinguir con claridad, sonidos de cascos de caballos. Miró con mucho interés y aunque descubrió toda la Carrera del Darro repleta de personas que iban y venían charlando, notó que toda la calle estaba desierta. Sólo se veía un gran grupo de caballos que avanzaban río arriba, golpeando sus cascos contra los adoquines y piedras de la calle.

Y estando concentrado en el ruido que hasta sus oídos llegaba, de pronto vio que junto a él, alguien se paraba. Lo saludó y le preguntó:
- Sé que buscas por aquí lo que ni siquiera sabes y muchos por completo ignoran.
Miró para su derecha y junto a él descubrió la figura de un hombre alto, joven de pelos negros, con barbas y muy fuerte. Le preguntó:
- Busco lo que me acabas de decir pero ¿por qué lo sabes?
- Lo sé y eso es lo que a ti debe interesarte. Puedo ayudarte.
- ¿Cómo?
- De la manera más sencilla pero por completo cierta y satisfactoria para ti.

Y vio que el joven desplegó un papel, se puso frente a la ladera que caía desde lo alto de la colina de la Alhambra y de nuevo dijo:
- Mira al frente de esta ladera, ahí un poco por debajo de las murallas y entre esos árboles.
Le hizo caso y miró lleno de interés. Y al rato vio que en ese punto de la ladera, se abría como una ventana a través del viento. Al fondo de esta ventana, descubrió como un gran círculo y más al fondo, pudo ver como la figura de varias personas jóvenes y un pequeño jardín lleno de flores. Preguntó al que se había parado a su lado:
- ¿Qué es esto que veo con mis ojos?
- Una puerta muy concreta que, a través del viento y del tiempo, se te abre como invitado a que pases.
- ¿Pasar a dónde?
- A una dimensión muy concreta que el tiempo esconde y donde se concentran y esperan muchas de las cosas en tu corazón intuyes y alimentas.
- ¿Tiene que ver con hechos reales ocurridos aquí en Granada?
- Y más concretamente, hechos ocurridos en este rincón del río Darro y de la Alhambra.

Y el hombre, fundido y absorto ante lo que al frente tenía, dejó de percibir cuanto le rodean. Las palabras de las personas que por su lado pasaban, el rumor de las aguas del río, el trino de los pajarillos… Y de pronto vio que, de la ventana azul transparente que se abría en la ladera, surgió un ave muy gran. Abrió sus alas, se lanzó al aire, se vino para el río y luego giró y se alejó lentamente por encima de los palacios de la Alhambra. Unos segundos después comprobaba como éste ave se alejaba dirección a las cumbres de Sierra Nevada. Cuando perdió de vista a esta ave, se volvió para atrás con la idea de preguntar al que tenía a su lado.

Pero asombrado otra vez, descubrió que nadie le acompañaba. Miró y sólo veía a las personas que un poco antes iban y venían por este paseo del río. Se dijo: "No puedo comprender pero ahora sé algo que antes no. En este rincón del río, cerca de la Alhambra y donde más misterios se concentran en toda Granada, hay una ventana que desde hoy voy a llamar ***ecos del tiempo***. Algo que nadie ve pero que existe para que nunca desaparezca lo que está en la dimensión de lo eterno".

Leyendas del río azul
Paisajes nevados en invierno,
hierba tierna en primavera,

aire puro y fresco…
así decían que era
aquel paraíso de ensueño.

Y yo supe de la existencia de este lugar en la tierra, entre Sierra Nevad y la Alhambra, por un viejo documento. Me lo encontré un día que investigaba cosas de la Alhambra, en un pequeño archivo. Y, nada más descifrar las primeras líneas, me quedé impresionado. Pedí permiso, saqué de su lugar el escrito y muy despacio y estudiando todos los detalles, lo leí una calurosa tarde de verano. Sentando en el muro del Puente del Aljibillo y mientras el rumor del agua del río Darro, me acompañaba de fondo. Pongo aquí a continuación la parta más importante del documento que digo:

“El espléndido y bellísimo río azul, corre al levante de Granada, a solo unos kilómetros de la Alhambra y todavía antes de las altas cumbres de Sierra Nevada. Y el pequeño edificio, construido de piedra, cal y madera, se alzaba en una elevación del terreno, recortado al poniente por el cauce del río grande y al levante, también recortado por el cauce pero en este sitio, por el que es conocido con el nombre de río chico. El río grande baja sereno y majestuoso y sus aguas siempre son azules esmeralda. El río chico, viene del lado del levante, también muy sereno pero este curso, tienen las aguas color de diamantes líquidos. En la casa vivía el pastor con su mujer y su hija y todo parecía transcurrir como si el tiempo no pasara por el rincón. Sin embargo, sí eran especialmente hermosos y mágicos, los momentos y escenas que en la soledad de estos paisajes y junto a los ríos, cada día protagonizaba la joven.

A muchas horas del día, por las mañanas y por las tardes, en cualquier época del año, se le veía sola recorriendo los paisajes. Por las orillas del río diamantino y paseando por las riveras del río grande esmeralda. Por el lado de las piedras ella había trazado una estrecha senda que iba hasta la curva de las rocas. En algunas de estas rocas alargadas, redondas o puntiagudas, se sentaba frente al río, justo por donde las aguas discurren más serenas y, por estar rodeada de espesa vegetación, se ven azules esmeralda. Y en este lugar se quedaba horas y horas observando pasar la corriente y soñando nadie ha sabido nunca qué. Pero observado el cuadro desde el aire, con el cauce del río, la curva y las rocas, el bosque, el caminillo y ella sobre las rocas sentada, era lo más bello que nunca se ha podido ver en la tierra.

Un invierno nevó mucho. Todos los paisajes se cubrieron con un espeso manto blanco y la joven los recorrió con en un deseo de

hacerse nieve para formar parte de aquellos paisajes. Al llegar la primavera, el sol calentó mucho y las tierras se cubrieron de tupidas alfombras de hierba. En las ramas de los árboles, los pájaros hicieron sus nidos y en el acerolo de la colina frente al cortijo, colgaron su nido una pareja de jilgueros. La joven lo descubrió desde el primer momento y por eso, con mucho interés y respeto, cada día lo visitaba. Hablaba con los pajarillos y vio como pusieron sus huevecillos, los encubaron y nacieron los jilguerillos. Luego un día que ya tenían plumas, ella vio que al nido se acercaron varios jóvenes y uno muy alto vestido de blanco, se aproximó al árbol y cortó la rama donde estaba en nido y se la mostraba en sus manos a los amigos. Vio que los jilguerillos, asustados llamaron a los padres y al acercase estos para salvarlos, el joven también los apresó.

Metió a todas las avecillas en una jaula y si decir nada, todos montaron en sus caballos y se alejaron dirección a la Alhambra. Sobre el puntal se quedó la joven sentada mirando al árbol ahora sin nido, mirando al joven vestido de blanco subido en su caballo y mirando a las aguas esmeraldas del río grande. Meditando y triste allí estuvo todo el día y en algún momento se dijo: “Debe ser un príncipe de la Alhambra, el joven vestido de blanco que se ha llevado mis avecillas. ¿Para qué las querrá si estos pajarillos son de estas montañas?” Y luego sintió que su corazón no solo echaba de menos a los pajarillos sino también al joven vestido de blanco, aunque no lo conocía de nada porque era la primera vez que lo veía. Su hermosura le había cautivado y lo mismo su vestido blanco y su corpulento caballo. Pensó que si en algún momento volvía por el rincón, ella podría hablarle y hasta regalarle el río de las aguas esmeraldas y esto le llenó aun más el corazón de ilusión.

Al día siguiente no se le vio pasear por aquellos lugares. Ni por la orillas del río ni por las praderas de la hierba. Ni tampoco se le vio en los días que siguieron ni a lo largo de aquella primavera, verano y otoño. Nunca más se le ha visto ni tampoco nadie sabe decir qué fue de ella. Sí algunos rumoreaban que aquella joven, un día se metió en las aguas del río y se fundió con las olas.
- Para irse río abajo hasta la Alhambra y Granada y transformarse luego allí en flores en los jardines de los palacios del príncipe de sus sueños y que le había robado los pajarillos”.

Con estas palabras termina el texto del documento. Y al concluir su lectura, sentado en el Puente del Aljibillo y con el rumor de las aguas del río de fondo, también yo me quedé meditando. No conozco el lugar por donde corren los ríos diamantinos y esmeralda ni tampoco nadie me habló nunca de este sitio. Por eso creo que todo

esto puede ser un sueño aunque también pienso que el sitio puede existir de verdad. De aquí que me entren ganas de ponerme a buscarlo un día de estos. Ya que en Granada y en la Alhambra, la fantasía, el mundo de los sueños y de lo mágico, se funden y no tienen fronteras con el mundo real.

Noche de luna

Desde primera hora de la noche hasta muy de madrugada, la luna había brillado. Limpia, hermosa y todos redonda, como en un sueño mágico. Colgada en el cielo y como besando en silencio, tanto o las casas del barrio del Albaicín, el valle y bosques del río Darro y las torres y murallas de la Alhambra.

En el patio de la casa, al intemperie y en sobre un colchón de paja, el joven se acurrucada frente a la luna, durmiendo a veces, a ratos despierto y, por momentos, meditando. Le atormentaba la miseria y las pocas cosas que tenían para vivir. Se decía: “¡Si alguien me diera algún trabajo para ganar unas monedas para comprar o algunos alimentos!”. En el mismo patio, al otro lado de las macetas y desde donde se veía muy bien la Alhambra, cada noche dormí la hermana. Más pequeña que el joven pero también desesperada de la soledad de la casa, la falta de alimento y su futuro incierto.

A la derecha del patio la madre tenía también un colchón de paja y en el rincón último se veía una cama. Desde se hacía mucho tiempo, vacía y solitaria. Y levantarse aquella mañana, la madre vio esta cama. Suspiro y dijo: “Qué soledad más grande desde que falta y qué pena de estos hijos un míos”. Al salir el sol, el joven se levantó, se asomó a la puerta de la casa, observó la Alhambra sobre la montaña, miró al terreno cayendo hacia el río Darro y luego se dijo: “Y si no encuentro ningún trabajo, hoy mismo me pongo y labró por aquí en un trozo de esta tierra. Al menos, si lo cabo bien, lo labro con cuidado y lo riego, la tierra podrá darme algunos de los alimentos que necesitamos”.

Lo que no se ve con los ojos

Caminaba siempre solo por las calles del Albaicín. Al caer las tardes, muchas veces se le veía por las orillas del río Darro, mezclado con los turistas y paseantes. Se paraba en los puentes de piedra que, a lo largo de la Carrera del Darro, tiene el río. Miraba a las aguas, miraba a las personas, miraba a la Alhambra y meditaba. Con nadie hablaba y seguía caminando. Le gustaba perder mucho tiempo frente a la corriente por donde el Paseo de los Tristes y le gustaba alzar su

vista y recorrer las laderas del Generalife. Y por ahí, cada tarde, seguía viendo el blanco edificio en su silencio y quietud. También desde aquí, le gustaba mirar siguiendo el valle río Darro arriba y, por el lado izquierdo, laderas del Sacromonte y Albaicín.

Y una tarde, ya casi a punto de terminar el invierno, me lo encontré sentado en el Puente del Aljibillo. El pequeño puente de piedra que ya al final del Paseo de los Tristes, da paso hacia el Camino del Avellano y Cuesta del Rey Chico. Me paré a su lado, lo saludé y directamente le pregunté:
- Te observo desde hace tiempo y no entiendo tu modo de andar y mirar por aquí.
Sin ningún interés me miró y no dijo nada. Le pregunté:
- ¿Qué hay por estos lugares que parece que de alguna manera solo ves y tienes tú?
Y sin más me dijo:
- Yo solo tengo conmigo dolor y una fina ausencia que, aunque en todo momento por aquí palpita, sé que se aleja y pierde en el infinito.
Lo miré sorprendido y, como me resultaban extrañas sus palabras, otra vez le pregunté:
- ¿De qué me hablas?

Y muy seguro de sí y de su verdad, me volvió a decir:
- Las personas, los edificios, las obras que los humanos construimos, siempre, siempre y desde que existe la humanidad, se las come el tiempo. Pero en la dimensión de la eternidad, más allá de la luz, de los colores, del silencio y el viento, también siempre queda lo esencial. Lo que no puede verse con los ojos de la cara sino con los del alma.
- ¿Y tú sí tienes contigo y conoces algo de esto?
- En la Alhambra, en estos sitios que por aquí se ven y en muchas otras cosas que ya las ha demolido el tiempo, hubo personas malas. Personas que hacían las cosas solo en beneficio propio, aniquilando, quitando de en medio y humillando a todos los que tenían a su lado. Y esto lo sé porque, desde aquellos tiempos y hasta hoy, lo tengo claramente ante los ojos de mi alma.

Ahora, yo no dije nada. Lo seguí mirando y luego observé con él la robusta figura de la Alhambra y medité un momento. Por un instante sí me pareció descubrir el dolor de su corazón, su rabia contenida y un mundo repleto de desolación. Y quise creer que sí, que con los ojos de su alma veía lo que yo no y por eso me resultaba extraño su comportamiento. Me dijo:
- Otro día, vuelve por aquí y te cuento lo que ahora he intentado resumirte en dos palabras.

El huertecillo del río Darro

Solo era un rodal de tierra muy pequeño. Al lado derecho del río Darro, por donde la Fuente del Avellano y algo retirado de la corriente. Por la parte de la umbría del Generalife y al borde del trozo de tierra, crecía un acebo. De unos tres metros de alto, muy verde y a lo largo de todo el año, con sus ramas llenas de bayas. Pequeñas bolitas color rojo intenso, cuando están maduras, tóxicas para las personas pero alimento muy bueno para los pájaros, cuando por los campos escasean para ellos otros alimentos.

Quizás por esto, a lo largo de todo el año, en este acebo vivía un mirlo. Color negro, pico naranja, cola larga y de carácter dócil y alegre. Siempre que el hombre, dueño de las tierrecillas del huerto, andaba por aquí labrando, regando o recogiendo hortalizas, el pájaro le daba compañía. En cuanto lo veía llegar, primero salía volando desde el acebo hacia el bosque de la umbría, al tiempo que lanzaba una retahíla de chillidos. Luego, pasado un rato y cuando ya el hombre se afanaba en las tareas del huertecillo, el pájaro volvía otra vez al acebo. Por entre sus ramas revoloteaba, lanzando trinos y sonidos de asombro, de bienvenida o de rechazo y luego se ponía a comer las bayas del acebo.

Muy pocas veces el hombre le prestaba atención pero sí, de una forma inconsciente, le gustaba tener allí cerca de él, la compañía del ave. Sus cantos eran melodías llenas de fuerza y despreocupadas. Por eso el hombre, en muchas ocasiones, al ver y oír las baladas de este mirlo, para sí se decía: “Como si no le importaran nada ni los problemas o preocupaciones que cada día tenemos los humanos. Para él, no existe ni las dificultades ni lo que el futuro le tenga preparado. Como si la vida comenzara y se acabara en este mismo día y por eso tiene una razón fuerte para celebrarlo”.

Y a veces, cuando el hombre pensaba esto, el mirlo parecía adivinarlo poniéndose a cantar con más fuerzas y brillantez. Y con esta misma fuerza y contento, el ave le sorprendió aquella mañana. Todavía era invierno, ya casi final del mes de febrero y por las noches helaba. Sabía él que aun no era el momento en que los pájaros hicieran sus nidos. Porque siempre empiezan al comienzo de la primavera y por eso, aquella mañana, se sorprendió mucho. Llegó a las tierras de su huerto, echó una ojeada a las florecillas que al lado de arriba del acebo crecían y se dijo: “En cuanto tenga un rato, me pongo y saco de raíz algunas de estas plantas y las preparo para

llevarlas a los habitantes de la Alhambra". Y se decía esto porque algunas de las personas que vivían en los palacios, les habían dicho que estas florecillas les gustaban mucho porque eran únicas. Y, con este pensamiento, se puso él a labrar la tierra de su huerto cuando, al rato, oyó cantar al mirlo. Con una luminosidad tal que le asombró. Miró y lo vio recogiendo trozos de hierba seca para hacer el nido. El hombre se dijo: "Este año se adelanta y ahora sí que parece más que nunca que solo le importa vivir el momento".

El joven poeta

Escribía todos los días. A veces, un poema, otras veces, un relato breve, un cuento o un relato algo más largo que él llamaba 'novelilla'. No eran muchas las personas que leían sus escritos pero a él, no le importaba. Por eso, cuando alguno le comentaba:

- Si a nadie le interesa lo que escribes, no sé para que te metes en este trabajo.

Y él siempre respondía:

- Claro que sería para mí una gran satisfacción que muchas personas leyeran lo que escribo. Pero si solo a dos o tres interesa, con eso me conformo.

- Pero entonces ¿para qué escribes?

- Para contar lo que siento y sueño y dar mi opinión de los comportamientos de las personas y de este mundo.

- ¡Tonterías! Deberías dedicarte a trabajar en algo más valioso y no perder el tiempo de esta manera.

No se desanimaba cuando oía estos comentarios. Al contrario, siempre pensaba que algún día sus escritos servirían para algo. Y un día, dos amigos le dijeron:

- Un hombre joven y una mujer también joven, van a poner una escuela para enseñar a escribir cosas interesantes y bellas.

- ¿Cuándo y dónde será eso?

- Ya están apuntando a los que llegan y las clases las dan en el rellano del Rey Chico, cerca del río Darro y el Puente del Aljibillo.

- ¿Y por qué ahí?

- Dicen ellos que es el lugar ideal para formar a los futuros artistas. Frente a las torres de la Alhambra, no lejos del bosque y acompañados del rumor de las aguas del río. ¿Qué opinas tú de esto?

- Que esta tarde mismo voy y me apunto a esa escuela.

Al caer el sol, se presentó en la explanada del Rey Chico, cerca del Puente del Aljibillo. Saludó a los dos profesores, más jóvenes de lo que le habían dicho y enseguida el profesor le dijo:

- Ahora mismo estamos impartiendo unas clases. ¿Quieres quedarte y pruebas?

- Me quedo porque tengo gran interés en conocer y aprender las maravillas que estáis anunciando.

- Pues toma este cuaderno, siéntate aquí mismo, frente a las torres de la Alhambra y mirando al río y escribe lo que se te ocurra pero no más de media páginas.

Cogió el cuaderno, sobre el muro de la explanada se sentó, prescindió por completo de los que le rodeaban y se puso a escribir con la misma ilusión que lo hacía cada día. En silencio, aislado de todo cuanto por el lugar ocurría y viviendo lo que sobre el cuaderno iba dejando. Pasado media hora, el joven profesor le dijo:
- Ya es suficiente. Veo que has escrito media página pero tus letras yo no las entiendo. Léeme tú, por favor, tu propio relato.
Y el joven poeta, se situó delante del profesor, a la derecha de la muchacha que le acompañaba, abrió bien su cuaderno, se fijó en el texto que tenía escrito, respiró profundo y se dispuso a leer. Pronunció algunos sonidos irreconocibles y se esforzó en articular algunas palabras. No le salían porque ni él mismo entendía las letras que había trazado en el cuaderno. Sintiéndose impotente, miró al profesor y al notar éste la dificultad que tenía para entender lo que en el cuaderno había dejado escrito, le dijo:
- No te pongas nervioso e inténtale de nuevo. Quiero oír, con tu propia voz, lo que has escrito.
Y otra vez más intentó sin conseguir articular ni una sola palabra.

El joven profesor miró a su compañera y le dijo:
- Se trata de un caso especial. Que nos deje el cuaderno y que se marche que ya veremos nosotros lo que hacemos.
El joven profesor cogió el cuaderno del poeta y éste, lo despidió, caminó triste hacia el Puente del Aljibillo y mientras recorría las calles para regresar a su casa, se decía: "¿Qué será lo que me ha pasado para no poder leer ni entender ni siquiera lo que yo mismo escribo? A partir de ahora ¿qué voy a hacer con todos los escritos que tengo en mi casa amontonados?

Las ruinas

Caminaba despacio e iba escoltado por tres hombres alto y fuertes. Miraba al frente como intentando descubrir el sitio que le habían dicho, cuando uno de los que le custodiaba, le preguntó:
- ¿Ves aquellas partes altas del terreno?
Miró concentrado y pasados unos segundos, respondió:
- Sí que las veo. ¿Es por allí por donde se encuentra la casa?
- Por allí va el camino y, en cuanto remontemos, verás las tierras y las murallas. Desde el lugar, tendrás las vistas más hermosas sobre el río Genil, Vega de Granada, barrio del Albaicín y las altas cumbres de las nieves.

Desde donde en estos momentos estaban parados, el río Genil le quedaba a su derecha. A solo unos metros y a su izquierda, se veían las laderas por donde ahora se alzaban las nuevas casas. Entre jardines, escalonadas, calles estrechas y algunos trozos de tierra sembrados de hortalizas y chumberas. Por encima del collado hacia el que avanzaban, se vía Sierra Nevada cubierta por las nieves y por donde el sol se alzaba en

esos momentos. Porque era media mañana de un frío día de invierno aunque el cielo estaba por completo limpio y mostraba un azul muy intenso.

De nuevo dijo uno de los que le escoltaba:
- Sigamos y no estés preocupado por las cosas que te has dejado donde vivías.
- ¿Podré volver luego a recogerlas?
- No ahora de inmediato pero sí algún día y cuando te hayas adaptado. Sigamos adelante.
Continuaron avanzando por la pequeña senda de tierra e iban escoltado por los tres cuando, al dar una curva dirección al collado, la vieron venir. Una mujer joven acompañada de un hombre también joven que al descubrirlo, ella enseguida dijo:
- Un buen amigo nuestro nos habló mucho de ti. ¿A dónde vas por aquí y de este modo acompañado?
- Voy a vivir en una nueva casa desde donde dicen se ven las mejores vistas de todos estos lugares.
- Pues nosotros vivimos aquí cerca. Pararos un momento, llegad a mi casa, os la enseño y de paso os coméis unas naranjas de la nueva cosecha.

La mujer lo cogió del brazo, lo animó para que caminara confiado hacia su casa y, cuando llegaron a la puerta, abrieron y entraron. Dijo a él y a los que le escoltaban:
- Esta es mi casa. Pasad, os voy a enseñar el pequeño jardín y luego os sentáis en la terraza que en un momento preparo las naranjas que os he dicho.
Como impresionados por lo que comenzaron a ver, caminaron por el pasillo de la derecha. Por donde rosales, jazmines y enredaderas, cubrían y decoraban con elegancia y llenando de frescor y olores a naturaleza. Debajo de la parra, en lo que parecía una pequeña terraza y también balcón hacia un pequeño barranco, ladera y valle del río Genil, se pusieron. En unos bancos de piedra, se sentaron y él, enseguida se fijó en la ladera que al frente salía del pequeño barranco. Por ahí, le llamó mucho la atención las paredes de piedra delimitando trozos de terreno, algunos con muchas adelfas y zarzas silvestres.

Regresó la mujer con una pequeña cesta de naranjas que puso sobre la mesa de piedra y comenzó a ofrecérselas a los invitados. Al llegar al que iba escoltado, preguntó éste a la mujer:
- ¿Qué son esas paredes y montones de piedras por ese barranco y laderas?
- Las ruinas que por aquí quedan de las casas donde ellos vivían y los pequeños huertos que cultivaban.
- ¿Quiénes fueron ellos?
- Las personas que habitaban en este barranco y que todos llamaban y aun muchos los distinguen como la comunidad judía.
- ¿Y todo lo demás de aquella cultura y comunidad de personas?
- Por aquí, todo lo demás se ha perdido para siempre. Solo esas viejísimas piedras de ruinas por completo abandonadas, quedan. Yo y mi marido, aunque no queramos, cada vez que en este balcón estamos, vemos y

tenemos a solo unos metros de nosotros, las ruinas, trozos de paredes y hasta las pequeñas viviendas que estamos observando ahí en frente.

Poco después, con una naranja cada uno en sus manos, salieron de la casa de la mujer. Siguieron caminando, más escoltado ahora que antes por los tres que le acompañaban. Su corazón en estos momentos, estaba triste y de su mente no se borraba el montón de ruinas que había visto. Caminaban lentos y para sí se dijo: “Cuando esté instalado en la casa que dicen van a darme, sin duda que no voy a poder olvidar lo que acabo de ver. Porque tengo la sensación que bajo las ruinas de estas piedras, se ocultan y viven como en una eternidad, las almas y sueños de muchas personas buenas. ¿Por qué misterio los humanos somos capaces de romper y hasta dejar enterrado en el tiempo, miserias y sentimientos, ilusiones y sueños de personas que son hermanos nuestros?”

El jardín de los cerezos -Navidad 2013-1

Se le vía con frecuencia sentado en el mirador de San Nicolás. Siempre solo y cuando en este lugar no había nadie. Y sentado en el muro que sujeta al rellano de ese mirador, inmóvil miraba a la colina de la Alhambra, como si meditara algo muy grande o como si rezara alguna excelsa oración. Por eso y para sí, en su corazón y siempre que en este lugar estaba sentado, se decía: “Si yo tuviera dinero…”

Con frecuencia, un amigo suyo que lo conocía y por eso sabía muy bien lo que era un soñador, le preguntaba:
- ¿Qué es lo que harías si tuvieras dinero?
Y nunca, nunca respondía a la pregunta de este amigo. Pero en otros momentos, se le veía sentado en el mirador de la Alhambra. El que se abre en la misma Plaza de los Aljibes, frente por completo a la colina del Albaicín y a las blancas casas que por las laderas caen hacia el río Darro. Y también aquí sentado inmóvil, miraba fijamente sin pestañear. Meditando el sueño de su corazón y como rezando al cielo. Para sí y lo mismo que cuando estaba sentado en el Mirador de San Nicolás, se decía: “¡Si yo tuviera dinero…!”
Y cuando el amigo que lo conocía desde pequeño de nuevo le preguntaba:
- Sí tú tuvieras dinero ¿qué es lo que harías?

Tampoco respondía a esta pregunta y sí al día siguiente, en ocasiones por las mañanas y otras veces por las tardes, de nuevo se le veía sentado, en esta ocasión por donde el Mirador de la Silla del Moro. Con sus pies cayendo hacia el valle del río Darro y con sus ojos clavados en las blancas casas del barrio del Albaicín. Fijándose en un punto muy concreto: por donde la ladera que desde el Mirador de San Nicolás, cae hacia el río y las casas se apiñan entre sí. Y después de un rato en este peculiar silencio suyo, en su interior otra vez se decía: “¡Si yo tuviera dinero…!” y en esta ocasión, él mismo y usando las palabras de su amigo, se preguntaba:
- Si tuvieras ese dinero que deseas ¿qué es lo que harías?

Sentado en lo más alto de la Torre de la Vela, una tarde de invierno muy fría y con intenso olor a hojas secas, miraba fijamente al barrio del

Albaicín. Con sus ojos clavados en el mismo rincón que ya hasta de memoria conocía, el amigo de nuevo le preguntó:
- ¿Cuándo vas a decirme qué es lo que harías si tuvieras ese dinero que deseas?
Y él le respondió:
- Puedo decírtelo ahora mismo o pasado el tiempo y entonces no sería con palabras sino con hechos.
- ¿Y qué hechos?
- Mi sueño convertido en realidad si de verdad tuviera el dinero que te digo.
- ¿Pero qué clase de sueño es éste tuyo?
- Puede que lo veas cualquier día de estos.

Bajaron aquella tarde de la Torre de la Vela, descendieron la Cuesta del Rey Chico, subieron por la Cuesta del Chapiz y cuando ya la noche iba algo avanzada y al llegar a la pequeña plaza, dijo al amigo:
- Quizá mañana puedas ver, si no todo, sí parte del sueño que en mi mente continuamente conmigo llevo.
- Pues a ver si es cierto.
Y los dos se despidieron. Caminó él unos metros más, llegó a su casa, abrió la puerta de madera, pasó a la estancia, prendió fuego a unas ramas secas que tenía apiladas en la chimenea, se acurrucó frente a las llamas, envuelto por el profundo silencio de la noche y al poco, cerró los ojos. Durante un largo rato estuvo pensando en ella y le asustaba el tiempo que había pasado sin saber nada. El corazón se le entristeció y quiso relajarse para escapar una vez más de la extraña realidad, cuando el sueño lo venció.

Y al poco, se vio parado en la parte alta del terreno. Justo por debajo del Mirador de San Nicolás pero muy alzado en la ladera y sobre el río Darro. Por aquí no eran casas lo que ahora mismo veía sino un gran espacio abierto, sin construcciones ninguna pero sí mucho terreno con abundantes árboles, muchas acequias, bancales llenos de plantas aromáticas y flores de mil colores por las orillas de estos bancales. También caminillos y pequeñas albercas donde el agua se remansaba azul y cristalina. El silencio era total y por eso se oía con toda claridad el cascabeleo de las aguas cayendo por las acequias, en las albercas y en las fuentes. El aire era algo cálido y muy impregnado con aromas de jazmines, laureles, naranjos y limoneros.

Después de un buen rato parado en todo lo alto y al comienzo de un caminillo, miró con mucho interés para la Alhambra, la colina y laderas que caen hacia el río Darro. La tenía por completo al frente, silenciosas como siempre, las torres y murallas y como suplicando al cielo por entre las nubes y las cumbres de Sierra Nevada a lo lejos. Se dijo: “Este lugar, no puede ser más bonito ni estar mejor situado para lo que siempre he soñado. Y además, hasta creo que no le va a quitar categoría a la Alhambra sino todo lo contrario. Va a decorarla de la forma más hermosa que nunca nadie ha imaginado”.

Se movió ahora y caminó lentamente por la sendilla de la derecha, hacia los bancales de los cerezos. Según se acercaba a ellos, se los fue encontrando a todos desnudos de hojas, con los troncos tapizados de musgo

y con pequeñas matas de hierba brotando por entre las hojas amarillas que solo unos días antes se habían desprendido de las ramas. Las observó despacio, cogió un puñado de estas hojas amarillas, las echó al agua de la acequia que, por entre los bancales, corría ladera abajo como al encuentro del río Darro. De nuevo se dijo: “Ahí, en la parte alta, pondré la puerta para que entren las personas que vengan a ver este jardín. Y por estos caminillos, de bancal en bancal, siguiendo las acequias, les pediré que caminen. Y les indicaré que observen y gocen despacio este jardín mío, los cerezos en flor, las matas de espliego y setos de laurel y que, mientras esto hacen, vayan mezclando las imágenes que por aquí encuentren con las de las torres y murallas de la Alhambra. Para que comprueben que todo aquello es mucho más bello y tienen mayor categoría, desde el rincón de este jardín mío y por entre las plantas, olores y colores que hay aquí. Y si me preguntan:
- ¿Cuánto nos cuesta visitar y recorrer este jardín tuyo?
Les contestaré:
- Visitar este jardín mío para gozar de una forma diferente y por completo nueva en el mundo, no cuesta nada. Es por completo gratis.
- ¿Entonces?
- Hago esto por puro amor y para que vosotros y otras personas, gocéis y comprobéis que las cosas se pueden hacer y compartir con los demás, de forma diferente a como son y se hacen en los palacios de aquella colina.
- ¿Pero y el dinero para realizar y mantener todo esto?
- Tengo mucho y en lugar de gastármelo en comida y lujos para mí, lo empleo en lo que estáis viendo. Quiero demostrar también que sin este jardín mío y los cerezos que aquí crecen, a la Alhambra y la colina que la sostiene, le faltaría algo esencial que nadie nunca ha imaginado y menos, ha llevado a cabo.

Sintió unos golpes en la puerta y se sobresaltó. Despertó del sueño en el que se había sumido y al mirar, vio que el fuego en la chimenea se la había apagado. Entró en la estancia uno de sus amigos y le dijo:
- Vivo inquieto pensando en qué es lo que harías si tuvieras dinero. ¿Por qué no me lo dices ya?
Se levantó, saludó al amigo y le dijo:
- Ven conmigo y verás.
Caminaron por las calles y cuando llegaron por donde se alza ahora el Mirador de San Nicolás, bajaron un poco y al ver, a un lado y otro y abajo y arriba, las estrechas calles empedradas, las pequeñas plazas y las casas cercadas con muros de ladrillos, cemento y cal, dijo a su amigo:
- Pero no, mejor ya no te revelo que haría, según lo que siempre sueño, si algún día tuviera dinero.
- ¿Y eso?
- Ya estás viendo cómo está todo por aquí. Ni siquiera terreno para plantar un cerezo queda. Todo me lo han quitado antes de que yo apareciera y ahora ¿quién pudría hacer desaparecer todo lo que ves por este lugar para construir en esta ladera el más hermoso, jardín surcado por acequias que regalen agua clara por entre los cipreses, naranjos, granados y cerezos?

El corderillo color nieve -Navidad 2013- 2

Cuando las nieves cubrieron las montañas de Sierra Nevada y la escarcha apareció por las riveras del río Darro, en la Alhambra el rey dijo a su general:
- Ve a la majada del pastor del valle y le indicas que lleve a cabo lo que anoche aquí acordamos.
Y solo unas horas después, cuando el sol se alzaba limpio y brillante por encima de las altas torres, el general y cuatro de sus súbditos, salieron de la Alhambra. Montados en sus caballos, recorrieron las sendas dirección al valle de la majada. Al medio día, llegaron al lugar y en ese momento, solo una mujer con su hija, trajinaban por la puerta de la pequeña casa de piedra y monte. La niña, al ver a los caballos y a los hombres con sus ropas militares y armas de guerra, se asustó. Junto a la madre y como protegiéndose de algo malo, miraba sorprendida mientras también en esos momentos, un pequeño perro negro, ladraba a los que habían llegado.

Era diciembre y por eso el frío se colaba hasta los huesos. Las nieves se acumulaban en las partes altas de las montañas y por las laderas y cerca de los ríos y arroyos, las escarchas blanqueaban. Y como la familia de este pastor del valle sí celebraba la fiesta de Navidad, justo hoy se ocupaban ellos en algunos detalles de cara a la llegada del día más importante del año. Preguntó el general a la mujer:
- ¿Y tu marido?
- Por los campos con los animales. ¿Para qué lo quieren ustedes?
- Traemos un recado del rey de la Alhambra. Y como no tenemos tiempo, te lo voy a transmitir a ti para que cuando vuelta, tú se lo digas a él.
- Dígame lo que quiera que se lo comunicaré a mi marido en cuanto vuelva.

Y el general, muy brevemente transmitió a la mujer el encargo del rey y al poco regresaban por los caminos dirección a la Alhambra. En cuanto al caer la tarde el pastor regresó a la majada con su rebaño de ovejas, la mujer comunicó a éste lo que el general le había dicho. Y la niña, nada más saber de qué se trataba, comentó:
- Pues ahora mismo entro al corral y me traigo conmigo al corderillo color nieve.
- ¿Y eso por qué?
Le preguntó el padre.
- Ya sabes que es mi amigo y como aun es tan pequeño y se le ve tan débil, blanquito y tan bueno, no quiero que se lo lleves al rey. Me quedaré sola y triste si lo pierdo y precisamente por estos días de Navidad, es cuando más lo necesito para compartir con él mis cosas y mis juegos.

En la Alhambra, unas horas antes, el rey recibía a sus amigos, un grupo muy numeroso y les decía:
- Nosotros no celebramos la fiesta de Navidad como si hace el pastor del valle. Pero esta noche, mañana y pasado, os voy a agasajar con la mejor carne de cordero que hayáis comido en vuestra vida. Quiero que lo paséis bien y que cuando luego regreséis a vuestras tierras, digáis a todo el mundo que aquí en Granada, hay manjares que son trocitos de cielo con sabor a las montañas y nieve de Sierra Nevada.

- Hace bien su majestad, obsequiándonos con los mejores corderos criados en estas tierras. Porque como también dice, no celebramos la Navidad pero disfrutar de la mejor cena, no está prohibido. Se lo diremos luego a nuestros amigos para que se asombre del poder y riquezas que tiene el rey de la Alhambra.

En la majada del valle, dentro de la humilde casa, la niña abrazaba al corderillo color nieve. Le daba matas de hierba y le decía:
- Come todo lo que quieras y no te asustes que a ti nadie te hará daño. Eres mi único amigo y por eso te cuidaré y protegeré con mi propia vida.
La madre y el padre la miraban mientras se calentaban en la lumbre de leña seca que ardía en la chimenea. La mujer dijo al marido:
- Si allá en la Alhambra te dan algún regalo por los corderos tan buenos que les hemos criado este año, nos traes de la ciudad algunas cosas para celebrar un poco mejor la fiesta de la Navidad.
- No te preocupes que si me obsequian con algo, cumpliré fielmente lo que me encargas.

Poco después, los tres se acostaron en sus camas de monte y la niña puso a su lado al corderillo color nieve y de nuevo le comentaba:
- Unos a otros nos damos calor y así también cuido de ti para que no te pase nada.
La noche transcurrió en silencio, sin chispa de viento, con mucho frío y con el canto de algún mochuelo y cárabo por entre los árboles del río. Y a media noche, la nieve comenzó a caer. Sin hacer nada de ruido pero sí en gran cantidad y en copos grandes y esponjosos.

En cuanto amaneció, el pastor se dispuso. Salió de la casa y al ver todo el campo cubierto por un blanco y extenso manto, dijo a su mujer:
- No es un día bueno para llevar a cabo lo que el rey me pide pero tengo que hacerlo porque de lo contrario, será malo para nosotros.
- Pienso como tú y por eso ahora mismo te ayudo en lo que necesites. Los caminos están llenos de nieve y el frío es mucho pero los reyes de la Alhambra no entienden de esto.
En un momento, entre él y su mujer, separaron todos los corderos de las ovejas y al poco, los conducía por los caminos dirección a la Alhambra. Acompañado solo de un pequeño perro blanco y negro y el zurrón de piel de oveja a sus espaldas donde su mujer había puesto algo de pan y queso. Por entre las nieves, el monte helado y los ríos de claras aguas, condujo sin titubear el hato de corderos. Llegó a los recintos amurallados de la Alhambra al medio día y cuando justo en esos momentos en el cielo las nubes se abrían y el sol apareció. En cuanto vieron al pastor con su hato de corderos blancos y lustrosos, los guardianes avisaron al general y éste transmitió la noticia al rey que enseguida dijo:
- Que pase con sus corderos a estos recintos.

Avisó el rey a sus amigos y todos acudieron, les indicó y se fueron sentando a los lados de los salones, en los extremos y al fondo. Les decía el rey:

- Ya veréis qué corderos más hermosos y sanos criados en los pastizales de las montañas más altas y bellas.
- Y esto ¿para qué lo hace su majestad?
- Para que cuando luego esta noche nos comamos sus carnes asadas en las lumbres de leña y sentados en las mesas de este gran palacio mío, tengáis conciencia del manjar tan bueno que os ofrezco.
Alabaron al rey sus amigos y en ese momento, por el fondo de una sala, aparecieron los corderos guiados por el pastor.

Enseguida el rey miró a este hombre y descubrir como vestía y calzaba, al instante dijo:
- Que le den unos bombines de seda para que no pise y manche el suelo de mármol de estos hermosos palacios mío.
Al oír esto, muy extrañado el pastor comentó:
- Pero majestad, el hato de corderos que ahora mismo desfila por los lujosos recintos de estos palacios suyos, rayan y ensucian mucho más que mis albarca de esparto que han sido lavada por la nieve de los caminos.
- Los corderos son una cosa y tú otra. Ponte los bombines de seda para andar por estos maravillosos palacios míos y luego te los llevas como regalo especial y agradecimiento mío por todo tu trabajo. Te servirán cuando andes por tu casa allá en la montaña y para que aprendas modales.

No dijo nada más el pastor. Siguió guiando el hato de corderos por delante del rey y sus amigos y, al poco, le prohibieron continuar. Le dijo el general:
- Tus corderos ya son nuestros. Dentro de unos momentos los habremos degollado todos y estarán asándolos en las lumbres de leña para que el rey se los coma con sus amigos. Tú, vete de aquí y regresa a tu majada.
- Y con estos bombines de seda ¿qué hago?
- Has oído al rey que te ha dicho que te los ofrece como regalo.

Sin más, salió el pastor de los recintos de la Alhambra, buscó los caminos de regreso y mientras iba surcando los montes, se paraba en los castañares y buscaba castañas. Se decía: “Todas las que encuentre, se las voy a llevar a mi niña y a mi mujer para que nos sirvan de alimento en esta noche de Navidad. Es lo único que puedo llevarles de este viaje mío a la ciudad de Granada”. Caía la tarde y llegaba él a su casa en el valle. Se encontró a su mujer a su niña con el corderillo color nieve, cerca del fuego en la chimenea. Preparaban unos dulces con miel de romero y la niña daba pequeñas hebras de hierba a su cordero y le decía:
- En esta noche, tú no estarás solo ni nosotros tampoco.

En la Alhambra, en esos momentos, degollaban a los corderos que el pastor había llevado. Desollaron luego sus cuerpos, los asaron en las brasas de los fuegos y se los ofrecieron en lujosas fuente al rey y a sus amigos. Sobre las ostentosas mesas, humeaban las carnes con olor a sierra, musgos y romeros, laurel y orégano al tiempo que el rey decía:
- Comed, amigos míos que esta noche invito yo.
Y los amigos comentaban:

- Y una comida como la que nos ofreces, no se saborea todos los días. Tus corderos son los mejores que hemos probado en la vida.

Junto al fuego, en la casa del pastor del valle, su acurrucaba el padre, la madre y la niña. Saboreaban lentamente las castañas asadas en las brasas y luego los dulces con miel de romero que la madre había preparado. Sacó el padre de su zurrón los bombines de seda y ofreciéndoselos a su mujer le dijo:
- Este es el regalo que el rey me ha dado por los corderos que le he llevado a su palacio.
- ¿Y para qué quiero yo esto?
- Según él, para que no manches el suelo de esta casa nuestra cuando andes por aquí trajinando.

Algo triste la niña preguntó:
- ¿Y no te ha regalado nada para mí?
La madre la abrazó y le dijo:
- Tú tienes ahora mismo a tu corderillo color nieve, nos tienes a nosotros que te queremos mucho, todos por aquí tenemos la inmaculada nieve de estas montañas, el profundo silencio de la noche, la música del agua yéndose por el río y la luz del sol y el azul del cielo cuando mañana amanezca. Y todo esto, es mucho más valioso que los palacios de la Alhambra, los reyes y sus amigos.
Desde las torres de la Alhambra y en esos momentos, los guardianes miraban para las montañas y al ver un gran resplandor azul oro por donde la casa del pastor, asombrados preguntaron:
- ¿Qué será aquella luminosidad tan bella que por aquellos lugares arde?

El cortijillo de la fuente -Navidad 2013-3

Los dos trabajaban en la Alhambra. El marido, en cosas de artesanía y la mujer, en los palacios con los reyes. Tenían dos hijos, niña y niño de ocho y diez años y también jugaban ellos, a veces, con los hijos de los reyes y, en otras muchas ocasiones, con los demás niños de la Medina. Por todos eran muy queridos, tanto los padres como los hijos pero un día, a los dos lo despidieron de sus trabajos y a continuación le dijeron al padre:
- Tú, tu mujer y tus hijos, desde este mismo momento, tenéis prohibido no solo vivir en estos palacios de la Alhambra sino también andar por aquí.
Y suplicando el hombre preguntó:
- ¿Pero qué es lo que hemos hecho nosotros para que seamos despedidos y echados de aquí de esta manera?
- Eso no lo sabemos porque cumplimos órdenes. A partir de ahora, tú y tu familia, os las arregláis como podáis.

Aquel mismo día de invierno, ya próximo a la Navidad y con mucha nieve en Sierra Nevada, salieron del recinto amurallado de la Alhambra. Cargados con algunas de los enseres que tenían y, durante varias horas, en silencio caminaron por las veredas que llevaban a las montañas. Dirección al cortijillo de la fuente que no estaba lejos de la Alhambra. Al levante, cerca del río Genil y a los pies de Sierra Nevada, se recogía entre el monte. Justo al

lado derecho del arroyo, a la caída del collado y donde en la vaguada, brotaba un manantial. Por eso a la pequeña construcción, unos lo llamaban almunia, otros, casa con huerto porque rozando sus paredes, existía tierras muy fértiles donde en muchas ocasiones sembraban hortalizas. Otras personas conocían este lugar con el nombre de “el cortijillo de los ciruelos” porque en las fértiles tierras crecían estos árboles. Y muchos, simplemente se referían a él utilizando el nombre de “el cortijillo de la fuente”.

El manantial brotaba por el lado de abajo del collado y antes del cortijillo y el huerto. Por eso y por una rústica acequia, el agua de este venero, se derramaba cómodamente tanto en las tierras fértiles como en la pila de piedra que había en la puerta de la vivienda. Una riqueza muy buena y más porque ni siquiera en los años de menos lluvia, el manantial aminoraba su caudal. Por eso y desde tiempos remotos, los que habían vivido en este cortijillo, en todo momento se habían sentido afortunado por la abundancia de tanta agua pura y fresca. También por las abundantes hiedras verdes que se agarraban a las viejas paredes del cortijillo y a los troncos de los árboles. Daban sombras muy frescas en los calurosos meses de verano y, de alguna manera, abrigaban en los grises y fríos días del invierno.

En este recogido y bello lugar, se instalaron ellos. Labró el padre las tierras del huerto durante un tiempo y los niños le ayudaban. Recogieron algunas cosechas de berenjenas, espinacas, alcachofas acelgas y melones en verano y con esto iban tirando. Pero, pasado un tiempo y comprobando que en nada mejoraban sus vidas, el hombre dijo a la mujer:
- Debemos irnos a otro lugar.
- ¿En qué lugar piensas?
- Ahora mismo no lo sé pero lo sueño y por eso, mañana mismo voy a marcharme de aquí en busca del lugar que te digo. Deseo para ti y nuestros hijos, un futuro más seguro y bello para que cuando ellos sean mayores, tengan algo más que nosotros en estos momentos.
- Pues sea lo que Dios quiera y que tengas suerte para que ojalá no dentro de mucho, vuelvas por aquí con las manos llenas y el zurrón repleto.
Se marchó el hombre al día siguiente y pasaron los meses y los años y no daba señales de vida ni aparecía por ningún lado.

Por Navidad y aquel año de nieves abundantes en las cumbres de Sierra Nevada, en el cortijillo de paredes blancas y tejas de color barro sucio, solo vivían tres personas. La madre, aun joven pero muy deteriorada por la dura lucha a lo largo de la vida y los dos niños hermanos. Hacía ya mucho tiempo que el padre no estaba. Tanto los niños como la mujer, cada día y en cada momento lo esperaban pero por ningún sitio llegaban noticias de él y de aquí que fueron haciéndose a la idea de haberlo perdido para siempre.

Y aquellos grises días de abundantes nieves, ya en el umbral de la Navidad en el cortijillo hacía más y más frío. La madre había enfermado, no se sabía de qué y como los dos hermanos aun no eran muy mayores, tiritando de frío, con mucha hambre y asustados por las circunstancias que les envolvían, le preguntaron a la madre:
- ¿Vamos a por leña y con ella, hacemos un gran fuego en la chimenea para

que te calientes y recobres fuerzas?
Sabía ella que sus fuerzas no se recuperaban con solo calentarse en la lumbre. Pero como también se daba cuenta que los que se morían de frío y falta de cariño, eran sus dos hijos, les dijo:
- Sí, id a por leña para que el fuego no se nos apague. Cada vez hace más frío y como por la noche la escarcha es tan abundante, ni siquiera cuando sale el sol calienta.
- ¿Y a qué sitio vamos a recoger la leña que necesitamos?
Le preguntó la niña, la menor de los dos hermanos.
- Por el collado de las madroñeras siempre hubo ramas secas de enebro y encinas. Id despacio y tened cuidado que yo os espero mientras tanto, liada en esta vieja manta al calorcito de las ascuas que quedan y poco a poco se apagan.

Con una cuerda de esparto en la mano, envueltos en viejos abrigos y también con una pequeña cesta de mimbre, salieron de la casa, por donde las tierrecillas del huerto y siguieron la sendilla que subía hacia el collado. Recogidos en sí los dos y abrigados lo que podían para que el frío no se los comiera. Por la ladera, se veían salpicadas las madroñeras y de sus ramas, colgaban madroños rojos, redondos y sanos. Era por la mañana, ya casi medio día y por eso el sol, aunque no calentaba mucho sí lucía muy hermoso. Por entre el bosque se oía los graznidos de algunos mirlos y las escandaleras de los arrendajos. Dijo el hermano a la pequeña:
- Aunque hoy el frío es muy intenso y por la noche las heladas han vestido de blanco todos estos lugares, puede que por este bosque todavía haya algunas setas. ¿Quieres que busquemos a ver si tenemos suerte y encontramos?
- Nos vendrían bien para asarlas luego en las brasas y comer calentito aunque solo sea un bocado de setas silvestres.

Y según iban por la senda remontando hacia el collado, se apartaron un poco para la derecha. Cogieron algunos madroños de las matas más viejas y también echaron a la cesta de mimbre algunos puñados de bellotas recogidas en las encinas que iban encontrando. Rebuscaron por entre las hojarascas las últimas castañas que aun por estos lugares quedaban y luego siguieron buscando con la ilusión de hallar algunas setas. Decía la pequeña al hermano:
- Las setas de este bosque es lo que más le gusta a nuestra madre. Si las encontramos y las asamos en la lumbre, quizá le sirvan para recuperar fuerzas. Ojalá encontremos unas pocas.

Cerca de unas rocas y donde unos majuelos formaban como un pequeño bosquecillo, muy recogido y algo soleado, encontraron un pequeño rodal de níscalos. Quizá los últimos de la temporada pero que un estaban tiernos y muy sanos. Con cuidado, cortaron estas setas y las pusieron en la cesta, entre las castañas, madroños y bellotas. Y, para que los madroños no se despachurraran ni se estropearan las setas, cortó la pequeña unas matas de hierba y recogió unas cuantas hojas secas y grandes de castaños. Sobre la hierba colocó con mucho cuidado los madroños y sobre las amarillentas hojas de castaño, puso las setas, encima de las castañas y bellotas, dejando los madroños en separados en un rincón de la cesta.

Siguieron caminando, volcaron un poco para la umbría de la derecha y en cuanto encontraron ramas secas de enebro, sabinas y madroñeras, hicieron un haz no muy grande. Cargó con él el hermano mayor y la pequeña se encargó de la cesta con los frutos que habían recogido y mientras regresaban hacia el cortijillo, al pasar cerca del manantial, ella dijo al hermano:
- Y si por aquí también encontráramos algunas fresas silvestres para nuestra madre, sería estupendo.
Se pararon un momento a descansar, para beber un trago de agua del manantial y buscar fresas silvestres. No encontraron ninguna porque los fríos del invierno habían quemado por completo, no solo los pequeños frutos sino también las matas.

Siguieron bajando en busca del pequeño cortijillo y ya con el sol bastante colgado en el lado de la tarde, llegaron a la vivienda. Abrieron la puerta y lo primero que vieron fue a la madre liada en la manta vieja. Con la cara muy demacrada e intentando calentarse con las últimas brasas de la mortecina lumbre. En la estancia y no lejos de la chimenea, soltó el hermano el pequeño haz de leña al tiempo que le decían a la madre:
- Ya verás como ahora mismo avivamos esta lumbre y tú y toda esta estancia se calienta.
Y al acercarse la niña, también dijo a la madre:
- Y del bosque, además de leña para la lumbre, también traemos comida para ti.

A su derecha y carca de la mujer muerta de frío y sin fuerzas, puso la pequeña la cesta con los frutos que habían recogido por el bosque. Al poco, la lumbre resucitó y las llamas iluminaron y caldearon toda la estancia. En las brasas, asaron las bellotas, castañas y setas y cuando ya estuvieron a punto y mientras se las comían, la pequeña preguntó a la madre:
- ¿Por qué estamos tan solos en este mundo y ni siquiera tenemos mucho para cenar en una noche como ésta?
La madre abrazó al hijo por su lado derecho y a la niña por su lado izquierdo y les dijo:
- No estamos tan solos, hijos míos. Ahora mismo nos tenemos los unos a los otros, de alguna manera y sin que lo veamos, nos abraza el cielo y esta lumbre y estas castañas, nos calientan y alimentan.

Sobre el bosquecillo de la vaguada y del collado, la noche se cerró. En el cielo se acumularon las nubes negras y espesas y a lo lejos, comenzaron a brillar las luces de en las torres de la Alhambra y sobre la ciudad de la Alhambra y barrio del Albaicín. El silencio se espesó y la nieve comenzó a caer. El frío aumentó y junto al fuego, los tres acurrucados, la niña de nuevo preguntó a la madre:
- Y nuestro padre ¿Dónde estará ahora y por qué no vuelve? ¿Es que ya se ha olvidado de nosotros y no nos quiere?
Y en ese justo momento, fuera se oyó con una ráfaga de viento. Por las rendijas de la pequeña ventana en la estancia del cortijillo, penetraron unos copos de nieve y al extinguirse el ruido del viento, se oyeron pasos

aproximándose a la vivienda.

La ladrona

Corría la tarde del último día del año y el frío era intenso. Se veían muy blancas las cumbres de Sierra Nevada, por el Paseo de los Tristes, la escarcha aun no se había derretido ni tampoco por la orilla del río y laderas hacia la Alhambra. Por encima de las torres de los Palacios Nazaríes, se veían trozos de cielo azul y muchas nubes negras y blancas que a ratos eran rebaños de ovejas y, en otros momentos, vellones de algodón y montañas mágicas. Los cielos que coronan a la Alhambra, siempre son hermosos, muy llenos de misterios y decorados con trajes de seda bordados en oro y plata.

Ella caminaba sola, por la Carrera del Darro, a la altura del Bañuelo. Y se le veía hermosa, toda su espalda y hasta la cintura, cubierta por una hermosa mata de pelo negro, vestida con pantalones rojos y envuelta en un jersey negro de lana gruesa. En sus manos portaba una bolsa de plástico blanco y avanzaba como abstraída. Mirando para los lados pero no a las personas y como si pretendiera pararse en cualquier momento. Lo hizo al llegar a la altura de la iglesia de Santa Ana. Por aquí, en la calle y a la derecha según se baja hacia Plaza Nueva, hay algunos bares y tiendes con productos árabes. Y estas tiendas, además de las mil cosas de colores que muestran en su interior, siempre tienen las puertas llenas de prendas de vestir. Pañuelos, gorros, mochilas, faldas, bufandas…

Y ella, sin aparentar miedo alguno ni ocultarse de nadie, se paró frente a una de las cuerdas que en la puerta de una de estas tiendas sujetaba pañuelos grandes de colores, los tocó despacio, observándolos y levantándolos para arriba para verlos mejor y después de ojear varias prendas, tiró con cuidado y se trajo para sí una pashmina de seda y lana. Se la echó sobre los hombros y con mucho primor, se la fue colocando alrededor del cuello, por el pelo y por el pecho. Se retiró de la tienda y lentamente siguió caminando calle abajo. Pero dentro de la tienda, todo lo habían visto un hombre joven y una mujer mayor. Rápidos corrieron, salieron fuera y nerviosos le gritaron:
- ¡Eh, ladrona, devuelve ese pañuelo!

En mitad de la calle la joven se paró, esperó inmutable a que el hombre que la perseguía se le acercara y dejó que le arrebatara la pashimna con la que se había adornado. De un tirón y con gran brusquedad, el hombre le arrancó el pañuelo del cuello al tiempo que le gritaba:
- Eres una fresca, sin vergüenza.
Y ella, tal como estaba parada inmóvil en el centro de la calle, como sorprendida y con un débil hilo de voz, solo dijo:
- ¿Yo?
Después de unos segundos y ajena por completo a los que para arriba y para abajo pasaban, siguió caminando. Muy despacio y como si nada hubiera ocurrido. En la puerta de su tienda, el hombre del pañuelo se quedó observándola y al poco vio como se paraba de nuevo frente a la ropa de otra tienda un poco más abajo. Cogió una bufanda de lana gruesa y color gris, se

la enrolló en el cuello y antes de que diera un paso más, otra vez se vino hacia ella el hombre que la observaba.

Muy enfadado en esta ocasión y por eso, arrebatándole la prenda que había cogido, le gritó:
- ¿Tú está loca o es que tienes la cara de cemento?
Ni una palabra pronunció la joven. Dócil como un cordero, se dejó quitar la bufanda de lana gris, dio media vuelta y siguió bajando hacia Plaza Nueva. Al llegar a la altura de la calle Pisas, se fue por aquí dirección al museo que al final y al frente se ve. Se paró dos veces en las tiendas que hay en esta calle a la derecha, miró ilusionada algunas de las prendas que en las cuerdas había colgadas y con sus manos y muy tranquila, las alzaba por el aire y las movía de un lado a otro para verla mejor. Descubrió un gorro blanco también de lana y punto grueso y, sin más, lo cogió, se lo colocó sobre la cabeza, distribuyó bien su mata de pelo a un lado y otro y luego dio media vuelta, desanduvo el trozo de calle Pisas, pisó el pavimento de la Plaza Santa Ana y lentamente siguió caminando.

Ajena por completo a los que subían y bajaban y con su bonito gorro blanco de lana decorando su cabeza. Sobre la colina de la Alhambra, las nubes también decoraban y por Plaza Nueva, los turistas miraban mapas, hacían fotos y preguntaban por el Mirador de San Nicolás. Comenzaba a caer la noche y el frío aumentaba. Y ella, al poco se perdía por el comienzo de la calle Reyes Católicos, frente a la tienda de la Alhambra. Pero al llegar a una calle que por aquí sale a la derecha y se le conoce con el nombre de Joaquín Costa, se fue derecha a los contenedores de basura y por entre los cartones y bolsas negras y rotas, se puso a buscar comida.

La nieta y el abuelo

El abuelo, ya muy mayor, cansado y con muchos dolores por todo el cuerpo, era poeta. Autodidacta y por eso, todo lo que escribía decía siempre que era “a su manera”. Pero escribía todos los días y desde hacía muchos, muchos años. En la casa, en el baúl grande de madera que él mismo había hecho, guardaba todas sus poesías y una bonita colección de cuentos cortos que nadie conocía pero sí, de vez en cuando, leía a la nieta ya con doce años.

Y aquel día de invierno, el último del año, sentado frente a la chimenea, miraba por la ventana para la Alhambra. Desde la pequeña casa en el Albaicín, en mitad de la ladera no lejos del río Darro. Tenía en sus manos una pequeña cajita de madera de raíz seca de olivo que había tallado él mismo para regalárselo a la nieta en este fin de año viejo. Con su pequeña navaja de acero, daba los últimos retoques cuando a su lado, se sentó la nieta. Sobre su hombre izquierdo, reclinó la cabeza y acercó mucho a la cara del anciano, sus labios y mejillas de seda. También su mata de pelo negro, llenó de esencia y suavidad, las arrugas de la cara y cuello del abuelo.

En silencio permaneció ella así durante un buen rato, sintiendo el calor del cuerpo del anciano mientras parecía soñar, al tiempo que miraba

también por la ventana para la Alhambra y esperaba. El corazón del anciano, se llenó en ese momento de amor hacia la nieta y sentía que, a pesar de todo, la vida, las luchas y sufrimientos de cada día, merecía la pena si al final alguien acariciaba como en este momento lo hacía la nieta. Tal como estaba, casi durmiendo sobre el hombro del anciano, la niña le preguntó:
- Abuelo, cuando una persona muere y se marcha para siempre de este mundo ¿quién se lo lleva y por cuánto tiempo?
Sorprendido por la pregunta, el abuelo no dijo nada. Permaneció en silencio mirando por la ventana y meditando la pregunta. La nieta dijo de nuevo:
- Es que abuelo, en estos últimos días del año, ya han muerto cuatro conocidos nuestros. El que todos conocíamos como el filósofo, el hombre bajo y regordete que apenas podía andar, el alto y delgado que le dolía el corazón y el que andaba encorvado. Todos eran tan mayores como tú y por eso temo que un día de estos también te mueras. ¿A dónde van las personas cuando la muerte se los lleva?

Siguió en silencio el anciano, con la cajita de madera en la mano y gozando del calor que le regalaban los labios y mejillas de la nieta. Como durmiendo sobre el hombro del anciano, la niña de nuevo comentó:
- Y tú sabes que muchas personas dicen que nada importante has hecho a lo largo de tu vida. Solo escribir poemas que muy pocos leen, caminar por estos sitios, mirar despacio a los paisajes y seguir escribiendo poemas. Y ellos creen, los que de ti comentan lo que te he dicho, que no tendrás ningún premio después de esta vida porque ninguna cosa importante has hecho en este suelo. ¿Es cierto eso, abuelo?
Y al oír esta nueva pregunta, el abuelo siguió recogido en su silencio. Refinando la madera de la cajita que preparaba como regalo para la nieta y mirando para la Alhambra. Pasado un buen rato y cuando otra vez la niña le preguntó:
- ¿Es cierto, abuelo que tus poemas no sirven para nada?
El anciano ahora sí habló y dijo:
- En cada poema que a lo largo de mi vida he escrito, he dejado los latidos de mi corazón, los sueños de mi alma, mis creencias y fe en el cielo, mi dolor oculto y mi amor y respeto por las personas y todos los seres vivos y paisajes de este suelo. Y en cada momento, hija mía, en cada momento, he sentido que estaba bendecido por Dios. Por eso no tengo miedo y sí me encuentro muy satisfecho por la gran sinceridad y hermosa realidad que en mis poemas dejo recogido. Una visión del mundo, del Universo, de Dios, de la eternidad y de los seres humanos que poblamos este suelo, única, excelsa y bellísima realidad que difiere mucho de lo que a diario viven las personas.

Guardó silencio la nieta, meditó un momento las palabras del anciano y tal como estaba con su cabeza recostada en el hombro del abuelo, otra vez preguntó:
- ¿Y tú crees, abuelo, que es suficiente para que Dios te premie después de esta vida, con haber escrito tus poemas y haber dejado recogido en ellos todo eso que me has dicho?
Dio el anciano el último retoque a la cajita de madera que tenía entre sus manos, puso dentro de ella un poema que había escrito hacía unos días, cerró el pequeño joyero y se lo dio a la nieta diciendo:

- Es mi regalo para ti de fin de año.

Cogió la nieta la cajita, la sujetó ilusionada en sus manos, la fue abriendo despacio, sacó el papel donde estaba escrito el poema y leyó:

Irse de este mundo
con el calor de tu beso en mi cara,
no es morir, ángel mío,
es dormirse en el alba,
en el regazo de Dios
donde has sido y eres hada
y dulce alimento purísimo
de mi alma.

Al terminar de leer estos versos, tal como estaba recostada sobre el hombro del anciano, lo miró y vio que en ese mismo momento se iba quedando dulcemente dormido. Mirando para la Alhambra y sintiendo en su cansado corazón, el calor de los labios y mejillas de la nieta.

El sueño de un príncipe

No lejos de la Alhambra, aun hoy en día se conserva una de las vías pecuarias usada para la trashumancia, transito de ganado, en tiempos pasados. Discurre este camino por el barrio del Realejo y Barranco del Abogado, pasa cerca de los aparcamientos y remonta hasta más allá de los Llanos de la Perdiz.

Aquella transparente mañana de otoño, un poco después de la salida del sol, el príncipe subió a la torre. Solo unas horas antes, había sentido a los perros ladrar y a las ovejas balar. Por eso preguntó a uno de sus criados:
- ¿Por qué tantos balidos de ovejas y ladridos de perros?
- Son los pastores de la montaña que, como cada año, con la llegada del otoño y la proximidad del invierno, bajan desde las partes altas de las sierras, a las cálidas tierras de la Vega.
- ¿Y yo puedo verlos?
- Solo a unos metros de los palacios de la Alhambra, por el lado de las cumbres de Sierra Nevada, muchas veces transitan ellos, conduciendo a sus ovejas.

Toda aquella noche el príncipe estuvo meditando lo que le había dicho su criado. Y cuando, un poco antes de la salida del sol sitió los ladridos de los perros, subió a la torre para verlos. Y descubrió a los pastores, allá a lo lejos, por el lado del primer sol de la mañana. Se puso a escuchar los validos de las ovejas y se dijo: “Ojalá yo pudiera irme con ellos y dormir por las noches bajos las estrellas, en medio de los campos”. Y por las atura de los cerros que hoy conocemos con el nombre del Llano de las Perdiz y Cerro del Sol, el joven pastor miraba para la Alhambra y se decía: “Ojalá yo pudiera vivir en las torres de los palacios para oír por las noches la música de las

fuentes y aspirar por las mañanas el perfume de las flores en manos de las princesas".

Y unas horas después de la salida del sol, el príncipe de la torre de la Alhambra, dijo a su criado:
- Prepárame el caballo y algo de comida que dentro de un rato me voy a ir con los pastores que bajan con sus ovejas desde las montañas.
- Sus órdenes serán cumplidas al instante, alteza.
Se vistió el príncipe con la ropa que siempre usaba cuando iba de caza y, a media mañana, salió de los recintos de la Alhambra. Trotó con su caballo por entre los jardines y huertos de la Alhambra y cuando llegó a donde los pastores recogían a sus ovejas para continuar el camino, les preguntó:
- ¿Puedo quedarme con vosotros?
- Ningún inconveniente tenemos pero ¿para qué desea quedarse con nosotros?
- Quiero conocer vuestras cosas y deseo hacerme amigo de vuestros perros y ovejas. Y también quiero haceros una pregunta.
- Pues pregunte usted, señor, que nosotros le responderemos en la medida que sepamos.

Se bajó el príncipe de su caballo, se acercó a los rebaños de ovejas, saludó al joven pastor, a la hermana pastora y a sus padres y les preguntó:
- ¿Sabéis vosotros por qué sitio de estos montes se crían y abundan las perdices?
Y el joven pastor respondió:
- Sí que lo sabemos.
- Es que a mí me gusta la caza de los jabalíes y de los machos monteses y también me gustaría aprender a cazar perdices pero no sé dónde encontrarlas.
- ¿Usted quiere venirse con nosotros y se lo enseñamos?
- Estoy dispuesto a irme con vosotros ahora mismo. ¿Por qué sitios de estas montañas vais?
- Bajamos con los rebaños a la Vega de Granada pero mi hermana y yo, regresamos a nuestra casa allá en las altas sierras. Véngase con nosotros y le decimos dónde viven las perdices.

Y en ese mismo momento, se pusieron en camino por las sendas, laderas y barrancos, por los lugares que hoy conocemos con los nombres de Cerro del Sol y Llanos de la Perdiz. Caminaron durante media hora y el llegar a una gran depresión del terreno, el joven pastor dijo al príncipe:
- Vaya usted atento y en silencio que las perdices aparecerán en cualquier momento.
Y justo al dar vista al gran barranco, la bandada de perdices, alzaron vuelo. Hacia el lado del sol de la mañana y por eso, mientras se alejaban volando para las partes altas, sus plumas brillaban como pequeñas estrellas de colores. Exclamó el príncipe:
- Es lo más bello que he visto nunca. Subamos al cerro y desde allí me indicas los caminos y los sitios.

Un rato después, los tres estaban por donde la bandada de perdices se había parado. Sentados frente al barranco, frente a las cumbres de Sierra Nevada y con la visión de la Alhambra a su derecha, el príncipe dijo:
- Ojalá yo pudiera venirme con vosotros, los pastores de estas montañas y dormir por las noches bajo las estrellas, en medio de los campos.
Y la joven pastora y su hermano comentaron:
- Ojalá nosotros pudiéramos vivir en las torres de los palacios de la Alhambra para oír por las noches la música de las fuentes y aspirar por las mañanas el perfume de las flores en manos de las princesas.

Nota del autor:
La trashumancia en la península se remonta al tiempo de los godos, e incluso al tiempo de los iberos, cuyos pastores prestaron valiosa ayuda a los cartagineses en sus marchas a través de España. Pueblos como el tartesio, turdetano y romano concedieron gran importancia a la cría del ganado lanar pudiéndose constatar en época de Marco Varron (siglo I a. C.) la presencia de "calles pastorum" y de las servidumbres clásicas como la "viae", "iter" y "aetus", para toda clase de paso que posibilitase conducir ganados y carruajes entre dos predios. Ahmad ibn Umar al-Udri (1003-1085) describió la trashumancia que hicieron los moros en la Alpujarra entre la costa mediterránea y la Sierra de la Contraviesa en el sur de Sierra Nevada. En ese tiempo también los cristianos practicaban la trashumancia ovina.

El palacio del sol, gemelo de la Alhambra

I - Cada tarde y casi a la misma hora, se le veía. Siempre solo y siempre con el zurrón en forma de alforja o saco, a sus espaldas. Y caminaba lento subiendo primero por la pequeña laderilla, luego por el mismo filo de una loma en forma de almohada y después, bajando para el barranco del lado del sol de la mañana. Por aquí, entre los árboles y algunas rocas, siempre se perdía y, al rato, se le volvía a ver por la senda un poco más arriba. Seguía con su alforjas acuestas hasta que de nuevo se perdía por el barranco de la izquierda, por donde el sol de la tarde y la colina de la Alhambra.

Y los que lo veían, los que ya lo conocían de tantas veces verlo un día y otro, aunque nunca lo habían saludado directamente, siempre se preguntaban:
- ¿Quién será y qué será lo que cada tarde y cada día trae por aquí en su saco?
- Nadie, ni en el barrio del Albaicín ni en toda Granada, lo sabemos.
- Pero ¿a que parece que viene por aquí con su saco lleno de cosas y las esconde en algún rincón oculto y secreto?
- Parece eso pero ¿qué será lo que esconde y en qué sitio de este cerro?
- Tampoco nadie lo sabe y por eso, nada más ver su figura, intriga y desprende tanto misterio.
- Un día de estos, vamos a esperarlo por la senda esa del barranco, lo paramos y le preguntamos. Así salimos de dudas y aclaramos los secretos.

La loma, el cerro, el barranco y la laderilla por donde cada tarde se le veía, era por donde se encuentra la zona montañosa del Cerro del Sol. Un poco a la derecha, lado de Sierra Nevada y por eso frente por completo al sol de la mañana. A la izquierda, según él iba caminando por la senda, siguiendo la cuerda de la loma, se veía la recia figura de un palacio. Dar al-Arusa era su nombre y a la izquierda pero a los pies de la loma, se abría el barranco lleno de cuevas, un camino, árboles y jardines y la gran acequia que llevaba agua a los jardines y palacio de los Alixares. Por el lado de la puesta del sol, quedaban los jardines que se extendían hacia la muralla que protege a todo el conjunto de la Alhambra. Y para el lado norte, se abría la ancha umbría del Generalife y el hondo valle del río Darro. Por todo esto, el fantástico escenario que él cada tarde recorría lo enmarcaba e incluía en un mundo realmente bello y misterioso.

Y una tarde de otoño, después de varios días de lluvia, lo vieron aparecer por la sendilla de siempre. De las altas sierras bajaba aquella tarde un rebaño de ovejas en busca de las tierras del valle del río Genil. Y al cruzar, este rebaño por la ladera que él recorría, las ovejas casi lo rodearon. Y se vio, en ese momento, que la tierra y muchas piedras, caían rodando ladera abajo movida por las patas de los animales. Salió el sol por entre las nubes que se abrieron en el cielo y un haz de rayos muy luminosos y color fuego, incidió con fuerza en una zona de la ladera. Se vio como si la tierra que rodaba, dejara a al descubierto una estrecha puerta. Salió un intenso brillo de esta puerta y el hombre del saco, caminó un poco más. Se situó por el lado de arriba, no muy lejos de las paredes del gran palacio en lo más elevado del cerro y aquí se paró. Miró de frente al sol que al fondo y muy lejos se ponía, descolgó su saco de las espaldas, lo puso en el suelo, lo abrió frente al haz de rayos luminosos, hizo una señal y, como por arte de magia, todos los rayos luminosos se metieron dentro del saco. Formando antes como una bola dorada, semejante a un sol pequeño. Cerró luego el saco, cargó con él, todo ahora convertido como en un gran trozo de sol, caminó un poco y por la pequeña puerta que las patas de las ovejas habían dejado al descubierto, entró. Se perdió al instante y también al instante desaparecieron los rayos luminosos y los colores de la puesta del sol.

Los que lo estaban observando con la intención de averiguar quién era y qué era lo que por aquí cada tarde hacía, se miraron entre sí y dijeron:
- Parece como si hubiera metido en su saco toda la luz de la puerta del sol y se la hubiera llevado con él.
- ¿Pero a dónde se la ha llevado?
- Subamos aprisa y averigüemos a dónde lleva la puerta por donde lo hemos visto desaparecer.
Corrieron ladera arriba. Ya el rebaño de ovejas había dejado la ladera y se desparramaba por la parte llana hacia Granada. Por eso ellos avanzaron rápido en busca del punto luminoso casi en lo alto de la loma. Pero cuando llegaron al lugar nada vieron. Solo unas veredillas con la tierra suelta por el paso de las ovejas y al fondo y muy lejos, la ancha Vega de Granada por donde el sol se ponía.

Confundidos se miraron entre sí y comentaron:

- ¡Qué extraño es todo esto! Se ha llevado la luz del sol con él y se ha perdido en las entrañas de este cerro.
- ¿No será que todo este cerro está hueco y en sus entrañas se encuentra un palacio más grande y bello que la Alhambra?
- Es lo que yo estoy pensando. Y la única manera de saberlo es ponerse y averiguarlo.

II - Cuando a mí me contaron esta historia, cierto que me quedé intrigado. Pregunté:
- ¿Y se sabe si aquellos hombres descubrieron lo que se habían propuesto?
- Nadie sabe si lo descubrieron o no. Pero sí es cierto que muchos, muchos años después, en las montañas del Cerro del Sol, hicieron excavaciones. Como en muchos otros sitios en la colina de la Alhambra y alrededores.
- ¿Y han encontrado algo relacionado con el Palacio del Sol?
- Que se sepa, hasta hoy, nadie ha encontrado nada. Sí desapareció el gran palacio de Dar Al-arusa, los jardines que lo rodeaban, las murallas y torres y las acequias. Y todos esos paisajes, hoy están sembrados de pinos, olivos y bosques por la larga umbría del Generalife. Puedes verlo, con solo darte una vuelta por ahí y recorrer las sendas.

Y claro que me di y sigo dando no una vuelta por esos sitos sino muchas y siempre por las tardes. Procurando encontrarme con las mejores puestas de sol y con el deseo de hallar alguna señal o indicio del hombre del saco. He recorrido despacio todo por donde la Silla del Moro, por donde los cimientos del palacio Dar Al-arusa, los llanos de los olivos, por donde las albercas y acequias y también el barranco de las cuevas y los sitios por donde iban y venían los rebaños de ovejas. También he hablado con muchos y he leído libros y documentos. Y por ningún lado, hasta hoy, nada he encontrado que haga referencia al hombre del saco y al Palacio del Sol.

Sin embargo, quizás de tanto pensar en esto y tanto y tanto buscarlo por un lado y otro, bastantes veces lo he soñado. Y entre esos sueños míos, siempre hermosos y por completo llenos de luz y dulcemente bellos, voy a escoger ahora uno que tuve no hace mucho tiempo. Fue una serena noche de otoño, después de dos o tres días de lluvia y ya con la hierbecilla brotada por los campos. Hacía frío porque en las cumbres de Sierra Nevada ya las nieves habían caído y por eso me acurruqué en las mantas. Y al poco de quedarme dormido, con mis pensamientos puestos en cerro y Palacio del Sol, vi un maravilloso paisaje. Por donde el Cerro del Sol pero en las entrañas de los montes. Y el paisaje era extenso, muy extenso, todo lleno de grandes rocas blancas y tupidos bosques. Iluminado intensamente desde el lado del sol de la mañana y surcado por cientos de arroyos y ríos de agua muy clara. Me sentí a mi mismo caminando por este paisaje, como guiado por alguien muy sabio y poderoso, bueno como el mejor y bello como una fantasía mágica. Y me fue llevando de arroyo en arroyo, por las mil cascadas, los charcos remansados y las transparentes del agua. Y cuando nos parábamos frente a los charcos azules profundos, en todo momento le preguntaba:
- ¿Hay otro charco o río más bello que éste?
Siempre me respondía:

- Camina un poco y mira despacio verás como encuentras otro charco o río aun mucho más bello.
Le hacía caso y al instante quedaba convencido. Porque el manantial que antes mí aparecía triplicaba en belleza al último que había visto. Por eso le volvía a preguntar:
- Pero esta belleza, luz y transparencia, en algún punto debe tener límite.
- No lo tiene. Todo cuanto por aquí vayas descubriendo, siempre es más, millones de veces más que lo último que acabas de ver.
- No lo entiendo.
- Y es natural. Todo lo que por aquí existe pertenece al mundo de las sensaciones, de los sueños, de los sentimientos. Nada puede ser explicado con la razón.

Y siguió llevándome como de la mano hacia el lado del sol de la mañana hasta situarnos por completo frente a una gigantesca cascada. Pregunté:
- ¿De dónde viene y a dónde va toda esta agua?
- No viene ni va. Siempre está aquí presente para dar la vida y decorar a los paisajes que a un lado y otro tenemos.
- ¿Pero ningún río de estos riega con sus aguas a ningún palacio?
- Si y no.
- ¿Y eso?
- Ven por aquí y lo ves.
De nuevo me dejo guiar y, como si camináramos sobre el viento, rodeamos la gran cascada, siempre dirección a Sierra Nevada. Nos paramos por el lado de arriba y al instante vi al frente un enorme edificio de belleza fantástica. De piedra todo y en mármol de mil colores. Y en la puerta, sobre unas anchas escalinatas, vi a una mujer sentada y a su lado, una bellísima niña. Pregunto:
- ¿Qué palacio es éste y quien es ella?
- Es parte del Palacio del Sol y ella es la reina con su hija la princesa.
- ¿Cómo que parte del Palacio del Sol?
- Tienes que verlo para entenderlo. Ven por aquí y te lo enseño.

Me condujo por el lado de arriba, siempre dirección al sol de la mañana y al coronar una loma, vi las ruinas y, entre ellas, algunos hombres excavando. Comenté:
- Es como si lo más grandioso de este palacio alguien o algo lo hubiera roto y esos hombres que veo por aquí, parece como si lo estuvieran reconstruyendo.
- Es así.
- ¿Pero por qué y qué es lo que buscan tan concentrados?
- Buscan las joyas y la historia del pasado pero ni una cosa ni otra, encontrarán.
- ¿Y eso?
- El Palacio del Sol y el mundo donde se alzó y estuvo eternamente, pertenece a la región de los sueños. Es cierto que existe y casi a los pies de la Alhambra pero nunca nadie podrá encontrarlo.
- ¿Por qué no?
- Porque todos lo buscan en forma de materia, semejante a lo que conocen y ven en la Alhambra.

- ¿Y no es así?
- Ni mucho menos.
- Explícame para que entienda.

Y frente a las ruinas de una de las puertas del gran palacio, no muy lejos de la bellísima cascada, a los pies de los mil ríos, con la luz desde el lado de la mañana y el espectáculo de la nieve sobre Sierra Nevada, habló una vez más y me dijo:
- Es cierto que el Palacio del Sol es el gemelo de la Alhambra. Pero aquello son piedras, tierra y murallas de tierra roja y rocas y esto, el fantástico Palacio del Sol, es el alma. Pertenece al mundo de los sueños, sensaciones, sentimientos. Y por eso nunca nadie podrá entenderlo. Solo alguien como tú, puede en algún momento, verlos en sus sueños.

Y justo en este momento me desperté en mi cama. Abrí mis ojos, miré por la ventana y vi que ya salía el sol. Estaba el cielo limpio de nubes y el amanecer era bello, muy bello. Durante unos minutos, medité tal como estaba en acostado y luego me dije: "Será sueño todo lo que acabo de ver y oír pero yo creo que, de alguna forma y en algún lugar, todo esto tiene que existir. Estoy seguro de ello".

El árbol en la riada del río Darro

Desde el año 1478 a 1983, el río Darro y a su paso por Granada, se ha desbordado 25 veces. Una media de 4,5 veces por siglo. La fecha concreta, a partir de la cual se tienen datos de estos desbordamientos, es el 21 de junio de 1478. En ese mismo día se produjo una fuerte tormenta. Llovió tanto que se desbordaron los tres ríos de Granada, el Beiro, el Darro y el Genil. Pero por el Darro fue por donde más agua corrió. Su corriente arrastró árboles, se taponaron los puentes y arrasó gran parte del Zacatín y la Alcaicería. Murieron varias personas.

La verdadera belleza, valor y nobleza de los pueblos y personas, está en su alma. En aquello que es por completo invisible a los ojos de la cara y no se puede tocar con las manos porque pertenece a la región del espíritu. Y todas, todas las personas, poseemos esta riqueza y también los pueblos y las naciones. Tal es el caso del pequeño y hermosísimo barrio del Albaicín, en Granada, España. Blanco y singular barrio sobre la colina, en las márgenes del río Darro, hermoso en su exterior y más aun en su alma. Tesoro que muy pocos conocen a pesar de los más de los mil años que tiene ya y a pesar de lo mucho que lo visitan, lo fotografían y lo escriben. Y es, lo repito de nuevo, porque muy pocos somos los que conocemos la verdadera alma del Albaicín. Sin embargo, el hecho que narro a continuación, ocurrió en este rincón de Granada. Y por pertenecer a la región de lo excelso, de lo que no se ve con los ojos porque es alma, para muchos es por completo desconocido. Pero fue cierto y por su gran belleza y valor, lo escribo a continuación.

Solo eran tres de familia: el padre, la madre y el hijo, ya metido en lo mejor de su juventud. Tenían ellos su casa justo en el corazón del Albaicín,

cerca de lo que hoy se conoce con el nombre de Mirador de San Nicolás y no eran dueños de nada. Ni tierrecillas ni animales. El padre, solo eventualmente trabajaba en las construcciones de la Alhambra, palacios, murallas, casas, jardines, huertas o paseos. El hijo, más o menos lo mismo, pero en el barrio donde vivían. Muchos conocían a esta familia y como sabían que eran pobres y la madre, especialmente buena para con todos, los respetaban y en lo que podían, les ayudaban. Los vecinos entre sí, con frecuencia se decían:
- ¡Qué buena es la mujer de la casa del cerro!
- Y que lo digas. Siempre callada, ocupada en el cuidado de su hijo y marido, sacrificada como ella sola y agradable y bondadosa.
- Y su hijo, ya todo un hombre, ha salido a la madre, en prudente y respetuoso y al padre, en trabajador y serio. Pocos jóvenes como él hay en este barrio y eso sí que es una pena.
- También desde luego es una pena que esta familia tan buena no hay tenido más suerte en la vida.
- En esto sí que tienes razón. Con lo buenas que son estas personas y que nadie nunca, entre los reyes de la Alhambra y poderosos, les haya tendido una mano para aliviarlos de su pobreza.

Estas cosas y parecidas, comentaban con frecuencia los vecinos y conocidos porque eran los que cada día veían y les inquietaba. Tanto que cuando le preguntaban a la madre:
- ¿Qué te gustaría que sea tu hijo de mayor?
La mujer siempre respondía:
- A mi solo me toca criarlo y darle lo mejor que en cada momento tengo en mis manos.
- Pero las madres siempre deseamos para los hijos, fortuna, buenos amigos, suerte en sus sueños…
- Y también yo quiero esto pero sin dejar de pisar con los pies puestos en la tierra. Nosotros hemos nacido pobre y no tenemos estudios ni amigos ricos. Por eso, lo que más me gustaría para mi hijo en su vida es que siempre trate a todo el mundo con respeto, que no robe ni engañe a nadie y que ayude, según sus fuerzas, a todo el que lo necesite.
Y los amigos, amantes de la actitud y respeto de la madre, se quedaban admirados. Quizá por esto condición para con ella, su hijo y marido, aquel frío día de otoño, respondieron tan generosamente.

Se acercaba ya el mes de noviembre y las lluvias habían llegado. También los fríos, dejando las primeras nieves sobre las altas cumbres de Sierra Nevad. Pero especialmente las lluvias, caían con fuerza y casi sin parar durante el día y por la noche. Por estas circunstancia ni el padre ni el hijo, tenían trabajo y en la casa solo un poco de harina y frutos secos, había para comer. En las tierras altas del río Darro, ya entre montañas y a la derecha, la viña del hombre rico, todavía tenía sus racimos sin cortar. Y como la cosecha había sido buena, por el intenso calor del verano y la humedad en el ambiente, el hombre estaba ilusionado. Esperaba recoger una buena cosecha de uvas que luego convertiría en vino para deleite de los reyes de la Alhambra. Por eso, aquel frío y lluvioso día de otoño, el hombre rico de la viña, dijo a su mayordomo:

- Ve al barrio y busca una cuadrilla de hombres jóvenes para empezar a vendimiar mañana mismo.
- Pero señor, con esta lluvia ¿cómo vamos a cortar las uvas?
- Esa pregunta también me la hago yo pero si no la cortamos, será todavía peor. Así que hazme caso.

El mayordomo, aquel mismo día bajó a Granada en busca de una cuadrilla de jóvenes para dar comienzo a la vendimia. Y se presentó justo en el centro del barrio, fue a la casa de sus conocidos y los contrató a todos. Luego se acercó a la casa de la familia pobre, preguntó por el hijo y cuando la madre le dijo que estaba sin trabajo, el mayordomo le confirmó:
- Pues que se venga, mañana por la mañana, con el grupo de hombres que he contratado, que no le faltará trabajo en la finca.
- ¿Y qué tiene que llevar?
- Solo un poco de ropa, algo para protegerse de la lluvia y nada más.
- ¿Y la comida?
- En el cortijo le daremos lo que podamos.
- Pues muchas gracias y ahora mismo se lo digo y le preparo las cosas.

Pero cuando la madre le comunicó al hijo la noticia, éste dijo:
- Pero madre ¿qué ropa me voy a llevar si solo tengo lo puesto?
- Lo sé, hijo mío pero tú no te preocupes que ya verás como yo lo arreglo.
- ¿De qué modo vas a arreglarlo?
- Eso es cosa mía. Tú quédate en casa, prepara lo que puedas y sea necesario que ya verás como mañana lo tenemos todo arreglado.
Junto a la pequeña lumbre que ardía en la chimenea de la casa, se quedó el joven sentado. Calentándose en compañía del padre que, mientras también se calentaba, meditaba en silencio. Y la madre, sin miedo al frío ni a la lluvia, salió de la casa, caminó lenta por las calles, llegó a casa de una de las amigas y le contó lo que pasaba. La amiga le dijo:
- Poco tengo yo para darte pero ten esto y a ver si alguien más puede ofrecerte alguna prenda.
Agradeció la madre la generosidad de la amiga y siguió visitando casa. Cuando ya caía la noche, toda empapada y muy cansada, llegó a su casa y enseguida llamó y dijo a su hijo:
- Ya tenemos aquí la ropa necesaria para llevarte mañana.
- ¿De dónde la has sacado?
- Las personas de este barrio son todas muy generosas.

Y aquella noche, llovió sin parar, a ratos torrencialmente, luego paraba para continuar más suave. Varias veces se despertó el joven y al oír la lluvia caer, mientras de nuevo cogía el sueño y pensaba en el encuentro con su trabajo al día siguiente, se preguntaba: “¿Cómo bajará el río Darro mañana con tanta lluvia como está cayendo? Porque tendremos que cruzarlo para ir al cortijo donde nos ofrecen el trabajo. Y si no hay puentes por esos sitios ¿cómo nos las arreglaremos?” Y la única respuesta que encontraba era confiar en el grupo de personas que irían con él al trabajo de la viña.

En cuanto amaneció, se levantó, preparó las cuatro cosas, despidió a sus padres, salió a la puerta y se fue derecho al punto donde, en el mismo

centro del barrio, habían quedado juntarse. Poco a poco y bajo el frío intenso y algo de lluvia menuda, unos y otros fueron llegando. Se saludaron, comentaron la copiosa lluvia que a lo largo de la noche había caído y, liados en sus escasas ropas de abrigo, se animaron y se pusieron en camino. Bajando por la estrecha calle hacia el cauce del río mientras comentaban:
- Pues lo de la vendimia yo creo que ya se ha fastidiado porque con tanta lluvia ¿cuántos racimos de uva quedarán sanos?
- Pero nosotros nos presentamos porque eso es lo que ayer nos dijo el hombre que vino a buscarnos.
- Y también será una pena que ni el dueño de la viña pueda recoger su cosecha ni nosotros podamos echar unos jornales, con la falta que nos hace.

Llegaron al cauce del río, por la senda que orilla arriba remontaba, siguieron avanzando y unas horas después ya se encontraban a la altura de lugar que hoy se conoce con el nombre de Jesús del Valle. Y al llegar a este punto, varios dijeron:
- La crecida del río es grande pero tenemos que cruzarlo para seguir por el camino que va por el otro lado.
- ¿Y por dónde lo cruzamos?
- Vamos a buscar un paso.
Buscaron y, al poco encontraron un punto por donde se encajaba en un estrecho y hondo tajo. Por eso, en este punto, el agua discurría con violencia y por eso, la fuerza de la corriente, hasta este lugar había arrastrado el grueso tronco de un viejo árbol. Atravesado y de un lado otro del río, se había quedado atascado, formando como un pequeño puente, recio en apariencia pero estrecho y muy escurridizo por estar mojado y lleno de barro. Dijeron los más valientes:
- No tenemos más remedio que aprovechar este gran tronco y saltar al otro lado del río.
Y los miedosos preguntaron:
- ¿Y no será peligroso?
- Si pasamos despacio y con todo el cuidado ya veréis como no hay peligro.

El que parecía más valiente de todo el grupo, se animó y despacio y por completo pendiente del tronco y de la corriente, poco a poco cruzó y se encajó en el otro lado del río. Dijo:
- ¿Habéis visto? Así que adelante, sin miedo, concentrados y sin perder el equilibrio.
- Yo voy el segundo.
Dijo otro del grupo. Y se puso a caminar lentamente por encima del tronco del árbol. En solo unos minutos logró atravesar el río y a continuación se animó otro más y otro. Hasta que solo quedaban, al otro lado de la corriente, el hijo de la familia pobre y otro muchacho muy amigo suyo. Dijo el joven a su amigo:
- De nosotros dos, ahora te toca a ti. Yo quiero quedarme el último por si tienes algún problema, ayudarte.
Y el amigo, un poco asustado confesó al joven:
- En mi vida he tenido tanto miedo como en este momento.
- Ya has visto como los demás han cruzado y todo ha salido bien.

- Pero también estamos comprobando que por el río, baja más agua y con más fuerza por momentos.
- Venga, adelante que yo estoy aquí para echarte una mano, si fuera necesario.

Y sin más, el amigo dio su primer paso sobre el tronco, se paró, miró para atrás y luego para la corriente y siguió adelante. Tembloroso y como perdiendo el equilibrio pero intentando superar el trance. Miraba al frente, en algún momento que se paraba y miraba para atrás, antes de dar el siguiente paso.
- Lo estás consiguiendo.
Le dijo el joven cuando justo en este instante, resbaló, cayó a las aguas, agarrándose al tronco al tiempo que gritaba:
- ¡Socorro que me lleva la corriente!
Fue suficiente para que el joven, sin pensarlo un segundo, se pusiera a correr por encima del tronco en busca de su amigo. Consiguió llegar a él, cogerlo de las manos, sacarlo del agua, ponerlo sobre el tronco, mientras en amigo seguía gritando e intentando agarrarse a lo que pudiera. Y justo en uno de estos forcejeos, sin pretenderlo, el amigo empujó al joven, cayó éste en el centro de la corriente, hundiéndose enseguida entre las ramas y hojas arrastradas por las aguas.

Gritaron los de la orilla opuesta, lo llamó el amigo, algunos corrieron río abajo con en deseo de verlo salir a flote y sacarlo de las aguas pero cuando por fin vieron el cuerpo del joven, ya el río lo había arrastrado más de cien metros. Y fue salir a la superficie y enseguida las olas volvieron a sepultarlo. Varios más continuaron corriendo y llamándolo río abajo pero todo fue inútil. En poco tiempo perdieron todo rastro del joven y al sentir el dolor de la tragedia y la desesperación, decidieron no seguir hacia el cortijo de la viña. Aturdidos regresaron al barrio del Albaicín y cuando llegaron, contaron a los padres lo sucedido. También la noticia corrió como la pólvora de una casa a otra y muchos bajaron al río con el deseo de encontrar al joven en algún sitio varado. Toda la tarde y parte de la noche, los padres y los vecinos, lo estuvieron buscando y llorando y ninguna señal de vida vieron. Tampoco al día siguiente ni al otro ni al otro. Entristecidos los padres lo lloraron y lo mismo muchos amigos y vecinos. Y para consolar a la madre algunas amigas le decían:
- Todos sabemos que era el joven más bueno de este barrio. Por eso debemos pensar que Dios se lo ha llevado con Él al cielo.
- Sí, mujer. El dolor de su pérdida siempre, a partir de ahora, lo tendrás contigo pero también el consuelo de saber que fue el más bueno.
Y la madre callaba, a veces lloraba, miraba al cielo y al río y en su corazón rezaba.

Los niños del otoño

En los últimos días del mes de octubre, llovió mucho pero las temperaturas se mantuvieron suaves y esto dio lugar a dos cosas: en los campos la hierba brotó enseguida y en la umbría del Generalife y de la Alhambra y toda la cuenca del río Darro, los bosques se llenaron de colores

otoñales. Desde la misma puerta de su cueva, en la ladera del Cerro de San Miguel Alto, los niños contemplaban este espectáculo. Le decían al padre:
- ¿Cuándo nos llevarás por los caminos a ver la Alhambra? Porque aquello, en estos días, tiene que ser maravilloso.
Y como el padre no tenía tiempo ni para dormir porque debía trabajar mucho para alimentarlos, en mil cosas y todas insignificantes, siempre les respondía:
- Algún día de estos, hijos míos, algún día.

Los niños eran cuatro: la mayor, con doce años, la pequeña, que hacía poco había cumplido ocho años y los dos de en medio, que eran varones. Muy pobres todos porque el padre, además trabajar en cosas insignificantes, apenas conseguir para alimentarlos. La madre no tenía otro trabajo que cuidar de los niños, llevarlos y traerlos por los caminos en busca de ramas secas para hacer fuego en la puerta de la cueva o lavar la ropa en las aguas del río. Sin embargo los niños, siempre al cuidado y confiando en la hermana mayor, continuamente andaban jugando y de acá para allá con los grupos de amigos.

Fue así como, un día de sol espléndido de aquel lluvioso otoño, un amigo suyo pastor les dijo:
- Podéis veniros conmigo a los campos donde llevo a mis ovejas a pastar.
Preguntó la hermana mayor:
- ¿Ha nacido ya la hierba en esos campos?
- Como ha llovido tanto y las temperaturas han sido buenas, la hierba está muy verde y alta en las praderas. Y hoy, mirad qué día de sol tan buen llega.
Le pidieron permiso los niños a la madre y al rato, los cuatro hermanos subían por las veredas, tras el pequeño rebaño del amigo, en busca de las tierras de la hierba. Y las encontraron a media mañana. En unos terrenos llanos, las ovejas se esturrearon buscando las mejores matas de hierba y los niños se pusieron a jugar por las anchas alfombras frescas. Y el amigo pastor, con las varetas de mimbre que tenía preparadas, se dedicó a trabajar en algo que, desde hacía tiempo, tenía entre manos. Al verlo, la mayor le preguntó:
- ¿Para qué es esto?
- Quiero hacer una jaula de mimbre para meter dentro algunos de los pajarillos que viven por estos prados.
Guardó silencio la niña, meditó algo y, pasados unos segundos, volvió a preguntó al amigo:
- ¿Y tú podrías hacerme a mí una jaula como la tuya?
- ¿Para que la necesitas?
- Cuando ya tenga la jaula en mis manos te lo digo.
- Pues por intentarlo, nada pierdo.

Al caer la tarde, con el rebaño de ovejas, el pastor y los niños, regresaron a la ladera de las cuevas en la parte alta del barrio del Albaicín. Y antes de llegar, los niños vieron a la madre que, desde la cueva, salía corriendo a su encuentro. Los abrazó cuando llegó a ellos y luego les dijo:
- Seguid en compañía de vuestro amigo el pastor y quedaros esta noche a dormir con ellos.
- ¿Por qué, mamá?

Preguntó la niña mayor.
- Mañana os lo digo.
Y llamó ella a parte al pastor y le comentó lo ocurrido:
- Nuestra cueva, como la tierra está tan empapada, se ha hundido y mi marido ha quedado dentro enterrado. Seguro que está muerto y por eso no quiero que los niños lo sepan. Llévatelos contigo y cuídalos de la mejor manera que puedas.
Se llevó el pastor a los cuatro niños diciéndoles que en su casa lo iban a pasar muy bien. Pero cuando llegaron y la mujer del pastor los vio, enseguida preguntó:
- ¿Por qué te los has traído contigo?
Le explicó a la mujer lo que en la cueva había pasado y aun así, ella comentó:
- Pues si los niños entran contigo a nuestra casa, yo me voy a dormir con los vecinos. Ya sabes que no quiero ni verlos.
- Pero mujer…
Y por más que el pastor intentó convencer a su esposa, ésta no dio su brazo a torcer.

Cayó la noche, en la cocina de la casa, el pastor encendió fuego e hizo una sartén de gachas. Junto al fuego reunió a los niños y los invitó a comer, mientras se calentaban. Y en un momento de la comida la más pequeña preguntó:
- ¿Por qué no está aquí con nosotros tu mujer?
- Vendrá mañana.
Y la niña mayor dijo:
- Y también mañana puede que nuestro amigo nos lleve a ver los jardines de la Alhambra y me regale la jaula de mimbre que me ha prometido.
De nuevo la más pequeña preguntó:
- Pero esta noche ¿dónde vamos a dormir?
- Lo tengo todo preparado.

Poco después, los cuatro niños se acurrucaban en un montón de paja, en un reducido cuarto cerca de la chimenea. Y mientras intentaban dormirse, la mayor dijo a los hermanos:
- Ya veréis qué bonito cuando tenga yo la jaula que me ha prometido y dentro de ella a los pajarillos.

En la Puerta de las Granadas de Granada

En 1536 se construyó, a modo de solemne entrada a la Alhambra, la Puerta de las Granadas. Proyecto de Pedro Machuca, el mismo arquitecto del Palacio de Carlos V. Labrada en piedra y con aparejo almohadillado. En el tímpano presenta el escudo Imperial, con las figuras alegóricas de la Paz y la Abundancia, coronado por tres granadas, que es de donde mana el nombre de esta puerta. De estilo renacentista y sustituyó a otra islámica, cuyos restos pueden verse en su costado derecho. Tras la Puerta se abre el Bosque de la Alhambra, recorrido por tres paseos peatonales. El derecho, conduce a Torres Bermejas, Auditorio Manuel de Falla y Carmen de los Mártires, el

izquierdo, antiguamente llamado "Cuesta Empedrada", conduce al flanco sur de la muralla de la Alhambra y Puerta de la Justicia.

Llegó el otoño y en el jardín de su casa maduraron las granadas. Y las que primero lo hicieron fueron las del granado de las tres ramas. El que crece junto a las matas de mirto y entre los dos naranjos. Y él, a partir del momento en que las granadas empezaron a mostrar sus colores oro sangre, cada mañana y cada tarde, visitaba este rincón del jardín, buscaba la granada más colorada, pequeña y bien formada y la cortaba. Se la metía en el bolsillo y se iba con ella por las calles de Granada. Se decía: "Miraré con atención a las personas que me vaya encontrando y en cuanto la vea, me pondré frente a ella, la saludaré y le ofreceré esta granada diciéndole:
- Es un regalo para ti del otoño de Granada".

Desde hacía mucho tiempo, cada tarde salía a dar un paseo por las calles de Granada. Siempre con ella en su pensamiento y por eso, ofreciéndole en cada momento, lo que a su paso encontraba. Las claras aguas del río Darro, la silueta de la Alhambra en la colina, el Paseo de los Tristes, el bosque y camino de la Fuente del Avellano, la umbría del Generalife, los jardines de la Alhambra, el Mirador de la Silla del Moro y las puestas del sol y airecillo que por este rincón cada tarde disfrutaba. Por eso, a pesar de los meses y los años, no podía borrarla de su pensamiento. Aunque, según el tiempo iba pasando, sí se le diluía su cara, se le olvidaba el timbre de su voz, el perfume de su cuerpo y hasta los colores de sus manos de hada.

Y cuando cada tarde en silencio paseaba y, como escondido, la iba buscando, siempre soñaba en encontrarla en cualquier momento. Por eso llevaba en su bolsillo la pequeña granada y el corazón dispuesto para el encuentro. Pero sucedía que, al terminar su paseo, cada tarde regresaba a su pequeño rincón con la ilusión tronchada. De aquí que en muchas ocasiones se dijera: "¿Y qué hago yo ahora con esta granada?" La sacaba de su bolsillo, la miraba en sus manos y luego, procurando que nadie lo viera, la soltaba en algún lugar concreto. Muchas veces, sobre el viejo muro que encauza al río Darro en el paseo que sube hasta la Plaza de los Tristes. Otras veces, en el muro del camino que lleva a la Fuente del Avellano, en el camino que sube por la Cuesta del Rey Chico, en algún punto de los jardines de la Alhambra, en la fuente de la Cuesta del Realejo, en el pilar de la calle Elvira. Y al soltar la granada para dejarla en estos sitios, siempre también se decía: "Ojalá apareciera por aquí y la viera y se la llevara. Y si no fuera así, que se la lleve cualquiera y la guarde como regalo aunque no sepa quién soy yo ni por qué le ofrezco este regalo".

Todo esto fue así aquel año nada más llegar el otoño. Hasta que una tarde, ya final del mes de octubre y con el cielo cubierto de nubes, bajó a su jardín, cortó una pequeña granada del granado del mirto, se la metió en el bolsillo y caminó despacio por la calle Real de Cartuja. Atravesó el arco Elvira, cruzó Plaza Nueva y tomó por la Cuesta de Gomérez. Con la pequeña granada en la mano y mirando a todas las personas con la ilusión de encontrarla para ofrecérsela. Era fin de semana y por eso toda la ciudad

estaba llena de turistas. Extranjeros, muchos, grupos de jóvenes, muchos grupos de personas mayores y cientos de muchachas con sus mochilas acuestas y la cámara de fotos en las manos.

Y subía despacio la empinada calle de la Cuesta de Gomérez, mirando a un lado y otro y a todas las personas que por la calle bajaban. Trazó la pequeña curva y unos metros más arriba y al fondo, divisó una vez más y después de un millón, la silueta de la Puerta de las Granadas. De piedra, esta tarde muy blanca por la restauración que no hace mucho le han hecho, silenciosa y con sus tres arcos. Uno muy grande en el centro y dos pequeños a los lados. Y como en este singular rincón de Granada y pórtico a la Alhambra, ahora han puesto bancos de piedra y vallas para que no pasen los coches, muchas personas se paran aquí. A descansar un poco del esfuerzo de la cuesta o simplemente a esperar a los amigos o para hacerse fotos.

Llevaba en la mano la pequeña granada y al acercarse a la puerta, miró para su izquierda. Y en uno de los bancos, cerca del pequeño arco, la vio sentada. Vestida de negro, de espaldas y a su lado, una joven también sentada junto a ella. Con su cuerpo doblado y la cabeza recostada en el pecho de ella. La melena de la joven, se desparramaba hermosa y tapaba por completo toda su cara, su manos y parte del cuerpo de su compañera. Y al ver la imagen, el corazón le dio un vuelco. Siguió subiendo despacio, sin dejar de observarlas y cuando estuvo a solo unos metros, se paró y preguntó a la mayor de las dos:
- ¿Le pasa algo?
La persona mayor se volvió para atrás, lo miró, sonrió y enseguida escondió su cara entre los cabellos de la joven. De nuevo él le dijo:
- Toma, te hago este regalo para que te animes un poco.
La joven alargó su mano y, sin mirar ni mostrar su cara, cogió la granada y con una voz muy débil, dijo:
- ¡Gracias!
De nuevo el corazón se le aceleró y como tanto la persona mayor como la joven no dejaban ver sus caras, no quiso importunarlas. Se retiró lentamente y todavía a unos metros de ellas, de nuevo dijo a la joven:
- Guarda este obsequio como recuerdo y no olvides nunca que, en la Puerta de las Granada de Granada, esta gris tarde de otoño, te lo han regalado.

Ninguna de las dos dijeron nada. Siguió él subiendo y al llegar al arco grande, miró para atrás con la ilusión de verlas de nuevo antes de perderlas. Pero no las encontró. Descubrió el banco vacío y toda la calle solitaria. Miró para la parte alta del gran pórtico de piedra y en lo más elevado, encontró las tres granadas que dieron y siguen dando nombre a esta famosa puerta en Granada.

Los dos monederos

Los reyes de la Alhambra y también los generales y nobles, muchas veces le habían ofrecido una casa cerca de los palacios. Le decían:

- Para que vivas no lejos de nosotros al fin de que nuestros hijos puedan aprender de ti todo lo que sabes. Nos interesan muchos tus conocimientos de filosofía y música y nos agrada que enseñes con orgullo estas disciplinas.
Pero él siempre les respondía:
- Yo quiero tener una vivienda en un lugar abierto, cerca de las aguas del río Genil, con amplias vistas a Sierra Nevada, a las tierras llanas por donde se aleja el río y frente a la salida del sol cada mañana. Para mí no hay fortuna más grande que ser libre y estar rodeado del rumor de las aguas, del aire con olor a romero y de árboles que se mecen al viento.
- Pues como quieras. Pero tus conocimientos y persona queremos que lo pongas al servicio de nuestros hijos.
Le decían los reyes, generales y nobles.

Por estas circunstancias el hombre se hizo una bonita casa cerca de las aguas del río Genil. A la derecha de lo que es hoy el Barranco del Abogado y no lejos de lo que fueron las Huertas Reales de la Alhambra. Aprovechando una pequeña acequia que por ahí mismo conducía el agua. Y, todas las tierras cercanas, las sembró de árboles, jardines, trazó pequeñas huertas y diseñó praderas. Le dijo a los reyes y nobles de la Alhambra:
- Vuestros hijos pueden venir a mi morada cuando quieran que yo les enseñaré la filosofía que necesiten y la música necesaria para la vida.
- Sobre todo, la música. Nos interesa mucho que nuestros hijos aprendan la música que tú, a tantos enseñas. Y sí que estamos contentos porque creemos que es una manera muy hermosa de transmitir a nuestros hijos tus conocimientos. La filosofía y la música por ningún sitio encontrarán nunca mejor escenario y compañía para ser difundida que la libertad y belleza de los paisajes que se ven y rodean tu casa.

Y a partir de aquel momento, cada mañana y tarde, en los días de primavera, verano y otoño, los príncipes y princesas de la Alhambra, acudían al pequeño edén del profesor de la música. Los recibía siempre, los acomodaba entre los jardines, a orillas del río, sobre las alfombras de hierba, se sentaba y allí mismo impartía sus clases. Siempre al aire libre, siempre arropado por el rumor de las aguas y siempre con las mejores vistas de Sierra Nevada, al frente de ellos. Y su hijo, un joven de unos doce años, siempre se mezclaba con los demás alumnos y aprendía de su padre lo que él enseñaba. Por eso se hizo amigo de los demás jóvenes de la Alhambra y por eso compartía con ellos sus ilusiones y juegos. No tenía madre porque, al poco de nacer, la mujer se marchó nadie sabía a dónde y por eso había crecido siempre bajo la tutela y cuidado del padre.

Y ocurrió que un día, el padre impartió sus clases de música junto a las orillas de río, bajo unos árboles y donde la hierba tapizaba espesa y fresca. Asistieron los príncipes y princesas y el hijo del maestro. Y un príncipe, el más rico de todos los príncipes de la Alhambra y gran amigo del hijo, se sentó sobre la hierba, cerca de unas piedras. Llevaba en su bolsillo dos pequeños monederos de cuero donde guardaba, en uno, varias monedas de oro y, en el otro, joyas y piedras preciosas. Estaba juntando estos tesoros para regalárselos a su princesa y para que nadie se los quitara, los guardaba en los monederos que siempre llevaban consigo. Pero aquel día, al sentarse

sobre la hierba, sin que él se diera cuenta, los monederos se la cayeron de los bolsillos. Los vio el hijo del maestro y no dijo nada. Esperó a que terminara la clase y cuando los príncipes se retiraron, el joven se acercó por el lugar, cogió los dos monederos y se los guardó.

Pero tuvo la mala suerte que en ese momento, el príncipe echó de menos sus monederos. Miró para el sitio donde había estado sentado y descubrió que el hijo del maestro recogía los monederos del suelo y se los guardaba en los bolsillos. Enseguida el príncipe se acercó al joven y le dijo:
- Esos monederos son míos, dámelos.
- ¿Qué monederos?
Preguntó indiferente el joven. El príncipe le dijo:
- He visto como los has recogido del suelo y por eso sé que los tienes en tus bolsillos.
Se defendió el joven muy enfadado y la discusión llegó hasta los oídos del padre que, un poco más arriba entre las plantas del jardín, charlaba con otros príncipes. Dejó esta reunión, bajó aprisa por la ladera, se acercó al príncipe que discutía con su hijo y le preguntó:
- ¿Qué os está pasando?
Y el príncipe, muy alterado, explicó al padre lo ocurrido. Al final éste dijo:
- Su hijo, señor, quiere quedarse con los tesoros que no le pertenecen y eso no me gusta.
Se defendió el hijo diciendo:
- Yo no tengo tus monederos y por eso no te permito que me acuses de ladrón.

Se acercó el padre al hijo, lo tomó por el brazo, lo llevó un poco aparte y amablemente le dijo:
- Apropiarse de lo ajeno o robar las cosas a los demás, no es bueno. El que roba podrá sentirse bien pero el que ha sido robado, quedará empobrecido, humillado y con heridas. Y el que roba, pierde su dignidad como persona, se le endurece el corazón y se convierte en carroñero que poco a poco vivirá a costa de quitarles la vida a las personas. Devuélvele a tu amigo los monederos, pídele perdón y ya verás como te sientes bien y eres libre antes los demás.
Se acercó el hijo al príncipe, sacó de su bolsillo los dos monederos y se los alargó en la mano diciendo:
- Te pido perdón y te ruego que aceptes lo que es tuyo.
Cogió el príncipe sus monederos, disculpó al joven, se reunió con sus amigos y, al llagar a los palacios de la Alhambra, contó a sus padres lo sucedido.

Los reyes, al día siguiente, llamaron al padre y le dijeron:
- Además de filósofo muy sabio y músico excelente, eres un hombre bueno y un gran padre. Y tu hijo, noble y cabal como tú. Estamos contentos de que eduques a nuestros hijos y por eso, a partir de ahora, todo lo que necesites, tanto para ti como para tu hijo, pídenoslo que te lo concederemos.
Agradeció el padre la generosidad y bondad de los reyes y luego, ya a solas en su edén junto al río, habló con su hijo y le dijo:
- ¿Ves, hijo mío? Ni con todas las riquezas del mundo podríamos comprar nosotros la dicha y felicidad que hoy el rey nos ha regalado con sus palabras.

Porque nada se puede comparar al gozo de sentirnos limpios por dentro y nobles y justos antes los demás.

La mujer y el cordero

Vivía en el Albaicín, sola, tenía muchos amigos y siempre estaba diciendo:

- El día que me encuentre un tesoro me voy de este barrio.

Y los amigos y conocidos le preguntaban:

- ¿Y por qué quieres irte de este barrio? ¿Es que no te gusta o nosotros no somos buenos contigo?

Y ella les contestaba:

- Me gusta mi barrio y vosotros sois muy buenos conmigo.
- ¿Entonces?
- Necesito irme a vivir sola porque me gusta ser libre, respirar aire puro de las montañas, contemplar por las noches el cielo lleno de estrellas y gozar de la armonía de los bosques.
- ¿Y a dónde quieres irte?
- Ya lo tengo decidido: al este del Granada, entre Sierra Nevada y la Alhambra, donde mana un claro manantial de agua, hay un espeso bosque de madroños y por el valle corre un río.
- Pues hija, qué sueño más bonito es el tuyo.
- Sí que lo es y para realizarlo solo necesito encontrarme un tesoro.

Y un día que buscaba moras por las zarzas del río Darro, entre unas rocas, encontró un tesoro. No le dijo nada a nadie pero sí enseguida buscó el mejor arquitecto y le comentó:

- Quiero que me construya una casa en un sitio que conozco en las montañas.
- Eso está hecho. ¿Podemos ir a ver ese sitio y tienes dinero pagar la construcción de tu casa?
- Vamos ahora mismo y te enseño el lugar donde quiero que me construyas mi casa. Y por el dinero, tú tranquilo que te pagaré muy crecido.

Y aquella misma mañana de otoño, ya con todo el bosque lleno de hojas secas, con muchos madroños colgando de las ramas y abundante setas entre el musgo y la hierba, fueron a ver el sitio de su casa. Caminaron durante varias horas y cuando llegaron a unas montañas tupidas de bosque, entre Sierra Nevada y la Alhambra, la mujer dijo al arquitecto:

- Este es el sitio.

Y el sitio era justo una bella ladera frente al sol de la mañana. Bajo unas grandes rocas y entre árboles centenarios, brotaba un caudaloso manantial. Caía el agua ladera abajo formando un pequeño arroyuelo y en el valle se convertía en río. Por eso todo el valle y toda la ladera estaban repletos de bosque y alfombrado de hierba fresca. Dijo el arquitecto:

- Este lugar es maravilloso. ¿Cuándo quieres que dé comienzo a la construcción de tu casa?
- Mañana mismo y quiero que no sea muy grande. Como una casa de muñecas o refugio de montaña, toda de piedra, con muchas ventanas para el lado del sol de la mañana, Sierra Nevada y la Alhambra. Y también para el

lado de las puestas de sol, al fondo de la Vega de Granada. Y si necesitas dinero, ahora mismo pongo en tus manos todo cuanto quieras.

Le dio la mujer una bolsa llenas de monedas de oro y el arquitecto, lo primero que hizo al día siguiente, fue buscar a una cuadrilla de hombres. Trazó los planos, mandó abrir los cimientos, trajeron muchas piedras de las montañas y, en muy poco tiempo, la maravillosa casa estaba levantada. Con muchas ventanas al sol de la mañana y Sierra Nevada, con abundante agua por todas partes, cogida del manantial de las rocas y con una fantástica vista hacia la Alhambra, barrio del Albaicín, valle de la hierba y río de aguas claras. Enseguida la mujer se vino a vivir a su casa soñada y lo primero que hizo fue comprarles a los pastores de las montañas un cordero. Les dijo:
- Quiero que sea pequeño, blanco y blando como el algodón y manso como el amigo más bueno.
Le ofrecieron los pastores el cordero más lustroso y bello del rebaño y la mujer le hizo un pequeño corral entre el valle y la ladera, por el lado de debajo de su casa: se dijo: “Para verlo desde la puerta de mi casa, tenerlo cerca y disfrutar de sus retozos a todas horas. No le faltará nunca la hierba más fresca ni agua ni sol ni tierra para que vaya y venga por donde quiera”.

Los amigos del Albaicín la visitaron y todos le decían:
-Tu casa y este sitio es de ensueño. ¿Pero no echas de menos la compañía de un hombre y el cariño de un hijo?
- Eso es algo muy importante en la vida de una mujer pero no lo mejor ni más grande. El corazón de las personas puede vivir y alimentarse de lo bello, de los paisajes como los que yo tengo por aquí, del silencio y de los retozos de un cordero.
- Desde luego tu cordero parece una bola de nieve. ¡Quién pudiera ser como tú y vivir tu sueño!
Y se sentía ella afortunada, limpia y buena por dentro, libre y en armonía profunda con su íntimo sueño.

Pero un día, estaba asomada a la puerta de su casa, miraba para el valle y se recreaba en el azul del cielo, en el airecillo que subía desde el río, en la armonía del bosque y en la figura de su bonito cordero, cuando sintió mucho jaleo de perros. Miró y vio a un grupo de hombres montados a caballo que avanzaban por las tierras del valle. Enseguida pensó en los príncipes de la Alhambra, porque sabía que en otoño, siempre aparecían por aquellos sitios en busca de caza. No le preocupó mucho y por eso siguió mirando y en su mundo. Pero no había pasado media hora cuando descubrió que un grupo de perros se abalanzaron contra su cordero. Lo sitió valar, sintió la algarabía de los perros y luego sintió las voces de los hombres. Salió ella corriendo ladera abajo y, en un abrir y cerrar de ojos, se encajó al lado de su cordero. Se lo encontró tumbado en el suelo, sobre la alfombra de hierba y enseguida se arrodilló, lo cogió y le dijo:
- No te mueras porque te necesito.
Y lo apretó contra su corazón. Descubrió que no respiraba y por eso empujó, con suavidad pero sin parar, el pecho y corazón del cordero mientras le seguía diciendo:
- Por favor, vive y no te vayas para siempre.

Siguió dando masajes al corazón del cordero y, en un momento en que ella desesperaba, notó que comenzaba a respirar. Acercó su boca a la del corderillo, lo besó, lo llenó de caricias y cuando descubrió que estaba vivo, lo apretó más contra su pecho.

Miró a los hombres de los perros y a los que iban a caballo y les dijo:
- Habéis venido por aquí a matarme lo que más quiero pero no lo habéis conseguido.
Y ellos le dijeron:
- Tú estás loca y ni tu cordero ni tu casa ni tu sueño, tiene sentido. Vivir sola en estas montañas y tan retirada del mundo ¿Cuándo por aquí se ha visto?
Y la mujer apretó un poco más a su cordero contra su corazón y le susurró:
- Tú vive, mi gran amigo. Mi sueño es solo mío y a ello tengo derecho.

El zorro, la campesina y la princesa

1- El zorro

Sintió un pequeño ruido. Como de alguien o algo que tuviera en apuros y llorara. Desde el rellano de la sombra del olivo, prestó atención y al rato, escuchó como unos quejidos. Se dijo: “Alguien se ha perdido por aquí y se encuentra en apuros. Voy a ver quién es por si puedo ayudarle”. Y desde el rellano de la sombra del olivo, se movió cautelosa como hacia la cascada del lado de la derecha. Con cuidado se fue tapando tras el peñasco cerca del arroyo y poco a poco alzaba su cabeza para ver qué ocurría por entre las rocas de la parte alta.

Y no tardó mucho en descubrirlo. El animal, un zorro no muy grande, de pelo color naranja y gris, estaba como recostado en la hierba antes de las tres rocas blancas. Desde unos cinco metros de distancia, miró durante unos segundos y al poco comprobó que le pasaba algo. Sintió deseos de hablar para preguntarle quién era y qué le pasaba pero se contuvo. Se volvió a decir: “Sé que los zorros no hablan pero también sé que todos los animales del mundo, tienen como un sentido especial para entender las cosas y comportamientos de las personas”. Tal como estaba oculta tras la roca, quedamente preguntó:
- Te he sentido y parece como si lloraras. ¿Qué te pasa?
Al oírla el zorro, rápido se levantó, miró para la roca, se preparó como para salir huyendo pero se quedó quieto en el centro de la pequeña pradera de hierba. Miraba como asustado y al mismo tiempo como si tuviera necesidad de quedarse. De nuevo ella habló y dijo:
- Quiero ayudarte. Voy a salir de detrás de esta roca para acercarme más a ti. Yo también estoy sola y necesito amigos. Deseo saber quién eres y conocer qué te pasa. Tranquilo, no te haré daño, confía en mí.

Y el animal, se comportó como si le hubiera entendido claramente. Permaneció quieto en la pradera de hierba, mirando muy expectante. Salió ella de detrás de la roca, dio unos paso y como a unos dos metros del zorro, en una piedra gorda se sentó. Lo miró mostrando interés y le preguntó:
- Nunca antes te había visto por aquí. ¿De dónde eres?

Esperó un momento, casi por completo convencida de una respuesta por parte del zorro y por eso escuchó muy concentrada. Y lo sintió susurrar, a su manera y no con el lenguaje de los humanos pero que sí ella entendió:
- Como vez, soy un zorro, ya algo viejo, cansado de muchas cosas y vengo de la Alhambra.
- Yo nunca estuve en la Alhambra pero sí mis padres me han dicho que aquello es grande y bello. Un día iré porque cada noche lo sueño. ¿Es que allí hay zorros?
Y el animal, con el lenguaje de los raposos, le respondió:
- Yo he vivido allí durante mucho tiempo y ahora me he escapado. Vengo huyendo porque estoy cansado de lo mal que hablan de mí y el poco agradable tratado.

2- La campesina

Ella vivía en una pequeña casa blanca, al borde mismo de un arroyo. En la misma puerta crecía una parra, una gran higuera a la derecha y miraba para donde el sol salía cada mañana. Por eso, una de las ventanas de la casita de paredes blancas, daba a las cumbres de Sierra Nevada y la otra, al arroyo. Justo donde el terreno formaba como una repisa, siempre cubierta por la sombra de un viejo olivo que crecía por el lado de arriba, entre la cascada, las rocas y la hermosa casa blanca. También en esta llanura, había una clara fuente, con dos gruesos caños de agua y un pilarillo cuadrado que el padre había hecho de piedras y cemento. Sentada al borde de este pilar, ella jugaba a ratos, con las manos metidas en el agua y chapoteando con los pies.

Y a esta pequeña llanura, como unos diez metros cuadrados, era donde se venía cada mañana. A veces, en compañía de la madre cuando ésta lavaba o zurcía algún roto en la ropa. En otras ocasiones, se venía a la sombra del olivo, sola y les decía a los padres:
- Lo que más me gusta de este mundo, es la llanura del olivo y la espesa sombra que por aquí derrama. Creo que nada hay más bello en este suelo.
Los padres eran felices viviendo como ella que, a pesar de estar sola, no echaba de menos nada. Ni la ciudad ni amigo ni cosas parecidas, creían ellos. Porque siempre la veían llenando el tiempo cada día, a veces, ayudando a la madre y en otros momentos, inventándose juego que continuamente desarrollaba en la pequeña llanura, a la sombra del olivo y entre la casa y el arroyo. Porque el arroyo pasaba por allí mismo. A solo unos metros de la llanura del olivo. De aquí que ella disfrutara también mucho, con las claras aguas del redondo charco que se remaba justo donde la llanura terminaba. En verano, en este charco se bañaba. También cogía pequeños puñados de agua y la derramaba sobre las plantas. En otoño, invierno y primavera, en este charco y en la cascada que se fraguaba algo más arriba, también jugaba. Con las hojas secas que en otoño caían de los álamos y con los carámbanos de hielo que se formaban en las cascadas. En ocasiones decía:
- ¿Y si un día me encuentro un tesoro?
- ¿Por qué dices eso?
Le preguntaba la madre. Y ella le respondía:
- ¿No decís vosotros que en los ríos de Granada, hay oro?
- Sí, en un río muy concreto pero no en este arroyo.

- ¿Dónde está ese río y cómo se llama?
- Todo el mundo lo conoce con el nombre de río Darro y, como corre a los pies mismos de la Alhambra entre las dos colinas, también algunos lo llaman y creo que muy acertadamente con el nombre de “El río de la Alhambra”. Pero tú siempre debes tener presente que el mayor tesoro del mundo, el que no roban los ladrones ni corroe la polilla ni destruye el tiempo, todos lo tenemos en nuestros corazones.

Estaba ya para cumplir lo quince años y por eso, ella como todos los jóvenes del mundo y en todos los tiempos, con frecuencia sí que soñaba con amigos. Muy poco sabía de otros lugares ni de los jóvenes de su edad pero sí cada día su corazón le pedía salir del rincón del arroyo a irse a conocer mundo y otras personas. De aquí que, cuando en otros momentos la madre se venía a la sombra del olivo, ella se sentaba a su lado y le preguntaba:
- ¿Nos iremos algún día a vivir a Granada?
- ¿A ti te gustaría?
- Aunque yo no sé cómo será aquello ni conozco a nadie allí, sí que me gustaría. Estos lugares son bonitos, tenemos aire puro, hondos silencios, verdes y colores primorosos pero la monotonía es mucha y me siento sola. A veces me parece como si todo por aquí aplastara con una soledad inmensa. Me faltan amigos para compartir con ellos cosas y crear mundos nuevos. Y yo creo que todo esto es porque mi espíritu necesita encontrar su lugar en este suelo. No sé si me entiendes.
- Claro que te entiendo, hija mía. Pero es que nosotros tenemos nuestra vida en esta pequeña casa, en los campos que nos rodean y en los animales que tu padre cuida cada día. En la ciudad ni tenemos para vivir ni sabemos cómo.
Y al oír esto de la madre, la muchacha callaba, seguía en sus juegos, ayudaba en lo que podía y al rato otra vez preguntaba:
- ¿Y la Alhambra?
- ¿Qué es lo que quieres saber de este lugar?
- Nunca he visto aquello aunque sí tú me has hablado de torres, murallas, palacios, jardines y agua. ¿Quién vive allí y cómo son de importantes los príncipes y princesas de aquellos palacios?

Rememoraba la madre mil y una cosa y luego, de la mejor manera que sabía, le contaba historias y detalles de todo lo que la joven le preguntaba.
- ¿Y tampoco podremos irnos a vivir algún día a estos palacios y casas?
- Ya sabes que la Alhambra fue construida y pertenece a personas muy importantes. Y, aunque sé que a ti te gustaría ir y conocer la Alhambra y Granada, ahora mismo no puedo decirte si lo haremos algún día. Somos pobres y nuestro mundo está en este rincón de las montañas, el agua de este arroyo, la sombra del viejo olivo, el sol y el silencio.
Al oír estas reflexiones de la madre, la joven guardaba silencio y ahora se distraía observando el vuelo del viejo mochuelo que tenía su nido y querencias en el tronco del olivo. También y un poco más arriba y sobre las rocas, se posaban muchas veces águilas y algunas otras aves.

3- La princesa y el zorro

- ¿Quién te ha tratado mal?
Preguntó la muchacha al zorro.
- La princesa de las trenzas negras.
- ¿Una princesa que vive en la Alhambra?
- Ella y los que le rodean, dicen que es princesa pero conmigo no ha sido buena. Yo un día pensé que todas las princesas del mundo, por el hecho de ser princesas, deben ser mejores que otras personas. ¿Y sabes? Lo que más me duele ahora mismo y por eso estoy triste, es haber comprobado que las personas no tienen buen corazón. Al menos conmigo, y esta princesa de las trenzas negra que te estoy diciendo, de este modo es como se ha comportado.
Y en este momento el zorro agachó su cabeza, dejó caer sus pequeñas orejas y lloró. Lo supo la muchacha porque, por los brillantes y pequeños ojos del animal, vio aparecer varias lágrimas. Se acercó la joven un poco más, se puso de rodillas frente al que ya consideraba su amigo y, respetando su dolor y espacio personal, de nuevo le preguntó:
- ¿Y qué es lo que te ha hecho tu princesa?
Ahora tardó unos segundos en responder. Miró triste a la joven que tenía ante sí, suspiró al modo en que lo hacen los zorros, restregó sus ojos con las manos y con voz entrecortada y temblorosa, confesó:
- Yo la quería y aun la quiero mucho. Porque ella sí es muy bella. Siempre huele a rosas, a prados y a rocío fresco, su pelo es suave, su voz dulce, su cara brillante y su sonrisa, como un cielo lleno de estrellas en una cálida noche de verano. Sin embargo…

Y la voz del zorro se quebró como sin fuerzas y llena de dolor. Sintió deseos la joven de abrazarlo pero contuvo su impulso. Le dijo:
- Cuéntame las cosas y deshaga tu corazón. Yo también lloro alguna vez, a escondidas para que no me vean mis padres y por eso sé lo bueno que es tener un amigo al lado. En estas ocasiones, lo que más echo en falta es un abrazo y alguien con quien compartir mis sentimientos. Llorar limpia por dentro y dar tranquilidad. Lo sé por experiencia aunque nadie me lo haya contado.
Y el zorro dijo:
- Era yo todavía muy pequeño, cuando una mañana de primavera, por estos campos aparecieron hombres montados a caballo. Mataron a mi madre, a mis hermanos los persiguieron y mí me cogieron prisionero. Entre gritos de alegría, oí que decían:
- Ya tenemos el trofeo que necesita la princesa. Regresemos ahora mismo a la Alhambra y se lo mostramos.
Metido en una jaula de hierro, me llevaron a los palacios de la Alhambra, me pusieron delante de una joven muy bella y al verme dijo:
- Este zorro será mi mejor amigo. Ponedlo en un rincón de los jardines donde yo pueda verlo cada día. Quiero domesticarlo porque un zorro sin domesticar, por bello que sea, no sirve para nada.

Junto a una gran torre, cerca de una muralla muy alta y dentro de la jaula de hierro, me dejaron. Al poco vino la princesa y al verme, me miró con algo de interés y me dijo:

- Si te portas bien, serás mi amigo, te sacaré de esta jaula, te llevaré a los palacios conmigo y te daré de comer lo más exquisito.
Y yo, al ver aquella joven tan bella, me llené de ternura. Dejé que me hablara, que se aproximara a la jaula y que acercara su mano como para acariciarme. Noté en ese mismo momento que su mano, su cara y su corazón, olían a rosas y vi que sus ojos me miraban con dulzura. Me dio higos secos y cerezas y luego se fue. Lloré mucho aquella noche recordando a mis hermanos y a mi madre y luego soñé con la princesa. Esperaba con ilusión que volviera al día siguiente y así lo hizo. Al caer la tarde, la vi acercarse, con una sonrisa muy bella en sus labios y con su precioso pelo negro recogido en trenzas. De nuevo me regaló frutas, se puso muy cerca de mi jaula de hierro y me dijo:
- Podría abrir la puerta de esta jaula y darte la libertad.
Y yo le pregunté:
- ¿Y por qué no lo haces?
- Porque tengo miedo a que me hagas daño o a que te escapes.
- Soy un zorro salvaje y seguro querré irme a las montañas pero tú eres buena conmigo. Creo que no podría hacerte daño. Hueles a rosas y tu cara refleja la luz del sol.
- De todos modos, no me fío. Tendrás que seguir encerrado un poco más hasta que te acostumbres a mí y a estos palacios. Poco a poco debes ir aprendiendo cosas hasta que estés amaestrado por completo. Si no te domestico, no me servirás para nada.

Volvió al día siguiente y compartió conmigo frutas y un buen rato de conversación. Me contó algunos de sus sueños, historias de sus amigas y lo que pensaba hacer conmigo y luego me dijo:
- Lo he pensado mejor. Si me prometes no irte a las montañas, mañana mismo abro la puerta de esta jaula y te dejo libre.
- ¿Y a dónde iré cuando sea libre si no puedo marcharme a las montañas?
- Quiero que vivas en libertad por entre estos jardines, torres y palacios. Así te irás acostumbrado y poco a poco te harás mi amigo, mientras juego contigo y te cuento mis cosas. De naturaleza, tú eres salvaje y tus comportamientos son agresivos y descontrolados. Me siento en la obligación de educarte porque para eso te he cogido preso y estás en esta jaula encerrado. ¿Qué piensas de esto?
- Que si me dejas libre no me iré a las montañas. Tú eres muy hermosa, hueles a flores, a rosas frescas y pareces buena.
- Pues te prometo que mañana vengo y abro la puerta de esta jaula.
Le di las gracias, confíe en ella, soñé aquella noche con su pelo negro y sonrisa parecida a una noche de estrellas y esperé ilusionado a que volviera por la tarde. Desde mi jaula miraba inquieto, con el corazón agitado esperando verla asomar por entre las plantas del jardín. No apareció. Ni aquella tarde ni al día siguiente ni al otro.

Sí cada día, empezó a venir un guarda y me dejaba algo de comida. No me decía nada ni yo le preguntaba. Hasta que en una ocasión oí que con sus compañeros comentaba:
- La princesa quiere que este zorro se acostumbre a vivir solo por entre estos jardines, torres y murallas.

- ¿Y qué piensa hacer con él, luego?
- Su intención es domesticarlo para que sea su amigo y viva en los palacios.
- ¿Y cuándo será eso?
- Cuando este animal se haya acostumbrado a vivir en libertad y a nadie ni a nada haga daño.
Tenía triste mi corazón por la ausencia de la princesa pero cuando oí la conversación de los criados, me desanimé por completo. Esperé cada día a que ella volviera para verla y demostrarle que deseaba ser su amigo porque a mis ojos y corazón, era la más hermosa y buena. Seguía sin aparecer pero sí una tarde, los guardas abrieron la puerta de mi jaula y me dijeron:
- Si te comportas bien y no huyes a las montañas puede que dentro de poco la princesa venga a verte y te lleve con ella.
Me acordaba tanto de la princesa, la echaba tanto de menos, estaba tan enamorado de su perfume a rosas, del color de su pelo y la sonrisa de su boca que lo último que se me hubiera ocurrido era irme y dejarlas sola. Al verme suelto, fuera de la jaula de hierro y libre, me dije que debía comportarme de la manera que ella muchas veces me había pedido. Y así lo hice.

Durante algunos días, por la noche principalmente, recorrí los jardines de la Alhambra, exploré todos los rincones de las murallas, chapoteé en las acequias y visité las huertas de los que por allí sembraban tierras. Y al amanecer, siempre buscaba un lugar oculto y no lejos de la torre donde yo creía vivía mi princesa. Y muchas horas, a lo largo del día, me las pasaba mirando con la ilusión de verla. Soñaba verla asomada a la venta de la torre y soñaba verla aparecer por entre las flores del jardín. Y por eso, cada vez que el airecillo me traía aromas de rosas, jazmines o violetas, me parecía que se acercaba. El corazón me daba un vuelco, latía acelerado e impaciente deseando verla aparecer por entre las plantas. Me decía: “El olor de rosas que siempre desprende mi princesa, es limpio, dulce como una noche de primavera, fresco y suave y me llena del corazón de vida. En cuanto la vea tengo que preguntarle si todas las princesas del mundo huelen a rosas o esta cualidad es solo de ella. Y le diré que me gusta mucho, lo que más hasta ahora me gusta en el mundo, es el perfume a rosas que ella siempre desprende”.

En este sueño estaba y en otros parecidos cuando un día, a primera hora de la mañana y cuando ya me había refugiado en mi escondite, oí a unos hombres que decían:
- Esta noche el zorro de la princesa se ha comido todas las ciruelas de mi árbol.
- Pues ayer se comió una buena cantidad de los higos pasos que iba a guardar para el invierno.
- Y a uno de los vecinos de la parte alta de la Medina, parece que le ha quitado algunas de sus gallinas. Se lo hemos dicho a la princesa y como a ésta no le ha gustado nada el comportamiento del animal que ahora vive por aquí suelto ¿sabéis lo que ha dicho?
- Cuéntanoslo.
- Nos ha dado permiso para que en cuanto lo veamos, le demos todos los palos que queramos. Y también creo que comentó: “Ese zorro, a pesar de su

cara de bueno, no me gusta nada. Huele mal y si ahora se ha convertido en ladró robagallinas y frutos de los huertos, no lo quiero como amigo. Así que en cuanto lo veáis, deshaceros de él como podáis”.

Se fueron aquellos hombres a labrar las tierras de los huertos y yo, escondido me quedé en mi refugio. Ahora triste y perseguido y por eso, ni siquiera un minuto de paz tuve en todo el día. Esperé inquieto a que la noche llegara deseando que antes no aparecieran por allí los que iban a matarme a palos ni tampoco mi princesa. Porque de pronto y, al oír lo que comentaban aquellos hombres, se me quitaron las ganas de ella. Pensé que sus palabras no tenían valor porque me había mentido sin importarle la ilusión que había hecho brotar en mi corazón. Ya no quería verla ni saber nada más de ella. Aunque luego también me dije: “Pero al fin y al cabo, es mi princesa, sus manos son blancas como la nieve, su sonrisa hermosa como una noche de estrellas y huele a rosas frescas”. Y al llegar la noche, en cuanto oscureció, salí de mi escondite, busqué un agujero que en el lado norte de la muralla conocía y por allí me escapé del recinto amurallado. Y aprovechando la oscuridad de la noche, atravesé aquellos jardines, algunas acequias y muchos huertos y subí por la ladera que hay al lado de arriba de la Alhambra. Cuando llegué a lo más alto del cerro, me paré y miré para atrás. Al fondo vi todo el conjunto de la Alhambra y Granada, iluminadas por muchas luces parpadeantes. Me dije: “Tengo que alejarme de aquí antes de que amanezca y me vean. Lo siento por mi princesa y porque quizá no pueda sepa de ella nunca más en mi vida. ¡Es tan bella y su perfume a rosas, tan delicioso!”.

Al llegar a este punto del relato, el zorro dejó de hablar. Tal como estaba frente a la joven campesina, permaneció quieto como esperando algo, al tiempo que por sus ojos brotaron más lágrimas. La muchacha ahora de nuevo sintió el impulso de acercarse más y abrazarlo. Se dio cuenta de esto el animal y antes de que la joven dijera o hiciera nada, aclaró:
- Ahora, si no te importa, por favor, déjame solo. Agradezco tu compañía y agradezco que me hayas escuchado. Pero como estás viendo, estoy cansado y por dentro tengo mucho dolor.
- Lo entiendo y te respeto pero, puedo ser tu amiga por si en algún momento me necesitas. Sé que ahora estás solo, ya no conoces ni estas montañas ni por aquí tienes amigos y tu princesa te ha fallado. No quiero yo ocupar su lugar en tu corazón pero comprendo lo mucho que te ha dañado. Si yo fuera tu amiga, te prometo que no voy a comportarme como ella.
Y al oír la palabra “amiga”, el zorro tembló. Dijo:
- En otro momento hablamos y gracias de nuevo por escucharme.

4- Preparándose para irse

Se movió el zorro, algo triste, dio media vuelta, caminó despacio y poco a poco se fue alejando por entre las rocas y por la izquierda del arroyo y como hacia la cascada. La joven lo miró mientras se alejaba y sintió que su corazón se le llenaba de amor. Se dijo: “Sus ojos brillan con tanta luz, su voz es tan amable y su modo de comportarse parece tan correcto, que me gustaría tenerlo por amigo para siempre. Ahora lo dejo tranquilo pero luego volveré, lo llamaré y dejaré que hable todo lo que necesite. Luego le preguntaré y comentaré lo que en mi corazón ha despertado”. Reflexionando

éstas y parecidas cosas, la joven se vino al rellano de la sombra del olivo y cuando cayó la tarde, con sus padres se refugió en la casa. Nada contó a ellos del encuentro y charla con el zorro. Pero sí, en cuanto se acostó, de nuevo pensó en el animal. Lo imaginó refugiado en algún agujero de las rocas junto a la cascada y le dio pena verlo tan solo. Por eso se volvió a decir: "Ya sé que él, es un animal pero si se hace mi amigo, podemos recorrer juntos muchos rincones de estas montañas. Podríamos compartir mil cosas e incluso, ir un día a la Alhambra para conocer a la princesa y que también nos cuente cosas. Quizá al ver la tristeza de este animal, se le conmueva el corazón y lo trate con amor". Se quedó dormida pensando en estos momentos y en su amigo el zorro.

Y en cuanto se despertó al día siguiente, se levantó, salió de su casa, caminó hacia el arroyo, subió a la repisa de las rocas y, por donde la tarde anterior había visto irse el zorro, lo buscó. No lo vio y por eso lo llamó. No apareció pero sí, al mirar para el lado de la cascada, lo descubrió cerca de las aguas. Desde la distancia le dijo:
- Tengo algo importante que decirte. Deja que me acerque y te lo cuento.
Y oyó que el animal le dijo:
- Gracias por acordarte de mí y por venir a verme pero tengo que irme.
- ¿A dónde te vas?
- Mis padres no pudieron enseñarme a vivir en libertad en las montañas porque los mataron cuando a mí me cogieron preso. Y en la Alhambra, la princesa y otros más, tampoco me han enseñado a vivir con ellos, con vosotros los humanos. Por eso ahora quiero irme a mi mundo natural.
- ¿Pero y tu princesa, su olor a rosas y todo lo que me has dicho sientes por ella?
- Yo sé que ella huela a rosas y que yo huelo a cebolla podrida, según con frecuencia me decía. No le guardo ningún rencor sino todo lo contrario: siempre soñaré con ella y pensaré que, a pesar de su arrogancia, es débil y necesita mucho amor. Si me lo hubiera permitido yo habría cuidado de ella y habría llenado su corazón de alegría. Pero es arrogante y se engalana con lujosos vestidos de seda, a pesar de oler a rosas.

Caminó la joven por entre las rocas, hacia el lugar donde el zorro se preparaba para irse y cuando ya estuvo un poco más cerca, de nuevo comentó:
- Escucha con atención lo que voy a decirte: quiero ser tu amiga y yo no soy como tu princesa. Jamás te diré que hueles mal porque ahora sé que tu corazón es bello. Si te haces mi amigo, podremos compartir muchas cosas juntos. Quiero demostrarte que no todos los humanos somos malos. Tú podrás contarme todo lo que sabes de la Alhambra y de las personas que viven allí y lo de tu princesa y yo podría llevarte por todos los rincones de estas montañas. Y te lo prometo: nunca, nunca me iré de tu lado ni te diré que hueles a cebolla podrida. ¿No te parece que sería muy bonito vernos los dos juntos caminando por estas montañas y por otros rincones del mundo, compartiendo nuestros sueños?
Esperó la muchacha la respuesta del zorro y en este momento vio como él, saltó a una gran roca ya más cerca de la cascada. Desde aquí volvió su cabeza, miró a la campesina y le dijo:

- Mi princesa es culta y tiene sueños grandes y tú eres simpática y derrochas inocencia. Hueles a monte y a agua clara y tus palabras animan mucho pero gracias por todo lo que me has dicho y por haberme escuchado. Quiero irme, debo irme a la libertad porque pertenezco a las montañas y también a mi princesa. Te animo a que sigas tu sueño y no amarrarte a los caprichos de un zorro decepcionado, solo y despreciado como yo. Eres buena y sueñas con tener amigos pero, como yo voy a hacer ahora, sigue tu destino y no renuncies nunca a ser tu misma.

5- Muerte del zorro y final

Quiso aquella noche contar a sus padres lo que había pasado con el zorro. No lo hizo imaginando que los padres no comprenderían que tuviera una amistad con un animal salvaje y de las montañas. Por eso, cuando se metió en la cama, no pudo coger el sueño hasta muy tarde. Pensaba y pensaba en su amigo de las montañas y fue quizá por esto que, cuando ya muy tarde se quedó dormida, tuvo un sueño. Vio al zorro saltando por las rocas del arroyo, como buscando alejarse a lo más alto de los campos y, por el lado de la colina de la Alhambra, sintió un gran tropel. Miró y descubrió a un grupo de hombres montados a caballo. Decían:
- Por aquí debe estar escondido. Hay que rodearlo y que no se escape. Y si no podemos cogerlo vivo, nada pasará. La princesa nos ha dicho que vivo o muerto, le llevemos este bicho.

Al ver los hombres y los caballos y oír lo que decían, la joven se llenó de miedo. Quiso salir de su casa, correr hacia el arroyo, llamar al zorro y avisarle del peligro pero no tuvo tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, los caballos se encajaron cerca de las cascadas. Las rodearon por los lados y parte alta y al ver al zorro saltando por entre las rocas, gritaron:
- A por él y que no se nos escape. Ya es nuestra la recompensa que la princesa ofrece por su captura.
Vio la joven que el animal, huyendo de los caballos, se metió en las aguas del arroyo. Los hombres lo atacaron por el lado de arriba y por los lados y le dieron cientos de golpes con sus lanzas. Tantos golpes y desde todos los lados, que el zorro, se hundía en las aguas, chapoteaba y gritaba en el centro del charco intentando escapar y no podía. La joven sufría y quería acercarse a los soldados para implorarle que no mataran a su amigo. Pero nada pudo hacer y sí vio como uno de los soldados clavó su lanza en el corazón del animal al tiempo que gritaba:
- ¡Ya es nuestro! Llevémoslo a la princesa para que se alegre y nos dé la recompensa.

Sacaron al zorro del agua, le ataron las patas y las manos, lo colgaron en un palo, se lo echaron acuestas y por el camino de la loma, se dirigieron a la Alhambra. Desde el rellano del olivo, la joven vio a los hombres recortados en el horizonte transportando al zorro colgado de un palo y los caballos escoltando por delante, por detrás y a los lados. El corazón se le llenó de pena y aunque gritó y lloró por su amigo, nada pudo hacer ni siquiera cuando ahora se lo llevaban muerto camino de la Alhambra.

Despertó sobresaltada en su cama y fuera el sol reflejaba sus rayos sobre las ramas del olivo y sobre la alta colina por donde había visto la comitiva de los caballos. Se levantó enseguida, salió de su casa, se acercó al arroyo, miró para la parte alta de las rocas y cascadas. Y de pronto, vio a su amigo que la miraba desde lo más alto de una gruesa roca. Lo llamó y al poco oyó que éste le dijo:
- Ayer se me olvidó decírtelo y por eso aun estoy por aquí esperándote: si algún día vas a la Alhambra y ves a mi princesa, dile que en la vida es importante tener hermosos vestidos de seda y pulseras y collares de oro. Pero aun importa mucho más, tener un corazón limpio y bueno y no intentar nunca domesticar a nada ni a nadie. Cada cual tenemos nuestra dignidad y ser libre y respetar lo que a cada uno el cielo nos ha dado, es lo mejor de todo. Tú no domestiques nunca a nadie ni permitas que te dominen a ti.
Y después de estas palabras, el zorro dio unos saltos por entre las rocas, subió por encima de la cascada y dirección a Sierra Nevada, se alejó. Por lo más alto de estas cumbres, el sol se alzaba, oculto por entre unas nubes y dejando escapar por los lados, hermosísimos rayos color oro, rojos y morados.

El jardín más bello //Aj

Era jardinero del jardín más bonito que en aquellos tiempos había en la Alhambra. Y no solo le gustaba a él labrar, podar y regar las plantas sino que cada día dedicaba mucho tiempo a imaginar el jardín más original, relajante y bello. Decía a sus compañeros:
- Tengo que encontrar el diseño más hermoso que nunca se haya imaginado.
- ¿Y para qué quieres ese diseño tan especial?
- Porque pienso que un jardín no debe ser solo plantas verdes, flores y agua. Por encima de todo, un jardín debe ser obra de arte, en la misma medida que un poema, un cuadro, un gran palacio o una pieza de música.
- No te entendemos mucho pero si tu sueño es ese, te deseamos suerte.
Y a escondidas, luego los amigos lo criticaban diciendo:
- Es un visionario y lo único que pretende es ganarse la simpatía del rey. Ya veréis como lo suyo es puro cuento, como el de otros muchos.

Y en el fondo, también decían esto porque el hombre de los sueños, del jardín, con frecuencia hablaba con el rey. Y siempre que el rey le condecía audiencia, sacaban a colación y platicaban del mismo tema:
- Mire usted, majestad, que lo que yo quiero es sembrar y cultivar el mejor y más bello jardín del mundo. Usted, su familia y los palacios que en esta colina han levantado, se merecen un edén como el que sueño.
- ¿Y qué es lo que necesitas para llevar a cabo tu proyecto?
- Solo un trozo grande de tierra, acequias con abundante agua, algunas plantas ornamentales y árboles de todas las especies, formas y frutos.
- Pues las tierras que me pides y las acequias con agua, lo tienes concedido desde ahora mismo. Pero antes de llevar a cabo tu propósito, quiero que me expliques el diseño del jardín que en tu mente tienes.
- Gracias majestad, y le prometo mostrarle cuanto antes lo que me pide. Cada día perfilo un poco más los detalles del edén que le he dicho para no dejar nada al azar y que todo sea bello y con sentido.

Y aquella misma tarde, el hombre se fue a las laderas del Cerro del Sol. Al este de la Medina de la Alhambra y cerca de una pequeña llanura. En este lugar se sentó, frente al sol que caía por la Vega de Granada y con las cumbres de Sierra Nevada, a su izquierda. Frente a él y más cerca, también le quedaban las torres de los palacios y murallas, los jardines que cultivaba y algunos huertos. Miró despacio durante mucho tiempo mientras meditaba de qué modo podía perfilar el mejor diseño para el jardín que le había prometido al rey. Antes de caer la noche, pidió audiencia al rey y cuando estuvo junto a él, le relató la idea del oasis que ya tenía perfectamente claro en su mente. Escuchó el rey muy interesado y al final dijo:
- Pues adelante. Pero ahora quiero preguntarte: ¿Cuándo podré ver materializado tu sueño?
- Eso es lo que le iba a decir. Que a partir de ahora necesito hombres que me ayuden y medios para adquirir plantas y árboles. Y usted, aunque se lo coma la curiosidad, lo siento mucho pero no podrá ver esta hermosísima obra hasta que pasen tres años.
- ¿Y eso por qué?
- Porque las plantas necesitan echar raíces, brotar y dar flores. Usted sabes, mejor que nadie, que todo en esta vida necesita tiempo para madurar, para echar raíces y luego dar su fruto. Para los grandes proyectos, las prisas nunca son aconsejables.
- Pues del mismo modo te concedo esto pero, pasados tres años, quiero ver por fin la fantasía que ahora me prometes. Desde ahora mismo ya estoy impaciente.
- Fíese de mí, majestad que ya verá como al final no le defraudo.

Salió el hombre de los palacios y al día siguiente dio comienzo al proyecto que había soñado. Al levante de la Medina, reunió una cuadrilla de hombres y se pusieron a remover tierra. Rebajaron el nivel del suelo, hicieron un gran hoyo, ancho y largo pero con escasa profundidad, trazaron acequias y siguieron trabajando a lo largo de muchos días. Casi un año y unos meses después, por todos estos sitios, sembraron muchas plantas ornamentales y árboles decorativos y de buenas frutas. Vertieron el agua de las acequias en la depresión que en el terreno habían tallado y dejaron que siguiera pasando el tiempo. Al llegar la primavera, las plantas y los árboles brotaron y el agua se remansaba clara y teñida de verdes y azules. Y al tercer año, cuando de nuevo la primavera desplegó sus alas por todos los lugares próximos a la Alhambra, el hombre volvió a pedir audiencia al rey. Se lo concedieron y en cuanto el jardinero estuvo ante su majestad, le dijo:
- Quiero mostrarle la obra que le había prometido. Subamos a lo más alto de la torre y se la enseño.

La hizo caso el rey, subieron a lo más alto de la torre y cuando ya estuvieron aquí, miraron para el lado de la Medina. Y, al comienzo de las laderas del Cerro del sol, el rey vio un bellísimo lago rebosante de aguas azules y verdes y rodeado de espesos jardines y mil árboles. Y asombrado el rey descubrió también que las aguas de este lago, por un lado reflejaban las cumbres de Sierra Nevada y por el otro lado, se reflejaban las torres, palacios y murallas de la Alhambra. Y en el mismo centro del gran lago, las dos

imágenes reflejadas, parecían fundirse como en un abrazo misterioso. Y justo en este punto, las aguas también parecían dormirse como en una nube transparente para llevarse entre sus reflejos y flecos, las dos imágenes que el lago irradiaba. Al ver tal maravilla, el rey exclamó:
- Parece como si toda la Alhambra y las altas cumbres de Sierra Nevada, se concentraran en el centro de estas aguas para desde ahí, las dos imágenes hechas una, se fueran al corazón mismo de los sueños y del viento. ¿Has imaginado tú esto e intencionadamente así lo has construido?
Y satisfecho el hombre con las palabras del rey y la emoción que sentía, expresó:
- Sí señor. Usted y yo sabemos que la Alhambra sin Sierra Nevada, no sería la gran maravilla que por aquí cada día vemos. Y también tenemos muy claro que estos palacios, murallas, torres y jardines, pertenecen a mundo de los sueños, del paraíso que solo existe en el universo de lo eterno. De verdad ¿le gusta o no el jardín que para usted y los suyos, he diseñado?
- No solo me gusta sino que pienso que este es el vergel más bello del mundo, digno de decorar el más hermoso palacio de la tierra.

La pepita de oro

En la pequeña ciudad, al este de los palacios nazaríes y dentro del recinto amurallado de la Alhambra, se reunían ellos cada mañana. Mientras los padres, artesanos, poetas y administradores, hacían sus trabajos para los reyes. No eran muchos, pero sí se juntaba un grupo regular. Solo siete u ocho y al frente, siempre destacaba el que parecía más valiente, aunque no lo era ni tampoco el más inteligente. Sin embargo, siempre que daba las órdenes, poco lógicas, absurdas o fantásticas, el grupo le obedecía.

Todos menos uno. El más pequeño, algo enclenque y de familia pobre. La familia más humilde que por aquel entonces vivía en la Medina. Pero como el pequeño a pesar de su apariencia, sí era inteligente, una vez y otra decía:
- No me gusta jugar a los soldados ni tampoco me gusta simular batallas y guerras.
Y el que se había erigido jefe del grupo, casi siempre enfadado y mostrando carácter agrio para infundir miedo e impresionar a fin de que todos lo respetaran, malhumorado decía al enclenque:
- Pues si no te gusta jugar a los soldados ni tampoco te gustan las guerras ni estás dispuesto a luchar en las batallas, no sé qué haces entre nosotros.
- Quiero ser vuestro amigo porque tampoco me gusta estar todo el día solo.

A pesar de lo cual, sí que estaba solo en muchos momentos del día. Se daba cuenta de esto una vecina suya, más o menos de su edad. También hija de familia pobre, con pelo y ojos negros, muy vivaracha y con muchas ilusiones bellas. Pero no de soldados ni de guerras sino de las cosas de naturaleza. Porque a ella le gustaba mucho irse a jugar a las acequias de aguas claras que regaban los huertos y jardines de la Alhambra y por entre los árboles frutales que clavaban sus raíces en todas estas tierras. Por eso le decía al niño enclenque, en los momentos en que lo veía relegado de sus amigos, soldados y guerreros:

- Tú no te preocupes. Cuando ellos te humillen y no te acepten en el grupo por no hacer bien tu papel de soldado, te vienes conmigo y jugamos. Se creen los más valientes y mejores y para sentirse fuertes, tienen que nombrar y obedecer a un jefe. Y lo único que hacen y dicen son tonterías. A mí tampoco me gustan ni los soldados ni las órdenes entre ellos ni las batallas ni las guerras.

Y el niño enclenque, cada vez que oía estas cosas de su amiga también pobre, se animaba. Tanto que un día, cuando el jefe del grupo de los soldados dijo:
- Mañana, justo al salir el sol, todos nos reuniremos al comienzo de mi calle.
Él preguntó:
- ¿Y para qué tenemos que juntarnos a esa hora?
- Para dos cosas: primero, prepararnos un poco con un rato de instrucción y segundo, para irnos luego al cerro del sol.
- ¿Y qué hay que hacer en el Cerro del Sol?
- Mañana allí habrá una guerra y nosotros tenemos que participar en ella. Se va a librar una gran batalla y como somos los mejores, tenemos que ganarla.
Y Malhumorado el niño enclenque dijo:
- Pues yo tampoco estoy de acuerdo ni con reunirnos al salir el sol ni con ir a esa guerra que dices.
- Si no estás de acuerdo, te expulsaremos de nuestro batallón. Así que tú sabrás lo que haces.

Pensó el muchacho las cosas y al llegar el nuevo día, se asomó a la puerta de su casa. Vio que todos sus vecinos acudían al lugar de la reunión y luego vio como el jefe les daba órdenes y les decía:
- Somos los mejores y hoy vamos a demostrarlo.
El niño enclenque al ver lo que ocurría, meditó durante un buen rato y luego se animó. Salió de su casa, caminó despacio, se acercó al lugar donde el grupo se preparaba para luchar en la guerra y al jefe le dijo:
- Lo siento, me he quedado dormido y por eso llego tarde. Quiero unirme a vosotros pero no deseo ir a la guerra.
- Pues si no deseas participar en las batallas de la guerra, no eres de los nuestros. No te queremos porque ni eres valiente ni tienes las ideas claras. Desde ahora mismo quedas expulsado de nuestra organización
Y el niño enclenque, se volvió cabizbajo a su casa. Desde la otra parte de la calle, lo vio su pequeña amiga, le salió al encuentro y le dijo:
- Tampoco tú hoy te preocupes. Vente conmigo que ahora mismo vamos a irnos al río Darro a jugar con sus aguas y en la arena de los charcos. No te entristezca que ya verás como hoy va a suceder algo mágico.

Y el niño enclenque, después de hablar con sus padres y con los padres de su amiga, se pusieron en camino. Bajaron por el barranco del Rey Chico, llegaron al río, buscaron un sitio bonito y en la arena, se pusieron a jugar. La pequeña dijo a su amigo:
- Mis padres, muchas veces me han dicho que en este río hay oro.
- ¿Lo buscamos?
- Si, vamos a jugar a ver si encontramos mucho oro y del mejor.
- Y si lo encontramos ¿Qué haremos con él?

- Se lo podremos regalar a nuestros padres para que se hagan ricos o también podríamos comprarnos un palacio cerca de los palacios de la Alhambra. ¿No te gustaría?
- Sí, lo que quieras tú menos darle ni un solo gramo de oro a mis amigos los solados locos. No me gustan ni los soldados ni las guerras ni las batallas.

Y se pusieron ellos y enseguida hicieron un pequeño hoyo en la arena de la orilla de un charco. De la corriente, cogieron puñados de arena fina mezclada con agua y la derramaron en el hoyo. Esperaban un momento hasta que el agua se filtrara y luego miraban despacio para ver si entre la arena aparecía alguna pepita de oro. Y ocurrió que al poco rato, el niño enclenque volcó en el hoyo un gran puñado de arena y agua, espero a que se filtrara y de pronto, en el fondo del barranquito, apareció algo muy reluciente del tamaño de un garbanzo. Su amiga, al verlo, exclamó:
- ¡Una pepita de oro!
Al darle el sol y todavía mojada, brillaba como si fuera un trozo de ascua. El río corría sereno cerca de ellos y en lo más alto de la colina, los palacios y torres de la Alhambra, parecían mirar y alegrarse con ellos.

El rostro del alma

La ciudad de Granada, es conocida por muchas personas. De España, de Europa y del resto del mundo. Y casi todas estas personas, una vez y otra, pregonan que esta ciudad es única. Hermosa, mágica, misteriosa, llena de aromas por todos sus rincones, preñadas de historias y repleta de leyendas y secretos.

Y, además de todo lo dicho, la ciudad de Granada es única por el lugar que ocupa: al final de las altas montañas de Sierra Nevada, donde comienza una muy extensa vega y justo por donde cuatro pequeños ríos llegan de las montañas. El río Genil, el río Darro, el río Monanchil y el río Beiro. Todos se funden en uno solo en las llanuras de la vega y todos, a su paso, van regalando sus claras aguas para regar las tierras por donde avanzan. Por eso, parte de la ciudad de Granada, se levanta sobre tierras llanas, junto a las riveras de sus ríos, en las laderas de las pequeñas montañas y sobre lo más alto de varias colinas.

Es el caso del barrio del Albaicín, parte del barrio del Realejo y todo el conjunto de la Alhambra. Y aquí, en la colina de la Sabika, pequeña montaña entre la ancha Vega y las altas cumbres de Sierra Nevada, es donde la ciudad de Granada tiene y guarda sus más hermosos misterios y secretos. Historias hermosísimas y únicas en el mundo que yo sí he tenido la suerte de conocer. No todas pero sí algunas.

Muchas de estas historias ya han sido dadas a conocer por escritores, pintores, poetas, músicos, historiadores y otras personas que vivieron o pasaron por aquí. Pero aun así, en Granada y más en concreto en la Alhambra, todavía quedan muchos misterios por descubrí. Y una de estas historias, bellísima y muy extraña, es la que un día conocí y ahora quiero contar. La he bautizado con el nombre de “El Rostro del Alma” porque creo

que de ninguna otra manera puede definirse mejor. Y la historia es como sigue:

El verano se marchaba y, los últimos días de septiembre, comenzaban a dar paso al otoño. El verano había sido muy caluroso. Sobre la Vega, al borde de las montañas, se veía a la ciudad aplastada. Como esperando a que los días otoñales llegaran. Con la presencian del otoño, a la ciudad, la Granada mágica y misteriosa, de nuevo comenzaban a llegar los jóvenes universitarios. Algunos venidos de pueblos cercanos, otros, de ciudades algo más lejanas y, unos pocos, de otras partes del mundo. En los primeros días del mes de octubre abrirían sus puestas todas las facultades de la universidad. Pocos días después, comenzarían las clases.

Y aquella noche, ya veintinueve de septiembre, recibió un correo que decía: “Buenos tardes. Soy estudiante de intercambio. Alice me dijo que tú eres su amigo y que me puedes ayudar a la llegada a Granada. Mi autobús llega a las siete de la tarde. ¿Podrías recibirme?” Y no lo pensó mucho. Al instante contestó diciendo: “Sí, con mucho gusto, te ayudaré en lo que pueda y necesites. A las siete estaré en la estación esperando tu llegada”.

A la hora prevista llegó el autobús, la reconoció a instante, la saludó y luego la acompañó hasta su residencia universitaria. Venía muy cansada de su largo viaje. Y por eso, acordaron verse al día siguiente. Dijo ella:
- Me gustará que me guíes, al menos en mis primeros días, por algunos de los sitios de esta ciudad.
- Sí, puedo mostrarte lo más importante y necesario y responderé a todas las preguntas que quieras. Te gustará mucho esta ciudad porque es muy bella y encierra grandes sorpresas y secretos.

Al día siguiente la llevó a su facultad, le mostró las calles más céntricas y grandes, le indicó los sitios donde podría encontrar información y luego se ofreció a llevarla a la Alhambra.
- Es lo que todos, en cuanto llegan a esta ciudad, desean conocer.
- Sí, yo también quiero conocerla y si no te importa, me gustaría que me acompañaras.

Al caer la tarde de aquel día de septiembre, subieron por la Cuesta de Gomérez, en la segunda placeta de este paseo, giraron para la izquierda, subieron por la pequeña cuestecilla y llegaron a la Puerta de la Justicia. El gran arco y la gran puerta que da entrada al recinto amurallado de la Alhambra. Preguntó ella:
- ¿Podremos ver ese rincón donde dicen se aparece los reflejos del alma? Me han dicho que es algo muy bello y que sólo en estos palacios de la Alhambra puede observarse. ¿Sabes algo de esto?
- Sí que lo sé y voy a mostrártelo para que lo conozcas.
Dejaron atrás la Puerta de la Justica, siguieron subiendo, rozaron la Puerta del Vino y bajaron por el callejón que lleva a la puerta de los viejos palacios, frente al barrio del Albaicín y en unos de los costados del Palacio de Carlos V.

Ya dentro del recinto nazarí, despacio y mostrando gran interés, fueron observando cada detalle: El Mexuar, el Oratorio, Patio del Cuarto Dorado, Palacio de Comares, Patio de los Arrayanes, Sala de la Barca, Torre de Comares, Salón de Embajadores, Palacio de los Leones, Sala de los Mocárabes, Sala de los Abencerrajes, El Harén, Sala de los Reyes, Sala de Dos Hermana, Sala de los Ajimeces, Mirador de Daraxa, Habitaciones de Carlos V, Peinador de la Reina, Patio de la Reja, Los Baños y Jardines de Daraxa, también conocido con el nombre de Jardines de Lindaraja, denominación adaptada al castellano de al-'Ayn Dar Aisa, los «ojos de la casa de Aisa».

Cuando llegaron a este hermosísimo rincón de la Alhambra, se pararon, mirando para el lado del sol de la tarde. Junto a la fuente de mármol, en el mismo centro del patio. De ella brotaban delgados chorrillos de agua que parecían jugar con la sombra de los cipreses, con el viento y la luz del sol que iba cayendo. Y, justo en este mismo momento, un rayo de sol, muy brillante y puro, penetraba por entre las ramas de los cipreses. Parte de este haz de luz se reflejaba en el agua de la fuente, otra parte, en las ramas, una porción pequeña en su cara y el resto se dispersaba por los alrededores.

Al ver ella este tan bellísimo rayo de luz y observar, al mismo tiempo, las claras aguas meciéndose en la pila de la fuente, se acercó. Casi hasta rozar con sus manos el líquido azul verde sin dejar de mirar para el lado de la tarde. Emocionada dijo:
- Recoge esta imagen en un video que quiero guardarla.
Se puso él a grabar la escena y, en este mismo memento, se vieron los reflejos con toda claridad. Una leve ráfaga de aire con suavidad empujó el agua remansada en la pila de la fuente. La luz del sol, mezclándose con el agua, los colores del cielo, las nubes y las ramas de los cipreses, emitió un brillo casi cegador y comenzó a moverse como en un juego delicado. Y se formó como un espejo muy claro, profundo y de colores, donde se veía estampada una bellísima imagen. Dijo él:
- Fíjate bien y espera unos segundos.
Preguntó ella:
- ¿Es aquí donde aparece o lo que estoy viendo es ya el rostro del alma?
Y respondió él.
- Mira despacio, concéntrate y espera unos segundos.

Frente a las claras aguas de la fuente, la joven se quedó mirando durante mucho rato. Como intentando comprender el enigma de lo que acaba de ver. Luego siguieron caminando y por entre los jardines del palacio del Partal, se sentaron al fresco de las plantas y el perfume de las flores. Ella preguntó:
- ¿Y todas, todas las personas que vienen por aquí pueden ver y entender lo que tú me has enseñado?
- Ninguna de las personas que vienen por aquí, han visto nunca lo que tú sí.
- Y sin embargo, si yo lo he visto, es porque existe realmente.
- Así es y precisamente por ello es por lo que, todos estos recintos de la Alhambra y en especial este patio y fuente, encierran tantos misterios.

La morera milagrosa

Aclaración

En la alhambra y terrenos del entorno, durante la época nazarí y a lo largo de todo el año, se cultivaban hortalizas, legumbres y frutales, para el abastecimiento de la corte y no depender en exceso de otros mercados. Una de las mayores aportaciones de los árabes en este campo fue la introducción y extensión de especies como espinacas, alcachofas, sandías, melones, granados, moreras, melocotoneros o almendros. La forma de cultivo de los musulmanes se extendió y quedó impreso en el peculiar paisaje alpujarreño. El agua fue conducida mediante sofisticados sistemas de acequias hasta los pequeños bancales labrados en las laderas. En ellos crecen hortalizas, vides, olivos, frutales y en época musulmana, multitud de moreras y morales, base de la producción de la comarca. En 1552, en la Vega de Granada, se dio un aumento notable de las plantaciones, contabilizándose un total de 15.000 moreras. Algunas parcelas, de un solo propietario, con cantidades superiores a las registradas en todo el término de Almuñécar. En las huertas de la Alhambra se citan plantíos de 3.000, 4.000 y 5.000 moreras realizados a instancias del Conde de Tendilla.

El relato

De su pequeña casa blanca, en el barrio del Albaicín y frente a la Alhambra, aquella mañana la anciana no salió. Al notar su ausencia, los vecinos comentaron:

- ¡Qué extraño! Ella cada mañana y desde hace muchos años, es la primera en levantarse en este barrio.
- ¿Le habrá pasado algo?

Y como los vecinos sabían que desde hacía mucho, mucho tiempo, la anciana vivía sola, fueron a su casa. Se la encontraron tumbada en la cama, sin fuerzas ni para hablar y aunque los vecinos le dijeron que querían ayudarle, ella torpemente contestaba:

- Ya estoy muy vieja y algún día tendré que irme de este mundo. Gracias por venir a verme pero ¿qué más podéis hacer por mí?

Los vecinos llamaron al médico y éste, después de atenderla y animarla, dijo a los allí congregados:

- Lo que ella necesita, es alimento. Que alguien le traiga una buena cesta de moras no negras ni blancas sino moradas, bien maduras y que se las coma. Recobrará las energías y se pondrá sana.

Y los vecinos preguntaron:

- ¿Y a dónde vamos nosotros a por moras moradas, buenas y bien maduras?

Los tres niños, los que vivían en la casa del alado de la anciana, al oírlos enseguida dijeron:

- Nosotros vamos ahora mismo a las huertas de la Alhambra, buscamos al jefe de aquellas tierras y le pedimos que nos regale unas pocas moras moradas para que se las coma la anciana y se ponga buena.

Los padres de los niños, dos varones y una niña, sin dudarlo rápidos dijeron:

- Pues coger ahora mismo la barja de esparto picado, bajáis al río Darro, cruzáis el puente, subí por el barranco de los álamos y os acercáis a las huertas de la Alhambra. Saludáis a los que estén allí trabajando y le contáis

lo que le ocurre a la mujer más buena de toda Granada. Y en cuanto ellos os den las moras, os volvéis rápido a este barrio nuestro.

En un abrir y cerrar de ojos, los tres niños prepararon la barja de esparto, salieron de sus casas, recorrieron los caminos que iban desde el corazón del Albaicín hasta las huertas del Generalife y cuando estuvieron en estas tierras, comentaron a los hombres lo que pasaba. El jefe, sin dudarlo un momento, dijo:
- ¿Y qué tenemos nosotros que ver con esa anciana que dices? Las moras que en estas huertas cultivamos, son para los reyes de la Alhambra. Así que olvidaros que podamos daros ni un solo puñado.
- Pero es que nuestra amiga se está muriendo y nosotros no queremos que se vaya.
- Ese no es problema nuestro.
Tristes los niños ya volvían por el mismo camino, cuando les salió al encuentro un muchacho algo mayor que ellos y les dijo:
- Vivo aquí en la Medina de la Alhambra y como he oído lo que le habéis contado a los que cuidan estos huertos y lo que ellos os han dicho a vosotros, estoy dispuesto a ayudaros.
- ¿De qué modo puedes ayudarnos?
- Yo también tengo un amigo mayor que lo quiero mucho y por eso no deseo que vuestra amiga muera. Venid conmigo y ya veréis como arreglamos esto.

Y los niños, ahora ya contentos, surcaron los caminos dirección a las cumbres de Sierra Nevada. Caminaron durante varias horas y cuando ya estaban muy cansados, llegaron a unas tierras con muchos árboles. El amigo de la Alhambra les dijo:
- En ese valle verde que se ve al fondo, crece la morera. ¿No la veis ahí exuberante y portentosa?
Miraron los niños y sí que la vieron. Clavada en el mismo centro de las tierras del redondo valle y como si estuviera esperando a que ellos llegaran. No tardaron en estar bajo sus ramas. Por la estrecha senda, descendieron rápidos y en cuanto llegaron a la morera y la vieron toda cargada de moras gordas, moradas y maduras, se pusieron a llenar la barja. El amigo de la Alhambra les decía:
- Y también vosotros podéis comer todas las que queráis. Probadla ya veréis qué buenas.
Le hicieron caso los niños y en cuanto probaron las moras dijeron:
- Desde luego que moras como éstas no las hemos comido nunca en la vida. ¿Quién es el dueño de este árbol?
- De eso no preocuparos. Yo lo conozco bien y como es mi mejor amigo, no tendréis ningún problema sino todo lo contrario: Este amigo mío siempre se alegra que venga a coger moras a esta morera suya.

Llenaron los niños la barja de moras, se pusieron en camino para regresar a la Alhambra y al barrio del Albaicín y con mucho cuidado para que las bayas no se estropearan, bajaron por los caminos. Y venían ellos tan contentos, en compañía de su amigo de la Alhambra y con la barja repleta de moras, cuando al pasar cerca de las huertas del Generalife, los vio el jefe de estas tierras. Les salió al paso, se puso delante de ellos y les dijo:

- ¡Alto ahí!
Los niños se asustaron, detuvieron su marcha, temblorosos miraron al hombre, esperaron a que se acercara un poco más y cuando estuvo a solo dos pasos de ellos, les dijo:
- ¡Con que nos habéis robado las moras de las moreras de la parte alta!
El muchacho de la Medina salió en defensa de los niños aclarando:
- No señor, estas moras son de mi amigo de las montañas.
- Tú a callar, que tu padre es amigo nuestro y como se entere de lo ocurrido, los dos vais a tener muchos problemas.
Calló el joven, callaron los tres niños, cogió el hombre la barja llena de moras y al verlas, apresurado dijo:
- Y además, habéis robado las más buenas que nunca se han dado en estas tierras. Gordas como castañas, completamente maduras y con una presencia que solo verlas, alimentan. Hoy el rey, la reina y los príncipes, van a disfrutar de las mejores moras que nunca se han dado en estas huertas.

Y el hombre, sin más, vació todas las moras en una gran cesta de mimbre, devolvió la barja a los niños y les dijo:
- Ahora ya podéis seguir vuestro camino y dar gracias al cielo que solo os quito las moras y os dejo libres, sin cargos y sin castigos.
Y a los que trabajaban a sus órdenes, les dijo:
- Y vosotros, ahora mismo llevad estos frutos a los palacios para que los reyes puedan saborearlos cuanto antes.
Hicieron caso los hombres mientras los niños, tristes y en silencio, por el camino del barranco que baja al río Darro, regresaban al barrio de la anciana.
Pasado un rato la niña comentó a sus compañeros:
- Volvemos con la barja vacía y nuestra amiga se está muriendo.
Nada dijeron los dos niños porque sabían que era cierto lo que la pequeña comentaba. Llegaron al río, lo cruzaron y subieron la cuesta hacia el corazón del barrio del Albaicín, llegaron a la casa de su amiga la anciana y al verlos los vecinos rápidos dijeron:
- ¡Gracias al cielo que habéis regresado! Traed enseguida esa barja que le demos un puñado de fruta a esta amiga nuestra para que recupere fuerzas.
Y al ir los vecinos al coger la barja para sacar las moras, los niños se dispusieron para contar todo lo que había sucedido. Pero enseguida, los tres se quedaron con la boca abierta al comprobar que la barja estaba repleta por completo de moras gordas, maduras y con una pinta estupenda. Y vieron como los vecinos, cogieron estas moras, las lavaron y se la dieron a la anciana que con gusto, poco a poco se las comía diciendo:
- Nunca en mi vida he comido yo moras más buenas que éstas. Estos bocados van a darme la vida. Que el cielo os pague todas las cosas que estáis haciendo por mí. Y a estos niños, que un día también el cielo se lo pague muy crecido.

Los niños, asombrados y maravillados por lo que estaban viendo y oyendo, después de agradecer a la anciana sus palabras, cogieron la barja ya vacía y se fueron rápidos a su casa para contar a los padres lo que habían visto y oído. Y fue la pequeña la que, nada más encontrarse delante de los padres, se puso a relatar todo lo ocurrido. Con tanta emoción y fuerza que en uno de los momentos, cogió la barja para decirles a los padres cómo habían

sucedido las cosas y al abrirla para que la vieran por dentro, se quedó parada, sin aliento e incapaz de pronunciar palabra. Porque al instante descubrió y también todos los allí presentes, que la barja estaba repleta de moras que relucían como trozos de ascuas incandescentes. Y más asombrada que nadie, la madre de la niña preguntó:
- Y tanto oro ¿de dónde lo habéis sacado?

El sueño de los niños

Donde ahora se alza el gran carmen, a la derecha del camino del Avellano, por debajo del Generalife y de la Alhambra, imaginaron ellos su fantasía. Pequeña y blanca como las nieves de Sierra Nevada, recogida al final de la ladera y casi al borde del río Darro. Y como la soñaron bella, limpia e inocente como los latidos de sus corazones, el tiempo y donde el reino de lo eterno, para siempre la ha conservado.

Él, el hombre del corazón de oro que era como lo llamaban los niños, tenía solo tres higueras, un granado y dos nogueras. Justo al borde mismo de las aguas del río, a la izquierda del camino del Avellano y por donde las tierras del Valparaíso. Cuidaba él con mucho esmero estos seis viejos árboles y cuando recogía los frutos maduros, solo se comía algunos y no vendía ninguno. Los recolectaba en una cesta de mimbre, se iba luego por el camino con la cesta repleta de frutos y por debajo del camino del Avellano, se paraba. Buscaba el rodal de tierra que conocía y sobre la hierba, colocaba con cuidado higos maduros y dulces, granada rojas y muy sabrosas y al rato, los que por el caminillo pasaban, le preguntaban:
- ¿Es que hoy vas a vender la cosecha que te han dado tus árboles?
- Ni hoy ni nunca voy a vender nada.
- ¿Entonces?
- Estos ricos frutos míos los pongo aquí sobre la hierba para que los niños los cojan y se los coman cuando vengan.

Los niños eran una pequeña pandilla, más o menos todos de la misma edad, que vivían en las casas blancas del barrio del Albaicín. Y como ellos aun estaban libres de obligaciones, muchas veces se juntaban, se iban por los caminos a las aguas del río Darro y a las tierras de los huertos que los padres cultivaban por debajo del camino del Avellano. Y para animarse y hacer más divertidos sus juegos y aventura, por votación entre ellos, eligieron a un líder. Entre sí se dijeron:
- Pero no queremos que nos dé órdenes tontas ni que te impongas sobre nosotros por la fuerza. Queremos un líder sabio, que nos respete a todos y que sepa llevar a cabo las cosas por consenso.
Y el líder dijo:
- Estoy de acuerdo con vosotros. Así que si en algún momento hago o digo lo que no es correcto, me lo decís para que todo entre nosotros se haga por consenso.

Una de las pequeñas, delgada, cara redonda, pelo y ojos negros y voz semejante a los sonidos del agua del río Darro, siempre decía:

- Como el hombre de las tres higueras que nos regala frutas cada día, no hay por aquí nadie de bueno.
- ¡Claro! Por eso lo llamamos corazón de oro. Y por eso todos sabemos que tú a él lo quieres mucho y él contigo, se le cae la baba.
Decían esto porque el hombre de la fruta, en cuanto cada día veía al grupo de los niños, preparaba la mejor fruta, la ponía sobre la hierba y al llegar la pequeña, siempre le daba el higo más maduro o la nuez más sana. Y ella, siempre se ponía a su lado, le ayudaba a repartir los frutos y cuando la cesta de mimbre estaba vacía, enseguida decía:
- Vamos corriendo a las higueras y cojamos otra carga de higos para que nuestro amigo se los lleve a su casa y se los coma. Él siempre nos da lo mejor de sus árboles y nosotros, pocas veces hacemos algo bueno para agradecérselo.

Le gustaba al hombre esta forma de ser y comportarse la pequeña y por eso, cada día la mimaba un poco más. Hasta que una mañana, cuando los niños llegaron a donde el hombre tenía sus frutas sobre la hierba, el líder dijo:
- Hoy queremos pedirte algunos consejos.
Al oír esto, el hombre enseguida preguntó:
- ¿De qué se trata?
- Muchas veces ya lo hemos hablado entre nosotros y por fin hemos acordado que nos ayudes.
- ¿Pero en qué tengo que ayudaros?
- Como siempre eres bueno con nosotros, se nos ha ocurrido que podríamos seguir tu ejemplo.
- ¿Y de qué modo vais a seguir mi ejemplo?
Y en este momento fue la pequeña la que cogió la palabra y dijo:
- Queremos construir una ciudad solo para nosotros, aquí cerca de donde cada día tú nos regalas frutas. ¿Qué te parece?
- Que me gusta vuestro sueño pero ¿para qué necesitáis una ciudad y a vuestra medida?
- Porque nos hemos dado cuenta que lo que tú haces es algo muy bonito que nos gusta mucho. Y como ya sabemos que nos quieres y eres bueno, si construimos una ciudad aquí cerca de ti, sería bueno para todos. Tú nos protegerías de los que vengan a pegarnos o a robarnos y nosotros a cambio, viviendo todos juntos y en esta ciudad, te demostraríamos nuestro agradecimiento. Como un homenaje pequeño a lo bueno que siempre has sido con nosotros.

Y el hombre, después de oír las fantasías que la pequeña le relató, guardó silencio. Meditó un momento y luego preguntó:
- Pero todavía no tengo claro en qué tengo que ayudaros.
Y de nuevo la pequeña dijo:
- Como tú eres bueno y sabes mucho, hemos pensado que puedes ir a los palacios de la Alhambra, preguntar por el dueño de las tierras que hay en la ladera de enfrente, le dices lo que te hemos contado y al final le pides que nos regale esas tierras.
Y el líder del grupo aclaró:

- Sí, porque lo primero que necesitamos son esas tierras de la ladera, no lejos del río y cerca de tu rincón. Si nos la regalan, también luego tú puedes ayudarnos a construir la ciudad que te hemos dicho.
Y otra vez el hombre guardó silencio.

Al día siguiente subió a la Alhambra, habló con el dueño de las tierras y en cuanto éste supo lo que los niños soñaban, dijo:
- Esas tierras son las que yo tengo reservadas para construirme un gran palacio.
- Se trata solo de una fantasía de los niños. ¿No podríamos hacerlos felices permitiendo que realicen su sueño?
- ¿Pero es que estás loco?
Y el hombre ya no dijo nada más. Bajó desde la Alhambra al río Darro y a la mañana siguiente preparó sus frutas para repartirlos con los niños cuando estos llegaran. Y llegaron, les dio las frutas y como la pequeña lo encontró triste, le preguntó:
- ¿Por qué hoy no sonríes como otras veces?
Y el hombre no quiso decirles por qué no tenía ganas de sonreír.

Pasado el tiempo, muchos años, los niños se fueron haciendo mayores y la pequeña de pelo y ojos negros, con sus padres un día se marchó de Granada. Junto a la higuera más grande de las tres que tenía cerca del río, el hombre sembró rosales. Cada día los regaba y siempre se decía: "Esto es como un homenaje y para que nunca me olvide de mi amiga de pelo negro". Por encima del camino que lleva a la famosa fuente del Avellano, a la derecha según se sube una pequeña cuesta, se alzó un hermoso y blanco palacio. Todavía hoy se puede ver ahí, en la ladera cerca del río y en las mismas tierras donde los niños habían pensado construir la ciudad de sus sueños. Y nadie hoy lo sabe pero cuando se pasa por el lugar, camino de la Fuente del Avellano, si se mira con los ojos que se ven los sueños, se descubre algo muy hermoso: como una ciudad en miniatura de casas blancas y calles muy estrechas, decorado todo con jardines llenos de flores y muchos, muchos pequeños ríos de aguas claras.

Las siete maravillas de la Alhambra

I- El Puente del Aljibillo, sí es el último que el río Darro tiene dentro del casco urbano de Granada. Desde aquí, siguiendo el río hacia su nacimiento, todavía hay algunos puentes más pero estos, ni están dentro del casco urbano de Granada ni son bellos ni sus historias son tan interesantes como sí la del Puente del Aljibillo. Es muy antiguo, este puente, todo construido de piedra, con un solo arco, muy bonito y por encontrarse en un punto tan estratégico, resulta un lugar ideal para contemplar la Alhambra. Y no solo las torres y murallas de gran monumento sino también la umbría que cae hacia el río, la bonita corriente de este cauce, todo el Paseo de los Tristes, parte de la Cuesta del Chapiz y el barranco del Rey Chico, con la figura del Generalife en todo lo alto y a la izquierda.

En otros tiempos, este pequeño puente de piedra, tenía su importancia y aun la tiene. Al caer las tardes, fundamentalmente los fines de semana y los días de fiesta, por este puente cruzan, van y vienen muchas personas. Los que suben al barrio del Albaicín o al Sacromonte, por la Cuesta del Chapiz, los que van a la Fuente del Avellano, siguiendo el carril de tierra que lleva a este rincón y los que remontan a la colina de la Alhambra, por el bonito recorrido de la Cuesta del Rey Chico. También en este puente y sobre los pequeños muros del pretil que queda a ambos lados, muchas personas se sientan simplemente a descansar, a contemplar la figura de la Alhambra o a mirar las aguas del Darro que por aquí discurren rumorosas y muy claras. Y al ponerse el sol, es muy agradable sentarse en los muros de este puentecillo para disfrutar del mundo que he dicho.

Es lo que me sucede y hago a lo largo de muchos días del año. Que me vengo paseando, a veces por las callejuelas del Albaicín y otras veces por el paseo del río y me siento en los muros del Puente del Aljibillo. Crece aquí mismo un viejo almez que en verano, regala sombra muy fresca y en otoño y primavera, siempre destaca en primer plano con la silueta de la Alhambra al fondo, la corriente del río y el Paseo de los Tristes. Y me gusta también observar a los turistas que por aquí se pasean con sus mapas en las manos y mirando a un lado y otro. A veces les pregunto por lo que buscan y algunos, no todos, son amables y se dejan aconsejar. Otros, no tanto porque desconfían o no hablan español o simplemente no necesitan que nadie les explique nada. Ya se sabe: como la vida misma y este pequeño puente, es testigo de estas y otras muchas cosas.

Y hace solo unos días, una bonita tarde de primavera, me acerqué a este puente. Sin más pretensión que, sentarme en el muro bajo el almez de los tres pies y quedarme aquí un rato. Para observar a los turistas y a los que, por el río también de vez en cuando se meten en las aguas o se sientan en la orilla, sobre la fresca hierba que crece en estos días. Porque, desde hace tiempo, he observado que grupos de jóvenes, casi todos habitantes de las cuevas en la ladera de San Miguel Alto y del Sacromonte, se vienen a este tramo del río Darro. Se bañan, a veces, las muchachas meten sus pies de las aguas y sus perros, también saltan y juegan con la corriente. Y ellos, los jóvenes que he dicho, como si no les importáramos ninguno de los que por aquí venimos o nos sentamos en el muro del puente.

Pero esta tarde, según me iba acercando al bonito puente de piedra, lo vi. Estaba sentado en el muro de la izquierda, según se atraviesa el puente para tomar por el camino que lleva a la Fuente del Avellano. Y nada más descubrirlo, algo en mi interior me dijo que no era ni turista ni tampoco pertenecía a los que vienen al río a disfrutar del silencio y de las aguas. Lo saludé y sin más le pregunté:
- ¿Va a ocurrir hoy algo por aquí?
Me miró y, como si fuéramos amigos de siempre, a su vez me preguntó:
- ¿A qué se debe esa pregunta?
- Nunca antes te he visto por estos sitios y por eso creo que no eres de este barrio y tu compostura sí que parece anunciar que esperas algo.

Tardó unos segundos en darme una respuesta y cuando lo hizo, me dijo:
- Y es cierto: espero algo misterioso y mágico. Ya ha llegado la primavera, las amapolas han florecido, el sol brilla muy limpio y las aguas de este río, bajan claras y como perfumadas. En cualquier momento pueden aparecer por aquí las mariposas.
- Y la aparición de las mariposas ¿es un acontecimiento?
- Para mí, sí que lo es.
- ¿Por qué? Porque mariposas, siempre que llega la primavera y también en el verano, aparecen y en ocasiones, muchas.
- Pero nunca ni ninguna como las que yo he visto algunas veces por aquí y ahora espero.
- ¿Cómo son estas mariposas y qué tienen?
- ¿De verdad no sabes tú lo de la princesa de las siete maravillas de la Alhambra y la mariposa?
- Nunca oí nada de eso y ahora que lo mencionas, sí que me gustaría saberlo. ¿Me cuentas algo?
Después de unos segundos en silencio, habló y dijo:

II- Es verdad que cada persona vemos las cosas de manera diferente. Una gran maravilla del ser humano y de la naturaleza para que nada nunca sea monotonía ni cansancio. Y también como prueba de que, aun hasta las cosas más pequeñas, tienen algo de infinito. Que nada nunca se agota y es exactamente aquello que con los ojos vemos. Cada persona tenemos la suerte de encontrar en la misma cosa, matices, formas, colores y olores diferentes a lo que ha descubierto la otra. Y es que, todo este suelo, el firmamento y el gran Universo, no son y sí, aquello que cada uno vemos.

Este es el caso de lo que ocurre y ocurrió en otros tiempos, en los recintos de la Alhambra. Las personas que en estos recintos vivieron en aquellos días pasados, encontraban y veían en la Alhambra, jardines, torres y murallas, maravillas y sueños que nunca después por aquí ha visto nadie. Pero sigue ocurrido que las personas que ahora pisan, ven y tocan estos monumentos, también descubren y ven cosas distintas. Como si cada uno de nosotros tuviéramos ojos desiguales y corazón y alma, originales. Todos vemos las mismas cosas pero cada uno las interpretamos y descubrimos desde ángulos o matices que difieren de los demás.

Y digo esto porque en tiempos pasados, cuando en los palacios de la Alhambra vivían los reyes y jugaban, corrían y soñaban príncipes y princesas, ocurrió algo muy hermoso. Una de aquellas princesas, siendo aun todavía muy pequeña, vivió aventuras muy singulares. Su madre, reina bella, muy buena y culta, la quería tanto que nunca la dejaba sola. Ni siquiera cuando, en las soleadas mañanas de primavera o al caer las tardes de esta hermosa estación del año, la pequeña princesa salía a los jardines que rodeaban los palacios. Siempre la madre la llevaba de la mano o la acompañaba y siempre, según paseaban por entre las plantas, también la madre le regalaba flores y le contaba cuentos. La pequeña se interesaba mucho, tanto con las flores como con los trinos de los pajarillos y los reflejos de las aguas en los estanques. Y por eso, aun ya en su niñez, ella mostraba

mucho interés por todo lo que cada día veía y la madre le mostraba o relataba.

Y un bonito día de primavera, la pequeña preguntó a la reina:
- Según lo que tú me enseñas y comentas cada día, por los rincones de estos palacios nuestros, todo lo que hay, son maravillas. ¿Puedes decirme cuantas hay en total?
Y la reina, después de pensarlo un rato, habló y le dijo a su niña:
- Son muchas las maravillas que en estos palacios nuestros y en los paisajes que rodean, hay. Pero entre tantas, solo siete son las más importantes.
- ¿Cuáles son?
Muy despacio y con detalle, ella comenzó a narrar a la pequeña:
1 - La colina sobre la que se alzan estos palacios y torres. Porque además de ser unos cimientos muy sólidos, conforma una grandiosa vista en forma de balcón hacia Sierra Nevada, por donde el sol aparece cada día y también hacia la amplia Vega de Granada, por donde el sol también cada día se marcha.
- Primera de las siete maravillas. ¿Y la segunda?
2 - El aire puro que por esta colina y, por entre torres, murallas, palacios y jardines, a todas horas se pasea, regalando aromas densas y mágicas. Sí, este aire tan puro, fresco en verano, aromatizado en primavera y frío y cálido en invierno y otoño. Quizá tú no lo has notado pero sin este fino vientecillo que siempre se pasea por la colina, la Alhambra sería otra cosa.
- Esta es la segunda de las siete maravillas que me decías. ¿Y cuál es la tercera?
3 - Los paisajes donde se recogen estos palacios. Porque además de lo que antes te decía: Sierra Nevada y la Vega, por aquí cerca, a no mucha distancia y más lejos, con solo mirar puedes descubrir preciosos bosques, inclinadas laderas, hondos barrancos, llanuras extensas y pequeñas, valles maravillosos repletos de agua, colores y silencios y también escarpadas montañas al sur y al norte y entre Sierra Nevada, la Alhambra y la Vega.

Se dio cuenta la reina que mientras iba explicando a su niña las maravillas que le había anunciado, ésta miraba a un lado y a otro, como si comprobara lo que le relataba. Por eso, al llegar a este punto, otra vez la dijo la pequeña:
- Ya tengo claro cual es la tercera maravilla. ¿Y la cuarta?
4 - El río Darro. Sí, el pequeño y claro río que corre a los pies de la Alhambra y viene desde las oscuras montañas un poco al norte de estos palacios. También a este río le podemos sumar el otro cauce más grande que desciende desde las cumbres de Sierra Nevada. Y lo sumamos porque ciertamente que el río Genil, es una pequeña maravilla color diamante líquido. Pero es que el río Darro, con ser tan pequeño y de cauce corto y sereno, es para mí la fuente principal de este paraíso llamado Alhambra. Sin las claras y frescas aguas de este río, de ningún modo por aquí hubiera existido nunca ni estos palacios, jardines, albercas, fuentes, aljibes y acequias que ahora vemos y disfrutamos cada día. La savia que ha dado vida y la mantiene fuerte y fresca y siempre así será, es precisamente el agua del purísimo río que te estoy diciendo.

Y al llegar a este punto de su relato, la reina guardó un momento de silencio. Aprovechó la princesa para preguntar:
- Ya me has revelado cuatro de las siete maravillas y todas me están gustando mucho. Estoy deseando saber cuál es la es la quinta y las dos siguientes. Pero antes de seguir ¿puedo hacerte una pregunta?
- Claro que sí. ¿Cuál es tu pregunta?
- Poca cosa pero se me ha venido a la mente en el momento en que me has hablado del río Darro.
- Pues pregunta a ver si puedo responderte.
- Claro que sí porque lo único que quiero saber es si algún día tú me llevarás a esos preciosos sitios por donde corre el río Darro.
- Puede que sí. Algún día cuando seas mayor y el rey nos dé permiso, yo podré llevarte para que veas los sitios, charcos, cascadas, prados y alamedas del río Darro. Y sobre todo, me gustaría llevarte a ese valle ampuloso, verde y hermoso que hay donde comienza la acequia que desde este cauce, trae el agua a los recintos de estos palacios.
- ¿Qué tiene de especial ese valle?
- Lo tiene todo. Porque el sitio queda recogido entre altos cerros y largas colinas, pobladas de bosque y por allí los silencios son limpios y muy misteriosos. En primavera, todo ese amplio valle, es una preciosa alfombra verde, surcada en su centro por las limpias aguas del río y tapizado a los lados por bosques de avellanos, álamos, viñas, pequeño matas de monte y caminillos estrechos. Este rincón del río, creo que es lo más importante y bello que hay a lo largo de todo su recorrido.

Y la pequeña princesa, dijo a su madre:
- Pues tomo nota para que no se me olvide ni a ti tampoco, que un día tienes que llevarme al hermoso valle que me has dicho. ¿Seguimos con las maravillas de la Alhambra?
- Seguimos.
- Pues dime entonces ahora cual es la quinta maravilla que tienes en tu lista.
5 - El agua. Que como ya te he dicho, no solo llena de verde y flores todos estos paseos que vamos recorriendo sino que hace posible que la Alhambra sea la antesala del cielo. Nada por aquí sería posible sin la presencia y abundancia del agua. Y en Granada, toda la ancha vega y los barrios que a derecha a izquierda tiene la Alhambra, sí que es abundante el agua. El río Genil, ya tú lo sabes, baja de las nieves de Sierra Nevada y en todas las épocas del año, tiene mucha agua pura y fresca. Con ella, también tú ya lo sabes, se riegan las fértiles tierras de las Huertas Reales, de donde salen los frutos tan ricos que cada día tenemos en las mesas de los palacios. Con las aguas del río Genil, también se riegan los jardines y se llenan los estanques del palacio que hay al comienzo de la vega. Y con las aguas de este río es con la que se alimentan las tierras de la gran llanura que desde las torres de la Alhambra, vemos cada tarde por donde el sol se pone.

Pero con las aguas del río Darro, el que te decía antes, surca el valle de los avellanos y de las viñas, es con las que regamos todos estos jardines, rincones y palacios de la Alhambra. Agua deliciosa porque es la más pura y fresca de todas las aguas de Granada y porque viene del corazón mismo de las montañas que, por el norte, se alzan y de alguna manera

enmarca a la Alhambra. Por ese el agua de este río y que ahora corre, se extiende y derrama por todos los sitios de estos palacios, es fruto de la lluvia más limpia y de la nieve más pura. En invierno, primavera y a veces también en verano, sobre las montañas que por el norte coronan a la Alhambra, llueve y nieva mucho. De esto es de lo que se alimenta el bello río de la Alhambra. Por eso te decía y ahora repito, el agua que por estos jardines vemos correr y es tan abundante, transparente y fresca, es como un regalo muy especial directamente del cielo para dar vida al rio Darro y a todo cuanto sobre esta colina cada día disfrutamos. La quinta y quizá más importante maravilla de la Alhambra. Ya que hace que todo esto sea un paraíso, pórtico del gran paraíso que un día encontraremos en el cielo.

Y la pequeña princesa, después de escuchar con atención todo cuanto la madre le explicaba, se paró junto a la acequia que discurría por entre los jardines. Se agachó, metió sus manos en las clara y fresca corriente, las llenó de agua y luego la derramó sobre su cara diciendo:
- Desde luego que este líquido tan claro, suave y fresco, sí que es una delicia. Y lo que más me gusta es ver cada día tantas plantas, flores, árboles y frutos llenos de frescor y fino perfume que continuamente corre por estas acequias. Estoy de acuerdo contigo que la más importante de las maravillas de la Alhambra, es el agua. Pero como me has dicho que son siete, aun nos quedan dos. Dime cual es la sesta maravilla de la Alhambra.
6- Sin dudarlo, los jardines. Es el fruto que brota directamente del corazón del agua que antes decíamos. Y de esta manera, puedes comprobar como cada una de las maravillas, se engarzan entre sí. Sin el agua, clara, fina y abundante que antes decíamos, no crecerían por aquí estos jardines tan bellos. ¿Sabes una cosa?

Y la princesa, al oír la pregunta que la madre le hacía, se paró delante de ella, la miró y le preguntó:
- ¿Qué es?
- Que un día que ahora mismo nosotras no sabemos cuándo pero que llegará porque el tiempo corre y nunca para, tú y yo y todos los que por aquí respiramos ahora, moriremos. Y nosotras así como otras muchas personas, creemos en la existencia de un paraíso y una vida nueva en ese mundo, hay al final de esta vida que ahora aquí tenemos. Y en ese paraíso que hay allí, a donde pensamos ir, una de las cosas que vamos a encontrar serán jardines muy bellos. Lagos y río con muchas aguas claras, campos llenos de árboles con millones de frutas diferentes y flores y jardines fantásticos con toda clase de plantas. Aquello, será lo más bello que ser humano pueda imaginar y esto de aquí, los jardines que ahora cruzamos y rodean y decoran el entorno de estos palacios, es como el preámbulo del paraíso al que un día iremos.

No llegaba a comprender la princesa algunas de las cosas que la reina le explicaba. Pero como sí tenía ante sus ojos muchas de las plantas y árboles que en ese momento en la Alhambra crecían, dijo a la madre:
- Un día, cuando la primavera ya esté en su plenitud, quiero sentarme entre estos jardines y preguntarte los nombres de todas estas plantas y árboles.
Y la reina madre le dijo:

- Cuando tú quieras. La estación de la primavera desde luego que es la mejor época para observar y hablar de lo que dices. Pero ahora, como ya solo nos queda de las siete maravillas de la Alhambra, la última ¿sabes qué pienso?
- ¿Qué es lo que piensas?
- Que de esta última maravilla, quizá la más bonita y curiosa de todas, no voy a decirte nada.
- ¿Y eso?
- Porque quiero que seas tú la que la descubras por ti misma. Será un juego que va a gustarte mucho al tiempo que te servirá para aprender.

Y la niña guardó silencio. Poco después, ella se refugiaba en su habitación, en una de las más bonitas torres de la Alhambra. Desde su ventana, miraba para los jardines, recortados sobre las blancas nieves de Sierra Nevada, miraba para el Cerro del Sol, con los bosques perdiéndose en la distancia, miraba para el gran valle del río Darro, por donde todo le parecía misterioso y profundo y también miraba para la ciudad de Granada. Soñaba ella, mientras tanto, sueños dulces, maravillosos y fantásticos y pensaba en los amigos. Se dijo: "En cuanto los vea, les tengo que pedir que me ayuden a descubrir la séptima maravilla de la Alhambra. Quiero darle una sorpresa a mi madre y quiero convencerme por mi misma de que realmente es importante lo que estoy buscando".

Y algo más tarde, se acurrucó ella en su blanda cama de seda y colores y aquella noche, tuvo un sueño. Al despertar al día siguiente, a nadie contó lo que había soñado. Sí, después de compartir un rato con los reyes sus padres y de saborear fresca fruta y ricos dulces, dijo que iba a subir a lo más alto de la torre.
- ¿Qué quieres hacer ahí?
Le preguntó la madre.
- Tengo un presentimiento pero no quiero descubrir nada hasta que llegue su momento.
Aclaró la princesa. Y la madre reina tampoco quiso entrometerse más en el mundo íntimo de su niña. Dejaron que subiera a la torre y cuando estuvo en todo lo alto, se puso a tomar el sol, al tiempo que se recreaba en los amplios y hermosos paisajes que desde su atalaya se divisaban. Se dijo: "Desde luego que estos palacios en sí, son grandes maravillas y los mismo los paisajes que le rodean y los azules cielos que les cubren. Pero todo esto, aun siendo lo más bello y llenando mi corazón de las mejores delicias, no creo que sea la maravilla que me falta".

Y justo en este momento, vio algo que le sorprendió mucho. Una pequeña mariposa de alas muy grandes y con tonos azules y verdes, surcaba el aire, remontando desde los jardines a las partes altas de la torre. Siguió ella muy interesada el vuelo de esta mariposa y fue viendo como, si jugara con el aire, subía, bajaba, se acercaba a la torre, se venía para ella y se alejaba como pretendiendo irse lejos de la Alhambra. Se volvió a decir: "Es delicado y tiene muchos colores y luz todo lo que por aquí existe. ¿Será esto la séptima maravilla de la Alhambra?" Y enseguida pensó en las mil flores en los jardines de los palacios, en las aguas claras de las albercas, fuentes y

acequias, en el aire puro, en las puestas de sol y en todas las demás cosas que horas antes había compartido con la madre.

Y estaba ella embelesada en el vuelo de esta mariposa y rumiando sus fantasías y sueños, cuando vio que se paraba en la pequeña pared que protegía la parte alta de la torre. Palpitó su corazón impulsado por una emoción fuerte y honda y, dejando volar su fantasía, otra vez rumió preguntándose: “¿Y si esta mariposa es un príncipe encantado? Un príncipe que quizá tenga su reino muy lejos de aquí y que alguna bruja lo ha hechizado para robarle su fortuna y ahora aparece por aquí en forma de mariposa buscando a una princesa que rompa su hechizo. Sí, porque también puede ser que él sepa que yo soy princesa y por eso vuela cerca de mí y de esta torre. Quizá esté buscando que me fije en él y que me haga su amiga y coja esta mariposa porque es de esta manera como se romperá su hechizo”.

Y mientras se decía a sí misma lo que su corazón soñaba, no apartaba sus miradas de la mariposa que de un lado a otro revoloteaba. Hasta que de pronto, vio ella que la mariposa se paró justo en lo más alto de la pequeña muralla que rodeaba a la torre en la parte alta. Con cuidado se acercó para verla más cerca y con la intención de tocarla con sus dedos, pensando que de este modo podría romper el hechizo. Pero aunque la mariposa se estuvo quieta un buen rato, justo en el momento en que la princesa alargaba sus manos y ya casi rozaba con sus dedos las alas, está saltó y salió volando. La niña hizo un movimiento rápido y brusco con la intención de tocarla antes de que se alejara y perdió el equilibrio. Su cuerpo se volcó hacia el vacío del lado norte de la gran muralla de la Alhambra y por el aire cayó rápido. Abrió sus manos, gritando y pidiendo ayuda y sus vestidos de seda se extendieron en forma de alas mágicas que, por un momento, se confundieron con los colores y alas de la mariposa que también por el aire se alejaba.

Desde la torre cercana, las damas vieron a la princesa caer por el aire y enseguida gritaron y acudieron rápidas a la reina madre para contarle lo que habían visto. Le dijeron:
- Y también, cuando la princesa caía desde la torre, hemos visto a una gran mariposa alzándose desde estos palacios como hacia el azul del cielo.
- ¡Qué lástima de mi hija!
Exclamó la reina. Y seguida de los criados y damas, salieron al exterior de la Alhambra para socorrerla. La encontraron entre los rosales y sobre un denso césped de hierba fresca, con la cara llena de luz y los ojos muy brillantes. Respiraba con dificultad y también con dificultad dijo a la madre:
- Creo que ya sé cuál es la séptima maravilla de la Alhambra.
La reina abrazó a su hija y le dijo:
- Ahora no importa nada eso. Vamos a llevarte a tus aposentos para que los médicos curen tus heridas y, cuando recobres las fuerzas, seguimos jugando tu juego.

Pero aunque en sus aposentos los mejores médicos la atendieron enseguida, la princesa no se recuperó. Fue empeorando lentamente y al

tercer día, por la tarde murió. La enterraron en uno de los jardines más bellos de la Alhambra mientras entre lágrimas y sollozos, la madre dijo:
- Para que eternamente tú estés entre jardines, frente al cielo más azul y para que, mientras duermes, las mariposas puedan venir a jugar contigo.

III- Al terminar de narrar la historia que atrás he dejado escrita, guardó silencio. Seguía sentado en el pequeño muro del Puente del Aljibillo y, de vez en cuando, miraba para la Alhambra. Como si buscara algo que yo desconocía. Desde lo más alto de la colina la inclinada ladera caía hacia el río Darro, cubierta de bosque denso y muy verde. El sol de la tarde iba cayendo y al derramarse por entre el bosque de esta ladera, todo lo llenaba de claros oscuros mágicos y misteriosos. Y como se mantenía en silencio y en mí había despertado la curiosidad al narrarme la historia de la pequeña princesa de las siete maravillas, le pregunté:
- ¿Y después, llegó a saberse cuál era la séptima maravilla de la Alhambra que la princesa debía descubrir?
- Como ya sabes, por el relato que te he contado, la pequeña princesa se fue y con ella se llevó el secreto y misterio de la última maravilla que necesitaba encontrar. Pero como ella se marchó del modo que ya sabes, primero las doncellas de los palacios y luego los criados y soldados y muchas personas en Granada, empezaron a decir que la mariposa de la torre, tuvo algo que ver con la séptima maravilla.

Otra vez guardó silencio. Esperé un rato y ahora, en lugar de preguntarle, reflexioné un momento y me dije: “Cuando llega la primavera aquí en Granada, siempre aparecen algunas mariposas por entre los bosques, orillas de los ríos, jardines y campos. No es una maravilla grande ver revolotear mariposas por aquí o por los recintos de la Alhambra. Y este fenómeno no es tan importante como para convertirlo en la categoría de la maravilla que estamos buscando. Pero si este hombre me dice que muchas personas relacionaron el accidente de la princesa con aquella mariposa, alguna verdad puede haber en esto que yo aun no sé”. Por eso otra vez le pregunté:
- Y al final ¿de qué modo se explica este misterio?
- Ahora es primavera, como estás viendo, los bosque revientan de colores y de vida y por las riveras del río, aparecen las amapolas y otras flores. Me vengo cada tarde a este puente y miro sin prisa a los paisajes que tengo enfrente. Porque aunque no lo creas, yo también pienso que aquella mariposa tiene algo que ver tanto con la princesa como con la última de las siete maravillas.
- ¿O sea, que esperas ver revoloteando por aquí alguna mariposa especial?
- Sí, porque estoy convencido que aquella pequeña princesa, no murió sino que, de alguna manera, se quedó convertida en mariposa que vuelve por aquí cada primavera para resucitar y mantener fresco el sueño que la niña soñaba. Así que la Alhambra, encierra todavía muchos misterios que nadie aun ha descubierto y yo sí creo en ellos.

Justo en este momento, un grupo de personas, cruzó por delante de nosotros atravesando el pequeño Puente del Aljibillo. Caminaban cargados

con muchos instrumentos y avanzaban como hacia el corazón de la ladera de la Alhambra. Los miramos y yo oí que una de estas personas comentaba:
- Nosotros los arqueólogos, tenernos el deber de descubrir el misterio que se esconde a los pies de la torre de la princesa de las maravillas.

Desde el puente Espinosa

Son cuatro los puentes que el río Darro tiene ahora mismo en su tramo Plaza Nueva, Paseo de los Tristes. Los cuatro de piedra, reconstruidos y muy bellos. Y se les conoce con el nombre de Puente Cabrera, Espinosa, Chirimias y Aljibillo. Todos ellos decoran con elegancia el famoso paseo que discurre junto al río y transmiten historias y recuerdos únicos en Granada y a los pies mismos de la Alhambra.

Y a ella, joven universitaria, muy culta y con grandes sueños, muchos la hemos visto cada tarde, sentada en el pequeño muro de piedra del famoso Puente Espinosa. El puente de la higuera y de los gatos, conocido de este modo también porque en uno de sus muros crece una higuera y junto a las aguas, siempre hay algunos gatos durmiendo o jugando. La joven, siempre iba con su caballete de madera, un lienzo en blanco, pinceles y botes de pintura. Metida en todo momento en el proyecto que tenía entre manos y como ajena a cuantos iban, venían o se paraban en el puente para hacer fotos. Una persona vecino de este barrio, casi cada tarde se acercaba a ella y le preguntaba:
- ¿Te molesto?
Por un momento la joven dejaba su trabajo, miraba al hombre mayor y a su vez le preguntaba:
- ¿Quieres saber algo?
- Te veo, desde hace mucho tiempo, en este puente pintando y como me intriga tu comportamiento, siento curiosidad por tu trabajo y por eso quisiera verlo. ¿Me dejas?
Y muy solemnemente ella le comentaba:
- No pienses que soy mal educada pero es que mi trabajo, por ahora, no quiero compartirlo con nadie.
Y el hombre, como pidiendo escusas, respondía:
- Lo entiendo pero ¿te puedo hacer una última pregunta y después me marcho?
- ¿Qué es lo que quieres preguntarme?
- Como me intrigas tú y el trabajo que tienes entre manos, quisiera saber si el día que termines este cuadro, me dejarás verlo.

La joven meditó un momento antes de darle una respuesta y después le dijo:
- El día que por fin termine la obra que estoy elaborando, lo que cada tarde veo y no consigo plasmar en este lienzo, sí que te dejaré que veas mi cuadro.
Se quedó el hombre satisfecho con las palabras de la joven y aquella tarde y a la siguiente y a las otras, ya no la molestó más. Sí cada tarde siguió pasando por el pequeño puente de piedra, saludaba a la muchacha, miraba de reojo y luego seguía su paseo. Se decía: “Creo que esta joven está pintando un cuadro hasta hoy nunca visto aquí en Granada. Parece

inteligente, tiene alma de soñadora y según la belleza y expresión de su cara, su corazón ha de ser muy hermoso. El día que por fin termine su cuadro, quizá nos asombre de tan bello".

Y terminó su cuadro ella, una bonita tarde de primavera, cuando por las laderas de la Alhambra se veían verdes los bosques y las amapolas abiertas y rojas. Pasó el hombre por allí y al verlo, ella lo llamó y le dijo:
- Hoy ya puedes ver mi cuadro. Por fin lo he terminado.
Y más que impaciente, el hombre se acercó, agradeciendo a la joven el detalle, se paró delante del caballete que sujetaba al cuadro y durante un buen rato, miró en silencio. Luego se dirigió a la joven y le preguntó:
- En el paisaje que has pintado en tu cuadro, se ve claramente que es la Alhambra, el río Darro y las laderas del Albaicín. Pero tantos bosques, tantos caminos y tanta agua ¿de dónde lo has sacado?
Preguntaba esto porque a la derecha del cuadro, se veían un par de edificios blancos, con muchas ventanas y algunas torres. A la izquierda, una robusta colina y en lo más alto, un gran edificio en forma de barco y amurallado. En el centro, un claro río con abundante agua y a los lados, laderas no muy pronunciadas, por completo llenas de bosque. Y descendiendo de una a otra colina, por las laderas casi llanas y hasta el río, blancos caminos bordeados de muchísimas plantas llenas de flores y cientos de arroyuelos claros descendiendo.

Después de un momento en silencio y como si meditara la pregunta que el hombre le había hecho, la joven dijo:
- Tú estás mirando mi cuadro, comparándolo con la imagen que de la Alhambra y río Darro, ahora mismo tienes en la retina de tus ojos. Y lo que en este lienzo yo he plasmado, es un reflejo de lo que, de la Alhambra, bosques, río Darro y Albaicín, tengo en mi corazón. No es lo mismo, ni mucho menos.
Más concentrado miró el hombre a la pintura que tenía ante sí y de nuevo comentó:
- Es hermoso, muy hermoso lo que en este lienzo has reflejado y por eso de nuevo te pregunto: ¿Es que entonces tú eres capaz de ver lo que yo no?
- Las dos imágenes son verdaderas. La que hay en la retina de tus ojos y la de mi cuadro. Con la diferencia que la de mi cuadro, forma parte de la fantasía, del sueño, de la dimensión espiritual que es la del reino de lo eterno. Yo creo que al final de todos los tiempos, esta es la Alhambra que permanecerá y la que todos veremos.

El solitario del río

Todos los días se levantaba temprano. Antes del amanecer. Recorría despacio la sendilla y al llegar al río, se paraba. De entre las zarzas y la vegetación, recogía trozos de ramas secas y palos que por aquí las aguas habían dejado y, cerca de la corriente, encendía una lumbre. Siempre en el mismo sitio y desde donde se veía claramente la figura de la Alhambra en lo alto de la colina. Junto a esta lumbre se sentaba y esperaba. Nadia sabía qué era lo que esperaba pero sí muchos lo veían cada día y ninguno se atrevía a preguntarle.

Sin embargo él, sentado junto a fuego cerca de un gran charco del río y justo por donde discurría un pequeño camino, cuando al amanecer alguien pasaba, le decía:
- Si tienes frío, párate un momento conmigo y te calientas en esta lumbre.
Y como en los meses de invierno, a veces sí hace mucho frío por este lugar del río Darro, algunos se paraban con él y se calentaban. Era el momento en el que él aprovechaba para comentar:
- Si necesitas que labre las tierras de tu huerto, solo tienes que decírmelo.
- Es que yo no tengo dinero para pagar tu trabajo.
- Por eso no te preocupes tú. Mi ofrecimiento es gratuito. Con que seas mi amigo y os paréis conmigo de vez en cuando para calentaros en este fuego mío, estoy pagado.

Y a veces, algunos de los hombres que tenían sus pequeños huertos junto a las aguas del río Darro por el lugar llamado Valparaíso, dejaban que labrara sus tierras. También que sembrara las plantas y que las regara cuando las plantas lo necesitaban. Y a cambio, muchos de estos hombres y de vez en cuando, le regalaban frutas, pepinos o melones. El hombre, sentado junto al fuego que cada mañana encendía cerca del río, se comía lo que le regalaban. Y luego, durante el día y al caer las tardes, cogía moras de las zarzas y buscaba nueces y almendras en los árboles que tenía cerca y con el permiso de sus dueños. Porque nunca robaba nada a nadie sino todo lo contrario: respetaba y cuidaba todo lo que podía las propiedades y cosechas de los que tenían sus huertos por estos rincones del río.

Por eso, las personas que pasaban por este camino y los que tenían tierrecillas por las riveras del río, con frecuencia comentaban:
- Es bueno, no se pelea con nadie, ofrece lo poco que tiene y siempre vive por aquí solitario. ¿Qué tesoro será el que por estos lugares tiene?
- Nadie lo sabemos y sí es cierto que para él no hay más mundo que este rincón del río. ¿Por qué misterio? Nadie lo sabemos.
Y tampoco nadie se atrevía a preguntarle precisamente por eso: porque lo veían un hombre bueno, respetuoso con todos y como poseedor y dueño de un gran misterio.

Junto al fuego, cerca del río y un día de invierno, se lo encontraron muerto. Los hombres de los huertecillos recogieron su cuerpo y en la ladera por encima de su pequeña cueva, lo enterraron. Algunos lo lloraron y otros tantos lo echaron de menos. Respetaron su cueva y el lugar donde ellos creían tenía enterrado su tesoro. Porque entre las personas del barrio del Albaicín y del río Darro, se empezó a comentar:
- Estuvo enamorado de alguien que se fue de su vida y como soñaba que algún día volviera, para esa persona guardaba por aquí su tesoro.
Por encima de la Fuente de Avellano, un poco elevado en la ladera y no lejos del río, todavía hoy se puede ver su cueva.

El documento o el rey loco

Decían que estaba loco. Que era un tirano egoísta, falto de inteligencia y sin corazón. Pero era rey, vivía en los palacios de la Alhambra y ordenaba y desoía a todos los que le rodeaban. Todo el mundo lo obedecía aunque las cosas que dijera o mandara, fueran caprichos o tonterías.

Siempre estaba en guerra con los territorios cercanos a Granada y continuamente mantenía intrigas con todos los que en los palacios le rodeaban. Con muy pocos se entendía por lo absurdo de su comportamiento y su actitud profundamente egoísta. Sin embargo, a este rey sin honor, le gustaba mucho la pintura. Se pasaba los días encerrado en sus aposentos intentando pintar cuadros bellos y tampoco lo conseguía. No tenía talento pero como sí poseía el título de rey, nadie se atrevía a contradecir sus caprichos. Ni siquiera los criados que en muchos momentos le daban compañía mientras pintaba en sus aposentos o cuando iba o venía por los jardines de los palacios. Siempre decía:
- Eso de las guerras y las luchas a muerte por las tierras que nos rodean, es lo más absurdo de la vida. Y lo digo no porque me importe mucho que muera gente en las batallas, cosa que me da igual. Digo que estoy en contra de la guerra porque es un quebradero de cabeza, una sarta de problemas que a diario quita la vida y al final no sirve para nada.

Los que le oían estos argumentos callaban y seguían sometidos a las cosas que les ordenaba. Y de todas las personas que rodeaban a este rey de la Alhambra, el que más siempre estaba cerca de él, era un criado joven, alto y fuerte. Hombre soltero, de buen corazón, muy inteligente y prudente como el más sensato. Por esto y otras cosas nobles, lo apreciaba mucho el rey loco. A todas horas lo estaba llamando y siempre le decía:
- Tú nunca te vayas de mi lado. Tu comportamiento conmigo y tu especial obediencia a todo lo que digo, me da la vida. Nadie hay en estos palacios que sea más noble y sincero.
Y este criado, en todo momento le respondía:
- Es que usted, señor, siempre será mi rey.
Y al oír esto, el rey loco, se sentía importante, mostraba al criado los cuadros que pintaba y le preguntaba:
- ¿A que son hermosas estas pinturas?
- Mucho, señor porque en ellas ha puesto usted todo lo que lleva en su corazón.
- Es lo que procuro y por eso me fastidia que los de mi familia y otros, me digan que mis pinturas no vale nada. Sé que lo hacen porque me tienen envidia y porque quieren dañarme. Tú nunca te vayas de mi lado porque eres el más sabio y el más noble.

Y sucedió que un día, estando el rey en sus aposentos pintando sus cuadros, llamó al criado de su confianza. Acudió éste enseguida y le dijo:
- Aquí estoy, señor. ¿Qué se le ofrece?
El rey sin inteligencia le mostró un papel muy viejo, descolorido, y algo roto y le dijo:
- Guardo este documento desde hace mucho tiempo. ¿Sabes qué es?
- No lo sé, señor.

- Dicen que aquí están escritas las claves de un tesoro que hay escondido en algún lugar de estos palacios. Durante mucho tiempo he intentado descifrar este documento pero aun no he encontrado nada de lo que antes te he dicho. Creo que todo es misterio y por eso te he llamado. Ya estoy muy cansado de tener en mi poder este documento que no me sirve para nada. Lo pongo en tus manos para que hagas con él lo que quieras.
Y sin más el rey entregó al criado el papel y el criado al cogerlo, preguntó:
- ¿Y qué quiere usted que haga yo con los planos de este tesoro?
- Lo guardas, puedes quemarlo, romperlo o regalárselo a quien tú quieras. Ya te he dicho que a mí, no me sirve para nada.

Cogió el criado lo que el rey le daba, dobló el papel, se lo guardó y poco después se encontró con una de las princesas de los palacios. Sacó el papel, se lo mostro y comentó:
- Mi rey me ha dicho que esto no sirve para nada. Yo tampoco lo quiero, así que te lo regalo por si quieres guardarlo o investigar a ver si al final sacas algo de aquí que valga la pena.
Cogió la princesa el papel que el hombre le daba y como ella también confiaba y admiraba mucho a este criado, le dijo:
- Aunque no sirva para nada, voy a guardarlo para tener un recuerdo tuyo. Nunca se sabe lo que pasado el tiempo puede valer este escrito.
Se quedó tranquilo el criado y en aquel momento, nadie supo ni habló más del papel. Sin embargo, unos días más tarde, la princesa tuvo un accidente. Se cayó de una de las torres de los palacios y el primero que acudió a socorrerla fue el criado noble. Enseguida acudieron más personas y entre ellos el rey loco. Pasó por entre los que rodeaban a la princesa diciendo:
- Dejadme a mí que esta hija mía es lo mejor que tengo en el mundo.
Se acercó el rey a su hija herida y vio en ese momento que el que estaba más cerca de ella era precisamente su criado amigo. También descubrió que junto al cuerpo de la princesa, había un papel muy viejo, algo roto y amarillo. Cogió el rey este papel y preguntó a su criado de confianza:
- ¿Y esto qué hace aquí?
Algo asustado el criado explicó al rey lo que había ocurrido días atrás y el rey, no quedó satisfecho.

Ordenó que llevaran a la princesa a sus aposentos y que fuera atendida por los mejores médicos y luego se dirigió al criado y le dijo:
- Tengo que hablar contigo.
- Lo que usted diga, señor.
- Te espero en mis aposentos dentro de diez minutos.
Y diez minutos más tarde, el criado se presentó ante el rey. Y sin más rodeos, el rey le dijo:
- Tú has querido matar a la princesa para robarle el documento del tesoro.
- Señor, que yo no he hecho eso.
- Está claro que quieres defenderte pero no tienes escapatoria. Ahora mismo voy a ordenar que te encadenen por traidor y criminal.
- Pero señor, pregunte a la princesa verá como lo que le digo es verdad.
- Quizá la princesa se ponga de tu parte pero yo estoy decidido darte un buen escarmiento.

Aquel mismo día, en uno de los rincones de la Alhambra, ejecutaron al criado fiel. La princesa herida y convaleciente en sus aposentos, supo la noticia unas horas más tarde. Lamentó ella la decisión del padre y lloró amargamente la pérdida de su amigo. Y mientras lloraba desconsolada, susurró a sus doncellas:
- Mi padre está loco.
Las doncellas se miraron entre sí y en sus corazones se dijeron: “Sí que es cierto. Definitivamente este rey está loco”.

26 de octubre: Hojas de otoño

Para hablar contigo, para pensar en ti, para recordarte, para meditarte, para sacar de mi corazón los sentimientos que en él tengo y compartirlos, cualquier día, tarde o mañana, es buena. Pero esta tarde de veintiséis de octubre, para mí es especial.

¿Sabes? Me he parado justo al comenzar la cuesta del paseo central. Si, el que viene desde la Cuesta de Gomérez y, sin dejar de subir, atraviesa en gran bosque de la Alhambra. Al comenzar esta subida me he parado. Para compartir contigo esto y lo que tengo en mi corazón. ¿Que te diga qué es lo que mi corazón me duele? Lo necesito. Y tanto lo necesito que, aunque busco con interés, a nadie más tengo que a ti. Para contar y compartir mis sueños, tristezas, soledad, esperanzas…

Pero en estos momentos y en el centro del paseo del gran bosque, esta tarde veo y palpo el otoño. Por el suelo ruedan las hojas que hace unos días cayeron de las ramas. Huele a setas, hace algo de frío y hay nubes en el cielo. Es otoño pleno. Y con muchas señales de ello. Quizá por eso mi corazón está triste y llora en su silencio. Solo para mí y para ti. ¿Que si me faltan amigos? Bien sabes que sí. Y este año más que nunca. Por eso también te necesito más que otras veces y de una forma distinta.

Miro a las hojas de otoño que ruedan por el suelo y miro a las nubes que van por el cielo. Pienso en ti y quiero que me ayudes. Solo si tú lo quieres las cosas para mí podrán cambiar.

Hojas de otoño por el paseo central de la Cuesta de Gomérez

27 de octubre: rumor de agua

Sí, tal como te lo digo: en esta tarde sombría, frío y otoñal, parece como si también el rumor del agua me acompañara. Porque tú lo sabes: en estos espesos jardines de la Alhambra, el agua es lo que más abunda. Y, en este paseo central de la Cuesta de Gomérez, a un lado y otro corren dos acequias. De agua clara que hoy, se mezcla con las hojas amarillas, ocre y naranja caídas de los árboles. Y, como es lunes, por aquí esta tarde casi nadie pasa.

¿Sabes dónde me he parado? Justo unos metros antes del cruce que lleva a la Puerta de la Justicia y al barrio del Realejo. Al final ya casi del

paseo central de Gomérez. Y desde aquí medito la tarde, la ausencia de las personas que llevo en mi corazón, los recuerdos y los sueños que este año se me han roto. Sabes de qué te hablo y por eso lo comparto contigo. Como ayer por la tarde y como los días que seguirán. Espero que me ayudes. Me hace falta para sentirme algo mejor. ¡¡Me duele tanto la soledad!!

Miro al cielo, por entre la espesura de los árboles y veo al sol cayendo. Es bonita la tarde, con sus delicados tonos otoñales, el rumor del agua por las reguerillas y los olores a musgo. Por eso te pido que me ayudes. Que hagas lo que puedas para que no me falten las fuerzas y me regales un poco de consuelo.

28 de octubre: Lluvia

Ha llovido. Esta tarde mismo ha llovido y por eso, todo el bosque de la Alhambra, huele intensamente a otoño. Muchos más que otros días. Se ve todo mojado, las hojas amarillas, chorreando humedad y el musgo reluciendo verdor. Como si la lluvia hubiera caído sobre mi propia alma. Ya sabes tú lo que te digo.

Me gusta tanto la lluvia, el otoño, el frío, las nubes… que es como si te viera en un espejo. Como si estuviera justo conmigo. Como si ya respirara en el mismo paisaje que tanto espero y me tienes prometido. Y en este rincón tan único de Granada y de la Alhambra, es como si todo fuera mucho más íntimo, más real y vivo. ¡Me recuerda tanto a los momentos que viví de niño!

¿Sabes? Esta tarde también comparto contigo este momento, con mis sueños rotos y lo que respiro, desde el desde el paseo central de Gomérez. Justo donde corre el agua, el paseo se ensancha y hay unos bancos. Por el suelo tapizan las hojas amarillas y empapadas y la tierra se ve mojada. Hace mucho frío y, aunque ahora mismo no llueve, parece que puede hacerlo en cualquier momento. También esta noche puede nevar. Dicen que llega el invierno. ¡Qué bien y qué triste para mí! Pero como ayer, como hace un rato, hoy también te pido fuerzas, consuelo, un abrazo y un beso. ¡Si supieras cuanto lo necesito!

29 de octubre: Sol y otoño

Y sin embargo esta tarde, el sol luce espléndido. Como en un buen día de verano. Aunque, como ayer te decía, hoy el frío es intenso. Como también en los mejores días de invierno. Por eso las hojas de los árboles en el bosque han palidecido un poco más y muestran tonos diferentes. Todos muy bellos.

Por este paseo central, Cuesta de Gomérez hacia el corazón de la Alhambra, hoy casi no pasa nadie. Cae la tarde y, aunque luce el sol y el cielo brilla muy azul, el frío hiere. Y más en este rincón del bosque. Donde apenas da el sol ni en otoño ni en verano. Por eso hoy, una vez más, me he parado aquí y comparto contigo los paisajes y el momento. Me duele más que ayer y, al mirar y ver las hojas llenas de tonos amarillos y oro y los rayos del sol

besándolas, el dolor se agudiza. Y me digo que lo mismo que, estas hojas amarillas, así son ahora todos los sueños míos.

El otoño se lleva las hojas de los árboles y el tiempo se ha ido llevando todo lo que fui amando. A mi amigo Sinombre, a la niña del Cortijo de la Viña, a los amigos de las montañas, a las muchachas del lejano país blanco, a… Todo y a todos se los ha ido llevando el tiempo como el otoño se lleva las hojas de los árboles en los jardines de la Alhambra. Y aunque esta tarde el sol reluce sobre las hojas ya sin vida, dentro de unos días o quizá dentro de un rato, caerán y desaparecerán para siempre. Como yo, quizá también dentro de poco. Como todo lo que ahora mismo me falta. Por eso, esta tarde, el frío es intenso y por eso mi alma está triste. ¡Dios mío! ¿Qué podrías hacer por mí?

30 de octubre: La garza real

Pisar hojas secas teñidas de otoño tiene un placer único. Y si el día está nublado, es por la tarde y acompaña el rumor del agua, el placer no tiene nombre. Y todavía es más sí al rozar el aire huele a musgo y por entre el bosque cantan los mirlos.

Es una de las experiencias que a mí más me gustan. Porque, como ayer y el día anterior, he subido por el paseo central de la Cuesta Gomérez. En busca del otoño y al encuentro de tu abrazo. Sé que por aquí vives y por eso, a mi modo, siento tu presencia y oigo tu voz. Y me he parado junto a las acequias de aguas claras y por donde más hojas de otoño hay. Todo el suelo se ve por completo tapizado. Y el musgo también tapiza por los bordes de las acequias.

Y, venía en mí meditando la ausencia que por dentro tengo, cuando los he oído. Sí, los graznidos de una garza real. He mirado y surcando el cielo las he visto planear por encima de este singular jardín. ¿Qué si me he extrañado? Claro que no. Despacio la he mirado y me he llenado de gozo. Es tan bella, se le ve tan libre que hasta parece que la esperaba. Como si me anunciara, de parte tuya, que la libertad que necesito y sueño y el calor que me falta puedo encontrarlo en su propio vuelo.

1 de noviembre: La lluvia en el bosque

Desde hace tres días no ha parado de llover. Mansamente pero persistente y sin mucho frío. La tierra, el bosque, las hojas que se visten con el traje del otoño, las setas, las flores, los frutos, todo chorrea agua y rezuma otoño sincero. ¡Qué bendición más buena la que con esta lluvia tú nos regalas!

También sobre las cumbres de Sierra Nevada la nieve blanquea. Inmaculada como si fuera un sueño y mágica como si anunciara no sé qué importante acontecimiento. No desde luego la presencia de los turistas. Esto

no. La lluvia que en estos días tú nos regalas y la nieve es el abrazo y el beso de algo muy trascendente. Solo tú lo sabes y permites que mi alma lo presienta.

Pero esta tarde, ya al final del paseo central de la Cuesta de Gomérez, te doy las gracias y lloro un poco. Ya sabes: con esta hermosa lluvia de otoño, con más fuerza echo en falta a las personas que amo y, de ningún modo, tengo. ¡Gracias Dios aunque hoy mi dolor sea algo más intenso!

Nubes sobre la Alhambra

Las nubes que sobre la Alhambra
con frecuencia revolotean,
anuncian un gran misterio.

Sobre la Alhambra, con frecuencia se ven nubes muy bellas. Coronando las torres y jardines y como clavadas a lo largo de toda la colina. Algunas de estas nubes son alargadas, otras redondas y con los bordes muy pulidos y, al caer las tardes, poco antes de ponerse el sol, con frecuencia se ven nubes más grandes. Muy blancas algunas, negras y grises otras y, las más originales, color rosa con los bordes rojos, llamas y oro viejo.

Una tarde subí yo por el mirador de San Nicolás y desde este bonito balcón, observaba entusiasmado un espectáculo de nubes teñidas de rojo sangre. Los turistas, absortos miraban para los palacios de la Alhambra y hacían fotos sin parar. Algunos comentaban:
- Y esas nubes tan bonitas que cuelgan por encima de las torres ¿también son trozos de la Alhambra?
Y oí que un guía dijo:
- Eso pertenece al tiempo y a los caprichos del viento que las guía por aquí labrando figuras de ensueño.
Y entonces me animé y le pregunté a mi amigo:
- ¿Es cierto lo que este guía acaba de anunciar?

Después de unos segundos, mi amigo me respondió:
- Quizá sea cierto pero esas nubes negras que esta tarde se cuelgan sobre la Alhambra y las que otra tardes por aquí aparecen, tienen una historia muy bonita que solo unos pocos conocen.
- ¿Y tú sí conoces la historia que me dices?
- La conozco porque me la contaron mis abuelos y a ellos se la contaron los suyos y así hasta muchas generaciones hacia atrás. ¿Tú quieres oírla?
- Me muero por conocerla. Cuéntame esa historia mientras observamos las originales nubes que esta tarde parecen coronar a la Alhambra.
Y mi amigo sin más, me dijo:

Eran tres niños. La niña y uno de los varones, hermanos y el tercero, amigo. Vivían ellos con sus padres en unas tierras que hay en las partes altas del río Darro. Jugaban muchos por estos lugares y la niña, con frecuencia le preguntaba al hermano y al amigo:

- ¿Cómo podríamos nosotros, algún día, coger una de estas nubes blancas que muchas tardes por aquí aparecen?
-¿Y para qué quieres tú una nube blanca?
- Podríamos meternos dentro de ella y descubrir lo que esconde en su interior. Y también podríamos pedirle que se vaya volando por aquellas colinas de la Alhambra y así descubrimos mundos nuevos.

Los dos niños, el hermano y el amigo, pensaron mucho en lo que la niña les decía y por eso, un día y otro buscaban nubes por el cielo. Decía el amigo:
- Ojalá un día aparezca por aquí una bonita nube blanca pintada en oro.
- Es lo que yo también pienso. Porque podríamos saltar dentro de esta nube y, llevándonos con nosotros a la niña, nos alejaríamos por el cielo en busca de la Alhambra.
Y una tarde de invierno, después de varios días de lluvia, frío y viento, salió el sol. Aparecieron muchas nubes por el cielo y una de ellas, muy blanca, rechoncha y esponjosa, se posó cerca de donde los niños jugaban. Al verla dijo el hermano a la pequeña:
- Cojámonos de la mano, salimos corriendo, saltamos dentro de esta nube y nos refugiamos en su centro.

Y sin pensarlo mucho, los tres se prepararon, corrieron muy aprisa, saltaron a la gran nube blanca y enseguida se acomodaron en el corazón de esta nube. Como en el salón más lujoso del más hermoso palacio y entonces el hermano dijo a la pequeña:
- Ahora mira y verás como en un momento desde aquí descubrimos a la Alhambra, las torres y sus jardines tal como siempre soñaste.
Y en ese momento, el amigo se puso a guiar a la gran nube y ésta se alzó lentamente por el aire. Muy despacio se fue situando sobre lo más alto de la colina de la Alhambra y como el sol se estaba poniendo, la nube comenzó a tornarse rosa y oro. Desde su rincón dentro del corazón y alma de la nube, la niña miraba ilusionada y al descubrir la Alhambra, dijo:
- A nadie contemos nunca este sueño porque es tan bonito y especial que no lo creerán. Que sea este nuestro secreto para siempre.
Y los dos niños dijeron que estaban de acuerdo.

Al oscurecer, la gran nube blanca, roja y oro, desapareció. Al día siguiente, muchas personas buscaban a los tres niños por estos lugares. No lo encontraron ni aquel día ni en los que después vinieron. Tampoco pasado mucho tiempo. Pero sí desde aquella tarde, con frecuencia aparecían nubes muy bellas por encima de la colina de la Alhambra y los que conocen la historia que te he contado, dicen:
- Esta es la casa, el mundo y el sueño de aquellos tres niños que el tiempo y el viento siguen por aquí manteniendo vivos. Lo soñaron con tanta ilusión y lo creyeron tan bonito, que se le convirtió en realidad y no solo para unos días sino para toda la eternidad.

El gran mirador de la Alhambra

Un mirador de forma rectangular y bordes redondeados a lo largo del río Darro, entre el Albaicín y la Alhambra pero más alto que ambas colinas.

A lo largo de toda la tarde, estuvo buscando ramas secas por el bosque. Junto muchas y al amanecer del día siguiente, lo preparó todo para encender el horno. Las dos mujeres y la hija, preparaban también en esos momentos, todo lo necesario para los dulces: almendras peladas y partidas, azúcar, algo de harina de trigo tostada, miel de romero, tomillo, mejorana, hierbabuena, orégano seco y otras especias y también agua del manantial de la pradera. A media mañana, ya el horno estaba caldeado por el calor de las llamas de la leña seca que dentro había ardido y las mujeres tenían preparados casi todos los dulces que habían planeado. Los fueron metiendo poco a poco en el horno y al rato, los sacaban ya cocidos y desprendiendo ricos olores a esencias y a caramelo. Cuando los primeros dulces estuvieron fríos, los probaron y las mujeres enseguida dijeron:
- Saben a gloria porque parecen trocitos de cielo.
Y él les dijo:
- Como vuestros dulces de almendras no hay otros en todo el mundo. Y lo digo porque, además de estar hechos a mano y con las mejores almendras de estos campos, condimentados con las más exquisitas esencias y cocidos en este rústico horno de leña, hasta el viento que los acaricia y baja frío de Sierra Nevada, es único.

Le agradecieron las mujeres la grata alabanza que hacía de los dulces que ellas habían amasado y la madre le dijo:
- Para ti y para los tuyos, llévate en tu zurrón una buena cantidad de estos dulces nuestros. Te los ofrecemos no como recompensa a tu trabajo de buscar y traernos la leña para cocerlos sino como regalo nuestro que te damos con cariño.
No tardó él en coger una docena de dulces de almendra, lo envolvió con mucho cuidado en papel de seda blanco y algo satinado, los guardó en su zurrón y al poco, despidió a los habitantes del cortijillo. Salió por la puerta y mientras atravesaba la explanada dirección a la senda, se decía: “Con las primeras personas que me encuentre, en cuanto legue al Puente del Aljibillo, por el Paseo de los Tristes, voy a compartir estos dulces de almendra tan buenos y únicos. Será para mí un gozo más grande que si me los comiera y, para las personas que los pruebe, una experiencia muy grata”.

Se decía y pensaba esto porque en su corazón, en todo momento le ardía el deseo de compartir cualquier cosa que tuviera. Ya que continuamente notaba que era más feliz compartiendo con las personas que reservándose las cosas para sí. Costumbre y gozo que su madre le había inculcado desde pequeño y repitiéndole una vez y otra:
- Hijo mío, compartiendo con los demás tus pequeñas cosas y aun las que más te gusten y sean buenas, recibirás a cambio una felicidad que ni el más grande de los tesoros podrá darte nunca. Por eso, siempre que puedas y tengas en tus manos algo que sea tuyo, compártelo. Se alegará la persona que lo reciba y esa satisfacción, penetrará en tu corazón hasta lo más hondo. Haz la prueba y notarás como lo que te digo es cierto.
Hizo él la prueba muchas veces y siguió practicando esta virtud según crecía. Y en cada momento de estos, comprobaba que era cierto lo que su madre

una vez y otra le aconsejaba. En el corazón y en el alma, cada vez que compartía algo con los demás, se le quedaba un gusto tan bueno, puro y casi celestial que en nada se parecía con los otros mil acontecimientos de la vida.

Con este pensamiento en su mente, con la satisfacción ahora de haber ayudado a los habitantes del cortijillo de la montaña y con su pequeña carga de dulces de almendra en el zurrón de piel, avanzó por la senda. Cruzó los territorios de las partes altas del macizo montañoso de Sierra Nevada y se dirigió a los lugares de la Alhambra. Por donde los caminos se aproximaban a la colina, sendas, ríos, arroyos, paisajes de encinas, olivares y esparto. Alzaba su cabeza de vez en cuando y descubría a lo lejos y cada vez más cerca, las torres y murallas de los palacios y también las blancas casas del Albaicín y Granada.

Caía la tarde, regalando un sol muy brillante con una luz pura y única, propia de los días de invierno y el frío iba aumentando. Coronó a la llanura de los olivares, se descolgó por la ladera que cae para el río Darro y por el arroyuelo que por aquí forma la Acequia Real, siguió bajando. Con la imagen cada vez más cerca y blanca de las casas del barrio del Albaicín, al fondo y acompañado por el delicioso rumor de la corriente del pequeño arroyuelo.

Y al terminar de bajar, ya solo a unos metros del pequeño puente del Aljibillo, a su izquierda, le saludó la recia Torre de Comares y las murallas que por este lado rodean a los palacios. Más cerca de él, en la recogida explanada conocida con el nombre de Rey Chico, descubrió al grupo de jóvenes. Con su alegría propia, jugaban, charlaba, y corrían por entre los aparatos de gimnasia que aquí hay. Aparatos de acero inoxidable y otros de hierro pintado en gris o verde y que usan algunas personas para fortalecer brazos, piernas, cintura y otras partes del cuerpo. Y especialmente, las personas mayores del barrio cercano. Por eso, estos jóvenes al llegar al lugar y encontrarse aquí estos aparatos, se habían parado y, medio en broma, casi jugando y algo en serio, se divertían a su manera, mientras se contaban cosas y pasaban el tiempo.

Según se acercó, descubrió que no hablaban español y por eso se fijó más en ellos. Y enseguida percibió que su edad no era más de doce o catorce años. Algunas de las muchachas lucían melenas muy rubias y los chicos, mostraban cuerpos delgados y pelos más o menos castaños. Le preguntó a una joven que estaba sentada en uno de los bancos de madera que por el lugar han puesto:
- ¿De dónde sois?
La muchacha lo miró, mostrando algo de sorpresa y en español muy oscuro y mal pronunciad, dijo:
- Somos de Estados Unidos.
- ¿Y qué hacéis aquí en Granada?
- Estamos de viajes de estudios para visitar y conocer la Alhambra y convivir entre nosotros.

Le dio las gracias por la información que le había facilitado y siguió avanzando hacia el Puente del Aljibillo, ahora ya a solo unos metros de él. Por eso al instante descubrió a tres jóvenes, un muchacho de color moreno y dos chicas de estaturas bajas, sentados al lado derecho del puente según llegaba. Sobre el pequeño muro, él sujetaba una sartén con dos asas, un perol de acero de tamaño reducido, lleno de comida. Algo como una paella con arroz, patatas y un poco de verduras. Humeaba esta comida que el joven, con una cuchara de madera, recogía e iba echando en los platos de plástico que las dos muchachas sostenían en sus manos. Dos perros color canela, movían con agilidad sus rabos y saltaban impacientes alrededor de las muchachas pidiendo comida.

Ahí mismo y al lado izquierdo del puente según llegaba y sobre el pequeño muro gemelo al que ocupaban los jóvenes del perol, unos hombres habían extendido varios planos, miraban río arriba, río abajo, hacia la Alhambra y comentaban algo acalorados. Se fijó en ellos, por completo ajenos a los tres jóvenes que a solo unos metros compartían y saboreaban la comida de su sartén con dos asas, detalle este que le llamó aun más la atención. Se acercó a los hombres de los planos, se detuvo a solo unos metros de ellos, miró despacio y al darse cuenta de su presencia, uno de los hombres le preguntó:
- ¿Buscas algo?
Y con aplomo le dijo:
- Me ha llamado la atención vuestros planos y discusión y por eso me he parado y miro. Lo siento si soy indiscreto y molesto.

El hombre de los planos, algo amable, le dijo al joven:
- No molestas sino más bien somos nosotros los que estamos por aquí como estorbando.
Y acercándose un poco más el joven le volvió a preguntar:
- ¿Y qué es lo que estáis haciendo?
- Desarrollamos, sobre estos planos que ves aquí, el proyecto más grande que se ha hecho nunca en Granada.
- ¿Qué proyecto es?
- El de un gran mirador hacia la Alhambra, sobre el río Darro, hacia el barrio del Albaicín, Granada y la vega por donde la ciudad se extiende.
Sorprendido por la noticia y también un poco intrigado por lo novedoso y espectacular del proyecto, de nuevo el joven preguntó:
- ¿Es un mirador material que ya existe y vais a restaurar o planificáis una construcción nueva?
- Por completo es una construcción nueva, imaginada en nuestras mentes y quizá pronto aprobada por las autoridades competentes y puesta en marcha y realizada.

Muy interesado, el joven se acercó un poco más al pequeño muro del puente, algo arropado por las ramas del viejo almez que ahí crece. Puso su atención en los planos que veía extendidos encima de este muro y, durante un buen rato, permaneció en silencio mirando. Los que se concentraban alrededor de estos planos, observaron al joven, se miraron

entre sí y luego movieron sus ojos hacia los planos. Uno de ellos, el que parecía director, preguntó al joven:
- ¿Es que te interesa lo que aquí ves?
- No mucho pero sí despierta mi curiosidad. ¿Os puedo preguntar algo?
- No estamos nosotros aquí para responder preguntas al primero que llegue pero a ti y ahora te damos esa oportunidad. ¿Qué quieres preguntarnos?
- Me gustaría que me explicarais vuestro proyecto. ¿Es posible?
- De una forma rápida y sin entrar en muchos detalles, sí que podemos hacerlo. Yo me encargo de ello y ahora mismo. Ponte aquí, frente al río Darro dirección a Granada, mira en la dirección que te indique, presta atención y no interrumpa en ningún momento mi relato.

Se movió el joven solo unos pasos, lentamente se fue colocando donde el hombre le indicaba y esperó a que explicara lo que le había anunciado. El hombre de los planos cogió uno de los grandes papeles que tenía extendido sobre el muro del puente, se lo mostró al joven y comenzó su relato diciendo:
- ¿Ves? Aquí ya tenemos dibujado cómo será ese gran mirador que te digo. Un grupo de pasadizos sujetos con muchas columnas de hierro a un lado y otro del río, avanzará desde Plaza Nueva hasta la Fuente del Avellano. Sobre estas columnas iremos montando grandes plataformas de hormigón, escaleras y ascensores hasta que sobresalgan por encima de las torres de la Alhambra y el Carmen más elevado en el barrio del Albaicín. Las esquinas de estas plataformas, para que resulten más modernas y causen menos impacto en el paisaje, serán redondas y, desde Plaza Nueva hasta la Fuente del Avellano, en la última plataforma ya por encima de la Alhambra y del Albaicín, montaremos un pequeño tren eléctrico. Esto servirá para llevar a los turistas de un lado a otro, río arriba o al revés para que así puedan gozar en todo momento de las mejores vistas que desde este grandioso mirador vayan a disfrutar.

Nosotros estamos muy ilusionados porque pensamos que este gran proyecto, será único aquí en Granada y a los pies de la Alhambra, sobre las aguas del río Darro y junto a las blancas casas del Albaicín. Seguro que será el asombro del mundo entero y el gozo de las personas que, a partir de ahora, vengan a visitar Granada y la Alhambra. Porque podrán disfrutar no solo de la Alhambra y el Albaicín sino también de Sierra Nevada y los azules cielos que coronan, de una forma original y como nunca antes se pudo. ¿Qué te parece a ti este gran proyecto nuestro? ¿A que es grandioso y fantásticamente bello?

Y el joven, al terminar de oír este relato, miró al hombre que le mostraba los planos. No respondió a las dos preguntas que al final le hizo. Alzó su cabeza y miró ahora hacia las montañas de donde acababa de venir. Por su mente pasó la imagen de la pequeña y bellísima casa donde se hacían dulces de almendra y todo el aire olía a primavera. Recordó que todas las paredes de esta casa, eran de piedra vista, las vigas de madera y el tejado, de lajas de pizarras negras. Tiene forma rectangular, con una gran sala en el extremo sur donde se ubica la chimenea y tres muy amplias habitaciones, al otro lado. Solo dos grandes ventanas se abren a las laderas

y cumbres de Sierra Nevada pero desde la puerta, desde el rellano de tierra, se abre un mirador fantástico. Lo mismo que desde las ventanas, desde este mirador de la puerta, se ve Sierra Nevada y las inclinadas laderas que caen para el río.

Porque como la casa se alza casi en la cumbre de estas montañas, el rellano mirador queda como colgado hacia el barranco por donde se quiebra el río. Por eso al frente no solo se ven las nieves de las altas cumbres sino también los bosques que tapizan esas laderas, los arroyos que las surcan, las cascadas del río y los charcos, el gran surco que este río horada y el valle. Al lado del sol de la tarde, algo lejos y por donde este río se aleja hacia la amplia Vega de Granada, se ve la colina que sostiene a los palacios de la Alhambra. Por eso, él y en este momento, piensa que mirador más grande y bello que éste, no existe otro en toda Granada. Porque además, la casa al ser de piedra y su tejado de lajas de pizarra, se camufla con el entorno como si un trozo más de la montaña fuera.

Se movió hacia el otro lado del puente, donde el joven de color sostenía su sartén llena de arroz y las dos muchachas comían en sus platos de plástico. Los saludó y les preguntó:
- ¿Queréis que colabore en esta comida con un pequeño postre especial?
La joven que estaba sentada en el suelo, junto a su perro y descalza, preguntó:
- ¿De qué se trata?
Abrió el joven su zurrón, sacó los dulces de almendra que traía desde la montaña, se los ofreció ilusionado al tiempo que les decía:
- Los acabamos de cocer en un horno de leña especial y en un lugar cerca de las nieves. Donde el aire es puro y el agua de los ríos, de color verde azul. Son de almendras recolectadas en aquellas laderas y saben a miel de flores de romero.
Y el joven de la sartén preguntó:
- ¿Y cuánto tenemos que pagarte por esto?
- A mi me los han regalado y yo me siento muy afortunado aportándolos como postre a vuestra original comida en este puente, frente a la Alhambra.

Y la muchacha que también saboreaba la paella sentada en el muro del puente frente al joven de la sartén, dijo:
- Pues muchas gracias y si quieres, puedes compartir un plato de arroz con nosotros.

El secreto de las diez nogueras

Al norte de Granada, en las sierras donde nace el río Darro, hay un rincón muy bello. Donde en otros tiempos crecía un denso bosque, corrían claros los arroyos y las praderas de hierba, eran extensas y frescas. Cerca de unos acantilados de rocas calizas, construyeron un pequeño edificio, acondicionaron las tierras para sembrar en ellas y, por donde el copioso manantial, prepararon una pequeña presa. Para almacenar el agua del venero y así luego poderla usar en los momentos de sequía y necesidades de

riego. Junto a este embalse cavado en el terreno y rematado a los lados y por la parte de abajo con un rústico muro de tierra y piedras, sembraron varias nogueras. Y, en la recogida cañada al norte, junto a un matorral de lentiscos, coscojas y retamas, construyeron como una torre.

No era una torre exactamente sino el resultado de las piedras que retiraban de las tierras de labranza. Pero este montón de piedras, poco a poco fue tomando forma de torreón, con una base muy ancha y terminado casi en pirámide. Junto a la roca natural que en este lugar existe, se formó como una rústica covacha. Como la entrada a un lugar mucho más grande y secreto que todos por aquellos lugares respetaban y procuraban que los animales también lo hicieran.

A este lugar, no hace muchos años, una tarde llegó un joven montañero y al ver las nogueras, diez y ya muy viejas, secas algunas y otras, con apenas ramas, se propuso recorrer y explorar el montículo de las piedras y la pequeña covacha. Entre unos gruesos bolos, encontró una original vasija de barro cocido en forma de cilindro, por completo cerrado. Lo cogió, con mucha precaución lo observó y al notar que dentro había algo, no pudo resistir la tentación. Buscó unas piedras, golpeó con ellas la vasija de barro y enseguida ésta se rompió en varios trozos. Vio al instante que dentro había un bonito pergamino escrito. Lo desenrolló y con dificultad y paciencia, descifró el relato que sigue a continuación:

“Le digo que sí, que lo entiendo y quizá más de lo que él pueda creer. Por eso los dos guardamos silencio durante unos segundos. Miro al borriquillo y al agua de la fuente brotando por el chorrillo y luego le pregunto a mi amigo:
- ¿Y lo que me ibas a explicar de las nogueras?
- Ahora mismo te lo expongo porque ya sí es el momento.
- Pues habla que te escucho.
Y mi amigo se puso y, de esta manera y pausadamente, me dijo:
- Al pasar por la llanura ya las has visto. Son diez nogueras viejas, seis en hilera por el lado debajo de la tierra llana, una por el lado del torreón de piedra y tres, sobre la ladera, al lado de arriba.
- Las he visto y, al pasar por ahí, las he observado despacio. Y, además, he sentido como respeto o como miedo o como si por ahí hubiera algún misterio agazapado tras el viento. ¿Sabes quién sembró esos diez árboles?
- No lo sé porque son centenarias pero sí puedo decirte que ese rincón mágico de las nogueras, la tierra llana y el torreón de piedra, fue como el edén encantado donde mi niña todos los días jugaba. Donde ella se pasaba las horas muertas contemplando al borriquillo comer hierba y donde disfrutaba luego recogiendo las nueces. Y al borriquillo, de todos los rincones de estas montañas, éste ha sido siempre el que más le ha gustado.

Un día de primavera, cuando ya todas las florecillas de los campos estaban abiertas, pasé por ahí. Sobre la hierba y, entre las margaritas blancas y amarillas, estaba sentada ella. El borriquillo se recostaba a solo unos metros y se apoyaba en el tronco de una de estas nogueras. Me pareció tan idílico el cuadro que hasta tuve miedo acercarme por miedo a estropearlo.

¡Estaba tan guapa mi niña! Porque un rayo de sol caía desde el cielo, entraba por entre las ramas de la noguera más gruesa y se derramaba delicadamente en su cara. Parecía como si el mismo cielo hubiera abierto su corazón y, convertido en sol, se derramara sobre mi niña para darle un beso. Y el borriquillo, estaba tan plácidamente durmiendo que parecía un trozo más, una flor única y nueva, que le había salido a la primavera. Se dio cuenta mi niña de mi presencia y miró para el lado de arriba. Por donde yo llegaba despacio para no perturbarlos. Salió de su juego y me dijo:
- Acércate, papá, que tengo para ti un mensaje importante.
Me acerqué a ella, me senté a su lado, la acaricié con mis manos y esperé embelesado a que me hablara. Y lo hizo diciendo:
- Quiero darte un recado y quiero que lo guardes toda tu vida. Y quiero que lo compartas solo con una persona buena, que ahora no sé quién es, pero que a todas horas estoy soñando. ¿Me prometes cumplir, por mí, este mandato?
- Sí que te lo prometo, hija mía. Cuéntame y dime cuál es tu encargo.

Miró al borriquillo, guardó unos segundos de silencio, cortó unas margaritas blancas, jugueteó con ellas en sus manos y luego habló y esto fue lo que me dijo:
- Cuando me muera me voy a ir al cielo y ya no habrá quien cuide a este borriquillo tan bueno. Pero sé, porque lo he soñado, que un día vendrá por aquí la persona en la que tanto pienso. Pídele que se lo lleve y cuide de él como si de mí se tratara. Dile que es el capricho de una niña que un día se murió y un ángel se la llevó a otro mundo más bello. Y dile que yo desde allí todo lo estaré viendo y, esperaré ilusionada, a que llegue el momento en que mi borriquillo y esa persona, también de esta tierra se vayan y en aquel paraíso mío celebremos el encuentro. Siempre los tendré conmigo y, desde allí, les mandaré muchos besos. ¿Has entendido, papá, lo que te estoy diciendo?
Le dije que sí y luego quise decirle que ella nunca se iba a morir. Pero guardé silencio y no le hablé de esto. Lo que ella me estaba diciendo sabía que era una fantasía de niña. Sabes tú que todos los niños del mundo, alguna vez en su vida, piensa en la muerte y creen que se van a morir en cualquier momento. Pero para mí fue muy interesante lo que mi niña me revelaba y por eso me lo tomé en serio. También sabes que muchas veces lo niños dicen verdades que los mayores no entendemos. Los niños son ángeles y, muchas veces sus sueños, también contienen grandes verdades. Por eso le pregunté:
- ¿Y qué más cosas tendré que decirle a la persona que se lleve a tu borriquillo?
Y me aclaró:
- Dile que venga cada primavera y, de las flores amarillas de los adonis que crecen por debajo de la fuente, que corte un ramo y que las traiga y las ponga en el torreón de piedra de esta pradera.
- ¿Y por qué en el torreón de piedra?
- Porque es ahí donde quiero que me entierres el día que me muera.
- Y si alguna vez, esa persona, no viene a ponerte flores ¿qué pasaría?
- Se secarán las nogueras, una cada año y después se cerrará la puerta.
- ¿Y qué puerta es esa, hija mía?

Y ya ni niña no me dijo nada más. Pero desde aquel momento, no he olvidado este encargo suyo y por eso lo estoy compartiendo contigo. Llévate el borriquillo y vete en paz y solo te pido, que vuelvas cada primavera y que cortes un ramo de los adonis vernalis que hay por debajo de la fuente y que se lo pongas a ella en el torreón de piedra que se eleva donde las nogueras. Como recuerdo y en homenaje y para que vea ella que sigue vivo el pacto. Y te pido que, si en algún momento, este amigo asno se pone enfermo y crees que se va a morir, que te lo traigas corriendo. Ella me reveló que solo si muere aquí, en este prado de las diez nogueras, podrá entrar por la puerta que da al paraíso bello donde mi niña juega. Y lo mismo son las cosas para ti. ¿Me has entendido?

Le dije a mi amigo que sí, que todo estaba claro y que confiara en mí.

- Al menos ya tengo una misión en esta tierra para llenar mi tiempo y, que de este modo mi corazón, también tenga un dueño.

- Pues ya sabes: al florecer los adonis, ven cada primavera pero, con el borriquillo, solo en los últimos momentos de tu vida o de la suya, en esta tierra. Así me lo pidió mi niña y así quiero que sea".

Cuando el joven montañero terminó de leer el relato que atrás ha quedado, durante un largo rato, respiró profundo. Miró los trozos de la vasija de barro esparcidos por el suelo y en su corazón, sintió como miedo a la vez que algo de tristeza y respeto. Intuía que había roto algo muy sagrado. Sin pretenderlo ni saber por qué, alzó sus ojos al cielo. Miró luego para los troncos de las nogueras que, destartalados, viejos y rotos todavía por el lugar se veían clavados y luego caminó unos pasos para el hilillo de agua que brotaba del manantial.

Siguiendo este hilillo de agua, caminó durante un tiempo y al poco se asomó al cauce del río. Sabía que se trataba del río Darro, el que corre a los pies de la Alhambra y que muchas personas fotografían una vez y otra a su paso por el Paseo de los Tristes. Pensó un momento y cayó en la cuanta de la biblioteca y archivos de la Alhambra, ahora por la parte de arriba del Generalife. Se dijo: "En cuanto pueda, voy a ir a ese lugar a ver si encuentro algún documento que me ilumine un poco más de lo que por aquí hoy he encontrado. Y en cuanto llegue la primavera, volveré por aquí, buscaré los adonis invernalis que aun crecen por estos lugares y pondré bonitos ramos de estas flores amarillas en el lugar donde he encontrado la vajilla que contenía este pergamino. Y rezaré una pequeña oración por esta niña y el sueño que tuvo en su vida. Aunque las nogueras ya están casi muertas, creo que su perfume, dulzura e inocencia, por estos lugares permanecen eternos".

El tejedor de mimbres

El joven vivía solo, no tenía familia y el único oficio que conocía era el de tejedor de mimbres. Un pequeño y bonito oficio artesanal que había aprendido de su padre y desde pequeño. Cuando iba por las riveras de los ríos y arroyos buscando las frescas varetas que le servían para tejer sus obras de arte, el padre siempre le decía:

- Las mejores piezas, son las más jóvenes, delgadas, rectas, sanas y de tallos tiernos. Y procura cortarlas lo más cerca posible de la rama principal.
Así aprendió a buscar, cortar y recolectar las ramitas de mimbres que luego preparaba para dar forma a sus bonitas y originales obras.

Cuando estaba para cumplir los dieciocho años, los dos padres murieron y como no tenía hermanos, se quedó por completo solo en este mundo. Y continuó su vida en la hermosa y pequeña casa donde había nacido y se había criado: cerca del río Darro, a los pies de la Alhambra y un poco a las afueras del barrio del Albaicín. En este recogido lugar, tenía él su vivienda y el pequeño taller de mimbres y algo de esparto. Porque también el padre, practicaba y le enseñó la recolección del esparto, planta muy abundante en los cerros cercanos a la Alhambra y con lo que fabricaba objetos también muy bonitos. Esparteñas, barjas, cestas y fundas para cantimploras y botellas de cristal.

Cerca de su casa vivía una familia pobre que tenía una hija muy guapa, dos años más joven que él. La conocía desde pequeño y por eso eran muy amigos. Tanto que cuando el joven se quedó huérfano, la muchacha se venía muchas veces a la casa taller de su amigo y, al tiempo que le daba compañía, le ayudaba en su trabajo de tejedor de mimbres y de esparto. Le decía a su amigo:
- Tú haz siempre las cosas despacio y pon en ello todo el interés y cariño, como te aconsejaba tu padre. Así, cuando las personas vean estos objetos tan bonitos, resistentes y prácticos, te los comprarán y eso es lo que necesitas para tener algunas monedas con las que comprar alimentos.
Y el joven, como apreciaba mucho a su amiga, siempre le hacía caso.

Pero un día, uno de los príncipes de la Alhambra y casi de la misma edad que la amiga del tejedor, daba un paseo con su caballo por las orillas del río Darro. Vio a la muchacha que, con su madre, lavaba en las aguas del río. La llamó y le preguntó:
- ¿Cómo te llamas?
- Mi nombre es Zumaya pero mis padres y amigos siempre me dicen Azul.
- ¿Sabes que eres muy guapa?
Y la joven se sonrojó, agachó la cabeza y no dijo nada. El príncipe le dijo de nuevo:
- Voy a venir por aquí todos los días solo para verte y cuando estés preparada, le voy a pedir a tus padres que te dejen ir a vivir a los palacios de la Alhambra.

Tan sorprendida se quedó la joven que no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Sí el príncipe volvió por los caminos y al poco se perdió por las puertas de las murallas. Enseguida la joven se acercó a la madre y le contó lo que le había ocurrido y luego se fue aprisa en busca del amigo y también le confesó lo sucedido. Éste no le dio mucha importancia a los hechos y siguió con su trabajo en el taller. Pero al día siguiente, otra vez apareció el príncipe montado en su caballo, buscó a Zumaya, habló algunas cosas con ella y le volvió a prometer que regresaría. Volvió todas las tardes y como Zumaya ahora ya lo sabía, empezó a esperarlo por las orillas del río. El

príncipe se fue enamorando de ella y siempre le decía que se fuera preparando para irse a vivir a los palacios de la Alhambra.

Zumaya le seguía contando todas estas cosas a su amigo el tejedor de mimbres y éste callaba y seguía en su trabajo. Hasta que una tarde, al aparecer el príncipe y buscar a Zumaya, vio que ésta estaba en compañía del joven tejedor. Muy enfado el príncipe le gritó:
- Zumaya es mía. ¿Con qué permiso la has tocado tú?
Y asustado el joven respondió:
- Ni ahora ni nunca he tocado yo a esta joven amiga mía. Desde que la conozco la he respetado más que si fuera mi hermana.
- Eso es mentira y por ello voy a castigarte. Defiéndete y apártate de Zumaya para siempre.

Al ver Zumaya que el príncipe se disponía para atacar a su amigo, se puso delante de él suplicándole:
- No le hagas daño y cree en sus palabras. Lo que mi amigo ha dicho es la pura verdad.
Al notar el príncipe la actitud de Zumaya, desistió de atacar al joven pero sí le dijo:
- Te perdono la vida porque me lo pide esta amiga pero ahora mismo te ordeno que recojas tus cuatro cosas y abandones esta casa y este lugar para siempre. Mañana volveré por aquí y me llevaré a Zumaya a vivir conmigo a los palacios de la Alhambra y destruiré todo lo que por estos lugares encuentre.
Espoleó el príncipe a su caballo, subió por los caminos y se refugió en la Alhambra. Y en ese mismo momento, el joven tejedor dijo a su amiga:
- Sé que el príncipe éste es poderoso y por eso mañana mismo prenderá fuego a mi casa y arderá todo lo que hay aquí. Tengo que marcharme a toda prisa si quiero salvar mi vida. Pero, antes de irme, en agradecimiento a tu amistad conmigo y por los ratos que hemos compartido desde que nos conocemos, voy a regalarte todas mis mejores obras de arte. Las de esparto y las de mimbre, para que a lo largo de tu vida tengas un bonito recuerdo de mí.

Y en ese mismo momento se puso el joven y en el centro de su casa fue poniendo las mejores piezas de esparto y de mimbre que a lo largo de su vida había tejido. Preparó luego algunas cosas para llevarse. Zumaya lo miraba y de pronto, se acercó a él y le dijo:
- Tú lo has dicho: este príncipe es poderoso y también altivo y orgulloso pero tú no eres ningún delincuente. Debes quedarte en la que siempre fue tu casa y entre las pequeñas obras de arte que han salido de tus manos. Si huyes, todos pensaremos que eres un cobarde y yo sé que no es así. Si le prende fuego a tu casa, yo moriré a tu lado antes de irme a vivir con él a los palacios que me ofrece. De este modo quedará al descubierto que ese joven, a pesar de tener el título de príncipe, no es bueno. ¿Por qué siempre los poderosos han de ganar y destruir la vida de las personas sencillas y nobles?

El cortijillo del valle

Se celebró en Granada la fiesta de la Navidad, la de año viejo y nuevo y el día de los reyes magos. Y aquella mañana seis de enero, se despertó antes del amanecer. No para ver lo que le habían regalado sino porque no podía dormir, pensando en ellos, aunque ya hubiera pasado tanto tiempo. Se levantó, se lavó un poco, peló una naranja, se la comió y luego cogió un trozo de pan y queso y lo metió en la mochila gris. Se dijo: "Para beber, seguro que puedo en el venero del valle del cortijillo. Como aquellas cristalinas aguas, con sabor a miel y frescas, no hay otras más buenas en el mundo".

Salió de su casa y se puso en camino, justo cuando los primeros rayos de sol caían sobre las torres de la Alhambra. Mientras avanzaba, observó la figura de estos palacios sobre la colina, el barrio del Albaicín como derramándose hacia el río y la ciudad de Granada, extendida a sus pies. De nuevo se dijo: "Muy hermoso será este monumento y muchos lo ensalzan y ahora en el mundo entero pero en estos instantes, a mí no me sirve de nada ni tampoco sirvió a muchos en aquellos tiempos. Su mundo no fue el de ellos ni ahora es nada en mi mundo pequeño".

Era media mañana cuando cruzó el arroyuelo de los acebuches. El pequeño cauce que baja de los oscuros cerros y que tanto le intrigaba cuando por estos rincones pasaba siendo pequeño. Corría claro esta mañana y para atravesar el pequeño caudal tuvo que saltar de una piedra a otra y luego agarrarse a unas ramas de acebuche para no caerse. Cuando ya estuvo en el otro lado, se volvió para atrás, observó despacio el pequeño arroyuelo y de nuevo se dijo: "A pesar del tiempo que ha transcurrido, sigue siendo el mismo. Tanto que hasta el agua que ahora mismo salta por aquí y la música que deja por entre el viento, es igual y tiene el mismo timbre. Y me pregunto lo que en aquellos días me preguntaba: ¿para quién corre y para quién desgrana sus delicadas melodías este pequeño cauce, aquí tan lejos de la ciudad y en la soledad de estos densos montes?"

Desde el arroyuelo, siguió subiendo por la sendilla hacia el collado. Dejando a su derecha las encinas de tronco negro y el barranco por donde descendía y se alejaba el arroyuelo. Antes del collado se encontró con la espesura del monte y luego con la vaguada donde manaba un hilo de agua y todavía los jabalíes construían por aquí sus pozas de barro y cieno. Al pisar la hierba y recorrer el lugar, el corazón se le llenó de emoción y de recuerdos y percibió, una vez más, lo solo que en este mundo estaba. Solo frente a los paisajes y las ruinas de su infancia pero con los recuerdos vivos y clavados en el alma, como si fueran lo único importante en su vida y ahora en este momento. Y al comparar esta realidad con algunas de las experiencias que años atrás había vivido, sintió desprecio por todas las personas que lo habían juzgado y puesto zancadillas una vez y otra.

De nuevo se dijo: "Al final y en especial ahora, lo único que en la vida importa es haber amado y hecho bien a los demás. Juzgarlos, hacerles

daño, prohibirles sus sueños y ponerles zancadillas y dificultades en su camino, solo arruina el alma del que así procede sin que consiga hacer mejor a otros ni a este mundo. Lo inteligente, tal como siempre he intuido, es mirar cada noche al cielo, recrearse en el color de las estrellas, aspirar el aire puro que Dios cada día nos regala, agradecer por todo lo que la naturaleza nos ofrece y respetar siempre a los demás porque son libres y dueños de sus sueños. ¿Qué derechos tengo yo ni nadie, sobre los otros, por mucho que sean insignificantes?”

Terminó de remontar al collado de las jaras y en ese momento, como el sol lo iluminaba de frente, vio que una porción de esta clara luz que desde el horizonte se alzaba, incidía sobre el cerro que aparecía a su derecha. Cubierto por completo de espeso monte bajo y sumido en un silencio total. Y sobre este monte, en la parte más alta del cerro, los rayos del sol se derramaban con matices dorados y azules muy bellos. Tanto impresionaban que el mismo cerro parecía arder en su parte más elevada al tiempo que de la mitad para abajo, quedaba en sombra y como en penumbra. Como si el cerro y el monte que lo tapizaba, estuvieran enredados en un original juego con los rayos del sol y las sombras por las laderas salpicadas.

Después de unos minutos gozando de este emocionante cuadro, sin dejar de caminar, comenzó ahora a bajar por donde el terreno era casi llano. Conocía perfectamente estos lugares y por eso, iba preparando su corazón para el momento en que asomara al pequeño valle. Como si de alguna manera pretendiera sorprenderse a sí mismo con lo que por ahí iba a encontrar al tiempo que lo potenciaba con los recuerdos. Por eso, según salía de la espesura del monte y se acercaba al punto donde el terreno se presentaba como un pequeño mirador hacia el recogido valle, agachaba su cabeza y se decía: “En cuanto me encuentre en el punto concreto, voy a procurar no mirar de frente por el miedo que tengo encontrarme por aquí lo que no quiero”.

Y al asomar al valle, donde el caminillo trazaba como una curva y el monte clareaba, bajó aun más su cabeza. Miró solo a lo que tenía cerca, buscó una piedra, se sentó en ella frente al valle que conocía y ahora imaginaba casi a sus pies, y se puso a soñar. Repasó los sitios en su mente y por el mundo de los recuerdos y lo primero que vio en su corazón fue la casa del guarda sobre el cerrillo, al levante del valle. Un edificio no muy grande pero sí bonito y construido en el más elevado punto de este lugar. Por la puerta vio jugando a las dos niñas de este matrimonio y el corazón se le llenó de ternura al verlas correr y sentirlas reír. Sus dos más preciosas y queridas amigas de su infancia y, al mismo tiempo, los dos únicos ángeles que por estos lugares conocía. Y tanto se emocionó con el vivo recuerdo de estas dos criaturas que comenzó a sentir que ellas y el blanco cortijo elevado sobre el valle, era lo más sagrado de todo cuanto había conocido a lo largo de su vida. Y descubrió, una vez más, el gran valor y la fuerza que tienen las sencillas y hermosas cosas que se viven de pequeño.

Desde la puerta del blanco cortijo, se vino un poco para el poniente y enseguida vio el pozo. Casi en el centro de la recogida llanura pero un poco

en la parte alta y al comienzo. Vio el redondo brocal, con el cubo de zinc y la gruesa cuerda de esparto. Al lado de abajo, vio la pila alargada de piedra y cemento, llena de agua como en aquellos tiempos y en ella bebiendo cabras, ovejas y la hermosa borriquilla con la que tanto jugaban las dos hijas del guarda. Por el lado de abajo de la pila, descubrió los charcos donde cada día los cerdos se bañaban y luego el hilillo de agua atravesando la llanura en busca de los primeros metros del arroyo. Al comienzo, lleno de juncos y encina a los lados y luego, adelfas, zarzas y arrayanes. Y, a unos cuantos metros del comienzo del pequeño arroyo, vio la construcción de cemento donde se remansaba el agua del manantial.

En tiempos pasados, era de este pequeño venero de donde cogían el agua que necesitaban las personas que vivían en el segundo cortijillo. El que se alzaba con los cimientos clavados en las rocas del puntalillo a la derecha. Y también era de aquí de donde, en tiempos pasados, la madre y la niña, cogían pequeños cubos de agua para regar las cuatro hortalizas que sembraban en el huertecillo por delante del cortijillo y entre encinas y lentiscos. El corazón se le encogió al recordar aquellos días y ver a los padres y a la hermana, solos por completo en este cortijillo, con frío y calor en invierno y verano y con muchas carencias y hambre en todo momento.

Y a su mente vino la última escena de aquellos días: bajaba él desde la parta alta donde, entre olivos, se alzaba en gran cortijo. Lugar donde se hospedaba el dueño cuando en los meses de verano se veía a este lugar de vacaciones con su familia. Y era aquí también donde dormían y comían los hombres que labraban las tierras del olivar y también las sementeras de trigo y cebada. Hacía ya más de dos meses que no había visto a los padres ni a la hermana. Y por eso tenía necesidad de visitarlos y estar con ellos unas horas. Pero cuando llegó al cortijillo clavado en las blancas rocas, se encontró a la madre acurrucada junto al fuego, sin apenas fuerzas ni voz en su garganta. La saludó y al preguntarle:
- ¿Qué es lo que te pasa?
Ella le reveló:
- Hijo mío, que cada día tenemos menos para comer. Tu padre, tu hermana y yo, nos estamos muriendo poco a poco y nada podemos hacer para evitarlo.

La niña, en esos momentos, también se recogía en un rincón de la estancia, famélica, con las miradas perdidas y su pensamiento, nadie sabía dónde. El padre no estaba porque recorría los campos detrás de los animales que cuidaba, trabajo por el que percibía solo unos céntimos. Abrazó él a la madre y le dijo:
- Yo quiero ayudarte y también quiero dar algunos alimentos a la niña y a mi padre. Pero fíjate, ni siquiera un mendrugo de pan traigo en el bolsillo.
- Lo estoy viendo, hijo mío y por eso nadie te culpa de nada. Pero mi corazón, el de tu hermana y el de tu padre, tienen puestas las esperanzas en ti porque eres el mayor de esta casa, el más valiente y el que posee más fuerzas.

Y en ese momento, al hijo mayor se le rompió el corazón al sentir la súplica de la madre y comprobar la miseria que estaban viviendo. Le dijo:

- Voy a salir ahora mismo de esta casa, atravesaré los campos, recorreré los paisajes de la Alhambra y todas las calles del barrio del Albaicín y Granada pidiendo ayuda y trabajo. Me muero viendo como estáis de enfermos y con tanta hambre en vuestros cuerpos. No tengáis pena y aguantar un poco más que regresaré no dentro de mucho trayendo conmigo alimentos y la salvación para vosotros y esta casa.
- Ojalá Dios te oiga y bendiga, hijo mío.
Dijo la madre como con el último hilo de voz que salía de su corazón y de su boca.

Besó a la madre y a la hermana, salió del cortijillo, atravesó la llanura, subió por las sendas que en este momento recorre y al llegar al gran cortijo en el corazón de la extensa finca de olivares, tierras yermas y encinas, no se detuvo aquí. Sabía que nadie en este edificio iba a prestarle ayuda y sabía también que el que estaba al cargo de las personas que por aquí trabajaban y era casi el secretario del hombre rico y dueño de todo, de ningún modo iba a ofrecerle ayuda. E incluso hasta presentía que desaprobaría la decisión que había tomado y, de este modo, aprovecharía para despedirlo y prohibirle que pisara más este lugar.

Por eso, en su huida o marcha en busca de lo esencial y dignidad para los padre y la hermana, pasó por el lado de arriba del cortijo. Lo observó de reojo y siguió avanzando. No tenía claro hacia dónde ni a qué cosa concreta pero le empujaba el dolor y miseria que había visto en los padres y en la hermana. Poco después rozó las murallas de la Alhambra y ni siquiera imaginó pararse aquí y entrar en los recintos amurallados. Se dijo: “Nadie por estos lugares me conoce y por eso, menos espero que alguna persona de estos lugares, escuche mi relato y me ofrezca luego algo bueno para salvar a los míos. Y bien sabe el cielo que lo que menos vengo buscando es limosna o caridad. Esto no resolvería el problema que en mi casa hay aunque aliviara un poco ahora de inmediato”. Siguió y al poco llegó al barrio del Albaicín. Y por aquí, como tampoco nadie lo conocía ni él tenía ningún amigo, caminó por las calles sin rumbo fijo y sin saber qué hacer. Miraba a un lado y otro y le deslumbraban no solo las blancas casas y algunos bonitos patios, sino también el trajín que unos y otros por el lugar tenían entre manos.

Y mientras iba recorriendo estos sitios, de su mente no se apartaba la imagen de la madre y la hermana acurrucadas en el cortijillo, muertas de frío, sin nada que comer, sin fuerzas y sin tener a dónde ir. Por eso, después de un tiempo recorriendo las calles del barrio y de la ciudad, al caer la noche, decidió volver. Sin nada concreto en sus manos pero sí su corazón le arrastraba hacia el rincón de los padres y la hermana. Caminó de regreso y a media noche, se acercaba otra vez al sencillo cortijillo sobre las rocas del cerro y se extrañó no sentir ningún ruido según se aproximaba. Llegó a la puerta, la encontró medio abierta, llamó a la madre al tiempo que entraba y nadie le respondió. Ni el padre ni la hermana y esto hizo que su corazón se asustara aun más.

Por la pequeña ventana entraba la luz de la luna y bajo este débil resplandor, descubrió a las personas que venía buscando. La madre

abrazada a la pequeña y el padre al lado, como dándoles la mano. Y según se acercaba a ellos, los seguía llamando sin obtener ninguna respuesta. Tampoco los vio moverse y ni siquiera notó su respiración cuando por fin tocó sus caras al tiempo que les decía y preguntaba:
- Vuelvo sin nada en mis manos pero sí para quedarme a vuestro lado para lo que me necesitéis. ¿Qué ha sido lo que os ha pasado?
Seguía sin recibir respuesta y fue ahora cuando descubrió que ninguno de los tres miembros de su familia estaban vivos. Cerró los ojos, se le nubló el pensamiento, se arrodilló y los abrazó gimiendo y preguntando al cielo por lo ocurrido y en nada encontraba ninguna respuesta ni consuelo.

En la estancia, fría, desangelada y ahora amarga, estuvo el resto de la noche dándoles compañía. Con la cara de la madre pegada a su pecho y con sus manos puestas, la derecha en las mejillas de la niña apretándola con fuerza y con la mano izquierda, también acariciando el frío rostro de la madre. Pero sobre todo, donde más se le derramaba el corazón, entre dolor y sinceros sentimientos de amor, era en la pequeña cara de la hermana. Sin aceptar que la realidad se las hubiera llevado de este mundo tan joven y teniendo, como sabía que tenía, un corazón tan puro. Al amanecer, rezó al cielo un poco más, lloró desesperado mirando al valle y al río, al fondo y al salir el sol, caminó por el recogido valle sin rumbo fijo. Haciéndose mil preguntas y luego se acercó al venero del arroyo. Bebió unos tragos, se lavó las manos y la cara y cuando caía la tarde, se puso a cavar una tumba. Justo por delante de la casa, donde las rocas terminaban y el terreno ya era tierra y una vieja encina clavaba sus raíces. Poniéndose el sol, en este lugar los enterró a los tres y luego volvió a marcharse. Atravesó de nuevo la llanura y caminó, a la luz de la luna, sin parar un solo momento. Por la ciudad deambuló varios días y luego desapareció, nadie supo por qué ni a dónde. Pasó el tiempo, muchos años y una tarde al comienzo del mes de enero, se enteró de la noticia. Por eso, unos días después, aquella mañana del mes de enero, volvía al pequeño valle, un poco aturdido por el recuerdo de los suyos en estos lugares enterrados y otro poco, movido por la curiosidad de ver y descubrir lo que en estos rincones se disponían hacer.

Sentado ahora mismo frente al valle y con sus ojos cerrados para no ver de frente lo que por el lugar había, volvió a repasar en sus recuerdos los amargos días pasados y el corazón de nuevo se le llenó de miedo. Se levantó, con su cabeza agachada, caminó por la inclinación de la ladera y se dirigió al comienzo del valle. Justo por encima del pozo y por donde iba cayendo el caminillo. Y según se acercaba al pozo, hasta sus oídos comenzó a llegar y cada vez con más fuerza y claridad, el murmullo de personas hablando en voz alta y el ruido de máquinas. No quería mirar por miedo a encontrarse de frente lo que le habían contado. Por eso, siguió avanzando despacio, con la cabeza agachada, llegó al pozo con la intención de coger el cubo y beber un trago de agua fresca y buena y que tantas veces en su infancia había saboreado. Pero al pararse cerca del brocal, descubrió que ni el cubo de zinc estaba ni tampoco la gruesa cuerda de esparto que servía para atar al cubo, bajarlo hasta el agua y luego tirar de él y subirlo lleno. Era lo que, la hermana ahora ausente y los padres, en aquellos años de su infancia, muchas veces habían realizado.

Sorprendido, miró y descubrió que tampoco estaba el pequeño arco de hierro que sostenía a la garrucha. Se dijo: “Es normal que después de tanto tiempo, estas cosas por aquí hayan desaparecido por lo mucho que todo ha cambiado. Pero ¿y la casa del guarda con sus dos niñas siempre jugando en lo alto del cerrillo que tengo ahora mismo a mis espaldas?” Después de hacerse esta pregunta, sintió la necesidad de alzar su cabeza y mirar para el lugar que en su mente imaginaba. No lo hizo. Abandonó la idea de beber un trago de agua del pequeño pozo en la llanura y se disponía seguir.

Hasta con los ojos cerrados, conocía el caminillo que iba desde el pozo al cortijillo donde los padres y la hermana, aquel día y hacía mucho tiempo, habían muerto. Por eso caminó muy seguro de sí y, conforme se acercaba al arroyuelo antes del cortijillo, el ruido que le intrigaba era cada vez más fuerte y claro. No alzó su cabeza pero sí, al llegar a la vieja encina que conocía de una forma especial, se vino hacia ella al tiempo que se decía: “Siempre este árbol dio bellotas tan buenas que nunca fueron igualadas a los frutos de las otras encinas por este valle. Me gustaría coger de nuevo, un puñado para partirlas con mis dientes y saborearlas como en aquellos tiempos”.

Se puso a buscar y no encontró ni una sola bellota. Pero sí de pronto, oyó que alguien le preguntaba:
- ¿Quién eres tú y qué buscas por aquí?
Alzó un poco su cabeza, miró en la dirección en que el arroyo bajaba y lo vio. Un hombre alto, corpulento, con pelo negro y cara arrugada y vestido con ropas recias. Lo saludó y le dijo:
- Aunque te lo explique no entenderías quien soy ni tampoco podrías entender qué es lo que busco por estos lugares.
- Pues apártate de ahí que vamos a comenzar el trabajo.
Y alertado preguntó al hombre que le daba órdenes:
- ¿Qué trabajo?
- Tampoco yo tendría que explicarte a ti lo que me preguntas. Pero, como no me importa, te diré que aquí mismo intentamos hacer un sondeo.
- ¿Y qué pretendéis hacer con esto que me dices?
- Sabemos que en este valle, hay un gran embalse de agua subterráneo. Lo vamos a necesitar para las construcciones que ya hemos planeado levantar justo donde la vieja casa de ese cerrillo de las rocas.

Al oír esto, alzo un poco más su cabeza, miró al frente y vio la derruida casa sobre el cerrillo de las rocas. Y enseguida quiso explicar, al hombre que tenía delante, que la vieja casa era parte de su corazón, escenarios de su infancia y ahora sepultura de los suyos. Pero lo que enseguida hizo fue caminar a toda prisa hacia el cerrillo. Antes de llegar, vio las máquinas que ya maniobraban preparándose para envestir contra los pocos restos que de la humilde casa quedaban. Y como a su mente vino el recuerdo de los padres y de la hermana ahí mismo enterrados años atrás, su miedo aumentó al mismo tiempo que su pena y dolor.

Rápido se puso delante de la gran máquina de hierro que se disponía a envestir contra la vieja construcción. Al verlo el que movía los mandos de esta máquina, reaccionó y la detuvo. Fue en este momento cuando de nuevo, el hombre que hacía solo unos minutos había encontrado en el arroyuelo, cuando se presentó de nuevo donde el joven se había colocado. Muy enfadado lo miró nervioso y le dijo:
- Quítate de ahí porque la máquina que ves al frente, va a derruir las cuatro viejas paredes de esta esquelética casa.
No dijo nada el joven ni se movió del lugar donde se había colocado. Mirando de frente a la máquina, alzó sus ojos al cielo y luego dijo al que le ordenaba:
- No voy a permitir que ni estas máquinas tuyas ni otras, destruyan lo que para mí es tan importante.
- ¿Qué es lo que para ti es tan importante en este lugar?
- Esta vieja casa, los cimientos donde se sostienen, la recia encina que ahí ves y lo que la tierra esconde.

Y, sin prisa y con todo detalle, el joven explicó al que acosaba, lo que todos ignoraban. Y al final dijo:
- De estos trozos de alma ahora aquí enterrados, nadie ha recogido nada en la historia. Y por eso yo ahora los defiendo para hacerlos dignos como siempre he creído que se merecen.
- Solo pronuncias palabras necias. La historia siempre y en cada momento, solo recoge y deja escrito la vida de los héroes como reyes, científicos o sabios. ¿Qué han hecho los tuyos en esta vida para que los demás tengamos que respetarlos como tú crees? Desde hace un tiempo, yo soy el propietario de las tierras de este valle y por eso ahora he decidido construir aquí un gran complejo para personas con dinero. Necesito el agua de estos manantiales y necesito destruir los cimientos de esta vieja casa para levantar ahí mismo el edificio de lujo que te digo. Apártate de ahí ahora mismo para que esta máquina avance y destruya y no me hagas perder más tiempo.

Y al oír estas palabras, el joven dio unos pasos, buscó una de las piedras caída de los trozos de pared de la casa y en ella se sentó. Frente a la gran máquina de hierro, ignorando por completo al que le ordenaba. Alzó de nuevo sus ojos al cielo y en forma de oración, susurró: “Padre y madre mía y hermana dulce del alma, poco pude hacer por vosotros cuando estabais vivos pero hoy aquí me tenéis. Defendiendo vuestra dignidad y sueños con mi propia vida porque creo que tengo derecho y vosotros lo merecéis. Fuisteis pobres y lo seguí siendo pero ante Dios y en mi corazón, sois los mejores y tan dignos como los reyes más nobles”.

El que planificaba las cosas en el lugar, se acercó al conductor de la gran máquina, le dijo algo al oído y en esos momentos, el monstruo de hierro, rugió y comenzó a moverse lentamente dirección a las ruinas de la vieja casa y derecho al joven en la piedra sentado.

Los ladrones

Era otoño en su final. Últimos días del mes de noviembre, hacía frío, el cielo estaba cubierto y sobre las torres de la Alhambra, revoloteaban

algunas nieblas. La tarde caía y él regresaba a su casa, siguiendo la estrecha calle. Iba en sí concentrado y miraba la pantalla del pequeño móvil que unos días antes le habían regalado. Por eso no advirtió la moto con dos jóvenes que se le cruzó en dirección contraria ni tampoco percibió lo que solo unos segundos después, por detrás de él sucedió. Sí de pronto se sintió sujeto por dos brazos a la vez que le arrebataban el móvil de sus manos. Gritó pidiendo ayuda pero nadie se la prestó. Y vio, como en un relámpago, correr a los dos jóvenes, subirse en la moto y desaparecer calle abajo.

Y fue ahora cuando se percató que también le habían robado el pequeño bolso de tela que traía colgado de su hombro. Dentro guardaba la cámara de fotos, un monedero con algunos euros y varios trozos de papel donde tenía escrito su nombre, la dirección de su casa y la calle y número donde vivía. Desolado, siguió caminando, despojado ahora del móvil y del bolso de tela y al poco llegó a su casa. No durmió en toda la noche y al día siguiente, puso una denuncia. Con la esperanza de que alguien encontrara a los ladrones y volviera a recuperar lo que le habían robado. Esperó una semana, un mes, un año y por ningún sitio le llegaban las noticias que deseaba.

Y un año después, una noche ya final de enero, también fría, nublada y con nieblas por entre las torres de la Alhambra, de madrugada lo despertó el ruido de una moto. Notó que se paró en la misma puerta de la casa y al asomarse a la ventana, vio a los jóvenes. Oyó que decían:
- Esta es la casa donde vive y este es el número y esa es la puerta.
Se acordó de los papeles que con el bolso le habían robado hacía un año y donde tenía escrito su nombre y la dirección donde vivía. Se dijo: “No se han olvidado de mí y esta noche vuelven a buscarme”. El miedo se apoderó de él y por eso rápido descolgó el teléfono y se puso a llamar a emergencia. Y no había pronunciado dos palabras cuando los vio entrar por la puerta, después de romperla a patadas. Con la velocidad del rayo se acercaron a él y le gritaron:
- Cuelga ese teléfono y deja de llamar a la policía. Ya eres nuestro y esta noche si que no tienes escapatoria.

Aterrado, soltó el teléfono, corrió para la puerta, salió a la calle y pidió ayuda. Tres hombres algo mayores, lo vieron desde el otro lado de la calle y se vinieron hacia él con la intención de ayudarle. Los dos jóvenes se pusieron delante de él y muy sofocados seguían gritando:
- No podrás con nosotros porque eres viejo, no tienes fuerzas y los que vienen a defenderte, también son viejos como tú.
Uno de estos viejos cogió un palo y, por detrás de los jóvenes, se disponían para golpearlo cuando por la calle apareció el coche con las luces encendidas. El joven que se enfrentaba al viejo de la casa, gritó:
- ¡La policía!

Al otro lado del río Darro y sobre la colina, la robusta figura de la Alhambra, se veía inmóvil y hermosamente iluminada. Granada y todo el barrio del Albaicín, parecían dormir en un silencio apagado y el reloj de la iglesia más cercana, daba las cuatro de la madrugada.

Poema de invierno

Hacía mucho viento y la tarde era fría. Con algunas nubes sueltas en el cielo que amenazaban lluvia y dejaban copos blancos en las cumbres de Sierra Nevada. Por la calle, casi solitaria, las últimas hojas de otoño, rodaban y se iban quedando por entre las plantas de los jardines y sobre los troncos de los álamos y naranjos. Por completo ignoradas de las personas que por las calles iban o venían y como escondidas en los últimos rincones del tiempo.

Se le veía bajar por la calle y, según avanzaba, observaba el melancólico juego de estas últimas hojas de otoño y pensó escribir un poema. Para, aunque fuera muy breve, dejar recogidos en él su recuerdo en esta fría tarde de invierno. Buscó papel y bolígrafo en su bolsillo y meditó un momento mientras seguía bajando. Cuando llegó al paseo del río, lo recorrió despacio y al final, donde la plaza se ensancha y se encuentra el puente, se paró. Sobre el muro que separa el río, se apoyó y durante un rato, estuvo meditando. Escribió algunos versos y al final las vio.

Dos jóvenes desarrapadas, con ropas sucias, unos aros de plástico y mochilas. Jugaban tirando y cogiendo unos palos al aire y practicando aeróbic con los aros. Se acercó a ellas, abrió el pequeño bolso que colgaba de su hombro y les preguntó:
- ¿Queréis un dulce de almendra?
- ¿Un mantecado de Navidad?
- Algo parecido pero no es lo mismo.
- Pues vamos a probarlo.
Le ofreció dos logroñesas, las cogieron sin dudar, rompieron el envoltorio y rápidas le dieron varios bocados al tiempo que decían:
- Están buenos, muchas gracias. Así aumentamos las fuerzas para el ejercicio que estamos practicando.

Algo satisfecho, miró para el Puente del Aljibillo y los vio. Un grupo de varias personas que al instante lo llamaron e invitaron a que se uniera a ellos. Despidió a las jóvenes, se fue para el puente y al poco, todos subían por el barranco del arroyuelo, Cuesta del Rey Chico. No mucho después, se le vio asomado, mirando con los del grupo, desde una de las torres de la Alhambra que se asoman al río Darro. Contemplando las grandiosas vistas que desde esta torre se devisa. Meditó durante un buen rato y luego preguntó a la muchacha que se había sentado a su derecha:
- ¿Te imaginas que nos hubiéramos transportado en el tiempo y ahora mismo, desde aquella ladera, nos estuvieran apuntando con flechas?
- ¿Y te imaginas tú que además de apuntarnos con flechas, nos estuvieran gritando, “hay que acribillarlos porque ellos son los culpables. Apuntar bien y que estas flechas nuestras no fallen?”

No respondió a esta pregunta. Y sí, pasado un buen rato y después de recorrer varios jardines y estancias de la Alhambra, parte del grupo se marchó. Por los bosques que rodean a estos palacios por el lado sur y los

cuatro o cinco que quedaban, de nuevo se vinieron para el barranco del agua. Con ellos se vino él acompañado de la joven que le había preguntado. Y cuando llegaron a donde, junto al camino crecen unos olivos y el agua del arroyuelo corre algo serena, comentó de nuevo:
- Pero ahora estamos en estos tiempos donde ya nadie por aquí hiere con flechas de hierro. Y lo que apetece esta tarde es escribir un poema de invierno donde dejar recogido estas emociones y estos momentos. ¿Te imaginas si yo fuera capaz de escribir estos versos?

Y ella, sin pronunciar palabras y tal como venía caminando por la vereda del arroyuelo abajo, lo abrazó por las espaldas. Puso su cabeza muy cerca del que se sentía poeta, lo acarició con un beso en la mejilla y con la suavidad y perfume de su pelo al tiempo que le decía:
- Los poemas siempre son bellos y regalan trozos de cielo y sentimientos eternos. Escribe lo que sueñas y deja así recogido este momento y esta fría tarde de invierno.

En otros momentos me hubiera puesto triste,
quizá romántico o algo melancólico,
la tarde gris y el viento frío,
por la calle las última hojas de otoño,
algunas nubes blancas y negras
sobre el cielo color plomo
y solitarios los bancos
de los magnolios…
Muy poético también me hubiera parecido
y sin duda doloroso,
todos los árboles desnudos,
solitario el río y en lo hondo,
más podridas aun las hojas
que de las ramas se llevó el otoño.

Pero esta fría y con mucho viento
tarde apagada y todo tan solo,
no tengo en el corazón poesía
ni en el alma un simple soplo
que me haga bella la vida.
No sé por qué, lloro
al pasar y ver
las últimas hojas del otoño
y aunque quisiera escribir un peona
tampoco sé cómo.

El perfume de la Alhambra

Nada dura para siempre en esta tierra, lo que ayer fuera un hermoso jardín	Solo el sueño que desde el corazón surge y eleva hasta las estrellas en forma de oración, que trasciende a la materia,

y la más florida de las primaveras, pasado el tiempo es solo polvo que nadie bajo el sol recuerda.	solo lo que nace del amor, eterno queda.

I- El rey de la Alhambra preguntó a la princesa:
- ¿Qué regalo quieres para tu cumpleaños?
Y la joven, sin dudar un segundo, respondió:
- Un trozo de tierra ni grande ni pequeño, por encima de los jardines del Generalife.
- ¿Y puedo saber para qué quieres estas tierras?
- Con mi amiga, la hija pequeña del hortelano, quiero sembrar jardines y construir ahí un bonito palacio, mucho más hermoso y original que estos donde ahora vivimos.
- Un poco raro me parece tu sueño pero, si este es tu deseo, mañana mismo tendrás como regalo el trozo de tierra que me pides.

Y el rey cumplió su palabra: aquel mismo día, dio órdenes y al día siguiente, los administradores llamaron a la princesa y le pidieron que los acompañara.
- ¿A dónde queréis que os acompañe?
- A ese sitio donde sueñas tener tu porción de tierra. Queremos que nos digas dónde es exactamente y que nos indiques la extensión que necesitas.
Y sin más, la princesa se fue con los administradores que el rey había escogido y salieron de los recintos amurallados de la Alhambra. Caminaron dirección a Sierra Nevada y después de un rato, se encajaron por donde comienzan las laderas del Cerro del Sol. Más o menos por donde hoy se encuentran los aparcamientos para los coches de las personas que visitan la Alhambra y casi exactamente por donde están los edificios de la biblioteca y archivos de estos palacios.

Era por aquí por donde vivía la pequeña amiga de la princesa, la única hija de un matrimonio sencillo. Su padre era hortelano y la madre tejía alfombras y telas de seda. Al llegar al lugar, lo primero que hizo la princesa fue acercarse a la casa donde vivía su pequeña amiga. Le preguntó a la madre y ésta le dijo:
- Se fue hace un rato, me dijo que a la montaña.
- ¿Sola se ha ido?
- Sola y me dijo que iba a buscar plantas aromáticas.
- ¿Para qué las quieres?
- Las colecciona aquí, en su habitación y dice que para estar rodeada en todo momento del perfume más puro y natural de la tierra. ¿Para qué la buscas tú?
- Precisamente para que me ayude.
- ¿Ayudarte en qué?
- Por fin mi padre me va a regalar lo que tanto siempre he deseado. Y como sé que a mi amiga le gustan mucho las plantas aromáticas, quiero compartir con ella esta ilusión mía y pedirle ayuda.
- Lo entiendo. Pero si no tienes prisa, quizá no tarde mucho en volver.
- La esperaré.

Y la princesa, mientras comenzaba a retirarse de la madre y se dirigía a los hombres que le acompañaba, se dijo para sí: “No sé qué tendrá la casa de esta amiga mía que siempre que vengo por aquí, me embriaga un perfume delicioso. Y no es perfume de incienso ni de rosas ni de jazmines ni de flores de almendros. La casa de esta amiga mía, huele a naturaleza pura y fresca y a libertad y luz. Como si ella por aquí tuviera un mundo mágico lleno de transparencias. En cuanto ahora llegue y la vea, tengo que preguntarle el por qué su casa huele a hierba húmeda y limpia y no como mis palacios y otros que en la Alhambra hay”.

Se dirigió ella a las personas que el rey había ordenado que le acompañaran y al administrador mayor le dijo:
- Desde aquel árbol hasta esta acequia, subiendo por ese barranco, quiero que limitéis el trozo de tierra que voy a convertir en mi jardín particular y especial.
- Así se hará ahora mismo, princesa.
Y el administrador dio órdenes para que los que le acompañaban, se pusieran mano a la obra. Miraba la princesa a un lado y otro y miraba para donde las montañas. Y no había pasado media hora cuando vio a su amiga aparecer por la pequeña senda. Le salió rápida al encuentro y nada más estar junto a ella, le dijo:
- Te estoy esperando.
- ¿Para qué?
- Para algo muy importante.
Y la princesa explicó a su amiga el proyecto que tenía en mente. La niña la escuchó muy interesada y cuando la joven princesa terminó, la amiga le dijo:
- Me gusta tu sueño y por eso, desde ahora mismo estoy a tu disposición. Y si me das permiso, hablo con mi padre y ya verás como en poco tiempo, en este trozo de tierra, construimos para ti, el vergel más hermoso, verde y fresco.
- Tienes mi permiso y confío en el trabajo y sabiduría de tu padre.

Allí mismo la niña regaló a su amiga princesa algunas de las plantas aromáticas que traía de las montañas. Y aquella misma noche, planeó con su padre el jardín para la princesa. Al día siguiente, el padre y ella, se pusieron a trabajar en las tierras, trazando amplios acequias, delimitando paseos y arriates y luego buscaron plantas aromáticas por la montaña cercana. Lo mismo hicieron al día siguiente y al otro y así durante varios meses. La niña, durante todo este tiempo, trabajó muy ilusionada junto con el padre y esperó a que su amiga princesa apareciera por el lugar. Pero no fue así. Sí cuando la primavera estaba en su mejor momento, una mañana se presentó la princesa en la casa de la amiga y al mirar y ver el terreno que hacía tiempo había escogido para su jardín, se quedó impresionada. Preguntó a la niña:
- ¿Cómo has conseguido todo lo que por aquí estoy viendo?
- Te di mi palabra. Ven conmigo que te llevo por estos sitios y te enseño y explico todo cuanto para ti por aquí hemos hecho.

Acompañando a la niña se fue la princesa, comenzando el recorrido desde la misma puerta de la pequeña casa. Bajaron despacio por una

sendilla que descendía siguiendo el trazado de la acequia y la niña, comenzó a explicar a su amiga:
- Ves, aquí hemos sembrado las plantas de romero. Florecen estas plantas en los primeros meses del año y ya se muestran frescas y perfumadas durante mucho tiempo. A este lado, ese arriate es solo de matas de espliego, la lavanda que es el perfume más fino y puro en los meses de verano. Ahí, como estás viendo, solo hay plantas de mejorana y en aquel lado, tomillos, poleo y mastranzo. Todas plantas de montañas que son las que regalan el mejor perfume y por eso gustan tanto a las abejas y mariposas. ¡Mira cuántas revolotean por aquí y por las flores de los cerezos y granados!

Sin palabra, caminaba la princesa junto a su amiga, descubriendo el pequeño y bonito jardín que para ella le había configurado. Y como el airecillo era cálido y se movía con calma, llevaba y traía el aroma de las plantas como un delicado regalo. Llegaron a la parte alta, donde la acequia principal caía en forma de cascada dirección a las torres de la Alhambra y bajo la sombra de un laurel, se pararon. Dijo la niña a su amiga:
- Ponte aquí y mira dirección a las torres de la muralla y dime qué te parece.
Le hizo caso su amiga la princesa y al mirar en la dirección que corrían las aguas, descubrió el hermoso trozo de tierra en toda su extensión. Surcado de largo paseos con romeros, tomillos, mejorana, poleo y mastranzo y rematados con espesos arrites de mirto, almendros, granados, cerezos, laureles, avellanos y nogueras. Impresionada y toda emocionada, dijo:
- El mejor jardín que en estos lugares de la Alhambra se haya construido nunca y de donde mana el aroma más fino y puro. Ahora todo esto huele a ti y al aroma fresca que siempre he percibido en tu casa.

II- Llovió mucho aquel año, a lo lardo de toda la primavera. También salió el sol y, por las noches algunos días, bajaron mucho las temperaturas. Desde la pequeña casa de la amiga de la princesa, al lado de arriba del jardín de romeros y mejoranas, se veía a lo lejos, muy al fondo y altas, las cumbres de Sierra Nevada. Blancas en todo momento y por eso, como proclamando que las nieves no se derretían. Sin embargo, en el original jardín y algo de huerta de la princesa, todas las plantas que la niña y el padre habían sembrado, crecían y crecían y daban mil flores y llenaban de aromas el lugar y todo el entorno. La niña dijo un día a su madre:
- De las ramas de romero que con frecuencia podamos, quiero que cada día me hagas algunas infusiones.
- ¿Infusiones de ramas de romero?
- Sí, y lo mismo de mejorana, espliego y poleo.
- ¿Y para qué deseas estas infusiones?
- Tú hazme caso y ya verás como es algo bueno.
Y aquel mismo día dijo al padre que le hiciera unas mesas pequeñas de madera y unas cuantas sillas de eneas. También el padre le preguntó:
- ¿Y para qué son estas mesas y sillas?
- Lo mismo te digo: tú hazme caso y ya verás como te gusta cuando lo veas.

En pocos días, el padre le hizo un par de mesas pequeñas y también le tejió cinco o seis sillas, algunas de eneas y otras de esparto. Y una mañana de primavera, llena de sol, cielo azules y con el viento por completo

en calma, puso las mesas en la puerta de su casa. Colocó, junto a las mesas, las sillas y sobre las mesas, algunos recipientes de barro cocido y vasos. Dentro de estos recipientes, la madre le había depositado infusiones de espliego, romero, mejorana y poleo. Por eso, toda la puerta de su casa y un buen trozo del original jardín de la princesa, comenzó a oler a montaña fresca y a mañana recién llegada.

Se sentó ella en una de las sillas que el padre le había regalado y dijo a la madre:
- Vente aquí a mi lado y, mientras bordas esas telas de seda, saborea algunas de las infusiones que hemos puesto sobre estas mesas. Del tarro de miel de romero que el otro día me trajo padre de la montaña, yo te regalo unas cucharadas para que estas bebidas sepan más a cielo.
Y la madre le hizo caso al tiempo que le preguntó:
- ¿Y solo para nosotras dos son estas mesas, sillas y bebidas?
- Para nosotras dos y también para todas aquellas personas que venga o pasen por aquí y les apetezca un sorbo de estas delicias.
- ¿Y qué personas serán esas?
- La otra noche lo soñé: de la Alhambra y de los que viven en la Medina y en los barrios de Granada no lejos de aquí, van a venir muchas personas a que los invitemos a una de estas infusiones nuestras.
- ¿Y cómo van a venir?
- En cuanto se enteren y los primeros prueben lo que les regalemos, ya verás como unos a otros se lo comenta y por aquí llegan en masa.
- Pero si vienen tantas personas ¿cómo podrás atenderlos a todos?
- Podré, ya lo verás.

Y aquella misma mañana pasó por allí un soldado de la Alhambra. Al ver a la madre y a la niña sentadas en la puerta de la casa y oler el aroma que desprendían las infusiones, preguntó:
- ¿A cómo vendes el vaso de estas delicias tuyas?
- No las vendo, las regalo. Ven y siéntate aquí con nosotras y dime si te gusta más el romero, la mejorana, el espliego o el poleo.
- Me gusta mucho el poleo con miel silvestre de la montaña.
Y la niña le llenó un buen vaso de infusión de poleo con unas cucharadas de miel, se lo dio y le dijo:
- Ya verás qué bueno está y lo bien que te sienta.
Y el soldado preguntó:
- ¿Este es el jardín de la princesa de la Alhambra?
- Es su jardín y yo soy la encargada de cuidarlo. ¿Has visto tú alguna vez un jardín tan original como éste?
- Nunca ni en ningún lado. Ni tampoco nunca vi que una persona como tú, tu padre y madre, ofrecieran gratis infusiones de plantas de la montaña en la puerta de su casa, al aire libre y frente a la Alhambra.
- ¿Te parece interesante?
- Creo que es lo más interesante que por aquí nadie nunca hizo. En cuanto regrese a la Alhambra y me encuentre con los compañeros, le voy a contar todo esto. Pero antes ¿me permites un consejo?
- ¿Qué consejo?

- Que por estas ricas bebidas de plantas aromáticas que aquí ofreces, cobres algunas monedas a lo que vengan.
- Bueno, ya veremos.

Y al día siguiente, al otro y en los que siguieron, empezaron a llegar personas a la puerta de la bonita casa de la amiga de la princesa. Todos decían:
- Nos han hablado de esto que aquí ofreces y hemos venido a verlo con nuestros propios ojos y a probar tus tesoros.
- Pues habéis hecho bien. Y como regalo, después de tomaros una infusión de plantas silvestres con miel de romero, os enseñaré el bonito huerto jardín de la princesa. Lo hemos sembrado y lo cuidamos mi padre y yo.
Y las personas, todos los que de un lado y otro llegaban, después de saborear las bebidas de plantas de la montaña, recorrían los paseos del jardín de la princesa. Y mientras caminaban guiadas por la niña y luego cuando ya se iban, comentaban:
- Este pequeño huerto y jardín de la princesa, es mucho más original y bello que los que hay en los palacios de la Alhambra. Y las infusiones de plantas silvestres de las montañas, son más sabrosas y sientan mejor que el té que beben en esos palacios.
- ¡Y que lo digas!

Cuando a los pocos días la noticia llegó a oídos de la princesa, ésta salió de los palacios y a prisa subió a las tierras de su jardín. Al llegar vio a la niña sentada en la puerta de su casa, con las mesas repletas de tarros de barro cocido y todos llenos de bebidas aromáticas. Al ver la niña a su amiga la princesa, enseguida le salió al encuentro y le dijo:
- Te estaba esperando.
- Y yo vengo para que me expliques qué es lo que por aquí está pasando.
- ¿Es que ocurre algo grave?
- Todos los días, a todas horas, por todos sitios y muchas personas, hablan y hablan de este jardín mío.
- ¿Qué cosas malas dicen, princesa?
- No dicen cosas malas sino buenas y todos se asombran que en este rincón de la colina de la Alhambra, exista un jardín como el mío y con un perfume tan especial. Y de lo que más se asombran unos y otros, es de las bebidas que aquí en tu casa regalas.
- Princesa, yo lo hago para que todos se admiren de tu jardín y para que con sus propios ojos vean que con las plantas naturales que crecen en las montañas que rodean a la Alhambra, se puede crear un paraíso único en el mundo. Y que en este jardín, se puede disfrutar de olores y sabores como no hay otros en toda la tierra. Y ya verás tú cuando los cerezos, granados, almendros, nogueras y avellanos den sus frutos. Yo quiero que tu jardín sea lo más especial que nunca se haya visto y realizado en esta colina de la Alhambra.

Y la princesa, agradeció a su amiga y al padre de ésta, la inteligencia y cariño que cada día ponían en las tierras de su huerto jardín. Durante mucho, mucho tiempo y mientras en la Alhambra reyes y soldados organizaban y participaban en guerras y batallas, el jardín de la princesa

crecía y daba flores y era envidia de todos los que lo visitaban y conocían. Hasta que un día la princesa, ya mayor y casada pero no reina, tuvo que irse de la Alhambra. Murió el padre de la niña y también la madre y, ésta, fue echada de las tierras del jardín huerto y de su pequeña casa. Poco a poco todo por ahí fue muriendo y desaparecieron las plantas, árboles y acequias. Hoy, muchos, muchos años después, el lugar lo han convertido en aparcamientos para los coches de las personas que visitan la Alhambra y en biblioteca y archivo histórico. Pero nadie sabe ni en ningún lugar se recoge la historia de este maravilloso jardín ni de la princesa y su amiga. Así es la vida y así son y suceden las cosas en este mundo.

Epílogo

Estas son algunas de las propiedades que tienen las plantas que la amiga de la princesa sembró y cultivó y luego regalaba en infusiones. Romero. Reduce o previene la caída del cabello, ya que mejora la llegada de sangre al bulbo piloso. Disminuye la tensión arterial, ya que fluidifica la sangre, mejorando la circulación sanguínea. Adelgaza y aumenta la actividad celular, reduce el tejido graso y disminuye la hinchazón abdominal causada por exceso de flatulencias. Actúa sobre el sistema nervioso, brindando una acción calmante. Reduce el dolor de cabeza. Previene el mal aliento. Ayuda a mejorar estados anémicos. Disminuye los síntomas de la tos y el catarro.

Tomillo. Es una hierba que, además de tener gran capacidad astringente, es muy buena para combatir bacterias y otros problemas que puedan aparecer en la **boca** y garganta incluidos dolores de la misma. Tiene buenas cualidades **antisépticas** y esto nunca viene mal para combatir cualquier microorganismo que se haya depositado en la boca. Por esto mismo, no tienes más que preparar este **remedio casero,** bastante sencillo y con ingredientes que se consiguen con facilidad.

Mejorana. Por sus propiedades aperitivas es muy útil para tratar casos de inapetencia o para estimular el apetito previo a las comidas. La mejorana posee propiedades sedantes, por lo cual se recomienda su consumo en casos de trastornos del sueño o insomnio. Además, es muy útil para personas que sufren de nerviosismo y ansiedad. En estos casos se recomienda beber una infusión de mejorana. La planta de la mejorana posee propiedades antiespasmódicas, ya que actúa favoreciendo la relajación del músculo liso, siendo muy útil para tratar casos de diarreas y cólicos estomacales. La mejorana se utiliza como antibacteriana de uso urológico, siendo muy recomendado su consumo para tratar infecciones urinarias.

Poleo. Como expectorante, la menta poleo actúa estimulando la eliminación de secreciones acumuladas en los pulmones, siendo útil su aplicación en casos de bronquitis, además está totalmente recomendado su consumo para casos de resfriados que afecten a la garganta. Como carminativo, la menta poleo actúa favoreciendo la eliminación de gases acumulados en el tubo digestivo, resultando muy útil para tratar casos de flatulencias y meteorismo. Debido a las propiedades sedantes de la menta poleo, es muy bueno su consumo mediante infusión para tratar casos de nerviosismo, también situaciones de ansiedad y problemas para dormir. Otras

propiedades medicinales de la menta poleo son: Antipirética: debido a su composición, la menta poleo es útil para tratar resfriados que presenten fiebre. Antiséptica. Indicada para limpiar heridas, previniendo de esta manera que se infecten. Cicatrizante: en aplicación externa, la menta poleo tiene propiedades que estimulan la cicatrización, siendo muy recomendada para tratar heridas o cortes.

El poeta del Generalife

"Si uno no encuentra la manera y tiene la posibilidad de expresar su interior, la propia vida queda empobrecida. Porque lo material, la rutina de cada día en el trabajo, las preocupaciones y las luchas, no realizan por completo si el alma y el corazón no puede vivir su yo más personal".

Así pensaba el hombre y, de la mejor manera que sabía, vivía de acuerdo a estas realidades. Procurando en todo momento realizar lo mejor posible el trabajo que tenía entre manos. Pero, al mismo tiempo, procurando expresar sus sentimientos, sueños y fantasías, casi siempre a escondidas. Lo habían contratado para un trabajo en las tierras de las huertas del Generalife. Y en ese mismo instante, el jefe principal, le dijo:
- Tienes que labrar las tierras, sembrar las plantas, regalarlas y quitar las malas hierbas, podar los árboles, recoger las cosechas de hortalizas y frutas, prepararlas y llevarlas puntual a los palacios de la Alhambra. En esto consiste tu trabajo y debes hacerlo con diligencia y poniendo en ello tu yo entero.
Y el hombre respondió:
- Seré fiel y llevaré a acabo con sincera entrega y dignidad, el deber que se me está encomendando.

Y desde ese mismo momento, se dedicó y empleó todo el tiempo e realizar este trabajo. Con gusto, además, porque era un gran enamorado de las plantas, de las flores en las ramas de los árboles, de las avecillas por entre los jardines construyendo sus nidos y de las cascadas de aguas claras que relucían en las acequias al darle el sol de las mañanas. Por eso, de vez en cuando y después de realizar a la perfección su trabajo, se paraba a respirar el aire que subía del río Darro, mientras contemplaba el agua llevándose las hojas y tallos de hierba a la vez que empapaba y refrescaba la tierra. Le decía a sus compañeros:
- Contemplar estas cosas en silencio y meditarlas, llenan más y alimentan mejor que las frutas y aquello que se compra con dinero.
- ¡Tonterías tuyas! Debes dejarte de romanticismos y dedicarte plenamente al trabajo que te han encomendado.
- Cumplo continuamente con mis obligaciones y en los momentos de respiro o minutos de descanso, tengo derecho a sentir y expresar lo que me guste.
- Pues un día, este romanticismo tuyo te traerá problemas.

Y el hombre sentía miedo al tiempo que para sí se decía: "Si Dios me ha hecho de esta manera ¿por qué no voy yo a gozar los dones que me ha regalado?" Pero un compañero de la huerta de arriba, lo tenía vigilado. Desde el primer día que el hombre llegó a las huertas, lo controlaba y en

cuanto veía en él algo que no cuadraba con lo que siempre había hecho y pensado, iba al jefe y le decía:
- El otro día, se llevó el agua de la acequia por donde nunca antes ha ido y la otra tarde, miraba la puesta de sol mientras en la tierra escribía versos. Debe usted hacer algo y darle un escarmiento. En este trabajo no hacen falta ni románticos ni poetas.
Y el jefa callaba pero a escondidas observaba. No descubría en él ningún comportamiento que le quitara tiempo y esfuerzo en el trabajo que se le había encomendado. Al contrario, cada día iba notando que las cosas que hacía las realizaba perfectamente y con matices y detalles exquisitos.

Unos años atrás, descargó una gran tormenta por estas tierras de las huertas. Un rayo cayó en la higuera más grande y la rompió por completo. Solo quedó como un metro de su tronco que nadie cortó por si de nuevo brotaba y echaba ramas. No brotó aquel año ni al siguiente ni a los que siguieron. Pero una tarde, el compañero malo, cortó unos tallos de otra higuera y, sin que lo vieran, fue y los puso junto al tronco seco de la higuera rota por el rayo. Esperó escondido y al poco vio que el hombre que escribía versos en la tierra, se acercó al tronco seco y con un hacha, dio unos golpes a la madera seca y casi podrida. Desde la parte alta, el compañero malo dio voces y dijo:
- ¿Qué, cortando los nuevos tallos que este año ha dado la vieja higuera?

Sorprendido miró el hombre de los versos al compañero malo y muy enfadado le dijo:
- Deja de perseguirme porque un día tendrás problemas.
- ¿Qué problemas voy a tener?
- Yo nunca voy al jefe a contarle cosas tuyas ni de nadie y tú, desde que vine por aquí, no dejas de hablar mal de mí.
- Es que eres un romántico sentimental y eso no me gusta a mí. Aquí todos hemos venido a labrar y regar las tierras y no a escribir versos en el suelo o contemplar puestas de sol. En cuanto venga el jefe le diré que acabas de cortar los tallos nuevos que le habían brotado al tronco seco de la higuera del rayo.
Y el hombre se llenó de amargura y tuvo miedo.

Tres días más tarde, el jefe lo llamó y le dijo:
- Quedas despedido.
- ¿Qué mal he hecho?
- El tronco de la higuera del rayo, estaba echando brotes nuevos y tú se los has cortado. Debería meterte en la cárcel por eso pero solo te despido de tu trabajo y te pido que no vuelvas nunca más por aquí. Desde ahora mismo te prohíbo pisar estas tierras, jardines y recintos de las murallas y palacios.
Y el hombre de los versos, no quiso ni suplicar ni dialogar y exponer para aclarar las cosas. Sí a punto estuvo de gritar o llorar por la rabia contenida pero agachó su cabeza, dejó las herramientas de labranza junto a unas piedras y comenzó a irse por una vereda en la ladera hacia el río Darro. Al verlo el que hasta ese momento había sido su compañero y enemigo, le dijo:

- Desde ahora tienes todo el tiempo del mundo para escribir tus versos, contemplar las estrellas y expresar tus sueños. Hoy, yo no soy el que tiene un gran problema.
Tampoco dijo nada a este hombre y sí continuó bajando por la senda dirección al barrio del Albaicín. Se ponía el sol y sus dorados rayos, incidían en las torres y murallas de la Alhambra. También por lo hondo, saltaban las aguas del río Darro y el Albaicín al frente y sobre la colina, parecía mirarlo mudo.

Nunca más se le vio por las huertas del Generalife ni tampoco nadie lo vio escribiendo versos en el suelo o contemplando las puestas del sol al fondo de la Vega de Granada. Sí el compañero malo, cuando hablaba con los otros hortelanos, seguía diciendo:
- Escribir versos en el suelo y contemplar las puestas de sol en Granada… ¡Como si eso sirviera para algo!

El padre y los dos hijos

La madre murió cuando todavía ellos eran pequeños. El padre se quedó al cuidado de los dos y los vecinos del barrio, cada día le decían:
- Ninguno de nosotros somos ricos pero para ti y para tus hijos, aunque nosotros pasemos hambre, siempre tendremos un trozo de pan.
Se lo agradecía el hombre y, a cambio, siempre que podía regalaba a unos y a otros, un haz de leña y le decía:
- Para que os calentéis cuando el frío llegue o para preparar comidas con los productos tan buenos que salen de vuestros huertos.
- No debes molestare en ofrecernos a nosotros estos regalos. Lo que te damos para tus niños, es porque nos sale del corazón y nada pedimos a cambio.

Los dos niños, ella y él, vivían con el padre al lado norte del Albaicín, un poco antes de lo que hoy se conoce como la ladera de San Miguel Alto. En una casa muy pequeña, con dos ventanas nada más y solo una puerta. Sí desde su casa se veía perfectamente la hermosa colina de la Alhambra, con todas las murallas, torres y palacios. Y los niños, según iban creciendo, cada día miraban y miraban la misteriosa figura de tierra roja y torres altas de este palacio. Le preguntaban al padre:
- Aquello por dentro debe ser fantástico. ¿Algún día nos llevarás a verlo?
Y el padre les decía:
- Aunque os lleve a verlo quizá no podamos entrar porque nosotros somos pobres y sin cultura y allí, todas las personas que hay, son reyes, príncipes y princesas.
Y ellos se quedaban pensativos, mirando para la colina y soñando. Crecían sanos y fuertes “los dos hermanos”, que era como lo llamaban en el barrio y el padre de esto se sentía orgulloso. Y en cuanto ya fueron algo mayores, siete u ocho años, el padre se los llevaba cada día con él a las montañas. Para que no se quedaran solos ni en la casa ni en el barrio y para que les ayudaran y fueran aprendiendo a recoger ramas secas para traerlas al barrio y venderla. Era de este trabajo de lo que vivían y aunque no sacaban mucho

dinero, sí tenían lo suficiente para ir tirando, con la ayuda de los vecinos. Y de los dos hermanos, la pequeña, todos decían que era la más buena.
- Es alegre como un cascabel, su corazón rezuma oro puro y su forma de ser, dulce como un ángel.
Decían los vecinos.

Quizá por esto o quizá por los buenos comportamientos y palabras amables que siempre habían visto y oído a los vecinos, cuando los dos hermanos acompañaban al padre a las montañas en busca de leña, ella siempre decía:
- A mí me dejáis sola que yo me las apaño. Así no molesto a nadie y aprendo las cosas. Y si algo no me sale bien, lo haré de nuevo para aprender mejor.
Y el padre la dejaba sola, siempre con un ojo puesto en ella no fuera a pasarle algo. Pero la chiquilla, vivaracha y lista como el hambre, se metía por el monte, buscaba las ramas secas de arbustos y árboles, las amontonaban en algún lugar concreto y cuando ya creía que tenía bastantes, le pedía al hermano que la ayudara a sujetarlas con la cuerda de esparto. Le ayudaba el hermano, luego ella hacía lo mismo con él y con el padre y en cuanto tenían los haces preparados, los tres se ponían en camino para regresar al barrio. Cada uno con su haz de leña acuestas, aunque los dos de los hermanos eran pequeños. El padre nunca los dejaba que cargaran con mucho peso por miedo a que se hicieran daño. Y por eso ella siempre protestaba diciendo:
- Nunca me dejas que haga las cosas como a mí me guste. Ya no soy tan chica y tengo fuerzas.

Los vecinos del barrio, siempre estaban atentos y en cuanto los veían asomar por el camino con las cargas de leña seca, alguno le salía al encuentro y les ayudaban. Especialmente una mujer algo mayor que tenía su casa cerca de la de los niños. Y como el comportamiento de esta mujer, en todos los momentos y con la aprobación del padre, era humano y respetuoso, los dos hermanos ya le habían tomado mucho cariño. Por eso con frecuencia comentaban con el padre:
- Siempre nos trata con amabilidad y respeto. Y su voz es dulce como la caricia del viento. ¿Por qué se comporta así con nosotros?
- Ella es inteligente y su corazón está lleno de amor para con los demás. Sabe que lo único realmente importante y que no desaparece nunca aunque pase mucho tiempo, es practicar la bondad para con todos los que nos rodean. Así que aprender vosotros de esta vecina nuestra.
Y tanto la pequeña como el hermano fueron también poco a poco alimentando en sus corazones el gusto y respeto por los demás y las cosas que cada vivían.

Y un día muy caluroso de verano, el padre y los dos hijos, a primera hora salieron del barrio. Surcaron los caminos dirección a las montañas en las partes altas del río Darro y llegaron a los bosques. Las chicharras cantaban con más fuerza que otros días, el viento apenas se movía, el bochorno se hacía pesado y por el cielo se veían algunas nubes. A primera hora se alzaban por el lado de las cumbres de Sierra Nevada. Dijo el padre a los niños:

- Démonos prisa y recojamos pronto la leña que necesitamos. Según estoy viendo ahora mismo en el cielo, esta tarde pueden aparecer las tormentas.
Se pusieron a buscar ramas secas y troncos no muy gruesos y los iban amontonando en un rasete del monte. Otra vez dijo al padre a los niños:
- Si llueve abundante ahora en este mes de agosto, en cuanto llegue el otoño, nacerán las setas. Todos estos bosques se llenaran de abundantes y ricos hongos.
Y enseguida comentó la pequeña:
- ¡Qué bien! Así disfrutaré mucho recogiendo setas por estos bosques para regalárselas luego a nuestra amiga la vecina. Varías veces ya me ha dicho que a ella les gustan mucho.
- Eso será algo muy bueno.
Confirmó el padre.

Y justo en este momento, se oyó el crujido de un trueno. Al lado derecho de las montañas pero no muy lejos. Se aplicaron ellos y más aprisa prepararon los haces de leña para ponerse en camino y regresar antes de que la tormenta les cogiera. Pero la tormenta se abrió y extendió rápida como un rayo. Los truenos se repetían cada vez más cerca, en lo alto y por los lados, acompañados de viento y relámpagos. Y la lluvia no tardó en aparecer. En un abrir y cerrar de ojos, todo el monte, laderas y valles de las montañas, se velaron con la densa cortina blancuzca que descendía de las nubes como en forma de cascadas. Corrieron y se refugiaron ellos en la covacha que formaba una roca grande y, frente al amplio valle del río Darro, con la colina de la Alhambra muy al fondo y como entre brumas, esperaron pacientes a que la tormenta pasara.

Hora y media después, la lluvia paró, las nubes se abrieron y todo el paisaje parecía emerger como de un sueño. Animó el padre a los niños, cargaron con sus haces de leña, bajaron para el valle y al llegar al río, el Darro en su tramo de montaña, vieron que bajaba muy crecido.
- No podremos pasarlo.
Dijo la pequeña frente a la impetuosa corriente de agua color chocolate, llena de ramas y piedras.
- Vamos a buscar un paso y lo cruzamos con cuidado.
Los tres se prepararon para buscar un paso en la corriente y al poco, apareció frente a ellos la figura de una mujer. Tenía la cara tapada, parecía joven y sin rodeos, se puso delante de ellos y les dijo:
- Venid conmigo que os voy a indicar por donde cruzar esta impetuosa corriente.
Sin miedo la siguieron, sintiendo como si la conociera de toda la vida.

Y descubrieron que la mujer, siguiendo una estrecha sendilla, se aproximó a una curva del río, atravesó una pequeña playa de arena y se acercó a una torrentera. Alzó la mano y les dijo:
- Entrar por esa cueva y caminar sin miedo. Podréis de este modo cruzar la corriente del río sin ningún problema.
Como el padre hacía caso a todo cuanto la mujer les decía, caminó decidido y los hijos le siguieron. Entraron por la cueva que se veía en la torrentera y

caminaron. Y al poco comprobaron que, cuanto más avanzaban por la galería, la claridad se intensificaba. Llena de curiosidad preguntó la pequeña:
- ¿De dónde viene esta luz y este aire tan suave y con olor a rosas frescas?
- No lo sé.
Dijo el padre, sin dejar de caminar delante.

Y durante un buen rato, no pararon. Hasta que de pronto, según iban avanzando por la cueva en forma de túnel, vieron una luz aun mucho más brillante. Siguieron avanzando y al poco apareció frente a ellos las torres y murallas de la Alhambra, la ciudad de Granada al fondo esturreada por la Vega y el barrio del Albaicín a la derecha. Reluciente todo porque estaba recién lavado por la lluvia de la tormenta y también iluminada por los rayos del sol que por entre las nubes ahora aparecían. Y estaban asombrados por lo que antes sus ojos aparecía cuando, desde el lado de la izquierda, apareció frente a ellos un hermoso joven montado en un robusto caballo blanco. Se les acercó y les dijo:
- No tengáis miedo. Soy el príncipe de la Alhambra que vengo a recibiros.
Y enseguida la pequeña preguntó:
- ¿Por qué nos recibes tú y de este modo?
- Te conozco a ti, a tu hermano y a tu padre y sé todo de vuestra vida y las cosas que lleváis en el corazón.
- ¿Y para qué nos recibes? ¿Acaso hemos hecho algo malo y vas a cogernos presos?

Desde lo alto de su caballo, muy decidido el joven aclaró:
- De vosotros, de tu padre y de ti en especial, lo único que tengo es admiración. No voy a cogeros prisioneros sino todo lo contrario: como todo el mundo me habla bien de vosotros, quiero que viváis en estos palacios y que tú seas amiga de las princesas, para jugar con ellas y aprender cosas. Dentro de poco, seré rey y desde ahora mismo me siento orgulloso de tener en los territorios de mi reino personas tan nobles y buenos como vosotros.

Puso el joven su caballo en marcha hacia los palacios de la Alhambra y el padre y los hijos lo siguieron. Muy quedamente la niña preguntó al padre:
- ¿Sabes tú quien es la mujer que nos ha mostrado la cueva que hemos recorrido?
El hermano aclaró:
- Yo creo que es la vecina que nos quiere tanto.
Y el padre dijo:
- También yo creo que puede ser vuestra madre que ha bajado del cielo para ayudarnos. Ella era hermosa y buena con ninguna y por eso, a su manera y desde donde esté, nos ve y acude a nuestro lado para ayudarnos.

Nota: Desde tiempos lejanos y aun hoy en día, muchas personas piensan que en la Alhambra, existen galerías subterráneas en todas las direcciones. Pasadizos que horadan las montañas que rodean a estos palacios, bajan al río Darro y suben al barrio del Albaicín.

Las encinas del río Darro

Ella llegó y, en el banco de piedra, se sentó a su lado. Esperó unos segundos y luego le preguntó:

- Con solo verme y sentirme junto a ti ¿qué ocurre en tu corazón?

Y al instante él le dijo:

- Mi corazón se llena de paz y siento como si todo cuanto existe en este mundo, fuera irrelevante. Con solo verte y tenerte a mi lado, soy feliz plenamente.

Pero, una fresca mañana de julio, el rey lo llamó y le dijo:

- Cuando todavía eras pequeño y vagabas por el mundo sin casa ni comida ni padres, te acogimos en estos palacios. Un día te pedí que a cambio de techo y alimentos, nos compensaras con tu trabajo. Desde entonces has ido cumpliendo mediocremente, mal cuidando las plantas de los jardines, cultivando pobremente las huertas y creando conflictos con tus compañeros. Con este historial ¿qué futuro sueñas y qué esperas de mí?

Y sin dudarlo dijo al rey:

- Sabe su majestad que hace tiempo, sembré tres encinas junto al río. Las cuido con esmero cada día para que crezcan sanas y fuertes.

- Nadie en estos palacios y menos yo, te hemos pedido que hagas esto. Es tu proyecto personal.

- Lo tengo claro y sé bien que es mi sueño particular. Pero pienso que un día estas tres encinas, serán grandes árboles que darán frutos y sombras y quizá ennoblezcan y sean el orgullo de su vida. Un símbolo único que proclamará la memoria de su majestad a lo largo de los siglos. Porque yo creo que la felicidad consiste en la realización de estos pequeños sueños. Con ello, con el cultivo y cuidado de estas encinas ¿qué mal hago a nadie?

- Escusas para no reconocer que dedicas parte de tu vida y tiempo a satisfacer tus propios caprichos. Ahora vete y ya te diré algo dentro de unos días.

Y desde aquel momento, la cama que ocupaba en los recintos de la Alhambra, el aire que respiraba, los jardines que cuidaba y la princesa de sus sueños, comenzó a ser su sufrimiento. Se decía: “Me siento proscrito. Como si todo cuanto por aquí hiciera o pensara, estuviera al margen de lo aprobado”. Y su corazón se llenaba de tristeza. Siguió manteniendo vivo su interés por las tres encinas porque las sentía como la obra que daba sentido a su vida pero siempre con sentimientos de culpa y lleno de miedo por lo que el futuro algún día pudiera depararle.

Un día, cuando el único consuelo y razón de su vida se sentó junto a él, le confesó:

- Si por algún motivo algún día desaparecieras de mi vida y me prohibieran cuidar de mis tres encinas, me moriré de pena.

- Lo vengo intuyendo desde hace algún tiempo pero nada puedo hacer para evitarlo.

Y aquel mismo día, el rey lo llamó de nuevo y le dijo:

- Ya lo he pensado. Ningún castigo voy a imponerte por tu escasa entrega al cuidado de las cosas que se te han encargado en estos palacios. Pero a cambio, tienes que elegir entre dos cosas que voy a proponerte.

- ¿Qué cosas son, majestad?
- Debes elegir entre irte al mundo de donde te recogimos cuando eras pequeño, donde te vas a encontrar sin techo, sin comida y sin familia o aceptar un trabajo en la ciudad de la lejanía. Allí necesitamos a una persona para limpiar los establos de las caballerías.
Y el hombre preguntó:
- ¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?
- Solo tres días.

Y aquella misma tarde, se le vio sentado triste y muy pensativo, en las murallas de la Alhambra. Miraba al río, pensaba en sus tres encinas, la pequeña obra que había realizado a lo largo de su vida y miraba a la ciudad. Pensando en ella, se decía: "Si elijo irme al mundo de fuera, ya no tengo fuerzas ni sé cómo adaptarme para lograr vivir. Y si elijo irme a la ciudad de la lejanía, allí me moriré de pena, realizando aquel trabajo y viviendo la pérdida de mis encinas y la que alimenta mi corazón cada tarde". Tuvo un sueño aquella noche y se vio como en brazos de un ángel que, surcando el aire río arriba desde el corazón de Granada hacia las altas montañas, se lo llevaba en compañía de la que amaba su corazón.

Pero al día siguiente cuando amaneció, muchos del barrio del Albaicín y de Granada, pudieron ver que las tres encinas del río, estaban tronchadas. Partidos sus troncos por la mitad y sus ramas esparcidas por el suelo. A él no lo vieron ni aquel día ni al siguiente ni nunca. Ella sí siguió apareciendo cada mañana y tarde, caminando por entre los jardines de la Alhambra y tampoco nadie supo si lo echaba de menos o lo lloraba. Sí algunas personas comentaron:
- ¡Es lástima que hayan roto estas tres encinas! Eran hermosas y tenían vida propia. Una lozanía como nunca tuvo por aquí ningún otro árbol. Si las hubieran dejado y él hubiera seguido cuidándolas, quizá con el tiempo habrían sido majestuosas. Tan importantes y más que los mismos muros de la Alhambra y los reyes que la habitan.

El jardín del río

A veces parece que lo importante es el presente. Que lo que ahora mismo vivimos y vemos, son cosas substanciales y más valiosas que las que hubo y fueron en otros tiempos. Pero es cierto que en muchas ocasiones, el pasado permanece con más fuerza, luz y eternidad que todo el amplio mundo presente.

Y digo esto porque así es como se le ve a través de las invisibles y múltiples cortinas del tiempo. Jugando todavía en su espacio pequeño, manteniendo viva la ilusión y brillando con fuerza su paraíso único. El agua sigue corriendo por la pequeña acequia, saltando por la cascada que construyó con piedras del río, remansándose en el alargado charco y regando luego su trocito de tierra. En él, tenía sembrado un par de árboles, algunas hortalizas que el padre le regalaba de su huerto, unos cuantos rosales e hierbas aromáticas: poleo, perejil, orégano, hierbabuena, albahaca…

Y era tan feliz y tenía tanto en tan poco espacio, que se deshacía en deseos de compartirlo con los amigos. Al padre, cuando éste trabajaba en el huerto, regando las plantas, cavando la tierra o quitando las malas hierbas, continuamente le decía:
- Mañana al salir el sol, tienes que venirte conmigo a mi cascada de juguete.
- ¿Y para qué quieres que me vaya contigo a ese sitio?
- Tengo yo ahí un secreto que nadie me ha regalado porque lo he tallado con mis propias manos, que quiero compartir contigo.
- Pues una de estas mañanas, al salir el sol, te acompaño y compartes conmigo tu secreto.

Satisfecha ella, se alejaba del padre, se iba a la parte alta de su mundo pequeño y con piedras de distintos colores y tamaños, construía un palacio, con muchas torres, murallas y jardines. Y luego, desde la acequia principal, trazaba una reguerilla de juguete, dejaba que condujera el hililllo de agua y la iba llevando hasta su hermoso palacio. Miraba y soñaba mientras contemplaba el agua extenderse por entre sus jardines de fantasía y cuando veía que algo se le inundaba, se decía: "No puedo dejar que se aneguen estas tierras porque si no me quedaré sin jardín, sin huerto y sin plantas". Y corría a desviar el agua de la acequia en miniatura.

Pasó el tiempo. Toda la primavera y una mañana brillante de verano, el padre le dijo:
- Ahora mismo me voy contigo a tu cascada pequeña para estar ahí presente en el momento de la salida del sol.
Cogió ella al padre de la mano, lo llevó frente a la pequeña cascada y mientras el sol iba saliendo, le dijo:
- Aquellas torres blancas, patios y murallas que ves en la parte alta, es mi Alhambra de juguete. Y estos jardines, albercas y lagos, son los paisajes que la ornamentan.
- ¿Y la cascada y las fuentes?
- Son los surtidores de agua que decoran a esta Alhambra mía de juguete. Ponte aquí de espaldas al sol y observa despacio lo que dentro de un momento aparecerá en esta fuente de la derecha.

Salió el sol y sus brillantes rayos incidieron en el agua clara de la pequeña cascada y de la fuente. Y como todo era tan puro, transparente y a la vez pequeño, el rincón pareció transformase en un cielo en miniatura por completo mágico. Al fondo se veía la Alhambra sobre su colina, la umbría cayendo para el valle, el cauce del río Darro y las blancas casas del Albaicín, con las laderas llenas de cuevas. Le dijo el padre:
- Como este sueño tuyo no hay nada más hermoso en este mundo.
Y ella se sintió feliz. La más feliz de cuantas criaturas ha existido nunca.

Y hoy yo pienso que, por la inocencia de su corazón y belleza de su alma, el tiempo la ha mantenido viva y llena de fuerza. Como si fuera mucho más importante que todo el gran presente, el ancho mundo y los mil acontecimientos que vivimos en estos momentos. Cuando se camina por la orilla del río Darro, a la altura de Valparaíso y Fuente del Avellano, si se va

con el corazón abierto y se mira con los ojos del alma, esto es lo que se ve y se siente.

La estatuilla de oro

Desde las montañas donde nace, el río Darro siempre ha arrastrado muchas piedras. También tierra y árboles pero, a lo largo de todo su recorrido, lo que más las aguas han arrastrado han sido y son piedras. Algunas muy grandes y otras, miles y miles de ellas, pequeñas. Por eso la corriente y a lo largo del tiempo, ha ido dejando playas de arena, montones de grava y piedras redondas, chatas y alargadas.

A él, una de las cosas que más le gustaba, era venirse al río a mirar y jugar con la corriente. Y siempre lo hacía justo por donde ahora se alza el Puente del Aljibillo. Por ahí el río tenía y aun sigue teniendo, muchas piedras en todos los tamaños. En algunas de estas piedras, al borde de las aguas, se sentaba y mientras miraba a la corriente y remojaba sus pies, iba cogiendo las piedras de la orilla, las tiraba al charco y de este modo se divertía. Los amigos, cuando lo veían, con frecuencia le preguntaban:
- ¿Es que estás buscando algún tesoro?
- No busco tesoro alguno.
- Entonces ¿para qué buscas, levantas y tiras a la corriente tantas piedras?
- Simplemente me entretengo, porque me gusta, en este juego. Me divierto y medito cosas a mi manera.
- ¿Y por qué no buscas oro y así no desperdicias sin fruto ninguno tanto tiempo? A lo mejor tienes suerte y encuentras tanto, que te haces rico.

Y a partir de aquel momento, cada vez que cogía una piedra para luego tirarla a la corriente, miraba por si aparecía alguna pepita de oro. Aunque los padres le habían dicho:
- Que el oro del río Darro, fue en otros tiempos. Ahora ya no queda por aquí ni un gramo.
Él soñaba que en algún momento podría encontrar ese gramo. Se decía: "¿Por qué no podría sonreírme la suerte?" Y cogía también pequeños puñados de arena, metía su mano en las aguas, dejaba que la corriente lavara la tierra y arena más fina y miraba buscando encontrar el oro que soñaba. "Si aun todavía queda un gramo ¿por qué no podría yo encontrarlo?"

Y sucedió que una tarde, al levantar una piedra para tirarla a la corriente, vio algo que relucía. Se agachó enseguida, cogió la pieza, la metió en el agua para lavarla y al instante descubrió que era como una pequeña estatuilla de oro. Dos leones acostados que miraban como si esperaran algo. Al momento dejó de tirar piedras a la corriente, subió por las calles del barrio, llegó a su casa y dijo a sus padres:
- ¡Ya soy rico! Acabo de encontrarme el gramo de oro que tú decías que aun quedaba en el río Darro.
Observaron los padres la pieza brillante y también dijeron:
- Esto es mucho más que unos gramos de oro. Tiene pinta de ser un tesoro inmenso.

Enseguida escondieron la pieza en un rincón de la casa, al día siguiente el padre le comentó lo del hallazgo a un amigo y éste se lo dijo a un hombre rico, interesado en piezas antiguas y valiosas.
- Quiero ver esa pieza y si me gusta y tiene valor, se la compro a tu amigo.
Dijo el hombre rico. Llamaron al joven, éste le mostró la pieza al coleccionista y sin tardar, el hombre rico dijo:
- Parece de oro y del bueno. Voy a comprártela por una muy grande cantidad de dinero pero antes, quiero que respondas a una pregunta y también haremos una prueba para saber la clase de oro con que está fabricada esta pieza. ¿Aceptas?
- Pues lo que usted quiera.
Dijo el joven al coleccionista.
- ¿Qué es lo que quiere preguntarme?
- Algo muy sencillo. Si te compro esta pieza de oro y te doy mucho dinero por ella ¿Qué harás con tanta riqueza?
- Una cosa sí tengo muy claro: no volveré más al río a coger piedras para tirarlas a la corriente.
- Ya has respondido a la pregunta. Ahora tenemos que hacer la prueba para descubrir si el oro de esta pieza es bueno.

Cogió el hombre la pieza en sus manos, la levantó hasta la altura de su cabeza, abrió las manos y la dejó caer. Y al golpear contra el suelo, la estatuilla se rompió en mil pedazos. Asombrados se quedaron los allí presente y el joven dijo:
- Mi estatuilla de oro fino se ha desmoronado ¿por qué ha sido?
Y el hombre rico comentó:
- Si esta estatuilla hubiera sido de oro fino, ahora tú serías rico. Pero ¿no crees que es mucho más divertido, la mayor fortuna del mundo y la que hace feliz por completo, sentarse al borde de las aguas y mirarlas mientras coges piedras y las tiras al río?
Y el joven no supo qué responder.

Hoy en día, cuando uno se sienta en el Puente del Aljibillo, frente a la Alhambra y mira despacio a la corriente, a veces parece como si todavía estuviera él por ahí tirando piedras a las aguas. Como si para la eternidad, se hubiera convertido en el sueño que soñaba cuando jugaba con las aguas y piedras del río.

El sueño más bello

Nunca se lo decía a nadie porque era pequeña y aun no sabía de qué modo expresar lo que soñaba. Pero aun a su corta edad, muchas veces le parecía que el mundo en general y las personas en particular, eran y somos aburridos. En su pequeño corazón intuía que no es ni la cantidad ni los lugares ni las personas en sí, lo que realmente sacia, hace feliz y eleva, sino la calidad de las cosas y la capacidad que tengamos de soñar.

La conocían en el barrio con el sobrenombre de “La Soñadora”. Vivía en las partes altas del lugar y siempre se le veía, junto con un pequeño grupo

de niños de su misma edad, jugando por todos los rincones de lo que hoy es el barrio del Albaicín. Por donde se encuentra Plaza Larga, por donde se abre el Mirador de San Nicolás, por las estrechas calles que hay un poco más abajo y por las partes altas. Pero ellos, el grupo de cuatro niños, por donde más les gustaba jugar era por las laderas frente a lo que hoy es la umbría del Generalife. Cerca del río pero algo elevado y desde donde se veían los mil pequeños huertos, las veredas que iban de un lado a otro y las casas más o menos por aquí dispersas.

Y ella, la única niña en el grupo de los cuatro amigos, el sitio que con mucha frecuencia escogía para sus juegos y soñar, era el pequeño mirador natural. Donde unas rocas se clavaban en la ladera y por la parte de arriba había una pequeña llanura que servía para sentarse. Cuando los amigos le preguntaban:
- No sabemos por qué te gusta tanto el mirador del río, que es como lo llamas tú. ¿Se ve desde ahí algo diferente a lo que siempre por aquí vemos?
Ella siempre respondía:
- Es que vosotros no habéis visto nunca lo que yo desde ahí sí veo. Claro que se ve algo maravilloso que nunca nadie ha encontrado por otro lado.
- ¿Y qué es lo que ves?
- Cuando queráis os venís conmigo y os lo enseño.
- Pues un día de estos vamos a irnos contigo a ese tu mirador preferido y nos lo muestras.
- De acuerdo.
Confirmaba la pequeña.

Y a partir de aquel día, los cuatro amigos, empezaron a organizar sus juegos por este rincón del barrio y del río. Cuando llegó el otoño, muchos días se juntaban y por las sendas que remontaban el río, caminaban hasta las montañas lejanas en busca de setas. Al regresar, los padre lo celebraban asando estas setas en las brasas de la lumbre y compartiéndolas con ellos. Cuando llegó el invierno, de las nogueras y almendros en los huertos, recogían los frutos secos que por el suelo habían quedado y luego se los repartían diciendo:
- Un día de estos vamos a subir a tu rincón predilecto y, mientras nos comemos estos frutos, nos muestras y revela tu secreto.
Y la niña de nuevo les respondía:
- De acuerdo.

Cuando llegó la primavera, cogían ramitas de romero y flores de amapolas y jugaban en las aguas del río, mientras los padres se afanaban en las tierras de los huertos preparando la nueva cosecha. Y cuando llegó el verano, un día muy caluroso y algo nublado, la pequeña dijo a sus amigos:
- Hoy es un buen día para llevaros a mi rincón preferido. Quiero que vengáis conmigo y veáis lo que no se ve desde ningún otro sitio.
- ¿Y nos vas a mostrar tu secreto?
- Voy a mostrároslo.
Subieron por la estrecha sendilla de la ladera, llegaron al mirador de las rocas frente al río, al fondo Granada y la Alhambra sobre la colina, les pidió a sus

amigos que se sentaran y miraran en la dirección en que el río se iba y luego les dijo:
- Si cerráis los ojos y meditáis muy concentrados, veréis las grandes olas bajando por el río. Al principio parecen como si vinieran a tragarnos pero luego pasan por delante de nosotros y se alejan majestuosas. Sobre sus crestas, yo siempre veo a la Alhambra meciéndose y Granada, como rodeándola. Mirad con interés y no os perdáis ningún detalle ya veréis qué hermoso todo, alegre y divertido.

La casa de las golondrinas

En algún lugar del alma, los sueños duermen. Como agazapados y mudos, esperando no se sabe qué momento para abrir sus alas y convertirse en vida. Y cuando esto sucede, cuando los sueños que duermen en algún lugar del alma se hacen vida en el presente, el corazón casi siempre se transforma. Porque a veces, algunos de estos sueños, son tan hermosos y llenan tan plenamente, que no hay ninguna otra realidad en el mundo que lo supere. Y es que los sueños son ráfagas mágicas que dejan entrevés la eternidad, donde todo se guarda y queda, esperando el fin de los tiempos, permanece.

Tal es el caso de la anaranjada casa, justo en una plaza pequeña del Albaicín. Miraba a la Alhambra, siempre estaba con su puerta abierta, tenía dos ventanas y un pequeño patio con muchas flores y fuentes con agua. Eran importantes y buenas las personas que en la casa vivían y eran bellas las flores y los árboles que en el patio crecían. Pero lo más importante de la casa, además de sus curiosas paredes color naranja, sus ventanas y su puerta, eran las golondrinas. Cada año venían al llegar la primavera, hacían sus nidos al fondo del patio, entre las piedras color naranja de las paredes, ponían sus huevos, criaban sus polluelos y al terminar la primavera, las nuevas avecillas levantaban vuelo. Un acontecimiento nada importante pero que el joven seguía con mucho interés. Tanto que un año, cuando las golondrinas llegaron, no pudo resistir hablar y contar el acontecimiento a la muchacha que una de aquellas primaveras vino de lejos a vivir a la casa. En cuanto vio las golondrinas, dijo a la joven:
- Quiero que las veas y quiero que sigas conmigo cada momento de estos pajarillos.
- ¿Y qué hay en ello tan valioso para mostrar tanto interés en algo que me parece insignificante?
- Hay algo tan hermoso que yo no sé decirte con palabras pero que transmite emociones muy placenteras. Un día, antes de que te vayas, te contaré un secreto que tienen que ver con estas aves.
- Pues ya veremos si tengo tiempo y ganas para dedicar un rato a lo que me pides.
Dijo al final la joven.

Y aunque tuvo no un rato sino muchos ratos y tardes libres, ni un solo día buscó al joven para compartir con él la presencia y actividad de las avecillas. En la misma puerta del patio la esperaba una tarde y otra, mientras se distraía con el vuelo de las golondrinas a la vez que la soñaba. Algo que

ella no sabía y él guardaba dentro de su corazón. Hasta que una tarde, la joven tal como vino, se marchó de Granada. La echó de menos aquel día y en los que siguieron y tanto que, cada año al llegar la primavera y ver de nuevo las golondrinas revoloteando por el patio, el corazón se le entristecía mientras la soñaba. En silencio se lamentaba lo poco que había podido compartir con ella a pesar de lo mucho que él lo había deseado.

Hoy, donde se alzaba la casa color caramelo por el color de las paredes de piedra, existe una pequeña plaza. Empedrada y desde donde se ve, en la colina de enfrente, la Alhambra. También al fondo Sierra Nevada y la ancha vega por donde se aleja el río Genil. Y a veces, no siempre, cuando se pasa por aquí y se mira despacio, se siente y hasta se ve, aquel pequeño patio lleno de flores y las golondrinas revoloteando cerca de sus nidos porque siguen volviendo cada año al llegar la primavera. También se intuye la presencia del joven y la ausencia de la muchacha que se ha perdido en el tiempo sin ni siquiera haber dejado la más pequeña huella de sí. Tampoco nadie por el barrio del Albaicín y de Granada, sabe quien era ni cómo se llamaba. Sin embargo, en forma de sueño, en algún lugar del alma y de Universo, un mundo maravillo y eterno por aquí invisible parece agazapado esperando el momento.

El rey, el bufón y el manantial

Por el Paseo de los Tristes, el río Darro corre sereno y accesible para muchas personas. Justo a la altura del viejo Hotel Reuma y entre los puentes del Aljibillo y de las Chirimías. Era en este tramo del río donde, en tiempos pasados, las personas se acercaban a las aguas para lavar la ropa y para organizar juegos. También en este tramo del cauce, ahora muchas personas se acercan a las aguas pero no para lavar si no para mojarse los pies y tomar el sol frente a la Alhambra. Fundamentalmente por las tardes y en los calurosos días del verano. Y la mayoría de las personas que ahora y en este trayecto del río vienen a bañarse, son jóvenes. Extranjeros algunos, estudiantes con beca Erasmus, grupos de muchachas de las casas bajas del Albaicín y, en gran número, habitantes de las cuevas del Sacromonte, Fuente del Avellano y laderas de San Miguel Alto. Casi todos estos, son jóvenes y acuden a las aguas del río acompañados de sus perros, guitarras, violines, acordeones y trombones, flautas... Y en este lugar, se quedan horas y horas pendientes de las carantoñas de sus perros, con los pies metidos en el agua del río Darro a su paso por el Paseo de los tristes, tomando el sol o interpretando su música.

Algunas de estas tardes de verano, yo también vengo a este rincón de Granada y tramo del río Darro. No a bañarme ni a meter mis pies en las aguas sino a sentarme a la sombra del almez que crece en el mismo muro del puente del Aljibillo. Siempre por aquí corre un agradable vientecillo y siempre distrae mucho observar a los que de un lado a otro van y a los que disfrutan con las aguas del río, en las calurosas tardes de verano. Y la otra tarde, al ver a una joven buscando oro en la arena de un charco del río, me animé. Bajé por la pequeña senda que se ha ido formando en la torrentera de tanto pasar por ahí para entrar y salir del río y me acerqué a las aguas.

Quería ver de cerca a la joven que buscaba oro y deseaba preguntarle si había encontrado algo. El oro del Darro, aunque muchos dicen que ya no hay, todavía algunos lo buscan. Pero cuando me acerqué, vi a un hombre mayor que, sentado a la sombra del viejo sauce que ahí también crece, hablaba con la muchacha. Me paré cerca de ellos y oí que el hombre mayor le preguntaba:
- ¿Tú sabes dónde brota el agua que sabe a miel?
- Digo yo que brotará en las montañas que se ven por las partes altas de este río. Donde tiene su nacimiento.
- No es así porque las aguas de este río, lo son todo y saben a muchas cosas menos a miel. Y donde tiene su nacimiento este claro río, crecen berros, orégano y poleo pero las aguas no saben a miel.
- Pues entonces ¿dónde brotan y en qué manantial puedo yo probar las aguas que dices saben a miel?
- ¿De verdad quieres saberlo?
- ¡Claro, hombre! Si no me hubieras dicho nada, seguiría en mi ignorancia y tan tranquila. Pero ahora que me has hablado de estas aguas, se me despierta la curiosidad.

Y lo mismo me pasó a mí al enterarme de lo que el hombre hablaba con la joven. La curiosidad me empujó a escuchar con atención lo que el hombre parecía estar a punto de narrar. Me acerqué un poco más, sin dejar de mirar las claras aguas que por entre las piedras se deslizaban y muy pendiente de la arena que en sus manos, la joven lavaba con paciencia para encontrar el oro que buscaba. Y el hombre, siguió sentado a la sombra del viejo sauce, invitó a la muchacha para que se viniera a la arena que cerca de él había dejado el río y le dijo:
- Mientras aquí sigues buscando el oro que necesitas, la sombra te refresca y yo te cuento lo que deseas saber.
Le pedí permiso, me senté cerca de él, muy próximo a las aguas del río y desde donde se veían perfectamente la gran torre de Comares, la de la Vela y las dos robustas torres del Homenaje, en la Alcazaba y me dispuse a escuchar el relato que anunciaba.

Le dijo a la joven:
- En aquellos tiempos, cuando en la Alhambra los reyes iban y venían por los salones, ocurrió algo muy curioso. En una ocasión, un amigo de aquellos reyes, hizo un regalo. No de oro, telas de seda, joyas, animales o tierras. El regalo que le hizo al rey fue el de un bufón. Se sabe que los reyes de aquellos tiempos no tenían bufones en sus cortes y menos estos reyes de la Alhambra. Se divertían ellos de forma muy diferente a como luego sucedió, pasado el tiempo. Por eso, cuando el amigo ofreció al rey aquel tan original regalo, le dijo:
- Más que bufón es un enano, bastante deformado, con una joroba muy grande, boca ancha y dientes negros y feos como sables oxidados.
Y el rey comentó:
- ¿Y para qué quiero yo a este personaje?
- Salta como una cabra borracha, cuenta cosas graciosas y hace tantas marrullerías que con solo verlo ya te estás riendo. Si a ti no te divierte puede

que distraiga a la princesa o a la reina. Ya te digo: es un hombre tan diferente que solo su presencia, hace gracia.

A los pocos días el rey recibió en sus palacios a este hombre enano y deformado. Mandó que le dieran aposento en unas galerías oscuras, en la parte baja de una torre y ordenó que cada día le dieran algo de comida. Luego, en la primera fiesta que hubo en los palacios, ordenó que subieran de los sótanos al enano y cuando estuvo delante de él, le preguntó:
- ¿Qué es lo que sabes hacer?
- Lo que usted quiera, majestad.
- Pues venga, brinca y di algo gracioso que se distraiga la reina y todos los aquí presentes.
Y el hombre se puso a dar saltos, a decir tonterías y a mover sus pies y manos con tanta energía y con movimientos tan variados que el rey se embelesó por completo. Decía a los presentes que estaban a su lado:
- Es algo nuevo para nosotros pero tiene su gracia. ¿No creéis?
- Al menos nos distrae de las inquietudes de la guerra y las intrigas entre nosotros.
Y una de las princesas allí presentes, comentó:
- Pues a mí no me gustan nada las tonterías que dice y hace este payaso.
- ¿Por qué no te gustan?
- Es feo todo entero, habla gangoso, tiene los dientes sucios y está jorobado.
Intentó la reina convencer a la princesa de las cosas alegres que ella veía en el enano pero la princesa no cambiaba de opinión. Se terminó la fiesta y el rey ordenó que el hombre deformado se fuera a sus aposentos y cuando éste hizo algunas reverencias para despedirse, el rey le dijo:
- Tu trabajo no ha sido muy digno ni tampoco ha sido afortunado esas cosas que dijiste.
- Lo siento, señor. Solo he pretendido divertirles a ustedes. ¿Es que no lo he conseguido?
- Un poco, solamente. Y para convencerte solo tienes que mirar la cara de la princesa.
Miró el enano a la princesa y ésta, al darse cuenta que el bufón la miraba, volvió la cabeza para otro lado, en señal de desprecio. Y aunque el bufón sintió el impulso de acercarse a la joven y decirle algo, tuvo miedo que el rey se enfadara o que la princesa lo despreciara aun más.

Hizo una última reverencia al rey y a todos los allí presentes y luego se retiró, salió de los salones, recorrió los pasillos y conducido por los soldados, quedó encerrado en su reducido espacio. Y el hombre, en cuanto se quedó solo, comió algunas de las cosas que de la fiesta habían sobrado y el rey le ofreció como pago a su trabajo y luego meditó. Como otras muchas veces, se sintió la persona más desgraciada de la tierra por el poco respeto y aprecio que de unos y otros recibía. Y en esta ocasión, aun se sintió más desgraciado pensando en la gran indiferencia que había recibido de la princesa. Se dijo: “Yo he puesto todo mi interés y esfuerzo en hacer las cosas lo mejor posible. Y he medido cada una de las palabras que han salido de mi boca. Si el rey, la reina y la princesa no han quedado satisfechos, lo siento. El cielo sabe que de ningún modo quiero ofender a nadie. La próxima vez me esforzaré al límite”.

Y aunque la próxima y la siguiente en varias ocasiones más, se esforzó al límite, el rey no quedó contento con las cosas que hacía y decía el hombre enano. Tampoco quedaron satisfechas ni la reina ni la princesa. Ésta dijo a su madre:
- Este enano repelente que habéis traído para que nos divierta en las fiestas, cada día me gusta menos.
- ¿Y eso por qué?
- ¿No te diste cuanta como la actuación de la otra noche me puso en ridículo?
- ¿Qué noche fue esa y qué fue lo que hizo o dijo?
- La noche que estrené el vestido de seda azul que me trajeron del extranjero. ¿No viste como se acercó a mí, en uno de los momentos de su danza y me dijo que yo soy tonta, pesada y sin corazón?
- Yo no me di cuenta de eso pero si tú lo dices será cierto. Hablaré con tu padre el rey para que le dé un escarmiento.

Y aquella misma tarde, la reina habló con el rey y le dejó claro el malestar de la princesa con el hombre enano. También le dijo:
- Además, ese enano es feo, ridículo, jorobado y no tiene gracia ninguna. Mi hija merece ser tratada por otra clase de personas.
Y el rey dijo:
- Tendré en cuenta lo que me dices de este personaje.
Y lo que el rey hizo fue que aquella misma tarde, ordenó que dejaran libre al enano. El soldado que le dio la libertad, al abrir la puerta de su calabozo, le dijo:
- Y de parte del rey, dice que debes estar agradecido que solo te deje libre y no ejerza sobre ti ningún castigo.
Preguntó en hombre al soldado:
- Pero yo ahora, sin la protección del rey, sin un techo donde dormir y sin nadie que me regale algo de alimentos ¿a dónde voy?
- Eso no es asunto mío ni del rey. Y menos de la princesa o de la reina. Búscate a vida como puedas.

Al instante salió el hombre de los aposentos de los palacios, caminó por los pasillos de los jardines, solo con una vieja manta en su hombro y se fue a la gran puerta que daba entrada a los recintos amurallados de la Alhambra. Pidió permiso a los guardias y en uno de los lados de la puerta, se sentó y se puso a pedir limosna a todos los que por allí pasaban. Muy pocos le daban algo, algunos solo lo miraban con indiferencia y otros le decían:
- Si con esa joroba que tienes y esa cara de higo seco, no es de extrañar que te echaran de los palacios.
El hombre callaba, a todos lo que le daban algo se lo agradecía, luego bebía agua en una de las acequias que corría por allí cerca y al llegar la noche, se acurrucaba en la vieja manta y allí mismo dormía. En un rincón de la torre que daba entrada al recinto amurallado. Y cuando los soldados le decían que iba a pasar por allí la princesa, siempre se escondía entre los árboles o plantas del jardín para que no lo viera.

Pero la princesa, un día que se enteró que estaba pidiendo limosna en la puerta grande, fue enseguida, habló con el rey y le dijo:

- ¿No piensas tú que es un desprestigio para estos palacios y para tu trono que ese hombre se refugie en ese lugar?
- Desprestigio ¿por qué?
- Por esa puerta pasan todas las personas importantes que vienen a estos palacios. Y ese hombre allí, con su vieja manta, esa cara de higo arrugado y la joroba en sus espaldas, es lo primero que ven estas personas que te digo. Su imagen es tan fea que nada puede hacernos más daño en esta vida. ¿No lo entiendes?
Y el rey, como en ningún momento quería contrariar a la princesa o ver que ésta estuviera molesta, enseguida ordenó que expulsara de allí al mendigo. Recibieron las órdenes los soldados y estos se acercaron al jorobado y le dijeron:
- Por orden real, desde ahora mismo se te prohíbe permanecer en este lugar.
Y el jorobado miro a uno de los soldados y preguntó:
- ¿Y por qué se me prohíbe esto?
- Es lo que dice el rey y pensamos que se debe a una petición expresa de la princesa.
- ¿Ni siquiera durante el día puedo estar aquí sentado?
- Ni durante el día ni por la noche puedes quedarte a dormir en este sitio. Ya te lo hemos dicho. Así que coge tu sucia manta ahora mismo, carga con ella y te marchas para siempre de estos sitios.
- ¿Y a dónde voy yo ahora sin casa donde vivir, sin nadie que me mire y me quiera, sin trabajo y sin comida?
- Eso no es asunto nuestro.

Y el hombre enano ya no discutió más con los soldados. Se fue al rincón donde tenía su raquítica manta, se agachó para cogerla y en ese mismo momento, al torcer la cabeza y mirar, vio la figura de una mujer que frente a él, la miraba. Tenía la cara cubierta, dejando ver solo los ojos y un poco de la frente, era alta, se adivinaba joven y hermosa y parecía irradiar sabiduría. Miró al hombre enano y le dijo:
- Ni me conoces ni sabes por qué ahora me presento a ti. Pero como yo sí sé quién eres y conozco la preocupación que ahora mismo vives, quiero ayudarte.
Sin reparo alguno, el hombre le preguntó:
- ¿De qué modo puedes ayudarme siendo tantos los problemas y disgustos que ahora mismo hay en mi vida?
- Tú no preguntes nadas pero haz caso a todo lo que voy a decirte.
Y confiado el hombre dijo:
- Más amargado y pobre de lo que ahora mismo me encuentro, será difícil que algún día sea. Así que dime lo que tengas que decirme que te haré caso.

Y la mujer, sin más rodeos y mostrando autoridad, dijo al hombre deformado:
- Coge tu manta y obedece a lo que te ha dicho ese soldado. Márchate de aquí sin despedirte de nadie, vete por el camino que baja al río Darro y cuando llegues al puente que cruzan las aguas, no sigas al frente. Vete para la derecha río arriba y huertos, camina por esas sendas, ve mirando y cuando veas un buen sitio párate ahí, suelta tu manta y ponte a excavar una cueva. Tendrás algo en que trabajar y luego, un refugio donde vivir. Y te servirá

también para algo que ahora mismo no puedo decirte pero que será lo más grande y bueno que ha ocurrido en tu vida.
Y el hombre, intrigado y con la impaciencia a flor de piel, preguntó a la mujer:
- Sé que me has dicho que no haga ninguna pregunta pero después de lo que me has anunciado, me gustaría que me aclararas algo.
- ¿Qué es lo que deseas preguntarme?
- Con esta joroba mía, tan pequeño como soy y las pocas fuerzas que tengo ¿crees que podré cavar una cueva en ese sitio que dices?
- Tú prueba y así te convences. Y a lo de tu joroba y pocas fuerzas, no le des mucha importancia.
- ¿Por qué no si es lo más cierto de todo lo que aquí ahora mismo estamos hablando?
- Ya no puedo responder a ninguna pregunta más. Solo me queda por decirte que en esa cueva que te he pedido que caves, cuando llegues a cierta profundidad, encontrarás una vena de agua. Agua clara y fresca como no hay otra en toda la tierra y con sabor a miel. Deja que corra un poco, bebe luego de esa agua, llena un ánfora y bebe más pasado un rato y a nadie diga nada de esto. Ni del agua ni de la cueva ni del venero que te he dicho.

Se agachó el hombre para coger su vieja manta y al incorporarse, alzó su cabeza para despedirse de la mujer y comprobó que no estaba. Ni delante de él ni a su lado ni a su derecha. Miró para la puerta que daba entrada a las murallas de la Alhambra y miró para el camino que subía por el barranco. Por ningún lado encontró a la persona que buscaba y aunque, por un momento estuvo tentado de preguntar a los soldados que vigilaban la puerta de la muralla, no lo hizo. Cargó con su manta, caminó despacio barranco arriba y cuando llegó a la parte alta de la muralla, giró para el lado de la izquierda. Buscó la pequeña hondonada que por aquí ofrecía el terreno y por donde servía como de hitos las torres de la muralla de la Alhambra y por camino de tierra, comenzó a bajar. Dirección al río Darro y como si fuera también en busca del Albaicín, al otro del cauce y sobre la colina. Despacio, cabizbajo aunque con un pequeño hilo de ilusión, descendió por el camino del barranco que, según descendía, se inclinaba más y más en busca del tajo del río.

Como una hora después, el hombre llegaba a un lugar donde la ladera de la derecha del río, dejaba ver un abrupto terraplén. Bajo unos árboles se paró. Era casi medio día, hacía mucho calor porque el verano ya estaba bastante avanzado y el chirriar de las chicharras, llenaba toda la ladera y orillas del río. Sobre su vieja manta, se sentó con la intención de descansar y planear un poco lo que a partir de ahora iba a hacer. Y sobre un viejo tronco de árbol, apoyó sus espaldas y cabeza. Cerró los ojos y en su corazón susurró: “Lo que debería hacerse realidad es lo que hace unos momentos soñé”. Y lo que había soñado unas noches atrás, era con monedas de oro. Se vio cavando una zanja, parecida a la acequia que lleva el agua a la Alhambra y en uno de los momentos, al dar un golpe con la herramienta en el suelo, apareció una vasija de barro. La cogió en sus manos, la miró, buscó una piedra, golpeó en la vasija y al romperse, vio que dentro tenía como tierra negra. Removió esta tierra con sus manos y de pronto descubrió una pequeña moneda, muy redonda y por completo

brillante. Se dijo enseguida que era de oro y siguió buscando más. Encontró otra y otra y así hasta seis pequeñas monedas tan brillantes que parecían por completo nuevas. Se las guardó entre la ropa para que nadie las viera y se las quitara y en ese momento despertó de su sueño. Y se despertó recordando claramente lo que había soñado y ahora casi con más fuerza e ilusión que lo vivido en sueño. No olvidó la imagen de las seis pequeñas monedas relucientes como el sol y por eso ahora se decía: "Lo que debería sucederme es que se hiciera real lo de las monedas. Y quien sabe lo que podría pasar. Quizá cuando esté cavando la cueva que esa mujer me ha dicho, ocurra el milagro".

Por eso, tal como estaba recostado sobre el tronco del árbol, miraba para la ladera que tenía enfrente. A sus espaldas le quedaba la corriente del río y al fondo y sobre la colina, se veían las torres y recintos amurallados de la Alhambra. Vino a su mente la imagen de la princesa y la figura del rey y experimentó un regusto amargo y algo triste. Se reclinó un poco más sobre el tronco del árbol y por un momento deseó dormir. Pero se mantuvo despierto, dejando que el chirriar de las chicharras acompañaran su descanso. Luego, pasado un buen rato, se incorporó, cogió su manta, buscó las sendas que iban por la ladera y por una de ellas, ascendió lentamente. Mientras caminaba, miraba a un lado y otro, al frente y para lo hondo y cuando llegó a una pequeña hondonada, se paró. Observó despacio el pequeño terraplén que se veía al frente y luego observó la llanura en el terreno. Aquí, sobre el fresco tapiz de hierba, todavía con algunas florecillas, vio algunas herramientas: un pico, una pala, un martillo y una espuerta de esparto. Dentro de la espuerta, vio una pequeña vasija de barro. Se agachó, cogió esta vasija, y al instante comprobó que estaba llena. Quitó el tapón de madera y derramó una pequeña cantidad del contenido. Comprobó que era agua muy clara y estaba fresca. Bebió y notó que el agua, además de fresca y clara, sabía como a miel. Le gustó y como tenía sed, bebió un poco más y luego se dijo: "Nunca en mi vida he probado agua tan buena como ésta. ¿Quién la habrá dejado aquí y de dónde la habrá cogido?"

Soltó su manta sobre la hierba, cogió el pico y la pala, se dirigió al pequeño terraplén y después de inspeccionarlo brevemente, se dispuso a picar en el terreno. Enseguida comprobó que la tierra estaba dura y que los cantos rodados del río eran muchos. Recordó en estos momentos las palabras que había oído de boca de la mujer que se le había aparecido en la puerta de la muralla. Y como ahora sí se sentía solo, sin techo donde refugiarse y sin alimento, la idea de cavar una cueva para vivir, empezó a darle ánimo. Por eso, con energía y empujado por la ilusión, cavó sin parar. Despacio para no agotarse pero manteniendo el ritmo. Y de vez en cuando, paraba un momento, bebía un trago del agua de la vasija y cuando volvía a sentirse reconfortado, seguía cavando. Se decía: "Parece como si esta agua me llenara de energía. Y como tiene un sabor tan agradable y refresca tanto, también parece como si alimentara no solo el cuerpo sino el espíritu y el corazón".

Hasta que se hizo de noche, estuvo cavando sin parar. Con el pico removía la tierra, mezclada con grava y arena, con la pala recogía la tierra

suelta, la echaba en la espuerta y luego la vaciaba en la torrentera que caía para el barranco. Y al llegar la noche, en la misma puerta del agujero que ya dibujaba la entrada de la cueva, tendió su manta y se acostó. Frente a la Alhambra sobre la colina que ahora, con la oscuridad de la noche, se veía iluminada por ciento de antorchas. Soñó momentos mágicos mientras se dormía y con la imagen de las luces parpadeando a lo lejos y cuando notó que el sueño empezaba a cerrarle los ojos, buscó la vasija de barro para beber un último trago de agua con sabor a miel.
Y al coger el recipiente notó que ya apenas tenía agua. Se dijo: “Beberé con cuidado la poca que me queda y mañana por la mañana, lo primero que haré, será bajar al río y llenar de nuevo esta vasija. Pero, aunque el agua de algunas de las fuentes que brotan por la orilla del río sea buena, seguro que ya no tendrá el mismo sabor que la que contenía este recipiente. ¿De dónde será esta agua y quien la habrá traído aquí?”

Con este pensamiento y con el cielo sembrado de estrellas y el canto de los grillos, se durmió. En un sueño plácido que le abrazó a lo largo de toda la noche, arrullado por una música de fondo que en ningún momento supo qué era ni de dónde procedía. A ratos, mientras dormía, le parecía que soñaba y en otros momentos, creyó encontrarse en los recintos de la Alhambra. Pero cuando, un poco antes de venir el día les despertó el grito de unas águilas, se quedó como asombrado. Tal como estaba liado en su vieja manta, permaneció quieto, mirando al cielo todavía cubierto de estrellas y escuchando el rumor que le había acompañado a lo largo de toda la noche. Y después de un rato, todavía medio dormido, se dijo: “Este rumor es de agua que corre y salta como por algún arroyo o cascada. Y no es el río que se desliza ahí más abajo. Parece como si viniera de algún lugar de esta ladera o barranco”.

Se incorporó, se movió un poco para la parte más profunda del agujero que ha había cavado y que tenía forma de cueva y se paró un momento. Pegó sus oídos a la pared del terreno y escuchó muy concentrado. Y de pronto, captó que el rumor del agua se filtraba y llegaba hasta él a través de la pared del agujero de la rudimentaria cueva. Más sorprendido aun, otra vez se dijo: “El río o cascada que a lo largo de toda la noche he estado oyendo mientras dormía, parece correr por las entrañas de esta colina, prolongación de la que sostiene a la Alhambra. Y no parece pequeña sino caudalosa y con gran ímpetu. Voy a ponerme ahora mismo y sigo cavando la cueva que ayer comencé a ver si tengo suerte y doy pronto con el manantial que ahí dentro parece brotar”:

Y rápido, cogió el pico, bebió el último trago de agua que aun le quedaba en la vasija y se puso a cavar. Con tanta ilusión y fuerza que hasta él mismo se sorprendió. Y sin descanso, cavó durante mucho rato. A lo largo de toda la mañana, parando solo de vez en cuando para limpiarse el sudor y echar una mirada para el valle del río Darro, la colina de la Alhambra y el barrio del Albaicín. Comenzaron a chirriar las chicharras por las laderas, de vez en cuando algún mirlo se levantaba y, a pesar de no haber comido nada desde bastantes horas atrás, no sentía hambre. Tampoco se notaba cansado pero sí la sed le acuciaba cada vez más. Tanto que en algún momento llegó a

pensar en dejar de cavar en la tierra, coger la vasija de barro y bajar al río a por agua. Pero la inquietud y el deseo de llegar hasta donde el rumor de agua se oía, le podía más.

Y más aun se entusiasmaba cada vez que clavaba el pico y removía otro puñado de tierra. El rumor de la corriente poco a poco se oía más claro. También la tierra comenzó a verse húmeda y desprendía olor a agua. La temperatura en la cavidad, según profundizaba hacia el corazón de la montaña, era fresca y con mucho olor a tierra mojada. Hasta que, después de unos minutos de respiro, alzó el pico y lo dejó caer con fuerza en la pared donde cavaba. Tan fuerte fue el golpe que la tierra y graba húmeda, se desmoronó, se abrió un pequeño agujero y el rumor del agua llegó hasta él con total claridad. Dejó de golpear, se acercó al agujero, escuchó y miró despacio y descubrió, al fondo iluminado por la luz que se colaba por la cavidad de la cueva que ya había abierto, un pequeño chorro de agua. Caía como desde las entrañas de la montaña y parecía derramarse desde algún gran charco. Alargó su mano, metiéndola por el agujero abierto en la pared y tocó el agua. Al sentir la sensación, se dijo: “Está fría como la nieve y parece buena”.

Salió a la puerta de la cueva, cogió la vasija de barro donde ya no quedaba ni gota de agua, se acercó al agujero en la pared, alargó la mano y puso el recipiente bajo el chorro de agua fría. En cuanto lo tuvo lleno, se lo acercó a la boca y bebió un buen trago. Fue ahora cuando comprobó que el agua sí que estaba fría, sabía como a miel de romero y olía a limpia. Se limpió el sudor de la cara y, en este momento, notó que sus manos, pies y todo su cuerpo, se habían transformado. Se miraba y se notaba por completo joven porque ni tenía joroba en sus espaldas y sí parecía mucho más alto, fuerte y recio. Rápido dejó el pico, la pala y la espuerta, bajó por las sendillas en la ladera, se acercó al río Darro, buscó un charco grande, se acercó a las aguas y se puso a mirar su cuerpo reflejado. Y lo que descubrió le llenó de asombro el corazón. De su cuerpo y cara habían desaparecido todas las arrugas y manchas negras y marrones que antes había tenido. Se dijo, mirando a la Alhambra en todo lo alto de la colina: “Si ahora regresara a esos palacios y me vieran, no me reconocerían, aunque sea al mismo”. Y pensó en la princesa, en el rey y la reina. Miró para la corriente del río y en el fondo del charco, vio relucir muchas monedas de oro. Y en la superficie de las aguas se reflejaba, además de la imagen de su joven y hermoso cuerpo, la figura de la mujer de la cara tapada. Preguntó y ésta al instante habló y le dijo:
- Tu buen corazón, tu resignación ante el maltrato que siempre recibiste de los demás y tu inclinación a no robar ni hacer daño a nadie, ha sido premiado por el cielo. Coge las monedas del tesoro que ves relucir en el fondo de las aguas de este río y cómprate con ellas un buen palacio en las partes bajas de este barrio y frente a la Alhambra. El día que lo inaugures, invita a los reyes, príncipes y princesas de la Alhambra para que disfruten contigo el gozo de ser libre y de tu vida y sueños.

Hizo caso el hombre ya no jorobado y pocos días después compró tierras en el rincón más bonito del Albaicín y cerca del río. Contrató hombres y arquitectos y unos meses más tarde, el pequeño palacio se alzaba frente a

la Alhambra. El día de su inauguración, invitó a los reyes, príncipes y princesas y todos dijeron:
- Es un hombre generoso, fuerte, joven, de figura hermosa y muy rico. Debemos conocerlo y hacernos amigos de él.
Y cuando las princesas llegaron a su palacio, la que más lo miraba, le perseguía y lo atosigaba, fue la que en tiempos atrás, lo despidió y expulsó de los palacios de la Alhambra. Contantemente decía:
- Tu palacio, tú y este lugar de Granada, es todo lo que yo siempre he soñado. Nunca he conocido a nadie tan hermoso y generoso como tú. Me gustaría ser tu amiga para siempre.
Y el hombre callaba y observaba. Nada le dijo aquel día a la princesa ni tampoco en los días que siguieron. Sí se casó, unos meses después, con una joven pobre del barrio del Albaicín y se la llevó a vivir a su palacio. De la comida que le sobraba y de las monedas de oro que iba multiplicando, cada día daba una buena cantidad al las personas pobres del barrio. Y todos decían:
- Nunca conocimos a un hombre tan bueno como éste. Y hasta es amigo de los reyes de la Alhambra y sin embargo parece que le gusta más compartir todo con nosotros.
Y dicen que, en las noches de luna clara, se veía a una princesa asomada a las ventanas de las torres de la Alhambra, mirando pensativa hacia el barrio del Albaicín, las aguas del río Darro y el pequeño palacio del hombre que ya no era jorobado. Y también dicen que esta princesa suspiraba y se moría de pena pensando en el joven del río, en lo hermoso y bueno que era y el poco caso y atención que tenía hacia ella.

Cuando el hombre mayor terminó de narrar esta historia, la joven que buscaba oro en las aguas del río, se le quedó mirando. Lo mismo hice yo porque en el fondo, algo en corazón nos decía que debía explicarnos un poco más lo que terminaba de contar. Y fue la joven la que, después de un rato en silencio, le preguntó:
- Interesante, triste y bella es la historia de este hombre enano y jorobado. Pero ¿qué enseñanza se puede sacar de ella?
Y el hombre mayor, tal como estaba sentado, mirando para la Alhambra y a las aguas del río, dijo:
- La enseñanza es clara: que las personas nunca debemos despreciar ni maltratar a nadie en esta vida, tenga el color que tenga o sea alto, feo o desgarbado. En el corazón de cada uno, anida la semilla de Dios, reflejo siempre de la bondad, belleza y amor. Y esto es lo que en cada momento debemos ver y apreciar en los demás y no lo feo o maldad. Y también deberíamos tener muy en cuenta y valorar mucho, vivir en paz y en armonía con todos y todo. No hay dicha más grande en este mundo ni riqueza mayor. Aquel hombre jorobado practicó y vivió a fondo todo lo que ya te he dicho. Y por eso ahora, cuando se miran las aguas de este río, se observa el azul del cielo y se contemplan las torres de la Alhambra, hasta parece que por aquí sigue palpitando el hermoso universo, transparente y bello que llevaba en su interior. Porque de todas, todas las cosas, lo que hizo y vivió aquel hombre, es lo único que perdura con el paso del tiempo.

Mientras el hombre mayor remataba su relato con estas reflexiones, la joven miraba a las aguas del río, corriendo a sus pies, meditó un momento y luego dijo:
- Ahora sí que estoy convencida de que en este río puedo encontrar oro. Porque me parece que aquel hombre ha dejado por aquí mucho de todo eso que acabas de contarnos.
Y el hombre mayor remató:
- Pero no olvides que el mayor de todos los tesoros se esconde y debes encontrarlo primero en tu corazón. Practica el amor, la bondad y el respeto y verás como en tu vida y a tu alrededor, aparecen bellos tesoros, hermosas primaveras y cristalinos ríos de aguas claras como éste que ahora corre a nuestros pies. Sigue buscando siempre ilusionada, que las pepitas o monedas de oro, pueden aparecer ante ti en cualquier momento y cuando menos lo esperes.

Jenni, la payasa

El título de este relato también podría ser: “El Banco de Jenni”. Para hacer honor así y más directamente al banco de piedra donde estuvo sentada la tarde que actuó como payaso para los niños del albaicín y también la tarde que le entregó los dibujos. En este banco, un asiento pequeño en la plaza del Paseo de los Tristes, entre el muro del río y las mesas de las terrazas de los bares. Y no es un asiento solo sino varios que se alinean cerca de unos pequeños arbolitos que derraman sus sombras sobre estos asientos.

Y como aquella primera tarde y también la segunda, era verano y hacía mucho calor, ella escogió el banco primero de los dos grupos que hay entre la fuente surtidor y el comienzo y final. En este primer banco, arropado por la sombre de uno de los arbolitos, la vio sentada la primera tarde, con una pequeña maleta abierta sobre el asiento con algunos objetos para su disfraz de payaso. Y aquí mismo, en este primer banco estaba sentada la segunda tarde, esperándolo con su puñado de dibujos sobre el asiento. De aquí que al verla en esta segunda ocasión, enseguida pensara: “Este será, a partir de hoy, el banco de Jenni. Porque desde ahora y para siempre, cada vez que por aquí pase, al pisar este lugar y volver a ver el banco, la recordaré. Con la aureola de luz, juventud y belleza del primer momento en que la vi”.

Queda este lugar por completo a los pies de la Alhambra, a solo unos metros del río Darro y en la antesala misma del barrio del albaicín. Y el encuentro y todo lo que luego ocurrió, sucedió de esta manera:

Era ya casi final de mes de agosto. Los días estaban decreciendo porque el verano caía hacia el ocaso pero aun así, todavía hacía mucho calor. Tanto que las chicharras no paraban de cantar y por el río de la Alhambra, a su paso por el Paseo de los Tristes, los jóvenes, turistas y hippies, buscaban las frescas aguas para meter sus pies y jugar con sus perros.

Con su sombrero de paja sobre la cabeza para protegerse un poco del ardiente sol, caminaba lento. Cruzando la alargada plaza del Paseo de los

tristes dirección al puente del Aljibillo. Ahí se veía el viejo almez que clava sus raíces en el muro mismo de piedra y derrama sombra por el empedrado de la calle. A este lugar, único y especial en toda la ciudad de Granada, acudía cada tarde. En otoño, invierno, primavera y verano para descansar un poco de su largo paseo, observar a los que por aquí continuamente pasan y sentirse acompañado por la figura de la Alhambra sobre la colina. También para meditar sus cosas y alimentarse de los recuerdos. Porque, a pesar de que el tiempo poco a poco apaga y borra las vivencias y recuerdos, en su corazón mil hermosos, alegres y tristes momentos siguen vivos.

La vio sentada en uno de los bancos de piedra que hay entre los arbolitos y cerca del muro que separa al río de la plaza. La observó con interés mientras se acercaba y al llegar a su lado, se paró, la saludó y sin más rodeo le preguntó:
- ¿Qué vendes?
Alzó su cabeza, lo observó algo sorprendida y respondió:
- No vendo nada. Soy payasa y preparo estos globos y figuritas.
Y algo extrañado de nuevo le preguntó:
- ¿Payaso callejero para los niños de los turistas?
- Formo parte de un grupo de jóvenes extranjeros y como ahora no tenemos trabajo en nuestro país, estamos haciendo una pequeña gira por España. Vivo ahora mismo en Dílar, el pequeño y blanco pueblo a los pies de Sierra Nevada y esta tarde he venido a Granada y a este lugar con la intención y deseo de ganar algunos dineros. Lo necesito.
- Pero a estas horas y con tanto calor, ya ves que no hay turistas ni niños ni otras personas. ¿Para quién vas a interpretar tus cuentos?
- Esperaré a que sea un poco más tarde y refresque algo. Las personas pueden salir a pasear y tomar el fresco con sus niños. Los sorprenderé porque este es un escenario muy original, único en el mundo y que pocos valoran como se merece.

Comentó algunas cosas más con ella durante algunos minutos y luego la despidió. Siguió dirección al almez del puente del Aljibillo y en el muro del río se sentó a la sombra. Miró varias veces para el banco y la seguía viendo a la sombra del arbolito, en el asiento preparándose para su actuación. Se dijo: “Yo podría darle algunas monedas para aliviarla algo. Es joven, recorre el mundo persiguiendo un sueño y parece muy pobre aunque dé la impresión de que es feliz a su manera. Todos los jóvenes del mundo merecen ser apoyados y valorados como lo mejor de la especie humana”. Y después de un rato meditando, se levantó, dejó la sombra del almez, caminó de regreso y al acercarse de nuevo comprobó que ya tenía su cara pintada de blanco, azul y rojo. Volvió a saludarla y le preguntó:
- ¿Tú sabes dibujar?
Extrañada y con un pequeño espejo en una mano y una barra de pintura en la otra, a su vez, también hizo una pregunta:
- ¿Dibujar?
- Si haces unos dibujos para mí, te los pago. ¿Quieres?
- ¡Claro! ¿Qué dibujos son?

Abrió su pequeño bolso, sacó un cuadernillo en tamaño A6, se lo alargó y le dijo:
- Aquí hay unos relatos escritos por mí. Léelos y dibuja lo que se te ocurra. Cuando lo hayas terminado me los das, te pago cada dibujo a tres euros y luego te regalo, cuando ya lo tenga impreso a color y en papel de muy buena calidad, tres ejemplares de este librito con tus dibujos como ilustración.
Con interés y dejando traslucir cierto entusiasmo, cogió lo que le alargaba. En un español muy malo dijo que haría lo que le estaba pidiendo. Y a continuación añadió:
- Mi profesión y divertimento es hacer de payaso pero si tú me das esta oportunidad y como necesito dinero, me pongo y hago lo que me pides. Me marcho a mi país el treinta de este mes y quizá ya no vuelva nunca más a Granada. Quizá esto me sirva para llevarme de aquí un bonito recuerdo al tiempo que a ti te dejo contento.
Y el hombre le aclaró:
- En la última página de este cuadernillo, está mi nombre y demás datos. Me avisas cuando tengas el trabajo terminado, nos vemos y te lo pago.
- ¡Vale!

La despidió y caminó de regreso, ilusionado y confiando en que haría los dibujos. Dos días más tarde, recibió el siguiente correo: "*Buena tarde, y saludos desde el payaso! Nos reunimos el pasado sábado en el Paseo de los Tristes. He leído los libros que me diste y ya comenzó con las imágenes. Creo que voy a tener a todos listos para mañana. ¿Tendrías tiempo para reunirte y tomar una mirada en ellos algún día de esta semana? Saludos, Jenni".* Y casi al instante le respondió de esta manera: "Hola, gracias por tu correo y por el interés en los dibujos. Yo paso todas las tardes por el Paseo de los tristes entre las cinco o cinco y media de la tarde. Si a ti te viene bien, en este lugar nos podríamos encontrar y ver tus trabajos. Estaré encantado. Mañana mismo paso por el Paseo de los Tristes a la hora que ya te he dicho. Gracias y saludos".

Al caer la tarde del tercer día, de nuevo caminaba por la Carrera del Darro. Con su pensamiento puesto en ella y deseando verla en el mismo banco. Miraba con gran interés mientras se acercaba y de pronto, quedó sorprendido: en el mismo lugar estaba sentada y para ser vista, alzaba su mano saludando y como diciendo:
- ¡Estoy aquí! No pases de largo ni me busques en otro sitio.
Desde la distancia y todavía al comienzo de la alargada plaza del Paseo de los Tristes, él le respondió alzando a su vez su mano derecha. Se colocó mejor su sombrero de paja y sonrió, rumiando para sí: "Ha sido noble respondiendo gratamente a este proyecto".

La saludó al llegar y ya comprobaba que sobre el banco donde estaba sentada, tenía muy bien colocado un buen puñado de hojas de papel y en ellas plasmados coloridos dibujos. Se sentó a su lado al tiempo que le decía:
- Estoy contento y ardo de emoción por ver tu trabajo.
- Espero que te guste porque de verdad he trabajado duro y poniendo en ello todo mi interés.

Con cuidado fue cogiendo cada uno de los trozos de papel, algunos en tamaña A6 y otros en A4, rectangulares y cuadrados. En cada uno de estos trozos de papel, aparecían bonitos dibujos con trazos en negro, azul, verde, bermellón y amarillo. Para excusarse de alguna manera, temiendo que no le gustara lo suficiente su trabajo, ella comentó:
- Yo no tengo muchos colores pero me he esforzado mucho para conseguir lo mejor.
- ¿Cuántos dibujos has hecho en total?
- Catorce porque con este número creo que queda bien ilustrado el relato que me has dado. Que por cierto, a mí y a mis amigos, nos ha gustado mucho. No es un texto solo para niños sino también para mayores. Me gusta lo que describes ahí y de la manera que lo haces.
- Pues te lo agradezco.

Pasaban los turistas para arriba y para abajo, indiferentes a lo que en el banco sucedía. Observaba ella muy interesada con el deseo de encontrar agrado en la cara del hombre. Pasados unos minutos y después de haber ojeado con ilusión y detalle el trabajo de la joven, dijo:
- Me gustan mucho y por eso te lo agradezco y te felicito.
Se iluminó su cara y ojos al tiempo que respondió:
- Pues gracias también de mi parte. Ha sido un reto para mí y ahora me doy cuenta que el dinero, en cosas como estas y otras, no es lo más valioso.

Unos minutos más tarde, recogió y guardaba los dibujos que la muchacha le entregaba. Le ofreció a ella los euros prometidos y al ver las monedas, como del corazón se le escapó:
- ¡Esto es mucho dinero para mí!
- Es tu trabajo y te doy lo que te dije.
En su gran bolsa de tela de colores, guardó las monedas, dejaron el banco, juntos los dos caminaron por la Carrera del Darro abajo y en la Gran Vía, la despidió, dándole las gracias de nuevo al tiempo que recibía de ella un trocito de papel y una aclaración:
- Aquí está mi dirección postal en Tampere, Finlandia para que me mandes los libritos que me has dicho cuando ya estén impresos. Me marcho el treinta de este mes, dentro de unos días y puede que ya nunca más vuelva a España ni nos veamos.
Y en ese momento, él sintió en su corazón que, además de joven y muy bella, era buena e irradiaba mucho encanto. Se dijo:

Jenni

"Es alta, delgada, ojos muy azules y claros, con pelo algo rubio y cara suave y dulce. En su nariz muestra dos pequeños aretes y en sus brazos y hombros, luce algunos tatuajes. Sonríe dulce y a pesar de aparentar poca cosa entre y frente a los demás, en su corazón anida un río de ilusión por la vida y ansia de un mundo bello, justo y más hermoso de lo que a diario a su alrededor se encuentra". Esto pensaba él mientras se alejaba por la Gran Vía, en dirección contraria a como iba ella. Por eso, al llegar a su casa, se puso y escribió los renglones que siguen y que pensó podría ser un poema y por eso le puso por título:

Poema para Jenni

"Conozco yo a un papagayo payaso y que algunos llaman 'papagayo pamplina', que se pasa el día alardeando de su título de doctor. Dice 'hola' a todo cuanto se mueve y luego, después de mostrar su colorido plumaje, se ríe en las caras de las personas. Piensa que hace gracia y en el fondo, detrás de cada tonta ironía suya, solo deja traslucir soberbia y prepotencia. Y es porque en el fondo, también está acomplejado. Cada blac, blac que sale de su boca, es un desprecio para todo el que le rodea.

Por eso ahora, después de haberte conocido a ti, payasa Jenni, creo que eres grande. Pobre como el más pobre, débil como el más pequeño, humilde como el ruiseñor que la primavera pasada vi por el río Darro y transparente como el cielo de Sierra Nevada. Y como no he podido evitar compararte con el payaso papagayo que conozco, he llegado a la conclusión que ni al talón de tu pie te llega. Porque es prepotente, malo en el fondo y engreído y tú eres tan sencilla, que disfrutas divirtiendo a los niños de los turistas para conseguir unas monedas a cambio. Sin que lo sepas y para siempre, por tu gran corazón y tu fresca inteligencia, yo te he nombrado hoy reina payasa del Paseo de los Tristes a los pies de la Alhambra. Y también para siempre, tu nombre será Jenni, la payasa".

Las torres de la Alhambra

Ahora es conocido con el nombre de Jesús del Valle. Del mismo modo en que fue bautizado varios siglos atrás. Pero antes, cuando en la Alhambra había reyes, príncipes y princesas, a este lugar se le conocía con el nombre de "El Valle de la Luz". Y tiene sentido este primer nombre y el segundo que le pusieron.

Porque el rincón sí es exactamente un valle. Todo un pequeño paraíso, más o menos a la mitad del recorrido del río Darro. A unos siete u ocho kilómetros del nacimiento de este río y casi a la misma distancia donde el cauce se entrega al río Genil, es donde se encuentra el valle que digo. Justo donde el río traza una amplia curva, obligado por una cuerda montañosa que nace justo donde la Alhambra se asienta. Esta gran colina, larga y muy robusta, es conocida con varios nombres: por donde la Alhambra, se le da el nombre de la Sabika, algo más arriba, el lugar muchos lo llaman Cerro del Sol, aunque sean los aledaños de este gran cerro, Luego, Dehesa del Generalife y llanos de la Perdiz. Y a la altura del valle que vengo diciendo, es donde encaja perfectamente el nombre del Cerro del Sol. Cumbre con 1036 metros de altura y verdadero Cerro del Sol porque es el punto más elevado. Por aquí, crecían y aun crecen, densos bosques de encinas, cornicabras, retamas, muchas aulagas y en las partes bajas, olivos y avellanos. Ya en los primeros tiempos de este edén, cuando era conocido como Valle de la Luz por lo bien iluminado que siempre está, gracias al brillante sol que en muchos momento lo baña, sembraban por aquí muchos olivos. También viñas y avellanos. Y dicen que las avellanas que se han dado siempre en este bellísimo lugar, eran las mejores de todo el reino de Granada. Lo mismo dicen de las uvas y el vino que salía de la viña que aun hoy en día puede verse no lejos del río. También en tiempos lejanos, en las

tierras de este valle y en las laderas que a un lado y otro lo encierran, se daban muy buenas cosechas de cereales: trigo, cebada, centeno, avena…

Porque el Valle de la Luz, además de una belleza excepcional, desde tiempos remotos, ha tenido mucha agua y muy buenas tierras. Pero sobre todo, sol y agua en abundancia, pura y fina porque el manantial donde brotan, se abre en la montaña bajo una roca. Y precisamente por esta abundancia de agua y buenas tierras es por lo que, desde tiempos lejanos, en el lugar siempre hubo grupos de personas. Al principio del siglo quince, en la construcción y existencia de un gran cortijo hoy conocido con el nombre de Hacienda de Jesús del Valle. Un gran complejo, recio, ampuloso y de alguna manera, bello.

Pero mucho antes de la Hacienda de Jesús del Valle, era importante un pequeño cortijillo en las tierras de este singular paraíso. Bueno, había más de una construcción ocupadas por algunas familias pero una en concreto es lo que interesa en este relato. Se alzaba, no lejos de la corriente del río. Sobre una llanura cara al sol de la mañana y, por lo tanto, mirando a Sierra Nevada y a un lado y otro, las tierras estaban sembradas de viñas y olivos. Blanco, rectangular, rodeado también de álamos y avellanos y con su corral al lado de arriba, para ovejas y cabras. Por el lado de abajo y hacia el río, se veía la senda que llevaba al gran charco. Remansado en la arena, entre algunas piedras y a la sombra de un par de almeces. Aquí era donde la madre muchas veces acudía para lavar la ropa de los hijos y del marido.

Y los dos hermanos, de entre diez y doce años, muchas veces también se venían con la madre cuando ésta lavaba en el río. Jugaban ellos con la corriente de las aguas, juntaban piedrecitas de distintos colores y tamaños, buscaban nidos de ruiseñores, recogían frutos silvestres, moras, avellanas, bellotas, majoletas, selvas, azufaifas, acerolas… Y luego decían a la madre:

- Por las aguas de este río de la Alhambra, un día flotaremos un barco construido por nosotros y nos iremos navegando hasta Granada.

- Eso será muy divertido y una gran aventura pero ¿y si os perdéis navegando río abajo hacia la Alhambra?

- No nos perderemos porque, según nos ha dicho nuestro padre, la Alhambra tiene muchas torres que se ven desde gran distancia. Iremos atentos a estas torres y nos servirán de guía.

Y para ir conociendo las torres de la Alhambra, muchas veces ellos se iban con el padre, cuando éste labraba la viña o los olivos, por el lado de arriba del cortijo. Y en estas ocasiones, era el hermano el que siempre decía a la pequeña:

- Subamos a ese cerro a ver si desde lo más alto, divisamos las torres de la Alhambra.

Y por el campo, pisando la hierba y siguiendo las veredas de las ovejas, se iban al cerro. Desde lo más alto, miraban y como no descubrían ni la Alhambra ni sus torres, se decían:

- Pues mañana subimos a ese otro cerro más alto, que desde ahí seguro que sí vemos las torres que buscamos.

Y al día siguiente, mientras el padre labraba las tierras de la viña y la madre lavaba en las aguas del río Darro, ellos remontaban otro cerro. Desde este monte, como sí era muy alto, descubrían algunas de las torres. Y entonces se entusiasmaban y se decían:
- Pues mañana subimos al monte de aquel lado del río, que desde allí se tiene que ver mucho más.

Y otra vez de nuevo al día siguiente y al otro, al cuarto y quinto día, subían a un monte y otro para descubrir las torres de la Alhambra. Hasta que llegó un momento que ya habían subido a todo los cerros que el río Darro tiene por donde las tierras de Jesús del Valle. Y como ellos fueron descubriendo que todos estos cerros eran más altos que las torres de la Alhambra, se le fue ocurriendo una nueva idea. Comenzaron a darle nombres a cada uno de estos cerros y comenzaron a buscar de qué manera conectarlos con las torres que soñaban. Hasta que un día descubrieron que subiéndose a lo más alto del cerro más elevado, el de los olivares al otro lado del río, desde su cumbre, se veían cinco o seis montes muy altos y todos parecían estar en línea recta con las torres de la Alhambra. Éstas se divisaban al final del todo, muy lejos y por donde el río Darro se perdía.

Y una tarde, estando ellos en lo más alto de este monte, frente a la puesta del sol y con las torres de la Alhambra al fondo recortadas y todas alineadas con los cerros que conocían, la hermana pequeña dijo:
- ¿Y si en lugar de construir un barco para irnos por las aguas del río, un día damos un salto y desde estas cumbres salimos volando hasta las torres de ese gran palacio?

Los pobres de la Alhambra

Ellos no sabían ni leer ni escribir pero tenían gran sabiduría. Quizás mucho más que los reyes de la Alhambra y que los generales que los servían. Porque ellos tenía muy claro que mostrarse sencillos en la vida y humanitarios con los demás, les protegía. Por eso, cuando alguien llegaba a sus casas o se acercaban a ellos cuando cultivaban las tierras de sus huertos, siempre le decían:
- Sed bienvenido y cualquier cosa que necesites, si yo la tengo o puedo, cuenta conmigo.
Y luego siempre, le ofrecían algo de comida, lo que tuvieran aunque fueran pobres. En ocasiones también decían:
- Quizás esté cansado o tenga sed o hambre. Con esto recuperará algunas fuerzas y como estos productos míos son buenos, ya verá qué bien le sienta.
Y a los que realmente le sentaba bien era a ellos mismos. Porque se sentían generosos, buenos por dentro y en el fondo, a salvo de que los atacaran o robaran. Entre sí, siempre comentaban:
- Aunque las personas sean desconocidas, hay que comportarse con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Y un día, por donde el río Darro tiene tierras llanas en sus orillas, antes de Granada y desde donde ya se ve la Alhambra, llegaron unos jóvenes. Un grupo de cinco o seis, con perros, mal vestidos, con barbas y

pelos largos y sin más utensilios ni alimentos. Se acercaron al río y donde las ruinas de un solitario edificio, se quedaron. Desde hacia tiempo este edificio estaba abandonado y se caía poco a poco. Los pobres de esta zona del río Darro no conocían al dueño de estas ruinas pero ellos sí respetaban el lugar como algo que no les pertenecía y que sí tendría su propietario. Sin embargo, los jóvenes, nada más aparecer por el sitio, se fueron derechos al edificio abandonado y enseguida lo ocuparon. Al verlos, los que tenían los huertecillos cerca o alguna casa o cueva, entre sí comentaron:
- No los molestemos ni les digamos nada que pueda ofenderles. Que no se hagan enemigo de nosotros porque eso no sería bueno para nadie.
- Sí, hagamos esto. Y si se acercan a nosotros cuando estemos cultivando las plantas de nuestros huertos, démosle lo que tengamos. Mejor que se lo demos nosotros a que ellos nos lo roben cuando no los veamos.

Y aquella misma tarde, el hombre pobre que tenía unas tierrecillas no lejos del edificio en ruinas, dijo a su mujer:
- Prepara una cesta grande llena de cosas. Todo lo que tengamos y puedas.
- ¿Para qué la quieres?
- Tú hazme caso y prepara lo que te digo. Después lo comentamos.

Y al instante la mujer cogió una cesta de mimbre, puso dentro patatas, higos secos, algunas naranjas y limones y también pan y uvas pasas. Cogió el hombre la cesta, en compañía de su hijo, caminaron por la senda dirección a la vieja casa, llegaron a donde los jóvenes estaban, los saludó y les entregó la gran cesta repleta de alimentos, diciendo:
- Esto es lo que tenemos. Compartirlo entre vosotros y así al menos, por unos días, coméis buenos productos. Después, Dios proveerá.
Ellos se lo agradecieron, se repartieron entre sí los frutos y luego dijeron:
- Tienen buen corazón estas personas pobres del río Darro, el de la Alhambra. Y como nos tratan bien, debemos respetarlos y no hacerles daño.

Los silencios del río de la Alhambra

El río que corre cristalino
rozando las murallas de la Alhambra
entre álamos y zarzas escondido,
es espejo y abriga en su alma,
los silencios y secretos más bonitos.
¡Cuánto saben y proclaman las aguas
de este bellísimo y transparente río,
ruiseñor enamorado de Granada!

Con frecuencia se le veía por las orillas del río Darro. Siguiendo el trazado de las sendillas que por esos lugares iban, en busca de su “rincón pequeño”. Porque con este nombre era como él siempre llamaba al solitario balcón frente al río. Pequeña repisa natural, alzada en una de las laderas, umbría o solana de la Alhambra y donde reinaba siempre un gran silencio. Tanto que hasta parecía que ni siquiera el tiempo por allí pasaba y las personas, tampoco. Solo él, cuando cada tarde llegaba, se acomodaba en lo

más alto, siempre donde la hierba se extendía en alfombra, no lejos del viejo almez y alzado en la ladera.

Y en este punto concreto, mirando al río, sumido en hondo silencio y quietud, se quedaba, a veces horas y horas. Muy pocos lo veían aunque sí muchos lo conocían. Vivía en las partes bajas del barrio del Albaicín, no lejos de la Alhambra y por eso estaba enamorado, no tanto del gran castillo como sí del río Darro, amigo inseparable de estas torres y murallas. Las aguas de este río, su rumor al saltar por la corriente, sus silencios remansados en los charcos y la luz que siempre con la corriente jugueteaba, era lo que a él más le divertía y alimentaba. Solo de vez en cuando, algún conocido se le acercaba, cuando lo veía recogido en el mirador de su rincón pequeño y comentaba:
- Debe ser algo muy grande lo que cada día descubres tú en las aguas de este río.
- ¿Por qué lo dices?
- Tanto rato aquí sentado, un día y otro y siempre frente a estas agua y como ajeno a cuanto te rodea, es por algo que los demás no sabemos ni adivinamos.
Y en alguna ocasión él les respondía:
- Es mi secreto personal pero sí que me alimento y me sacio de algo que nadie ni nada puede darme por ningún lado en este suelo.

Y a veces, en aquellos momentos o cuando la tarde caía y el sol se iba apagando, aparecía la niña. De pelo negro, cara redonda y cuerpo menudo y frágil como un soplo de viento. Él siempre se le quedaba mirando y esperaba. Ella, un día y otro y casi siempre por las tardes, se paraba en un punto concreto del río. Donde las aguas se remansan y parecen más puras que en ningún otro punto, miraba para el lado de la Alhambra en lo más alto de la colina y la llamaba:
- Mamá, asómate a la ventana que quiero decirte algo.
Y nadie se asomaba. Ni a la ventana ni a la puerta ni a ningún otro lado. Pero ella, después de un rato, esperando una respuesta, otra vez la llamaba:
- Mamá ¿dónde te has metido?
Y pasado otro buen rato sin que nadie apareciera ni contestara, la pequeña daba media vuelta, en silencio subía por la torrentera y cabizbaja se iba a su cueva, meditando nadie sabía qué.

Tampoco nadie parecía verla ni saber quién era ni lo que en su corazón palpitaba. Pero él, desde el balcón pequeño alzado en la ladera y frente al río, sí la observaba en silencio. Y a veces se preguntaba: “¿Quién será esta niña y por qué tantas veces viene a este río en busca de la madre que nunca se presenta?” Y como nadie tampoco respondía a esta pregunta, allí, en su silencio, frente a las cristalinas aguas del río, seguía quieto. Como ajeno por completo al mundo que le rodeaba aunque sí parecía alimentarse de las purísimas aguas de la corriente.

A sus espaldas, también siempre silenciosas y muy hermosas sobre la colina, emergían las torres y murallas de la Alhambra. Como mirando con él irse las aguas del río y como meditando y diluyéndose en el silencio y los

imperceptibles pasos del tiempo. ¿Quién era él y la pequeña del río que tanto necesitaba de la madre que nunca aparecía? ¿Qué misterios o secretos eran los que en el corazón de uno y otro, palpitaban y por qué la Alhambra sí parecía conocerlos y arroparlos desde su eternidad clavada? También yo sé dónde está y como es exactamente el rincón donde cada tarde se sentaba frente al río y abrazado por el más limpio de los silencios. Conozco el sitio que en forma de balcón se eleva cerca del río Darro pero no voy a descubrirlo. Ahora sé que el lugar, tiene algo de sagrado porque pertenece al universo de lo eterno y por eso nadie debe nunca mancharlo. Le pertenece, y también al río, como algo único y para siempre, ya que fue y sigue siendo su especial trocito de cielo.

Que no me quede ciego en Granada

Tenía su casa junto a las aguas del río Darro. En el tramo que hay entre el Paseo de los Tristes y la iglesia de San Pedro. Y su casa no era muy grande. Tenía solo un pequeño espacio, en la entrada, donde crecían algunas plantas: unos geranios, dos rosales, una maceta con hierbabuena, una parra, un jazmín y un naranjo. Pero su casa miraba a la Alhambra. La entrada, la puerta y también la pequeña ventana de su habitación. Pero él, al despertarse cada mañana, lo primero que hacía era prestar atención a la corriente del río. Y al oír el rumor de las aguas, siempre decía:

- Gracias, Dios, porque me permites gozar de la música del agua. Que nunca pierda yo la capacidad de oír estas maravillas.

Y luego, lentamente se levantaba, abría su ventana, se asomaba a ella y, al ver sobre la colina la grandiosa figura de la Alhambra, otra vez decía:

- Gracias, Dios, porque un día más me regalas con la visión de esta fantasía. Que nunca me quede yo ciego en Granada.

Y a continuación se quedaba allí, asomado a la ventana intentando percibir la caricia del vientecillo fresco de la mañana. Y al sentirlo rozar la piel de su cara, de nuevo decía:

- Gracias, Dios, porque también me permites gozar de la suavidad del aire acariciando mi alma. Que nunca pierda yo la capacidad de sentir la caricia del aire tan puro que siempre se pasea a los pies de la Alhambra.

Y a continuación abría la puerta de su casa, salía al pequeño jardín, acariciaba con sus manos la maceta de hierbabuena, las ramas del naranjo y las flores del jazmín y otra vez decía:

- Gracias, Dios, por estos olores tan finos, a los pies de la Alhambra. Que nunca me quede yo incapacitado para percibir el perfume que a todas horas regala Granada.

Y luego bajaba a las aguas del río, lavaba sus manos en ellas, alzaba sus ojos para observar otra vez la Alhambra y volvía a su casa. Preparaba su mochila, cogía su gorro verde y también su cámara de fotos y salía a la calle. Por el Paseo de los Tristes subía despacio, remontaba la Cuesta de Chapiz, tomaba por el Camino del Sacromonte, subía por las

Y se ponía luego a escribir en su cuaderno. Siempre solo y siempre en silencio, con la figura de la Alhambra continuamente reflejada en sus ojos.

callejuelas del Barranco de los Naranjos y, por encima de las cuevas del Museo del Sacromonte, se paraba. Buscaba los pinos que en el puntal crecen, frente por completo a la Alhambra. De su mochila sacaba su cámara de fotos, también su cuaderno y ponía su gorro verde sobre la hierba y, antes de ponerse a escribir, susurraba:
- Gracias, Dios, porque una vez más me has dado las fuerzas para volver a este balcón frente a la Alhambra, frente al río Darro y frente a Granada. Que nunca me quede yo sin energía para recorrer las calles, rincones y montañas de este reino tan lleno de magia.

Cuando se cansaba y sentía hambre, se comía su bocadillo, se levantaba, se iba siguiendo las veredas que surcan en Cerro de San Miguel Alto, bajaba al barrio del Albaicín, sobre su llanura en lo más alto y recorría las calles. Se asomaba al Mirador de San Nicolás, hacia fotos mezclado con los turistas y luego seguía bajando por la Cuesta de San Gregorio. Llegaba a Plaza Nueva y seguía caminando hasta perderse por Puerta Real, Carrera de la Virgen, Paseo del Salón y río Genil. De vez en cuando, por aquí se paraba, miraba las aguas del río y luego a las cumbres de Sierra Nevada, hacía algunas fotos y, a continuación, seguía diciendo:
- Gracias, Dios, por permitirme hacer estas fotos y escribir en mi cuaderno las cosas que veo y siento cuando voy por las calles de Granada. Que no me muera yo antes de proclamar a los cuatro vientos la belleza que cada día me regalas.
Y esto era lo que él vivía y sentía cada día desde que se levantaba. Hasta que una tarde, otoño y con nieblas sobre la colina de la Alhambra, caminaba por Plaza Nueva. Volvía a su casa y junto a la puerta de la iglesia, vio al anciano sentado pidiendo limosna. Frente a él se había parado un matrimonio y oyó que el hombre comentaba con ella:

Dadle limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.

Y vio que ella le regaló unas monedas. Siguió caminando por el que dicen es el paseo más bello del mundo, Carrera del Darro, al encuentro de su casa. Y al alzar los ojos y ver una vez más la grandiosa figura de la Alhambra coronando, susurró despacio:
- Gracias, Dios y te pido que nunca me olvide yo de dar las gracias. Por mi sencilla casa, por este río tan limpio, por la presencia de la Alhambra, por el airecillo fino, por la ciudad de Granada…

Porque no hay desdicha más grande
que conocer Granada
y olvidarse
de dar las gracias.

SINOMBRE Y YO –2
12 de agosto de 2019
Tú te fuiste, te moriste

Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio.

Tú,hace muchos días, muchos meses, muchos años que te moriste. Enterré tu cuerpo sin vida, por donde crecen las viejas nogueras, junto a la roca del manantial milagroso. Yo mismo con mis manos, mientras me chorreaban las lágrimas por las mejillas,escavétu tumba. Este era el rincón que, a lo largo de toda tu vida, más te había gustado. Por eso te di sepulturaen este sitio en aquel primoroso mes lleno de flores, aromas a hierba fresca, canto de pajarillos y hermosas nubes colgadas en el cielo. Era el mes más potente de la primavera. Tú te marchaste en época de primavera. Lo recuerdo con toda claridad, aunque hace ya muchos, muchos años que sucedió esto.

A partir de aquel momento, dejé de escribir en tu libro. El precioso libro que había empezado a escribir siete años antes, justo cuando nos hicimos amigos.A partirdel momento en que te moriste, cerré sus páginas. Lloré y te recordé durante muchos días.La soledad y la pena no se iban de mi corazón y los recuerdos me asaltaban en todo momento. A lo largo de siete años, día a día, habíamos vivido momentos muy importantes, bellos, sencillos, llenos de emociones algunos días, llenos de juegos y fantasías, muchas mañanas y tardes y llenos siempre de ansias de cielo, de eternidad, de paraísos lejanos donde no existiera ni el dolor ni las pérdidas ni la muerte de las personas y cosas queridas.

A partir de aquel momento y aún ahora después de tanto tiempo, deseé irme contigo. Se me hizo y se me hace muy difícil seguir en este mundo como esperando, nunca he sabido ni sé qué. Siento latir mi corazón cuando duermo, respiro el aire que me regalan las mañanas, las tardes y las noches, aspiro el olor a tierra mojada cuando llueve en otoño y el perfume de las flores cuando florecen en primavera, escucho el canto de los mirlos, el arrullar de las tórtolas y el piar de los gorriones, me embeleso con el murmullo del agua yéndose por la corriente de ríos, arroyos o manantiales y me extasío en los atardeceres sobre la Vega de la ciudad que conoces. Todo esto y muchas más cosas siento y palpo y ninguna me sacian plenamente. Es como si, en cada momento, estuviera esperando que justo llegué el final. Como si nada tuviera en este mundoo como si mi casa y hermosas cosas soñadas, estuvieran justo en el reino al que tú te has ido. Por eso quisiera irme yo también y así te lo digo.

Aprendí contigo y luego después he aprendido más, que ni las cosas ni las personas duramos para siempre. Todo pasa y pasamos, llegan nuevas

realidades, nacen nuevas cosas y vidas y el tiempo no se detiene. Nada se puede mantener para siempre y ni siquiera es inteligente intentarlo.Y sé que ni siquiera es buenoalimentar los recuerdos con aquello que ya se fue. Nada se consigue con elloporque lo nuevo tiene que nacer y desarrollarse. Y lo nuevo, las personas que van naciendo y creciendo, tampoco es bueno que se alimentanmucho o se les obligue a mantener las cosas del pasado. Es necesario que las cosas, las personas, los animales y las plantas, nazcan ymueran. No sé explicártelo mejor pero parece que así el Creador de todo cuanto existe, lo tiene decidido. Extraña es la vida a veces, hermosa y bella,misteriosa en muchas cosas y dolorosa, a veces, muy dolorosa.

Cuando estabas, en más de una ocasión te decía:
- Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio. Necesitamos de estos encuentros con nosotros, con la transparente belleza de las cosas, los profundos misterios del Universo y el Creador de todo. Porque nuestra alma necesita de este alimento.

¿Te acuerdas como, a lo largo de todas nuestras vivencias, por las noches nos gustaba contemplar las estrellas? ¿Te acuerdas como nos gustaba imaginar que en alguna de estas estrellas, estaba nuestra princesa esperándonos?¿Y te acuerdas como acurrucados uno contra el otro, nos quedábamos dormidos mirando a estas estrellas y soñando este sueño?¿Que dónde está ahora nuestra princesa? Sabes que de la noche a la mañana, guardó silencio y nunca más supimos de ella. No nos enfadamos entonces ni tampoco ahora le reprochamos nada. En la vida, casi nunca las cosas son tal como se sueñan. Y hay princesas que sí lo son de verdad y otras, aunque tengan el título, su categoría es pequeña. Pero también aprendimos juntosque lo que hagan o cómo se comporten los demás, no debe disminuir ni el amor ni la bondad de nuestros corazones. Juntos aprendimos esto y juntos lo practicamos hasta donde pudimos.

¿Te acuerdas de las primeras lluvias al llegar el otoño? A mi memoria acuden ahora estos momentos y aquellos días porque hoy, ya el verano va camino de dar paso al otoño. Nos gustaba a nosotros mucho cuando, en este preámbulo del otoño, las nubes aparecían en el cielo y comenzaban a derramar las primeras lluvias. Nos gustaba el olor a tierra mojada que enseguida se extendía alrededor nuestro y por todo el aire. Recuerdo que alguien me dijo un día: “La responsable del agradable olor a tierra mojada que solemos percibir tras la lluvia, es una bacteria inofensiva llamada Streptomyces coelicolor. Este microbio, productor de esporas, se encuentra en la mayoría de los suelos y produce una sustancia llamada geosmina, palabra de origen griego que significa “aroma de la tierra”.

A nosotros nosgustaban ver las nieblas revoloteando por las laderas hacia las partes altas de las montañas como buscando irse no sabíamos a dónde. Nos gustaba oír el ruido de las gotas de lluvia cayendo sobre las hojas de los árboles, sobre las piedras o sobre el ocre polvo de los paisajes. Nos gustaba sentir el airecillo fresco que en los momentos de la lluvia y después, se

empezaba a mover con letargo. Como si de pronto todo se despertara de una larga y muy espesa siesta y se prepara para un momento especial. Nos gustaban los tonos de las tardes y mañanas en estos días, nos gustaban las nubes en formas y colores distintos como colgadas del cielo, nos gustaban los atardeceres color naranja y rojo sangre derramándose en las grises y negras nubes, nos gustaban, días después, ver brotar las flores del azafrán silvestre por todas las laderas de las montañas, nos gustaba el brillo nuevo de las hojas verdes en los árboles y nos gustaba todo, todo. Yo me acuerdo especialmente de todos aquellos días en los primeros momentos del otoño y la cantidad de emociones distintas y maravillosas que sentíamos en nuestros corazones. Ahora, dentro de pocos días y como en aquellos momentos, va a llegar el otoño. Aparecerán las tormentas y las lluvias caerán como en aquellas ocasiones. Sé que no estarás pero en mi corazón se despiertan muchas sensaciones y por eso recuerdo esto y lo escribo. La estación del otoño creo que es la más hermosa parte del año. El otoño trae y se lleva cosas muy bellas, profundas, poéticas, espirituales, materiales, alegres y tristes.

Cuando era pequeño, sentía casi con la misma emoción estos primeros días del otoño. Desde la puerta de la casa donde vivía, desde la ventana de mi habitación que daba a las montañas y al valle por donde el río se alejaba, siempre me gustaba observar los extraños, misteriosos y a la vez hermosos fenómenos que estos días de otoño traían.Inmóvil, como ausente, en silencio y como meditando, me quedaba mucho rato mirando a las nubes negras asomar por encima de las montañas. Al poco veía y sentía los relámpagos y los truenos y no mucho después,comenzaban a caer las lluvias. A veces torrencialmente y otras veces, como jugando entretenidos juegos con las hojas de los árboles y las ráfagas del viento. Luego me gustaba ver los pequeños arroyuelos que enseguida aparecían y se desempeñaban ladera abajo hacia el barranco del río. Me gustaba oír el ruido de estos pequeños arroyuelos arrastrando hojas secas, pasto y tierra. Me gustaba respirar y oler el aroma de la tierra majada y me gustaba, como ya te he dicho, ver las misteriosas nieblas que de los barrancos comenzaban a elevarse.Como en bandadas de mariposas libres en busca de mundos desconocidos. Eran momentos misteriosos, llenos de asombros bellos e incomprensibles y cargados de mensajes grandes, muy grandes.

Por estos primeros días del otoño, era cuando a nosotros nos gustaba recorrer los campos en busca de las almendras. “Son los nuevos frutos del otoño”, te decía yo y tú te emocionadas. Sí, porque al comienzo del otoño es cuando se recogen las almendras, las nueces, los higos chumbos, los higos normales, Ficus carica, las avellanas, las granadas, las uvas y también las acerolas, majoletas,azofaifas, algarrobas y las moras de las zarzas silvestres que crecen junto a los manantiales, arroyos y ríos.Las naranjas, membrillos, castañas, bellotas, nísperos de invierno y aceitunas, maduran un poco más tarde. Ya casi al final del otoño o en las primeras semanas del invierno. Las setas en los bosques, pinares, encinares, entre jaras y tomillos, brotan y crecen en el otoño.Por eso es tan importante que las lluvias caigan precisamente al comienzo del mes de septiembre, ya próximo a los días otoñales. Si llueve por estos días y las temperaturas se mantienen más o

menos estables, en los campos no tardan en aparecer las setas. Los níscalos, champiñones, setas de cardo y muchas más. Algunas muy buenas de comer y otras, no tanto. ¿Te acuerdas tú cómo disfrutábamos también nosotros recorriendo los paisajes en busca de estos exquisitos frutos silvestres?

Donde yo enterré tú cuerpo cuando te moriste, como ya te he dicho, junto a la roca del manantial, los rosales y las nogueras, crecen espesos los escaramujos o rosascaninas, rosales silvestres. En primavera dan estas plantas flores pequeñas blancaso color rosa y en el otoño, estas plantas muestran las semillas maduras. Una especie de baya que al madurar por completo se torna naranja o roja sangre y dentro tienen las nuevas semillas. Bastantes animales silvestres se alimentan con estos frutos y también algunas personas los recogen para hacer infusiones. Así que este sitio donde ahora duermes para la eternidad, también en estos momentos el otoño lo cambia. Como si esta estación del año, de alguna manera, como si alguien muy poderoso, como si la naturaleza desde su silencio y tremenda fuerza, tuviera interés en rodear de armonía y belleza tu eterno sueño.

Por aquí cerca, donde descansas y el silencio y el tiempo parece arroparte en un invisible cielo, hay muchas hormigas. Insectos sociales que pueblan la tierra por todas partes en el mundo y que en este lugar concreto,se mueven y viven muy pacíficamente. Yo lo recuerdo ahora porque a ti también esto te gustaba: después de las primeras lluvias al final del verano o comienzo del otoño, en todos estos hormigueros y otros muchos más, empezaba a verse las alúas.Las observabas tú como meditando filosóficamente y, de vez en cuando, me mirabas. Yo entendía que querías preguntarme sobre estos insectos y por eso, a mi modo para que tú también lo entenderás, te decía:

“Cuando termina el verano y llegan las primeras lluvias, las hormigas voladoras abandonan su hormiguero para crear nuevas colonias. Este fenómeno se da después de que las hormigas con alas hayan realizado su vuelo nupcial o de fecundación. Tras éste, las hormigas pierden sus alas o mueren.Este tipo de hormigas son fértiles y pueden ser tanto machos como hembras, a diferencia de las hormigas sin alas, también conocidas como hormigas obreras, que no son fértiles y su objetivo principal es almacenar comida. La meta en la vida de las hormigas con alas es esperar a que llegue la época de las lluvias y abandonar el nido.En este momento, realizan su vuelo nupcial y se juntan en enjambres con machos y hembras de otros nidos cercanos y ahí es donde eligen a sus compañeros. Una vez que la hormiga reina ha sido fecundada, esta busca un sitio nuevo donde poder comenzar a crear su nido y establecer posteriormente su colonia.Cuando la reina elige su nuevo hogar, pierde las alas y se dedica a construir un nido y a poner huevos. La reina ha almacenado el esperma que ha ido recogiendo durante el apareamiento y luego elige mediante una fecundación selectiva los huevos que quiere poner”.

Por estos días de las hormigas con alas y las primeras lluvias, también nosotros nos volvíamos como niños pequeños observando otros casi insignificantes detalles. A los cinco o seis días de caer las primeras lluvias,

casi siempre en forma de tormentasque son las que anuncian el final de los días calurosos del verano y van dando paso al pórtico del otoño,comenzaba a brotar la hierba. En las praderas que conoces, junto a los caminillos, a un lado y otro de los arroyuelos, por entre los olivos y la viña, por donde el bosque de los robles, las laderas a un lado y otro del río y por las tierrecillas junto a los charcos del cauce. A los cinco o seis días de las primeras lluvias,empezaban a verse por todos estos lugares, pequeños tallos muy verdes y brillantes.

Al caminar contigo por los sitios que bien sabes, a veces me paraba y te decía:
- Fíjate que de nuevo vuelve la vida. Es un milagro y al mismo tiempo un mensaje grande, muy grande. Todos los años por estas fechas más o menos, brotan las primeras matas de hierba. Muchos, muchos años hemos visto ya este maravilloso milagro. Y estas pequeñas matas verdes que ahora empiezan a brotar, no son las mismas del año pasado ni serán las mismas que vuelvan el próximo otoño. Pero siempre parecen las mismas porque nacen con la misma belleza, el mismo color verde brillante, la misma frescura joven, la misma fragilidad y trayendo cada año el mismo mensaje. Es como si no lesimportara absolutamente nada de lo que ocurre entre los humanos y en el Planeta Tierra. La hierba nace, se ve pequeña y débil, crece vigorosa y fuerte y trae siempre el mismo mensaje.

¿Qué cuál es este mensaje? Fíjate que la hierba que nació el año pasado también a los pocos días de caer las primeras lluvias después del verano, ahora ya no tiene vida. Un año después, si miras por las praderas que nos rodean y las tierras cercanas, verás que aquella hierba es puro pasto color canela o naranja claro. Al llegar el verano, se secó. Sus semillas han sido recolectadas por muchas hormigas, buscada por algunos pajarillos y otros animales silvestres y las que han quedado esturreadas por el campo, ahora al llegar de nuevo las primeras lluvias, brotan y se convierten en lasmatas de hierba grandes y pequeñas.¿Ves el mensaje?

Por entre el pasto, por entre los esqueletos de la hierba que estuvo repleta de vida, por entre las cenizas, por entre la materia inerte y muerta, brota de nuevo la vida.Y lo hace de tal manera, que pareciera que por primera vez hubiera vida en el mundo. Como si por primera vez la vida se diera. Como si pareciera que lo que ha sido antes y ha llegado hasta aquí, a partir del momento en que de nuevo la vida comienza, lo que fue ya no sirviera para nada. Como si no hubiera existido.Y la pregunta podría ser que ¿para qué sirve entonces tantos raudales de vida en este mundo? ¿Para qué sirve tanta vida si dentro de nada la nueva hierba otra vez será pasto y se pudrirá y se quedará perdida en el tiempo y en la materia para siempre?

Ha pasado esto con las personas que conocíamos, con aquellos que creíamos que eran nuestros amigos, con el padre, la madre, los hermanos… Todos estuvieron llenos de vida y un día se convirtieron en pasto. Se deshicieron en el tiempo y en la materia y ahí están para siempre perdidos en la inmensidad del Universo. Solo nosotros algunas veces pensamos en ellos y nada más. Todo, absolutamente todo, ellos mismos, sus pensamientos, sus

obras, sus sueños, sus pasos por estos lugares, sus gotas de sudor, sus alegría y sus penas, de ninguna manera ya existen ni son nada. Es lo que te sucederá a ti y a mí quizá no dentro de mucho. Pero la hierba, ya lo ves, después de las primeras lluvias cuando va acabando el verano, brota y parece traer al mundo entero vida por primera vez. Parece esto y sin embargo no es así aunque en el fondo es enormemente bello y nos gusta mucho a nosotros. Nos gusta el color de la hierba, nos gusta su aroma, nos gusta su brillo cuando le dan los primeros rayos del sol de la mañana, nos gusta su temblor cuando el aire la caricia y nos gusta la hermosísima alfombra verde que extiende por todos estos lugares.

Y aunque sea cierto todo lo que te estoy diciendo, cuando ahora después de las primeras lluvias brota de nuevo la hierba, no siento alegría.No me alegro de que una vez más este milagro se repita. Son tantas las veces que he visto nacer la hierba cuando se va acercando el otoño, que ya casi no me transmite emociones. Que no me alegro como sí cuando estabas tú y también todos los que se han ido. ¿Sabes por qué me sucede esto?

El tiempo no ha dejado de avanzar y, sin que apenas lo haya notado, me ha acorralado en el lado de la vejez. Me ha hecho viejo, muy viejo. Y puede que por esto precisamente ya apenas tenga ilusión por nada en este mundo. Sé que como tú, cualquier día voy a marcharme de este mundo para convertirme en esqueleto de pasto, después en polvo y olvido para siempre. Tantas cosas he perdido, a tantas personas he visto irse para siempre, tanto todo ha cambiado una vez y otra, tanto y tanto se ha ido alejando y dejándome en la orilla, que ahora ya tan viejo y casi sin fuerzas ni amigos ni metas, no tengo ilusión por nada. Como si solo esperara el momento de irme como lo hiciste tú.

Aún así, cuando en estos días han caído las primeras lluvias antes del otoño y las primeras matas de hierba empiezan a brotar, al verlas me acuerdo también cuando compartía contigo otros detalles curiosos. Por entre los primeros y endebles tallo de hierba, cerca del cortijo, cerca del arroyo del balneario, cerca de la viña y por las veredas, nos gustaba nosotros observar a los últimos cigarrones. Pequeños saltamontes que, en estos templados días últimos del verano y pórtico del otoño, parecían surgir como de la nada por entre los primeros brotes de hierba. Pequeños a veces algunos y otros un poco más grandes y que al acercarnos nosotros, saltaban de acá para allá como si te miran algo. Contigo comentaba muchas cosas de estos pequeños insectos y también de las chicharras. Al irse acabando los días del calor del verano, las últimas chicharras se agarraban a las ramas de los fresnos. Después de las lluvias, algunas de estas chicharra, todavía cantaban al mediodía y al caer las tardes. Parecía que no quisieran irse aunque ya su tiempo se había terminado.¿Te acuerdas tú de esto cuando íbamos por los paisajes buscando las almendras que habían caído de las ramas?

Lo de las almendras era muy divertido y agradable. Casi siempre, al caer las tardes, nos íbamos por la ladera de los almendros y, de entre el pasto o los primeros tallos de hierba, recogíamos todas las almendras que ya habían caído. Al pasar el viento y mover las ramas de los almendros, los frutos ya

maduros y bien secos, se desprenden de sus tallos y caen al suelo. La naturaleza sabe mejor que los humanos, cómo hacer las cosas. De vez en cuando nos parábamos y, mirándonos el uno al otro, nos comíamos un puñado de estos frutos. Tú, con la cáscara y todo y yo, partiendo almendra por almendra sobre las piedras. Me gustaba mucho verte royendo estos frutos pacientemente mientras me mirabas o mirabas hacia los barrancos de las montañas como si buscaras algo.Te lo decía y esto a ti también te llenaba de satisfacción. Siempre tus miradas han sido enigmáticas, profundas bellas, muy bellas.

Me acuerdo en estos momentos de una mañana muy concreta. Era exactamente la mañana del día veintidós de septiembre. En los primeros días de este mes, habían caído algunas tormentas. Por eso esta mañana ya la hierba estaba un poquito alta. Las temperaturas aún se mantenían templadas y el cielo aquella mañana amaneció por completo azul. Por eso a media mañana sentí deseo de andar un poco por los paisajes que conocíamos. Te lo dijey cuando ya nos preparábamos para recorrer los caminillos nos llamó la atención algo que nunca habíamos visto por estos lugares. Un coche, una furgoneta no muy grande adaptada para rulot, por la noche había aparecido por aquí. Los que en este coche venían, lo habían aparcado en el camino por encima del balneario, no muy lejos de algunos árboles de almendros y granados. Desde la distancia, miré y VI a alguien cerca de este vehículo. Las puertas de atrás estaban abiertas y en una de ellas había un perro negro amarrado. Te dije:
- Ni nos vamos a preocupar por la presencia de este coche ni tampoco vamos a decir nada a las personas que hay estén. Parecen jóvenes turistas de estos que de vez en cuando llegan a un sitio, están un par de días y después se marchas para seguir susaventuras.

Tranquilamente no pusimos a caminar nosotros dirección al balneario por donde también estaban los almendros. Al pasar cerca de este coche y ver al perro negro amarrado a la puerta de atrás, lo llamamos y el animal ni siquiera nos hizo caso. En el suelo tenía dos recipientes metálicos. Intuí que uno era para la comida y el otro era para el agua. Seguimos adelante con nuestro proyecto y al poco, pasamos rozando las ramas de varios almeces. Desde aquí, algo al lado de arriba de donde el coche estaba parado, vinos como la puerta de atrás se abría. Salió por ella una chica joven con el pelo teñido de blanco, descalza, pantalones cortos y una blusa gris. Desató al perro y lo llamó. Éste dio unos ladridos y corrió por el caminillo. Detrás del animal avanzó la joven y nosotros esperamos un momento. Cuando se acercaba por entre las ramas bajas de algunos olivos y varios almeces, te dije:
- La vamos a saludar y le decimos que si quiere algunas de estas almendras nuestras.

Y esto fue lo que hice. Al pasar cerca de nosotros, la saludé y le dije:
- Por aquí hay muchos árboles que son almendros y los frutos, por estos días, ya están maduros. ¿Te apetece un puñado de estos frutos?
Parada, se nos quedó mirando expresando en su cara la sorpresa y sin pronunciar palabra. De alguna manera intuí que no conocía nuestro idioma.Le

mostré unas cuantas almendras que llevábamos nosotros y entonces simplemente dijo:
- Yes.
Con la mano le indiqué, caminamos unos pasos hacia el viejo almendro que hay junto al caminillo, no siguió confiada y también su perro y del suelo y entre la hierba, recogí cinco almendras. Busqué una piedra, partí varias de estas almendras, se las di para que las comieray esto fue lo que hizo.

De nuevo y de la mejor manera que pude, le indique que podía recoger todas las almendras que quisiera. También entendió y entonces nosotros nos unimos en estatarea. De los dos almendros que hay pegado a la torrontera antes del arroyo, recogimos más de un kilo de almendras. En la piedra gorda que hay también bajo uno de estos almendros, me puse a partir los frutos.Le indique a ella que fuera sacando las semillas del interior de las almendras rotas y con bastante entusiasmo, se dedicó a esto. Mientras hacíamos esta faena, de la mejor manera que pude, le pregunté de dónde era y entonces muy torpemente, indicó:
- Soy de Germany y hablo un poco el inglés.

Nosotros nunca hemos hablado el idioma inglés. Solo algunas palabras conocía yo y conozco. Con el pequeño bolígrafo de bambú que un día hice cuando tú dormías la siesta, en un papel, escribí estas palabras:
-What is your name?
Y ella respondió muy rápido:
- My name is Jules and my dog's name is Balú.
- Your name and your dog's name are beautiful. If you like these places, you can stay here every day you feel like it.
- Thank you.
Respondió ella simplemente

Durante bastante rato, buscamos almendras, luego algunas granadas, unos pocos higos de la higuera que pega al manantial y que todavía tenía algunos, también unos cuantos tomates que quedaban en las matas del pequeño huerto y después nos fuimos. Varias veces ella nos agradeció estos obsequios simplemente pronunciando la palabra gracias. Nos sentimos bien y no esperábamos de ella nada más. No queríamos pedirle nada. Y nosotros había solo el deseo de ofrecerle un poco de los simples y pequeños alimentos que por estos lugares siempre hemos tenido. Porque siempre a nosotros nos ha gustado compartir con las personas aunque fuera un simple puñado de almendras, un tomate, un par de granadas o cosas parecidas. Dar a los demás algo, aunque estos sean desconocidos, a nosotros siempre nos ha gustado. Es como si nuestros corazones sintieran la felicidad más sincera y hermosa de cuántas felicidades se pueden dar en este mundo, compartiendo estas sencillas cosas y otras parecidas.

Por eso a veces, compartiendo contigo mis sentimientos, te decía: “Cuando tú te vayas y yo también me vaya al universo de la eternidad y todo por aquí quede en silencio y quizás para siempre olvidado, en las fibras inmortales de nuestro espíritu,tendremos el gozo eterno de haber procedido siempre con honestidad.Lo único que jamás desaparecerá y que nadie puede quitarnos ni

prohibirnos. Ser honesto y comportarse con los demás con nobleza y amor, nos convierte en los más ricos y singulares. Esto lo sé desde hace mucho tiempo y por eso lo práctico contigo y con todos aquellos que me respeten y confíen en mí".

A los cuatro o cinco días de haber aparecido por estos rincones nuestro la joven de la furgoneta, ocurrió algo muy curioso. Pensando en ella y pensando en ofrecerle algunas cosas más que le sirvieran de alimento y fueran frutos de estos lugares, un día por la mañana te dije:
- Quiero llevarte a un lugar para mí muy especial. Y si por ahí encontramos y podemos coger algunos de los frutos que sé puede haber, se los traeremos a esta joven.
Sin más preámbulo ni preparativos, nos pusimos a caminar por la senda que sube por el cauce del río. No tardamos en ver al frente el cerro de los romeros. Mientras nos íbamos acercando, te relaté una vez más otra de las pequeñas aventuras que por aquí viví aquel día cuando era pequeño. Te dije:

- Un día también de otoño, cuando yo era pequeño y los padres me pidieron que vinieran por estos lugarescon los animales para que comieran, me ocurrió lo siguiente: hasta lo más alto del cerro, remonté. Dejé que los animales se esturrearan por estos lugares buscando sus alimentos y unas horas después, desde el lado del levante, vi que el cielo se cubría con densas y oscuras nubes. Temí que aparecieran las tormentas y esto fue lo que sucedió. Observando la oscuridad de estas nubes bastante lejos de donde yo estaba todavía, vi como los relámpagosdibujaban sin parar culebrillas, zigzag y arcos iris. Hasta mis oídos empezaron a llegar los estallidos de los truenos y, no mucho después, llegó el viento.

Las ramas de los árboles se cimbreaban de un lado para otro como si quisieran arrancarse y salir volando. Por la cañada de las encinas y hacia el barranco como si buscaran el cauce del río, estas ramas, hojas secas y pequeños trozos de palos,rodaban empujadas por el viento. Intuyeron los animales el fenómeno que se venía encima y por esta misma cañada de las encinas, se amontonaron. Como oyendo de algo trágico, todos en manada comenzaron a descender por las tierras de la cañada. Como en chorros desbocadoshuyendode algo terrible y como en busca algún refugio.

En unas grandes en rocas que ofrecían unarústica covacha, yo me refugie frente estacañada y frente a la manada de los animales que ladera abajo descendían. Por la parte alta, no tardé en ver aparecer lo más oscuro que la tormenta.Derramando relámpagos, rayos, chorros de lluvia y explosiones de truenos. El miedo también se apodero de mí. Inmóvil permanecí en esta covacha observando el fenómeno y durante rato, bastante rato, vi como las lluvia caía cachorros. Por las laderas comenzaron a despeñarse pequeños arroyuelos y por la cañada, también enseguida se abrió paso un gran chorro de agua. Agua color chocolate mezclada con piedras, ramas secas, hojas y trozos de palo.

Al final de la cañada, un poco antes de que ésta se junto con el río, los animales se perdieron. Por la derecha y siguiendo sendas por entre el monte,

rápidos subieron en busca de la majada. En cierto modo, me sentí aliviado porque vi que los animales buscaban un refugio en lo más seguro. Pero en cierto modo, tenéis que la tormenta se prolongará durante mucho rato y la noche me cogiera por estos lugares. Pero la tormenta, después de un rato no muy largo descargando agua, relámpagos y truenos, se abrió en mil nubes y el azul del cielo apareció.

Vi al sol cayendo ya casi al mismo lomo de la noche y el gran barranco del río, iluminado por estos dorados y últimos rayos del día. Dejé el lugar donde estaba refugiado, bosqué la mejor senda que conocía y, rápido, descendí en la dirección en que río se despeñaba. La corriente del agua era cada vez más impetuosa y teñida de color chocolate. No me asusté.Descendí casi hasta lo más profundo y me aproximé a donde la corriente se despeña en una cascada majestuosa. Por un bonito tobogán tallado en la misma roca y que traza curvas en forma de caracol. Al final de este tobogán, la corriente se desangra en un amplio y profundo charco y desde aquí rebosan las aguas y siguen deslizándose por el cauce del río.

Durante un buen rato y desde un lugar muy seguro, estuve contemplando este hermosísimo espectáculo. Algo maravilloso al tiempo que también asombroso que muy pocas personas tienen la suerte de disfrutar. La naturaleza, el mundo de las montañas, los ríos, los bosques, las laderas, fuentes y arroyos, con mucha frecuencia muestran imágenes únicas y llenas de gran misterio. Es esto lo que yo vi aquella tarde y gusté en silencio en las fibras más espirituales de mi corazón y alma. Y sentí como si la naturaleza, la tormenta, el viento, las nubes, las luces maravillosas de los últimos rayos del sol, el murmullo de las aguas deslizándose por la corriente, la quietud en los paisajes y el brillo de las lluvias en las hojas de los árboles, me asombraron hasta lo más profundo de mi ser.

No sabría yo ahora explicarte con sencillez y belleza lo que en ese momento sentí. Pero me sentí pequeño, abrazado por un ser grandioso que me sobrepasaba en todo y por todos lados y al mismo tiempo me llenaba del más amoroso y dulce de los abrazos. Me sentí bueno, me sentí inmortal, me sentí elevado sobre todas las cosas de este mundo, me sentí espiritual, me sentí querido y al mismo tiempo respetado y mimado en un reino impresionantemente bello y grandioso. Me sentí como dentro de un sueño donde lo material ya no es importante ni tampoco es importante el peso del cuerpo ni el dolor ni la tristeza ni frío ni el hambre ni el desamparo. No sé yo ahora tampoco cómo podría explicarte con palabras sencillas y hermosas la realidad que en esos momentos experimenté y en silencio contemplé.

Después de bastante rato contemplando este espectáculo y mientras las últimas luces del día se marchaban, me puse en movimiento por la senda que remontaba al lugar donde en aquellos momentos tenía el calor del hogar y de los míos. En este hogar hoy en ruinas y donde ya sabes parece que van a construir un palacio para la princesa de los zapatillos rojos, aquella tarde y aquella noche sentí también una vez más el cariño y respeto de los míos. Quise compartir con ellos la aventura que había vivido pero también me sucedió lo que me ocurre en estos momentos. Lasemociones y los

sentimientos medesbordaban y mi mente no era capaz de encontrar la manera de expresar las cosas.

Terminé de narrarte estaaventura justo cuando ya estábamos encajados en la umbría del cerro que íbamos a recorrer. Por entre los castaños, madroñeras, almeces, encinas, robles y arces, buscamos precisamente algunos frutos de estos árboles. Castañas principalmente porque las bellotas y los madroños todavía no habían madurado. Nos dedicamos a buscar las mejores castañas y, poco a poco juntamos una buena cantidad. Después de bastante rato en esta faena y cuando ya creíamos que teníamos lo suficiente para ofrecérselo a la joven de la foto bonita, nos preparamos para regresar. Sobre tu lomo, puse la pequeña talega de tela dondedónde teníamos las castañas que habíamos recogido. Regresamos por las veredas bastante ilusionados y, según nos íbamos a acercando a donde creíamos estaba la furgoneta de la joven extranjera, no veíamos a este vehículo. Te dije:
- ¿Qué puede haber pasado?
Y yo mismo respondí a esta pregunta:
- No creo que se haya marchado.A lo mejor se ha acercado a la ciudad a comprar algo o a saludar a los amigos. Por eso pienso que no se ha marchado sino que solo ha ido a hacer algo y luego volverá.

Pero mitemor se acrecentaba según nos íbamos acercando a donde la joven había aparcado su furgoneta. Llegamos a este sitio y por el suelo vimos trozos de cáscaras de granadas. Me gustó descubrir esto y un poco me entristeció. Me gustó porque a ver estas señales de cáscaras de granadas, enseguida pensé que eran de las granadas que le habíamos regalado unas horas antes. Y esto indicaba que se había comido los frutos que le habíamos ofrecido. Me satisfacía que esto hubiera sido así. Y me entristecía porque ahora estas cáscaras de granadas,eran como un testimonio de su presencia por este rincón nuestro. Como el único regalo que de ella por aquí quedaba. Y por eso estas cáscaras de granadas, acentuaban su ausencia transmitiendo cierta tristeza.

Durante unos segundos, miré en silencio y no compartí contigo ninguna palabra.Observé el sitio donde había estado aparcado su coche, observé los trozos de la piel de las granadas,observé el entorno y luego nos movimos para el terraplén a la derecha. Crecían aquí unos almendros de tamaño enano, cuatro o cinco olivos de troncos retorcidos y añosos y por eso de edad centenaria, un viejo eucalipto, algunas encinas no muy grandes y un par de árboles de la especie almez. No muy lejos. Uno de estos árboles, puse la talega con las castañas que traíamos. Te pedí que te dedicarás a lo que quisieras y yo me puse a buscar ramas secas y algunos trozos de palo también secos. En poco rato junté un buen puñado y, entre unas piedras, prendí fuego a este combustible. Lentamente el humo empezó a brotar y las llaman también saltaron enseguida. Con mi pequeña navaja cabritera que casi siempre llevaba conmigo, hice cortes a un buen puñado de castañas y en la brasa de esta lumbre, las fui poniendo. Mientras hacía esta faena te miraba y miraba para el sitio donde la joven había tenido aparcada su furgoneta. Mirada al sol que poco a poco iba cayendo por el lado de la tarde y

dejaba que mi corazón rumiara la pequeña tristeza y los recuerdos. No sabía porqué y ahora tampoco lo sé, sentía como la necesidad de llorar.

De las incandescentes brasas de la lumbre, comenzó a surgir pequeñas nubecillas de vapor con olor a castañas asadas. Me gustó y me sigue gustando este refrescante y misterioso perfume de frutos silvestres. Con un trozo de palo, cuando ya noté que las castañas estaban en su punto,las retiré de la brasa y sobre la hierbecilla que ella empezaba a brotar en estos primeros días del otoño, la fui colocando. Te llamé y al acercarte, te ofrecí un puñado de castañas pero de las que aún no estaban asadas. Estos frutos y otros silvestres, siempre te han gustado y siempre he notado que te los has comido consumo placer. Te miré con afecto y te dije:

"Éstas que ya asadas aquí sobre la hierbecilla tengo, si la joven de la fuboneta no se hubiera marchado, ahora mismo se las habríamos ofrecido. Pero ya ves que no está por aquí. Voy a comerme yo unas cuantas para acompañartey para aliviar un poco la desazón que esta muchacha al irse nos ha dejado en el corazón. Sucede y vivimos una vez más, lo que en otras ocasiones ya te he dicho. Que las cosas y las personas se mueren. Porque, aunque no sea cierto, cuando una persona se marcha y de alguna manera se intuye que no va a volver, es como si hubiera muerto para siempre. Conocemos nosotros muy a fondo esta experiencia. La hemos vivido bastantes veces por la necesidad que en nuestros corazones hay de amar y ser amado.

Ahora mismo, ha sido esta joven la que nos has regalado un puñadodetristeza. Sin saber quién era ni de dónde viene ni tampoco saber lo que por aquí está buscando, en cuanto la hemos visto, nos hemos sentido impulsados al ser bueno con ella. Ya sabes que le hemos ofrecido nuestro sincero respeto, los frutos que por aquí tenemos, la admiración por ella y la alegría de verla por aquí. Sin saber quién es ni conocerla de nada, la hemos tratado con cariño y generosidad. En nuestros corazones hemos sentido aprecio por esta criatura igual que lo sentimospor tantas y tantas otras personas que también de nuestro lado se han marchado.

La lista es larga y por eso sería muy pesado enumerar a cada una de las personas que conocimos y ya no están. La lista es larga. Pero, aunque el tiempo ha pasado, ha llovido mucho, han venido muchos días de calor en verano, ha nacido y muerto muchas plantas y flores en primavera y han caído y también han muerto las hojas de muchos árboles en otoño, nosotros no hemos olvidado. Ni siquiera hemos olvidado a una sola de las personas que conocimos y sinceramente le ofrecimos nuestro respeto y cariño. Personas que, si quererlo ni buscarlo, en un momento dado de nuestra vida, aparecieron y luego se marcharon. La lista es larga pero ahora, como si se hubiera presentado el momento ideal, aquí a tu lado y en esta tarde de otoño cuando ya la Navidad no está muy lejos, voy a recordarte y contar algo de algunas de estas personas. Todas maravillosas en nuestros corazones porque las amamos con elmás sincero cariño y solo algunas fueron agradecidas con nosotros.

Me apetece recordar y compartir contigo el recuerdo de algunas de estas personas. La más cercana, es la muchacha de las furgonetas que acaba de marcharse. Ya sabes quién es lo que ha sucedido. La siguiente más lejana en esta lista, fueron aquellos niños del blanco pueblo en el Parque Natural de Cazorla Segura y Las villas. Los conocimos por casualidad un día de invierno y, a lo largo de muchos, muchos años, jugamos juntos y fuimos felices en su compañía. Poco a poco crecieron, se hicieron grandes, fuimos dejando nuestros juegos y encuentros, murió la abuela, murió la madre, se esparcieron ellos y poco a poco dejamos de saber uno de los otros. Hace ya de esto tanto tiempo que hasta parece que fue un sueño en siglos lejanos, muy lejanos.

Hace algunos años, por aquí en Granada, conocimos a varios jóvenes estudiantes de países extranjeros. No muy intensamente pero si con sinceridad en nuestros corazones, compartimos con estos jóvenes tardes, mañana, excursiones y paseos por las montañas y también por las calles de la ciudad. Al acabar el curso, se marcharon a sus países de origen y, todavía durante un tiempo, compartimos algunos momentos. Luego, también poco a poco nos fuimos olvidando y en el silencio permanecen ahora. ¿Qué ha sido de ellos y porque nos hemos perdido unos de otros para siempre?Ni siquiera quiero pensarlo aunque sí me entristezco recordando estas cosas y momentos.

Por eso no voy a seguir recordando a las muchas personas que conocimos y, quisimos con el máximo respeto y delicadeza. Vente tú ahora aquí a mi lado, cerca de este fuego que se va apagando. La noche va a tardar poco en llegar y por eso, si el sueño me vence, quiero dormirme sobre tu lomo como lo he hecho otras muchas veces".

Mi última oración
Navidad 2019

Los lugares, los paisajes que fueron escenarios de los juegos en nuestra infancia, serán siempre para nosotros, los más hermosos mundos del universo. El cielo real y para siempre en el alma de cada persona. Por eso, al llegar la Navidad, todos, queriendo y la mayoría de las veces sin desearlo, volvemos a los escenarios y vivencias de nuestra niñez. Indica esto que quizá nada sea más valioso en la vida de cada persona. Con el paso del tiempo y más cuando llegan estas fechas, caemos en la cuenta y descubrimos con fuerza la realidad que acabo de comentar. Y matizo que la Navidad es como entrar a lo más profundo del corazón y ahí encontrarse, abrazar y saborear, lo más limpio y bello de nuestros primeros sueños.

Tú te viniste junto al fuego, te recostaste sobre la hierba, la noche fue llegando y sobre tu lomo y blanco pelo,recosté mi cabeza. No tardé en quedarme dormido y enseguida mi mente se puso a soñar. Y en este sueño delicioso y a la vez extraño y algo doloroso,vi y viví lo siguiente: era también otoño y la Navidad no estaba muy lejos. Según el sol se iba ocultando tras las montañas en el horizonte lejano, el cielo se llenó de espesas nubes. El frío se hizo muy intenso y antes de que la oscuridad de la noche llegara plenamente, la nieve comenzó a caer.

Desde mi ventana,miré durante un rato. En la tranquilidad de la noche e iluminados por los reflejos de las luces en la calle,contemplé en silencio los copos de nieve cayendo. Espesos y como jugando a dormirse en las hojas del acebo, en las ramas de los árboles, sobre la hierba y el pequeño huerto a mis espaldas. Sentía que todo era hermoso a la vez que extraño, un poco melancólico, profundo y lleno de misterio. A mi mente acudieron los recuerdos y fueron tantos, todos muy importantes y enormemente deliciosos a la vez que tristes, que me sentí superado y trascendido.

Quizás por esto y como todo transcurría en sueño y en los sueños tú ya sabes que las cosas ni tienen lógica ni escenarios concretos ni tiempo real, comencé s verme por entre la nieve y los caminos. En el corazón mismo de uno de los paisajes más hermosos de este planeta: las montañas que recorrí a lo largo de muchos años y que se me hicieron paisajes inmortales en mi corazón y alma. Me vi subiendo por el camino que desde el río remonta lentamente trazando curvas hasta el agudo monte del castillo. Nadie me acompañaba. Era de noche pero desde lo más hondo de mi ser, todo se me presentaba con la claridad del día más luminoso. Era de noche, nevaba copiosamente, no hacía frío ni viento, todo estaba muy en calma y en silencio, al frente y muy elevada, me saludaba la montaña con el castillo en todo lo alto y el momento era realmente especial. Era exactamente la noche de Navidad.

Mis manos no estaban frías, tampoco mi cara ni mis pies y me sentía como si mi cuerpo no pesara. Como si, aunque seguíaperteneciendo a esta tierra, no fuera así. Por eso avanzaba pisando la nieve que tapizada la estrecha senda por entre el montey por eso niesta nieve ni el monte eranobstáculos para mí.Ardía en mi interior el deseo de alcanzar la cumbre del monte donde el viejo e imponente castillo se alzaba. En este momento y en esta noche, sentía que era especialmente importante para mí, situarme en este punto de los paisajes y del mundo.

Rocé, por mi derecha, el acantilado rocoso y me encontré de frente con la pequeña cueva. Cavidad rocosa donde, años atrás, había pasado los últimos días de vida una persona muy querida. Vivía solo, apenas tenía ropa, cogía el agua del pequeño manantial a los pies de la roca, guardaba algunos alimentos en las repisas de las paredes de la cueva y en un rincón, encendía fuego. Para calentarse en los días de invierno y para asar bellotas, castañas y setas en los días del otoño. En la torrontera, por el lado de debajo de la cueva, Tenía un pequeño huerto. Tanto en verano como en otoño, invierno y en primavera, en estastierrecillas sembraba algunas cosas.Y en la paredes de la rústica cueva, al lado derecho, En la pura roca, había tallado algunos carcteres.**大头哈**西尼亞

Un día le pregunté y me dijo:
- Esto es algo tan personal que nunca he compartido con nadie. Pertenece un trozo de mi vida que considero tan importante, que en este trozo del tiempo y vivencia, estoy contenido todo y la eternidad en la que creo.

- Precisamente por lo que me dices y de la manera en que me lo dices, en mi corazón arde el deseo de saber más sobre este trozo de tu vida.
- Quizás te cuente un día porque ahora no creo que sea el momento.Sí te digo para que lo tengas en cuenta por si algo en algún momento puede servirte, que el alejarse de las personas y perderlas para siempre cuando aún tenemos vida en este suelo, es una desgracia. Una gran desgracia que nos hace más pequeños y miserables dentro del gran plan del universo y la eternidad. Las personas, cuando aún estamos en este mundo y respiramos el aire que nos regalan, nunca deberíamos dejar de querernos unos a los otros. Nunca deberíamos distanciarnos ni perdernos para siempre. Es un fracaso triste si esto sucede.
Y no insistí más ni tampoco le hice ninguna pregunta aquel día ni en los que siguieron.

En la misma puerta de la rústica cueva, crecía un arbolito que siempre estaba verde. Era un acebo. Todos los inviernos este arbolito se llenaba de bayas rojas y en sus ramas, desde primeras horas del día hasta media tarde, siempre descansaba una pequeña bandada de gorriones. Como compañeros y amigos fieles que, de alguna manera, parecían querer dar compañía a este hombre. En el centro de este arbolito, en las ramas interiores y partes bajas, también con mucha frecuencia revoloteaban mirlos. Cantaban mucho según la primavera iba llegando y hacían sus nidos entre estas ramas. A él le gustaba mucho la presencia de estas aves y por eso nunca las molestaba. Al contrario: de vez en cuando, les daba algo de comer y procuraba no asustarlas para que se sintieran cómodas. Su presencia era como una compañía muy especial.

Desde el día que hablécon él lo de los signos grabados en las paredes de la cueva y a lo largo de bastante tiempo, compartimos horas silenciosas, pasos por lassendas de estasladerasy montañas.Cargando en su borriquillo ramas secas del monte, hortalizas y frutas de su huertecillo,hierbas y otras cosas recogidas por las tierras de estos lugares.Era hermoso verlo solitario ir y venir recorriendo las sendas en compañía de su pequeño y humilde borriquillo. En los días calurosos, en los días de lluvia, en los días del otoño, en los días perfumados de flores de romero en primavera y en los días de nieve en invierno. Era hermoso verlo siempre al lado de su borriquillo surcando los caminillos de estas montañas.

Y con frecuencia, cuando nos parábamos a descansar en alguna curva de los caminillos y nos sentábamos en las rocas frente a las altas crestas al lado del levante, me decía:
- Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias.Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límitesy sed consciente del placerde esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirte en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más

profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo.

Estas cosas me decía y a cada momento notaba que quería enseñarme el camino a esta taníntima oración. Lograba yo entender un poco peroal mismo tiempo, era consciente de mis limitaciones. Un día,dejé de verlo. Al llegar a su cueva, no lo vi, lo esperé y no llegó, lobusqué por todos estos lugares y no lo encontré. El silencio se hizo en su cueva, el tiempo poco a poco fue llenando de telarañas, musgo, ramas de hiedra y humedad, las rocas de esta cueva suya y en las piedras de las paredes, permanecían tallados los caracteres enigmáticos que nunca me reveló. Llegué a descubrir que era el nombre de una persona pero nada más pude averiguar.

Continúo ahora hacia mi lado izquierdo siguiendo la sendilla que lentamente va remontando al collado por donde aparecen las primeras casas del pueblo. Por aquí hay más cantidad de nieve pero no me preocupa. La nieve, la lluvia, el frío, el viento, el sol, las nubes, la soledad de estos lugares, el olor a monte y a flores de romero, siempre me han gustado y me seguirán gustando. Tengo muy claro que es parte del gran tesoro que espero encontrar el día que me marche de este suelo. Porque me marcharé como tantos se han marchado desde que este planeta existe y tantos aún más se irán marchando poco a poco cada día.

El hombre de la cueva, trazó por aquí una pequeña acequia. Para encauzar y llevar un hilillo de agua a las tierras de sus huertecillos. Junto a esta acequia, crecía y aún sigue creciendo una encina centenaria.Un árbolmajestuoso que todos los años a llegar estas fechas, deja caer de sus ramas frutos muy buenos. Bellotas gordas que él recogía y asaba en la lumbre de su cueva. Muchas veces compartir con él esta experiencia y también la recogida de madroños por estas fechas. En esta pequeña acequi, crecen madroñeras centenarias, algunas higueras, la encina que he dicho y majoletos. Conforme ahora voy andando, al pasar por debajo de las ramas de la encina, miro y encuentro algunas de estas bellotas. Ya se han desprendido de sus cascabillos maduras y, por entre la nieve, me las encuentro. Recojo un puñado y me las voy comiendo mientras continúan avanzando. Igual que hice muchas veces en compañía del hombre de la cueva y también en compañía de los niños del valle de los olivos.

Es lo que a mi mente viene justo en el momento en que remonto al collado. Tiempos atrás ya hace muchos meses incluso años, por este collado y en este rincón del paisaje, jugamos, caminamos, íbamos y veníamos en grupo. Ellos, los niños de uno de los pueblos de estos lugares, eran felices y se sentían libres. Yo era aún más feliz y me sentía orgulloso. Pasó el tiempo y estos niños lo mismo que el amigo de la cueva, fueron alejándose de mi vida. Nunca los olvidé pero ellos y yo, dejamos de juzgar por estos lugares. Nos distanciamos con el paso de losaños y nos perdimos los unos a los otros casi para siempre.

Al llegar a este collado, a mi mente acuden estos recuerdos y, aunque hago un esfuerzo, no puedo comprender del todo ni tampoco puedo evitar sentirme

triste. La nieve sigue cayendo en gran cantidad, la noche avanza hacia su centro, no siento frío y me noto abrazado y rodeado de un densísimo silencio. Y aunque la nevada es copiosa y la noche está casi en su centro, la claridad lo inunda todo. Como si una tenue y a la vez delicada luz, manera de las nubes que están dejando caer los copos de nieve y lo iluminara todo.

Sigo avanzando y me vengo ahora, desde el collado, hacia el lado izquierdo. Camino un poco pisando la nieve y me encajo en lo más alto del pequeño mirador. Elrecogido mirador que, sobre la pura roca, se asoma al gran barranco y al enorme monte al frente.Fueexactamente aquí donde los niños también jugaron mucho a lo largo de las tardes y mañana y fue también exactamente aquí donde, aquel año que yo te traje conmigo a este pueblo, nos paramos a descansar. Sin pronunciar palabras, miramos durante un rato a un lado y otro y al pueblo rebosándonos por detrás. Ahora recuerdo aquel momento y mi corazón tiene nostalgia. Todo fue sencillo pero como era sincero, tenía su limpia belleza y por eso en este momento, lo recuerdo con tanta fuerza.Como si las vivencias de aquellos días, las de los niños del valle de los olivos y las que compartí contigo cuando con el filósofo veníamos a este pueblo en los veranos, ahora fuera mucho más grandes y hermosas que todo el presente que vivo.

Pero lo sé: el tiempo desde su silencio y la inmensidad, llega imperceptible, avanza imperceptible, se aleja imperceptible y ya nunca más permite el regreso al pasado. Como si diera a entender que el presente es el único instante en el que podemos construir, hacer o deshacer según nuestra voluntad. Antes del presente, no somos dueños de nada y después del presente, solo nos quedan los recuerdos. Casi siempre mundos hermosos, alegres o tristes, en los cuales ya no tenemos capacidad de vivir, hacer o deshacer según nuestra propia voluntad.

Con el paso del tiempo, con las ilusiones que este paso del tiempo fueron despertando en mí, con los sueños que tuve y realicé o no, he aprendido algunas de las cosas que te estoy diciendo. Y ahora casi llego a la conclusión que este aprendizaje me sirve para ver con más exactitud el valor que tiene el presente que vivo y el valor que puede tener el futuro que me espera. Porque soy también consciente que la meta final la tengo cerca. Y soy también consciente que mientras he venido caminando hasta este punto concreto, me he ido poco a poco quedando desnudo. Desnudo de amigos, desnudo de personas conocidas, desnudo de sueños, desnudo de sendas y lugares, desnudo de juventud y hasta desnudo de fuerzas. Por eso te repito que soy consciente de que la meta final la tengo cerca y de que el tiempo en este planeta, para mí ya es corto, muy escaso.

Durante bastante rato, me he quedado quieto, meditando yobservando en lo más alto de este mirador. Dejando que la nieve caiga sobre mi, sintiendo el frío del ambiente, dejando que los recuerdos empapen mi alma y corazón y dejando que mi mente abarque lo que pueda, la trascendencia de este momento y lugar. Luego, pisando el cada vez más espeso manto de nieve y con la seguridad que me da el resplandor de los paisajes, me giro hacia el lado del pueblo. Camino y empiezo poco a poco a subir. Tú bien sabes que

este pueblo está exactamente en lo más alto de una pequeña montaña. Por eso yo, cuando en otros tiempos escribía sobre estos lugares, siempre hablaba de este núcleo de población como el "Pueblo de las Cumbres". El de las casas blancas como colgadas en las rocas y en la ladera y el de las calles empinadas con el castillo en todo lo alto. Tú conoces bien este lugar. Despacio, cada hora y cada día, pisamos los caminillos, calle y rincones de este blanco pueblo. Y para disfrutarlo más, lo escribí. Nació de aquí un bonito y curioso libro que ha quedado para mantener tu recuerdo y algo el mío.

En el silencio de la noche y por entre la blanca nieve, avanzo calle arriba. A mí derecha me va quedando el lugar donde en aquellos días nos juntamos varias veces con un amante de estos rincones. Un hombre mayor que varias veces invitó al filósofo y a mí con él, a comer en este restaurante. Fue muy generoso este hombre y por eso ahora lo recuerdo y se lo agradezco. Y además de generoso, fue amable y escuchó con atención y respeto todas las palabras que salían de la boca del filósofo.

El filósofo, hombre bueno, delgado, barbas blancas y alto, hablaba mucho y siempre pronunciaba palabras extrañas. Parecía anunciar y soñar escenarios que nada tenían que ver con la vida real en este planeta. Pero el filósofo, era un hombre bueno, muy bueno. También un día se fue de este mundo como te fuiste tú pero en aquel momento, cuando el hombre bueno nos invitaba comer en este restaurante ahora a mi derecha, él hablaba y hablaba dando la impresión de no estar en este mundo real. Y me admiraba y sigue admirándome el respeto con que las personas siempre lo escuchaban. Sus palabras parecían anunciar la belleza más limpia que hay en los corazones de las personas y en las profundidades del universo. El filósofo era un hombre bueno, muy bueno.

Sigo avanzando y ahora recuerdo que justo aquel verano que conmigo te traje a este pueblo, cuando entrábamos por aquí en busca del corazón de este blanco núcleo de viviendas, el filósofo lo hacía montado en tu lomo. Como un caballero de los tiempos antiguos, enjuto, barbas blancas, pelo también largo y blanco, figura hermosa y piernas largas.Era don Quijote pero montado no en Rocinantesino en ti: un hermoso burro blando y noble.Y conforme íbamos subiendo esta calle hacia el corazón del pueblo, la gente nos miraba y a mí no me importaba. Tú caminabas muy seguro y yo lo hacía pegado a tu cuello. El filósofo era el rey, tú el trono y yo el humilde acompañantepero tu amigo amante de lo bello. Una escena extraña pero muy sincera y curiosa que a la gente le llamaba la atención.Pero la gente nos conocía y por eso nos recibieron con agrado.

Atravieso ahora yo el arco que da entrada al corazón del pueblo con la misma solemnidad con que lo hicimos aquel día. Aquel día era pleno verano y hacía mucho calor.Ahora es pleno invierno, noche cerradaen nubes y nieve porque es exactamente la noche de Navidad y nieva. La nieve se extiende por la calle como una alfombra de algodón recién lavado y el silencio es profundo. En aquel momento, por aquí las personas estaban sentadas frente al valle y frente a las cumbres de los montes observando los paisajes y observando nuestra llegada. En este momento y noche silenciosa llena de nieve, nadie

hay por aquí. Solo el silencio, la nieve cayendo lentamente, el titilar de algunas luces algo amarillentas y, según avanzo,a mis oídos comienzan a llegar elmurmullo del agua del pilar de piedra. El gran pilar imperial que justo delante de la casa donde nos quedamos a vivir, se encuentra.

Al llegar aquel día, como hacía mucho calor y tú venías casi agotado por la subida de la calle encuesta y por el peso del filósofo en tu lomo, antes de entrar a la casa, bebiste largos tragos de agua fresca en este pilar,antiguo monumento construido en piedra y muy importante en este pueblo. A la sombra del árbol que cerca del pilar crece, te dejé por un momento. Acompañé a filósofo y entramos a la casa. Una pequeña vivienda casi en la misma puerta de la grandiosa iglesia construido también en piedra. En la planta segunda y en la habitación que ofrece una ventana justo al pilar histórico, se acomodó el filósofo. En la planta tercera y en la habitación que da al tejado de la iglesia, me instalé yo. Hacía mucho calor y por eso las chicharras cantaban. Esta noche, la nieve y el silencio, es otro mundo.

Al poco dejé la casa, me acerqué a ti con la intención de seguir.Desde la sombra del árbol, me mirabas con ojos de asombro. Ahora esta noche de nieve y hondo silencio, al llegar a este pilar, me lo encuentro solitario. Con su chorrillo de agua cayendo lentamente en el mismo centro del pilar, con los puñados de nieve sobre el brocal de este pilar y con algunos carámbanos de hielo colgando a los lados del chorrillo de agua.La ventana de la habitación donde se instaló el filósofo, está cerrada está cerrada la puerta que da entrada a la casa, está cerrada la puerta de la iglesia y están cerradas casi todas las puertas de las casas en este pueblo.También las ventanas y de algunas chimeneas, brotan pequeños hilos de humo. Huele a leña quemada, a setas y a castañas asadas.El silencio es total, las calles están tapizadas de nieve e hielo, a nadie, absolutamente a nadie se ve por ningún lado y la amplitud de los paisajes por el valle de los olivos y las montañas en el horizonte, parecen reflejar un mundo por completo desconocido para los humanos. Como si hubieran transcurrido muchos, muchos siglos y ahora mismo los escenarios son como fantasía o sueños en el corazón de un infinito universo. No tengo frío ni hambre ni necesidad de nada. Sé que estoy abrazado y protegido por el Dios que he llevado en mi corazón a lo largo de todos los días de mi vida en este suelo. No tengo miedo ni frío ni hambre. Y, a pesar de todo, mis ojos, mialma y mi corazón, solo están contemplando belleza.

El árbol donde tú descansaste a la sombra, sigue aquí pero esta noche está muy decorado. Lo han decorado con bombillas de colores y en todo lo alto han puesto una estrella luminosa. La nieve decora sus ramasy los copos que caen, delicadamente juegan con el resplandor la estrella brillante.Es Navidad y las personas hacen estas cosas, decoran las casas, calles y árboles para crear ambiente.Quieren que, de alguna manera, su pueblo esté bonito en estos días de Navidad. Para disfrutarlo y animarse ellos y para que lo disfruten y se animen los que por aquí vengan en forma de turistas. La Navidad, tiene estas cosas y despierta estos sentimientos y deseos.

Pero aunque el árbol sigue aquí y también la fuente y la pequeña casa donde pasamos unos días el filósofo y yo, ahora tú no estás, no está el filósofo, no está el hombre mayor que nos invitaba a comer y las calles están solitarias.Tampoco ya se encuentra en este pueblo el hombre encorvado que tenía su huertecillo por debajo de la fuente del prado. Por donde el arroyuelo y en lo más hondo, él sembraba tomates, pimiento, berenjenas, hierbabuena y perejil. En aquel verano y en otros después, el hombre encorvado, todas las mañanas bajaba a su huertecillo, recogía la cosecha y luego la dejaba en la tienda de la plaza del pueblo. Aquí las personas compraban los tomates de su huerto y los pimientos y él era feliz con las pocas monedas que ganaba. Era muy mayor y por eso un verano ya no estaba. Murió como fueron muriendo otros muchos que también conocimos en las casas de este pueblo. El hombre encorvado, tenía su casa justo por detrás de la iglesia en un pequeño rincón. En la puerta de esta casa suya pasé varias tarde charlando largamente con él y respirando el fresco que subía del valle de los olivos.

Él me dijo que también ya hacía mucho tiempo que había muerto el hombre de los perfumes. Era un hombre mayor que, todos los veranos, recogía plantas aromáticas por las laderas de las montañas. En un alambique muy rudimentario, destilaba estas plantas y sacaba esencias. Un año me regaló cinco litros de estas esencias. Los niños del valle de los olivos y yo, llegamos a este rincón y al saber que él tenía esencias de tomillo, lavanda, mejorana y otras plantas, me emocioné. Y como sepercató de mi interés por estas esencias, sin más, me regaló cinco litros de la más pura y delicada esencia de estos montes. Se lo agradecí mucho y guardé con gran cariño a lo largo de mucho, mucho tiempo el preciado líquido que me había regalado. Sabía que era algo muy especial que en ningún rincón del mundo ni nunca nadie podría encontrar. Después de tanto tiempo, aún conservo un poco de aquellas esencias. A lo largo de los meses y años, fui regalando a los conocidos y amigos, pequeños fresquitos de estas esencias. Como un tesoro singular de las montañas que tanto recorrí a lo largo de muchos, muchos años.

Ahora esta noche, siento que ya no están por aquí ni el hombre de las esencias ni los niños ni el hombre del huerto de los tomates ni el hombre de la borriquilla ni el que nos invitaba a comer al filósofo y a mí. Solo el silencio y la nieve parecen ser los dueños de este singular pueblo en lo más alto de la montaña y en esta noche. Solo esto y ahora mismo mi presencia por aquí y mi corazón y alma llena de recuerdos. Como si ya todos y todos se hubieran ido a los confines del tiempo y como si nada ahora fuera valioso excepto la nieve, el silencio, la claridad de la noche aún estando nublada y la extraña ya la vez delicada sensación de saber que es Navidad. Navidad en su centro más real en un lugar espléndido y misterioso donde siento que nada me pertenece aunque esté ahora mismo aquí.

En el pilar lavo mis manos, bebo un sorbo de agua, echo una mirada a la pequeña casa donde descansó el filósofo, a la fachada de la iglesia, alárbol repleto de luces de colores y continuo. Avanzo por la calle que es la principal del pueblo y que lo divide en la parte alta y parte baja y me voy acercando al prado de la fuente. A mí derecha y coronando, empiezo a ver las murallas del

castillo. A mi mente vienen los paisajes por donde los pozos de la nieve, prados de la borriquilla que fue tu amiga. Su dueño, también hombre bueno y natural de este pueblo, tuvo un accidente cuando consu borriquilla iba al huerto en la hondonada.El animal se asustó al salirle, en una curva de la senda, una manada de cabrasmonteses. Dio un respingo y el hombre bueno cayó al suelo, rodó por la ladera ymurió pocos días después. Y poco después también desapareció de aquí su borriquilla. Último animal asno en este pueblo y territorios cercanos.

Pero ahora, según me voy acercando al prado de la fuente, te recuerdo y me recuerdo. Aquella noche te dejé por aquí en libertad. Sobre el pasto y a la luz de la luna, dormí yo cerca de ti acompañado del tintineo de la cencerrilla de la borriquilla que fue tu amiga. Fue una noche muy especial porque dormí cerca de ti, frente a las estrellas y abrazado por el hondo silencio, el canto de los grillos y los ladridos de los zorros. Esta noche, según voy llegando, comienzo a oír el rumor del agua delafuente. Veo las tierras de la pradera y lo que observo es una amplia sábana totalmente blanca y mullida. La nieve aquí se ha derramado generosamente. Y hasta me parece que esta nieve y el hondo silencio, ignoran tu presencia y la mía en la noche de aquel verano por aquí. Me parece que esto es así y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Durante un buen rato, me quedo junto a la fuente. El agua de esta fuente sigue siendo tan claray delicada como enaquellos días. Pero veo que los huertecillos que había por aquí cerca, ahora mismo no existen. Por el arroyuelo que baja desde la fuente hacia el valle de los olivos, solo hay zarzas, aulagas, sabinas y romeros. Nadie labra ya estas tierrecillas y hasta presiento que aquellos que lascultivaban, hombres mayores y todos buenos, se han marchado igual que te marchaste tú, a las estrellas, al mundo de sus sueños. Cuando aquel día de verano te dejé en este prado de la fuente, ellos me regalaron tallos verdes de maíz para que te los comieras. Me regalaron tomates y pepinos y hablaron conmigo en muchos momentos. Me contaron historias y cosas interesantes de este pueblo y estos territorios y todas sus palabras estaban llenas de respeto y sinceridad. Como el filósofo, todos eran personas buenas, muy buenas. Esta noche no están aunque sea Navidad. O quizás todos ellos y otros muchos másque en mi corazón conservo, esta noche no están precisamente porque es Navidad. Ahora creo que la Navidad es precisamente eso: ríos de ausencias y montañas de recuerdos de los que ya no están. Los que sabemos que nunca más vamos a tenerlos a nuestro lado y menos aún podremos verlos y oír sus palabras. Esta noche ya para mí son muchos y tengo conciencia que, en algún momento, vamos a ser todos. Y ni siquiera sé si después de este tiempo, volveremos a vernos y saber unos de los otros. Siempre he creído que sí será posible esto pero el misterio es grande, muy grande.

Desde la misma fuente de este prado, serpenteando ladera arriba, sube un camino. Va derecho a las murallas del castillo en todo lo alto del monte. Por este camino comienzo a subir dejando a mis espaldas el prado y la fuente y a mí derecha, las casas que por la ladera se derraman hacia el valle de los olivos. El resplandor que desde las nubes se derrama por entre los copos de nieve que siguen cayendo, lo llena todo de un misterio especial. Es

medianoche en pleno invierno y sin embargo los paisajes están iluminados como en aquellos días calurosos de verano. A lasombra de los pinos que por aquí crecen, en aquellos días dormíamos la siesta acompañado por densos conciertos de canto de chicharra. El calor de aquellos días era sofocante. El frío de esta noche de invierno, es intenso y profundo pero yo casi no lo percibo.

Voy lentamente por el caminillo remontando hacia las murallas del castillo y a mi mente acuden de nuevo los recuerdos de los niños del valle cuando en aquellos años por aquí jugaban.Los niños siempre jugaban en cualquier momento y lugar. Los niños, todos los niños del mundo, siempre juegan ajenos al mundo de los adultos. Los niños son como sueños que parecen no pertenecer al mundo real de las cosas y las personas. Siempre juegan en cualquier momento y lugar.Dejé de verlos y saber de ellos cuando yaiban creciendo y ahora ya también creo que como yo, han envejecido. Los niños con sus juegos fueron momentos muy especiales en mi vida y el tiempo los apartó de mi. Tanto que en este momento ni siquiera sé para qué me sirve su recuerdo. Pero sí me sirve, como tantas otras cosas, para aprender y saber lo que nadie ni ningún libro del mundo, puede enseñarme. Ellos seguirán siempre niños en mi corazón y alma. Aunque ya hayan crecido, se hayan hecho adultos y quizá no dentro de mucho, envejezcan y mueran. En mis recuerdos, ellos seguirán eternamente niños como en aquellos días.

Corono la parte más alta de la montaña por el lado del Levante. Por donde el terreno es pura roca y las paredes del imponente castillo ya están a solo unos metros de mi. Al levante se alza el gran monte de estos territorios. Todo está cubierto de nieve y todo parece irradiar una luminosidad muy bella. Al otro lado de este gran monte, corren los ríos y los bosques de árboles, robles, encinaspinos y melojos, aún siguen algo presente. A mi mente acude a la imagen de aquel año cuando vi cortar a muchos de estos árboles centenarios. Se me rompió el corazón y pregunté por qué lo hacían. Nadie me dio ninguna respuesta savia. Todos me decían que lo había ordenado el que mandaba.Pensé que el que mandaba no era ni sabio ni bueno. Y también pensé que lo que ordenaba no era tampoconoble. Pero los árboles centenarios y hermosos, cayeron ydesaparecieron de la faz de la tierra para siempre. Me dolió el corazón y me sigue doliendo pero ni entonces pude hacer nada ni tampoco ahora. Aunque sí me sirvió para comprender lo que esta noche de Navidad arde en mi corazón y alma con tanta fuerza. Que nada ni nadie permanece para siempre inmutable. Que todo nace, vive y crece durante un tiempo y se transforma y luego se marcha escondido en los pliegues del tiempo quizá para no volver nunca, nunca más.

Pero también ahora sé que los que se marchan, los que se alejan, aquello que perdemos, siempre dejan heridas en el espíritu. Heridas que aunque con el tiempo cicatricen y el dolor se apague, ni a lo largo de una eternidad se borran. Sé que esto es así porque dentro de mí ahora mismo lo tengo todo grabado como a fuego.

Hace unos años conocimos a muchas personas jóvenes de este país nuestro y de otros países lejanos. Estudiantes universitarios. Durante un tiempo,

mientras estuvimos cerca de estas personas, nos parecían buenas y amables. Y casi siempre llegábamos a creer que su amistad para con nosotros, iba a permanecer a lo largo de los días. Incrédulos y con dolor, fuimos comprobando que esto no era así según el tiempo pasaba. No fue así pero en el espíritu se quedó la cicatriz de cada una de aquellas perdidas. Y en la memoria, todo lo tengo grabado. Con tanta fuerza que ahora mismo me parece ver a cada una de estas personas como en filaatravesando los paisajes nevados que en estos momentos ante mis ojos tengo como si fueran a algún lugar desconocido para mí. No son ellos ni van a ningún sitio pero mi memoria los ve tal como he dicho. Estas personas, estudiantes universitarios, se fueron a sus países y se olvidaron de nosotros. Sin embargo, nosotros los seguimos manteniendo vivos, amables y limpios en nuestros corazones y almas.Creímos en ellos y le regalamos lo que teníamos, con la sinceridad más pura. Pero ellos se alejaron de nosotros borrándonos para siempre de sus corazones. No me importa y menos en esta noche porque sus recuerdos lo tengo ahora mismo muy presente en mi.

Camino un poco más acercándome a las paredes del castillo y por donde se encuentran las puertas. Me sitúo en el punto concreto que vengo buscando y desde aquí, inmóvil, miro y escucho. Lo que a mis oídos llega, es la música del hondo silencio y también los acordes de alguna flauta violín y piano. Oigo, muy tenuemente, como una melodía realmente delicada y especial para esta noche y momento. Y veo ciudades y pueblos, calles plazas y casas iluminadas. Veo muchas ciudades, muchos pueblos, muchas casas, todas las ciudades pueblos y casas del mundo. Pero no en todos estos sitios ahora mismo celebran la fiesta de la Navidad. Lo entiendo. Sé que no en todo el mundo se celebra esta fiesta pero sí en muchos, muchos lugares de este planeta. Y sé que no en todos estos lugares, ahora mismo la nieve cae.

Pero es cierto, ahora mismo la nieve cae en todos estos lugares y rincones del mundo. Es de noche y el resplandor que desde las nubes se derrama, me permite ver en todas las direcciones y hasta los más lejanos confines de este Planeta Tierra. Y veo que la nieve cae abundantemente y sin parar. Veo que en las ciudades, pueblos, plazas, calles y casas, entre los copos de la nieve que cae, las luces titilan y poco a poco se van apagando. Se apagan las luces de las calles, las de las plazas y las de las casas. Algo así como si de pronto la nieve sepultara a todas estas luces y construcciones.

Por eso, poco a poco, dejo de ver a estas ciudades, pueblos, calles y casas. Solo la nieve se amontona como en alfombras mágicas que cubren silenciosas y delicadamente.El mundo, todo el territorio del Planeta Tierra, se va convirtiendo en un inmenso paisaje blanco y mullido. Lo estoy viendo y no me sorprendo. Sigo oyendo la delicada música que, como en forma de copos que se desprenden de las nubes, también se derrama por todo el territorio y como fundida en el resplandor que ilumina delicadamente. Es hermoso ya la vez sobrecogedor lo que oigo y veo. Es hermoso y entiendo que esto debe ser así. Lo he intuido a lo largo de toda mi vida y nadie, absolutamente nadie ni nada, me dijo ni me anunció nunca la realidad que ahora mismo ante mí tengo. Pero yo lo sabía y por eso ni siento miedo ni tengo frío ni me extraño de nada.

El pueblo blanco de la cumbre que tengo bajo mis pies coronado por el imponente castillo de piedra, también ha quedado sin luces y empieza a ser cubierto por la densa nevada. Lo mismo sucede con el desparramado pueblo del valle de los olivos y rincón especial de los niños. Desde este pueblo y valle, por las laderas hacia la cumbre donde me encuentro, asciende la densa capa de nieve.Como cubriendo el último paisajes de este planeta. Y desde el pequeño prado de la fuente donde aquellas noches de verano tú dormías a la luz de la luna y acompañado por el canto de los grillos, veo como un camino que asciende hacia el castillo donde me encuentro.

Es un camino como de algodón recién cortado de los campos y rematado por hermosísimos reflejos de cristal color oroy tallos de romero lleno de flores moradas. Te veo a ti subiendo por el camino y tu cuerpo también es blanco y blando. Subes majestuoso y al llegar a donde yo espero, te paras frente a mí. Me miras con dulzura y entonces comprendo la gran verdad. Me acerco a ti, te abrazo, como tantas veces cuando estabas y éramos amigos, me refugio en el calor que de tu cuerpo mana y te digo: “Todos los sueños que vivimos juntos y todos los sueños que tuve antes de conocerte, los tenemos puros y radiantemente bellos en la estrella que tanta noches contemplábamos desde los prados. Vamos juntos al encuentro de esta estrella nuestra y de nuestros sueños.Al encuentro de todos aquellos y aquello que perdimos y en nuestro corazón siempre mantuvimos puros y hermosos. Lo perdimos todo y todos pero ahora somos inmortales en el maravilloso universo que siempre soñamos. Vamos juntos y tú como el más grandioso de todos los reyes. Es ahora mismo noche de Navidad y las cosas tenían que suceder así”.

El camino que desde el prado de la fuente sube hasta este castillo de recias piedras, sigue avanzando como hacia el corazón de las nubes y sostenido por el viento mientras los copos de nieve continúan cayendo. Por este camino tú y yo comenzamos a movernos mientras al fondo, como en un infinito y cielo misterioso, allá por donde las estrellas y los confines de las galaxias, las nubes se abren. Veo como un redondo sol que irradia luz plateada y dorada. Comprendo ahora que de esta fuente de luz, es de donde mana el resplandor que ilumina todos los pliegues de esta noche de nieve y corazón de la Navidad.Hacia este universo luminoso avanzamos lentamente nosotros siguiendo el camino que, como colgado en el viento y escoltado por las nubes, los copos que caeny los tallos de romero florecido con diminutas perlas moradas, se nos abre y da paso.

A mi mente viene la imagen del hombre de la cueva y por mi alma y corazón, vibran las palabras que un día salieron de su boca: “Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirse en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el

encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo.El universo entero será tu reinodonde, rodeado de la más fina belleza, descubrirás que era cierto: la eternidad existe y tú ya formas parte de ella. Los ríos de belleza que siempre sentiste atravesando tu corazón y alma, son el fundamento del universo. La belleza es la que da consistencia y forma alaeternidad".

Me despertó de este sueño extraños sonidos.

- ¿Qué pasa?

Te pregunté desorientado. Nada me dijiste. Tal como estaba recostado sobre la hierba, seguiste en tu paz. Escucho atento los sonidos. Es como un pequeño huracán. El viento zarandea las ramas de los árboles que tenemos cerca y muchas hojas caen de estos árboles.También algunas almendras que todavía estaban agarradas a las ramas y oigo el canto de algunos mirlos. Extraño me parece todo pero nada te digo. Compruebo que al levante de nosotros, por entre las altas cumbres de las nieves, la luz del nuevo día comienza a llegar.

En mi mente recreo el sueño que acabo de tener y también recreo algunas de las aventuras vividas en los días pasados. En estos días,
de las nogueras que sabes, recogíamos también nueces y de las higueras por donde el manantial del balneario, alcanzábamos los higos. Uno de los frutos de otoño que a ti más te gustaban y también las hojas de lashigueras. Pero disfrutabas muchopaladeando los primeros racimos de uvas ya maduras. Recogíamos estos racimos de uvas de las cepas de la vid por debajo del cortijoque bien sabes.La pequeña viña quedaba uvas no muy gordas pero sí muy dulces y con sabor a sol y viento limpio. El sabor de la uva moscatel, es único entre todos estos frutos y creo que único en el mundo entero. ¡Qué momentos estos tan mágicos y originales en los primeros días del otoño!Los recuerdo con la emoción de un niño chico y más los recuerdo y me parecen bellos porque tú estabas y ahora ya no. Me regalaste las mejores horas de mi vida, los silencios más sinceros y limpios, paseos por los caminos de la montaña entre romeros, viñas, encinas, fresnos, olivos, robles, almacenes, álamos, manantiales, arroyos y ríos. Qué momento más especiales y cómo lo llenamos todos de ingenuidad y fresca belleza.

Quizás tú no le diste importancia cuando lo vivíamos pero yo sí y por eso ahora lo recuerdo. Recuerdo con nostalgia y algo de tristeza cuando, después de pasarnos buenos ratos buscando almendras, nos dejábamoscaer por las veredas en busca del manantial donde brotan las primeras aguas del ríoque corre a los pies del palacio del sultán.Este río tiene un gran charco casi redondo y con poca profundidad dondehierve el agua. No hervía sino que brotaba y brota del fondo por entre la arenilla y algunas piedras y transmite esta sensación. Como si hirviera de verdad. Formando burbujas transparentes en varios tamaños y expandiéndose en círculos caprichosos. Después de beber unos tragos en este charco o en las mismas burbujas que del suelo brotaban, nos dedicábamos a los berros.

Los berros, esas pequeñas plantas intensamente verdes y que solo brotan en aguas claras, no contaminadas y de temperaturas bajas. En las orillas de este charco y por entre las mismas burbujas, encontrábamos estas plantas formando almácigas. Primero lo comentaba contigo luego, durante un rato largo, me dedicaba a recolectar todas las plantas berros que podía. Solo los tallos más verdes y tiernos y procurando no tirar con fuerza para que las raíces de estas plantas no se vinieran conmigo. Sobre las rocas que hay a los lados de este charco por sobre algunas pequeñas alfombras de grama, iba poniendo los pequeños cuñados de tallos de guerra. Cuando ya tenía una cantidad moderada, pero se entraba a comer a ti. Y mientras tú saboreaba estas hierbas, yo también de vez en cuando mordisqueaba algunas hojas. El sabor de los berros es un poco ácido, como si estuvieran avinagrados y hasta saben un poco a rábanos. Hay que estar un poco acostumbrado a comer estas plantas pero yo te las daba y te insistía a que las aprovecharas. Te decía: “Los berros, son unas de las plantas que más propiedades tienen. Minerales, vitaminas,fibra… Son bueno para muchas cosas”.De estos momentos y por estos rincones de los caminos que recorríamos cuando estabas,tengo llena el alma de recuerdos.

Luego ya, pasado el tiempo, me he ido encontrando con muchas personas que me decían que todo esto eran y son tonterías. Me transmitían:
- Todo lo que no sea blanco onegro, no sirve para nada. Enamorarse de un árbol, tomarle cariño un animal, recorrer los caminos que van por las montañas, embelesarse ante las tormentas en los primeros días del otoño, sentir tristeza cuando una planta del bosque se muere o cuando otras personas cortan árboles, preocuparse, amar, hablar, escribir y defender estas cosas, es pura tontería. En la vida hay que ser práctico y dejarse de las ñoñerías que dices y defiendes.

¿Sabes? Entre las muchas cosas que después he aprendiendo con el paso del tiempo, tengo algunas muy claras. Y una de ellas es que las princesas no existen. O quizás más bien existen pero en la realidad más profunda, no hay princesas verdaderas. Puede haber personas que vistan trajes elegantes, de colores y usen perfumes y joyas valiosas. Pueden existir estas personas y pueden ser simpáticas, hermosas en su cuerpo y de comportamientos educados y nobles. Puede ser que esto sea así y de hecho lo es. Pero ahora puedo decirte convencido plenamenteque si una persona no se trasciende y eleva a los reinos de la inmortalidad envuelta en la belleza más grande y la sinceridad más profunda, nunca podrá tener el título de princesa aunque lo tenga y vista trajes hermosos. Creo que las princesas que en muchas ocasiones sueña el corazón humano, solo existenen estos sueños y en las estrellas. Quizás también en el cielo al que tú te fuiste y por eso, a pesar de lo que te he dicho, sigo creyendo en las princesas. Te contaré más cosas. Tengo mucho que contarte.

Cuando estabas, en aquellos días también aprendimos juntos que todas las cosas tienen un final. Los sueños y los deseos de realizar cosas grandes y conquistar metas, tienen un final. La felicidad como la concebimos, aunque la alcancemos a medias, también un día tienen su final. Los amigos, las primaveras, las lluvias de otoño, las puestas del sol, los aromas de las

montañas, la libertad e incluso la propia vida. Tú ya lo sabías cuando juntos compartíamos las mañanas, las tardes, y las noches frente a las estrellas. Tú lo intuías y así sucedió. Pero yo te decía y te sigo diciendo que sí en el corazón de las personas, a lo largo del tiempo que recorremos el camino hacia la meta final,liberamos sentimientos y obras buenas, el final abre las puertas a una realidad maravillosa.¿Quizá al cielo que todas las personas intuimos? Puede ser pero sí tengo claro que nos encontraremos con mundo maravilloso donde todo será para siempre y con la belleza y gozo que fue soñado. Te contaré más sobre esto.

Como también te contaré bastante de los malos ratos que, desde que te fuiste, he pasado. Me han dado palos desde todos lados. Y casi siempre me he tenido que aguantar, cerrar la boca, no pronunciar palabra y seguir adelante. Pero me han dolido y siguen doliendo porque casi siempre me han dado palos aquellos que han sido nombrados por otros para dirigir y ordenar. Y yo me he tenido que callar sabiendo que estos que me humillaban, no eran más inteligentes que yo ni más buenos ni tenían la razón de su lado. Algo muy desagradable, algo muy poco noble, algo que nosotros siempre hemos rechazado y de ninguna manera hemos practicado ni dejado que se instalaran estas cosas en nuestros corazones. Ya sabes, la inteligencia es silencio y oración, tener capacidad para no enfrentarte a los menos inteligentes y esperar. La persona que se siente buena por dentro y en la verdad, ve absurdo enfrentarse y discutircon los que están nombrados para dirigir y ordenar y son cortos en inteligencia y bondad. Guardar silencio y seguir adelante, es un indicio grande de inteligencia noble.

Pero a veces he sentido y siento como si no me quisieran en este mundo. Como si los dueños de todo este planeta e incluso del Universo entero, fueran todos menos yo. Como si lo único que por aquí hiciera fueraestorbar y poner dificultades en las cosas que unos y otros planean y realizan. Sé que no es así pero en bastantes ocasiones me hacen sentirme intruso entre todos los demás y en el planeta que llamamos Tierra.

Porque imponer o prohibir, casi nunca logra que el problema se resuelva. La parte oprimida, podrá aceptar si entiende que si se revela, las cosas podrían perjudicarle.Pero la solución a los conflictos, es el diálogo, la reflexión inteligente, el respeto, la escucha humilde y la búsqueda de la verdad sin más interés que esto: encontrar la verdad. Lo mejor para ambas partes.

Y porque ahora sí tengo claro que aquellas personas que quieren imponerse a los demás a base de gritos, carecen de toda razón. Los que gritan para mostrar su autoridad,es porque carecen de inteligencia y se sienten débiles y vulnerables. Los inseguros y vacíos de verdades grandes, siempre se comportan así. Tú lo sabías y yo también: los inteligentes,razonan con diálogos amables y buscan mostrar la verdad más limpia. Buscan convencer con amabilidad, enseñando la verdad de las cosas. Imponerse a los demás a base de gritos, es cínico y propio de personas mediocres. Que Dios los perdone pero ni tú ni yo, quisiéramos encontrarnos con estas personas allá en la eternidad donde tenemos claro que hay un cielo. Te iré contando.

Debes saber que no te he borrado de mi mente ni de mi corazón desde aquel último día. Fuiste la amistad más sincera y bella que en este suelo he tenido y por eso te hiciste latido puro y hondo en mi alma. Hoy, esta calurosa tarde de verano ya tan lejos de aquel día de primavera, he decidido seguir escribiendo en tu libro. La segunda parte del libro que escribimos juntos aunque ahora ya no estés y solo seas recuerdo.¿Que para qué voy a escribir un poco más? No lo sé como tampoco lo sabía en aquellos días.Ya muchas veces he pensado que escribir mis cosas no sirve, no servirá para nada. He escrito mucho a lo largo del tiempo y muy pocas personas han leído mis páginas. No me importa, desde luego. Como tampoco me importa ahora que esto que, a partir de hoy voy a dejar escrito en este segundo libro tuyo, no sea leído por nadieni sirva para nada.

Pero tengo necesidad de contar cosas. Mi corazón está lleno de recuerdos, de momentos tristes, de horas preñadas de soledad, sueños y sentimientos. Sé que son, al menos para mí, cosas muy valiosa y de gran belleza y por eso, me consuelo un poco dejándolas escritas. Tú me vas a ayudar en esta nueva aventura aunque no estés presente y también va a ayudarme, imaginariamente o en forma de sueño, alguien que conozco. Voy a intentar compartir con alguien conocido, algunas de las cosas que en este nuevo libro tuyo escribiré. No es mucho, pero al menos es una pequeña ilusión. Y ya sabes tú que sin ilusión en las cosas de este mundo y en la vida, casi nada tiene valor. Es más, creo que sin ilusión, todo esfuerzo y lucha, es completamente inútily sequedad total.

¿Que por dónde empiezo? Ya te he dicho que tengo mucho que contar y todo de gran valor para míy para mantener vivos losrecuerdos, el de muchas personas y también el de muchas, muchas cosas.Podría hacer una lista de los que se han ido. De las personas que estuvieron y ya no están como sucede contigo. Podría hacer una lista y sé que sería larga, muy larga. También sé que de muchas de las personas de esta lista, podría contar bastantes cosas. Tantas cosas que darían para escribir un libro muy extenso. Podría también hacer una lista de aquellos que estány ni me rozan y de aquellos que, quizá en los días que por aquí me queden, aparezcan. Pienso que sería muy interesante contar minuciosamente de esto que te estoy diciendo. No sé si lo haré. Ahora, el principio de esta pequeña historia nueva, podría ponerlo en cualquier rincón de los que conoces u otros nuevosy comenzar.

Desde que te fuiste, antes incluso de que llegarás a mi vida, creo que desde pequeño, casi cada noche he soñado escenas, historias, vivencias y aventuras emocionantes. Tan emocionantes algunos de estos sueños míosque más de una vez he pensado que precisamente a través de estos sueños, he visto mundos desconocidos de casi todas las personas. Caminos y universos que elevan a sitios grandiosos y llenos de muchos, muchos misterios. Y en más de una ocasión he pensado que precisamente estos sueños míos, son los que me han sostenido en este lento caminar por el suelo y llevado por el tiempo. Tendría yo que escribir un libro grande, muy grande, tan grande como tú y nuestro mundo invisible, para recoger todas estas vivencias y aventuras que en sueñoshe recreado. No hace muchas

noches, me encontré metido en unos de estos sueños. Y aquí ahora, aunque precisamente no sea muy importante, voy a contarte un poquito de este sueño. Lo he vivido de la siguiente manera, más o menos:

Sueño. La casa de la princesa
¿Te acuerdas de la vieja casa en el lugar más bello del mundo?¿La que ya no era casa cuando lo compartía contigo sino puraruina comida por el tiempo y la vegetación?Te dije muchas veces que en estas ruinas, tiempos atrás, yo había nacido, me había criado y había jugado en libertad. La casa, el rincón, el territorio, el mundo de mi infancia. Pero pasado el tiempo, por las circunstancias de la vida y por la cantidad de vueltas que la vida da, dejó de ser mi casa y la de mis seres queridos y,poco a poco, el tiempo la convirtió en ruinas, la vegetación la fue cubriendo y las lluvias y el viento la rompieron un poco más.

Los míos, murieron. De igual modo a como lo hiciste tú mucho tiempo después. Poco a poco todos se marcharon de este mundo y poco a poco, el tiempo los fueborrando. Desconocidos por completo por todos los humanosy convertidos en polvo, silencio y viento en algún lugar de este mundo y del gran universo. He rezado y rezo por ellos casi cada día porque creo que en algún lugar del gran universo, siguen existiendo. Quizá donde reina un enorme creador de todo cuanto existe e imaginamos y donde todas las cosas hermosas,sentimientos puros y amor, permanecen en forma de eternidad. Creo en esta realidad y por eso soy capaz de estar por encima de todo cuanto existe en este suelo, de lo que hacen y dicen las personas y de lo que es materia.

Pues estabonita casaque, durante mucho tiempo fue mía y luego se convirtió en ruinas frente al río, frente al gran Palacio del Sultán y frente a las altas montañas de Sierra Nevada, es conocidaahora con el nombre de: “Villa palacio de la Princesa de los Zapatillos Rojos” ¿Que quién es esta princesa? Tú no lo has conocido en persona como tampoco conociste la princesa que nos escribía bellas cartas. Aquella, existió y luego, antes de que te fueras, poco a poco fue alejándose hacia horizontes desconocidos para nosotros. Se perdió, guardó silencio y nunca más supimos de ella. Escogimos una estrella en el firmamento para tenerla ahí a lo largo de toda la eternidad y después, también nosotros guardamos silencio. Esta otra princesa, yo sí la he conocido en persona pero no así tú. Te marchaste antes de que ella apareciera por los lugares que conocemos. Por eso a lo largo de estas páginas, voy a hablarte mucho de esta nueva princesa que ella misma se hace llamar “De los Zapatillos Rojos”.

La otratarde, subí por el camino que conocía desde hacía mucho, mucho tiempo y que lleva a las ruinas de la que fue la casa de mi infancia.Recorrí contigo este camino en aquellos días y ahora esta tarde, lo hago solo. A mi izquierda me va quedando el monte de jaras y juegarzos por donde sétienen sus madrigueras los conejos, los zorros y algunos gatos monteses. También urracas, arrendajos y palomas torcaces. A mi derecha, según iba avanzando, descubría los quebrados acantilados rocosos por donde también

revoloteaban cuervos, grajas y algunos cernícalo. Por el fondo de este acantilado, discurre hermoso y con bastante caudal, el gran río.

Al llegar a la curva, veo que el camino se divide. El principal que es el que vengo recorriendo, sigue avanzando hacia la parte alta de los acantilados. El camino secundario que de este principal se aparta, se viene para mi derecha y enseguida, adaptándose a la inclinación del terreno, desciende. Y justo aquí, en la curva y donde se dividen los caminos, al frente veo las majestuosas encinas. Grandes como bosques enteros, con sus ramas muy abiertas y apuntando a todas las direcciones y, al mismo tiempo, tapizados sus troncos con el característico color negro gris.Sé que estos árboles son mucho más que centenarios. Por eso su belleza siempre me impresionóy me llenan de asombro ahora mismo.

Me desvío por este camino de la derecha y, pausadamente, empiezo a descender. Tengo claro lo que vengo buscando por aquí. Y no he recorrido treinta metros, cuando oigomurmullo de personas hablando.No me paro. Conozco bien el lugar y mejor aún conozco el robusto edificio de piedras y tejas rojas de barro.Al dar una pequeña curva hacia la hondonada,veo primero el tejado del gran edificio. Sigo avanzando y poco a poco voy descubriendo las paredes, las ventanas y las puertas.

Continúo bajando y no tardo en ver, ya casi en la hondonada y no lejos de donde el manantial brota, a los hombres. Cuatro o cinco que se mueven transportando piedras, maderas, losas y cemento.Me ven bajar y no detienen su tarea. No los conozco de nada. Me acercoa ellos, los saludo,esperounos segundos y luego les pregunto:
- ¿Qué obras estáis haciendo por aquí?
El que parece el capataz,me dice:
- ¿No has visto el gran letrero que hay en la parte alta de la terraza que da al río?
Movido por la curiosidad de lo que me anuncia el capataz, mirohacia este punto concreto.

En la parte alta de la terrazaque mira al sol de la mañana y a las cumbres de Sierra Nevada, sobre la pared y encima de la puerta principal, veo el letrero. Enseguida me impacta el color rojo de las letras resaltando sobre un fondo azul verde agua, muy suave.Leodespacio lo que aquí hay grabado en bonitos azulejos: “Villa palacio de la Princesa de los Zapatillos Rojos”. El corazón seme sobresalta y miro con interés a los que se afanan en las obras. Sé bien quién es esta princesa porque la conozcodesde hace ya mucho tiempo. Pero para comprobar hasta dónde también el capataz sabe de la historia de esta princesa y de la casa que están remodelando, pregunto de nuevo a este hombre:
- ¿Y qué sabéis vosotros de esta princesa?

Directamente el capataz me responde:
- Que es de un país lejano donde la nieve cae y cubre casi durante seis meses a lo largo del año. Hace tiempo, un año vino a Granada y estudió en la Universidad a lo largo de todo el curso. Se enamoró de esta ciudad, se

enamoró de los paisajes, de todos estos lugares, se enamoró de las flores, se enamoró de las hojas y olores, se enamoró de los pájaros, del palacio del sultán, de las cumbres de Sierra Nevada, del barrio del Albaicín, del río Darro que corre a los pies de la Alhambra y de muchas personas. En ese tiempo escribió un libro que tituló, “Entre la Nieve y el Desierto y luego, cuando fue corregido, le dejó el nombre de “La Princesa de los Zapatillos Rojos".

En las páginas de este libro reflejó hondos y bellos sentimientos, sueños casi imposible de alcanzar y muchos trozos de un gran corazón enamorado. Algo que sacó de lo más hondo y sincero de su alma con el deseo de rescatar lo que para ella era muy importante y de ninguna manera pudo. Por eso todas las páginas de este libro estaban y están llenas de momentos bellos diluidos en el tiempo y de trozos de muchas pérdidas. Pero ella escribió este libro con el deseo de transmitir a los demás y a personas concretas, los latidos y sueños de su alma y corazónimpulsada por el deseo de salvar algo muy querido.

Leyeron algunas personas este libro. Ella misma se lo regaló a estas personas y luego todo quedó en silencio. No muchos días después, se marchó de la ciudad de Granada a donde había venido solo para estudiar a lo largo de un año. Pero cuando de aquí se alejó, a otra ciudad distante de estas tierras y luego a su ciudad natal donde las nieves son casi eternas, la añoranza se le instaló en el corazón. Para aliviar un poco estos momentos, se puso y escribió otro libro.Dio por título a este libro “El Mirlo es Negro la Amapola es Roja”. Un relato sencillo, muy hermoso, donde fue coleccionando todos sus recuerdos y vivencias con las personas que conoció y los rincones que pisó el año que estuvo en Granada. Y este libro sí que le salió redondo, muy redondo.

Lo escribió en su lengua natal el ruso y luego lo tradujo al español. Se lo corrigieron y quedó un bonito texto. No se sabe cómo pero empezaron a leer este libro muchas personas. Gustaba sinceramente a las personas y estoy hizo que ella se animara a escribir aún más cosas. Escribió más cosas y entonces…

El hombre que me está contando este relato, por un momento guarda silencio. Dice algo a los que con él trabajan y mira luego para lo hondo del barranco, por donde se adivina la corriente del río.No sabe él y tampoco se lo revelo en este momento, lo que en mi mochila traigo conmigo. Miro yo también hacía estos lugares y de pronto, mis ojos se tropiezan por las laderas que llevo clavadas en las fibras de mi alma. Las laderas de pequeños cerros alargados que se jalonan frente al sol de la tarde como siguiendoel recorrido del río. Y a mi mente, sin poderlo evitar, acude el recuerdo de un día muy concreto por estos paisajes.

Era primavera y comenzaba el día. En el corral al lado izquierdo de esta casa en construcción ahora, los animales ya se movían nerviosos. El padre me dijo:

- Abre la puerta del recinto y llévatelos al cerro de los romeros, por donde el collado. En ese sitio hay mucha hierba y monte con muchos tallos tiernos. Quédate por ahí cuidándolo hasta que hayan comido lo suficiente.
Sin rechistar, hice caso a lo que el padre me estaba pidiendo.Yo era todavía casi un niño. En cuanto abrí la puerta del corral, los animales salieron rápido y en poco tiempo, ya los iba guiando por los paisajes hacia el cerro de los romeros, por donde el collado.

Al ver a los animales tan entusiasmados y al parecer hambrientos, se me ocurrió dejarlos que se fueran por donde quisieran para que así tuviera más posibilidades de buscar alimentos. Subí por la veredilla que remonta al collado y luego ascendí a lo más alto del cerro. Al levante tenía ante mí la llanura de las encinas en cuyo centro brotaba el manantial y a mí derecha las altas montañas de las nieves. Al poniente me quedaba el río por donde los animales habían descendido y desde elrío hacia mí, me quedaba la gran ladera de los romeros, jaras y lentiscos. Contemplando tan bello panorama y sintiéndome satisfecho de la libertad en que había dejado a los animales para que se movieran y buscarán los mejores alimentos, me sentí bien y por eso pensé: “Cuando ya pasé el tiempo suficiente y crea que están bien alimentados, los voy a llamar para que se reúnan todos y así poder regresar con ellos al corral. Quiero que se concencontren aquí en lo alto del cerro donde estoy todos alrededor de mí.

Pasó el tiempo y los animales, en lugar de irse concentrando hacia las partes altasque era donde estaba yo, más y más se esturreaban por la ladera hacia el río y hacia arriba y hacia abajo. Los llamé bastantes veces y a lo largo de un buen rato. Ningún caso me hacían. Me sentí impotente y muy incapaz de resolver el problema.Bastante confuso, descendí por la senda hacia el collado, desde el collado descendí hacia el río, crucé la corriente de las aguas y por la senda que remonta, volví a la casa que ahora me encuentro en construcción. Me encontré a la madre en la puerta donde ahora veo una bonita terraza y el letrero en letras rojas y fondo azul verde agua. Al verme ella, dejó la faena que tenía entre manos y me miró bastante sorprendida. Me acerqué titubeando y sin saber cómo explicarle las cosas.

La madre, la persona más especial que en mi vida he conocido, creo que enseguida adivinó qué era lo que sucedía. Me miró no enfadada, se vino hacia mí y sin más me dijo:
- No me expliques nada porque me parece saber qué es lo que ha ocurrido.
Pero yo sí le expliqué las cosas porque tenía necesidad de ello.De nuevo sin enfadarse,dejó que me acercara un poco más y con palabras amables me anunció:
- Tú no lo sabes ahora pero algún día lo entenderás. Lo que acabas de vivir, es como una importantísima metáfora.

Sorprendido me quedé mirándola. Ciertamente que en ese momento yo no sabía nada de metáforas. Algo que ocurre con frecuencia en la viday que descubrí con mucha fuerza cuando ya habían pasado los años. Leyendo las cosas que escribe está princesa que te decía antes,en sus sencillas páginas, me encontraba continuamente con metáforas. Por eso ahora ya sí sé lo que

significa y es esto. Y por eso ahora entiendo que la vida, toda la vida en sí, casi cada momento, semana, mes y año, son como una cadena de metáforas que se engarzan entre sí todas hacia un fin concreto.

Pero en aquella ocasión, me quedé allí cerca de la madre, sintiendo su cariño y notando que no me culpaba de nada. Muy tranquila siguió ella en sus cosas y al caer la tarde, poco a poco los animales fueron llegando al corral. Vi y noté al padre por completo tranquilo y satisfecho y esto me llenó de mucha satisfacción. A lo largo de aquella tarde, por la noche y al día siguiente, pensé varias veces en lo que la madre me había dicho relacionándolo con lo que con los animales me había ocurrido en el cerro de los romeros. No lograba entender pero las cosas habían sido reales y muy claras a mi alrededor y frente a mí.

Ahora en estos momentos, cuando ya han pasado muchos, muchos años y vuelvo a este rincón como buscando los tesoros de mi vivencias, los que por aquí me he encontrado reparando el edificio que fue mi casa, se han alejado de mí. Desde la hondonada por donde brota el manantial, han ascendido la pequeña cuestecilla hacia balcón y por la parte de atrás, se afanan en la reconstrucción. Le pido permiso al capataz y no se opone a lo que deseo. Cuando ellos se marchan, ya casi a media tarde, remonto yo también hacia el terreno donde se alza el edificio. En el balcón frente al río y frente a las montañas y al palacio del sultán, me quedo bastante rato observando los espacios. Luego, según la tarde va cayendo, desciendo un poco hacia el lado del levantey bajo la gran encina que todavía vive por aquí y fue amiga mía en los momentos de juegos de mi niñez, me detengo. Busco el lugar más apropiado para pasar la noche frente a las estrellas y en estos momentos recuerdo que precisamente esta encina y toda esta hermosa hondonada hacia el río, fue el paisaje que en todo momento contemplé desde la ventana de mi habitación cuando en este edificio vivía.

Te voy a contar muchas cosas de la habitación donde viví cuando pequeño. Es un rincón no muy grande pero que para mí está lleno de hermosísimas vivencias y sueños.Mi habitación en este lugar, edificio en ruinas y ahora en reconstrucción para palacio para una princesa, estuvo repleta de vivencias y sueños muy hermosos. Frente al acebo que crecía bajo mi ventana,frente a los almendros que crecían un poco más lejos,frente a los cipreses y cedros, frente a las encinas y al meces, frente a los romeros y laderas cayendo hacia el río, frente a la silueta de las montañas al otro lado del río y frente a las altas montañas cubiertas de nieve a lo largo de todo el invierno. Desde la habitación de mi ventana se veía un mundo fascinante y maravilloso y por eso yo me llené de momentos realmente eternos y repletos de belleza. También quiero contarte mucho de esta habitación mía en este ahora ruinoso edificio.

En estos momentos, me vengo hacia el lado derecho de la gran encina. Busco un lugar muy concreto y al encontrarlo, decido quedarme aquí para pasar la noche. En mi mochila traigo los libros que ha escrito “La Princesa de las Zapatillas son Rojos”.Uno, cuando estuvo viviendo en esta ciudad nuestra. Un pequeño relato lleno de poesía y muy repleto de sentimientos.

Me pidió que le ayudara en el idioma español y lo hice con mucho gusto. Quedó un relato muy bonito. Y el segundo libro que traigo conmigo en la mochila, lo escribió ya cuando se hubo marchado de esta ciudad nuestra. Algunos capítulos, desde su ciudad de las nieves y otros capítulos, desde la ciudad distante de esta nuestra.

Es hermoso este segundo libro. Refleja en él sus vivencias a lo largo del año que estuvo en nuestra ciudad y lo hace desde la añoranza y el sentimiento de pérdida. Pero lo hace con mucho respeto y procurando llenar de belleza las cosas que describe. Le ha puesto por título "El Mirlo es Negro la Amapola es Roja".Y en la primera página, pone un trozo muy bonito recogido del primer libro que escribí junto a ti. Algo que me ha gustado, te engrandece a ti, da brillo a su libro y refleja con claridad sus más limpios sentimientos. De todo esto quiero hablarte despacio en estas nuevas páginas que pretendo escribir contigo, en ausencia.

Ahora, esta noche y mientras desde este lugar de nuevo contemplo el cielo lleno de estrellas, voy a recrearme en algunas de las cosas que en este segundo libro ha escritonuestra segunda princesa. Como es de noche y la oscuridad lo cubre todo, lo pensé hace unos días. En cuanto leí el libro este segundo, lo pasé a audio. Así que todo este libro entero lo traigo conmigo grabado en audio. Para poderlo escuchar en cualquier sitio y momento y de este modo, conocer a fondo y lo más claramente posible todo lo que quiere transmitir este singular relato. Y transmite mucho, mucho. En cuanto lo leí por primera vez, percibir en toda su extensión y belleza, el mensaje que en las páginas de este libro ha escrito. Esta segunda princesa nuestra, escribe muy bien, es sensible a todos los humanos, a la perfección, la belleza de las cosas, hay mucha sensibilidad en su alma, los sentimientos le rebosan por todas partesy capta la poesía que hasta las cosas más pequeñas, tienen.

Aquí al lado de la gran encina que ya era bella cuando yo todavía era niño, voy a montar mi pequeña tienda de montaña. Con la puerta mirando al primer sol de la mañana para ver amanecer por los altos de las cumbres de las nieves y ver los primeros rayos de sol, incidiendo sobre las torres del palacio del sultán. Pero antes de que por encima de esas altas cumbres aparezca el sol, a lo largo de la noche, voy a recrearme en las estrellas que titilan en el firmamento. En alguna de estas estrellas, nosotros tenemos tesoros hermosos y, en otras, los mejores sueños y sentimientos que por nuestros corazones pasaron. Porque ya sabes lo que te decía: "Las estrellas que te titulan en los insondables universos que por la noche contemplamos, son como luminarias a universos aún más grandes y lejanos. Luminarias que nos están invitando hacia algo tan grandioso, que ni siquiera nunca la mente humana ha sido capaz de imaginar".

Cuando estabas, en más de una ocasión te decía:
- Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio. Necesitamos de estos encuentros con nosotros, con la transparente belleza de las cosas, los profundos misterios

del Universo y el Creador de todo. Porque nuestra alma necesita de este alimento.

7 de septiembre
Pórtico otoñal. Primeras tormentas. Hecho real

Justo hoy, día 5 de este mes, ha llegado la primera tormenta. Y como en aquellos días que tú bien sabes, ha regalado truenos, ha desplegado rayos y ha derramado mucha, mucha lluvia. Y precisamente por donde más agua a caído ha sido por los territorios donde tú duermes ahora, paisajes y montañas cercanas. Es en estas tierras donde nace el pequeño río que también conoces y se le distingue con el nombre de río Darro. Nace en estas montañas donde duermes y después de un recorrido no muy largo, pasa justo a los pies de la Alhambra y cuando ya va entrando el núcleo de la ciudad de Granada, se pierde en el embovedado. Este trozo de río tú no lo conoces mucho ni yo tampoco tuve gran interés en mostrártelo. Es un paisaje urbano que como sabías y siempre sabrás, para nosotros no tiene gran interés.

Pero este año, antes de la primavera, en este trozo del río Darro un poco antes de perderse en el embovedado, se estableció un pato silvestre. Una hembra de ánade real que hizo su nido y sacó adelante siete pequeños patitos. Acompañados de dos gansos que llevan ya por aquí viviendo varios años, estos patitos han crecido y ahora ya están muy grandes en este pequeño trozo del río. He seguido con mucho interés toda la historia de estas aves y aunque ya están grandes y vuelan a sitios desconocidos para mí y luego vuelven, cada tarde me acerco a verlos. Les regalo unos puñados de semillas y también a los dos gansos y luego por aquí me quedo un rato contemplando la corriente, observando la pequeña fauna y vegetación que por aquí se da y, a veces, comentando algunas cosas con las personas que se acercan, miran y me preguntan.

Justo el día 5 de este mes descargó la primera tormenta, como ya te he dicho en las partes altas de este río. A las pocas horas, el cauce ya bajaba muy lleno y con las aguas color chocolate. Nada interesante para mí pero sí sé que son las manifestaciones propias de la estación del año que dentro de poco va a llegar. Al día siguiente, también descargaron algunas tormentas. Y ayer por la tarde, se dio la tormenta más grande. Se situó justo encima de los palacios de la Alhambra, por donde la Abadía del Sacromonte y todo el trozo de este río que te estoy comentando. Me cogió la lluvia justo mirando a la pequeña bandada de patitos, por donde hay un charco que yo llamo de las Truchas y bajo un gran árbol decorativo que también llamo el plátano. Y como esta tarde tampoco traía conmigo ni paraguas ni impermeable para defenderme de las lluvias, tuve que refugiarme en la entrada de un viejo edificio que en otros tiempos fue un magnífico palacio. La lluvia arreció mucho y al poco, la estrecha calle de la Carrera del Darro, parecía el hermano menor del río que te estoy comentando. Cayeron muchos granizos y recias gotas de agua, estallaron muchos truenos, brillaron bastantes relámpagos y la calle se quedó por completa solitaria. A nadie se veía por aquí.

Tuve que refugiarme como ya te he dicho en la entrada de un edificio antiguo. Y aquí, mientras la lluvia caía y yo dejaba que el tiempo pasara esperando a que amainara, me sentía bien. Ya sabes lo mucho que a nosotros siempre nos ha gustado la lluvia y, en esta época del año preludio del otoño, aún más. Y aunque esta tarde no estabas tú ni los paisajes son los que a nosotros siempre nos han gustado, me sentía bien mientras te echaba de menos. Y de pronto, como si surgiera de un sueño, ocurrió algo maravilloso que es lo que quiero contarte.

Desde mi original refugio para defenderme de la lluvia, miraba yo a las aguas que por los adoquines de la calle se deslizaban. Miraba a un lado y otro viéndolo todo solitario excepto lluvia, pequeños arroyuelos y más lluvia y nubes negras repletas de truenos y relámpagos. Y de pronto, por mi lado derecho y viniendo desde Plaza Nueva río Darro arriba hacia el Paseo de los Tristes, apareció la figura de una muchacha. Por completo también solitaria, sosteniendo un paraguas no muy grande, un vestido totalmente blanco, zapatillas de deporte y una pequeña mochila. Su estatura baja, menuda y delgada. Noté que mientras se acercaba me miraba. Ni la conocía ni me conocía. Por eso pensé que pretendía pararse y refugiarse de la lluvia en el mismo portal en que estaba yo.

Unos metros antes de llegar a mí improvisado refugio, la saludé y la invité a que se detuviera. Le dije:
- Llueve mucho y la calle, como estás viendo, es toda un puro río encharcado. Espera que un momento que la tormenta quizá no dure mucho.
Me miró, detuvo un momento sus pasos, dijo algo en un idioma que no entendí y siguió avanzando. No le di mucha importancia al hecho. Noté que era una joven turista que paseaba por esta zona descubriendo las cosas de la ciudad. Por esta calle Carrera del Darro, es por donde más turistas pasan en todos los momentos y horas del día. Y con mucha frecuencia se ven jóvenes solas portando su mochila y cámara de fotos.

Avanzó esta joven dirección al puente Cabrera, pisando lentamente el gran charco de agua que por la calle se estiraba y se deslizaba en forma de río. Como si la recia lluvia que caía no le importara y como si tampoco le importara los charcos y los chorros de agua que de los tejados se precipitaban. Desde mi refugio la observé un momento mientras se aleja y al poco veo que al llegar justo a la altura del puente, se detiene. Mira para atrás y anda unos pasos como de regreso. Pienso que al darse cuenta de que la lluvia es cada vez más intensa y los charcos en la calle cubren por completo, decide detenerse o regresar. Toda la calle sigue por completo solitaria. Solo las burbujas que las gotas forman al caer sobre los charcos, las recias gotas de lluvia golpeando insistentemente y el rumor de todo este chapoteo, se ve y oye.

Y yo, un poco ahora interesado por la presencia de esta joven, desde mi refugio, la sigo observando. Veo que regresa. Lentamente refugiada bajo su pequeño paraguas, regresa pegada a las paredes de la casa para que la lluvia no le caiga por completo encima. La observo y pienso que ha desistido de su paseo. Pienso que regresa por temor a que la lluvia siga

cayendo y la empape o le sorprenda algo imprevisto. Pienso esto mientras sigo observándola acercándose poco a poco al portal donde estoy refugiado. Cuando ya está a sólo unos pasos de mí, de nuevo le pido que se pare y en este pequeño refugio del portal, espere un poco a que la lluvia amaina. Me mira y pronuncia palabras que sigo sin entender.

Saco el móvil de mi bolsillo, pulso, abro el traductor de Google y elijo el inglés y el español. Le pregunto de nuevo y responde en inglés.
- Puedes ponerte bajo mi paraguas y te acompaño al sitio en que tengas que ir.
Bastante sorprendido le digo que no tengo prisa. Que puedo esperar a que la lluvia amaine mientras ésta cae y yo observo.
- Me gusta ver llover. Pero que voy dirección a Plaza Nueva y, un poco más adelante, en Gran Vía, subiré a un autobús.
- Ponte bajo este paraguas mío y te llevo hasta tu autobús.
Le obedezco. Me cubre con el paraguas y lentos caminamos calle adelante hacia Plaza Nueva. La lluvia sigue arreciando y la calle sigue por completo inundada. No sé qué decirle. Ni me conoce ni la conozco de nada. Sí noto por su rostro, cuerpo y tono de voz, que es de un país oriental. Le pregunto y me responde que es de Japón. Que solo va a estar dos días en Granada de visita turística.

Cruzamos Plaza de Santa Ana todas convertida en un pequeño charco de agua, cruzamos Plaza Nueva, avanzamos por la calle Reyes Católicos, giramos por la acera de la Gran Vía. En unos metros, ya estamos en la parada del autobús. Le indico que aquí, bajo la marquesina de la parada, puedo refugiarme mientras el autobús llega. Y le pregunto:
- ¿Cómo puedo agradecerte tu bonita actitud de ayuda?
Sin más me responde:
- No es nada, es lo mío.
Me ofrece su mano, se la estrechó cortésmente y de nuevo le doy las gracias. Se gira lentamente, bajo su paraguas, comienza a caminar de regreso por la acera de la Gran Vía y yo, todavía más sorprendido, la observo mientras va perdiéndose entre las demás personas.

Justo en este momento, a mi lado y bajo la marquesina de la parada del autobús, se detiene una joven alta, de pelo rubio, cuerpo delgado y sosteniendo en sus manos un móvil y un mapa. Adivino enseguida que es turista y está buscando, con el móvil y el mapa, algún lugar concreto en esta ciudad. Sin más, la saludo y le digo:
- Puedo ayudarte, si lo necesitas.
La joven, se muestra como impasiva. Tarda unos segundos en mirar sin volver la cabeza y, tal como está observando el mapa y el móvil, simplemente hace un gesto con su cabeza y mano al tiempo que escuetamente y como desconfiada y molesta, pronuncia:
- Estoy bien.

Meditación junto al río

Por el barrio del Albaicín, por la Carrera del Darro, por los caminos y jardines de la Alhambra, Prado de Otoño y Cortijo de la viña, por todos estos lugares,

tú eres ahora ya pura ausencia. Nadie, absolutamente nadie, sabes de ti. Solo yo por estos lugares te sigo paseando en mi mente en forma de recuerdo y escribo algunas cosas, de vez en cuando para que tu memoria no borre del todo. Por estos días, justo en plena Navidad de este último año, son muchas las cosas que quisiera contarte. Las calles las han decorado como todos los años, han montado los belenes, las personas pasean, charlan entre sí y compran cosas las aves y patos del río, se mueven buscando su alimento y la lluvia cae de vez en cuando. Todo exactamente casi igual a otros muchos años y no hay más. Aún así, quisiera contarte muchas cosas pero hoy, exactamente día de Navidad, tengo algo muy sencillo que voy a compartir contigo.

Lo vi subí por la veredilla que asciende por entre el pequeño bosque de robles. Iba solo y caminaba despacio. A sus espaldas llevaba una mochila gris y en su mano derecha portaba un palo añejo.

Remontó hasta lo más alto por el lado del levante del ríoy seinternó ahora en el pequeño bosque de encinas, jaras y aulagas. Por lo alto de esta torrontera caminó en dirección contraria a la corriente del cauce y un rato después, giró para su izquierda. Descendió hasta el borde de las aguas del río que, cristalino y no muy caudaloso, venía como de un mundo desconocido. Lo vi cruzar estas aguas saltando por unas piedras y buscó un lugar lleno de hierba. Como una pequeña alfombra tapizada de musgo, juncia, piedras rodadas del río y arena.

En este lugar, sobre la hierba, frente a las aguas del ríoque lentas llegaban hacia él como de lugares misteriosos y lejanos y frente a una amplia curva tapizada de vegetación. Al fondo y no muy lejos, se oía el rumor de alguna cascada y se veía el reflejo de amplios charcos azules. Se quedó quieto sentado en esta alfombra de hierba frente a las aguas que mansas corrían casi a sus pies y miró sin prisa. Su presencia empezó a llenarme de cierta curiosidad y algo de asombro al mismo tiempo que de respeto. Pensé que venía de la ciudad y buscaba un lugar tranquilo para meditar sus cosas. Y pensé que su meditación sin duda era algo tan personal y excelso que se confundía con todo el entorno y las aguas del río.

Sentítanto respeto y admiración, que hasta me pareció que el alma y corazón,seme llenaba de su paz y misterio. El lugar era tan hermoso, tan lleno de silencio y aromas a musgo, tan lejano de ciudades y pueblos y tan puro todo,que más bien la escena y el paisaje se parecían a un sueño. A un trozo de cielo, a un trozo de eternidad.

Esta pequeña estampa, escena casi espiritual, es lo que hoy tenía necesidad de compartir contigo. Algo tan sencillamente distinto al mundo que se mueve dentro de las ciudades en estos díasque por eso, al menos yo, lo encuentro gratamente hermoso.

Día de reyes
6 de enero de 2020

Este día del nuevo año, amanece sin nubes, con la temperatura muy fría, con bastante nieve en las cumbres de Sierra Nevada y con escarcha por la orilla del río Darro. No ha nevado este año por Navidad como sí lo hizo el año pasado y los anteriores. Las aguas de este pequeño río que bien conoces y que corre a los pies de la Alhambra, bajan muy claras. En estas aguas y en un gran charco que hay cerca de la iglesia de Santa Ana, es donde el año pasado un ánade real hizo su unido y sacó adelante 7 polluelos. Por aquí están ahora mismo en esta mañana de Reyes estos 7 polluelos con sus dos padres. Casi un año ha pasado ya desde que nacieron y cada día tengo más esperanzas de que por aquí se van a quedar para siempre. Puede que este año, ahora en primavera, vuelvan a hacer sus nidos en este mismo lugar. A las personas que pasan por la calle Carrera del Darro que discurre paralela al cauce del río por donde te estoy diciendo, cada día les gusta más la presencia de estas aves. Pero hoy, en esta mañana fría, soleada y muy llena de ausencias, lo que a mi mente acude y quiero compartir contigo, es lo siguiente:

El edificio se encontraba casi en el centro del barrio del Albaicín. Era grande este edificio y en él, a lo largo de bastante tiempo, vivió un grupo de personas. Se dedicaban estas personas a rezar, a enseñar a otros, a escribir libros y a estudiar. Pasaba el tiempo y poco a poco estas personas fueron haciéndose mayores.Ningún joven tomaba el relevo. Murieron algunos y al quedar el grupo reducido y envejecido, decidieron marcharse a otro sitio.Porque también el edificio envejecía con ellos. Claramente se veían sus paredes desconchadas, manchas de humedad por muchas de estas paredes, hierbas silvestres en los tejados y muy descolorido y roto en las partes interiores.

Una mañana fría de invierno como la de hoy, el que parecía responsable del grupo de estos hombres mayores que se marchaban a otro lugar, dijo a uno de ellos:
- Prepara las cosas y ordena tu espíritu porque nos vamos.
- ¿A dónde nos vamos?
- Tú desde luego, a un lugar muy concreto.
Al oír estas palabras, el hombre sintió en su corazón un agudo dolor. No quiso preguntar más. Si el que le urgía, de nuevo dijo:
- Y no vayas a tardar un siglo entero en preparar las cosas. Apenas te queda tiempo.
No se sentía el hombre satisfecho con lo que oía pero nada dijo. Serefugió en un discreto silencio y en su interiorsiguió sintiendo el dolor.

No era apreciado ni valorado casi por ninguna de las personas que en la casa vivían ni tampoco ninguno valoraba ni sus comportamientos, palabras o lo que hacía. En todo momento se mantenía en silencio y en todo momento rezaba al cielo y esperaba. También en todo momento apartaba de su mente las imágenes negativas que a veces en su cerebro si avivaban y procuraba no pensar ni rumiar nada. Por eso a la orden que le habían dado, sin pronunciar una palabra, se puso a preparar las cosas. Un poco aprisa pero quedamente y conforme iba guardando algunos pequeños objetos en bolsas, más y más su corazón se entristecía. Se decía: “Sé que la vida de las

personas, en algún momento siempre tiene su final. Sé que la vida de todos nosotros está formado por etapas más o menos largas que también en algún momento tienen su final. Aceptar con resignación e inteligencia que las etapas de la vida nacen, se alargan más o menos en el tiempo y luego llegan a su final, es bueno. Pretender quedarse para siempre en el mismo punto y de la misma manera y con las mismas cosas, está fuera de todas las reglas de la naturaleza. Sé que esto es así pero ahora mismo en mi interior el corazón y el alma me duelen".

Al mediodía ya tenía recogido en bolsas las cuatro cosas que había decidido llevarse.Puso, en un lugar en las puertas del edificio, estas cuatro bolsas y unas horas después, salió a la calle. Caminó solitario bajando lentamente por la inclinación del terreno y llegó hasta el pequeño tramo del río que corre a los pies de la Alhambra. Se asomó al muro,echó una mirada al árbol plátano a unos metros del viejo puente,observó los cuatro ánades que en el pequeño charco se movían y dio unos puñados de maíz a las palomas que se posaban en las ramas del árbol. Miró a un lado y otro de la calle con un deseo muy concreto: ver, aunque solo fuera de una forma imaginativa, a la persona que con tanta fuerza recordaba.

Hacía unos meses y justo en este mismo lugar, conoció a esta persona.Fue al comienzo del curso y su encuentro le pareció hermoso. Encontró en esta persona amabilidad, sencillez, belleza y fuerza de vida. Algunas tardes hablaron cosas sencillas de estos rincones de la ciudad, proyectos de vida y pinceladas del pequeño río por donde los ánades reales se movían. Solo algunas tardes sucedió esto porque luego, de la noche a la mañana, esta persona no apareció más por el lugar. La recordó y en secreto, ilusionado pero y deseo ver la más veces. No sucedió esto.Aceptó la realidad y en su mente, también aceptó que todo había sido como tantas otras veces en la vida. Una más de las muchas y pequeñas ilusiones que a veces se avivan en el corazón y el alma y que todo se queda en esto: en pequeñas ilusiones sin más. A su edad, sabía bien que la vida casi se componen de una cadena de estas pequeñas ilusiones que aparecen y desaparecen como el brillo de una estrella fugaz.

Aquí en este lugar tan especial para él, cerca de la corriente de río y la sombra del árbol plátano, estuvo un rato. Esperó, meditó y luego caminó lento por algunas de las estrechas calles del barrio. Si objetivo concreto de buscar nada concreto. Unas horas después volvió a la vieja casa, recogió sus cuatro cosas y siguiendo las órdenes que le habían dado, se alejó del lugar. Sintiendo que no iba a ningún sitio concreto y sintiendo que no era ni pavesa entre las personas que iba encontrando y dejaba atrás. Nadie lo iba a echar de menos, nadie lo iba a llorar el día que muriera, nadie sabía de su nombre ni de su presencia en este mundo. Este era su sentimiento y por eso solo encontraba algo de consuelo refugiándose en el Dios en que creía.

En unas horas se alejó y desapareció de estos lugares y ciertamente que nadie lo despidió ni tampoco lo echó de menos. Unos días después, la vieja casa del barrio, se quedó vacía. Las personas mayores que en ella vivían, de aquí se marcharon para siempre y el caserón quedó en su silencio y quietud.

No tardó el tiempo en romperla y desmoronarla un poco más según pasaban las horas, los días, los meses, y los años. Por que los años pasaron y en el silencio de estos años, quedó para siempre perdido el hombre mayor y también sus compañeros.

EL ÚLTIMOCAPÍTULO
EN EL LIBRO DE LO ETERNO

A lo largo del tiempo de la pandemia, he ido escribiendo un mensaje para ti, para otros, para todos en este mundo en el pasado, presentes y futuro. Aquí te dejo este mensaje para que puedas comprobar lo que he visto, sentido y espero. En una colección de relatos cortos, 450 palabras cada uno, escritos en la etapa del covid19, he dejado escrito el mensaje que estoy diciendo// ¿En qué región del universo, del más allá, de la eternidad, se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo?

17 de marzo 2020 -1
MI REFLEXIÓN
Todo y todos en este mundo, tenemos solo un poco de tiempo. Todo y todos nacemos, crecemos y maduramos a lo largo de algunos años y al final envejecemos y para siempre nos marchamos. Nos lleva de su mano, no sabemos adónde, algo que llamamos muerte. Y yo, en los días que conocí esta historia y le di forma escrita en este sencillo texto, estoy conociendo y viviendo algo que de ningún modo quiero dejar de compartir contigo. Tú ya te fuiste de este mundo de los humanos hace mucho tiempo y yo aún sigo por aquí buscando y recorriendo lo que ya tantas veces te conté. A nivel mundial, en todo el planeta llamado Tierra, en estos días ocurre algo realmente extraño. Algo inesperado que me sorprende no solo a mí sino a cada una de las personas que en estos momentos pisamos y respiramos en este planeta. Estoy preocupado y están preocupadas muchas, muchas personas. Voy a contarte.

Día 4: 15 de marzo. No es un domingo cualquiera
57 casos positivos en Granada es la cifra oficial del mediodía. Destaca el elevado porcentaje de enfermos **hospitalizados, que son 23,** tres de ellos en la UCI.
La **Granada confinada amanece** casi como un **domingo cualquiera**. **Calles vacías** y una población que no madruga. Pero el paso de las horas no llena de gente los restaurantes, ni siquiera pueden abrir, las terrazas ni los **parques infantiles**. Los **cuerpos de seguridad** empiezan a organizarse para el **control efectivo** del confinamiento ordenado por elGobierno.

31 de enero: primer diagnosticado por coronavirus en España, un turista italiano en Tenerife. Ese mismo 31 de enero, Fernando Simón declaraba que España no iba a tener "más allá de unos cuantos casos diagnosticados".

9 de febrero: segundo diagnosticado en España. Pedro Sánchez se ha reunido tres días antes con Quim Torra para su operación diálogo y ha firmado con Ada Colau dos días antes un convenio de colaboración.

13 de febrero: 3 casos diagnosticados. Pedro Sánchez ha anunciado dos días antes su ley de eutanasia. El día anterior, en el Congreso, ha anunciado también que actualizará la Ley de Memoria Histórica.

24 de febrero: 4 casos diagnosticados. Cuatro días antes, Pedro Sánchez ha empezado a discutir con nuestros socios de la UE los presupuestos europeos tras la salida del Reino.

25 de febrero: 8 casos diagnosticados. Pedro Sánchez se hace la foto en la reunión Interministerial sobre el coronavirus, sin tomar ninguna medida, y anuncia el calendario legislativo, afirmando en Twitter que "España necesita un Gobierno de acción, resolutivo y ejecutivo".

26 de febrero: 14 casos diagnosticados. Pedro Sánchez reafirma en el Congreso su compromiso con el diálogo en Cataluña, recibe a Torra con todos los honores en Moncloa y sentencia en Twitter que "el machismo mata".

27 de febrero: 26 casos diagnosticados. El Congreso aprobaba, a solicitud del gobierno, el nuevo techo de gasto.

28 de febrero: 45 casos diagnosticados. Pedro Sánchez declara en Twitter "Somos un Gobierno resolutivo, de acción, comprometido con el diálogo territorial" y preside la reunión de la Comisión Delegada para el Reto Demográfico.

29 de febrero: 59 casos diagnosticados. Pedro Sánchez habla en Twitter de las medidas que piensan tomar para hacer frente a la revuelta de agricultores y ganaderos.

1 de marzo: 84 casos diagnosticados. Pedro Sánchez presenta en Vitoria la candidatura del PSOE a las elecciones vascas y vuelve a defender lo que él llama "diálogo" en Cataluña.

2 de marzo: 125 casos diagnosticados. Pedro Sánchez reúne al Comité Federal del PSOE para hablar del proyecto de nueva Ley Educativa.

3 de marzo: 169 casos diagnosticados y 1 muerto. El gobierno de Pedro Sánchez presenta sus proyectos de Ley Educativa y de Ley de Libertad Sexual.

4 de marzo: 228 casos diagnosticados y 2 muertos. Pedro Sánchez se hace la foto con el personal del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias, mientras sigue sin tomar ninguna medida de contención.

5 de marzo: 282 casos diagnosticados y 3 muertos. Pedro Sánchez anima a través de Twitter a participar en los actos del 8M.

6 de marzo: 365 casos diagnosticados y 8 muertos. Pedro Sánchez sigue animando a través de su cuenta de Twitter a conmemorar el 8M, porque "sin feminismo no hay futuro".

7 de marzo: 430 casos diagnosticados y 10 muertos. El PSOE dice en su cuenta de Twitter que "hay que salir a llenar las calles" al día siguiente, 8M.

8 de marzo: 674 casos diagnosticados y 17 muertos. Pedro Sánchez y el PSOE echan el resto en las redes animando a conmemorar, también en las calles, el Día Internacional de la Mujer.

El resto, es historia. En el último recuento, correspondiente al cierre del día 13 de marzo, llevamos 5239 casos diagnosticados y 133 muertos.

18 de marzo 2020 -2

HUYENDO DE LA **…**

Siguiendo la estrecha senda, los vi bajar. Derechos al encuentro del cauce del río. El grupo no era muy numeroso y detrás, a unos metros de los que caminaban al frente, avanzaba el marginado. Cabizbajo y en silencio. Oyendo, de vez en cuando, lo quemurmuraban los que le precedían: "Ni siquiera sabemos para qué lo queremos entre nosotros. No solo no va a ayudarnos en nada sino que hasta será un estorbo".

Los que avanzaban al frente, llegaron a las aguas del río. Es que parecía jefe, dijo:

- Ya veis que no hay puente que nos sirva para cruzar estas aguas. Busquemos el mejor lugar y saltemos poco a poco de piedra en piedra hasta llegar a la otra orilla.

Por el lado de abajo de dos grandes fresnos, este jefe se puso a cruzar la corriente de las aguas. Pisando con cuidado las piedras que por el pequeño valle sobresalían de las aguas. Lesiguieron el resto del grupo y, cuando ya todos alcanzaron la orilla opuesta, el marginado se puso a cruzar lacorriente. Antes de pisar tierra en la orilla opuesta, vio que los del grupo se habían parado. En la pequeña torrontera, se sentaron y esperaban a que el marginado se acercara a ellos.

Temeroso y sin apenas atreverse a mirar, consiguió cruzar la corriente. Rodeó al grupo por el lado derecho y se puso en la parte de arriba de la torrontera por delante de todos. Sortó en el suelo la mochila que portaba y dijo a los del grupo que no paraban de mirarlo fijamente:

- No perdamos mucho tiempo porque el día está declinando y todavía estamos lejos.

Uno de los del grupo, se atrevió y dijo:

- Nosotros estamos huyendo de la gran epidemia de un extraño virus que en estos momentos asola a la ciudad que dejamos atrás y a otras muchas ciudades y naciones del planeta Tierra. Queremos salvarnos pero de ningún modo deseamos que estés entre nosotros.

El marginado los miró durante un rato sin pronunciar palabra y luego volvió su cabeza y miró al frente. Por la cañada, entre los árboles, la hierba y algunos arroyuelos de agua clara, Vio la senda que subía. Al fondo y en todo lo alto, también vio el collado que en el horizonte y sobre un fondo azul de cielo y nubes blancas, anunciaba la presencia y fronteras de las nuevas tierras. Donde, al otro lado de este collado,sabían que ya no existía contaminación de virus ni otras enfermedades.

19 de marzo 2020 -3

LA CASA DEL AMIGO

¿Te acuerdas del hombre bueno que con nosotros recorría los caminos de las montañas?Era todavía bastante joven y realmente se comportaba con mucha bondad. Nos lo demostraba a cada instante según nos acompañaba por los caminos de los montes. De pronto un día le detectaron cáncer. Aguantó lo que pudo y solo un año y medio después, murió. Sus amigos lo llevaron a la montaña que durante mucho tiempo había recorrido y en unos de los árboles que a él le había gustado mucho, junto al tronco, enterraron las cenizas de su cuerpo.Desde aquellos días y hasta hoy, nunca he podido olvidar ni a este hombre ni su historia.

Hoy, aquí en la ciudad de Granada y en todo el país y otros países alrededor del Planeta Tierra, hay un problema muy grande. Hace unos meses surgió un virus muy malo en un país lejano de este nuestro. Se fue extendiendo por todos los rincones del mundo y hoy, aquí en Granada, en toda la región y en España entera, hay muchas personas enfermas y otras muchas personas están muriendo. Los hospitales están saturados, los médicos no dan abasto, el mundo científico a nivel global no encuentra un remedio a esta enfermedad y menos aún dan soluciones buenas las personas que gobiernan las naciones. Hoy en esta ciudad de Granada y en otras muchas en toda España, todas las personas estamos encerrada en nuestras casas para prevenir la expansión de este virus y que no contagie y mueran más. Algo serio, muy grave, invisible y que asusta mucho, mucho.

Pero yo en estos momentos como ya en otras muchas ocasiones, soy un privilegiado. Vivo y respiro bastante al margen y lejos de la ciudad y personas y eso me hace sentirme privilegiado. Estoy encerrado donde vivo pero tengo espacio para poder moverme algo de libertad. Y esta mañana, 19 del mes de marzo, además de acordarme de ti y sentirme bastante preocupado por lo que está sucediendo a nivel mundial,estanoche en sueño, he recorrido una de las sendas que hicimos juntos cuando estabas. Me he acordado mucho del hombre bueno que se marchó casi de la noche a la mañana y por eso me he acercado al lugar donde él tenía una pequeña casa. Una casa blanca, muy cerca del cauce del río, rodeada de vegetación y con muchas plantas y flores a un lado y otro y en la entrada. Según me acercado, el corazón me temblaba y las emociones me rebosaban.

He caminado lento y nada más remontar el pequeño puntal y avistarla, me he parado. A solo unos metros frente a esta pequeña casa y no muy lejos del río y del jardín que aquel hombre bueno cultivaba por aquí. Durante bastante

rato he mirado sin pestañear, mudo y como rezando al cielo. Los recuerdos son tremendos, el momento es aplastante y casi con poca esperanza, el silencio a nivel mundial es sobrecogedor y la incertidumbre… ¿qué quieres que te diga? Sin embargo las aguas claras de la corriente de río, siguen deslizándose por la tierra muy cerca de la pequeña casa del amigo, la mañana se alza silenciosa, un poco brumosa y algo fresca y la quietud es casi de piedra. Se oye el canto de algunos mirlos por entre la vegetación cerca de la casa y por las orillas del río, se ve la luz del sol reverberando sobre las laderas y rocas de estos montes,se siente hondamente la ausencia de aquel hombre bueno por aquí y el corazón se encoge. La ciudad está por completo en silencio, nadie puede salir de sus casas y menos caminar por las calles, no se oye ruidos de coches ni de aviones y esto impresiona mucho. Tú ya te fuiste hace mucho tiempo, se fue aquel amigo bueno, se han ido muchas otras personas que después he conocido y sé que cualquier día también yo me iré. Pero te cuento esto para que sepas cómo son las cosas en estos momentos y por otras partes y rincones del mundo. Te echo de menos, creo en Dios, espero que de alguna manera las cosas cambien sin mucha tragedia y reflexiono como tantas otras veces: ¿La vida, la existencia de cada una de las personas, seres vivos en este planeta y las cosas?Nos destruye el tiempo, nos borra poco a poco y a las cosas y nada, absolutamente nada nosotros los humanos podemos hacer para que esto no sea así.

20 de marzo 2020 -4

BUSCANDO AIRE LIMPIO

La ciudad permanece en silencio. Muy poca gente se ve por las calles coches y otros vehículos también son escasos. Las noticias continuamente hablan de la expansión del virus. 20000 personas dicen que son ya las que hay en estos momentos aquí en España. Casi 300 en la ciudad de Granada. Los muertos también son muchos y las autoridades dice que lo peor aún está por llegar punto saturados se encuentran los hospitales y los sanitarios, médicos y enfermeros, además de cansados, muy preocupados. Tienen gran escasez de material para protegerse de esta enfermedad ya su cansancio por tanto trabajo atendiendo a las personas contagiadas, se suma continuamente está preocupación.

Me acuerdo de ti y me acuerdo de aquellos días cuando en libertad podríamos recorrer las sendas de los montes que tanto nos ha gustado siempre, los rincones que teníamos cerca, algunos espacios por esta ciudad de Granada y otros muchos sitios. Hoy todo está solitario y como ya te he dicho, la preocupación es grande, muy grande. Tan grande que esta noche en mi sueño he visto lo siguiente: una persona, todavía bastante joven, ha avanzado lento y solitario por las calles de la ciudad. Cargando a sus espaldas una gran mochila repleta de alimentos y sujetando en sus manos varias bolsas también repleta de alimentos. Me ha llamado mucho la atención su presencia, del modo en que caminaba, las cosas que portada y la dirección en que caminaba.

Lo he visto salir de la ciudad, seguir andando sin pararse, recorrer los lugares próximos a esta ciudad y avanzar hacia espacios casi desconocidos en las

montañas. Sin desprenderse ningún momento de la gran mochila repleta de alimentos ni de las bolsas en sus manos también lleva. Y he visto que buscaba como un sitio donde esconderse o descansar. Parece que nada de los que encontraba ha sido de su agrado y por eso ha seguidomoviéndose por las laderas de la montaña. Al final,después de remontar una empinada ladera y sortear grandes rocas en un barranco, se ha parado. Bajo una de las rocas se ve como una reducida cueva mirando al sol de la mañana. Lejos muy lejos de la ciudad y de otros rincones de este país poblado de personas. En la hierba que por aquí crece, has soltado su mochila y las bolsas. Lo he visto mirando al cielo y he oído que ha murmurado:

“Dios mío, protégeme y ayúdame que me refugio en ti porque mi suerte y vida está en tus manos”. Después de esta oración, para sí ha seguido diciendo: “Alimentos, tengo para muchos días. Soledad y silencio también tengo y, lo más importante, aire limpio y por completo libre del virus que está matando al mundo entero. Y si a pesar de todo, decides llevarme contigo, al menos lo haré mientras contemplo el azul del cielo, oigo el canto de los pájaros, me susurran los arroyuelos de agua clara yviendo las nubes revoloteando por el cielo”.

Se me ha llenado el corazón de no sé cuántos sentimientos extraños al oír y ver a esta persona Isabel todo lo que ahora mismo está ocurriendo a nivel mundial por culpa de este extraño virus. No sé lo que puedo pensar, tampoco sé lo que siento ni cómo expresarlo y menos aún tengo fuerza para hacer un juicio. La realidad es la que es ahora mismo en el mundo entero y nadie sabe como para escribir y menos aún se sabe cómo evitar tantas tragedias y muertes. ¿Por qué sucede esto y a nivel mundial?

21 de marzo 2020 -5

LA CARTA

Ris: Aleksandra

“Estoy leyendo de nuevo tu carta que me has escrito hace meses. Allí me cuentas de Úbeda, la pequeña ciudad de verdad hermosa. He visto in Internet algunas fotos de sus rincones y me gustan mucho. Yo sé ahora porque te gusta tan fuerte la naturaleza o mejor decir que tienes necesidad di estar en la naturaleza, pasear por las montañas, como nuestros paseos por las montañas cerca Granada. Sé porque sabes todo de las plantas y de los animales. Especialmente de los pájaros. Recuerdas cómo me has enseñado acoger el té de montaña para tomarlo? Ahora entiendo como te gusta pasear y ver las cabras montesas y me da mucha pena que no fuimos a la Alpujarra como queríamos hacer.

Gracias por tu carta y por todas las cartas que mi has escrito. Yo decidí di no hacer discusión de trabajo de grado en marzo. Seguí tu consejo. Por el momento decidí de escribir el cuento de mi vida en Roma pero eso no me sale con tanta inspiración como el cuento de Granada. Sabes que cuando escribía el cuento del Granada parecía que alguien me estaba dictando las palabras para escribir. Era muy fácil quizás porque era una carta para ti.
Un abrazo muy fuerte”.

La Organización Mundial de la Salud hoy haregistrado un total de 234.073 casos de coronavirus en el mundo, lo que implica cerca 25.000 más que en la víspera.

Las muertes se elevan a 9.840, unas 800 más que el jueves, según las estadísticas remitidas por los países afectados a la OMS. Según esos datos, se trata del primer día en que Wuhan, la ciudad china origen de la pandemia, no registró ningún caso, lo que constituye un hito en la lucha contra el coronavirus. Los países afectados son 176.

Hoy aquí en España se cumple exactamente una semana de estado de sitio. Momento en que todas las personas deberíamos habernos encerrado en casa y no sale nada. Hasta ahora parece que es la única posibilidad de poder cortar el contagio de este virus. Pero las cosas no están mejorando mucho. Las noticias cada día anuncian elevados contagios, bastantes personas que mueren y otros muchos problemas como falta de material para protegerse en los hospitales y falta de cama también en estos hospitales.Casi 300 personas son las contagiadas en esta ciudad y esto es solo a las personas que le están haciendo el test. Solo las que tienen síntomas y a ninguna de los posibles portadores de esta enfermedad.Tengo que contarte lo que desde el lugar donde vivo, cada tarde contemplo. Tengo que contarte cómo se ven y oyen ahora mismo las calles y plazas de esta ciudad y tengo que contarte otras muchas cosas. Las personas están muy asustadas, los que gobiernan parece que no están aceptando pienso decisiones de la parte más negativa de todo esto, aún parece que está por llegar. Tengo que contarte poco a poco.

22 de marzo 2020-6

¿Sabes? La persona que escribe esta carta ahora mismo vive en Italia. Está nación, es la que en estos días está sufriendo el más fuerte azote del coronavirus. Esta persona es joven, vive al sur de Italia y por donde más fuerte está atacando la epidemia es por el norte de esta nación. Como nosotros, todas las personas de esta ciudad de Granada y de los pueblos y de España entera, esta persona está encerrada en su casa. La única medida eficaz que hasta ahora se conoce para bajar un poco la fuerza que este virus está extendiendo por todo el planeta Tierra. La persona que ha escrito esta carta, hacedos años estuvo una temporada aquí en Granada estudiando en la universidad. Tocada a guitarra por la calle Carrera del Darro y por eso la recuerdo y recuerdo también en estos días esa zona de la ciudad de Granada. Hoy hace exactamente 8 días que no paso por aquí y pienso en los patos de río, en los gansos, las palomas y las lavanderas cascadeñas. Imagino el silencio y la soledad que por esta zona y por todas las zonas, calles y plazas de Granada, se extiende estos días.

Pero es necesario este silencio y ausencia de las personas por las calles. No se conoce hasta ahora otra manera de poder frenar este virus. Cerrar a las personas en las casas durante un tiempo que pueden ser dos semanas un mes, mes y medio, dos meses o solo Dios sabe cuánto tiempo. No hay otra solución. Y a pesar de que las cosas sean así, ni siquiera sabemos todavía cómo va a ser el final de esta enfermedad si es que llega en algún momento. Aquí en Granada Hoy las noticias anuncian que hay 333 personas

contagiadas y ya han muerto 13. A nivel de España son casi 40000 personas contagiada y 1200 muerto. Las cosas son peores en otras partes del mundo como en el país de la joven que nos ha escrito la carta y, según lo que se va conociendo, la epidemia seguirá avanzando por todos los territorios del planeta.

Hoy es el segundo día de la primavera, no hace mucho frío, llueve a chaparrones de vez en cuando y el ambiente de este rincón donde vivo, se ve y oye por completo en silencio. Las nubes son densas y negras, como de tormenta en algunos momentos y los chaparrones caen con fuerza. La hierba come a la que puedo ver desde donde vivo, crece muy vigorosa y Colón color vivo y brillante. Sobre la película de esta hierba y las flores que ya han brotado, se quedan las gotas de la lluvia trabada. Sobre el silencio, las sombras de las nubes y la tarde que cae, hay un universo suspendido. Para mí, la joven que nos ha escrito esta carta, aún no se nos ha acabado la vida en esta tierra pero para otras muchas personas que esta pandemia se ha llevado por delante, ya todo ha terminado en este mundo. Y las personas, tú lo sabes, nos agarramos a la vida y, a pesar de todo, queremos seguir por aquí respirando el aire, contemplando los azules del cielo, oyendo el canto de las aves, recreándonos en la verde de la hierba y las flores que de esta hierba brotan, disfrutando la lluvia al caer y dando gracias por la libertad y todas las hermosas realidades que en este universo el Creador nos regala. Quizás por esto creo que a veces oigo surgir de la tierra a lo ancho y largo una sencilla oración al viento: “ProtégenosDios nuestro que nos refugiamos en Ti porque nuestrasvidas y suerte está en tus manos”.

23 de marzo 2020 -7

La tarde de este día está muy lluviosa. Las temperaturas han bajado y las nubes lo cubren todo. Desde dónde vivo, la ciudad de Granada se ve como envuelta en niebla y por completo en silencio. Las noticias que se pueden leer en muchos sitios y lo que se puede oír en televisión y radio, solo hablan de la epidemia que asola en estos momentos a España. Y poca, muy poca esperanzasdanestas noticias. Yo, de la mejor manera que puedo, intento conocer la realidad pero también intento no dejarme superar por este pan incomprensible acontecimiento. Cada tarde paseo un rato por el lugar cerrado dónde vivo y cuento los pasos. 5400 pasos que he dado esta tarde a las 5. Creo que es bueno hacer algo de ejercicio el tiempo que oigo música, rezo y, como tantas otras personas, espero.

La incidencia del coronavirus sigue creciendo en Andalucía, donde Granada es la segunda provincia más afectada, tanto en número de personas contagiadas como en fallecimientos. Así, según la última estadística oficial difundida por la Consejería de Salud y Familias de la Junta, ya son 1.961 las personas contagiadas en Andalucía, que ha sumado en las últimas horas 236 nuevos casos. En Granada, según estos datos oficiales, hay 374 casos positivos en Covid-19. Son 39 más que los contabilizados por Salud este domingo.

La pandemia del coronavirus supera los 340.000 contagiados y se aproxima a los 15.000 muertos

España es el cuarto país más afectado por el Covid-19 con más de 28.000 positivos.
Según los científicos, el tipo de sustancia sobre la que se deposite el virus dura: hasta setenta y dos horas en materiales porosos de uso frecuente como las telas o los papeles y cartones; de doce a veinticuatro horas en materiales pulidos, como las temidas barras de los transportes públicos y solamente tres horas en el aire, suspendido en las secreciones respiratorias emitidas por las personas infectadas, de aquí la importancia de las mascarillas.

24 de marzo 2020 -8
CAMINANDO HACIA…
El río se estira como dormido, a lo ancho y largo de pequeño valle. Escondidas sus aguas entre los juncos, juncias y tarayes y deslizándose silencioso, como escondido,hacia el lado de la tarde. Desde el valle, desde las mismas aguas en la parte media de este cauce, arranca el camino. Ancho y resto como si fuera a algún lugar importante y tapizado a los lados y en el mismo firme de camino en varios trozos, por alfombras de hierba verde y fresca.
Por aquí, por este camino y surcando el valle hacia donde el camino lleve, me he visto esta noche.

Me acompaña una persona que no conozco. Me da confianza y siento que es mayor que yo hasta en su estatura. Yo me noto pequeño, todavía de corta edad. Por eso creo que necesito la presencia de esta persona y por eso creo que confío en ella. Habla y cuenta cosas que apenas comprendo. Pero me gusta lo que oigo, el tono de su voz, la confianza que transmite y la fuerza que me deja intuir. Para remontar una elevación del terreno, el camino gira a la izquierda en un ángulo totalmente rectangular. Nos venimos para este lado y enseguida a la derecha veo el pequeño bosque de árboles muy verdes. Álamos, acacias y algunas encinas. Al frente se empieza a ver un edificio grande por completo elevado sobre el terreno, en silencio y recortado en el azul del cielo. Le pregunto al que camina conmigo:
- ¿Qué es ese edificio?
- Fue un gran edificio lleno de niños, jóvenes y personas mayores no hace mucho.
- ¿Por qué dices fue?
- La epidemia que surgió en un país lejano y se extendió por todos los territorios del planeta Tierra, yo llego para siempre a todas las personas que en este edificio hacían vida.
- ¿Y cuándo fue eso?

El que camina a mi lado no responde a esta pregunta. Siento confianza y me noto protegido pero en mi corazón se rebulle como un desconocido remolino de miedo.

25 de marzo 2020-9
EL POEMA
En la rama del acebo
vieja y fría,

sumido en silencio
y como sin vida,
se ve al mirlo
a lo largo del día.

A veces canta
quebradas melodías,
notas al viento
y mira.
Por la calle nadie pasa,
las horas son frías,
en silencio la ciudad
como dormida,
el cielo es azul
y casi ni respira
el corazón y el alma
sorprendida.

Desde el hondo silencio,
llora y grita
la humanidad entera
herida, muy herida.
¿Qué está pasando, Dios mío
que tan de rodilla
nos encontramos todos
ante Ti y la brisa
del universo entero
sin sonrisa?

Quiere cantar el mirlo
en la rama fría
del viejo acebo
y su melodía,
se ahoga en el silencio
sorprendida.

España alcanza los 3.434 muertos por coronavirus, 738 más en un sólo día,, con lo que nuestro país supera ya a China y se aproxima a los 50.000 contagios con 47.610 infectados, según los datos de hoy del Ministerio de Sanidad.

De los 47.610 infectados, 3.166 están ingresados en las UCIs mientras que desde que se iniciara la pandemia se han curado 5.367 personas.

Madrid está a la cabeza deautonomías damnificadas con 14.597 infectados, le sigue Cataluña con 9.937 y País Vasco, con 3.271. De las tres, es Cataluña la que ha pegado un salto importante en los contagios de un día para otro.

26 de marzo 2020 -10

“¿Qué parte del camino hacia Dios nos muestra la epidemia del coronavirus?"
Palabras del Superior Mayor de la Compañía de Jesús, jesuitas.

Nos está mostrando que somos una sola humanidad. Cada uno de los seres humanos, todos los pueblos, cada una de las culturas que enriquece la diversidad humana, forma parte de la única, variada, única e independiente humanidad.

Nos está mostrando como la superación de una crisis es posible cuando nos hacemos conscientes de la importancia de atender el bien como y asumir seriamente la propia responsabilidad individual. Solo podemos vivir como único cuerpo.Separados, cada persona o cada pueblo por su cuenta, es imposible.

Nos está mostrando que no hay diferencia de edad, raza, religión o condición social dentro del único cuerpo que forma la humanidad. Todos y cada uno formamos parte, nadie sobra, ninguno puede prescindir de los demás.

Nos está mostrando que queremos caminar juntos. Todos estamos preocupados, nos ayudamos mutuamente a superar miedos y angustias, cada quien busca la manera de echar una mano, empezando por controlar los propios deseos y aceptar someterse a las medidas y sacrificios que permiten contribuir al bien de todos.

No sabemos cuál largo eseste trecho del camino y cómo es el trecho que sigue.Pidamos luz para iluminar su recorrido y la gracia necesaria para hacerlo juntos y elevando una oración al cielo para pedir su protección.

27 de marzo 2020 -11
Está el día nublado, sale el sol al rato, han bajado mucho las temperaturas y se anuncian lluvias. Las personas seguimos encerradas en nuestras casas tanto aquí en Granada como en todas las ciudades y España entera. Nada puedo ver ni saber más allá de este pequeño rincón donde vivo excepto las noticias que a través de la radio o de Internet, continuamente bombardean. Noticias no son buenas, ni nada buenas. Los que nos gobiernan y dirigen los destinos de este país en estos momentos, parece que dicen y hacen cosas que no se corresponde con lo que realmente está sucediendo. Está extraña epidemia se está extendiendo por todos los territorios del planeta Tierra y nadie, absolutamente nadie encuentran y saben cómo parar esto. 13 son los días que ya llevamos recluido en las casas en toda España.

28 de marzo 2020 -12
DESDE DONDE VIVO encerrado desde el día 15 de este mes igual que otras muchas personas en este país y en el mundo entero, mientras espero y rezo no solo por mí sino por todo las personas que ahora mismo están sufriendo, veo y oigo. Oigo a un mirlo cantar desde primera hora de la mañana y a lo largo de casi todo el día en el acebo que hay bajo mi ventana. Oigo el canto

de otras avecillas, gorriones, palomas, currucas y carboneros y oigo el silencio, muchos silencio. Tanto silencio que pareciera que todos los humanos se han marchado del planeta Tierra.

Veo el cielo azul, veo las nubes colgadas en el cielo como si no tuvieran prisa de marcharse, veo las puestas del sol al caer las tardes, veo a la ciudad totalmente en silencio y como entre nieblas, extendida a lo largo de la amplia Vega por debajo de Sierra Nevada, lejanías y horizontes. Como a tantas otras personas en estos momentos, me gustaría andar por algunos de estos lugares, respirar el aire que ya huele y está cargado de primavera y disfrutar de las flores y olores que en estos días la naturaleza ofrece. Pero, al igual que sucede a tantas otras personas, nada de esto puedo realizar en estos momentos. Y claro que me pregunto igual que se lo preguntan tantas personas ahora mismo en el mundo qué si llegará el día.Para muchas personas aquí en mi país y en el mundo entero, ya el día no va a llegar nunca. Se han ido para siempre y bastante de estas personas, ni siquiera han sido despedidas y muchos menos van a ser recordadas en este mundo. Esta es la realidad, aunque no todas sí una parte de lo que está sucediendo en estos días tanto en mi país, en mi ciudad, región y otros lugares del planeta Tierra.

Pero desde donde vivo, desde un espacio de tierra que sí puedo pisar porque está limitado como yo, en los momentos en que miro a la ciudad, muda sobre la amplia Vega y como si durmiera, en silencio rezo y de ninguna manera quiero preguntarme. En mi sueño, desde este pequeño trozo de tierra que está encerrado como yo, esta noche me he visto frente a la ciudad. Por entre unos árboles y algunas matas de hierba y con una especie de flauta de madera en mi mano. Mudo frente a la ciudad, he puesto en mis labios esta flauta, he intentado sacar de ella algunas melodías.El instrumento hasonado y la melodía que oigo, me deja sorprendido. Es como un silbido ronco, profundo, lastimero y potente, muy potente. Enseguida lo asocio a un grito, a una llamadaque dice: “Despertad todas las personas que ahora mismo estáis encerradas en vuestras casas en esta ciudad.Despertad del sueño porque el amanecer está llegando. El amanecer llega en un día espléndido de primavera y un sol radiante. La vida, los sueños de los corazones y de las almas en las personas, son tan potentes, que atraviesantodas las fronteras,todos los espacios, las barreras y océanos del tiempo y para siempre quedan hermosos y únicos en el universo de la eternidad. Despertad humano que amanecer llega”.

No he sabido interpretar este sueño y menos aún el mensaje que la melodía de la flauta me regala. Pero continuo sacando sonidos de este instrumento mientras miro fijo a la ciudad dormida en la Vega. Me siento como volando por encima de esta ciudad y, aunque sigo sin comprender y en el fondo continúo asombrado, también palpo que el amanecer está llegando y es hermoso, muy hermoso.

29 de marzo 2020 -13
DESDE LA BELLEZA

En estos días circula por Internet un bonito vídeo. Dos niños coreanos acompañados de su padre con la guitarra, cantan una vieja canción cubana. La canción es bonita pero la voz de los niños es tan dulce que fascina al mundo entero. Con la voz de estos niños cantando esta canción, hoy he realizado yo también un vídeo que he puesto en Internet. Un pequeño trozo de belleza como reflexión para estos días y lo que en España y en todo el mundo está sucediendo.

https://youtu.be/X6_bCTYGd7E
Desde la belleza, una reflexión.
Letra de la canción:Veinte Años:
Cantan los niños, Isaac y Nora

Qué te importa que te ame
si tú no me quieres ya
El amor que ya ha pasado
no se debe recordar.

Fui la ilusión de tu vida
un día lejano ya,
hoy represento el pasado
no me puedo conformar.

Si las cosas que uno quiere
se pudieran alcanzar
tú me quisieras lo mismo
que veinte años atrás.

Con qué tristeza miramos
un amor que se nos va
es un pedazo del alma
que se arranca sin piedad.

30 de marzo 2020 -14
ESTA NOCHE me he visto en mi pequeño balcónfrente a Granada. Es un trozo de terreno dentro del espacio donde vivo y que mira a Granada, a la Vega y puesta del sol. La ciudad estaba por completo en silencio y como dormida. En el mismo centro de este espacio de terreno veo a un joven. Tiene delante de él una especie de ordenador y una gran pantalla frente a la ciudad. Me acerco y le pregunto:
- ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?
Sin mirar me responde:
- No me conoces y lo que hago aquí es intentar conectar para transmitir en directo con el corazón del Universo.
- ¿Quieres hablar con alguien?
- Quiero hablar con el que existe más allá de las nubes, de las estrellas y de los confines del Universo. Tengo necesidad de preguntarle por lo que ahora mismo le está ocurriendo a todos los humanos del Planeta Tierra y por qué sucede esto.

No le he preguntado más. Por el pequeño trozo del terreno del balcón frente a la ciudad, me muevo despacio mientras observo. Aquí mismo hay un limonero cargado de limones amarillos, cantan por entre los árboles del jardín muchos mirlos, palomas y currucas y las nubes se cuelgan en el cielo. Han bajado las temperaturas y corre un poco de viento. La ciudad sigue sumida en su silencio y como en una lejanía inabarcable. Todos llevamos ya 15 días sin salir de casa y esperamos.

31 de marzo 2020 -15

SEGUNDA CARTA

Vanesa Mart: Canto a la vida

https://youtu.be/q6c7ev6GfsA

Gelena Ostroumova

Hola mi querido Pepe,

Estos dias mis pensamientos son de Espana e Italia. Que horror lo que esta suciendo en el mundo. Pobre gente. Como esta Usted? Como van las cosas por Granada?

Por aquí ya sabe, es horrible. La cantidad de la gente infectada, lo mismo esta pasando aquí, no hay plazas en los hospitales, no hay mascarillas, nada. Lo peor lo pasa la ciudad de Nueva York. Yo ya llevo tres semanas trabajando desde mi casa. Las guarderías están cerradas también, los niños están conmigo, no me dejan hacer mi trabajo, por eso empiezo a trabajar cuando se van a dormir por la noche. No les dejo salir a la calle, solo al patio de nuestro piso. Gracias a Dios mi mama esta con nosotros. Me ayuda con los niños y por la casa (cocinar, limpiar, lavar - todo lo hace ella). Si no, yo no hubiera podido hacer nada. Gracias a Dios por ahora estamos bien sin síntomas.

Para finales de mayo tengo billete de avión a Granada y el piso alquilado. Lera también quería ir, alquilamos el piso juntas. Queríamos pasear por Granada, acordarnos de aquellos años, verle a Usted, pero con el Coronavirus ya no se que va a pasar...

Por favor cuénteme como está Usted. Un abrazo muy fuerte,
Guela

1 de abril 2020-16

PALABRAS DEL MENSAJERO

En el rellano que es como un balcón frente a Granada y frente a la tarde, lo he visto esta noche otra vez en mi sueño. Es joven, de estatura mediana, de cuerpo algo delgado piedad esto hermoso. Mira va a la ciudad por entre los árboles que hay al lado de debajo de este pequeño balcón, y en silencio se mantenía inmóvil. Me he acercado el concierto respeto y otra vez le he preguntado:

- ¿A qué se debe tu actitud en este lugar, frente a la ciudad y frente al lado por donde el sol se pone cada tarde?

- Muchas personas están enfermando a lo ancho y largo del mundo entero y otras muchas están muriendo. Tú sabes como yo lo que en estos momentos sucede. Estás encerrado en este espacio y otras muchas personas también. Esperando el momento mientras se cierne sobre cada humano algo nadie explicar.
- ¿Y tú sí?

Desde su actitud inmóvil frente a la ciudad y frente al lado de la tarde, se ha mantenido en silencio. Luego me ha dicho:
- Yo miro al infinito, dejo mi mente en blanco y siento el tiempo resbalándome.
- ¿Tu mente en blanco?
- Desde los ojos de mi cara, por los lados de mi cabeza, a lo largo de todo el cuello,espaldas y hasta el mismo centro de mi corazón, relajo todo mi ser.
- ¿Y esto paraqué?
- Para evitar que por mi mente entre o pase ningún tipo de pensamiento. ¿Sabes? No sirve de nada pensar, darle vueltas a las cosas en la mente, razonar, hacer planes o juicios. De nada sirve cualquier cosa de estas. Lo tengo claro y así lo decido. Lo único que en este momento quiero es estar en mí, por completo con todo lo demás silenciado en mi mente, mirar desde aquí al cielo y a las nubes que van y vienen y esperar. Esperar desde lo más hondo de mi corazón y pronunciar ahí mismodos palabras: “¡Dios mío!”

2 de abril 2020 -17

LA LLUVIA

Hoy ha estado todo el día lloviendo. Y las temperaturas han sido tan bajas, que en las cumbres de Sierra Nevada, ha caído una de las mayores me va a dar de este año. Por donde mi balcón pequeño frente a la ciudad y frente a la tarde, crece la hierba. En los tallos de esta hierba, se ven las gotas de lluvia trabada y lo mismo en las amarillas flores de la planta diente de león. Crece por aquí en abundancia esta pequeña planta y a ratos me entretengo en recolectar algunas de sus tallos y flores. Según leo por muchos sitios, esta planta es comestible y tiene bastantes propiedades buenas. Y en este pequeño trozo de mi balcón frente a la ciudad, tanto esta planta como las naranjas, limones y la hierba, están limpios de virus y otras contaminaciones. En estos momentos, ni animales ni personas tienen acceso a este pequeño trozo de terreno.

Quisiera compartir con otras personas estas cosas y más, pero poco puedo hacer. Ya están floreciendo los naranjos y en el pequeño huerto junto al balcón, crecen las espinacas y las acelgas. Cantan las palomas torcaces, alguna tórtola, los mirlos y las currucas. Todos ellos ajenos por completo a lo que está sucediendo en esta ciudad, en la región, en el país entero y a nivel mundial.

4 de abril2020 -19

BAJO LA ENCINA

En mi sueño esta noche me he visto caminando por la senda que surca la solana. Por la parte alta de esta ladera y frente al sol de la tarde. A mi derecha y en lo hondo, un claro y amplio río se desliza y al frente bastante lejos, se ven montañas muy altas. El sol está a media altura en el horizonte también por mi lado derecho. Es final de primavera y por eso las temperaturas son un poco elevadas. No hace frío ni calor y el airecillo que se mueve es como una caricia que anima y alimenta.

Avanzo lento y de pronto, al trazar una curva por entre unos árboles, los veo. Bajo una gran encina,parecen tener su casa. Ahí mismo, brota un copioso manantial de agua muy clara. Se desliza esta agua por un pequeño arroyo decorado con fresca hierba y florecillas blancas, amarillas y rojas. Algo más abajo y por donde cae elarroyo, crecen varios acebos entre cuyas ramas cantan mirlos. Ella, acompañada de un hombre no muy mayor, es la madre de una niña de edad mediana que, un poco retirado de la encina, juega. Más adelante y más cerca de las aguas del río, dos niños también juegan. Creo que son sus hermanos. Ellos dos, ajenos a cuanto les rodea, parecen ser dueños del universo entero. Se le ve felices y como si su única preocupación fura exactamente el juego que tienen entre manos. Como si no existieran más cosas ni cerca ni lejos ni en los confines del Universo. Ella, la que creo es hermana de los dos niños e hija de la mujerque bajo la encina es feliz y se siente libre observando a sus niños, también se siente plenamente satisfecha con su juego. Ha recogido hierba y pasto de las tierras cercanas y ha elaborado como una pequeña cama frente al sol de la tarde, por encima de las aguas del río y no lejos de donde la madre parece tener su hogar.

Siguiendo la senda voy caminando lento y al encontrarme con estas escenas, me paro. Mira un momento a la madre en su casi invisible pero hermoso hogar frente a sus hijos y reflexiono. Me muevo con respeto hacia la madre y me acerco. La saludo y cortésmente me corresponde. Le pregunto:
-¿Qué hacéis aquí y qué hacen tus niños en este escenario tan especial y tan lejos de las ciudades y de los humanos?
Me responde:
- Nos dormimos hace unos días, como muchas otras personas, en el PlanetaTierray ahora nos encontramos aquí. Llenos de una libertad y felicidad plena y en los escenarios, paisajes, ríos, fuentes, sendas, cantos de pájaros, flores, cielos azules y noches estrellas que tanto siempre hemos amado. Esto que ahora mismo estás viendo, no es un escenario real ni material en el Planeta Tierra. Estos paisajes, el aire, el canto de los pájaros, las luces del cielo, la caricia del aire, el río, los caminos, las montañas, mis niños y yo, estamos en la dimensión que existe al otro lado de la vida en la Tierra. Todo en la tierra es temporal y perecedero. Aquí, ya nada es temporal sino que existe y así será sin límitesde espacio ni tiempo.
- No entiendo.
- Lo que ves, puede sentir y tocar, existe y es real y tú ahora mismo puedes comprobarlo solo a través de tus sueños.

No le hago más preguntas. En silencio observo durante un buen rato y experimento un placer y felicidad profunda. Todo es hermoso y ni yo ni ellos tenemos miedo ni sentimos molestias de ningún modo. Y me llena

profundamente, me sacia y gusta, la presencia de los niños en susjuegos. Son felices y para ellos parece no existir ninguna otra realidad. Lo mismo parece transmitir la presencia de la madre y del hombre.

5 de abril 2020-21

DESDE LA ROCA

Lo he visto subir por la ladera. Despacio, buscando una senda por entrar las altas y voluminosas rocas. Durante dos o tres días seguidos, ha estado lloviendo y por eso las rocas, se ven todas tapizadas de tupidas alfombras de musgo muy verde. Es muy resbaladizo este musgo y de aquí que, según avanza despacio buscando paso por entre estas rocas, lo haga con mucho cuidado. Asciende solo, en silencio y como buscando algo muy concreto. Son tan altas y voluminosas todas las rocas clavadas en la tierra de la ladera, que su figura queda casi por completo oculta en los estrechos pasillos que entre estas rocas va buscando.

A media mañana llega a donde una de las rocas se alza en forma de bella y extraña estatua. La rodea por la parte de atrás y apoyando sus manos, asciende hasta lo más alto. Aquí, en todo lo más alto de esta extraña y robusta roca, hay como una pequeña plataforma que sirve de asiento. Se acomoda en esta plataforma y, como meditando, mira a lo lejos. La ciudad se extiende a lo largo de la ancha y larga vega y parece que nadie la habitara. Por completo toda en silencio, sin nada de contaminación en el aire, ninguna presencia humana por las calles y plazas y el sol bañándolo todo. El sol se alza a medio cielo por encima de las cumbres a su izquierda y los bosques que de estas cumbres caen hacia las hondonadas, seven silenciosos, muy verdesy como expectantes. A su derecha le queda una muy recogida terraza de tierra donde crecen hortalizas, legumbres, verduras y plantas aromáticas. Siente que ahora mismo es el dueño y único ser humano que puede recoger estos frutos. Piensa que quizá haga esto dentro de un rato.

Ahora mismo, sentado en la plataforma en todo lo alto de la robusta roca, mira, observay en su corazón reza: “¡Dios mío! ¿Qué ha pasado y está pasando en este Planeta Tierra? Los humanos enferman y se mueren en masa, las calles de las ciudades y pueblos están solitarias, las puertas de las casas se ven cerradas y un grito silencioso se alza pidiendo ayuda. Pon de Tú de tu parte y préstanos está ayuda porque es lo único que puede salvarnos. Ya ves que a pesar de todo, somos frágiles, muy frágiles. Ayúdanos porque nuestras vidas y suerte está en tus manos”. Cruza sus piernas según está sentado en la pequeña plataforma en todo lo alto de la roca, alza su cabeza, respira profundo saboreando el limpio aire con olor a musgo que le regala la naturaleza y aquí se queda. Por completo mudo y esperando. Al despertarme en mi cama este día 6 de abril, lo sigo viendo y sigo viendo los paisajes y los lugares. También medito y busco una respuesta.

6 de abril 2020 -22

EL EDIFICIO

El edificio se encuentra entre la primera parte del arroyo y antes de final de éste. Entre un bosque de recios y altos árboles. Álamos, encinas, almeces y chopos.En primavera, por entre estos árboles revolotean, cantan y hacen sus nidos muchos pajarillos.Currucas, ruiseñores, mirlos, urracas y palomas.El edificio fue construido, todo de piedra y en dos plantas, hace mucho, mucho tiempo. A unos quinche kilómetros de la gran urbe y en una hondonada en plena naturaleza virgen. En la ladera espaldas al sol de la tarde, crecen espesos y abundantes olivos y en la ladera que recibe el sol de la tarde, la solana, todos los años la siembran de cereales. Trigo, cebada, centeno, avena y también garbanzos, girasoles o habas. Todos los años en la época de la primavera, esta ladera presenta un aspecto realmente bello.

Al edificio de piedra junto al arroyo entre el bosque de árboles,él havenido a lo largo de muchos años. Acompañando a las personas que desde la gran urbe a este lugar acudían en procesión. Como en forma de romería y para venerar, durante un día entero, a las imágenes que en la pequeña capilla del edificio, hay. Y él, como en un juego de niños o como en grupo de nobles y sinceros amigos, todos los años ha compartido sus alimentos.Con muchas y cualquier persona, en los momentos de la comida al mediodía.

Hoy, día siete de este mes de marzo y casi en el centro de la primavera, lo he visto bajando por el camino que desciende ladera espalda al sol de la tarde. Silencioso y solo muy cabizbajo. Se acerca al edificio con cierta reverencia y durante un rato, observa y medita. Todo está en silencio, muy en silencio, solo se oye el rumor del aire por entre las hojas de los árboles y el canto de los pajarillos. Todo lo demás, es silencio, profundo silencio. Ninguna persona se mueve por aquí. Desde el edificio, por la parte de atrás, busca el camino y sube hacia la ladera que mira de frente al sol de la tarde. Avanza unos metros y entre el verde y espeso trigal, busca un sitio. En la piedra se sienta y acaricia con sus manos las delgadascañas de las matas de trigo. Mira al frente y todo lo que ve, es un bellísimo paisaje lleno de silencio y soledad. Abre la fiambrera que trae consigo con unas patatas asadas y algo de verduras y, como en forma de fracción, murmura: "¡Dios mío! ¿Con quién comparto ahora mismo y hoy esta humilde comida?"

7 de abril 2020-23

REZANDO A DIOS

Al caer la tarde, los cuatros se reunieron. En sus ojos y actitud, se veía la inquietud y el miedo. Él dijo a los tres compañeros:

- Hemos terminado la jornada y nos despedimos. Los que aquí nos han dado trabajo hasta hoy, siempre se han comportado con nosotros con mucho dignidad y respeto y por eso sabemos que son personas buenas. Nos despiden pero no por su propia voluntad.Las circunstancias que ahora mismo ocurren en mundo entero, les obligan a ello. Nos despedimos entre nosotros y nos vamos a encerrarnos en nuestras casas, quizá para no volver más.

Dejo de hablar y ninguno de los tres que lo miraban, dijo nada. Cabizbajos, comenzaron a moversecomo en busca de los lugares donde vivían sabiendo que quizás nunca más volverían a este lugar.

Él, joven, alto y delgado, durante un rato estuvo quieto mirando a los compañeros alejarse. Ni siquiera se dijeron adiós. Luego, pasado unos segundos, se volvió para el lado de la tarde y lentamente comenzó a caminar. Pisó la somera corriente del río, atravesó las aguas, sintió bajo sus pies la arena y grava en la orilla de los charcos y avanzó en silencio.Llamó a su perro pequeño y éste le siguió ajeno por completo a lo que en este momento ocurría. Durante un buen rato, caminó dirección a las altas montañas, lado del levante, como si buscara algo concreto. A lo lejos ya sus espaldas, se veía la ciudad sumida en silencio total. Pequeñas nubes blancas decoraban el cielo azul y se oía al canto de muchos pajarillos. Era primavera y no hacía mucho frío.

Cuando el sol de la tarde comenzaba a ocultarse en el horizonte, se paró al lado de debajo de unas grandes rocas. Nada traía consigo. Ni mochila ni bastón ni alimentos. Buscó ramas secas y troncos algo gruesos y cerca de una de las rocas más voluminosas, prendió fuego a esta leña. Con la retirada del sol al final de la tarde, las temperaturas comenzaron a bajar. Extendió sus manos frente a las llamas, dejó que el calor de la lumbre le confortará un poco y mirando a su pequeño perro, le dijo: “Ponte aquí a mis espaldas y acuéstate cerca de mi. Quiero sentir tu compañía y que tú también sientas la mía. A pesar de todo, creo que otras personas lo están pasando o lo van a pasar peor que nosotros. Yo rezo a Dios y confío en Él. ¿Por qué permite que ocurra lo que está sucediendo en el mundo entero? Nadie lo sabemos. ¿Qué será de ti y de mí dentro de un rato, mañana o pasado? Tampoco lo sabemos. Pero ahora mismo, nos tenemos el uno al otro y el calor de esta lumbre. No sé cómo pero puede que cuando el sueño nos abrace esta noche, nos convirtamos en los silencios eternos de estas montañas, en el murmullo de las corrientes de los arroyos, ríos y fuentes, en el perfume de todas las flores que brotan en las primaveras, en los cantos de los pajarillos, en las sinfonías de los grillos bajo las estrellas en las noches calidad, en el vientecillo húmedo y con olor a musgo que tantas veces hemos saboreado y en la quietud profunda de una eternidad más grande que el universo entero. Quizá esta noche o mañana, suceda esto”.

8 de abril 2020 -24

LA HIERBA CURATIVA

Lo he visto por el espacio del pequeño balcón que mira a la ciudad. Por donde la hierba ya crece espesa, alta y abren las florecillas. Miraba en silencio a la ciudad y a la tarde y luego comenzó a moverse y, por entre la hierba, se puso a buscar. En mi sueño, me he acercado a él y le he preguntado:

- ¿Qué estás buscando?
- Por aquí crecen muchas y frescas martas de diente de León.
- ¿Qué es eso?
- Una hierba casi insignificante pero que buena para muchas, muchas cosas.

Me he retirado un poco de él y me he puesto a buscar.Encuentro enseguida fiesta mata de hierba que me dice.Tiene flores amarillas muy bonitas, tallos largos y bajas como en forma de colmillos de León. Una planta muy humilde

que crece espontánea en el césped de los jardinesy casi en cualquier erial. Me agacho junto a una de estas plantas, corto unos tallos de ella y me los llevo a la boca. Su sabor es algo amargo parecido a de una lechuga recién cortada. Saboreo despacio este tallo y mientras lo miro y observo a la ciudad a lo lejos y en silencio me digo: "Si esta hierba es tan buena para muchas, muchas cosas ¿pudiera ser buena también para luchar contra la epidemia que ahora mismo está acabando con la vida de tantas y tantas personas en esta ciudad, en este país y en el mundo entero?Si fuera así, ahora mismo yo empezaría a repartir tallos de esta hierba diente de león a cada una y a todas las personas de este planeta Tierra. Sería estupendo para que nadie más sufriera ni se le acabará la vida de la manera en que está sucediendo".

10 de abril 2020 -25

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

Desde mi balcón pequeño, en sueño lo he visto. Caminando cabizbajo por la solitaria calle. Las autoridades lo han parado y le han preguntado:

- Está prohibido salir de casa. Todo el mundo se encuentra cofinanciado. ¿Tú, a dónde vas?
- Solo me quedan unas monedas en el bolsillo. Voy a comprar unas patatas para asarlas y después…
- Puedes seguir pero ten cuidado de no contaminar ni contaminarte y vuelve pronto a tu casa.

Lo he visto entrar en la última tienda de la calle, ha comprobado las patatas y luego ha salido. Ha caminado lento por la calle solitaria y, al poco, ha dejado atrás a la ciudad, sumida en su silencio y algo de niebla. Bajo su brazo porta una carpeta con papeles. Desde la distancia y en mi sueño, le he preguntado:

- ¿Qué son los papeles que llevas ahí?
- Es la pequeña novela que estoy escribiendo. Solo me queda el último capítulo, el más corto.
- ¿Y qué cuentas en esta pequeña novela tuya?
- ¿A caso eres tú el único que no sabe lo que en todo el mundo está ocurriendo en estos días? La personas enferman en masa y a chorros mueren. De ningún modo es posible contar esto pero yo lo intento en esta pequeña novela mía.
- ¿Y después?

No ha contestado a esta última pregunta mía. Ha seguido caminando y al llegar a ladera, continúa remontando. Busca la fuentecilla que brota cerca de unas rocasbebe un trago de agua, recoge ramas secas y les prende fuego. En las brasas pone las patatas y mientras espera que se asen, abre la carpeta con los papeles y se prepara para escribir el último capítulo. El más corto de los cuatro capítulos de su pequeña novela. A los lejos se ve la cuidad sumida en un silencio profundo y como dormida. Al levante, se elevan las altas montañas y por el lado de abajo, entre las zarzas y tarayes, se oyen cantos de mirlos y ruiseñores. El cielo es azul y parece como si lo arropara.

11 de abril 2020 -26

LA ANCIANA
Donde brota el río, a la sombra de noguerasy olor a berros, tenía ella su refugio. Desde que nació, según iba creciendo, cuando ya se hizo mayor y cuando años más tarde se casó y tuvo sus hijos. Tres niñas y un niños y todos crecieron jugando con las aguas del río, cuidando a las ovejas, corriendo detrás de los corderillos, atravesando los bosques buscando setas y recogiendo moras de las zarzas y los majoletos. Cuando ya estos hijos suyos se hicieron mayores, todos se casaron y se fueron a vivir a las ciudades. Ella y su marido, se quedaron solos en la humilde casa junto a las aguas del río y arropada por la sombra de las nogueras. Lentamente fue corriendo el tiempo y envejecieron como todas las personas en este mundo.

Las paredes de la pequeña casa comenzaron a desconcharse, algunas nogueras se secaron, las personas que aún quedaban en la aldea, murieron y más jóvenes se marcharon lejos en busca de oportunidades. Los rebaños de ovejas también fueron desapareciendo de estos territorios y las veredas por los montes se borraron. Las lluvias y las nieves siguieron cayendo, el río siguió regurgitandosus aguas en la fuente del nacimiento, las ranas croaban sin parar en las estrelladas noches de primaveray el sol derramaba sus rayos cada días lo largo y ancho de los paisajes.El mundo y la vida rodaba y casi nadie se acordaba de ella y su marido que envejecían lentamente en la humilde casa junto a las aguas del río.

Pero a ella, en mi sueño, yo la he visto esta noche. Encorvada, apoyándose en un palo de noguera usado como bastón, con pasos torpes, ha salido de la humilde casa junto al río. Lentamente ha caminado y al llegar a la corriente de las aguas, sin miedo las ha atravesado. La he visto remontar la pequeña cuestecilla y, al llegar a lo alto, se ha movido para el lado izquierdo. Torpemente ha buscado el puntal de las rocas y bajo las ramas del viejo majuelo, se ha parado. Como sorprendida, ha mirado hacia el río por donde su humilde casa y en silencio se ha quedado inmóvil. En mi sueño y desde el universo inmaterial, me he acercado a ella y le he preguntado:
- ¿A qué has venido aquí y por qué miras tan fijamente al rincón por donde tu casa se desmorona?
Sin más, me ha dicho:
- Mi marido y yo ya nos hemos enterado de la gran epidemia que se extiende por el mundo entero. Nos preocupa mucho todo lo que está sucediendo. Mis hijos se encuentran encerrados en sus casas en la ciudad y nosotros aquí nos vemos solos. Tenemos miedo.
- Eso es cierto y lo sé. Pero ¿A qué has venido aquí y que estás buscando?
- A pedirle a Dios que me ayude. Quizás desde este lugar, rincón de mi fantasías y juegos cuando era pequeña, pueda volar y, como esas nubes blancas que van por el cielo, irme al mundo de la eternidad y llevarme conmigo todo lo que por aquí desde que nací, tengo y quiero.

12 de abril 2020 -27
LA MADRE ENTRE FLORES
Hoy es Domingo de Resurrección. Ha amanecido un día no muy soleado, con nubes densas por el cielo, temperaturas de 20 grados y todo muy en silencio.

En la ciudad y el país entero y otras muchas partes del mundo, todos estamos sin poder salir de las casas. Pero es primavera y en el jardín del rincón donde vivo, la naturaleza así lo muestra. Cantan alegres los pájaros, mirlos, gorriones, currucas, tórtolas, palomas, petirrojos, abubillas y oropéndolas pero no se ve ni siquiera una golondrina. Otros años por estas fechas ya han surcado el cielo en este lugar las golondrinas dóricas. Todos los años hacen su nido por aquí cerca y todos los años sacan adelante sus crías.Este año no se ve por aquí ninguna de estas aves.

Pero ella, la madre, mujer joven, en mi sueño la he visto salir al jardín que hay por donde mi balcón pequeño. Lenta la he visto avanzar con sus dos niñas de la mano, la menor de 9 años y la mayor de 10. Y según han ido avanzando por el no muy amplio espacio, las dos niñas se han dedicado a sus juegos. Han cortado algunos lirios morados, amarillos, blancos y azules celestes. Han cortado ramas de cilindras ya todas con las flores abiertas y muy olorosas. Han cortado abundantes tallos de lilas moradas y blancas y también han cortado ramas de romero florecidas, rosas de pitiminí amarillas y blancas, cantuesos, margaritas y las amarillas y brillantes flores de la hierba diente de león. Con todas estas flores han hecho un ramo muy grande. Han cogido a la madre de la mano y se la han llevado el lugar más importante de mi pequeño balcón frente a la ciudad de Granada. La mayor de las dos niñas, le ha dicho a la madre:
- Queremos que te sientes aquí porque vamos a jugar un juego muy importante.
Y la madre sin más, ha obedecido a su niña.

Sobre la hierba muy verde y cuajada de florecillas moradas, blancas y amarillas, la madre se ha sentado. Frente a la ciudad de Granada y en silencio. Como en un juego muy divertido y lleno de belleza, las dos niñas han comenzado a rodear a la madre con los ramos de flores que han cortado por todo el jardín. Y mientras juegan este juego la más pequeña comenta:
- Tú siempre has sido para nosotras la mejor madre del mundo y por eso ahora te estamos decorando con todas las flores que la primavera atraído por aquí. Queremos verte feliz y hermosa porque desde hace unos días sabemos que estás muy preocupada. Y la otra niña, la mayor mientras también decora a la madre con todas las flores que han recogido por el jardín, le pregunta:
- ¿Por qué tantos días llevamos encerradas en casa y no podemos salir a pasear por la ciudad, jardines y parques como sí hemos hecho siempre? ¿Qué está pasando en esta ciudad y en otras partes del mundo que a ti te tiene tan preocupada?
Y la madre sonríe a sus niñas, agradece las flores que le están regalando y quieres dar una respuesta a las preguntas que le hacen. Pero la madre no sabe cómo decir a sus niñas que es lo que en estos días en esta ciudad está pasando y en otras muchas partes del mundo.Mira a sus niñas muy embelesada porque le parecen que son las más bellas de todas las princesas, mira a la ciudad en silencio, mira al cielo por donde van las nubes y a veces sale el sol en este Domingo de Resurrección y parece como si desde su corazón, se le escapara una sincera y onda oración, que no sabe ni cómo formular ni cómo compartirla con sus niñas ni con las personas que pueblan el Plante tierra.

13 de abril 2020-28

COLEGIO CERRADO

El edificio es grande, muy grande. Lo construyeron todo de piedra y madera hace mucho tiempo. Las grandes y recias bigas de madera que se ven en los artesonados, son delos pinos salgareños que crecen en las sierras cercanas, Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. Las piedras con las que está construido el edificio, las sacaron de canteras cercanas. Rocas calizas y de granito perfectamente talladas. El edificio se alza en lo más alto de la loma. A un lado y otro corren dos grandes ríos y desde la loma hasta estos ríos, todos los campos están poblados de olivos. Extensos y amplios olivares que cubren de verde las tierras de estos lugares.

En el edificio se concentran los jóvenes con sus profesores para estudiar. Desde las primeras etapas de la enseñanza hasta los últimos años de carrera universitaria. Todos los días y a lo largo del año escolar, el edificio es un enjambre de estudiantes yendo y viniendo, asistiendo a lasclases y portando sus libros, mochilas y apuntes. El gran edificio de piedra y rematado con gruesos troncos de pinos salgareños, es un enorme centro de enseñanza. A la entrada del pueblo en lo más alto de la loma, rodeado de extensos olivares verdes y coronado por cielos azules en casi todas las épocas del año.

Y esta noche lo he visto en mi sueño. El edificio haestado por completo cerrado, durante mucho tiempo. Sin ninguna persona caminando por sus pasillos, estudiando o recibiendo clases en las aulas o despachos. Hoy sin embargo, en mi sueño me acerco a este gran edificio. Entro por la puerta de madera, atravieso el patio y voy derecho a los despachos de los directores, profesores y administrativos. Miro sorprendido porque no conozco a ninguna de las personas que veo. Me acerco al que creo es el director en estos momentos y le pregunto:

- A ninguno de vosotros os conozco de nada. Es la primera vez que en mi vida os veo. ¿Dónde están las personas, directores, profesores, administrativos y alumnos que yo sí he conocido siempre por aquí?

Y el que creo que es el director simplemente me responde:

- Todos se fueron y para siempre. Nunca más los volveremos a ver por aquí. En silencio se los ha llevado ese extraño mal que, como escondido,recorre todos los lugares del mundo, quitando libertad, asustando, destruyendo y arrasando vidas.

14 de abril 2020 -29

LA NIÑA PASTORA

A pesar de todo, la primavera sigue adelante y despliega todo su potencial. Ayer estuvo lloviendo casi todo el día. Solo en algunos momentos salió el sol y a caer la tarde, una tormenta de cargó con mucha fuerza. Llovió copiosamente a lo largo de una hora. No bajaron las temperaturas y hoy ha salido el sol. Se presenta un día por completo sin lluvia ninguna, muy soleado y lleno de tonos verdes primaverales. Aunque el mundo está parado porque encerrados en las casas, enfermos o en los hospitales, estamos casi todas

las personas, la primavera se desarrolla con toda su fuerza. Ajena por completo a lo que las personas estamos viviendo.

En mi sueño esta noche, he visto a los pastores que conozco en la montaña. Llevan sus rebaños por las dehesas de las encinas tapizadas de hierba muy verde y la madre con su niña, ayuda en estas tareas. He visto la pequeña subiendo por la ladera en busca de las partes altas. Por la izquierda y cerca del arroyo, la madre la espera. Las ovejas bajan por el lado izquierdo del arroyo en busca de las partes bajas. Cuando la niña llega a dónde crecen los olivos, separa, mira busca a la madre. Por alguna razón, tiene necesidad de encontrarse con ella. Cree que su rebaño de ovejas, con tanta abundancia de hierba a lo largo y ancho de las praderas, en estos momentos no necesita más cuidado que dejarlo en su libertad.

Siguiendo la sendilla, busca a la madre que se ha parado justo en el arroyo, al borde de un redondo charco. Al acercarse, la madre comenta algo y ella se siente bien. Cree que su trabajo y comportamiento, estás siendo bueno y esto le deja muy satisfecha. Y más satisfecha se siente aún notando que la madre lo aprueba. Quiere decir algo sobre este sentimiento en su corazón, sobre el rebaño de oveja bajando por la ladera en busca de las praderas, sobre el soleado día, el verde de la hierba por los campos y los viejos olivos que crecen cerca de este arroyo. Quiere decir algo y compartir con la madre pero no sabesqué ni cómo expresarlo. Esto es lo que he visto y oído esta noche en mi sueño mientras el mundo entero sigue angustiado y luchando por la epidemia que ahora se extiende a lo largo y ancho de las naciones.

15 de abril 2020 -30

FRENTE A LAS ESTRELLAS

Vivía en la última casa del pueblo. Al final de una calle larga y donde, solo unos metros más delante de su casa, ya todo era campo. Dos grandes eucaliptos crecían delante de su casa, una acacia y, por el lado izquierdo, higueras y almendros junto al arroyo. Era joven, tenía muchos amigos y poseía un humilde coche que compartía con muchas personas. Sobre todo, con amigos más o menos de su misma edad. Todas las personas del pueblo lo conocían y lo respetaban porque siempre se comportaba con sencillez y educación.

En mi sueño lo he visto esta noche. Dos jóvenes amigos suyos, se han acercado a su casa, lo han saludado y le han dicho:

- Nos gustaría que nos llevaras a ese lugar de la montaña que a ti tanto te gusta.Podríamos montar allí nuestras tiendas y quedarnos a vivir durante un tiempo mientras pasa estos encierros que cada uno tenemos en nuestras casas.

Y él le ha dicho a sus amigos:

- Nos vamos a ese lugar de la montaña ahora mismo. Preparadvuestras tiendas, sacos de dormir y comida.

- Ya lo tenemos todo preparado. Partimos cuando tú quieras.

En un abrir y cerrar de ojos, acomodaron todo en el humilde coche y, media hora más tarde, salían del pueblo. Hora y media después, llegaron al lugar especial en la montaña y los amigos enseguida se pusieron a montar sus tiendas. Prepararon sus sacos, hicieron una lumbre y se disponía a preparar algo para comer. Caía la tarde y el sol se iba durmiendo al fondo, muy lejos sobre el horizonte. De pronto, los amigos se dieron cuenta de algo y por eso le dijeron:
- Vemos que tú no has traído tienda ni saco de dormir ni ropa ni alimentos. ¿Es que te vuelves a tu casa en el pueblo?
Y sin más, sentado cerca de los amigos en todo lo alto de la loma, frente al río y al embalse de aguas azules, les dijo:
- No me voy a volver a mi casa en el pueblo. Quiero quedarme aquí con vosotros todo el tiempo.
- ¿Pero si no tienes tienda mi saco de dormir ni alimentos?
- Voy a dormir al aire libre, frente a las estrellas. No necesitaré más casa ni tienda ni alimento.Presiento que ya ninguna otra cosa voy a tener ni necesitaréen este suelo. Presiento y quiero el abrazo que supera a todos los abrazos en todos los tiempos entre los humanos.

16 de abril 2020 -31

QUE SE HAGA JUSTICIA

Lo que esta noche he visto en mi sueño, me ha dejado desconcertado. Después de mucho tiempo sin poder salir de las casas a causa de la epidemia que se extiende por el mundo entero, los he visto avanzar en grupo.Separados unos dos metros uno del otro y recorriendo la calle larga que baja desde las partes altas del pueblo. Destaca en esta calle, los gruesos y altos pinos piñoneros escoltando a lo largo de todo el recorrido. Ellos son cuatro, no muy jóvenes ni tampoco muy mayores. Hablan entre sí y avanzan lentos hasta que, al llegar a donde la calle traza una pequeña curva, el que parece ser el mayor en el grupo, comenta:
- Yo voy a irme por aquí para acortar terreno. Llegaré antes que vosotros, así que luego nos vemos.
- Como quieras. Nosotros seguimos por donde siempre hemos caminado.

Se separa del grupo y, por el lado izquierdo, avanza casi campo a través. Los otros tres, continúan avanzando por la calle de los pinos y a remontar la pequeña elevación en el terreno, también se vienen para el lado izquierdoy se adentran en el pueblo. Siguiendo ahora la calle escoltada por casa a un lado y otro y después de trazar varias curvas, llegan a la plaza. Aquí se paran y uno de ellos comenta:
- Vosotros dos, seguid yal llegar, pagáis lo que os están reclamando.Aunque sea injusto, procedamos con nobleza.
- Y tú ¿A dónde vas?
- Tengo la carta conmigo con todas las quejas y reclamaciones que hemos escrito. Quiero entregar personalmenteesta cartaa la persona que todos sabemos.

Los dos del dinero, bajan por la calle y al final de ésta, entran al edificio para pagar lo que le están pidiendo. El de la carta, se viene para el lado derecho,

baja por una estrecha calle y al llegar al gran edificio, entra y entrega el escrito con las denuncias, quejas y reclamaciones. Vuelve lento hacia la plaza de la fuente en el centro y aquí se encuentra con los dos que han ido a pagar. Justo en estos momentos, aparece el que en la curva de la calle de los pinos, se separó del grupo.Sin más, habla a los tres y les dice:
- Creéis que habéis hecho lo correctoy, como os sentís engañados después de tanto sacrificios y sufrimientos, protestáis. Queréis que se haga justiciay que se respeten vuestros derechos.
- Lo que tú acabas de decir, es lo que necesitamos y queremos. Desde el principio, han cometido muchos errores, nos han ocultado la verdad, nos han engañado, no han reconocido para nada nuestros sacrificios y ahora quieren elegirse los salvadores.Hay mucha maldad y mala fe en su modo de comportarse.
- ¿Y pensáis que os van a hacer caso en algo?

17 de abril 2020 -32

EL AGUA MILAGROSA

La aldea, diez o doce casas muy humildes, se alza en un lugar muy bello. Cerca de dos o tres pequeñas lagunas, rodeada de un denso bosque de pinos, robles y encinas, abrazada al levante por un arroyo de agua muy buena y clara, tapizadas todas sus tierras cercanas de praderas de hierba verdes y frescas, regadas con mucha frecuencia por las lluvias de las nubes que por estas zonas circulan y acariciadapor vientos limpios y perfumados. Se alza la pequeña aldea a media altura entre las altas crestas de las montañas y las tierras llanas de la extensa vega. Sobre las cumbres, las nieves cubren en los meses de invierno y por la vega, el gran río de aguas verdes y azules, serpentea señorial. La pequeña y humilde aldea, es una joya en un lugar realmente privilegiado. Solo unas cuantas familias viven aquí cuidando de sus animales y cultivando las tierras cercanas a las casas. Y a estas personas también ha llegado la noticia del virus que por estos días se expande por el mundo entero y por eso están preocupadas.

En mi sueño esta noche he visto a esta aldea, a las personas que en ella habitan, a los paisajes que por aquí hay, al manantial, al arroyo y especialmente a ella. Una niña de doce años que a media mañana, ha salido de una de las casas de la aldea, ha caminado dirección al poniente siguiendo una sendilla y al llegar al arroyo, donde brota copioso el manantial y un azul charco se remansa, se ha parado. Durante unos minutos frente a estas aguas, ha mirado quieta como meditando y luego se ha puesto manos a la obra. Desde el charco, ha ido limpiando la corriente del arroyo,encauzándola por entre piedras, juncos y pequeñas cascadas con la intención de llevarla a un sitio muy concreto. La he visto muy emocionada y por completo concentrada en este solitario y original juego.El aguaclara del arroyuelo se deja modelar por las tiernas y delicadas manos de la niñay se desliza rumorosa por el camino que ella va construyendo.

Me parece tan delicado, dulce y tierno el juego de esta criatura que en mi sueño y no sé desde qué dimensión, me acerco a ella. Como si la conociera desde siempre o fuera hermana real de sangre, sin más, le pregunto:

- ¿Qué pretendes construir con el juego que aquí estás llevando a cabo?
Y ella, como si me conociera desde siempre o fuera hermana real de sangre, aclara:
- Una obra pequeña, bonita y milagrosa.
- Veo que tu obra, aunque sea pequeña, sí es muy bella.Pero ¿qué es eso de milagrosa?
- Todas las personas que ahora mismo están sufriendo enel mundo entero por culpa del virus que enferma y mata, si vienen por aquí y contemplan esta pequeña obra mía de aguasclaras, charcos y cascadas, se curan para siempre. El virus y la muerte, se alejaran de ellos como por parte de magia.
- ¿Estás segura de eso?
- Por completo segura.
Por la cascada que hay unos metros más debajo de donde ella construye su pequeña obra, oigo derramarse el agua, oigo el canto de los ruiseñores y oigo el siseo del viento paseándose por entre las hojas de los árboles.

18 de abril 2020-33

LAS CEREZAS

Al levante de la ciudad de Granada,frente a las nieves de las cumbres y cerca del río, crecen los cerezos. Algunos entre castaños, otros entre almendros y muchos, solitarios. Florecen estos cerezos, casi a la par que los almendros: los primeros días o meses del año y antes de que la primavera llegue. Las almendras se recogen ya duras en los meses del otoño y las cerezas maduran y se cosechan, al final de la primavera o los primeros días del verano.

En el día de hoy, cuando escribo esto, aún no han madurado las cerezas. Pero en mi sueño, sí las he visto ya muy gordas y por completo rojas. Sobre todo, en el viejo cerezoque clava sus raíces no lejos del pueblo, enfrente al río que baja de las Nieves. Bajo este cerezo, entre la hierba y mirando a las ramas cargadas de cerezas rojas, el visto al niño. Sentado solo y como esperando. Un hombre se ha acercado a él y le ha preguntado:
- ¿Esperas algo?
- Tengo que recoger una buena cantidad de cerezas y también un buen puñado de la hierba que cura todas las enfermedades. ¿Tú puedes ayudarme?
- ¿Para qué quieres la cerezas y esa hierba que lo cura todo?
- Mis dos amigos mayores, ella y él, me han pedido que haga esto.Ellos están encerrados en su casa y no quieren salir para no contagiarsedel virus malo que ahora se extiende por todos sitios. Dicen que comiendo cada día un puñado de las cerezas de este árbol y bebiendo unos sorbos de infusión de la hierba que lo cura todo, diente de león, van a sanar y sentirse libres del virus que se extiende por todo el mundo.

Y el hombre sin más, ha dicho el niño:
- Yo voy ahora mismo a coger todas las cerezas que en este viejo árbol ya han madurado. Voy a coger muchas para esos dos amigos tuyos mayores, unos puñados para ti y también unos puñados para mí. Luego voy a coger todos los tallos que pueda de la hierba que lo cura todo.Muchos tallos y hojas

para eso dos amigos tuyos y unos pocos para ti y para mí. Así todos nos ayudamos y, si Dios quiere, nos salvamos.
El niño se ha sentido feliz. El hombre se ha puesto manos a la obra, a recoger las cerezas ya gordas y maduras. Hace tres pequeños montones y, por entre la hierba de la pradera, busca las pequeñas matas de diente de león. Recoge bastantes tallos y hojas de esta hierba y la reparte entre los tres montones de cerezas.

19 de abril 2020 -34

LAS NARANJAS

A estas alturas del año, los naranjos ya han florecido. Han subido las temperaturas, de vez en cuando llueve, no hace mucho viento y la primavera avanza. Por eso los naranjos se han llenado todos de pequeños y preciosos ramos de flores sillas blancas.Azahar en forma de estrellas que regalan un delicado perfume primaveral. Por estos días a estás delicadas florecillas, acuden muchas abejas a libar su néctar y recoger el polen. También mariposas, abejorros y pequeños pajarillos. Entre las ramas de estos naranjos florecidos, los mirlos tienen sus nidos igual que las currucas y los mosquiteros.

En los naranjos que hay por donde el balcón pequeño, las florecillas blancas son tantas que, al caer sus pétalos, alfombran y cubren por completo todo el suelo. Y en estos naranjos, aún cuelgan las naranjas de la cosecha que ya ha pasado. En lasmismasramas se mezclan las florecillas de la nueva cosecha y los frutos, naranjas ya muy sazonadas, de la cosecha pasada. Se ven también en estas son ramas, los tallos nuevos qué tal las plantas echan en estos días de primavera. Todo un espectáculo y a la vez emocionante explosión de vida que nada tiene que ver con el problema la epidemia que en estos días acosa al mundo entero. Claramente se ve que la naturaleza, sigue su ritmo como ajena es indiferente a lo que las personas hacemos y vivimos.

Pero esta noche en mi sueño, he visto a un amigo mío que aprecio mucho. Lo he visto salir de su casa en un rincón de la ciudad, ha llegado a los naranjos que crecen en la tierrecillas del balcón pequeño y ha puesto a recoger naranjas y pequeños ramos de azahar blancos.Acercado él y le he preguntado:
- ¿Para qué recoges estas naranjas y las florecillas blancas que en estos momentos brotan en los naranjos?
- Voy a repartir, una cosa y otra, entre todas las personas que en estos momentos están encerrados en sus casas asustados de miedo por el virus enferma y mata. Quizás sirva para que se hagan fuertes, venzan al virus, y recobren la libertad.
Y he visto a mi amigo salir de rincón de los naranjos cargado con un gran manojo de naranjas y flores blancas, lo he visto avanzar hacia las casas de la ciudad y he visto, como si se tratara de un espejismo, como su figura se ha hecho grande, muy grande y, por encima de todas las casas de la ciudad, ha avanzado. Regalando a naranja y flores de azahar blancas muy perfumadas, a todas las personas asomada a los balcones de las casas, ha visto.

20 de abril 2020 -35

BAJO LAS ESTRELLAS

Al caer la tarde, lo he visto en mi sueño. En la pequeña llanura que hay cerca del río, al lado de arriba de la alameda y por la parte de debajo de los olivos.No lejos de las aguas del cauce, donde crece espesa y verde la hierba y entre unas piedras, ha encendido una lumbre. Cerca del fuego, ha extendido su saco de dormir y antes de que la tarde caiga más y la noche llene de oscuridad los paisajes, se ha puesto a buscar.Por entre la hierba que tapiza la llanura, la que crece cerca del río y por entre los olivares y la alameda.

Sabe él que muchas de las plantas que crecen silvestres en los campos, soncomestibles y alimenta bien a las personas. Conoce a muchas de estas plantas. Despacio busca y recolecta los tallos más tiernos, jóvenes y sanosde espárragos, dientes de león, cardillos, hinojos, berros, flores y tallos de malvas y otras plantas silvestres. En poco tiempo junta un buen puñado de estas plantas, en las aguas del río las lavas con cuidado, en la brasa de la lumbre asa algunos de estos tallos y luego, mientras mira al sol de la tarde que se oculta a lo lejos y por el horizonte donde la ciudad duerme, se los va comiendo despacio. Saboreando cada brizna de estas hierbas y sabiendo que es el único alimento que en estos momentos tiene.

Al llegar la noche, se acurruca en su saco de dormir frente a las llamas de la lumbre y no lejos de éstas. Durante bastante tiempo, según está recortado y refugiado en el calor que le ofrece el saco,se concentra en las llamas y el humo que la lumbre desprende. Escucha también muy concentrado el rumor de las aguas del río, el canto de algunos grillos y ranas y los trinos de varios ruiseñores por entre la zarzas. Concentra sus miradas en los pequeños puntitos luminosos que titilan en las profundidades del universo y en su corazón siente la voz. Una voz persistente que no tiene sonido pero que sí susurra muchas, muchas cosas. Y una de estas cosas parece como si la lanzara al viento para que se la lleve hasta las profundidades donde las estrellas brillan y alguien, no saben quién, escuche: “¡Estoy cansado, Dios mío, muy cansado! Nada tuve nunca y menos tengo ahora ni a nadie conocí ni conozco en este mundo. De nadie recibí una palabra buena ni un apoyo y menos aún en este momento. En Ti siempre me he apoyadoporque has sido lo único, el único que me has mantenido.Estoy cansado, Dios mío, muy cansado!”

21 de abril 2020 -36

LOS CHURROS

Al final de la calle, después de mucho tiempo encerrada, ve la tienda abierta. También es la primera vez que él sale a la calle después de muchos días encerrado en la casa.En su corazón siente una emoción especialal notarse libre y al percibir en el aire el regaloa olor a churro recién hecho. Algo delicioso que casi ya tenía olvidado pero que en estos momentos le llena de emoción. Camina despacio en silencio y observa a la pequeña tienda al final

de la calle, un poco escondida entre unos árboles. A nadie ve por ningún lado. Parecen como si todos aún durmieran encerrados en sus casas.

Al entrar a la tienda, desde la distancia recomendada, saluda y pregunta:
- ¿Ya puedo compraros una rosca de churros eran?
- Estamos preparando todo.Solo tardaremos unos minutos. En cuanto el aceite se caliente, tendrás en tus manos la mejor rosca de churros que hayas comido nunca.
- Pues espero.
Y en estos momentos entran a la tienda dos personas. No tarda en llegar una mujer con un niño pequeño en sus brazos y en cuanto la primera rosca de churros está a punto, los del establecimiento se la dan a los dos personas que han llegado después de él. Se sorprende un poco pero no dice nada. El niño en los brazos de la mujer lo mira cómo extrañado y he observa a este pequeño. Entran al establecimiento varias personas más y según van retirando del aceite las roscas de churros calentitas, se las van dando a estas personas. No entienden porque a él lo están ignorando.

Después de un rato y bastante desorientado por lo que le está sucediendo, sin decir nada, sale de la tienda. Antes de retirarse observa despacio al niño que la mujer tiene en sus brazos eso es miradas se le quedan clavadas en el corazón. Camina como en dirección a las montañas por el levante de la ciudad sin llevar en sus manos ni poderes saborear los churros que están todavía ha apetecido. A nadie dice nada y mientras aleja sin comprender, no puede apartar de su mente a la mujer con su niño en los brazos y la mirada de este pequeño clavadas en sus ojos. Se pregunta: "¿Por qué todos los que han ido llegando a la tienda después de mí, sí han recibido su ración de churros y yo no?"

22 de abril 2020 -37

LA PRIMAVERA

Desde que estamos encerrados en las casas para evitar los contagios por el virus que se extiende por todo el mundo, cada día pasea un rato por el jardín. En las primeras horas de la mañana, al mediodía y por la tarde. Para hacer ejercicio, un poco, para tomar el sol, otro poco, para despejarse y salir al aire libre y también para contemplar la ciudad y la primaveraque en estos días explota con fuerza. Por el jardín que se extiendedonde el balcón pequeño, una extensión de terreno regular de grande, la primavera cada día reluce más. A veces llueve mucho, como fue el caso de ayer y otras veces se despeja el cielo de nubes y sale el sol muy radiante, como es el caso de hoy mismo.

Mientras por este pequeño jardín da sus paseos, a veces recolecta tallos de la planta diente de león. Esta pequeña hierba, tiene muchas propiedades y es buena para muchas cosas. Lo sabe y a veces come algunas de sus hojas o tallos y otras veces recolecta las flores, hojas y tallos y prepara una infusión. También mientras pasea por el pequeño jardín, a veces se recrea en las rosas que han brotado o están brotando, en las flores de los naranjos, en los lirios en todos los colores, en las cilindradas, en las lilas y otras plantas. A

veces hace algunas fotos o vídeos, a veces corta algunas de estas flores y se lasllevas para decorar su habitación, a veces se para frente a la ciudad y al contemplarla tan silenciosa y ahora en estos días muy brillante por la poca contaminación que hay en la atmósfera, medita y pide al cielo que alivie los problemas de las personas.Y a veces agradece también al cielo el aire limpio que por aquí se respira, el brillante sol que cada día ilumina, el canto de los pajarillos y el verde de las plantas y de la hierba, el rumor del agua en las fuentes y el perfume de las flores por todo el jardín.

Y a veces se sienta y escribe despacio. Un pequeño diario donde cuenta cosas sencillas que solo comparte con su corazón y el cielo aunque en sueños, a veces ocurren pequeños milagros. Y esta noche parece que así ha sido. En sueños ha visto a la niña pequeña, unos doce años, con pelo largo, cara redonda de piel muy fina y delicada, sonrisa fresca y derramando inocencia. En el mismo balcón frente a la ciudad, la pequeña se ha acercado a un hombre amigo suyo.En sus manos tiene un cuaderno escrito a mano que abre frente a este hombre al tiempo que comenta:
- Aquí están escritos, a mano y con letra muy bella, todos los pequeños relatos que él en estos días ha ido creando. Yo te los voy a ir leyendo y tú los pasas a limpio en formato digital. Son cosas muy sencillas y a la vez muy hermosas y sentidas, lo que en estos pequeños relatos él ha ido dejando. Me gustaría que esto se conservará para siempre y muchas personas pudieran disfrutar de ello.
El hombre amigo se ha preparado para pasar a limpio lo que la pequeña vaya leyendo y él, desde el corazón de su sueño, ha experimentado una muy agradable sensación.

24 de abril 2020 -39
EL EDIFICIO
Antes de las altas cumbres al levante de Granada y bastante lejos de la ciudad, se encuentra el edificio. Como incrustado en un imponente tajo rocoso, frente al río y cara al sol de la tarde. Lo construyeron hace mucho, mucho tiempo. Todo de piedra y maderas procedentes de los árboles en estas montañas. Por eso el edificio, lo que queda de él, así se funde y se confunde con las mismas paredes rocosas donde está construido. Hace mucho tiempo que ya nadie habita en este edificio y por eso se desmorona poco a poco y en silencio. En realidad, en mi sueño esta noche lo he visto tan desmoronado, que ya no es un edificio sino una colección de paredes, tejados, puerta y ventanas rotas y casi convertido en escombros.

Lo he visto a él, el joven que una noche y otra de hoy mis sueños, acercarse a este edificio. Silenciosamente y como con algo de prudencia. Mientras se acerca, mira cada vez más sorprendido y lleno de curiosidad. Llega a lo que aún es la puerta principal de las ruinas del edificio y, después de un momento observando, avanza y entra dentro. Mira a un lado y otro y para arriba y solo ve paredes rotas, muchas piedras llenas de musgo, plantas silvestres creciendo por los rincones, maderas podridas el silencio. Un silencio impresionante que asusta nada más respirarlo y aún asusta más potenciado por la onda quietud.Se pregunta por qué quieres saber pero nadie va a

responder lo hilo que está viendo, le resulta difícil, muy difícil de entender. Sigue avanzando, atraviesa varias puertas, entra y sale estancias solitarias y todas en ruina y y siente que cada vez pene está más como en el corazón de la gran montaña. Hasta que al final, el asombro lo invade tanto, que decide volver.

Intenta regresar por los mismos sitios qué recorrido y descubre que no sabe. No sabe volver ni sabe encontrar el camino para regresar y salir de este espacio tan solitario y de ruido. Buscas sin descanso y por momentos más preocupado y de ninguna manera encuentra la salida. Lanzando una voz muy potente grita:
- quiero salir de aquí. ¿Quién me ayuda?
Y como de las profundidades del edificio en ruinas, resuena un eco que retumba por el espacio Ken otros tiempos ocupaban los tejados.
- Podemos ayudarte pero será a cambio de algo.
- ¿A cambio de qué?
Pregunta él.
Y en mi sueño, me he despertado.

El nido del mirlo-1
En el rincón de los seis naranjos, esta mañana he visto el nido del mirlo. Pasaba por ahí buscando tres cosas: algunas plantas de ombligo de venus,tallos de la planta diente de león o una naranja de las últimas que aún quedan en estos árboles.Ni la primera de estas tres cosas ni la tercera, encontré. Sí vi matas de diente de león y justo cuando cogía algunos de sus tallos, del naranjo del centro, salió volando el mirlo. Enseguida he mirado y es descubierto el nido. Me he emocionado. Tiene tres huevos y le he hecho varias fotos. Voy a intentar seguir todo el proceso del nido de este mirlo.

25 de abril 2020 -40
TROZOS DE SOL
En el lado del pueblo que mira el sol de la tarde, se alza el edificio. De paredes blancas, tejas de barro color naranja, puertas y ventanas de madera pintadas de verde y con tres o cuatro eucaliptos muy grandes y altos en la misma puerta. Por el lado de abajo del edificio y casi rozando las paredes, discurre una pequeña vía de tren, en paralelo también con una muy pequeña carretera asfaltada. En el lado de debajo de estas vías, nace el arroyo justo en una pequeña llanura. A la derecha de este arroyo y llanura, hay algunas casas y a la izquierda, se eleva una no muy pronunciada ladera cubierta por completo por un denso bosque de pinos, eucaliptos y encinas.

En mi sueño esta noche he visto al edificio, a la madre trajinando en su interior y por la puerta y a él, moviéndose entusiasmado como en un juego fantástico. Desde la puerta verde del edificio, salta y queda encaramado encima de la pared de unos dos metros de alta. Desde aquí, por entre las ramas de los eucaliptos, mira al sol que está situado totalmente en vertical sobre él. Reflexiona durante un momento y luego salta al tejado del edificio. Vuelve a mirar para el lado en que el sol ilumina y luego desvía sus miradas un poco hacia el horizonte de la tarde. Como cayendo desde el

incandescente disco delsoly enforma de bandadas repartidas por todo el cielo, ve muchos tallos repletos de flores en todos los colores. Tantos más colores que el mismo arcoiris. Sin sentirse sorprendido, sigue observando y en su interior, se prepara.

Oye en estos momentos la voz de la madre que le llama desde la puerta de madera pintada en verde.
- Te necesito para que me ayudes.
-Ahora no puedo, mamá.
- ¿Por qué no puedes?
- Estoy a punto de saltar al cielo y coger entre mis brazos unos puñados de trozos de sol convertidos en tallos con flores en todos los colores.
- ¿Qué estás diciendo?
- Sí, mamá, es cierto. Necesito coger estos trozos de sol para llevárselos a mis amigos que han enfermado del virus que recorre el mundo entero. No quiero que mueran. Estos trozos de sol que veo volando por el cielo en forma de ramas cuajadas de flores en todos los colores, en cuanto yo se los lleve, van a curarlos para siempre. Desde este tejado, voy a echarme al viento y volar por el espacio para recoger los pedazos de sol que te estoy diciendo.

El nido del mirlo -2
Tres huevos tiene el nido de mirlo y creo que en estos momentos ya los está incubando. Ayer hizo un gran día de sol e incluso bastante caluroso. Hoy está nublado, las temperaturas han bajado mucho y llueve. Por eso hoy no me he acercado al nido.Si está incubando y el mirlo se levanta, los huevos pueden mojarse y perder calor y así pueden morir los embriones. Pero sé que el mirlo está pendiente de su nido porque por aquí cerca crecen muchas matas de diente de león de las cuales recojo algunos tallos y lo he visto y he oído. Ojalá los arrendajos no descubran el nido porque si no, acabarán con él como ha sucedido con otros muchos nidos de mirlos, de currucas, gorriones y palomas torcaces.

26 de abril 2020 -41
LA MÚSICA
Ayer llovió a lo largo de todo el día. Las flores, hierba y plantas por el jardín, se decoraron con muchas gotitas transparentes de agua clara. Realmente parecía un día de primavera. La ciudad se veía todas silenciosa y casi sin ninguna contaminación en la atmósfera. Hoy se abre el día todo cerrado en niebla, parece que pudiera llover algo y todo cuanto rodea, muestra por doquier la primavera.

En el espacio del balcón pequeño que mira a la ciudad, desde cierta distancia, lo he vuelto a ver esta noche en mi sueño. Con un altavoz Bluetooth puesto sobre el banco y mirando a la ciudad y con un móvil en sus manos. Desdemimundo invisible lo he observado y, al poco, he oído la música. Notas matizadas de piano desgranando una muy delicada melodía con un fondo de coros. Me he acercado y le he preguntado:
- ¿Qué es este experimento?
Y sin más, me ha dicho:

- Una amiga mía pequeña que quiero mucho, descansa en la cama en una de las habitaciones en esas casas que estamos viendo. Ayer intérprete y grabé para ella este tema musical. No puedo ir a verla para regalárselo directamente pero sí quiero que lo oiga desde aquí y así el mal que la tortura, se vayay la deje libre. Es muy hermosa y quiero mucho a esta amiga mía.

No le he preguntado más. Me he retirado de él mientras a mis oídos llega la melodía de la hermosa música que, desde la distancia y por el aire, se expande hacia la ciudad de Granada. La niebla, silenciosamentetapa muchas de las casas de esta ciudad, calles y plazas. Por el jardín que hay cerca del balcón pequeño, cantan los mirlos, las currucas y las palomas torcaces. Para estas aves y las plantas, la primavera revienta y se desarrolla con la misma fuerza y belleza que otros años. Como ajena, como si no supiera nada de la preocupación y tragedia que en estos días se extiende por todos los rincones del Planeta Tierra.

El nido del mirlo-3

En las ramas bajas del naranjo, sigue el mirlo en cubano sus tres huevos pequeños, azules con pintas negras. Los arrendajos no lo han descubierto aún y de esto me alegro. Pero esta mañana, día de niebla y muy húmedo,sí es sentido a los arrendajos por aquí cerca. Uno de estos arrendajos, emite sonidos muy variados. A veces parece un gato maullando. Otras veces los sonidos que hace, imitan al canto de una oropéndola. También imitan a los llantos de un niño pequeño y a los graznidos de las grajas. Y hasta lo he oído imitando al canto de las abubillas y de los pájaros carpinteros.

27 de abril 2020 -42

LA VIVIENDA

Es lo más parecido a una vivienda. Pero no es un piso ni una casa ni algo que se le parezca. Solo tiene una puerta, dos ventanas a los lados y la fachada. Nada más se ve de esta vivienda pero sí dentro, hay cinco pequeñas habitaciones, un cuarto de baño y cocina y una sala no muy grande. Algunas de estas habitaciones y la sala, tienen un par de ventanas que ni siquiera dan a la calle ni entra la luz del día ni del sol por ellas.

En mi sueño, al caer la tarde, los he visto llegar a la puerta de esta vivienda. El padre y la madre y tres hijos el mayor de unos trece años. Los que acompañan a este grupo, al llegar a la entrada, separan, abren la puerta de la vivienda y dicen a los dos padres:
- Pasad y acomodaros ahí dentro.
Los padres y los niños, ni siquiera pronuncian palabras. En silencio, pasan dentro y es la niña la que enseguida recorre las estancias y a continuación dice a los padres:
- Yo quiero la habitación última. No es la más grande ni la más pequeña y por eso me gusta.
La habitación última, solo tiene una ventana que da a una pared por donde ni siquiera llega luz ni el aire. Toda la vivienda está como a unos treinta metros bajo tierra.

En silencio, los padres seguidos de los niños, recorren y observan despacio cada una de las instancias. Pasado un rato, se sientan en la sala y es ahora el hijo mayor el que pregunta:
- Nos han encerrado en un lugar extraño. ¿Dentro de cuántos días vendrán para abrirnos las puertas?
Los padres no responden y los niños en silencio miran y los rodean.

El nido del mirlo-4
El mito del nido, me incluye antes de que incluso esté cerca del lugar. Y en cuanto esto sucede, sale del nido muy sigilosamente y se escabulle por entre los naranjos que hay cerca. No le hago mucho caso ni tampoco me acerco demasiado a sonido. Quiero que tengas confianza y que no abandone su puesta. Quiero que saque sus crías adelante y quiero que los arrendajo no descubran este nido y lo depreden. Me temo que va a ser casi un milagro pero deseo que suceda esto.

28 de abril 2020-43
LA ÚLTIMA VEZ
La última vez que los vi, fue por la cañada de los majoletos. Los dos hermanos, el y ella y entre diez y doce años de edad, iban delante del grupo. Subían algo apresurados por entre la vegetación como en busca de las partes altas de la montaña. El grupo sí parecía tener muy claro a dónde iban y lo que buscaban pero ellos dos, no. Por eso él dijo a la hermana:
- Al llegar a donde crecen esos álamos, giramos a la izquierda y, por entre la vegetación, volvemos en dirección contraria. Lo que ellos están buscando, no me gusta nada.

Al llegar a los álamos, unos minutos antes que todo el grupo, los vi girar hacia la izquierda. Ocultos entre la vegetación y campo a través, los vi bajar. No tardaron en llegar a las tierras llanas de la cañada, toda tapizada de hierba y, desde aquí, caminaron seguros dirección al sol de la tarde. Él iba delante y la hermana le seguía. A sus espaldas y por la parte alta del terreno, el grupo siguió remontando. Como prediciendo de ellos ignorándolos. La hermana, muy confiada en la decisión que el hermano había tomado, preguntó:
- Y cuando lleguemos a donde tú dices se encuentran la frontera y la puerta que nos dará paso al mundo que buscamos¿Como podremos abrir esta puerta?
Y sin más, el hermano dijo:
- No te preocupes tú por eso. Yo sé dónde se encuentra la clave que nos servirá para abrir la puerta.

Desde la distancia, los observé avanzando lentamente por entre la vegetación dirección al sol de la tarde. Era primavera, unas horas antes habían caído finas lluvias y en estos momentos, el sol salía y, de las hondonadas, arroyos y ríos, comenzaron a levantarse pequeños vellones de niebla blanca. Poco a poco, en la distancia y por entre esta niebla, lo fui perdiendo.Esta fe la última vez que los vi.

29 de abril 2020-44

LOS LADRONES
Lo he visto caminando por la calle. Ha llegado a la puerta de su tienda y,al oír ruidos, se ha parado. Ha abierto y los ha visto. Dos muchachos, no muy mayores, bastante desarrapados y con melenas largas, al verse sorprendidos, intentan esconderse al final de la estancia. Al descubrirlos él, sin sentir miedo, se ha ido derecho a ellos, con ambas manos, ha acogido a cada uno de los pelos y los ha arrastrado hacia la puerta de la calle. En el mismo umbral, los ha puesto como si pretendiera mostrarlos a las personas que por aquí pudieran ir y venir.

Por la calle no pasa nadie. A un lado y otro y al frente, todo está solitario. Pero si al otro lado de la calle, algunas personas se asoman a los balcones y ventanas. Mira expectantes y esperan ver el desenlace. En la misma puerta de la tienda, agarrando fuerte por los pelos a los dos muchachos, el hombre parece esperar a que alguien le diga lo que debe hacer con ellos. Más personas se asoman a los balcones y ventanas y ninguno pronuncia palabra. Los jóvenes sí gritan algo y parecen esperar un castigo o una sentencia. Pasado un buen rato, el hombre grita, con una voz potente y algo ronca:
- Los he cogido robando en mi tienda. Yo también soy pobre y tengo necesidades, muchas necesidades.

Nadie responde a estas palabras. Todos, desde sus balcones y ventanas, miran expectantes y esperan un desenlace. Hoy es primavera, en estos momentos, media mañana y el sol luce radiante sobre un fondo de cielo azul. Un silencio ancho y profundo se extiende por toda la ciudad y las calles siguen solitarias.

30 de abril 2020-45
LA GOTA DE AGUA
Lo he visto sentado en el balcón pequeño, mirando de frente a la ciudad. Llovía mansamente y no hacía ni viento ni frío.De vez en cuando movía su cabeza y se quedaba quieto mirando a un punto fijo muy cerca de él. Como si estuviera interesado en algo muy importante o como sí, un pequeño misterio, le tuviera intrigado. Me causa mucho respeto tanto su presencia como su silencio y su manera de ver y estar. Tanto respeto me causa que a veces pienso que es un mensajero que, de alguna manera, quiere transmitir un mensaje en su momento concreto.

Lleno yo de este respeto, me he acercado a él y le he preguntado:
- ¿Qué estás observando tan fijamente y con tanto interés aquí cerca de ti?
Me ha mirado hoy sin más me ha dicho:
- Fíjate en esta gota de agua que lentamente va resbalando por la hoja del naranjo hasta el extremo final de esta hoja.
- Veo lo que me dices pero no entiendo.
- La vida de cada personas aquí en la tierra, es semejante a esta gota de agua que ahora mismo resbala por la hoja del naranjo. Como puedes ver, va poco a poco avanzando y creciendo y se aproxima al final. Justo ahí se detendrá un poco y luego caerá al suelo. Y justo ahí será el momento el gran milagro y misterio.

- ¿Milagro y misterio?
- Espera unos segundos.

Sin perder mi concentración, me he quedado fijo mirando a la gota de agua resbalando por la hoja del naranjo y frente a él. Como esperando algo importante y lleno de misterio. Y veo como muy lentamente la gota de agua avanza por la superficie de la hoja y llega hasta el final. La menuda lluvia que está cayendo, poco a poco la hace crecer y es justo este el momento en que, al llegar al extremo final, la gota crece tanto que se desprende y prepara para caer. Siento como un poco de miedo por lo que pueda suceder en el momento en que esto suceda. Y la gota se desprende. Rápidamente se descuelga de la hoja, surcan muy veloz la pequeña distancia hasta el suelo y justo a caer en la tierra, ocurre lo sorprendente. No puedo entenderlo y por eso de nuevo le pregunto:
- ¿Qué es lo que ha ocurrido?
- Se ha fundido con el Universo y se ha hecho esencia en la eternidad. Ya pertenece a otra realidad lo mismo que nuestras vidas, la de todas las personas, al llegar su momento final.

2 de mayo 2020-47

LA COLECCIÓN

Lo he visto sentado bajo la encina en la mitad de la ladera y frente al río. Hoy es 2 de mayo, las temperaturas han subido mucho y la primavera ya se prepara para dar paso al verano. En el cielo no se ve ni una sola nube, el sol brilla muy limpio y todo parece como si se despertara de un tranquilo sueño. Es media mañana y ahí, sentado bajo la sombra de la encina, mira a los paisajes mientras entre sus manos sostiene la colección de objetos antiguos. Unas cuantas cruces pequeñas de oro y plata, varias monedas también de plata, algunas cadenas de oro, un par de relojes pequeños y muy antiguos también de este mismo metal, algunos pendientes de oro y plata y otros pequeños objetos. Observa despacio todos estosabalorios mientras deja pasar el tiempo y busca en su mente la manera de conservarlos.

El mensajero, de aspecto hermoso y joven, se acerca a él desde el lado de arriba. Siguiendo una sencilla que va justo por el borde de la acequia por dónde se desliza un brazo de agua limpia y fría. Justo a su lado se para el joven mensajero y le pregunta:
- ¿Te preocupa algo?
- Temo contagiarme con el virus que se ha extendido por todos los rincones del mundo. Si me sucede esto y me pasa algo ¿qué va a ser de estos pequeños tesoros que tengo en mis manos?Todo tendré que dejarlo aquí y para siempre.
- ¿Y de alguna manera estás buscando una solución?
- Eso es exactamente lo que hago. ¿Podríastú ayudarme algo?

Y el joven mensajero le dice:
- Lo puedo decirte y debe saber que aunque para ti este pequeño tesoro tuyo sea importante, no tiene valor ninguno ni sirve para nada al otro lado del tiempo.

- Pero no quiero perder nunca estás pequeñas cosas que ahora mismo tengo en mis manos.
Y el joven mensajero, sigue avanzando por la pequeña senda que va al borde de la acequia. Es de la colección de pequeñas cosas antiguas, se levanta de donde está sentado, cruza la ladera hacia el río, da varias vueltas buscando un punto concreto y, bajo una roca grande, detiene sus pasos. Mira toma medita y se dice: "Este es un buen lugar. Escavaré un hoyo profundoal helado de esta roca y aquí ocultare este pequeño tesoro mío. Nadie podrá encontrarlo nunca y yo si podré recuperarlo cuando pase todo este mar que ahora mismo se expande por el mundo entero".

3 de mayo 2020-48
LOS DULCES
En la humilde casa, en mitad de la calle, los dos padres y la pequeña, pasan el tiempo encerrados. No pueden salir a causa de las restricciones impuestas por la enfermedad que se tiene por el mundo entero. Pero a media mañana, la niña ha dicho a sus padres:
- Un amigo mío me ha dicho que los dulces caseros y únicos que se venden en algunos sitios de este pueblo,protegen y curan contra la enfermedad que nos asusta.¿Por qué no compramos una docena y probamos a ver si es cierto?
Y la madre le ha respondido:
- Por intentarlo, nada perdemos. Pero ¿Cómo lo hacemos?

La niña ha mirado para la calle y avanzando por ella, ha visto a un joven muy elegante, algo alto y vestido con ropa limpia y casi resplandeciente. Ha sentido mucho respeto pero lo ha llamado y le ha dicho:
- ¿Podrías traernos una docena de esos dulces buenos que curan la enfermedad?
- Te los traigo ahora mismo.
Le ha respondido el joven. Ha caminado un poco y en la casa al lado de arriba ha llamado a la puerta y a la mujer que se ha asomado, le ha preguntado:
- ¿Vendes los buenos dulces que lo curan todo?
- Hace tiempo que yo ya no los hago. Pero en esa casa próxima, sí los están vendiendo.

En la casa próxima, la tercera al lado de arriba de la humilde de la niña, el joven ha preguntado y la mujer le ha dicho:
- La última docena aquí la tengo guardada para ti. Sabía que ibas a venir a por ella. En tus manos los pongo para que vayas rápido y se los des a la persona que la está necesitando.
Ha dado el joven las gracias a la mujer y sin perder tiempo, vuelve a la casa de los dos padres y la niña. Pone los dulces en las manos de ella y sin pronunciar palabra, da media vuelta y calle abajo, silencioso se aleja. La madre la observa y dice a su niña:
- No lo conocemos de nada pero se ha comportado con mucha bondad y respeto. Parece como si fuera un mensajero que, para ayudarnos, viene por aquí desde el corazón mismo del universo.

Al fondo de la calle y a lo lejos, se ve brillante y profundo el azul del cielo. Un azul tan puro y bello que transmite serenidad y un placentero gozo espiritual intenso, muy intenso.

El nido del mirlo-10

El nido del mirlo, en la mañana de este día 3 de mayo, ya tiene dos pequeños pajarillos. Han nacido esta noche. Hasta ahora, los arrendajos no han descubierto este nido. Espero y deseo que los padres de estos dos pequeños pajarillos, puedan sacarlos adelante sin que se los lleven los arrendajos. Todavía hay un huevo sin eclosionar. Hoy han subido mucho las temperaturas y ya parece casi verano. Me alegro por el nacimiento de estos tres pequeños pajarillos en el nido del mirlo en el naranjo de jardín.

- **de mayo 2020 -49**

LA MUDANZA

Revisaba documentos en compañía de un compañero. Iré pronto, desde el despacho del director, llego un mensajero. Sin más, le entregó la carta. Y el coma en su corazón sintió el miedo. Rápido abrió la misiva y directamente leyó: “Tu destino, a partir de hoy, es en la ciudad al norte bien lejos de aquí. Ve preparando tus cosas que dentro de nada debes estar allí". Tragó saliva al terminar y por su mente, rápido cruzó un pensamiento: “¡Si ya tengo parte de mis cosas en la ciudad al sur no lejos de aquí!”

Dobló la carta, se la guardó en el bolsillo, salió del recintoy se puso a pasear por el jardín. Por momentos sentía que su corazón se le llenaba de miedo y por momentos sentía más inseguridad y angustia. Como rezando, se decía: “¿Qué voy yo a hacer ahora allídonde a nadie conozco ni tampoco los sitios ni los caminos?Dejar este sitio que si conozco bien y las cosas que por aquí tengo bien anidadas en mi corazón, me resulta duro, muy duro. No quiero marcharme de aquí. Sé que allí, no voy a sentirme bien ni voy a encontrar nada que me guste y haga feliz”.

Salió del jardín, camino despacio, rodeo un poco la elevación del terreno por el lado norte y lentamente subió hasta lo más alto del cerrillo. Al frente y no muy lejos, vio la casa donde en estos momentos tenía su estancia, a su derecha, observo las grandes extensiones de árboles por donde los ríos surcaban las llanuras, aceite verde aislado del Levante, contemplo las altas montañas quiero largo de los meses siempre estabas cubiertas de nieve y a sus espaldas, bastante lejos, le quedaba la ciudad en estos momentos como dormida y ajena por completo absoluta interior. De nuevo se dijo: “Si ahora mismo todo lo que me agobia y asusta, lo tuviera aquí como tuve este invierno el gran muñeco de nieve que en este lugar hice, igual que aquel día, le daría un empujón para que rodara hasta el barranco y ahí se deshiciera para siempre. Aquello fue una decisión libre que me llenó de gozoy por eso ahora siento deseos de repetirlo.

El nido del mirlo-11

El nido de mirlo, esta mañana ya tiene sus tres pequeñas crías. Ayer por la tarde nació la última y esto le gustó. Los arrendajos no dejan de emitir sonidos por aquí cerca pero aún no han descubierto es tenido. Tengo que en

cualquier momento lo descubra y como han hecho con otros muchos nidos en este jardín, depredaden los pajarillos y acaben con el trabajo de los mismos.

5 de mayo 2020 -50

LA VISIÓN

En mitad de la ladera, frente al río y no lejos de la acequia, crecen las encinas y los acebuche. Tres muy frondosas y viejas encinas y cinco no muy grandes acebuches.Bajo estos árboles, al caer la tarde, el grupo de jóvenes montaron sus tiendas. El mensajero de las estrellas, les había dicho:

- Al salir el sol mañana, lo veréis alzarse por encima de aquellas montañas.

Y ellos le preguntaron:

- ¿Y dices tú que eso será bueno?

- Será muy bueno para vuestro espíritu, alma y cuerpo.Elevar los ojos y el corazón hacia las profundidades del firmamento, siempre es bueno muy bueno.

Y al amanecer del día siguiente, todos ellos ya estaban sentados en las puertas de sus tiendas. Observando en silencio la luz del alba abrirse lentamente por encima de las altas montañas de la nieve. Observaron luego la aparición del sol y derramarse éste sobre laderas y cumbres. El mensajero de las estrellas, de nuevo les comunicó:

- Y ahora, al caer la tarde, es bueno que veáis la puesta de este mismo sol. Se dormirá lentamente al otro lado de las montañas verdes, a vuestra izquierda.

- ¿Y nos guiará tú hasta el gran mirador que nos ha dicho?

- En cuanto desmontéis las tiendas, me pongo al frente de vosotros para recorrer los caminos y llegar al lugar antes de que el sol se vaya.

Ya empezaba el sol a inclinarse para el lado de la tarde, cuando ellos terminaron de desmontar sus tiendas. Enseguida el mensajeros se puso al frentey empezó a guiarlos por lassendas. Por entre el monte, bajaron hasta el pequeño collado.Lentamente remontaron por la ladera de la hierba y justo cuando ya el sol en estaba a dormir de sobre las puedes montaña en el horizonte a lo lejos, alcanzaron el promontoriodel mirador. Nada más llegar, todos miraron como extasiados. No lejos de ellos y como a sus pies, se veía el blanco edificio coronado por la verde montaña, más a lo lejos se veía la intensa llanura por donde el río se alejaba y aún más lejos, el sol se dormía detrás la cordillera de montañas.La ciudad se adivinaba lejos, muy lejos. Algunos preguntaron y el mensajero simplemente dijo:

- Ya os lo dije: simplemente esto, es suficiente para librarse de todos los miedosy epidemias del mundo.

6 de mayo 2020 -51

EL LIBRO

La imprenta se encuentra en una de las calles más pequeñas del pueblo. No tiene esta calle más de diezmetros de larga y de ancha, unos cinco metros. Justo al lado de arriba del gran edificio de piedra y cerca de la carretera que

sale y entra al pueblo. En la imprenta se imprimen pequeños folletos, algunas revistas en blanco y negro y también libros.

A la imprenta, aquella mañana de primavera seis de mayo, el joven llegó con los textos de su libro. Saludó al dueño y le dijo:
- He tardado varios años en escribirlo pero al fin lo tengo. Y también a lo largo de este tiempo he ido ahorrando para poder pagar lo que cueste imprimirlo.
- Nosotros podemos hacerlo y no vamos a tardar mucho. Déjanos tu trabajo y vuelve dentro de tres días.
- Ya sabes que no quiero un libro lujoso sino que me conformo con verlo impreso y encuadernado.
- Para nosotros no va a ser difícil este trabajo y por eso también vamos a ponerte un buen precio.

Ilusionado se marchó el joven de la imprenta y tres días más tarde, volvió. Con la ilusión en su corazón de ver el libro impreso y encuadernado. Saludó de nuevo al dueño y éste enseguida le dijo:
- Tu libro no está hecho porque nosotros no podemos imprimir las cosas que has escrito.
- ¿A qué te refieres?
- Hablas y cuentas en tu libro grandes verdades de la manera más clara y directa. Si nosotros imprimimos esto, seguro vamos a tener problemas. Lo sentimos mucho.
Guardó silencio el joven y al rato, triste y muy preocupado, simplemente comentó:
- Pero las cosas que dicen y hacen las personas, sean buenas o malas, hay que contarlas tal como son. Por eso para mí es tan importante este libro mío.
Y el dueño de la imprenta de nuevo dijo:
- Lo sentimos mucho pero no podemos imprimir tu libro.

El nido del mirlo-13
I- NACIMIENTO y seguimiento de crías de mirlo en un nido en el jardín de mi casa. A partir de hoy voy a intentar subir a YouTube un vídeo y 3 fotos cada 3 días para que se vea el crecimiento de estos polluelos.
NACEN en la mañana del día 3 de mayo. Día caluroso, 33 grados en Granada, España.
COMENTO que ha sido un momento muy bonito y todo va bien. Creo que es interesante seguir la evolución de este pequeño y natural acontecimiento.

El nido del mirlo-14
II- NACIMIENTO y seguimiento de crías de mirlo en un nido en el jardín de mi casa.
PROCESO: en la mañana del día 6 de mayo, tres días de vida. Hoy caluroso, 33 grados en Granada, España. Cada tres días, voy a poner aquí un vídeo y tres fotos, suficiente para ver el proceso.
COMENTO: A los tres días de su nacimiento, todo va bien. Temo que en algún momento aparezcan los arrendajos, las urracas o los gatos y acaben con ellos. Estas tres especies de animales, este año han acabado con casi todos los nidos que por el jardín los pájaros han hecho. Nidos de mirlos,

currucas, palomas torcaces, petirrojos, carboneros, ruiseñores y hasta con los nidos de las golondrinas. También las ardillas acaban con estos nidos. Estas crías de mirlo están en peligro desde ahora mismo hasta que vuelen como los padres.

8 de mayo 2020 -53

SU NIÑA

Lo he visto sentado una vez más en el balcón pequeño que mira a la ciudad. Lucía un sol muy brillante de primavera, en las primeras horas de la mañana y el aire era fresco. Las pequeñas florecillas moradas del árbol Melia azedarach, árbol del Paraíso, llenaban de un aroma delicioso todo el entorno. Por estas fechas, estos árboles singulares, se pueblan con pequeños ramilletes de florecillas moradas que huelen a miel a incienso y a muchas otras esencias naturales.En los naranjos cantaba un mirlo, en las ramas de los pinos arrullaban las palomas y las abubillas y una juguetona ardilla, por el rellano correteaba de acá para allá. Entre los naranjos, hace tres días, en el nido nacieron tres crías de mirlo negro. Tengo miedo de que los arrendajos enseguida acaben con estos débiles polluelos.

Sentí la voz del padre y enseguida lo vi. Por su lado izquierdo donde el fondo se ve la ciudad, por donde los granados y el huertecillo, lo vi asomar con su niña entre los brazos. Salía como del viento por donde un bosque transparente de hielo y cristal se extendía hacia el azul del cielo y al infinito. Y como por el viento, el padre avanza con su niña entre los brazos al tiempo que se le oye:

- Mi niña se está muriendo. ¿Quién puede ayudarme?

Siguió él tal como estaba mirando a la ciudady dejó que el padre alllegar, tiernamente soltara a su niña delante mismo, a sus pies, sobre la hierba. Con palabras amables, le dijo:

- Tu niña no se está muriendo. Tu corazón está lleno de miedo. Tu niña es un ángel y su nombre está escrito en un lugar muy especial en las regiones del universo. No estés tan angustiado. Sigue avanzando con ella en tus brazos.

Volvió a coger el padre dulcemente a su niña y con ternura, la colocó en sus brazos. Avanzó lentamente como por un camino de cristal y viento y poco a poco lo vi perderse por su derecha. Por donde, en el mismo viento y el azul del cielo, el camino se iba difuminando y aparecían grandes bosques transparentes surcados por ríos de aguascristalinas.Él, sentado en el pequeño balcón frente a la ciudad, seguía mirando en silencio y pensativo. A sus espaldas y por el rellano, la ardilla seguía con sus juegos y el mirlo continuaba por entre los naranjos desgranando sus cantos.

9 de mayo 2020 -54

LAS SEMILLAS

Por el relleno de tierra del balcón pequeño que mira a Granada, esta noche he visto algo muy curioso. Todo el terreno estaba tapizado con una densa y muy verde alfombra de hierba. Algunas florecillas amarillas, temblaban al paso de la brisa y pajarillos pequeños buscaban entre esta hierba, semillas. Por encima de estas brillantes matas de hierba, he visto muy destacadas,

pequeñas bolitas blancas como de algodón. Temblando al paso de la brisa y como si tuvieran un especial interés en recibir los rayos del sol. Me ha llamado mucho la atención este pequeño fenómeno porque nunca antes por aquí lo he visto.

Al lado de abajo del terreno de este mirador, descubro que él, el jovenmensajero enviado desde las estrellas, estás sentado frente a la ciudad de Granada. Mira en silencio y, como otras veces, parece meditar. Concierto respeto, intento acercarme a él pero antes de llegar, veo que se levanta. En sus manos tiene una pequeña bolsa como de cristal transparente y flexible. Se mueve por entre la hierba y empieza a recoger algunas de las pequeñas bolitas parecidas a algodón. Durante un buen rato y desde cierta distancia, observo lo que hace y luego me aproximó un poco más. Sabe de mi presencia pero no le da importancia. Le pregunto:
- ¿Qué son estas bolas blancas parecida a algodón?
- Son las semillas de una planta muy especial.
- ¿Qué planta es y para qué sirve?
- Te lo voy a decir dentro de un momento.

No le pregunto nada más y dejo que siga recogiendo lo que él llama semillas especiales. En poco rato, llena por completo la pequeña bolsa de cristal transparente que tiene en sus manos y entonces se vuelve al lugar donde una vez y otra se sienta al contemplar a la ciudad de Granada. Le vuelvo a preguntar:
- ¿Para qué son estas semillas especiales?
- Mañana, cuando de nuevo vuelvas por aquí, me verás en ese mismo lugar. Tendré conmigo este saquito de semillas especiales y los dos juntos, vamos a irnos, primero por la ciudad de Granada y después, por otras ciudades, regiones, países y todos los rincones del mundo. Por todos estos sitios, vamos a ir esparciendo estas semillas. De ellas, no tardará en brotar una mata de hierba muy especial. Es la sencilla planta natural que todas las personas necesitan para curarse de todos los miedos y enfermedades, llenarse de paz y vivir en armonía unos con los otros y con la naturaleza y universo en general.

El nido del mirlo-16
III- NACIMIENTO y seguimiento de crías de mirlo en un nido en el jardín de mi casa. FINAL TRÁGICO

PROCESO: En la mañana del día 7 de mayo, tres polluelos con cinco días de vida.
En la mañana del día 8 de mayo, un solo polluelo con seis días de vida.
En la mañana del día 9 de mayo, ningún polluelo en el nido.
Los depredadores han acabado con los tres polluelos de esta ave

COMENTO: Lo que me temía, ha sucedido. En la mañana del día 9 de mayo de 2020, el nido del mirlo en el jardín de mi casa, está vacío. Los depredadores han acabado con los tres polluelos de esta ave. Creo que ha

sido obra de los arrendajos. Desde que aparecieron por estas zonas donde vivo y entorno, poco a poco han ido acabando con casi todos los nidos de pájaros. Este año ni un solo mirlo joven veo por estos espacios. Años atrás, por estas fechas, se veían y oían aves jóvenes por todos sitios. Los arrendajos, por estas fechas, también están sacando sus nidadas adelante y tienen que alimentar a sus crías. Arrasan todos los nidos que encuentra. Lo mismo sucede con las urracas que a la vez son depredadas, en su etapa joven, por los arrendajos. Estas dos especies de pájaros, atacan continuamente a todos los nidos y crías de otras aves. Son realmente dañinos en todos los sentidos. Y por si aun fuera poco el daño que hacen estos depredadores, a ellos también se unen los gatos, que estos días han aparecido bastantes por aquí y tienen poco para alimentarse. Al faltar las personas de los espacios, los gatos que viven libres, se encuentran sin alientos. Atacan y depredan todo lo que se pone a su alcance. Siento mucho lo que ha pasado con este nido de mirlo pero esta es la realidad.

10 de mayo 2020 -55

LA MÚSICA

Lo he vuelto a ver esta noche. La luna estaba totalmente en el centro de firmamento, por completo redonda y derramando luz plateada. Por el pequeño rodal de tierra del mirador que mira a la ciudad de Granada, la alfombra de hierba verde, está toda tapizada de florecillas pequeñas. Florecillas en todos los colores y tamaños. Y, como la otra noche, lo he visto recolectando algunas de estas pequeñas florecillas. Las más jóvenes y de colores más vivos. Poco a poco ha ido juntando un buen puñado y luego, se ha venido para el punto donde siempre se coloca frente a la ciudad de Granada. Aquí se ha centrado ya su derecha ha colocado todas las florecillas que acaba de recolectar.Del lado izquierdo, ha cogido una pequeña caña de bambú como de un metro y se la ha puesto al frente.

Lentamente y con mucha paciencia, ha comenzado a colgar de esta caña de bambú cada una de las florecillas de colores que tiene a su derecha. En fila y no muy separadas unas de las otras. Como si pretendiera hacer una pequeña cortina de florecillas frente a Granada y no lejos de sus ojos. Como el otro día, me acerco a él y le pregunto:

- Estoy lleno de curiosidad. ¿Qué estás haciendo?

No responde a mi pregunta. Sigue concentrado en su pequeño y original trabajo dando a entender que realmente es algo bello y muy bueno.

En no mucho rato, termina de colgar cada una de las florecillas que de la hierba ha arrancado. Las sujeta en la pequeña caña de bambú como un dedo de gruesasy de su derecha, coge también un trozo de caña de bambú. De unos cinco centímetros de larga y un poco menos gruesa que la que utiliza para sostener a las florecillas. Lentamente y con mucha solemnidad, va rozando cada una de las florecillas que cuelgan de la caña de bambú. Y al tocar cada florecilla, de ella brota una nota musical muy dulce y bella.Comienza a surgir como una gran nube de notas musicales que, en todos los colores, se expanden y extienden por el aire hacia la ciudad que sobre la vega parece dormir. Ahora sí me mira y dice:

- Esta nube musical, como una lluvia fina, dulce y placentera, va a derramarse sobre esta ciudad y otras y el mundo entero. Las personas, a llenarse de esta música, perderán todos sus miedos, se llenarán de paz y fuerza y curarán de todas las enfermedades. Los corazones de todas las personas, es esto lo que necesitan.

11 de mayo 2020 -56

LOS PUENTES.

A la derecha del gran arroyo según se mira hacia el norte, se encuentra el pequeño pueblo. Como escondido entre un espeso bosque de castaños con troncos gruesos y muy en silencio. Sus casas son todas blancas y las calles estrechas y con pequeñas pendientes. A la izquierda de este arroyo y también mirando hacia el norte, entre varios castaños centenarios, algunas nogueras y almendros, se encuentra la casa.También de paredes blancas, rodeada de rosales, algunas parras de donde cuelgan racimos de uvas aún muy vedes, higueras y granados.

Es primavera en sus días últimos ya casi dando paso a los primeros calores del verano. Es media mañana y el sol se extiende radiante y limpio. Huele el aire a florecillas silvestres y a mejorana y muchos pajarillos desgranan sus cantos. Ella, empujado el carrito con su niño de un poco más un año, recorre una de las pequeñas calles del pueblo, busca la vereda de tierra y poco a poco se va acercando al arroyo. Según avanza, al otro lado del profundo cauce, ve la casa como escondida entre los árboles. Y según se aproxima al arroyo, empieza a sentir la preocupación. "No sé cómo voy a poder cruzar las aguas de este cauce con el carrito y mi niño. Si algo sale mal, todos podemos caer a la corriente y despeñarnos por la cascada. Que Dios nos ayude pero necesito marcharme de este pueblo para que mi niño esté a salvode la enfermedad que a tantos está matando. Necesito refugiarme en esa solitaria y blanca casa para estar a salvo".

Y según se aproxima al arroyo, de pronto y por su derecha, aparece el mensajero joven de las estrellas. Como si la conociera de toda la vida, la saluda y le dice:

- Tú no tengas miedo. Aquí cerca de ti y a tu derecha, este gran puente de piedra va a servirte para cruzar el cauce cómodamente y librarte del peligro.

Mira ella para su izquierda y de pronto queda sorprendida. Nunca en su vida ha visto por aquí este puente que ahora y como de la nada, antes sus ojos aparece. El joven mensajero de nuevo le comenta:

- Es lo que todas las personas, ciudades y naciones del mundo, necesitan:puentes hermosos y robustos que sirvan para pasar de un lado a otro sin peligro y vivir en paz y a salvo.

https://youtu.be/g7wJqgGFyRE

12 de mayo 2020 -57

EL VIAJE

El blanco pueblo, se extiende a lo largo de una pequeña colina. A ambos lados, para el norte y para el sur, caen dos pequeñas pendientes por donde,

en lo hondo, avanzan los cauces de dos arroyos no muy grandes. Al norte del arroyo en este lado, se extiende una gran llanura poblada de encinas y alcornoques. Al sur del arroyo en este lado, se eleva una ladera también poblada de encinas,alcornoques y cornicabras. Por la mitad de esta ladera queda de frente a la colina por donde el pueblo se alarga, discurre una no muy importante carretera. Sube desde la ciudad y por esta carretera, una vez al día, pasa el autobús.

En la mañana soleada de la primavera, el joven matrimonio salió de las últimas casa del pueblo. Llevando con ella a su niña y algunos enseres personales. Por la senda bajaron hasta el arroyo al lado sur y luego remontaron buscando un punto concreto en la carretera por esta segunda ladera. Navegar a lugar, separaron y pacientes esperaron la llegada del autobús. Media hora más tarde apareció éste y el joven matrimonio se dispuso a subir para emprender el viaje. El conductor le preguntó:
- Y vuestra documentación?
El joven matrimonio le mostraron unos papeles y al terminar de hojear los coma el conductor comentó:
- No podéis subir mi viajar en este autobús porque vuestros papeles me están ordenados ni tampoco están en regla.
Devolvió los papeles al joven matrimonio y el autobús se alejó dirección al sol de la tarde.

Junto a la carretera se quedaron ellos como acurrucados y esperando no sabían qué, sin pronunciar palabra, tristes y como sin esperanza. Desde el lado del bosque de las encinas, se acercó a ellos el mensajero de las estrellas, los saludó y les digo:
- No estoy triste ni preocuparos.
- Pero ya ves nuestra situación. ¿Qué podemos hacer?
- Esta noche, ni hará frío ni lloverá. Cantarán por el campo los grillos y las aves nocturnas y la luna saldrá redonda y por completo bella. Mirad en esos momentos al firmamento repleto de estrellas brillantes y dejad que el viento y el silencio os abrace.Vuestros corazones se llenarán de paz y fuerza. De nuevo mañana volverá a pasar por aquí el autobús y todo será nuevo. Tus papeles estarán ordenados y perfectamente en regla.Nada hay más grande que la esperanza y el abrazo sincero y amoroso que siempre regala el corazón mismo del Universo.

13 de mayo 2020 -58
LA BODA
Caminaba sola delante del grupo calle abajo. Vestida con ropa elegante pero no con traje de novia. Ella libremente lo había decidido así. El grupo de sus amigos, no muchos, le seguían detrás y a cierta distancia de ella y entre sí. A su derecha según avanzaban, les iba quedando algunas pequeñas casas de paredes blancas, un terreno llano sembrado de cereales y, al fondo y bastante lejos, las siluetas de montañas cubiertas de vegetación.A su izquierda, también se veía una hilera de blancas casas, terreno llano por detrás de estas casas, más al fondo,el cauce de un ancho río y al otro lado

de este río, una extensa llanura que se perdía en la línea del horizonte. Era media mañana de un soleado y claro día de primavera.

Al llegar ella un poco antes del final de la calle, los que controlaban, le pidieron que se detuviera. Le reclamaron varios documentos, le advirtieronde retenciones y normas y luego le hicieron firmar varios papeles. Después la dejaron pasar y al llegar los que le seguían, se repitió la escena. Poco después dejaban atrás las casas blancas de la calle larga y torcieron para su lado izquierdo. Durante un buen rato, caminaron siguiendo una senda de tierra queavanzaba como dirección al levante y hacia las aguas del río. Al llegar a la curva de este cauce, vinieron para el lado derecho y y en una pequeña plataforma de tierra algo elevada, se pararon. Miró ella al frente yvio el grupo de casas donde sabía estaba la persona amada, su futuro esposo. Dijo a los que le acompañaban:
- Ahí está él pero ni yo puedo entrar en este barrio y menos puedo acercarme a dónde vive. Tampoco él puede salir de su casa. La boda tendría que celebrarsehoy, esta mañana, y ya estáis viendo.
Los que le acompañaban, miraban pensativos y no pronunciaron palabra.

Se vino ella para el lado izquierdo, como hacia las aguas del río y al ver al joven que le salía como al encuentro lentamente, se acercó a él y, como buscando apoyo y algo de consuelo, quiso abrazarlo. En su corazón sentía como si lo conociera desde hacía mucho, mucho tiempo. Por eso sentía confianza y por eso, desde esta confianza, le estaba pidiendo que le ayudara. El joven mensajero enviado desde las estrellas, le pidió que se acercará con él a las aguas del río. Las aguas del río bajaban claras, muy serenas y reflejando una belleza única. Junto a estas aguas, se detuvo el joven y le digo a ella:
- La transparencia de esta corriente, su serenidad y música, puede curar todas las soledades, dolencias y enfermedades. Quédate aquí en silencio conmigo durante un rato y ya verás como descubrimos mundos nuevos,la belleza que en tu corazón sueñas y la eternidad de una realidad que en nada se parece a la que en este mundo viven los humanos.

14 de mayo 2020 -59

EL FARSANTE

Tenía poder,conseguido de la forma menos limpia y noble. En la ciudad, solo los que obtenían algún beneficio de él, lo aceptaban. Los demás, sabían bien que no era buena persona ni procedía con honradez ni en su corazón había buenos sentimientos. Siempre que se le presentaba lo ocasión, engañaba, maltrataba a quien le llevara la contraria o le pusiera dificultades, humillaba y destruía incluso al más humilde. Muchos sabían la maldad que en su interior tenía y por eso no lo aceptaban. Entre se coma con frecuencia comentaban:
- Es un inculto ignorante que ni siquiera tiene estudios. Mentiroso como él solo, soberbio y prepotente, liante y malo, muy malo.

Aquella mañana de primavera, recorrió las calles y entró en la tienda de ropa más caras de la ciudad. Durante un buen rato, estuvo buscando hasta que encontró lo que quería: la camisa más bonita de cara que en el

establecimiento había. Se dijo: “Es exactamente igual a la que ya he usado algunas veces. Me va a servir para lo que pretendo”.Cogió la prenda, pagó en el mostrador y al que le atendía, le preguntó:
- Si se presenta algún problema porque algo no esté bien ¿cuánto tiempo tengo para devolver esta prenda?
- Tiene quince días para devolverla.
Dio las gracias, cogió la bolsa con la camisa, salió de la tienda el camino por la calle con un pensamiento muy fijo en su mente.

Tres días más tarde volvió a la tienda con una bolsa en sus manos. Busco a la persona que le había tendido unos días antes, le mostró la camisa y le dijo:
- Quiero devolverla porque no me queda bien ni me gusta mucho.
- Sin problemas.
Comentó el empleado. Cogió la bolsa, sacó la camisa, la puso sobre el mostrador y se quedó fijo mirando. El que había llegado, comentó:
- Ni tiene virus ni está contaminada por nada.
- Puede ser así pero esta camisa no es la que usted se llevó hace unos días.
- ¿Me estás acusando de engañarte?
El empleado de la tienda, volvió a meter la camisa en la bolsa, se la entregó al hombre y de nuevo le dijo:
- No puedo aceptar esta prenda porque es vieja y está usada.
- Pues si no la quieres, tírala a la papelera y aquí tiene el ticket de la compra que hice el otro día. Devuélveme el dinero y estamos en paz.

15 de mayo 2020 -60

LAS TAREAS

Lo he visto sentado al lado de abajo del terreno que hace como de balcón frente a la ciudad de Granada. Por todo parecía dormir al tiempo que se oía un latido inmenso sobre el fondo del silencio.Estaba solo y miraba como meditando. A él se han acercado las dos niñas, la mayor de catorce años y la menor de doce. Traen libros en las manos, cuadernos y bolígrafos. A su lado se han parado y le han preguntado:
- Los profesores nos han mandado muchostrabajos y algunas cosas no sabemos como resolverlas. ¿Tú puedes ayudarnos?
- Puedo hacerlo pero a cambio os voy a pedir algo.
- ¿Qué vas a pedirnos?
- Hacemos vuestros ejercicios y después os enseño algo que también es importante que sepáis.

Estuvieron ellas de acuerdo y, sin más, se pusieron a resolver los ejercicios. Con elegancia, suavidad y sabiduría, les aclaró todas sus dudas y les explicó lo que ignoraban. Después dejó que por entre la hierba y las plantas de jardín,jugaran y corrieran en libertad.El sol de la mañana primaveral, se derramaba muy brillante y el aire regalaba esencias a floresfrescas. Pasado un rato, las llamó y les dijo:
- Vuestros juegos son especiales y divertidospero hay todavía una tarea pendiente. Tengo que enseñaros algo que es bueno para vosotros que conozcáis.
- ¿Y tenemos que dejar de jugar?

- Durante un rato, sí.
- Pues nosotras queremos seguir jugando.
Dijo la más pequeña.

Nada dijo él. Lentamente se apartó de ella y caminó en silencio como hacia la ciudad.Al verlo, la mayor de las dos niñas, dejó su juego y se fue como a su encuentro. Lo cogió del brazo y con amabilidad le preguntó:
- ¿Estás enfadado con nosotras?
- Yo vengo del corazón mismo del universo, mucho más allá de donde las estrellas que brillan en el firmamento. Vuestro juegos y ejercicios de clase, son importantes y es muy bueno que os dedicáis a ello. Pero lo que yo quiero mostraros, es de una belleza y valor superior. Si no estáis conforme con ellos, no pasa nada.
- Pero nosotras no queremos que estés enfadado ni que te marches. Yo quiero ser tu amiga y por eso deseo que me muestres lo que tú dices es tan importante.

16 de mayo 2020 -61

EL ERMITAÑO

Desde hacía bastante tiempo, cada amanecer y a lo largo de todo el día, desde el balcón que mira a la ciudad, observaba en silencio. Meditaba y le dolía en su corazón lo que veía, oía y leía. Por eso sabía que las personas estabanencerradas en sus casas, que muchas enfermaban, bastantes acudían a los hospitales y un número grande de estas personas, cada día morían. Sabía que los políticos, los gobernantes, se peleaban entre sí buscando solo su propio interés. Se le llenaba el corazón de tristeza al comprobar esta desgracia y sufría porque nada podía hacer ni tenía en sus manos herramientas para ayudar a estas personas. Se decía: "¡Si al menos pudiera darle algunos alimentos para que no se mueran de hambre, si al menos pudiera aliviar un poco la enfermedad que tanto les atormenta, si al menos pudiera estar a su lado y coger sus manos en el momento de la muerte, si al menos, algo, cualquier cosa, pudiera hacer por ellos y para frenar esta terrible enfermedad y sufrimiento …!

Agobiado por estas circunstancias y sintiéndose por completo inútil, una mañana preparó cuatro cosas, recorrió las calles de la ciudad, subió por los caminos y en un lugar de la montaña que conocía desde hacía mucho tiempo, junto al río y un manantial limpio, se detuvo. Buscó piedras, madera y monte y en poco tiempo, construyó una humilde cabaña. Se acomodó dentro y junto al río, labró algunas tierras, sembró semillas, buscó frutos silvestres y plantas por el bosquey sealimentó de esta manera. Sabía que aún era rico porque el agua no le faltaba, los pajarillos alrededor le ofrecían suscantos, las plantas, además de frutos, le regalaban aromas y colores, el aire en cada momento lo acariciaba y el cielo azul, el sol y las nubes, le mostraban caminos a lejanos infinitos. Rezaba al cielo para que el Dios de la creación aliviara los sufrimientos de las personas en el mundo entero.

Y una noche, cuando estaba acurrucado en un rincón de su humilde cabaña, sintió ruidos. Se levantó y vio a un hombre que recogía semillas y frutos de

las tierras que junto a las aguas del río tenía sembradas. El hombre al verlo, sintió miedo y como llorando, dijo:
- Mis hijos, mi mujer y yo, nos estamos muriendo de hambre encerrados en la casa. La enfermedad nos ha atacado y nadie puede echarnos una mano. Estamos sin agua, sin luz, sin alimentos y sin libertad. Siento mucho si te estoy robando.
Y él, el ermitaño, sin mostrar enfado sino como aclarando, dijo:
- Yo también me estoy muriendo de hambre y de tristeza. Nada puedo hacer por ti ni por otros muchos que como tú tienen el mismo problema. Lo que por aquí encuentres, cógelo como si fuera tuyo. Yo seguiré rezando al cielo por mí, por ti y por todos, hasta que se me acaben las fuerzas. Es lo único que sinceramente puedo. Y si a ti y a mí y a otros muchos se nos acaben los alimentos y morimos, quizá Dios nos regale allá en el firmamento y en la eternidad, un paraíso lleno de estrellas.

17 de mayo 2020 -62

EL VALLE

Después de tantas primaveras, veremos, otoños e inviernos, después de tantos silencios, recuerdos, momentos de soledad repitiéndose un día y otro, después de tantos sueños rotos y momentos oscuros, todavía los sigo viendo tal como en aquellos días de mi niñez.Como si el tiempo no hubiera pasado o como sí, de alguna manera, se hubieran quedado para siempre eternos como eran en aquellos días. Algo realmente maravilloso y lleno de un gozo hondo que pertenece a lo más elevado, misterioso y sagrado del universo.

Me he asomado esta noche por lo alto de la loma de las encinas. Gozando de la misma libertad y sensaciones que en aquellos tiempos. Al llegar al punto exacto que en ningún momento puedo borrar de mis recuerdos, me he parado. Mirando hacia el lado norte, he observado despacio. Y ahí, a unos quinientos metros, como a mis pies y en silencio, he visto al valle.Extendido en tierras llanas, cubierta toda la extensión de bosques de álamos y mucha hierba regado por el río de aguas claras. Cerca de este río, en la curva, he visto a la casa y cerca de esta vivienda, he visto a la madre, al hermano mayor, a la niña y a mí mismo todavía pequeño. El padre no está lejos cuidando de los animales y la madre trajina cuidando de la casa, ropa, alimentos y nosotros. La madre es pequeña pero es todo nervio, con un corazón hermoso, esfuerzo y sacrificio en todo momento.Un noble burro gris nos sirve de compañía y de juguete. Es mi amigo predilecto.

Desde lo alto de la loma y a lo lejos, me emociono ver esta escena. Como si no hubiera pasado el tiempo a pesar de que si son ya muchos, muchos los años transcurridos. Nada es igual en el valle a como fueron las cosas en aquellos tiempos y ninguno de ellos excepto yo, viven. Todos ya se fueron pero lo que mis ojos han visto esta noche desde lo alto de la loma y por el valle de los recuerdos, es como un pequeño y hermosísimo paraíso donde ellos y, en el centro la madre, permanecen hermosos y eternos. Gran acontecimiento que celebro en mi corazón porque esto me confirma una vez más que la inmortalidad es real y la eternidad existe tal como a todas horas la sueño.

https://youtu.be/jHkcbSC3aMo

18 de mayo 2020 -63
¿A DÓNDE VAN?
Antes de ayer y ayer por la tarde, descargaron tormentas sobre la ciudad de Granada. Con gran aparato de truenos, viento, granizos y recia lluvia. El día de hoy, se ha presentado con un cielo totalmente limpio de nubes y muy azul. Desde primeras horas de la mañana, brilla un sol puro y las temperaturas no son muy altas. Un hermoso día de primavera que pareciera por completo lleno de esperanza. Huele el aire a fresco y los paisajes se ven muy verdes porque en estos últimos días las lluvias han caído sin parar. Y hoy por primera vez este año, he visto por aquí surcando el cielo, una pareja de golosinas.

A primeras horas de este luminoso y brillante día, me he acercado al balcón donde lo veo lo veo una vez y otra cada noche en mis sueños. No está por aquí pero sí miro despacio hacia la ciudad extendida por la llanura de la vega y me parece verloalejándose como por un transparente caminosostenido en el mismo viento. Camina de espaldas a mí y según se aleja, me parece verlo fundirse con el mismo viento y la luz radiante de este nuevo día. Lo observo muy concentrado intentando comprender algo de este misterio y, al mismo tiempo, un poco sorprendido. Me preguntó: “¿Por qué hoy no pronuncia palabra? ¿Por qué parece que ya no es necesario decir ni hacer nada más y por eso se aleja? ¿Por qué se hace viento fundiéndose precisamente con este viento y la luz radiante de la mañana? ¿Por qué suceden las cosas así y adónde va?”

Pero antes de que desaparezca de mi vista y lo pierda quizá para siempre, según presiento, desde donde estoy al borde del mirador frente a la ciudad extendida por la vega, le digo:
- A lo largo de mi vida, he conocido a muchas personas y bastantes de estas personas, después de un tiempo siendo amigos, se han marchado lejos. De pronto y en un momento, guardaron silencio y se alejaron y nunca, nunca más he tenido noticias de ellas. Las he recordado cada día y por eso ahora me atrevo y te pregunto: ¿A dónde van, adónde se fueron estas personas y porqué tan de pronto y sin avisar se alejaron y guardaron silencio para siempre?¿Qué son y a dónde van las personas que ya no puedo oír ni ver en ningún momento?

19 de mayo 2020 -64
EL ENFADO DEL PADRE
He visto al hermano menor en todo lo alto de la torre de roca natural entre las dos montañas. Un espigón rocoso en forma de columna en la cuerda entre dos montañas y justo donde nace un caudaloso y casi torrencial arroyo. He visto luego al hermano menor hablando con el padreque va con los animales, justo donde el arroyo torrencial se junta con el río. El padre le ha preguntado:
- ¿Por qué has dejado sin tu cuidado a los animales por estos lugares?
Y el hermano menor le ha dicho:

- Los animales saben moverse sin problemas por todos estos lugares y a ellos les gusta ser libres. Les gusta no sentirse guiados porque son inteligentes y aman la libertad.
Nada ha respondido el padre a estas palabras del hermano menor.

Poco después he visto al hermano menor sentado en la mesa de la sala en la vivienda junto a la madre, el hermano mayor y la hermana menor. Delante de ellos, sobre la mesa, tienen los platos y los cubiertos y se preparan para comer. Por la puerta del fondo, aparece la figura del padre y muy enfadado, habla casi gritando:
- No puedo más.
- ¿Qué es lo que te pasa?
Le pregunta la madre.
- Estoy cansado, inquieto agobiado y también atiborrado de oír tantas noticias todas negativas. Los que nos gobiernan no están haciendo las cosas bien porque son unos inútiles, mentirosos y egoístas. No hacen nada más que hablar, proponer y prohibir pero ya ni siquiera sé qué cosa de la que hacen o dicen, es verdad o mentira. Estoy cansado, por completo agotado por tanto ruido inútil y falso.

La madre le ha pedido al padre que se siente en la mesa junto a ella. Todos están callados y el hermano menor, también sentado en la mesa frente al padre, lo mira y muy seguro de sí,comenta:
- Padre, lo que yo pienso es que tú no debes hacer caso ninguno a lo que oyes continuamente. Porque tienes razón en lo que dices: muy pocos son los políticos, los que nos gobiernan, que cuando hablan dicen la verdad. Nos cuentan cosas que luego ni hacen ni cumplen y además, cambian de opinión una vez y otra.
Y la madre le dice al padre:
- Lo queestá comentando tu hijo, es la pura verdad. Para no llenarte de rabia y vivir en paz, sin que te hago daño lo que oyes una vez y otra, lo mejor es que las cosas te entren por un oído y te salgan por el otro. No hagas caso a nada, a nada absolutamente de lo que estas personas nos dicen un día detrás de otro. Tú eres bueno, nos quieres noblemente y estás llenando en todo momento de dignidad a esta familia nuestra. Que los ruidos de esas personas que estamos diciendo, te entren por un oído y te salgan por el otro.

20 de mayo 2020 -65

LA SOLEDAD

La madre lavaba en el arroyo entre las adelfas. Sin parar remojando y frotando la ropa y con la única compañía de la hermana pequeña, la corriente del arroyuelo, el canto de algunos pajarillos, el aire fresco de la mañana, el aroma que la naturaleza le regalaba y el azul del cielo.Todo lo demás eransilencios y soledad. Una soledad llena, acariciada por los rayos templadosdel sol y auténtica. La madre, menuda de cuerpo, baja de estatura, pelo recogido en moño sobre su cabeza, voz melodiosa y ojos redondos y negros, apenas conocía ni tenía otro mundo ni horizontes.Y embargo, era buena, muy buena.

El hermano menor, sin más compañía que la presencia de varias encinas entre el arroyo donde lavaba la madre y la casa, en nada se ocupaba. De acá para allá sobre las rocas por la puerta de la vivienda, se movía despacio y miraba a las encinas y a la sombra que estos árboles proyectaban por el terreno. Sentía en su corazón que le faltaba algo y ni siquiera sabía que la soledad era su única compañía. El padre estaba pendiente de los animales, cabras, ovejas y algunos cerdos, al otro lado del arroyo, por las laderasque caían hacia el río. También en su soledad concreta, cada vez más cansado y con poca esperanza de que las cosas mejoraran. El padre era alto, recio, con pelo espeso, ojos castaños y corazón noble. Su mundo era el trabajo y casi nunca con la posibilidad de verse con otras personas y hablar un poco.

A la puerta de la casa, donde el hermano se movía por encima de las rocas, se acercó la otra madre con sus dos niñas. Al verlas, el hermano menor se animó un poco y enseguida le preguntó:
- ¿Qué estáis buscando por aquí?
Y esta madre, le dijo:
- Hemos oído que tenemos que apuntarnos para pertenecer a algún grupo. No sabemos ni a qué grupo, de qué modo ni para qué.
Y el hermano menor, no supo que decir a lo que oía. Sí, de alguna manera, sintió en su corazón la necesidad de que sus dos niñas y ella, se quedaran por el lugar. Intuía que, al menos con algunas personas podría compartir las horas y los días. Ni la madre que lavaba entre las adelfas ni el padre ni el hermano menor ni la segunda madre con sus dos niñas,eran conscientes de la inmortalidad y hondo misterioque en estos paisajes y días, estaban viviendo.

21 de mayo 2020 -66

YATING ZHONG,**大头哈**

Llegó a la ciudad, al principio de curso, desde un país lejano, China.Se preparó para comenzar y realizar su tesis en la universidad y, en los primeros días, paseó por las calles de la ciudad. Se encontró con ella y la saludó por donde la Carrera del Darro, las palomas y los patos.
- Quiero practicar mucho el idioma español y para eso fundamentalmente he venido a este país.
Decía. Unos meses más tarde, aparecieron los primeros infectados por el nuevo virus precisamente en su país de origen. Y no tardó en extenderse este virus por todo el mundo. Cinco meses más tarde, ella y todas las personas de este país, estaban encerradas en sus casas sin poder moverse ni pasear por las calles ni asistir a las clases de la universidad. Unos de estos días, a mediado del mes de mayo, recibió un correo:

"¿Es conveniente que me llames ahora? Tengo un asunto muy urgente. Tengo granos extraños en mi mano. Ayer fui a una farmacia a consultar y la doctora me dijo que parecía herpes zoster. Pero no estuvo segura. Me sugirió que fuera a la clínica a ver al médico.No tengo dinero para mi teléfono ahora, pero necesito contactar a mi compañía de seguros y pedirles que hagan una cita para un médico de la clínica. Salí ayer y olvidé cargar mi teléfono...Debido a que la situación es urgente ahora, quiero molestarte para

que me ayudes a contactar a mi compañía de seguros y pedirles que hagan una cita para un médico de la clínica”.
Enseguida contactó con ella y, después deconocer mejor lo que le sucedía, la animó y ayudó para que fuera al hospital.
- No es necesario llamar para concertar una cita.Coge tu documentación y preséntate directamente en el centro hospitalario.
Le facilitó la dirección y forma de ir a este edificio y, sin perder tiempo,ella se puso rumbo al hospital. Según caminaba por las calles, intercambiaba información para acertar con la ruta más correcta y corta. En unos de estos momentos, comentó:
- No hay nadie por lascalles y hace mucho, mucho color.
Las temperaturas en esta ciudad justo alcanzaban los treinta y dosgrados.Media hora después, dijo:
- Tengo todo el brazo lleno de ampollas, me pica mucho y mi teléfono se está quedando sin batería. Cuando luego esta noche ya esté en mi casa, te llamo y te cuento cómo ha ido todo. A las diez de la noche, llamó.
- La doctora me ha dicho que sí tengo el herpes zóster. Me ha mandado una medicina que tengo que tomar por la boca y una crema para untarme en el brazo. Me ha dicho que desinfecte toda la ropa y también la de la cama. Ahora voy a ducharme, luego voy a preparar algo de comida porque tengo mucha hambre, lavaré mi ropa después con agua caliente y detergente que he comprado y mañana por la mañana, lavaré también toda la ropa de mi cama. Las medicinas me han costado más de cincuenta euros.

22 de mayo 2020 -67

LA HERENCIA

Esta noche, en mi sueño, he visto a joven mensajero de las estrellas, sentado en el borde mismo del balcón que mira a la ciudad de Granada. Es ya casi final del mes de mayo y por eso a media mañana, el sol calienta mucho. A treinta y dos grados llegaron las temperaturas ayer. El verano ya se acerca aunque aún todavía los mirlos y otros pajarillos, se afanan en sus nidos y en la cría de sus polluelos.Son los que se conocen como nidos de reposición porque los primeros que hicieron, fueron depredados por los arrendajos, urracas o gatos. Han florecido las azucenas, por el aire expanden su perfume y todo el jardín se prepara para la llegada del verano.

Abajo, a solo unos cientos de metros de donde el mensajero está sentado, entre muchos edificios y viviendas, se ve una blanca casa.Las puertas están cerradas y dentro, en la cama, el padre respira con dificultad.Ha pedido que todos los familiares se acerquen y escuchen. Habla también con mucha dificultad y a cada uno va diciendo lo que le deja en herencia. Todos escuchan en silencio y ninguno pronuncia palabra. La madre, las hijas y alguno de los varones, de vez en cuando retiran pequeñas lágrimas que les resbalan por las mejillas.Miran y escuchan y ni siquiera están seguros de que sea real lo que está ocurriendo. En el jardincillo de la puerta, entre unos rosales, se oye el canto de un mirlo y algo más a lo lejos, se oye el ruido de algunos coches. En la cama, el padre guarda silencio y su aliento se apaga.

Veo que en estos momentos, el joven mensajero de las estrellas que está sentado al borde del mirador que domina a la ciudad de Granada, se mueve hacia su lado derecho. Alarga su mano y como del viento, coge un hermosísimo ramo de flores. Flores todas frescas, de colores muy variados, transparentes como el cristal o como el hielo más puro, las azucenas que a la vez reflejan blancura y se ven frágiles, muy frágiles. No puedo entender lo que estoy viendo pero si tengo conciencia de que es cierto y por eso, en algún momento, hasta siento temor de que las flores se rompan.Pero el mensajero, con mucho cuidado, aprieta en sus manos este mágico ramo de flores y camina hacia la casa donde el padre ya no respira. Oigo que susurra: “Tengo quepresentarmey acompañarlo para sienta la paz y el gozo”.Quiero preguntarle pero no digo nada. Observo y medito.

23 de mayo 2020 -68

EL ÚLTIMO JORNAL

Su bicicleta la había dejado no lejos del camino, ceca del arroyo. Resguardada del sol, bajo una encina mientras él, a lo largo de todo el díatrabajabacon la cuadrilla. Labrando las tierras de la pequeña ladera a la derecha del arroyo, sembrando las semillas, escardando y quitando las malas hierbas y arrimando la mejor tierra a las plantas ya brotadas. Solo media hora se detuvo en el trabajo al medio día para comer un sencillo y pobre bocadillo y beber unos tragos de agua. Era primavera ya camino del verano y por eso todos los paisajes mostraban brotes y colores de vida nueva. Por el arroyo, entre las zarzas y adelfas, se oían los cantos de los ruiseñores y también el de las oropéndolas.

Al caer la tarde, el manijero pidió a la cuadrilla que detuviera el trabajo. Juntoal camino, sobre unas piedras, puso unos sobres y abrió el cuaderno. Uno por uno fue llamando a los de la cuadrilla y al tiempo que le entregaba el sobre con el sueldo del día, le daba la noticia.Lo llamó a él, le entregó el sobre con las monedas del jornal y le dijo:

- Mañana ya no vuelvas. Para ti se ha terminado el trabajo en estas tierras.

Como un pequeño puñal clavado en el corazón, recibió la noticia. Nada dijo. Se fue hacia donde su bicicleta, la sujetó, la puso sobre el camino, montó en ella y lentamente comenzó a remontar hacia el collado, dirección al pueblo. A sus espaldas, se ponía el sol y sobre la vega y bastante lejos,sevislumbraban los edificios de la ciudad. Pedaleando lentamente sobre su bicicleta, iba alcanzando la parte más alta en el collado al tiempo que preocupado, muy preocupado, meditaba.

Después de coronar la elevación y nada más empezar a descender por la pendiente dirección al pueblo,vio a las personas. Muchas personas a un lado y otro del camino que en fila y con mascarillas, parecían esperar algún importante acontecimiento.Avanzó él y al encontrarse con las primeras personas, unas muchachas le dijeron:

- Esto es un acto en recuerdo a la memoria de todas las personas mayores que ha muerto en la etapa de la epidemia. Queremos llevar flores a sus tumbas y construirles algún monumento para que su memoria no se olvide.Si puedes darnos algunas monedas para colaborar, te lo agradecemos.

Y sin más, él le dio a esta joven el sobre con el dinero de su jornal y ella se lo agradeció. De nuevo le dijo:
- Y cuando llegues al pueblo y te encuentres con personas y lugares, ten mucho cuidado. Este virus es como una cuadrilla de personas malas, muy malas que acecha y persigue para atacar y hacer daño.
https://youtu.be/uj-4vl6RZFc

24 de mayo 2020 -69
SIN CASA
En tiempos pasados, hubo guerra en el país. Unos contra otros. De la misma nación y las batallas fueron muy cruentas.Sobre el pequeño pueblo en lo alto de la loma, uno de estos días de guerra, arrojaron muchas bombas. Y donde más bombas cayeron, fue precisamente en las humildes casas de la calle larga. Murieron muchos de las personas que vivían en estas casas y las viviendas, casi todas quedaron por completo destrozadas. Sin techo, rotas paredes, puertas y ventanas y con solo algunos trozos de muro y cimientos. Las pocas personas que escaparon de este bombardeo, cargando con sus penas y pobreza, se fueron lejos. Nunca, nunca más volvieron por el lugar.

Pero pasado mucho tiempo, casi cien años, otras personas reconstruyeron un poco las ruinas los bombardeos y en una de las casas más humildes, al final de la calle,el matrimonio con sus hijos,se acomodó. En un reducido espacio donde apenas cabían. Pocos años después se extendió por todo el país y otros muchos territorios del mundo, un extraño virus muy infeccioso y inmortal. En la humilde casa, el hermano menor, fue atacado por este virus. Y para no contagiar a su familia, preparó un humilde colchón lleno de paja, una manta de lana algo rota y poco más. Al lado de afuera de la casa y entre algunas de las ruinas que dejaron las bombas de la guerra, se refugió. Al raso, frente a las estrellas, el viento y el sol de los días de primavera.

Bajó él varias veces al arroyo de la izquierda, buscó delgadas ramas de mimbre, eneas y algunas maderas y en el rincón donde se había refugiado, se puso a tejer cestas y sillas. En la soledad de las mañanas, del mediodía y al caer la tarde y con la esperanza de que alguna persona al pasar por allí, le compraraestas sencillas obras de arte. Pocas personas pasaban por el lugar pero las que lo hacían, desde cierta distancia, lo mirarán y seguían adelante. Él se decía: “No importa que nadie me compre estas cosas que estoy haciendo. Si esto del virus pasa y yo recupero mi salud y fuerzas, en algún momento, se me presentará la oportunidad y entonces me alegraré de ello”.

25 de mayo 2020 -70
LA MONTAÑA
Los he visto cruzando el estilizado y casi colgante puente del río. El hermano pequeño camina el primero, llevando de la correa a su perrillo blanco. La hermana le sigue sujetando en su hombro el violín color caoba y los padres siguen a sus niños. De las espaldas de cada un de ellos, cuelgan las mochilas casi llenas. La mochila de la niña, es rosa y azul, la del hermano, verde y negra y las de los padres, grises con trozos verdes agua. La mañana del transparente y sereno día de primavera, se abre toda llena de sol,

regalando colores y perfume a plantas silvestres. Todos los tomillo, romeros, aulagas y cantuesos, están florecidos. El aire es fresco y el cielo, azul limpio.

La carretera se estira a lo largo del río, según corren las aguas y algo elevada en la ladera. Pero ellos, nada más cruzar el puente, toman por la vereda que ascienden trazando zigzags en busca de la cumbre. A la montaña se le conoce con el nombre de Torreárboles.Comenta la niña:
- En cuanto estemos en lo más alto de todo, voy a llamar a mi hermana. Hace mucho que nada sé de ella y más tiempo hace aún que no la veo. ¿Cómo estará viviendo lo del encierro en las casas y la presencia de virus?
Todos guardan silencio. La hermana mayor, hace mucho tiempo que se fue a otras partes del país, en busca de trabajo. Pasado un rato, la madre comenta:
- Tu hermana mayor, es valiente pero está sola y en estos momentos, ni siquiera sabemos cómo se encuentra. Desde lo alto de la montaña, vamos a llamarla para hablar con ella.

Después de mucho rato ascendiendo por la senda, remontan hasta lo más elevado de la cumbre, separan y miran. Al frente, lado de la tarde y muy lejos, se extiende la ciudad. A sus espaldas, entre un espeso bosque de árboles, se esconden las casas del pueblo. Sobre una roca de granito, la niña se sienta, prepara su violín y antes de interpretar la melodía, de nuevo comenta:
- Él me dijo que este lugar, es el correcto para que el violín vibre y la música suene. Retumbará por el aire y se escuchará en muchos lugares de la tierra. Las personas al oír las melodías, se alegrarán, se llenarán de gozo sus corazones, curarán por completo de la enfermedad y el virus se irá para siempre de nuestra presencia.
https://youtu.be/uj-4vl6RZFc

26 de mayo 2020 -71

SIN FUERZAS

Ya era muy mayor. Se cansaba bastante en cuanto recorríaun trecho, la respiración se le entrecortaba de vez encuadernado y al andar, casi nunca lo hacía recto. No padecía ninguna enfermedad y ni siquiera en el rostro tenía arrugas pero el paso del tiempo se lo iba a comiendo poco a poco y de la manera más silenciosa.

Nada más despertarse en su cama aquel templado día de primavera, oyó la voz del director que les llamaba.
- Quedamos que a partir de hoy tienes que hacerte cargo de la portería. El colegio ya está abierto y los alumnos y profesores van llegando. Ahí en la portería tenías que estar tú ahora mismo atendiendo a todas las personas que necesiten ayuda.
Sin pronunciar palabra, rápido abandonó la cama. Se cambió de ropa sin asearse casi nada y en unos minutos, ya estaba en la portería atendiendo a los que lo necesitaban: teléfono, fotocopias, preguntas, horarios de clase…profesores, alumnos y padres, uno detrás del otro, le pedían cosas y casi todos con urgencia. Al poco rato se sintió tan cansadoque ni siquiera en

su mente tenía la realidad clara. Se quejaron algunos profesores y entonces apareció el director.

Lo llamó, le pidió que se sentara a su lado al tiempo que le decía:
- Ya vez la cantidad de quejas que unos y otros tienen de ti. ¿Qué es lo que te está pasando?
Con voz muy apagada intentó explicar al director que el cuerpo no le respondía porque los años lo tenían ya muy roto.
- Mi corazón quiere y mi alma también pero no tengo fuerzas.
- ¿Y qué quieres que haga contigo?
A través de los cristales de la ventana a su derecha, miraba como ausente. Vio como varias personas cortaban los árboles de la entrada al tiempo que comentaban:
- Están ya tan viejos estos árboles que ni siquiera para leña sirven.
https://youtu.be/buuN3ddE6hM

27 de mayo 2020 -72

LOS PASTORES

Lo he visto caminando solo por la calle. Mira a un lado y otro buscado el número de la casa. No está seguro de encontrarla porque no conoce bien la calle ni la casa ni el pueblo. Vino por el lugar, hace mucho, mucho tiempo. Desde aquellos días y mucho antes, sabe que esta villa, desde su nacimiento, fue el pueblo de los pastores. Huele a pastores, el sol siempre le da de lleno, tiene color de nieve, como un rebaño de ovejas se extiende en el centro del gran valle y se mantiene en silencio, como acurrucado en el tiempo. El blanco pueblo, es hermoso y tiene personalidad propia. Él lo sabe.

En la casa de la esquina, ve la ventana como tapada por las ramas de la higuera. En la puerta, bajo las ramas de este árbol, se para, llama y enseguida le abren. Al verse, se saludan expresando la alegría del encuentro y, la mujer mayor de la casa y madre de los jóvenes pastores del valle, al instante pone sobre la mesa, varios platos con alimentos.
- Después de tanto tiempo, de verdad que nos alegramos. En la familia, con frecuencia hablamos de ti a pesar de lo poco que nos tratamos.
Comenta el hombre de la casa, padre de los jóvenes pastores del valle y marido de la mujer. Casi al instante, ella anuncia.
- Voy a salir un momento para comprar algo especial en la tienda de alado. Tu visita nos llena de gozo porque, como otras muchas personas, llevamos más de dos meses encerrados aquí en la casa.¡Qué virus tan extraño y cuánto miedo de que en algún momento nos mate!

Mientras comenta con el padre y esperan a que ella vuelva, se mueve por la estancia y, de vez en cuando, se asoma por la ventana.Le llama la atención la higuera tan frondosa que casi en la pared, crece. Y de pronto, por la calle que sube recta hacia la ventana, los ve avanzar. Son cinco o seis jóvenes que caminan entusiasmados derecho a la casa. Le pregunta al padre y éste le aclara:

- Son nuestros hijos, tus primos y los jóvenes pastores del valle. Lo mismo que tú, vienen a vernos después de casi dos meses y medio confinados. Se alegrarán mucho encontrarte aquí con nosotros.
- ¿Y qué son esos ramos blancos que las muchachas traen en sus manos?
- En el cortijo donde en el valle viven y cuidan los rebaños de ovejas, hace unos años, sembraron tubérculos de azucenas. Todas las primaveras florecen estas plantas y nuestras hijas, también cuando todos los años vienen a vernos por estas fechas, le traen ramos de azucenas a su madre. Y esta primavera, como estás viendo, no solo no se han olvidado de ello sino que hasta traen más flores y son más blancas.

28 de mayo 2020 -73

FRENTE A LA NOCHE

El arroyo baja de los montes de las jaras. Las primeras aguas, brotan en el Valle de la Cruz y lassegundas, en la Fuente de la Higuera. Discurre durante un trecho por entre la Umbría de las Cornicabras y la Solana de los Acebuches. Antes de llegar al olivar, por el lado del levante, se le une el pequeño arroyo que baja de los naranjos.Avanzan sus claras agua por entre la sombra de los algarrobos y, al llegar a donde los álamos se mecen, la pequeña llanura le saluda. Una llanura muy recogida, hermosa y fresca frente al olivar y frente al blanco cortijo que se alza en la loma a la derecha de los naranjos. A esta llanura arrullada por las aguas del arroyo, ellos llegaron al caer la tarde.

A primera hora de la mañana, salieron de la ciudad siguiendo la carretera que remonta al pueblo de las montañas. Cinco en total, tres jóvenes y dos muchachas.La excursión, era como una huida del virus presente en las calles, plazas, casas y jardines de la ciudad. Buscaban aire puro, perfume de hierba y monte, rumor de agua, sol y silencios y cantos de grillos.Siguiendo la carretera y cargados con sus mochilas, caminaron durante varias horas. Al llegar a donde ya el olivar mostraba los olivos más centenarios, giraron para la izquierda en busca del blanco cortijo en lo alto de la loma. Al encontrarse con el edificio, lo rodearon por el lado de abajo y, sin pararse, continuaron por la senda que, por entre los olivos, baja hasta la llanura del arroyo. Cruzaron la corriente de las aguas y, junto al charco redondo y donde el terreno estaba alfombrado por muchos tallos de grama verde y fresca, soltaron sus mochilas. Dijo una de las muchachas:
- Exactamente este es el sitio que él me dijo. Montemos aquí las tiendas.

Antes de que la tarde se fuera y la oscuridad de la noche dejara en penumbra todos los paisajes, ya tenían ellos instaladas sus tiendas, preparadas algunas cosas para comery también, sobre la gramay cerca de las aguas del arroyo,extendidos sus sacos de dormir. El cielo se había cubierto con densas nubes negras y el airecillo regalaba perfumeatierra remojada. Preguntó uno de los jóvenes:
- ¿A qué hora te dijo que llegaría?
Una de las muchachas confirmo:
- Cuando los grillos y las ranas comiencen a croar y la lluvia se desgrane por aquí, me dijo él que llegaría.
- ¿Y qué mensaje nos traerá?

- Yo creo que va a revelarnos cómo podremos los humanos librarnos del virus que en estos días se extiende por todo el mundo. Y también va a decirnos cuál será la mejor medicina para que en todos los humanos nazca la más sincera alegría, gozo y libertad.Será algo tan realmente maravilloso que nada ni nadie podrá nunca darnos.

29 de mayo 2020 -74

EL RÍO

El río que baja de las montañas
de manantiales escondidos
en sus entrañas,
desciende impresionante
en cascadas,
azulescielos,verdeshierbas
y nievesblancas,
lanzandogritos al viento
mientras ríe y canta.
Es como el río de la vida
que en sueños,lento se marcha.

El arroyo nace en el Collado de los Robles. En un humilde manantial entre espinos y lentiscosy en borbotones de agua tan limpia, que parecen escarcha. Enseguida se abre en varios surcos de arroyuelos frágiles que se deslizan por entre la hierba y las piedras calizas y va poco a poco el caudal avanzando y creciendo según se precipita hacia el barranco. Escoltado cada vez más por esbeltosy robustos pinos, zarzas, robles y pinsapos. Junto a la corriente de las aguas que descienden como en busca del sol de la mañana, crecen lirios silvestres, narcisos, aquilejiasaguileña, tomillos y mejoranas.Muchas aves pequeñas y mariposas, revolotean, van y vienen por entre esta vegetación. Y, junto al cauce que se hunde hacia el barranco, discurre la senda.

Bajando solitario por este camino, lo he visto esta noche. Con solo una mochila color verde y pequeña a sus espalda y un trozo de palo de castaño, en la mano. Siguiendo la senda, cruza las aguas del cauce varias veces, según avanza. Es media mañana de un resplandeciente día de primavera. Le va dando el sol de frente, alzado ya bastante sobre las montañas al levante. Y pareciera que nadie, ningún ser vivientehubiera por la hondonada que recorre ni por los paisajes, valles, laderas, llanuras, cerros, collados y cumbres que por todo el entorno existe. Los paisajes, la naturaleza entera, se ve y se siente como si por mucho tiempo lo hubiera estado esperando y ahora, en este momento, lo cogiera y reverenciara de una forma especial. Como si quisiera ofrecerle el homenaje más noble y sincero.

Al llegar a donde las aguas que bajan por el arroyo, se remansan en una muy hermosa laguna natural, se detiene por un momento y mira. En el espejo de estas aguas, se reflejan los recios pinos, arces y robles en las laderas a un lado y otro y entre los juncos de las orillas, juguetean varios especies de aves silvestres. Sigue avanzando y al poco, se encuentra con el impresionante cauce del río que desciende desde las altas montañas. Las aguas, al saltar y

despeñarse por las cascadas, se convierten en nubes blancas de espumas y los remolinos en los charcos, juegan como si celebrará fiestas. Roza las aguas y se va derecho al charco azul verde donde la cascada en forma de abanico, se derrama. En la roca, frente a la cascada, frente al charco y frente a la corriente que se aleja, se sienta. Una fina nube de gotas diminutas que manan de las aguas que se derraman en el charco, lo cubre como en un velo de nieve evaporada. Mira al frente en la dirección en que río se aleja y, por entre los rayos del sol y la fina nube de gotas blancas, descubre la casa. Como tallada en el impresionante paredón rocoso y al mismo tiempo, bellísimo edificio, colgando en el mismo aire. Asomada al balcón de la dorada casa, ve a la madre y a la hermana pequeña. Sabe que se las llevó el tiempo ya hace mucho pero es consciente también que en su corazón y alma y en algún rincón del universo, siguen hermosas y sonríen. Y siente que, con el río que se va, las blancas nubes de niebla que revolotean y los delicados rayos del sol que se derraman sobre los paisajes, también puede hacerse esencia y marcharse en cualquier momento.

30 de mayo 2020 -75

ASOMADO A LA VENTANA

Cada tarde, un poco antes de ponerse el sol, se asoma a la ventana.Y, durante mucho rato, en silencio, mira y medita.A su derecha le queda y en todo momento le impresiona, el antiguo edificio de piedra ahora facultad en la universidad. Rodeado y por la entrada, de árboles casi centenarios. Cedros, cipreses, olmos, acacias… Al frente y no muy lejos, puede ver un alargado y robusto edificio todo construido en cemento y coronado por muchas antenas. Es otra de las facultades de la Universidad. Durante muchos años y días, entrando y saliendo de este edificio,ha visto chorros de jóvenesuniversitarios. Ahora, cada tarde lo contempla solitario. A la izquierda de su ventana, le queda la parte norte de la ciudad y, a sus espaldas, se extiende toda la ciudad hacia la vega.

En uno de estos edificios casi en el centro de la ciudad, mientras medita en silencio asomado a su ventana, imagina a la joven universitaria. Es extranjera de un país muy lejano, China y ahora mismo está superando la infección de una enfermedad. Desde hace bastantes días, nada sabe de ella. La ha llamado varias veces y su teléfono siempre está apagado. Le preocupa y siente cierta compasión. ¡Tan lejos de su tierra y los suyos y enferma!También está preocupado por otra joven universitaria de un país distinto, Chile, que aquí se ha quedado aislada sin poder regresar a su patria. Sin dinero para pagarse un piso ni comprar alimentos. En otros lugares del mundo y países,Rusia, Dinamarca, Italia,también imagina a varias jóvenes universitarias que otros años conoció en esta ciudad. Todas y en todassusnaciones, se encuentran encerradas en sus casas y con el miedo de la enfermedad en su corazón. Medita, piensa en estas personas y reza mientras en silencio, asomado a su ventana, cada tarde despide a los últimos rayos del sol. Quisiera hacer algo para aliviar el sufrimiento de las personas que conocen y de otras pero no sabe qué.

Y cada tarde, cuando desde su ventana mira y medita,le llama la atención el coche blanco que aquí mismo separa.Justo unos metros bajo su ventana y

siempre del vehículo sale una joven acompañada de otra mujer algo mayor. La joven es alta, tiene el pelo rubio, cubre su boca y nariz con una mascarilla blanca y recoge su pelo con una cinta roja. Acompaña a la mujer mayor y lentamente, las dos se van hacia el edificio antiguo de piedra que le queda a la derecha de su ventana. Caminan lentas como si no tuvieran prisa y las nota preocupadas. Las observa hasta que se pierden entre los arriates en la entrada del edificio y, media hora más tarde, las ve regresar. Llegan al coche, abren la puerta, lo ponen en marcha y se alejan. Se pregunta: "¿Quiénes serán y qué es lo que por aquí cada tarde hacen?"Y la única respuesta que recibe, es el profundo silencio y la ausencia total de personas en todo el espacio que desde su ventana, cada tarde contempla mientrasespera, pasa eltiempo y reza. Reza con la esperanza de que el Creador alivie la tristeza y el sufrimiento de tantas y tantas personas a lo largo y ancho de este mundo. "¿Por qué y para qué tanto dolor y angustia en este mundo, Dios mío?" Se pregunta.
https://youtu.be/rSNXewFE5XM

31 de mayo 2020 -76

EL MENSAJE

El que conoce el terreno, el mensajero, ha subido el primero.Solo, ha remontado hasta el collado y, desde aquí, ha girado para el lado izquierdo. A media ladera entre la cumbre y el valle, se ha parado en el raso de los cuatro almeces. Ha mirado para la izquierda y, por la senda que remonta desde el arroyo oscuro, los ve avanzando. Llegan desde la ciudad huyendo del virus y buscan conocer, seguridad y paz. Al verlos el mensajeroavanzado separados por entre el monte y como desorientados, desde la distancia, los llama, les da indicaciones y se dirige al collado para recibirlos. En cuanto ya todos han llegado, les pide que se coloquen sombre las rocas, al lado de arriba de la pequeña llanura. Les indica varias cosas y, al poco el improvisado coro, desgrana sus cantos llenando de armonía todos los paisajes frente al levante y a la gran cumbre a lo lejos.

Un poco antes de que el sol se ponga, a los que han llegado, el mensajero les pide que se acomoden en las rocas que hacen como de pedestal y que entre sí, se repartan los alimentos y coman. Frente a la cima rocosa de la elevada montaña que, a la izquierda, les queda no muy lejos. Y los que han llegado, todos, mientras comen, fijan sus miradas en los paredones de la cumbre a su izquierda.Los últimos rayos de sol se reflejan sobre las doradas rocas calizas y toda la cumbre parece teñirse de fuego y sangre.Entre la cumbre espejo de los últimos rayos del sol de la tarde y el collado donde se encuentran los que han llegado, en las tierrecillas tapizadas de hierba, se ve el blanco cortijo. Como entre niebla y lanzando al aire un denso chorro de humo blanco. Embelesados los que han llegado y mientras se reparten y comen sus alimentos en compañía del mensajero, miran mudos. Ninguno pronuncia palabra ni pregunta nada.

En cuanto ya el sol se ha puesto y un poco antes de que la noche llegue, el mensajero se mueve para la senda que, desde el collado, cae hacia el valle de los álamos al levante. Les pide a ellos que lo sigan y todos, comienzan a

moverse y a descender lentamente por la senda hacia la hondonada del valle.En poco tiempo, llegan a la densa alameda donde mana la fuente. Aquí el mensajero les pide que monten las tiendas y que se preparen para pasar la noche. Todos le obedecen porque notan que el que les enseña, es sabioy bueno.Por eso, se preocupan y sienten como cierta pena cuando, en el momento en que la luna empieza a elevarse por encima de las altas cumbres al levante, ven al mensajero que camina en esta dirección como alejándose por el viento. Antes de alejarse mucho, se vuelve hacia ellos y les dice:
- No me voy, volveré mañana. Vosotros, pasad aquí la noche y aprended del silencio, la música del viento y del agua, del canto de los grillos y de la luz de la luna.
Guarda silencio, lo ven alejarse y entonces, uno del grupo, comenta:
- Quizá lo que nos estéenseñado seala mejor y única medicina para curar la infección del virus. Ardían nuestros corazones en su presencia mientras nos mostraba y enseñaba.

1 de junio 2020 -77

EN BUSCA DE LA MADRE

Al padre lo contrataron en los meses más caluroso del verano. Para guardar animales en las tierras de la campiña al levante de la gran ciudad junto al río grande. Aceptó él este trabajo porque lo necesitaba para dar de comer a su familia y se marchó a las tierras por la campiña dejando a sus hijos y esposa amuchos kilómetros de distancia, al norte de la ciudad grande.Y como el padre tenía necesidad de un ayudante, se llevó con él al más pequeño de los tres hijos. Al que todavía no superaba los doce años. De cuerpo menudo, baja estatura, algo inteligente y sin apenas saber leer y escribir. Sabía que con las únicas personas con las que se iba a rozar a lo largo del verano era solo con el padre y la compañía de los animales.El hermano menor, ya a esta edad, sentía cierto rechazo de esta forma de vida y, de alguna manera,se revelaba contra las cosas que tenía que hacer y vivir cada día.Soñaba con amigosy una vida mejor.

Por los rastrojos de cereales, trigo, cebada y avena, daba careo a los animales en compañía del padre una muy calurosa tarde de verano. Desde el cortijo en el centro de la finca, llegó hasta ellos uno de los trabajadores de los terrenos. Se acercó al padre y le dijo:
- Me manda el dueño de esta finca y de los animales para que te diga que tu esposa, ha enfermado gravemente. Si quieres verla con vida, tendrás que ir lo más pronto posible.En el cortijo espera el dueño que ha venido con su coche y puede llevarte si quieres.
Sin perder tiempo ni pronunciar palabras, rápido el padre dejó al hijo menor en compañía del hombre y de los animales, buscó al dueño y al poco se alejaba de los lugares en busca de la esposa enferma.El hermano menor, al saber la noticia y sentirse abandonado del padre en tierras desconocidas, comenzó a sentirse desorientado y el miedo se clavó en su corazón. Un poco antes de que el sol se pusiera, sin decir nada,buscó los senderos yse puso a caminar dirección a la ciudad grande en busca de los padres y de los hermanos.Con la obsesión en su mente y corazón de dar un abrazo grande a la madre en cuanto la viera.De ningún modo quería que ella se muriera.

Después de toda la noche recorriendo caminos y atravesando lugares desconocidos, orientado solo por el resplandor de las luces de la ciudad, al amanecer,ya muy cansado y bastante desorientado, llegó y deambuló por las calles de la ciudad grande junto al río. Preguntó a varias personas y todas le dijeron de dónde salía el autobús y a qué hora, que podría llevarlo al lugar que buscaba. Se decía: “Pero si no tengo dinero ni sé qué autobús debo coger ¿qué puedo hacer y para qué me sirve lo que me están diciendo?” Siguió caminando, al caer la tarde salió de la ciudad, continuó recorriendo caminos dirección al norte,por donde se encontrabansus padres y hermanos. Le sorprendió la noche y a lo largo de toda ella anduvo sin parar. De nuevo al amanecer, se encontraba por las calles de un pueblo que también desconocía y volvió a preguntar. Todos le repetían lo mismo.
- El autobús que va al pueblo que buscas, sale a las seis de la tarde de la Plaza de la Fuente.
Caminó por las empinadas calles de este pueblo en busca de la plaza del autobús y ya muy cansado, con mucha sed y hambre, cuando el sol se encontraba casi en la mitad de la tarde, se sentó bajo unos árboles y junto a una fuente. Mirando a la tarde que se iba, alas blancas casas del pueblo desconocido para él y a las personas que por un lado y otro se movían. Y en su soledad y cansancio, una vez y otra se repetía: “Si no tengo dinero ni comida ni sé por dónde van los caminos ni conozco a nadie para pedirle ayuda ¿cómo voy a poder coger el autobús?”

2 de junio 2020 -78
ASOMADO A LA VENTANA
¿Para qué sirven los recuerdos
si nada vuelve a ser igual
tal como fue en su momento?
Ni la sonrisa de un niño
ni los amigos ni sueños
ni la juventud en las personas
ni los abrazos y besos,
volverán a ser en el presente
tal como antes fueron.
Los recuerdos son esperanzas
construidas sobre el viento,
porquenada es nunca más
tal como fue en su momento.

Al sentirlo hablar, se asomó a la ventana.Caía la tarde y empezaba a refrescar. A lo largo del día, había hecho mucho calor aunque por la noche habían caída varias tormentas. Es comienzo del mes de junio, aún todavía primavera y por eso el clima se muestra tan cambiante. Todavía se ven pajarillos ocupados en sus nidos y en la crianza de sus polluelos. Las ardillas del jardín, también están en estas mismas tareas. Por las ramas de los almendros buscando las almendras de la nueva temporada, se mueven algunas crías de estas ardillas. Y en el acebo que hay bajo su ventana, casi a todas horas, cantan los mirlos y revolotean los gorriones.

Y nada más asomarse a la ventana, lo vio. Subía como desde la ciudad y, en dirección contraria, bajaba ella,una mujerde mediana edad que al verloy cuando se entraban a unos metros, le preguntó:
- ¿A dónde vas tan solo por aquí y a estás horas?
Y él, sin más, le respondió:
- Me marcho.
- Que te marchas ¿por qué y a dónde?
- Me marcho porque ya no aguanto más.
- ¿Qué es lo que te pasa?
- En la casa donde vivo, hay un pequeño jardín. Tenía este jardín muchos y hermosos árboles. Algunos, con más de cien añosy gruesos como columnas de catedrales.Hoy mismo han cortado los tres últimos que quedaban. Y con estos que hoy se han llevado por delante, suman más de cien desde que empezaron. Casi cuarenta de estos cien árboles, son de especies diferentes y muy valiosas. Con la persona que da las órdenes para cortar estos árboles y con otros, he hablado muchas veces y nunca me ha hecho caso. Y hoy, una de estas personas, hasta se ha burlado de mí, me ha humillado y me dicho quesoy el menos indicado para corregir suscomportamientos. No aguanto más estas cosasy menos cuando en estos días todos estamos encerrados y muchos están muriendo por lo del virus. No aguanto más y por eso me marcho.
- ¿Y a dónde te vas?

No responde a esta pregunta. Sin más, agacha su cabeza, camina lento apoyándose en el bastón que lleva en su mano y como cansado, como sin fuerzas.Desde la ventana, lo observa y vez como la mujer, durante un rato, mira al hombre que calle adelante, se aleja. Un poco más arriba y al fondo, sobre el pequeño cerro poblado de pinos, se ha formado una tormenta. Se oyen los truenos después del brillo de cada relámpago, se ve la lluvia caer y los colores de un brillante arcoíris. Desde su ventana, observa mudo viendo caminar lento al hombre mayor, algo encorvado y apoyado en su bastón, como al encuentro de la lluvia y el arcoíris que se descuelgan desde la nube de la tormenta.La mujer se mueve y camina solitaria calle abajo como en busca de la ciudad.

3 de junio 2020 -79

EL JUICIO

Los he visto avanzar, en forma de comitiva, siguiendo la senda que va río arriba por el lado derecho, entre árboles. Según avanzan, a la izquierda les va quedando el cauce del río y a la derecha, el paredón rocoso que, en forma de muralla, marca el final de la montaña antes de las aguas del río.Los primeros en la comitiva, mientras avanzan, no paran de hablar y, por momentos, hasta discuten entre ellos.En el centro de la comitiva, llevan al reo y detrás, camina también un buen grupo de personas. Estos, solo alguno hablan entre ellos y los demás, van en silencio. Y a todos, los que van a la cabeza de la comitiva y los que van a la cola de este grupo, caminan muy decididos y seguro de sí. Como si no tuvieran miedo y supieran muy bien lo que deben hacer.

Al llegar la comitiva a donde el paredón rocoso es más potente y elevado, entre un denso bosque de árboles también recios y muy altos, todos se detienen. Rápidos, forman un círculo y en el centro, encierran al reo. Es un hombre delgado, no muy alto, con pelo enmarañado, nariz un poco aguileña,cara enjuta y ojos hundidos. Todos saben que a él lo llaman el científico pero también piensan, que es un liante y falso. El que hace de acusación, se dirige a este hombre y le dice:
- Te hemos traído aquí para juzgarte y condenarte por tus hechos y malos comportamientos. Queremos que sepas que a lo largo del todo el tiempo que el virus ha estado entre nosotrosencerrándonos en las casas, enfermándonos y matándonos, tú has estado engañándonos. Todos los días has hablado a la nación y has dicho cosas que después has rectificado sin mostrar arrepentimiento ninguno. Has sumado y has resultado el número de muertos y enfermos casi al capricho tuyo, según te convenía y creías que era bueno para los que te han colocado en este puesto y nos has pedido que hagamos una cosa y al día siguiente la contraria. Tu forma de actuar y comportamiento, nos ha hecho mucho daño y te ha dado igual el sufrimiento de las personas.Te acusamos y condenamos por esta forma tuya de comportarte porque las personas no somos simples números como tú das a entender sino que tenemos corazón y alma y sufrimos. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Y el reo, se ha mantenido en silencio. Uno de los que rodean en círculo, se adelanta un poco hacia el reo, saca un papel de su bolsillo y con voz potente, lee: “El mensajero de las estrellas muy claro no lo ha dejado escrito: solo los sencillos y limpios de corazón,alcanzarán el cielo de la eternidad”. En este momento, en el cielo se ven siluetas de buitres volando y sobre la parte más alta delacantilado, aparece la figura de un joven como vestido de luz. Al verlo, todos saben que es el mensajero. El círculo de los que rodean al reo, se abre por el lado que da al acantilado y el hombre, lento se mueve. Saledel círculo de los que le rodean ycamina despacio como a la oscuridad y densidad del bosque. Al fondo y por el lado de la tarde, se ve la ciudad y también al fondo pero por el lado de la mañana, por detrás de la figura del mensajero alzada sobre el acantilado, se ven las altas cumbres de la sierra aún cubiertas por las nieves del invierno.

4 de junio 2020 -80

SIN ÁRBOLES

Primero, hace muchos años, construyeron un edificio no muy grande en un buen trozo de terreno fértil y con un copioso manantial en el centro. De piedra y madera hicieron este edificio y justo a las afueras del pueblo, por el lado de la tarde. En este edificio, comenzaron a estudiar y aprender oficios humildes, jóvenes huérfanos de la guerra. Y, entre los oficios que aprendían los jóvenes, estaba el trabajo y cultivo de las tierras que rodeaban al edificio. Sembraron cereales, hortalizas, árboles frutales y decorativos y también criaron y cuidaron animales en una pequeña granja. Una obra hermosa y humana que empezaron a valorar muchos todas las personas del pueblo y en otros lugares cercanos.

Pasaron los años y los árboles que sembraron los primeros jóvenes que aprendían cosas en este edificio, crecieron mucho, sanos, robustos y bellos. Un día, destinaron a la obra en este edificio y tierras, a un hombre. Lo nombraron como tutor de un grupo de jóvenes y encargado de las tierras y granja. Y nada más tomar posesión de su cargo, ordenó que se cortaran todos los árboles que habían alrededor del edificio y por la finca. Decía:
- De esas higueras y moreras, un día se cae un niño y se mata. Y con las púas de estas acacias, también un día vamos a tener disgustos. Hay que cortar estos árboles cuanto antes.
Algunas personas mayores, dijeron:
- Muchos años, casi cien, llevan aquí estos árboles y nunca ha pasado nada de lo que dices.
- Pero un día puede pasar. Hay que hacer lo que yo digo. Repoblaremos el terreno con otras plantas.

No muchos días después, una noche que la luna alumbraba un poco, se sintió un ruido de sierras. Los alumnos que vivían en el edificio y también muchas personas en las casas cercanas, se alarmaron algo. Al amanecer, se asomaron y acercaron a las tierras donde crecían los árboles y a ver lo que había sucedido, muchos empezaron a increpar y tirar piedras a los hombres que cortaban los árboles. Por la parte de debajo de los terrenos del edificio, se vio correr al grupo de los leñadores y al frente de ellos, el que había ordenado la corta de los árboles. Los alumnos del colegio y las personas cercanas nada pudieron hacer para remediar lo sucedido. Resignados dejaron que pasara el tiempo y años, bastantes años después, cuando por el mundo entero se extendió la epidemia del virus que enfermaba y mataba a muchas personas, se vio cerrado este edificio. Ninguna persona, ni directores ni profesores ni alumnos, había dentro. Y por las tierras que rodeaban a este colegio de piedra y madera, los terrenos que tiempos atrás habían sido muy fértiles, dando cosechas de cereales, frutas y hortalizas, todo se veía estéril, seco y si una brizna verde de hierba, hortalizas ni árboles.

5 de junio 2020 -81

LA VACUNA

La casa con cuatro plantas, tiene forma de cilindro, sus paredes son blancas, el tejado es de color naranjay las cristaleras de su ventanas, se abren en todas las direcciones. La construyeron hacen algunos años y aún parece recién hecha. Se ve hermosa en medio de los campos,en el centro de un buen rodar de tierrallana toda tapizada de hierba. Por el lado que da al norte, la protege un denso bosque de árboles en forma de ladera y colina. Por el lado queda al oeste, la decora una ancha y larga cañada por donde desciende el pequeño cauce de un arroyo. Por el lado queda al sur, queda decorada por campos sembrados de cereales y por el lado que da al este, la circunda un ancho camino de tierra. En cuanto se rebasa la casa, siguiendo este camino, se encuentra el río de las adelfas, juncos y tarayes.

Dentro de esta original y blanca casa, desde hace mucho tiempo, vive un grupo de personas. Algunos ya muy mayores y solo unos cuantos jóvenes. Se dedican estas personas al estudio de las religiones, de la historia y la filosofía y a enseñar a otros estás materias.También a meditaciones y rezos y

a compartir y aconsejar a personas pobres. Y en estos días en que un extraño virus recorre todos los rincones del planeta Tierra enfermando y matando a muchas personas, los que viven en esta casa, se afanan en encontrar una vacuna para curar esta pandemia.Lo mismo que, a lo largo y ancho del mundo entero, están haciendo muchos científicos. Estudiando y buscando con urgencia una vacuna que pueda curar la enfermedad que provoca el virus.

Uno de los jóvenes en la comunidad de este edificio, a media mañana, de pronto dijo al grupo con el que compartía casa y trabajo:
- Creo que ya tengo la solución, el remedio, la vacuna para curar la enfermedad del virus.
Enseguida todos lo miraron y rápidos preguntaron:
- ¿Cuál es esa solución?
- La vais a ver dentro de poco.
Y sin dar más explicaciones, salió del edificio, se dirigió al camino que rodea a la casa por el lado del levante, recorrió este camino hasta el río,cruzó las aguas por un rústico puente de madera y caminó por la orilla norte de este río en la dirección en que se deslizan las aguas de la corriente. Al llegar a un pequeño prado de hierba muy verde y fresca, se paró y se puso a buscar una muy concreta planta por entre la hierba de la pradera.Y estaba en esta tarea cuando, de pronto vio salir como del bosque en el lado norte y caminando por el viento a cierta altura del terreno, aún joven que no conocía de nada pero que enseguida le pareció como si fuera su mejor amigo. Se acercó al que buscaba matas de hierba por entre la alfombra verde y el joven del viento, sin más le dijo:
- Lo que estás haciendo, es lo correcto. Quiero ayudarte para que tu intuición se haga realidad. Es lo que ahora mismo necesitany están pidiendo a gritos, muchas personas en este planeta Tierra.

6 de junio 2020 -82
EL VIRUS
El joven se acercó a la niña que, en compañía de los padres, compartían el momento. Abrió el cuaderno y, mirando a la madre, dijo:
- Aquí está guardadala primera parte del cuento que para vuestra niña, he escrito.
La madre miró al joven, miró con interés el cuaderno que le mostraba, leyó el título del escrito y luego algunas líneas y después dijo:
- Es muy interesante esto que haces y un agradable detalle. ¿Por qué tienes interés en escribir un cuento para mi niña?
- Tu niña es hermosa porque además de tener cara de muñeca, tú sabes que es la más zalamera y cariñosa. Es una criatura muy dulce y su corazón es pura inocencia.
Mientras comentaba estas cosas, el joven veía como la pequeña, de unos seis años de edad, recostaba su cabeza y sus rubio pelo, sobre los hombros y muy cerca de la cara de la madre. Miraba de reojo al jovencomo intentando conocerlo y esto le llenaba a él deconfianzay ternura hacia la pequeña.

La vivienda donde se daba esta escena, se encontraba en medio del campo, a unos doscientos metros de la casa en forma de cilindro donde vivíanlos que

investigaban, leían libros y rezaban. Entre ambos edificios, pasaba el camino de tierra que discurría derecho al puente de madera en el cauce del río. En la misma puerta de la casa, crecía un frondoso y viejo moral que justo en estos momentos estaba repleto de muy gordas moras negras. También crecían aquí varias nogueras, un ampuloso eucalipto, tres naranjos y un limonero. Por el lado del levante de la casa, se encontraba la llanura y un poco al fondo, la gran curva del río por donde las rocas eran muy grandes y tortuosas. Y la puerta de esta solitaria casa en medio del campo, se abría hacia el lado norte por donde, en primer plano se veía una pradera toda verde, un poco más a fondo, el cauce del río y al otro lado hacia el norte, las laderas llenas de monte y las cumbres de los cerros recortadas sobre los azules del cielo. Y ellos, los dos padres con su niña, se habían refugiado aquí huyendo del virus por temor a que los contagiara y acabara con sus vidas.

El joven dijo de nuevo a la madre:
- Quiero ahora mismo dedicar un rato y terminar de escribir el cuento que estoy elaborando para tu niña. Me voy al sitio de mi soledad, en la curva de las rocas del río y vuelvo a caer la tarde.
Y, sin más, los despidió, salió de la casa,caminó dirección al cauce de río en busca de la curva de las rocas y al llegar al lugar que conocía bien, se acomodó frente a las aguas. Preparó el cuaderno y el bolígrafo y se disponía a escribir las primeras palabras cuando oyó ruido de muchas personas.Miró y por la cañada que bajaba desde el levante, vio a varios grupos de jóvenes descendiendo hacia los charcos antes de la curva del río.Y enseguida vio como, en cuanto el primer grupo de jóvenes llegó al río, se fueron derechos a los charcosy con gran algarabía, se pusieron a quitarse las ropas y a meterse en las aguas. Los jóvenes de otros de los grupos, se pusieron a buscar por entre las ramas de los árboles y varios de ellos, seguían bajando por la senda de la cañada montados algunos en dos o tres burros. Al llegar al río, dos sesubieron en el fresno más recio y tortuoso junto a las aguas del río y otros dos, se pusieron a escarbar en el tronco de este árbol. Sintió curiosidad a ver este espectáculo y se acercó a los dos que escarbaban en la tierra del tronco del fresno. Los saludó y les preguntó. Ellos le dijeron:
- Aquí mismo hay un tesoro escondido que queremos encontrar. Aquellos amigos nuestros, se bañan en las aguas del charco para limpiarse del virus y los que ves por entre esos árboles, están buscando nidos de pájaros. Todo eso va a ser bueno para defendernos del virus. Y tú, ¿qué haces aquí?
No respondió él a esta pregunta. Se alejó de ellos y por entre las rocas de la curva del río, buscó el lugar más oculto frente a las aguas y se puso a meditar para encontrar las mejores palabrasque sirvieran para terminar el cuento que estaba escribiendo.

7 de junio 2020 -83
RECUERDOS
Antes de que apareciera el virus ella que, de un país muy lejano había venido a España a estudiar el español, en este idioma y de una forma no muy perfecta, un día escribió el siguiente relato:

“Laberinto

Hubo un silencio mortal a mi alrededor. Trabajé para abrir mis ojos amargos, la oscuridad frente a mí se desvaneció gradualmente y finalmente pude ver el paisaje frente a mí, un bosque salvaje y desértico. El sol en el horizonte fue devorado por las montañas oscuras centímetro a centímetro. La oscuridad vino a mí y estaba perdida, dejando que me tragara.

Abrí los ojos desesperadamente, tratando de encontrar una o dos estrellas en el oscuro cielo nocturno parecido que no se pudo ver. Busqué todo lo que pude ver, pero todavía no pude encontrar ninguna luz. El frío y el miedo se extendieron gradualmente por mi cuerpo. Me encogí con un cuerpo delgado y comencé a moverme. El suelo estaba cubierto de hojas muertas y gemían debajo de mis zapatos. Los árboles muertos a mi alrededor extendían ramas muertas, como monstruos flacos con garras delgadas, mirándome con enojo y diciéndome: "¡Sal de este bosque!"
Di un paso adelante, pero no importaba cómo caminara, siempre había esos monstruos a mi alrededor que estaban llenos de ira. Comencé a sentirme un poco cansada y gradualmente disminuí la velocidad. De repente, hubo un leve silbido de insectos en mi oído. Cerré los ojos y dejé que los latidos de mi corazón se calmaran gradualmente. En este momento, el silbido distante se volvió más y más claros. Caminé en dirección al silbido. Después de un tiempo corto, una fuente salpicada de años apareció frente a mí, de pie en silencio en la oscuridad, como si esperara mi llegada. Su cuerpo estaba entrelazado con ramas y el estanque estaba seco, no había gotas de agua. También había una capa de cosa que no supe fue musgo o barro. Por alguna razón, sentí que pareció el Barón en la película "La retribución del gato" y pudo guiarme a salir de este bosque al igual que rescató a Xiaochun del país de los gatos. Así que traté de encontrar pistas, hasta que la delgada camisa estaba húmeda de sudor y todavía no podía encontrarla. Comencé a preguntarme si mi coeficiente intelectual no era suficiente para ver las instrucciones que me dio la fuente o si estaba demasiado oscuro, de modo que no podía ver las pistas grabadas en él.

La noche estaba oscureciendo y todavía no podía encontrar la salida del bosque. El miedo golpeó mi corazón otra vez, la camisa mojada se secó gradualmente por el viento frío y el frío gradualmente se hizo más profundo. La noche fue tan larga, ¿qué debía hacer? Moví mis pasos nuevamente, caminando inexpresivamente en la oscuridad, caminando, caminando, de repente, vi una sombra oscura debajo de un árbol muerto, con dos luces brillantes que parpadeaban en la sombra oscura. No me atreví a acercarme, quise dar la vuelta y salir corriendo. De repente hubo un ladrido de perro y el fuerte sonido atravesó la quietud de la noche como un cuchillo afilado. Caminé lentamente hacia esa sombra y dije: "Perrito, no tengas miedo". Parecía poder entender mis palabras, el sonido disminuyó gradualmente hasta que desapareció y el silencio muerto se restableció. Llegué al perro y me puse en cuclillas, apenas lo vi mirándome con ojos saltones, con respiración ruidosa. La noche era demasiado oscura para ver su color de pelo, extendí la mano y acaricié su cabeza, le sacó la lengua y lamió mi mano. Cuando toqué su cuerpo, sentí que temblaba mucho. Pensé que estaba temblando de frío. Cuando lo dejé ponerse en pie, descubrí que una de sus piernas estaba herida y cojeó mucho al caminar. Mis lágrimas no

pudieron evitar girar en mis ojos, traté de contenerlo, pero susurró, como si dijera "no me abraces, puedo caminar solo". Entonces caminé con el perro junto. En este momento, mi miedo interno fue barrido y caminé lentamente, mirando al perro de vez en cuando. Había una calma en mi corazón y gradualmente parecía que había pequeñas oleadas de alegría.

Caminamos tan relajadamente. Los árboles muertos alrededor ya no parecían monstruos enojados, como si se hubieran convertido en soldados erguidos y fornidos, defendiendo este bosque salvaje, tal vez este era su hogar. Las hojas muertas en el suelo estaban tarareando una canción debajo de nuestros pies. Mirando hacia arriba, el cielo nocturno que estaba tan oscuro que no se podía ver fue decorado gradualmente con un poco de luz estelar. Simplemente caminamos así. De vez en cuando preguntaba si el perrito estaba cansado o no y siempre arrastraba la pierna herida hacia adelante sin decir nada.

No recordé cuánto tiempo hemos caminado. Me sentía somnolienta y cansada, quiero sentarme en el suelo para descansar un poco. Me agaché, detuve al perro y le dije: "Perrito, descansemos". Así que fuimos debajo de un árbol y me senté en el suelo, apoyándome contra el árbol, sosteniendo el perro en mi mano y dejando que la parte superior de su cuerpo descansara sobre mis piernas. Miré en silencio hacia adelante y todavía había muchos árboles muertos frente a mí, lo que se extendieron sin parar hacia la oscuridad en la distancia. Acaricié al cachorro suavemente y, de repente, no pude sentir su temblor ni pude escuchar su respiración agitada. Lo empujé suavemente y las lágrimas goteaban. Miré su cara dormida, era tan serena y la comisura de su boca parecía colgar una sonrisa feliz.

Me sequé las lágrimas, aparté suavemente las piernas debajo del perro y luego lo deposité suavemente en el suelo. Después de decirle adiós, volví a embarcar en el camino para encontrar la salida. Caminé hacia adelante con firmeza, ya fuera que la salida estuviera adelante o no ...”

Ella, casi tres meses después y cuando ya elvirus infectaba a las personas con mucha virulencia, enfermó de algo que los médicos no sabían qué era.Se le llenaron los brazos de pequeñas ampollas que decía le picaban mucho y, unas semanas después, le apareció por todo el cuerpo como escamas que ni le dejaban dormir por la noche de tanto picor.En los primeros días de esta enfermedad suya, compartió con él sus miedos, dificultades y dolencias. Luego, guardó silencio y lento, pasó eltiempo.Los días, las semanas, y los meses y nada sabía de ella. Ahora, esta tarde ya casi final de la primavera y con un sol muy radiante y cantos de pajarillos por entre las plantas de jardín, asomado a la ventana, la recuerda. A veces piensa que quizás se haya curado de esta enfermedad, en otros momentos cree que puede haberse marchado a su país y, en algún momento, se sorprende pensando que hasta pudiera haber muerto. Asomado a la ventana, la recuerda y mira al cielo por donde, de vez en cuando, aparecen nubes, algunas color gris negro y otras, blancas.Tan blancas como los copos de nieve que en algunos días de primavera caen sobre las flores y la hierba de los campos.

8 de junio 2020 -84

EL ÚLTIMO DESEO

Antes de que me lleve el virus,
quiero ver los paisajes
que me acogieron de niño.

En el pequeño piso de la ciudad, el hombre de ochenta y ocho años, durante unos días, con frecuenciarepetía a su hijo:

- Antes de que me lleve el virus, quiero ver los paisajes que me acogieron de niño.Llévame a verlos tú que aún eres joven y tienes fuerza y libertad para hacerlo. Esos paisajes fueron mi libertad y mundos de juegos y ahora, los veo continuamente en mis sueños. Con tanta frescura, exactitud y fuerza, que son como la última bocanada de aire fresco y puro que mantiene vivos mi corazón y cuerpo. Llévame a ver esos paisajes antes de que el virus quiebre para siempre mi cuerpo.

Y el hijo, hombre buenoy de edad mediana, una mañana de primavera, de sol radiante, cielo azul y de viento fresco, dijo al padre:

- Hoy vamos a ir a ver los paisajes que tanto echas de menos.

Subieron en el coche, salieron de la ciudad, rodaron dirección al norte durante varias horas y cuando llegaron al pueblo, en las primeras casas, torcieron para la izquierda. Avanzaron un poco por un camino de tierra y al final de una cuestecilla, se pararon.Bajo dos grandes y frondosas encinas. Al salir del coche, el padre miró al frente y al ver la casa en lo más alto del terreno,aclaró al hijo:

- Ahí mismo, estaba lo que yo llamaba El Mirador de la Mañana. Desde ese lugar, todo campo salvaje, se veía mucho terreno, nubes y cielo. Y ahora fíjate ¿que será esa casa tan majestuosa, de color blanco y tejado naranja que han construido ahí?

Y el joven dijo:

- Ese edificio, es un restaurante, un hotel y varias cosas más.

Miró el padre para el lado de su mano izquierda y,cañada arriba hacia lo más alto del collado, solo vio casascomo clavadas en el terreno. Mudo meditó un momento y luego comentó:

- Por esa Cañada, corría un arroyo de agua muy clara que tenía su nacimiento un poco antes del collado.Brotaba el manantial entre unas raíces de enebro. Y ahí, en ese venero, bebí yo cuando niño más de mil veces.Y luego, en los días calurosos del verano, a la sombra de los arbustos, dejaba pasar el tiempo mientras el aire fresco que subía cañada arriba acariciaba mi cuerpo. Y ahora, fíjate todo lo que por ahí estamos viendo: casas blancas, calles empinadas, asientos, fuentes artificiales y todo lleno de antenas y de cables.Volvamos al piso en la ciudad que estos paisajes que estoy viendo, ya no son los que yo recorrí y fueron mi paraísocuan era niño y cada noche sueño.

Sin comentar más, el padre y el hijo, subieron al coche y regresaron a la ciudad. A los tres días, el padre enfermó del virus. Lo llevaron al hospital, lo ingresaron en la sala de los infectados y las autoridades médicas dijeron a los familiares:

- No podéis acercaros a él ni siquiera para saludarlo.

Murió dos días más tarde devorado por el virus y, ni en el momento del entierro, los hijos y familiares, pudieron verlo.

9 de junio 2020 -85
LA OBRA DE TEATRO
En el pequeño piso de la ciudad, él continuamente quería recogerse solo en la habitación. Entraba y salía, siempre con un cuaderno y un bolígrafo en la mano. Y como la madre no paraba de limpiar, ordenar, recoger las cosas y preparar para hacer la comida, un vez y otra, decía al hijo:
- En esta vivienda nuestra, no hay espacio para todo lo que quisiéramos. Esta únicahabitación, no es solo tuya. La necesita tu padre, la necesita tu hermana, la necesito yo y todos tenemos que compartirla. Si entras y sales continuamente, ni yo puedo ordenarla ni limpiarla ni los demás estamos tranquilos.
- ¡Pero mamá, compréndeme tú también a mí!En algunos monumentos del día, necesito un lugar donde estar solo y que nadie me moleste. Quiero estar con mis cosas y mis pensamientos y no puedo.

A media mañana de un soleado día de primavera no muy caluroso y con el cielo muy azul, en el pequeño piso, él cogió su cuaderno, un bolígrafo, guardó en la mochila algunas cosas y salió a la calle. Caminó decidido y al llegaral supermercado,entró y compró algunos alimentos. Siguió y media hora después salía de la ciudad. Recorrió los caminos que conocía y en la ladera de la montaña, frente al valle por donde el ancho río Azul Verde se deslizaba, junto al manantial que brota en el tronco de una madroñera, se paró.Bebió agua y, durante un rato, estuvo en silencio mirando al valle por donde el río se deslizaba y a las laderas y horizontes al otro lado de este cauce. Sentado en la roca que por la parte baja bañaba el claro chorrillo de agua, cogió su cuaderno y bolígrafo y muy resumido, escribió: “Los que nos gobiernan, ni son buenas personas ni los mejores preparados ni los más inteligentes. Nos engañan continuamente, retuercen las cosas e intentan una vez otra, hacernos creer que lo que dicen y hacen, es lo mejor y la verdad. Nunca reconocen sus errores sino que siempre le echan la culpa a los otros. Son personas malas
que, ladinamente, buscan aprovecharse para vivir bien y tener privilegios".

Esto escribió en su cuaderno y luego, a media tarde, se puso y en poco rato, construyó una sencilla y rústica cabaña de madera y monte. Sobre hierba y hojassecas, extendió el saco de dormir. Cerca del manantial y el chorrillo ydesde donde más cielo se veía. Al hacerse de noche y antes de quedarse dormido, meditaba y se decía: “Y para representar esta estupenda obra de teatro que, con los elementos y personajes que ya tengo anotado voy a escribir, buscaré el mejor y más original escenario. En un lugar en la ciudad donde muchas personas pueden ver y conocer la gran falsa y maldad de losgobernantes que estoy diciendo. Mis amigos seguro van a interpretar a la perfección esta obra de teatro mía. La anunciaremos con el nombre de LOS PAPAGAYOS LIANTES EMBUSTEROS”.

10 de junio 2020 -86
TOMANDO EL SOL

A primera hora de la mañana, salió de la casa. Puso la silla de eneas a la derecha de la puerta, pegada a la pared y mirando al sol del nuevo día. Se sentó y aquí se quedó quieto como esperando nada. Cerró los ojos y al rato, sintió que cerca de él, un coche se paraba.Al mirar, lo vio. Un joven, alto, elegante y bien vestido, bajó de este vehículo, se acercó a él, lo saludó y sin más le pregunto:
- Si yo ahora mismo te regaló seis mil euros ¿qué harías con ellos?
El hombre que hacía unos días había cumplido ochenta y nueve años, observó despacio al joven, tragó saliva y pasados unos segundos respondió:
- Muchas personas ahora mismo, con esto de virus, lo están pasando mal. Están en las casas encerrados, no tienen trabajo, el poco dinero que tenía ahorrado, ya se le ha terminado y por eso, ni siquiera alimentos tienen para vivir. Ese dinero que tú dices, ayudaría bastante a muchas familias.
- Pero ¿tú qué harías con seis mil euros si yo te losdiera ahora mismo?
De nuevo el hombre guardó silencio y tres minutos después, aclaró:

- A Lissette, la joven estudiante universitaria del país de Chile que durante varios años ha estado en esta ciudad preparando su tesis doctoral y ahora se encuentra encerrada en un piso sin apenas alimentos y sin poder volver a su país, le daría mil quinientoseuro.A la joven estudiante universitaria llamada Alexandra de Rusia y que estos días vive en Mesina, Italia, le regalaría mil quinientos euros. A Yuthing, de China y también universitaria estudiando español en esta ciudad y que en estos días anda enferma y desde hace mucho nada sé de ella, le daría también mil euros. Y a mi nieta Montse que vive en Gerona, sin ingresos ni trabajo alguno, soltera y con tres hijos, le donaría mil quinientos euros. No es mucho dinero ni de ninguna manera solucionaría las vidas de estas personas pero en estos momentos, sí sería un buen alivio para ellas y el ánimo se levantaría. Pero tú ¿por qué me has hecho esta pregunta?

El joven no respondió a lo que el hombre mayor le había preguntado. Sacó de su bolsillo un sobre color naranja y lo puse en las manos del que estaba sentado tomando el sol de la mañana al tiempo que le aclaraba:
- Lo que hay dentro de este sobre, ya es tuyo. Son seis mil euros que puedes usar como mejor veas a cambio de una nueva pregunta.
- ¿Qué pregunta es?
- De los seis mil euros que ahora mismo tienes en tus manos y que has repartido según me has dicho, para ti no has apartado nada. Quedan libres quinientos euros ¿qué vas hacer con ellos?
Y sin dudarlo, el hombre al instante declaró:
- Yo vivo solo, tengo casa y un poco para alimentarme porque algunos vecinos de esta calle, cada día me traen algo. Entre ellos, voy repartir los quinientos euros que sobran. A estos vecinos míos y a los jóvenes que te he dicho, quizás Dios les conceda aún muchos días de vida. Yo, presiento que voy a irme en cualquier momento.
El joven de coche, despidió al anciano dejando en sus manos el sobre naranja, montó en el vehículo y calle arriba se alejó.

11 de junio 2020 -87
LAS MIGAS

En los primeros días de la aparición del virus y las personas encerradas en sus casas, fue cuando se les vio por última vez. A primera hora de la mañana de aquel soleado día, se reunieron junto a la mesa de madera de castaño. Eran doce, todos hombres y en el centrode la mesa rectangular de madera avellanada, en una sartén grande con mucho hollín negro, humeaban las migas. Cuchara en mano, cada uno se iba acercando a la sartén y de ella cogía su ración de comida. Migas recién hechas en las brasas de la lumbre de madera del bosque y que había dorado el encargado de la pequeña cuadrilla. Sin pronunciar palabra, fueron poco a poco recogiendo de la sartén las migas y saboreándolas con gusto. Todos sabían que casi por última vez comían juntos y de esta manera. En sus corazones intuían que el momento, era como la celebración de una despedida y por eso el sabor de las migas, esta mañana resultaba único.

La estancia donde se encontraban, era en la sala rectangular de la parte baja de la vivienda. Al fondo de la estancia, al lado de la derecha, se veía la chimenea donde la lumbre chisporroteaba.En la primera, segunda y tercera planta de la casa toda construida de piedra y de madera del bosque cercano, se encontraban las habitaciones. Todas con un pequeño balcón mirando hacia el valle por donde el río se deslizaba y a las montañas al otro lado cubiertas de nieve y tapizada por bosques de hayas. La hermosísima casa, había sido construida hacía ya mucho, mucho tiempo en el sitio más hermoso de los paisajes, al comienzo del espléndido valle. Como a unos dos kilómetros al norte del pequeño pueblo y justo donde el terreno era muy fuerte y los árboles crecían frondosos, altos y recios. Y la original y bellísima construcción, se alzaba sobre un montículo donde, a la derecha y a la izquierda, nacían dos pequeños arroyos con sus fuentes de aguas claras y frías. Aguas tamizadas con los colores del bosque y azules cielos y con sabores a nieves recién caída de las nubes. La casa, era una auténtica joya en medio de un paraíso realmente único y donde el silencio, la vegetación, el canto de los pájaros, murmullo de las aguas en los manantiales y los arroyos, la visión hacia el valle por donde el río se iba y las cumbres al otro lado cubiertas de nieve,envolvían y abrazadan continuamente. Ellos sabían esto por que lo habían saboreado en sus carnes y espíritus a lo largo de muchos días labrando las tierras y recogiendo las cosechas de la finca donde se alzaba la casa.

De la sarténque, recubierta de hollín negro, sobre la mesa rectangular de madera descansaba, ellos recogieron las últimas cucharadas de migas. Se retiraron un poco de la mesa, guardaron sus cucharas y antes de dispersarse, el encargado se acercó y con voz quebrada comentó:
- Nadie sabemos cómo ha sido ni tan poco nadie lo queremos pero tenemos que irnos. Dentro de un momento vamos a cerrar puertas y ventanas de esta casa y saldremos de aquí para volver, si es que Dios lo quiere, algún día. Vuestra presencia en esta casa y por las tierras que rodean, ha sido una experiencia única en la vida que notiene comparación con nada. Que el cielo nos bendiga y nos de salud y fuerzas.
Nadie dijo nada. Poco después, se les vio caminando por la vereda que desde la casa va hasta el pueblo y ahí, en lo más alto de montículo, entrearroyuelos, fuentes y bosques de árboles frondosos y altos, se quedó la

casa cerrada. Solitaria, en silencio y como resignada aquel tiempo se la fuera comiendo poco a poco.

LOS PATOS DEL RÍO -88

La última vez que se le vio asomado al muro del río regalando algunos granos de maíz a los patos y a las palomas, fue en la tarde del día trece de marzo. Aquella misma tarde y antes de ponerse el sol, por la radio, Internet televisión y otros medios, empezaron a anunciar el confinamiento para todo el país a partir del día catorce de este mismo mes. El virus ya estaba presente por todos los rincones del país y muchas personas se habían contagiado. Así fue como a la tarde siguiente, día catorce de marzo, ya no volvió al lugar para ver y observar a los patos y a los gansos. Después de más de un año compartiendo cada tarde con estas aves, con las aguas del río, con las personas que por la calle caminaban y con las puestas del sol, de pronto dejada de aparecer por este rincón de la ciudad y con la incertidumbre de no saber dónde estaría el final.

A lo largo de más de tres meses, se mantuvo encerrado en su casa como muchas otras personas en todas las ciudades y pueblos del país. Acordándose con frecuencia de los ánades del río, de los gansos, las avecillas, las truchas en el charco y de los momentos compartidos por este lugar con las personas. A lo largo de más de un año, había ido recogiendo por escrito, en fotos y vídeos, la presencia de toda esta fauna, movimientos de personas, vicisitudes por el cauce de río y, sobre todo, la presencia, incubación, cría yevolución de los ánades y la bandada de polluelos. Por eso en su alma tenía una bonita experiencia ya grabada y momentos realmente agradables de estos animales en las aguas de pequeño río que corre por el centro de Granada. Y mientras encerrado en su casa recordaba las escenas que a lo largo de un año había vivido siguiendo lasaventuras de estos animales, miraba a internet por si alguna persona comentaba o decía algo de lo que por este rincón y río estaba ocurriendo.

Hasta que un día, de pronto vio un mensaje extraño. Alguien había entrado con dos perros, por la zona del río terreno de los ánades y los gansos y habían atacado a estos animales. Un vecino lo vio y dijo que los perros mataron a uno de los gansos y a todas la nidada de polluelos de ánades. “Se ha convertir el río en una cloaca poblada por ratas del tamaño de los gatos desaparecidos hace tiempo y diezmado de patos y ocas por la actuación vergonzosa del propietario de dos perros que, conducidos al cauce con la intención de azuzarlos contra los indefensos animales, obedecieron con fiereza a su dueño y, los que no mataron murieron abandonados y solos en pocos días.Es imposible buscar el rastro de alguno herido, porque hace demasiado tiempo que el río está sumido en tal cantidad de hierbas, hierbajos diríamos mejor, árboles con las ramas sumergidas y todo tipo de elementos que ni los mismos trabajadores de la limpieza creemos que pueden recoger por la mezcolanza de maleza”.

Al saber esto, desde su casa encerrado, enseguida pensó que de esta manera terminaba la historia de los ánades reales en el río Darro después un año entero siguiendo sus peripecias y escribiéndolas cada tarde. Sintió cierta

tristeza y bastante penaporque sabía que era un final malo, muy malo, para las personas, para la ciudad y para el futuro. Ya que la presencia de los animales desaparecidos en este tramo de río, era algo muy valioso y sinceramente bueno. Y como era consciente de que nada podía hacer para cambiar y mejorar la realidad, se mantuvo en la distancia y en silencio.

12 de junio 2020 -89
EL MANIPULADOR
El pequeño manantial, brota en unas piedras al fondo del arroyo y entrela espesura de zarzas. Se llega a él, por una estrecha veredillaque penetra por entre mastranzos, zarzas y adelfas. Y se puede beber cómodamente de esta agua porque al chorrillo que brota por entre las piedras, le pusieron un trozo de teja y por aquí corre el agua como en un grifo que siempre estuviera abierto. Y él, una mañana de primavera, avanzó tranquilamente por la sendilla y al llegar al manantial, se inclinó para beber un trago. Casi al instante, sintió pasos y murmullo de alguien que susurraba: “Aquí está el mudo, como siempre, solitario y viviendo solo para él y su propio mundo. ¡Qué lástima de persona!”

No hizo caso alguno a lo que oía pero sí al mirar, lo vio y reconoció. Ignoró su presencia y comentario y comenzó a observarlo. El que lo despreciaba, mayor que él, bajo de estatura, piel de la cara algo naranja y arrugada, se fue alejando del lugar, siguiendo una vereda de cabras. Avanzó un poco hacia el lado de la tarde y luego, con el camino, torció para la derecha y remontó una no muy relevada ladera. Se escondió tras unos arbustos, buscó piedras y comenzó a arrojárselas al que despreciaba. El que recibía las pedradas, desde el manantial, se movió vereda adelante como al encuentro del que le atacaba. Buscó también piedras y se preparó para apedrear al que desde lo alto del terreno lo combatía. Éste, al darse cuenta de que iba ser atacado, corrió hacia el edificio que algo más arriba se alzaba entre olivos. Se refugió aquí y al encontrarse con varias personas dentro del edificio, casi como si pidiera socorro, con voz muy fuerte, dijo a éstas:
- Me persigue y ataca sin que yo le haya hecho nada. Defenderme de él.

El hombre que había sido atacado y repelía al que lo despreciaba, al oír lo que el que huía decía, gritó también diciendo:
- No es cierto lo que dice: os está engañando pretendiendoque creáis que el malo soy yo.Quiere que vosotros lo defendáis y que vengáis contra mí para culparme.
El que huía, desde dentro del edificio, ahora gritó mucho más fuerte:
- No lo creáis. Él, ha sido el primero en atacarme a mí humillándome con palabras vejatorias y después arrojándome piedras.Es mala persona y por eso me persigue.
El que hacía un momento bebía agua en el manantial del arroyo, con su mano alzada donde sujetaba una piedra para arrojarla contra el que le había humillado, se quedó inmóvil. Sortó luego las piedras en el suelo, dio media vuelta y empezó a bajar por la vereda hacia el río, en silencio.

13 de junio 2020 -90
EL ABUELO

La vivienda es un piso con tres habitaciones, un cuarto de baño, cocina, sala comedor y un pequeño balcón. En este piso, en un sillón en la sala de estar, frente a la ventana del balcón, sentado elabuelo se pasaba el día entero y parte de la noche. Y, en muchos momentos de este tiempo, al abuelo le hacía compañía la nieta. La chiquilla tenía doce años y era hermosa, muy inteligente, vivaracha, dulce y cariñosa, muy cariñosa.Alegraba la soledad del abuelo en todos los momentos que compartía con él.Jugaba con sus manos, lo besaba, le ayudaba para que comiera y, sobre todo, le preguntaba. Continuamente le preguntaba cosas, muchas cosas. El abuelo, con bastante frecuencia le decía:
- El tiempo, hija mía, es como el agua del arroyo que lenta pasa y poco a poco, deshace y se lleva lejos, lo que en su camino encuentra.La vida, el tiempo y el agua, llegan como escondidos y de esta forma,lentos se marchan.
- No entiendo, abuelo.
Casi siempre le decía la nieta.
- Aunque tú no lo entiendas ahora, yo tengo que decírtelo.

Un día en el que el sol a media mañana entraba por la ventana del balcón y llenaba de luz y algo de calor la sala comedor, la nieta se acercó al abuelo y le dijo:
- Esta noche he tenido un sueño que no entiendo del todo. ¿Quieres que te lo cuente?
El abuelo le dijo que sí, que la escuchabay la niña, sentada junto al anciano, narró la siguiente historia:
- Yo iba caminando por un paisaje muy bonito, lleno de árboles, hierba, flores, arroyuelos y manantiales. Llegué a un sitio donde un arroyo de agua muy claras se derramaba y la corriente se deslizaba por encima de unas rocas. Ahí mismo vi a un joven muy hermoso que jugaba con barro y la corriente del agua. Con el barro, hacía toda clase de figuras tan perfectas y bonitas que parecían que tenían vida. Mariposas, pájaros, leones, perros, gatos, ciervos, caballos… Y también hacía figuras de personas en todos los tamaños y colores, gruesas y delgadas. Conforme iba modelando cada una de estas figuras, las dejaba un rato por entre la hierba o cerca de agua y luego, poco a poco, las iba metiendo en la corriente del arroyo. Enseguida en agua empezaba a llevarse el barro de la figura hasta que la deshacía por completo. No entendí lo que hacía y por eso le pregunté: “¿Qué significa este juego tuyo?” Y él me dijo: “Es la representación exacta de la existencia de las personas y todos los seres vivos en el Planeta Tierra”. Seguía si comprender y por eso me disponía a preguntarle de nuevo cuando vi que el joven se levantó, caminó un poco arroyo arriba y por entre unas matas de juncos, se ocultó. Dejé de verlo y entonces desperté del sueño.

La niña concluyó aquí el relato que contaba a su abuelo. Éste se mantenía en silencio escuchándola y como ella esperaba que dijera algo, le preguntó:
- ¿Tú sabes, abuelo, lo que significa este sueño que te he contado?
- Lo sé y quiero decírtelo para que lo sepa tú pero ahora mismo, no. Mañana por la mañana vas a verlo con tus propios ojos.
Todo el día estuvo el abuelo sentado en el sillón mirando por la ventana del balcón y en silencio. Al caer la noche pidió que lo dejaran aquí y a la mañana

siguiente la nieta, en cuanto se levantó,rápida fuea despertarlo y como no abría los ojos, llamó a la madre diciendo:
- Mamá, el abuelo está dormido y por más que lo llamo no se despierta.

14 de junio 2020 -91

MIEDO

Cada día, a media mañana, salía de la casa.En elrellano, por el lado de la izquierda, buscaba la sendilla y lento por ella caminaban dirección al sol,hacia el pequeño valle. La senda, en primavera, siempre estaba tapizaday escoltada a los lados, por muchas hierbas en todos los tamaños y especies. Malvas, tréboles, avenas silvestres, margaritas amarillas y blancas y también plantas aromáticas como romeros, mejoranas y tomillos. Desde la casa hasta el centro del pequeño valle, cerca de la senda crecían varias encinas, algunos almeces, algarrobos, cerezos y perales. En el centro mismo del valle, junto a la roca en la que él siempre se sentaba cara al sol, crecían dos altísimos y recios cedros.Le daban sombra cuando el sol calentaba mucho y le daban compañía en los ratos largos en que en este lugar permanecía, siempre asustado. Con nadie más compartía su miedo excepto con el silencio de este pequeño valle, el airecillo que casi siempre le acariciaba, la luz del sol de la mañana, la silueta de los recios cedros y el azul del cielo en muchos momentos.

Se alzaba la casa, al noreste del valle, un poco resguardada en la colina, mirando al sol de la mañana y protegida en la parte de atrás, por un denso bosque de encinas, robles y almeces.Y era pequeña, de una sola planta, dos ventanas, una puerta y dentro, una salay dos no muy grandes habitaciones.Desde la casa,donde la madre pasaba muchas horas ordenando, recogiendo y lavando, continuamente observaba al joven. Se daba ella cuenta que elhijo tenía en el fondo de su alma, una preocupación perenneque le había quitado hasta el habla y la sonrisa de su boca. Lo sabía ella y también lo guardaba en su corazón y en silencio lo meditaba. Siempre tenía la esperanza de poderle ayudar en algún momento pero en su mente nunca tenía claro cuándo llegaría ese momento y de qué modo. Pensaba, al mismo tiempo, en el marido, padre del joven. El hombre, bastante mayor, algo arisco y de poca cultura, se pasabacasi el día entero guardando los animales por las tierras cercanas y al borde del cauce del río. En algunos momentos, el joven le ayudaba y otros momentos, protestaba como renegando de este trabajo.Como si algo muy potente en su interior lo estuviera llamando no sabía adónde ni para qué pero sí en otro lugar y escenario al que todos los días pisaba.

Y una mañana de primavera y sol muy radiante, al mirar la madre, vio al joven sentado en la roca en el centro del valle. Decidida salió de la casa, anduvo el trozo de senda hasta la roca y al llegar a él, se paró y con amabilidad, le dijo:
- Tienes que contarme qué es lo que te pasa.
El hijo la miró y después de unos segundos en silencio, comentó:
- Vosotros, ni tenéis casa propia ni dinero ahorrado ni comodidades ni buenos alimentos. Toda vuestra vida os la habéis pasado luchando honestamente, vistiendo y comiendo de la forma más humilde y nunca, en ningún momento, os ha faltado el trabajo. Me habéis criado a mí, mealimentáis y, a vuestra

manera, me dais cariño y respeto. Pero ahora, yo siento cada día que en algún momento me tendré que ir de casa ypuede que hasta vosotros mismos me lo pidéis ydejéis de protegerme y de darme alimentos y techo donde vivir. Cuando llegue ese día ¿adónde voy a ir yoy quién me ofrecerá trabajo con el que ganar algún dinero para comprarme casa, ropa y alimentos?
Al oír esto, la madre no pronunció palabra alguna.En silencio se quedó junto al hijo observando las nubes que y iban por el cielo.

15 de junio 2020 -92

LA JOVEN

Todos decían que era la más hermosa del barrio. Todos decían esto y se podía comprobar con sólo verla.La piel de su cara era suave de tono anaranjado, su pelo color oro, ojos azul cielo, sonrisa muy limpia y fresca y voz dulce. De estatura mediana, cuerpo delgado y carácter tímido aunque siempre se mostraba muy amable. Ya estaba para cumplir los veinte años y los vecinos y todas las personas que la conocían, la respetaban y querían mucho. Sabían que ella y su familia eran pobres pero también sabían que todos eran nobles, amables y sinceros.

A ella, con frecuencia la veían salir sola del pueblo, recorrer las sendas hacia los bosques y por aquí, se ponía a buscar frutos, hierbas y plantas silvestres. Nadie la molestaba sino todo lo contrario, cuando en alguna ocasión se encontraba con los pastores, guardas u otras personas, siempre la saludaban con amabilidad y hasta le ayudaban a recoger los frutos, setas o bayas.También les indicaban por dónde y en qué sitio concreto había muchos madroños, majoletas o selvaleas. Y esto fue lo que sucedió un día de otoño en que la joven buscaba bellotas por el bosque. Por la senda que desde los campos iba al pueblo, pasaba un joven. Al ver a la muchacha rebuscando bellotas por entre unas matas, se acercó a ella y le dijo:
- Voy aindicarte dónde crecen varias encinas gruesas y frondosas que dan bellotas gordas y de sabor muy agradable ¿quieres?
Y como la joven conocía al muchacho, confió en él y dejó que le ayudara. Durante mucho rato, juntos los dos, buscaron y recogieron muchas y muy buenas bellotas. Juntos volvieron al pueblo y, desde aquel día, con frecuencia se veían y compartían ratos de charla o búsqueda de frutos por los bosques.

A primera hora de la mañana, la joven salía a la puerta de su casa y miraba esperando la llegada de su amigo. Los vecinos y otras personas, se dieron cuenta de la amistad entre ellos y por eso, algunos comentaban:
- Es bonito verlos tan buenos amigos. Esta joven tan buena y hermosa, merece el mejor trato y respeto.
Y lo que comentaban las personas, se correspondía con la realidad más sincera. Hasta que un día, ya casi al final del invierno del año siguiente, apareció el virus del miedo y la muerte, en este país y casi en el mundo entero. La joven se encerró en su casa con su familia igual que los vecinos y el muchacho amigo. La puerta de la casa de ella, se empezó a ver a todas horas solitaria. No se le veía nunca por aquí esperando a su amigo ni nadie sabía qué sucedía en el interior de la vivienda. Sí un día a media mañana y un mes después de la aparición del virus, se vieron coches y personas en la

puerta de la casa. En uno de estos coches, metieron una caja alargada color caoba y en lo alto del vehículo, pusieron ramos de flores.

16 de junio 2020 -93

CANSADO

Después de tres meses sin salir de casa, muy cansado ya de oír una vez y otra tantasnoticias negativas del virus, bastante hastiado de las palabras, discursosengañosos, vacíos y demagógicos de los gobernantes, muy aburrido de oír, ver y vivir siempre lo mismo cada día, hasta las ganas de respirar se lehabían ido.Cada mañana se levantaba con menos ánimos, le molestabarepetir lo que ya tantas veces había hecho, no sentía ganas de caminar ni moverse algo por el mismo sitio ni los alimentos le entusiasmaba mucho y hasta ni hablar quería con las personas.Se sentía cansado, muy cansado.

Con este estado de ánimo y desganas en su corazón, al caer la tarde, se asomó a la ventana. A lo lejos, al fondo por completo de la vega y al otro lado de las montañas, el sol se iba. Teñíael cielo de rojo y daba paso poco a poco a las sombras de la noche. En silencio, inmóvil y solo, contempló el momento y poco después, entró en la habitación y se metió en la cama.Dejó la ventana un poco abierta para que la brisa de la noche entra y para oír el canto de los mirlos, los gorriones y los grillos. No quería ver ni oír noticias ni deseaba pensar en nada. Ni siquiera en las personas amigas o conocidas. Dejó por completo su mente en blanco y no tardó en quedarse dormido. Tuvo un sueño y los vio.

Eran tres. Altos, recios, de buena presencia, con melenas y barbas largas y de tez algo morena. No reflejaban vejez ni tampoco juventud y sí se veía en ellos fortaleza y mucha salud.Caminaban juntos mientras charlaban y de sus cuerpos manaba como una aureola de luz azuverde esmeralda. Subían por un camino de tierra y al llegar a un pequeño collado, se pararon. Un joven que venía en dirección contraria, al verlos, se acercó a ellos y les preguntó:
- ¿Venís de la ciudad huyendo del virus?
Uno de ello aclaró:
- En la ciudad, las personas están en sus casas encerradas, tienen miedo porque muchos se infectan, otros enferman y bastante mueren.
- ¿Y vosotros?
- Nosotros, hemos superado esta enfermedad y ahora estamos muy por encima de ella. Tenemos el secreto para acabar con este virus y nos preparamos para anunciarlo a todas las personas de la ciudad y de otras partes del mundo.
Despertó en su cama y sentía que en su corazón tenía clavado con mucha fuerza lo que en el sueño había visto.

17 de junio 2020 -94

ZUMO DE NARANJA

Al sentir los perros ladrar, se asomó a la ventana. A la derecha, al final de las escaleras que llevan a las facultades, por entre los pinos, los intuyó. Estos árboles y otros, le tapaban lo que ocurría un poco más allá. No le dio mucha importancia y aquí en la ventana se quedó como esperando a que la tarde

terminara. Hacia bochorno porque la primavera se estaban yendo y el verano se encontraba a dos pasos. También animaba un poco lo que la radio, periódico y otros medios, decían del virus. Las infecciones y los muertos eran menos y esto indicaba que la epidemia se estaba apagando o almenos, estaba un poco controlada. Miró al frente y a lo lejos descubrió las montañas del pequeño parque natural. Y sin saber por qué, a su mente vinieron las imágenes de los padres con los niños.

Meses atrás, los contagios y muertes por el virus, en las ciudad eran muchos. Parecía que todo se había descontrolado, las personas todas estaban encerradas en las casas y era tanto el silencio, que impresionaba mucho imaginar y ver este panorama. De la ciudad, los dos padres con sus niños, salieron. Recorrieron las calles y siguiendo los caminos, se fueron derechos a las montañas que esta tarde, contempla desde su ventana. Ya entre los bosques, siguieron avanzando y remontaron hasta el mirador frente al nacimiento del río. Aquí estuvieron un buen rato contemplando la ciudad a lo lejos y luego siguieron. Al llegar a la parte más alta de la montaña, se fueron por el lado de la izquierda hacia la pequeña cañada. Corría la niña delante al tiempo que decía a los hermanos y padres:
- ¿Os acordáis cuando en los meses del otoño pasado buscábamos por aquí setas? ¡Qué divertido fue aquello! ¿Por qué no lo repetimos?
Nadie dijo nada. Sí, al llegar a donde el otoño pasado habían recogidos los níscalo, decidieron pararse para comer y beber algo. Sacó la madre de la mochila una botella de zumo de naranja exprimido unas horas antes y al empezar a beberlo, la niña dijo de nuevo:
- Cuando bebamos este zumo, todos vamos a estar protegidos por completo por el virus que en la ciudad hemos dejado.

Desde su ventana, de nuevo sintió a los perros ladrar. Miró y ahora sí los vio. Varios jóvenes junto con sus perros, habían subido desde la ciudad y en este lugar se habían parado. Compartían algunos alimentos y oyó que una de las muchachas, dijo:
- Cuando bebamos este vaso de zumo de naranja recién exprimido, todos quedaremos vacunados contra el virus.
En estos momentos por la calle y casi por debajo de su ventana, tres muchachas aparecieron paseando. Una de ellas comentaba:
- Con tanto agobio en las casas y en la ciudad, vamos a tener que irnos a la montaña y empezar a vivir como los ermitaños.

18 de junio 2020 -95

EL CASTILLO

Como los ermitaños vivía la familia con sus dos hijos en la pequeña casa entre pinos, carrascas y melojos.Después de mucho tiempo y laborioso trabajo, habían logrado construir una pequeña vivienda, toda de piedra recogida por los alrededores.Piedras de tobas que colocaron en la pared engarzándolas con mezclas de cal y arena. Las maderas para la puerta, ventanas y techo, las cogieron de los bosques que le rodeaban y el agua necesaria para hacer la mezcla, usar en la casa, beber ellos y sus animales, la encauzaron desde el río a unos metros de donde levantaban la casa. Yconstruyeron la humilde vivienda justo también a unos metros del camino

que discurría por el lado del sol de la mañana. Sobre un terreno algo inclinado, solana muy fértil quese descolgaba levemente desde el cerrillo al lado norte. Por este lado norte y en la umbría, se abría el surco del río. Un cauce bastante caudaloso de aguas muy claras siempre de colores azules verdes como los cielos y bosques que rodeaban.

El padre tenía un pequeño rebaño de ovejas, cabras, un burro, un caballo y un mulo.Con estos animales, labraba un trozo de tierra de su propiedad donde sembraba hortalizas y cereales para consumo propio. Eran sus alimentos, junto con los que del rebaño de ovejas y cabras también algunas veces aprovechaban. Casi nunca tenían dinero pero de estas tierras y animales, sacaban lo suficiente para vivir. Los dos niños, él y ella y entre diez y doce años, ya ayudaban a los padres en algunas cosas y, en otros momentos, jugaban mucho por la parte de atrás de la casa, entre río y la vivienda. En un lugar muy concreto, a la niña un día se le ocurrió construir un castillo.Soñaba su pequeña fantasía y así fue como empezó a buscar piedrecillas en la corriente del río, recogía arena y un poco de agua con una lata oxidada y en lo más alto delcerrillo y por detrás de la casa,dio comienzo la construcción de este sueño suyo. El hermano, a veces le daba compañía y otras veces solo se limitaba a mirar ya preguntarle algunas cosas. La niña no quería que le ayudara en nada. Sentía la necesidad de construir ella por sí misma la fantasía que imaginaba. Los padres sabían que era el mundo de sus juegos y tranquilamente la dejaban. Trabajó sin perder ilusión cada día un poco y pasado un tiempo, su castillo estaba levantado en lo más alto del monte por detrás de la casa. Una pequeña obra de arteque imaginaba a su manera y también a su manera la fue llenando de vida y de cosas bellas, todas imaginadas.

Durante mucho tiempo ella fue feliz con este juego suyo y, aunque pasaban los meses, los años y más años, veía que su singular obra de arena y piedras, no se desmoronada. Siguieron pasando los años, los padres envejecieron y el tiempo un día se los llevó de este suelo. Los hijos abandonaron la pequeña casa de piedra en la montaña y también el castillo en lo más alto del cerro.Con muchas limitaciones construyeron su forma de vida en la ciudad hasta que un día llegó la enfermedadque atacó a las personas por todos los lugares del mundo. Ellos dos, de la noche a la mañana, tuvieron que encerrarse en un pequeño piso en la ciudad para evitar que el virus los enfermara. Y un día, cuando nadie los veía, salieron de la ciudad y caminaron hasta llegar a las montañas que conocían. Buscaron el sitio donde se habían criado y buscaron la casa y el castillo. Y descubrieron que la casa ya no existía. En su lugar se veía solo un montón de piedras todas llenas de hierbas, zarzas y musgo. Las tierras que los padres habrían labrado cuando ellos eran pequeños, todas estaban desiertas y sin embargo, en todo lo alto del cerro, encontraron las construcción del que ahora era un antiguo castillo de fantasía y sueño. Ella dijo al hermano:
- Es como si de alguna manera, el tiempo respetara los sueños que tuvimos cuando éramos pequeños.Como si todo lo demás no tuviese valor alguno. ¿Qué mensaje quiere el cielo transmitirnos con esto?

19 de junio 2020 -96

PERDIDO
Al ponerse el sol y cuando ya la sombra de la noche empezaba a llegar, desde la puerta de la casa, la madre y la hermana,preguntaban a las vecinas del lado de arriba:
- ¿Lo habéis visto por algún sitio?
Y las vecinas les respondieron:
- No lo hemos visto por ningún lugar.¿Es que no ha vuelto aun?
- Desde esta mañana temprano nada sabemos de él. ¿Dónde se habrá metido o qué puede haberle pasado?
- Nosotros lo vimos el otro día jugando con su pajarito y temía que un día se le escapara y nunca más volviera.
- Pero Zadí, su pajarito, aunque algunas veces se le ha escapado, siempre ha vuelto.

La oscuridad de la noche fue llegando y el hermano mayor no aparecía por ningún lado. En la casa todos estaban preocupados y en las de los vecinos y buena parte del barrio, muchas personas, comentaban lo ocurrido.Al lado norte del pueblo, se encontraba el pequeño grupo de viviendas. Casas todas de una sola planta, dos o tres ventanas cada una y en la entrada, una marquesina con arriates llenos de plantas. Entre estas plantas, algunas familias habían sembrado árboles frutales. Higueras, limoneros, naranjos, ciruelos o albaricoques. En la marquesina a la entrada de su casa, crecía un viejo olivo y en las ramas de este árbol, con frecuencia colgaba lo jaula con el pajarito. Le gustaba verlo cantar y moverse alegre mientras lastardes o mañanas se marchaban. Y le gustaba también mucho, recorrer los caminos y explorar los paisajes de los montes cercanos.

Por eso, a primera hora del día siguiente, la familia y los vecinos, se organizaron. En varios grupos, recorrieron los caminos y al llegar a las montañas, se repartieron por lugares diferentes. Uno de los grupos, se fue por las partes bajos del valle del arroyo. Por donde la vereda y el manantial de los narcisos. El segundo grupo, se puso en marcha por la parte media del barranco. Y el último de los grupos dirigido por la madre y la hermana, se puso en movimiento por la parte alta del barranco y valle del arroyo. Sin perderse de vista entre ellos, bajaron y subieron por los rincones siguiendo las sendillas de los animales y llamándolo. Ni lo veían ni lo oían. Varios horas después, los tres grupos se juntaron en lo más alto de la cuerda montañosa al otro lado del arroyo. Se veía en sus rostros el cansancio y el desánimo. Al caer la tarde, regresaron al pueblo y cuando la noche empezaba a llegar y cada uno fue regresando a su casa, por la parte alta del barrio y lado en que el se ocultaba el sol, apareció un intenso resplandor entre morado y naranja. Miraron todos sorprendidos y el centro de esta refulgente luz, lo vieron. Muy erguido y mostrando gozo y belleza en su rostro. Habló a las personas que lo miraban diciendo:
- Mi pajarito sigue en su jaula y yo ya por fin estoy libre de penalidades y del extraño virus que se extienda por todo el mundo. Tened vosotros cuidado y protegeros mucho.

20 de junio 2020 -97
GUARDAR EL TIEMPO

Con la preocupación dentro de sí y vacío de ilusión, fue lentamente recogiendo las cosas y metiéndolas en la mochila. A solo unos metros, lo miraban los que querían que se fuera sin pronunciar palabras. Pero entre los tres, de vez en cuando comentaban:
- En cuanto se vaya de aquí, hay que limpiar a fondo este cuarto, pintar y blanquear puertas, ventanas y paredes y dejarlo todo como nuevo. Y, sobre todo, desinfectar a fondo.
- Desde luego que así tenemos que hacerlo y olvidar para siempre la pesadilla que en los días pasado hemos vivido.

Terminó él de recoger sus cuatro cosas, cerró la mochila y la bolsa, lento bajó las escaleras, colocó los bultos en el vehículo y, en compañía de los tres, se pusieron en marcha hacia el nuevo destino. Recorrieron las calles sin intercambiar una palabra entre los tres en ningún momento y, al llegar al sitio que pretendían, le pidieron que descargara sus cosas y unos minutos más tarde, se alejaron dejándolo por completo solo. Y fue en estos momento cuando cayó en la cuenta que en la habitación del edificio que acababa de abandonar, se había quedado su documentación.Sintió que ahora no tenía ni documentación ni casa donde vivir ni alimentos para comer ni dinero ni amigos ni conocidos.

Unos días después, se le vio sentado, como acurrucado junto a la pared de un lujoso edificio en el mismo centro de la ciudad. Delante tenía un pequeño recipiente donde se apoyaba un escrito que decía: "Cualquier cosa que me deis, me servirá para vivir". Sobre su rodilla apoyaba un cuaderno y mientras inmóvil esperaba a que las personas al pasar le dejarán alguna moneda, en silencio escribía. En la primera página, había garabateado un título: "Guardar el tiempo". Y debajo enforma de aclaración, se podía leer: "Necesito guardar el tiempo y la única manera de hacerlo, es escribirlo".Algunas personas al pasar, lo miraban de reojo y hasta se atrevían a observar un poco el cuaderno donde escribía.

21 de junio 2020 -98

EMIGRANTES

En busca de trabajo, cuando joven, emigró a otra parte del país. En compañía de su mujer también joven y sin más equipaje que la ropa puesta, una mochila con algo para comer y algunas monedas sueltas en el bolsillo. De joven, él estaba lleno de energía y tenía su corazón repleto de sueños. Por eso aceptó el primer trabajo que encontró: acarrear ladrillos y mezcla en la construcción de un edificio en el centro de la ciudad. De sol a sol y con solo una hora de descanso al mediodía para comer. Buscaron techo y nido en una casa humilde en el barrio más pobre y de esta manera vivieron a lo largo de varios años. Con la ilusión siempre en sus corazones de que la suerte un día le sonriera encontrando un trabajo diferente y mejor pagado.

Pasó el tiempo y como la suerte no estuvo de su parte en los lugares donde se sentían extranjeros, volvieron a sus tierras de origen. Unos amigos le regalaron un poco de terreno y aquí construyeron una casa nueva. Pequeña pero con dos plantas, azotea, un par de balcones, un jardín a la entrada y, por la parte de atrás, un trozo de huerto con una higuera y un

cerezo.Trabajaron mucho en las cosechas del campo y cuando se hicieron viejos, se jubilaron. Comenzaron a recibir una pequeña paga y ahora sí, con esta escasa fortuna empezaron a sentirse libres y llenos de un poco de felicidad.

Pero cuando a mediados del mes de marzo, el virus empezó a extenderse por todo el país y otros lugares del mundo, se llenaron de miedo. Unos días más tarde, prepararon la tienda de montaña, en las mochilas pusieron alimentos y recorrieron los caminos hacia el lugar que conocían. Entre una encinas, mucha vegetación baja yjunto un venero de agua fresca, montaron la tienda. Frente a la luz de la luna y envueltos por el aroma del monte y la hierba, durmieron a lo largo de la noche. Con los primeros rayos del sol al día siguiente, a él se le vio salir de la tienda, caminó hasta lo alto de monte en el lado de la tarde y en una piedra se sentó. Al pasar por el camino cercano un vecino amigo y verlo, le preguntó:
- Y si os marcháis porque, como a tantos, os da miedo el virus ¿qué vais a hacer con la casa?
- Sudor y lágrimas y mucho tiempo nos ha costado construirla pero en estos momentos, no tenemos miedo de perderla. En nuestros corazones, ya hay un deseo y una ilusión, que supera a todas las cosas de esta tierra.

22 de junio 2020 -99
EL ROBO DEL NIÑO
El ladrón huía campo a través barranco abajo y el joven que había salvado al niño, se desvaneció como en el viento.

Junto al arroyo que, casi torrente se descuelga por la ladera al encuentro del río, construyeron la casa. Hace mucho, mucho tiempo y para tener agua limpia y fresca en la misma puerta. Una no muy grande construcción pero sí toda de piedra recogidas del entorno. Por eso la casa, cuando ya estuvo hecha, parecía de juguete de tan original y bella. Con la corriente del arroyo bañándola casi en todo momento, las fértiles tierrecillas por el lado de arriba como huerto, con el bonito camino de tierra justo pasando a unos metros de la puerta, pequeñas cascadas y charcos azules en el arroyo por el lado de arriba y por abajo, las laderas a los dos lados cubiertas de bosque, otro edificio muy bonito en lo alto de la ladera al lado del sol de la tarde y en lo hondo, muy en lo hondo, el cauce del río entre densa vegetación.Y a la casa, además, le construyeron dos pequeños balcones casi colgados sobre la corriente del arroyo. Todo esto fue obra de los pastores de la montaña en tiempos pasados, ya muy lejanos.

Cuando los años fueron pasando, poco a poco los pastores abandonaron estos lugares y la casa se quedó sin dueño y a merced de las lluvias, el viento y el paso del tiempo. Sus paredes, tejados y puertas, se desmoronaron y la vegetación creció por entre las piedras. Pero a este lugartan especial,abandonado y en ruinas, una primavera no hace mucho, llegó unjoven matrimonio extranjero con su niño.Y como les gustó el sitio por la abundancia de agua, silencio y vegetación, se pusieron y en poco tiempo lo reconstruyeron todo aún con más belleza y singularidad que en los tiempos lejanos. En la otra casa, la que sobre la loma del lado de la tarde, se alzaba,

también se instaló otro joven matrimonio. Tenían un caballo que a lo largo del día y de la noche, comía hierba y bebía agua en el rellano casi al final de la loma cerca de la casa del arroyo.Eran amigos estos matrimonios entre sí y, de vez en cuando, se hablaban y compartían cosas en voz alta desde las dos viviendas.

En la puerta de la casa del arroyo, junto en el camino que pasaba casi rozando, una mañana la madre dejó a su niño en el carrito. Se puso ella a preparar y ordenar la vivienda sin perder de vista a su pequeño hasta que, de pronto, lo sintió gritar.Se asomó rápido a la puerta y asombrada vio como un hombre empujaba a toda prisa el carrito del niño por la vereda que desde el arroyo surcaba la umbría de enfrente. Gritó la madre pidiendo ayuda y el caballo que estaba pastando en la llanura junto al arroyo, comenzó a relinchar al tiempo que galopaba veloz como al encuentro del hombre que había raptado al pequeño. Al oír las voces de la madre y el relincho del caballo, los de la casa en lo alto de la loma, se asomaron a la puerta y al ver lo que ocurría, también empezaron a pedir ayuda.Los de la casa de arriba y la madre vieron de pronto como, en dirección contraria, por el camino que recorría el hombre con el niño, apareció un joven.Arrebató al ladrón el carrito con el niño, en el mismo camino lo dejó esperando a que la madre llegara para recogerlo,indicó al caballo que detuviera su galope y pidió a las personas de la casa de arriba que no gritaran más.El ladrón huía campo a través barranco abajo y el joven que había salvado al niño, se desvaneció como en el viento. Al ver la escena, los de la casa de arriba alzaron la voz y dijeron a la madre:
- El joven mensajero de las estrellas, hoy ha hecho un milagro con tu hijo.

23 de junio 2020 -100
TENGO ONCE AÑOS
Encerrada en su casa, como otras muchas personas, por el problema del virus, la niña un día, escribió la siguiente carta: “En septiembre de 2019 empecé quinto pero ninguno sabíamos que el 13 de marzo de 2020, España se pararía debido a un virus que ha hecho parar a muchos países. **Nosotros que somos niños, lo hemos llevado bien, mejor que muchos mayores. Voy a pertenecer a una generación donde el colegio se paró** y, a día de hoy, seguimos sin clases, quién sabe en septiembre…aún está por ver.

Los profesores se pusieron las pilas y aunque al principio costó, **nos enseñaron a trabajar a través de plataformas virtuales**.Para muchos, nuevas tecnologías, las clases, los exámenes y deberes, todo a través de internet.Está bien pero **yo prefiero estar en clase con mis compañeros, mis profes, porque el contacto diario nos hace más felices con las personas que queremos**. **Nos hemos distanciado**, encerrado, no hemos podido celebrar nada, mi cumple los celebré en casa con mis padres, lo demás, todo por videollamadas. **Salir a las ocho para aplaudir a los médicos y enfermeras que están dándolo todo por nosotros, ha sido“lo mejor del día”.**

Así día tras día. Lo hemosaceptado tanto niños como mayores. **Ha habido**

muchos cambios, algunos positivos y otros, negativos, pero de todo se sale, a veces, cuesta más, pero seremos una generación fuerte".

24 de junio 2020 -101

SIN SONRISAS

Ayer hizo mucho calor. A más de cuarenta grados llegaron las máximas y las mínimas, no bajaron de veinte grados. El cielo sobre la ciudad, estuvo todo el día color naranja,apenas se movía el viento pero a media tarde, aparecieron nubesgrises.El bochorno se hizo casi insoportable y por la noche, el viento sopló muy fuerte. Como cuando aparecen las tormentas y era esto lo que se intuía. No llovió pero sí el viento dejo limpia la atmósfera sobre la ciudad y esto animaba un poco.

Mientras lasfuertes rechas de viento zarandeaban a los árboles que se ven desde su ventana, desde aquí observaba la redonda luna en el cielo y meditaba. Hace ya casi cuatro meses que no sale de su casay le gustaría pero teme. El virus no se ha ido y los contagios aparecen de vez en cuando. Recuerda que el año pasado por estas fechas, en las claras aguas del río que corre a los pies de la Alhambra, nadaba una hermosa ánade real cuidando de su bandada de patitos. Una hermosa aventura que siguió y vivió con mucha intensidad a lo largo de bastantes meses. Justo hasta que apareció la extraña enfermedad. Este año, cuatro meses lleva ya sin saber qué ocurre por este rincón del pequeño río y echa de menos las vivencias de los meses pasados. Hace unos días, alguien descubrió un ánade reanadando por la corriente de este río seguida de ocho o diez pequeños patos.Sintió el deseos de salir de su casa, caminar por las calles de la ciudad, acercarse a este lugar que tanto conoce y valora y ver cómo son realmente ahora mismo las cosas por aquí.

Pero hace unas noches, tuvo un sueño y lo que vio no le gustó nada. Las personas, todas menos algunos jóvenes, iban por la calle de un lado a otro y en ninguna de estas personas, se veía ni la nariz ni la cara ni la boca. Sin sonrisa ninguna y casi sin rostro ni expresión. Una pequeña mascarilla en distintos tamaños y colores, tapan ahora los rostros de todas las personas que se mueven por la ciudad. Obligatorio esto y necesario para evitar contaminarse pero extraño porque la sonrisa de las personas, ha desaparecido casi por completo. Al ver esta imagen y recordar ahora la presencia de los patos en el cauce de río que corre a los pies de la Alhambra, se le quitan las ganas de aparecer por el lugar. Se dijo: "Si las personas estamos ahora distanciados unos de otros, si ocultamos nuestros rostros, si tenemos que hablarnos desde la distanciay ni siquiera lassonrisas podemos vernos ni compartir, es como si la belleza y momentos agradables de la vida hubieran dejado de existir.¿Qué otras cosas pueden sustituira las sonrisas que todos ahora ocultamos?

25 de junio 2020 -202

DESDE RUSIA

Hola, ¿Cómo estáis en la cuarentena? Aquí soy yo desde Rusia con amor. Aquí también estoy en la cuarentena, en Rusia y en mi casa. Bueno, hoy quiero contaros cómo fue mi vuelo, mi viaje porque yo quería volver por este tiempo de la pandemia y quería ver a mi familia y esto fue una locura. Voy a

contaros todo bueno pero espera un momentito que quiero hacerme un cafecito yempezamos. Vale, la cosa es que volví a Rusia el 22 de marzo, cuando empezó todo. Este domingo el virus llegó a muchos países, Yo estaba de vacaciones en el Medio Oriente cuando apareció el primer caso en Bahrein, es el país donde estaba de mis vacaciones. Me puso muy preocupada honestamente porque soy persona que tratomi salud muy en serio y la salud de las personas que hay alrededor de mí, también. Entonces, yo pedí estar en la casa la mayor parte del tiempo e incluso pedí la entrega de la comida del super para no mezclarme con las personas en los lugares públicos. Cuando Rusia empezó a cancelar los vuelos, la situación fue que no podía estar en Baquerin. Mis vacaciones iban a terminar en 2 semanas, así que el 10 de marzo compré mis pasajes a Rusia a través de Moscú. Yo vivo en Ekaterimburgo. Al día siguiente me notificaron que mi aerolínea cancelaba mi vuelo. Fue decisión de Rusia porque ellos dicen que decidieron cerrar sus fronteras en los siguientes 3 días. Yo estaba tratando de llamar a la agencia que me vendió mi pasaje del vuelo para devolver el dinero porque en estos días todos los pasajeros, todos los turistas estamos en la misma situación y cada uno tratando de llamar a esta gente y yo también. Para hablar con alguien tenía que estar en línea por más de 2 horas. Nadie me devolvió el dinero de este vuelo, entonces necesitaba comprar otro pasaje y lo compré. Un día antes de mi viaje, planean terminar todos los vuelos entre Rusia y Dubai. Pensé que no iba a poder volver a Rusia para ver a mi familia y estar con ellos. Nadie sabe cuándo va a terminar esta pandemia. Qué locura, pero gracias a Dios ocurrió un milagro.

Tuve mucha suerte porque mi vuelo fue el último que iba a mi país para recoger a los turistas rusos que estaban atrapados. Pero mi aerolínea tenía que hacer transbordo con otra y por eso necesitaba estar en la zona de tránsito del aeropuerto de Dubai durante 24 horas. Decidí reservar una habitación en el Hotel Internacional en la zona de tránsito del aeropuerto de Dubai porque en este momento Emirates Árabes Unidos, cerró sus fronteras para los extranjeros y yo no podían salir del aeropuerto y entrar en la ciudad. Decidí pagar para pasar estos 24 horas en mi habitación propia por dos razones. La Pensión más simple de este hotel cuesta 26$ americanos. Número uno era que los aeropuertos en general no son los lugares más limpios del mundo y especialmente en este tiempo de pandemia. Por otro lado, quería relajarme antes de mi próximo viaje. Cuando todos nosotros llegamos a Rusia nadie nos controla la temperatura y por supuesto nadie nos hizo las pruebas del coronavirus. Lo único que hicieron es que nos dieron una hojita oficial. Donde se nos decía que necesitábamos aislarnos en casa por 14 días. El día 10 alguien del hospital local iba a venir a mi casa para hacerme las pruebas del coronavirus. Durante 14 días estuve en mi casa sin salir. Mis padres me traían la comida durante todos esos días sin contactarme. Cuando mis padres venían a mi casa ellos tocaban en la puerta y cuando yo lo oía, abría la puerta y no veía a nadie porque mis padres ya estaban en la calle. Recogía la comida. Nadie ha llegado a mí en el día 14 ni en el día 21 ni en el día 30.

En Rusia con esta situación, creo que para terminar esta pandemia, cada uno de nosotros necesita dar cuenta de sus acciones y no salir sin necesidad a

en la calle, cuidar de la familia, cuidar de uno mismo. Podéis decirme cómo es la situación del coronavirus en vuestro país o ciudad. ¿Tu gobierno sabe qué hacer y si hace algo para terminar este pandemia? Soy Catherine desde Rusia.

26 de junio 2020 -103

AL LLEGAR LA NOCHE

Y sabía que en el cielo brillarían las estrellas y, estas dos cosas, le emocionaban. Casi su vida entera palpitaba en estos recuerdos. Varias veces le habían dicho ya que en las noches de luna llena, cuando ésta se coloca justo encima de la torre más alta del palacio de sultán, pueden ocurrir cosas maravillosas.

Era verano y hacía mucho calor. A estas horas del día, el sol caía hacia el lado de la tarde, la hierba en las laderas y tierras llanas por la montaña, se veían secas. Cantaban las chicharras y los paisajes desprendían una quietud casi de piedra. Olía a romero el aire, a tomillo, lavanda, cantueso mastranzos y mejorana y el color de las encinas era gris intenso. Verdes oscuros se veían los lentiscos, juegarzos, jaras y aulagas.

Por una sendilla estrecha, se le vio caminar en la misma dirección en que, en lo hondo, se deslizaban las aguas de río. Conforme avanzada, iba apartando con sus manos el monte que casi tapaba la senda y lentamente se fue acercando a donde el manantial brotaba. En la hondonada, entre piedras a los lados y, en la parte alta, un pequeño bosque de encinas grises. Sintió el rumor del agua antes de llegar a ésta. Vio el verde de las plantas y el color de algunas florecillas, conforme ya iba tocando el claro chorrillo del agua con sus manos. Todo alrededor del manantial, estaba cubierto de pequeña vegetación herbácea que se decoraba con diminutas florecillas en colores variados. Olía a humedad el entorno y el airecillo era fresco. Recogida en sí, la pequeña hondonada con su manantial en el centro, tapizado a los lados de hierbas muy verdes y olorosas, el espacio parecía ocultarse de todo y todos. Conocía él este rinconcillo desde hacía mucho tiempo y lo había disfrutado también en muchas, muchas ocasiones.

Aquí se paró y durante un rato, lavó sus manos, bebió unos tragos, observó los paisajes al frente y hacia la otra ladera y luego desvió su vista a lo más hondo. Por ahí se deslizaba el río que conocía y al otro lado, se veían las últimas casas de la ciudad. Más arriba, resaltaban las altas torres del palacio del sultán. Y en lo hondo, por donde se deslizaba el río, tenía parte de su corazón y alma. Vivencias muy sencillas, llenas de esencias que, sin saber cómo, a lo largo del tiempo se le habían clavado en lo más hondo de su ser.

Reflexionó: ‘Al llegar la noche, la luna saldrá por las crestas de las altas cumbres, completamente llena y en el cielo brillarán las estrellas. Quiero verla una vez más jugando en una de estas estrellas. Quiero volver a verla y, si fuera posible, irme con ella. La enfermedad que el virusestá extendiendo por todo el planeta, nosva quitando la poca felicidad que en este mundo teníamos’.

27 de junio 2020 -104
TOMANDO EL SOL
Es verano en sus primeros días y hace mucho calor. Tanto calor hace que por las noches se duerme mal. Es lo que le había ocurrido al hermano menor. Apenas había dormido a lo largo de la noche y por eso, en cuanto amaneció, se levantó. Se aseó un poco, comió un par de frutas y salió de la casa. Por el camino que va por lado de abajo del pueblo de este a oeste, se puso en marcha. Sobre las blancas casas del pueblo en la ladera a su izquierda, comenzaban al derramarse los primeros rayos del sol del nuevo día. Por el lado derecho del camino que recorría, El agradable vientecillo de la mañana, mecía las verdes ramas de los olmos, álamos, fresnos y sauces. Al dejar atrás las últimas casas del pueblo, se encontró con el amigo. Se saludaron, comentaron lo del calor de la noche y el amigo le dijo:
- Para dormir mejor y de la manera más sana, siempre es bueno cubrirse nariz y boca con algún paño fino. De este modo, continuamente respiras aire templado y limpio.
Nada comentó a lo que dijo el amigo.

Hora y media después, se acercaba al barrio donde vivía el hermano mayor. En la ladera frente a los palacios de los sultanes y cara al sol de la mañana. Aquí, en una bonita casa de piedra con jardín a la entrada y como en balcón sobre el valle del río, tenía su refugio el hermoso mayor junto con esposa y un hijo pequeño. Lugar tranquilo y algo más seguro del virus que en el pueblo o la ciudad. Antes de llegar a las tres o cuatro primeras casas entre la que se alzaba la del hermano, se encontró con él. En compañía del hijo, el hermano mayor había salido de la vivienda y ambos caminaban como en dirección al pueblo. Los dos hermanos se saludaron y enseguida el que llegaba preguntó:
- ¿Vais de paseo?
- Vamos a tomar el sol.
Anunció rápido el niño.
- ¿A tomar el sol?
- Sí, ven con nosotros y te mostramos.
Indicó hermano mayor.

El que había llegado se unió al hijo y al padre y caminaron como de regreso al pueblo. No tardaron en llegar a un pequeño rellano donde una densa alfombra verde cubría todo el suelo. Varias personas, jóvenes, niños y algún padre, tomaban el sol recostados sobre la alfombra verde y frente a los palacios de los sultanes. Todas estas personas parecían felices al la vez que en sus caras se veía como una honda preocupación. El hermano menor preguntó al padre del niño:
- ¿Por qué hacen esto y de este modo estas personas?
- Ellos creen y yo también que de este modo van a estar libres del ataque del virus. Si observas bien, en el fondo practican una forma de oración. Creen como yo, que en el cielo está la única salvación.
Y hermano menor, en estos momentos oyó a una persona mayor que susurraba: "¿A ¿Dónde vamos, Dios mío, después de muertos?"

28 de junio 2020 -105
LA FIESTA

A primera hora de la mañana, se les vio subir. Siguiendo una senda que, desde la ciudad, remonta buscando la cumbre. Iban todos en grupo como animados y alegres por haberse reunido para celebrar la fiesta en los paisajes de la montaña, bien lejos de la ciudad. Como dando a entender que nada les interesaban ni preocupaban excepto lo que habían planteado. Al llegar a la última casa en el camino por la derecha, giraron para este lado y pasaron por detrás de la vivienda. Al encontrarse con los árboles repletos de frutas maduras, cerezas, melocotones, albaricoques, manzanas y peras, se animaron y cogieron muchas de estas frutas. Rompiendo incluso ramas en los árboles. Los de la casa un poco más arriba y antes de la cumbre, al ver al grupo que subía y como se comportaban, se pusieron a observar. Les extrañaba y preocupaba la presencia de los que aparecían y las formas de comportase.

Dejaron atrás la casa de abajo y conforme se acercaban a la casa de arriba, se aportaron del camino y avanzaron campo a través. Los que observaban en la puerta de esta casa de arriba, al ver que los que llegaban se iban campo a través, alzaron la voz y dijeron:
- Invadís una propiedad privada y vosotros no estáis invitados a la fiesta que estamos celebrando.
Los que llegaban ni caso hicieron. Continuaron avanzando pisando césped, plantas y terreno y, por la parte de atrás de esta casa de arriba, volvieron al camino con la intención de remontar hasta lo alto. Por aquí, enseguida vieron al grupo de esta casa de arriba reunidos todos alrededor de una barbacoa. El fuerte olor en el aire, delataba la carne que estaban asando. Hicieron comentarios y continuaron subiendo. Justo al llegar a todos los altos, por el lado izquierdo, lo vieron. Estaba solo, sentado sobre una gran piedra y parecía meditar.

Se acercaron a él y el que parecía el líder del grupo que llegaba, habló diciendo:
- Venimos huyendo de la ciudad porque allí no nos dejan celebrar fiestas. Las casas están encerradas, por las calles no se puede ir, los bares, discotecas y otros locales también están cerrados y hasta el aire se encuentra contaminado. En la ciudad ya no se puede vivir. Y además, a nosotros los jóvenes, nos tratan como a enfermos, como apestados. Por eso buscamos lugares por estos países de montaña. Necesitamos beber, comer y fumar en libertad y a nuestro aire.
El que estaba sentado y en silencio parecía esperar, no dijo nada. Otro del grupo que había llegado, comentó:
- Aquí mismo nos vamos a dividir. La mitad vamos a seguir subiendo en busca de un buen sitio en lugares hermosos en la montaña y los otros, vamos a bajar al pueblo del valle. En el autobús que llega, vienen amigos nuestros y queremos esperarlos. ¿Te vienes tú con nosotros?
El que estaba sentado, dijo que no con un gesto negativo de su cabeza. Los que habían llegado, se dividieron en dos grupos. Unos cuantos siguieron avanzando hacia las laderas de la montañas y otros pocos, comenzaron a bajar por la senda hacia el valle. El que estaba sentado, observó durante un rato y luego para sí susurró: “En la ciudad, ya lo tienen todo roto y contaminado. Como bien dicen, en ese sitio, casi no se puede vivir. Y

ahora se concentran en estos lugares de las montañas a celebrar sus fiestas y convertir esto en los que es aquello. No estoy conforme, Dios mío. Este mundo y las personas, cada día estamos más rotos y sin horizontes. Hoy más que otras veces, te pido que me lleves al fin, al lugar que espero y sueño"

29 de junio 2020 -106

EL AMIGO

En la ciudad, lo conocían muchas personas. Todos lo querían y especialmente, un hombre muy amigo suyo y casi de su misma edad.Él era ya muy mayor. Cada día notaba más que poco a poco envejecíay las fuerzas le iban abandonando. Al andar, ya se le veía titubeante y confrecuencia tropezaba. Y comose iba dando cuenta de esto, un día dijo a las personas con las que vivía:

- Como ya mis días van llegando a su fin y los años no dejan de correr, quiero irme a una residencia de mayores. Allí, mientras me voy haciendo más viejo, le doy compañía a los ancianos y comparto con ellos mis cosas, oraciones y tiempo.

Los compañeros de la casa donde vivía, vieron con buenos ojosestas reflexiones suyas. Y,porque además, él también con frecuencia se decía: "Porque la vida, toda entera, es una gran lucha cada día y cada día también continúaspérdidas. Así, hasta que al final, la muerte nos lleva.El tesoro más grande de nuestros días en este suelo es precisamente ir acumulado riquezas, obras buenas, palabras y acciones de amor sincero,respeto para con todos y todo y dar gracias en todo momento.La vida, es flor de un día que al llegar la noche, seca el viento y desaparece para siempre de este mundo".

Unos meses más tarde, dejando lejos a la ciudad donde vivía, a muchos amigos y conocidos y al entrañable amigo casi de su misma edad, se fue a vivir a la residencia de ancianos. Como uno más entre ellos pero en su interior dispuesto a ser amigo de todos. A su edad, sabía bien que las personas mayores necesitan de un trato y cariño especial.Reflexionaba: "Hay que dejarlos que hablen y cuenten sus recuerdos, hay que levantarles el ánimo en cada momento, no hay que culparlosnunca denada, hay que transmitirles paz y confianza en sí y respetar mucho sus creencias, hay que ayudarles en todo y hay que tratarlos siempre con dignidad y cariño".Él sabía bien todo esto y por eso, desde el primer día, se comportó de esta manera con sus nuevos compañeros y amigos. En poco tiempo, se ganó el cariño y admiración de cada una de las personas con las que ahora vivía. Unos y otros, entre sí comentaban:

- Es un hombre bueno, muy bueno de corazón noble, sencillo y sincero.

- Lo que dices es la pura verdad. Nadie nunca nos ha transmitido tanto valores ni nos ha tratado con tanto mimo y respeto. Es un hombre bueno, muy bueno.

Él se acordaba continuamente del entrañable amigoque en la ciudad al marcharse había dejado. Con frecuencia lo llamaba y le decía:

- Tú no te preocupes que un día de estos voy a ir a verte y a compartir el tiempo contigo.

Esto fue así cada día en la residencia de ancianos donde ahora vivía hasta que, de la noche a la mañana, apareció el virus.Enseguida enfermaron muchas de estas personas, ingresaron en los hospitales y bastantes murieron.En la ciudad que hacía tiempo había dejado, su entrañable amigo, se contagió y enfermó también. Lo llevaron al hospital y a los pocos días, su hija fue a visitarlo y le dijo:
- Hace un momento, te ha llamado tu amigo el dela residencia de ancianos.Dice que ahora sí es cierto que va venir a verte para llevarte con él.
- Voy a llamarlo ahora mismo.
Llamó y en la residencia de ancianos le dijeron:
- Tu amigo ya no está en este mundo. Hace cinco días que voló al cielo.
https://youtu.be/2-t-_h4bLG4

30 de junio 2020 -107

ASOMADO A LA VENTANA

“Sin dinero, sin alimentos, si casa donde vivir, sin amigos ni conocidos, con la cara casi tapada y sin sonrisa en la boca ¿para qué quiero unos días más en este mundo?”

Se acaba otro mes y el calor ya sí ha llegado. Es verano, más de cuarenta grados puede que alcancemos hoy. Desde su ventana, a primera hora de la mañana, mira y medita. A su mente acuden los recuerdos y las vivencias y se entristece. En las aguas del río Darro, el que corre a los pies del Alhambra, el año pasado por estas fechas, la mamáánade, jugaba y buscaba alimentos con su bandada de polluelos. El otro día apareció en el periódico que este año también se ven por aquí pero este año el río está muy abandonado. Comido por la hierba, menos árboles que el año pasado, socias sus agua y mucha basura. Este año no quiere saber nada del pequeño río que en otros tiempos fue hermoso y escenario de sus sueños.Está cansado de hablar, escribir y luchar por mejorar las cosas en esta ciudad, en el país y en el mundo y de comprobar que nada cambia a mejor sino que cada día todo empeora.

A su mente acuden los recuerdos de algunas personasque hace unos meses eran importantes para él. Jóvenes universitarias de países lejanos que ahora ni siquiera sabe dónde están ni cómo se encuentra. Le entristece este recuerdo y pensamiento y por eso quiere apartarlo de su mente aunque sabe que en el fondo no es bueno. Tiene claro que nunca más volverá a verlasni nada, en el futuro, compartirá con ellas. Le entristece pensar en lo mal que lo están pasando muchas personas por culpa de la enfermedad que en estos momentos se extiende por todo el mundo.Ni siquiera desea pensar en esto porque, aunque le duele, sabe que nada puede hacer para aliviar la vida de estas personas. Le pone triste también cada vez que por su mente cruzan las imágenes del jardín de la casa que conoce. Otra vez han cortado más árboles y muchas, muchas plantas se están secando, descuidadas y sin riego.

Y en estos momentos, especialmente le entristece el recuerdo de la madre y su niños. Los conoció hace muchos tiempo. Su marido era alcohólico, ella vivía su vida dejando a los hijossolos en muchosmomentos.Los niños

caminaban por lascalles malnutridos, descuidados y sin cariño y, en el pueblo, muy pocas personasquerían trato con ellos.Ahora mismo, siente como si los estuviera viendo. Ya han crecido, son hombres y mujeres y siguen yendo por la calle igual de solos y desarrapados que en aquellos años. Alguien le pregunta por la madre y responden que nada saben deella.
- ¿Y vuestro padre?
- Él se marchó con otra mujer y ni siquiera sabemos cómo está ni dónde vive.
- ¿Y tú?
Le preguntan a la mayor de los hermanos, en otros tiempos, niña de cara dulce y tierna a pesar de su miseria y ahora, con el rostro demacrado, piel arrugada, envejecida y sucia.Responde:
- Sin dinero, sin alimentos, si casa donde vivir, sin amigos ni conocidos, con la cara casi tapada y sin sonrisa en la boca ¿qué quieres que te diga? Que unos días más en este mundo no me sirven de nada.

1 de julio 2020 -108
EL RIO AZUL VERDE
Tardó un buen rato en llegar a lo más alto. Por entre la nieve buscó la gran roca que tenía a su derecha y subió a ella. Miró al frente y descubrió el profundo y bellísimo surco por donde el río azul verde se deslizaba. Por entre la niebla y la nieve, allá a lo lejos, adivinó el cortijo de su amigo y lo imaginó a él sentado junto al fuego de la chimenea calentándose. Él ahora mismo, se moría de frío. La nieve lo había cubierto casi por completo y la roída y vieja manta, ni siquiera le protegía del helado vientecillo que corría. Pero todo decidido y como reuniendo sus últimas fuerzas, se colocó en lo más alto de la roca frente al gran cañón del río y a las aguas que por aquí se acumulaban.

Abrió sus brazos y en estos momentos sintió el graznido de patos silvestres. Le llegaban estos sonidos desde su lado derecho y venían como siguiendo el curso del río en la dirección en que las aguas corrían. Miró para este lado y, por entre la niebla y los copos de nieve que espesos caían, los descubrió. Una bandada de ánades reales que parecían venir de lugares muy lejanos e iban a otros lugares aún más lejanos y misteriosos. Se acercaban veloces a él pero muy confiados y por eso esperó un momento.

Los vio aproximarse y enseguida cruzar casi rozándolo. Emitieron en estos momentos muchos graznidos y con intensidades y modulaciones muy variadas. Al ver y notar él que esta bandada de ánades reales le rebasaban y se iban, instintivamente gritó:
- ¡Esperad un momento que me voy con vosotros! Quiero volar y gozar de la libertad que veo en vuestro mundo. Esperad que allá voy. Estoy tan cansado ya de todo,de vivir en la espera y siempre solo, de ver destrozos por todos sitios y personas sufriendo, que en mi corazón y cuerpo ya no hay fuerzas. Me voy con vosotros. Sé que venís del reino hermano, enviados por el Dios amigo para llevarme al paraíso que necesito y sueño.
Abrió mucho sus brazos y, por entre la bandada de los mil copos de nieve que armoniosamente bailaban mientras descendían, se dejó caer hacia las aguas del río azul verde.

2 de julio 2020 -109

INVISIBLE -I
Hacía mucho tiempo que había decidido hablar solo lo justo, mantenerse siempre a distancia, no pedir nunca nada para sí, no juzga ni criticar y no corregir a nadie ni discutir. Hacía mucho tiempo que había decidido hacerse lo más invisible posible. Y la razón de todo esto era porque ya tenía muy claro que nada podría cambiar ni en este mundo ni en las personas y por eso llegó a la conclusión que lo mejor era vivir y dejar vivir. "Si a nadie le importo ni nadie necesita de mis palabras o consejos, ser invisible es lo que debo hacer". Se decía.

Pero aquella mañana del mes de julio, a primera hora, oyó golpes en la puerta de su habitación. No esperaba a nadie y por eso le sorprendió. Abrió rápido y lo vio frente a frente y muy cerca. Teníaun papel escrito a mano, se lo mostró al tiempo que le decía:
- Por fin, aquí está escrito tu expediente. Hemos trabajado mucho y, en la reunión que acabamos de tener, lo hemos decidido. ¡Te vamos a dar un premio! Vente conmigo ahora mismo sin preparar ni coger nada. Tal como estás.
El que había llamado a la puerta, dio media vuelta, caminó hacia la entrada de la casa, seguido del expedientado, abrieron la puerta de la calle y ahí mismo estaba el coche esperando. Le pidieron que subiera y al instante se pusieron en marcha.

Un rato después, salían de la ciudad y dos horas más tarde, rodaban por los caminos de la alta montaña. Al llegar al lugar fijado, le pidieron que bajara al tiempo que le decían:
- Este es tu premio y regalo: La montaña que tanto tiempo a lo largo de tus días has soñado. Aquí vas a quedarte para siempre porque, entre nosotros,no queremos verte más. En estas montañas, tienes el tiempo de sobra, los silencios que tanto te gustan, las aguas de los ríos y manantiales y las noches de luna llena.

3 de julio 2020 -110
A DISTANCIA -II
Pensad lo que queráis pero yo soy libre y me siento lleno.

Durante el día, el calor había sido casi insoportable pero en cuanto se puso el sol, el airecillo comenzó a ser más fresco. Y, conforme avanzaba la noche, la temperatura poco a poco iba bajando. De igual modo a como la reseca tierra absorbelentamente el agua de las primeras lluvias al llegar el otoño. Notaba él por todo el cuerpo y espíritu la agradable caricia de este fresco y esto le hacía sentirse bien. Se decía: "Es como el rocío sobre la hierba al salir el sol en las mañanas de primavera".

Descendía lentamente desde el collado, siguiendo la senda que, por entre el bosque, se descuelga ladera abajo hacia el manantial y luego hasta las mismas aguas del río. La luz de la luna iluminaba los paisajes y el canto de los grillos resonaba a lo largo y ancho. Antes de llegar a la fuente, sintió el murmullo y, al mirar, los vio. Eran muchos y parecían huir de la ciudad por algún peligro o como si, en procesión, fueran en busca de algo importante

para sus vidas. No quería mezclarse con ellos y por eso, al ver el olivo, se fue derecho al árbol y tras el tronco, se ocultó. Con respeto, acarició el tronco de este olivo y en estos momentos, recordó algunas de las vivencias que bajo este árbol, tiempos atrás,había tenía.Algunas de estas vivencias ocurrieron muchos, muchos años atrás pero fueron tan importantes y las tiene tan clavadas en su alma y corazón, que en estos momentos siente que el tronco del árbol es como un símbolo, como un trozo de su vida en este suelo.

Desde el pequeño valle entre el manantial y las aguas del río,campo a través viosubir a un segundo grupo. Avanzaban como al encuentro de los que desde lo alto iban en la dirección de las aguas del cauce. Al pasar cerca de él oyó que algunos decían:
- Ya lo hemos hablado entre nosotros: si nos lo encontraremos, de ningún modo dejaremos que se nos una.
- Tenemos que hacer esto no solo por lo que sabemos sino también por las rarezas que ahora cada vez más en él vemos. Siempre anda solo, apenas habla con nadie y, últimamente, hasta se comporta como si en su cabeza las cosas estuvieran desencajada.
Al oír esto, para sí reflexionó: “Podéis pensar lo que queráis de mí pero yo me siento lleno y soy rico, muy rico. Tengo montañas bellas, bosques verdes, ríos de aguas claras, manantiales frescos, cantos de grillos, cielos con estrellas, aire limpio y fresco, silencios y horizontes azules. Creo en Dios y en el paraíso eterno. Pensad lo que queráis pero yo soy libre y me siento lleno”.

4 de julio 2020 -111
RECORDANDO A JULES
¿Dónde estará ahora está muchacha y qué habrá sido de ella en estos días de la gran enfermedad que recorre el mundo entero?

Me acuerdo en estos momentos de una mañana muy concreta. Era exactamente la mañana del día veintidós de septiembre. En los primeros días de este mes, habían caído algunas tormentas. Por eso esta mañana ya la hierba estaba un poquito alta. Las temperaturas aún se mantenían templadas y el cielo aquella mañana amaneció por completo azul. A media mañana sentí deseo de andar un poco por los paisajes que conocíamos. Te lo dije y cuando ya nos preparábamos para recorrer los caminillos, nos llamó la atención algo que nunca habíamos visto por estos lugares. Un coche, una furgoneta no muy grande adaptada para rulot, por la noche había aparecido por aquí. Los que en este coche venían, lo habían aparcado en el camino por encima del balneario, no muy lejos de algunos árboles de almendros y granados. Desde la distancia, miré y vi a alguien cerca de este vehículo. Las puertas de atrás estaban abiertas y en una de ellas había un perro negro amarrado. Te dije:
- Ni nos vamos a preocupar por la presencia de este coche ni tampoco vamos a decir nada a las personas que hay estén. Parecen jóvenes turistas de estos que de vez en cuando llegan a un sitio, están un par de días y después se marchan para seguir sus aventuras.

Tranquilamente no pusimos a caminar dirección al balneario por donde también estaban los almendros. Al pasar cerca de este coche y ver al perro

negro amarrado a la puerta de atrás, lo llamamos y el animal ni siquiera nos hizo caso. En el suelo tenía dos recipientes metálicos. Intuí que uno era para la comida y el otro era para el agua. Seguimos adelante con nuestro proyecto y al poco, pasamos rozando las ramas de varios almeces. Desde aquí, algo al lado de arriba de donde el coche estaba parado, vimos como la puerta de atrás se abría. Salió por ella una chica joven con el pelo teñido de blanco, descalza, pantalones cortos y una blusa gris. Desató al perro y lo llamó. Éste dio unos ladridos y corrió por el caminillo. Detrás del animal avanzó la joven y nosotros esperamos un momento. Cuando se acercaba por entre las ramas bajas de algunos olivos y varios almeces, te dije:
- La vamos a saludar y le decimos que si quiere algunas de estas almendras nuestras.

Y esto fue lo que hice. Al pasar cerca de nosotros, la saludé y le dije:
- Por aquí hay muchos árboles que son almendros y los frutos, por estos días, ya están maduros. ¿Te apetece un puñado de estos frutos?
Parada, se nos quedó mirando expresando en su cara la sorpresa y sin pronunciar palabra. De alguna manera intuí que no conocía nuestro idioma. Le mostré unas cuantas almendras que llevábamos nosotros y entonces simplemente dijo:
- Yes.
Con la mano le indiqué, caminamos unos pasos hacia el viejo almendro que hay junto al caminillo, nos siguió confiada y también su perro y del suelo y entre la hierba, recogí cinco almendras. Busqué una piedra, partí varias de estas almendras, se las di para que las comiera y esto fue lo que hizo.

De nuevo y de la mejor manera que pude, le indique que podía recoger todas las almendras que quisiera. También entendió y entonces nosotros nos unimos en esta tarea. De los dos almendros que hay pegado a la torrontera antes del arroyo, recogimos más de un kilo de almendras. En la piedra gorda que hay también bajo uno de estos almendros, me puse a partir los frutos. Le indique a ella que fuera sacando las semillas del interior de las almendras rotas y con bastante entusiasmo, se dedicó a esto. Mientras hacíamos esta faena, de la mejor manera que pude, le pregunté de dónde era y entonces muy torpemente, indicó:
- Soy de Germany y hablo un poco el inglés.

Nosotros nunca hemos hablado el idioma inglés. Solo algunas palabras conocía yo y conozco. Con el pequeño bolígrafo de bambú que un día hice cuando tú dormías la siesta, en un papel, escribí estas palabras:
- What is your name?
Y ella respondió muy rápido:
- My name is Jules and my dog's name is Balú.
- Your name and your dog's name are beautiful. If you like these places, you can stay here every day you feel like it.
- Thank you.
Respondió ella simplemente.

Durante bastante rato, buscamos almendras, luego algunas granadas, unos pocos higos de la higuera que pega al manantial y que todavía tenía algunos,

también unos cuantos tomates que quedaban en las matas del pequeño huerto y después nos fuimos. Varias veces ella nos agradeció estos obsequios simplemente pronunciando la palabra gracias. Nos sentimos bien y no esperábamos de ella nada más. No queríamos pedirle nada. Y nosotros había solo el deseo de ofrecerle un poco de los simples y pequeños alimentos que por estos lugares siempre hemos tenido. Porque siempre a nosotros nos ha gustado compartir con las personas aunque fuera un simple puñado de almendras, un tomate, un par de granadas o cosas parecidas. Dar a los demás algo, aunque estos sean desconocidos, a nosotros siempre nos ha gustado. Es como si nuestros corazones sintieran la felicidad más sincera y hermosa de cuántas felicidades se pueden dar en este mundo, compartiendo estas sencillas cosas y otras parecidas.

Por eso a veces, compartiendo contigo mis sentimientos, te decía: “Cuando tú te vayas y yo también me vaya al universo de la eternidad y todo por aquí quede en silencio y quizás para siempre olvidado, en las fibras inmortales de nuestro espíritu, tendremos el gozo eterno de haber procedido siempre con honestidad. Lo único que jamás desaparecerá y que nadie puede quitarnos ni prohibirnos. Ser honesto y comportarse con los demás con nobleza y amor, nos convierte en los más ricos y singulares. Esto lo sé desde hace mucho tiempo y por eso lo práctico contigo y con todos aquellos que me respeten y confíen en mí".

A los cuatro o cinco días de haber aparecido por estos rincones nuestro la joven de la furgoneta, ocurrió algo muy curioso. Pensando en ella y pensando en ofrecerle algunas cosas más que le sirvieran de alimento y fueran frutos de estos lugares, un día por la mañana te dije:
- Quiero llevarte a un lugar para mí muy especial. Y si por ahí encontramos y podemos coger algunos de los frutos que sé puede haber, se los traeremos a esta joven.
Sin más preámbulo ni preparativos, nos pusimos a caminar por la senda que sube por el cauce del río.

Por entre los castaños, madroñeras, almeces, encinas, robles y arces, buscamos algunos frutos de estos árboles. Castañas principalmente porque las bellotas y los madroños todavía no habían madurado. Nos dedicamos a buscar las mejores castañas y, poco a poco juntamos una buena cantidad. Después de bastante rato en esta faena y cuando ya creíamos que teníamos lo suficiente para ofrecérselo a la joven de la foto bonita, nos preparamos para regresar. Sobre tu lomo, puse la pequeña talega de tela donde dónde teníamos las castañas que habíamos recogido. Regresamos por las veredas bastante ilusionados y, según nos íbamos a acercando a donde creíamos estaba la furgoneta de la joven extranjera, no veíamos a este vehículo. Te dije:
- ¿Qué puede haber pasado?
Y yo mismo respondí a esta pregunta:
- No creo que se haya marchado. A lo mejor se ha acercado a la ciudad a comprar algo o a saludar a los amigos. Por eso pienso que no se ha marchado sino que solo ha ido a hacer algo y luego volverá.

Pero mi temor se acrecentaba según nos íbamos acercando a donde la joven había aparcado su furgoneta. Llegamos a este sitio y por el suelo vimos trozos de cáscaras de granadas. Me gustó descubrir esto y un poco me entristeció. Me gustó porque a ver estas señales de cáscaras de granadas, enseguida pensé que eran de las granadas que le habíamos regalado unas horas antes. Y esto indicaba que se había comido los frutos que le habíamos ofrecido. Me satisfacía que esto hubiera sido así. Y me entristecía porque ahora estas cáscaras de granadas, eran como un testimonio de su presencia por este rincón nuestro. Como el único regalo que de ella por aquí quedaba. Y por eso estas cáscaras de granadas, acentuaban su ausencia transmitiendo cierta tristeza.

Durante unos segundos, miré en silencio y no compartí contigo ninguna palabra. Observé el sitio donde había estado aparcado su coche, observé los trozos de la piel de las granadas, observé el entorno y luego nos movimos para el terraplén a la derecha. Crecían aquí unos almendros de tamaño enano, cuatro o cinco olivos de troncos retorcidos y añosos y por eso de edad centenaria, un viejo eucalipto, algunas encinas no muy grandes y un par de árboles de la especie almez. Enuno de estos árboles, puse la talega con las castañas que traíamos. Te pedí que te dedicarás a lo que quisieras y yo me puse a buscar ramas secas y algunos trozos de palo también secos. En poco rato junté un buen puñado y, entre unas piedras, prendí fuego a este combustible. Lentamente el humo empezó a brotar y las llaman también saltaron enseguida. Con mi pequeña navaja cabritera que casi siempre llevaba conmigo, hice cortes a un buen puñado de castañas y en la brasa de esta lumbre, las fui poniendo. Mientras hacía esta faena te miraba y miraba para el sitio donde la joven había tenido aparcada su furgoneta. Miraba al sol que poco a poco iba cayendo por el lado de la tarde y dejaba que mi corazón rumiara la pequeña tristeza y los recuerdos. No sabía por qué y ahora tampoco lo sé, sentía como la necesidad de llorar.

De las incandescentes brasas de la lumbre, comenzó a surgir pequeñas nubecillas de vapor con olor a castañas asadas. Me gustó y me sigue gustando este refrescante y misterioso perfume de frutos silvestres. Con un trozo de palo, cuando ya noté que las castañas estaban en su punto, las retiré de la brasa y sobre la hierbecilla que ella empezaba a brotar en estos primeros días del otoño, la fui colocando. Te llamé y al acercarte, te ofrecí un puñado de castañas pero de las que aún no estaban asadas. Estos frutos y otros silvestres, siempre te han gustado y siempre he notado que te los has comido consumo placer. Te miré con afecto y te dije:

"Éstas que ya asadas aquí sobre la hierbecilla tengo, si la joven de la fuboneta no se hubiera marchado, ahora mismo se las habríamos ofrecido. Pero ya ves que no está por aquí. Voy a comerme yo unas cuantas para acompañarte y para aliviar un poco la desazón que esta muchacha al irse nos ha dejado en el corazón. Sucede y vivimos una vez más, lo que en otras ocasiones ya te he dicho. Que las cosas y las personas se mueren. Porque, aunque no sea cierto, cuando una persona se marcha y de alguna manera se intuye que no va a volver, es como si hubiera muerto para siempre. Conocemos nosotros muy a fondo esta experiencia. La hemos vivido

bastantes veces por la necesidad que en nuestros corazones hay de amar y ser amado.

Ahora mismo, ha sido esta joven la que nos has regalado un puñado de tristeza. Sin saber quién era ni de dónde viene ni tampoco saber lo que por aquí está buscando, en cuanto la hemos visto, nos hemos sentido impulsados al ser bueno con ella. Ya sabes que le hemos ofrecido nuestro sincero respeto, los frutos que por aquí tenemos, la admiración por ella y la alegría de verla. Sin saber quién es ni conocerla de nada, la hemos tratado con cariño y generosidad. En nuestros corazones hemos sentido aprecio por esta criatura igual que lo sentimos por tantas y tantas otras personas que también de nuestro lado se han marchado.

La lista es larga y por eso sería muy pesado enumerar a cada una de las personas que conocimos y ya no están. La lista es larga. Pero, aunque el tiempo ha pasado, ha llovido mucho, han venido muchos días de calor en verano, ha nacido y muerto muchas plantas y flores en primavera y han caído y también han muerto las hojas de muchos árboles en otoño, nosotros no hemos olvidado. Ni siquiera hemos olvidado a una sola de las personas que conocimos y sinceramente le ofrecimos nuestro respeto y cariño. Personas que, sin quererlo ni buscarlo, en un momento dado de nuestra vida, aparecieron y luego se marcharon. Todas maravillosas en nuestros corazones porque las amamos con el más sincero cariño y solo algunas fueron agradecidas con nosotros.

Por eso no voy a seguir recordando a las muchas personas que conocimos y, quisimos con el máximo respeto y delicadeza. Vente tú ahora aquí a mi lado, cerca de este fuego que se va apagando. La noche va a tardar poco en llegar y por eso, si el sueño me vence, quiero dormirme sobre tu lomo como lo he hecho otras muchas veces. ¿Sabes? Las cáscaras de granadas por ahí hay tiradas, son como un testimonio de su presencia por este rincón nuestro. Como el único regalo que de ella por aquí nos queda. Y por eso estas cáscaras de granadas, acentúan su ausencia transmitiendo cierta tristeza.¿Dónde estará ahora está muchacha y qué habrá sido de ella en estos días de la gran enfermedad que recorre el mundo entero?

5 de julio 2020 -112

LA TORMENTA

Mientras nos íbamos acercando, te relaté una vez más otra de las pequeñas aventuras que por aquí viví aquel día cuando era pequeño. Te dije:

Un día también de otoño, cuando yo era pequeño y los padres me pidieron que vinieran por estos lugares con los animales para que comieran, me ocurrió lo siguiente: hasta lo más alto del cerro, remonté. Dejé que los animales se esturrearan por estos lugares buscando sus alimentos y unas horas después, desde el lado del levante, vi que el cielo se cubría con densas y oscuras nubes. Temí que aparecieran las tormentas y esto fue lo que sucedió. Observando la oscuridad de estas nubes bastante lejos de donde yo estaba todavía, vi como los relámpagos dibujaban sin parar culebrillas, zigzag

y arcos iris. Hasta mis oídos empezaron a llegar los estallidos de los truenos y, no mucho después, llegó el viento.

Las ramas de los árboles se cimbreaban de un lado para otro como si quisieran arrancarse y salir volando. Por la cañada de las encinas y hacia el barranco como si buscaran el cauce del río, estas ramas, hojas secas y pequeños trozos de palos, rodaban empujadas por el viento. Intuyeron los animales el fenómeno que se venía encima y por esta misma cañada de las encinas, se amontonaron. Como oyendo de algo trágico, todos en manada comenzaron a descender por las tierras de la cañada. Como en chorros desbocados huyendo de algo terrible y como en busca algún refugio.

En unas grandes en rocas que ofrecían una rústica covacha, yo me refugie frente esta cañada y frente a la manada de los animales que ladera abajo descendían. Por la parte alta, no tardé en ver aparecer lo más oscuro que la tormenta. Derramando relámpagos, rayos, chorros de lluvia y explosiones de truenos. El miedo también se apodero de mí. Inmóvil permanecí en esta covacha observando el fenómeno y durante rato, bastante rato, vi como las lluvia caía cachorros. Por las laderas comenzaron a despeñarse pequeños arroyuelos y por la cañada, también enseguida se abrió paso un gran chorro de agua. Agua color chocolate mezclada con piedras, ramas secas, hojas y trozos de palo.

Al final de la cañada, un poco antes de que ésta se junto con el río, los animales se perdieron. Por la derecha y siguiendo sendas por entre el monte, rápidos subieron en busca de la majada. En cierto modo, me sentí aliviado porque vi que los animales buscaban un refugio en lo más seguro. Pero en cierto modo, tenéis que la tormenta se prolongará durante mucho rato y la noche me cogiera por estos lugares. Pero la tormenta, después de un rato no muy largo descargando agua, relámpagos y truenos, se abrió en mil nubes y el azul del cielo apareció.

Vi al sol cayendo ya casi al mismo lomo de la noche y el gran barranco del río, iluminado por estos dorados y últimos rayos del día. Dejé el lugar donde estaba refugiado, bosqué la mejor senda que conocía y, rápido, descendí en la dirección en que río se despeñaba. La corriente del agua era cada vez más impetuosa y teñida de color chocolate. No me asusté. Descendí casi hasta lo más profundo y me aproximé a donde la corriente se despeña en una cascada majestuosa. Por un bonito tobogán tallado en la misma roca y que traza curvas en forma de caracol. Al final de este tobogán, la corriente se desangra en un amplio y profundo charco y desde aquí rebosan las aguas y siguen deslizándose por el cauce del río.

Durante un buen rato y desde un lugar muy seguro, estuve contemplando este hermosísimo espectáculo. Algo maravilloso al tiempo que también asombroso que muy pocas personas tienen la suerte de disfrutar. La naturaleza, el mundo de las montañas, los ríos, los bosques, las laderas, fuentes y arroyos, con mucha frecuencia muestran imágenes únicas y llenas de gran misterio. Es esto lo que yo vi aquella tarde y gusté en silencio en las fibras más espirituales de mi corazón y alma. Y sentí como si la naturaleza, la

tormenta, el viento, las nubes, las luces maravillosas de los últimos rayos del sol, el murmullo de las aguas deslizándose por la corriente, la quietud en los paisajes y el brillo de las lluvias en las hojas de los árboles, me asombraron hasta lo más profundo de mi ser.

No sabría yo ahora explicarte con sencillez y belleza lo que en ese momento sentí. Pero me sentí pequeño, abrazado por un ser grandioso que me sobrepasaba en todo y por todos lados y al mismo tiempo me llenaba del más amoroso y dulce de los abrazos. Me sentí bueno, me sentí inmortal, me sentí elevado sobre todas las cosas de este mundo, me sentí espiritual, me sentí querido y al mismo tiempo respetado y mimado en un reino impresionantemente bello y grandioso. Me sentí como dentro de un sueño donde lo material ya no es importante ni tampoco es importante el peso del cuerpo ni el dolor ni la tristeza ni frío ni el hambre ni el desamparo. No sé yo ahora tampoco cómo podría explicarte con palabras sencillas y hermosas la realidad que en esos momentos experimenté y en silencio contemplé.

Después de bastante rato contemplando este espectáculo y mientras las últimas luces del día se marchaban, me puse en movimiento por la senda que remontaba al lugar donde en aquellos momentos tenía el calor del hogar y de los míos. En este hogar hoy en ruinas y donde ya sabes parece que van a construir un palacio para la princesa de los zapatillos rojos, aquella tarde y aquella noche sentí también una vez más el cariño y respeto de los míos. Quise compartir con ellos la aventura que había vivido pero también me sucedió lo que me ocurre en estos momentos. Las emociones y los sentimientos me desbordaban y mi mente no era capaz de encontrar la manera de expresar las cosas.

6 de julio 2020 -113

RECORDANDO A UN AMIGO

Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio.

Tú, hace muchos días, muchos meses, muchos años que te moriste. Enterré tu cuerpo sin vida, por donde crecen las viejas nogueras, junto a la roca del manantial milagroso. Yo mismo con mis manos, mientras me chorreaban las lágrimas por las mejillas, escavé tu tumba. Este era el rincón que, a lo largo de toda tu vida, más te había gustado. Por eso te di sepultura en este sitio en aquel primoroso mes lleno de flores, aromas a hierba fresca, canto de pajarillos y hermosas nubes colgadas en el cielo. Era el mes más potente de la primavera. Tú te marchaste en época de primavera. Lo recuerdo con toda claridad, aunque hace ya muchos, muchos años que sucedió esto.

A partir de aquel momento, dejé de escribir en tu libro. El precioso libro que había empezado a escribir siete años antes, justo cuando nos hicimos amigos. A partir del momento en que te moriste, cerré sus páginas. Lloré y te recordé durante muchos días. La soledad y la pena no se iban de mi corazón y los recuerdos me asaltaban en todo momento. A lo largo de siete años, día a día, habíamos vivido momentos muy importantes, bellos, sencillos, llenos

de emociones algunos días, llenos de juegos y fantasías, muchas mañanas y tardes y llenos siempre de ansias de cielo, de eternidad, de paraísos lejanos donde no existiera ni el dolor ni las pérdidas ni la muerte de las personas y cosas queridas.

A partir de aquel momento y aún ahora después de tanto tiempo, deseé irme contigo. Se me hizo y se me hace muy difícil seguir en este mundo como esperando, nunca he sabido ni sé qué. Siento latir mi corazón cuando duermo, respiro el aire que me regalan las mañanas, las tardes y las noches, aspiro el olor a tierra mojada cuando llueve en otoño y el perfume de las flores cuando florecen en primavera, escucho el canto de los mirlos, el arrullar de las tórtolas y el piar de los gorriones, me embeleso con el murmullo del agua yéndose por la corriente de ríos, arroyos o manantiales y me extasío en los atardeceres sobre la Vega de la ciudad que conoces. Todo esto y muchas más cosas siento y palpo y ninguna me sacian plenamente. Es como si, en cada momento, estuviera esperando que justo llegué el final. Como si nada tuviera en este mundo o como si mi casa y hermosas cosas soñadas, estuvieran justo en el reino al que tú te has ido. Por eso quisiera irme yo también y así te lo digo.

Aprendí contigo y luego después he aprendido más, que ni las cosas ni las personas duramos para siempre. Todo pasa y pasamos, llegan nuevas realidades, nacen nuevas cosas y vidas y el tiempo no se detiene. Nada se puede mantener para siempre y ni siquiera es inteligente intentarlo. Y sé que ni siquiera es bueno alimentar los recuerdos con aquello que ya se fue. Nada se consigue con ello porque lo nuevo tiene que nacer y desarrollarse. Y lo nuevo, las personas que van naciendo y creciendo, tampoco es bueno que se alimentan mucho o se les obligue a mantener las cosas del pasado. Es necesario que las cosas, las personas, los animales y las plantas, nazcan y mueran. No sé explicártelo mejor pero parece que así el Creador de todo cuanto existe, lo tiene decidido. Extraña es la vida a veces, hermosa y bella, misteriosa en muchas cosas y dolorosa, a veces, muy dolorosa.

Cuando estabas, en más de una ocasión te decía:
- Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio. Necesitamos de estos encuentros con nosotros, con la transparente belleza de las cosas, los profundos misterios del Universo y el Creador de todo. Porque nuestra alma necesita de este alimento.

¿Te acuerdas como, a lo largo de todas nuestras vivencias, por las noches nos gustaba contemplar las estrellas? ¿Te acuerdas como nos gustaba imaginar que en alguna de estas estrellas, estaba nuestra princesa esperándonos? ¿Y te acuerdas como acurrucados uno contra el otro, nos quedábamos dormidos mirando a estas estrellas y soñando este sueño? ¿Que dónde está ahora nuestra princesa? Sabes que de la noche a la mañana, guardó silencio y nunca más supimos de ella. No nos enfadamos entonces ni tampoco ahora le reprochamos nada. En la vida, casi nunca las cosas son tal como se sueñan. Y hay princesas que sí lo son de verdad y

otras, aunque tengan el título, su categoría es pequeña. Pero también aprendimos juntos que lo que hagan o cómo se comporten los demás, no debe disminuir ni el amor ni la bondad de nuestros corazones. Juntos aprendimos esto y juntos lo practicamos hasta donde pudimos.

¿Te acuerdas de las primeras lluvias al llegar el otoño? A mi memoria acuden ahora estos momentos y aquellos días porque hoy, ya el verano va camino de dar paso al otoño. Nos gustaba a nosotros mucho cuando, en este preámbulo del otoño, las nubes aparecían en el cielo y comenzaban a derramar las primeras lluvias. Nos gustaba el olor a tierra mojada que enseguida se extendía alrededor nuestro y por todo el aire. Recuerdo que alguien me dijo un día: “La responsable del agradable olor a tierra mojada que solemos percibir tras la lluvia, es una bacteria inofensiva llamada Streptomyces coelicolor. Este microbio, productor de esporas, se encuentra en la mayoría de los suelos y produce una sustancia llamada geosmina, palabra de origen griego que significa “aroma de la tierra”.

A nosotros nos gustaban ver las nieblas revoloteando por las laderas hacia las partes altas de las montañas como buscando irse no sabíamos a dónde. Nos gustaba oír el ruido de las gotas de lluvia cayendo sobre las hojas de los árboles, sobre las piedras o sobre el ocre polvo de los paisajes. Nos gustaba sentir el airecillo fresco que en los momentos de la lluvia y después, se empezaba a mover con letargo. Como si de pronto todo se despertara de una larga y muy espesa siesta y se prepara para un momento especial. Nos gustaban los tonos de las tardes y mañanas en estos días, nos gustaban las nubes en formas y colores distintos como colgadas del cielo, nos gustaban los atardeceres color naranja y rojo sangre derramándose en las grises y negras nubes, nos gustaban, días después, ver brotar las flores del azafrán silvestre por todas las laderas de las montañas, nos gustaba el brillo nuevo de las hojas verdes en los árboles y nos gustaba todo, todo. Yo me acuerdo especialmente de todos aquellos días en los primeros momentos del otoño y la cantidad de emociones distintas y maravillosas que sentíamos en nuestros corazones. Ahora, dentro de pocos días y como en aquellos momentos, va a llegar el otoño. Aparecerán las tormentas y las lluvias caerán como en aquellas ocasiones. Sé que no estarás pero en mi corazón se despiertan muchas sensaciones y por eso recuerdo esto y lo escribo. La estación del otoño creo que es la más hermosa parte del año. El otoño trae y se lleva cosas muy bellas, profundas, poéticas, espirituales, materiales, alegres y tristes.

Cuando era pequeño, sentía casi con la misma emoción estos primeros días del otoño. Desde la puerta de la casa donde vivía, desde la ventana de mi habitación que daba a las montañas y al valle por donde el río se alejaba, siempre me gustaba observar los extraños, misteriosos y a la vez hermosos fenómenos que estos días de otoño traían. Inmóvil, como ausente, en silencio y como meditando, me quedaba mucho rato mirando a las nubes negras asomar por encima de las montañas. Al poco veía y sentía los relámpagos y los truenos y no mucho después, comenzaban a caer las lluvias. A veces torrencialmente y otras veces, como jugando entretenidos juegos con las hojas de los árboles y las ráfagas del viento. Luego me gustaba ver los

pequeños arroyuelos que enseguida aparecían y se desempeñaban ladera abajo hacia el barranco del río. Me gustaba oír el ruido de estos pequeños arroyuelos arrastrando hojas secas, pasto y tierra. Me gustaba respirar y oler el aroma de la tierra majada y me gustaba, como ya te he dicho, ver las misteriosas nieblas que de los barrancos comenzaban a elevarse. Como en bandadas de mariposas libres en busca de mundos desconocidos. Eran momentos misteriosos, llenos de asombros bellos e incomprensibles y cargados de mensajes grandes, muy grandes.

Por estos primeros días del otoño, era cuando a nosotros nos gustaba recorrer los campos en busca de las almendras. “Son los nuevos frutos del otoño”, te decía yo y tú te emocionadas. Sí, porque al comienzo del otoño es cuando se recogen las almendras, las nueces, los higos chumbos, los higos normales, Ficus carica, las avellanas, las granadas, las uvas y también las acerolas, majoletas, azofaifas, algarrobas y las moras de las zarzas silvestres que crecen junto a los manantiales, arroyos y ríos. Las naranjas, membrillos, castañas, bellotas, nísperos de invierno y aceitunas, maduran un poco más tarde. Ya casi al final del otoño o en las primeras semanas del invierno. Las setas en los bosques, pinares, encinares, entre jaras y tomillos, brotan y crecen en el otoño. Por eso es tan importante que las lluvias caigan precisamente al comienzo del mes de septiembre, ya próximo a los días otoñales. Si llueve por estos días y las temperaturas se mantienen más o menos estables, en los campos no tardan en aparecer las setas. Los níscalos, champiñones, setas de cardo y muchas más. Algunas muy buenas de comer y otras, no tanto. ¿Te acuerdas tú cómo disfrutábamos también nosotros recorriendo los paisajes en busca de estos exquisitos frutos silvestres?

Donde yo enterré tú cuerpo cuando te moriste, como ya te he dicho, junto a la roca del manantial, los rosales y las nogueras, crecen espesos los escaramujos o rosas caninas, rosales silvestres. En primavera dan estas plantas flores pequeñas blancas o color rosa y en el otoño, estas plantas muestran las semillas maduras. Una especie de baya que al madurar por completo se torna naranja o roja sangre y dentro tienen las nuevas semillas. Bastantes animales silvestres se alimentan con estos frutos y también algunas personas los recogen para hacer infusiones. Así que este sitio donde ahora duermes para la eternidad, también en estos momentos el otoño lo cambia. Como si esta estación del año, de alguna manera, como si alguien muy poderoso, como si la naturaleza desde su silencio y tremenda fuerza, tuviera interés en rodear de armonía y belleza tu eterno sueño.

Por aquí cerca, donde descansas y el silencio y el tiempo parece arroparte en un invisible cielo, hay muchas hormigas. Insectos sociales que pueblan la tierra por todas partes en el mundo y que en este lugar concreto, se mueven y viven muy pacíficamente. Yo lo recuerdo ahora porque a ti también esto te gustaba: después de las primeras lluvias al final del verano o comienzo del otoño, en todos estos hormigueros y otros muchos más, empezaba a verse las alúas. Las observabas tú como meditando filosóficamente y, de vez en cuando, me mirabas. Yo entendía que querías preguntarme sobre estos insectos y por eso, a mi modo para que tú también lo entenderás, te decía:

“Cuando termina el verano y llegan las primeras lluvias, las hormigas voladoras abandonan su hormiguero para crear nuevas colonias. Este fenómeno se da después de que las hormigas con alas hayan realizado su vuelo nupcial o de fecundación. Tras éste, las hormigas pierden sus alas o mueren. Este tipo de hormigas son fértiles y pueden ser tanto machos como hembras, a diferencia de las hormigas sin alas, también conocidas como hormigas obreras, que no son fértiles y su objetivo principal es almacenar comida. La meta en la vida de las hormigas con alas es esperar a que llegue la época de las lluvias y abandonar el nido. En este momento, realizan su vuelo nupcial y se juntan en enjambres con machos y hembras de otros nidos cercanos y ahí es donde eligen a sus compañeros. Una vez que la hormiga reina ha sido fecundada, esta busca un sitio nuevo donde poder comenzar a crear su nido y establecer posteriormente su colonia. Cuando la reina elige su nuevo hogar, pierde las alas y se dedica a construir un nido y a poner huevos. La reina ha almacenado el esperma que ha ido recogiendo durante el apareamiento y luego elige mediante una fecundación selectiva los huevos que quiere poner”.

Por estos días de las hormigas con alas y las primeras lluvias, también nosotros nos volvíamos como niños pequeños observando otros casi insignificantes detalles. A los cinco o seis días de caer las primeras lluvias, casi siempre en forma de tormentas que son las que anuncian el final de los días calurosos del verano y van dando paso al pórtico del otoño, comenzaba a brotar la hierba. En las praderas que conoces, junto a los caminillos, a un lado y otro de los arroyuelos, por entre los olivos y la viña, por donde el bosque de los robles, las laderas a un lado y otro del río y por las tierrecillas junto a los charcos del cauce. A los cinco o seis días de las primeras lluvias, empezaban a verse por todos estos lugares, pequeños tallos muy verdes y brillantes.

Al caminar contigo por los sitios que bien sabes, a veces me paraba y te decía:
- Fíjate que de nuevo vuelve la vida. Es un milagro y al mismo tiempo un mensaje grande, muy grande. Todos los años por estas fechas más o menos, brotan las primeras matas de hierba. Muchos, muchos años hemos visto ya este maravilloso milagro. Y estas pequeñas matas verdes que ahora empiezan a brotar, no son las mismas del año pasado ni serán las mismas que vuelvan el próximo otoño. Pero siempre parecen las mismas porque nacen con la misma belleza, el mismo color verde brillante, la misma frescura joven, la misma fragilidad y trayendo cada año el mismo mensaje. Es como si no les importara absolutamente nada de lo que ocurre entre los humanos y en el Planeta Tierra. La hierba nace, se ve pequeña y débil, crece vigorosa y fuerte y trae siempre el mismo mensaje.

¿Qué cuál es este mensaje? Fíjate que la hierba que nació el año pasado también a los pocos días de caer las primeras lluvias después del verano, ahora ya no tiene vida. Un año después, si miras por las praderas que nos rodean y las tierras cercanas, verás que aquella hierba es puro pasto color canela o naranja claro. Al llegar el verano, se secó. Sus semillas han sido

recolectadas por muchas hormigas, buscada por algunos pajarillos y otros animales silvestres y las que han quedado esturreadas por el campo, ahora al llegar de nuevo las primeras lluvias, brotan y se convierten en las matas de hierba grandes y pequeñas. ¿Ves el mensaje?

Por entre el pasto, por entre los esqueletos de la hierba que estuvo repleta de vida, por entre las cenizas, por entre la materia inerte y muerta, brota de nuevo la vida. Y lo hace de tal manera, que pareciera que por primera vez hubiera vida en el mundo. Como si por primera vez la vida se diera. Como si pareciera que lo que ha sido antes y ha llegado hasta aquí, a partir del momento en que de nuevo la vida comienza, lo que fue ya no sirviera para nada. Como si no hubiera existido. Y la pregunta podría ser que ¿para qué sirve entonces tantos raudales de vida en este mundo? ¿Para qué sirve tanta vida si dentro de nada la nueva hierba otra vez será pasto y se pudrirá y se quedará perdida en el tiempo y en la materia para siempre?

Ha pasado esto con las personas que conocíamos, con aquellos que creíamos que eran nuestros amigos, con el padre, la madre, los hermanos… Todos estuvieron llenos de vida y un día se convirtieron en pasto. Se deshicieron en el tiempo y en la materia y ahí están para siempre perdidos en la inmensidad del Universo. Solo nosotros algunas veces pensamos en ellos y nada más. Todo, absolutamente todo, ellos mismos, sus pensamientos, sus obras, sus sueños, sus pasos por estos lugares, sus gotas de sudor, sus alegría y sus penas, de ninguna manera ya existen ni son nada. Es lo que te sucederá a ti y a mí quizá no dentro de mucho. Pero la hierba, ya lo ves, después de las primeras lluvias cuando va acabando el verano, brota y parece traer al mundo entero vida por primera vez. Parece esto y sin embargo no es así aunque en el fondo es enormemente bello y nos gusta mucho a nosotros. Nos gusta el color de la hierba, nos gusta su aroma, nos gusta su brillo cuando le dan los primeros rayos del sol de la mañana, nos gusta su temblor cuando el aire la caricia y nos gusta la hermosísima alfombra verde que extiende por todos estos lugares.

Y aunque sea cierto todo lo que te estoy diciendo, cuando ahora después de las primeras lluvias brota de nuevo la hierba, no siento alegría. No me alegro de que una vez más este milagro se repita. Son tantas las veces que he visto nacer la hierba cuando se va acercando el otoño, que ya casi no me transmite emociones. Que no me alegro como sí cuando estabas tú y también todos los que se han ido. ¿Sabes por qué me sucede esto?

El tiempo no ha dejado de avanzar y, sin que apenas lo haya notado, me ha acorralado en el lado de la vejez. Me ha hecho viejo, muy viejo. Y puede que por esto precisamente ya apenas tenga ilusión por nada en este mundo. Sé que como tú, cualquier día voy a marcharme de este mundo para convertirme en esqueleto de pasto, después en polvo y olvido para siempre. Tantas cosas he perdido, a tantas personas he visto irse para siempre, tanto todo ha cambiado una vez y otra, tanto y tanto se ha ido alejando y dejándome en la orilla, que ahora ya tan viejo y casi sin fuerzas ni amigos ni metas, no tengo ilusión por nada. Como si solo esperara el momento de irme como lo hiciste tú.

Aún así, cuando en estos días han caído las primeras lluvias antes del otoño y las primeras matas de hierba empiezan a brotar, al verlas me acuerdo también cuando compartía contigo otros detalles curiosos. Por entre los primeros y endebles tallo de hierba, cerca del cortijo, cerca del arroyo del balneario, cerca de la viña y por las veredas, nos gustaba nosotros observar a los últimos cigarrones. Pequeños saltamontes que, en estos templados días últimos del verano y pórtico del otoño, parecían surgir como de la nada por entre los primeros brotes de hierba. Pequeños a veces algunos y otros un poco más grandes y que al acercarnos nosotros, saltaban de acá para allá como si te miran algo. Contigo comentaba muchas cosas de estos pequeños insectos y también de las chicharras. Al irse acabando los días del calor del verano, las últimas chicharras se agarraban a las ramas de los fresnos. Después de las lluvias, algunas de estas chicharra, todavía cantaban al mediodía y al caer las tardes. Parecía que no quisieran irse aunque ya su tiempo se había terminado. ¿Te acuerdas tú de esto cuando íbamos por los paisajes buscando las almendras que habían caído de las ramas?

Lo de las almendras era muy divertido y agradable. Casi siempre, al caer las tardes, nos íbamos por la ladera de los almendros y, de entre el pasto o los primeros tallos de hierba, recogíamos todas las almendras que ya habían caído. Al pasar el viento y mover las ramas de los almendros, los frutos ya maduros y bien secos, se desprenden de sus tallos y caen al suelo. La naturaleza sabe mejor que los humanos, cómo hacer las cosas. De vez en cuando nos parábamos y, mirándonos el uno al otro, nos comíamos un puñado de estos frutos. Tú, con la cáscara y todo y yo, partiendo almendra por almendra sobre las piedras. Me gustaba mucho verte royendo estos frutos pacientemente mientras me mirabas o mirabas hacia los barrancos de las montañas como si buscaras algo. Te lo decía y esto a ti también te llenaba de satisfacción. Siempre tus miradas han sido enigmáticas, profundas bellas, muy bellas.

7 de julio 2020 -114

PUÑADOS DE VIENTO

En el pueblo le tenían puesto el sobre nombre de “El Cabrero”. Nombre perfecto en él porque este era su oficio. Era dueño de un hato de cabras, todas negras y de raza. También era dueño de una buena extensión de terreno donde crecían árboles, arbustos, monte bajo,hierbas abundantes y de especies muy variadas.Llovía sin parar a lo largo del año por todos estos paisajes y esto dabalugar a que lo manantiales, fuentes y arroyos fueran muchos. Por eso él, además delbuen hato de cabras, tenía sembrado muchos trozos de tierra con pequeños huertos,olivares y castaños.

Todas las mañanas, en la casa del pueblo, se levantaba temprano, se ponía en camino y una hora después, ya estaba junto al corral de sus cabras. Después de ordeñarlas,les abría la puerta y las llevaba de careo por las tierras de su propiedad. Lloviera, hiciera sol, hiciera frío o nevara a lo largo de todo el día, estaba pendiente de los animales. También de los jabalíes que por todo el monte y junto a los lugares con agua, buscaban alimento, se bañaban o escondían.Al atardecer cada día, encerraba su rebaño en el corral

y de nuevo recorría el camino hasta la casa del pueblo donde vivía con su familia.Este era su mundo, su felicidad, su libertad más limpiay su forma de entender y vivir la vida.

Un día, todavía, invierno,apareció una enfermedad que atacaba y se extendió rápidamente entre los humanos por todos los lugares del mundo. Los gobiernos, para impedir que las personas enfermarany el mal cada día fuera más potente,obligaron a las personas a encerrarse en sus casas en todas las ciudades y pueblos del mundo. Él se sintió libre de esta prohibición porque comprendía que debía seguir cuidando de su rebaño y por eso siguió cada día levantándose temprano, recorriendo el caminoy dedicarse al cuidado de los animales. Solo se le vio bajo la lluvia, el sol, las tormentas, el viento, el frío y la nieve, por entre los montes y sus cabras. Frente a las nubes y los horizontes, de vez en cuando y acompañado de sus perros, decía: “Todo en el mundo debería ser y comportarse como la suavidad del viento que cada día acaricia mi cara. Es lo que en realidad hace falta y por aquí hay en tanta abundancia. Tengo que aprender a coger puñados de este viento y modelarlo para regalar a muchas, muchas personas".

8 de julio 2020 -115

EL REPARTO

El abuelo tenía una finca en la montaña, al norte de la ciudad. Un buen trozo de terreno poblado de jaras, romeros, tomillos, aulagas, muchas encinas, acebuches y también manantiales y arroyos con buenas aguas.Donde manaba una de estas fuentes, al levante y sobre un cerrillo,a lo largo de los años, el abuelo había construido un pequeño edificio.Sucortijo particular, de paredes blancas, puertas y ventanas de madera y en la entrada, había clavado el esqueleto seco de una pequeña encina con sus troncos y ramas.Aquí el abuelo, a lo largo de los años, había colgado muchas veces los arreos de las bestias, herramientas de labranza, palos y bastones. Dentro del edificio, todo era muy simple: En el espacio rectangular, había dos habitaciones, una sala y la cocina en un rincón. Cerca de la cocina, había una mesa de madera que él mismo construyó de troncos viejos de encinas, acebuches y almeces.

Junto a esta mesa, se sentó una mañana, cuatro meses después del comienzo de los contagios. Sobre el tablero de la mesa, puso varios sobres algunos muy abultados al tiempo que pedía a los familiares que se acercaran. Le indicó a la más pequeña de los hermanos, que se sentara a su lado y colocó encima de sus piernas el sobre más abultado. Le dijo:
- Reparte lo que hay dentro, en partes iguales, entre todos los aquí presentes. Hizo ella lo que le pedía el abuelo y luego él fue colocando en fila, todos los demás sobres, que había soltado en la mesa. El más grande de todos los sobre y de mayor volumen, lo puso a su derecha. Habló y dijo:
- En cada uno de estos sobres, he puesto el dinero que a lo largo de mi vida he ahorrado. Es lo que os dejo en herencia. En el documento que voy a firmar ahora mismo, están escritos vuestros nombres y el sobre que os corresponde.

Puso la hermana menor un papel delante del abuelo y éste se dispuso a

firmar al tiempo que decía:
- La firma que aquí ahora misma voy a estampar, es la más valiosa entre millones.
Uno de los presentes, preguntó:
- Abuelo, y el contenido del sobre que tienes a tu derecha ¿qué es y para quien?
- El contenido de este sobre, es algo muy grande y será para el que de vosotros me diga con exactitud cuántas veces, a partir de ahora, voy a ponerme y quitarme la mascarilla que en estos días todos llevamos puesta. En un sobre cerrado, tenéis que darme vuestras respuestas. La verdad, yo la tengo escrita en un papel guardado dentro del sobre que hay a mi derecha.

9 de julio 2020 -116
LA ESCRITORA
Asomado a la ventana, mira y medita. Algún joven pasa de vez en cuando, haciendo ejercicios, otros paseando sus perros y una muchacha con su mochila. La enfermedad sigue muy potente por todos los países del mundo. Muchas personas se contagian, bastantes enfermany mueren también muchos. Medita las cosas mientras asu mente acuden los recuerdos y en silencio los revive:

“La otra tarde, subí por el camino que conocía desde hacía mucho, mucho tiempo y que lleva a las ruinas de la que fue la casa de mi infancia. Recorrí contigo este camino en aquellos días y ahora esta tarde, lo hago solo. A mi izquierda me va quedando el monte de jaras y juegarzos por donde sé tienen sus madrigueras los conejos, los zorros y algunos gatos monteses. También urracas, arrendajos y palomas torcaces. A mi derecha, según iba avanzando, descubría los quebrados acantilados rocosos por donde también revoloteaban cuervos, grajas y algunos cernícalo. Por el fondo de este acantilado, discurre hermoso y con bastante caudal, el gran río.

Al llegar a la curva, veo que el camino se divide. El principal que es el que vengo recorriendo, sigue avanzando hacia la parte alta de los acantilados. El camino secundario que de este principal se aparta, se viene para mi derecha y enseguida, adaptándose a la inclinación del terreno, desciende. Y justo aquí, en la curva y donde se dividen los caminos, al frente veo las majestuosas encinas. Grandes como bosques enteros, con sus ramas muy abiertas y apuntando a todas las direcciones y, al mismo tiempo, tapizados sus troncos con el característico color negro gris. Sé que estos árboles son mucho más que centenarios. Por eso su belleza siempre me impresionó y me llenan de asombro ahora mismo.

Me desvío por este camino de la derecha y, pausadamente, empiezo a descender. Tengo claro lo que vengo buscando por aquí. Y no he recorrido treinta metros, cuando oigo murmullo de personas hablando. No me paro. Conozco bien el lugar y mejor aún conozco el robusto edificio de piedras y tejas rojas de barro. Al dar una pequeña curva hacia la hondonada, veo primero el tejado del gran edificio. Sigo avanzando y poco a poco voy descubriendo las paredes, las ventanas y las puertas.

Continúo bajando y no tardo en ver, ya casi en la hondonada y no lejos de donde el manantial brota, a los hombres. Cuatro o cinco que se mueven transportando piedras, maderas, losas y cemento. Me ven bajar y no detienen su tarea. No los conozco de nada. Me acerco a ellos, los saludo, espero unos segundos y luego les pregunto:
- ¿Qué obras estáis haciendo por aquí?
El que parece el capataz, me dice:
- ¿No has visto el gran letrero que hay en la parte alta de la terraza que da al río?
Movido por la curiosidad de lo que me anuncia el capataz, miro hacia este punto concreto.

En la parte alta de la terraza que mira al sol de la mañana y a las cumbres de Sierra Nevada, sobre la pared y encima de la puerta principal, veo el letrero. Enseguida me impacta el color rojo de las letras resaltando sobre un fondo azul verde agua, muy suave. Leo despacio lo que aquí hay grabado en bonitos azulejos: “Villa palacio de la Princesa de los Zapatillos Rojos”. El corazón se me sobresalta y miro con interés a los que se afanan en las obras. Sé bien quién es esta princesa porque la conozco desde hace ya mucho tiempo. Pero para comprobar hasta dónde también el capataz sabe de la historia de esta princesa y de la casa que están remodelando, pregunto de nuevo a este hombre:
- ¿Y qué sabéis vosotros de esta princesa?

Directamente el capataz me responde:
- Que es de un país lejano donde la nieve cae y cubre casi durante seis meses a lo largo del año. Hace tiempo, un año vino a Granada y estudió en la Universidad a lo largo de todo el curso. Se enamoró de esta ciudad, se enamoró de los paisajes, de todos estos lugares, se enamoró de las flores, se enamoró de las hojas y olores, se enamoró de los pájaros, del palacio del sultán, de las cumbres de Sierra Nevada, del barrio del Albaicín, del río Darro que corre a los pies de la Alhambra y de muchas personas. En ese tiempo escribió un libro que tituló, “Entre la Nieve y el Desierto y luego, cuando fue corregido, le dejó el nombre de “La Princesa de los Zapatillos Rojos".

En las páginas de este libro reflejó hondos y bellos sentimientos, sueños casi imposible de alcanzar y muchos trozos de un gran corazón enamorado. Algo que sacó de lo más hondo y sincero de su alma con el deseo de rescatar lo que para ella era muy importante y de ninguna manera pudo. Por eso todas las páginas de este libro estaban y están llenas de momentos bellos diluidos en el tiempo y de trozos de muchas pérdidas. Pero ella escribió este libro con el deseo de transmitir a los demás y a personas concretas, los latidos y sueños de su alma y corazón impulsada por el deseo de salvar algo muy querido.

Leyeron algunas personas este libro. Ella misma se lo regaló a estas personas y luego todo quedó en silencio. No muchos días después, se marchó de la ciudad de Granada a donde había venido solo para estudiar a lo largo de un año. Pero cuando de aquí se alejó, a otra ciudad distante de estas tierras y luego a su ciudad natal donde las nieves son casi eternas, la

añoranza se le instaló en el corazón. Para aliviar un poco estos momentos, se puso y escribió otro libro. Dio por título a este libro “El Mirlo es Negro la Amapola es Roja”. Un relato sencillo, muy hermoso, donde fue coleccionando todos sus recuerdos y vivencias con las personas que conoció y los rincones que pisó el año que estuvo en Granada. Y este libro sí que le salió redondo, muy redondo.

Lo escribió en su lengua natal el ruso y luego lo tradujo al español. Se lo corrigieron y quedó un bonito texto. No se sabe cómo pero empezaron a leer este libro muchas personas. Gustaba sinceramente a las personas y estoy hizo que ella se animara a escribir aún más cosas. Escribió más cosas y entonces…”

Lo que sucedió entonces, yo ya lo sé.Un día, sin que nadie lo esperara y de la noche a la mañana, se presentó una extraña enfermedad que se extendió por todo el planeta infectando y matando a muchas personas.También ella se quedó paralizada, llegó el silencio, corrió el tiempo, la enfermedad llenó cada día más de muerte y miedo a las personas a lo ancho y largo del planeta y, en estos momentos, la incertidumbre y el cansancio mantiene en un puño a muchos, muchos corazones. ¿Dónde estará y qué a sido o es de esta joven?

10 de julio 2020 -117

LOS NIÑOS POBRES

A él lo llamaban el maestro porque era sabio, había estudiado filosofía y sabía mucho. De cuerpo delgado, alto, pelo canoso y palabra fácil, un día dijo al joven:

-Vamos a encontrarnos con los niños pobres. Lo que más necesitan ellos es alimentos, casa y ropa, cosas que nosotros no tenemos pero sí podemos darles compañía, algo de cariño y palabras buenas. Yo puedo reunirlos y enseñarles algunas cosas y tú puedes jugar con ellos. Al menos de este modo, sentirán algún calor humano y aprenderán algo.

Caminaron por las calles y llegaron al lugar donde los niños pobres estaban. Ya casi a las afueras de la ciudad,por donde casi todo el territorio era campo. Al llegar, los niños se quedaron mirando y el maestro enseguida les dijo:

- En esa vieja casa, nos vamos a reunir. Quiero deciros algo que es necesario que sepáis.

Bastantes niños, enseguida se concentraron en la casa vieja. Se puso el maestro frente a ellos y les dijo:

- Si vais a un sitio que no conocéis y, por las calles solitarias, os ponéis a caminar con miedo porque desconfiáis delas personas y por eso, no queréis preguntar a nadie¿cómo lograríais encontrar el camino para salir del laberinto yregresar sanos y salvos?

Los niños todos miraban al maestro fijamente y ninguno se atrevía a pronunciar palabra.Pasado un rato, el mayor del grupo dijo:

- Maestro, lo que usted no pregunta es exactamente lo que estamos viviendo nosotros y muchas personas ahora mismo en este mundo por culpa del virus que está invadiendo todo el planeta.Nosotros tenemos hambre y queremos comer para no morir.

Al oír esto, el joven amigo del maestro, dijo:
- Un amigo mío, tiene una finca no lejos de aquí con muchos árboles frutales cargado de frutas. Me ha dicho que podemos ir y coger todo lo que queramos para que podáis comer.
Otro de los niños del grupo, expresó:
- Pues vamos ahora mismo y después, te llevaremos a ti y al maestro a un barrio que no conocéis y que está solitario. Algunas personas ahí están encerradas en sus casas y otras personas son malas. Os vamos a dejar en este sitio para ver si sois capaces de encontrar el camino de regreso.Así nos demostráis con un ejemplo cómo resolver el problema que el maestronos ha planteado.

11 de julio 2020 -118
Pórtico otoñal. Primeras
tormentas. Hecho real / 7 de septiembre

Justo hoy, día 5 de este mes, ha llegado la primera tormenta. Y como en aquellos días que tú bien sabes, ha regalado truenos, ha desplegado rayos y ha derramado mucha, mucha lluvia. Y precisamente por donde más agua a caído ha sido por los territorios donde tú duermes ahora, paisajes y montañas cercanas. Es en estas tierras donde nace el pequeño río que también conoces y se le distingue con el nombre de río Darro. Nace en estas montañas donde duermes y después de un recorrido no muy largo, pasa justo a los pies de la Alhambra y cuando ya va entrando el núcleo de la ciudad de Granada, se pierde en el embovedado. Este trozo de río tú no lo conoces mucho ni yo tampoco tuve gran interés en mostrártelo. Es un paisaje urbano que como sabías y siempre sabrás, para nosotros no tiene gran interés.

Pero este año, antes de la primavera, en este trozo del río Darro un poco antes de perderse en el embovedado, se estableció un pato silvestre. Una hembra de ánade real que hizo su nido y sacó adelante siete pequeños patitos. Acompañados de dos gansos que llevan ya por aquí viviendo varios años, estos patitos han crecido y ahora ya están muy grandes en este pequeño trozo del río. He seguido con mucho interés toda la historia de estas aves y aunque ya están grandes y vuelan a sitios desconocidos para mí y luego vuelven, cada tarde me acerco a verlos. Les regalo unos puñados de semillas y también a los dos gansos y luego por aquí me quedo un rato contemplando la corriente, observando la pequeña fauna y vegetación que por aquí se da y, a veces, comentando algunas cosas con las personas que se acercan, miran y me preguntan.

Justo el día 5 de este mes descargó la primera tormenta, como ya te he dicho en las partes altas de este río. A las pocas horas, el cauce ya bajaba muy lleno y con las aguas color chocolate. Nada interesante para mí pero sí sé que son las manifestaciones propias de la estación del año que dentro de poco va a llegar. Al día siguiente, también descargaron algunas tormentas. Y ayer por la tarde, se dio la tormenta más grande. Se situó justo encima de los palacios de la Alhambra, por donde la Abadía del Sacromonte y todo el trozo de este río que te estoy comentando. Me cogió la lluvia justo mirando a la pequeña bandada de patitos, por donde hay un charco que yo llamo de las Truchas y bajo un gran árbol decorativo que también llamo el plátano. Y como

esta tarde tampoco traía conmigo ni paraguas ni impermeable para defenderme de las lluvias, tuve que refugiarme en la entrada de un viejo edificio que en otros tiempos fue un magnífico palacio. La lluvia arreció mucho y al poco, la estrecha calle de la Carrera del Darro, parecía el hermano menor del río que te estoy comentando. Cayeron muchos granizos y recias gotas de agua, estallaron muchos truenos, brillaron bastantes relámpagos y la calle se quedó por completa solitaria. A nadie se veía por aquí.

Tuve que refugiarme como ya te he dicho en la entrada de un edificio antiguo. Y aquí, mientras la lluvia caía y yo dejaba que el tiempo pasara esperando a que amainara, me sentía bien. Ya sabes lo mucho que a nosotros siempre nos ha gustado la lluvia y, en esta época del año preludio del otoño, aún más. Y aunque esta tarde no estabas tú ni los paisajes son los que a nosotros siempre nos han gustado, me sentía bien mientras te echaba de menos. Y de pronto, como si surgiera de un sueño, ocurrió algo maravilloso que es lo que quiero contarte.

Desde mi original refugio para defenderme de la lluvia, miraba yo a las aguas que por los adoquines de la calle se deslizaban. Miraba a un lado y otro viéndolo todo solitario excepto lluvia, pequeños arroyuelos y más lluvia y nubes negras repletas de truenos y relámpagos. Y de pronto, por mi lado derecho y viniendo desde Plaza Nueva río Darro arriba hacia el Paseo de los Tristes, apareció la figura de una muchacha. Por completo también solitaria, sosteniendo un paraguas no muy grande, un vestido totalmente blanco, zapatillas de deporte y una pequeña mochila. Su estatura baja, menuda y delgada. Noté que mientras se acercaba me miraba. Ni la conocía ni me conocía. Por eso pensé que pretendía pararse y refugiarse de la lluvia en el mismo portal en que estaba yo.

Unos metros antes de llegar a mí improvisado refugio, la saludé y la invité a que se detuviera. Le dije:
- Llueve mucho y la calle, como estás viendo, es toda un puro río encharcado. Espera que un momento que la tormenta quizá no dure mucho.
Me miró, detuvo un momento sus pasos, dijo algo en un idioma que no entendí y siguió avanzando. No le di mucha importancia al hecho. Noté que era una joven turista que paseaba por esta zona descubriendo las cosas de la ciudad. Por esta calle Carrera del Darro, es por donde más turistas pasan en todos los momentos y horas del día. Y con mucha frecuencia se ven jóvenes solas portando su mochila y cámara de fotos.

Avanzó esta joven dirección al puente Cabrera, pisando lentamente el gran charco de agua que por la calle se estiraba y se deslizaba en forma de río. Como si la recia lluvia que caía no le importara y como si tampoco le importara los charcos y los chorros de agua que de los tejados se precipitaban. Desde mi refugio la observé un momento mientras se aleja y al poco veo que al llegar justo a la altura del puente, se detiene. Mira para atrás y anda unos pasos como de regreso. Pienso que al darse cuenta de que la lluvia es cada vez más intensa y los charcos en la calle cubren por completo, decide detenerse o regresar. Toda la calle sigue por completo solitaria. Solo

las burbujas que las gotas forman al caer sobre los charcos, las recias gotas de lluvia golpeando insistentemente y el rumor de todo este chapoteo, se ve y oye.

Y yo, un poco ahora interesado por la presencia de esta joven, desde mi refugio, la sigo observando. Veo que regresa. Lentamente refugiada bajo su pequeño paraguas, regresa pegada a las paredes de la casa para que la lluvia no le caiga por completo encima. La observo y pienso que ha desistido de su paseo. Pienso que regresa por temor a que la lluvia siga cayendo y la empape o le sorprenda algo imprevisto. Pienso esto mientras sigo observándola acercándose poco a poco al portal donde estoy refugiado. Cuando ya está a sólo unos pasos de mí, de nuevo le pido que se pare y en este pequeño refugio del portal, espere un poco a que la lluvia amaina. Me mira y pronuncia palabras que sigo sin entender.

Saco el móvil de mi bolsillo, pulso, abro el traductor de Google y elijo el inglés y el español. Le pregunto de nuevo y responde en inglés.
- Puedes ponerte bajo mi paraguas y te acompaño al sitio en que tengas que ir.
Bastante sorprendido le digo que no tengo prisa. Que puedo esperar a que la lluvia amaine mientras ésta cae y yo observo.
- Me gusta ver llover. Pero que voy dirección a Plaza Nueva y, un poco más adelante, en Gran Vía, subiré a un autobús.
- Ponte bajo este paraguas mío y te llevo hasta tu autobús.
Le obedezco. Me cubre con el paraguas y lentos caminamos calle adelante hacia Plaza Nueva. La lluvia sigue arreciando y la calle sigue por completo inundada. No sé qué decirle. Ni me conoce ni la conozco de nada. Sí noto por su rostro, cuerpo y tono de voz, que es de un país oriental. Le pregunto y me responde que es de Japón. Que solo va a estar dos días en Granada de visita turística.

Cruzamos Plaza de Santa Ana todas convertida en un pequeño charco de agua, cruzamos Plaza Nueva, avanzamos por la calle Reyes Católicos, giramos por la acera de la Gran Vía. En unos metros, ya estamos en la parada del autobús. Le indico que aquí, bajo la marquesina de la parada, puedo refugiarme mientras el autobús llega. Y le pregunto:
- ¿Cómo puedo agradecerte tu bonita actitud de ayuda?
Sin más me responde:
- No es nada, es lo mío.
Me ofrece su mano, se la estrechó cortésmente y de nuevo le doy las gracias. Se gira lentamente, bajo su paraguas, comienza a caminar de regreso por la acera de la Gran Vía y yo, todavía más sorprendido, la observo mientras va perdiéndose entre las demás personas.

Justo en este momento, a mi lado y bajo la marquesina de la parada del autobús, se detiene una joven alta, de pelo rubio, cuerpo delgado y sosteniendo en sus manos un móvil y un mapa. Adivino enseguida que es turista y está buscando, con el móvil y el mapa, algún lugar concreto en esta ciudad. Sin más, la saludo y le digo:
- Puedo ayudarte, si lo necesitas.

La joven, se muestra como impasiva. Tarda unos segundos en mirar sin volver la cabeza y, tal como está observando el mapa y el móvil, simplemente hace un gesto con su cabeza y mano al tiempo que escuetamente y como desconfiada y molesta, pronuncia:
- Estoy bien.

12 de julio 2020 -119
SU JUBILACIÓN
A lo largo de toda su vida, a unos y otros, siempre les decía:
- Cuando me jubile, voy a cumplir por fin mi bonito sueño.
Y al oírla, unos y otros le preguntaban:
- ¿Y cual es ese sueño bonito tuyo?
- Nos pasamos la vida, un día detrás de otro, resolviendo problemas y nunca terminamos. Nunca alcanzamos la tranquilidad y paz perfecta ni en ningún momento lo tenemos todo resuelto. Dificultades y problemas un día detrás de otro y la felicidad que buscamos, nunca llega.
- ¿Pero cuál es ese sueño bonito tuyo?
- Cuando me jubile vais a verlo.

Cuando ella se jubiló, como no tenía familia ninguna y solo algunas amigas, desde el primer día se fue a vivir a la pequeña y blanca casa que a lo largo de su vida había construido. Sobre rocas justo al borde mismo del riachuelo de agua clara y fresca brotada entre piedras cincuenta metros más arriba. A un joven sin padres ni casa ni trabajo, le dijo:
- Quiero que cada día me cuides las plantas que hay en la puerta de mi casa y que me hagas las compras de las cuatro cosas que cada día necesite. A cambio, te daré un dinero para que puedas vivir y ahorres como lo hice yo para construirte una casa.

Con gusto el joven aceptó lo que ella le proponía. Y el primer día, regó y podó las plantas del jardincillo, le hizo la compra de las cosas que necesitaba y, al terminar la jornada, ella le dio cien euros. Lo mismo le dio al día siguiente, al otro y al otro. Un poco extrañado, pasado un mes el joven le dijo:
- Yo hago mi trabajo con gusto cada día porque usted es buena y la respeto pero ¿por qué me paga tanto y a diario?
Y ella le dijo:
- Con lo que cada día te doy, tienes lo suficiente para vivir y ahorrar para comparte una casa. Y al mismo tiempo, yo también estoy invirtiendo en la construcción de un palacio allá en el cielo. Cuando me muera, voy a cumplir este bonito sueño. Allí te estaré esperando para que eterno, en aquellos reinos, sigas siendo jardinero.

13 de julio 2020 -120
EN LA CUEVA
Lo recuerdo hoy, cuando todavía la gran enfermedad está muy presente por todo el Planeta y me pregunto: ¿A dónde se fue y qué es ahora en el inmenso infinito del universo?

Rocé, por mi derecha, el acantilado rocoso y me encontré de frente con la pequeña cueva. Cavidad rocosa donde, años atrás, había pasado los últimos

días de vida una persona muy querida. Vivía solo, apenas tenía ropa, cogía el agua del pequeño manantial a los pies de la roca, guardaba algunos alimentos en las repisas de las paredes de la cueva y en un rincón, encendía fuego. Para calentarse en los días de invierno y para asar bellotas, castañas y setas en los días del otoño. En la torrontera, por el lado de debajo de la cueva, Tenía un pequeño huerto. Tanto en verano como en otoño, invierno y en primavera, en estas tierrecillas sembraba algunas cosas. Y en la paredes de la rústica cueva, al lado derecho, En la pura roca, había tallado algunos carcteres. **大头哈**西尼亞

Un día le pregunté y me dijo:
- Esto es algo tan personal que nunca he compartido con nadie. Pertenece un trozo de mi vida que considero tan importante, que en este trozo del tiempo y vivencia, estoy contenido todo y la eternidad en la que creo.
- Precisamente por lo que me dices y de la manera en que me lo dices, en mi corazón arde el deseo de saber más sobre este trozo de tu vida.
- Quizás te cuente un día porque ahora no creo que sea el momento. Sí te digo para que lo tengas en cuenta por si algo en algún momento puede servirte, que el alejarse de las personas y perderlas para siempre cuando aún tenemos vida en este suelo, es una desgracia. Una gran desgracia que nos hace más pequeños y miserables dentro del gran plan del universo y la eternidad. Las personas, cuando aún estamos en este mundo y respiramos el aire que nos regalan, nunca deberíamos dejar de querernos unos a los otros. Nunca deberíamos distanciarnos ni perdernos para siempre. Es un fracaso triste si esto sucede.
Y no insistí más ni tampoco le hice ninguna pregunta aquel día ni en los que siguieron.

En la misma puerta de la rústica cueva, crecía un arbolito que siempre estaba verde. Era un acebo. Todos los inviernos este arbolito se llenaba de bayas rojas y en sus ramas, desde primeras horas del día hasta media tarde, siempre descansaba una pequeña bandada de gorriones. Como compañeros y amigos fieles que, de alguna manera, parecían querer dar compañía a este hombre. En el centro de este arbolito, en las ramas interiores y partes bajas, también con mucha frecuencia revoloteaban mirlos. Cantaban mucho según la primavera iba llegando y hacían sus nidos entre estas ramas. A él le gustaba mucho la presencia de estas aves y por eso nunca las molestaba. Al contrario: de vez en cuando, les daba algo de comer y procuraba no asustarlas para que se sintieran cómodas. Su presencia era como una compañía muy especial.

Desde el día que hablé con él lo de los signos grabados en las paredes de la cueva y a lo largo de bastante tiempo, compartimos horas silenciosas, pasos por las sendas de estas laderas y montañas. Cargando en su borriquillo ramas secas del monte, hortalizas y frutas de su huertecillo, hierbas y otras cosas recogidas por las tierras de estos lugares. Era hermoso verlo solitario ir y venir recorriendo las sendas en compañía de su pequeño y humilde borriquillo. En los días calurosos, en los días de lluvia, en los días del otoño, en los días perfumados de flores de romero en primavera y en los días de

nieve en invierno. Era hermoso verlo siempre al lado de su borriquillo surcando los caminillos de estas montañas.

Y con frecuencia, cuando nos parábamos a descansar en alguna curva de los caminillos y nos sentábamos en las rocas frente a las altas crestas al lado del levante, me decía:
- Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirte en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo.

Estas cosas me decía y a cada momento notaba que quería enseñarme el camino a esta tan íntima oración. Lograba yo entender un poco peroal mismo tiempo, era consciente de mis limitaciones. Un día, dejé de verlo. Al llegar a su cueva, no lo vi, lo esperé y no llegó, lo busqué por todos estos lugares y no lo encontré. El silencio se hizo en su cueva, el tiempo poco a poco fue llenando de telarañas, musgo, ramas de hiedra y humedad, las rocas de esta cueva suya y en las piedras de las paredes, permanecían tallados los caracteres enigmáticos que nunca me reveló. Llegué a descubrir que era el nombre de una persona pero nada más pude averiguar.

Lo recuerdo hoy, cuando todavía la gran enfermedad está muy presente por todo el Planeta y me pregunto: ¿A dónde se fue y qué es ahora en el inmenso infinito del universo?

14 de julio 2020 -121

OTRO MUNDO DISTINTO

-Si Dios me diera a mí poder, lo primero que haría es cambiar por completo el mundo. De todas las personas, quitaría los sufrimientos, el dolor y la muerte y borraría, de la noche a la mañana, todos sus problemas.Haría un mundo nuevo donde la soledad, las pérdidas y las penas noexistieran.
Estas palabras eran las que la madre siempre pronunciaba. Y se veía en ella, en su buen comportamiento y en su rostro, la sinceridad de lo que decía. Ella era pequeña, muy pobre y no tenía estudios ni amigos ricos pero en su pecho latía un corazón puro, repleto de amor y ternura para todo el mundo.

La recuerda hoy asomado a la ventana mientras mira y medita en silencio.A su derecha, por entre las ramas de los almeces, almendros y pinos, cantan las chicharras. Por la calle, nadie pasa. Solo a primera hora de la mañana, de este día caluroso de verano, se han visto algunos jóvenes por las puertas de las facultades. Son los exámenes para el acceso a las carreras universitarias del próximo curso si es que la enfermedad mundial lo permite. A sus espaldas, se ve la ciudad y sobre ella, se cierne una densa capa de calima

gris y silencio. Profundo silencioporque el virus ha hecho y está haciendo muchos estragos en las personas no sólo en esta ciudad sino por todos los rincones del mundo. En este extraño silencio, adivina el sufrimiento de las personas, la soledad, el hambre y la enfermedad. Como si el mundo entero y, sobre todo, las personas, estuvieran naufragando ante la puerta de un final total.Esto hace que a su mente acudan la imagen de la madre y rememore con mucha fuerza las palabras que en aquellos tiempos continuamente repetía.

Recuerda el día y el momento en que al hermano pequeño lo expulsaron del grupo porque decían que no era bueno para el trabajo.El grupo entero con el jefe al frente, pasó por delante de la madre y se fueron derechos a donde tenían el trabajo. El hermano lo seguía con el deseo de pertenecer a este grupo y unirse al mismo trabajo con ellos. Pero eljefe, lo paró, lo apartó del grupo y le dijo que no los siguiera. Se quedó parado solo a cierta distancia y al verlo la madre, se acercó a él y le dijo:
- Tú no te preocupes.Yo hablaré con el jefe y luego hablaré con Dios para que se arregle todo esto.No me gusta que los demásdañen y añadan problemas a la vida de otras personas.Ya cada uno tenemos bastante con lo nuestro.
Y el hermano menor, se vino junto a la madre, cerca de ella se quedó mientras miraba en silencio al grupo y al jefe alejándose hacia el lugar del trabajo.

15 de julio 2020 -122

MEDITACION JUNTO AL RÍO

Por el barrio del Albaicín, por la Carrera del Darro, por los caminos y jardines de la Alhambra, Prado de Otoño y Cortijo de la viña, por todos estos lugares, tú eres ahora ya pura ausencia. Nadie, absolutamente nadie, sabes de ti. Solo yo por estos lugares te sigo paseando en mi mente en forma de recuerdo y escribo algunas cosas, de vez en cuando para que tu memoria no borre del todo. Por estos días, justo en plena Navidad de este último año, son muchas las cosas que quisiera contarte. Las calles las han decorado como todos los años, han montado los belenes, las personas pasean, charlan entre sí y compran cosas las aves y patos del río, se mueven buscando su alimento y la lluvia cae de vez en cuando. Todo exactamente casi igual a otros muchos años y no hay más. Aún así, quisiera contarte muchas cosas pero hoy, exactamente día de Navidad, tengo algo muy sencillo que voy a compartir contigo.

Lo vi subí por la veredilla que asciende por entre el pequeño bosque de robles. Iba solo y caminaba despacio. A sus espaldas llevaba una mochila gris y en su mano derecha portaba un palo añejo.

Remontó hasta lo más alto por el lado del levante del río y se internó ahora en el pequeño bosque de encinas, jaras y aulagas. Por lo alto de esta torrontera caminó en dirección contraria a la corriente del cauce y un rato después, giró para su izquierda. Descendió hasta el borde de las aguas del río que, cristalino y no muy caudaloso, venía como de un mundo desconocido. Lo vi cruzar estas aguas saltando por unas piedras y buscó un

lugar lleno de hierba. Como una pequeña alfombra tapizada de musgo, juncia, piedras rodadas del río y arena.

En este lugar, sobre la hierba, frente a las aguas del río que lentas llegaban hacia él como de lugares misteriosos y lejanos y frente a una amplia curva tapizada de vegetación. Al fondo y no muy lejos, se oía el rumor de alguna cascada y se veía el reflejo de amplios charcos azules. Se quedó quieto sentado en esta alfombra de hierba frente a las aguas que mansas corrían casi a sus pies y miró sin prisa. Su presencia empezó a llenarme de cierta curiosidad y algo de asombro al mismo tiempo que de respeto. Pensé que venía de la ciudad y buscaba un lugar tranquilo para meditar sus cosas. Y pensé que su meditación sin duda era algo tan personal y excelso que se confundía con todo el entorno y las aguas del río.

Sentí tanto respeto y admiración, que hasta me pareció que el alma y corazón, seme llenaba de su paz y misterio. El lugar era tan hermoso, tan lleno de silencio y aromas a musgo, tan lejano de ciudades y pueblos y tan puro todo, que más bien la escena y el paisaje se parecían a un sueño. A un trozo de cielo, a un trozo de eternidad.

Esta pequeña estampa, escena casi espiritual, es lo que hoy tenía necesidad de compartir contigo. Algo tan sencillamente distinto al mundo que se mueve dentro de las ciudades en estos días que por eso, al menos yo, lo encuentro gratamente hermoso.

16 de julio 2020 -123
LA CASCADA
¡*Quién pudiera yavolar*
invisible como el viento
y en la honda eternidad
ser por fin silencio
y todo, todo paz!

A la hora fijada llegaron al lugar acordado. Justo a la pequeña llanura que hay a la derecha del río según se mira hacia el levante. Era por la tarde y ya el sol estaba muy caído sobre el horizonte.El cielo comenzaba a tornarse coloramapola desteñida y el aire olíaa verano tostado impregnado todo por el monótono canto de chicharras.Había sido unos de los días más calurosos del año precisamente porque el verano estaba casi en su centro.

Ellos eran un pequeño grupo de jóvenes que habían quedado con un conocido, amante de los lugares, para recorrer y explorar algunos rincones de la montaña. Por eso, desde la pequeña llanura a la derecha del río mirando al levante, las cumbres se veían imponentes y muy altas. Como robustas columnas apuntalando al cieloy escondiendo en sus laderas, bosques, ríos y manantiales, bellezas insondables y misterios, muchos misterios.Los que llegaron, dijeron al que le iba a guiar.
-Después de tantos díassin poder salir de casa por miedo al virus, estamos deseando ver las cascadas que nos dices, tocar sus aguas y refrescarnos en sus chorros.

- Pues seguidme qué os las muestro antes de que el sol se ponga por completo.
Los que habían llegado siguieron al que guiaba y ladera arriba, por entre el monte y rocas, buscaron la pequeña senda.Remontaron a lo más alto de la colina justo cuando el sol se empezaba a tapar tras las montañas en el horizonte a lo lejos.El guía les dijo:
- Hemos llegado en el momento exacto.

Bajaron ahora por la pendiente en busca del caudaloso cauce en lo profundo de la garganta y justo a unos metros antes de la curva del río, en una pequeña plataforma que hacía como de mirador, se pararon. Frente a la ruidosa y enorme cascada que, por entre las ramas de árboles, se veía al fondo. Los últimos rayos de sol de la tarde,incidían sobre las aguas que en abanico se despeñaban y los colores de la luz, vestían de magia todo el entorno. Los que habían llegado, al sentirse sobrecogido por el espectáculo, dijeron:
- La creación es hermosa y Dios la cuida y la mantiene viva de la forma más delicada.Es necesario que el virus que se ha instalado entre nosotros llenándonos de miedo, enfermedad y muerte, se vaya por completo de este suelo.Quedémonos aquí esta noche, gocemos de rumor y perfume de estas aguas, contemplemos las estrellas en el cielo y demos gracias a Dios por todos los que nos regala. Pídenosleen esta oración, que nos libre del virus que se extiende por todo el mundo y que en nuestros corazones se instale la paz, el silencio y el gusto por lo bello.

17 de julio 2020 -124

DÍA DE REYES

Este día del nuevo año, amanece sin nubes, con la temperatura muy fría, con bastante nieve en las cumbres de Sierra Nevada y con escarcha por la orilla del río Darro. No ha nevado este año por Navidad como sí lo hizo el año pasado y los anteriores. Las aguas de este pequeño río que bien conoces y que corre a los pies de la Alhambra, bajan muy claras. En estas aguas y en un gran charco que hay cerca de la iglesia de Santa Ana, es donde el año pasado un ánade real hizo su unido y sacó adelante 7 polluelos. Por aquí están ahora mismo en esta mañana de Reyes estos 7 polluelos con sus dos padres. Casi un año ha pasado ya desde que nacieron y cada día tengo más esperanzas de que por aquí se van a quedar para siempre. Puede que este año, ahora en primavera, vuelvan a hacer sus nidos en este mismo lugar. A las personas que pasan por la calle Carrera del Darro que discurre paralela al cauce del río por donde te estoy diciendo, cada día les gusta más la presencia de estas aves. Pero hoy, en esta mañana fría, soleada y muy llena de ausencias, lo que a mi mente acude y quiero compartir contigo, es lo siguiente:

El edificio se encontraba casi en el centro del barrio del Albaicín. Era grande este edificio y en él, a lo largo de bastante tiempo, vivió un grupo de personas. Se dedicaban estas personas a rezar, a enseñar a otros, a escribir libros y a estudiar. Pasaba el tiempo y poco a poco estas personas fueron haciéndose mayores. Ningún joven tomaba el relevo. Murieron algunos y al quedar el grupo reducido y envejecido, decidieron marcharse a otro sitio.

Porque también el edificio envejecía con ellos. Claramente se veían sus paredes desconchadas, manchas de humedad por muchas de estas paredes, hierbas silvestres en los tejados y muy descolorido y roto en las partes interiores.

Una mañana fría de invierno como la de hoy, el que parecía responsable del grupo de estos hombres mayores que se marchaban a otro lugar, dijo a uno de ellos:
- Prepara las cosas y ordena tu espíritu porque nos vamos.
- ¿A dónde nos vamos?
- Tú desde luego, a un lugar muy concreto.
Al oír estas palabras, el hombre sintió en su corazón un agudo dolor. No quiso preguntar más. Si el que le urgía, de nuevo dijo:
- Y no vayas a tardar un siglo entero en preparar las cosas. Apenas te queda tiempo.
No se sentía el hombre satisfecho con lo que oía pero nada dijo. Se refugió en un discreto silencio y en su interior siguió sintiendo el dolor.

No era apreciado ni valorado casi por ninguna de las personas que en la casa vivían ni tampoco ninguno valoraba ni sus comportamientos, palabras o lo que hacía. En todo momento se mantenía en silencio y en todo momento rezaba al cielo y esperaba. También en todo momento apartaba de su mente las imágenes negativas que a veces en su cerebro si avivaban y procuraba no pensar ni rumiar nada. Por eso a la orden que le habían dado, sin pronunciar una palabra, se puso a preparar las cosas. Un poco aprisa pero quedamente y conforme iba guardando algunos pequeños objetos en bolsas, más y más su corazón se entristecía. Se decía: “Sé que la vida de las personas, en algún momento siempre tiene su final. Sé que la vida de todos nosotros está formado por etapas más o menos largas que también en algún momento tienen su final. Aceptar con resignación e inteligencia que las etapas de la vida nacen, se alargan más o menos en el tiempo y luego llegan a su final, es bueno. Pretender quedarse para siempre en el mismo punto y de la misma manera y con las mismas cosas, está fuera de todas las reglas de la naturaleza. Sé que esto es así pero ahora mismo en mi interior el corazón y el alma me duelen".

Al mediodía ya tenía recogido en bolsas las cuatro cosas que había decidido llevarse. Puso, en un lugar en las puertas del edificio, estas cuatro bolsas y unas horas después, salió a la calle. Caminó solitario bajando lentamente por la inclinación del terreno y llegó hasta el pequeño tramo del río que corre a los pies de la Alhambra. Se asomó al muro, echó una mirada al árbol plátano a unos metros del viejo puente, observó los cuatro ánades que en el pequeño charco se movían y dio unos puñados de maíz a las palomas que se posaban en las ramas del árbol. Miró a un lado y otro de la calle con un deseo muy concreto: ver, aunque solo fuera de una forma imaginativa, a la persona que con tanta fuerza recordaba.

Hacía unos meses y justo en este mismo lugar, conoció a esta persona. Fue al comienzo del curso y su encuentro le pareció hermoso. Encontró en esta persona amabilidad, sencillez, belleza y fuerza de vida. Algunas tardes

hablaron cosas sencillas de estos rincones de la ciudad, proyectos de vida y pinceladas del pequeño río por donde los ánades reales se movían. Solo algunas tardes sucedió esto porque luego, de la noche a la mañana, esta persona no apareció más por el lugar. La recordó y en secreto, ilusionado pero y deseo ver la más veces. No sucedió esto. Aceptó la realidad y en su mente, también aceptó que todo había sido como tantas otras veces en la vida. Una más de las muchas y pequeñas ilusiones que a veces se avivan en el corazón y el alma y que todo se queda en esto: en pequeñas ilusiones sin más. A su edad, sabía bien que la vida casi se componen de una cadena de estas pequeñas ilusiones que aparecen y desaparecen como el brillo de una estrella fugaz.

Aquí en este lugar tan especial para él, cerca de la corriente de río y la sombra del árbol plátano, estuvo un rato. Esperó, meditó y luego caminó lento por algunas de las estrechas calles del barrio. Si objetivo concreto de buscar nada concreto. Unas horas después volvió a la vieja casa, recogió sus cuatro cosas y siguiendo las órdenes que le habían dado, se alejó del lugar. Sintiendo que no iba a ningún sitio concreto y sintiendo que no era ni pavesa entre las personas que iba encontrando y dejaba atrás. Nadie lo iba a echar de menos, nadie lo iba a llorar el día que muriera, nadie sabía de su nombre ni de su presencia en este mundo. Este era su sentimiento y por eso solo encontraba algo de consuelo refugiándose en el Dios en que creía.

En unas horas se alejó y desapareció de estos lugares y ciertamente que nadie lo despidió ni tampoco lo echó de menos. Unos días después, la vieja casa del barrio, se quedó vacía. Las personas mayores que en ella vivían, de aquí se marcharon para siempre y el caserón quedó en su silencio y quietud. No tardó el tiempo en romperla y desmoronarla un poco más según pasaban las horas, los días, los meses, y los años. Por que los años pasaron y en el silencio de estos años, quedó para siempre perdido el hombre mayor y también sus compañeros.

18 de julio 2020 -125

LA DESPEDIDA

Metió en la vieja mochila el último cuaderno, apretó con fuerza los cordones, puso la mochila ya preparada sobre el poyete de la ventana y miró. A través del hueco de la ventana, observó durante un rato los árboles y plantas que aún por el jardín quedaban. Un extraño sentimiento recorrió toda su alma. Salió luego de la habitación, bajó las escaleras y salió al jardín. Avanzó lento por el pasillo de los naranjosyenseguida vino a su mente la imagen del viejo ciprés.Durante más de cincuenta años, había clavado su raíces y se elevaba al cielo justo a la entrada del pasillo de los naranjos. Era hermoso como un gigante y ahora ya no está.El que decidía, cuando la reforma de la casa, ordenó que los cortarán porque decía que era peligroso. Ni siquiera la peana quedó por aquí.Unos metros más adelante y también a la derecha, crecía el viejo acerolo.A esta misma altura pero a la izquierda,mecía sus ramas al aire un hermosísimo azufaifo.Lo cortaron casi al mismo tiempo que el níspero, el acerolo y la palmera.

Roza con sus manos los tres o cuatro tallos de laurel que es lo único que ha quedado de lo que fue un alto y recio árbol.Aquí mismo crecía la plantaflor de la pasión, los dos limoneros, la higuera y el caqui.Eran todos árboles hermosos quedaban deliciosos frutos y un verano detrás de otro, se fueron secando por falta de riegoaunque el agua era y sigue siendo abundante. Sus maderas se las llevó el jardinero para asar la carne de la matanza en la cocina de su casa en el pueblo. Tuerce su paseo para la derecha y enseguida se encuentra frente a donde crecía el pinsapo. Ni una astilla queda de este árbol que fue también cortado por el mismo jardinero.El seto de los romeros y arrayanes justo donde está la pequeña cueva de la Virgen, se fue secando poco a poco. En esta rocalla, florecían en primavera los cuatro o cincogranados enanos arropados por las hermosos brazos del gigante cactu. Ahora solo se ve por aquí algunos tallos de hierba muy pálidos y las rocas por completo desnudas. A su izquierda, según avanza, se ve muy seco todos los tallos del céspedque se ha ido muriendo también poco a poco por falta de riego. Crece aquí una raquítica madroñera, una lila, un granado y un naranjo.Sembraron estas plantas justo cuando cortaron el esbelto y hermosísimo naranjo de naranjas amargas que decoraba hermosamente a lo largo de todo el año. Al frente y cerca de la casa, cortaron los tres altísimos cipreses, el macasar y un magnolio y, junto a la fuente grande, también se llevaron por delante los cuatro enormes cedros, una grandiosa palmera, tresálamos blancosy los seis olmos del paseo.Las raíces deestos olmos han echado tallos varias veces y siempre los han ido cortando.Por el lado de debajo de este rellano del paseo de la fuente, se ve el lugar donde tapizaban las violetas moradas, blancas y azules. Ahí crecían dos almendros de troncos retorcidos, una morera muy hermosa, dos palmitos crecidosy chumberas.

El día que estaban cortando los dos enormes pinos halepensis, se acercó al que lo había decidido y le dijo:

- Este jardín, lo diseñaron,sembraron y cuidaron vuestros compañeros hace más de sesenta años. Mucho cariño, esfuerzo y tiempo se ha invertido en este pequeño paraíso. Lo que estáis decidiendo y haciendo ahora en estos tiempos, no me gusta nada porque creo que no es bueno ni para vosotros ni para cactus. El mundo y la humanidad necesita de la naturaleza.

-Tú no te preocupes. Sembraremos plantas y árboles nuevos. No te metas en lo que no es cosa tuya.

Y al poco tiempo, fueron sembrando algarrobos, encinas, alcornoques,naranjos, granados y limoneros.En menos de un año, casi todas estas nuevas plantas se secaron.El pequeño espacio de jardín, hermoso y lleno de vida años atrás, se veía cada día más seco y abandonado.Sus ojos lo contemplaban y su corazón se llenaba de tristeza. Tristeza que esta mañana se le hace tan grande que se vuelve, entra a la casa, sube a la habitación, coge la mochila, sale y, por la parte de atrás, donde todavía crecen varios hermosísimos álamos y brota el manantial de la fuente, busca el camino.En el agua de la fuente, lava sus manos,bebe un trago, carga con la mochila y comienza a caminar hacia la parte alta del terreno.

Cuando todavía no se ha alejado mucho del lugar, a su derecha, vela blanca casa, en la puerta a la madre y cerca de ella, a la pequeña. Al verlo la niña, se acerca a él y le pregunta:

- ¿Qué llevas en tu mochila tan llena?
- Algo de ropa, unos cuadernos escritos por míy un bocadillo.
- ¿Te vas de viaje o recorrer caminos por la montaña?
- Me voy.
- ¿Y cuando vuelves?
- Me voy y ya no vuelvo.

Nada más le preguntó la pequeña. Siguió lentamente alejándose del lugar y vio que un camión que venía en sentido contrario, se paró. Un hombre le preguntó:

- Buscamos la casa que reformaron hace poco y tiene un jardín grande. ¿Sabes cuál es?
- Seguro que es esa de la que vengo.
- Es que vemos a cortar el seto que rodea al jardín y a la casa porque quieren sustituirlo por un muro de cemento y alambre.

No hizo ningún comentario. Siguió subiendo y al llegar a donde crecen varios eucaliptos, se paró. Desde esta distancia miró al edificio y al jardín,descargó su mochila, sacó de ella uno de los cuadernos y lentamente escribió:

“La congregación religiosa dueña de esta casa, a mediado del siglo XX,en este país tenía 3.000 miembros. Al comenzar 2020, sonunos 700 y con una media de edad próxima a los ochenta años. En 2017, fallecieron sesenta y uno, cincuenta y uno en 2018 y cuarenta y ocho en 2019. En los cinco primeros meses de 2020 murieron cuarenta y nueve, uno más que en todo 2019.En cinco meses de este año han fallecido uno de 101 años, dos de 98, tres de 96, tres de 94, uno de 93, dos de 92, tres de 91, tres de 90, cinco de 89, cuatro de 88, dos de 87, dos de 86, tres de 85, tres de 84, uno de 82, uno de 80, uno de 79, tres de 78, uno de 77, uno de 75 y uno de 74. En esta casa con jardín, reformada hace sólo unos meses, viven ahora mismo unas 12 personas.De ellos, no me gusta cómo se comportan con este pequeño espacio natural. Por más que digan que aman a Dios y crean que actúan correctamente. Se les acaba el tiempo porque ya todos son muy mayores. ¿Por cuánto tiempo más vivirán aquí y por qué se comportan con el jardín y la casa del modo en que lo hacen?”

19 de julio 2020 -126

EL SUEÑO

En mi sueño, primero me acerco a este tramo del río. Aquí mismo, justo donde ahora estamos y tú cada tarde te has parado para observar y fotografiar al ánade en su nido, me puse yo. Para observar, una vez más, los restos del nido y recordar a los patitos en sus primeros y únicos momentos de vida. Todo, justo ahí, donde estuvo el nido, se ve desordenado, mudo, húmedo, feo. Ni siquiera les prestan atención las personas que pasan por la calle. La mayoría, bastantes de ellos turistas, ni han advertido lo que por aquí ha sucedido ni saben lo que cada día ocurre.

Siento la congoja en mi corazón porque me apena que lo que parecía tan bonito y limpio, haya acabado de esta manera. Y de pronto, según estoy mirando justo donde estuvo el nido, veo brotar un chorro de agua. Un chorro de agua parecido a los que brotan en los manantiales de las laderas y hondonadas en las montañas. Lo mismo y en cantidad grande y

muy clara. Se desliza esta agua y llega hasta la corriente de río y en lugar de contaminar, parece purificar y dar transparencia a las aguas y al charco de las truchas.

Y ahí, donde las aguas del manantial se funden con las del río, al darle los rayos del sol, algo brilla como un ascua incandescente. Me sorprendo aún más y me pregunto si eso pudiera ser una pequeña pepita de oro. Todos sabemos que en este río siempre ha habido pequeñas cantidades de oro. Pero esto que estoy viendo reflejado entre las piedras de la corriente y bajo las aguas, parece de un tamaño mucho más grande que el oro que por aquí se ha encontrado en todos los tiempos.

Durante mucho rato, me quedo aquí contemplando este fenómeno y el chorrillo de agua que ha brotado donde estuvo el nido y al día siguiente, te lo comento. Tú se lo dices a tu amigo el científico y éste, amante de los manantiales y ríos, se presenta por aquí y queda sorprendido. Lo del manantial, piensa que puede ser el vertido de aguas residuales de algunos de los edificios cercanos. Por eso, toma muestras de esta agua, busca y piden que la analicen y lo que se descubre es que resulta agua no solo purísima sino muy buena y perfectamente limpia de cualquier producto contaminante. Comentó él:
- Quizá en el corazón de la colina de la Alhambra, haya algún depósito de agua y por aquí se esté rezumando.

A los pocos días de esto que te he dicho, cerca del manantial por donde el nido, brotaron flores. Orquídeas, lirios silvestres, flores de la viuda, margaritas blancas y amarillas, amapolas, malvas y muchas más. Veo por aquí, todos los días, a la ánade y a otras aves de su especie y diferentes. Por la orilla del río, para arriba y para abajo, brotan más flores, retoñan arbustos, se tupen los árboles y en tanta cantidad y tan rápido, que en sólo unos días, todo este tramo del río, se convierte en un auténtico vergel. Un jardín precioso reflejado en la corriente del río, alimentado por el manantial del nido y decorado por plantas de todas las especies y tamaños. La ánade parece como la reina que cada día atrae a más y más aves de su especie y de otras. Abundan los mirlos blancos y negros, las oropéndolas, las lavadoras cascadeñas, los ruiseñores y en los charcos, nadan las truchas como acompañando a los patos.

Las personas que van y vienen por la calle Carrera del Darro, se admiran de la sencilla y fresca belleza que ven en este río, con la Alhambra coronando y el barrio del Albaicín al otro lado. Comentan algunos:
- Desde luego, en ningún lugar del mundo, se ve un paseo como éste. Con razón las personas comentan y no paran de compartir el asombro que por aquí encuentran.

Ni se ven personas caminando, saltando o bañándose en las aguas de este río ni tampoco hay personas lavando la ropa, pescando o echando basura a las aguas. No se ve ningún objeto tirado en la corriente ni nadie rompe la especial y bonita vegetación que cubre a un lado y otro. Tu amigo el científico se siente feliz porque de pronto y como en forma de milagro, este río se ha

convertido en un espejo de aguas limpias para disfrute de las personas y desarrollo de la vegetación y fauna.

Otras personas también comentan:
- ¿Y cómo ha sido posible por aquí este milagro?
- Un científico de esta ciudad, hombre bueno y muy sensible a la naturaleza, ríos y manantiales, seguido y acompañado por otras personas, se tomó mucho interés en este tramo del río Darro, a los pies de la Alhambra. Pedía que se eliminaran los vertidos de aguas contaminantes, pedía que no se pescara por aquí, que no se lavara ropa ni se bañaran personas ni perros y pedía que se ayudara a la vegetación y fauna de este pequeño trozo de río. Muchas personas estaban de acuerdo con él. Y un día, en el puente de las Chirimías, apareció un letrero que decía: “Prohibido el paso a personas y animales bajo sanción”.

Protestaron algunas personas pero al poco, este tramo de río, se veía hermoso y lleno de vida. Ni personas ni perros entraban por aquí y esto empezó a gustar a muchos. Tanto que al poco, las personas normales de la ciudad, los turistas y los que viven en las cuevas, entre sí comentaban.
- Se ve tan bonito este río con tan fresca vegetación, fauna y tranquilidad, que este otro trozo del cauce entre el puente del Aljibillo y hasta el puente de las Chirimías, también debería ser acotado a personas y animales. Contemplar desde este lado del muro y a distancia, es un gozo noble y puro.

Y estas mismas personas, al poco, ayudaron para que nadie se acercara a las aguas del río ni lavaran ni se bañaran. Siguió gustando todo esto y los resultados aún fueron mejores. Porque este tramo del río Darro, poco a poco se fue convirtiendo en lo que ya te he dicho antes, he visto en mis sueños.

Con estas palabras, la persona amiga, concluyó el relato de lo que había visto en sueño. Me miró y sin más, me preguntó:
- Los tiernos patitos de la ánade, han muerto pero ella sigue por aquí. ¿Tú crees que se marchará o volverá a construir otro nido?
Y le dije a la persona amiga:
- Tengo la impresión de que se va a quedar por aquí para intentar construir un nuevo nido. He notado que esta mamá ánade es valiente y tiene mucha fuerza. Tanta fuerza que parece que ella más que nadie quiere que por aquí las cosas lleguen a ser más o menos como tú has visto en tu sueño. El científico ayuda y otras personas también. Esta pata silvestre, hasta parece que está intentando demostrar algo que a nosotros los humanos se nos escapa y, de alguna manera, no queremos o no podemos llevar a cabo.
- ¿Quieres decir que esta ánade está intentando derribar fronteras para crear una nueva realidad mucho más hermosa y buena?
- Creo que sí. En tu sueño se ve que gracias al tesón del científico y a la fuerza de esta ánade, las cosas cambian y mejoran para que se dé una realidad nueva y mejor.
- ¿Como si esta ánade y el científico fueran los dos personajes precursores de un nuevo mundo?

- Me parece que las cosas pueden ser así porque casi siempre han sido de este modo: los inquietos y rebeldes siempre han abierto caminos hacia mundos diferentes y mejores.

La persona amiga, se mantuvo en silencio durante un rato. Miraba a las aguas del río por donde me había dicho en su sueño vio relucir algo como un ascua incandescente y parecía meditar. Luego me hizo la siguiente pregunta:
- ¿Y lo de la pepita de oro que aquí mismo en mi sueño he visto relucir? No respondí a esta pregunta suya. 29 Marzo 2019

20 de julio 2020 -127
UN PUÑADO DE TIERRA
Nada más entrar el otoño vinieron unos días de mucha lluvia, casi un mes entero sin parar de llover. Pero luego paró y a lo largo de casi el resto del otoño no volvió a caer ni una gota. Sin embargo, ya próximo a la Navidad, de pronto una mañana se nubló y durante todo el día estuvo lloviendo. Por la noche se quedó raso y al día siguiente no había ni una sola nube en el cielo.

Bajó el joven aquella mañana por el barranco y siguiendo la senda que, desde la junta, se va a media ladera hasta el otro arroyo, se adentró en el puñado de tierra que desde pequeño tenía en su corazón. La lluvia del día anterior había dejado lavado todo el bosque y ahora, por todas las depresiones de los arroyos, subían grandes masas de niebla blanca. Conocía él bien este fenómeno y aunque hacía ya tantísimos años que no lo había vuelto a gozar, al verlo hoy de nuevo se llenó de nostalgia mezclada con paz y un bienestar profundo que le dejaba satisfecho consigo y con todo lo que le rodeaba.

Últimamente no le iba bien con ninguna de las personas que les rodeaban. Y como de siempre había sido tímido y, además, tenía claro lo que era el sentido y la dignidad del ser humano, por encima de todo, se mantenía firme en sus convicciones internas. Cuando hoy llega al arroyo, sube un poco y busca la roca del manantial, puñado de tierra que le acogió nada más nacer y por donde tenía desparramado casi un cuarto de siglo lleno de juegos, sueños e ilusiones. Y como la roca aún sigue en el mismo sitio, el arroyo es el de siempre, el silencio del barranco y la sensación de eternidad, permanecen intactas, vuelve a sentirse como tantas otras veces: digno, pleno, sinceramente grande, justificado y aceptado por el universo entero. Frente al chorrillo que brota por la parte de abajo de la roca se queda parado y aunque no busca ninguna respuesta a nada concreto de lo que bulle dentro de su vida, como en la naturaleza hay tanta sabiduría y tanta bondad para cada uno de nosotros los humanos, parece como oír una voz que le dice:
- La senda que estás recorriendo va directamente a la verdad última que, al final, todo ser humano encontrará.
- ¿Cuál es esa verdad?
- El encuentro, en solitario, de todo tu ser con el punto donde aguarda la muerte. Donde cada uno ha de responder de sí y ya no sirve para nada buscar el favor del jefe ni el apoyo de las cosas materiales. Solo, desnudo, sin amigos ni compañeros, cada uno frente a la verdad rotunda que nadie puede manipular en ningún sentido.

El joven se deja acariciar por la dulzura del murmullo silencioso que, en forma de lenguaje amigo, le descubre la dimensión de la belleza. Deja también que, la fragancia que la lluvia del día anterior ha dejado sobre los campos, le llene el corazón como en su niñez. Sin darse cuenta o quizá sí intuyéndolo un poco, está transcendiendo y llevando a su propio sentido a las sierras que le rodean. Su puñado de tierra, con los cuatro arroyos, las laderas, algunas nubes, los pajarillos y el manantial, adquieren la dimensión auténtica que de siempre soñó: lugar de encuentro, camino o puerta hacia el interior de su propia alma. Y él sabe, aunque los demás no lo crean y lo tengan un poco por don nadie, que desde aquí a la eternidad y desde ahí a Dios, no hay nada más que un pequeño paso.

Conforme cae el día, el cielo se va tornando azul y aunque debería seguir lloviendo porque ahora es cuando viene bien el agua para el campo, según las noticias de los que entienden de esto, por ahora no lloverá más. Puede que, como el tiempo está tan bueno, por estos días, las sierras se llenen de mucha gente venida de las ciudades. También ellos necesitan de un puñado de tierra para respirar aire puro y darse una vuelta por el campo, que es lo que siempre dicen. No sería mal momento, para como este joven, caer en la cuenta que el campo y las montañas, son un remanso para encontrarse a sí mismo y llegar, un poco, al umbral de esa verdad a la que todos estamos llamados a confluir al final de nuestra existencia.Porque quizá sea ésta y no otra, la correcta interpretación de la naturaleza.

21 de julio 2020 -128

DE NIÑA A MADRE

La recuerda y no acaba de creerse que todo haya sucedido tan rápidamente. Casi treinta años han pasado y, aunque sabe que es mucho tiempo, a veces le parece que todo sucedió ayer mismo. Y, sin embargo, tiene muy claroque el tiempo ha pasado. Minuto a minuto, mes tras mes, un año detrás de otro y así y, casi sin notarlo, ha sido mucho el tiempo trascurrido.

Cuando la conoció, era una niña con ocho años.Bella, Juguetona como un corderillo, alegre y risueña, muy risueña. Y más hermosa y alegre se le veía cuando jugaba con las aguas del río que baja de las montañas y atraviesa el puebloblanco rozando la casa donde vive con su niña. Por entre los juncos se escondía creyendo que los que la buscaban, no iban a verla.Sonreía y esperaba. Esperaba sentada en la roca por encima del pequeño valle mirando al horizontecomo si soñara o esperara a alguien importante. Corría por entre la hierba en primavera persiguiendo a los amigos invisibles y surcaba las azules y verdes agua de los charcos del río que atraviesa su pueblo. Todos sus juegos eran pequeños, inocentes, tiernos como ella misma y mágicos.Ajena siempre al momento real en que vivía, a los problemas cotidianos de los días y al tiempo que silencioso avanzada.

Creció, se casó un día, trajo a este mundo una niña igual de bella que ella de pequeña y el tiempo siguió avanzando. Esta noche la ha visto en sueño. En la pequeña y blanca casa junto al río antes de las montañas, la ha visto sentada con su niña en los brazos. La mece con dulzura y la mira como si soñara

cosas importantes. La niña, ya con ocho años, pelo rubio, ojos azules y cara redonda, parece dormirse en los brazos de la madre. Nada sabe ella de las aventuras de la madre cuando también tenía esta edad. Nada sabe ella del tiempo que ha pasado y menos aún sabe de las cosas, juegos, sueños, aventuras, esperanzas, ilusiones y sufrimientos que este trozo de tiempose ha llevado. En la mañana del caluroso día de verano,el río serpentea por entre las blancas casas del pueblo y a ella con su niña, se le ve ahí, en la pequeña sala de la casa,de frente al tiempo por venir y de espalda a los años que han pasado.Mira embelesada por la ventana y parece irse con las aguas del cauce que inmutable y en silencio, se aleja.

22 de julio 2020 -129

EL CIELO REAL

Los lugares, los paisajes que fueron escenarios de los juegos en nuestra infancia, serán siempre para nosotros, los más hermosos mundos del universo. El cielo real y para siempre en el alma de cada persona. Por eso, al llegar la Navidad, todos, queriendo y la mayoría de las veces sin desearlo, volvemos a los escenarios y vivencias de nuestra niñez. Indica esto que quizá nada sea más valioso en la vida de cada persona. Con el paso del tiempo y más cuando llegan estas fechas, caemos en la cuenta y descubrimos con fuerza la realidad que acabo de comentar. Y matizo que la Navidad es como entrar a lo más profundo del corazón y ahí encontrarse, abrazar y saborear, lo más limpio y bello de nuestros primeros sueños.

Tú te viniste junto al fuego, te recostaste sobre la hierba, la noche fue llegando y sobre tu lomo y blanco pelo, recosté mi cabeza. No tardé en quedarme dormido y enseguida mi mente se puso a soñar. Y en este sueño delicioso y a la vez extraño y algo doloroso, vi y viví lo siguiente: era también otoño y la Navidad no estaba muy lejos. Según el sol se iba ocultando tras las montañas en el horizonte lejano, el cielo se llenó de espesas nubes. El frío se hizo muy intenso y antes de que la oscuridad de la noche llegara plenamente, la nieve comenzó a caer.

Desde mi ventana, miré durante un rato. En la tranquilidad de la noche e iluminados por los reflejos de las luces en la calle, contemplé en silencio los copos de nieve cayendo. Espesos y como jugando a dormirse en las hojas del acebo, en las ramas de los árboles, sobre la hierba y el pequeño huerto a mis espaldas. Sentía que todo era hermoso a la vez que extraño, un poco melancólico, profundo y lleno de misterio. A mi mente acudieron los recuerdos y fueron tantos, todos muy importantes y enormemente deliciosos a la vez que tristes, que me sentí superado y trascendido.

Quizás por esto y como todo transcurría en sueño y en los sueños tú ya sabes que las cosas ni tienen lógica ni escenarios concretos ni tiempo real, comencé s verme por entre la nieve y los caminos. En el corazón mismo de uno de los paisajes más hermosos de este planeta: las montañas que recorrí a lo largo de muchos años y que se me hicieron paisajes inmortales en mi corazón y alma. Me vi subiendo por el camino que desde el río remonta lentamente trazando curvas hasta el agudo monte del castillo. Nadie me acompañaba. Era de noche pero desde lo más hondo de mi ser, todo se me

presentaba con la claridad del día más luminoso. Era de noche, nevaba copiosamente, no hacía frío ni viento, todo estaba muy en calma y en silencio, al frente y muy elevada, me saludaba la montaña con el castillo en todo lo alto y el momento era realmente especial. Era exactamente la noche de Navidad.

Mis manos no estaban frías, tampoco mi cara ni mis pies y me sentía como si mi cuerpo no pesara. Como si, aunque seguía perteneciendo a esta tierra, no fuera así. Por eso avanzaba pisando la nieve que tapizada la estrecha senda por entre el monte y por eso ni esta nieve ni el monte eran obstáculos para mí. Ardía en mi interior el deseo de alcanzar la cumbre del monte donde el viejo e imponente castillo se alzaba. En este momento y en esta noche, sentía que era especialmente importante para mí, situarme en este punto de los paisajes y del mundo.

23 de julio 2020 -130

CENTRO DEL CORAZÓN

El valle que tiene su descanso en el mismo centro de mi corazón y desde ahí rebosa, por el lado de la derecha,
hacia la curva grande del río, al frente, para la ladera y el puerto del pino y por el lado de la izquierda, hacia el cortijo, la huerta y las encinas grandes, anoche lo volví a ver en mi sueño y lo saboreé en mi alma mientras lo recorría en silencio.

Y vi como los charcos del arroyo ya no estaban o sí estaban pero convertidos en baños de fantasía para miles de los que llegan de fuera y lo mismo el camino que va desde la curva al puntal que mira al río e igual la ladera que se achata por el puerto del pino viejo y otro tanto por la tierra llana que fue el prado de las ovejas y la alberca donde se recogía elagua para regar la huerta.

Y como por entre la hambrienta muchedumbre fui caminando sintiéndome herido y extraño y superior a ellos porque tengo mis principios casi donde comienza el tiempo, al preguntarles, muchos me fueron diciendo:
- Pues ahora lo que necesitamos es un mapa que recoja los nombres y los caminos viejos con las ruinas de los cortijos y las cascadas de ensueño.

Y a tal proyecto y antes la muchedumbre, no respondí ni una sola vez sino que seguí recorriendo la tierra llana de mi valle y a cada recodo del camino y detrás de cada encina vieja, la tierra se me presentaba tan cambiada que más que gozo por haber vuelto, lo que sentía era un río de amargura me quemaba dentro.

24 de julio 2020 -131

AL DESPERTAR

Cada mañana, al despertarse, durante un rato se quedaba en silencio en la cama. Miraba pensativa por el hueco de la ventana y en su corazón rezaba: “Protégenos, Dios nuestro,que nos refugiamos en ti porque nuestrasvidas y suerte están en tus manos. Gracias por esta niña mía y ayúdame para que mi cariño nunca le falte”. Después de esta oración, durante unos minutos más,

se quedaba quieta en la cama observando el paisajeal otro lado de su ventana y recreándose en el canto de algún pajarillo.

Luego se levantada, muy en silencio caminaba hasta la puerta de la habitación de su niña y, en voz baja y suave, susurraba: “Soy el lobo que viene a comerte". Se volvía rápida a la cama y aquí se acurrucada esperando. Sentía enseguida a su niña correr por el pasillo, entrar a la habitación, meterse en la cama con ella y acurrucarse bajo su cara y mata de pelo.Llena de ternura la madre la abrazaba y al oído, en forma de delicada música, le susurrada:
- Hoy voy a preparar para ti, un desayuno muy delicioso.
Y la niña, acurrucándose más en el mismo vientre de la madre, con voz soñolienta, mascullaba:
-El chocolate con churros es lo que más me gusta.
Fuerte la madre la abrazaba, apretándola contra sí al tiempo que seguía susurrándole:
- Ahora duerme un poquito más mientras se va también desperezando la mañana.

Al despertarse ayer y esta mañana, durante un rato más, se ha quedado en la cama. Mira por la ventana y en silencio muy quedamente reza: “Abrázala, Dios mío, allá donde la tengas y ayúdame para que en mi corazón siempre la mantenga viva. Que no se borre nunca de mi mente su recuerdo”.Se acurruca luego contras sí encogiendo las piernas bajo las sábanasy con sus manos, intenta abrazarla para sentir su calor. Sabe que ya no está con ella pero sí, de esta forma, la siente cerca.

25 de julio 2020 -132
EL RIO DE MIS SUEÑOS
Cuando ya un día cualquiera
me vaya por fin
de la vida en esta tierra
a la vida que siempre he soñado
grandiosa y eterna,
me gustaría allí tener un río
con claros charcos y arena,
donde las aguas sean diamantes,
espejos y esencias
a fresnos viejos
y verdes matas de hiedra.
Que sea este río que tanto sueño,
como el que por mis venas
me corre desde pequeño
llenándome de vida plena.

Nadie sabe dónde está el río que conozco. Porque el pequeño cauce casi no tiene nombre y agua también poca en los meses centrales del estío. No voy a decir nunca dónde se encuentra este río aunque sí conozca los paisajes y a veces, cuando lo recuerdo o por las noches sueño con él, hasta pienso que es el gran río que riega todo el planeta. El que recoge sus primeras aguas en

las laderas de las rocas de granito, por entre encinas, jaras, y aulagas y luego desciende tímidamente.

Desde allí sigue recogiendo débiles y limpios chorrillos de agua y avanza insignificante. Como si no fuera nada pero avanza por entre gruesas rocas de granito, sombras de frenos y charcos redondos. Traza curvas muy bellas obligado por el terreno que va atravesando y se abre paso por entre abruptos acantilados, tramos estos donde las zarzas, piedras, lentiscos, fresnos y otras plantas, se agarran al terreno y arropan y llenan de sombras y luces a la corriente y a los pequeños charcos.

Cuando yo conocí a éste río, era todavía niño, nadie me dijo cómo se llamaba. No lo supe entonces ni luego después ni ahora. Pero sí lo hice enseguida el escenario de mi juegos y fue justo por donde el gran chasco del fresno. Donde a la derecha brotaba un claro venero y algo más abajo, se remansaba. Justo antes de la curva hacia el lado de la tarde y por donde comenzaba un enjambre de pequeñas rocas de granito. Por aquí, entre dos o tres fresnos muy verdes, y las primeras rocas, se remansaba en charcos azules verdes y luego se deslizaba hacia el estrecho.

Al salir de este estrecho, por donde los acantilados lo escoltaban y la vegetación lo arropaba, trazaba otra bella curva ahora para el lado del levante. Al enfrentarse ya algo resto, se remansaba. Ahora por entre juncos, mastranzo, juncias y pequeñas playas de arena que la corriente modelaba caprichosamente. Era a este tramo donde en verano acudían las bandadas de palomas torcaces, tórtolas y perdices a beber. En este tramo casi de ensueño por los frescos macetones de juncia, mastranzo juncos y rocas de granito pulidas, era donde a mí me gustaba jugar.

Casi siempre solo y recreado, en los meses de verano, por la sinfonía de cientos de chicharras. Saltaba yo de acá para allá, pisando los pequeñas playas de arena y buscando peces o renacuajos. A veces, me mojaba todo entero y luego me ponía al sol frente a la ladera de las encinas. Clavados mis ojos en la única casa que en muchos kilómetros a la redonda, por allí había. Imaginaba a las personas y esperaba el momento de ir algún día por el lugar.

Nunca visité esta casa ni nunca supe nada de las personas que la habitaban. Tampoco nunca supe cómo se llamaba el río en el que pasaba horas y horas jugando sin más compañía que la sinfonía de las chicharras, el rumor de la corriente y el fresco aroma de los juncos, mastranzos y juncia. No sabía yo entonces ni de dónde venía el río y a dónde iba. Menos sabía aún si por algún lugar de este río había personas, casas u otras construcciones humanas.

Crecí, me hice mayor y luego llegué a viejo y muchas, muchas veces, recuerdo a este río y en especial por donde mis juegos cuando niño. Por las noches, en sueños, vuelvo al lugar y soy tan feliz o más que cuando aquellos días de pequeño. Sigo viendo al río exactamente igual que en aquellos días aunque sé que ahora está muy lleno de personas por todos sitios, de casas y otras construcciones. Una realidad que en nada, absolutamente en nada, se

parece a la que yo guardo en mi corazón. Por eso hoy, ahora y ya casi en la puerta de marcharme de esta tierra para siempre, quiero seguir ignorando la realidad de lo que en este río hay y mantenerlo en mi corazón tal como era para mí en mis juegos y sueños de niño.

Quiero seguir pensando que este río no tiene nombre y que nace en lugares muy misteriosos. Me gusta pensar que es el río que surca y riega todo el Planeta Tierra. Siempre con sus aguas limpias y repleto de esencias de hiedras. Y me gusta imaginar que cuando ya por fin me encuentre en el reino de la eternidad, siempre voy a tener junto a mí un río como éste que conocí de pequeño. Necesito y estoy convencido de que las cosas van a ser así porque lo veo y lo gusto muchas, muchas veces en mis sueños.

26 de julio 2020 -133

EL ÚLTIMO SUEÑO

Continúo ahora hacia mi lado izquierdo siguiendo la sendilla que lentamente va remontando al collado por donde aparecen las primeras casas del pueblo. Por aquí hay más cantidad de nieve pero no me preocupa. La nieve, la lluvia, el frío, el viento, el sol, las nubes, la soledad de estos lugares, el olor a monte y a flores de romero, siempre me han gustado y me seguirán gustando. Tengo muy claro que es parte del gran tesoro que espero encontrar el día que me marche de este suelo. Porque me marcharé como tantos se han marchado desde que este planeta existe y tantos aún más se irán marchando poco a poco cada día.

El hombre de la cueva, trazó por aquí una pequeña acequia. Para encauzar y llevar un hililllo de agua a las tierras de sus huertecillos. Junto a esta acequia, crecía y aún sigue creciendo una encina centenaria. Un árbol majestuoso que todos los años a llegar estas fechas, deja caer de sus ramas frutos muy buenos. Bellotas gordas que él recogía y asaba en la lumbre de su cueva. Muchas veces compartir con él esta experiencia y también la recogida de madroños por estas fechas. En esta pequeña acequi, crecen madroñeras centenarias, algunas higueras, la encina que he dicho y majoletos. Conforme ahora voy andando, al pasar por debajo de las ramas de la encina, miro y encuentro algunas de estas bellotas. Ya se han desprendido de sus cascabillos maduras y, por entre la nieve, me las encuentro. Recojo un puñado y me las voy comiendo mientras continúan avanzando. Igual que hice muchas veces en compañía del hombre de la cueva y también en compañía de los niños del valle de los olivos.

Es lo que a mi mente viene justo en el momento en que remonto al collado. Tiempos atrás ya hace muchos meses incluso años, por este collado y en este rincón del paisaje, jugamos, caminamos, íbamos y veníamos en grupo. Ellos, los niños de uno de los pueblos de estos lugares, eran felices y se sentían libres. Yo era aún más feliz y me sentía orgulloso. Pasó el tiempo y estos niños lo mismo que el amigo de la cueva, fueron alejándose de mi vida. Nunca los olvidé pero ellos y yo, dejamos de juzgar por estos lugares. Nos distanciamos con el paso de los años y nos perdimos los unos a los otros casi para siempre.

Al llegar a este collado, a mi mente acuden estos recuerdos y, aunque hago un esfuerzo, no puedo comprender del todo ni tampoco puedo evitar sentirme triste. La nieve sigue cayendo en gran cantidad, la noche avanza hacia su centro, no siento frío y me noto abrazado y rodeado de un densísimo silencio. Y aunque la nevada es copiosa y la noche está casi en su centro, la claridad lo inunda todo. Como si una tenue y a la vez delicada luz, manera de las nubes que están dejando caer los copos de nieve y lo iluminara todo.

Sigo avanzando y me vengo ahora, desde el collado, hacia el lado izquierdo. Camino un poco pisando la nieve y me encajo en lo más alto del pequeño mirador. El recogido mirador que, sobre la pura roca, se asoma al gran barranco y al enorme monte al frente. Fue exactamente aquí donde los niños también jugaron mucho a lo largo de las tardes y mañana y fue también exactamente aquí donde, aquel año que yo te traje conmigo a este pueblo, nos paramos a descansar. Sin pronunciar palabras, miramos durante un rato a un lado y otro y al pueblo rebosándonos por detrás. Ahora recuerdo aquel momento y mi corazón tiene nostalgia. Todo fue sencillo pero como era sincero, tenía su limpia belleza y por eso en este momento, lo recuerdo con tanta fuerza. Como si las vivencias de aquellos días, las de los niños del valle de los olivos y las que compartí contigo cuando con el filósofo veníamos a este pueblo en los veranos, ahora fuera mucho más grandes y hermosas que todo el presente que vivo.

Pero lo sé: el tiempo desde su silencio y la inmensidad, llega imperceptible, avanza imperceptible, se aleja imperceptible y ya nunca más permite el regreso al pasado. Como si diera a entender que el presente es el único instante en el que podemos construir, hacer o deshacer según nuestra voluntad. Antes del presente, no somos dueños de nada y después del presente, solo nos quedan los recuerdos. Casi siempre mundos hermosos, alegres o tristes, en los cuales ya no tenemos capacidad de vivir, hacer o deshacer según nuestra propia voluntad.

Con el paso del tiempo, con las ilusiones que este paso del tiempo fueron despertando en mí, con los sueños que tuve y realicé o no, he aprendido algunas de las cosas que te estoy diciendo. Y ahora casi llego a la conclusión que este aprendizaje me sirve para ver con más exactitud el valor que tiene el presente que vivo y el valor que puede tener el futuro que me espera. Porque soy también consciente que la meta final la tengo cerca. Y soy también consciente que mientras he venido caminando hasta este punto concreto, me he ido poco a poco quedando desnudo. Desnudo de amigos, desnudo de personas conocidas, desnudo de sueños, desnudo de sendas y lugares, desnudo de juventud y hasta desnudo de fuerzas. Por eso te repito que soy consciente de que la meta final la tengo cerca y de que el tiempo en este planeta, para mí ya es corto, muy escaso.

Durante bastante rato, me he quedado quieto, meditando y observando en lo más alto de este mirador. Dejando que la nieve caiga sobre mi, sintiendo el frío del ambiente, dejando que los recuerdos empapen mi alma y corazón y dejando que mi mente abarque lo que pueda, la trascendencia de este momento y lugar. Luego, pisando el cada vez más espeso manto de nieve y

con la seguridad que me da el resplandor de los paisajes, me giro hacia el lado del pueblo. Camino y empiezo poco a poco a subir. Tú bien sabes que este pueblo está exactamente en lo más alto de una pequeña montaña. Por eso yo, cuando en otros tiempos escribía sobre estos lugares, siempre hablaba de este núcleo de población como el "Pueblo de las Cumbres". El de las casas blancas como colgadas en las rocas y en la ladera y el de las calles empinadas con el castillo en todo lo alto. Tú conoces bien este lugar. Despacio, cada hora y cada día, pisamos los caminillos, calle y rincones de este blanco pueblo. Y para disfrutarlo más, lo escribí. Nació de aquí un bonito y curioso libro que ha quedado para mantener tu recuerdo y algo el mío.

En el silencio de la noche y por entre la blanca nieve, avanzo calle arriba. A mí derecha me va quedando el lugar donde en aquellos días nos juntamos varias veces con un amante de estos rincones. Un hombre mayor que varias veces invitó al filósofo y a mí con él, a comer en este restaurante. Fue muy generoso este hombre y por eso ahora lo recuerdo y se lo agradezco. Y además de generoso, fue amable y escuchó con atención y respeto todas las palabras que salían de la boca del filósofo.

El filósofo, hombre bueno, delgado, barbas blancas y alto, hablaba mucho y siempre pronunciaba palabras extrañas. Parecía anunciar y soñar escenarios que nada tenían que ver con la vida real en este planeta. Pero el filósofo, era un hombre bueno, muy bueno. También un día se fue de este mundo como te fuiste tú pero en aquel momento, cuando el hombre bueno nos invitaba comer en este restaurante ahora a mi derecha, él hablaba y hablaba dando la impresión de no estar en este mundo real. Y me admiraba y sigue admirándome el respeto con que las personas siempre lo escuchaban. Sus palabras parecían anunciar la belleza más limpia que hay en los corazones de las personas y en las profundidades del universo. El filósofo era un hombre bueno, muy bueno.

Sigo avanzando y ahora recuerdo que justo aquel verano que conmigo te traje a este pueblo, cuando entrábamos por aquí en busca del corazón de este blanco núcleo de viviendas, el filósofo lo hacía montado en tu lomo. Como un caballero de los tiempos antiguos, enjuto, barbas blancas, pelo también largo y blanco, figura hermosa y piernas largas. Era don Quijote pero montado no en Rocinante sino en ti: un hermoso burro blando y noble. Y conforme íbamos subiendo esta calle hacia el corazón del pueblo, la gente nos miraba y a mí no me importaba. Tú caminabas muy seguro y yo lo hacía pegado a tu cuello. El filósofo era el rey, tú el trono y yo el humilde acompañante pero tu amigo amante de lo bello. Una escena extraña pero muy sincera y curiosa que a la gente le llamaba la atención. Pero la gente nos conocía y por eso nos recibieron con agrado.

Atravieso ahora yo el arco que da entrada al corazón del pueblo con la misma solemnidad con que lo hicimos aquel día. Aquel día era pleno verano y hacía mucho calor. Ahora es pleno invierno, noche cerrada en nubes y nieve porque es exactamente la noche de Navidad y nieva. La nieve se extiende por la calle como una alfombra de algodón recién lavado y el silencio es profundo. En aquel momento, por aquí las personas estaban sentadas frente

al valle y frente a las cumbres de los montes observando los paisajes y observando nuestra llegada. En este momento y noche silenciosa llena de nieve, nadie hay por aquí. Solo el silencio, la nieve cayendo lentamente, el titilar de algunas luces algo amarillentas y, según avanzo, a mis oídos comienzan a llegar el murmullo del agua del pilar de piedra. El gran pilar imperial que justo delante de la casa donde nos quedamos a vivir, se encuentra.

Al llegar aquel día, como hacía mucho calor y tú venías casi agotado por la subida de la calle encuesta y por el peso del filósofo en tu lomo, antes de entrar a la casa, bebiste largos tragos de agua fresca en este pilar, antiguo monumento construido en piedra y muy importante en este pueblo. A la sombra del árbol que cerca del pilar crece, te dejé por un momento. Acompañé a filósofo y entramos a la casa. Una pequeña vivienda casi en la misma puerta de la grandiosa iglesia construido también en piedra. En la planta segunda y en la habitación que ofrece una ventana justo al pilar histórico, se acomodó el filósofo. En la planta tercera y en la habitación que da al tejado de la iglesia, me instalé yo. Hacía mucho calor y por eso las chicharras cantaban. Esta noche, la nieve y el silencio, es otro mundo.

Al poco dejé la casa, me acerqué a ti con la intención de seguir. Desde la sombra del árbol, me mirabas con ojos de asombro. Ahora esta noche de nieve y hondo silencio, al llegar a este pilar, me lo encuentro solitario. Con su chorrillo de agua cayendo lentamente en el mismo centro del pilar, con los puñados de nieve sobre el brocal de este pilar y con algunos carámbanos de hielo colgando a los lados del chorrillo de agua. La ventana de la habitación donde se instaló el filósofo, está cerrada está cerrada la puerta que da entrada a la casa, está cerrada la puerta de la iglesia y están cerradas casi todas las puertas de las casas en este pueblo. También las ventanas y de algunas chimeneas, brotan pequeños hilos de humo. Huele a leña quemada, a setas y a castañas asadas. El silencio es total, las calles están tapizadas de nieve e hielo, a nadie, absolutamente a nadie se ve por ningún lado y la amplitud de los paisajes por el valle de los olivos y las montañas en el horizonte, parecen reflejar un mundo por completo desconocido para los humanos. Como si hubieran transcurrido muchos, muchos siglos y ahora mismo los escenarios son como fantasía o sueños en el corazón de un infinito universo. No tengo frío ni hambre ni necesidad de nada. Sé que estoy abrazado y protegido por el Dios que he llevado en mi corazón a lo largo de todos los días de mi vida en este suelo. No tengo miedo ni frío ni hambre. Y, a pesar de todo, mis ojos, mi alma y mi corazón, solo están contemplando belleza.

El árbol donde tú descansaste a la sombra, sigue aquí pero esta noche está muy decorado. Lo han decorado con bombillas de colores y en todo lo alto han puesto una estrella luminosa. La nieve decora sus ramas y los copos que caen, delicadamente juegan con el resplandor la estrella brillante. Es Navidad y las personas hacen estas cosas, decoran las casas, calles y árboles para crear ambiente. Quieren que, de alguna manera, su pueblo esté bonito en estos días de Navidad. Para disfrutarlo y animarse ellos y para que lo

disfruten y se animen los que por aquí vengan en forma de turistas. La Navidad, tiene estas cosas y despierta estos sentimientos y deseos.

Pero aunque el árbol sigue aquí y también la fuente y la pequeña casa donde pasamos unos días el filósofo y yo, ahora tú no estás, no está el filósofo, no está el hombre mayor que nos invitaba a comer y las calles están solitarias. Tampoco ya se encuentra en este pueblo el hombre encorvado que tenía su huertecillo por debajo de la fuente del prado. Por donde el arroyuelo y en lo más hondo, él sembraba tomates, pimiento, berenjenas, hierbabuena y perejil. En aquel verano y en otros después, el hombre encorvado, todas las mañanas bajaba a su huertecillo, recogía la cosecha y luego la dejaba en la tienda de la plaza del pueblo. Aquí las personas compraban los tomates de su huerto y los pimientos y él era feliz con las pocas monedas que ganaba. Era muy mayor y por eso un verano ya no estaba. Murió como fueron muriendo otros muchos que también conocimos en las casas de este pueblo. El hombre encorvado, tenía su casa justo por detrás de la iglesia en un pequeño rincón. En la puerta de esta casa suya pasé varias tarde charlando largamente con él y respirando el fresco que subía del valle de los olivos.

Él me dijo que también ya hacía mucho tiempo que había muerto el hombre de los perfumes. Era un hombre mayor que, todos los veranos, recogía plantas aromáticas por las laderas de las montañas. En un alambique muy rudimentario, destilaba estas plantas y sacaba esencias. Un año me regaló cinco litros de estas esencias. Los niños del valle de los olivos y yo, llegamos a este rincón y al saber que él tenía esencias de tomillo, lavanda, mejorana y otras plantas, me emocioné. Y como se percató de mi interés por estas esencias, sin más, me regaló cinco litros de la más pura y delicada esencia de estos montes. Se lo agradecí mucho y guardé con gran cariño a lo largo de mucho, mucho tiempo el preciado líquido que me había regalado. Sabía que era algo muy especial que en ningún rincón del mundo ni nunca nadie podría encontrar. Después de tanto tiempo, aún conservo un poco de aquellas esencias. A lo largo de los meses y años, fui regalando a los conocidos y amigos, pequeños fresquitos de estas esencias. Como un tesoro singular de las montañas que tanto recorrí a lo largo de muchos, muchos años.

Ahora esta noche, siento que ya no están por aquí ni el hombre de las esencias ni los niños ni el hombre del huerto de los tomates ni el hombre de la borriquilla ni el que nos invitaba a comer al filósofo y a mí. Solo el silencio y la nieve parecen ser los dueños de este singular pueblo en lo más alto de la montaña y en esta noche. Solo esto y ahora mismo mi presencia por aquí y mi corazón y alma llena de recuerdos. Como si ya todos y todos se hubieran ido a los confines del tiempo y como si nada ahora fuera valioso excepto la nieve, el silencio, la claridad de la noche aún estando nublada y la extraña y a la vez delicada sensación de saber que es Navidad. Navidad en su centro más real en un lugar espléndido y misterioso donde siento que nada me pertenece aunque esté ahora mismo aquí.

En el pilar lavo mis manos, bebo un sorbo de agua, echo una mirada a la pequeña casa donde descansó el filósofo, a la fachada de la iglesia, al árbol

repleto de luces de colores y continuo. Avanzo por la calle que es la principal del pueblo y que lo divide en la parte alta y parte baja y me voy acercando al prado de la fuente. A mí derecha y coronando, empiezo a ver las murallas del castillo. A mi mente vienen los paisajes por donde los pozos de la nieve, prados de la borriquilla que fue tu amiga. Su dueño, también hombre bueno y natural de este pueblo, tuvo un accidente cuando con su borriquilla iba al huerto en la hondonada. El animal se asustó al salirle, en una curva de la senda, una manada de cabras monteses. Dio un respingo y el hombre bueno cayó al suelo, rodó por la ladera y murió pocos días después. Y poco después también desapareció de aquí su borriquilla. Último animal asno en este pueblo y territorios cercanos.

Pero ahora, según me voy acercando al prado de la fuente, te recuerdo y me recuerdo. Aquella noche te dejé por aquí en libertad. Sobre el pasto y a la luz de la luna, dormí yo cerca de ti acompañado del tintineo de la cencerrilla de la borriquilla que fue tu amiga. Fue una noche muy especial porque dormí cerca de ti, frente a las estrellas y abrazado por el hondo silencio, el canto de los grillos y los ladridos de los zorros. Esta noche, según voy llegando, comienzo a oír el rumor del agua de la fuente. Veo las tierras de la pradera y lo que observo es una amplia sábana totalmente blanca y mullida. La nieve aquí se ha derramado generosamente. Y hasta me parece que esta nieve y el hondo silencio, ignoran tu presencia y la mía en la noche de aquel verano por aquí. Me parece que esto es así y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Durante un buen rato, me quedo junto a la fuente. El agua de esta fuente sigue siendo tan clara y delicada como en aquellos días. Pero veo que los huertecillos que había por aquí cerca, ahora mismo no existen. Por el arroyuelo que baja desde la fuente hacia el valle de los olivos, solo hay zarzas, aulagas, sabinas y romeros. Nadie labra ya estas tierrecillas y hasta presiento que aquellos que las cultivaban, hombres mayores y todos buenos, se han marchado igual que te marchaste tú, a las estrellas, al mundo de sus sueños. Cuando aquel día de verano te dejé en este prado de la fuente, ellos me regalaron tallos verdes de maíz para que te los comieras. Me regalaron tomates y pepinos y hablaron conmigo en muchos momentos. Me contaron historias y cosas interesantes de este pueblo y estos territorios y todas sus palabras estaban llenas de respeto y sinceridad. Como el filósofo, todos eran personas buenas, muy buenas. Esta noche no están aunque sea Navidad. O quizás todos ellos y otros muchos más que en mi corazón conservo, esta noche no están precisamente porque es Navidad. Ahora creo que la Navidad es precisamente eso: ríos de ausencias y montañas de recuerdos de los que ya no están. Los que sabemos que nunca más vamos a tenerlos a nuestro lado y menos aún podremos verlos y oír sus palabras. Esta noche ya para mí son muchos y tengo conciencia que, en algún momento, vamos a ser todos. Y ni siquiera sé si después de este tiempo, volveremos a vernos y saber unos de los otros. Siempre he creído que sí será posible esto pero el misterio es grande, muy grande.

Desde la misma fuente de este prado, serpenteando ladera arriba, sube un camino. Va derecho a las murallas del castillo en todo lo alto del monte. Por este camino comienzo a subir dejando a mis espaldas el prado y la fuente y a

mí derecha, las casas que por la ladera se derraman hacia el valle de los olivos. El resplandor que desde las nubes se derrama por entre los copos de nieve que siguen cayendo, lo llena todo de un misterio especial. Es medianoche en pleno invierno y sin embargo los paisajes están iluminados como en aquellos días calurosos de verano. A la sombra de los pinos que por aquí crecen, en aquellos días dormíamos la siesta acompañado por densos conciertos de canto de chicharra. El calor de aquellos días era sofocante. El frío de esta noche de invierno, es intenso y profundo pero yo casi no lo percibo.

Voy lentamente por el caminillo remontando hacia las murallas del castillo y a mi mente acuden de nuevo los recuerdos de los niños del valle cuando en aquellos años por aquí jugaban. Los niños siempre jugaban en cualquier momento y lugar. Los niños, todos los niños del mundo, siempre juegan ajenos al mundo de los adultos. Los niños son como sueños que parecen no pertenecer al mundo real de las cosas y las personas. Siempre juegan en cualquier momento y lugar. Dejé de verlos y saber de ellos cuando ya iban creciendo y ahora ya también creo que como yo, han envejecido. Los niños con sus juegos fueron momentos muy especiales en mi vida y el tiempo los apartó de mi. Tanto que en este momento ni siquiera sé para qué me sirve su recuerdo. Pero sí me sirve, como tantas otras cosas, para aprender y saber lo que nadie ni ningún libro del mundo, puede enseñarme. Ellos seguirán siempre niños en mi corazón y alma. Aunque ya hayan crecido, se hayan hecho adultos y quizá no dentro de mucho, envejezcan y mueran. En mis recuerdos, ellos seguirán eternamente niños como en aquellos días.

Corono la parte más alta de la montaña por el lado del Levante. Por donde el terreno es pura roca y las paredes del imponente castillo ya están a solo unos metros de mi. Al levante se alza el gran monte de estos territorios. Todo está cubierto de nieve y todo parece irradiar una luminosidad muy bella. Al otro lado de este gran monte, corren los ríos y los bosques de árboles, robles, encinas pinos y melojos, aún siguen algo presente. A mi mente acude a la imagen de aquel año cuando vi cortar a muchos de estos árboles centenarios. Se me rompió el corazón y pregunté por qué lo hacían. Nadie me dio ninguna respuesta savia. Todos me decían que lo había ordenado el que mandaba. Pensé que el que mandaba no era ni sabio ni bueno. Y también pensé que lo que ordenaba no era tampoco noble. Pero los árboles centenarios y hermosos, cayeron y desaparecieron de la faz de la tierra para siempre. Me dolió el corazón y me sigue doliendo pero ni entonces pude hacer nada ni tampoco ahora. Aunque sí me sirvió para comprender lo que esta noche de Navidad arde en mi corazón y alma con tanta fuerza. Que nada ni nadie permanece para siempre inmutable. Que todo nace, vive y crece durante un tiempo y se transforma y luego se marcha escondido en los pliegues del tiempo quizá para no volver nunca, nunca más.

Pero también ahora sé que los que se marchan, los que se alejan, aquello que perdemos, siempre dejan heridas en el espíritu. Heridas que aunque con el tiempo cicatricen y el dolor se apague, ni a lo largo de una eternidad se borran. Sé que esto es así porque dentro de mí ahora mismo lo tengo todo grabado como a fuego.

Hace unos años conocimos a muchas personas jóvenes de este país nuestro y de otros países lejanos. Estudiantes universitarios. Durante un tiempo, mientras estuvimos cerca de estas personas, nos parecían buenas y amables. Y casi siempre llegábamos a creer que su amistad para con nosotros, iba a permanecer a lo largo de los días. Incrédulos y con dolor, fuimos comprobando que esto no era así según el tiempo pasaba. No fue así pero en el espíritu se quedó la cicatriz de cada una de aquellas perdidas. Y en la memoria, todo lo tengo grabado. Con tanta fuerza que ahora mismo me parece ver a cada una de estas personas como en fila atravesando los paisajes nevados que en estos momentos ante mis ojos tengo como si fueran a algún lugar desconocido para mí. No son ellos ni van a ningún sitio pero mi memoria los ve tal como he dicho. Estas personas, estudiantes universitarios, se fueron a sus países y se olvidaron de nosotros. Sin embargo, nosotros los seguimos manteniendo vivos, amables y limpios en nuestros corazones y almas. Creímos en ellos y le regalamos lo que teníamos, con la sinceridad más pura. Pero ellos se alejaron de nosotros borrándonos para siempre de sus corazones. No me importa y menos en esta noche porque sus recuerdos lo tengo ahora mismo muy presente en mi.

Camino un poco más acercándome a las paredes del castillo y por donde se encuentran las puertas. Me sitúo en el punto concreto que vengo buscando y desde aquí, inmóvil, miro y escucho. Lo que a mis oídos llega, es la música del hondo silencio y también los acordes de alguna flauta violín y piano. Oigo, muy tenuemente, como una melodía realmente delicada y especial para esta noche y momento. Y veo ciudades y pueblos, calles plazas y casas iluminadas. Veo muchas ciudades, muchos pueblos, muchas casas, todas las ciudades pueblos y casas del mundo. Pero no en todos estos sitios ahora mismo celebran la fiesta de la Navidad. Lo entiendo. Sé que no en todo el mundo se celebra esta fiesta pero sí en muchos, muchos lugares de este planeta. Y sé que no en todos estos lugares, ahora mismo la nieve cae.

Pero es cierto, ahora mismo la nieve cae en todos estos lugares y rincones del mundo. Es de noche y el resplandor que desde las nubes se derrama, me permite ver en todas las direcciones y hasta los más lejanos confines de este Planeta Tierra. Y veo que la nieve cae abundantemente y sin parar. Veo que en las ciudades, pueblos, plazas, calles y casas, entre los copos de la nieve que cae, las luces titilan y poco a poco se van apagando. Se apagan las luces de las calles, las de las plazas y las de las casas. Algo así como si de pronto la nieve sepultara a todas estas luces y construcciones.

Por eso, poco a poco, dejo de ver a estas ciudades, pueblos, calles y casas. Solo la nieve se amontona como en alfombras mágicas que cubren silenciosas y delicadamente. El mundo, todo el territorio del Planeta Tierra, se va convirtiendo en un inmenso paisaje blanco y mullido. Lo estoy viendo y no me sorprendo. Sigo oyendo la delicada música que, como en forma de copos que se desprenden de las nubes, también se derrama por todo el territorio y como fundida en el resplandor que ilumina delicadamente. Es hermoso y a la vez sobrecogedor lo que oigo y veo. Es hermoso y entiendo que esto debe ser así. Lo he intuido a lo largo de toda mi vida y nadie, absolutamente nadie

ni nada, me dijo ni me anunció nunca la realidad que ahora mismo ante mí tengo. Pero yo lo sabía y por eso ni siento miedo ni tengo frío ni me extraño de nada.

El pueblo blanco de la cumbre que tengo bajo mis pies coronado por el imponente castillo de piedra, también ha quedado sin luces y empieza a ser cubierto por la densa nevada. Lo mismo sucede con el desparramado pueblo del valle de los olivos y rincón especial de los niños. Desde este pueblo y valle, por las laderas hacia la cumbre donde me encuentro, asciende la densa capa de nieve. Como cubriendo el último paisajes de este planeta. Y desde el pequeño prado de la fuente donde aquellas noches de verano tú dormías a la luz de la luna y acompañado por el canto de los grillos, veo como un camino que asciende hacia el castillo donde me encuentro.

Es un camino como de algodón recién cortado de los campos y rematado por hermosísimos reflejos de cristal color oro y tallos de romero lleno de flores moradas. Te veo a ti subiendo por el camino y tu cuerpo también es blanco y blando. Subes majestuoso y al llegar a donde yo espero, te paras frente a mí. Me miras con dulzura y entonces comprendo la gran verdad. Me acerco a ti, te abrazo, como tantas veces cuando estabas y éramos amigos, me refugio en el calor que de tu cuerpo mana y te digo: "Todos los sueños que vivimos juntos y todos los sueños que tuve antes de conocerte, los tenemos puros y radiantemente bellos en la estrella que tanta noches contemplábamos desde los prados. Vamos juntos al encuentro de esta estrella nuestra y de nuestros sueños. Al encuentro de todos aquellos y aquello que perdimos y en nuestro corazón siempre mantuvimos puros y hermosos. Lo perdimos todo y todos pero ahora somos inmortales en el maravilloso universo que siempre soñamos. Vamos juntos y tú como el más grandioso de todos los reyes. Es ahora mismo noche de Navidad y las cosas tenían que suceder así".

El camino que desde el prado de la fuente sube hasta este castillo de recias piedras, sigue avanzando como hacia el corazón de las nubes y sostenido por el viento mientras los copos de nieve continúan cayendo. Por este camino tú y yo comenzamos a movernos mientras al fondo, como en un infinito y cielo misterioso, allá por donde las estrellas y los confines de las galaxias, las nubes se abren. Veo como un redondo sol que irradia luz plateada y dorada. Comprendo ahora que de esta fuente de luz, es de donde mana el resplandor que ilumina todos los pliegues de esta noche de nieve y corazón de la Navidad. Hacia este universo luminoso avanzamos lentamente nosotros siguiendo el camino que, como colgado en el viento y escoltado por las nubes, los copos que caen y los tallos de romero florecido con diminutas perlas moradas, se nos abre y da paso.

A mi mente viene la imagen del hombre de la cueva y por mi alma y corazón, vibran las palabras que un día salieron de su boca: "Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta

realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirse en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo. El universo entero será tu reino donde, rodeado de la más fina belleza, descubrirás que era cierto: la eternidad existe y tú ya formas parte de ella. Los ríos de belleza que siempre sentiste atravesando tu corazón y alma, son el fundamento del universo. La belleza es la que da consistencia y forma a la eternidad".

27 de julio 2020 -134

TRASHUNANCIA

Desde las partes altas de los paisajes en las montañas, a lo largo de los años,los pastores han llevado sus rebaños hasta los valles de los ríos.Siempre cuando llegan las dos grandes estaciones del año: Al comenzar el invierno, hacia las tierras bajas y a comenzar el verano, hacia las tierras altas. En los meses de otoño,invierno y primavera, con frecuencia nieva mucho en las montañas. Y, en estos mismos meses del año, en las tierras bajas, las praderas siempre se tupende buenas hierbas y las temperaturas son llevaderas. A lo largo de los siglos, los pastores de las montañas, siemprehan demostrado ser sabios.

A mediados de la primavera, uno de estos pastores, guiaba su rebaño ladera arriba. Elrebaño, desde el río, remontaba por el lado derecho del arroyo. Al llegar al estrecho,por donde las rocas son muchasy es muy complicado avanzar, Las ovejas formaron fila. Una detrás de otra, saltaban el escalón y se encajaban en la pequeña paradera llana. Desde arriba, él la fue observando y, a su manera, llamándolas y dándole confianza.Lentamente el rebaño superó el complicado acantilado y, conforme los animales iban llegando a la hierba de la pradera, por aquí se quedaban pastando. La mañana era hermosa, con algunas nubes blancas resaltando sobre el azul intenso del cielo, el cálido aire cuajado de aromas y el verde fresco brillando en los paisajes.Al lado de arriba de la pequeña pradera, se veía la blanca casa y, en primer plano, elgran portón de hierro.

Abrió la mujer este gris portón y,desde la distancia dirigiéndose al pastor, en voz alta le dijo:

- Aquí estoy esperando a que acabes de llegar con las ovejas.
- Enseguida estoy ahí con ellas.

Recogió el hombre el rebaño, lo llevó lentamente hacia la casa, hizo que los animales entraran por el portón de hierro y, en unos minutos, todos las obejas estaban dentro del pequeño espacio corral, en forma de patio.Desde un elevado escalón, a la derecha de la entrada, la mujer miró al rebaño ya concentrado en el patio. Abrió su bolso, sacó un papel, lo firmó, se lo entregó al pastor y le dijo:

- Aquí Tienes el cheque al portador con el valor de estas ovejas tuyas.

Se restregó los ojos del pastor, cogió el cheque y mirando a la mujer comentó:

- Mi mujer murió hace una semana de la enfermedad que ahora mismo está extendida por todo el mundo, mi hijo se marchó a la ciudad y nada quiere saber de estas montañas, yo me jubilo dentro de unos días y por eso me despido de este rebaño mío.Desde que tengo uso de razón, he sido pastor por estos territorios y ahora fíjese usted.
- Pero tú no te preocupes. Desde hoy tus ovejas vivirán en este corral, donde las cuidare y le daré de comer para que me sirvan de mascotasy me den compañía.

28 de julio 2020 -135

EL DINERO

Entre los dos, escribieron un pequeño libro. Un relato corto que a ellos le parecía, además de bello, muy interesante. El más joven de los dos, llevó el libro a la imprenta para imprimirlo y hacer varias copias. Pagó de su bolsillo lo que costaba este trabajo y, muy satisfecho, se presentó en la oficina donde trabajaba su amigo. En una caja pequeña, mostró a éste la factura junto con el dinero que le habían dado de vuelta en el pago. Al ver el amigo los billetes, rápido se apoderó de la cajita y todo lo que contenía. Los presentes se extrañaron al ver la escena y el joven dueño del dinero, dijo al amigo:
- Supongo que lo que estás haciendo es solo un juego.
- De juego, nada.
- Pues ya me estás devolviendo lo que me has quitando porque es todo mío.
El que se había apoderado de la cajita, hizo como si no oyera nada. Con lo que no era suyo, en el bolsillo, rápido recorrió la estancia, salió de la oficina y por la calle se alejó.

Junto a sus compañeros, observando,se quedó el dueño de la cajita y del dinero al tiempo que comentaba:
- Yo Creo que lo que hace es un juegos. Está de broma conmigo.
Alguno de los presentes, confirmó:
- Acepta que lo que hace, no es un juegos. Quiere aprovecharse de ti y quedarse con el dinero.Yo que tú, llamaría a la policía ahora mismo.
Y esto fue lo que hizo otro de los allí presentes.El que corría por la calle con la cajita y los dineros en el bolsillo, al ver venir a la policía, se volvió para atrás y rápido entró en la estancia donde estaban los compañeros.Expectantes lo miraban todos sin pronunciar palabras. El que llegaba huyendo de la policía, tiró la cajita con el dinero y la documentación a los pies del joven dueño al tiempo que decía:
- Toma tu dinero que yo no lo quiero para nada. Ni siquiera sois capaces de entender una broma de lo que no lo es.

Entró la policía en la estancia y empezó a preguntar. Ninguno de los presentes delataron al que había robado la cajita con el dinero aunque sí, unos a otros se miraban y miraban los billetes y papeles desparramados por el suelo. El jefe de la policía, de nuevo preguntó:
- ¿Quién de vosotros es el ladrón?
Muy quietos todos permanecían mirándose y ahora, el silencio era aún más grande.

29 de julio 2020 -136

LOS DOS RÍOS

Los dos ríos descienden de la montaña oscura. Sus primeras aguas brotan por todo el denso bosque en las laderas de esta montaña, por entre las peñas, las raíces y troncos de los árboles y en las pequeñas grietas del terreno. Las aguas de los dos ríos, son tan claras como el viento más fino y frías casi como la nieve. Huelen a tomillo y romero y sus colores son azules verdes, como los cielos de estos lugares y los bosques donde nacen. Antes de llegar a la llanura por donde los dos ríos se juntan con el tercero que le sale al encuentro, construyeron un gran edificio. Un cortijo blanco con jardines y varias huertas donde sembraron naranjos, cerezos y granados.

En la calurosa mañana del mes de julio, los jóvenes se fueron concentrado en los charcos del río principal, por el lado de debajo de las vueltas del cortijo. Y, conforme iban llegando, se quitaban sus ropas y se metían en las aguas.Gritaban, llamaban a los amigos, chapoteaban con sus manos pies surcando el azul charco, tomaban el sol sentados en la pequeña playa de arena al borde de las aguas, hablaban y comentaban cosas entre sí y decían que eran libres.

- Esta es la vida buena y no la que la mayoría de las personas viven en la ciudad.

- Sí porque hasta parece, que con esto del virus solo quieren tenernos encerrados y privarnos continuamente de las cosas que nos gustan.Los jóvenes necesitamos vivir nuestrasvidas, compartir las cosas con los amigos, experimental sensaciones y ser libres, muy libres.

Unas horas después de esto, todo el grupo de estos jóvenes, poco a poco se fueron concentrando en los charcos del río pequeño a su derecha. En un lugar donde las aguas eran muy claras, existían pequeñas praderas de hierba fresca y la sombra de los árboles fresnos, arropaban suavemente.Muy cerca unos de otros, por aquí se fueron sentando, abrieron sus mochilas, sacaron botellas de bebidas, algunas bolsas de plástico con alimentos, algunos bocadillosY empezaron a compartir. Mientras bebían y comían, algunos seguían comentando:

- Esto sí es vida y no lo que viven Las personas en la ciudad.

En la ciudad de ellos, en otras ciudades del mismo paísycasi en todos los rincones del mundo las noticias no dejaban de repetir que loscontagios del virus era cada vez más y, de ninguna manera, se podía parar.

“La irresponsabilidad de muchos,es un gran problema en la lucha con este virus”, repetían una y otra vez las noticias por muchos sitios.

30 de julio 2020 -137

COLOR AMARILLO

Cinco años había estado en este país, para ella extranjero, elaborando su tesis doctoral.Trabajó mucho investigando, escribiendo, asistiendo a charlas en la universidad, elaborando y entregando trabajos, planificando con la directora de su tesis, añadiendo o quitando párrafos en la redacción de los textos y yendo y viniendo a congresos y exposiciones. Defendió un día por fin su tesis y la aprobó con la máxima nota. Una gran alegría para ella, su familia, profesores, amigos y conocidos. Llevó su tesis a la imprenta y le hicieron tres copias encuadernadas en pasta dura. Saltaba de gozo al ver su

trabajo transformado en bonitos libros y empezó a preparar las maletas para regresar a su país.
- Llevo tanto tiempo fuera de mi casa y lejos de los míos que me muero en deseos de regresar.
Decía a los amigos.

Compró los pasajes para realizar el vuelo de vuelta a su país y justo tres días antesla propagación del virus se había extendido tanto que los gobiernos cerraron las fronteras y quedaron paralizados todos los vuelos. Encerrada en su pequeño piso en la ciudad extranjerapara ella, se quedó esperando a que las cosas mejoraran. Pasaron los días, las semanas, los meses y la situación de la epidemia no mejoraba. Su vuelo seguía congelado y en su corazón ella, sólo tenía intranquilidad, mucha incertidumbre y miedo, mucho miedo. En su país las cosas estaban muy mal y los suyos también sufrían encierro en la casapor culpa del virus. Hasta que un día, cinco meses después de haber defendido su tesis, la compañíadonde tenía contratado elpasaje, le avisó que realizaba un vuelo de repatriación. Saldrían de España el día 28 de julio y ella estaba incluida en este vuelo.Saltó de alegría y enseguida compartió la noticia con todos sus amigos y conocidos.A partir de este momento, solo dos días le quedaban en este país extranjero para ella.

Se dijo: "Tengo que aprovechar y despedirme de todos mis amigos y conocidos por estos lugares. Ha sido mucho tiempo y seguro que ya no los voy a ver nunca más en mi vida". Compartió la noticia con todos sus amigos y conocidos y varios de ellos, después de comentar distintas cosas, le preguntaban:
- A pesar de todo, estás teniendo mucha suerte. Pero cuando ahora te vayas de Granada ¿qué será lo que más vas a echar de menos?
Sin dudarlo, ella respondía:
- Creo que lo que más voy a echar de menos son los colores amarillos de los atardeceres en esta ciudad. Los amarillos de las mimosas, las margaritas, los lirios y las rosas de la Alhambra, son estampas y colores que nunca voy a olvidar.
Y cuando llegó el último día de su presencia en esta ciudad extranjera, con su maleta y mochila, se le vio subir por el camino de tierra que lleva a la casa de uno de sus mejores amigos. En el balcón que, en forma de mirador, en la misma puerta de la casa se asoma al valle y el río, los amigos la esperaban. Media hora después, desde este mismo mirador, contemplaba con sus amigos la última puesta del sol teñida de amarillosoro incandescente. Unas horas más tarde, al amanecer,El cielo se teñía de amarillos brillantes y un avión surcaba el aire sobre el fondo de este mar amarillo. Desde elvalle del río, los amigos contemplaron este amanecer y uno de ellos comentó:
- Por fin regresa a su país y compañía de los suyos. ¿Qué experiencias vivirá en este viaje y, con esto del virus, qué encontrará y le esperará allá en su país?

31 de julio 2020 -138
NOCHE DE LUNA
Al caer la tarde, desde Sierra Nevada, se le vio bajar. Solo, en silencio, con una bolsa de cuero a sus espaldas y como el encuentro de algo importante.

Por su derecha, según recorría la senda, se le iba quedando la corriente del río, el pequeño bosque de árboles en las riveras y la soledad de los campos, con sus matas de retama, piornos, tomillos y mejorana. Se dijo: “En cuanto me encuentre con ella, le voy a dar mi más sincero abrazo al tiempo que le diré que por fin tengo otra vez la vida a mi lado”.

Se puso el sol, la oscuridad de la noche lo cubrió todo, la luna asomó por encima de las altas cumbres y tenuemente iluminó los paisajes. El camino que ahora recorría era estrecho, largo casi interminable y por eso, en su silencio y mientras seguía marcando los pasos, de nuevo se dijo: “Y si no me la encuentro en la casa cuando llegue, entraré, encenderé fuego en la chimenea y me sentaré a esperarla. Más allá de ese punto, ya no hay nada y por detrás de mí y a mi derecha y a la izquierda, solo la oscuridad de la noche se presenta”.
Cuando amanecía, ya muy cansado y con las plantas de los pies llenas de heridas, a lo lejos descubrió la casa. Más al fondo descubrió las torres de la Alhambra, la gran vega aun más lejos y luego el infinito y el azul del cielo. De la casa, por la chimenea, no salía ni una chispa de humo y todo parecía como dormir en un ancho mar de silencio. Otra vez se dijo: “Pero si no la encuentro y tampoco en ningún momento regresa ¿para qué habré andado todo este camino y con tanta ilusión en este alma mía ya tan vieja?”

La fragancia eterna
1 de agosto 2020 -139
VOLVIERON LOS CEREZOS

Volvieron los cerezos a cubrirse de flores blancas y, el aire cálido de los meses largos, volvió a llenar de perfume las mañanas y al poco, las ramas de los cerezos, volvieron a cubrirse de hojas verdes y el viento al pasar, de nuevo llenó de aromas las vegas y las cañadas.

Y no tardaron en volver otra vez las golondrinas negras que al revolotear se les ven manchadas y en las ramas de los cerezos y los almendros, se posaron ellas y con los días nuevos y en las alboradas, esparcieron sus trinos por el mar celeste de la primavera mágica y al poco, volvieron los ruiseñores a cantar por entre las zarzas.

Y cuando el sol de los primeros días del verano, brilló en lo más alto, una vez más volvieron los cerezos a llenar sus ramas de frutos color sangre y a teñir de vida y de esperanza, a las mañanas hermosas del verde valle y cuando ya nadie lo esperaba, los niños serranos de los cortijos blancos, desparramados por las tierras llanas, volvieron a jugar sus juegos de gañanes, pastores y dulces hadas.

Y estaban ya los garbanzos de las tierras buenas, bien maduros en sus vainas, cuando oyeron el rumor del agua y al poco, medio asombrados, medio llorando y el resto deshechos en el alma, se fueron yendo de sus cortijos por las veredas que inertes callan y al volver la vista para atrás y observar, desde la distancia, vieron como sus cortijos, sus tierras, sus ovejas, sus cerezos y sus vacas, se quedaban sepultados para siempre bajo las

azules aguas, del gran pantano de la vega que por primera vez, grandioso se remansaba.

Y desde aquel amanecer y aquella inolvidable luz del alba, ya no volvieron a florecer los cerezos ni revolotearon más las golondrinas al posarse en sus ramas ni tampoco cantaron los ruiseñores junto a sus nidos entre las zarzas y los niños, callados y a coro, dijeron: “cuando la primavera vuelva a teñir de rojas cerezas nuestros juegos en las mañanas ¿por dónde encontraremos un rincón libre que tenga tantos cerezos cuajados de flores blancas?”.

2 de agosto 2020 -140

SERENIDAD

A lo largo del día, ha hecho mucho calor. Por la tarde, refresca un poco y el aire, se mantiene en calma. Cae la noche y las chicharras no paran de cantar. La noche es clara, la luna ilumina y el silencio es total. La ciudad está distante, las ventanas de su habitación se encuentran cerradas, ni coches ni personas pasan por la calle y la noche avanza.El tiempo avanza aunque no se oiga y se lleva, se lleva, 7se lleva.

El tiempo se lo lleva todo. Pero antes de que la noche avance más, se acurruca en su cama, se arropa con las sábanas y quiere dormir. Aparta de su mente cualquier tipo de pensamiento, se relaja y se deja desaparecer como en un océano de silencio,levedad,harmonía y suavidad de seda.Se siente a sí mismo y no pesa, no tiene dolor, nota como si su cuerpo no existiera, no experimenta cansancio y sí una gran sensación de suavidad, mucha suavidad.

El mundo real que conoce en este suelo,donde sí hay mucho dolor, problemas y más problemas entre las personas, luchas de poder, hambre, sed, frio y desamparo y, sobre todo, injusticia, mucha injusticia,es algo que de ningún modo le afecta. La materia, el mundo, las personas, la naturaleza, las puestas de sol, los bosques y los ríos,todo como si se lo hubiera comido el tiempo. Se siente inmenso en un océano de serenidaddonde hasta su propio cuerpo es levedad, mucha levedad.

3 de agosto 2020 -141

CASA DE ESTUDIANTES

Donde lavaba la madre, hace mucho, mucho tiempo,encima de las rocas que hay en la puerta de la casa, vio a los estudiantes. Y su sorpresa fue grande al descubrirlos por aquí. Porque de ningún modo esperaba que el pequeño edificio que, en tiempos lejanosfue vivienda para pastores, pasados los años, lo hubieran reconvertido en residencia para estudiantes.

Lo vi siguiendo la senda que, desde el edificio grande en la parte alta de las tierras, cruza el olivar y se dirige al pequeño valle. Iba solo, con una pequeña mochila gris a sus espaldas, una vara de acebuche y la cámara de fotos en el bolsillo. Le daba compañía un pequeño perro pastor color blanco y negro. Al llegar al valle, se fue para el lado izquierdo, remontó la loma y luego bajó hasta el arroyo grande. Por entre las adelfas y los tarayes, cruzó las aguas,

remontó al collado queda paso a la extensa llanura y, con su mente puesta en la casa sobre la roca donde vivió de pequeño, avanzó ilusionado. Se acercó al lugar por entre los lentiscos en busca del huerto.Al ver el trozo de tierra que en otros tiempos estuvo vallado con jaras y lentiscos, observa espacio.

Cuando pequeño, en este terreno sembró muchas veces habas, ajos, lechugas, pimientos,tomates y espinacas. Ahora mismo descubre que sólo crece aquí algunas verdolagas, cardos borriqueros y malvas. Saca su cámara, hace varias fotos y se mueve para su derecha. Desde cierta distancia, observa al edificio y por la puerta ve a muchos jóvenes y albañiles construyendo una pared. Camina sin dejar de mirar y de pronto, bajo una encina grande, aparecen dos jóvenes.Las saluda y les pregunta:
- ¿Qué hacéis por aquí tantos jóvenes?
- Somos estudiantes universitarios que nos hemos venido a vivir a este lugar porque es hermoso, se encuentra en medio de los campos, hay aire limpio y dicen que tiene mucha historia.Nos gustaría encontrar a alguien que fuera de estos lugares para que nos contara cosas de las personas que en otros tiempos vivieron aquí y cómo eransusvidas. ¿Tú conoces a alguien?
Dice a las dos muchachas:
- Conozco mucho de estos lugares y de las personas que por aquí vivieron. Yconozco bien ala persona concreta que podría contarosexactamente lo que vosotras queréis pero sé que no lo hará.
- ¿Por qué no?
- Esta personas, sabe bien que los díasde los que por aquí vivieron,son limpios y sagrados. No compartirá con vosotros susvivencias.
- Pues es una pena.
Dijeron las estudiantes universitarias. Sin más, las despidió, llamó a su perrillo y siguió caminando hacia el manantial en la parte alta de la llanura.

4 de agosto 2020 -142V
VENDIENDO TIKES PARA EL CIELO
Tenia un trozo de tierra junto a las aguas del río que baja de Sierra Nevada. Bastante lejos de la ciudad río arriba y también bastante lejos de las cumbres de las Nieves río abajo. Justo al lado de una pequeña urbanizaciónfrente a sus tierrecillas. En este pequeño trozo de terreno, cuidaba algunos animales: conejos, gallinas, pavos, un borriquillo y un vaca. En las tierras todos los años sembraba hortalizas, verduras y legumbres: habas, garbanzos, habichuelas, espinacas, acelgas, lechugas, zanahoria y fresas. Pequeñas cantidades de cada una de estas plantasporque esta labor él la hacía solo para ocupar el tiempo y estar entretenido.

Estaba jubilado y ya era muy mayor. Pero como las tierrecillas eran de su propiedad y, a lo largo de toda su vida él había trabajado en el campo y cuidando animales,le apetecía muchocultivar y sembrar las tierras. En estas tareas ocupaba el tiempo desde por la mañana temprano hasta el atardecer. Precisamente, todos los días al caer las tardes, siempre se sentaba bajo la higuera que crecía en el caminillo que daba entrada a su terreno.Casi a todas horas, aparecía algún amigo suyo por aquí a compartir momentos de charla, el fresco de la tarde y los higos de la higuera, uvas, fresas o cerezas. A la derecha del caminillo que daba entrada al terreno, crecían varios cerezos

muy frondosos y recios. En la época de las cerezas, estos árboles todos los años se cargaban de buenas cosechas y esto era algo interesante.

Y sucedía que cuando los cerezos estabandando su mejor cosecha, muchas persona del barrio donde vivía, aparecíanpor aquí. A veces con bolsas de plástico y otras veces con cestas de mimbre y, sin pedir permiso, Se ponía a coger todas las tareas que les apetecía. Al ver esto los amigos decían al dueño de estas tierras:
- Te están robando la cosecha aquí en presencia tuya y no les dices nada.
A lo que él respondía:
- Losestoy viendo y no les digo nada y a veces hasta le prestó la escalera para que suban a las ramas más altas.
- ¿Y por qué haces esto?
- Porque todos ellos pasan hambre y los pobres también tienen derecho a saborear frutas buenas.Y también, porque cualquier día de estos voy a marcharme de este suelo. Allá a donde vaya, y espero que a un cielo hermoso donde todo sea eterno, quiero tener amigos buenos como estos que vienen a coger cerezas de mis cerezos. Ellos, aunque vosotros no lo creáis,están comprando las entradas a este cielo.

5 de agosto 2020 -143
REGALANDO POEMAS
Lo he visto muchas veces en uno de los históricos puentes que hay en el río que corre a los pies de la Alhambra.Con una muy vieja y antigua máquina de escribir, una mesa plegable, una también muy vieja silla de madera y varios papeles. Escribiendo poemas en hojas desteñidas y regalándoselos a las personas que por este lugar transitaban. De vez en cuando, algunas de estas personas, le dejaban pequeñas monedas y otras veces solo recibía a cambio las gracias. Parecía no importarle pero en el fondo, se veía que esto era lo que necesitaba: Recibir algunas monedas para comprarse un bocadillo o cualquier otra cosa que necesitaba para sobrevivir.

Cuando apareció el virus, en esta ciudad y otras muchas, a todos nos encerraron en las casas.Dejó de ponerse en el puente a vender poemas y dejaron de pasar las personas por la calle. Durante mucho tiempo, más de cuatro meses, nadie ha sabido qué ha sido de él.Ni un solo día se le han visto por el puente vendiendo sus poemas, nadie ha sabido dónde ha vivido, de qué modo se ha alimentadoni cómo ha soportado los silenciosos días del encierro.Como si las cosas hubieran ocurrido en un sueño y así, de la noche a la mañana,la vida de todas las personas y en el mundo entero,hubierangirado hacia una extraña y muy larga noche oscura.

Pero en mi sueño, esta noche lo he visto.Hoy, casi cinco meses después del día del gran silencio, las personas vuelven a pasar por lascalles y por el viejo puente del río a los pies de la Alhambra. Con las bocas tapadas y sin sonrisas y buscando no se sabe qué.Por una de las calles de la ciudad, lo he visto llevando en una mano la mesa plegable y en la otra, la vieja máquina de escribir. Busca un sitio para ponerse a escribir poemas y regalarlos y parece no encontrarlo. Por lascalles no pasan turistas y a los de la ciudad, ni le interesa su presencia ni sus poemas.Pero él camina llevando en una mano la

mesa plegable y en la otra, la vieja máquina de escribir y también parece como si buscara algún lugar donde esconder o dejar la mesa yla silla para, cuando vuelva otro día, tenerla a mano. Tampoco encuentran donde dejar su mesa y la máquina de escribir pero no se desanima.Camina y camina y no sabe a dónde va. Como, si a pesar de todo, en su corazón no se hubiera apagado la ilusión de encontrar en algún momento lo que sinceramente necesita.
https://youtu.be/DzwJ5S0wNK4

La fragancia eterna
6 de agosto 2020 -144
EL VALLE EN SU SILENCIO

Se le ve, al cerro, chorreando sus laderas, todas surcadas de sendas y por la parte más alta, se le ve redondo y repleto de llanuras pequeñas, por donde los peñascos y la hierba, se apiñan llenos de asombro.

Y ahí, donde parece acabar el infinito porque termina la cuesta y ya todo es la redondez del cerro, a él se le ve caminando tras su rebaño de ovejas que van y vienen y regresan del valle a las praderas de las cumbres, por donde la nieve se espesa.

- Pues cuando llegues con tus borregos, los separas y los dejas, por las llanuras anchas que extienden por la derecha.
Comenta el hermano amigo al pastor que remonta el cerro.
- Cuando llegue con mis borregos, me parecerá mentira y con esta lluvia fina que nos empapa calando hasta los huesos.

Y desde lejos y al otro lado del tiempo, si se mira atento, se le ve, al cerro, redondo en su parta más alta, algo más abajo, al pueblo y ya en lo hondo del todo, al valle en su silencio y por las sendas que remontan, se le ve al pastor luchando con sus ovejas.

La fragancia eterna
7 de agosto 2020 -145
AL AMANECER

En la tierra negra que deja al descubierto el arroyo pequeño, justo donde crece el fresno del tronco torcido, maduro y viejo, esta mañana se amontona la escarcha que, al pasar, ha dejado la fría noche del invierno.

Y ahí mismo, por la primera ladera, todavía chorrean las matas de las calabazas y cuelgan, hermosas y desteñidas por el tiempo, los frutos gordos como esperando un poco más a ver si el cielo y la niebla de esta noche oscura, los madura del todo y los deja por completo añejos.

Y claro que recuerdo cuando aquella mañana subí siguiendo los pasos de la niña hermana, buscando los últimos frutos del invierno y al llegar a las tablas de la tierra buena, padre nos saludó diciendo:

- Al amanecer de los días estos del invierno, en la solana que desde el río se alza y bajo las rocas del agujero, se ve una maravilla tan grande que aquello ¡qué misterio!

Y le decimos nosotros a padre que un día tendremos que ir a verlo porque hoy, de la tierra negra del embarrado huerto, tenemos que recoger las calabazas que todavía cuelgan por la torrentera donde crece el fresno.

8 de agosto 2020 -146

SE MARCHÓ

Desde su país, Chile, vino a Granada España, para hacer su tesis doctoral en la universidad de esta ciudad. Durante cinco años vivió en pisos, a veces sola y a veces con alguna amiga. Al final del mes de febrero del quinto año viviendo en esta ciudad, defendió su tesis y la aprobó con la máxima nota. Unos días después, preparó todo para regresar a su país. Hizo tres copias encuadernadas en hermosos libros y compró los pasajes de avión para su viaje de regreso. Pero justo unos días antes de la salida de su vuelo, a causa de la gran pandemia del virus, se decretó el estado de alarma. Las personas quedaron encerradas en las casas ylos comercios, hoteles, bares, restaurantes, fábricas, todo quedó por completo cerrado. Ella también porque se cerraron todos las fronteras y los vuelos se clausuraron a todos los países del mundo.Cuatro meses después, la compañía donde tenía contratado su pasaje para regresar, le avisó que realizaba un vuelo de emergencia a su país. De nuevo preparó todo y el 28 de julio, a las 12:00 de la mañana, salió de la ciudadpara regresar a su tierra y junto a su familia.

Justo en este mismo momento, él la recordaba con cierta tristeza. Después de cinco años compartiendo con ella pequeños paseos por la ciudad, los paisajes cercanos, las cumbres de las Nieves y otros detalles y momentos,ahora se alegraba por todos sus triunfos y esfuerzos y al mismo tiempo se entristecía por su marcha. Porque tenía muy claro que ya nunca más en la vida volvería a verla. Como homenaje a su amistad y ahora pérdida, justo en el momento en que se alejaba de esta ciudad y pensando en ella, escribió el siguiente texto:

“Justo ahora mismo, cuando el avión que desde España te lleva a tu país, en la ciudad donde has vivido tanto tiempo, todo es silencio. Mi pensamiento está en ti y siento que algo bueno, se ha ido de mi vida para siempre. Cierro mis ojos y me veo justo en todo lo alto de las cumbres de Sierra Nevada. Entre muchas personas que por aquí están sentadas y, como yo, miran al cielo por donde el avión que te lleva, cruza y se aleja. Te despiden y te despido y después guardamos silencio. Pienso que hasta mi correo electrónico, donde de vez en cuando recibía tus mensajes, desde ahora mismo va a apagarse y quedar en silencio. Nadie me escribe y ahora tú ya no estás aquí para hacerlo. ¿Sabes? Yo también como tú ahora, quisiera irme pero aún más lejos y no aparecer más por los sitios que hoy dejas tan en silencio”.

9 de agosto 2020 -147

COMO EN UN ESPEJO

Asomado a la ventana, escucha, cierra los ojos y medita. Es pleno verano, hace mucho calor, cantan sin parar las chicharras, el poco aire que se mueve, casi quema, se ve reseca la que ayerfue hierba verde y también los árboles y el tiempo parece parado aunque avanza. Piensa en la estudiante de China enferma de algo raro y se lamenta no saber nada de ella. Piensa en la joven que hace solo unas horas se marchó a su país muy, muy lejos de aquí y ahora es silencio y lejanía. Piensa en la muchacha tambiénextrajera lejos de aquí y en otro país que no es el suyo y que lucha por ganar algún dinero y llegar a tener algo en esta vida. Piensa en tantas y tantas personas que conoce y ha conocido y en estos momentos son silencio y ausencia, medita estas experienciasy lo monotonía que día a día vive. Piensa que, de algún modo, la realidad de su vida y la de cada persona en todos los tiempo en este mundo, podría resumirse en lo que en sueño vio anoche.

En un lugar intangible y como sostenido en el viento, vio un denso y muy hermoso bosque de árboles, monte bajo, arbustos, hierba ríos y manantiales. A la entrada de este hermosísimo edén, vio como una puerta decorada toda con hojas y tallos de los árboles del bosque. Parada en el centro de esta entrada, vio a un muy hermosa joven que miraba y al mismo tiempo, parecía esperar. Lleno de admiración y por completo extasiado por la fresca y delicada belleza que la joven irradiaba, se acerca a ella y le pregunta:
- ¿Quién eres y qué haces en un lugar como este y como esperando?
La joven, como si lo conociera y llena de toda la sabiduría del Universo, dice:
- Tú me ves ahora mismo aquí pero yo soy y estoy en todas y cada porción de materia y espíritu que existe en el Universo. En mi estánconcentradas todas las personas, latidos de corazones, sueños, emociones, esperanzas, dolores, vidas y muertesde estas personas y en todos los tiempos. Así que lo que tú necesitas y buscas sin parar un día detrás de otro, en mi estás concentrado. Soy todo y todos. Algo así como si todas las cosas que existen y personas, fueran pequeños trozos de mí.
- ¿Y hasta las personas que a lo largo de mis días conocí y ya ni están ni veré nunca, están en ti?
- Todo y todos, confluyen y se concentran en mí.
- No entiendo pero me llena de gozo que en ti lo tenga todo y a todos.

Asomado a la ventana, escucha, cierra los ojos y medita. Se dice que, aunque los sueños sean misteriosos y estén llenos de mensajes, a veces son mucho más bellos y contienen más verdades que la misma realidad. Oye el sonido de una notificación. Mira su móvil y ve el mensaje:“Hola amigo. Ya estoy en Buin en casa de mi mamá, todo bien hasta el momento. El viaje fue bueno con precauciones y en ambos vuelos me fui sentada sola.Estoy con el horario cambiado y me he despertado a las 4:30am que en horario español sería 10:30.Te envío unas fotos del aeropuerto que estaba prácticamente vacío, sólo la gente que esperaba un vuelo de los 4 planificados que habían en distintos horarios estábamos en el aeropuerto.
Y la foto del amanecer es llegando a Chile donde se ve a lo lejos y a oscuras la cordillera de los Andes.Eso por ahora amigo.Te mando un abrazo y muchos cariños”.Saludos desde Chile.

10 de agosto 2020 -148

JUEGO DE NIÑOS

Geográficamente las montañas dibujan cuadros extraños, casi siempre únicos, llenos de belleza y fantásticos hasta el asombro.Así era el lugar donde se alzaba el blanco cortijo en el que vivía la niña.Justo donde un largo y extenso territorio montañoso, daba comienzo. En la ladera que mira al sol de la tarde, entre olivos, construyeron el cortijo. Desde la misma puerta de este edificio, al levante, se veía la áspera raspa montañosa de rocas anaranjadas. Y en el centro de esta alargada loma,a media altura, brotada un copioso manantial. Enseguida las aguas de este manantial se despeñaban por las rocas que caían en cascada hacia el valle de los olivos y se convertían en un pequeño río. Frente al blanco cortijo, en la ladera de espaldas a la tarde, entre las rocas, se abría una gran cueva.En esa cavidad, un día, sin saber cómo ni de dónde llegaba, apareció y se refugió un joven todavía casi niño. Desde la ladera de enfrente, desde la puerta del cortijo, la pequeña comenzó a ver la presencia de estejoven en la cueva.Miraba ella con mucho interés y, al ver al joven una vez y otra entrar y salir de la cueva y moverse de un lado a otro, empezó a sentir curiosidad.

Una mañana de verano, cuando el calor era sofocante, de la cueva salió el joven y caminó hacia las aguas del río.La pequeña lo vio desde la puerta del cortijo y, sin pensarlo mucho, recorrió la senda ladera abajo como a su encuentro.Al llegar a las aguas, lo vio sentado en la orilla del charco. Se acercó a él, lo saludó y sin temor alguno, le preguntó:
- ¿Vives solo en esa cueva?
- Vivo solo porque ni tengo padres ni hermanos ni amigos.
- ¿Y qué comes?
- Recojo del campo y bosques,hierbas comestibles y frutos silvestres. A veces, cojo de este río algún pez y también berros y otras plantas.
- En mi casa, mi madre, todos los días prepara comida buena y a veces, sobra. Si quieres, puedo compartir contigo un poco de estos alimentos.
- Yo nunca quiero importunar a las personas pero si a ti te apetece, me gustará probar y alimentarme con la comida que desees regalarme.
- Pues mañana mismo, si tú vienes a este sitio y a la misma hora, yo te traigo comida. Pero tengo que procurar que nadie me vea para que no me lo prohíban o se enfaden conmigo.
- Mañana yo estaré aquí en esta misma hora. Te esperaré ilusionado.

A la misma hora y el mismo sitio,al día siguiente la niña se encontró con el joven y le entregó un poco de comida. Lo mismo hizo al día siguiente y al otro pero al tercer día tuvo problemas. Algunos del cortijo la vieron y las siguieron. Al descubrir el encuentro con el joven,intentaron acercarse con la intención de saber quién era y por qué que estaba por estos lugares. Enseguida el joven tuvo miedo, se alejó rápido por el monte hacia la cueva y los del cortijo lo siguieron. La niña lo llamó pero él no atendió a sus llamadas. Sintió tanto miedoque atravesó el monte de la ladera y en nada de tiempo,seencajó en lo más alto de las rocas la montaña.Por ahí se veía el disco dorado del sol y, por este fondo y altura, Desapareció como a un infinito misterioso. Varias veces más la niña lo llamó pero no recibió ninguna respuesta.Al día siguiente, desde la puerta de su cortijo, durante mucho rato estuvo mirando a las alturas de la montaña por donde el solse veía. Pensaba que por ahí podría verlo pero

no fue así. Siguió mirando a este lugar cada día por la mañana a medio día y por la tarde y siempre en su corazón deseaba verlo. En algunos momentos, comentaba con su madre:
- Yo sé que volverá porque era bueno y estaba solo en este mundo. Al día mi corazón cada vez que estuve a su lado y sentía como siquiera transmitirme un mensaje grande, muy grande.

La fragancia eterna
11 de agosto 2020 -149
POR PRIMAVERA

La primavera ha ido llenando los campos y como a lo largo del invierno que ha pasado, las lluvias sí han sido abundantes, la hierba por la tierra y las fuentes en las laderas, han brotado con la fuerza de lo nuevo y ya con la primavera bien avanzada, todo queda y aparece, grandemente colmado.

Pero como en estos dos últimos meses, las lluvias han brillando por su ausencia, aunque la primavera, hoy ya final de marzo, ha ido apareciendo con el vigor de lo limpio y fresco, la verde hierba, poco a poco se fue secando igual que le ha pasado a las sementeras de los trigos y de las habas y a los maizales y también la cebada y a los garbanzos y a las fuentes que manan por los cibancos y por los otros cortijos de la sierra y en las pequeñas aldeas y por eso ya las personas estaban diciendo: “Esto lleva mala pinta, porque nos pasará como el año pasado que antes de que acabe el mes de abril, la mitad de la hierba y las cosechas, se habrán secado”.

Pero como Tú que viste, con los colores de lo hermoso, a las violetas humildes y haces brotar las semillas y das de comer a los mil pajarillos que adornan los campos, hoy has hecho que las nubes cubran el cielo y esta noche, cuando todo estaba callado, la lluvia ha caído mansamente sobre la hierba fina y sobre el bosque espeso de las hojas que se mecen en los álamos y sobre toda la tierra hermana y ahora, esta mañana templada de treinta y nueve de marzo, los paisajes enteros, por llanuras, laderas y barrancos, están vestidos de perfume o de gloria bendita o de mil gotitas de rocío que tiemblan en las hebras de la hierba, llenando de una frescura nueva que anuncia y sigue anunciando, la cara dulce de la primavera y a la mañana hermosa con su momento mágico.

Y claro que en estos momentos me acuerdo de aquel lejano día cuando todavía padre era rey en esta Vega y era hermano de los cantos de los ruiseñores y hasta me parece que lo estoy viendo tumbado allá en aquella cama de nieve y era de madera seca y de monte viejo y a su lado, a madre que con su amor de reina, le está diciendo: “Con ese resfriado que en tu cuerpo tienes, tú no te levantas hoy ni sales de esta casa”. Y él que era valiente: “¿Pero y los campos?” “Los campos, que esperen y si el trigo está gritando en la tierra de la ladera, ya vendrá Dios y con su mano, derramará su amor, como lo hace con los pajarillos y con los lirios que también llenan los campos”.

Y recuerdo que aquel día por la ladera que ahora mismo voy atravesando, pastaba el rebaño de las cabras comiendo los tallos tiernos del romero y llenando de música, los cencerros, la umbría florecida y la espesura del barranco, cuando a media mañana se acercó a ellas el amigo muchacho que era el que siempre las cuidaba y en cuanto estuvo a su lado, las llamó y aquello fue como un asombro de belleza porque los animales, al oírlo y verlo allí en el centro, transmitiendo el mensaje de cariño que salía de su corazón enamorado, dejaron de comer su monte y al instante, se pusieron a mirarlo y con las orejas inclinadas hacia las palabras que pronunciaba el muchacho, parecían decirle que allí estaban ellas, a su lado y dispuestas a seguirle a donde él quisiera porque ellas le amaban y lo sentían como al amigo, al rey y al buen hermano.

Y ya digo que bien recuerdo aquel día de aquella primavera perfumada por aquel valle tan repleto de esencias y fuentes brotando y hoy, cuando ahora bajo la lluvia nueva que llega como agua en el mes de mayo, vengo empapando mi alma de aquella fragancia, me digo que todo parece como si todavía por aquí nada hubiera muerto sino que las cosas y las sementeras con el sudor de ellos, parecen como si sólo se hubieran transformado y lo que tenía el sello de lo inmortal, que era mucho, por aquí sigue, conmigo y entre el cuidado de tu amor divino, hoy y mañana y siempre, palpitando.

La fragancia eterna
12 de agosto 2020 -150
EL VALLE MÁGICO

Siguió pisando la arena blanca, acompañado del rumor del agua y el perfume de la primavera colgada desde las rocas y al mirar al frente, como era por la mañana, vio el sol brotando desde sus cumbres largas y vio sus chorros de luz, blancas y color naranja, caer por los barrancos de las nieblas finas y la espesura de las zarzas y vio luego arder de luz pura la superficie de los charcos y el musgo trabado en las piedras y por donde el río corta las rocas que bajan de las partes altas, vio como en manojos espesos, el sol se colaba e igual que en aquellos tiempos, encendía de oro y primavera fuego, el surco por donde sigue cruzando la corriente plata.

Y siguió avanzando despacio, ahora ya pisando el borde acristalado de los remansos blancos y jugando, como en aquellos días, con las pequeñas playas de arena blanca y al llegar al fresno recio, vio que el venero o la fuente clara que surgía con aquel denso caño, ya no estaba o sí estaba pero encerrada entre cemento y muchos tubos negros que por entre la hierba cruzaban y el rellano, con más cemento y las escaleras también fraguadas con cemento y al pisar el rincón arropado por la sombra del viejo fresno, sintió que aunque la primavera seguía corriendo en forma de río y colgada en los culantrillos de las rocas de los lados, no era lo mismo porque sobraba el cemento y faltaban los juncos verdes que cubría al manantial y los berros que siempre crecían en el agua fresca que saltaba por la corriente clara.

Y siguió bajando y al dar la curva y meterse, con el río, en la garganta del misterio verde y los charcos blancos encajados entre las rocas y

la arena del lecho de las aguas, vio que por la derecha y, rompiendo las arrugas de la cara de las piedras, iba tallada la senda y luego encajada en el estrecho y después con barandas de hierro y más escalones de cemento y al llegar al charco de sus sueños, donde con el hermano y la hermana niña y la primavera bella y los puros rayos de sol del verano, se había bañado tantas veces entre aquel juego celeste de rosas inmaculadas, vio que casi nada era blanco a pesar del río corriendo y la primavera colgando por las laderas, en las rocas y a los lado de las aguas.

Y siguió, todavía un poco más, bajando y al ver la carretera de alquitrán negro y tallada por donde estuvieran las madroñeras y los nidos de las águilas, ya no quiso avanzar más y se quedó mirando al hermano sol que redondo asomaba por las cumbres y como en aquellos días, al campo venía bañando de frente y al agua del río blanco y a las hojas de los álamos y a la primavera entera que estaba por doquier brotando y a él que allí, quieto y en silencio, observaba al valle amado, tan dulce y todo teñido de luz naranja y aunque era el mismo de siempre, le parecía tan otro y raro, dentro de su corazón, que hasta en llanto se le transformaba porque más que nadie, él sabía y estaba viendo que se lo habían robado a la fuerza y a traición y de espaldas al brillo mágico de la singular mañana.

La fragancia eterna
13 de agosto 2020 -151

DOLOR DOLIENDO

Vino un tiempo esplendoroso y al explotar la primavera, la Vega se cubrió de hierba fina y los cerezos de los huertos, se llenaron de flores blancas, en cantidad tanta, que parecían una nevada intensa y las perdices, por las laderas, a todas horas desgranaban sus cantos y como el buen tiempo se prolongó y las lluvias llegaron tarde, la tierra se empezó a secar mientras las zarzas por los cibantos, echaban sus hojas nuevas.

Y una tarde de aquella primavera adelantada y toda esplendorosa aunque algo seca, se cubrió el cielo de nubes y al caer la noche, la lluvia fina regó la tierra y con las temperaturas cálidas de la noche negra, salieron los caracoles y de luces de teas encendidas se llenó toda la Vega y al salir el sol, al otro día por la mañana, sí era de verdad un ensueño ver tantas flores abiertas e impregnadas de gotitas transparentes y oliendo, todo el campo, a dulcísima esencia.

Y el joven, el que recorría la Vega soñando y esperaba a la otra primavera y tenía el corazón herido y temblaba de tanto miedo, se sentó bajo la encina a contemplar el momento mágico y a ver de qué manera encontraba un camino que le llevara al corazón del amor que le quemaba por dentro y otra vez, no encontró consuelo sino incertidumbre y mil destrozos en todo cuanto amaba con fuerza.

Y estando en esta angustia florecida de tan dulce primavera por la tierra que tanto ama, se dice que quizá una manera de encontrar algo de consuelo, sea concentrarse en los ojos y desde ahí, por las venas que llevan al alma, relajarse y lo mismo hacer con el aliento que por la nariz se le cuela

y también con la garganta y luego con el corazón, que es donde está la fuente de los sueños y así de este modo, dejarse dormir sin dolor, en el fluir de la primavera “porque quizá sea este el camino que me hace esencia con las cosas y las fuentes que brotan en mi Vega”, se dice.

Y aquella mañana, la primavera dulce, estaba llenando la tierra y él sentado bajo la encina con su dolor doliendo y con su sueño bello,intentando hacerse fragancia con el latido de su amada Vega

14 de agosto 2020 -152

FLORES OLOROSAS

Él era filósofo, ratón de biblioteca. En su juventud, cuando daba clase en los institutos, con los alumnos escribía libros. Los organizaba por grupos y, como actividad, los ponía a redactar fichas, a buscar el significado de las palabras, a escribir pequeños relatos, a investigar sobre la vida y figura de Don quijote… Con los alumnos, reunía después todos estos trabajos y construía libros libro: El Diccionario Inverso, Familias Etimológicas, Camino de Santiago, a Dios por la Belleza… En la etapa de su juventud y cuando impartía clases en los institutos, con los alumnos escribió muchos libros.

Cuando ya se jubiló, se fue a vivir a una casa grande parecida a un monasterio y, además de rezar por los pobres, enfermos, amigos, familiares y meditar cada día, siguió investigando y escribiendo libros. Reunía a personas mayores jubiladas y compartía con ellas charlas filosóficas, cosas sobre la meditación, cómo alimentarse correctamente, la bondad y pazparala humanidad,el estudio y conocimiento del esperanto, el latín y el griego.Y, por las tardes, días de fiesta y en sus momentos de expansión y paseos, se iba por los barrios pobres de la ciudad y con las personas que por estos lugaresdeambulabano vivían, compartía ratos de conversación y momentos de reflexiones sobre la vida, sus dificultades y sufrimientos. Siempre daba ánimo a estas personas y les ofrecía respeto y cariño. Algunas de estas personas pobres y también las de los grupos de mayores, amigos y conocidos, de vez en cuando le hacían algún regalo. Pequeñas cosas materiales casi sin valor pero que él apreciaba mucho porque sabía que se las regaban de corazón y como agradecimiento. En la habitación que ocupaba en la casa grande parecida a un convento, guardaba todos los pequeños regalos que los pobres y amigos le hacían.

Envejeció mucho en poco tiempo y perdió casi todas su fuerzas. Se le empezó a ver cada vez menos por las calles de la ciudad y por los lugares de los pobres. Al andar, se tambaleaba y por eso tuvo que echar mano de un bastón. Hasta que un día caluroso del mes de agosto, los compañeros y amigos dejaron de verlo. Fueron a la habitación de la casa grande parecida a un convento y no estaba. Un amigo muy especial, dijo a los que lo buscaban:
- Me han dicho que ayer por la tarde lo vieron recurriendo los caminos de la montaña. Cuando se ponía el sol, su delgada figura la vieron recortada en el horizonte y por el aire, aparecieron como flores muy originales todas muy perfumadas.
Y en estos momentos, los que habían entrado a su habitación en la casa grande parecida a un convento, en las estanterías, vieron como todas

lascosas que los pobres y amigos que a lo largo de los días le habían regalado, se convertían en flores muy originales. Y de estas originales flores, manaba un muy suave y delicado perfume.

15 de agosto 2020 -153

LAS PRIMAVERAS YA
HAN FLORECIDO

Esta mañana que ni siquiera es una fría mañana de diciembre, me he asomado al balcón de mi ventana y he visto que las primaveras ya tienen flores. Una pequeña, color amarillo, ya tiene abiertos sus pétalos y varias más, aún en sus capullos, empiezan a asomar por entre las hojas verdes de la planta. Ni siquiera hemos llegado a cinco de diciembre y ya tienen sus flores abiertas y llenan de colores todo el viento.

Podía yo haber cogido esta planta en cualquier rincón de los innumerables que en la sierra crece. Por el Arroyo de Gil Cobo, por la Sierra de las Villas; por el Arroyo de Valdetrillo, ya cerca de la Sierra de la Cabrilla; por cualquiera de los cauces que vierten al Guadalquivir desde las partes más altas hasta el Pantano del Tranco; por el Arroyo de los Tornillos, en el Valle del Gualay, por la Cerrada del Pintor o más abajo. Por cualquiera de estos sitios y otros muchos, yo podría haber cogido esta planta de primavera que tengo ahora ya florecida en mi balcón.

Porque primaveras hay muchas tanto de cultivo para jardinería, de flores vistosas y multicolores como silvestres. Una variedad grande de especies y subespecies que aquí, en las montañas de nuestro parque, se concreta en la vulgaris. Hierba perenne con todas sus hojas en roseta basal; las flores se disponen solitarias sobre largos pecíolos ascendentes que superan la roseta de las hojas. De llamativo color amarillo, aparece siempre en lugares sombríos y suelos húmedos. Aunque dentro de nuestro parque no siempre se cumple la regla, porque por ejemplo: esta mía que ya me ha florecido y todos los años, desde que la cogí, me abren con una gran profusión de florecillas doradas, la cogí yo en la sierra justo donde nace el Río de la Canal que es en un gran barranco, a oriente, donde el sol da plenamente todo el día. Sin apenas vegetación arbórea que la proteja, sólo las mantiene los continuos chorrillos de agua fría y limpia que por allí corren casi todos los días del año.

Pasamos nosotros por allí aquel verano desarrollando un proyecto de excursión a lo largo y ancho de toda la sierra y durante casi quince días. Subimos por la pista que entrando por el control de las Chozuelas, remonta el Río de la Canal, sube a la Loma de Cagasebo del Escalón y viene a salir al mismo Puerto Llano, a dos pasos del Pico Cabañas. Paramos aquí porque pretendíamos recorrer algo la zona y como era por la mañana nos fuimos a la sombra del pino grande. Fue éste el rincón que escogimos para tomar nuestro desayuno allí frente al barranco y acariciados por el vientecillo fresco que siempre viene sierra arriba. El pino crece al borde mismo del primer escalón que es donde nace el río. Andas un poco más, con cuidado porque el desnivel es grande y estás en la misma boca de la gruta por donde sale el chorro de agua que empieza a caer ladera abajo y son los primeros pasos del río.

Pues ahí, donde el agua se despeña en una gran pendiente hasta llegar al barranco, donde hay tantísimas rocas llenas de musgo, varios pinos y enebros, crece, a puñados, la prímula vulgaris. Una matita que la corriente tenía casi arrancada porque colgaba al borde del charco sujeta sólo por dos o tres raíces fue la que yo cogí. La puse en el balcón de la casa donde vivo y seis años después, todos los inviernos me llena la ventana de un gran puñado de flores amarillas. Florece siempre temprano pero es que este año yo creo que se ha desorientado porque en la sierra, en mayo y hasta en junio, yo, por ejemplo, este año me las he encontrado llenas de flores justo donde nace el Arroyo de la Torre del Vinagre, arriba cerca de Piedras Rubias. Esta mía no creo que llegue tan lejos habiendo madrugado tanto.

Flor de la llave, la llamaron los antiguos y hoy se sigue llamando llave del cielo por lo que el nombre en castellano de Hierba de San Pedro quizás sea una reminiscencia de aquella designación centroeuropea. En fin, podría yo decir que habiendo florecido tan pronto esta primavera mía la debería bautizar con el nombre de ALlave del año", puesto que parece anunciar eso: el fin de un año y el comienzo del otro. Sus compañeras en la sierra, que pasé yo el otro día por allí, apenas si empiezan a brotar ahora. Esperan que caigan las primeras nieves, porque parece que estas flores necesitan un golpe de frío para despabilarse y llenar barrancos, laderas y fuente de colores deliciosos que alegran el paisaje cuando todo está muerto.

16 de agosto 2020 -154

EL DE LA MIEL FALSA

Nadie me podrá decir lo contrario porque es que yo lo he visto con mis propios ojos. Pone o va con un chiringuito por cualquier lado de la sierra. Saca sus botes, porque la miel la lleva metida en botes de cristal de los que se usan para las mermeladas y los pone a la vista. Cuando tú llegas siempre te dice:

-¡Pruébela, pruébela, verá que miel!

Y las pruebas y preguntas:

-¿Esta de qué es?

- Esa de romero.

-¿Y ésta?

- De tomillo, esa espliego y aquella de brezo.

- Pero la del romero es color oro blanco.

- Usted no entiende de miel.Esa es la mejor miel del mundo, la de romero.

Yo sé que no es de romero porque yo sé también que él ni vive en estas sierras. Tiene sus colmenas entre los naranjales de la zona del levante y vive por allí y desde allí viene a vender miel a este parque. Miel de flores de naranjo, de girasol, de cualquier cosas menos de la que anuncia. Pero como él sabe que las cosas de estas sierras son de más pureza y más valor, quiere sacarle partido. Su miel es falsa y por eso viene aquí a vendérnosla a nosotros como si fuera buena, de nuestras sierras, cobrándola cara.

Porque yo sé que la miel de romero buena de verdad, la vende mi amigo en Cortijos Nuevos y si es de la primera corta, tiene color casi blanco nieve y

cuando llegan los fríos del invierno, se cuaja, fenómeno que indica su pureza. Porque yo sé que la miel que cristaliza con el frío del invierno, es la buena de verdad y no lo contrario como otros piensan. La de mi amigo es de los romeros de la sierra de Segura y luego la de la segunda corta ya sí tiene mezcla de muchas flores y sobre todo, de flores de espliego que dan una miel casi negra.

17 de agosto 2020 -155

QUÉ CASA AQUELLA

Dicen que ellos se instalaron en el trozo de terreno que hay al este de la roca grande. Aquí construyeron la vivienda; una enorme casa de piedra auténtica levantada en la misma pendiente del cerro que hay frente al barranco.

Por la puerta, casi bañándola, pasa el arroyo. Su corriente veloz y casi cristal no se seca en ninguna época del año. Incluso en pleno verano el arroyo lleva un gran caño de agua fresca y limpia. Día y noche se desliza por encima de las rocas calizas atravesando la espesura verde del bosque y cae al barranco que va hacia la gran roca.

Dicen que en la misma puerta de la casa el padre de la niña construyó una gran presa que unas veces servía para regar y otras para bañarse y luego tomar el sol. También para que ella jugara y la madre lavara las ollas y la ropa del padre. Al otro lado de la casa crecen, espesos los pinos, los robles y las encinas. En sus sombras se refugian las palomas, las tórtolas y los arrendajos.

Siguiendo la corriente hacia arriba, a cien metros, empieza la llanura. La inclinación del terreno se termina y a partir de aquí la corriente baja serena. Se abre hacia los lados y se estanca formando pequeños lagos. El principio de esta corriente está al final de la verde y amplia llanura, justo en la falda de otros cerros también llenos de monte y muchos árboles.

Aquí junto al arroyo, un poco antes de donde éste se inclina para empezar a bajar por la pendiente mayor, el padre plantó perales, higueras, parras, ciruelos y entre los árboles sembró todo tipo de hortalizas. Aquí construyó su huerta, su rincón. El padre, aquí se pasaba las horas del día y de la noche siempre regando, plantando, arando la tierra, cosechando frutas y legumbres. La niña vivía horas inmensas en compañía del padre abriendo regueras, cuidando los pimientos, recogiendo los tomates y amarrando las lechugas. Siempre andaba por el campo con la azada acuestas, su sombrero sobre los hombros o la cabeza y cruzando los surcos. El padre la miraba y siempre le decía:

-¡Esta hija mía vale un tesoro!

Le daba un gran abrazo y después se sentaba en la roca que hay en la puerta de la casa. Feliz miraba al barranco por donde la corriente se iba dejando que el agua empapara su alma. Lleno de satisfacción nuevamente hablaba y decía:

-¡Y hay que ver qué casa la mía y qué rincón éste! Fíjate bien hija mía si no es todo un profundo gozo.

18 de agosto 2020 -156

NOCHE DE LLUVIA

También una vez nos pasó una cosa bastante buena. Una aventura chiquita, que después de haberla vivido, seguimos creyendo que fue fabulosa. Resulta que nos fuimos de excursión por las cumbres de estas sierras, por un sitio que hay que estar todo el día andando y si te descuidas no llegas a tiempo. Si se te hace de noche por ahí, lo mejor es no andar más y esperar a que amanezca. A nosotros nos cogió la noche por lo hondo del barranco y allí nos quedamos.

Conforme iba oscureciendo el cielo se fue cubriendo de nubes. El viento empezó a subir soplando del sur y de vez en cuando crujían los truenos. Sobre las once de la noche comenzó a llover. Nos arropamos con unos impermeables y nos acurrucamos junto a unas rocas que parecían tan de ensueño que hasta pensamos que la naturaleza las había puesto allí para nosotros. Nos hicimos un ovillo y allí nos quedamos quietos.

La lluvia cae durante mucho rato. Al estrellarse contra las matas y los peñascos emite unos sonidos especiales que se extienden a lo largo del campo y por el centro de la oscuridad. Es como una música que para saber a qué suena y cómo suena, hay que oírla. En algún momento su tintineo parece triste pero no lo es; en otros momentos resulta monotonía pero tampoco lo es. A partir de aquella noche o más bien, en aquella noche, descubrimos nosotros que la lluvia cuando cae nunca es monótona porque cada gota al romperse emite sonidos diferentes cada vez. No sabíamos nosotros esto y aquella noche lo descubrimos. También aquella noche descubrimos muchas más cosas que quisimos luego contar a mucha gente pero resultaba difícil.

Delante de nosotros, en el pequeño rellano, se formaron algunos charcos; cada vez que brillaba un relámpago los veíamos y descubrimos que por momentos se iban haciendo más grandes; cuando se quedaba a oscura total, a través del viento, sentíamos las gotas romperse en las pequeñas lagunas. Sus sonidos no eran como el de las gotas que se rompen en la tierra o en las rocas. El de las gotas que oímos caer sobre los charcos sobresaliendo entre el conjunto del gran concierto.
- Son como las notas que va marcando la melodía. La voz solista dentro de la gran coral.
Comenta uno.
- Pero fíjate con qué placer se nos cuela en el alma. Son las de mayor belleza dentro de este momento tan especial.

Las oímos a lo largo de toda la noche. Y a pesar de estar allí, a la intemperie, bajo la lluvia y chorreando, en ningún momento nos sentimos mal ni nos molesta tanta lluvia. Tampoco nos disgusta ni el frío que nos hiela los pies y las manos. Y entonces es cuando nosotros, aquella noche descubrimos que, en medio del campo y la oscuridad de las horas, la lluvia y su canto resulta extrañamente bella. Todo es más hondo, íntimo, puro, misterioso.
- Como si te sintieras más cerca del cielo, más unido a Dios.

- O como si ya no tuvieras más necesidad de seguir descubriendo los caminos que la vida, por esta tierra, te va presentando.
- Se siente el alma consolada, calentita, llena a rebosar.
- Y, además, te notas en paz, gozando sólo suavidad y dulzura.
- El cascabeleo de la lluvia de una noche como ésta, quién lo diría, te deja nuevo. Es otra cosa.

Y aquella vez, cuando al otro día amaneció, lo primero que sentimos fue una profunda satisfacción.
- Ha sido una experiencia extraordinaria.
- Ni notamos el frío ni el hambre ni el estar aquí tan lejos y casi perdidos.
-¡Qué noche la de esta noche con tanta lluvia, el silencio y ahora este amanecer!

Vemos que en la senda, que por la ladera baja buscando el arroyo, se amontonan los charcos; está toda empedrada de charcos. Sobre la tierra roja y las piedras blancas se han formado mil lagunillas de agua que aunque no son transparentes, por el hecho de ser agua de lluvia, parece como si te gustara mucho; unos son pequeños, otros alargados y otros redondos. Unos y otros se comunican por canalillos, chorrillos de agua que, aunque pequeños, tienen tanta belleza como un buen arroyo. El último, ya cerca de los pinos, se derrama y cae por el barranco en forma de cascada, casi de juguete, porque la podemos abrazar con las manos, y salta como una cascada de verdad que se mete por la umbría del barranco y se aleja. También es bella como los chorros de aguas grandes o quizá tiene más belleza que muchos ríos torrenciales. ¡Qué majestuosa chorrea por la torrentera hasta el charco de las adelfas!

Luego nosotros aquel día, seguimos bajando de la cumbre, ya sin prisa en llegar al coche. La experiencia había sido de lo más bonito y sin ni quiera buscarla ni prepararla. Quizá esto sea otra forma nueva de ver el campo y compartir con él todo lo que por él se da. No sólo escoger aquello que te guste y te resulte cómodo, sino todo e irte en su misma dirección a fin de adaptarte tú y no lo contrario. La serena contemplación, desde la conjunción con la naturaleza, por ejemplo: dejándonos empapar por la lluvia una noche de frío y viento, también es una fabulosa aventura. Yo diría que la más fabulosa de todas las aventuras.

La fragancia eterna
19 de agosto 2020 -157
ES POR LA MAÑANA
Es por la mañana y aunque la tierra de la ladera y la sombra de las encinas que se derrama en ella, es la misma del día anterior y la de hace cien primaveras, por ella hoy duermen los caminos que llevan al centro de la emoción que sabe a tristeza y por ella, baja el pastor detrás de sus blancas ovejas que corren buscando las bellotas y como la tierra hoy sí tiene sabor a hiel y a esencia, él habla y les dice, a las tres que por su lado se quedan:
- Vosotras comeros estas bellotas que voy cortando de las ramas y pongo sobre la tierra que ya veréis como os saben a gloria y os alimentan.

Y mientras desciende por la pendiente que precede al Valle, de las ramas viejas y de las bajeras de las encinas, arranca las bellotas y a puñados, las va soltando en el pasto y entre la hierba que ya comienza a brotar y las ovejas se las comen mientras las otras ya se han perdido por entre las sombras densas de las tierras llanas que es hacia donde vienen bajando porque es por ahí por donde está el calor del corazón y como ahora él siente el cansancio, la confusión y la tristeza, otra vez habla con ellas y les dice, mientras se comen su bellotas:
- Cuando ya por fin sea viejo ¿quién se acordará de mí y quién me dará una mano para que me apoye, al bajar por esta ladera y quién me dará el cariño que necesito y en el rincón tranquilo de mi casa pobre y quién se encargará de prestar su cuidado a los tomates de mi huerto y a vosotras mi ovejas?

Y como en la mañana clara, el mundo entero parece confluir hacia el centro del Valle que es por donde se celebra la fiesta, sigue descendiendo los caminos que vienen desde todos los extremos y al llegar a la curva del arroyo, se tropieza con la abuela que también camina encorvada y mientras da sus pasos torpes y reza, viene pronunciando el dolor que dentro le quema:
- Al encuentro de la última fiesta en este Valle pero es necesario para que, aunque ya seamos extraños en la propia tierra, nos quedemos abrazados y envueltos en la fragancia eterna.

Y el Valle, como callado y rebosando casi de la misma angustia que en sus corazones ellos llevan y los caminos fluyendo por donde manan las fuentes y todo, como en su espera y como es por la mañana, unos a otros se dicen que todavía hoy tienen tiempo de juntarse y rezar y charlar y contarse las cosas que en sus almas les inquieta aunque todo esté tan claro que fluya como un río inmenso pero no de aguas limpias, sino de amarga tristeza.

20 de agosto 2020 -158

LA ESTUDIANTE

Ahora, en este caluroso mes de agosto, cada tarde al bajar la escalera, cuenta cada peldaño. Porque ahora cada tarde, justo antes de ponerse el sol, pasea un poco por el lado de arriba de la residencia donde vivió. Aquí le cogió a ella la llegada del virus.En la pequeña residencia para estudiantes universitarios casi en el centro del campus. Durante algunos meses, bastantes de estos estudiantes, aquí estuvieron encerrados. Luego, cuando ya las cosas cambiaron y se podía salir e ir de un lado para otro, casi todos estos estudiantes se marcharon. Pero ella, por una razón que ni siquiera sabe, se quedó sola en esta residencia.Quizáporque no tiene familia,quizá porque en su casa las cosas estaban peor que en esta residencia o quizá… No lo sabe.

Sí una tarde la viosalir de esta residencia y caminó despacio por la calle. Le llamó la atención porque en estos días nadie caminaba por estos lugares. La vio a la siguiente tarde y varias veces más a lo largo casi de un mes. solas siempre, con una pequeña mochila a sus espaldas, una amplia melena negra cayéndole también por las espaldas y en silencio. Daba un paseo como de media hora por entre las facultades del campus y volvía a la residencia. Antes de abrir la puerta y entrar, la veía bajar lentamente por las escaleras.

Contando cada paso y mirando al sol de la tarde que al fondo se iba tiñendo casi siempre de rojo o morado las montañas en el horizonte o las nubes colgadas en el cielo.

Pasado casi mes y medio, una tarde ya no la vio.Tampoco la vio a la tarde siguiente ni a la otra ni a la otra. No se extrañó porque tal como estaba siendo las cosas por culpa de esta pandemia, todo y por todos sitios resultaba extrañamente irreal. Pero la echó de menos y se hacía preguntas. ¿Quién era? ¿Por qué se había quedado aquí? ¿A dónde se había ido? Ahora, en este caluroso mes de agosto, cada tarde al bajar la escalera, cuenta cada peldaño. La recuerda aunque ni siquiera sepa quién es ni cómo se llama ni en qué lugar del mundo vive. El campus universitario, la residencia para estudiantes,la calle y las escaleras, todo por aquí se ha quedado un poco más solo y lleno de preguntas, muchas preguntas.

21 de agosto 2020 -159

LA NIÑA POBRE

Lo vi bajando por la calle con un bolsa de plástico llena de alimentos. Se le notaba nervioso, iba con prisa y buscaba algo.Al llegar a la rotonda, cruzó y al encontrarse con el hombre se puso frente a él y le preguntó:
- Necesito urgentemente coger el autobús número 8. ¿Dónde tienes la parada?
El hombre lo miró y prestó también atención a la bolsa que portaba.Al darse cuenta de la tensión y preocupación que en su rostro había,le aclaró:
-La parada, está cerca del río.Pero este autobús número 8, realiza su último viaje, justo ahora mismo. Si lo pierdes, ya no pasa más por aquí hasta mañana a primera hora.
- De ningún modo yo puedo esperar hasta mañana porque ella se está muriendo.
Al oír esto, el hombre quiso preguntarle pero al mismo tiempo cayó en la cuenta que si lo entretenía, no podría coger el autobús que necesitaba.

Hacía sólo unas horas, cuando al sol todavía le quedaba un rato para ponerse, la sintió llorar.Bajaba él por el camino que desde las laderas de las montañas trae a la ciudad y, al pasar cerca de las ruinas de la antigua construcción, oyó los sollozos. Por entre un portillo de las derruidas paredes, buscó un paso y se puso a mirar entre las ruinas. No tardó en verla acurrucada entre escombros, piedras y matojos, en un rincón de paredes rotas. Se encogía en sí misma como para sentir los latidos de su corazón y darse calor al tiempo que se lamentaba. Con prudencia, se fue acercando y cuando ya estuvo a solo unos metros de ella, se paró y le preguntó:
- ¿Qué haces aquí y por qué lloras?
Al sentirlo ella, alzó su cabeza, lo miró y después de unos segundos dijo:
- Me muero de hambre y no tengo nada que comer. También me muero de frío y no tengo ni donde refugiarme ni padres ni hermanos ni amigos.
Mientras pronunciaba estas palabras, él se fue fijando en su cara y cada vez más se sorprendía de su juventud y delicada belleza. Se dijo: “¡Si es una niña!Quizá no tenga más de diez años y se le ve delgada y sin fuerzas". Le dijo:

- En este momento, no tengo ni un trozo de pan para darte y que comas algo. Tampoco tengo dinero ni ropa para que te abrigues y quites el frío pero quiero y voy a ayudarte. ¡Ten ánimo!
Lo miró ella con expresión de agradecimiento y al mismo tiempo suplicando su ayuda.

Se movió él rápido y por entre las piedras de la ruina y el terreno cercano, buscó ramas secas, algunas piñas también ya secas y pasto. Entre unos ladrillos muy cerca de ella, prendió fuego y las llamas enseguida aparecieron. Le pidió que se acercara ycalentara sus manos y cuerpo. Luego razonó con palabras amables:
- Ahora, voy a seguir avanzando hasta llegar a la ciudad y luego me acercaré a la tienda de un amigo mío. Me conoce y es bueno conmigo. Le pediré que me dé alimentos y luego, rápido y antes de que la noche cubra estos lugares con su oscuridad, regresaré aquí a tu lado. Juntos y al calor de este fuegos, compartiremos los alimentos que mi amigo me preste. Espera un poco más y ya verás como esta noche y en las horas que sigan, a ti y a mí, el cielo nos ayuda.

La fragancia eterna
22 de agosto 2020 -160
LA NIÑA HERMANA
A la niña hermana, río azul por donde van las estrellas, se le ve en su juego justo por donde surca la senda tapizada de matas de enebro y corre el hilillo de agua que brota bajo la piedra.

Y como es invierno y la escarcha de la noche ha pintado de blanco la hierba, el padre de la niña dulce, ha encendido una lumbre justo pegado al camino y en el recodo de tierra.
- Para que te calientes tú en esta mañana gris que tanto frío de hierro clava en las tiernas carnes de tu cuerpo.
Le dice el padre.

Y como el hermano pequeño también está ahí tiritando, manchado de barro y de las aceitunas de los olivos que caen por la ladera, como si pidiera permiso, se acerca y donde la niña está en su juego y derritiendo su frío, se queda y reanima sus manos que tiemblan.

Y a la niña hermana, se le ve en la fría mañana, enredada en el misterio de la escarcha y el noble barro que ofrece la inerte tierra y la lumbre ardiendo mientras ellos, los aceituneros, ahí mismo recogiendo la cosecha mitad ilusión y mitad temblando frente al invierno que sonríe y deja el corazón helado junto al amor que calienta.

La fragancia eterna
23 de agosto 2020 -161
AQUEL DÍA LEJANO
Recuerdo yo aquel día dulce que, aunque de gris estaba vestido y de soledad se me abría todo cuajado, se me colaba por la garganta para el corazón y se

despeñaba hasta el alma, como el más íntimo río de belleza que de Ti, nunca me dio su abrazo.

En el viejo cortijo que desde la ladera mira al valle que se extiende por abajo, yo estaba aquella mañana lleno de frío y triste y sin la compañía de los que siempre me han dado su mano y como el latido de la tierra me gritaba desde los campos, cogí tres piñas y un trozo de tea y le prendí fuego y la lumbre, surgió y comenzó a darme el calor preñado y al instante, me salí de la casa y me fui por la sombra del mudo campo y de aquí y de allí, recogí más piñas secas y luego me volví y ya que estuve junto al calor sentado, las fui echando sobre las llamas y la lumbre se hizo grande y en la mañana fría, calentó a fondo el gélido espacio.

Y recuerdo yo hoy, después de tanto tiempo y en esta gris mañana de invierno apagado, lo dulce e íntimo que aquel día lejano y con aquella esencia y en el cortijo viejo, se me hacía presente el gozo que trasmitía el abrazo que de Ti y en la soledad de la tierra, me daban las llamas de la lumbre en el pequeño rincón amado.

24 de agosto 2020 -162

SASHA, CHICA RUSA

Hola soy Sasha.Muchas gracias de antemano. Yo he venido a este país con muchas esperanzas y muchas posibilidades también al principio pero en este momento lamentablemente no estoy segura si me puedo permitir quedarme aquí por mucho más tiempo. Como ya saben, a partir de este año 2020, la vida de casi todo el mundo ha cambiado drásticamente y muchos se sienten afectados por la situación que estamos pasando ahora. Y también muchísima gente está preocupado por mí. Me preguntan si estoybien, por cómo estoy, qué tal todo.Muchísimas gracias a todos los que han preguntado.Y también la pregunta más común que me hacenes cómo está la cosa en Rusia,cómo les vas a la gente rusa, cómo está la situación. Y bueno la verdad es que yo ya llevo un año y medio sin vivir permanentemente como antes en Rusia. Me gusta toda España, durante muchos años de mi vida, soñaba con salir de mi país para buscar una vida mejor y para sentirme más a gusto, más cómoda, con más oportunidades laborales y personales.También tras muchos trámites, lo conseguí.Aquí en España en 2019 yo empecé una nueva vida.Todo me había ido muy bien, me agrada mucho el clima en España, que ha influido muy positivamente en mi salud, la calidad de alimentos aquí es mucho mejor que en Rusia, el nivel de vida generalmente es excelente. Para mí también con la Seguridad Social cosa que en Rusia cada vez va peor y es muy difícil para mí, una persona diabética, conseguir cosas imprescindibles para simplemente mi vida.Además, en algunos países, la Seguridad Social ni siquiera existe. En el último año en España he ganado más dinero que en toda mi vida. Este año también soñaba con un futuro estable en este país. En las últimas vacaciones de Navidad, yo volví a Rusia para ver a mi familia, mis amigos y regresé a España en febrero. Y la primera sorpresa que me encontré aquí es que mis anteriores jefesme abandonaron. Antes de salir de España el año pasado para ir de vacaciones, me decían que contaban totalmente conmigo, que yo seguiría trabajando otra vez con ellos pero al final, nada. Me han hecho volver para nada pero bueno, tuve suerte y

encontré rápidamente empleo en otro sitio y me puse a trabajar. En general como muchos pueden saber, Mallorca es un lugar turístico. Entonces el empleo en este sector nunca falta así que continué mi trabajo.Ya veíamos por la tele yescuchábamos las noticias que Italia estaba muy mal, que la gente no podía salir a la calle y finalmente a mediados de marzo se anuncia lacatástrofe. Nosotros también estamos igual y, lo que es peor, la isla está cerrada totalmente. El puerto se bloqueó excepto para mercancías y el aeropuerto, se clausuró excepto para repatriados. Entonces cerraron todas las entrada, los clientes fueron regresando a sus lugares, a sus países. En los siguientes 10 días, todos los hoteles comenzaron a cerrar sus puertas hasta que el nuestro también terminó y adiós a mis sueños de una vida estable aquí en España.La continuación de esta historia, fueron dos meses de encierro en casa mientras todavía había que pagar facturas y no se podía trabajar. Mallorca depende mucho del turismo y fuera de este sector, apenas se puede encontrar nada.Veo muchas escenas dramáticas de gente que vivía literalmente en la calle, arruinada, que buscaba en la basura, algo que en realidad en Rusia no es una cosa tan rara.A veces pasa, la gente está acostumbrada a verlo pero para Europa, para España, para mí, es algo impensable. Durante este periodo, además de haber hecho una página web, se escuchaba noticias esperanzadoras pero cuando se empezaba a poder pasear por las calles y yo lo hacía, veía que mucho negocios no habíansobrevivido. Tenían laspersianas bajadas y el letrero de se vende o se alquila. Más tarde, sólo 1 de 4 hoteles se han abierto y están casi vacíos. Los que se han abierto, al final con las estadísticas cada día empeorando, decidí buscarme otro lugar para guardar y conservar lo que he ganado el año pasado con tanto esfuerzo y no desperdiciarlo. Ahora después de esta mudanza,tengo muchas dudas acerca de mi futuro y mucha incertidumbre porque en realidad ya no sé qué hacer.En España, el empleo se ha convertido en algo extremadamente difícil de conseguir y no sé qué ahora va a pasar conmigo.Por supuesto yo sé perfectamente que no soy la única que está sufriendo las consecuencias de esta crisis, que en realidad solo está comenzando ahora porque más de un millón de gente que vive aquí en España fue al paro pero yo en principio vine aquí a este país para mejorar mi vida y ahora no sé qué hacer, no sé si volverme a Rusia, no sé si irme a otro sitio a buscar… no sé si quedarme y aguantar, esperar a que la situación mejore y que las cosas cambien.Todo esto, lo que está pasando, me estresa mucho, me pone muy triste y no paro de hacerme estas 3 preguntas que acabo de describirles porque en realidad, a mí me encanta España.Me siento aquí muy cómoda, muy augusto. Me siento de verdad muy bien y me daría muchísima pena si al final me tengo que ir por la situación laboral tan difícil, por no poder afrontar vivir aquí mucho más tiempo, al menos no de manera estable.Yo entiendo perfectamente que España no es un país perfecto como no es tampoco ningún otro país del mundo sin embargo, ya me acomodé aquí y me siento casi como en casa a pesar de todo lo que está pasando. Por eso no me agrada mucho la idea de una posibilidad alta de que al final tenga que irme a otro sitio y encima empezar desde cero.Me da mucha pena en general todo lo que está sucediendo ahora en el país y creo que merece un futuro mucho mejor.Sé que algunos están mejor y otros peor que yo. En los próximos meses veremos cómo cada cual resuelve o no estos problemas a lo cual yo invito a reflexionar porque esto va a golpear a todo el mundo y a

todas las ciudades de una manera bastante bruta.Desde los Estados Unidos y hasta Rusia, desde los más jóvenes hasta los más mayores. Muchas gracias por haber visto mi vídeo, no olviden suscribirse si les gustan mis contenidos. Sasha.

La fragancia eterna
25 de agosto 2020 -163
DELICADAMENTE BELLO
Hay sentimientos, imágenes y recuerdos que de tanta vida como tuvieron en el día de su nacimiento, se quedan latiendo claros y pasan a ser eternos. Y lo digo porque en más de una ocasión, a mi mente acuden los fragmentos de aquellas vivencias íntimas, con la fuerza y frescura del primer día y siempre gritando belleza y de Ti, dándome tus besos. Y entre tantas, unas de estas imágenes, es la del cerro de los acebuches que baja largo y excelso desde el lado de las encinas grandes y el caudaloso venero por donde en aquellos días, al salir el sol, siempre iba la manada de cabras saltando por los romeros y llenando los peñascos de las partes altas y volcando hacia el barranco por donde crecen las madroñeras de los troncos gruesos.

Y bien recuerdo como besado por los primero rayos del sol, yo siempre me camuflaba por el lado que mira al gran valle y desde abajo ¡qué grandiosa era mi manada, alegres ellas y de ensueño, derramada por la inclinación de la ladera que cae larga y espléndida desde los veneros del barranco! Por eso decía al principio que las imágenes de aquellos días, hay que ver cómo quedaron temblando en el universo de la eternidad y hay que ver cómo gritan, desde Ti, quemando y aunque el tiempo sepulte tanta realidad, ellas surgen y viven con la fuerza de lo amado y delicadamente bello.

26 de agosto 2020 -164
TENIA SU PROPIO SUEÑO
Ella tenía su propio sueño,
su primavera particular,
su puesta de sol color fuego
y su mágico río, azul cristal.

Y aquel invierno llovió mucho. Sin parar día y noche y por eso los ríos se llenaron de agua hasta los bordes. Se llenaron a tope los manantiales y las fuentes, en las laderas de las montañas y prados, corrieron cristalinas. Sinuosas por entre los prados y la hierba y desgranando conciertos únicos.

La vieron aquella mañana. Era primavera recién llegada y, por la estrecha senda que atraviesa los castañares, bajó solitaria. Como al encuentro de algún tesoro por donde los charcos del río o como a la cita del príncipe más hermoso. Y, mientras se acercaba al río, dejaba que el viento jugara con su pelo. También ofrecía su cara al sol de la mañana y recogía florecillas brotadas a los lados del camino.

Cuando llegó a la corriente del río, se paró. Justo al lado de la gran roca gris, por donde el charco se remansaba y miró despacio. Metió su pie en

el agua y, al notar que estaba templada, se animó. Sobre la misma roca fue dejando su ropa y luego se zambulló en las aguas. Su cuerpo de espuma casi se hizo transparente y luego azul verde, mientras feliz dejaba que el agua la abrazara. Como si ardiera en deseos de hacerse corriente con las aguas del río. Y por eso cruzó el charco, una vez y otra y abrazaba con sus manos el líquido cielo plata.

Sobre la roca blanca
el sol la fue besando
y, en el limpio silencio de la mañana,
se iba y se iba con el río, soñando.

La fragancia eterna
27 de agosto 2020 -165
VENÍA HECHO LUZ
Cuando me despierto, me digo que hay que ver con qué fuerza, las cosas en aquellos tiempos, se me quedaron dentro. Y lo digo porque ni siquiera por la noche cuando duermo, dejan de agarrarme y gritarme con la misma luz y belleza de lo imperecedero. Una prueba de esta realidad que estoy diciendo, se me representa esta madrugada ya a punto de despertarme y entrar otra vez al mundo de lo concreto pero por un instante, veo la gran cascada del bosque espeso con su arroyo de agua clara corriendo señorial por el mismo cauce y veo la senda vieja que sube desde el valle y trazando zigzags, se remonta y quiere coronar a la preciosa llanura del primer venero.

Suben por ella, ahora pista forestal de tierra, dos coches de los modernos y yo, como ahí estoy presente, de entre el bosque y el gran peñón que siempre fue centro, elevo mi ser que ahora ya no es cuerpo y cruzando la brisa de la mañana como en un dulce vuelo, remonto por delante de los coches y rozando la copa de los fresnos, recorro la ladera hasta el mismo corazón de la llanura del silencio. Y recuerdo yo ahora que mientras venía hecho luz y abarcándolo todo con mi gozo y pensamiento, me decía que a pesar de tanto, nadie ni nada logra arrancarme del rincón que tanto quiero y menos logran echarme del perfume que en la mañana y en mis campos, de Ti me sigue impregnando y me da tu rotundo beso.

28 de agosto 2020 -166
SOLO UNOS POCOS

En cada casa, en toda la ciudad, en el país entero, en todas las naciones, a lo ancho y largo del Planta Tierra, se oía lamisma queja, el mismo lamento, el mismo grito: “No podemos estar más tiempo encerrados en la casa, noshemos quedado sin trabajo, nada nos queda para comer, se nos acabaron los pocos ahorros que teníamos y ahora poco a poco nos estamos muriendo sin libertad, sin trabajo y de hambre. ¿Cuándo va a terminar esta pandemia y qué va a ser de cada uno de nosotros a partir de ahora a lo ancho y largo del mundo?” Por Todos sitios se oía la misma queja el mismo lamentó el mismo grito: “Veo muchas escenas dramáticas de gente que vive literalmente en la calle, arruinada, que busca en la basura, algo que en realidad no es una cosa tan rara. A veces pasa, la gente está acostumbrada a ver esto pero para Europa, para España, para mí, es algo impensable”. “Argentina enferma de pobreza tras una cuarentena récord de 150 días”. “¿Cuándo va a terminar esta pandemia y qué va a ser de cada uno de nosotros a partir de ahora a lo ancho y largo del mundo?”

El verano ya estaba tocando a su fin. Las temperaturas habían bajado y por las noches yahacía bastante fresco. Las tormentas se habían presentado y sobre las cumbres de las montañas, las primeras nieves, ya habían caído. Muchas tiendas, bares, restaurantes, hoteles y otros establecimientos, en la ciudad permanecían cerrados. Muchas personas por las calles de la ciudad, iban y venían con mascarillas en la boca y separados entre sí. En la puerta de los hospitales, en las salas y en las habitaciones, las personas se amontonaban y, después de cinco meses luchando con la enfermedad, muchos morían. Nadie encontraba un remedio y por ningún sitio se veía la solución, el final, la esperanza.

Pero yo vi como una noche, ya entrado el otoño y cuando las nieves cubrían todas las crestas de las montañas, salieron de la ciudad. Sólo unas pocas personas guiadas y acompañadas por un joven y vi como cruzaban la ladera que mira al norte siguiendo el camino que va por entre castaños, robles y encinas. Rodearon la cuerda montañosa por el lado del levante y giraron hacia la derecha para cruzar el río y siguieron avanzando por donde las nieblas y la nievese veían densas. Antes de llegar a las aguas del río, por las partes altas y en la ladera del lado de arriba ya toda cubierta te nieve, Asomó él. Lanzó voces llamando a los que caminaban en grupodiciendo:
- Quiero irme con vosotros. Esperad un momento.
Pero los que caminaban en grupo como hacía un mundo lejano, sin nombre, todo libre de enfermedades, hambre y sufrimiento, respondieron al que quería unirse a ellos:
- Nosotros somos los elegidos, los únicos que a partir de ahora vamos a habitar en este Planeta Tierra.Nadie más va a librarse de la pandemia que a lo largo y anchose extiende.

29 de agosto 2020 -167
SUJETAR EL TIEMPO
Por la senda que, por entre jaras y romeros, remonta desde el pequeño valle de la junta de los arroyos, subiólento. Parándose de vez en cuando y mirando a los paisajes, como buscando algo. Tenía doce años y era verano ya casi en sus últimos días. Estaba la mañanallegando a su mitad y el sol calentaba

tanto que las chicharras no paraban de derramar sus cantos a lo ancho y largo. Olía el aire a resina de jaras, a perfume de romeros, a mejorarlas y a espliegos. Y a lo ancho y largo de todo el espacio que iba descubriendo, ni veía ni sentía la presencia de ningún ser humano.Solo, de vez en cuando, se oía el canto de algún pajarillo, se veía el revoloteo de alguna paloma torcaz y todo lo demás era silencioy quietud. Quietud profunda que él sentía como honda soledad y por eso parecía como si buscara algo. Su corazón se lo estaba pidiendo a voces.

Se encajó en lo más alto del puntal. Terreno limpio de monte y como un balcón hacia el arroyo pequeño, el valle de lasjuntas, el segundo arroyo pequeño a su derecha y la llanura más arriba hacia el lado norte. Al final de esta llanura, comienzo del arroyo de su derecha, sobre las rocas, se veía la pequeña casa de tejas naranja y paredes blancas.Después de un buen rato parado en esta elevación del terreno, se movió para su derecha. Buscó la pequeña senda que desde aquí se dejaba caer hacia el arroyo y siguió avanzando. Tenía hambre y también sentía sed. Sabía que por el arroyo, corría un hilillo de agua clara y fresca.Y tenía claro que aunque no tuviera nada para alimentarse, bebersí podríaen el pequeño cauce del arroyo. Cuando terminó de descender, por entre las adelfas y juncos, buscó un claro para acercarse hasta la corriente.Y alaproximarse al charco, lo vio.

Estaba en cuclillas y parecía jugar con el agua que por el pequeño cauce se deslizaba.No lo conocía de nada porque era la primera vez que por aquí lo veía. Se quedó parado frente a él y miró en silencio. Junto a las aguas del charco, vio un montoncito de tallos de arrayán y cerca, otro montoncito de palos delgados y como de unos treinta centímetros de largos. Y observó que de ambos montoncitos de palos y ramas, cogía piezas y con mucho cuidado las iba colocando en la corriente del agua por el lado de abajo del charco. Construía como un pequeñomuro para sujetar el agua y que se remansara el en charco. No lo conocía de nada pero sí percibía que tenía más o menos su misma edad. Le preguntó:
- Qué estás haciendo y para qué sirve esto?
Tal como estaba agachando y sin dejar lo que hacía, respondió:
- Estoy construyendo un muro para sujetar el tiempo. Y ves, si estas remitas de arrayán las coloco en vertical, el agua se escapa y se va pero si las coloco en horizontal entre los palos que en la arena he clavado, el agua se retieney remansa. Es lo que las personas casi nunca hace bien y por eso el tiempo se les escapa y escapa.
El que había llegado y observaba, cerró levemente sus ojos y con suavidad restregó los párpados. Quería estar seguro que era cierto lo que antes sí tenía y por eso, unos segundos después fue poco a poco intentando ver con claridad. Pero cuando de nuevo abrió los ojos, no lo encontró antes sí. Solo vio las aguas remansadas en el charco y el trozo del pequeño muro construido con los tallos de mirto colocados en horizontal y los palos delgados sujetando a las ramitas para que la corriente se retuvieron.

La fragancia eterna
30 de agosto 2020 -168
EXTRAÑA BELLEZA

Y la otra cosa es que, mientras tú ibas andando por la senda del cerro de la ladera con la visión del cortijo sobre la lomilla y un poco a tus pies, a pesar del verde de esta ladera por la vegetación y la abundancia de pinos, el suelo, la tierra que pisabas, no se parecía a ninguna de las tierras que hasta hoy conoces. Por una extraña sensación real o sólo sentida, tus ojos captaban una tierra llena de brillo parecido a ese que refleja el charol cuando lo tocas. Y no era esto lo más llamativo sino que sobre esta tierra tan llena de esa extraña belleza ibas descubriendo huellas de pisadas humanas.
- ¿Qué son?
Preguntaste al padre del joven que en estos momentos te acompañaba y en tu interior sabías que él era el más profundo conocedor de cuanto late y respira en estos montes.
- Las he visto muchas veces yo. Ellas son las huellas de aquellas personas atravesando los cerros de estas sierras y que se han quedado aquí para que no se nos olvide que todo esto tuvo su historia.
- Una historia, por lo que se ve, llena de vida y por ser de gente humilde y sin estudios no quedó escrita en ningún libro y estas huellas serían precisamente eso: los libros no escritos pero llenos de mensajes imperecederos para que sepamos de ellos.
- Exactamente, eso son estas huellas que, además, encierran otro pequeño gran misterio.
- ¿Cuál es?
- Que son invisibles para mucha gente. Sólo pueden verlas y gustarlas algunos y más que desde los ojos de la cara, desde dentro.
- Algo así como dice el libro del Principio que sólo se ve bien con el corazón.
- Algo así y parece que este es el principal atractivo de estas huellas que se extienden por toda la sierra y todos los rincones, arroyos, laderas y valles de estos montes.
- Pues todo un fabuloso tesoro que anda perdido, ignorado y desconocido para casi todo el mundo. Tienes que tener cuidado porque si de esto se enteran algunos, ya verás lo que harán de estas laderas y arroyos.
- Y sobre todo si se enteran algunos de esos que se pasan la vida diciendo que el mundo, la tierra y todo el planeta e incluso la creación entera, ha sido puesta aquí para que el hombre la domine, la transforme y haga de ella lo que le apetezca.
- Exactamente eso es lo que pienso.

En fin, esto es lo que tú viste aquella noche en tu sueño y ahora que andas por aquí te dices que en realidad entre aquello y esto sí hay algún parecido. Aunque el cortijillo es sólo unas cuantas paredes de piedra color chocolate ya bastante caídas, comidas por la vegetación y sin señales ninguna de vida humana. ¿Quién vivió aquí y en qué época? Interrogantes que se te amontonan en el río de todas esas experiencias que tienes de estas sierras quizá para quedar ahí eternamente arrinconadas y sin respuesta. El silencio y la soledad de estos montes hacen todo lo demás.

Pero ellos, desde tiempos lejanos, se refugiaron en el rincón y en noble amor por la tierra, la llenaron del sudor de sus frentes y de la vida que les corría por el corazón callado y como la tierra los amó, cada mes y cada año, ella les dio su fruto en forma de trigales verdes y de habas frescas que

relucían al sol de la mañana y de fuentes claras y unos días más tarde, en forma de trigo dorado que se convertía en harina blanca y en pan candeal que de nuevo daba la vida y devolvía al corazón, el calor y amor que del corazón había salido.

Y a ellos, un día los echaron aquellos segundos que llegaron y luego los fueron acorralando las propias aguas de este pantano y los que después hemos llegado y ellos, siempre vivos y abrazados al tiempo que nunca los olvidó y ahora, aquella tierra que fue sangre porque fue hermana en la propia sangre y en el beso de amistad al brotar las primaveras cada año, los sigue llamando y esperando porque los quiere y en la soledad y la tarde, está contenida, soñando.

Y la tierra, porque fue hermana del alma del que fue hermano con ella, sigue esperando que un día vuelvan al rincón y a la luz que por derecho les pertenece y por eso, mientras ando callado y oigo la voz de los que fueron primero y desde el amor que nunca pudre el tiempo, percibo y gusto la forma de aquel beso que está eterno brotando de la tierra y con su melodía diciendo: "Ellos se fueron pero su esencia quedó en el rincón y aunque pasen mil siglos y tanto cambie todo de nuevo, el rincón les pertenece porque lo amaron desde lo más limpio y duro y por eso espera que vuelvan, quizá con el perfume de cualquiera de estas muchas primaveras o con el sol que va de la mano del viento o con el verde de la hierba, porque ellos, amaron tanto a la tierra que además de hacerse sudor con ella, también se hicieron sueño y trigales frescos que da la vida y con el inmenso azul del cielo, la fuerza que transmite un perfume de olor eterno".

La fragancia eterna
31 de agosto 2020 -169

EL VALLE

El valle que tiene su descanso en el mismo centro de mi corazón y desde ahí rebosa, por el lado de la derecha, hacia la curva grande del río, al frente, para la ladera y el puerto del pino y por el lado de la izquierda, hacia el cortijo, la huerta y las encinas grandes, anoche lo volví a ver en mi sueño y lo saboreé en mi alma mientras lo recorría en silencio.

Y vi como los charcos del arroyo ya no estaban o sí estaban pero convertidos en baños de fantasía para miles de los que llegan de fuera y lo mismo el camino que va desde la curva al puntal que mira al río e igual la ladera que se achata por el puerto del pino viejo y otro tanto por la tierra llana que fue el prado de las ovejas y la alberca donde se recogía el agua para regar la huerta.

Y como por entre la hambrienta muchedumbre fui caminando sintiéndome herido y extraño y superior a ellos porque tengo mis principios casi donde comienza el tiempo, al preguntarles, muchos me fueron diciendo:

- Pues ahora lo que necesitamos es un mapa que recoja los nombres y los caminos viejos con las ruinas de los cortijos y las cascadas de ensueño.

Y a tal proyecto y antes la muchedumbre, no respondí ni una sola vez sino que seguí recorriendo la tierra llana de mi valle y a cada recodo del camino y detrás de cada encina vieja, la tierra se me presentaba tan cambiada que más que gozo por haber vuelto, lo que sentía era un río de amargura me quemaba doliendo por la sangre.

1 de septiembre 2020 -170

LA PIEDRA ANGULAR

Al llegar al manantial, se paró. Durante unos segundos observó despacio el agua brotando por entre las piedras. A un lado y otro de la pequeña corriente que desde el manantial se formaba hacia las partes bajas, se veía el ocre del óxido de hierro. Fuente Agria era como siempre había oído llamar a este manantial. Y él sabía que este nombre era precisamente por eso, porque el agua que por aquí regurgitaba, transportaba mucho hierro y su sabor era a hierro agrio. Se agachó en el mismo manantial, lavó sus manos, bebió unos tragos, saboreó despacio el sabor del agua recién brotada de la tierra y luego se incorporó. Aspiró el suave airecillo que, arroyuelo arriba y por entre los acebos subía desde el pequeño valle y luego se fijó precisamente en este trozo de tierra cubierto esta tarde por ciento de florecillas moradas.

Se estaba terminando el verano y las señales del otoño, ya aparecían por algunos sitios. Y en las montañas, las primeras de estas señales, son precisamente la aparición de las moradas flores de azafrán silvestre. El pequeño valle que, unos doscientos metros más abajo de la fuente, es un espacio hermoso, lleno de paz, silencio y misterios, quedaba atravesando por el regato que del manantial descendía. Siguiendo este arroyuelo, se puso a bajar lentamente y al poco, sintió murmullo de personas. Miró bien y los vio. Justo por el lado de arriba del pequeño valle de las mil flores moradas, parecían buscar cosas. Descubrió enseguida que todos eran hombres mayores. A ninguno conocía ni ellos a él. Pero se acercó confiado y al que parecía ser el que organiza, le preguntó:
- ¿Quiénes sois vosotros y qué buscáis por aquí?

Casi al unísono, dos de ellos dijeron al joven:
- Como puedes comprobar, todos somos mayores que hemos venido por aquí a buscar las mejores piedras.
- Piedras buenas y en todos los tamaños, hay muchas por aquí y en todas estas montañas.
- Pero es que nosotros buscamos, entre todas estas piedras, algunas especiales. No sabemos si tú lo sabes pero en todos estos días y a causa del virus que se ha extendido por todo el mundo, las personas que más están muriendo somos precisamente los mayores. Y algunos jóvenes, parece que no ponen mucho de su parte para evitar esto. Po eso nosotros nos hemos unido con el deseo de construir un gran edificio, todo de piedra y robusto. Quizás podamos encerrarnos en este edificio para así aislarnos y librarnos de contagios. Y si esto no fuera posible, pretendemos que el edificio que vamos a construir, sea como un símbolo de nuestro disgusto y deseo de no ser despreciados por las personas. Por eso queremos también encontrar, entre las piedras que por aquí buscamos, la perfecta piedra angular para que sostenga firme y para siempre la obra que queremos hacer.

Nada respondió el joven a estas palabras. Miró a las tierrecillas del pequeño valle por completo cubiertas de flores moradas de azafrán silvestre y para sí pensó: “Y precisamente, este lugar tan bonito y recogido, puede ser el sitio perfecto para levantar el símbolo que dicen quieren construir”.

La fragancia eterna
2 de septiembre 2020 -171
DESBANDADA
A punto de caer la tarde, se asomó a la cumbre del picacho y echó una última mirada al valle y además del silencio y la soledad y los caminos rotos, vio que hoy ya no hacia falta barrer la chiquera ni la cuadra de los animales porque descubrió que por la tierra ni careaban los marranos ni las vacas ni las ovejas ni tampoco estaban verdes los huertos ni en las llanuras del querido valle seguían creciendo los cerezos ni los robles ni los pinos ni los perales y además de ésta, como desolación o desbandada a lo grande, vio y sintió en su corazón que en la puerta de la amada casa, ya no se amontonaban las ramas para la lumbre cuando llegaran los fríos del invierno ni tampoco, de las chimeneas de los otros cortijos, brotaba su chorro de humo como siempre y, desde tiempos lejanísimos, había sido en este valle.

Y como el corazón se le descuajó desde la visión del cerro mientras iba cayendo la tarde, quiso levantarse y bajar e irse por los caminos rotos, no sabía hacia qué lugar que pudiera un poco consolarle, cuando al mirar, ya sí por última vez, los vio subiendo por la vereda del centro siguiendo los pasos lentos del burro grande y subidas sobre el lomo la abuela y la niña y al lado y detrás, los hermanos, la madre y el padre y vio que al llegar a la fuente, detienen su marcha y se bajan y antes de beber del agua purísima que a miel todavía sabe, la niña extiende sus brazos y como si estuviera en el juego que manaba de la abundancia y la belleza de aquellas remotas tardes, mirando a la abuela le dice:
- Es que antes de irme del todo quiero beber el último sorbo de esta agua fresquita y quiero, la cara y las manos, lavarme para así conmigo llevarme el último beso de la esencia más fina que mana y, durante un rato más, por nuestro grandioso valle.

Y mientras ella bebe y medio juega en el cristalino chorro de agua que por la caudalosa fuente sale, la abuela la mira muda y en su silencio la mira la madre y el hermano dice que ya no se puede perder más tiempo porque el camino que sube por la tierra rozando las encinas grandes, es largo y más largo es el otro que lleva al infinito y arranca o muere por donde el empalme.

Y el que mira desde su picacho de siempre y está a punto de irse también porque ya muy avanzada viene la tarde, al echar su última mirada por las tierras dulces de su amado valle, descubre que con la sombra de la noche que avanza desde lo hondo, vienen subiendo las aguas desde el lado del río Grande y con las tinieblas de la noche que llega, juntas y al mismo tiempo, viene cubriendo las tierras y sepultando ya para siempre sus raíces y su corazón y las tumbas de los suyos y el vergel tan repletos de árboles y

hasta la luz del propio sol porque ya es por la noche y todo se acurruca en su nido y el mundo entero ya no late.
- Hasta que Dios venga con su amor de padre y ordene que resuciten los muertos y que los cerezos florezcan y los ruiseñores, en sus rincones, otra vez canten. Se dice él para sí, llorando desde su picacho y como escondido mientras vienen subiendo las aguas y, con ellas, la triste tarde.

3 de septiembre 2020 -172
LA DONACIÓN
Él tenía su pequeña oración que elevaba al creador tres veces al día. Por la mañana cuando el sol se empezaba a alzar sobre las cumbres al levante, al mediodía cuando el sol daba de lleno en los acantilados de su cueva y al caer la tarde cuando el sol se iba ocultando por las montañas al poniente. Sentado en la puerta de la cueva y abrazado por el más hondo silencio, musitaba: “Protégenos Dios nuestro que nos refugiamos en ti porque nuestras vidas y suerte está en tus manos”.

Por la razón que fuera, él buscó un refugio en la montaña y ahí se aisló del mundo. En una cueva no muy grande pero sí bonita, tallada por la naturaleza en la pura roca caliza ycon vistas al valle del río grande, frente al norte y a la alargada y extensa loma al otro lado. Desde las laderas de las montañas de su cueva, el terreno caía poblado de olivos que se extendían por todo el valle del río, cerros y hondonadas al otro lado. Acondicionó muy bien la cueva que la montaña le regalaba y también la decoró por dentro. Con piñas que recogió del bosque cercano, con trozos de madera tallados por él, con piedrecitas labradas en las aguas de la corriente del arroyo y con bastantes bolsas de tela llenas con tallos y flores de plantas aromáticas.Cerca de esta cueva y pegado al arroyo, acondicionó el terreno y sembró muchas hortalizas, cereales y árboles frutales.Labró y cuidó muy bien todas estas tierras y de ellas sacaba lo suficiente para alimentarse, sentirse libre y vivir en la armonía y serenidadque su interior apetecía.

Al amanecer, desde el interior de la cueva, cada día contemplaba los primeros rayos de luz de la mañana. Disfrutaba del aire fresco y perfume a plantas vivas que en las estaciones de la primavera, verano y otoño, siemprela naturaleza le regalaba y,especialmente, por entre laszarzas y vegetación del arroyo y la tierrecillas que cultivaba.Tenía un teléfono móvil muy básico que cargaba con unas pequeñas baterías solares. Algunas veces, muy de tarde en tarde, lo llamaban o llamaba porque, en fondo, le gustaba saber algo del mundo y de las personas. Y así fue como una mañana de verano, cuando recitaba su sencilla oración a la salida del sol, recibió una extraña llamada:
- Ni nos conoces ni te conocemos pero tenemos una muy buena cantidad de dinero que queremos darte. Te vendrá muy bien para ser feliz por completo. A las cinco de la tarde, te esperamos en la carretera a la entrada del pueblo de la loma.
Nada dijo a esta llamada. Al mediodía, cuando de nuevo rezaba su oración, la llamada se repitió:
- Que te esperamos en el sitio que te hemos dicho y a la hora fijada. Ya tenemos el dinero preparado para dártelo. Es una muy buena cantidad.

De nuevo guardó silencio a esta llamada.Pero al caer la tarde, justo a las cinco menos cuarto,en una tercera llamada le decían:
- Aquí ya te estamos esperando.
Poco después, cuando ya el sol caía hacia el horizonte y el cielo poco a poco se iba cubriendo de color oro, desde la puerta desu cueva, en silencio meditaba y rezaba su sencilla oración.

4 de septiembre 2020 -17
¡SÁNAME, DIOS MÍO!
Desde el refugio de mi hogar y rodeado del calor de mi familia os escribo estas palabras de agradecimiento a tantísimos que os habéis preocupado por mi estado de salud en estos últimos días. El pasado 4 de agosto decidí, por caprichos del destino, luchar contra el cáncer. Uno además muy agresivo y extendido por distintas partes de mi cuerpo. ¿Cómo me iba a poner el destino un reto fácil? Hoy es 25 de agosto y cumplo 44 años. Mi mayor deseo no os lo cuento para que se cumpla. Muchos de vosotros estáis terminando las vacaciones y muchos otros estáis ya preparando la vuelta al cole tan atípica, por las circunstancias tan especiales que nos envuelven. Desde mi posición actualmente, quería daros mi opinión ante tanta incertidumbre que nos invade en estos momentos. Uno de cada dos de todos nosotros padeceremos cáncer en nuestras vidas. Una pasada, ¿verdad? Pero en las manos de cada uno está evitarlo. El 70% de las muertes que se producen por esta enfermedad en el mundo se podrían evitar. ¿Cómo? Por la prevención. Se destinan miles y miles de millones de euros necesarios para la investigación de muchas enfermedades, pero se invierte muy poco en prevenirlas. Un círculo vicioso en el que nos hemos metido y que nos lleva a abusar de lo que nos daña y una sociedad que nos ha llevado a delegar nuestra responsabilidad en auténticos mamarrachos irresponsables que sólo se preocupan por el cortoplacismo. La culpa es nuestra al final de todo. De cada uno de nosotros. Cambiar la sociedad para que el beneficio sea el interés de todos, es imposible. Cada colectivo, sea el que sea, en su conjunto, es cobarde cuando tiene que luchar por lo sensato y por lo justo. Ahora, dentro de cada colectivo existen personas excepcionales que se desviven en su trabajo con honestidad, transparencia y profesionalidad y luchan por esa sociedad más justa para todos y que siempre haya esperanza.

Hace unos meses, un gran grupo editorial de este país, me propuso escribir un libro, en particular, una especie de manifiesto donde propusiera mis ideas sobre qué medidas propondría para que este país cambiara de rumbo, algo que muchos deseamos. En Octubre estará disponible en las librerías. Creo que he sido claro y contundente en mi exposición y en cada uno de vosotros está cambiar vuestra vida y la sociedad en la que vivís. Mi lucha ha cambiado de objetivo en estos difíciles momentos. El destino ha sido caprichoso conmigo pero lo hemos decidido los dos. Todo lo que nos rodea influye para que enfermemos o no. Yo he tenido unos años en los que he jugado fuerte con mi cuerpo y mi mente y lo ha notado. Pero somos algo más que células sanas o enfermas. Hay algo que no podemos tocar pero si sentir y que es el mejor remedio que existe para contrarrestar los males y sufrimientos de este mundo, el amor.

Yo ya soy un enfermo de riesgo y paciente oncológico, así que tendré que vacunarme cuando esté disponible la vacuna y espero que los que también tengáis que hacerlo lo hagáis. El mundo está bloqueado y como ya os he dicho muchas veces en mis videos en las redes sociales, la evidencia científica manda y salva muchas vidas. La prevención y pensar en los demás nos hará salir de esta situación tan complicada. No queda otra que aceptar lo que nos ha tocado vivir y afrontarlo lo más unidos posibles. Es difícil en un mundo tan individualista y oportunista pero es buen momento para demostrarnos que los buenos y los solidarios podemos con los malos y con los egoístas. Sigo aquí, luchando ahora por mi vida y pensando mucho en todos aquellos, que como yo, sufren esta terrible enfermedad. Una oportunidad para demostrarnos a nosotros mismos que los milagros existen, porque los milagros se hacen realidad cuando se pelea y se cree en ellos. Y aunque no todo depende de nosotros, lo importante y por lo que merece la pena vivir es el amor. Un abrazo enorme a todos y os agradezco de nuevo vuestro interés y apoyo. Ahora sólo necesito tiempo, descanso, desconexión y tranquilidad. Os iré informando. Muchísimas gracias a todos.

5 de septiembre 2020 -174

EL JARDINCILLO

Desde su ventana, en silencio mira mientras la tarde cae y el tiempo imperceptible, avanzasin detenerse. A su mente, acuden los recuerdos.Y aunque sabe que a veces no sirve casi de nada rememorar las cosas del pasado e incluso lasdel propio presente, su mente y corazón palpitan. Laten con fuerza en las fibras de su alma, todas las personas que conoció y conocey siente con sinceridad, los problemas y dificultades que cada una de estas personas en estos momentos están viviendo. Quisiera ayudarles a todas y quisiera plantar en susvidas momentos hermosos y alegres. No sabe cómo pero casi sin percibirlo, de su pecho se escapa una sencilla oración: “sánalos, sánanos, sáname Dios mío!”

Y, entre tantos recuerdos, imágenes, las personasausentes y las circunstancias del momento, una imagen se le hace vida con rotunda fuerza. No tendría entonces más de doce años y era también una tarde como la de hoy, final ya del verano y con los señales del otoño apareciendo por horizonte. Buscaba moras silvestres por entre las alzas del río y al mirar al frente, por la ladera y entre los olivos, vio el rebaño de ovejas. Avanzaban pacíficas llenando toda la tierra y el pastor las protegía desde la parte alta de la ladera. Cuando ya el rebaño estuvo cerca del río, el pastor las empujó para que descendieran a los charcos del lado de abajo. En un momento, los animales se esturrearon por todas la vegetación y veredillas cerca del cauce. Luego, lentamente comenzaron a subir río arriba y el pastorlas guiaba desde atrás.Según la tarde iba cayendo y el sol se ocultaba en el horizonte a lo lejos, el rebaño de ovejas remontó hasta la parte alta del río, por donde la llanura. Al lado de arriba de esta llanura, ya se alzaban las laderas de las montañas y un robusto e impresionante acantilado rocoso.En las tierras entre la llanura, al lado de abajo del acantilado, las ovejas se fueron acostando. La noche comenzaban a caer y él vio al pastor acercarse al acantilado.

Desde el río por donde buscaba moras, se fue hacia los acantilados y al acercarse al pastor, Le sorprendió el rincón donde se refugiaba. No era ni una cueva ni una grieta entre las rocas sino una especie como de plataforma pegada a la pared del acantilado y desde donde un puñado de tierra muy fértil y verde, caía hacia abajo como en busca de la llanura donde las ovejas descansaban. Vio que el hombre, sobre unas ramas y rocas en la pequeña plataforma, se recostaba mirando hacia las tierrecillas que tenías cerca,como si serecreara contemplando el pequeño y especial panorama a la también muy especial luz de la tarde ya casi sombras de la noche mezclada con los primeros rayos de la luna. Con cierta timidez, le preguntó al pastor:
- ¿Es esta tu casa?
- Este es mi refugio particular y también el tuyo.
- ¿Y este pequeño trozo de tierra tan verde y regada con estos hilillos de agua?
- Es mi jardín, huerto y pequeño edén particular. Desde aquí, cuando ya me acuesto para dormir, contempló aquí en primer plano este pequeño jardín mío, mis ovejas durmiendo ahí en la llanura, el río al fondo y allá a lo lejos, las cumbres de las montañas por donde el sol asoma cada mañana. Este está en mi casa y palacio y desde ahora, Tú eres mi invitado especial.

Hoy, muchos, muchos años después y aquel encuentro con el pastor, desde su ventana, en silencio mira mientras la tarde cae y el tiempo imperceptible, avanza sin detenerse. A su mente, acuden los recuerdos.Piensa en el hombre, su huertecillo y sus ovejas y se da cuenta que nadie, nadie, absolutamente nadie en este mundo, sabes de él.Nadie lo puede recordar y por eso nadie va a rezar nunca una oración por él al cielo. Pero lo que sus ojos dieron en aquellos momentos, tiene valor y es hermoso porque existió de la forma más sencilla y noble.

6 de septiembre 2020 -175

LA MONTAÑA DE LA NIEVE

Al borde mismo del rio, a la derecha, sobre el talud y mirando a la gran montaña, construyeron la casa. No muy grande, en forma rectangular y con dos plantas. En la entrada tenía un pequeño rellano rematado con una baranda de palos de castaño. Era la baranda del balcón para asomarse al talud del río y disfruta de la corriente, al fondo. Según se llegaba a la casa, a la izquierda, saludaba un pequeño huertecillo con un buen puñado de árboles frutales. Y en cuanto se avanzada y unos metros más adelante de la puerta, por donde ya una pequeña senda arrancaba para bajar al río, crecían tres hermosísimos olivos centenarios. El balcón al río con su baranda de madera, era un magnífico mirador frente a la alta montaña al otro lado del río y a bastante distancia.

Llegó el otoño y cayó la primera nevada. Y aquella misma mañana, al llegar yo a la casa, me lo encontré apoyado en la baranda de madera observando en silencio el espectacular manto blanco con que se había cubierto toda la gran montaña.Lo saludé y con amabilidad, le pregunté:
- ¿Qué trae de bueno estanevada tan a principio del otoño?
Tal como estaba apoyado en la baranda de madera permaneció, en silencio unos segundos y luego me dijo:

- Esta, nevada, como otras muchas, trae agua para los campos y para los manantiales arroyos y ríos. Pero la nieve que esta noche al cubierto de blanco todas las crestas y laderas de la montaña que al frente estamos viendo, trae algo tan especial que enamora el almay embelesa de la forma más hermosa. Es como si un trozo de cielo, de eternidad, de la inabarcable obra del Creador,de la forma más caprichosa, esta noche se hubiera extendido por aquí. ¿No estás viendo?

Y sí que lo estaba viendo. La robusta figura de la montaña, como un gigante parecía alzarse desde ríoen busca de las nubes colgadas en el viento. Como un gigante que daba miedo por el silencio y la inmaculada blancura que desprendía. Y más miedo a la vez que asombro serenidad y belleza, transmitían las finas nieblas que desde el ríos, por los barrancos y hondonadas subían para, muy lentamente, escaparse por las crestas de la montaña hacia un infinito misterioso. De nuevo me dijo:
- Yo sé que esta tan sobrecogedora imagen es como un anuncio del cielo, como un regalo y la señal del hermoso universo que todas las personas soñamos.
Y me acordé en este momento del poema que en mis cuadernos tenía escrito:
319- Estoy mirando a la montaña
con lasnubes que se esconde por el cerro
y vuelany me siento perdido
en la blancura de lo inmenso.
¿Quién eres Tú, Dios mío,
y este abismo de belleza
que tanto matay es beso?

La fragancia eterna
7 de septiembre 2020 -176
EL MÁS BELLO POEMA
A ella se le ve subir por los caminos que surcan la tierra y al poco, se le ve entrar al cortijo que arropan los pinos y como ella, hoy al igual tantos días, sí trae su tragedia propia en el alma que le hace bella, también hoy como tantos días, se olvida de su dolor y en cuanto llega a la casa se interesa por le hermana aquella y luego por los pequeños de la otra hermana y por el muchacho y después, por las cosas de la cosecha y por el dolor del padre amado y por la salud de la reina abuela.
- Pues aquí vamos tirando, que no es poco y amontonando cada día un grano de arena en la ilusión que traemos entre manos pero tú ¿cómo es que siempre estás en las penas de los otros y las tuyas, como si no existieran?
Y la hermosa hermana:
- Las tengo y las llevo por dentro pero sabes que desde pequeña me enseñaron a bordar sencillas letras que forman palabras hermosas porque al fin y al cabo, si bordar la vida es nuestra obligación, hacerlo correcto y con amor ¿qué trabajo cuesta?

Y durante un rato más, se le ve dentro del cortijo rodeada de las personas buenas que le expresan su cariño y le dicen que la quieren por ser ella tan alegre y hermosa, no hablando nunca de su dolor y sí pendiente de

las otras penas y por eso esta mañana, como tantas otras por esta Vega, alrededor suyo y en el cortijo, todo parece una fiesta simplemente porque ahí entre ellos y bien cerca y a pesar de su hermosura, no se habla de otra cosa sino del dolor de los presentes menos del de ella.

- Esta hermana humilde que parece una princesa hay que ver cuánto entusiasmo contagia, sólo verla.
Dicen las personas del cortijo y a estas palabras contesta sincera:
- Todos y, en esta lucha con la tierra, estamos como escribiendo un libro y en ello se nos va el afán diario y la ilusión y los sueños y hasta la salud y las fuerzas pero ya sabes que lo importante es que al final, en ese libro, las letras contengan y expresen grandes mensajes porque ese es el único tesoro que, después de todo, queda.
- ¿Y quién nos leerá ese libro que tú dices, a diario vamos escribiendo, aunque no sepamos, a nuestro paso por la tierra?
- ¡Quién va a ser, mujer, sino el Dios supremo que es el dueño y el maestro y el Padre Bueno que nos quiere, cuida y besa!

Y al poco, a ella, se le ve caminando por los sencillos caminos que surcan la grandiosa Vega y dejando tras de sí, una aureola de perfume y, en los corazones de los amigos pobres, el entusiasmo y la luz que alumbra e indica el camino que atraviesa la vida y tierra y lleva a la región de lo eterno, que es donde el dolor de los humildes, son letras de oro y luz Purísima que exhala sagrada esencia.
https://youtu.be/HprbOxe8n5A

8 de septiembre 2020 -177
315- ¿MI CHOZO?
Hace tres meses que lo he construido
junto al arroyo
entre el bosque de tu belleza,
a dos pasos de tu corazón,
bajo los madroños de la tarde,
al borde de tu compañía,
y en la finca de tu perdón.
Y aquí sólo hay pájaros,
silencios de primavera
y flores que me hablan de Ti.
Pero si quieres ¿Mi chozo?
Si acaso mañana lo desmonto
y con los dos enseres
de mis mantas viejas,
y un poco de ayuda por tu parte,
me voy a vivir a la cabaña que tienes,
entre el alba y las estrellas,
al borde del prado de la hierba.

Un baso de aluminio
una cantimplora y varias cosas más sin valor
y la corriente de tu arroyo

que pasa rozando a mi chozo,
son los únicos compañeros
que comparten conmigo
la tristeza del alma,
pero mientras en la noche duermo
sobre la música del agua,
yo sé que me besas.

Aquí te doy y me das compañía
tardes enteras y lloro y rezo
y me abrazo al viento
sin que nadie lo sepa.

Y más arriba y bajo los álamos,
brota el manantial de las aguas limpias
y como siempre, por entre las sombras juegas,
ahí me siento y sueño
que me haces perfume de flores,
aromas de hierba
y contigo me llevas.

Siempre ando visitado
de las mariposas que vuelan
y en el fresco del agua
del blanco chorro de la fuente bella,
al lavar mi cara
Tú te reflejas.

Porque mi chozo
aquí lo construí aquella tarde de primavera,
cuando me diste tu mano de amigo sincero
y me dijiste que me viniera
al simple palacio del viento tibio
y al calor sincero de la limpia tierra**.**
https://youtu.be/ONVnQewIIlw

La fragancia eterna
9 de septiembre 2020 -178
¿QUÉ SEREMOS?
Al rodal de tierra que se traba en la ladera y mira al barranco y por encima de las rocas grandes, como que se aplasta silencioso besado por el sol de la tarde y regado por el chorro de agua que todavía le llega del arroyuelo, ahora se lo comen los pinos espesos y bajo ellos, los jaguarzos, las retamas, las cornicabras y las zarzas y el puro silencio.

Pero como por el rodal de tierra late la vida y entre el polvo que ahora sólo da hierba silvestre, permanecen las huellas de aquellos y de ella cuando regaban sus tomates y cortaban sus pimientos en las tardes que aunque se comió el tiempo, siguen aplastadas en la soledad y luz que muda

la besa, ayer por la tarde al pasar y de nuevo verlos y sentirlos, me paré con el deseo de quedarme y beber un sorbo del latir inmenso que por el rincón humilde todavía sigue latiendo.

Y por el rodal de tierra, el insignificante y pobre sobre la ladera que mira al Valle, me pareció ver, con los ojos del corazón, la figura de la abuela acompañando al nieto y derramando el sudor de su frente sobre el áspero suelo y ella, entre tarea y tarea, pronunciando sus palabras con acento a inmenso:
- Tú, hijo mío, pídele siempre a la tierra y a los hermanos, desde lo limpio que llevas en tu corazón y lo noble que ella tiene dentro.
Y el nieto:
- Algo de lo que deseas decirme, sí entiendo pero como dice padre ¿si otros vienen y se hacen dueños y manchan e ignoran a la tierra diciendo que son otros tiempos?
Y la abuela:
- ¡Ay hijo mío! Dura será la lucha y ella y tú y yo y los que vengan después, seguro sucumbiremos pero si a la tierra la prostituimos y nuestra identidad y rumbo vamos perdiendo ¿qué seremos nosotros bajo este sol que nos alumbra sin señas propias y sin centro y sin el amor purísimo que los manantiales de estas tierras nuestras, nos van transmitiendo?

Y en el rodal de tierra que riega o regaba el agua que limpia saltaba por el arroyuelo, sigue en su faena la abuela y el nieto y como hoy han pasado ya tantos años, desde el silencio de esta tarde incierta, miro las huellas de ellos y de estos y en mi dolor y en mi secreto, me digo, desde lo más adentro:
- ¡Ay abuela! Si tú levantaras la cabeza y vieras ¿qué dirías de estos nuevos tiempos?
Y la abuela, desde su rodal de tierra en la región de lo eterno:
- No hace falta que me lo digas porque lo estoy viendo pero lo mismo que aquella tarde, te digo que la tierra y todo lo que por aquí fue nuestro y con herida tremenda, hoy se desangra y se muere, que al final, lo cierto no es ni esta realidad ni aquella sino el latido que fuimos los humildes y con la tierra y en nuestro perfume, aquí sigue inmaculado y en su centro.
Y entonces quiero decirle:
- Pero abuela ¿tú estás viendo lo que yo veo?

10 de septiembre 2020 -179
SOLIDARIOS
Suscomportamientosfueron ejemplares. Yo los vi llegar a un punto concreto del río. Justo al lado de arriba del puente, por la derecha. El monitor les indicó y lentamente bajaron por las sendas hasta la misma corriente de las aguas. De nuevo el monitor les volvió a indicar y en las pequeñas playas de arena y grama que junto a las aguas había, fueron dejando algunas de sus cosas. En la corriente pusieron algunos de sus alimentos y luego se dedicarona explorar la zona. Buscaron plantas para estudiarlas, buscaron piedras rodadas por la orilla de las aguas, subieron al acantilado, recogieron algunos frutos silvestres, hicieron algunos ejercicios de redacción y físicos y, un poco antes del mediodía, se dividieron en dos grupos. Uno de estos grupos, el menos

numeroso y los que tenían mejores cualidades, se colocó en las rocas, por debajo de gran charco. Entonaron canciones muy bellas y los demás,muy atentos escucharon y luego aplaudieron.

Sobre el césped de grama y a la sombra de los fresnos, se repartieron la comida a la hora programada.Después, tuvieron un buen rato de tiempo libre y a media tarde, el autobús llegó. Antes de prepararse para subir al vehículo, el monitor les pidió que revisaran bien todo el territorio.
- Ningún rastro de nuestra presencia por aquí, debe quedar en estos lugares. Ni siquiera el trozo más pequeño de papel de caramelo.
Recogieron sus mochilas y poco a poco fueron subiendo al autobús. Satisfechos todos de la excursión y más satisfechos aún por la experiencia que entre sí habían compartido.

Y, cuando diez minutos después el autobús ya rodaba de regreso a la ciudad, un joven del grupo, se levantó de su asiento, se puso cerca del conductor mirando a los compañeros y preguntó:
- ¿Quién de vosotros ha echado de menos hoy algo?
Casi al unísono, todos respondieron:
- Todos los que en este momento estamos aquí, hemos echado en falta a nuestro mejor amigo.
- ¿Y estáis dispuestos a poner vuestro granito de arena para hacerle el regalo que este amigo nuestro necesita?
- Queremos hacerlo.
El que hablaba, se quitó su gorra de visera y empezó a moverse por el pasillo del autobús.Uno a uno, comenzaron a vaciar desus bolsillos las monedas que tenían. En un momento, la gorra se llenó. El que recogía el dinero, eufórico dijo:
- La próxima vez, nuestro amigo, podrá venir con nosotros. Ya tenemos el suficiente dinero para comprarle la silla de ruedas que siempre ha soñando y tanto necesita.

La fragancia eterna
11 de septiembre 2020 -180
HASTA QUE DIOS VENGA
A punto de caer la tarde, se asomó a la cumbre del picacho y echó una última mirada al valle y además del silencio y la soledad y los caminos rotos, vio que hoy ya no hacia falta barrer la chiquera ni la cuadra de los animales porque descubrió que por la tierra ni careaban los marranos ni las vacas ni las ovejas ni tampoco estaban verdes los huertos ni en las llanuras del querido valle seguían creciendo los cerezos ni los robles ni los pinos ni los perales y además de ésta, como desolación o desbandada a lo grande, vio y sintió en su corazón que en la puerta de la amada casa, ya no se amontonaban las ramas para la lumbre cuando llegaran los fríos del invierno ni tampoco, de las chimeneas de los otros cortijos, brotaba su chorro de humo como siempre y, desde tiempos lejanísimos, había sido en este valle.

Y como el corazón se le descuajó desde la visión del cerro mientras iba cayendo la tarde, quiso levantarse y bajar e irse por los caminos rotos, no

sabía hacia qué lugar que pudiera un poco consolarle, cuando al mirar, ya sí por última vez, los vio subiendo por la vereda del centro siguiendo los pasos lentos del burro grande y subidas sobre el lomo la abuela y la niña y al lado y detrás, los hermanos, la madre y el padre y vio que al llegar a la fuente, detienen su marcha y se bajan y antes de beber del agua purísima que a miel todavía sabe, la niña extiende sus brazos y como si estuviera en el juego que manaba de la abundancia y la belleza de aquellas remotas tardes, mirando a la abuela le dice:
- Es que antes de irme del todo quiero beber el último sorbo de esta agua fresquita y quiero, la cara y las manos, lavarme para así conmigo llevarme el último beso de la esencia más fina que mana y, durante un rato más, por nuestro grandioso valle.

Y mientras ella bebe y medio juega en el cristalino chorro de agua que por la caudalosa fuente sale, la abuela la mira muda y en su silencio la mira la madre y el hermano dice que ya no se puede perder más tiempo porque el camino que sube por la tierra rozando las encinas grandes, es largo y más largo es el otro que lleva al infinito y arranca o muere por donde el empalme.

Y el que mira desde su picacho de siempre y está a punto de irse también porque ya muy avanzada viene la tarde, al echar su última mirada por las tierras dulces de su amado valle, descubre que con la sombra de la noche que avanza desde lo hondo, vienen subiendo las aguas desde el lado del río Grande y con las tinieblas de la noche que llega, juntas y al mismo tiempo, viene cubriendo las tierras y sepultando ya para siempre sus raíces y su corazón y las tumbas de los suyos y el vergel tan repletos de árboles y hasta la luz del propio sol porque ya es por la noche y todo se acurruca en su nido y el mundo entero ya no late.
- Hasta que Dios venga con su amor de padre y ordene que resuciten los muertos y que los cerezos florezcan y los ruiseñores, en sus rincones, otra vez canten.
Se dice para sí, llorando desde su picacho y como escondido mientras vienen subiendo las aguas y, con ellas, la triste tarde.

12 de septiembre 2020 -181
¡Y QUÉ GOZO!
327- Sentado al borde de la tarde,
que el sol puro transforma en fuego y calma,
te adivino caminando
por donde el río tiene su fuente clara
y me arde el corazón
y quisiera morirme ya
en esta tan dulce llama.

Porque te he visto esta mañana
¡y qué gozo placentero
has dejado por mi alma!
Y es que ere la sombra fresca
en la tarde de sol ardiente

y viento tierno que llena el corazón
junto al agua de la fuente.
Pero tu ausencia y este no poder tocar,
ni besar, ni rozarte con mis dedos

ni acurrucarme en tu frente
¡Cómo duele
y desde esta soledad creciente!

328- Y la tormenta y la lluvia y hasta el viento,
eran tu presencia divina
dando un beso
y Tú llorando, de gozo,
desde las nubes y el cielo,
con nosotros por allí,
hechos barro y pisando el suelo
y frente a la profundidad del barranco,
tan repleta de misterio
y los montes verdes
y las cascadas y los senderos
y la sonrisa clara de la niña pura,
imagen nítida de lo que en Ti es juego
y los latidos graves de mi alma,
todo Tú, en mi pobre pecho.

329- Han pasado un millón de tardes,
yo lo sé pero en esta de ahora
y en este momento
y en este segundo
y casi en silencio,
y desde el rincón desconocido,
te lo digo en secreto:
deseo que rompas mi corazón
antes de que suceda,
lo que ya sabes y tanto temo
y deseo que se acabe mi vida
y me arranques de este cuerpo
y si es posible, y Tú lo ves bien,
avísame a tiempo
y luego, después,
que esparzan mis cenizas al viento,
por los montes y laderas
y que aquí contigo quede eterno.
Así te lo pido hoy, Dios mío,
porque así lo quiero.

La fragancia eterna
13 de septiembre 2020 -182
IRSE A TIEMPO

Subo hasta el centro del collado donde está verde la hierba y al mirar al frente, veo la llanura de las encinas viejas y el arroyo de las zarzas y ahora lo recuerdo:

Aquel día ya caía la tarde y ahí mismo comían sus cabras y, como desde el puntal a él les cogía lejos, mandó a su perro a por ellas y una, la negra, sí se vino corriendo hasta la parte de arriba que era por donde ya la noche se asomaba pero las otras, allí se quedaron comiendo y al volver su perro, recuerdo que habló y le dijo:
- Lo que siempre es bueno es que nunca se borre tu presencia sino que aunque breve, sea y real para que ahí, donde has estado, dejes tal perfume que todos te amen y quieran que vuelvas.

Y sigo mirando y al frente los veo bajar con sus manojos de espárragos y a los otros buscando sus bellotas justo donde la fuente serena y luego los veo saltar y diciendo:
- Pues llegará un momento en que muchos buscarán a un pastor al ir por los caminos de estas sierras porque tendrán necesidad de consultar la verdad de la gran realidad de estos montes en el silencio de la tierra.

Y como estoy sobre el collado, mirando al frente y caminando con ellos y por aquella senda, en esta mañana seductora y ya de bien madura primavera, para mí solo me digo: “¡Quién pudiera ahora mismo saber los nombres y ciencia que conocía aquel pastor y quién supiera llegar y estar y callarse y luego irse a tiempo para dejar por el lugar tal esencia que todos sintieran vivo mi recuerdo y, en el fondo de sus corazones, a todas horas desearan que volviera!”.

14 de septiembre 2020 -183

SU LIBRO

Entróal lugar donde hacen fotocopias eimprimen y encuadernan libros.Al verla, él la saludó y sin más ella dijo:
- Vengo a recoger mi libro.
- ¿Has escrito un libro?
- El otro día lo terminé y estoy muy contenta. Es mi primer libro y he aprendido mucho escribiéndolo.
- ¿Y qué cuentas en tu libro?
- La historia de un muchacho en un lugar en guerra. Tenía y tengo necesidad de contar al mundo esto que en mi libro he escrito.

Guardó él silencio y la joven que atendía a los clientes, se acercó a ella y le entregó el libro.

Un bonito ejemplar encuadernado en pasta dura de color azul claroyen tamaño A5. En la portada se podía leer el título: “¿Para qué sirve tanto dolor?".Y en la primera página por dentro, aparecía el siguiente texto: “En este mundo, todos estamos de prestado. Nada es mío ni tuyo ni de éste ni de aquél. Por lo tanto, nadie tiene derecho sobre nada y menos, sobre la vida de los demás ni de las cosas. Prohibir e imponer a las personas modos de comportarse y ser, no es lo correcto. En cambien, dialogar ponerse de acuerdo para proceder y hacer las cosas en colaboración, es lo mejor.

Porque hasta el más pequeño, puede tener cualidades incluso mejores que el más encumbrado rey".

Con su libro en las manos, salió de la tienda y cuando empezó a caminar por la calle, de nuevo él le preguntó:
- Escribir un libro, creo que es algo muy interesante por eso quisiera hacerte dos preguntas. ¿Puedo?
- ¿Qué deseas saber?
- Por curiosidad solo me gustaría saber el por qué escogiste para tu libro el personaje que me has dicho?
- Vi al muchacha caminando por entre el monte de la ladera y, al poco, apareció el avión. Entró hondonada arriba y arrojó la bomba. Explotó a solo unos metros del joven, por el lado de arriba. Sentí primero la explosión, luego vi saltar la tierra y el monte, después se alzó la nube de humo y, pasando un rato, vi al muchacho perderse por la parte alta de la colina. Se me rompió el corazón y quise ayudar pero nada pude hacer. Ya en aquel momento sentí la necesidad de escribir el libro.
Hubo un momento de silencio mientras seguían caminando calle adelante. Habló luego el amigo e hizo la siguiente pregunta:
- Y de tu vida en este país extranjero para ti ¿Qué me cuentas?
- Que sería feliz lo suficiente con solo tener un techo donde refugiarme, algo de comida para alimentarme y una cama para dormir. Esta será la historia de mi segundo libro.
https://youtu.be/SNCUH-Qv67k

15 de septiembre 2020 -184
BLANCO NIEVE
Justo el día quince de marzo de este año, se cerraron todas las clases en las facultades de la Universidad. Los campus se quedaron en silencio y tan solitarios que sorprendían solo verlos. Y en la tarde de aquel día quince, por la puerta de la facultad antigua, apareció un coche blanco nieve. De remolque arrastraba una caravana blanca también como la nieve. Al ver el vigilante este vehículo, le pidió que se detuviera, se acercó y al conductor le preguntó:
- ¿Qué estáis buscando por aquí?
- Buscamos un sitio para aparcar.
- Dentro de este campus universitario, está prohibido el aparcamiento a las caravanas.
Nada dijo el que conducía el blanco coche. En la misma puerta del edificio antiguo, giró y lento se alejó del lugar.

En el campus universitario, el la parte alta de la ciudad, al llegar la noche, las luces se encendieron, el silencio se hizo más denso, ni una chispa de viento se movía, las calles se veían por completo solitarias y hasta las estrellas en el cielo, parecían titilar con menos brillo. De las residencia universitarias al día siguiente los estudiantes se marcharon y todo el campus y facultades, se quedaron más vacías y solitarias. Tres jardineros, solo tres, se vieron por las mañanas entre las plantas del campus. De vez en cuando, también se veía al vigilante y nadie mas. Por la tarde, desde la ciudad, algunos jóvenes aparecieron paseando a sus perros y, al caer la noche, se hizo el silencio. Silencio que se prolongaba por la ciudad y aun más lejos. Amaneció otro día,

otro y otros y así, a lo largo de todo el mes de marzo, el siguiente y siguiente mes, el silencio y la soledad seguían presentes. Las puertas de las facultades y las de las casas, permanecían cerradas mientras el tiempo corría. Se percibía en el ambiente, en la espera larga y silenciosa, como la llegada de algo importante y nuevo. Pero fueron quedando atrás los tres meses de la primavera, se fueron acabando los meses de verano, se acercaba el otoño y la espera silenciosa se mantenía viva. Nada cambiaba y el tiempo no detenía sus pasos. Parecía como si, de la noche a la mañana, todas las personas hubieran desaparecido de la tierra.

Hasta que un día, ya en las puertas del otoño, los directores de la universidad, anunciaron que el nuevo curso y las clases comenzarían justo el día veinte y uno de septiembre. Abrieron sus puertas las residencias universitarias, llegaron los primeros jóvenes, celebraron fiestas por las noches en los pisos y las facultades anunciaron sus horarios y protocolos para evitar los contagios de la enfermedad extendida por todo el Planeta Tierra. Por las calles y facultades, se empezaron a ver jóvenes explorando los sitios y justa en la tarde del domingo veinte, apareció el vehículo blanco nieve. El mismo pequeño coche con la caravana nieve brillante que se vio por este campus en el mes de marzo. En el aparcamiento que hay en la cuesta entre los álamos, aparcó y al verlo el vigilante, enseguida se acercó. Miró por el recinto y no vio a nadie, miró por las ventanillas del vehículo y tampoco vio a nadie y al mirar para el lado de la tarde, por donde el sol iba cayendo y las nubes tapizaban, se quedó sorprendido.

La fragancia eterna
16 de septiembre 2020 -185
UN POCO MÁS DE FUERZAS
Una llanura, la corriente clara del río que la rodea y cuando ya la tarde va cayendo, las ovejas esturreadas y pastando en la fina hierba mientras, con la monotonía del agua que pasa, el tiempo que golpea y ellos subiendo desde las tres matas de carrascas que, junto al peñasco, cubre la tierra y la niña que, al coger su palo largo de fresno, dice:
- Pues si no nos damos prisa, cuando lleguemos a la asperilla de las adelfas, la noche se nos habrá echado encima y con tanta oscuridad y sin teas, ¿cómo pasamos?

Y algo más arriba, por donde enredada sube la senda, cantan las perdices y como ya está avanzada la primavera, el hermano expone:
- Quizá entre esas piedras encontremos el nido lleno de huevos y me gustaría para que vieras.

Y como el padre lleva al burro del cabestro, camina delante, lento y mira pero no habla aunque sí, la madre que acompaña, abre su boca y como quien contesta:
- Esta cruz que sobre los hombros traigo a cuestas, tendré que soltarla junto a las encinas porque pesa.

Y en el momento mágico que hasta parece que de silencio llena el barranco, de sus corazones mana la ilusión y con el rumor de la corriente, otra vez la palabra de la madre que consuela:
- En tus manos, Señor, están nuestras vidas. Gracias por tu amor y dígnate darnos hoy, un poco más de fuerzas.

17 de septiembre 2020 -186
LA CREACIÓN
Con motivo del Tiempo de la Creación 2020 que ha comenzado el 1 deseptiembre de 2020 y se prolonga hasta el próximo 4 de octubre, el Movimiento Mundial por el Clima ha preparado una oración:

"Creador de Vida, por tu palabra, la Tierra produjo plantas que dieron semillas yárboles de todo tipo que dieron frutos, los ríos, las montañas, los minerales, losmares y los bosques sostuvieron la vida.Los ojos de todos te miraban para satisfacer las necesidades de cada ser vivo.Ya lo largo del tiempo, la Tierra ha sostenido la vida. Con los ciclos planetariosde días y estaciones, renovación y crecimiento, abriste tu mano para dar a lascriaturas el alimento en el momento adecuado.En tu Sabiduría, concediste un Sabbath (sábado) un tiempo bendito para descansar engratitud por todo lo que has dado.Un tiempo para liberarnos del consumodesenfrenado, un tiempo para permitir que la Tierra y todas las criaturasdescansen de la carga de la producción.

Pero en estos días, nuestra vida está llevando al planeta más allá de sus límites.Nuestras demandas de crecimiento y nuestro interminable ciclo de produccióny consumo están agotando nuestro mundo. Los bosques se agotan, la tierra seseca, los campos fallan, los desiertos avanzan, los mares se acidifican, las
tormentas se intensifican. No hemos permitido a la Tierra guardar su Sabbath yla Tierra está luchando por renovarse.

Durante este Tiempo de la Creación, te pedimos que nos concedas el valor decelebrar un Sabbath para nuestro planeta. Fortalécenos con la fe para confiar entu providencia. Inspira nuestra creatividad para compartir lo que se nos ha dado.Enséñanos a estar satisfechos con lo necesario. Y mientras proclamamos unJubileo para la Tierra, envía tu Espíritu Santo para renovar la faz de la creación.En el nombre de aquel que vino a proclamar la buena nueva a toda la Creación".

La fragancia eterna
18 de septiembre 2020 -187
AMOR POR LA TIERRA
Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:
- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera ¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

19 de septiembre 2020 -188

AMANECER

Lo he visto sentado en el tronco seco del árbol. Justo donde el arroyo desemboca en la amplia masa de las aguasdel embalse. A la derecha de este arroyo y mirando al levante, por donde la luz del nuevo día se veía avanzar. Estaba nublado, con nubes muy blancas en forma de vellones de algodón deshilachados. Se veían muchos trozos de cielo teñidos de azul profundo y sobre las pequeñas montañas de las inmaculadas nubes, la luz del nuevo día reverberaba. Un espectáculo hermosísimo que en silencio y muy en calma, la naturaleza regalaba.

Mirando a este escenario y, como si no estuviera presente sobre el tronco seco sentado, permanece en silencio y quieto. Solo empaña este momento, el sonoro rumor del agua que baja por arroyo y las leves olas que se forman en la superficie del lago. A solo unos metros de él, entre las aguas del arroyo y la masa azul del embalse, se mueve jugueteando, una nutria. Parece no tener miedo al tiempo que también parece que quisiera darle compañía. Se ve un animal muy belloque también, en soledad y a su manera, disfruta su libertad. Como si, de alguna manera, estuviera celebrando el delicado escenario del nuevo día y la presencia de él por aquí. Me acerco procurando no perturbarlo y sin más, le pregunto:
- ¿Esperas algo o a alguien?
Tal como está sentado frente al amanecer, permanece inmóvil. Muy quedamente habla y dice:
- Estoy recordando y pienso en las personas que un día conocí y amé y luego se alejaron de mí. Fueron buenas y compartimos momentos y cosas interesantes. Ahora, en algún lugar del mundo y por donde está llegando este amanecer, las adivino. Rezo por ellas porque en mi corazón las mantengo vivas.

- Lo siento y comprendo.
Digo sin más.

Me fui por la senda que bordea las aguas del embalse y, mientras me fijaba en el horizonte por donde la luz delnuevo día avanzaba, me acordé del pequeño poema que tiempos atrás había escrito:

516- Cada día que llega
y la tarde que pasa,
es como el despertar de un sueño
todo en calma
o como el amanecer
de primaveraslargas
que dejaranen el viento
esenciasblancas.
¿Cada día? Un beso
consolando al alma
con un poco más de vida
que se lleva el alba.
https://youtu.be/4ffl5Z9D8OI

La fragancia eterna
20 de septiembre 2020 -189
LOS CAMINOS
Los caminos de esta sierra mía, arrancan desde el mismo centro del corazón y al situarse uno frente a las tierras, se les ve ir, no ya por las laderas ni por los barrancos sino por la esencia y la luz de las mañanas que son como ríos eternos de primaveras que laten y están donde pocos pueden verlas porque los caminos son perlas y mares de sentimientos.

Y lo digo porque ayer por la mañana, como en tantos otros momentos, lo vi salir de la inmortal casa que se alza y asienta donde nace y muere el viento y lo vi subir por la tierra que baña la fuente de las piedras y como iba alegre y llorando y, además, soñando con el dolor que hoy es su alimento, en la puerta inmensa que es infinito frente a la sierra, se paró y al ver chorreando a las ovejas que siempre van de soledad, llenas, se quedó petrificado y con la cascada echa fuego que, como los caminos, está y se le ve pero no se le ve porque es perfume e incienso.

Y al acercarme, le pregunto:
- ¿Qué estás bebiendo?
Y él:
- Eternidad a raudales por donde existo y me quedo.
- ¿Pero y los caminos de esta tierra?
- Concentrados a todos los tengo dentro de mi corazón y, con la luz del día que nace, son vida y con ellos muero.

La fragancia eterna
21 de septiembre 2020 -190
EN FORMA DE INCIENSO

Se alza el sol y va llenando de luz, la tierra cuando entro por las calles del pueblo y como están en fiesta, lo primero que veo son los chiringuitos con sus trozos de turrón a la vista de la gente y luego, los que bailan y la música y los que van con sus trajes nuevos y paso como sin rozarlos porque la realidad en mí, tiene otro acento y al llegar a la casa, miro y ahí la veo:

Se arrodilla encorvada y friega el suelo y al preguntarle:
- Pero en aquel cinto que corona el cielo ¿en qué lugar exacto estuvo tu casa?
Ella, desde su mundo añorado:
- Por donde sube la senda que escala hasta la pasá del Enebro, allí justo está la cueva donde yo vine al mundo y luego me crié hasta aquel día de amanecer incierto.

Y con el sol de la mañana brillando eternidad y bello por entre las cumbres que coronan, salgo y camino por las veredas que llevan a los rincones ocultos que fueron y serán sueños, y cuando ya estoy llegando, desde el charco azul del arroyuelo y la espesura de los robles que también escalan por el cerro, miro y al descubrir la luz de las nubes tornadas en fuego, me dispongo a sacar la foto y justo en este momento, la veo a ella en blanca niña y llevando a sus borregos y también persiguiendo mariposas que con ella juegan su juego.

- ¿Pero y la luz que, desde las cumbres, el sol derrama en forma de incienso acariciando a palacios de oro y a caminos de rocío que llevan como a un paraíso que parece ensueño?
Y ella, tierna niña que es con las mariposas en vuelo:
- Esto es lo que deseaba enseñarte para que veas que desde la soledad de estos barrancos, por la luz de este mañana y el viento, van caminos esmaltados de perlas y oro y donde las nubes son fuego, se abren las puertas a los palacios que nadie conoce en el suelo pero que son el resumen y corazón de la eternidad y lo bello.

Y le digo que razón sí tiene porque estoy mirando y veo alzándose el sol y, llenando la tierra de luz, de vida y de aroma con cara de dulce ensueño.

22 de septiembre 2020 -191

OTOÑO DE NUEVO

Por el camino quediscurrea media altura entre el valle y la cumbre de la montaña, lo he visto avanzar. Lo veo solo, camina lento y mira continuamente hacia su lado izquierdo. Es el lado de la tarde por donde al fondo y muy lejos, se ve la alargada y oscura silueta de las montañas, la extensa llanura antes de estas montañas y el valle antes de la llanura por donde el arroyo desciende. El camino que recorre, hace de mirador a toda la extensión del territorio y, especialmente, al gran valle por donde el arroyo avanza. Y el camino pasa justo por donde nace el arroyo. Por eso desde el camino hacia la llanura, toda la cuenca del arroyo, se ve cubierta por una vegetación muy densa. Y como es otoño en sus primeros días, todos los castaños, robles, arces, cornicabras y otros árboles y arbustos, se ven teñidos de colores anaranjados y ocres. La luz del sol que llega desde el lado de la mañana, su

derecha y cumbre de la montaña donde nace el arroyo, acentúa con fuerza los colores del otoño en todo el denso bosque del arroyo. Y esto es precisamente lo que le trae por aquí en la mañana de este día.

Siguiendo el camino, deja atrás los manantiales donde brota el arroyo y, al llegar a la curva, sobre la roca se sienta frente al valle del arroyo y lado de la tarde. Mira en silencio y a su monte acude el recuerdo de aquella mañana de hace muchos, muchos años. Eran también los primeros días del otoño. Tenía doce años y ya trabajaba guardando un pequeño hato de cabras. El dueño de los animales, le pagaba justo para comprarse algunos alimentos. Pero aun así, se sentía afortunado porque almenos, tenía un trabajo. Él, cuando iba por los campos cuidado del hato de cabras, siempre buscaba por los bosques frutos silvestres, setas o plantas comestibles. Y aquella mañana en los primeros días del otoño, abrió la puerta del corral donde dormían los animales que cuidaba. Guió a las cabras hacia la vegetación del arroyo y enseguida él se puso a buscar moras silvestres por las zarzas que junto al cauce crecían. Se dijo: “Mientras las cabras ramonean arroyo arriba, voy a ir recogiendo todas las moras que me encuentre por la solana de la izquierda. Así remonto hasta los manantiales del arroyo y allí las espero". Puso en práctica este plan suyo y, bastante tiempo después, llegó a los manantiales. Miró y escuchó y no vio ni oyó a los animales. Esperó un rato y luego se fue a la roca de la curva del camino frente al valle. Siguió mirando y por ningún lado veía al pequeño hato de cabras. “¿Dónde se habrán metido?” Se preguntaba ya algo preocupado.

Sintió pasos y al mirar para su izquierda lado de los manantiales, lo vio. Era el dueño del pequeño hato de cabras y también de los terrenos del valle del arroyo de la vega y parte de las montañas. En cuanto estuvo cerca del joven, le preguntó:
- ¿Dónde están las cabras?
- Por entre el monte del valle del arroyo creo que remontan. Esperándolas aquí estoy yo.
- Pues no las esperes porque ni suben por el valle del arroyo ni van a venir hasta aquí. Tú las has dejado abandonadas y los animales se han ido a las tierras prohibidas de mi enemigo. No vayas a buscarlas porque ya no te necesito. Ahora mismo coge el camino y te alejas de aquí para siempre. Nunca más quiero verte por estas tierras mías.
Mudo se quedó el joven al oír lo que le decía el hombre. No dijo nada, cabizbajo dejó el sitio donde en la roca estaba sentado, caminó y se alejó del lugar. Nunca más volvió pero ni un solo día a lo largo de los años que fueron pasando, olvidó lo ocurrido aquel día. Regresa hoy y en la misma roca se sienta frente al valle del arroyo y a la llanura de la vega. Mira y medita en silencio. Nada sabe de loque fue o es del dueño de las tierras y cabras pero sí descubre que el otoño una vez más comienza a vestir de ocre toda la vegetación del valle del arroyo,por donde adivina las moras silvestres colgando en los racimos de las zarzas.

La fragancia eterna
23 de septiemv0 -192
CANTO DE PÁJAROS

Todavía el nuevo día no había llenado de luz los viejos campos, cuando ya y desde dentro de la casa, siente la algarabía de los pájaros y como sí ellos van despertándose a la serenidad y armonía de la mañana, en cuanto la madre abre la ventana, desde su cama de lana amarillenta, el joven ve primero el revuelo de plumas de los pájaros cantores y después el consuelo de la más dulce sinfonía de trinos y notas alegres que, entre la luz, viene jugando y enredada con el día.

Y al abrir el joven sus ojos y ver un pájaro y otro pájaro buscando ya su alimento por entre las ramas y la hierba que con ellos y la aurora, se hace melodía, pregunta a la madre buena que ya va y viene llenando la estancia de un poco más de limpia vida:

- ¿Qué es lo que esta mañana, los ruiseñores y las tórtolas, junto con los gorriones y las palomas, anuncia con su alegría?

Y la madre, toda serena y lago amoroso saludando al día:

- Es el canto del corazón en su paz y la transparencia de quienes tienen todos sus cuidados puestos en el Creador que da la fuerza y es sonrisa.

Y el muchacho, mientras se levanta y observa extrañado los reflejos de la claridad por las rendijas de la vieja ventana, quiere comprender y dar las gracias por tan consoladora sinfonía, al despertar de las fuentes y los campos y la casa que les pertenece todavía.

24 de septiembre 2020 -193

EN MI ETERNIDAD SOÑADA

En mi sueño, me he visto rey, libre y dueño absoluto de un enorme espacio parecido a un reino.Un montaña muy alta, emerge en el centro de este territorio, alargada hacia el sur y norte, muy cubierta de vegetación por todos sus lados y, por entre esta vegetación, arroyos, muchos arroyos y manantiales de aguas claras y buenas. Veo a todo este territorio, coronado por un cielo azul muy puro y decorado por solo algunas nubes blancas. Casi rozando estas nubes y en todo lo alto de la montaña, se eleva un castillo construido todo de piedra color de las puestas de sol y decorado a los lados y por los pasillos, con árboles, muchos árboles y jardines. Algo nunca visto en ninguna parte del Planeta Tierra porque además, detodo el castillo palacio, mana un silencio parecido a terciopelo empapado con un finísimo aroma a mirto.

A los pies de esta bellísima montaña y por lado norte, se extiende un amplio valle todo también tapizado de vegetación y muchos ríos. En el centro de este valle, se ve una pequeña construcción de paredes blancas. Hay jardines en la entrada y fuentes de mármol en todos los colores y formas. En el pórtico de hermosas columnas talladas y frente al sur, un grupo de personas conocidas y muy queridas por mí, tienen preparadas las ropas. Todas prendas especiales de tonos bellos y tejidas con hilos únicos. Una de estas personas, la más especial para mí por su bondad y limpio corazón, me dice:

- Vente por aquí y deja que nosotros te vistamos el traje que te corresponde. Ya eres rey y vas a tomar posesión de tu palacio especial en la eternidad. Estásya en los lugares que tanto soñaste y rodeado para siempre de las personas que amaste.

Me dejo revestir mientras siento el gozo de los que están a mi lado. Miro al frente y me llena plenamente los paisajes, quietud, colores y luces de todo el territorio.

Terminan de revestirme con las ropas especiales y varias personas me guían por un camino como de viento dirección a gran palacio en lo más alto de la gran montaña. Avanzo despacio escoltado por la pequeña comitiva de las personas queridas y al llegar al gran portón, me recibe el que parece dueño absoluto de la Creación entera.Su rostro es hermoso, refleja juventud y mira con una bondad muy dulce. Me saluda y con una respetuosa reverencia, correspondo a su saludo. Sin más, muestra el libro y una balanza y me dice:
- Aquí está escrita tu vida y hechos y en esta balanza, tengo pesada tu fortuna. Tu fortuna vale mucho más que todo el oro y dinero del mundo y tus hechos, son muchos todos buenos y bellos. Desde este momento, tienes permitida la entrada al reino que tanto en tus sueños soñaste. Pasa y toma posesión junto con los que amaste y te aman. La puerta del gran Palacio en todo lo alto de la montaña, las tienes abiertas.
Miro al frente y la figura del Gran palacio, me llena de un placer inmenso. Las personas que he querido y fueron buenas conmigo, me piden que avance hacia Gran palacio, ahora delante de ellas. Me dicen:
- Ya eres rey coronado y con título oficial en el reino de la eternidad.

La fragancia eterna
25 de septiembre 2020 -194
CAMINOS SIN RUMBO
Llenó el día con su luz otra vez los amplios campos y como la silueta de la montaña se alza esplendorosa, todavía durante un rato más la sombra de la cumbre arropa a las tierras llanas y a las lomas alargadas del valle.

Pero del chozo de monte, pegado a las encinas grandes, el joven salió y del corral de piedra construido aprovechando la cueva, dio suelta a los animales y por la cañada suave que baja para los remansos del río, se fue deslizando en busca de la fuente clara y la hierba fresca y cuando ya las ovejas estuvieron llenando la tierra, miró a la cumbre larga por donde el sol tenía que llegarle y al no verlo, se dijo: “¡Qué raro que hoy el disco de fuego venga por el otro lado del valle!”.

Y se puso a regresar a su chozo porque en los corrales todavía le esperan los borregos y conforme iba subiendo, las montañas se le hacen grandes y no encuentra la senda y por la ladera que da a las aguas del lago ancho, atraviesa el monte y sube a la cresta de la segunda cuerda y tampoco encuentra la vereda que regresa.

Y el joven pastor del sencillo valle, inquieto está buscando al sol, cree él, alzándose como siempre, por las cumbres de la lejanía del levante pero cada vez más hoy descubre que la realidad se le ha vuelto del revés y por eso en su mente no cabe, que el disco de fuego esta mañana venga saliendo por el norte y que los caminos del valle, ya no regresen a su chozo, sino que se alejen, sin rumbo, hacia el lado de la tarde.

La fragancia eterna
26 de septiembre 2020 -195
CORAZÓN DEL VALLE
Hacia el corazón del valle se sienten fluir los caminos y, donde el río que atraviesa la sierra y se remansa en la tarde, tiene concentrada la esencia del tiempo que se hizo silencio en el trino de los ruiseñores que ennoblece los corazones que ausentes laten, se les ve abrirse en forma de surtidor y rajando el viento, elevarse por las laderas y los barrancos y perderse por entre el monte al ritmo de la luz que palpita y el sudor de las almas grandes.

Y por entre la esencia que mana de los campos, se le ve caminando al padre y en cuanto llega al río, siguiendo a su marrana de cría, la llama y le pide que pare y que se fije en la corriente y que beba y que luego se bañe porque hoy aprieta el calor y el animal chapotea en el agua y va a beber pero antes busca el cieno y se acuesta y se restriega en los juncos y al verla, el hijo pregunta:
- ¿Por qué, padre, antes de beber se baña?
Y el que no sabe pero sí sabe:
- Es que como nosotros, viene sudorosa y como le hierve la sangre, parece que no es bueno hincharse antes del momento oportuno.
Y el hijo:
- Y esa ciencia, la marrana ¿cómo lo sabe?
Y el que surca los caminos cuando por la gran sierra se derrama la armonía en rocío eterno y suave:
- Esa ciencia, hijo mío, ¿que cómo la sabe...?

Y como el hermano bosque mira y calla y también late, desde su sonrisa de aurora, habla con rumor de primaveras y de fuentes que manan y caen:
- Pues tú, muchacho noble que vas por los caminos que llevan al confín del mundo y no van a ninguna parte, ¿dime cómo entiendes y conoces y te gozas en el retozar de tus corderos por entre la flor que se abre y cómo interpretas los juegos de tu perro vellón de nieve y conoces los secretos de los senderos que confluyen en el Valle?
Y el hijo sincero que sueña y quiere saber más que sabe:
- Será eso: que lo llevo en la sangre y al igual que la marrana que se baña antes de beber en el río, como me hierve y grita y late, necesito apagar con la soledad diamante los desgarros de los caminos y beber después de lavarme.

Y como hacia el corazón del Valle se sienten fluir las veredas y en forma de surtidores de rosas de primavera, se les ve abrirse en danzas de baile, parece que hasta el río se detiene y remansa sus aguas y saluda a los que llegan y esencia se hace en sus sonrisas porque les hierve la sangre en las venas de cristal y tienen que beber pero antes y, según la ciencia que han aprendido observando, se refrescan para no morir con la tarde.

La fragancia eterna
27 de septiembre 2020 -196
TIERRA AMADA

Con el alma atravesada por la tristeza, entro a la casa y busco a la madre que sobre el colchón de paja se acuesta y al verla consumida, se me parte el corazón porque toda ella, además de enferma y morirse a chorros, ni come ya porque no tiene fuerzas, la beso y soltando los tomates en el suelo, le digo, desde la angustia que a mi alma quema:
- Madre santa, aquí te traigo un puñado de hortalizas que he cogido del huerto y ahora mismo pongo el puchero junto a las llamas de la candela y para ti caliento ese requesón para que comas y te pongas buena.

Y la madre se levanta y desde su figura de pavesa, me da su beso y aunque no quiero, ya con ella a mi lado sentada junto al fuego, le digo que esta mañana también ha sido tremendo.
- ¿Otra vez te han denunciado las ovejas?
Me pregunta ella y yo le contesto que:
- Otra vez bajaba por el río y detrás me iban siguiendo y allí donde me paraba, se paraban ellos y si bebía agua de la clara que va por la corriente, estaban sobre mí nublando la paz de mi corazón con sus amenazas y figuras fieras.

Y la madre que junto a mí, hace por comer del requesón, una cuchara:
- Hijo mío de mi sangre y alma, dentro de poco yo voy a alzar mi vuelo pero por si, como tantas veces te ayudan mis palabras, te dejo dicho que la presencia de Dios es más real y clara, en los trances en que todo te lo rompen y te prohíben, hasta beber el agua.
Y quiero decirle que tendrá razón porque la madre es una santa pero que el corazón y el alma, no puede más con tanta congoja y en la tierra que tanto le pertenece y es tan amada.

Pero guardo silencio y me acurruco junto a la madre pavesa ya casi apagada y mientras intento darle ánimo para que coma un poco del requesón, junto con su muerte, mi alma se muere de tristeza atravesada.

28 de septiembre 2020 -197
ESTA LEJANIA (poema)
337- Ahora, esta mañana, el cielo nublado
arropa tiernamente la tierra mojada,
besándola en un abrazo, cual dulce amada,
que virgen, el tiempo ha conservado.

A lo largo del mundo todo esta callado
con la voz del silencio de la inmensa nada,
como si la hora ya fuera llegada,
de juntar en un punto presente y pasado.

Ahora, esta mañana, me ha rozado el viento
con su mano vieja de algodón mullido
y se ha ido luego con su paso lento.
Y de nuevo otra vez aquí te he sentido
llenando mi alma en su mismo centro

y de nuevo un poco más de Ti, me siento herido.

338- Sentado frente a la noche
mientras las horas se escapan,
este dolor, en silencio,
voy sacando de mi alma.

Siento llegar los recuerdos
de aquellas horas lejanas,
y observo como la vela
va consumiendo su llama.

Esta lejanía
con dolor de hierro,
es tanta agonía
que a veces no puedo.
Y vuelve cada día
y duele en silencio
esta lejanía
por donde me muero.

Estos sonidos que arranco
de esta alma mía que clama,
son los sonidos que siempre
los hombres cantan y canta.

Y son los ecos de la vida
que nacieron con el alba,
gritaron durante el día
y con la noche se apaga.

Esta lejanía
con dolor de hierro,
es tanta agonía
que a veces no puedo.
Y vuelve cada día
y duele en silencio
esta lejanía
por donde me muero.

La fragancia eterna
29 de septiembre 2020 -198
LA TORMENTA
Ellos, que están acostumbrados a sacarle partido a todo, porque la necesidad y carencia de las cosas, les obliga, una senda tallada por la ladera y surcando el monte y una noche de tormenta y a la noche en sí, cerrada en lluvia ¿para qué les puede servir y ya bien entrada la primavera?

Porque ellos regresaban con sus burros y venían contentos cuando, al atravesar la llanura y antes de caer por donde el camino sólo es piedra, el

sol se les oculta y de oscuridad la noche se les llena y al instante se cubre el cielo de nubes y al poco, la lluvia empieza y aunque tienen necesidad de llegar a su hogar, buscan y se acurrucan en la cueva y al poco cruje la tormenta y empieza a llover y ya no para en toda la noche, de oírse los chorros saltando por las piedras y como no pueden dormir porque el frío y la lluvia y el miedo no les deja, uno dice:
- ¡ Y mañana íbamos a ir a recoger, del "piazo", las cerezas!
Y brillan los relámpagos y la lluvia sin parar tamborilea en los charcos que se estancan por un lado y otro de la cueva y los dos acurrucados entre sí y con sus pensamientos puesto en los suyos, dentro del cortijo y en los animales y las tierras y ya amanece y con la luz del nuevo día, como si fuera un sueño, se abre la tormenta y al poco sale el sol y al bajar ellos por la ladera, en las tierras que conocen y están repletas de hierba, ven a sus cabras pastando y aunque no quieren, por los ojos se les cuela el día nuevo tan repleto de primavera y por esto, de otra vez, uno dice:
- Tendremos que ir hasta el piazo y en un abrir y cerrar de ojos, recogemos las cerezas.
Y el que le da compañía responde:
- Los caminos y las tormentas, claro que para nosotros también son útiles pero cada cosa a su tiempo y no invierno cuando debe ser ya la primavera.

30 de septiembre 2020 -199

EL GRITO

Eran las doce en punto de la noche. Todo el campus estaba solitario y el silencio era total. Ni siquiera el ulular del cárabo, mochuelo o autillo, se oía. Hace tiempo que también han desaparecido de aquí estas aves nocturnas. En silencio se fueron yendo como se han ido y se van cada día las personas conocidas. Como se ha ido el verano ya y, una vez más, el otoño llega. Justo a esta hora de la noche, se ve la luna muy brillante como jugando al esconder por entre las nubes que en el cielo hay. Anunciando estas nubes, la brillante luna y el silencio contenido, que el otoño ya está aquí.Que las temperaturas van a comenzar a bajar y que las tormentas pueden aparecer en cualquier momento. Siempre el otoño trae muchas nubes, tormentas, olor a tierra mojada y alfombras de hojas muertas boja los árboles.

Eran las doce en punto de la noche y, en su cama junto al acebo bajo la ventana, iba cogiendo el sueño. Rodeado y abrazado por el ambiente que he descrito y ocupada un poco su mente en los recuerdos. Tenía una hoja de su ventana abierta hasta la mitad para que se renovara el aire en la habitación y para percibir también el aroma que por las noches el otoño empieza a regalar.Y, después de un rato repasando en su mente los recuerdos de las personas que por estos días ya no estány, en la lejanía las adivina envejeciendo, decidió dejar todo en silencio y que el sueño lo Abrazara. No tardó en sentir soñolenciapero, de pronto, el grito lo sobresaltó. Venía del lado de arriba del campus y resonaba con fuerza y lastimero. Enseguida adivinó que la persona que gritaba era una chica joven. El sonido era muy agudo y tenía cierto matiz aterciopelado. "¿Quién podrá ser y a estas horas?" Y a punto estuvo de levantarse y mirar por la ventana. No lo hizo. Esperó atento y, al minuto exacto, se repitió el grito. Y ahora comprobó que la persona de voz aguda y algo dulce, llamaba a alguien. Hasta sus oídos llegó

un sonido de una palabra: “¡Onteeeerrrr!” Se repitió dos veces esta llamada, se oyeron sollozos entrecortado y pasos rápidos. De nuevo se sintió la necesidad de levantarse y mirar por la ventana. Tenía claro que una chica joven, corría solitaria en la oscuridad de la noche, asustada y pidiendo ayuda.

Y al sentir portercera vez el agudo grito llamando a alguien entre sollozos entrecortados y pasos acelerados, saltó de la cama. Se acercó a la ventana y miró. Justo en este momento la persona que corría desesperada calle abajo, se tapó con la esquina del edificio. No puedo verla pero si seguía sintiendo sus sollozos, pasos acelerados y la llamada desesperada: “¡Onteeerrr!” Miró su reloj y vio que eran las doce en punto de la noche.Todo estaba en silencio, las luces del campo derramaban sus reflejos en la calle asfaltada y los pasos y el eco de los sollozos lastimeros, se alejaban cada vez más sin dejar de pedir ayuda.

La fragancia eterna
31 de septiembre 2020 -200
HIERBA FRESCA
La presencia del pastor reluce llenando la llanura que precede al pantano y por entre y encima de las ruinas de las casas que, hermosas y en otros tiempos, llenaron la tierra.

Y va por donde tanto fueron las praderas repletas de perfume fresco, llevando casi de la mano a sus ovejas y al final de la cañada, donde se amontonan las coscojas espesas, tres de ellas se enredan y al verlas, el joven se acerca y va a sacarlas y como no puede porque por entre las ramas, las retiene como una extraña fuerza, pide ayuda al padre y cuando al poco éste logra liberarlas, el hijo le pregunta:
- ¿Señal de qué misterio es el símbolo de este mañana?

Y de inmediato, el padre no responde a sus palabras pero cuando pasa un rato dice:
- La fuerza y la transformación real vendrá del corazón.
- Y eso, padre ¿cómo se amasa?
Y el padre sigue caminando mientras sus ovejas llenan la pradera y la fresca hierba de la cañada y siente y siente, sin que acierte a explicarse, que en el escenario de la gran sierra, será donde se desarrolle y genere la última de las batallas y por eso palpa que por entre las ruinas y más allá del profundo tiempo, la belleza limpia y verdad sincera, reluce clara.

1 de octubre 2020 -201
LA JARA Y LA CARRASCA
Por la noche había llovido un poco. Era otoño y la tierra olía a humedad. Ya las temperaturas habían bajado mucho y los cielos se cubrían con densas y muy variadas nubes.Por el horizonte, comenzaba a elevarse el sol y los paisajes, a loancho y largo, se veían cada vez más limpios y verdes. Solo algunos pajarillos revoloteaban por entre la vegetación y, de vez en cuando, lanzaban algún entrecortado trino.

Lo vi sentado sobre una redonda piedra de granito en lo más alto de la loma. Como otras veces, permanecía en silencio mirando las luces del nuevo día y recogido en sí, como meditando.Me acerqué a él y le pregunté:
- ¿Por quién rezas hoy?
- Hoy y siempre, rezo y rezaré, por el grupo de personas que un día conocí y cada día más, siento que envejecen lejos, muy lejos de mí. Ni siquiera ellas saben que las mantengo vivas en mi corazón pero no me importa. Lo sabe el cieloy esto me conforta.
- ¿Y en qué meditas mientras rezas?
- En este trozo de tierra y la vegetación que tengo a unos metros delante.
- ¿Qué hay aquí?
- Hace mucho tiempo,una primavera, por aquí brotaron muchas plantas.Jaguarzos, jaras, lentiscos, cornicabras, retamas, carrascas… Me gustó a mí mucho aquello porque comprendí que la vida brotaba con fuerza llenando de armonía y serenidad estos lugares. Por eso, desde aquellos días vine por aquí muchas veces sólo con la idea de ver crecer la vegetación que vi brotar. Y me fui dando cuenta de algo muy curioso: Entre tantos tallos nuevos que por aquí emergían del suelo, dos de ellos, crecían con mucha más fuerza y robustez.Tanto, que en dos o tres primaveras, alcanzaron casi tres metros. Una de estas plantas era una jara y la otra una carrasca. Observando estas matas y viendo lo que sucedía, una vez y otra me he preguntado y me pregunto ¿porqué ocurría y ocurre esto?Estandoen la misma tierra, recibiendo el mismo aire, sol y lluvia ¿por qué sólo dos tallos destacaban y destacan poderosamente entre todos los demás?¿Por qué sobresalían y sobresalen dominando con tanta prepotencia?¿Por qué les roban el alimento a las otras plantas y se apoderan del aire, sol y lluvia de esta manera? Me he hecho estas preguntas muchas veces y esto es lo que ahora mismo también estoy reflexionando mientras observo y rezo.

Terminó de exponerme su reflexión y yo dejé que pasara unos segundos. Luego, de nuevo le pregunté:
- ¿Y a qué conclusión llegaste o has llegado?
- A veces pienso que estos tallos sobresaliendo por entre todos los demás con tanta prepotencia, son como el símbolo de lo que ocurre en la sociedad entre las personas. Destacan y se ven más robustos y singularesporque han robado, se han apoderado delo que las otras plantas necesitan para vivir.Igual que en la vida real sucede entre los humanos. ¿Entiende?
Y le dije que sí, que algo podía entender.Luego me alejé del lugar dejándolo en su meditación y, mientras me iba alejando, reflexioné también con poco en lo compleja que es la vida en este suelo, en especial, entre las personas.

La fragancia eterna
2 de octubre 2020 -202
MORIR DE HAMBRE
Amaneció el día frío y como en el humilde cortijo de abajo, las dos hermanas menores y el hermano mediano se morían de hambre y estaban solos con su tristeza, la madre me dijo:
- Acércate y les pides que se vengan y que esta mañana desayunen con nosotros, en la casa nuestra y al calor de la lumbre.

Y al instante salgo del cortijo, recorro la vereda y al llegar y ver a la hermana mayor, le digo:
- Que te vengas a nuestra casa y también tus hermanos porque madre ya ha puesto la mesa y quiere que hoy comáis con nosotros las migas y la leche que ya tiene preparadas.
Y la hermana mediana:
- ¿Pero mañana y pasado?
Y yo, animando:
- Lo que después venga, déjalo con su cuidado porque lo inmediato es que esta mañana tengáis un tazón de leche calentica y un rincón donde estar acurrucados.

Y la hermana, con la pequeña y el hermano, se vienen a la casa y mientras ya están frente a la lumbre comiendo lo que la madre les ha preparado, un poco juegan y otro poco lloran y otro poco esperan porque fuera, el campo está mojado y hoy falta la presencia del padre bueno que al cielo ha volado y por eso la madre reparte el alimento al tiempo que los besa y dice:
- Lo poco que nosotros tengamos, tú no te preocupes hija mía, que está en vuestras manos y si mañana tenemos que morirnos todos de hambre, nos morimos pero abrazados y al calor de esta lumbre y en el amor de los hermanos.

Y miro a la hermana mediana y luego a la pequeña y como con tanto entusiasmo comen pegadas a la madre, el alimento que hoy les regalan los amigos, el corazón se me llena de gozo a la vez que un poco de pena por el cuadro y la luz que brilla por las caras de ellas.

3 de octubre 2020 -203

4 de octubre 2020 -204
5 de octubre 2020 -205
6 de octubre 2020 -206
7 de octubre 2020 -207
8 de octubre 2020 -208
9 de octubre 2020 -209
10 de octubre 2020 -210
11 de octubre 2020 -211
12 de octubre 2020 -212
13 de octubre 2020 -213
14 de octubre 2020 -214
15 de octubre 2020 -215
16 de octubre 2020 -216
17 de octubre 2020 -217
18 de octubre 2020 -218

Índice:

EL ÚLTIMO CAPÍTULO
EN EL LIBRO DE LO ETERNO

A lo largo del tiempo de la pandemia,he ido escribiendo un mensaje para ti, para otros, para todosen este mundo en elpasado, presentes y futuro. Aquí te dejo este mensaje para que puedas comprobarlo que he visto, sentido y espero. En una colección de relatos cortos, 450 palabras cada uno, escritos en la etapa del covid19, he dejado escrito el mensaje que estoy diciendo// ¿En qué región del universo, delmás allá, de la eternidad,se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo?

17 de marzo 2020 -1
MI REFLEXIÓN
18 de marzo 2020 -2
HUYENDO DE LA ...
19 de marzo 2020 -3
LA CASA DEL AMIGO
20 de marzo 2020 -4
BUSCANDO AIRE LIMPIO
21 de marzo 2020 -5
LA CARTA
22 de marzo 2020 -6
PROTÉGENOS DIOS
23 de marzo 2020 -7
LA TARDE DE ESTE DÍA
24 de marzo 2020 -8
CAMINANDO HACIA…
25 de marzo 2020 -9
EL POEMA
26 de marzo 2020 -10
¿QUÉ PARTE DEL ...
27 de marzo 2020 -11
28 de marzo 2020 -12
DESDE DONDE VIVO
29 de marzo 2020 -13
DESDE LA BELLEZA
30 de marzo 2020 -14
ESTA NOCHE
31 de abril 2020 -15
SEGUNDA CARTA
1 de abril 2020 -16
PALABRAS DEL MENSAJERO
2 de abril 2020 -17
LA LLUVIA
3 de abril 2020 -18
4 de abril 2020 -19
BAJO LA ENCINA
5 de abril 2020 -20

La fragancia eterna
Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:
- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera ¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

La fragancia eterna
Una llanura, la corriente clara del río que la rodea y cuando ya la tarde va cayendo, las ovejas esturreadas y pastando en la fina hierba mientras, con la monotonía del agua que pasa, el tiempo que golpea y ellos subiendo desde las tres matas de carrascas que, junto al peñasco, cubre la tierra y la niña que, al coger su palo largo de fresno, dice:
- Pues si no nos damos prisa, cuando lleguemos a la asperilla de las adelfas, la noche se nos habrá echado encima y con tanta oscuridad y sin teas, ¿cómo pasamos?

Y algo más arriba, por donde enredada sube la senda, cantan las perdices y como ya está avanzada la primavera, el hermano expone:
- Quizá entre esas piedras encontremos el nido lleno de huevos y me gustaría para que vieras.

Y como el padre lleva al burro del cabestro, camina delante, lento y mira pero no habla aunque sí, la madre que acompaña, abre su boca y como quien contesta:

- Esta cruz que sobre los hombros traigo a cuestas, tendré que soltarla junto a las encinas porque pesa.

Y en el momento mágico que hasta parece que de silencio llena el barranco, de sus corazones mana la ilusión y con el rumor de la corriente, otra vez la palabra de la madre que consuela:
- En tus manos, Señor, están nuestras vidas. Gracias por tu amor y dígnate darnos hoy, un poco más de fuerzas.

La fragancia eterna
Ellos, que están acostumbrados a sacarle partido a todo, porque la necesidad y carencia de las cosas, les obliga, una senda tallada por la ladera y surcando el monte y una noche de tormenta y a la noche en sí, cerrada en lluvia ¿para qué les puede servir y ya bien entrada la primavera?

Porque ellos regresaban con sus burros y venían contentos cuando, al atravesar la llanura y antes de caer por donde el camino sólo es piedra, el sol se les oculta y de oscuridad la noche se les llena y al instante se cubre el cielo de nubes y al poco, la lluvia empieza y aunque tienen necesidad de llegar a su hogar, buscan y se acurrucan en la cueva y al poco cruje la tormenta y empieza a llover y ya no para en toda la noche, de oírse los chorros saltando por las piedras y como no pueden dormir porque el frío y la lluvia y el miedo no les deja, uno dice:
- ¡ Y mañana íbamos a ir a recoger, del “piazo”, las cerezas!

Y brillan los relámpagos y la lluvia sin parar tamborilea en los charcos que se estancan por un lado y otro de la cueva y los dos acurrucados entre sí y con sus pensamientos puesto en los suyos, dentro del cortijo y en los animales y las tierras y ya amanece y con la luz del nuevo día, como si fuera un sueño, se abre la tormenta y al poco sale el sol y al bajar ellos por la ladera, en las tierras que conocen y están repletas de hierba, ven a sus cabras pastando y aunque no quieren, por los ojos se les cuela el día nuevo tan repleto de primavera y por esto, de otra vez, uno dice:
- Tendremos que ir hasta el piazo y en un abrir y cerrar de ojos, recogemos las cerezas.
Y el que le da compañía responde:
- Los caminos y las tormentas, claro que para nosotros también son útiles pero cada cosa a su tiempo y no invierno cuando debe ser ya la primavera.

Remontamos el puntalillo que se enfrenta a El Chorreón y se ve el pantano. ¡Precioso! Nos queda casi a nuestros pies y la cascada más al frente cayendo. Muy bonita y en un día como el de hoy. Este año sí tiene agua. Bajamos un poquito el puntalillo hacia el borde de las aguas y es justo cuando nos queda frente, la preciosa cascada con sus chorros abiertos en forma de nubes que se esfumaran por el cielo. El remanso nos queda al alcance de las manos y las ruinas del viejo cortijo, al frente remontadas sobre la roca que le servía de fortaleza. El rincón es de ensueño. Visto desde aquí, es fantasía que por un momento se ha posado sobre la tierra a descansar y se prepara para remontar e irse hacia lo intangible.

La fragancia eterna
La presencia del pastor reluce llenando la llanura que precede al pantano y por entre y encina de las ruinas de las casas que, hermosas y en otros tiempos, llenaron la tierra.

Y va por donde tanto fueron las praderas repletas de perfume fresco, llevando casi de la mano a sus ovejas y al final de la cañada, donde se amontonan las coscojas espesas, tres de ellas se enredan y al verlas, el joven se acerca y va a sacarlas y como no puede porque por entre las ramas, las retiene como una extraña fuerza, pide ayuda al padre y cuando al poco éste logra liberarlas, el hijo le pregunta:
- ¿Señal de qué misterio es el símbolo de este mañana?

Y de inmediato, el padre no responde a sus palabras pero cuando pasa un rato dice:
- La fuerza y la transformación real vendrá del corazón.
- Y eso, padre ¿cómo se amasa?
Y el padre sigue caminando mientras sus ovejas llenan la pradera y la fresca hierba de la cañada y siente y siente, sin que acierte a explicarse, que en el escenario de la gran sierra, será donde se desarrolle y genere la última de las batallas y por eso palpa que por entre las ruinas y más allá del profundo tiempo, la belleza limpia y verdad sincera, reluce clara.

Y frente a la imagen de un fragmento de tu rostro, mi alma siente la necesidad de darte las gracias por regalo tan grande que me das y no merezco y porque Tú, Dio mío, eres así de grande y bueno, que me das y me vas quitando para que vaya aprendiendo que el viento que respiro y el agua que me refresca y bebo, es puro amor para conmigo que voy caminando por los caminos de este suelo.

La fragancia eterna
En el silencio profundo de la noche clara que camina de puntilla sobre la luz de las estrellas que titilan y el frío hielo de la escarcha, yo pregunto al padre:
- ¿Y de dónde crees tú que mana la quietud dulce que por el sueño, la sombra de la noche, exhala?
Y padre, caminando con sus ovejas por las viejas sendas que avanzan por el valle leve del río que a la sierra raja:
- La suave esencia que a la noche empapa hasta lo más hondo del corazón y rotundo besa al alma, fluye del amor de Dios que en silencio ama.

Y en la noche de rumor de agua que atravesando el corazón del invierno frío y los cristales del hielo que sobre la hierba brilla al llegar el alba, sólo se oye el leve aleteo o respirar de la luz de la luna cayendo por las piedras blancas que cuelgan por la ladera y de vez en cuando, el canto del cárabo, la espesa emoción del corazón que calla y el titilar de las estrellas que mudas besan a la hierba que se hace escarcha.

Y si pregunto otra vez a padre, me dice, todo en calma:
- En la noche que se abre y ahora, cual rosa gigante que va desde la rosada tarde hasta la reluciente alba, es Dios que amoroso y lleno de esencia de

mejorana, da la vida y besa contagiando consuelo y estrecha con el abrazo de la esperanza.

La fragancia eterna
Cuando ya el sol brilla casi en la mitad del cielo, entramos por las calles del pequeño pueblo y como la mañana y al momento se le siente suspendido esperando su llegada, en la puerta la madre lo saluda y lo besa y luego nos vamos al huerto que es donde ella anda trabajando y durante un rato más, regamos las tierras con el agua fresca y clara que viene de la fuente y ya que medio me he empapado, en unión del suelo, del perfume sobre el que ellos tienen montados sus sueños y sus luchas, rincón humilde pero grandioso de los hermanos buenos, regreso.

Surco el valle que lleva al reino de las tierras profundas que son llanuras por las soledades de los pinos gruesos y las rocas que como granadas se abren y remonto a la vertiente por donde surgen los veneros del río blanco y en cuanto ya estoy otra vez en el reino del silencio que atraviesa la corriente clara, rozando las paredes de las cuatro casas y por eso es espejo de ellos plenos y de las ovejas que en la riveras pacen y las gallinas y los perros, nos ponemos en camino y en el otro rincón sereno que se recoge entre las blancas casas del pueblo bello y tiembla al borde del río que salta alegre y corre en su empeño, ya tenemos lo que el pastor tanto sueña y anuncia desde lo más sincero:
- He aquí las mesas preparadas y el cordero asado y el aire, ya lo están notando: oliendo a gloria bendita y a salsa de tomillo y romero, así que a sentarse y comer que hoy soy yo el que quiere y quiero tener el gusto de invitarles.

Y ahora recuerdo, como recuerdo tantos otros muchos momentos y sueños de estas sierras amadas, que aquel día fue más que grandioso, destello de fina sonrisa porque lo que más se celebraba allí era el sincero encuentro de un grupo de hermanos serranos que ofrecían, como en tantos otros momentos, lo mejor de su trabajo junto con lo más puro de sus corazones, a otro grupo de amigos que venían de fuera para que comprendieran y se empaparan algo más, del calor que mana de esta tierra junto con el amor que llevan dentro, las personas que las pueblan en los momentos de mañanas calladas y de las horas inciertas de primaveras preñadas.

Y luego, la excursión que no fue tal y el encuentro que sí fue sincero, alrededor del plato exquisito y adornado con esmero, con el día se fue terminando pero como todas las cosas limpias que tocan y vienen de ellos, quedó temblando en la luz de las montañas excelsas que rodean al río al nacer y en los cientos de tallos de la hierba que pisan y no pisan y el azul del cielo, abrazados con sus corazones en la transparencia inmaculada que les hace eternidad en forma de dulzor inmenso.

Y claro que aquello no fue sólo una comida para alimentar al cuerpo, sino también un gran banquete que sació a la inmortal alma con la

fragancia de un beso y de aquí que cuando ya regresaba, me dije, para mí sólo y desde la caricia del viento:

La fragancia eterna

En la mañana fría de este mes de enero y cuando la nieve cubre blanca la cresta de los cerros, me arde la llama de aquel dulce momento que se abrió y se hizo eternidad por las laderas que son romeros.

Venía la senda toda en su luz cayendo desde el cortijo del puntal dorado y por ella, la hermana, la madre y la abuela, bajaban con su sueño y padre iba con sus ovejas hacia el lado de la cumbre que es guía del lucero y el hermano mediano también con su ilusión y su blanco perro, venía como jugando a un abrazo de cristal y viento y en este transparente y puro juego, llegó al borde del charco, cerca del copioso venero.

Y al instante se agacha y bebe y le dice a su perro:

- Acércate tú también y bebe que esta agua sabe a miel y a caramelo.

Y su perro bebe y mientras el hermano pequeño busca una piedra por el lado que besa el sol del crudo invierno y se sienta frente a las aguas que son espejo de Ti, de la eternidad y del azul del cielo y está él todo gozosamente pleno mirando a las aguas que chorrean limpias cuando ve que su perro bebe y no para y ve que por el ramal derecho, llega la hermana, la madre y la abuela y al instante le dan su beso.

Y como la princesa aquella, estaba rebosante de tu amor sano y de la presencia de lo que al corazón llena por dentro, la hermana pequeña dijo, sin querer y queriendo:

- Contigo, esta agua miel y con tu perro, me voy a quedar porque a tu lado ¡qué bien me siento!

Y cuando ya, de aquel cuadro tan sencillo pero de sinceridad bien lleno, ha pasado tanto tiempo, en esta mañana fría de este gris invierno, estoy aquí y sigo allí presente junto a las aguas del gran venero y al mirarlo desde la distancia y el calor que da el recuerdo, frente a la eternidad que me regalaste, me siento con mis brazos abiertos y recogiendo desde la mañana que brota por el cerro hasta lo más íntimo de mi corazón y abrazo emocionado a la hermana dulce, a la madre reina, a la abuela incienso, a las aguas miel y a los paisajes y a mi perro.

Y aquel día, ahora mismo, en mi pecho me arde en llamas que brotan del dulce momento donde Tú estabas y estás dando la vida para que, además de glorioso, sea eterno.

La fragancia eterna

Por algún lugar de estas sierras, quizá no lejos de este rincón, ocurrió y fue así. La niña subía desde la fuente clara siguiendo la senda. El hermano bajaba por la senda hacia la fuente clara. Por las tierras de la cañada pastaban las ovejas y en la casa la madre, como la reina más reina de todas las reinas del mundo. Y la niña mientras subía por la senda venía cantando la siguiente canción:

El almez que conozco
ya tiene sus hojas
teñidas de oro,
por el suelo ruedan
llenas de otoño
y con el rocío de la noche
sobre sus hombros.

La tormenta llegó desde el lado del sol de la mañana. Sobre las altas cumbres el cielo se oscureció. Las nubes densas cubrieron las crestas y el barranco por donde el cortijo se llenó de penumbra. La niña subía desde la fuente clara y al encontrarse con el hermano se paró y le dijo:
- Me da miedo esa nube tan negra que por las cumbres se acerca.
Le contestó el hermano:
- Las tormentas son hermanas de estas sierras. Es bueno que derramen sus aguas aunque den tanto miedo que asusten a una niña como tú. Pero las tormentas son como el palpitar de las montañas.
Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando sobre la cumbre de la derecha se vio caer un río de fuego. Como una lengua fina y alargada que se clavó en la misma cresta de la cumbre. Enseguida estalló el trueno y la niña se refugió entre los brazos del hermano. Otra lengua de fuego se desgajó por el lado del sol de la tarde y el trueno se mezcló con el primero. La niña se apretó más contra el hermano y asustada dijo:
- Ya te he dicho que me da miedo esta nube tan negra.
Las ovejas seguían pastando por la cañada y la fuente manando su agua cerca de donde el almez con las hojas teñidas de oro.

La fragancia eterna
- ¿Y aquel otro día de la cañada verde?
- ¿Te refieres al de las nubes blancas y el cielo azul intenso?
- Al del chorrillo de agua cayendo al tornajo de las algas verdes.
- ¿Y qué le pasaba a ese día?
- ¿No viste tú la figura que se recortó sobre el horizonte seguida de un perro pastor?
- Vi yo esa figura y sé de quién era. Algo más abajo pastaban las ovejas al placer de la fina hierba y al cariño de los corderillos recién nacidos. Por allí mismo corría el arroyo de los avellanos y las nogueras ya se vestían con sus nuevas hojas. Bajó el pastor, siguiendo la senda de la loma áspera. Andaba cabizbajo pero con su frente alta y como ya caía la tarde el sol dorado lo teñía de una muy hermosa luz especial.

Visto desde la cañada y recortado en el horizonte azul ¿Verdad que parecía un sueño?
- Es lo que quería decirte. Más que sueño parecía un misterio que irradiaba mucha belleza. ¿A dónde iba?
- Ya te lo he dicho: bajaba desde las partes altas y buscaba a sus ovejas que pastaban por la cañada. Y era cierto: en la rotundidad de aquel solitario campo, la loma alargada y el azul del cielo de fondo, parecía mucho más de lo que en realidad era. Y su silencio, su preñado y triste silencio, aun lo revestía de más belleza y misterio.

La fragancia eterna

Antes de que la senda llegue al valle por donde corre el río pasa por una llanura. Es tan bonita la tierra de esa llanura que ahí crece verde la hierba durante todo el año. El bosque es espeso como una sementera y la senda se mete por ahí como si trazara un juego. Por algunas partes lo árboles arropan tanto que ni el cielo se ve. Pero lo verdaderamente bonito es cuando la senda llega al final del puntal. Un filo rocoso donde hay un espacio llano que casi cuelga en el vacío. Es como un balcón sostenido en el aire y detenido justo frente a lo más bonito del paisaje.

Porque desde ese balcón lo que más y mejor se ve es precisamente la loma de las viejas encinas. Una loma no muy grande que sube desde el collado y por la cara que da al sol de la tarde va la senda. Desde el balcón se le ve saltando de un arroyuelo a otro y cada vez que llega a un puntalete, descansa. Como si ahí mismo ya fuera a terminar su recorrido y por eso casi se difumina por la tierra del pequeño poyo. Pero la senda sigue y mientras remonta al collado del centro se pega a la huerta de los pastores y a los álamos del arroyo. Una preciosidad de paisaje el que desde el balcón se ve y una emoción sin igual la que se siente al contemplarlo.

La fragancia eterna

Al llegar veo a la cuadrilla trabajando en la tierra. Me uno a ellos y a las dos horas terminamos la faena. Bajamos por la senda y en el llano está el anciano sentado y junto a él la fuente. La cuadrilla se acerca y al quedarme atrás leyendo en mi Biblia vieja oigo y veo que discuten. Uno dice:

- En los tiempos que estamos este baño de luz y gozo es necesario para seguir firme en la verdad.

Me aparto a un lado y al rato de estar leyendo veo que se levanta y se retira de la fuente. Se va por el camino que lleva al llano y me uno a él porque siento que pertenezco a su raza y fuerza. A unos doscientos metros tres se paran, me abrazan y dicen:

- No has bebido agua de la fuente de los tiempos y por eso careces de la energía que te permite ser de la generación nueva. Si quieres te apuntamos en el corazón y así te renuevas para seguir en nuestra compañía y como uno de nosotros.

Me aparto de ellos. Sigo leyendo en mi Biblia vieja mientras me digo que mi corazón siempre será libre y estará limpio. Con la misma pureza y frescura que Dios me dio cuando nací aunque sea el raro en los nuevos tiempos. Aunque tenga que vivir en la soledad para no contagiarme de la masa.

La fragancia eterna

- ¿Y eso del misterio qué es?
- Te debo decir que lo soñé la otra noche. Un sueño raro que ni siquiera sé en qué realidad puede encajar pero yo estuve allí y hasta sentí el miedo.
- ¿Te viste en el campo?

- Me vi en una de las laderas de estas montañas y, como tantas otras veces, subí por ella hacia las cumbres. Recorría la vieja senda pero no en solitario como también muchas veces sino acompañado. Subía detrás de mí un monstruo de hierro que era como una gigantesca máquina de tren. Detrás arrastraba a un verdadero tren y guiando esta máquina iba un amigo mío. No lo conocía pero sabía que era amigo y lo que más me extrañaba era que de vez en cuando se bajaba, se ponía delante y se echaba a andar. La máquina lo seguía como si fuera un perro domesticado. A una indicación suya el monstruo se paraba, subía más a prisa o escalaban más lento. Según la indicación que mi amigo le diera.

Pregunté a mi amigo qué significaba tal monstruo en estas sierras y me dijo que ahora son otros tiempos. Que los paisajes de estas montañas no son para tenerlos en conserva. Que hay que modernizarse y no estar toda la vida recorriendo sendas sobre lomos de burros o mulos. ¿En tiendes tú?
- Tendré que meditarlo pero creo que tu sueño no tiene sentido.
- Mis ojos lo vieron y mi alma lo gustó. Aunque, como tú, no sé a qué realidad pertenece.

otros relatos, Edén 5

SINFONIA DE LAS
CASCADAS

La Escaleruela es una cascada, un arroyo, una cumbre pero sobre todo es un torrente que se despeña desde lo más alto de la cuerda del Pico Gilillo. Desciende y viene formando curvas, peldaños de la escalera que desde lo más elevado se descuelga ladera abajo en busca de la llanura. También es una vereda que sube por la empinada pendiente en busca de la cumbre.

Pues aquel día subimos por el tramo de vereda, casi escalera y a la una y media de la tarde estábamos encerrados en el gran circo donde caen las tres cascadas. Hacia el poniente, toda la ladera norte, aún está vestida de blanco. La nevada ha sido bastante grande y aunque hace ya dos semanas que luce el sol la nieve no se ha derretido del todo. Poco a poco ahora se está deshaciendo y por eso las cascadas caen llenas. Son tres y forman un gran semicírculo chorreando desde el gigantesco paredón rocoso. Se despeñan en picado desde una altura de más de cien metros y en lo hondo ya se va formando el río que algo más abajo atraviesa el pueblo de Cazorla. Pero esta mañana, donde se juntan las cascadas, aún la nieve se amontona espesa y blanca. La corriente se abre paso y sigue cayendo por la otra cascada, la grande.

El camino que trae hasta este magnífico rincón no lo suben más de diez personas al año y de esto nos alegramos. Cerca de este lugar se alza el pueblo de Cazorla y la Iruela y tanto el otro día como hoy, por la carretera que va a media ladera hacia el Chorro, subían y suben enjambres de coches. Todos vienen atraídos por el encanto de estas cascadas pero como la senda es difícil y, además, andan muy oculta entre rocas y monte, hasta aquí sólo hemos subido no más de cuatro personas y así está de limpio y bello el

lugar. Sólo silencio cortado por la música del agua despeñándose, cuatro cabras monteses que por fin sí las he visto, algunos buitres leonados en las repisas de los acantilados, rastros de jabalíes, pajarillos y paz.

Los arroyos que alimentan estas cascadas son tres; uno nace en la misma cumbre del Pico Escribano. Allá en la altura, la nieve se derrite y el agua va formando pequeños arroyos subterráneos que vienen a salir bajo una roca, entre arrayanes, al borde mismo de la cascada. El segundo arroyo recoge agua de las cumbres del Puerto del Tejo y éste, ahora mismo, cae mitad por la cascada de en medio y mitad por el agujero que hay en el centro del paredón rocoso. Hoy sale lleno y limpio y este manantial es el que se llama Fuente del Tejo. El tercer arroyo viene formando su cuenca desde el Valle del Sinclinal desmantelado y el Puerto del Tejo; desde la cumbre no baja uno solo sino varios que luego van juntándose y cuando llegan a caer por la cascada ya traen mucha agua. Por eso éste es el cauce más largo y el de la cascada más espectacular.

Y precisamente esta cascada, observándola desde un punto concreto a una hora exacta de la tarde a mediado del mes de febrero ofrece un espectáculo extraordinario, bello y espectacular. Hoy nosotros lo hemos gozado atónitos, casi sin poderlo creer porque es sinceramente una verdad rotunda que convence por encima de todo. Ojalá que durante muchos años más a nadie se le ocurra trazar sendas para que los turistas vengan a este rincón.

Porque, además, este rincón está lleno de otra magnifica belleza: su vegetación. Barranco orientado al norte, con laderas inclinadas y fuerte farallones calizos donde la lluvia es muy abundante y en consecuencia, la flora muy rica. Boj, especie calcícula con necesidades de agua abundante y que tapiza toda la ladera desde lo más alto hasta lo hondo. Helechos, zarzas, escaramujos, comunidad densa e intrincada por donde se desarrollan las liabas con sus madreselvas, las clemátides y la nueza negra con los árboles más cerca del cauce, los fresnos y los sauces.

La sinfonía de las cascadas, la Escaleruela, no es nada más que un rincón orlado por las rocas de las cumbres, surcado de mil chorrillos que parecen descender de las mismas nubes, tapizado de no sé cuentas florecillas únicas, museo de rocas esculpidas por artista inexistentes y belleza sin límites. No es más bello porque en espacio tan reducido ya no cabe más belleza. Ojalá que mucho tiempo siga así.

LA ARDILLA Y LOS
DE LA CIUDAD

Y lo que vi no hace mucho fue así: Tardé un día entero en subir a la ladera para llegar a la cumbre; pero lo conseguí y me llené de gozo. Cayendo la tarde bajaba por la sendilla buscando el rincón por donde tenía el coche. Cuando ya estaba cerca, como todavía quedaban bastantes horas de sol, me paré a descansar y a llenar un poco más mi espíritu.

Miraba el camino y aunque los sentía no los había visto aún. Después descubrí que eran unos diez y tenían sus coches en la curva que hay antes de llegar al puerto. Pero cuando pasé por allí, ya habían terminado el espectáculo que ni siquiera sé cómo empezó. Yo sólo los sentí gritar y luego los veo gateando por los árboles. La ardilla saltaba ágil de una rama a otra y ellos la seguían. Tres por un lado, dos por otro y varios más, desde abajo gritaban. Se colgaban de una rama a otra, bajaban del árbol, subían hasta lo más alto del otro y todo su esfuerzo e interés estaba en cogerla.

Es un buen recuerdo de este parque.
¡Te lo imaginas, tío!
El todoterreno pasó frente a mí y aunque vieron el espectáculo y oyeron el escándalo ni se paró. Pero entonces, uno de aquel grupo, saltó por las rocas, se agarró al tronco del árbol, subió por él, por entre las ramas cogió los pies del que perseguía al animal, tiró de él hacia abajo y a empujones, logró apearlo del pino. Lo cogió del brazo, se lo llevó hacia el camino y le dijo:
Tu comportamiento es el de un irracional.
¿Por qué?
Este animal, que es hermoso, debe seguir libre en estos campos que es su mundo. No tienes ningún derecho ni a quitarle su libertad y menos a maltratarlo. Nosotros somos turistas y estamos de paso por aquí. Se entiende que por ser seres racionales somos más responsables y tenemos más sensibilidad que la ardilla que persigues. Demuéstralo y deja de dar voces reprimiendo tu salvajismo y respetando al menos al mismo nivel en que los otros seres vivos te respetan a ti.
Vi que el de la ardilla, agachó la cabeza. Dijo que lo entendía y se unió a los del grupo que subieron a los coches y se fueron.

POR EL NACIMIENTO
DEL RIO SEGURA

La tienda la hemos montado al borde mismo del agua, por la parte de arriba de la aldea y el cauce que por aquí corre es precisamente ese: El del Río Segura. Nace un poco más arriba y aunque es pleno verano, ya por aquí, por donde tenemos la tienda y la aldea existe, baja muy crecido. El agua de este río así como la de todos los ríos, arroyos y manantiales del Parque, siempre está fría. Y es que el agua que ahora en verano mana de estos campos, cuando desde las nubes en inviernos cae sobre ellos, casi siempre lo hace en forma de nieve. Si esto es así por las cumbres de este Parque, por aquí, por la Sierra de Segura y más aún por los Campos de Hernán Pelea, las nevadas son abundantes a lo largo de casi todo el invierno. Más de un ochenta por ciento de las aguas de este río, proviene de las nieves caídas en este gran altiplano.

Nosotros, esta noche, con nuestra tienda instalada al borde mimo del Río Segura, hemos tenido una experiencia singular: De un sólo tirón hemos dormido toda la noche. Ellos se han sorprendido y por eso les digo que es el aire, el silencio y sobre todo la música de la corriente, la que logra efectos tan naturales y limpios. De aquí que los que viven en esta aldea sean tan afortunados. Además de ser dueños y señores de silencios, cumbres,

manantiales y valles, poseen lo que todos los humanos sueñan: La corriente de un río limpio que les arrulle por la noche para que duerman.

Hoy nos hemos levantado temprano porque hemos proyectado ir hasta la cueva que hay por encima de Cañada Cruz; el pastor que vive en la aldea, nos acompañará. Mientras desayunamos de entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de Las Rocas. Al verlas recuerdo estas praderas y como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es una imagen dulce y bella, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar este lugar. Decido que hoy no puede ser porque ya el sol casi se oculta por las cumbres de la cordillera; pero me digo que tengo que ir a ver este rincón del Parque cualquier día de estos. Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las Praderas del Collado de Las Rocas. Ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras: Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia lo hondo del valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos.

EL HONDO GOZO DEL ALMA
-¿Tú no sientes como el alma
se llena de puro gozo
cuando en la tarde azul clara
de este comenzado otoño,
recorremos el camino
hacia el rincón querencioso?

- Siento yo como una llama
o como un temblor delicioso
que arde sin quemar nada,
pero arde en presuroso
placer que da la calma
del hondo gozo.
¿De dónde mana
este rescoldo
o dulce llamarada
que anuncia lo hermoso?

- Es Dios que pasa besando
en el viento silencioso.
- ¿Quizá ha plantado una tienda
por donde corre el arroyo?

- Tiene su jardín privado
por donde duerme el raposo
y dialoga con el alma
que por aquí tiene sus lloros
¿no sientes cómo arde
el corazón en su gozo
mientras va cayendo la tarde
de este bien granado otoño?

AQUELLA
ANCIANITA

Nos vamos de la llanura ordenándonos para seguir adelante según lo previsto y será quizá por el aire frío que nos da en el rostro, por el horizonte de lejana nevadas y cumbres redondas o la soledad tan llena de matices y vida, el caso es que nos viene al recuerdo la ancianita. Aquella querida ancianita nuestra del valle; la de la belleza de paisajes y reflejos puros de eternidad.

¿Viste como estaba curvada, arrugada en sí misma con su dolor por dentro pero con aquella paz, aquella armonía, aquella dulzura de arroyos claros?

Igual que vosotros la vi yo y, además, me di cuenta que se estaba muriendo sin un sólo lamento en su boca.

Es como si no le importara irse de este mundo o mejor, como si ya deseara irse para siempre porque tiene su tesoro y su felicidad en otro sitio. Pero deja que todo vaya al ritmo que está establecido. Es la gran lección que aprendió de los paisajes donde siempre ha vivido. Armonía y serenidad; no forzar jamás nada, no quejarse nunca de nada y tener siempre el espíritu lleno de gozo.

Pero ¿Viste qué bella era a pesar de sus años?

Es lo que menos puedo olvidar, su belleza con tantos años y tan rota por la vida.

¿Qué es lo que tendrá esta abuelita del valle que en muy pocas cosas se parece a las otras personas que conocemos?

Creo que ella es el resultado de un proyecto casi perfecto, para que muchos aprendamos la verdad única escondida en la lluvia, la nieve, el bosque, la brisa y el viento de estas sierras. Creo que ella nos demuestra la autenticidad de lo que nosotros intuimos y buscamos. Lo que ni está escrito en libros ni se aprende en colegios ni universidades.

¿Viste como estaba curvada y te diste cuenta como en nuestro corazón sigue siendo la mejor, la más sabia, la más rica?

DESDE LA CASA DE PINAR NEGRO

Tuve un sueño y en él Iba yo bajando el cerrillo por entre el rebaño que pastaba plácidamente y vi que la primavera, como había sido generosa, llenaba todo el campo con un hermoso tapiz verde. Vi también que uno de los animales, en el centro de la pradera, intentaba mover la tierra con sus pezuñas y entonces me acerqué. Vi que en el lugar había algo y seguí escarbando. Entonces descubrí una hermosa criadilla, trufa la llaman los expertos, que era como el huevo de una gallina. Luego encontré otra que era como una naranja y después varias más. Su forma era globosa, muy irregular

con un característico negro mate recorrido por profundas estrías blanquecinas.

Te escribo desde la casa de Pinar Negro, por los Campos de Hernán Pelea, rincón misteriosamente bello y también trozo del parque natural. Ahora mismo estamos sentados junto al fuego de la chimenea, frente a las ascuas donde se asan las setas de cardo y níscalos que hemos cogido por el montículo cerca de la llanura donde pastan las ovejas.

Los pastores de estas zonas conocen bien las setas de los campos. Anoche cuando llegamos uno de ellos estaba cenando precisamente eso: setas de cardo asadas en las ascuas de la lumbre. Nos invitó y te aseguro que nunca en mi vida he probado bocado más rico. Mientras compartíamos su comida y la nuestra nos propuso llevarnos por estos campos a buscar setas y esta mañana, toda ella la hemos pasado recorriendo praderas y cerrillos por las llanuras de esta planicie.

Los níscalos, una de las setas más ricas y apreciada por los pastores y habitantes de estas zonas crecen entre los pinos, bajos ellos y entre las hojas secas. Los que por aquí hay suelen ser grandes como sombreros, de color oro siempre y cuando crepitan sobre el fuego, en las ascuas de la lumbre, se te abre el apetito con tal fuerza que ni puedes esperar a que terminen de asarse. Impaciente los coges con los dedos y los pones sobre el pan, aún crepitando y desprendiendo vapor y aroma, lo aprisionas con otro trozo de pan y comienzas a comértelos. Es lo más rico, el bocado natural más delicioso que el Señor nos ha dado en esta tierra.
- Aquí las que más se dan son las de cardo que para mí son las mejores pero también están las de chopo, el níscalo o la negrilla.

Las setas de cardo que aún son mucha más ricas y bastante más apreciadas por las personas de estos lugares que los níscalos, no crecen por entre los pinos sino por las praderas, junto a las piedras y por donde pastan las ovejas. Su color es blanco con tonos negros por fuera y por dentro con laminillas gruesas y anaranjadas. Esta seta es mucho más agradable de comer que el níscalo y su buen sabor es extremo justo cuando está asada en las ascuas de leña de la sierra. Hay que dejarlas que se asen bien y ponerle mucha sal porque de este modo es como están buenas, buenas de verdad; como las preparan los pastores de estos campos. Mientras andábamos cogiéndolas nuestro amigo nos decía:

- Dicen que hay que salir equipados con ropa preferiblemente de algodón, pantalones de pana y botas camperas para evitar torceduras de tobillos. Como veis yo no necesito nada de esto. Hay que llevar siempre una cesta porque las bolsas de plástico resultan perjudiciales para la calidad de la seta. Dicen que hay algunas setas que cuando se cogen son aptas para el consumo y al meterlas durante un tiempo dentro del plástico se hacen incomestibles. Lo que sí es bueno llevar una navaja para cortarlas. No se debe arrancar jamás, sino cortarlas con la navaja ya que según algunos micólogos, en el tronco de la seta que queda en la tierra suelen permanecer esporas que permiten el nacimiento de nuevos ejemplares. Nunca se debe

comer una seta si no se está seguro de sus características. Tampoco se deben coger setas en zonas próximas a fábricas o carreteras porque su ingestión puede resultar peligrosa ya que absorben importante dosis de plomo y mercurio. Y la otra cosa es que jamás se debe arrancar o pisar una seta que no se vaya a comer o a aprovechar porque supone un destrozo inútil a un ser que cumple su función en la naturaleza.

Nosotros hoy hemos cogido muchas y aunque también somos varios para comer seguro que nos sobrarán. Y sino, nuestro amigo el pastor nos volverá a llevar a donde él sabe que crecen. Tú tendrías que estar aquí para que olieras, vieras y sintieras cuanto misterio limpio encierra esta humilde casa de pastores que parece estar perdida en la singular altiplanicie de los Campos de Hernán Pelea.

241- LA NIETA

Sin una ilusión en la vida,
sin amor en el corazón
y una meta definida,
todo es puro humo
y cenizas.
Necesita el alma de los sueños,
del gozo y la fantasía
para dar sentido a las cosas
y para llenar la vida
del maravilloso cielo
que en el Universo grita.
Vivir ilusionado
eleva y siempre ilumina.

Murió la madre de una enfermedad que nadie conocía y al poco, murió el padre. Tenía ella ocho años y la única familia que le quedaba era el anciano abuelo. Tenía él un pequeño taller de cerámica, en la Medina, dentro del recito amurallado de la Alhambra. Porque desde pequeño no había conocido otro oficio, trabajo con el que iba tirando malamente pero le daba lo suficiente para vivir. Cada tres o cuatro días, a pesar de sus años, iba a las montañas a buscar leña para el horno donde cocía las pequeñas piezas de cerámica. Y también acarreaba la tierra necesaria para amasarla y dar forma a los objetos que fabricaba.

Y cuando murieron los padres y la niña se quedó sin más compañía que el abuelo, éste le dijo una noche:
- Hija mía, yo estoy ya muy viejo pero mientras tenga una pizca de fuerza, a ti no te faltará un trozo de pan y un vestido que ponerte.
Y la nieta le preguntó:
- ¿Y me enseñarás las cosas que haces tú?
- Todo lo que yo sé te lo enseñaré para que un día puedas seguir el oficio y tener así para vivir.
- Aunque también me gustaría, cuando sea mayor, ser alguien importante, con mucho dinero y fama.
Y el abuelo le dijo, y luego le repitió durante mucho tiempo que:

- La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Mientras yo tenga fuerzas te daré todo lo que pueda. Y sí, hija mía, procura mantener siempre la ilusión viva en tu vida porque nada hay peor para las personas que hacer las cosas y vivir sin ilusión ninguna. La monotonía y la rutina, sin un sueño en el corazón, no es vida ni tiene sentido ninguno.
- Pero abuelo, tú nunca has sido rico a pesar de lo mucho que has trabajado en tu oficio.

Y el anciano, con palabras dulces, le decía a la nieta:
- No he tenido ni tengo dinero pero en mi corazón, nunca me ha faltado la ilusión. Y esto, te lo aseguro, es una gran fortuna. La mayor de todas las riquezas del mundo. Siempre hice, a lo largo de mi vida, aquello que me gustaba, con la ilusión cada día renovada y sin que nadie mandara sobre mí. Y por eso he sido libre y bueno con todos los que he conocido. Hice siempre las cosas ilusionado y de aquí que hora dé gracias al cielo por la gran fortuna que en mi alma tengo. Lo comparto contigo para que tengas conciencia y tu pequeño corazón, poco a poco se vaya enamorando de lo esencial.

Y un día de verano, antes de salir el sol, el abuelo se levantó. Dejó que la nieta durmiera un poco más mientras él le preparaba el desayuno. Luego, cuando ya el sol se alzaba por las cumbres de Sierra Nevada, los dos salían del recinto amurallado de la Alhambra. Caminaron despacio por la bonita senda que llevaba a las montañas y cuando ya estuvieron en el bosque, el abuelo dijo a la nieta:
- Yo voy a subir a lo más alto de este monte para recoger las ramas secas que vimos el otro día. Tú quédate aquí, por debajo de estas rocas y ve juntando lo que encuentres. No me alejaré mucho ni tardaré en volver. Y si me necesitas, me llamas.
Estuvo de acuerdo la pequeña y al poco, vio como el abuelo remontaba a la parte alta del cerro. Seguro de sí y confiado en que la niña sabía desenvolverse y hacer las cosas bien. Pero no había pasado media hora cuando el abuelo la sintió gritar.
- ¡Socorro, abuelo sálvame!
Asustado el hombre miró para el barranco y descubrió un gran movimiento en el monte y ramas de los árboles. Dejó lo que estaba haciendo, corrió ladera abajo en busca de la nieta y al poco la vio como huyendo por entre la vegetación para el lado de abajo. Gritaba y lo llamaba y el abuelo le decía:
- No temas que ya estoy aquí para salvarte.

Detrás de unas rocas, la niña se refugió y en estos momentos se oyeron los ladridos de unos perros. El abuelo se acercó a ella, la cogió enseguida y fuerte la abrazó contra si preguntando:
- ¿Qué te ha pasado, mi pequeña?
Quiso hablar la niña pero no le salían las palabras. Al final, cuando ya su corazón sintió la paz y fuerza que el abuelo le trasmitía con su abrazo, balbuceando dijo:
- He visto como un monstruo surgir de la espesura del monte y venía hacia mí para tragarme. Gracias por haberme salvado.
- Tranquila que ya verás como ningún monstruo te va a comer.

Y el anciano la abrazaba con la fuerza del más poderoso y a la vez dulce de las personas. Los perros que por entre la vegetación saltaban ladrando, aparecieron y al llamarlos el abuelo, se vinieron hacia ellos haciendo carantoñas.

Aparecieron enseguida dos hombres y al instante se oyó el tintineo de algunas campanillas metálicas. No tardaron en verse, por el lado de abajo, el rebaño de ovejas que subía río arriba. Uno de los pastores dijo al anciano:
- Hemos oído los gritos de la niña y veníamos a buscarla.
- Gracias por venir a salvarme.
Dijo ella y luego preguntó a los pastores:
- ¿De dónde venís y a dónde vais?
- Subimos de la Vega de Granada y vamos a las montañas, a las partes altas que cubren las nieves en invierno.
- ¿Y dónde vais a dormir esta noche?
- En ese collado que se ve al frente.
Miró la pequeña al abuelo y le preguntó:
- ¿Podemos quedarnos en estos montes y dormimos esta noche con estos amigos nuestros?
- Si tú quieres y ellos lo permite, podemos quedarnos.

Poco después, subían por la estrechas sendillas hacia el collado mientras iban viendo que el cielo se llenaba de nubes. Y según fue cayendo la tarde, las nubes se espesaron y al poco, cuando ya empezaba a oscurecer, se vieron los primeros relámpagos y se oyeron los truenos. Refugiaron los pastores a las ovejas entre las rocas del collado y en una cueva a la derecha, se guarecieron ellos con la niña y el anciano. Hicieron fuego, comieron de las cosas que los pastores les dieron y después de charlar mucho, se acostaron junto al fuego. Y dormían todos muy tranquilos, ya con la tormenta casi extinguida, cuando a media noche, en sus sueños la niña vio que el cielo se iluminó. Se abrieron las nubes y vio la figura de una mujer muy bella que le decía:
- Lo que dice tu abuelo es verdad. Sin ilusión en la vida, no merece la pena vivir. No hagas nunca nada si antes no estás profundamente ilusionada.

Oyó la pequeña las voces de los pastores y se despertó. Tal como estaba acurrucada junto al fuego, miró al abuelo, miró a los perros y ovejas y luego a los pastores. Al verlos despiertos ya preparando el desayuno en las ascuas de la lumbre, les preguntó:
- ¿Y vosotros nunca tenéis miedo en estas montañas?
- Nunca hemos tenido miedo de nada excepto de algunos hombres.
- ¿De qué hombres?
- A veces, de los soldados que el rey manda a estas montañas a por los borregos que criamos y otras veces, de hombres malos que vienen a robarnos.
- ¿Y os gusta vivir de esta manera?
- Estamos ilusionados y por eso somos felices y nos sentimos libres. Y creemos que nada hay más hermoso y grande en esta vida que esto que te he dicho. Somos amigos de las estrellas, de la lluvia, del viento y del monte y tú lo estás viendo.

Después de desayunar junto al fuego y en compañía de los pastores, abuelo y nieta se despidieron. Y cuando ya regresaban por las sendas dirección a Granada y a la Alhambra, besados por el sol de nuevo día y con la pequeña carga de leña acuestas para cocer la cerámica, la nieta dijo al abuelo:
- Creo que ya he comprendido lo que tantas veces tú me has dicho.
- ¿Qué es?
- Que vivir ilusionado y mirar y hacer las cosas con ilusión, es lo mejor en este mundo.
- Esto es una verdad rotunda y sin fisuras.
- Es que, abuelo, el abrazo que me diste ayer por la tarde en el monte cuando estaba perdida y lo buenos que son los pastores de estas montañas, me han enseñado mucho.
Y el abuelo guardó silencio y nada dijo.

EL VALLE DE LA PRIMAVERA

Se llama así por varias cosas: no es ni una llanura ni una nava, sino una sencilla llanura muy suavizada que se recoge entre dos cerrillos alargados y redondos y por la parte del centro es por donde van las aguas cuando llueve. Luego, cuando llega la primavera, como aquí hay unas praderas muy buenas, recogidas a un lado y otro por pequeños mechones de bosque, todo esto florece con el esplendor de un auténtico jardín.

Pero es que, además, al final de la colina de la derecha, hay una roca, un monolito rocoso que es la joya del valle. En la misma colina, en el otro extremo, siguen las ruinas de aquel antiguo cortijo. Luego abajo, en lo que es ya el valle propiamente, tenemos dos maravillas más. Al comienzo del valle, en la parte alta, el huerto y al final, donde ya se cierra y el bosque se espesa, el chozo del pastor.

Subimos nosotros aquel día por el lado occidental y fuimos a salir justo a las ruinas del antiguo edificio. Nos paramos allí porque queríamos ver el monolito, más adelante entre las encinas y después queríamos bajar al valle. Por la cresta hoy estaba solitario pero por la zona del huerto y del chozo, bueno, entre el huerto y el chozo, pastaban las ovejas. Se les oía balar y el sonar de los cencerros. Se oía también el correr de la corriente, al pastor por allí entre las ovejas y a gente que subían por el otro lado. Desde la colina nos fuimos ladera adelante buscando salir al huerto y ocurrió que antes de llegar a este lugar oímos voces. Nos paramos para averiguar qué pasaba.

Al poco vimos como algunas personas corrían desde el huerto para arriba, buscando la espesura del bosque más allá de donde nacen los primeros manantiales que dan agua al pequeño arroyo del valle. Seguimos bajando y en cuanto nos encontramos al pastor le preguntamos qué pasaba.
Los condenados que otra vez me han quitado un cordero.
Como no sabíamos quienes eran ni de qué iba lo del cordero nos tuvo que dar muchas más explicaciones.

Son los que vienen por aquí. Se meten por todos sitios y en cuanto te descuidas te quitan cualquier cosa; la fruta de los árboles, las hortalizas, las setas de los campos, te espanta el ganada y si pueden, cargan con un cordero. Estás todo el año luchando para criar cuatro cosas a fin de tener para vivir, porque aquí en la sierra te falta de todo, y estos que vienen de la ciudad, donde le sobra hasta la contaminación, en una hora te quitan lo que tú has tardado un año en conseguir. Son unas rapiñas y no crees que es por necesidad, que si fuera así y me lo pidieran les daba todo lo que tengo sin cobrarles ni un duro a cambio, que es por el puro gozo de vivir una nueva experiencia.

Mientras nos explica las cosas que hacen y se llevan de estas sierras los vemos como suben por la senda que desde el huerto se adentra hacia el bosque para perderse allá abajo. A igual que no lo entiende el pastor tampoco lo entendemos nosotros y por eso nos quedamos allí, largo rato junto a él; envuelto en el misterio, la soledad y el perfume que mana del valle y extrañados en el alma que los de la civilización vengan por aquí con tan poco respeto a nada. Hay que tener poca cultura y ser nada civilizados para venir hasta estos valles, donde viven gente que de tan buena y sencilla ni se les nota que viven, no solo a robarles sus cosas sino a llenarlos de lo a ellos les asfixia en sus ciudades.

EL JUEGO DE
LOS NIÑOS

Al bajar de la cumbre descubrimos el cortijo. Por dos motivos decidimos acercarnos. El primero que como es pleno verano subiendo hemos sudado mucho y nos hemos quedado sin agua. Al ver el cortijo se nos abre el cielo. Allí tenía que haber agua que era lo que en estos momentos más necesitamos. Y la otra razón, menos importante, aunque según se mire, era que deseábamos charlar con alguien de por aquí. Ellos siempre saben mucho más que los mejores libros y esto es una riqueza que hay que aprovecharla cuando se presenta.

Además, el cortijo era como una pequeña perla en el centro de aquella ladera, frente a las rocas y entre tantos pinos. Así que nos acercamos y ya llegando a él lo primero que nos llama la atención son las ovejas. Sestean bajo las sombras de las nogueras por la parte de atrás. Algo más abajo vemos la fuente y era tal como la habíamos soñado: bajo una roca y por entre unas grietas sale el chorrillo de agua que primero cae a un charco excavado en la tierra, luego chorrea a los tornajos y desde aquí se va para los hortales un poco más a la izquierda.

Junto al agua está sentado el pastor que parece como si nos tuviera esperando y en cuanto lo saludamos se une a nosotros su mujer. Mientras nos ofrecen el agua de la fuente que es lo que más apetecemos y nos habla de la cumbre por la cual hemos estado nos, damos cuenta que no están solos. Algo más abajo se ven las ruinas de una tinada y por ahí juegan los dos niños; ella y él. Ni siquiera al vernos dejan de jugar. Andan tan entusiasmados y son tan felices que ni les importamos. Y es precisamente esto lo que más nos llama la atención a nosotros: sus juegos, sus realidades

sencillas, casi fantasías o quizás todas fantasías pero tan repletas de bellezas inenarrables y tan plenamente llenas, que ni siquiera necesitan de nosotros ni nuestra presencia les inmuta. Los observamos desde allí, desde la fuente sentados junto al pastor y nos damos cuenta de algo impresionante:

Son tan felices y tan grandes ellos y sus juegos que les sobra todo el mundo. Parece como si con aquellas cuatro piedras, llenas de sombras de pinos, perfumadas de mejorana y pintadas de colores por los rayos de sol que cae, tuviera entre sus manos el universo entero. Dan la impresión de que allí lo tienen todo y no necesitan nada más. Y vemos que lo único que tienen es un puñado de pequeñas fantasías, una ladera llena de monte, el arroyo que corre por lo hondo, la silueta de la colina de donde nosotros venimos, las paredes de la tinada, la fuente de su cortijo, las ovejas bajo las sombras de las nogueras y la soledad del paisaje. Los miramos y los miramos y no acabamos de comprender que haya allí mucha más belleza que en cualquier otro rincón del mundo.

LOS MATICES DE LA SIERRA

Por ejemplo, cuando llega el otoño, en las sierras muchas cosas tienen nuevos tonos y matices. Caen las primeras lluvias y el bosque cambia de color que aunque sigue siendo verde, cuando las hojas se lavan, parecen otras. Se oyen los bramidos de los ciervos tanto en los barrancos como en las laderas y cañadas. Es el celo y los animales tienen sus instintos por eso de la perpetuidad de la especie y demás. Se ven las nieblas matinales llenando todos los barrancos hasta que viene el viento y se las va llevando por las laderas y luego por las cumbres. Se oyen y se ven todas estas cosas y aunque la sierra es la misma, en estos días parece otra. Como un país lleno de magia por donde los sueños revolotean libren y se estiran divididos entre los últimos calores del verano y los primeros fríos del invierno.

Primero, al caer la tarde, el cielo se llena de nubes negras. Puede soplar el viento y arrastrar con rapidez, por encima de las cumbres, los jirones de estas nubes. O puede que no sople el viento sino que estando todo en calma, las nubes aparecen desde detrás de la cumbre y se remontan como si quisiera cubrir toda la sierra. A veces cruje un trueno y parece como si todos los barrancos se desplomaran a la vez pero no pasa nada. Es la característica propia del trueno de la sierra. Puede que luego ya no crujan más truenos ni brillen más relámpagos y en cuanto se hace de noche comienza a llover. Al principio con suavidad para ir poco a poco aumentando hasta llegar a una lluvia torrencial.

La casa, que es un pequeño cortijo construido justo sobre las rocas cerca del arroyo, queda perdida entre la densa niebla y la oscuridad de la noche. Pero como, además, llueve y de una forma espantosa, la casa ni se ve desde ningún sitio. ¿Cómo se va a ver si todo parece perdido entre una gran ola de agua? Pero como la casa se alza sobre la roca y ella misma es una roca, el agua de la lluvia chorrea a raudales. Como si fueran caños que se escapan de lagunas y locos bajas por las laderas buscando los arroyos y

los valles. La casa, ya he dicho que no se puede ver en estos momentos pero si tú la vieras desde el lado este que es la parte más bonita, dirías que es algo mágico. Que no son imágenes reales sino que salen de un sueño, de una fantasía que existe sólo en películas o en sueños. Porque desde aquí, desde el lado este, siempre la coges desde lo alto; recostada sobre las adelfas del arroyo, aplastada por entre las rocas que suben hacia la pista y en primer plano. Como sino existiera nada más en todo el contorno que la pequeña casa que tienes antes tus ojos y las rocas que en forma de lastras sirven al mismo tiempo de acera y calle asfaltada con piedras naturales por y para los habitantes del lugar. Pero como además de oír, ves y hasta puedes tocar el manto de agua que por un lado y otro se desliza ladera abajo, frente a todo esto, aunque la noche sea de lluvia cerrada no creas, que casi te gusta quedarte aquí y gozar un fenómeno tan único y original como éste.

Parece irreal pero es una verdad profunda que hierve y late en toda la sierra cuando llega el otoño. Quizá no lo conozca mucha gente porque andar de noche por estos montes cuando caen lluvias tan torrenciales y por sitios como este donde se alza la casa, no es fácil ni tampoco apetece demasiado. Pero yo digo que son reales los manantiales y los arroyos que por estos cerros corren. Otra cosa es al día siguiente de esta noche de lluvia. Puede amanecer sin nubes en el cielo y entonces son las nieblas las que llenan los valles y barrancos. Los habitantes de la casa pueden asomarse a la puerta y quedarse aquí frente al campo mirando como aún todavía corre el agua por los regatos y dudando si deben o no abrir la puerta de la tinada para que el ganado salga a pastar. Aunque ya no llueva, todo está tan mojado, tan chorreando, que es mejor esperar a que el día avance un poco.

Así que es verdad: Cuando llega el otoño, la sierra con sus bosques, nubes y valles, tienen cosas nuevas. Tonos y matices cargados de belleza que en nada se parece a la de las otras épocas del año. Ni es fácil gozarlo todo en un sólo día ni tampoco se puede contar, aquí y ahora, con cuatro palabras.

LA FUENTE DEL FRESNO

Subiendo por el Guadalquivir, pegado al fresno del charco, entre los juncos, brotaba la fuente. Digo brotaba porque hoy ya, aunque el venero está en el mismo sitio y por él sigue manando el agua, no es lo mismo. Han cortado el fresno, han segado el rodal de juncos, han encerrado el chorrillo y por un tubo lo hacen chorrear al pilón. La siguen llamando fuente pero ya no del fresno sino con otro nombre y el venero no corre por entre piedras sino por cemento e hierro.

Con uno de los grupos que en coche van de paseo por la sierra, a las doce de la mañana hemos llegado a la, para mí siempre, fuente del fresno.

Parada de media hora para beber y comprar lo que queráis.

Anuncia el guía. Todos bajan y uno detrás del otro enfilan hacia el chiringuito de las bebidas en latas.

Ahí venden unas tapas que quitan el sentido, las bebidas están frescas y, además, también hay churros.
Comenta uno. Me quedo solo frente a la ladera por cuyas entrañas oscuras baja el agua del manantial. Busco los juncos, el fresno, los enebros, el río. Es inútil, sólo veo edificios, aceras, bares, puestos de baratijas, gente con uniforme saludando y sonriendo.

Beba el caballero agua de esta fuente verá qué rica.
Me indica una del uniforme. La miro y miro al chorrillo que como en aquellos tiempos cae cristal. Estoy por decirle que cuando aún ella no había nacido, ya recorría yo estas sierras y al caer las tardes, todos los días bebía y luego me sentaba frente a este manantial, cuando manaba por entre los juncos y corría delicioso hasta caer al río. Estoy por decirle que aquí, donde ahora tienen el puestecillo para vender perfume en conserva, crecía el fresno bajo cuya sombra, dormía la siesta frente a la corriente del río en los meses de verano. Estoy por decirle que este manantial casi lo vi yo brotar por primera vez después de aquel año de las grandes nevadas y estoy por decirle que aquí, en aquellos tiempos, yo cogía los berros que luego me comía con pan y por las noches cantaban las ranas y bebían las monteses. Estoy por decirle esto y muchas más cosas que, de aquellos tiempos, por aquí tengo desparramadas pero me limito sólo a aceptar el pequeño frasco de perfume que me ofrece.

Es un recuerdo de las plantas aromáticas de estas sierras; esencia de espliego.
Y ahora estoy también por decirle que yo lo tengo respirado en vivo, por todas las laderas de este parque pero me limito a darle las gracias.

EL SUEÑO DEL JOVEN

Cuando aquella noche se llenó el cielo de nubes y al anochecer empezó a nevar, en el calor del cortijo sobre la ladera de la montaña, el joven se quedó dormido. Aquella noche el joven tuvo un sueño y en él vio a su pueblo, así mismo andando por las calles y a Grisel, aquella amiga suya que unos años atrás había dejado esta tierra para siempre.

El pueblo está en fiesta. En la plaza han montado tómbolas, casetas de turrón, caballitos y muchas luces de colores. A él no le gustó esto pero, sin embargo, por aquí se quedó todo el día yendo y viniendo de un lado para otro, mirando a los cacharros y observando a la gente. Nadie le conoce y esto le extraña porque él a ellos sí los conoce a todos y les habla cortésmente. Siente que se encuentra a gusto entre ellos a pesar de no agradarle el ambiente. Se da cuenta que ambas cosas son distintas y se da cuenta también que en esta ocasión no hay nada dentro de él que le haga sentirse triste o apenado. Todo lo contrario: Arde dentro de su alma una constante tensión de felicidad.

Se acuerda de sus padres y en todo el rato olvida que ellos están ahora, en el cortijo, al lado oeste del pueblo. Y mientras pasea por las calles se va diciendo que ha de ir a verlos. AAntes de que la noche llegue me iré de

aquí porque tengo que procurar llegar al cortijo con luz del día". Cuando la sombra del cerro grande que hay al lado sur del pueblo empieza a cubrir las casas y las calles él se aleja del lugar con rumbo al cortijo. Busca la senda que va siguiendo el arroyo y sube por ella hasta que de pronto, el camino entra en una matorrales. No había él pensado que han pasado muchos años y en todo este tiempo el monte ha crecido mucho. Ha crecido tanto que ahora borra la senda haciendo imposible caminar por ella. Se pone a buscarla mientras sigue por el cauce del arroyo en dirección hacia donde cree que se alza el cortijo. En poco tiempo la luz del día se va y sin que lo advierta la noche se le echa encima. Al darse cuenta de ello por el corazón del joven el miedo empieza a correr. Primero porque no tiene encontrada la senda y segundo porque no le agrada quedarse toda la noche perdido por el campo.

Pasado un rato más ya la noche es total y como realmente se ha llenado de miedo empieza a dar voces pidiendo ayuda. Cree que son sus hermanos los que pueden oírlo y salir a su encuentro y por eso es a ellos a quienes llama. Allá, muy lejana y apagada, se oye la voz del padre que le dice:

Aguarda un momento que voy a por ti. Sigue pidiendo ayuda para que pueda orientarme mientras voy a tu encuentro.

El muchacho sigue las indicaciones del padre y aunque pasa un gran rato ve que el padre no se acerca ni tampoco se oye ninguna señal de su presencia. Sigue pidiendo ayuda y está ya casi ronco cuando a sus espaldas oye la voz de Grisel que le pregunta:

¿Qué es lo que te pasa?

Al saber que es ella se llena de alegría y como si de toda la vida la hubiera tenido junto así, le dice:

Estoy perdido ¿puedes ayudarme?

Claro que sí. Ven y abrázame hasta que sientas la paz y la tranquilidad.

A esta indicación el joven obedece sin titubeo alguno y en cuanto se acerca a ella la abraza fuerte como si ya se sintiera salvado para siempre.

Pareces un niño indefenso.

Y al oír que aquel tono de voz tenía la dulzura y el cariño de la persona que sólo da ánimo y esperanza, el joven entiende que le está regañando y al mismo tiempo le está transmitiendo valor.

Tienes razón pero es que están ocurriendo cosas muy raras desde que tú te fuiste. Creo que ahora ya nadie me conoce o por lo menos pocos tienen nada en común conmigo. Cada día es nueva para mí esta tierra porque cada vez tengo más la sensación que desde aquellos días hasta hoy han pasado millones de siglos. Creo que hasta la gente que encuentro por todos sitios no son los mismos de antes porque siento como si nos separaran muchos años.

Quizá tengas razón.

¿Qué es lo que pasa Grisel?

Es complejo de explicar, porque tú en estos momentos sólo necesitas una cosa.

¿Qué es lo que necesito?

El estado de tu alma ¿es de tristeza o pena?

Ninguna de las dos cosas. Nunca me sentí mejor.

Pues ahí está la clave.

Dime qué es lo que pasa.

Ya te lo diré, ahora es bueno que vayamos al cortijo porque te esperan tus padres.

Soy en realidad como un niño ¿verdad?

Quién no te conozca de este modo, te hará sufrir y se equivocará en muchas cosas.

Cuando pasó toda aquella noche que fue una gran noche de nieve a la luz del día todo el campo estaba blanco. Una nevada de las más grandes que habían caído en los últimos años en la sierra. Y aunque fuera hacía mucho frío, el cortijo estaba caldeado por el calor del fuego ardiendo en la chimenea. De las ramas de los árboles chorrean distintas gotitas y trozos de hielo. El día que amanece es melancólico, profundo, gris pero inmensamente bello.

EL BARRANCO

Te pasas media vida estudiándolo en los mapas; que la Sierra de la Cabrilla a un lado, que el Alto de la Cabrilla al otro, Navalasno más arriba, el Barranco de los Chorreaderos en lo hondo, los Arenales a un lado, el Caballo de Acero y por todo el centro corre el río. Los Poyos de la Carilarga y la Loma del Caballo de Acero al otro. Te pasas media vida buscando libros, artículos y escritos que hablen del barranco y cuando te crees que ya lo sabes todo o si no todo, una gran cantidad de cosas, vienes un día por aquí y te quedas desconcertado.

Ni siquiera vienes con la idea de irte por el barranco por conocerlo o hacer alguna ruta. Pasa por el lugar o rozándolo, de pura casualidad. Siguiendo algunos de los caminos que le rodean y llevan a otro sitio y te sucede lo que jamás te podría imaginar. Sin saberlo, sin pretenderlo, sin ser consciente de aquello que allí a tu lado queda, de pronto sientes como una llamada, como una voz que ni siquiera surge del barranco sino de algo que podría parecerse a un sueño, a un toque interior en la región de la muerte, del espíritu o no se sabe de dónde porque lo único que notas tú es sólo el tirón. La fuerza que te atrae y aunque tu rumbo es otro y por eso quieres seguir adelante, no puedes.

Tienes que volverte para atrás y siguiendo la intuición de ese sentimiento que te zarandea te dejas arrastrar a la fuerza pero con gusto, hacia la profundidad del barranco. Y para tu asombro vas descubriendo que el río, las cumbres, las rocas, los pinos, las nubes y el viento, nada de lo que aquí ves se parece a lo que has estudiado en los mapas y libros. Es otro barranco, otra realidad, otra belleza que te hiere con un puñal de dulzura y te transporta a la dimensión del gozo. ¡Qué barranco, qué viento, qué sinfonía de silencios y qué visión de paisajes, bosques, cascadas, laderas, sombras y luces!

En estos momentos es cuando comprueba y ves con claridad lo mezquino, lo pobre y mísero de las acciones y actitudes de aquellas personas que todo su corazón está en las cosas de la tierra. Sobre todo, los que te desprecian, te humillan creyéndose superiores y más sabios que tú. Están

lejos de gustar y comprender que al fin y al cabo, sus empresas andan fundamentadas sobre la materia que da una satisfacción limitada y se derrumban para siempre con el tiempo. Este otro tesoro, el que mana del barranco, es el que ni roban los ladrones ni corroen las polillas.

512- La escritora

Su casa, esta mañana templada de otoño en sus primeros días, es pequeña, recogida, hermosa y huele a primavera. En la puerta tiene una marquesina construida con ladrillos y decorada con rosales, jazmines, geranios, esparragueras y otras muy verdes y olorosas plantas. La fachada de su casa, es blanca, con ventanas a los lados de la puerta y balcones en la parte de arriba. Desde fuera, su pequeña casa, no lejos del río y mirando al sol de la mañana, es tan hermosa como ella misma.

A ella, la había conocido ya hacía mucho, mucho tiempo. Casi cuando era niña y luego cuando fue creciendo, cuando aprendía a leer y a escribir, cuando se preparaba para ser maestra y cuando, años después, se casó y nacieron sus dos niños. Siempre, en todo este tiempo, la había tratado con el mejor cariño y respeto y siempre estuvo de acuerdo en su forma de hacer y pensar. Hasta cuando decidió enamorarse y después casarse con el joven que escribía libros que recogían críticas a la sociedad.

La mantenía en su corazón, como algo indeleble, dulce, delicado y profundamente sensible a la bondad y trato.Creció y la mantuvo así de esta manera en su espíritu mientras ella avanzaba en la vida y él envejecía. Lejos de ella sin verla a penas ni saber casi nada de su vida pero sin olvidarla. Por eso esta mañana, ya muy viejo, se llenó de gozo al encontrarla aquí.

Acompañado de su borriquillo color canela y algo ceniza, lento bajó por la calle. Como recogido en sí y sin fijarse en nada ni nadie de los que a su paso iba encontrando. Se alzaba el sol por su derecha según bajaba y por lo alto de las lejanas montañas. Algo más cerca de él, se iba quedando el ancho río y luego las tierras llanas y las casas salpicadas por aquí y por allá. Decía a su borriquillo amigo desde hacía muchos, muchos años: “No tenemos prisa porque el tiempo, tanto para ti como para mí, ya nos importa muy poco. Me va a doler dejarte en esos lugares pero creo que es la decisión acertada. Tus fuerzas se acaban y las mías también y nada ni nadie puede ayudarnos en esto. Es la ley de la vida y aceptarlo con dignidad, es inteligente, es lo correcto”.

Dejó atrás las casas y árboles a su derecha y, al salir de la curva, vio la de ella. La pequeña y blanca casa con el jardín de esencias y la quietud en todo el rincón. Miró y la vio. Regaba sus macetas y al darse cuenta de la presencia del borriquillo y él acompañándolo, se quedó de pie como sorprendida. Se acercó él con su asno y a sólo unos metros de ella, se paró. Como si no hubiera pasado el tiempo, sin más le preguntó:
- ¿Qué haces aquí tan sola y a estas horas de la mañana?
- Aquí está ahora mi hogar. Y tú ¿a dónde vas?
- Llevo a mi borriquillo a las llanuras del río.

- ¿De paseo?
- No y sí. A la libertad de la hierba, cielos azules y rumor de las aguas del río.
- ¿Y eso?

Tragó saliva, miró a su borriquillo y dijo a ella:
- Se lo venía diciendo: ya tiene muchos años. Tantos casi como el tiempo y por eso, se queda sin fuerzas, sin ganas de vivir y hasta sin color en su pelo. Como a tantas cosas, plantas, seres vivos y humanos, le llega poco a poco su fin. Mi borriquillo ha sido y siempre será para mí un gran amigo. En estos últimos días, los que aún le queden de vida en este suelo, quiero darle el regalo que merece: praderas repletas de hierba fresca, cielos azules, viento puro y horizontes sin límites. El mundo y la libertad que a su dignidad corresponde. No sé si me entiendes.
Y ella contestó:
- Te entiendo casi por completo ¿pero ahí vas a dejarlo solo?
- Esta tarde, quizás también esta noche y puede que mañana, me quedé a su lado. Voy a sentarme frente al sol de la mañana, pegado a las ruinas del viejo castillo clavado en lo más alto del cerro. Desde aquí, lo voy a mirar, en la libertad que te he dicho, en esas praderas junto al río.

Ella ahora no hizo ningún comentario. Lo miró como mostrando un sincero respeto hacia él y su borriquillo y, pasados unos minutos, sí le preguntó:
- Y mientras desde ese sitio miras a tu borriquillo libre en las praderas ¿qué harás?
- Meditar, soñar un poco, dejar que me bese el sol yacaricie el viento y que pase el tiempo. A estas alturas de mi vida, también llena de años, ninguna otra cosa quiero en este mundo. Respeto y admiro, a veces, lo que veo y me rodea y también a las personas pero todo y a todos, los dejo en su mundo.
Y ahora ella pensó: “¿Y si le regalo el último libro que he escrito?”

Dijo:
- Espera un momento.
Se movió de donde estaba, entró en la casa y pasado unos minutos, apareció con un libro en las manos. Se lo ofreció aclarando:
- Como ahora enseño a niños a leer y a escribir, he sentido la necesidad de escribir esto. Te lo regalo. Quizás te guste leerlo cuando estés sentado junto al muro del viejo castillo, frente al río y al sol de la mañana y frente a las praderas donde coma hierba tu borriquillo.
Cogió él lo que le daba al tiempo que preguntó:
- ¿Qué cosas cuentas en este libro?
- Puedes imaginarlo.
- ¿Son recuerdos?

Dejó ella que pasarán unos segundos y luego, pausadamente, dijo:
- Desde que te conocí, todavía muy pequeña, me empezó a gustar en ti algo muy concreto. Y este algo es el gran respeto que siempre mostrabas a las personas. Cuando te relacionabas con unos y otros,vi muchas veces que en ningún momento despreciabas a nadie ni usabas palabras hirientes ni criticabas. Tu actitud siempre era, creo que ha sido, la de un respeto exquisito para con todas las personas. Esto se me fue quedando muy dentro de mí y a

lo largo de los días, me ha hecho reflexionar mucho. Lo he tenido muy presente en mi vida cada día hasta que me he puesto, y en este libro, he recogido esta realidad. Es lo más importante en este libro que te regalo. Porque ahora pienso que no hay otra realidad mejor que intentar hacer un mundo amable, lleno de personas buenas y hacer que florezca el respeto para con todo y todos. El contenido del libro que te regalo, lo he incubado en mi corazón y de ahí lo he sacado para darle vida a estas páginas.

Nada dijo él a las palabras que ella acababa de pronunciar. Cogió el libro que le daba, le dio las gracias, la despidió y, junto a su borrico, continuó bajando calle adelante dirección al lugar de las praderas. Se veía al fondo y no muy lejos, el elevado cerro donde se alzaba el castillo. Al lado del levante, se veía el surco del río y, por el lado del poniente y a la derecha del castillo, se veían las amplías praderas.

Dijo a su borriquillo: “Y ahí, mientras tu buscas y repelas las mejores matas de hierba, voy a darme un baño en los charcos de la curva del río. Para recordar los momentos de jóvenes ilusionados. Después, te miraré en las praderas, tomaré el sol, meditaré y leeré el libro que ella me ha regalado. Un escenario y momento propio para la despedida y preparación al lugar y eterno encuentro”.

339- EL SALVAJE

Sobre el collado, entre la espesura de las encinas y cerca del arroyo, se veía el cortijo. Una gran almunia en forma de palacete pero con las paredes encaladas. Por eso, al salir el sol cada mañana, el edificio relucía como un espejo mágico. Desde la curva del río, al poniente del cortijo y a unos dos kilómetros, se le divisaba con toda claridad. Y lo que más llamaba la atención eran las dos altas torres que, desde blanco edificio, emergían por entre los encinares.

Aquella mañana, un buen día de primavera y por eso los jarales mostraban ya un hermoso espectáculo de flores blancas, al grandioso cortijo y desde la Alhambra de Granada, llegó el joven. Y, lo mismo que otras muchas veces, se presentó dando voces para asustar a los sirvientes:
- Ha llegado el momento. A partir de hoy ya no se ríe más de mí ese felino salvaje que recorre estos montes míos. Preparadme las flechas, poned apunto los perros y prepararos vosotros que nos vamos a cazarlo. En cuanto lo vea me lo cargo. Para que se entere de una vez que de mí nada ni nadie se ríe. Y menos este salvaje imbécil.
Y, a media mañana, la comitiva salió del cortijo, en busca del gato montés porque el joven, “el príncipe mal educado”, según se decían entre sí los criados, quería darle caza. Todos se concentraron en torno al señorito para complacerlo y porque era el que pagaba.

Al norte del edificio, por entre los jarales del cerro de enfrente, encontraron al felino. Un viejo y hermoso gato montés, bello como la criatura más bella y libre como el mismo viento. Y al verlo, enseguida dijo el joven:
- Otra vez más no te ríes de mí. Nadie ni nada se ha reído de mí desde que tengo uso de razón.

Y disparó sus flechas unas detrás de otra sin ni siquiera parar a tomar aliento. Los gritos y las voces, se oyeron por todos aquellos barrancos y, en ese mismo instante, también se escucho un gran maullido. Ladraron los perros, atravesando los montes y sorteando rocas pero el felino, como por arte de magia, despareció. Enseguida gritó el joven:
- Que no se escape este cabrón. Y lo quiero vivo.

A lo largo de varias horas buscaron por todos aquellos montes. Azuzando a los perros y escudriñando cada hueco de cada peña. Hasta que comenzó a caer la tarde. El sol se hundía en horizonte lejano y un silencio enorme se adueñó de todos aquellos campos. Decidieron volver al cortijo y, mientras regresaban, el joven refunfuñaba lleno de rabia:
- No puedo consentirlo. Nunca nadie, en el tiempo que tengo de vida, se ha reído de mí como lo está haciendo este bicho sin corazón. El día que lo tenga entre mis manos me lo voy a comer con piel y todo.

Oscureciendo, por la orilla del río, avanzaba el amante de las montañas. Cargado con su morral y recreándose en la música que el agua de la corriente le regalaba. Y se acercó a la cueva. Descolgó su zurrón, desdobló la tela que le iba a servir como tienda y se preparó para montarla. Pero, todavía no había terminado de oscurecer ni él de montar su tienda, cuando oyó un quejido. Como un lamento humano que venía de la curva del río, un poco más abajo. Cogió su espada, avanzó por entre los juncos, mirando y escuchando atento y de nuevo oyó los lastimeros quejidos. Se acercó, procurando no hacer mucho ruido y de pronto lo vio. Estaba tendido muy cerca de la corriente del río, un poco oculto entre las raíces de un viejo fresno. Agudizó la vista un poco más y vio que, un hilillo de sangre, manaba y levemente teñía las claras aguas de la corriente del río. Dijo, como si lo conociera de toda su vida o como si lo considerara su mejor amigo:
- Ya veo que te han herido. No tengas miedo. Otra vez estoy yo aquí para ayudarte. Ahora mismo lavo tus heridas porque quiero que sigas viviendo.
Se agachó, lo acarició con sus manos, lo puso luego sobre sus brazos y, poco a poco, se lo fue llevando hacia la cueva. Y lo primero que hizo, cuando ya lo había recostado junto a una de las rocas en la cueva, fue darle un poco de alimento. Luego lavó sus heridas y allí mismo, casi pegado a su cuerpo, tendió su saco de dormir y preparó la cama. Le dijo de nuevo:
- Para que no te sientas solo ni esta noche tengas miedo. Y no te preocupes que ya verás como te curas. Tienes que seguir viviendo.

Y la noche transcurrió serena. Solo perturbada por rumor de la corriente del río, el ulular de algún cárabo y el palpitar del corazón del amigo. Pero, al llegar el nuevo día, nada más amanecer, se oyeron ladridos de perros. Luego se oyeron voces humanas y al poco, desde el otro lado del río y la alta peña bermeja, se oyó un potente grito:
- ¡Maldito felino! Acabaré contigo aunque te escondas bajo tierra.
Nadie ni nada respondieron a estas voces. Se hizo el silencio y, al poco, de nuevo se oyó la voz del joven príncipe, dueño del blanco cortijo:
- Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo.
Y, en esta ocasión, el acantilado de la curva del río, devolvió un potente eco: “Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo”.

CORAZON DE ORO

En el cerrillo que baja por la derecha de la explanada construyeron la casa grande. La que es un espectáculo en el centro de ese paisaje tan amplio y esplendoroso. Hacia el lado del poniente cae una laderilla, cruza el arroyo más abajo y al otro lado del cauce, en las covachas de las paredes rocosas, está la otra casa; que no es casa propiamente sino un refugio para vivir casi miserablemente a falta de otras posibilidades.

En la grande de arriba, llena de lujo con muchas habitaciones y balcones, es donde vive el más pudiente; casi un señor en todo el contorno por el apoyo que tiene de los otros señores de la ciudad. En la de abajo, la covacha con cuatro piedras por paredes y rocas negras del humo de la lumbre, vive la familia humilde que cultiva un trocillo de tierra, tiene unas cabras y recoge algunos frutos del monte cuando por el monte hay frutos. Esto es toda su riqueza, toda su actividad y todo lo que tiene en este mundo. Son tres: el matrimonio y el muchacho que ya es algo mayor; corazón de oro lo llaman en todo el trozo de la sierra por su disponibilidad siempre en darse a los otros sea en lo que sea.

A la casa grande llegó un día, un poco entrado el otoño, una familia que nunca había venido por aquí pero que eran amigos de los que mandan y eso ya bastaba para que el pudiente los atendiera con toda la importancia que ello tenía.
- No venimos de cacería sino para dar un paseo por estos montes.
- No se preocupe que dará ese paseo y quedará encantado. Yo me encargo de ello.
Así que se fueron por la zona de la ladera que baja hasta el río porque es el sitio donde más animales salvajes siempre hay. Y lo que el pequeño pudiente pretendía era lo que sucedió: por allí vieron cabras monteses, ciervos, jabalíes y hasta un chotillo, bastante pequeño, de cabra montés. No podía apenas andar y para complacer al visitante y mostrar su ternura, el pudiente a las órdenes del más pudiente, lo cogió.
-¿Qué le pasa?
- Se ha retrasado al nacer y se ve que su madre no tiene mucha leche; necesita alimento.
- A mí me gustaría llevármelo para regalárselo a mi hija pequeña.
- No hay problema. Se lo podrá regalar a su hija pero cuando esté fuerte y gordo.

Y el pudiente cargó con el chivo y en cuanto llegó a la casa grande fue en busca del muchacho corazón de oro.
- Desde hoy todos los días tienes que subir a la majada de los pastores a por leche para este choto. Les dices que vas de mi parte y que es para el amigo del que manda. Cuando ya esté criado éste señor te pagará.

Y aquel día el amigo del que manda se fue y el muchacho, a la mañana siguiente, antes de que amaneciera, ya iba camino de la majada a por la leche para el chotillo. A unos tres kilómetros al norte estaba la majada y el camino era, primero un trozo de llanura, el remonte de un gran cerro, un

barranco muy amplio, otra ladera que no se termina nunca y después de dos o tres arroyos más, una llanura y la majada.
- Que vengo de parte del pudiente... que ya os lo pagará.
Y les contó todo lo del chotillo.

Todas las mañanas, en cuanto amanecía, se ponía camino de la majada, hiciera frío, lloviera o nevara. El muchacho no falló ni un sólo día en aquel trabajo. Regresaba al medio día, le llevaba la leche al pudiente y luego se iba a su cosa con el padre. Como dice la Biblia, de buena gana él se hubiera bebido aquella leche, no por placer, sino por pura necesidad. En su casa no había nada más que escasez, humo de la lumbre pegada a la roca y frío.
- Quizá ahora, cuando el hombre venga a por su chotillo, como se está acercando la Navidad, nos lo pague bien o nos regale alguna cosa buena.
Le decía el padre.

Y el hombre vino a por su choto ya muy próximo a la Navidad. Al verlo tan gordo dijo que no se lo iba a regalar a su hija sino que lo mataría para comérselo en aquellas fiestas.
- Son fiestas de eso, de comer choto de monte.
Se lo llevó aquel mismo día y ni tuvo el detalle de ir en busca del muchacho para darle las gracias. Tampoco pagó a los pastores su leche y al pudiente sí se lo agradeció mucho.
- Ya le dije yo que no había problema.

Y lo que ocurrió es que como los de la cueva no tenían qué comer, junto al hortal se plantó el padre una noche y con la escopetilla de un cañón que se carga por la boca, disparó contra un ciervo.
- Ya tenemos comida; al menos estos días podremos comer.
Le dijo a su familia. Pero el pudiente que estaba a las órdenes del que mandaba se enteró; se lo dijo a su jefe y la respuesta del grande fue que inmediatamente los echara de allí para siempre.
- Sois unos furtivos que dejaréis el monte sin animales. Así que largo y hasta otra. Porque, además, deberíais de estar agradecidos de no ir a la cárcel.
Les dijo el pudiente. Corazón de oro y su familia se quedaron allí unos días más pero como los amenazaba con denunciarlos, ya se fueron una mañana fría de enero. Nadie supo dónde ni, pasado el tiempo, se tuvo noticia de ellos pero la cueva, con las paredes negras y algunos trozos de tapias, todavía se puede ver por allí aunque llena de zarzas y musgo. Yo la conozco y sé dónde está pero la mantendré en secreto porque para mí es lugar sagrado.

LA OTRA NIÑA

Fueron los familiares al cortijo de la sierra y como era Navidad se la trajeron con ellos a la ciudad.
- Para que lo pases bien estos días con nosotros.
Le decían a la niña. Se lo pasó ella bien en la ciudad pero el tiempo se acabó y los padres vinieron a por ella. Aquella mañana, estaba allí la otra niña, la del pelo rubio ya amiga de la niña del cortijo de la sierra. Cuando ésta preparaba sus cosas para irse con los padres de un momento a otro le dice a la amiga que se venga.
- Sí, vente con nosotros unos días al cortijo.

Le pedían los padres a la niña de la ciudad.
- Pero es que aquello no me gusta mucho.
-¿Por qué no te gusta?
- Es muy aburrido.
-¡Que va! Aquello es lo más divertido que existe. Tenemos una fuente de agua limpia para jugar, un arroyo que pasa por allí mismo, mucha hierba por la pradera, un bosque muy grande para escondernos, nubes de todos los colores, pájaros que cantan a todas las horas del día y otras muchas cosas. Aquello es de lo más divertido del mundo.

La niña de la ciudad fue y se lo dijo a sus padres.
- Papá, que aquello no me gusta. No quiero irme porque me aburro mucho.
- Te prometo que allí te lo vas a pasar estupendamente.
Le decía su amiga.
- Pero si allí no tengo ni tele, ni juguetes con qué jugar, ni tiendas para ver los escaparates ni donde poder comprar chuches.
- Hija, eso no es lo que da toda la felicidad.
La niña del cortijo, por todos los medios, intentó convencerla para que su amiga se fuera con ella.
- No entiendo como puedes pensar que aquello es aburrido si para mí es lo más fantástico del mundo. Jamás me aburrí con tantas cosas como tengo sólo para mí y la cantidad de tiempo que todos los días, tengo que dedicar en resolver los problemas que se me presentan.
- Pues yo no quiero ir.

A la niña de la ciudad no hubo manera de convencerla. Decía que se lo pasaba muy bien con aquella amiga suya de la sierra pero como no tenía cosas para jugar, no se podía venir con ella. Decía que eso de no tener ni nevera ni yogur ni videojuegos ni pastelerías era una tontería y muy fastidioso. Decía también que lo alegre, lo divertido y emocionante era la ciudad con sus coches, sus gentes por todos sitios, sus casas y sus tiendas para comprar lo que se quiera.
- Además, en el campo, hasta te llenas de barro, te mojas si llueve y pasas frío si nieva.

Verano

Me dice que sí y lo veo que se da una vuelta por entre los pinos y las encinas centenarias. Como si tuviera necesidad de explorar despacico y detenidamente cada rincón de este mundo suyo para asegurarse de que todo está en regla. Y como intuyo que esto es lo que hace, le pregunto:
- ¿Cómo están las cosas hoy por tu pradera?
Me responde: “Todo se encuentra en perfecto estado. Y como las nubes nos están premiando con su fino rocío de gotitas, es lo que te decía antes, que la hierba sigue creciendo y llenándose de vida. ¿Te puedo proponer algo que se me ha ocurrido en estos momentos?” A esta pregunta así de pronto, le respondo preguntando:
- ¿Qué es lo que quieres proponerme?

Moviéndose por entre la hierba me dice: “Que podríamos organizarnos y entre todos, los mirlos, las ardillas, yo y tú, inventamos la manera de apresar a esta tan bonita mañana para tenerla ya siempre con nosotros. Hasta que queramos. Así por ejemplo, cuando llegue el verano y aprieten los calores, extendemos por aquí la frescura y lluvia de esta mañana y ya tenemos las cosas a nuestro gusto. ¿Qué te parece?” Tardo unos segundos en responderle porque no me parece fácil su proyecto. Pero le digo:

- ¿Y qué inventamos para recoger tantas cosas? Porque habría que recoger todas las nubes, todo el viento, toda la hierba, todo el perfume de la hierba y setas, los colores del cielo, el canto de las aves, el jardín entero, en fin, todo, todo, todo. Y luego habría que conservarlo en algún lugar para usarlo en el momento que quisiéramos. Tu idea me parece genial pero la veo bastante complicada de realizar.

Noto que me ha escuchado con atención y por eso en unos segundos me responde: “Yo creo que se puede hacer. Déjame un rato que lo piense y cuando tenga las cosas claras te llamo y te lo digo ¿vale?”

- Pues vale. Yo me voy ahora mismo a mis cosas y cuando tú tengas una solución me llamas y me lo dices. Lo que propones, es interesan, muy interesante.

503- EL RIO AMIGO

Cuando ya un día cualquiera
me vaya por fin
de la vida en esta tierra
a la vida que siempre he soñado
grandiosa y eterna,
me gustaría allí tener un río
con claros charcos y arena,
donde las aguas sean diamantes,
espejos y esencias
a fresnos viejos
y verdes matas de hiedra.
Que sea este río que tanto sueño,
como el que por mis venas
me corre desde pequeño
llenándome de vida plena.

Nadie sabe dónde está el río que conozco. Porque el pequeño cauce casi no tiene nombre y agua también poca en los meses centrales del estío. No voy a decir nunca dónde se encuentra este río aunque sí conozca los paisajes y a veces, cuando lo recuerdo o por las noches sueño con él, hasta piense que es el gran río que riega todo el planeta. El que recoge sus primeras aguas en las laderas de las rocas de granito, por entre encinas, jaras, y aulagas y luego desciende tímidamente.

Desde allí sigue recogiendo débiles y limpios chorrillos de agua y avanza insignificante. Como si no fuera nada pero avanza por entre gruesas rocas de granito, sombras de frenos y charcos redondos. Traza curvas muy bellas obligado por el terreno que va atravesando y se abre paso por entre abruptos acantilados, tramos estos donde las zarzas, piedras, lentiscos, fresnos y otras

plantas, se agarran al terreno y arropan y llenan de sombras y luces a la corriente y a los pequeños charcos.

Cuando yo conocí a éste río, era todavía niño, nadie me dijo cómo se llamaba. No lo supe entonces ni luego después ni ahora. Pero sí lo hice enseguida el escenario de mi juegos y fue justo por donde el gran chasco del fresno. Donde a la derecha brotaba un claro venero y algo más abajo, se remansaba. Justo antes de la curva hacia el lado de la tarde y por donde comenzaba un enjambre de pequeñas rocas de granito. Por aquí, entre dos o tres fresnos muy verdes, y las primeras rocas, se remansaba en charcos azules verdes y luego se deslizaba hacia el estrecho.

Al salir de este estrecho, por donde los acantilados lo escoltaban y la vegetación lo arropaba, trazaba otra bella curva ahora para el lado del levante. Al enfrentarse ya algo resto, se remansaba. Ahora por entre juncos, mastranzo, juncias y pequeñas playas de arena que la corriente modelaba caprichosamente. Era a este tramo donde en verano acudían las bandadas de palomas torcaces, tórtolas y perdices a beber. En este tramo casi de ensueño por los frescos macetones de juncia, mastranzo juncos y rocas de granito pulidas, era donde a mí me gustaba jugar.

Casi siempre solo y recreado, en los meses de verano, por la sinfonía de cientos de chicharras. Saltaba yo de acá para allá, pisando los pequeñas playas de arena y buscando peces o renacuajos. A veces, me mojaba todo entero y luego me ponía al sol frente a la ladera de las encinas. Clavados mis ojos en la única casa que en muchos kilómetros a la redonda, por allí había. Imaginaba a las personas y esperaba el momento de ir algún día por el lugar.

Nunca visité esta casa ni nunca supe nada de las personas que la habitaban. Tampoco nunca supe cómo se llamaba el río en el que pasaba horas y horas jugando sin más compañía que la sinfonía de las chicharras, el rumor de la corriente y el fresco aroma de los juncos, mastranzos y juncia. No sabía yo entonces ni de dónde venía el río y a dónde iba. Menos sabía aún si por algún lugar de este río había personas, casas u otras construcciones humanas.

Crecí, me hice mayor y luego llegué a viejo y muchas, muchas veces, recuerdo a este río y en especial por donde mis juegos cuando niño. Por las noches, en sueños, vuelvo al lugar y soy tan feliz o más que cuando aquellos días de pequeño. Sigo viendo al río exactamente igual que en aquellos días aunque sé que ahora está muy lleno de personas por todos sitios, de casas y otras construcciones. Una realidad que en nada, absolutamente en nada, se parece a la que yo guardo en mi corazón. Por eso hoy, ahora y ya casi en la puerta de marcharme de esta tierra para siempre, quiero seguir ignorando la realidad de lo que en este río hay y mantenerlo en mi corazón tal como era para mí en mis juegos y sueños de niño.

Quiero seguir pensando que este río no tiene nombre y que nace en lugares muy misteriosos. Me gusta pensar que es el río que surca y riega todo el Planeta Tierra. Siempre con sus aguas limpias y repleto de esencias de

hiedras. Y me gusta imaginar que cuando ya por fin me encuentre en el reino de la eternidad, siempre voy a tener junto a mí un río como éste que conocí de pequeño. Necesito y estoy convencido de que las cosas van a ser así porque lo veo y lo gusto muchas, muchas veces en mis sueños.

LOS AMIGOS DEL NIÑO

El rincón es un pequeño paraíso donde el cortijo se aplasta pegado a las rocas del castellón; la pradera lo rodea por el lado de arriba con el arroyuelo que lo atraviesa y el bosque de pinos lo arropa por el oriente. Un pequeño universo que más parece sueño que otra cosa.

Aquel verano el niño tenía tres amigos: la rana del charco en el arroyuelo de la pradera, el pollito de perdiz que había empollado una de las gallinas del cortijo y la araña del enebro del charco de la rana. El polluelo de perdiz aún no volaba y ya el niño se lo lleva a jugar con él junto al enebro de la araña y el charco de la rana. Su gozo era ver al polluelo irse detrás de los mosquitos, dar el salto y cazarlos al vuelo.
-¡Uno menos!
Decía y el siguiente era para la rana; saltaba fuera del charco, se iba por la pradera y mosquito que pasaba volando, si al pollo se le escapaba, lo atrapaba la rana. Pero alguno volaba más alto y al pasar por el enebro se enredaba en la tela que la araña había tejido de una rama a otra y allí se quedaba y éste era para la araña. Tejer: entrelazar hilos para formar telas, formar sus capullos los gusanos de seda o telas las arañas.

Se pasaba el día entero el niño enredado en la emoción de aquel juego, llamando a sus amigos a cada uno por su nombre y cogiendo en sus manos tanto al pollito de perdiz como a la rana. Pero el padre del niño un día prendió fuego al lindazo que baja del cortijo y se junta con el arroyo. Era un fuego pequeño y controlado con el único deseo de quitar de en medio algunas malas hierbas; mas las llamas se fueron por el pasto de la pradera y aunque el padre acudió rápido y en menos de media hora lo sofocó, el fuego quemó precisamente toda la llanura por donde el niño compartía los juegos con sus amigos.
Sofocar: extinguir, dominar, reprimir, apagar.

Y como en la llanura, atrapando sus mosquitos, estaba tanto el pollito como la rana y la araña en su mata de enebro, los tres ardieron.
-¡Pero, papá ¿no ves qué pena?!
Dijo el niño casi llorando frente a los cadáveres carbonizados de sus tres amigos.
-¡Lo siento hijo! Fue sin querer y aunque he luchado para controlarlo no pude apagarlo a tiempo.
- Pero papá, el fuego acaba con la vida de todos los animales del bosque; son inocentes estos muertos y fíjate cuánta tristeza queda ahora por aquí.
-¡Ya te he dicho que lo siento, hijo!

LA OVEJASALVAJE

Completamente vegetariano, el muflón come todas las partes de la planta, salvo las raíces y los frutos. El madroño, los lentiscos, la encina y el espino son las especies preferidas para alimentarse.

El nuestro, una hembra tan vieja que seguramente no sobreviviría a las primeras nieves del invierno, nos la encontramos en el primer tramo del Río Borosa que coge desde el mismo Pantano de la Feda, hasta donde empieza a caer el Salto de los Organos. Estaba comiendo los tallos de una mata de malva que encontró entre las grandes peñas del cauce.

Todo fue así: íbamos a emprender la ruta que va desde Aguas Negras hacia el Cortijo del Haza y Pinar Negro pero aprovechando que empezaba a nacer el día dijimos de explorar un poco ese tramo del río que tan impresionante se presenta desde cualquier ángulo y en cualquier día del año. Bajamos nosotros desde el rellano de la Majada de la Carrasca, donde aquella noche habíamos acampado y cogimos el cauce por arriba, junto a la margen derecha muy pegado al muro del pantano. El camino por aquí ni existe y eso hace que tengamos que saltar rocas, subir cortados, rodear tajos, avanzar por la torrentera e incluso rodar por algún cascajal. Merecía la pena por la grandiosidad del rincón, lo intrincado del cauce y la originalidad de las formas rocosas con sus pozas, sus regueros, covachas y mil caprichos más. Llegando a donde el cauce se empieza a recoger hacia el salto del vértigo la vemos. Al volver unas rocas, nos la encontramos de frente y el animal, ni reacciona. Nos ve y se nos queda parada pegada a la misma roca y como creemos que de un momento a otro va a emprender la huida, junto a la roca frente a ella nos quedamos inmóviles para gozarla antes de que se nos vaya. Como pasa un rato y no se mueve, nos aproximamos lentamente y en este avance enseguida descubrimos que está sin fuerzas. Nos mira con tristeza llena de frío y hambre como implorando compasión de nosotros.

Se está muriendo.
Ha venido a buscar el calor del arroyo para morir.
No le hacemos daño. Nos acercamos más, acariciamos su pelo, la abrazamos un poco con el deseo de transmitirle nuestra intención de paz, nos quedamos un rato allí junto a ella como si por un momento quisiéramos llenarla de calor para que siga viviendo, nos hacemos una foto con nuestra cara pegada a la suya y entre las orejas lacias y luego le decimos que vamos a ayudarle. La empujamos para que se vaya por la ladera hacia donde se eleva el Picón del Haza y se aleja lentamente; de vez en cuando se para y mira como si se quisiera despedirse, para siempre, de nosotros.

El NIÑO DE LA CIUDAD

Tampoco es gran cosa pero lo que sí quiero asegurar es que el hecho fue tan real como que ahora mismo estoy vivo.
- Mañana nos vamos de excursión a la Sierra de Cazorla.
Le dijeron los padres al niño hijo único allá en la ciudad.
- Pues mamá, déjame la tarjeta, que esta tarde tengo que ir a los grandes almacenes a comprarme el equipo.

El niño aquella tarde se compró de todo y de lo más caro: una tienda último modelo, un gran machete de monte, las botas más espectaculares, el traje para camuflarse, saco para dormir, cuerdas para escalar, gemelos, cámara de fotos... el equipo mejor y más caro que había en los grandes almacenes. Costó casi tanto o más de lo que gana un pastor en estas sierras a lo largo de todo el año. Porque al niño los padres querían darle una sorpresa: en lugar de irse a un hotel de cinco estrellas, pondrían la tienda en uno de los campings del valle del Guadalquivir.

- ¡Qué bien me lo voy a pasar! En cuanto llegue me voy a poner a cortar monte y lo primer que haré será construirme una cabaña como las de verdad.
Le decía a sus padres.
- Pero hijo, que el monte no se puede cortar y menos para jugar a eso de las cabañas.
- Mamá, hay mucho monte que no es de nadie que está ahí sin dueño. De ese es de del que yo me voy a construir la mejor cabaña.

Y es que el niño, a sus catorce años, aún todavía no había visto una vaca de verdad, ni sabía que era un hato de ovejas pastando por el monte ni si el queso se hace o lo ponen las vacas como las gallinas ponen los huevos. Por esto es por lo que los padres querían que su niño hiciera una buena experiencia de naturaleza lo más en contacto posible con ésta. Así que pusieron ellos la tienda en el rincón del camping y cuando se fue a acostar empezó a decir:
- Mamá, que esto está muy duro. Mamá que me pican los mosquitos, mamá que no me deja dormir el ruido del río, mamá que dónde está el baño, mamá que tengo frío.
Y la madre se levantó y le puso encima la manta nueva que por la mañana le había comprado en los grandes almacenes.
- ¡Ese niño que no nos deja dormir!
Empezaron a gritar los del camping.
- ¡Ea! A dormirte ya, hijo mío, que son las cinco y estamos molestando a todo el mundo.
El niño se durmió o medio se durmió porque los mosquitos y el rumor del río les pusieron nervioso y en cuanto amaneció, lo primero que hizo fue ver cómo su madre le había puesto la manta nueva. Y al ver que la manta estaba del revés, se alzó de la cama diciendo:
- ¡Mamá que la manta está del revés!
Del grito se despertó la madre, el padre y casi todos los del camping que cansados ya del niño empezaron a decir:
- ¡Ese niño, que se lo lleven a la ciudad!
A los gritos de la gente el niño dijo:
- Es que mi madre me ha puesto la manta del revés y por eso tenía tanto frío. La manta del revés no quita el frío. ¡Me estoy muriendo de tanto frío como tengo!

https://www.bubok.es/libros/171492/LOS-MAS-BELLOS-RELATOS-DE-MONTANA--100-paisajes-para-meditar

COMO UN SUEÑO

Los almendros ya habían florecido. No había llegado aun la primavera pero, después de las abundantes lluvias a lo largo de todo el invierno, la hierba relucía. Como ansiando mostrar su fuerza y también con el deseo de alfombrar con miles de florecillas.

Sin embargo, aquella mañana de marzo, todo el campo amaneció nevado. Blanco puro, como si otra vez el invierno hubiera vuelto. Se asomó él a la torrentera y caminó despacio. Buscando la pequeña senda que, por el barranco que desciende hacia el río, avanza hacia las tierras de la vega.

Pisando la nieve o más bien resbalando por ella, bajó a toda prisa. Como en un juego y agradeciendo al cielo estampa tan bonita. Y, mientras lo hacía, la recordaba. Lejana, como ya hacia mucho, mucho tiempo pero inmaculada y alegre en su alma, como el primer día. Y de nuevo dio gracias al cielo por tan hermoso sentimiento en su corazón, a pasar de la distancia y el tiempo.

Llegó a la corriente del río, lo cruzó, subió por el terraplén, atravesó los olivos, por donde las parras aun desnudas y siguió bajando en la misma dirección que las aguas. Y al poco, dejó atrás el estrecho desfiladero del río y salió a la panorámica. Donde el terreno se configura como un gran balcón frente a la ciudad y por donde la senda, agarrada a la ladera, se abre como un fantástico abanico. Y aquí se paró. Miró despacio y la visión que la ciudad le regalaba le llenó el corazón de hondo gozo.

Sobre la alta colina, recostada y alargada, se veía la Alhambra. Al fondo, las altas cumbres de Sierra Nevada y a los pies, la fantástica ciudad de Granada. Blanca hoy y como durmiendo pero bella como el más delicado y hermoso de los sueños. Meditó un momento, miró al cielo, todo azul a pesar de la gran nevada y luego pensó en ella. Y como susurrando para sí y para el viento que le acariciaba, dijo:

“Una vez más mi corazón se alegra solo con recordarte. Fuiste tan buena en aquellos días, que de armonía y paz y para la eternidad, dejaste sembrada mi alma. Por eso a cada instante sigues palpitando en mi pecho. De aquí que ahora mismo y, hoy de nuevo, te regale Granada. Los almendros ya han florecido y la nieve, esta noche, lo ha vestido todo de blanco. Y tú sigues viva, florecida y rociando de gozo y paz todos los sentimientos que laten en mi pecho”.

Zaherido

SENCILLOS VERSOS

Desde pequeño se afanó en recorrer los campos. Al atardecer se sentaba en la roca de la ladera, frente al sol cayendo, y miraba embelesado. Y, al amanecer, desde la puerta del cortijo, oteaba el horizonte y otra vez se extasiaba ensimismado en la llegada de un nuevo día. Y en primavera, verano, otoño o invierno, siempre recorría los paisajes, con la ilusión del joven más enamorado. Libre como el viento y en todo momento disfrutando del verde en los bosques y del rumor de las aguas yéndose por los regatos.

Desde pequeño y, según fue creciendo, se despertaba en él la necesidad de recoger y guardar sus abrazos con estos campos. Por eso, a su modo y de la mejor manera que sabía, cada día escribía en su cuaderno. Dibujaba algunos planos, ponía nombre a los árboles, rocas, fuentes y ríos y daba colores a las nubes. Y su cuaderno se fue llenando. De sencillos versos, de relatos vírgenes, de caminos blancos, de flores, de vuelos de pájaros y, sobre todo, de muchos y precisos planos. Y cuando el padre le preguntaba:
- ¿Y para qué quieres todo esto?
Él siempre respondía:
- Para mí mismo. Para tener siempre conmigo las cosas que me gustan tanto.
- Pero todas estas cosas las tienes cada día y en vivo frente a ti.
- Es cierto pero no es lo mismo. Este cuaderno y los planos que en sus páginas estoy dibujando, es como un tesoro único y personal. Como mi mayor fortuna.

Y el padre callaba y dejaba que siguiera con su juego. Hasta que un día, cuando ya tenía bastante años, se presentó en el cortijo el dueño de aquellos campos. Saludó al padre y luego le preguntó:
- ¿Y tú hijo?
- Con su cuaderno y por los caminos recorriendo los campos.
- ¿Su cuaderno?
- Sí, su tesoro más íntimo y preciado.
- Me gustaría tocarlo y echarle una ojeada.
Y el padre se fue con el dueño en busca del hijo. Desde el cortijo en la ladera, bajaron hasta el valle del río y luego subieron al cerro de los robles. Llamándolo a cada instante y mirando por todos los caminos. Caía la tarde y era primavera. Por eso todos los paisajes olían a hierba fresca, a flores y polen nuevo y cantaban los pajarillos.

Se lo encontraron sentado en la roca alta, mirando al horizonte, con su cuaderno en las manos y esperando a que el sol se pusiera. Le dijo el padre:
- El señorito, dueño de todas estas tierras, quiere hablar contigo.
Miró él al señorito y le preguntó:
- Aquí me tiene. ¿Qué quiere usted de mí?
- Me han dicho que tienes un cuaderno donde escribes y dibujas cosas únicas y bellas.
- En mis manos usted ahora mismo lo está viendo.
- Déjame verlo.

Y el dueño de las tierras arrebató el cuaderno. Lo abrió y lo ojeó y luego dijo:
- Lo que aquí tienes recogido son cosas que me interesan mucho. Desde hacía mucho tiempo, esto es lo que yo estaba buscando. Me quedo con tu cuaderno para siempre.
- Pero esta obra es mía, es mi sueño, mi tesoro, mi pequeña vida.
- Debes tener en cuenta que yo soy el dueño y estos campos son míos.

Se ponía el sol y por el camino del río el dueño se alejaba llevando con él el cuaderno. Sobre la roca sentado, frente a sol de la tarde, triste dijo al padre:
- No tiene derecho. Es mi tesoro, mi íntimo sueño.
- Pero ten en cuenta, hijo mío, que él es el dueño.

El agua milagrosa

Los vi y me llamó mucho la atención. Siguiendo la carretera llegaron al lugar, se pararon a la derecha, miraron para el río durante unos minutos y luego comenzaron a bajar, siguiendo el caminillo. Por el río, conforme iban llegando, se esparcieron. Como buscando entre los juncos, en la corriente del agua azul verde y entretenidos con algún que otro animal: peces ranas, renacuajos…

Y vi que uno de ellos no se fue con el grupo para el río. Siguiendo una sendilla de animales silvestres, caminó por entre el monte, buscando la elevación del cerrillo. Coronó en poco rato y rodeó el gran peñasco. Lo vi agacharse y beber del pequeño manantial: un hilillo de agua pura como el viento más fino y fría como el hielo, que brotaba justo de los pies de la roca. Y, cuando terminó de beber, se alzó y miró a los que se movían por la orilla del río. Uno de ellos llamó preguntando:
- ¿Has encontrado lo que nos decía?
Le contestó:
- Aquí, a los pies míos lo tengo.

Y el que había preguntado dijo a los demás:
- Parece que ha encontrado el manantial del agua milagrosa.
Y dos o tres del grupo exclamaron:
- ¡Vayamos corriendo!
Y se pusieron a subir a toda prisa por las veredillas que surcaban el monte. Conforme iban llegando se paraban junto a él y preguntaban:
- ¿Estás seguro que ésta es el agua milagrosa?
- Es un agua buena como ninguna otra. Fría como el hielo, clara como el viento más puro y con sabor a roca y a ramas de enebro.
- ¿Y podemos beber toda la que queramos?
- Poneros en fila que yo os voy dando.

Y vi como él, otra vez se agachó junto al manantial, escarbó e hizo una pequeña poza, con tierra y piedrecitas y dejó que pasara un rato para que el agua se "aposara". Luego, con sus manos en forma de cuenco, recogió un puñado de agua de la poza y lo acercó a la boca del primero de la fila. La probó y al instante dijo:
- Es un agua como no he saboreado nunca antes. No hay duda, tiene que ser milagrosa.
Y el que había hecho la poza dejó que fueran acercándose y bebieran toda la que quisieran.

Uno detrás de otro, se fueron agachando e hincando las rodillas en el suelo, bebían de la poza. Con cierta ansia y también con el deseo de que el fino líquido obrara el milagro. Desde la distancia, apiñados junto al

manantial de la roca, yo los estaba viendo. Y por eso ahora puedo dar testimonio de ello.

Entre la nieve, junto al río
“Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón”.

Durante varios días estuvo nevando. Sin parar un momento a lo largo de estos días y por las noches y sin que apenas se moviera el viento. Con el cielo todo cubierto de espesas nubes negras y con las nieblas subiendo por los barrancos y coronando las crestas.

Pero aquel día, una mañana ya del mes de febrero, amaneció sin nubes en el cielo. Todo azul, con el viento en calma y la nieve reluciendo blanca. Extendida como una inmensa alfombra mágica, por todas las laderas de las montañas, por las llanuras y barrancos. Y, sobre todo, por la ladera de las encinas, el valle de las rocas, por donde la gran curva del río y por el arroyo de los fresnos. Por aquí y esta parte de la montaña la nieve había caído en tanta cantidad que ni se veían los caminos ni las aulagas ni los romeros.

Pero aquella mañana de cielo azul intenso, fría y blanca como la escarcha más pura, se asomó a la ladera. La de las encinas, frente a la curva del río y el valle de las rocas. Y, antes de continuar avanzando, se paró justo en lo más elevado. Miró, durante largo rato y descubrió que toda la ladera estaba cubierta por una gruesa capa de nieve. Se dijo para sí: “Me gusta esto. Así que no tengo miedo ni me acobardo”. Y pasado unos minutos meditando y sin dejar de observar, respiró hondo y susurró: “¡Dios mío, si estuviera!”

Y pasado un largo rato, comenzó a caminar. Pisando la blanca nieve y dejándose deslizar por ella como en los años lejanos, todavía muy pequeño. Y su gozo fue inmenso. Recibió la caria del aire en el rostro y sintió como si cayera al vacío de sus más bellos sueños. Esquivó el pino centenario, la encina de tronco retorcido, la roca boronda y el acantilado de la izquierda. Y, sin preocuparse nada más que de la sensación que gustaba en el corazón, descendió y descendió hasta aterrizar en las tierras llanas del valle. Justo por donde el río se remansa y, a la derecha, se apiñan los fresnos.

Sintió voces y miró. Por la ladera de enfrente, solana, los vio. Eran los mismos de siempre, con sus mismas vestimentas y la misma actitud. Se dijo en su corazón: “¿Cuándo dejaréis de recorrer estas montañas como feriantes que solo buscan divertirse en la fiesta? ¿Cuándo descubriereis que estos lugares son sangrados y por eso antesala del cielo?” No les hizo caso. Metido en sí, caminó ahora hacia el bosquecillo de los fresnos. Buscó por entre la vegetación y las rocas y encontró el refugio. Construido de madera, pegado a unas de las rocas más grandes y muy cerca del cauce del arroyo.

Al llegar empujó la puerta, abrió y entró dentro. Vio la chimenea y, a la derecha, el montón de troncos y ramas secas. Se puso, prendió fuego a las ramas más delgadas y luego echó troncos más gruesos. El fuego prendió con fuerza y, por eso en poco rato, toda la estancia estaba caldeada. Frente a la lumbre se sentó, abrió su mochila, sacó los alimentos y se puso a comer. Y, mientras contemplaba las llamas, saboreaba los alimentos y fuera el silencio se fundía con el frío, para sí otra vez se dijo: “Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón”.

DESDE LA TIERRA
llana de lo alto de los cerros, hoy pradera espesa con la misma hierba de aquellos tiempos y era donde las ovejas se concentraban al caer las tardes, todavía arranca la senda, mitad ya carretera, que atraviesa el collado y por el cauce que el arroyo va formando, cae saltando rocas y se interna en la espesura del acebuchal y después de atravesar el puntal redondo de las jaras densas, vuelve y cien metros más abajo, ya descansa en la otra llanura hermana que se recoge junto al borde de las aguas del río bello y aquí, parece como si muriera o ya para siempre se quedara.

Y lo digo porque ayer por la tarde, como recordando aquello, me vine siguiendo las huellas que son todo silencio y soledad y al llegar justo a donde el fresco arroyo arropa con su sombra a la segunda llanura hermosa, miré y vi todavía la tierra negra de cuando aquella vez roturaron los campos y quemaron el monte para después sembrar las cosechas.

Y como en la tierra que fue tanto, han crecido las zarzas y se amontonan las ramas viejas de los acebuches, al verla me han entrado ganas de pararme y rozar otra vez el monte, retirar la broza y ponerme luego a labrarla y hasta sin querer, me he puesto a recoger ramas secas, pero cuando me he querido dar cuenta, la luz de la tarde nueva, se ha ido y la noche comienza a borrar el barranco y las siluetas de las montañas y entonces me he preguntado: “Con esta oscuridad tan densa ¿cómo ahora salgo yo de este barranco y recorro la senda que me lleva a la otra llanura hermana?”

Y es que de la tierra llana de la cumbre a la tierra llana de la vega y, sobre las huellas de la senda, es donde se me ha quedado enredada el alma, entre el monte espeso y la sombra de la noche que cae y el latido del corazón que todavía palpita y ama.

662- Se marchaba en su canto
el río de mis sueños
aquella tarde chiquita
sin sombra ni fresnos
y estaba yo parado
junto al agua corriendo
y mudo, extasiado
en la luz y su juego
y el dibujo claro

que trazaba sin lienzo.

Se marchaba en su canto
y el hambre en mi pecho
se me abrió en cascadas
como quien muriendo
pide un sorbo de agua
y un puñado de viento
y, desde el fondo del alma,
dije todo pleno:
"Con el río plateado
que es amigo sincero,
quiero yo, nadando,
irme a tu encuentro
ahora que a los dos
nos cubre el silencio
y nadie más comparte
este blanco secreto".

LA SENDA DE
LAS CAÑADAS

Va de cañada en cañada trazando una amplia ondulación al pasar por el valle del río que se encuentra justo en el centro de las dos cañadas. Como una gran media luna cuyos dos extremos son el comienzo y el final de la senda.

El extremo primero, donde debe comenzar la senda, sí lo conozco muy bien. Es una llanura blanca al final de los tres cerros donde, además de silencios y verdes en primavera, brotan más de veinte veneros. No todos en el mismo punto, sino repartidos por toda la llanura que en este caso sería la cañada de donde arranca la senda. Pero claro, decirlo así suena como si este trozo de sierra fuera más o menos igual a cualquier otra llanura de las muchas que por estos montes existen y no es igual. Yo mejor que nadie sé que es única no ya por la senda y los manantiales sino por una serie de cosas que pertenecen más bien al mundo de las emociones.

Los veneros echan agua casi todo el año y como son muchos y repartidos por aquí y por allá, desde cada uno van saliendo sus pequeños arroyuelos que abriéndose paso con armonía y suavidad buscan la parte baja de la cañada. Ya aquí se juntan y con el agua de todos el arroyo se hace grande. Es un primor la transparencia de estas primeras aguas acompañando ya, barranco abajo, la incipiente senda. Porque ya he dicho que la senda nace aquí, entre los veneros, los arroyuelos de los veneros y el arroyo que va resultando de la suma de los veneros.

Siguiendo el cauce que baja, unas veces por un lado y otras veces por otro, se dejar ir la senda buscando, sin titubeos ninguno, el río. Tienes la impresión que va a perderse por el barranco por la profundidad de éste, su oscuridad y su bosque pero no es así. Antes de llegar al río se abren los barrancos llenándose de luz por la amplia solana y una vez que cruza el río,

por la solana precisamente sube la senda. Con suavidad, como si se tratara de un juego dulce, busca otra vez el cauce del nuevo arroyo que baja de la segunda cañada. Podría decirse que son dos arroyos gemelos con dos cañadas gemelas donde ambos nacen y dos llanura también gemelas sembradas de multitud de veneros cada una.

Pero en cuanto la senda sube a la segunda cañada, yo ya no la conozco. Desde la ladera de enfrente la tengo muy vista y aunque me intriga la densidad del encinar que por allí se ve y el horizonte casi azulado que lo llena de misterio, todavía no conozco esta segunda cañada. Cualquier día de estos y si es posible en primavera, vendré a verla. Intuyo que será grandiosa tanto la senda, como la cañada y el encinar.

EL PINO VIEJO

Hoy, que hace un día muy bueno, todo lleno de un sol espléndido y suavemente perfumado por el vientecillo fino que acaricia los bosques, después de un buen rato con nuestro amigo el científico por el Arroyo de Rocanales gozando de sus charcos y aprendiendo los secretos de las culebras de agua, nos vamos hacia el Río Madera. Sólo tenemos que bajar un poco más y enseguida damos con la pista, hoy carretera asfaltada que viene por todo este curso del río y se va hacia la aldea de la Toba.

A lo grande, que es como primero nosotros hemos aprendido la sierra, queda a nuestras espaldas el Pico de Hornos que tiene 1.502 m. A la derecha, subiendo por el río, Cerro del Toril con 1.454 m. más arriba y a la izquierda, Cerro del Rayo y al final del curso del este río, que sería por donde nace, el Pico Espino con 1.722 m. compartidos con Navalperal que se alza enfrente pero mucho más lejos y en otra vertiente. Por aquí cerca queda una pequeña aldea llamada El Prado que nosotros pasamos de largo así como las instalaciones de varios campamentos juveniles que la Junta de Andalucía tiene montados por las riberas del río. El más espectacular de todos ellos, el que está perfectamente montado y ni siquiera es bonito comparado con otros, también nos lo dejamos un poco a la derecha y por el carril de tierra, buscamos el cauce del río. Un río que es de los más bellos de todas estas sierras pero que este año tampoco trae mucha agua aunque la que por él corre sí es limpia y como por aquí se remansa en algunos charcos deliciosos, aprovechamos para darnos un baño.

He oído, por algún sitio, que por la zona izquierda de este río, crece un pino viejísimo.

Expone en uno de nuestros chapoteos el primo mayor. Como está junto al científico y parece que ha sido a él a quien le hace la pregunta un poco incompleta, el científico responde que:

De tal pino no sé nada. Será algo como el famoso pino de Galapán, el abuelo de Cazorla allá por Vadillo, el de las tres cruces por el nacimiento del Río Guadalquivir, los de la derecha del Río Borosa y los centenarios por el barranco y la Cañada del Mesto por el Río Guadalentín.

Dicen que en los tiempos en que esto era provincia marítima, uno de los ingenieros que un día andaba por estos montes con los hacheros, al llegar al pino y verlo, dio orden que lo marcaran pero no para cortarlo sino para dejarlo

indultado para siempre. Tan bonito era y tanto le gustó que se salvó precisamente por eso: por su vejez y su belleza.

Pues un día tendremos que hacer dos cosas: primero, buscar mucha más información y segundo, echarnos al monte hasta que demos con él. Seguro que será un ejemplar digno de admiración.
Responde el científico.

303- De los manantiales asombrosos,
donde aquellas tardes
me dieron a beber el agua limpísima,
que sabe a tomillo y huele silencio,
los que brotan en las playas de la niebla
y corren al final del río, a la derecha,
según se sube por la senda
que ya no va a donde crecían los robles
ni tampoco a las praderas de la siesta.

De los manantiales rumorosos
que corren por los surcos
de la tierra amarilla, rocas ceniza y plomo
y no son torrenciales sino mansos
como las lejanías misteriosas
de brumas y horizontes azules,
de estos manantiales,
que a partes iguales, corren por mi alma
y el arroyo que muere en el río nuestro,
sólo te digo que me pertenecen
porque, junto con ellos, me los regalaste
aquella tarde que me dieron a beber su agua,
de rodilla, junto a la corriente
y en la palma de la mano.

De estos manantiales,
que en forma de beso, son mis sueños,
y la fuente que alimenta sus propias vidas,
dos cosas más debería decirte,
pero los dejo ahí, limpios, corriendo,
como señal y recuerdo de tu presencia,
y en espera del día nuevo.

La excursión

Los conocía desde hacía mucho tiempo. Por eso, muchas veces, ya lo habían invitado. En ocasiones, para reunirse y hablar de temas elevados y, en otros momentos, solo para verse y compartir cosas elementales y también para ir por algún lugar de la ciudad. Por todo esto, ya los consideraba buenos amigos y hasta los tenía por los más buenos.

Pero en aquella ocasión, cuando se enteró de la excursión, descubrió que ya lo tenían casi todo acordado. Directamente a él no le pidieron que se uniera pero por sí mismo interpretó que podía acompañarlos.

Porque de ningún modo le había vetado su presencia. Por eso aquella mañana, ya con la primera parte de la excursión en marcha, se pararon un momento. Junto a la pequeña casa, todavía un poco antes de los manantiales y donde la explanada, los árboles y la fuente de aguas claras. Dijo el que iba al frente del grupo:
- Juguemos un rato, tomemos un bocadillo y luego seguimos.

Y enseguida, varios se pusieron a correr detrás de un balón, a charla en corro y, sin saber cómo ni por qué, se vio solo. Sin participar en nada, a un lado de todos ellos y sin que ni siquiera le dijeran que los acompañara. Se puso a jugar con su pequeño perro y al poco vio como todos se concentraba alrededor de la fuente. Sacaron bocadillos, los intercambiaron entre sí y tampoco les dijeron nada. Ni le ofrecieron un bocadillo ni una fruta ni nada de lo que entre ellos compartían. Y en estos momentos sí se sintió marginado. No dijo nada. Se limitó a estar allí, entre ellos mientras se acercaba al que creía era su mejor amigo. Éste ya había terminado de comerse su bocadillo y por eso dijo:
- No te entretengas muchos y recoge tus cosas que en un momento nos vamos.

Entró a la vieja casa, donde había dejado su mochila, recogió y metió dentro de la mochila algunas de las cosas que un compañero habían dejado por allí y, al poco, salió fuera con la intención de unirse a ellos y continuar el camino. Pero y de repente, descubrió que ya se habían marchado todos. Sin apenas meter ruido y sin decir nada. Ni siquiera tenía claro la dirección que habían tomado. Llamó a su perro que sí estaba por allí retozando, lo acarició y miró para el lado del arroyuelo, por donde se veía un trozo del camino.

En la misma explanada se paró un coche, bajó de él un hombre y una muchacha y el hombre se acercó y le preguntó:
- ¿Sabes a qué sitio se han dirigido?
Y le dijo que todos se habían marchado sin darle ninguna explicación. Le dieron las gracias, arrancaron el coche y se fueron. Mirándolos se quedó él, acariciando a su perro, con la mochila preparada y dudando si seguir, quedarse por allí sin tener claro para qué o regresar. Porque tenía claro que todos lo habían dejado a un lado sin darle la más mínima explicación.

Viaje a la nada
- ¿Cuándo te marchas?
Le preguntaron. Y él respondió:
- Mañana, al caer la tarde.
- ¿Y ya lo tienes todo preparado?
- Todo menos lo más importante.
Y quisieron seguir preguntando pero le dijeron:
- Si organizas una fiesta de despedida nos gustaría ir a ella. Queremos decirte algo.
Hubo un momento de silencio y luego él preguntó:
- ¿Qué es lo que me queréis decir?
También ellos esperaron un rato y luego, el más amigo, dijo:

- Queremos que sepas que toda marcha, todo viaje hacia lo desconocido y nuevo, todo cambio de lugar, es como ir a la búsqueda de lo esencial. ¿Estás tú de este modo preparado?
Y él les respondió:
- En el fondo sé que aquí me dejo lo que más siempre he amado. Y más en el fondo sé que si no me llevo conmigo lo que tanto me duele dejar, de nada sirve mi cambio. Porque llegaré al lugar y comenzaré a vivir por allí pero sintiéndome vacío y sin tener conmigo lo que, desde que vivo, estoy ansiando.

Hubo otro momento de silencio y luego de nuevo le preguntaron:
- ¿Y cómo es aquello?
- Todo campo verde, un río muy claro y un gran valle repleto de altos árboles.
- Sin duda es un lugar hermoso por lo que nos estás contando. Pero ya sabes: todo cambio de lugar, en el fondo es como dar un paso al encuentro de tu final, de lo esencial, de tu hondo sueño, de tu más pura realidad. De nada sirve ir a un lado u otro buscando si no tienes claro que el fin eres tú mismo.

Y nada más se habló en aquel momento. Al poco, los amigos se fueron y él se quedó solo en su habitación. Dio unos pasos y se acercó a la ventana. Miro fuera y descubrió que estaba nublado, no hacía frío y en los álamos de la ladera, arrullaban dos tórtolas y canturreaban algunos mirlos. “Hoy puede llover”, se dijo. Luego cogió un bolígrafo y una hoja de papel y escribió los siguientes versos:

Si me faltas,
si no estás conmigo
por donde vaya,
aunque cambie de lugar
seré nada.

Lo más importante
no es cambiar de casa
ni de país
ni de playa,
si no estás conmigo
vaya a donde vaya
siempre tendré un vacío
en mi alma.

Recordando su blanco juego

Era invierno. Ya final del mes de enero y el día amaneció tranquilo. Solo con algunas nubes en el cielo, el viento en calma y sin apenas frío. Por esto, aunque era invierno, apenas lo parecía. Pero sí, unos días antes, había llovido mucho. Sin parar a lo largo de dos meses y de una forma casi torrencial. Y lo había hecho a largo y ancho de toda la región y por las montañas y campos de sus recuerdos.

Y aquella mañana gris, de viento en calma y con cara de invierno, comenzó a subir por el camino. La pista de tierra que arranca en el corazón del valle y, zigzagueando ladera arriba, pasa por el collado de las encinas en busca del cortijo de las pitas. Y, conforme avanzaba por el carril dirección al cortijo, miraba. Despacio y con interés, como si buscara algo que en el fondo necesitaba. Y él sabía que sí lo necesitaba y por eso tenía claro también qué era lo que buscaba.

Siguiendo el carril de tierra, remontó a la curva cerrada del collado de los majuelos. Se paró un momento y fijo, miró al frente. No muy lejos, descubrió el cauce del arroyo grande, el puente de cemento por donde el camino cruzaba y, más arriba y coronando, la oscura silueta del cerro. Como mirando o vigilando el zigzagueo del camino y como ofreciendo una atalaya en la misma roca que en todo lo alto se clavaba. Siguió atento buscando y sus ojos se fueron hacia la figura del cortijo.

Y al fin descubrió, algo asombrado y al mismo tiempo emocionado, que a pesar del tiempo aun permanecía blanco, misterioso, sereno, hermoso… Oculto un poco por entre las encinas, como en aquellos tiempos, rodeado de eucaliptos, de olivos y de pitas y en el rellano de la derecha del cerro. Mirando al sol de la tarde, de igual modo que en aquellos tiempos y como escondiendo en sí el más importante de los secretos. Secretos o tesoros llenos de recuerdos amables que era lo que, en el fondo, él venía buscando. Con el deseo de rellenar, de alguna manera, el vacío y hambre que tanto le dolía dentro del pecho.

Por eso, después de un largo rato observando la figura del cortijo y meditando los recuerdos, se fue llevando sus miradas para la ladera por encima del puente y del arroyo. Se veía por aquí el camino trazando curvas y aplastado entre las encinas y la tierra. Y por una de estas curvas, le pareció verla. Subiendo con la misma elegancia y belleza que en aquellos días, montada en su bicicleta. De espaldas al arroyo y de espaldas a él pero exhalando tanta belleza que enamoraba y llenaba de dolor al corazón. Quiso llamarla para verla más de cerca y que no se le escapara del tiempo pero cayó en la cuenta que todo era puro recuerdo. Que no era cierto que en ese momento ella por allí subiera aunque su corazón sí la estuviera viendo.

Sin embargo, sí percibió que el aire le regalaba con la misma esencia de aquellos días lejanos y con la misma imagen del cortijo clavado en lo más alto del cerro. Sacó de su bolsillo un bolígrafo y papel y, sin dejar de mirar para donde le parecía subía montada en su bicicleta, escribió los siguientes versos:

Ha pasado el tiempo
y todo conmigo
se ha hecho tan viejo
que ni siquiera reconozco
estos cerros.
Pero mi corazón
te sigue viendo

igual de alegre y joven
y en tu mismo juego.
Sincera eternidad
en mi eterno sueño.

315- ¿Mi chozo?
Hace tres meses que lo he construido
junto al arroyo
entre el bosque de tu belleza,
a dos pasos de tu corazón,
bajo los madroños de la tarde,
al borde de tu compañía,
y en la finca de tu perdón.
Y aquí sólo hay pájaros,
silencios de primavera
y flores que me hablan de Ti.
Pero si quieres ¿Mi chozo?
Si acaso mañana lo desmonto
y con los dos enseres
de mis mantas viejas,
y un poco de ayuda por tu parte,
me voy a vivir a la cabaña que tienes,
entre el alba y las estrellas,
al borde del prado de la hierba.

Un baso de aluminio
una cantimplora y varias cosas más sin valor
y la corriente de tu arroyo
que pasa rozando a mi chozo,
son los únicos compañeros
que comparten conmigo
la tristeza del alma,
pero mientras en la noche duermo
sobre la música del agua,
yo sé que me besas.

Aquí te doy y me das compañía
tardes enteras y lloro y rezo
y me abrazo al viento
sin que nadie lo sepa.

Y más arriba y bajo los álamos,
brota el manantial de las aguas limpias
y como siempre, por entre las sombras juegas,
ahí me siento y sueño
que me haces perfume de flores,
aromas de hierba
y contigo me llevas.

Siempre ando visitado

de las mariposas que vuelan
y en el fresco del agua
del blanco chorro de la fuente bella,
al lavar mi cara
Tú te reflejas.

Porque mi chozo
aquí lo construí aquella tarde de primavera,
cuando me diste tu mano de amigo sincero
y me dijiste que me viniera
al simple palacio del viento tibio
y al calor sincero de la limpia tierra.

LA MUDANZA, Bujaraiza

Tanto tiempo en aquel valle arrullados por el murmullo del Guadalquivir y abrazados por la elegancia de las sombras y los bosques, que arrancarse ahora de allí no era sencillo, sino muy doloroso.

Pues tenéis que iros; por más duro que sea y aunque os cueste tanto que deseéis morir, tenéis que iros.

Les decían.

Pero es que no acabamos de creerlo.

Y era verdad: en la pequeña aldea nadie se lo creía seriamente porque tan primor era aquello y tan sueño siempre habían sido aquellos paisajes, que nadie podía creer la noticia de tenerlos que dejar ahora y para siempre. Para la eternidad. Aquellas calles, casi caminos, sólo de tierra que nunca terminaban porque se deshacían o en la vega del río o en las laderas de las montañas, aquel viento del atardecer que más que otra cosa parecía pararse por entre las chimeneas y la torre de la iglesia, aquel trajín de rebaños desde las tinadas hacia las praderas y desde aquí por los manantiales y las dehesas verdes ¿Cómo todo aquello iba a desaparecer del universo y de la noche a la mañana tragado por las aguas del pantano?

Pues va a desaparecer y para siempre.

No puede ser; el progreso no puede ser luz verde para todo en este planeta. Algún día alguien tendrá que pagar por ello.

Déjate de trascendencia y acepta la verdad. Tenéis que iros porque las aguas no tardarán en cubrir todo este monte.

Lo que pasa es que vosotros ni habéis nacido aquí ni tenéis raíces en este rincón.

Seguían diciendo algunos vecinos mientras aquella mañana, otros vecinos de la pequeña aldea, ya preparaban su mudanza.

Porque aquella mañana toda la aldea era un hervidero de actividad, aunque se conectaba y tenía relación a la de tantas veces y tantos años atrás. Fundamentalmente todo el mundo esta mañana saca a las puertas sus enseres. Mesas viejas y de madera por un lado, sillas también viejas, unas de esparto y otras de aneas, por otro lado, colchones de lana y de panochas de maíz, cortinas, vajillas. Y mientras tanto, por la senda que nunca se pierde porque jamás muere en ningún sitio, van y vienen multitud de mulos, burros y bueyes cargados todos con los enseres de la mudanza. La gente, unos y

otros los van siguiendo y cuando se cruzan o se encuentra por las calles o el camino, que tanto uno como el otro es casi la misma cosa, o mientras esperan en las puertas de las casas frente al último sol de sus vidas por estos valles, se entretienen en contarse lo que sienten.

¡Quién nos iba a decir a nosotros que amanecería un día tan triste como el de hoy en este valle!

Y cuatro cosas que tengo y hay que ver lo que cuesta arrancarlas de aquí.

¿Para quién o para qué será el agua de este pantano?

Yo creo que para regar las tierras de otros y hasta dicen que para el césped de campos de gol.

Lo que puede parecer es que ya somos tantos en este planeta que los más pobres tendremos que morirnos para que vivan los que tienen más dinero.

Claro, como ellos sí lo pueden comprar todo, ahora les están surgiendo otras necesidades y han venido a estas sierras a llevarse el agua de nuestros montes aunque para ello nosotros tengamos que dejar nuestras casas y cosas.

Pero mamá ¿Tú te das cuenta cómo esta quedando la casa?

¿Cómo está quedando la casa, hija?

Pues no tienes nada más que mirarla. La habitación se queda desamueblada, llena de pelusas por el suelo, sucias sus paredes, y la tierra por todos sitios la llena de polvo. ¿Y el pasillo? Fíjate como se queda el pasillo: todo lleno de trozos de palos, más pelusas, sin ni siquiera un mueble y vacío totalmente. ¿Tú te das cuenta, mama, lo desolada y sucia que estamos dejando la casa?

Me doy cuenta, hija mía pero es que a partir de ahora ya no vamos a vivir más en ella. ¿Para qué la vamos a limpiar?

¿Qué es lo que pasa, mamá?

Nos vamos, nos mudamos a otro lugar, así que ¿para qué tenemos que dejar la casa limpia?

De todas maneras es horroroso esto de tenerse que ir y dejar la casa tan sucia. Parece más fea, parece como si nuestra vivienda fuera la culpable de que la dejemos abandonada y por eso ni siquiera nos preocupamos de ordenarla un poco para que quede limpia.

Quizá tengas razón, hija pero como la casa en sí ni siente ni sabe, qué más da. La construimos nosotros un día cuando teníamos el corazón lleno de ilusión y ahora también nosotros la dejamos abandonada para que se hunda en este valle porque ya no hay ilusión en nuestro corazón sino tristeza.

Toda aquella mañana fue una mañana muy especial en el rincón de las dehesas verdes. Los rebaños se alejaban por las laderas, la gente por los caminos, el agua venía río abajo y conforme se iba remansando subía en forma de olas cubriendo las pequeñas rocas y el césped verde de las llanuras. El silencio se iba apoderando de los barrancos y las casas de las aldeas poco a poco se quedaban solas. Una extraña visión que sobre cogía el alma y estrujaba el corazón. Y es que ellos no lo entendían, por más argumentaciones de peso que les dieron lo ingeniero, ellos no llegaban a entenderlo. Era todo aquello una ruptura, como un primer o segundo escalón

de aquella soberbia Torre de Babel cuando a los humanos se les ocurrió ser tan grandes como Dios.

La chiquilla

La chiquilla se fue tras las ovejas, llevándose en los brazos el cachorrillo de Bolera y cuando llegó a las praderas del collado, por allí se paró. Las ovejas se extendieron llenando todo el collado y mientras los animales comían de aquella tan fina hierba, ella se dedicó a jugar con el cachorrillo.

- Hoy será el último día que vienes sobre mis brazos. En cuanto lleguemos al cortijo te voy a soltar para que te vayas con tu madre y después ya tienes que empezar a arreglártelas sólo.

Le decía la muchacha. Luego, cuando ya el sol calentaba, corrió con él por entre la hierba, le enseñó la senda que desciende desde el collado el gran valle del Guadalquivir y lo llevó a la que ella llamaba ACascada de Seda". En unas rocas por encima se sentó y mientras la contemplaba le decía a su cachorrillo:

- ¿Ves qué bonita? Vienen las aguas, desde lo alto y por entre las grietas de las rocas aquellas, se meten. Salen por los agujeros donde el musgo crece y al caer por el vacío, tan abiertas y extendidas, fíjate lo que parecen: revoltones de niebla o puñados de seda. Por eso yo le he puesto ese nombre pero si te fijas bien, también parecen caños de puro algodón. No hay unas cascadas más bonitas en todas estas sierras que estas mías. ¿Tú qué dices?

El cachorrillo no dice nada pero sí juega con la niña complacido por tantos mimos y detalles. Corretea por las sendillas y de vez en cuando se para frente a ella y la mira con cariño. Cae la tarde. Ovejas, perrillo y muchacha regresan al cortijo y en cuanto llegan, lo primero que ella hace es preguntar a la madre por Bolera.

- Ya se ha muerto.

Le dice la madre sin más rodeos.

- ¿Pero dónde está mamá?

- Se fue por las rocas del Picacho y en la covachilla del roble, se metió. Fue tu padre a llevarle algo de comer y se la encontró muerta.

- Pero mamá, el animal tendría frío. ¿Por qué no dejaste que se acostara junto al fuego?

- Ella tenía que morirse. Ya tenía muchos años y a los animales, como a las personas, cuando les llega su hora, nada hay que se pueda hacer.

- Será verdad lo que dices pero si además de estar enferma pasa frío y hambre y se queda sola bajo aquellas rocas, ¿tú no crees, mamá, que es cruel?

- Sí lo será hija mía pero ya te he dicho que Bolera es vieja. Nadie puede quitarle los años de encima. Tenía que morir y ya ha muerto.

- Pues a mí me da pena y hasta siento que en el último momento la hayamos dejado tan abandonada. Algo más podríamos haber hecho por ella y a lo mejor no hubiera sufrido tanto. Me da pena que haya muerto y que haya sido en aquella cueva tan sola y con tanto frío.

337- ESTA MAÑANA

Ahora, esta mañana, el cielo nublado
arropa tiernamente la tierra mojada,
besándola en un abrazo, cual dulce amada,
que virgen, el tiempo ha conservado.

A lo largo del mundo todo esta callado
con la voz del silencio de la inmensa nada,
como si la hora ya fuera llegada,
de juntar en un punto presente y pasado.

Ahora, esta mañana, me ha rozado el viento
con su mano vieja de algodón mullido
y se ha ido luego con su paso lento.
Y de nuevo otra vez aquí te he sentido
llenando mi alma en su mismo centro
y de nuevo un poco más de Ti, me siento herido.

La boda

Cosa importante ha sido la boda, superando en mucho todo cuanto esperaba y era sueño.

- Y ahora ¿qué tienes que decir?
- Que esperaba de ti esta pregunta y no deberías habérmela hecho.
- Ya sé lo que te pasa: después de haber visto lo que has visto y sentido lo que has sentido, te has quedado sin respuesta.
- También es verdad pero sólo un poco porque el otro poco es que tengo dentro de mí ahora mismo tanta abundancia de información y de sentimientos que me he quedado bloqueado. Tengo la respuesta y sé lo que siento pero si me pusiera a contar no sabría por donde empezar ni cómo continuar para que todo saliera
perfecto y nada quedara perdido.
- Pero vamos a ver ¿tenía o no tenía yo razón?
- Tú tenías razón: la boda ha sido muy hermosa pero yo ahora, para sentirme orientado y no perderme más, tengo que estructurarla en dos grandes bloques. El primer bloque es todo aquello que en la boda fue igual a otras muchas bodas del mundo y el segundo bloque, lo que fue y es único y no se da en ninguna otra boda del mundo porque pertenece a la identidad.
- Ya sé lo que quieres decir.
- Lo que te quiero decir es lo siguiente: que la boda y ellos hoy me han descubierto, me han acercado un poco más al corazón mismo de las sierras que tanto amo.
-¡Claro! Hasta hoy tú no habías vivido de cerca o más bien desde dentro, sus cosas más personales, sus costumbres más puras y por lo tanto, desde esta dimensión, la sierra permanecía cerrada para ti, incompleta en ella misma y en el océano de tu espíritu porque en el fondo te faltaba conocer el trozo mejor, el más importante. No los tenías a ellos con sus cosas y menos a ellos con su boda y esto pertenece al segundo bloque.
- Algo así pero todavía hay mucho más que ahora mismo no acertaría a decir. Lo estoy asimilando y digiriendo en mi corazón y he pensado que más adelante, cuando disponga de tiempo, lo haya ordenado un poco y ya sepa por dónde empezar, te lo voy a contar todo con detalle y detenidamente que es como hay que hablar de estas sierras. Tú mejor que nadie sabes que estas cosas hay que cogerlas desde el principio y avanzar lentamente, para que nada se quede atrás porque en los matices es donde se esconde la belleza que diferencia. En cuanto disponga de tiempo y lo tenga preparado te

contaré despacio todo lo que hoy he visto, oído y sentido desde esta boda y alrededor de ella, que no sólo me remite a los paisajes que tan dentro llevo, sino que me hunde más en su profundo misterio.

Ha sido una experiencia rica y bella dentro de las cosas de este puñado de tierra mía. Te contaré despacio y con detalle en cuanto tenga ordenadas las cosas y disponga de tiempo.

El color de un sueño

- ¿Nunca lo has visto tú?
Preguntó él. Y ella respondió:
- Nunca en mi vida lo he visto. Ni siquiera en sueño y, ahora que me lo dices, sí que me gustaría verlo. ¿Es del mismo color que me has dicho y tan hermoso?
- Y aun más porque las palabras ni siquiera pueden definirlo. ¿Quieres verlo?
- Pues claro que sí.

Y aquella tarde, todavía un poco antes de que el sol se pusiera, subieron por la senda que recorre la ladera. Llegaron a lo más alto del cerrillo y, al dar vista al arroyo, se pararon. Frente al cerro gemelo donde, en todo lo alto, se veía el cortijo. Ya muy viejo, casi en ruinas y recortado en el cielo. Al fondo, por donde la tarde se iba, se veían las nubes y los rayos del sol surgiendo por entre ellas. Más cerca de ellos, entre las ruinas del cortijo y el cerrillo donde estaban parados, se veía el arroyuelo. Sin agua ninguna, con unos cuantos álamos clavados en la llanura de abajo, un par de majuelos algo más arriba y el manantial de las rocas, en la parte alta.

Dijo él:
- De ese manantial, la fuente más pura y fresca de estas montañas, cogían el agua para beber los que vivieron en el cortijo.
- ¿Y todavía sigue ahí el venero?
- Todavía y parece que cada día con el agua más clara y fresca.
- Quiero verlo y mojar mis manos en esa agua y beber un trago.
- Es necesario para apreciar después los colores que te vengo diciendo.

Y sin más, avanzaron de nuevo por la senda. Siguiendo la línea de la pequeña loma y atravesando la espesura de romeros. Rozaron el majuelo grande y se acercaron al manantial. Justo donde el arroyo comienza a fraguarse y por el lado de debajo de las dos llanuras grandes. Y, al acercarse, vieron que la fuente manaba copiosa, clara y remansada.
- ¿A caso es milagrosa esta agua?
Preguntó ella.
- Yo no sé si tiene propiedades pero sí puedo confirmarte que es agua buena, muy buena.

Bebieron, se lavaron las manos, se quitaron los zapatos y, en la corriente que caía desde la fuente, mojaron sus pies y luego siguieron.
- La tarde está cayendo y por eso tenemos que darnos prisa.

Y subieron rápidos recorriendo la ladera del cerro frente a las ruinas del cortijo. Llegaron a todo lo alto justo cuando el sol se ocultaba tras las lejanas montañas. Y él de nuevo comentó:
- Mira despacio y espera unos minutos.
Hizo ella lo que le pedía y, a los tres minutos, vieron como el color violeta claro se empezaba a derramar por todos los paisajes. Como en forma de lluvia mansa pero impregnando profundamente. Dijo ella:
- Lo estoy viendo y no lo creo pero compruebo que tenías razón: es fantástico. Como el color de un sueño.

LA DIVERSION

Estabas tú sentado bajo la sombra del pino en la ladera de enfrente y descansabas un poco de aquella subida al mismo tiempo que contemplabas el paisaje. Estabas tú allí sentado respirando el aire fresco sintiéndote aliviado del mundo de los humanos, de su presencia y de sus cosas pesadas y tontas cuando los sentiste acercarse por la pequeña cañada. Sólo eran tres y subían decididos, como si fueran a lugares concretos para realizar cosas también concretas que en principio parecían también importantes y serias. Ello no quitó que al verlos tú allí de pronto primero te sorprendiera y segundo te preguntaras que a dónde iban ellos por allí.

No tardaron en decirte a qué cosa concreta iban ellos por allí. En cuanto llegaron al final de la cañada que es donde comienza la loma y era el punto más próximo a donde tú estabas sentado los viste como torcieron hacia la derecha y empezaron a subir por el puntal.
-¿Qué buscarán por aquí?
Te volviste a preguntar de nuevo y en este momento sentiste a los otros; a los que subían por el arroyo del otro lado de la lomilla pero más bien a media ladera. Estos eran más, por lo menos diez y subían metiendo jaleo en dirección contraria a los tres que ya iban por la lomilla.
-¿Adónde irán aquellos también y qué es lo que buscarán por aquí?
Volviste a preguntarte sabiendo que estos rincones no son precisamente muy conocidos por los turistas y no porque sean insignificantes y feos, sino porque son rincones silenciosos y apartados y la mayoría de las veces ellos buscan otras cosas.

Y estabas tú intentando averiguar qué es lo que hacían por aquí cuando viste que los primeros se pusieron mano a la obra. Se organizaron en grupos de dos o tres y piedra gorda que encontraban por la ladera piedra que empujaban y echaba a rodar ladera abajo. Todo un crujir de rocas, monte y polvareda era lo que la piedra dejaba mientras se destrozaba saltando ladera abajo hasta el arroyo al tiempo que los del grupo miraban el espectáculo al parecer bastantes rebosantes de placer.
- Esta es más gorda pero vamos con ella.
Y de nuevo la empujaban hasta que la roca daba el primer tumbo y salía rodando. Otro escándalo más de piedras que estallaban y exclamaciones del grupo asombrados de su gran obra.
- Ahora nos toca a nosotros.
Gritaron los de arriba y entonces pusiste los ojos en ellos. ¿Qué es lo que descubriste?

Descubriste que se habían subido hasta una gran repisa donde varias piedras gordas que formaban como una pared ya las tenían ellos a punto de doblarse y salir rodando ladera abajo. Eran las piedras más bonitas de toda la ladera precisamente porque el tiempo y los fenómenos atmosféricos las habían tallado dándole las forma más caprichosa y bella que jamás artista humano podrá lograr nunca. Y las piedras estaban del tal modo talladas y puestas en la ladera que sólo era necesario darle un pequeño empujón para que salieran rodando monte abajo.
-¡Será posible que sean capaces!
Te dijiste tú y enseguida viste que fueron capaces. Sin apenas esfuerzo el pequeño peñasco, escultura rocosa y belleza de la ladera, cedió y solemnemente se dobló hacia la ladera y después de emitir como un gran quejido, se desplomó hacia el barranco quebrándose en mil pedazos que llenaron toda la ladera y todo los árboles que cubren la ladera.
-¡Impresionante!
Exclamaron los del grupo de arriba.
-¡Esto es demasiado, macho!
Exclamaron los del grupo de abajo. Y al oírlos tú y ver lo que viste ganas te dieron de irte hacia ellos y decirles cuatro cosas pero no lo hiciste.

Allí seguiste sentado a la sombra del pino durante un rato más, respirando el aire fresco que subía por el barranco y meditando las cosas de los humanos, su presencia y sus mil posturas tontas. Y como tú aquel día lo único que buscabas era precisamente esto: estar lejos de ellos y olvidarlos aunque sólo fuera por unas horas y sobre todo, a unos cuantos muy concretos, cuando ahora los viste por allí realizándose y realizando sus obras maestras, una vez más te enfadaste con ellos. Ni siquiera podían dejarte en paz en el silencio de estos barrancos y bajo la sombra fresca del pino grande si no que tenían que venir a ponerse delante de tus ojos para que tú vieras bien lo que ellos son capaces de hacer, lo inteligentes que son y la cantidad de obras grandes que salen de sus manos y mentes. A tus mismas narices y donde sólo existe aire fresco y grandes silencios tenían que venir ellos a demostrarte sus absurda y salvajes prepotencias.

EL VADO PEQUEÑO

El vado pequeño ha sido uno de los rincones más bonitos de la sierra. En cuanto tú te asomabas al collado blanco tenías ante ti, primero la llanura con su bosque verde y que todos conocen por el Prado de los Perrillos y al fondo la corriente del arroyo. Ahí mismo estaba el vado: donde el arroyo corta la llanura y la senda empieza a irse ladera arriba. Un poco más arriba de donde la senda cruzaba la corriente es donde estaba el gran manantial y por el lado de abajo del vado, por donde ya la corriente ha dejado atrás a la llanura, es por donde se abre la cascada. Por el otro lado, por el del collado, viene la senda pequeña. Es esta una senda que se acerca al vado casi con miedo, escondida entre los pinos y el silencio y casi de puntilla para no manchar la paz que en todo momento llena este vado. Una maravilla todo este rincón y un remanso de dulzura donde a nosotros, en aquellos tiempos, nos gustaba tanto venir.

Y nosotros éramos cuatro: los tres montañeros pequeños, primos y niña rubia y un servidor. Al rayar el día nosotros cogíamos el coche y a veces, sin ni siquiera haberlo planeado antes, cuando acordábamos nos encontrábamos camino del vado.
- Es tan bonita esa corriente y se lo pasa uno tan bien corriendo por la pradera que jugar por este vado no tienen ni chispa de comparación al juego por otros rincones de la sierra.
Me decían los niños y en el fondo tenían razón. Por eso el vado, con su llanura, poco a poco se les fue metiendo dentro, poco a poco lo empezaron a sentir como su trozo de tierra predilecto y hasta llegaron a creer que nadie más tenía que ir por allí. Esto llegaron a creer ellos y todo era nada más que por lo mucho que les gustaba el vado y lo bien que se lo pasaban cuando por él corrían.

Así que una de aquellas mañanas subimos por la senda y cuando ya estábamos en lo alto del collado blanco nos llenamos de alegría. Hoy también era un día bonito y nuestro pequeño vado parecía permanecer sumido en su silencio.
- Pues no es verdad lo que me dijeron.
Exclamó la niña rubia.
-¿Qué fue lo que te dijeron?
Le pregunta uno de los primos.
- Me dijeron que los turistas ya habían descubierto este rincón y que lo tenían todo lleno de las cosas que siempre llevan consigo.
- Serían una pena si eso sucediera porque no sólo romperían todo este paisaje y ensuciarían el agua sino que ya no quedaría por aquí ni siquiera paz.
- Que se vayan a otro sitio y nos dejen tranquilos en nuestro vado.
Seguía diciendo la niña rubia mientras ya recorría la sendilla derecha a su rincón querido. Y su rincón querido estaba en la parta baja de la llanura muy cerca del vado de la corriente. Un día que ella jugaba descubrió el secreto y enseguida nos llamó.
-¡Venid, veréis!
Fuimos corriendo y lo que allí vimos nos llenó de asombro. Era un pequeño agujero en forma de galería o túnel en la tierra del final de la llanura y por él manaba como humo.
- Es como si la tierra estuviera ardiendo por dentro y por aquí expulsara su calor.
- Que eso no es humo sino vapor. Lo que hay dentro de la tierra no es fuego sino agua y lo que por el agujero sale es el vapor de esa agua.
- Pero si esto es sólo vapor ahí en el agujero puedo yo poner mi mano y no me quemo.
- Si la pones, no en el agujero sino algo más afuera, donde el vapor ya se abre y se expande por el aire, seguro que no te quemas. Te calentarás las manos pero seguro que no te quemas.

Y la niña primero y después los primos hicieron la prueba y todo resultó tal como ellos habían creído. Fue aquello una sorpresa y un aliciente maravilloso para que el valle se convirtiera en algo mucho más auténtico para los niños. Por eso ellos y también yo llegamos a un acuerdo y decidimos no

contar a nadie nada de aquel descubrimiento. Y por eso hoy los niños, en cuanto llegaron a la llanura, lo primero que deseaban era comprobar que su secreto todavía permanecía allí. Pero la niña fue también hoy la primera en descubrir que junto a su túnel de vapor se amontonaban los turistas. Por allí corrían los otros niños y por allí tenían ellos desparramadas sus mesas y sus tiendas.
-¡Esto es una maravilla! Vapor de agua manando directamente de la tierra es lo más hermoso que he visto nunca. Esta noticia hay que publicarla.
Al verlos y oírlos la niña se volvió para nosotros con el deseo de querer decirnos algo sin poder.
- No te preocupes; nos iremos arroyo arriba y como otras veces jugaremos por allí. Quizá el arroyo sí esté solitario.

Pero no estaba solitario. Todo el arroyo, desde el vado hasta su nacimiento y desde su nacimiento hasta la cascada y la cerrada, estaba lleno de turistas. Unos iban con sus bolsas de plástico, otros con sus cañas de pescar y otros con sus aparatos de música llenando de ruido y dejando sin paz tanto la llanura como el vado y la senda.
-¡Qué pena de nuestro vado! Ya nos lo han roto, ya nos lo han dejado sin paz, ya nunca más podremos venir a él para jugar como en aquellos tiempos. ¡Qué pena de nuestro vado!
Fue lo que exclamó la niña rubia y todos coincidimos en que sí, que tenía razón. A partir de aquel momento ya nunca el vado volvería a ser lo que hasta entonces había sido.

LAS FRESASSILVESTRE

Nos pasamos toda la mañana buscándolas. Por la solana que se derrama hacia el río y no vimos ni una. Por la umbría que se entre el río y el arroyo y tan poco dimos con ninguna. Las buscamos luego por la ladera que queda a las espaldas de los vientos "granaínos", y ni una sola vimos.
- ¿Tú estás seguro que en estos montes existen fresas?
- Y tan seguro. Yo me las he comido muchas veces.
- Pues tú dirás qué hacemos. Ya que eres el experto, porque encontrar no encontramos ni para probarlas.
- Tenemos que seguir buscando.

Así que como yo sé que en estas sierras las fresas silvestres se dan muy bien, y como es verdad que las he visto muchas veces, las he cogido y me las he comido, hoy estaba seguro de no fracasar. Y de pronto, mi seguridad da resultados. Cuando ellos, ya algo desanimados y bastante desmotivados, se rinden y se sientan en las rocas de la solana que baja hasta el río, yo me voy por el repecho que da a los aires del cierzo. Es una pequeña ladera arropada por la sombra de las encinas y los robles y humedecida en todo momento por el vapor del agua que sale del arroyo. Me voy yo por esta laderilla apartando la hierba que espesa y verde forma un manto grandiosamente bello, cuando las veo.

Primero veo una que es tan grande casi como un huevo de paloma. Brilla roja y nada mas verla el corazón me salta del gozo. Mi primer impulso es llamarlos a ellos para que venga y vean pero me controlo y continuación me

siento tentado a cogerla y comérmela. También me contengo y ahora ya mucho más calmado, me detengo frente a la pequeña mata verde y la contemplo. Es tan hermosa, toda roja, redonda, húmeda, rezumando frescura que casi no puedo aguantar no cogerla y llevármela a la boca. Y desde luego, por encima de todo, es esto lo que ella pide a gritos. Como si nada más verla ya estuviera esparciendo en el paladar su sabor agridulce llenándote de placer todos los sentidos.

Me muevo, la toco con mis dedos, la separo del tallo y la alzo hacia mis ojos. ¡Ahora sí que es grandiosa! Resaltada sobre el manto verde de la ladera y el fino azul del cielo colándose por entre las ramas de las encinas, no parece si no una auténtica perla fraguada con la sangre más pura que rezuma las entrañas de estas sierras. Un trozo de lo más esencial de estos montes. Y como ya no me puedo contener más, me vuelvo para atrás y los llamo.
- ¿Qué pasa ahora?
Contestan ellos.
- Aquí están las fresas silvestres.
- ¿Seguro?
- Las tengo entre mis dedos y son tan perlas, tan rojas y tan apetitosas que si no acudí pronto no podré aguantar más rato sin comérmelas.
- Hombre, espera un poco porque después de toda la mañana buscándolas ahora no nos podemos privar de ellas.

Y cuando ya llegaron y vieron no se lo creían.
- ¿Pero es totalmente silvestre?
- La acabo de coger de esta mata.
- Desde luego es que el rincón donde nacen no puede ser más hermoso. Todo hierba llena de rocío, sombras de encinas, corriente cristalina arrullándola y perfume dulce. Así es de bonita y apetitosa esta joya de fresa.
- No cabe duda que lo es.
- Increíble que lo que parece tan misterio por la poca cosa, sea tan grandioso y en medio de estos montes.

Excursión a las cascadas
El responsable de organizar la salida dijo:
- La excursión será el día tres y el autobús partirá a las nueve de la mañana, del sitio que todos conocéis.
Y preguntaron varios:
- ¿A dónde iremos?
- Os lo diré en su momento.
Y nada más se habló.

El día tres, a la hora fijada y en el sitio acordado, el autobús ya estaba esperando. Llegaron los primeros y, entre ellos, el responsable. Tres minutos después, llegó un pequeño grupo y se dispusieron a subir al autobús cuando el responsable aclaró:
- La excursión será a la ciudad para ver monumentos.
Y los últimos que habían llegado comentaron:

- A la ciudad no queremos ir de excursión. A nosotros nos gusta más la montaña.
Y el responsable confirmó:
- Pues esto es lo que hay.

Cinco minutos más tarde el autobús se ponía en marcha solo con tres o cuatro dentro. Uno de los que se había quedado en tierra, dijo:
- Propongo hacer por nuestra cuenta una ruta a las montañas.
- ¿A qué sitio?
- A las cascadas de las cuevas, en el cerro oscuro que muchos conocemos. Después de tantos días de lluvias y hoy con este sol tan espléndido, aquello tiene que ser un espectáculo.
Y casi todos a una dijeron:
- ¡Vale! Ese sitio es fantástico.
Y no se habló más. Cogieron sus mochilas y se pusieron en camino con la intención de subir a las cascadas.

Unas tres horas después, llegaron al cruce de los arroyos. Al que por la izquierda baja desde las cascadas y al que por la derecha llega de frente desde los llanos altos. Uno del grupo dijo:
- Si os apetece descansamos un momento, tomamos un bocadillo para reponer fuerzas mientras esperamos a los que vienen rezagados.
Y todos estuvieron de acuerdo.

Se apartaron de la senda, caminaron unos metros cerrillo adelante hacia la izquierda y, cuando dieron vista al río, pararon.
- Este es un sitio muy bueno para descansar mientras comemos algo y esperamos a los que se han quedado atrás.
Y los demás vieron que lo que decía era cierto: en lo más alto del cerrillo, la hierba tapizaba, varias rocas se elevaban ofreciendo asientos y mesas y la elevación del terreno, fraguaba como un mirador natural sobre las aguas del río y pequeñas cascadas y charcos. El río bajaba repleto y espumoso. Las lluvias de los días pasados habían dejado mucha agua sobre las montañas altas y los llanos. Por eso hasta ellos llegaba el estruendo de las grandes cascadas de las cuevas, a la izquierda y muy al fondo.
- Estaremos allí en poco tiempo.
Comentaban.

De sus mochilas sacaron algunos alimentos y se pusieron a tomar un bocadillo. Uno de ellos tiró un racimo de uvas, con solo dos o tres granos pequeños.
- Esto lo recicla la naturaleza.
Comentaba. Y, casi al instante, tres pajarillos, carboneros y currucas, saltaron desde los pinos cercanos y se pusieron a comer los granos de uvas que todavía quedaban en el racimo. Todos se quedaron mirando y solo uno, muy quedamente para no asustar a las avecillas, comentó:
- Solo por ver esta escena, ya puedo decir que es fantástica y ha merecido la pena esta excursión nuestra.

aqui1

Canto a una mariposa
En silencio,
cuando el mundo entero dormía,
llegaste como en misterio
vestida con traje virgen
de seda y vient

Abrirte tus bellas alas
al sol primero,
fuiste flor de primavera,
fantasía y sueño
y dulce princesa blanca
en libres vuelos.

Pero un día al caer la tarde,
el frío viento,
lento besó tus alas
y tu cuerpo entero.
Las fuerzas te abandonaron
y por el suelo
te fuiste como al infinito
¿A qué cielo?

¿que cómo es el otoño en Granada?

Hace días que quería decírtelo. Lo estamos esperando y, aunque llegará dentro de poco, del cielo las nubes se han ido. Te hablaré del otoño en Granada pero antes quiero contarte lo que ahora cada día me preocupa. Desde mi ventana miro al cielo y cuando veo nubes me alegro y si no las veo me pongo triste. No llueve, Sinombre, y tengo muchas ganas. Quiero que caigan las primeras lluvias del otoño y ni por esas. Ayer por la tarde, mientras recorría contigo las tierras de esta cañada, mis ojos se iban por el cielo. Tras las blancas nubes que por ahí temblaban y quería que vinieran. Que se alzaran hacia nosotros y que dejaran lluvias por aquí. Pero las nubes se fueron, hizo calor y otra vez volví a sentí que el otoño no llegaba.

¿Sabes Sinombre? El día que llueva y tú rebuznes se abrirá la puerta que da entrada a las entrañas del Cerro de la Viña. Nosotros pasaremos por esa puerta, entraremos y encontraremos el tesoro y me sentiré feliz. ¿Sabes qué es lo primero que vamos a hacer con las joyas? Comprarle a la Princesa lo que ella siempre está soñando: un terreno para construirse un ranchito y llenarlo de caballos. ¿Te había dicho yo alguna vez esto? Pues ya lo sabes. Lo que la Princesa más desea en el mundo es tener su rancho. Estas son sus palabras:

“Lo de los caballos si que es una pena. Pero es lo que dice mi madre, cuando alguien tiene un sueño y aun es joven, puede cumplirlo algún día. Que primero me centre en mi carrera y cuando tenga un buen dinerillo ahorrado y todo me vaya bien, quizá pueda empezar a montar algo para dedicarme a los caballos y mira. Tendría mi ranchito. ¿Qué opinas? ¿Estaría bien?” Así que ya sabes por qué tengo tantas ganas de que llegue el otoño y llueva. A ver si el cielo nos ayuda y podemos hacer realidad nuestro sueño y el de la Princesa. Lo necesita y nosotros también.

¿Que qué ocurre estos días en la ciudad? Ni lo sé, Sinombre. Desde la distancia veo que por la vega, donde Granada duerme, ya parece que el otoño se aproxima. Esta es la sensación que tengo. Algunas personas me hablan del curso que comienza y parece que los universitarios vuelven. No sé más de la ciudad de Granada en este preludio otoñal. Y sin duda que deberán ocurrir muchas más cosas y seguro que interesantes. Pero ¿qué quieres? Sabes bien que mi mundo es como una isla pequeñita donde tú eres el centro y un poco más allá se acaba este mundo mío. Aunque no dejo de soñar y por eso ahora mismo estoy aquí contigo y te hablo de la Princesa.

¿Sabes algo nuevo? Cuando esta tarde me venía a tu lado lo hacía entrando por la cañada arriba. Mirando al cielo por si encontraba nubes, soñando con el ranchito de la Princesa y pensando en ti. Miré al suelo al cruzar el arroyo y vi un agujero en la tierra. Me agaché a coger algo que me llamó la atención y ¿qué crees que era? Mira, aquí está. Una pulsera antigua creo que de oro y con algunos brillantes. Me he quedado sorprendido y extrañado estoy. ¿Será esto algún trozo del tesoro que se esconde en las entrañas del Cerro de la Viña? No es gran cosa esta pulsera de oro pero si encontráramos más joyas como ésta ¿tendríamos para comprarle su ranchito a la Princesa? Sinombre ¿sabes lo que te digo? Que estoy ilusionado. Tengo un pellizco dentro que me angustia un poco por algo que no te quiero contar. Pero estoy ilusionado. Quiero que llegue ya el otoño y que llueva.

La última hoja

Cuento - Texto completo.]

O. Henry

En un pequeño barrio al oeste de Washington Square las calles, como locas, se han quebrado en pequeñas franjas llamadas “lugares”. Esos “lugares” forman extraños ángulos y curvas. Una calle se cruza a sí misma una o dos veces. Un pintor descubrió en esa calle una valiosa posibilidad. ¡Supongamos que un cobrador, con una cuenta por pinturas, papel y tela, al cruzar esa ruta se encuentre de pronto consigo mismo de regreso, sin que se le haya pagado a cuenta un solo centavo!

Por eso los artistas pronto empezaron a rondar por el viejo Greenwich Village, en pos de ventanas orientadas al norte y umbrales del siglo XVIII, buhardillas holandesas y alquileres bajos. Luego importaron algunos jarros de peltre y un

par de platos averiados de la Sexta avenida y se transformaron en una colonia.
Sue y Johnsy tenían su estudio en los altos de un ancho edificio de ladrillo de tres pisos. Johnsy era el apodo familiar que le daban a Joanna. Sue era de Maine; su amiga, de California. Ambas se conocieron junto a una mesa común del restaurante Delmónico de la calle Ocho y descubrieron que sus gustos en materia de arte, ensalada de achicoria y moda, eran tan afines que decidieron establecer un estudio conjunto.
Eso sucedió en mayo. En noviembre, un frío e invisible forastero a quien los médicos llamaban Pulmonía empezó a pasearse furtivamente por la colonia, tocando a uno aquí y a otro allá con sus dedos de hielo. El devastador intruso recorrió con temerarios pasos el East Side, fulminando a veintenas de víctimas; pero su pie avanzaba con más lentitud a través del laberinto de los “lugares” más angostos y cubiertos de musgo.
El señor Pulmonía no era lo que uno podría llamar un viejo caballeresco. Atacar a una mujer pequeña, cuya sangre habían adelgazado los céfiros de California, no era juego limpio para aquel viejo tramposo de puños rojos y aliento corto. Pero, con todo, fulminó a Johnsy; y ahí yacía la muchacha, casi inmóvil en su cama de hierro pintado, mirando por la pequeña ventana holandesa del flanco sin pintar de la casa de ladrillos contigua.
Una mañana el atareado médico llevó a Sue al pasillo, y su rostro de hirsutas cejas se oscureció.
-Su amiga solo tiene una probabilidad de salvarse sobre… digamos, sobre diez -declaró, mientras agitaba el termómetro para hacer bajar el mercurio-. Esa probabilidad es que quiera vivir. La costumbre que tienen algunos de tomar partido por la funeraria pone en ridículo a la farmacopea íntegra. Su amiguita ha decidido que no podrá curarse. ¿Tiene alguna preocupación?
-Quería… quería pintar algún día la bahía de Nápoles -dijo Sue.
-¿Pintar? ¡Pamplinas! ¿Piensa esa muchacha en algo que valga la pena pensarlo dos veces? ¿En un hombre, por ejemplo?
-¿Un hombre? -repitió Sue, con un tono nasal de arpa judía-. ¿Acaso un hombre vale la pena de…? Pero no, doctor… No hay tal cosa.
-Bueno -dijo el médico-. Entonces, será su debilidad. Haré todo lo que pueda la ciencia, hasta donde logren amplificarla mis esfuerzos. Pero cuando una paciente mía comienza a contar los coches de su cortejo fúnebre, le resto el cincuenta por ciento al poder curativo de los medicamentos. Si usted consigue que su amiga le pregunte cuáles son las nuevas modas de invierno en mangas de abrigos, tendrá, se lo garantizo, una probabilidad sobre cinco de sobrevivir en vez de una sobre diez.
Cuando el médico se fue, Sue entró al atelier y lloró hasta reducir a mera pulpa una servilleta japonesa. Luego penetró con aire afectado en el cuarto de Johnsy con su tablero de dibujo mientras silbaba ragtime.
Su amiga estaba casi inmóvil, sin levantar la más leve onda en sus cobertores, con el rostro vuelto hacia la ventana. Sue la creyó dormida y dejó de silbar. Acomodó su tablero e inició un dibujo a pluma para ilustrar un cuento de una revista. Los pintores jóvenes deben allanarse el camino del Arte ilustrando los cuentos que los jóvenes escriben para las revistas, a fin de facilitarse el camino a la Literatura.

Mientras Sue bosquejaba unos elegantes pantalones de montar sobre la figura del protagonista del cuento, un vaquero de Idaho, oyó un leve rumor que se repitió varias veces. Se acercó rápidamente a la cabecera de la cama.
Los ojos de Johnsy estaban muy abiertos. Miraba la ventana y contaba… contaba al revés.
-Doce -dijo. Y poco después agregó-. Once -y luego-: diez… nueve… ocho… siete… -casi juntos.
Sue miró, solícita, por la ventana. ¿Qué se podía contar allí? Apenas se veía un patio desnudo y desolado y el lado sin pintar de la casa de ladrillos situada a siete metros de distancia. Una enredadera de hiedra vieja, muy vieja, nudosa, de raíces podridas, trepaba hasta la mitad de la pared. El frío soplo del otoño le había arrancado las hojas y sus escuálidas ramas se aferraban, casi peladas, a los desmoronados ladrillos.
-¿Qué sucede, querida? -preguntó Sue.
-Seis -dijo Johnsy, casi en un susurro-. Ahora están cayendo con más rapidez. Hace tres días había casi un centenar. Contarlas me hacía doler la cabeza. Pero ahora me resulta fácil. Ahí va otra. Ahora apenas quedan cinco.
-¿Cinco qué, querida? Díselo a tu Susie.
-Hojas. Sobre la enredadera de hiedra. Cuando caiga la última hoja también me iré yo. Lo sé desde hace tres días. ¿No te lo dijo el médico?
-¡Oh, nunca oí disparate semejante! -se quejó Sue, con soberbio desdén-. ¿Qué tienen que ver las hojas de una vieja enredadera con tu salud? ¡Y tú le tenías tanto cariño a esa planta, niña mala! ¡No seas tontita! Pero si el médico me dijo esta mañana que tus probabilidades de reponerte muy pronto eran -veamos, sus palabras exactas -… ¡de diez contra una! ¡Es una probabilidad casi tan sólida como la que tenemos en Nueva York cuando viajamos en tranvía o pasamos a pie junto a un edificio nuevo! Ahora, trata de tomar un poco de caldo y deja que Susie vuelva a su dibujo, para seducir al director de la revista y así comprar oporto para su niña enferma y unas costillas de cerdo para ella misma.
-No necesitas comprar más vino -dijo Johnsy con los ojos fijos más allá de la ventana-. Ahí cae otra. No, no quiero caldo. Sólo quedan cuatro. Quiero ver cómo cae la última antes de anochecer. Entonces también yo me iré.
-Mi querida Johnsy -dijo Sue, inclinándose sobre ella-. ¿Me prometes cerrar los ojos y no mirar por la ventana hasta que yo haya concluido mi dibujo? Tengo que entregar esos trabajos mañana. Necesito luz: de lo contrario, oscurecería demasiado los tintes.
-¿No podrías dibujar en el otro cuarto? – preguntó Johnsy con frialdad.
-Prefiero estar a tu lado -dijo Sue-. Además, no quiero que sigas mirando esas estúpidas hojas de la enredadera.
-Apenas hayas terminado, dímelo -pidió Johnsy cerrando los ojos y tendiéndose, quieta y blanca, como una estatua caída-. Porque quiero ver caer la última hoja. Estoy cansada de esperar . Estoy cansada de pensar. Quiero abandonarlo todo e irme navegando hacia abajo, como una de esas pobres hojas fatigadas.
-Procura dormir -dijo Sue-. Debo llamar a Behrman para que me sirva de modelo a fin de dibujar al viejo minero ermitaño. Volveré inmediatamente. No intentes moverte hasta que yo vuelva.
El viejo Behrman era un pintor que vivía en el piso bajo. Tenía más de sesenta años y la barba de un Moisés de Miguel Ángel que bajaba,

enroscándose, desde su cabeza de sátiro hasta su tronco de duende. Era un fracaso como pintor. Durante cuarenta años había esgrimido el pincel, sin haberse acercado siquiera lo suficiente al arte. Siempre se disponía a pintar su obra maestra, pero no la había iniciado todavía. Durante muchos años no había pintado nada, salvo, de vez en cuando, algún mamarracho comercial o publicitario. Ganaba unos dólares sirviendo de modelo a los pintores jóvenes de la colonia que no podían pagar un modelo profesional. Bebía ginebra inmoderadamente y seguía hablando de su futura obra maestra. Por lo demás, era un viejecito feroz, que se mofaba violentamente de la suavidad ajena, y se consideraba algo así como un guardián destinado a proteger a las dos jóvenes pintoras del piso de arriba.
En su guarida mal iluminada, Behrman olía marcadamente a nebrina. En un rincón había un lienzo en blanco colocado sobre un caballete, que esperaba desde hace veinticinco años el primer trazo de su obra maestra. Sue le contó la divagación de Johnsy y le confesó sus temores de que su amiga, liviana y frágil como una hoja, se desprendiera también de la tierra cuando se debilitara el leve vínculo que la unía a la vida.
El viejo Behrman, con los ojos enrojecidos y llorando a mares, expresó con sus gritos el desprecio y la risa que le inspiraban tan estúpidas fantasías.
-¡Cómo! -gritó-. ¿Hay en el mundo gente que cometa la estupidez de morirse porque hojas caen de una maldita enredadera? Nunca oí semejante cosa. No, yo no serviré de modelo para ese badulaque de ermitaño. ¿Cómo permites que se le ocurra a ella semejante imbecilidad? ¡Pobre señorita Johnsy!
-Está muy enferma y muy débil -dijo Sue-, y la fiebre la ha vuelto morbosa y le ha llenado la cabeza de extrañas fantasías. Está bien, señor Behrman. Si no quiere servirme de modelo, no lo haga. Pero debo decirle que usted me parece un horrible viejo… ¡un viejo charlatán!
-¡Se ve que eres solo una mujer! -aulló Behrman-. ¿Quién dijo que no te serviré de modelo? Vamos. Iré contigo. Desde hace media hora estoy tratando de decirte que te voy a servir de modelo. ¡Dios! Este no es un lugar adecuado para que esté en su cama de enferma una persona tan buena como la señorita Johnsy. Algún día, pintaré una obra maestra y todos nos iremos de aquí. ¡Dios!, ya lo creo que nos iremos.
Johnsy dormía cuando subieron. Sue bajó la persiana y le hizo señas a Behrman para pasar a la otra habitación. Allí se asomaron a la ventana y contemplaron con temor la enredadera. Luego se miraron sin hablar. Caía una lluvia insistente y fría, mezclada con nieve. Behrman, en su vieja camisa azul, se sentó como minero ermitaño sobre una olla invertida.
Cuando Sue despertó a la mañana siguiente, después de haber dormido solo una hora, vio que Johnsy miraba fijamente, con aire apagado y los ojos muy abiertos, la persiana verde corrida.
-¡Levántala! Quiero ver -ordenó la enferma, en voz baja.
Con lasitud, Sue obedeció.
Pero después de la violenta lluvia y de las salvajes ráfagas de viento que duraron toda esa larga noche, aún pendía, contra la pared de ladrillo, una hoja de hiedra. Era la última.
Conservaba todavía el color verde oscuro cerca del tallo, pero sus bordes dentados estaban teñidos con el amarillo de la desintegración y la

putrefacción. Colgaba valerosamente de una rama a unos siete metros del suelo.
-Es la última -dijo Johnsy-. Yo estaba segura de que caería durante la noche. Oía el viento. Caerá hoy y al mismo tiempo moriré yo.
-¡Querida, querida! -dijo Sue, apoyando contra la almohada su agotado rostro-. Piensa en mí si no quieres pensar en ti misma. ¿Qué haría yo?
Pero Johnsy no respondió. Lo más solitario que hay en el mundo es un alma que se prepara a emprender ese viaje misterioso y lejano. La imaginación parecía adueñarse de ella con más vigor a medida que se aflojaban, uno por uno, los lazos que la ligaban a la amistad y a la tierra.
Transcurrió el día, y cuando empezó a anochecer ambas pudieron aún distinguir entre las sombras la solitaria hoja de hiedra adherida a su tallo, contra la pared. Luego, cuando llegó la noche, el viento norte volvió a zumbar con violencia mientras la lluvia seguía martillando las ventanas y los bajos aleros holandeses.
Al día siguiente, cuando hubo suficiente claridad, la despiadada Johnsy ordenó que levantaran la persiana. La hoja aún seguía allí. Johnsy se quedó tendida largo tiempo, mirándola. Y luego llamó a Sue, que estaba revolviendo su caldo de gallina sobre el hornillo.
-He sido una mala muchacha, Susie -dijo-. Algo ha hecho que esa última hoja se quedara allí, para probarme lo mala que fui. Es un pecado querer morir. Ahora puedes traerme un poco de caldo y de leche, con algo de oporto y… no; tráeme antes un espejo. Luego ponme detrás unas almohadas y me sentaré y te miraré cocinar.
Una hora después, Johnsy dijo:
-Susie, confío en que algún día podré pintar la bahía de Nápoles.
Por la tarde acudió el médico y Sue encontró un pretexto para seguirlo al comedor cuando salía.
-Hay buenas probabilidades -dijo el médico, tomando en la suya la mano delgada y temblorosa de Sue-. Cuidándola bien, usted la salvará. Y ahora tengo que ver a otro enfermo en el piso bajo. Es un tal Behrman… un artista, según parece. Otro caso de pulmonía. Es un hombre viejo y débil y el acceso es agudo. No hay esperanzas de salvarlo; pero hoy lo llevan al hospital para que esté más cómodo.
Al día siguiente el médico le dijo a Sue:
-Su amiga está fuera de peligro. Usted ha vencido. Ahora alimentación y cuidados. Eso es todo.
Y esa tarde Sue se acercó a la cama donde Johnsy, muy contenta, tejía una bufanda de lana muy azul y muy inútil, y la ciñó con el brazo, rodeando hasta las almohadas.
-Tengo que decirte una cosa -dijo-. Hoy murió de pulmonía en el hospital el señor Behrman. Solo estuvo enfermo dos días. El mayordomo lo encontró en la mañana del primer día en su cuarto, impotente de dolor. Tenía los zapatos y la ropa empapados y fríos. No pudieron comprender dónde había pasado una noche tan horrible. Luego encontraron una linterna encendida aún, y una escalera que Behrman había sacado de su lugar y algunos pinceles dispersos y una paleta con una mezcla de verde y amarillo… y… Mira la ventana, querida, observa esa última hoja de hiedra que está sobre la pared ¿No es extraño que no se moviera ni agitara al soplar el viento? ¡Ah, querida! Es la obra maestra de Behrman: la pintó allí la noche en que cayó la última hoja.